
3 1761 06742212 1

COLECCION

DE

PIEZAS ESCOGIDAS

SACADAS DEL TEATRO ANTIGUO

DEL MISMO AUTOR

COLECCION

DE

TROZOS ESCOGIDOS

DE LOS MEJORES HABLISTAS

EN PROSA Y VERSO

desde el siglo XV hasta nuestros dias

COLECCION

DE

PIEZAS ESCOGIDAS

SACADAS DEL TEATRO MODERNO

PARIS. — IMPRENTA DE J. CLAYE, CALLE DE SAN BENITO, 7.



LOPE DE VEGA

ANTOLOGÍA ESPAÑOLA

COLECCION

DE

PIEZAS ESCOGIDAS

SACADAS DEL TEATRO ANTIGUO

POR

DON CÁRLOS DE OCHOA



PARIS

CÁRLOS HINGRAY, EDITOR

CALLE DES MARAIS-SAINT-GERMAIN, 20

1860

INTRODUCCION

Cuando hace pocos meses publicamos la *Coleccion de trozos escogidos de los mejores hablistas, en prosa y verso, desde el siglo* XV *hasta nuestros dias,* bajo el título general de Antología española, decíamos en el prólogo de dicha obra las siguientes palabras: « Nuestro principal objeto, al formar la presente Antología, ha sido facilitar al público para quien escribimos, compuesto en su mayor parte de extranjeros, el conocimiento, completo en cuanto cabe, de la literatura prosaica y poética española, tan rica en obras de ingénio dignas de ser conocidas y estudiadas. Nos proponemos al mismo tiempo que el lector se forme con esta obra una idea clara y cabal en lo posible, de los progresos sucesivos de la hermosa lengua española, desde principios del siglo XV hasta el estado en que actualmente se halla: á este fin hemos dividido nuestra Antología por órden de siglos, ciñéndonos, en la colocacion de los trozos que presentamos como muestra del estilo de cada escritor, al órden cronológico. Las ventajas que ofrece este método son demasiado evidentes, para que creamos necesario insistir en su abono: bástenos observar que solo por este método puede el lector abrazar de una sola ojeada la índole peculiar del lenguaje castellano en sus diferentes edades y seguir con muy poco trabajo al ingénio español en su carrera de cinco siglos. »

Igual objeto nos proponemos hoy al dar á luz la presente *Coleccion de piezas escogidas sacadas del teatro antiguo,* juntamente con la que dentro de breve tiempo publicaremos con el título de *Piezas escogidas sacadas del teatro moderno,* formando ambas obras el segundo y tercer volúmen de nuestra Antología española.

Es una verdad trivial y muchísimas veces repetida que ninguna nacion posee un teatro antiguo tan rico como el nuestro. Pero ese teatro español, preguntamos nosotros, ese teatro español tan univer-

salmente decantado, ¿es por ventura generalmente conocido? O mejor dicho, esa admiracion tradicional á los antiguos ingénios dramáticos españoles, ¿es hija del conocimiento y estudio de sus obras, ó debemos considerarla como una de aquellas ideas vulgares, moneda corriente en todos los tiempos y en todos los paises, que, á fuerza de oirlas repetidas y de verlas estampadas, se admiten sin discusion y se perpetuan como verdades inconcusas? Aun cuando no tuviéramos otras razones para estar persuadidos de esto último, una que no admite réplica nos bastaria para creerlo, y esta razon se reduce á que *el teatro antiguo español es muy poco conocido.* Este es un hecho que no necesita demostraciones.

Para la inmensa mayoría de los extranjeros y para una gran parte de los españoles, Lope de Vega y Calderon resumen en sí casi todo el esplendor que rodea á ese inmenso cúmulo de riquezas literarias que constituyen lo que se llama *el antiguo teatro español.* Sucede con las obras de estos dos grandes poetas lo mismo poco mas ó menos que con el *Quijote*, libro que, á los ojos de los extranjeros en general, representa toda la literatura española. Creemos excusado añadir hasta qué punto es esta una idea falsa de toda falsedad y un error crasísimo y verdaderamente lastimoso.

Con la presente Coleccion tratamos de dar un *fundamento solido* al alto aprecio de que goza el antiguo teatro español, y para ello difícilmente hubiéramos podido recurrir á un medio mas obvio y convincente que el de reunir en breve espacio las mas preciosas joyas de la literatura dramática española, logrando poner al alcance de las personas menos acaudaladas lo mas digno de ser leido y estudiado que se encuentra en las obras de nuestros poetas dramáticos, desde los imperfectos ensayos del siglo XV hasta la admirable comedia que ha inmortalizado el nombre ilustre de don Leandro Fernandez de Moratin. En el espacio de cuatro siglos, él lector verá pasar, por órden de épocas, como en un espléndido panorama de figuras fantásticas, el inocente *diálogo* de Rodrigo de Cota; la sencilla *égloga* de Juan de la Encina; los festivos pasos de Timoneda y de Lope de Rueda, tan admirado por el gran Cervántes; los dramas sublimes de Rojas y Calderon, con sus énergicos y grandiosos personages; las profundas y filosóficas comedias de Lope, Tirso, Moreto y Alarcon, á quienes tanto debe el teatro francés; las ingeniosas fábulas de Cañizares y del autor de la *Conquista de Méjico*; un sainete del popular don Ramon de la Cruz; y por último esa preciosísima comedia, *El Sí de las Niñas*, traducida á todos los idiomas,

y que constituye el mas bello floron de la corona poética del ilustre Moratin.

Sin que abriguemos la mas leve presuncion, parécenos que una obra de esta naturaleza era de suma necesidad, no solo para llenar el objeto ya expresado, sino tambien para facilitar á los poco doctos y particularmente á los extranjeros, el estudio metódico y razonado del antiguo teatro español. Inútil nos parece hacer aquí una prolija mencion de lo que contiene el presente libro, ni insistir sobre el mérito de las *diez y seis* piezas dramáticas de que consta : el lector hallará al frente de cada una de ellas un ligero exámen de sus principales bellezas, así como algunos apuntes biográficos acerca de la vida pública y privada de sus autores. Desgraciadamente, el descuido de nuestros antepasados ha sido tan grande en este punto, que todavía ignoramos hasta el lugar y año del nacimiento de muchos de nuestros mas brillantes ingénios, así como todas las demas particularidades de sus vidas. Hemos procurado, sin embargo, beber en las mejores fuentes, como suele decirse, dando á nuestros lectores todas las noticias que se encuentran en las mas acreditadas obras de bibliografía española, y en los trabajos especiales de literatos tan eminentes como los señores Lista, Quintana, Martinez de la Rosa, Durán, Gil de Zárate, Gayangos, Hartzenbusch, marqués de Pidal, Alcalá Galiano, Mesonero Romanos, Fernandez Guerra, Amador de los Rios, Cañete, Mora, Rosell y tantos otros cuyos nombres seria prolijo enumerar. A estos distinguidos escritores pertenece, pues, todo el mérito, si alguno tiene, del libro que ofrecemos á nuestros lectores.

Basta echar una ojeada sobre la historia de nuestro teatro para convencerse de que por sí mismo, digamoslo así, se desarrolla el plan que debe seguirse para su estudio, que es el que hemos adoptado al formar la obra que damos hoy á luz. Aquella historia se divide en tres épocas principales : estas tres épocas debian necesariamente dividir nuestra Antología en tres partes que son :

1ª *Orígenes del teatro español ;*

2ª *Tesoro del teatro español ;*

3ª *Teatro español* desde Solis hasta Moratin.

Comprenden estas tres partes los siguientes periodos de tiempo :

1ª Desde principios del siglo XV hasta fines del siglo XVI ;

2ª Desde fines del siglo XVI hasta mediados del siglo XVII ;

3ª Desde mediados del siglo XVII hasta fines del siglo XVIII.

El volúmen que publicaremos próximamente abrazará el último

período del teatro, ó sea el *Tesoro del teatro moderno*, desde fines del siglo pasado hasta mediados del actual.

Esta division, trazada por la naturaleza misma de la obra que hemos formado, es indispensable para evitar la confusion que resultaría por la falta de método en una Coleccion que comprende lo mas precioso de ese inmenso minero de bellezas dramáticas, publicadas en España en el dilatado espacio de cerca de cinco siglos.

Leida con atencion nuestra ANTOLOGÍA, creemos que será lo suficiente para que el lector se forme una idea de la índole peculiar del teatro español que, buena ó mala, es esencialmente suya sin que se parezca á la del teatro de ninguna otra nacion. Para presentar este cuadro completo en lo posible y reducido á mínimas proporciones, no podíamos empezar nuestro trabajo en la época mas brillante del teatro español, sino en los rudos tanteos de los ingénios anteriores á Lope de Vega, — estudio sumamente interesante por hallarse en ellos las fecundas semillas que debian producir con el tiempo tan opimos frutos. — A los poetas á quienes debemos los orígenes de nuestro teatro, debia seguir naturalmente el *fénix de los ingénios,* fundador de la antigua comedia española; á este los nombres inmortales de Tirso, Calderon, Moreto, Rojas y Alarcon, á quienes tanto progreso debió el arte dramático; y por último teníamos que dar un lugar de preferencia á Solis, Cañizares y don Ramon de la Cruz, que tanto contribuyeron á que nuestro teatro no marchase mas pronto y por sus pasos contados á una ruina completa, ruina que fué inevitable en tiempo de los Comellas y demas ominosa caterva que invadió por aquella época nuestra escena, la escena de Lope, de Rojas y de Alarcon, y algunos años despues la del ilustre don Leandro Fernandez de Moratin, verdadero *restaurador* del teatro español.

Concluiremos esta ligera *Introduccion,* manifestando á nuestros lectores que hemos procurado reunir en el menor espacio posible interés, variedad y mérito literario, esperando que el público acogerá benignamente este nuevo esfuerzo del editor para facilitar á los aficionados á las glorias de nuestra patria la adquisicion á poca costa de las mejores y mas celebradas obras, hijas de los grandes poetas dramáticos españoles.

Paris 13 de junio de 1860.

ANTOLOGÍA ESPAÑOLA

PRIMERA PARTE

ORÍGENES DEL TEATRO ESPAÑOL

Rodrigo de Cota. — Juan de la Encina. — Bartolomé de Torres Nabarro.

— Lope de Rueda. —

Juan de Timoneda. — Miguel de Cervantes Saavedra

PRIMERA PARTE

ORÍGENES DEL TEATRO ESPAÑOL

RODRIGO DE COTA.

Pocas noticias nos han quedado de este autor: se sabe solamente que existieron en el siglo XV dos parientes, vecinos de Toledo, con el nombre de Rodrigo de Cota, y que al mas antiguo de ellos llamaron el Tio.

A este se le atribuyen las *Coplas de Mingo Revulgo*, y no con bastante seguridad el primer acto de la *Celestina*. Francisco del Canto, que reimprimió en Medina del Campo en el año de 1569 el *Diálogo del Amor y un Viejo*, le anunció de este modo: *Diálogo hecho por el famoso autor Rodrigo de Cota, el Tio, natural de Toledo, el cual compuso la égloga de Mingo Revulgo*, etc. Si esta indicacion es segura, puede decirse que Rodrigo de Cota, el Tio, floreció durante los reinados de Juan el II y de Enrique IV.

Este diálogo, que insertamos á continuacion, es, como podrán ver nuestros lectores, una representacion dramática con accion, nudo y desenlace; entre dos interlocutores no es posible exigir mayor movimiento teatral. Supone decoracion escénica, máquina, trajes y aparato; el estilo es conveniente, fácil y elegante; los versos tienen fluidez y armonía.

DIÁLOGO

Viejo. Cerrada estaba mi puerta:
¿A qué vienes, por dó entraste?
Di, ladron, ¿porqué saltaste
Las paredes de mi huerta?
La edad y la razon
Ya de ti me han libertado:
Deja el pobre corazon
Retraido en su rincon
Contemplar cual le has parado.
La beldad de este jardin
Ya no temo que la halles,
Ni las ordenadas calles,
Ni los muros de jazmin,
Ni los arroyos corrientes
De vivas aguas potables,
Ni las albercas y fuentes,
Ni las aves producientes
Los cantos tan consolables.

Ya la casa se deshizo
De sotil labor estraña,
Y tornóse esta cabaña
De cañuelas de carrizo.
De los frutos hice truecos
Por escaparme de tí,
Por aquellos troncos secos,
Carcomidos, todos huecos,
Que parescen cerca mí.
Sal del huerto, miserable,
Vé á buscar dulce floresta,
Que tú no puedes en esta
Hacer vida deleitable.
Ni tú ni tus servidores
Podeis bien estar conmigo;
Que aunque estén llenos de flores,
Yo sé bien cuántos dolores
Ellos traen siempre consigo.
Amor. En tu habla representas
Que no me has bien conoscido.
Viejo. Sí, que no tengo en olvido
Cómo hieres y atormentas.
Amor. Escucha, padre, señor,
Que por mal trocaré bienes,
Por ultrajes y desdenes
Quiero darte grande honor :
A tú, que estás mas dispuesto
Para me contradecir;
Así tengo presupuesto,
De sofrir tu duro gesto,
Porque sufras mi servir.
Viejo. Habla ya, di tus razones,
Di tus enconados quejos,
Pero dímelos de lejos,
El aire no me inficiones;
Que segun sé de tus nuevas,
Si te llegas cerca mí,
Tú farás tan dulces pruebas,
Que el ultraje que hora llevas
Ese lleve yo de ti.
Amor. Comunmente todavía
Han los viejos un vecino,
Enconado, muy malino,
Gobernado en sangre fria :
Llámase melanconía
Amarga conversacion :
Quien por tal estremo guia
Ciertamente se desvia
Lejos de mi condicion.
Mas despues que te he sentido
Que me quieres dar audiencia,
De mi miedo muy vencido,
Culpado, despavorido,
Se partió de tu presencia,
Este moraba contigo
En el tiempo que me viste,
Y por esto te encendiste
En rigor tanto conmigo.
Donde mora este maldito
No jamas hay alegría,
Ni hono, ni cortesía,
Ni ningun buen apetito;
Pero donde yo me llego
Todo mal y pena quito,
De los hielos saco fuego,
Y á los viejos meto en juego,
Y á los muertos resucito.
Yo compongo las canciones,
Yo la música suave,
Yo demuestro al que no sabe
Las sotiles invenciones :
Yo fago volar mis llamas
Por lo bueno y por lo malo,
Yo hago servir las damas,
Yo las perfumadas camas,
Golosinas y regalo.
Visito los pobrecillos,
Huello las casas reales,
De los senos virginales
Sé yo bien los rinconcillos :
Mis pihuelas y mis lonjas
A los religiosos atan :
No lo tomes por lisonjas,
Sino ve, mira las monjas,
Verás cuán dulce me tratan.
Yo hago las rugas viejas
Dejar el rostro estirado,
Y sé cómo el cuero atado
Se tiene tras las orejas,
Y el arte de los ungüentes
Que para esto aprovecha :
Sé dar cejas en las frentes,
Contrahago nuevos dientes
Do natura los desecha.
Yo las agas y lejías
Para los cabellos rojos,
Aprieto los miembros flojos,
Y do carne en las encías :
A la habla tremulenta,
Turbada por senectud,

Yo la hago e tan esenta,
Que su tono representa
La forma de juventud.
En el aire mis espuelas
Fieren á todas las aves,
Y en los muy hondos concaves
Las reptillas pequeñuelas.
Toda bestia de la tierra
Y pescado de la mar
So mi gran poder se encierra,
Sin poderse de mi guerra
Con sus fuerzas amparar.
Pues que ves que mi poder
Tan luengamente se estiende,
Do ninguno se defiende
No le pienses defender,
Y á quien á buena ventura
Tienen todos de seguir,
Recibe, pues que procura
No hacerte desmesura,
Mas de muerto revivir.

Viejo. Maestra lengua de engaños,
Pregonero de tus bienes,
Dime agora, ¿porqué tienes
So silencio tantos daños?
Que aunque mas doblado seas
Y mas pintes tu deleite,
Estas cosas do te arreas
Son deformes caras feas,
Encubiertas del afeite.
Y como te glorificas
En tus deleitosas obras,
¿Porqué callas las zozobras
Do lo vivo mortificas?
Di, maldito; ¿porqué quieres
Encobrir tal enemiga?
Sábete que sé quién eres,
Y si tú no lo dijeres
Que está aquí quien te lo diga.
El libre haces cautivo,
Al alegre mucho triste,
Do ningun pesar consiste
Pones modo pensativo:
Tú ensuciaste muchas camas
Con aguda llama fuerte,
Tú mancillas muchas famas,
Y tú haces con tus llamas
Mil veces pedir la muerte.
Tú hallas las tristes yerbas
Y tú los tristes potages,
Tú mestizas los linages,
Tú limpieza no conservas,
Tú doctrinas de malicia,
Tú quebrantas lealtad,
Tú con tu carnal cobdicia
Tú vas contra pudicicia
Sin freno de honestidad.
Tú nos metes en bollicio,
Tú nos quitas el sosiego,
Tú con tu sentido ciego
Pones alas en el vicio.
Tú destruyes la salud,
Tú rematas el saber,
Tú haces en senectud
La hacienda y la virtud
Y el autoridad caer.

Amor. No me trates mas, señor,
En contino vituperio,
Que si oyeres mi misterio
Convertirlo has en loor.
Verdad es que inconveniente
Alguno suelo causar,
Porque de el amor la gente
Entre frio y muy ardiente
No saben medio tomár.
Razon es muy conoscida
Que las cosas mas amadas
Con afan son alcanzadas
Y trabajo en esta vida.
La mas deleitosa obra
Que en este mundo se cree
Es do mas trabajo sobra,
Que lo que sin él se cobra
Sin deleite se posee.
Siempre uso de esta astucia
Para ser mas conservado,
Que con bien y mal mezclado
Pongo en mí mayor acucia;
Y revuelto allí un poquito
Con sabor de algun rigor
El deseo mas incito,
Que amortigua el apetito
El dulzor sobre dulzor.
Por ende si con dulzura
Me quieres obedescer,
Yo haré reconoscer
En tí muy nueva frescura:
Ponerte he en el corazon
Este mi vivo alborozo,
Serás en esta ocasion

De la misma condicion
Que eras cuando lindo mozo.
De verdura muy gentil
Tu huerta renovaré,
La casa fabricaré
De obra rica y sotil,
Sanaré las plantas secas
Quemadas por los friores:
En muy gran simpleza pecas,
Viejo triste, si no truecas
Tus espinas por mis flores.
Viejo. Allégate un poco mas:
Tienes tan lindas razones,
Que sofrirte he que me encones
Por la gloria que me das.
Los tus dichos alcahuetes,
Con verdad ó con engaño,
En el alma me los metes
Por lo dulce que prometes
De esperar en todo el año.
Amor. Abracémonos entramos
Desnudos, sin otro medio,
Sentirás en ti remedio
Y en tu huerta frescos ramos.
Viejo. Vente á mí, mi dulce Amor,
Vente á mis brazos abiertos:
Ves aquí tu servidor
Hecho siervo de señor
Sin tener tus dones ciertos.
Amor. Hete aquí bien abrazado:
Dime, ¿qué sientes agora?
Viejo. Siento rabia matadora,
Placer lleno de cuidado,
Siento fuego muy crescido,
Siento mal y no lo veo,
Sin rotura estoy herido:
No te quiero ver partido,
Ni apartado te deseo.
Amor. Agora verás, don Viejo,
Conservar la fama casta:
Aquí te veré do basta
Tu saber y tu consejo.
Porque con soberbia y riña
Me diste contradicion,
Seguirás estrecha liña
En amores de una niña
De muy duro corazon.
Amarás mas que Macías,
Hallarás esquividad,
Sentirás las plagas mias,
Fenesciendo viejos dias
En ciega cautividad.
Viejo triste entre los viejos,
Que de amores te atormentas,
Mira como tus artejos
Parescen sartas de cuentas,
Y las uñas tan crescidas,
Y los piés llenos de callos,
Y tus carnes consumidas,
Y tus piernas encogidas
Cuales son para caballos.
Amargo viejo, denuesto
De la humana natura,
¿Tú no miras tu figura
Y vergüenza de tu gesto?
¿Y no ves la ligereza
Que tienes para escalar?
¡Qué donaire y gentileza!
¡Y qué fuerza y qué destreza
La tuya para justar!
¡Quién te viese entremetido
En cosas dulces de amores,
Y venirte los dolores
Y atravesarse el gemido!
Depravado y obstinado,
Deseoso de pecar:
Mira, malaventurado,
Que te deja á tí el pecado,
Tú no le quieres dejar.
Viejo. Pues en tí tuve esperanza
Tú perdona mi pecar:
Gran linage de venganza
Es las culpas perdonar.
Si de el precio de el vencido
De el que vence es el honor,
Yo de tí tan combatido
No seré flaco, caïdo,
Ni tú fuerte, vencedor

JUAN DE LA ENCINA.

Nació en Salamanca (ó en algun pueblo inmediato á ella) en el año de 1468. Estudió en aquella universidad, y á los veinte y cinco años de su edad se hallaba colocado en la casa y familia de don Fadrique de Toledo. Publicó la coleccion de sus obras con el título de *Cancionero,* incluyendo en ella las dramáticas. Ignórase con qué motivo ni en qué tiempo pasó á Roma; solo se sabe que permaneció algunos años en aquella capital, cultivando las letras y la música, en la cual llegó á ser eminente profesor. Ordenado de sacerdote, en el año de 1519 hizo un viaje á Jerusalen; volvió á Roma en el mismo año, y en el de 1521 publicó en aquella ciudad un poema que intituló *Tribagia,* refiriendo en él menudamente su devota peregrinacion. Leon X le dió la plaza de maestro de la capilla pontificia, y él mismo (ó alguno de sus inmediatos sucesores) premió sus méritos con el priorato de Leon. Murió en Salamanca el año de 1534, y fué sepultado en aquella iglesia mayor.

La siguiente égloga, escrita en verso, puede considerarse como un pequeño drama con nudo y solucion, en el cual oportunamente introdujo el autor los elogios de su protector el duque de Alba. La expresion de caractéres y afectos son convenientes á los personajes de la fábula.

ÉGLOGA

Beneito. ¡Oh triste de mí, cuitado,
Lacerado!
Noramala acá nascí:
¿Qué será, triste de mí,
Desdichado?
Ya no hay huzia, mal pecado.
Bras. ¡Ha! Beneito del Collado,
¿Dónde vas?
Ben. Miefé, miefé, miefé, Bras,
De muerte voy debrocado.
Bras. Debrocado ya y mortal.
Ben. É aun bien tal.
Bras. En mal hora é en mal punto:
Dome á Dios que estás difunto.
Ben. ¡Ay! Zagal,
No sabes aun bien mi mal.
Bras. Tu gesta bien da señal
De muy malo.
Ben. Ya mas seco estoy que un palo,
Que es mi mal mas desigual.
Bras. ¿É de qué se te achacó?
Ben. No faltó:
De cuido, grima y cordojo.
Bras. Asmo que debe ser ojo.
Ben. Miefé, no:
Dese mal no peco yo.
Bras. ¿Desde cuándo te tomó
Tu accidente?
Ben. Desde que primeramente
Una nueva se sonó.
É tal nueva descutir
Es morir.
Yo siempre llanteo é cramo:
Que se suena que nuestramo
Se quiere á las Francias ir.
Bras. Eso yo lo oí decir
Por muy cierto,
Antes mucho de mes muerto,
É que el marzo ha de partir.
Ben. Dime, Bras, ¿qué sentiremos
Si lo vemos,
Que se parte é que nos deja?

Cuando un poco que se aleja
Ya creemos
Que del todo nos perdemos.
Bras. Miefé, Beneito, roguemos
Por su vida,
Que forzada es la partida,
Por mas que nos quillotremos.
Ben. ¡Ah! no praga á Dios contigo,
É aun conmigo,
Si has de salir verdadero.
Bras. ¿É tú dudas, compañero?
Yo me obrigo
Ser verdad lo que te digo.
Ben. ¡Ay de mí! tan sin abrigo
Mi ganado,
No quiere pacer bocado,
Aunque lo lance en el trigo.
Bras. ¡Oh qué casta tan aguda
La res muda
Sentir el mal de su dueño!
Ben. Mi ganado en verme el ceño
Se demuda
Como persona sesuda.
Bras. Beneito, no pongo duda,
Que bien siento
Que sentirás gran tormento
En quillotranza tan cruda.
Ben. Tan cruda dices, é cuanto
Yo me espanto
Como no soy muerte ya.
En pensar que se nos va
Ya no canto:
Mi cantar es todo llanto.
Bras. Júrote á sant Pedro santo
Que lo creo:
Tan deslumbrado te veo
Que me pones gran quebranto.
Ben. Quebranto malo nos vino
¡Ay! mezquino.
Bras. ¡Oh cuán desalmado sos!
Roguemos por él á Dios
De contino,
Porque lleve buen camino:
Que dome á Dios que magino,
Si él va allá,
Que muy gran vitoria habrá,
Que es muy diestro é de gran tino.
Ben. Eso yo te lo aseguro,
É aun te juro
Donde fuere su pendon,
Que no falte corazon
Huerte é duro,
Cual es fortaleza é muro.
Bras. É aun con eso, no me curo
Que se vaya
Donde gran vitoria traya
Por su gran esfuerso puro.
É aun ahotas quel concierte
De tal suerte
La gente de su rebaño,
Que en las Francias haga daño:
Donde acierte
No es menester otra muerte.
Digo hey,
Tiene gran cariño al rey,
É el rey le quiere muy huerte.
É por él se nos destierra
Á la guerra;
Allá volará su fama.
Ben. Acá quedará nuestrama
En esta tierra,
Donde todo el bien se encierra.
Bras. Asmo que en toda la sierra
Hasta agora
Nunca se vió tal señora.
Ben. Quien eso no cree yerra.
Bras. Miefé yerra, é aun te digo
Como amigo,
Que de lo que mas me pesa,
De nuestrama la duquesa,
Que me obrigo
Que sienta gran desabrigo.
Ben. ¡Ah! no pese á sant Rodrigo,
Que con eso
Ya no tengo solo un hueso
Que tenga salud conmigo.
Todo, todo me desnuelo
Con gran duelo,
Trasijado de cordojos,
Hago laguna mis ojos
Sin consuelo:
Llanteando me desvelo,
Allastrado por el suelo
De pesar,
No me puedo levantar
A poder hacer un pelo.
Bras. Calla, calla, dolorido,
Pan perdido:
Huzia en Dios que no se irá.
Pedruelo nos lo dirá,

Si es venido,
Que hoy al mercado era ido.
Ben. Por amor de Dios te pido
Anda, Bras,
Llámale, corre, verás
Cual habrá nuevas oido.
Bras. Que me prace, juro á mí.
Guarda aquí.
¡Ah! Pedruelo, ¿estás acá?
Pedruelo. Acá estoy: asmo que ha.
Bras. ¿Ques de tí?
Fuistete, que no te ví.
Pedr. Pues bien tarde me partí
Del ganado.
Bras. ¿Hoy ha sido buen mercado?
Pedr. Bueno, miefé, pues vendí.
Bras. ¿Qué llevabas de vender?
Ora ver.
Pedr. Tres gallos é dos gallinas:
Traje puerros é sardinas
Por comer
El domingo á mi prazer.
Bras. Tal estaba.
Que no se me percordaba
La cuaresma que ha de ser.
Ben. Así te vea logrado;
Pues que vienes del mercado,
Tú me da
De las nuevas que hay allá.
Pedr. Miefé, dicen que estará,
Si á Dios praz,
Ya Castilla é Francia en paz,
Que ninguna guerra habrá.
Ben. ¿No habrá guerra di, mozuelo,
Di, Pedruelo.
Pedr. No, que Dios anda en medio,
É él quiere enviar remedio
Desde el cielo.
No tengas ningun rescelo,
Toma, toma gran consuelo
Que te prega.
Ben. Yo te mando una borrega
De las que andan al majuelo:
Pues me das nueva tan buena,
Por estrena
Te la mando, si no mientes.
Pedr. Dícenlo todas las gentes:
Ya se suena,
Toda la villa está llena.
Ben. Hasme dado buena cena:
Buenos ramos
Habremos con nuestros amos
Si Dios las paces ordena.
Pedr. Yo lo doy por ordenado,
Dios loado.
Ben. Loado sea Jesú,
Ruega, ruégaselo tú
Con cuidado,
Que eres zagal sin pecado.
Da cramor acelerado
Con hemencia.
Pedr. ¡Oh señor! por la cremencia
Danos tiempo paciguado.
Bras. Todos, todos nos juntemos
Y cramemos
Al Señor muy reciamente.
Ben. Ves, allí viene Lloriente.
Pedr. Comencemos.
Bras. No comiences, esperemos:
Ven, Lloriente, cantaremos.
Lloriente. Que me praz.
Ben. Roguemos á Dios por paz.
Llor. Miefé, Beneito, roguemos.

VILLANCICO.

Roguemos á Dios por paz,
Pues que de él solo se espera,
Quél es la paz verdadera.
El que vino desde el cielo
A ser la paz en la tierra,
Él quiera ser desta guerra
Nuestra paz en este suelo.
Él nos dé paz é consuelo,
Pues que dél solo se espera,
Quél es la paz verdadera.
Mucha paz nos quiera dar
El que á los cielos da gloria,
Él nos quiera dar vitoria
Si es forzado guerrear;
Mas si se puede escusar,
Dénos paz muy placentera,
Quél es la paz verdadera.
Si guerras forzadas son,
Él nos dé tanta ganancia,
Que á la flor de lis de Francia
La venza nuestro leon;
Mas por justa peticion
Pidámosle paz entera.
Quél es la paz verdadera.

BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO.

Natural de la Torre, cerca de Badajoz; vivió en Roma despues de haber sido rescatado de las prisiones de Argel; se sabe que era eclesiástico, y pertenecia á la familia de Fabricio Colona, general del Papa. La primera edicion de sus obras líricas y dramáticas que intituló *Propaladia,* se publicó en Roma en el año de 1517, con privilegio que le dió para ello Leon X, y se las dedicó á don Fernando Dávalos, marqués de Pescara, yerno de Fabricio Colona. Divulgada la *Propaladia* en Roma, se prohibió inmediatamente á causa de la amarga censura que hizo el poeta en algunas de sus obras de algunos vicios de aquella córte. La persecucion suscitada contra él debió de ser tan grande que huyó á Nápoles, y allí permaneció bajo la proteccion de los citados Colona y Dávalos. Se ignoran otras circunstancias de su vida, como tambien el año en que murió.

La *Comedia himenea*, que insertamos mas adelante, está escrita en verso, y dividida en cinco jornadas, como todas las de Naharro. La fábula muy sencilla, bien conducida, animada con situaciones y afectos naturales y oportunos. La accion consiste en la solicitud de Himeneo á la mano de Febea; el tiempo no excede de veinte y cuatro horas; el lugar de la escena es siempre el mismo. Aunque no está exenta de defectos, creemos que nuestros lectores la leerán con gusto, por el mérito particular que la recomienda y la distingue.

COMEDIA HIMENEA

PERSONAS

HIMENEO. — MARQUÉS. — FEBEA. — DORESTA. — BOREAS. ELISO. — TURPEDIO. — CANTORES.

JORNADA I.

HIMENEO. BOREAS. ELISO.

Him. Guarde Dios, señora mia,
Vuestra graciosa presencia
Mi sola felicidad;
Aunque es sobrada osadía
Sin tomar vuestra licencia
Daros yo mi libertad.
Pero en mi primer miraros
Tan ciego de amor me ví,
Que cuando miré por mí
Fué tarde para hablaros,
Hasta agora
Que de mí sois ya señora.
Habeisme muerto de amores
Y dejaisme aquí en la plaza
Donde publique mis yerros;
Como aquellos cazadores
Que desque matan la caza

La dejan para los perros.
Donde quiera que me halle
Diré siempre que es mal hecho,
Pues yo vos guardo en mi pecho,
Vos me dejeis en la calle.
Bien me viene
Que sin culpa muera y pene.
Bor. ¿Aun agora comenzamos
Y tantos duelos tenemos?
Him. ¿Qué hablas allá, villano?
Bor. Digo, señor, que nos vamos,
Que mañana tornaremos,
Y quizá con mejor mano.
Him. Mas vame por la vihuela,
Qnizá diré una cancion
Tan envuelta en mi pasion,
Que todo el mundo se duela,
Sino aquella
Que dolor no cabe en ella.
Bor. No podrás, señor, tañer,
Porque le falta la prima,
Y están las voces gastadas.
Him. No cures, hazla traer,
Que el dolor que me lastima
Las tiene bien concertadas.
Bor. Aunque te sepa enojar
Haremos bien de nos ir.
Him. ¿Y es tiempo de ir á dormir?
Bor. Y aun hora de levantar.
Him. Calla, loco,
Que en mis males sabes poco.
Bor. Sepas que estás en error,
Si tan grosero me hallas
Como tú me certificas;
Pues de cierto sé, señor,
Que con la pena que callas
Es nada cuanto publicas.
Y si mueres por tal dama
Tienes muy justa querella,
Pues otros mueren sin vella
Que se ahogan en su fama,
Con decir
Que es la vida bien morir.
El. Dile de eso y medraremos.
Him. ¿Qué hablas allá entre dientes,
Almahacen de negligencia?
El. Que presto lo llevaremos
Con los otros inocentes
A la casa de Valencia.
Him. No medre quien te vistió.
¿Y á quién tienes de llevar?
Tú de mí debes hablar.
El. Vos lo decis, que no yo.
Him. ¡Oh borracho,
Mal criado é sin empacho!
El. Mas, señor, pues que así es,
Tu señoría provea
Que ninguno aquí te halle;
Porque su hermano el marques
De la señora Febea
Visita mucho esta calle;
Trae muy buenos criados,
Y tú los tienes mejores.
Reniega de los amores,
No vamos descalabrados.
Him. Yo me quedo:
Váyase quien les ha miedo.
El. Si quieres, señor, probar
Cuánto miedo les tenemos,
Y saber cuánto nos tienen,
Anda, véte á reposar;
Nosotros nos quedaremos
A respondelles si vienen.
Him. Pues catad que esteis velando,
Porque vernán mas de dos.
El. Vengan diez, cuerpo de Dios,
Que no se irán alabando.
Bor. Ya viniesen,
Con tal que no nos huyesen.
Him. Mientras no os enojaren
No los corrais por agora,
Que seria inconveniente;
Si no que si bravearen,
Por amor de mi señora
Los espanteis solamente.
El. Vé con Dios, deja hacer,
Que de todo les pornemos.
Bor. Habla paso, y acordemos
Lo que mas es menester.
Him. Digo, Eliso,
Haz que estés sobre el aviso.

BOREAS. ELISO.

El. Muy modorro sois, amigo,
Porque yo me sé guardar
De los peligros mundanos.
Bor. A la fe que estás conmigo.
Hagamos por nos salvar
Como dos buenos hermanos.
Huigamos de esta congoja

Y apartémonos del mal;
Que á la fe todo lo al
Es andar de mula coja.
El. Pues sabrás
Que agora te quiero mas.
Bor. Bien tengo que te decir
De una cierta amiga mia,
Que se deshace por mí;
Pero por no te mentir,
Yo tengo en la fantasía
Que no estamos bien aquí.
El. Pues no temamos, par Dios,
Aunque en tus cosas hablemos,
Que si nada sentiremos
Bien corremos todos dos.
Bor. No sé nada,
Mas si la calle es tomada...
El. No temas, aunque eso sea,
Que por las casas caidas
Nos iremos con la luna,
Y sin que nadie nos vea
Salvaremos nuestras vidas,
Y sin deshonra ninguna.
Bor. Voto á Dios, que has dicho bien,
Y que alabo tu razon.
Pero mira aquel canton
Que paresce no sé quién.
El. Ven seguro,
Que era la sombra del muro.
Bor. Mira bien á cada parte.
El. Ya lo tengo bien mirado,
Y es así como te digo.
Bor. Pues de mí puedo jurarte
Que no me habia quedado
Gota de sangre conmigo.
El. Pierde agora esos temores
Si no has perdido el correr,
Y hazme tanto placer
Que me cuentes tus amores;
Mientras vemos,
Que partir no nos debemos.
Bor. Pues que, hermano, tu deseo
Mis cosas saber desea,
La verdad de ellas es esta.
Cuando nuestro amo Himeneo
Se enamoró de Febea,
Yo de su sierva Doresta;
Y es tan hermosa doncella,
Tanto gentil criatura,
Que su ama en hermosura
Puede bien vivir con ella;
Mas es tal
Que la juzgan sin igual.
El. ¿ Hasla hablado algun dia?
¿ Cómo sabes que te quiere?
Guarda no pises abrojos.
Bor. Sin hablalla juraria
Que por verme pena y muere,
Si no me mienten los ojos.
. . . .
Yo confio
Que es su querer cual el mio.
El. ¿ Y no has leido aquel testo,
Que maldito debe ser
Hombre que en hombre se fia?
Pues si verdad es aquesto,
Quien se fiase en muger
Muy mas maldito seria.
A la fe para gozallas
Y no perderse tras ellas,
Oillas y no creellas,
Sacudillas y dejallas.
No lo digo
Porque las soy enemigo.
Bor. Mucho tienes de grosero:
Bien paresce, Eliso hermano,
Que aun no te conosce amor;
Que pensarias primero
Que no está mas en su mano
Del verdadero amador.
Porque aquel que pena y muere,
Si bien ama, y es así,
No puede hacer de sí
Sino lo que amor quisiere,
Desque dió
Su libertad á quien vió.
Por ende no hables mas
En juzgar vidas agenas,
Pues das á muchos molestia;
Que si no quieres querrás,
Y penarás si no penas,
Y caërás de tu bestia.
Pornás en amor tu fe
Y alabarás sus fatigas,
Por mucho que agora digas
De esta agua no beberé:
Que por damas
Honramos vidas y famas.
El. Boreas, hermano mio,
Recia cosa es la razon

Contra lenguas desarmadas,
Y dicen que es desvarío
Dar coces al aguijon
Y á la carreta pernadas.
Acuerda si nos iremos,
Que será bien que nos vamos,
Y tambien que proveamos
En buscar qué almorzarémos.
Bor. Nunca he gana
De almorzar por la mañana.

MARQUES. TURPEDIO.

Tur. ¿Quién va allá? ¿Jugais de [piés?
Tornad un poco, galanes,
Y llevaréis que contar.
Mar. Turpedio.
Tur. Señor.
Mar. ¿Quién es?
Tur. No sé cuántos rufianes
Que andaban á capear.
Mar. Mas si los has conoscido,
Guarda no fuese Himeneo.
Tur. Par Dios, señor, no lo creo,
Porque no ovieran huido.
Mar. Antes, cierto,
Huye de ser descubierto.
Tur. Puede ser, mas aquí viene
Cada noche y cada dia
Con músicas y alboradas.
Mar. Si esa presuncion él tiene,
Voto á la vírgen María,
Yo le ataje las pisadas.
Tur. Déjale, señor, hacer,
Que es usanza del palacio,
Y es un modo de solacio
Festejar y dar placer,
Y un deporte
Sin el cual no hay buena corte.
Mar. Bien me place el festejar,
Mas no en mi casa, par Dios,
La verdad hora hablando,
Porque tras de este cantar
Yo sé bien que mas de dos
Se quedan despues llorando.
Tur. Bien siento do van tus flechas.
No temas aunque eso sea;
Que la señora Febea
No es de esas que tú sospechas.
¡Qué doncella
Para burlarse con ella!
Mar. Tocarémos á la puerta
Por ver qué hace siquiera;
No nos vamos sin hablalle.
Tur. No estará, señor, despierta:
Seria cosa grosera
Dar voces hora en la calle.
Mar. ¿Pues dónde iremos agora?
Tur. Vamos por la sillería,
Que presto será de dia
Y abrirá aquella señora,
Y aun haremos
Que nos dará que almorcemos.
Mar. No nos debemos partir,
Que á esta hora suelen dar
Las músicas y alboradas:
Y si aquel ha de venir,
No puede mucho tardar;
Oigamos sus badajadas.
Tur. Si que no vienen campanas
En las músicas que ordenan.
Mar. Vernán badajos, que suenan
Maitines por las mañanas.
Tur. Sin mentir
Por nos se puede decir.
Porque ha diez horas, señor,
Que andamos por la cibdad
Sonando como badajos,
Y cogemos poco honor,
A decirte la verdad,
De aquestos vanos trabajos.
Bien es un poco por ende
Pasear sobre la cena,
Y es usanza justa y buena,
Para mancebos se entiende:
Lo demas
Va muy fuera de compas.
Mar Pues yo te diré que sea.
Vámonos hora á dormir
Lo que queda hasta el dia:
Quédese con Dios Febea,
Mañana podré venir
A tentar su fantasía.
. . . .

JORNADA II.

HIMENEO. BOREAS. ELISO.

CANTORES.

Bor. No hay nadie.
Him. Habla callando:

Mira que tengo sospecha
Que aun están por ahí.
Bor. Yo los ví, señor, cantando
Por esta calle derecha,
Buen rato, lejos de aquí.
Him. Pues, sus, buen hora es [aquesta
Si no duermen mis amores:
Haz llegar esos cantores
Y demos tras nuestra fiesta.
El Aquí vienen.
Him. Llámalos. ¿Qué se detienen?
El. Caminad. ¿Qué estais parados?
Him. Callando, cuerpo de Dios,
¿Qué voces son hora aquestas?
El. Pues si los tengo llamados
Una vez y mas de dos,
¿Helos de traer acuestas?
Him. No corrompas mis placeres.
Por mi fe que nos oigamos:
Aquí solo no riñamos,
Y en casa cuanto quisieres.
Cant. 1º. ¿Qué haremos?
Him. Señores, que comencemos.
Cant. 1º. Acaba con esos trastes.
Cant. 2º. Calla pues tú, majadero.
Cant. 1º. ¡Cómo sobras de cortés!
¿Diremos lo que ordenastes?
Him. Sí, bien. La cancion primero,
Y el villancico despues.
Pero yo os ruego por tanto
Que vaya la cosa tal,
Que se descubra mi mal
En vuestras voces y canto:
Por ventura
Se aliviará mi tristura.
Cant. 1º y 2º. Tan ufano está el [querer
Con cuantos males padesce,
Que el corazon se enloquesce
De placer
Con tan justo padescer.
Cant. 1º. La pena con que fatigo
Esme tan favorecida,
Que de envidiosa la vida
Ya no quiere estar conmigo.
Ella se quiere perder:
Vuestra merced lo meresce.
Cant. 1º y 2º. Y el corazon se [enloquesce
De placer
Con tan justo padescer.
Cant. 1º y 2º. Es mas preciosa [ventura
Vuestra pena
Que cualquiera gloria agena.
Cant. 2º La pena que vos causais,
Los suspiros, el tormento,
Con vuestro merescimiento
Todo lo glorificais.
Cant. 1º y 2º. Mas codiciosa dejais
Vuestra pena,
Que cualquiera gloria agena.
Cant. 1º. Los que nunca os conos- [cieron
Penarán por conosceros,
Y los que gozan de veros
Porque mas antes no os vieron.
Cant. 1º y 2º. Que por mayor bien [tuvieron
Vuestra pena,
Que cualquiera gloria agena.
Him. No mas, señores, agora,
Dejemos para otro dia;
Poco y bueno es lo que place.
Tambien porque esta señora
Se paró á la gelosía,
Quiero saber lo que hace.
Cant. 1º. Vamos.
Cant. 2º. Vamos.
Him. Id con Dios.

HIMENEO. BOREAS. ELISO. FEBEA.

Bor. Ce, señor, buen tiempo tienes.
Him. ¡Oh mayor bien de los bienes!
Es mi bien.
Feb. ¿Mas quién sois vos?
Him. Quien no fuese,
Ni mas un hora viviese.
Feb. No os entiendo, caballero.
Si merced quereis hacerme,
Mas claro habeis de hablarme.
Him. Y aun con eso solo muero,
Que no quereis entenderme
Sino entender en matarme.
Feb. Cómo os llamais, os demando.
Him. Por las llamas que me dais,
Del fuego que me causais
Lo podeis ir trasladando.

Feb. Gentilhombre,
Quiero saber vuestro nombre.
Him. Soy el que en veros me veo
Devoto para adoraros,
Contrito para quereros.
Soy aquel triste Himeneo,
Que si no espero gozaros
No quisiera conosceros,
Porque en ser desconoscida
Me matais con pena fuerte,
Sabiendo que de mi muerte
No podeis ser bien servida;
Pero sea,
Pues por vos tambien se emplea.
Feb. Bien me podeis perdonar
Que, cierto, no os conoscia.
Him. Porque estoy en vuestro olvido.
Feb. En otro mejor lugar
Os tengo yo todavía,
Aunque pierdo en el partido.
Him. Yo gano tanto cuidado
Que jamas pienso perdello,
Sino que con merescello
Me paresce estar pagado;
Pues padezco
Menos mal del que merezco.
Feb. Gran compasion y dolor
He de ver tanto quejaros,
Aunque me place de oiros,
Y por mi vida, señor,
Querria poder sanaros
Por tener en qué serviros.
Him. Ojalá pluguiese á Dios
Que querais como podeis,
Porque mis males saneis,
Que esperan á sola vos.
Feb. Dios quisiese
Que en mí tal gracia cupiese.
Him. Esa y todas juntamente
Caben en vuestra bondad,
Pues os hizo Dios tan bella;
Pero de esta solamente
Tengo yo necesidad,
Aunque soy indigno de ella.
Feb. Mas meresceis que pedis,
Aunque lo que es no sé;
Mas de grado lo haré
Si puedo como decis,
Pero he miedo
Que sin dañarme no puedo.
Him. Pláceme, señora mia,
Que me habeis bien entendido;
No os quiero mas detener;
Vuestra misma fantasía
Vos dirá que lo que pido
Lo compra bien mi querer.
Y las mercedes pesadas
Que con fatiga se hacen,
Son las que alegran y placen,
Y las que son estimadas;
De las cuales
Todas las vuestras son tales.
Feb. Pues si puedo complaceros
Aclaradme en qué manera
Porque tengais cosa cierta.
Him. Que cuando viniere á veros
En la noche venidera,
Me mandeis abrir la puerta.
Feb. Dios me guarde.
Him. ¿Qué, señora?
¿Revocaisme ya el favor?
Feb. Sí, porque no me es honor
Abrir la puerta á tal hora.
Him. No son esas
Vuestras pasadas promesas.
Feb. ¿Pues cómo quereis que os [abra?
Que en aquellos tiempos tales
Los hombres sois descorteses.
Him. Señora, no tal palabra:
Si quereis sanar mis males,
No busqueis esos reveses.
Ya sabeis que mis pasiones
No me mandan enojaros,
Y no debeis escusaros
Con escusadas razones,
De tal suerte
Que me causais nueva muerte.
Feb. No puedo mas resistir
A la guerra que me dais,
Ni quiero que me la deis.
Si concertais de venir,
Yo haré lo que mandais
Siendo vos el que debeis.
Him. Debo ser siervo y cautivo
De vuestro merescimiento,
Y así me parto contento
Con la merced que recibo.
Feb. Id con Dios.
Him. Señora, él quede con vos.

HIMENEO. BOREAS. ELISO.

Bor. Señor, pues has conseguido
La merced que deseaste,
Tan conforme á tu querer;
Cúmplenos lo prometido,
Pues sabes que nos mandaste
Las albricias del placer.
Him. Hermanos, de muy buen [grado,
Que es razon en todo caso.
Toma tú el sayo de raso,
Y tú el jubon de brocado,
Que otro dia
Yo os daré mejor valía.
Bor. Dios haya de tí memoria
Y acresciente tu vivir
Con honra y fama sin par,
Y te dé tanta victoria
Que no tengas que pedir,
Pues no te falta que dar.
El. Yo no quiero tus brocados,
Ni consiento, ni es honesto
Que quedes tú descompuesto
Por componer tus criados.
Ten cordura,
Que tu largueza es locura.
Bor. Bien dices.
Him. No quiero yo,
Sino daros esto y mas.
El. No queremos un cabello.
Him. ¿Porqué?
El. Señor, porque no;
Sino aquello que nos das
Te debes honrar con ello.
Him. Pues callad, hermanos mios,
Sed los que sois por entero,
Que yo os daré, si no muero,
Mas que ropas y atavíos;
Que el amor
Es de hermano y no señor.
El. Por eso, señor, tomamos
La voluntad por el hecho
De tu mucha cortesía;
Mas si quieres que nos vamos,
Sernos ha mayor provecho,
Porque se hace de dia.
Esta tarde tornarémos
Yo y Boreas paseando,
Para ver disimulando
Con qué esperanza vernemos.
Him. Así sea.
Quede Dios con mi Febea.

MARQUES. TURPEDIO.

Tur. Ce, señor, oyes que digo,
Veslos allá do han pasado,
Que agora parten de aquí.
Mar. Pese al dïablo conmigo
Porque nos hemos tardado,
Que no se fueran así.
Tur. Déjalos, señor, andar,
Tu señoría no pene,
Porque la noche que viene
No nos pueden escapar;
Que haremos
De modo que los tomemos.
Mar. ¿Cómo se podrá hacer
Que si yo la noche vengo
Pueda ver toda la fiesta?
Porque aunque sepa perder
La persona y cuanto tengo,
Yo sabré qué cosa es esta.
Y aun si le tomo con ella,
Prometo á Dios verdadero,
Y á fe de buen caballero,
De matar á él y á ella;
Que la vida
Por la fama es bien perdida.
Tur. Pues, señor, en conclusion
A nos nos cumple venir
Antes de ser prevenidos,
Y detras de aquel canton
Estarémos á sentir
Sin que seamos sentidos;
Y de allí si estás alerta
Le podrás bien ver entrar,
Y así podemos saltar
Para tomalle la puerta;
Lo demas
Se hará como querrás.
Mar. Pues luego bueno seria,
Sin que mas aquí tardemos,
Que nos vamos á comer
Y que durmamos el dia,
Pues la noche velarémos
Como será menester,
Y aun venir acompañados
Nos será cosa muy sana:
Quizá vernemos por lana

No tornemos trasquilados,
Y por ende
Vengamos cómo se entiende.
Tur. Antes, señor, te prometo,
Que con ayuda de Dios,
Tú y yo podemos bastar;
Y tambien porque el secreto,
Despues que sale de dos,
Es una cosa vulgar.
Pues si no rescibes pena,
Solos nos cumple venir,
Porque no des á sentir
Si tu hermana es mala ó buena.
Ten buen seso,
Que su honra está en tu peso.
Mar. Y aun por esto yo procuro
Que aunque venga acompañado
Me lo pague todavía.
Tur. De aqueso yo te aseguro
Que ningun enamorado
Se pagó de compañía;
Y cuando bien la trajere
Traërá sus dos criados,
Que de sombras de tejados
Huirán á cual mas pudiere.
Mar. Ya se alcanza
Hasta do llega su lanza.
Tur. Pues, señor, no nos curemos
Ni de sus armas temamos,
Pues que no son Anibales.
Vengamos como debemos,
Que nosotros dos bastamos
Para cuatro lanzas tales.
Mar. Bien me aconsejas por cierto,
Yo me confio de tí.
Pero vámosnos de aquí,
No sientan nuestro concierto;
Que en consejas
Las paredes han orejas.

JORNADA III.

BOREAS. ELISO.

Bor. Pues, Eliso, hermano mio,
No te quiero ser muy luengo,
Ni sé si te enojarás;
Mas con lo que en tí confio
Y el gran amor que te tengo,
Te diré lo que oirás:
Por eso no te receles,
Que los buenos servidores
Han de ser á sus señores
Muy leales y fieles;
Mas no tanto
Que se pongan del quebranto.
Bien te debes acordar
Desde ayer á lo que creo,
Nota bien lo que diré,
Que no quisiste tomar
Lo que te daba Himeneo,
Ni yo por tí lo tomé.
Ni me hagas entender
Que aquella fué lealtad;
Que es la mayor necedad
Que nunca te ví hacer,
Pues perdiste
Lo que en diez años serviste.
El. No tengas á maravilla
Si no quise á dos por tres
Lo que nuestro amo nos dió,
Que cierto tengo mancilla
De velle para quien es
Mas pobre que tú ni yo.
Si cuando rico se viere
No se acordare de nos,
Allá contará con Dios
Cuando de este mundo fuere:
Pues vivamos,
Que no falta que vistamos.
Bor. No das en todo el terrero,
Ni por ahí te me escapas,
Ni tienes razon ninguna;
Porque es un necio grosero
Quien puede tener dos capas
Y se contenta con una.
Lo que somos obligados
Es servir cuanto podemos,
Y tambien que trabajemos
En que seamos pagados;
De otra suerte
Nuestra vida es nuestra muerte.
El. Hermano, bien te he entendido,
Por lo cual á tu mandado
Me ternás continuamente,
Y aunque tengo por perdido
Todo el tiempo que he dejado
De te ser muy obediente.
Y pues ya tan claras son
Mi mentira y tu verdad,
Confieso mi necedad

Y alabo tu discrecion,
Y de hoy mas
Yo haré lo que verás.
Bor. Mucho huelgo, hermano Eliso,
Pues que repruebas el mal
Como de buenos se espera.
Vivamos sobre el aviso,
Que sin duda el hospital
A la vejez nos espera;
Por lo cual te cumple, hermano,
Que sin vergüenza ni miedo
Cuando te dieren el dedo
Que abarques toda la mano.
Haz si puedes
Que puedas hacer mercedes.
El. Hermano, deja hacer,
Que no quiero mas laceria
De la que tengo pasada;
Y aun si recibes placer
Dejemos esta materia
Porque está bien disputada.
Buen tiempo se nos ofrece,
Y es cosa justa y honesta:
Hablemos á tu Doresta
Que á la ventana parece.
Bor. Ya la veo,
Y es cumplido mi deseo.
El. Pues anda, véla á hablar:
Yo quedaré de esta parte,
Y escucharé desde aquí,
Que me conviene notar
Cómo sabes requebrarte
Para que aprenda de tí.
Bor. No te burles aunque callo,
Ni me tengas por grosero,
Que en manos está el pandero
De quien bien sabrá tocallo.
El. Vé callando,
Que ya nos está mirando.

BOREAS. ELISO. DORESTA.

Bor. Doresta, señora mia,
Guarde Dios vuestra beldad
Y vuestra gentil manera.
Dor. Si no por la compañía,
Yo os hablára, de verdad,
De modo que no os pluguiera.
Bor. ¿Porqué, señora Doresta?
Dor. Porque no me motejeis,
Que si otra vez lo haceis
No os placerá la respuesta,
Que aunque fea
No tengo envidia á Febea.
Bor. Señora, no os deis fatiga
Por yo decir una cosa
Que dirá cualquier que os viere.
Dor. Boreas, ¿quereis que os diga?
Cual me veis fea ó hermosa,
Tal no falta que me quiere.
Bor. Pluguiera, señora, á Dios
En aquel punto qne os ví,
Que quisiera tanto á mí
Como luego quise á vos.
Dor. ¡Bueno es eso!
A otro can con ese hueso.
Bor. Ensayad vos de mandarme
Cuanto yo podré hacer,
Pues os deseo servir,
Siquiera porque en probarme
Conozcais si mi querer
Concierta con mi decir.
Dor. Si mis ganas fuesen ciertas
De quereros yo mandar,
Quizá de vuestro hablar
Saldrian menos ofertas.
Bor. Si mirais,
Señora, mal me tratais.
Dor. ¿Cómo puedo mal trataros,
Con palabras tan honestas
Y por tan corteses mañas?
Bor. Como ya no oso hablaros,
Que teneis ciertas respuestas
Que lastiman las entrañas.
Dor. Por mi fe tengo mancilla
De veros así mortal.
¿Moriréis de aquese mal?
Bor. No seria maravilla.
Dor. Pues, galan,
Ya las toman do las dan.
Bor. Por mi fe que holgaria,
Si como otros mis iguales
Pudiese dar y tomar;
Mas veo, señora mia,
Que recibo dos mil males,
Y ninguno puedo dar.
Dor. ¿Qué sabeis vos si los dais,
Aunque no se da á entender?
Como vos soleis hacer,
Que sin dolor os quejais.
Bor. Plegue á Dios

Que mi pena pene á vos.
Dor. Vos andais tras que publique
Lo que está mejor secreto
Para mi fama y la vuestra;
Pues sin que mas os suplique
No querais, pues sois discreto,
Que haga tan loca muestra.
Bor. No os quiero mas deservir,
Pues algo pienso entenderos,
Y tendré que agradaceros
Si me mandardes venir
Hora cierta,
Que no me negueis la puerta.
Dor. Tal cosa no me mandeis,
Que modo ninguno veo
De poder hacello así.
Bor. Esta noche, si quereis,
Cuando abrireis á Himeneo,
Me podeis abrir á mí.
Dor. Mejor vivan ella y él.
Por eso perded cuidado,
Que mi ama ha concertado
Que ninguno entre con él.
Bor. Pues haced
Que me cumplais la merced.
El. Ha de ser para mañana.
Vámonos, que eres prolijo.
Bor. ¿Consentis, señora, vos?
Dor. Señor, sí, de buena gana,
Pues que aquel señor lo dijo.
Id con la gracia de Dios.
Bor. Y en la vuestra quede yo
Para mi consolacion.
Dor. Estad de buen corazon,
Que Dios por todos murió.
Bor. Pues, señora,
Vos quedad mucho en buen hora.
El. Boreas, nunca creyera
Que tanto bien alcanzabas
En este penado oficio,
Si por mis ojos no viera
Cuando á Doresta hablabas
Cuanto queda á tu servicio.
Bor. Vamos, y no nos tardemos,
Que nuestro amo está esperando.
El. Bien podemos ir hablando,
Que harto tiempo tenemos.

TURPEDIO. DORESTA.

Tur. Beso las manos, señora
De mis secretos, por tanto,
La muy hermosa Doresta.
Dor. Señor, vengais en buen hora.
¿Para qué de chico santo
Quereis hacer tanta fiesta?
Tur. Sois así gran santo vos,
Y en vos tal gracia hallaron,
Que de cuantos os miraron
Los mas os tienen por Dios,
Y no digo
Lo que sois para conmigo.
Dor. ¡Oh, qué gracioso venis!
Nuestro Señor os bendiga.
¿Sabeis mas que me decir?
Tur. Si á mí, señora, decis,
Sé que me sois enemiga
Porque os deseo servir.
Dor. ¿Mal lo hago todavía?
Tur. Ne podeis peor hacello.
Dor. Pues de hoy mas, si pienso en ello,
Lo haré sin cortesía.
Tur. ¿Qué hareis?
Dor. Rogaros que me dejeis.
Tur. Algun enamoradillo
Sé que esperais vos agora.
Dor. Mas hombre que vos en todo.
Tur. Cierto, no me maravillo,
Porque sois merecedora
Del mayor que pisa lodo.
Dor. No seríades mochacho.
Tur. Y aun hombre os paresceré.
Dor. Dejadme por vuestra fe,
Que no quiero vuestro empacho.
Tur. Ni querais,
Ni de Dios salud hayais.
Dor. Pues yo vos prometo á Dios
Que yo lo diga al marques,
Y quizá por vuestro daño.
Tur. Pues si tal sale de vos,
Yo os daré tanto mal mes
Que nunca os falte mal año.
Dor. ¡Veis qué rapaz sin mesura,
Cómo tiene presuncion!
Tur. Pues voto al fuerte Sanson
De daros mala ventura;
Que aquí está
Quien de vos me pagará.
Dor. Pues no te tomes conmigo,
Que no me espantan tus motes
Por mucho que me amenaces;

Que si á tu amo lo digo
Te hará dar mil azotes,
Que es castigo de rapaces.
Tur. Pues si alcanzarte pudiera,
Por eso que agora dices,
Te cortára las narices
Doña puerca, escopetera.
Dor. Para vos.
Tur. ¡Oh! reniego, y no de Dios.

JORNADA IV.

HIMENEO. BOREAS. ELISO.

Him. Pues agora, mis hermanos,
Tú, Boreas, y tú, Eliso,
Lo hablado se os refiere:
Yo me pongo en vuestras manos,
Ved que esteis sobre el aviso
Mientras yo dentro estuviere.
Bor. Señor, así lo haremos;
Entra tú con mano diestra,
Que por tu fama y la nuestra,
Si conviene, moriremos.
Him. Yo lo creo.
El. Tal es, señor, el deseo.
Him ¿Será tiempo de llamar?
El. Es temprano cuanto quiera,
Dejemos dormir la gente.
Bor. Mas, señor, en tal lugar
Quien tras tiempo tiempo espera,
Tiempo vien que se arrepiente.
Him. Pues luego dad acá, vamos,
Llegad conmigo y veremos.
Bor. ¿Quereis, señor, que gastemos
Lo que los dos concertamos?
Que Febea
Solo á tí, señor, desea.
Him. Pues solo voy.
El. Vé con Dios.

BOREAS. ELISO.

Bor. Mas vaya con el dïablo.
El. No, que se va santiguando.
Bor. Calla tú, cuerpo de nos;
Cuanto yo concierto y hablo
Tanto tú me vas gastando.
El. No hago por cierto, hermano.
Bor. Pues cuando llamar queria,
¿Porqué de gran grosería
Dijiste que era temprano?
Que es locura
Esperar mala ventura.
Porque en aquestos conciertos
Si fuésemos afrentados
Demorando aquí con él,
Esperando somos muertos,
Y huyendo, deshonrados,
Y no sé qué fuera dél.
Mas solos de esta manera,
Si quisiéramos huir,
Podemos despues decir
Una mentira cualquiera.
Mi consejo
Será guardar el pellejo.
El. Dejemos esta cuestion,
Y mira que ya es entrado.
Bor. ¿Pues qué tienes en la mente?
El. Que me hables sin pasion,
Y dejando lo pasado
Hablemos en lo presente.
Bor. Tengo tan poco sentido
Y estoy tan fuera de mí,
Que por no me ver aquí
No quisiera ser nascido.
El. Calla, hermano,
Que te quejas muy temprano.
Bor. ¡Oh, que haga mal vïaje
Quien en tan fuerte jornada
Y en tal congoja me mete!
Pues hombre de mi linage
Nunca supo qué era espada,
Ni broquel, ni coselete.
Yo tambien soy mas que loco
Por venir en tal lugar,
Pues que no quiero matar,
Ni que me maten tampoco.
El. Cuerdo eres,
Hagamos lo que quisieres.
Bor. Que no esperemos batalla,
Sino que luego nos vamos
Por no ser muertos aquí.
El. ¿Pues si sale y no nos halla?
Bor. No faltará qué digamos,
Si dejas hablar á mí.
El. Pues para todo hay remedio,
Sin porqué no nos andemos,
Cuando algo sentiremos
Meteremos tierra en medio.
Bor. ¡Qué placer!
¿Y quién no puede correr?

El. ¿Cómo no?
Bor. Porque no puedo,
Que son las armas pesadas
Y dejallas no osaré:
Tambien porque con el miedo
Tengo las piernas cortadas,
Que moverme no podré.
El. Pues deja, hermano Boreas,
Las armas con que te hallas,
Porque quizá por salvallas
Perderás cuero y correas,
Y verás
Cuán sin pena correrás.
Bor. Pues si las armas perdiese,
¿Nuestro amo qué diria
De cobarde y de judío?
Que si escusa no tuviese
Para dar, como cumplia,
Me echaria en aquel rio.
El. Pues si no puedes con ellas,
Dámelas para que huyas,
Que las mias y las tuyas
Yo daré mal cabo de ellas.
Bor. Y la capa,
¿Qué dirán si se me escapa?
El. Para la capa ternás
Dos mil escusas sobradas
Para no poder salvalla,
Que si tú quieres dirás
Que jugando á cuchilladas
Te fué forzado dejalla.
Porque los hombres de guerra,
Para poderse valer,
Primero de acometer
Dejan la capa por tierra.
Bor. Pues espera,
Tendréla de esta manera.

MARQUES. TURPEDIO.

Tur. ¿Quién anda ahí?
Mar. Mueran, mueran.
¿Por dó van?
Tur. Allá han traspuesto;
Mas la capa irá conmigo.
Mar. Pese á tal, si no huyeran,
Que por ventura de presto
Lleváran un buen castigo.
Tur. Mas, señor, ¿sabes que creo
Que sabrás lo que deseas?
Que esta capa es de Boreas,
Un criado de Himeneo.
Mar. Di, ¿qué fué?
Tur. Sí, señor, en buena fe.
Mar. ¿Cuántos eran?
Tur. Solos dos:
Y por la capa, señor,
Son sus criados de aquel.
Mar. Pues voto al cuerpo de Dios
Que queda dentro el traidor.
Tur. Si tal es, doblen por él.
Mar. Ven acá, que es de pensar
De qué manera haremos.
Tur. Señor, que luego llamemos,
Pues que nos conviene entrar.
Mar. Ciertamente:
Se nos irá, si nos siente.
Tur. ¿Pues quieres cosa mas cierta
Por quitar este recelo
Y acertar esta jornada?
Da tú una coz á la puerta,
Que des con ella en el suelo.
Jugarémos de antuviada.
Ningun temor se reciba
Si entramos apercibidos,
Que aun no seremos sentidos
Cuando seremos arriba.
Mar. Sus pues, vamos,
Que ya sobrado tardamos.
Dame esa capa tú á mí.
Tur. Toma la rodela, aosadas.
Mar. Dala acá, que bien te entiendo.
Tur. Pues si quereis así,
Y arrancadas las espadas
Vamos diciendo y haciendo.
Mar. Pues si viniere en tus manos
Y le pudieres coger,
Haz que no haya menester
Médicos ni cirujanos.
Tur. Entra presto,
Deja á mí hacer el resto.

JORNADA V.

MARQUES. FEBEA. DORESTA.
TURPEDIO.

Mar. ¡Oh! mala muger, traidora,
¿Dónde vais?
Tur. Paso, señor.
Feb. ¡Ay de mí, desventurada!
Mar. ¿Pues qué os parece, señora?

¿Para tan gran deshonor
Habeis sido tan guardada?
Confesaos con este page,
Que conviene que murais;
Pues con la vida escusais
Un tan antiguo linage.
Quiero daros,
Que os doy la vida en mataros.
Feb. Vos me sois señor y hermano
(Maldigo mi mala suerte
Y el dia en que fuí nascida),
Yo me pongo en vuestra mano,
Y antes os pido la muerte
Que no que me deis la vida.
Quiero morir, pues que veo
Que nascí tan sin ventura:
Gozará la sepultura
Lo que no pudo Himeneo.
Mar. ¿Fué herido?
Tur. No, que los piés le han valido.
Feb. Señor, despues de rogaros
Que en la muerte que me dais
No os mostreis todo cruel,
Quiero tambien suplicaros
Que pues á mí me matais,
Que dejeis vivir á él.
Porque segun lo atribuyo,
Si sé que muere de esta arte,
Dejaré mi mal aparte
Por mejor llorar el suyo.
Mar. Toca á vos
Poner vuestra alma con Dios.
Feb. No me querais congojar
Con pasion sobre pasion
En mis razones finales;
Dejadme, señor, llorar,
Que descansa el corazon
Cuando revesa sus males.
Mar. Pues contadme en qué mane-
Pasa todo vuestro afan. [ra
Feb. Pláceme, porque sabrán
Cómo muero, sin que muera,
Por amores
De todo merecedores.
Doresta.
Dor. Ya voy, señora.
Feb. Ven acá, serás testigo
De mi bien y de mi mal.
Tur. Señor, es una traidora.
Dor. Tú, de bondad enemigo.
Mar. Callad, hablemos en al.
Feb. Hablemos como la suerte
Me ha traido en este punto,
Do yo y mi bien todo junto
Morirémos de una muerte:
Mas primero
Quiero contar como muero.
Yo muero por un amor,
Que por su mucho querer
Fué mi querido y amado,
Gentil y noble señor,
Tal que por su merescer
Es mi mal bien empleado.
No me queda otro pesar
De la triste vida mia,
Sino que cuando podia
Nunca fuí para gozar,
Ni gocé
Lo que tanto deseé.
Muero con este deseo,
Y el corazon me revienta
Con el dolor amoroso;
Mas si creyera á Himeneo,
No muriera descontenta
Ni le dejára quejoso.
Bien haya quien me maldice,
Pues lo que él mas me rogaba
Yo mas que él lo deseaba,
No sé porqué no lo hice.
¡Guay de mí!
Que muero así como así.
No me quejo de que muero,
Pues soy mortal como creo;
Mas de la muerte traidora,
Que si viniera primero
Que conociera á Himeneo,
Viniera mucho en buen hora:
Mas viniendo de esta suerte,
Tan sin razon á mi ver,
¿Cuál será el hombre ó muger
Que no le duela mi muerte,
Contemplando
Porqué y dónde, cómo y cuándo?
Yo nunca hice traicion:
Si maté, yo no sé á quién,
Si robé, no lo he sabido;
Mi querer fué con razon,
Y si quise, hice bien
En querer á mi marido.
Cuanto mas que las doncellas,

Mientra que tiempo tuvieren,
Harán mal si no murieren
Por los que mueren por ellas;
Pues muriendo
Dejan sus famas viviendo.
Mar. Si temiéreis el morir,
Acordaos que en el nascer
A todos se nos concede :
Yo tambien oí decir
Que es gran locura temer
Lo que escusar no se puede.
Y esta vida con dolor
No sé porqué la quereis,
Pues muriendo vivireis
En otra vida mejor,
Donde están
Los que no sienten afan.
En este mar de miseria
El viejo y el desbarbado
Todos afanan á una,
Los pobres con la laceria,
Los ricos con el cuidado,
Los otros con la fortuna.
No temais esta jornada,
Dejad este mundo ruin
Por conseguir aquel fin
Para que fuisteis criada;
Mas empero
Confesaos aquí primero.

HIMENEO. BOREAS. ELISO. MARQUES. FEBEA. DORESTA. TURPEDIO.

Him. Caballero, no os movais.
Mar. ¿Cómo no? Mozo.
Tur. Señor.
Mar. Llega presto.
Tur. Vesme aquí.
Him. No braveeis, si mandais.
Callad y hareis mejor,
Si quereis creer á mí. [hombre?
Mar. ¿Pues quién sois vos, gentil-
Him. Soy aquel que mas desea
La honra y bien de Febea,
Y es Himeneo mi nombre,
Y ha de ser,
Pues que fué y es mi muger.
Mar. Catad, pues sois caballero,
No querais forzosamente
Tomaros tal presuncion.
Him. No quiera Dios, ni yo quiero
Sino muy humanamente
Lo que me da la razon :
Y porque con la verdad
Se conforme mi querella,
Hagamos luego con ella
Que diga su voluntad,
Y con todo
Hágase de aqueste modo.
Que si Febea dijere
Que me quiere por marido,
Pues lo soy, testigo Dios,
Que pues la razon lo quiere
(No perdiendo en el partido)
Lo tengais por bueno vos.
Pues sabeis bien que en linage
Y en cualquier cosa que sea,
La condicion de Febea
Me tiene poco ventage,
Y esto digo
Porque vos sois buen testigo.
Mar. Bien veo que sois iguales
Para poderos casar,
Y lo saben donde quiera ;
Pero digo que los tales
Lo debrian negociar
Por otra mejor manera.
Him. Ya sé yo poner tercero
Donde fuera menester,
Pero si tomo muger
Para mí solo la quiero ;
Pues así
Quise engañarme por mí.
Yo, señora, pues ordeno
Que se quede lo pasado.
Si bien mataros quisiera,
Él hacia como bueno,
Y le fuera mal contado
Si de otro modo hiciera.
Mar. No haya mas, pues que es ya
Plegue al divino Mesías [fecho.
Que le goceis muchos dias
Y que os haga buen provecho;
Pues casastes
Mejor de lo que pensastes.
Him. Yo digo, pues que así es,
Que vos nos tomeis las manos
Por quitar estas zozobras;
Y si quisierdes despues,
Seamos buenos hermanos

Y hagamos nos las obras.
Mar. ¿Quereis vos?
Feb. Soy muy contenta.
Mar. Dad acá.
El. Gracias á Dios.
Bor. Sí, pues que hace por nos
En sacarnos de esta afrenta.
Mar. Pues veamos
Qué será bien que hagamos.
Him. Si vuestra merced mandare,
Vámonos á mi posada,
Sentirá mis ganas todas,
Y segun allí ordenare
Nombrarémos la jornada
Para el dia de las bodas.
El. Pues antes que aqueso sea,
Boreas y yo, señores,
Nos damos por servidores
A la señora Febea.
Feb. Por hermanos.
Bor. Besamos sus piés y manos.
El. Tambien al señor marqués
Ofrecemos el deseo,
Con perdon de lo pasado.
Tur. Yo tambien, pues que así es,
Me dó al señor Himeneo
Por servidor y criado.
Feb. Mas porque nuestros afanes
Nos causen cumplida fiesta,
Casemos á mi Doresta
Con uno de estos galanes.
Mar. ¿Y con quién?
Feb. Con el mas hombre de bien.
Him. Cada cual lo piensa ser.
Feb. Por cierto todos lo son.
Mar. Pues, señora, ¿qué remedio?
Feb. Que la demos á escoger :
Porque ella tiene aficion
A Boreas ó á Turpedio.
Tur. Yo, señores, no la quiero.
Bor. Malos años para vos.
Tur. Pues voto al cuerpo de Dios...
Mar. Calla, rapaz majadero.
Feb. No haya mas :
Toma tú cuál mas querrás.
Him. Yo tomo el cargo, señora,
De casaros á Doresta
Si se confía de mí :
Dejémoslo por ahora.
Vámosnos, que es cosa honesta
No nos tome el sol aquí.
Mar. Pues á Dios.
Him. No quiero nada.
Mar. Sí, señor.
Him. Par Dios no vais.
Mar. ¿Porqué no?
Him. Porque vengais
A conocer mi posada,
Holgarémos
Que cantando nos irémos.
Mar. Pláceme por vuestro amor,
Si mi hermana vuestra esposa
Nos hiciese compañía.
Feb. Soy contenta.
Him. Pues señor,
Cantemos alguna cosa
Solamente por la via.
Mar. ¿Qué dirémos?
Him. De la gloria
Que siente mi corazon
Desque venció su pasion.
Mar. Decid victoria, victoria :
Vencedores,
Cantad victoria en amores.
Victoria, victoria,
Los mis vencedores,
Victoria en amores.
Victoria, mis ojos,
Cantad si llorastes,
Pues os escapastes
De tantos enojos :
De ricos despojos
Sereis gozadores.
Victoria en amores.

LOPE DE RUEDA.

Nació en Sevilla, y cediendo, dice Moratin, al impulso que le inclinaba al teatro, se hizo actor y autor; púsose al frente de una pequeña compañía y recorrió con ella las principales ciudades de España. En Sevilla, Córdoba, Granada, Valencia, Toledo, Madrid, Segovia y Valladolid representó con extraordinario aplauso del público sus mismas obras. Floreció Lope de Rueda desde los años de 1544 hasta el de 1560. Murió en Córdoba, y el cabildo de aquella catedral le hizo enterrar en la nave principal de ella entre los dos coros, honor que manifiesta la grande estimacion que hicieron de él sus contemporáneos; pero la posteridad, mas injusta, ha dejado perecer y olvidar el depósito de sus cenizas, que ocupan ya desconocido y comun sepulcro.

Juan de Timoneda, amigo y compañero de Lope de Rueda, mandó imprimir en Valencia por los años de 1567 á 1570 todas las comedias de este, que fueron reimpresas poco tiempo despues en Sevilla y en Logroño.

El *paso* que leerán nuestros lectores á continuacion, conocido vulgarmente con el título de *las Aceitunas*, tiene un asunto sumamente cómico, sostenido con gracia y habilidad, y un excelente diálogo en prosa.

LAS ACEITUNAS

PASO.

PERSONAS. — TORUVIO, simple, viejo. — AGUEDA DE TORUÉGANO, su muger. — MENCIGUELA, su hija. — ALOJA, vecino.

Calle de un lugar.

TORUVIO.

¡Válame Dios, y qué tempestad ha hecho desd'el resquebrajo del monte acá, que no paresçia sino qu'el cielo se queria hundir y las nubes venir abajo! Pues decí agora qué os terná aparejado de comer la señora de mi muger, así mala rabia la mate. ¿Oíslo? mochacha, Mencigüela. Sí, todos duermen en Zamora. Agueda de Toruégano, ¿oíslo?

Menc. ¡Jesus, padre! y habéisnos de quebrar las puertas.

Tor. Mira qué pico, mira qué pico, ¿y adónde está vuestra madre, señora?

Menc. Allá está en casa de la vecina, que le ha ido á ayudar á cocer unas madejillas.

Tor. Malas madejillas vengan por ella y por vos : andad, y llamalda.

Ag. Ya, ya el de los misterios : ya viene de hacer una negra carguilla de leña, que no hay quien se averigüe con él.

Tor. Sí, carguilla de leña le parece á la señora : juro al cielo de Dios, que éramos yo y vuestro ahijado á cargalla, y no podíamos.

Ag. Ya, noramala sea, marido; ¡y qué mojado que venís!

Tor. Vengo hecho una sopa d'a-

gua. Muger, por vida vuestra que me deis algo que cenar.

Ag. ¿Yo qué diablos os tengo de dar si no tengo cosa ninguna?

Menc. ¡Jesus, padre, y qué mojada que venia aquella leña!

Tor. Sí, despues dirá tu madre qu'es el alba.

Ag. Corre, mochacha, adrézale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama : y os aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que plantásedes.

Tor. ¿Pues en qué me he detenido sino en plantalle como me rogastes?

Ag. Calla, marido, ¿y adónde lo plantastes?

Tor. Allí junto á la higuera breval, adonde si se os acuerda os dí un beso.

Menc. Padre, bien puede entrar á cenar, que ya está adrezado todo.

Ag. Marido, ¿no sabeis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas acá y plantas acullá, de aquí á veinte y cinco ó treinta años terneis un olivar hecho y drecho.

Tor. Eso es la verdad, muger, que no puede dejar de ser lindo.

Ag. Mira, marido, ¿sabeis qué he pensado? Que yo cogeré el aceituna, y vos la acarreareis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza; y mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemin de á dos reales castellanos.

Tor. ¿Cómo á dos reales castellanos? ¿No veis qu'es cargo de consciencia, y nos llevará el amotacen cad'al dia la pena? que basta pedir á catorce ó quince dineros por celemin.

Ag. Callad, marido, qu'es el veduño de la casta de los de Córdoba.

Tor. Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

Ag. Hora no me quebreis la cabeza; mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemin de dos reales castellanos.

Tor. ¿Cómo á dos reales castellanos? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

Menc. A como quisiéredes, padre.

Tor. A catorce ó quince dineros.

Menc. Así lo haré, padre.

Ag. ¿Cómo así lo haré, padre? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

Menc. A como mandáredes, madre.

Ag. A dos reales castellanos.

Tor. ¿Cómo á dos reales castellanos? Y'os prometo que si no haceis lo que y'os mando, que os tengo de dar mas de doscientos correonazos. ¿A cómo has de pedir?

Menc. A como decís vos, padre.

Tor. A catorce ó quince dineros.

Menc. Así lo haré, padre.

Ag. ¿Cómo así lo haré, padre? Toma, toma, hacé lo que y'os mando.

Tor. Dejad la mochacha.

Menc. ¡Ay madre! ¡ay padre! que me mata.

Al. ¿Qu'es esto, vecinos? ¿Porqué maltratais ansí la mochacha?

Ag. ¡Ay señor! este mal hombre que me quiere dar las cosas á menos precio, y quiere echar á perder mi casa : unas aceitunas que son como nueces.

Tor. Yo juro á los huesos de mi linaje, que no son ni aun como piñones.

Ag. Sí son.

Tor. No son.

Al. Hora, señora vecina, hacéme tamaño placer que os entreis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

Ag. Averigüe, ó póngase todo del quebranto.

Al. Señor vecino, ¿qué son de las aceitunas? Sacaldas acá fuera, que yo las compraré aunque sean veinte hanegas.

Tor. Qué, no señor, que no es

d'esa manera que vuesa merced se piensa, que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

Al. Pues traeldas aquí, que y'os las compraré todas al precio que justo fuere.

Menc. A dos reales quiere mi madre que se vendan el celemin.

Al. Cara cosa es esa.

Tor. ¿No le parece á vuesa merced?

Menc. Y mi padre á quince dineros.

Al. Tenga yo una muestra d'ellas.

Tor. Válame Dios, señor, vuesa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi muger que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceituna, y qu'ella la cogeria, y que yo la acarrease, y la mochacha la vendiese, y que á fuerza de drecho habia de pedir á dos reales por cada celemin; yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistion.

Al. ¡Oh qué graciosa quistion! Nunca tal se ha visto: las aceitunas no están plantadas, ¿y ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?

Menc. ¿Qué le paresce, señor?

Tor. No llores, rapaza: la mochacha, señor, es como un oro. Hora andad, hija, y ponedme la mesa, que y'os prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

Al. Hora, andad, vecino, entraos allá dentro, y tené paz con vuestra muger.

Tor. A Dios, señor.

Al. Hora por cierto, que cosas vemos en esta vida, que ponen espanto. Las aceitunas no están plantadas y ya las habemos visto reñidas.

JUAN DE TIMONEDA.

Natural de Valencia; adquirió mucha celebridad no solo por las obras de honesto entretenimiento que publicó á su costa, sino por las que él mismo compuso, y le acreditaron de hombre de buen ingenio y de no vulgar erudicion. Se ignoran las circunstancias de su vida, como tambien el año de su nacimiento y el de su muerte.

Las obras de Timoneda se distinguen por la facilidad de la diccion, la rapidez del diálogo y la regularidad de la fábula. El siguiente paso *Los Ciegos y el Mozo* tiene bellezas muy dignas de ser estudiadas.

LOS CIEGOS Y EL MOZO

PASO.

PERSONAS. — MARTIN ALVAREZ, ciego. — PERO GOMEZ, ciego. PALILLOS, mozo.

PALILLOS.

Muy escelentes señores,
Con humil acatamiento
Las manos veces sin cuento
Les beso muy sin temores.
Acá por intercesores
Só enviado,
Y lo que mas me ha forzado
A deciros la verdad
Es tener necesidad,

De lo cual Dios sea loado.
Pero en fin tengo pensado
Que al presente
Donde está tan noble gente
Un amo no faltará,
Por ser menester habrá
A este pobre sirviente:
Que de oficios mas de veinte
Sé hacer;
Y si el trage y parecer
Demuestra que poco valgo,
Consuélome que hijodalgo
Só, aunque pese á Lucifer.
Por eso quien de comer
Me dará
Y por mozo me terná,
Podrá alabarse y decir
Que á él le suelen servir
Hijosdalgo de verdá.
Así mi querer está
De ponerme
(Porque no haya de perderme)
Hora sea á melcochero,
O á mozo de cocinero,
Para poder socorrerme,
Aunque sé un poco entenderme
De harbolario
Y tambien de apotecario:
Y aunque el oficio es muy viejo,
Del arte de mandilejo
Os daré todo el sumario.
Para mozo de un vicario
Me pornia
Solo porque cada dia
De las ofrendas comiese,
Y al beber, cuando me viese,
De mí no se quejaria;
Pues si á la voluntad mia
Amo hallase,
Yo os doy fe que trabajase
Aunque me hiciese mil sobras,
De mis servicios y obras
En balde no se quejase.
Porque el tiempo no se pase
En hablar,
Empezaros he á contar
Las condiciones que tengo.
Allá do voy nunca vengo,
Y es condicion singular;
La otra es no levantar
De mañana,
La cual tengo por muy sana:
Sé romper lo que está sano,
Sé al pan dar una mano
Si de comer tengo gana.
Si veo que está liviana
La redoma,
El pesar que allí me asoma
Jamas tiene par ni cuento:
Cuando estoy harto y contento,
Por jamas harán que coma.
Pues si alguno dice, toma,
Con dinero,
Luego me vuelvo ligero.
Por abreviar de razones,
En fin estas condiciones
Son propias de caballero.
Si preguntais de ganchero,
Por mi fe
Nunca en mi vida lo usé,
Sino una vez seis ducados,
Y estos me fueron forzados
Hurtar de do los hurté.
Sobre ellos contaros he,
Con que holgueis,
Un donaire, y tomareis
En oillo pasatiempo.
Yo estaba, no ha mucho tiempo,
Con un amo que reireis,
Y porque mejor noteis
Era ciego:
Que de su vida reniego,
Cual el triste lo pasaba,
Que de pan no me hartaba.
Yo, como rapaz matiego,
Acordé tramalle un juego
Muy gracioso
Y para mí provechoso,
Y es que supe que escondia
Los dineros que tenia,
Por ser dellos codicioso;
Yo, como mozo astucioso,
De hambre muerto,
Acechéle el lugar cierto
Do escondia este dinero,
Y ví que en un agujero
Lo escondia con concierto.
Yo en haberlo descubierto
La vereda,
Con mi mano mansa y leda

Apañé todo el caudal;
Pero en fin todo fué á mal,
Yo perdido y la moneda.
Pues del hurtar no me queda
Ningun bien,
Quiero huir de dal desden.
No sé en qué precio preciase
Que al presente un amo hallase
Ansí plegue á Dios. Amen.
Mart. Alv. Devotos cristianos, [¿ quién
Manda rezar
Una oracion singular
Nueva de nuestra Señora?
Pal. Parece que he oido agora
Ad algun ciego hablar.
Veislo por do fué á asomar
Ciego es:
Este es mi amo, pardiez,
De quien agora os hablé.
Huïré... ¿ mas para qué?
Esconderme quiero pues.
Mart. Alv. Maudadme rezar, pues [que es
Noche santa,
La oracion segun se canta
Del nacimiento de Cristo.
¡Jesus! nunca tal he visto,
Cosa es esta que me espanta:
Seca tengo la garganta
De pregones
Que voy dando por cantones,
Y nada no me aprovecha:
Es la gente tan estrecha
Que no cuida de oraciones.
P. Gomez. ¿ Quién manda sus de- [vociones,
Noble gente,
Que rece devotamente
Los salmos de penitencia,
Por los cuales indulgencia
Otorgó el papa Clemente?
Mart. Alv. Ciego es este cierta- [mente
Como yo,
El que agora voces dió:
Mi compadre es si no miento.
P. Gomez. La oracion del naci- [miento
De Cristo.
Mart. Alv. Ce.
P. Gomez. ¿ Quién llamó?
Mart. Alv. Pero Gomez.
P. Gomez. ¿ Quién es?
Mart. Alv. ¿ No
Me conoceis?
P. Gomez. Martin Alvarez, ¿ qué [haceis?
Buenas noches le dé Dios.
Mart. Alv. Compadre, así haga á [vos.
¿ A dó bueno?
P. Gomez. Ver podeis:
Vo por ciudad, como veis,
Pregonando
Y la oracion voceando
De Cristo, pues en verdad
Es hoy su natividad.
Mart. Alv. En la mesma oracion [ando.
P. Gomez. ¿ Sin mozo vais? dende [cuando
Me decí.
Mart. Alv. Dos mil años ha que en [mí
Ya no está, que segun fundo,
En el universo mundo
Tan gran bellaco no ví.
Pal. Llegarme quiero hácia allí
Cerca de ellos
Y un poquito revolvellos,
Pues contra mí se desmandan.
P. Gomez. Compadre, tábanos an- [dan,
¿ No sentis?
Mart. Alv. Rabia con ellos,
¡ Oh! hideputa en los cabellos
He tomado...
Creo que no... ¡ Oh! mal grado
Que se me fué.
P. Gomez. Mas... pardios...
¡ Oh! reniego non de vos.
Mart. Alv. Juro á diez que va en- [lodado.
Pues volviendo á lo pasado
Que primero
Hablamos, deciros quiero
Que mi mozo cuando huyó
Seis ducados me hurtó.
P. Gomez. Mas... ¿ burlais?
Mart. Alv. No, son de vero.
Dejóme tan lastimero
De verdad,
Y en tanta necesidad,
Compadre, podeis creer.
Cual nunca me pensé ver.
P. Gomez. ¡ Oh qué mozo y qué [bondad!
Si Dios me dé sanidad
Y alegría,
Que en verdad tal no sabia.
¿Mas cuánto ha que yo os hablo
Que deis los mozos al diablo?

Vos teneis vuestra porfía
Que os roban de cada dia
Por razon
Cuanto pueden sin pasion,
Y el mozo, por hablar claro,
Para nosotros es caro
Tan solo por la racion.
Así que en mi opinion
Hallo pues
Que ir á solas mejor es
Que no mal acompañado;
Y si no cuando es mirado,
Ganancia y caudal perdés.
Pal. ¡Oh qué gracioso entremes!
El buen viejo
¡Qué ejemplos da y aparejo!
Muy bien predica elegante.
Mart. Alv. Compadre, de aquí ade-
Tomaré vuestro consejo, [lante
Pues se ve que sois añejo
De saber.
Mas vos tambien á mi ver
Debeis, compadre y vecino,
El dinero de contino
En buen recado poner,
Y no ansina lo tener
Aviniente
Sin temor de inconveniente:
Si los poneis á su bozo,
Ved si los hurtará el mozo,
No digo seis, pero veinte.
Pal. ¡Sí, tomaldo al inocente,
Que si hallára
Los veinte que los dejára!
Mart. Alv. ¡Pues, pésete á la for-
Do estaban, persona alguna [tuna!
Hallarlos nunca pensára:
No pues porque los ganára
Mal ganados,
Sino creo que mis pecados
Me han traido á pagadero.
P. Gomez. ¿Dó estaban?
Mart. Alv. En un aujero
Dentro en mi casa guardados.
P. Gomez. ¡Oildo! cuán bien alza-
(Cara atras) [dos
Los tenia.
Mart. Alv. No sé qué mas
Podia hacer en guardallos. [vallos
P. Gomez. Compadre, con vos lle-
Era muy mejor y en paz.
Pal. ¡Oh hideputa, y qué hipocras,
Si no miento,
Que sois vos, segun que siento!
P. Gomez. Aosadas que yo no he
Los dineros, si hacer puedo [miedo
Me hurten do los asiento.
Mart. Alv. Pues ese tal regimiento
Que usar
Soleis, me debeis vos dar.
P. Gomez. Pláceme. Siempre pro-
Compadre, por ir seguro [curo,
Los dineros no apartar
De mí, sino los llevar
Yo conmigo,
Pues son nuestro bien y abrigo;
Que allí do el dinero va,
Mi corazon siempre está
Con él, por ser fiel amigo,
Y aun mis dineros me obligo,
Si quereis
Apostar que no sabeis
En qué parte van de mi
Persona.
Mart. Alv. Ea que sí. [réis.
P. Gomez. Compadre, no acerta-
Mart. Alv. Apostay que los traeis,
Sin mentir,
En los zapatos.
P. Gomez. Reir
Me haceis á boca llena.
Pal. ¡Oh qué plática tan buena!
Llegar quiero por oir.
P. Gomez. En fin quiérooslo decir
Donde están
Y el escondrijo do van,
Mas con todo no quisiese
Que aquí alguno lo oyese
Por no me ver en afan.
Pal. Callar cumple, juria san
Con primor.
Mart. Alv. Esperá y será mejor
Reconoscer si habrá alguno
Por aquí. No hay ninguno,
Hablar podeis sin temor.
P. Gomez. Pues sabed que alrede-
Del bonete [dor
Los llevo como á ribete,
Compadre, y emparejados. [cados?
Mart. Alv. ¿Y serán cuántos du-

P. Gomez. Hasta cinco, ó seis ó [siete...
Dad acá: ¡en gentil sonete
Os entonais!
Mart. Alv. ¿Qué diablos me de- [mandais?
P. Gomez. Mi bonete.
Mart. Alv. ¿Cómo? ¿Cuándo
Os faltó?
P. Gomez. No esteis burlando:
Echaldo acá.
Mart. Alv. Mas ¿burlais?
P. Gomez. Compadre, ¿de eso os [picais?
Mart. Alv. ¡Qué hablar!
Mira si os soleis picar
Vos en hacer cosa tala,
Que esa palabra es muy mala.
P. Gomez. ¡Oh qué buen disimular
Que teneis!
Mart. Alv. Id á rodar,
Que no nada.
P. Gomez. Compadre, á mí no me [agrada
Que con dineros burlemos;
Sino ved que perderemos
La nuestra amistad pasada.
Mart. Alv. Dígoos que esa badaja- [da.
Que decis
Es mal dicha, si sentis.
P. Gomez. Ea, dejad aquesos fieros,
Y volvedme los dineros,
Que vos los teneis.
Mart. Alv. Mentis.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Nació este divino ingenio en Alcalá de Henares el año 1546, y murió en Madrid en el de 1616. Estudiante en la córte, soldado en Lepanto, cautivo en las prisiones de Argel, soldado otra vez en Portugal y en las islas Azores; papelista, recaudador, pretendiente desatendido, escritor ingenioso, ameno y elegante, en una palabra autor de ese libro inmortal que se llama el *Quijote,* el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra pasará siempre con universal aplauso á las generaciones venideras.

A mas de su famoso *Hidalgo de la Mancha*, de las *Novelas Ejemplares,* del *Viage al Parnaso,* de la *Galatea* y de *Persiles* y *Sigismunda,* Miguel de Cervantes escribió mas de treinta comedias, entre las cuales algunas fueron representadas y sumamente aplaudidas.

LOS DOS HABLADORES

ENTREMES.

PERSONAS. — SARMIENTO. — DOÑA BEATRIZ, su muger, habladora. — INES, su criada. — ROLDAN, hablador. — UN PROCURADOR. — UN ALGUACIL. — UN ESCRIBANO. — UN CORCHETE.

Salen el Procurador, Sarmiento y Roldan en hábito roto, cuera, espada y calcillas.

Sarm. Tome, señor procurador, estos doscientos ducados; y doy palabra á usted que aunque me costára cuatrocientos, holgára que fuera la cuchillada de otros tantos puntos.

Proc. Usted ha hecho como caballero en dársela, y como cristiano en pagársela; y yo llevo el dinero, contento de que me descanse y él se remedie.

Roldan. ¡Ah caballero! ¿es usted procurador?

Proc. Sí soy, ¿qué manda usted?

Roldan. ¿Qué dinero es ese?

Proc. Dámele este caballero, para pagar la parte á quien dió una cuchillada de doce puntos.

Roldan. ¿Y cuánto es el dinero?

Proc. Doscientos ducados.

Roldan. Vaya usted con Dios.

Proc. Dios guarde á usted. (*Vase.*)

Roldan. ¡Ah caballero!

Sarm. ¿A mí, gentilhombre?

Roldan. A usted digo.

Sarm. ¿Y qué es lo que manda?

Roldan. Cúbrase usted, que sino no hablaré palabra.

Sarm. Ya estoy cubierto.

Roldan. Señor mio: yo soy un pobre hidalgo, aunque me he visto en honra: tengo necesidad; y he sabido que usted ha dado doscientos ducados á un hombre á quien ha dado una cuchillada; y por si usted tiene deleite en darlas, vengo á que usted me dé una adonde fuere servido: que yo lo haré con cincuenta ducados menos que otro.

Sarm. Si no estuviera tan mohino, me obligára á reir. ¿Usted dícelo de veras? Pues venga acá, ¿piensa que las cuchilladas se dan sino á quien las merece?

Roldan. Pues ¿quién las merece como la necesidad? ¿No dicen que tiene cara de herege? ¿Pues dónde estará mejor una cuchillada que en la cara de un herege?

Sarm. Usted no debe de ser muy leido: que el proverbio latino no dice, sino que *necessitas caret lege,* que quiere decir, que la necesidad carece de ley.

Roldan. Dice muy bien usted: porque la ley fué inventada para la quietud: y la razon es el alma de la ley; y quien tiene alma, tiene potencias: tres son las potencias del alma, memoria, voluntad y entendimiento: usted tiene muy buen entendimiento; porque el entendimiento se conoce en la fisonomía, y la de usted es perversa, por la concurrencia de Saturno y Júpiter; aunque Vénus le mira en cuadrado, en la decanoria del signo ascendente por el horóscopo.

Sarm. ¡Por el diablo que acá me trajo, esto es lo que yo habia menester, despues de haber pagado doscientos ducados por la cuchillada!

Roldan. ¿Cuchillada dijo usted? Está bien dicho: cuchillada fué la que dió Cain á su hermano Abel; aunque entónces no habia cuchillos: cuchillada fué la que dió Alejandro Magno á la reina Patasilea, sobre quitalle á Zamora la bien cercada; y asímismo Julio César al conde don Pedro Anzures, sobre el jugar á las tablas con don Gaiferos entre Cavañas y Olias: pero advierta usted que las heridas se dan de dos maneras; porque hay traicion y alevosía: la traicion se comete al rey; la alevosía contra los iguales: por las armas lo han de ser, y si yo riñere con ventaja; porque dice Carranza en su Filosofía de la espada, y Terencio en la Conjuracion de Catilina...

Sarm. Váyase con el diablo, que me lleva sin juicio: ¿no echa de ver que me dice bernardinas?

Roldan. ¿Bernardinas dijo usted? y dijo muy bien, porque es muy lindo nombre: y una muger que se llamase Bernardina, estaba obligada á ser monja de san Bernardo; porque si se llamase Francisca, no podia ser: que las Franciscas tienen cuatro efes: la F es una de las letras del A, B, C: las letras del A, B, C son veintitres: la K sirve en castellano cuando somos niños, porque entónces decimos la caca, que se compone de dos veces esta letra K: dos veces pueden ser de vino: el vino tiene grandes virtudes: no se ha de tomar en ayunas, ni aguado; porque las partes raras del agua penetran los poros y se suben al cerebro; y entrando puros...

Sarm. Téngase que me ha muerto; y pienso que algun demonio tiene revestido en esa lengua.

Roldan. Dice usted muy bien: porque quien tiene lengua á Roma va: yo he estado en Roma y en la Mancha, en Transilvania y en la Puebla de Montalvan: Montalvan era un castillo, de donde era señor Reinaldos: Reinaldos era uno de los doce pares de Francia, y de los que comian con el emperador Carlomagno en la mesa redonda; porque no era cuadrada, ni ochavada: en Valladolid hay una placetilla, que llaman el Ochavo: un ochavo es la mitad de un cuarto: un cuarto se compone de cuatro veces un maravedí: el maravedí antiguo basta tanto como agora un escudo: dos maneras hay de escudos, hay escudos de paciencia, y hay escudos...

Sarm. Dios me la dé para sufrille: téngase que me lleva perdido.

Roldan. Perdido dijo usted, y dijo muy bien, porque el perder no es ganar: hay siete maneras de perder: perder al juego, perder la hacienda, el trato, perder la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija ó un lienzo, perder...

Sarm. Acabe con el diablo.

Roldan. ¿Diablo dijo usted? y dijo muy bien, porque el diablo nos tienta con varias tentaciones: la mayor de todas es la de la carne: la carne no es pescado: el pescado es flemoso: los flemáticos no son coléricos: de cuatro elementos está compuesto el hombre, de cólera, sangre, flema y melancolía: la melancolía no es alegría; porque la alegría consiste en tener dineros: los dineros hacen á los hombres: los hombres no son bestias: las bestias pacen; y finalmente...

Sarm. Y finalmente me quitará usted el juicio, ó poco podrá; pero le suplico en cortesía me escuche una palabra, sin decirme lo que es palabra, que me caeré muerto.

Roldan. ¿Qué manda usted?

Sarm. Señor mio: yo tengo una muger, por mis pecados, la mayor habladora que se ha visto desde que hubo mugeres en el mundo: es de suerte lo que habla, que yo me he visto muchas veces resuelto á matalla por las palabras, como otros por las obras: remedios he buscado, ninguno ha sido á propósito: á mí me ha parecido que si yo llevase á usted á mi casa, y hablase con ella seis dias á reo, me la pondria de la manera que están los que comienzan á ser valientes delante de los que ha muchos dias que lo son. Véngase usted conmigo, suplícoselo: que yo quiero fingir que usted es mi primo, y con este achaque tendré á usted en mi casa.

Roldan. ¿Primo dijo usted? ¡oh, qué bien que dijo usted! Primo decimos al hijo del hermano de nuestro padre: primo á un zapatero de obra prima: prima es una cuerda de una guitarra: la guitarra se compone de cinco órdenes: las órdenes mendigantes son cuatro: cuatro son los que no llegan á cinco: con cinco estaba obligado á reñir antiguamente el que desafiaba de comun; como se vió en don Diego Ordoñez, y los hijos de Arias Gonzalo, cuando el rey Don Sancho...

Sarm. Téngase por Dios, y véngase conmigo, que allá dirá lo demas.

Roldan. Camine delante usted, que yo le pondré esa muger en dos horas muda como una piedra; porque la piedra...

Sarm. No le oiré palabra.

Roldan. Pues camine, que yo le curaré á su muger.

(*Vanse Sarmiento y Roldan; y sale doña Beatriz é Ines su criada.*)

Da. Beat. ¡Ines! ¡ola, Ines! ¿qué digo? ¡Ines, Ines!

Ines. Ya oigo, señora, señora, señora.

Da. Beat. Bellaca, desvergonzada, ¿cómo me respondeis vos con ese lenguaje? ¿No sabeis vos que la vergüenza es la principal joya de las mugeres?

Ines. Vuestra merced, por hablar, cuando no tiene de qué, me llama doscientas veces.

Da. Beat. Pícara, el número de doscientos es número mayor, debajo del cual se pueden entender doscientos mil, añadiéndole ceros: los ceros no tienen valor por sí mismos.

Ines. Señora, ya lo tengo entendido: dígame vuesa merced qué tengo de hacer, porque haremos prosa.

Da. Beat. Y la prosa es para que traigais la mesa, para que coma vuestro amo: que ya sabeis que anda mohino; y una mohina en un casado es causa de que levante un garrote, y comenzando por las criadas, remate con el ama.

Ines. ¿Pues hay mas de sacar la mesa? Voy volando.

Salen Sarmiento y Roldan.

Sarm. Ola, ¿no está nadie en esta casa? Doña Beatriz, ola.

Da. Beat. Aquí estoy, señor. ¿De qué venis dando voces?

Sarm. Mirad que traigo este caballero, soldado y pariente mio convidado: acariciadle y regaladle mucho, que va á pretender á la córte.

Da. Beat. Si vuesa merced va á la córte, lleve advertido que la córte no es para Cárlos tu encogido; porque el encogimiento es linage de bobería, y un bobo está cerca de ser desvalido, y lo merece; porque el entendimiento es luz de las acciones humanas, y toda la accion consiste...

Roldan. Quedo, quedo: suplico á vuestra merced, que bien sé que consiste en la disposicion de la naturaleza; porque la naturaleza obra por los instrumentos corporales, y va disponiendo los sentidos: los sentidos son cinco, andar, tocar, correr, pensar, y no estorbar; toda persona que estorbare es ignorante; y la ignorancia consiste en no caer en las cosas: quien cae y se levanta, Dios le da buenas pascuas: las pascuas son cuatro, la de Navidad, la de Reyes, la de Flores y la de Pentecostes: Pentecostes es un vocablo esquisito.

Da. Beat. ¿Cómo esquisito? Mal sabe vuestra merced de esquisitos: toda cosa esquisita es estraordinaria: la ordinaria no admira: la admiracion nace de cosas altas: la mas alta cosa del mundo es la quietud, porque nadie la alcanza: la mas baja es la malicia, porque todos caen en ella: el caer es forzoso, porque hay tres estados en todas las cosas, el principio, el aumento y la declinacion.

Roldan. Declinacion dijo vuestra merced, y dijo muy bien; porque los nombres se declinan, los verbos se conjugan; y los que se casan se llaman con este nombre; y los casados son obligados á quererse, amarse y estimarse, como lo manda la santa madre Iglesia; y la razon de esto es...

Da. Beat. Paso, paso; ¿qué es esto, marido? ¿Teneis juicio? ¿Qué hombre es este, que habeis traido á mi casa?

Sarm. Por Dios me huelgo, que he hallado con que desquitarme. Dad acá la mesa presto, y comamos: que el señor Roldan ha de ser huésped mio seis ó siete años.

Da. Beat. ¿Siete años? Malos años; ni una hora, que reventaré, marido.

Sarm. Él era harto mejor para serlo vuestro. Ola, dad acá la comida.

Ines. ¿Convidados tenemos? Aquí está la mesa.

Roldan. ¿Quién es esta señora?

Sarm. Es criada de casa.

Roldan. Una criada se llama en Valencia fadrina, en Italia masara, en Francia gazpirria, en Alemania filimoquia, en la córte sirvienta, en

Vizcaya moscorra, y entre pícaros daifa. Venga la comida alegremente : que quiero que vuesas mercedes me vean comer al uso de la Gran Bretaña.

Da. Beat. Aquí no hay que hacer, sino perder el juicio, marido : que reviento por hablar.

Roldan. ¿Hablar dijo vuestra merced? Dijo muy bien : hablando se entienden los conceptos; estos se forman en el entendimiento : quien no entiende no siente : quien no siente no vive : el que no vive es muerto : un muerto echalle en un huerto.

Da. Beat. ¿Marido, marido?

Sarm. ¿Qué quereis, muger?

Da. Beat. Echadme de aquí este hombre con los diablos : que reviento por hablar.

Sarm. Muger, tened paciencia : que hasta cumplidos los dichos siete años no puede salir de aquí; porque he dado mi palabra, y estoy obligado á cumplirla, ó no seré quien soy.

Da. Beat. ¿Siete años? ¡Primero veré yo mi muerte. ¡Ay, ay, ay!

Ines. Desmayóse. ¿Esto quiere ver vuestra merced delante de sus ojos? Véla ahí muerta.

Roldan. Jesus, ¿de qué le ha dado este mal?

Sarm. De no hablar.

(*Dentro la justicia.*)

Alg. Abran aquí á la justicia, abran á la justicia.

Roldan. ¡La justicia! ¡Ay triste de mí! que yo ando huido, y si me conocen me han de llevar á la cárcel.

Sarm. Pues, señor, el remedio es meterse en esta estera vuestra merced : que las habian quitado para limpiarlas; y así se podrá librar : que yo no hallo otro.

(*Métese en la estera Roldan, y salen Alguacil, Escribano y Corchete.*)

Alg. ¿Era para hoy el abrir esta puerta?

Sarm. ¿Qué es lo que vuestra merced manda, que tan furioso viene?

Alg. El señor gobernador manda que, no obstante que vuestra merced ha pagado los doscientos ducados de la cuchillada, venga vuestra merced á darle la mano á este hombre, y se abracen y sean amigos.

Sarm. Querria comer agora.

Esc. El hombre está aquí junto; y luego se volverá vuestra merced á comer despacio.

Sarm. Vamos en buen hora.

Ines. Vuelve en tí, señora : que si de no hablar te has desmayado, agora que estás sola hablarás cuanto quisieres.

Da. Beat. Gracias á Dios, que agora descansaré del silencio que he tenido.

(*Saque Roldan la cabeza de entre la estera, y mirando á Beatriz diga :*)

Roldan. ¿Silencio dijo vuestra merced? y dijo muy bien; porque el silencio fué siempre alabado de los sabios; y los sabios callan á tiempos, y hablan á tiempos; porque hay tiempos de hablar, y tiempos de callar; y quien calla otorga; y el otorgar es de escrituras; y una escritura ha menester tres testigos, y si es de testamento cerrado siete, porque...

Da. Beat. Porque el diablo te lleve, hombre, y quien acá te trujo. ¿Hay tan gran bellaquería? Yo vuelvo á desmayarme.

(*Vuelven á salir todos.*)

Sarm. Ya que se han hecho las amistades, quiero que vuestras mercedes beban con una caja. Ola, dad acá la cantimplora y aquella perada.

Da. Beat. ¿Agora nos meteis en eso? ¿No veis que estamos ocupadas sacudiendo estas esteras? Muestra el palo; y tú con esotro démoslas hasta que queden limpias.

Roldan. Paso, paso, señoras : que bien entendí que hablaban mucho, pero no que jugaban de mano.

Alg. Oiga, ¿qué es esto? ¿No es aquel bellaco de Roldanejo el hablador, que hace las maulas?

Esc. El mismo.

Alg. Sed preso, sed preso.

Roldan. ¿Preso dijo vuestra merced? y dijo muy bien; porque el preso no es libre, y la libertad...

Alg. Que no, no, aquí no ha de valer la habladura : vive Dios que habeis de ir á la cárcel.

Sarm. Señor alguacil, suplico á vuestra merced que por haberse hallado en mi casa, esta vez no se le lleve; que doy palabra á vuestra merced de darle con que se vaya del lugar, en curándome mi muger.

Alg. ¿Pues de qué la cura?

Sarm. Del hablar.

Alg. ¿Y cómo?

Sarm. Hablándo : porque como habla tanto, la enmudece.

Alg. Soy contento, por ver ese milagro; pero ha de ser con condicion, que si la diere sana, me avise vuestra merced luego; porque le lleve á mi casa : que tiene mi muger la propia enfermedad, y me holgaria que me la curase de una vez.

Sarm. Yo avisaré con lo que hubiere.

Roldan. Yo sé que la dejaré bien curada.

Alg. Véte, pícaro hablador.

Sarm. No me desagrada el verso.

Alg. Pues si no le desagrada, oiga, que yo tengo alguna vena de poesía.

Roldan. ¿Oiga : poesía ha dicho vuestra merced? Pues repare, que por Dios que la ha de llevar de puño.

(*Hácense la salva, y van diciendo las glosas.*)

Alg. La condicion del hablar
Mas parece tentacion
De quien nos suele tentar;
Ni puede ser condicion
En hombre que es muladar.
Parte á servir de atambor
Con esa lengua, embaidor;
Y pues que con mayor ruido
Suenas á un discreto oido,
Véle, pícaro hablador.

Esc. Despues de muerto sé yo
Que ha de ponerse en lugar
De epitafio : *Aquí murió*
Quien muerto no ha de callar
Tanto como vivo habló.

Ines. Esa quiero yo acabar.

Esc. Diga, veamos.

Ines. Y pues de hablar el rigor.
A un muerto pone temor,
A un monte, donde á ninguno
Seas hablando importuno,
Véle, pícaro hablador.

Sarm. Va la mia :

O tú que hablaste por veinte,
Y hablaste por veinte mil...
Da. Beat. Yo la acabaré, detente.
Roldan. Por hablar; traza sutil.
Da. Beat. Repare, señor pariente,
Véle adonde tu rumor
No suene para tu mengua;
Y pues se sabe tu flor,
Véle, enfermo de la lengua,
Véle, pícaro hablador.

Roldan. Oigan y reparen vuestras mercedes, que no será peor la mia :

Aquí he venido á curar
Una muger habladora,
Que nunca supo callar,
A quien pienso desde agora
Enmudecer con hablar.
Convídame este señor,
Y comeré con rigor,
Aunque diga su muger,
Por no me dar de comer :
Véle, pícaro hablador.

(*Éntranse dándose vaya, con que se da fin.*)

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

TESORO DEL TEATRO ANTIGUO

Lope de Vega. — Tirso de Molina. — Alarcon. — Calderon de la Barca.

Moreto. — Rojas.

SEGUNDA PARTE

TESORO DEL TEATRO ANTIGUO

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

Nació este monstruo de la naturaleza y fénix de los ingenios, como le llama Cervántes, á fines de noviembre del año 1562, en la villa de Madrid, y fueron sus padres don Felix de Vega Carpio y doña Francisca Fernández. Estudió filosofía en la universidad de Alcalá, donde se distinguió como en todas partes por su raro talento, y entró á servir de secretario en casa del duque de Alba, cuyas confianzas pagó Lope eternizando á su bienhechor en la *Arcádia.* Casado despues en Madrid con doña Isabel de Urbina, y viudo á pocos años del matrimonio, compuso á las exequias de su esposa las célebres anacreónticas de la *Barquilla,* dechados de pureza y ternura de sentimiento. Esta pesadumbre le llevó á Lisboa de soldado, y embarcándose en la armada *invencible* que iba á la expedicion contra Inglaterra, entre los pesares de perder un hermano y malograrse aquella empresa, compuso el mas celebrado de los poemas jocosos que posee nuestra lengua, la famosa *Gatomaquia,* obra llena de donaires y bellezas, como todas las que salieron de su fecunda pluma. Restituido á Madrid, sirvió de secretario, primero al marqués de Malpica y luego al conde de Lémus, del cual le separó el segundo matrimonio que contrajo con doña Juana Guandio, de la cual tuvo un hijo y una hija; pero habiendo enviudado poco tiempo despues, desengañado ya del mundo, abrazó el estado eclesiástico, entrando en la congregacion de sacerdotes naturales de Madrid, de la que fué prontamente elegido capellan mayor: entónces fué cuando el sumo pontífice Urbano VIII, á quien dedicó el poema *Corona trágica de María Estuardo,* le escribió una carta muy honorífica, enviándole el hábito

de San Juan y el título de doctor en teología. Desde entónces, exclusivamente dedicado al culto de las letras, de las que fué en su siglo el mas precioso ornamento, honrado con la amistad de los mas sobresalientes ingenios y de los mas grandes señores de su tiempo, no pasó tal vez un mes, ni aun acaso una semana, hasta el dia de su muerte, sin que diese ó una obra á la prensa ó un drama al teatro. El 22 de agosto de 1635 fué dia de tristeza y luto para los habitantes de Madrid: la víspera habia dejado de existir, de resultas de breve, pero angustiosa enfermedad, el gran Lope de Vega, el *Fénix de los ingenios.*

Ademas de sus numerosas obras en prosa, entre las cuales merecen particular mencion sus *Novelas*, de los muchos poemas y composiciones sueltas, resulta de lo que el mismo Lope dice, y comprueban unánimes todos sus contemporáneos, que en el año de 1632 llevaba representadas *mil quinientas* comedias y mas de *cuatrocientos* autos sacramentales.

Su muerte causó en toda la Europa culta un sentimiento universal. Celebráronse sus exequias en la parroquia de San Sebastian con tal pompa y tan numeroso y escogido acompañamiento, que decian las gentes por las calles admiradas de verlo: ¿Es entierro de Lope? — Frase proverbial, usada entónces para alabar y exagerar alguna cosa, y así se decia de un banquete, de un tocado, de un objeto cualquiera, precioso ó raro, banquete de Lope, tocado de Lope, etc. Grado de celebridad, y celebridad merecida, á que no creemos haya llegado jamas en vida ningun ingenio del mundo.

Fué Lope de Vega alto y enjuto de cuerpo; el rostro moreno y muy agraciado; la nariz larga y algo corva; los ojos vivos y halagüeños; la barba negra y poblada.

Sería imposible decir cuál es la *mejor* comedia de Lope: lo único que nos atreveremos asegurar á nuestros lectores es que *¡Si no vieran las mugeres!* es una de las mas justamente célebres, por lo que no hemos titubeado en insertarla en esta coleccion.

En dicha comedia se propone Lope dar un ejemplo al bello sexo de los perjuicios que la curiosidad puede ocasionarle. Federico, amante correspondido de Isabela, temiendo que el emperador se enamore de ella si la ve, la manda esconderse.

Que os escondais es mi gusto,
No os vea el emperador,
Porque la señal mayor
De amor, que á todas escede,
Es no dar zelos, si puede,
La muger que tiene amor.

Este precepto despierta en su alma un deseo vehemente de conocer á Othon. No medita, ni preve el daño á que se expone, ni se acuerda de los celos que ha manifestado su amante: su curiosidad lo vence todo.

Yo, Flora, tengo de ver
Al César, si bien será
Disfrazada.
Florela. Cerca está.
Isabela. O ver, ó no ser muger.

Aquí empieza el nudo de la fábula y el interes, que va creciendo progresivamente hasta el desenlace. El encuentro de Isabela con el emperador, las sospechas de Federico al saberlo, la resolucion de ocultarle sus amores, los zelos que le devoran al saber la pasion de Othon, los que concibe Isabela creyendo que su amante está enamorado de otra, la carta terrible que le escribe, manifiestan el talento del poeta, la fecundidad de su imaginacion, y que sabia formar un plan arreglado y bien desenvuelto cuando no trabajaba con precipitacion.

Los caractéres son interesantes, nobles y apasionados. El del emperador está pintado con toda la galantería de la juventud y la grandeza y generosidad dignas de un gran monarca: es valiente, discreto y propenso á la pasion propia de su edad; pero sus amores son honestos y decorosos, y no ofenden nunca el pundonor de Isabela, aunque siembran en el corazon de Federico los zelos y el delirio que le arrebata. Los dos amantes están perfectamente retratados; la nobleza de sus sentimientos, la constancia y pureza de su cariño, las penas que padecen mutuamente conmueven el alma de los espectadores. La carta que Isabela le dirige: *Perro, el de la dama fea,* está llena de pasion y de verdad. El delirio que arrebata á Federico, despues de haberla leido, es demasiado metafísico, y por consiguiente ménos natural é interesante que debiera. Es lástima que Lope manchase con este borron una comedia tan bien imaginada.

Los diálogos, la urbanidad del estilo, la facilidad y las gracias de la versificacion son de Lope. La pintura que hace Tristan de Isabela es graciosa y rica.

¿Cómo piensas que venia?
El cabello en una mano,
En otra el peine, que en vano
Pensaba ser celosía
Del sol de sus bellos ojos;
Y así como me abrazó
Todo el hombro me vistió
De aquellos ricos despojos.
Celebré mucho el favor,
Y el verme, aunque era postiza,
Con una muceta riza
De peregrino de amor.
Entraba el sol por la reja,
Como envidioso, al soslayo,
Que bien diera el mayor rayo
Por tan hermosa guedeja, etc.

Otros muchos versos pudieran citarse de igual mérito; pero nuestros lectores no necesitan que los copiemos aquí, cuando pueden verlos en la misma comedia.

¡SI NO VIERAN LAS MUGERES!

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS. — ISABELA, dama. — FLORELA, criada. — FEDERICO, caballero. — TRISTAN, criado. — EL DUQUE OCTAVIO. — EL EMPERADOR OTHON. — FABIO, caballero. — ALEJANDRO, caballero. — RODULFO, caballero. — VELARDO, villano.

La escena es en Nápoles.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de campo.

ISABELA, CON SOMBRERO DE PLUMAS Y UN ARCABUZ, Y FLORELA.

Flor. No te alejes de la quinta,
De su plomo en confianza.
Isab. Mejor que de espada y lanza,
Así la guerra se pinta.
La caza se me ha escondido;
Ya no hallo á qué tirar.
Flor. Ociosas, para matar,
Son las armas que has traido.
Isab. ¿Requiebros, Flora?
Flor. No creo,
Que fundados en razon,
Son requiebros.
Isab. ¿Pues qué son?
Flor. Milagros de mi deseo,
Con que ya no soy muger,
Mudando en hombre mi nombre.
Isab. ¿En hombre, Flora?
Flor. Y muy hombre,
Que el alma lo puede hacer.
Isab. Como me ves tan valiente,
Pienso que hablas de temor.
Flor. Nunca le tuvo el amor
Para ningun accidente;
Y holgárame que te viera
Federico en este trage.
Isab. Envíale, Flora, un page.
Flor. Buena diligencia fuera:
Pero si no es que me engaña
Lo airoso y galan del talle,
Él baja del monte al valle,
Y mi Tristan le acompaña.
Isab. No te engaña el pensamiento,
Que hay hombres de tal donaire,
Que tienen alma en el aire
De cualquiera movimiento.
Aquí me quiero esconder,
Que le quiero saltear.
Flor. Invenciones de matar,
Solo amor las sabe hacer.

(*Se esconden.*)

ESCENA II.

FEDERICO Y TRISTAN EN CUERPO, É ISABELA Y FLORELA ESCONDIDAS.

Fed. O el pensamiento adivina,
O me dió su resplandor.
Trist. Muchas veces piensa amor,
Que mira lo que imagina.
Fed. De dar en el agua el sol
Se forma el arco del cielo,
Y así en mis ojos recelo,
Que dió su claro arrebol:
Fundados en agua están
Para poderse mover;
Con que la pudieron ver,
Y ella formarse, Tristan.
Trist. Yo pienso que fué en el [mundo
Primer filósofo amor.
Fed. De darme su resplandor
Este pensamiento fundo.
No lejos de aquesta encina
La ví, y á Flora tambien.

(*Salen Isabela y Florela.*)

Isab. Téngase todo hombre.

Fed. ¿A quién?
Isab. A amor.
Fed. ¡O Vénus divina!
Si quereis al que camina
Robar, y quitar despojos,
¿Para qué tantos enojos?
Dejad ese fuego, os ruego,
No se corra el dulce fuego
De vuestros hermosos ojos.
Bajad las armas, que ya
Para mí no harán efecto;
Cese tan cruel decreto,
No mateis quien muerto está.
Al amor por armas da
La antigüedad, arco y flechas,
Porque para errar sospechas
Y para acertar desdichas,
Son sus flechas y sus dichas,
De hierro y de plumas hechas.
Tomad el arco, y dejad
El fuego que en otra esfera
Mas alta vive, siquiera
Por honra de mi verdad:
No muera mi voluntad
De otro fuego, que el que vive
En vuestros ojos, ni prive
Al sol en ese arcabuz
Un relámpago de luz,
Que el aire de sombra escribe.
Cuando sale el bandolero,
Y se le pone delante,
Pide humilde el caminante
La vida, y deja el dinero:
Lo mismo pediros quiero,
Y el alma y potencia daros,
Y que dejeis, suplicaros,
La vida para serviros,
Un sentido para oiros,
Y el otro para miraros.
Dicen que Pálas dormia
En una selva, quitada
La guarnecida celada
De plumas y argentería,
Y Vénus por bizarría
Se la puso, á quien severo
Dijo Amor: madre, no quiero
Esos laureles y palmas,
Con almas se matan almas,
Que no con armas de acero.
Isab. ¿Cuándo, Federico mio,
Isabela os ha negado
El alma?
Fed. Doy por robado
Todo mi libre albedrío:
Ya de la accion me desvío,
Que tuve, dándoos la mia;
Si vida y piedad pedia,
Ya no la quiero, pues ya
Vida por vida me da,
Quien á matarme venia.
Mas dejando agradecido
Esta plática, señora,
No lo esteis de verme ahora
Donde por fuerza he venido:
El emperador ha sido
La causa, que á caza viene
Por este monte, y me tiene
Sospechoso de que os vea,
Que en esta vecina aldea
Pasar la noche previene.
Ya sabeis, que son los zelos
Sombra de amor, que no hubiera
Cosa que mas dulce fuera,
Si le dejáran desvelos:
Mas no quisieron los cielos
Dar á los hombres un bien
Tan alto, sin que tambien
Pagase amor tal pension;
Que con zelos burlas son
Olvido, ausencia y desden.
Vos os habeis de esconder,
De suerte que nadie os vea,
Que teme amor que no sea
Mi muerte, si os viene á ver:
Tiene supremo poder,
Y á damas tan inclinado,
Que ya piensa mi cuidado,
Que él es Páris, vos Elena,
Y yo del mar en la arena
El Griego en llanto bañado.
Esto á los zelos les debe,
Dulce Isabela, el amor,
Que es dar aviso al honor,
Con las sospechas que mueve.
Suenan truenos cuando llueve,
Y de las nubes los senos
Se rompen de piedra llenos,
Dando al labrador desmayos;
Pues jamas cayeron rayos,
Sin que lo dijesen truenos.

Son los agravios, señora,
Reloj de campana, dando
Con públicos golpes, cuando
Está pasada la hora:
Los zelos al que la ignora,
Son la saeta, que va
Adonde la letra está
Tan quedo, que no se ve;
Porque sepa antes que dé,
El número á donde da.
Mirad si temer es justo,
Viéndoos á vos tan perfecta,
Que señale la saeta
La letra de mi disgusto:
Que os escondais es mi gusto,
No os vea el emperador,
Porque la señal mayor
De amor que á todas escede,
Es no dar zelos, si puede,
La muger que tiene amor.

Isab. Cuando por mí sola fuera,
Os quiero yo obedecer.

Fed. Y yo, señora, volver
Donde ya el César me espera.
No te entristezcas, ribera,
De que el sol te falte ahora
Que tus campos y aguas dora;
Cristal y flores, paciencia,
Que breve será la ausencia
De mi luz, y vuestra aurora.

Trist. ¿Y tú, Flora, no te escondes?

Flor. ¿Y yo para qué, Tristan?
¿Tú, zelos? ¿de qué, galan?

Trist. ¿Con letrilla me respondes?
¿No te puede ver alguno
Mas galan, y mas señor?
¿De zelos, teniendo amor,
Hase escapado ninguno?
Yo no sé historias que sean
Ejemplo, ni digo mas
De que mejor estarás,
Flora, donde no te vean:
Caen rayos, suenan truenos,
Avisan zelos de agravios,
Guárdanse los que son sabios,
Dan en los que saben menos.
Campos, perdonad, que Flora
Se va á esconder; no es esceso,
Que no dejaréis por eso
De ver el sol y la aurora.

ESCENA III.

ISABELA y FLORELA.

Flor. Suspensa estás.

Isab. Hame dado
Lo que nunca imaginé.

Flor. ¿Es deseo?

Isab. Sí.

Flor. ¿De qué?

Isab. De lo que has imaginado.

Flor. De ver al emperador
Me parece que será.

Isab. ¿Quién, Flora, no lo tendrá
De ver al mayor señor
Del mundo que alaban tanto?

Flor. Necio en avisarte anduvo
Federico.

Isab. Culpa tuvo
Pero de pensar me espanto,
Que hiciese mi gusto empleo
Contra su gusto.

Flor. No es justo,
Cuando es tan honesto al gusto,
Recatar tanto el deseo.
No es nueva la condicion
Que nos viene por herencia;
La primer desobediencia
Nació de la privacion.
Malparió cierta romana,
Con el deseo de ver
Un monstruo, y de se atrever
A llegar á la ventana.
¿Qué agravio recibe honor
De galan y no marido,
Por ver al esclarecido
César, del mundo señor?
Que decir, porque es mancebo
Que te puede codiciar,
Es achaque de no dar
Gusto.

Isab. La razon apruebo;
Que Federico no es justo,
Que quiera quitarme el ver,
Si en baja y noble muger
Es naturaleza, y gusto
El ver á quien causa enojos:
Todo al hombre se rindió
Si no es los ojos, y yo
No tengo esclavos los ojos.
¿Cuál muger, aunque casada,

De no mirar se obligó?
Que aun ciega hácia dentro vió
Con potencia imaginada.
Yo, Flora, tengo de ver
Al César, si bien será
Disfrazada.
Flor. Cerca está.
Isab. O ver, ó no ser muger:
Tiéneme aquí el padre mio,
Porque él está desterrado,
Mirando un monte, y un prado,
Y entrando en la mar un rio:
Y un dia, que viene aquí
El águila con el pico,
De oro y perlas, Federico
Me manda esconder á mí.
Mas quiere una muger ver,
Que del mundo los despojos;
Que es tapar al sol los ojos
Cerrar los de una muger:
Que como pasa, y traspasa
Su luz por cualquier resquicio,
O ha de perder el juicio,
O ha de mirar lo que pasa.

ESCENA IV.

FABIO, RODULFO, ALEJANDRO,
CABALLEROS DE CAZA, Y
EL EMPERADOR.

Emp. Cansado estoy.
Fab. Es el dia
Caloroso por estremo.
Alej. Cuando es con esceso tanto,
No sin donaire dijeron
Los antiguos, que ladraban
Aquellos celestes perros.
Rod. ¿Qué mucho, si les da el sol,
Gran señor, de medio á medio,
Y está para darles agua
Hoy el acuario tan lejos?
Emp. Señoras yerbas, haced
Silla al que tiene el imperio
De Alemania, y en Italia
Y Roma, el sagrado reino.
¿Qué dosel como estos olmos,
Que con natural ingenio
Visten hiedras, que coronan
De racimos sin cabellos?
¿Qué telas como estos lauros
Donde parece que huyendo
Dafne, mas agua que el sol,
La viene siguiendo Febo?
¿Con qué gracia se despeña
Ese músico arroyuelo,
De esas pizarras al prado
Que en verdes juncos, y helechos
Le dan cama en que se duerma
Del ruido que echan menos
Las aves, á cuyos tiples
Era templado instrumento?
¿Dónde quedó Federico?
Alej. Luego que fuisteis siguiendo
Aquel Antheon sin alma,
Que de las ramas de un fresno
Cuelga por los piés atado
Bañando de sangre el suelo,
Se fué entrando por el monte
Con Tristan el escudero
De quien celebras donaires,
De quien repites despejos;
Pero ya vienen los dos.

ESCENA V.

DICHOS, FEDERICO Y TRISTAN.

Fed. ¿Si me habrán echado menos?
Trist. ¿Eso dudais?
Emp. Federico,
¿Dónde has estado? ¿qué has hecho?
Fed. Codicioso de seguir
Un jabalí mas soberbio,
Que aquel feroz que en Arcadia
Abrió de Adónis el pecho
Con dos dagas de marfil,
Eterno llanto de Vénus,
Perdí las señas del monte,
Y por laberintos hechos
De pinos, que de las nubes
Verdes obeliscos, dieron
Temor al sol con la historia
De los gigantes soberbios,
Anduve, señor, buscando
Algun labrador teseo,
Que me sacase al camino,
Hasta que de tus monteros,
De una peña repetidos,
Me trujo el aire los ecos.
Emp. No se le puede negar
A la caza, caballeros,

Ser el mas noble ejercicio
Y de mas ilustre aliento,
Para empresas militares,
Y de antiguos y modernos
Mas celebrado en el mundo.
Envidio el famoso esfuerzo
Del africano, que mata
De Lidia en los campos secos,
Con solo el desnudo brazo
Y las dos puntas de acero,
Al rey de los animales:
Pero cuando yo contemplo
Que es todo trabajo inútil,
Parece que me arrepiento
De la fatiga que traigo,
Y el cansancio con que vuelvo.
Fed. En las acciones humanas
A la inclinacion debemos
Hacer fáciles las penas:
Así hallaron los secretos
De la gran naturaleza
Los filósofos, y dieron
Fin á tan altas empresas
Los romanos y los griegos.
La inclinacion hizo sabios
Oradores y maestros
De las leyes, y el laurel
Poetas de ilustres versos:
Corresponden las costumbres
A la inclinacion.
Emp. Ya veo
Que fué de nuestras pasiones
El primero fundamento.
¿Pero cuál es la mayor
Pasion de las que tenemos
Los hombres naturalmente?
Fed. Dejando afectos diversos;
Son la ira y el amor.
Emp. ¿Y cuál es el mayor?
Fed. Tengo
La ira por mas pasion,
De quien los sabios dijeron
Que era una breve locura,
Que ciega al entendimiento.
Emp. Engáñaste, porque amor
Aspira en el alma á eterno;
Que como ella es inmortal,
Tambien amor puede serlo:
Y la ira, y tú lo dices,
Ser breve, pues dura el tiempo
Que dilata la venganza:
Pero del amor sabemos
Que puede durar despues
De ejecutado el deseo,
Toda la vida en un hombre.
Y es fácil aquí el ejemplo,
Que podeis todos vosostros
Tener encendido el pecho
De amor ahora, y ninguno
Tener ira; luego es cierto,
Que es mayor pasion amor.
Fed. Que es la mas noble confieso;
Pero no que la mas fuerte.
Emp. Vosostros, que estais oyendo
Al discreto Federico
Un pensamiento tan necio,
¿Qué decis de su opinion?
Confesándome primero
Si amais, porque no es posible
Que donde hay tantos sugetos
De hermosura y discrecion,
Esteis libres de este efecto.
Di tú, Fabio, por mi vida...
Fab. Yo, señor, con nadie tengo
Ira; amor sí.
Emp. ¿Quieres bien?
Fab. Cierta señora requiebro
Con mas amor que esperanza.
Aro el agua, siembro el viento.
Emp. ¿Tú, Rodulfo?
Rod. Por tu vida
Diré verdad: yo no acierto
A conquistar voluntades:
Tengo mi dama de asiento,
Aseguro mi salud,
Quiero mas, y gasto menos.
Emp. ¿Tú, Alejandro?
Alej. Gran señor,
Un imposible pretendo.
Emp. No hay imposible, Alejandro,
Rogando, amando y sirviendo.
Tristan, ya que estás aquí,
Dí tu razon, porque entiendo
Vencer con todos los votos.
Trist. Indigno, César escelso,
Me siento en tanta grandeza;
Mas como siempre te veo
Inclinado á mi favor,
Tendré á tu vida respeto.
Yo quiero una casadilla,

De cuyos ojuelos negros
Saliera el sol mas hermoso
Si se acostára con ellos.
De las rosas de la cara
Parece que amor ha hecho
Azúcar rosado el alma
De mis enfermos deseos.
Breve boca y dientes blancos,
Tales que un mico ligero,
Pensando que eran piñones
Saltó una vez á comerlos:
Las manos eran, por Dios,
Lindas, si pidieran menos;
Lo que es el brio pudiera
Ser el alma de otro cuerpo.
Fuése el marido á una aldea;
Sustituir quise el lienzo
De sus sábanas, volvió,
Era rigoroso invierno,
Escondióme en un tejado
Del marido, y no del cierzo,
A donde estuve sin juicio
Hasta que el alba riendo
Me tuvo por chimenea,
Y con ser tan grande el hielo,
Confieso que no ha podido
Vencer de mi amor el fuego.

Emp. ¿Porqué callas, Federico?

Fed. Yo, señor, porque no puedo,
Siendo ayudante de amor,
Ayudar á tu argumento:
En toda mi vida quise
Ni dije á muger requiebro,
Ni sujeté el albedrío,
Ni rendí el entendimiento,
Ni escribí papel de amores,
Ni tuve de nadie zelos,
Ni me vió rondar de noche,
Ni oyó mis quejas el viento,
Ni supe qué eran desdenes
Ni favores, porque tengo
De las tragedias de amor
Innumerables ejemplos.

Emp. ¿Pues qué has hecho, Federico,
De toda tu vida el tiempo?
¿Tú eres hombre? ¿tú eres noble?
¿Tú valiente? ¿tú discreto?
¿En qué Escitia, en qué Etiopia
Naciste? ¿qué monte fiero
De Tesalia fué tu padre?
¿Qué tigre te dió su pecho?
¿Hombre vivió sin amor
En el mundo, donde vemos
Llorar una ave de ausencia,
Morirse un cisne de zelos,
Bramar en el bosque un toro,
Gemir en el monte un ciervo,
Y un delfin entre las ondas
Del mar, festejar paseos
Al sugeto que le dió
Naturaleza por dueño?
¿Tú no sabes, Federico,
Que desde el hombre primero
Es amor rey de los hombres?

Fed. Señor, en amor me empleo
De la virtud y los libros.

Emp. Es justo amor, no lo niego;
¿Pero hay cosa mas amable,
Ni de escelente sugeto,
Como una hermosa muger
Al humano entendimiento?
¿Qué cosa es buena sin ellas?
¿Qué es la caza, qué es el juego
Para igualar á sus brazos?
¿O por quién, dime, ha hecho
La plata la luna, el sol
El oro, el mar en su centro
Las perlas, las piedras ricas,
Los planetas, influyendo
Para diversas colores
Sus calidades y efectos?
¿Para quién tanto artificio;
Desde el gusano pequeño,
Que labra en capullos blancos
El túmulo de su entierro,
De donde la seda sale,
Con que vestimos los cuerpos,
Que nos dieron aquel ser
Que todos reconocemos?
Pues advierte, Federico,
Que desde hoy (estame atento)
Has de buscar á quien ames,
Humilde, ó alto sugeto;
Porque en mi cámara, juro
Por Dios, y esto será cierto,
Que no ha de entrar sin amor
Hombre ninguno; que creo,
Que hombre que no sabe amar,
No sabrá servir, y aun pienso,
Que no puede ser leal,

Ni valiente, ni discreto.
No digo, que amor vicioso
Ocupe tus pensamientos,
Sino amor casto, que obligue
Virtuoso á un fin honesto.
¿Qué piensas tú que es él solo?
Pues profesas libros, pienso,
Que si á Aristóteles viste,
Sabrás que dijo por ellos,
Que él solo era Dios ó bestia;
De cuya máxima entiendo,
Que si acompañan amigos
El humano entendimiento,
No la voluntad, que aspira
A mas estrechos deseos;
Y al mismo sabio tambien
Le desterraron los griegos,
Porque adoraba á su dama,
Y la hizo altar ó templo.
¿Hasme entendido?
Fed. Muy bien;
Y que buscaré sugeto,
A quien amar desde hoy.
¿Y cómo? si ya le tengo *ap.*
Mas alto que el mismo sol.
(*Dentro ruido.*)
Uno. Ataja, ataja: del cerro
Pelado desciende al verde
Valle.
Otro. Si á Melampo suelto,
No se le irá por los piés,
Aunque le igualen al tiempo.
Emp. Corred, caballeros, todos,
Que en esta fuente os espero.
Fed. ¿Y yo tambien?
Emp. Federico,
Tú el primero.
Fed. Ya obedezco
Tu gusto. Vamos, Tristan.
Trist. Un grande preñado llevo
De cosas que te decir.
Fed. Hablarémos en secreto.

ESCENA VI.

EL EMPERADOR.

Quien no sabe de amor vive entre fieras,
Quien no ha querido bien fieras espante;
O si es Narciso, de sí mismo amante,
Retrátese en las aguas lisongeras.
Quien en las flores de su edad primeras
Se niega á amor, no es hombre, que es diamante,
Que no lo puede ser el ignorante,
Ni vió sus burlas, ni temió sus veras.
¡O natural amor! que bueno y malo,
En bien y mal te alabo y te condeno,
Y con la vida y con la muerte igualo:
Eres en un sugeto malo y bueno,
O bueno al que te quiere por regalo,
O malo al que te tiene por veneno.

ESCENA VII.

EL EMPERADOR, ISABELA Y FLORA VESTIDAS DE LABRADORAS, Y VELARDO DE VILLANO.

Isab. Muy mal nos habeis guiado.
Vel. No ha sido la culpa mia,
Que esta gente no venia
A merendar en el prado
Para sentarse despacio:
Ni estamos para mirar
Al César salir ó entrar
En las puertas de palacio.
Todos van en sus rocines
Por el monte discurriendo.
Isab. Lejos se escucha el estruendo.
Flor. De aqueste valle en los fines
Repite el eco en las voces.
Emp. ¡Qué graciosa labradora!
¿Sale mas fresca la aurora?
Isab. Tú, pienso que no conoces
Al emperador.
Vel. Yo no.
Isab. Mas no será menester,
Que bien se echará de ver.
Vel. Pintado lo he visto yo,
Y así vendrá por acá.
Isab. ¿Cómo?
Vel. Con un gran ropon
De armiños blancos, tuson
De oro, en que el cordero está
Entre piedras y eslabones,
Corona de tres, el mundo
En la mano, el sin segundo
Cetro de tantas naciones,

Y la valerosa espada.
Isab. ¿Y ha de venir á cazar
De esta suerte?
Flor. ¿Y aquí andar
Con la púrpura sagrada?
Vel. Andan tan graves y erguidos,
Que por sus reales leyes,
He pensado que los reyes,
Flora, se acuestan vestidos:
Nosotros mudamos cara
Con mala ó buena fortuna;
Los reyes no, siempre es una.
Emp. Mientras mas para y repara
Mi vista en esta muger,
Mas hermosa me parece.
Flor. El César se desparece;
Bien nos podemos volver.
Isab. ¡Ay, Flora, qué gran desaire
Ser al aire mi venida!
Emp. No he visto cosa en mi vida
De tanta gracia y donaire.
Isab. ¿Sin ver á los cortesanos
Siquiera me he de volver?
Emp. Labradora puede ser
De corazones humanos.
Isab. Allí he visto un caballero.
¡Ola! qué digo, señor,
¿Dónde está el emperador?
Emp. Aquí, señora, le espero;
¿Mas qué es lo que quereis?
Que yo soy un gran privado.
Mucho tendreis negociado
Con las gracias que teneis,
Porque siempre la hermosura
Lleva cartas de favor.
Isab. Ya sé que el emperador
La divina arquitectura
Humilla á cualquier muger.
Emp. No á cualquiera, que en efecto,
Es quien es; mas yo os prometo,
Que si os acertase á ver,
Y á oiros hablar así,
Que se perdiese por vos.
Isab. ¿Perderse? ¡Válgame Dios!
¿Pues no tiene el mundo allí?
¿Hay mas que buscarse en él?
Emp. Quien por un ángel se pier-
Es justo que se os acuerde [de,
Que es fuerza volar tras él;
Luego buscarle en el suelo
Vuestro pensamiento yerra,
Que no se hallará en la tierra
Quien se ha perdido en el cielo.
Isab. No entendemos por acá
Tan angélicos requiebros,
Que entre castaños y enebros
Humildemente se va:
Decidnos del talle y cara
Del señor emperador.
Emp. Miradle como á señor,
En que el respeto repara;
Y con eso le habreis visto:
¿Mas dónde vivis?
Isab. No sé.
Emp. ¿Sabrélo yo?
Isab. ¿Para qué?
Emp. Porque soy el que conquisto
Para el César estas aves.
Isab. Muy buen oficio teneis,
Medraréis y privaréis,
Que son bocados suaves;
Y así á vos os lo haga Dios.
Pues junto al César estais,
Que el bien que podais le hagais,
No sea todo para vos.
No digais de nadie mal,
Que es bajeza, y no es razon
Trocar con mala intencion
Un espíritu real;
Que si de aquel alto cielo
Alguna vez deslizais,
No dudeis, si bien hablais,
Que hallaréis mas blando el suelo.
Esto os digo, aunque con miedo;
A ver al César venia,
Mas que ya se acaba el dia,
A Dios.
Emp. Esperad.
Isab. No puedo. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

EL EMPERADOR Y VELARDO.

Emp. Oyes tú, buen labrador.
Vel. ¿Qué mandas?
Emp. Saber deseo
Quién es esta labradora.
Vel. No me pareceis discreto
Para cortesano.
Emp. ¿Cómo?

Vel. Aunque es disfrazado cuerpo,
¿No veis que el alma es de dama,
Las galas y el limpio aseo?
¿Qué olor os dió de tomillo,
Pues á los ámbares hecho,
No conocísteis el suyo?
Emp. No os espanteis, soy un ne-
¿Cóme se llama? [cio.
Vel. Isabela.
Emp. ¿Y vos?
Vel. Al servicio vuestro,
Velardo.
Emp. ¿Aun viven Velardos?
Vel. ¿No habeis visto un árbol vie-
Cuyo tronco, aunque arrugado, [jo,
Coronan verdes renuevos?
Pues eso habeis de pensar,
Y que pasando los tiempos
Yo me sucedo á mí mismo.
Emp. Vos decis bien, y yo quiero
Daros aquesta sortija.
Vel. ¿De oro?
Emp. De oro, pues.
Vel. Del pueblo
Soy, señor; mas hay dos cosas
Con peligro manifiesto
De ser envidiadas.
Emp. ¿Cuáles?
Vel. La riqueza y el ingenio.
¿Dan todos los cortesanos
De esta suerte?
Emp. Así lo pienso.
Vel. Porque dicen por acá
Que el dar se pasó á otro reino.
Emp. ¿Quién es Isabela?
Vel. Es hija
Del duque Octavio.
Emp. Ya tengo
Noticia del duque Octavio,
Y tambien de su destierro.
Vel. No tiene el César razon
De tenerle tanto tiempo
Desterrado de la córte
Por envidia.
Emp. Ahora entiendo
Lo que me dijo Isabela:
Todos los malos sucesos
Atribuyen los culpados
A los que tienen gobiernos.
¿Es casada esta señora?
Vel. No, señor, que está su viejo
Padre muy pobre.
Emp. Es hermosa.
Vel. No es el dote de estos tiem-
Emp. ¿Dónde vive? [pos.
Vel. A mano izquierda,
Entre esas hayas y tejos
Se esfuerzan dos torres mochas,
Para ser mas altas que ellos:
Allí pasa su tristeza
Y su vejez; mas ya siento
Vuestra gente, á Dios, á Dios;
Que van mis amas huyendo
De la noche, y de que el duque
Sepa que tan lejos fueron. (*Vase.*)

ESCENA IX.

EL EMPERADOR, FEDERICO
Y LOS DEMAS.

Fed. No ha visto en esta selva ni en ninguna,
De este ni otro horizonte,
Tu magestad cesárea tan valiente
Parto de los peñascos de aquel monte:
De juncos se vistió de esta laguna,
Llevando del hocico y de la frente
Colgados los lebreles irlandeses,
Ardientes canes de estos rubios meses;
Y á Melampo y Taurin por arracadas,
Las orejas en púrpura bañadas.
Allí entre el cieno y ovas
De tantas cuevas y húmedas alcobas,
Rindió la fuerte vida,
Buscando el agua de su amor teñida,
En cuya sed, por mas ardides fragua,
Bebió mas de su sangre que del agua:
Ven á verle si quieres.
Emp. Ya no puedo,
Que baja entre las sombras de su mie-
La noche que nos cubre, [do
Y la creciente luna se descubre
En los fines del dia.
No está lejos de aquí la casería
Del duque Octavio, albergaréme en ella,
Hasta que salga la amorosa estrella,
Paraninfo del sol.

Fed. ¿Del duque Octavio?
¿Pues ya te olvidas del pasado agravio?
Emp. ¿Es mucho que me olvide,
Si con los años el rigor se mide?
Fed. ¿Quién te ha dicho, señor, que aquí vivia
El duque?
Emp. Un labrador, que conducia
Sus bueyes de la arada,
Atadas las coyundas á las frentes,
Y en la rústica mano la aguijada.
Fed. Resultarán dos mil inconvenientes
De ver al duque ahora desterrado.
Emp. No lo estará, si queda perdonado.
Fed. Está todo el servicio en esa aldea.
Emp. Traerle.
Fed. Será tarde.
Emp. Aunque lo sea.
Fed. Estaba puesto allá todo recado.
Emp. Federico, acabad, no seais pesado. (*Vase.*)

ESCENA X.

FEDERICO Y TRISTAN.

Fed. ¡Estraña novedad! ¡Por dónde, cielos,
Ha dado mi desdicha en el agravio,
Huyendo del peligro de los zelos!
Si no es dichoso, no hay amante sabio.
¡Qué supiese, á pesar de mis desvelos,
La casa donde estaba el duque Octavio!
¡Amor, qué importan prevenciones dichas.
Donde tienen imperio las desdichas!
Trist. ¿De qué te afliges?
Fed. Todo me desvela.
Trist. ¿Pues hay mas que decirla que se esconda
A los ojos del César Isabela,
Y que á tus justos zelos corresponda?
Fed. ¿No has visto halcon que á las perdices vuela,
Y que las va cercando á la redonda,
Y que la mas segura y escondida
Pierde primero que el temor la vida?
Así será Isabela, y sus criadas
Guardadas de mis zelos y temores.
Trist. Cuando alojar soldados camaradas,
Sienten para su mal los labradores,
Esconden las gallinas, y guardadas,
Apenas siente el gallo los albores
De la primera luz, cuando en voz fuerte,
Se vuelve cisne por cantar su muerte.
Aquí será, señor, de otra manera,
Si tu Isabela defender procuras,
Porque no cantarás estando fuera,
Y ellas con esconderse están seguras.
Fed. ¿Quién fuera nube que esconder pudiera
De Isabela, mi sol, las luces puras?
Mas como no es posible al de los cielos,
Menos podrán su resplandor mis zelos.

ESCENA XI.

Sala en casa del duque.

EL DUQUE OCTAVIO Y VELARDO.

Oct. La vuelta de Federico
Que viene el César confirma.
Vel. Digo que he visto, señor,
Acercarse á nuestra quinta
Gente del real servicio,
Instrumentos de cocina
Y aparatos de la noche,
De que tan graves venian
Las acémilas que llevan
Los reposteros encima
Con las armas del imperio,
Que dije: si estas caminan
Tan soberbias, porque traen
Cosas de tan baja estima,
¿Qué mucho que lo parezcan
Los que tan cerca se miran
Del señor emperador?
Oct. No sé por dónde mi dicha
Le ha traido á nuestro monte.
Ni como ya se le olvida
Lo que tuvo por agravio;
Presumo que determina

Perdonarme, y que ha buscado
Con esta invencion fingida
Ocasion á su piedad;
Que en fin cuando pretendian
El imperio de Sajonia,
Y él con armas atrevidas,
Dejé la parte de Othon,
Teniendo mayor justicia.
Coronóse, al fin, venciendo,
Y en viendo en su frente altiva
Las hojas de oro y laurel,
Del sagrado imperio insignias,
Pudiendo verter mi sangre,
Con destierro me castiga.
Ya va llegando la gente;
Entra, y á Isabela avisa,
Que tengo al César por huésped,
Para que esté prevenida
Para besarle la mano.

Vel. La gente, señor, me admira;
Que sigue á un rey, aunque sea
Para entretenerse un dia.

Oct. Si ves el campo del cielo
Y el sol, ¿porqué no imaginas
Los ejércitos de estrellas
Que de su luz participan?
Lo mismo es un rey.

Vel. Yo parto
A decir que se aperciba
Mi señora á ver el sol.

ESCENA XII.

EL DUQUE, EL EMPERADOR Y LOS DEMAS.

Fed. Aquí está el duque.

Oct. Y se humilla,
Gran señor, á vuestros piés,
A donde lágrimas sirvan
De palabras, que mejor
Con ellas se significan
Los sentimientos del alma.

Emp. Quien á vuestra casa misma
Viene, Octavio, claro está
Que el perdon os anticipa.
El blason de nuestro imperio,
Entre el acero y la oliva
Dice que perdona humildes,
Y que soberbios castiga:
Yo os abrazo, que es la pluma
Que las amistades firma,
Sin acordarme de agravios.

Oct. Vuestra magestad invicta,
Soberano Othon, bien sabe,
Que como alma arrepentida
Me sepulté en estos montes
En pena de mi desdicha,
Pudiendo del de Sajonia,
Cuyas banderas seguia,
Admitir grandes mercedes.

Emp. No es menester referirlas,
Sino saber que tendreis
Con este perdon las mias.

Fed. Temblando, Tristan, estoy.

Trist. ¿Pues de quién?

Fed. De que le impida
Que quiere ver á Isabela.

Trist. ¿Y qué habrá despues de vista?

Fed. Ser su hermosura tan grande,
Que si el César se le inclina,
No habrá poder en el mundo
Que lo que temo resista.

Emp. ¿Federico?

Fed. ¿Señor?

Emp. Oye.
Ya me parece que hacia
Agravio á tu amor, callando
De mi súbita venida
La causa.

Fed. Y yo la deseo,
Pues de Octavio la malicia,
Con que tomó contra tí
Las armas, no merecia
Este perdon.

Emp. Cuando os fuisteis
Salió de aquellas encinas,
¡Quién creyera tal! un ángel,
Un cielo, un sol, una ninfa
Vestida de labradora,
Que deseosa venia
De ver al emperador,
Y por verla, y por oirla,
No le dije que yo era.
Su hermosura y gallardía
Fueron un rayo á mi alma;
No he visto cosa mas linda
Desde que tengo el laurel
De Alemania, ni en mi vida
Me dió mas dulce deseo
De su amorosa conquista.

Esto me trujo á su casa,
Sabiendo que era la hija
Del duque: dile al descuido
Que me enseñe su familia;
Iréme en viéndola, y tú
Le dirás que amor me obliga
A tanto esceso, y que á solas
Honestamente permita
Que hablemos los dos.
Fed. Señor,
¿Sola Isabela venia
A verte?
Emp. Así me lo dijo.
Fed. Tu gran magestad obliga,
Contra el honesto recato
Que de esta dama pùblica
La fama, á mayor esceso.
Emp. ¿Ahora sabes que incita
Toda novedad los ojos
De las mugeres?
Fed. Es digna
Tu grandeza de mayores
Milagros.
Emp. Todo lo miran,
Todo lo vèn las mugeres
Que quieren vèr y ser vistas;
Porque si cuando desean
Ver y ser vistas, les quitan
Ser vistas, y que las vean,
Harán mil cosas indignas;
Romperán torres, saldrán
Por rejas, pondrán mil vidas
Y mil honras en peligro.
Fed. Bien lo dicen mis desdichas;
Echó la fortuna el sello, [*ap.*
Y firmó cuanto temia.
¡Bien dicen los desdichados,
Que las almas profetizan!
Ya no es menester, señor,
Que al duque Octavio le diga
Lo que mandaste: ella viene.

ESCENA XIII.

DICHOS, É ISABELA ACOMPAÑADA DE CRIADOS.

Isab. Vuestra magestad permita
Los piés á su humilde esclava.
Alej. No soy yo, señora mia:
Allí está el emperador.
Fed. Ay, señora, por tu vida,
Que es el que hablaste en la fuente.
Isab. El alma me lo decia,
Y no lo quise creer.
Dejad, señor, que se rinda
Esta esclava á vuestros piés.
Emp. Que los brazos os reciban,
Es mas justo. ¡O Federico,
Qué hermosura tan divina!
Fed. Demonio la juzgo yo. *ap.*
Emp. ¿Qué intercesora podia
Como vos traer el duque?
Isab. Laurel de mil mundos ciña
Esa victoriosa frente.
Emp. Parece descortesía
El recibiros en pié;
Entrad, y tomemos sillas.
Da la mano, Federico,
A Isabela.
Fed. ¡Ah, fementida!
Isab. ¿Pues qué culpa tengo yo?
Fed. Pregúntalo á las encinas
Donde fuiste á ver al César:
Eres muger.
(*Vuelve el rostro el emperador.*)
Emp. ¿Qué decias
A Isabela?
Fed. Que merece
De tu imperial monarquía
La mitad.
Emp. Y aun toda es poco.
Fed. ¡Qué traicion!
Isab. ¡Qué necia envidia!
Flor. ¿Y tú no me das la mano?
Trist. En cinco dagas buidas
Quisiera volver los dedos.
Flor. ¡Qué locura!
Trist. ¡Qué desdicha!
Flor. ¿Qué quieres? tenemos ojos,
Y los ojos...
Trist. Dilo.
Flor. Miran.
Trist. Mal cuervo aposente el pico
En la mitad de tus niñas.
Flor. ¿Pues á quién ofende el ver?
Trist. Ya sé que el diablo os pe-
En habiendo novedad. [llizca
Flor. ¿Y vosotros?
Trist. ¿Pues querias
La libertad que tenemos

Por ejecutoria antigua?
Flor. Con eso no ven muger,
Que luego no la codician
Los hombres.
Trist. Flora, entre yeguas
Todo caballo relincha.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de palacio.

FEDERICO y ALEJANDRO.

Alej. Piadosa hazaña del invicto [César
Ha sido, Federico, en tanto agravio
El haber perdonado al duque Octavio;
No sé si diga que de amor ha sido,
Pues no solo á la córte le ha traido,
Pero de oficios de su casa honrado.
Fed. Como nunca, Alejandro, me [ha tocado
La envidia de la córte,
Siempre camino por distinto norte.
Bien sé que la hermosura de Isabela,
Puede en la edad de Othon, si le [desvela
Ser causa del honor que al duque [ha hecho;
Pero de sus virtudes satisfecho,
Y de la buena fama de esta dama
(Que en las mugeres es la mayor [fama
Tendré por imposible su deseo;
Fuera de que no creo,
Que Othon la mire como habeis pen- [sado.
Alej. Su condicion me ha dado
Tan necio pensamiento,
Y de haberle tenido me arrepiento;
Que el tiempo que estuvimos en la [aldea
Me dió ocasion de amarla su hermo- [sura.
Fed. ¡Estraña desventura! *ap.*
No hay cosa que no sea
Para tormento mio.
Alej. Vila una tarde que bajaba [al rio
Con Flora, su parienta, ó su criada:
Sentóse en la esmaltada
Orilla entre las flores,
Que de envidia esforzaban sus colo- [res,
Y tomando una caña
Que un labrador traia,
Cada pez que sacaba parecia
Una estrella de plata por el viento,
Pendiente del sedal se resistia.
Llegué con osadía,
Y dije: si los peces almas fueran,
A tan dichosas manos acudieran
Sin resistirse tanto.
Fed. Buen requiebro.
Alej. Debeisos de burlar.
Fed. Antes celebro
Que vinieron las almas por despojos
Al cristal del anzuelo de sus manos,
Y al cebo de sus ojos.
Alej. Allí nacieron pensamientos [vanos,
Allí esperanzas locas
De palabras corteses, aunque pocas,
Que me dijo bañando en clavel puro,
Cuando mezcla lo claro con lo oscuro
El nevado jazmin de sus mejillas:
Cubriéronse de sombra las orillas,
Porque el sol de Isabela y el del cielo
A un tiempo las dejaron,
Quedando en la ribera tristes ecos,
Las flores desmayadas, las suaves
Aguas sin risa, y sin cantar las aves.
Con este amor, con este casto celo,
Que sus dulces palabras alentaron,
Pienso pedirla á Octavio.
Fed. Dichoso vos, que sabio
Seguis queriendo bien de Othon el [gusto,
Yo sin amor, aunque le voy buscan- [do,
Finjo que muero amando.
Alej. ¡Ay Dios! no finjo yo, que [amando muero;
Si llegare ocasion, de vos espero
Con el César favor para casarme.
Entro á vestirle, y entro confiado
De la merced que siempre me habeis [hecho.
Fed. Y yo quedo á serviros obli- [gado.
Alej. Siempre lo estuve de ese noble [pecho. (*Vase*)

ESCENA II.

FEDERICO.

Canta pájaro amante en la enra-
[mada
Selva á su amor, que por el verde
[suelo
No ha visto al cazador, que con des-
[velo
Le está escuchando la ballesta ar-
[mada:
Tirarle, yerra, vuela, y la turbada
Voz en el pico trasformada en hielo,
Vuelve, y de ramo en ramo acorta el
[vuelo,
Por no alejarse de la prenda amada.
De esta suerte el amor canta en el
[nido,
Mas luego que los zelos, que recela,
Le tiran flechas del temor de olvido,
Huye, teme, sospecha, inquiere,
[cela;
Y hasta que ve que el cazador es ido,
De pensamiento en pensiamento vue-
[la.

ESCENA III.

FEDERICO y TRISTAN.

Trist. Pensarás que me he tardado
Por culpa mia.
Fed. No sé;
Pero sé que te esperé,
De esperar desesperado.
Trist. A la nueva casa fuí
De la señora Isabela
Con la propuesta cautela,
En cuya portada ví
Como salvage á Velardo,
Que en la forma de escudero,
Quiere olvidar lo grosero,
Y presumir lo gallardo.
Por Flora le pregunté;
El me abrazó y me llevó
A la sala, donde yo
El nuevo adorno admiré.
Visten las paredes tela
Que hasta el suelo se dilata,
Y está en baranda de plata
El estrado de Isabela,
Que es el cristal de esta audiencia:
Escritorios, sobrestantes,
Que tuvieran para amantes
Notable correspondencia.
Ramilletes con las flores
Fingidas, que burlar pueden
Las abejas; tanto esceden
Las imitadas colores.
Del duque Octavio un retrato
Con el militar baston,
Que fué la ofensa de Othon,
Por quien le llamaba ingrato;
Pero ya se le figura
Que nunca lo pudo ser:
¡Válgame Dios, qué poder
Tuvo siempre la hermosura!
Fed. Llamáronla tiranía
Breve, con mucha razon.
Trist. Eso las mugeres son
En su breve lozanía.
Fed. ¡Gran poder!
Trist. Corre parejas
Con el mas alto poder:
Brava cosa ser muger,
Si no llegáran á viejas;
Mas como al fin les alcanza
Tan notable diferencia,
Allí dan su residencia,
Allí tomamos venganza,
Allí llega el que gastó
Su hacienda, y la cobra en risa;
Allí el despreciado pisa
La hermosura que adoró;
Allí la rosa y jazmin
Que el poeta encareció
Seca se muestra, y quedó
Solo al serafin el fin;
Allí la que á la ventana
Por grande favor salia,
Haciendo el papel de tia,
Va por la calle entrecana;
Allí la cara que intenta
Hacer al sol igualdad,
Parece rapado abad,
Y mas si engorda á cincuenta.
Pero son tan venturosas,
Que cuando la edad declina
O tienen hija, ó sobrina,
Bien prendidas, bien airosas,
Con que aquella tiranía
Se hereda por sucesion.

Fed. ¡Qué cansada relacion,
A quien el alma tenía
Colgada de tus razones!
Trist. Es retórico rodeo,
Porque con mayor deseo
Me escuches.
Fed. ¡Qué de invenciones!
Trist. Digo que Flora salió,
Y que me dió mil abrazos;
Pero apartóle los brazos...
¿Quién dirás?
Fed. ¿Pues sélo yo?
Trist. Hazte simple; tu Isabela,
Que salió oyendo mi voz,
A abrazarme, mas veloz
Que garza que el halcon vuela.
¿Cómo piensas que venia?
El cabello en una mano,
Y en otra el peine, que en vano
Pensaba ser celosía
Del sol de sus bellos ojos;
Y así como me abrazó
Todo el hombro me vistió
De aquellos ricos despojos.
Celebré mucho el favor,
Y el verme, aunque era postiza,
Con una muceta riza
De peregrino de amor.
Entraba el sol por la reja
Como envidioso al soslayo,
Que bien diera el mayor rayo
Por tan hermosa guedeja,
Así me llevó al estrado
Preso en tan dulce prision,
Que el César con el tuson
No va tan bien adornado.
Sentóse, é hizo que Flora
Me llegase una almohada:
Repliqué, no importa nada;
Y sentéme de señora.
Lo primero en que me habló,
Fué en tu crueldad, pues no quieres
Verla.
Fed. Propio en mugeres:
No la ví, porque ella vió;
Ella fué causa...
Trist. Es verdad.
Fed. Yo la viera, si no viera:
Vió lo que escusar pudiera;
Esa si que fué crueldad.
El emperador la adora,
Porque ella le quiso ver:
Competir, no puede ser.
Trist. Un remedio queda ahora.
Fed. ¿Cuál?
Trist. El César te ha mandado
Que busques á quien amar;
Di que andándola á buscar,
Con Isabela has topado;
Que como te quiere bien,
Podrá ser que liberal
Te la deje.
Fed. Mayor mal
Resultar puede tambien;
Pues seria hacer de modo,
Si zeloso se enojase,
Que de aquí me desterrase,
Y será perderlo todo,
Mejor es disimular
Y dejar á la fortuna
Mi esperanza, si en alguna
Puedo mi remedio hallar.
Pero en fin, ¿en qué paró
La plática?
Trist. En un efecto
De amor, que de lo secreto
Del alma, al rostro salió.
Fed. ¿Cómo?
Trist. Por ser cosa fria
Esto de las perlas ya.
Aunque mar del Sur está
Cansado de las que cria;
No digo que las lloró,
Pero que lágrimas ví:
Tú allá sabrás para tí,
Si fueron perlas ó no.
Fed. ¿Lágrimas?
Trist. Pude cogerlas.
Fed. Todo me siento abrasar.
Trist. Pues échate en aquel mar,
Serás gusano de perlas.
Fed. ¡No me guardarás alguna!
Trist. En esta ropilla están.
Fed. Pues desnúdate, Tristan;
No te ha de quedar ninguna.
Trist. Quedo, señor, que en tu pe-
Cayeron, porque él podia [cho
Guardarlas solo.
Fed. ¿Y no ardia
El mio en fuego deshecho?

Pero están mas propiamente
En su mismo nácar ahora,
Si son perlas de la aurora,
Y no de su luz ausente.
¡ Ay de mí !
Trist. Quedo, señor,
Que el César sale.
Fed. Él me mata.

ESCENA IV.

Dichos, FABIO, ALEJANDRO y RODULFO con un espejo, y otro con la capa y la espada, EL EMPERADOR mirándose.

Emp. Pienso que está bien así :
Dadme la capa y la espada.
Fed. ¿ Traerán la carroza ?
Emp. No ;
Aunque la pedí : dejadla.
Rod. ¿ Quieres que llegue el caba- [llo?
Emp. Ninguna cosa me agrada:
Mal estoy conmigo mismo,
Si no hay gusto todo cansa.
¿ Hay nuevas ?
Alej. Muchas, señor.
Emp. En la córte nunca faltan.
Alej. Hizo la naturaleza
Que engendre su semejanza
Todo animal, y en algunos
No puso primera causa,
Porque lo es sola la tierra,
Los cuerpos muertos, ó el agua;
Y así hay nuevas en la córte,
Que la verdad y las cartas,
Ni las saben ni las vieron,
Y como son engendradas
Del viento, en el viento mueren.
Emp. ¿ Qué hay de Italia ?
Alej. Que la [Italia
Infesta al turco.
Emp. Yo creo
Que he de darle por Albania
Algun mal rato, si puedo.
¿ Qué hay de España ?
Alej. No hay de Es- [paña
Cosa nueva, que no es poco.
Venecia, dicen, que trata
Cobrar á Chipre.
Emp. ¿ Aquí estás,
Federico? ¿ ya te guardas
De servirme ?
Fed. No me atrevo,
Despues que buscar me mandas
Dama.
Emp. ¿ Pues eso es difícil ?
Fed. Si se busca, no se halla.
Emp. Dices bien, porque el amor
Viene cuando no le llaman;
Que es legítimo accidente,
Y la eleccion es bastarda.
¿ Y has hallado alguna ?
Fed. Pienso
Que he visto una buena cara;
Pero ando recateando
El dar mas ó menos alma.
Emp. Si la merece el sugeto,
Dásela toda ¿ qué aguardas ?
Porque no hay buenos amigos,
Si la semejanza falta.
Un entendido con otro
Hacen linda consonancia,
Dos que una ciencia profesan,
Dos que escriben, dos que cantan,
Dos que juegan, dos que sirven,
Dos que venden, dos que tratan.
Yo amo ¿ cómo te puedo
Decir mi amor, si no amas,
Porque harás burla de mí ?
Fed. Ya, señor, pienso que basta
Lo que quiero para entrar
En tu cámara, que tanta
Fuerza tiene tu opinion.
Emp. ¿ No has visto hacerse pro- [banza
En los actos de nobleza ?
Pues yo quiero que se haga
De que ama quien entra aquí,
Porque como los que aman
Son locos, los que están cuerdos
Harán burla de sus ansias,
De sus furías, de sus zelos,
Temores, desconfianzas.
Alegrías y tristezas;
Que los que por otras causas
El entendimiento pierden,
Son locos, porque les falta
El juicio; mas en amor,
Es porque les falta el alma.
Ya, en fin, amas, que los libros
No estorban, que si estorbáran

No amára Estela á Platon,
Ni sus prendas estimára
Con tal fe; con que no tienes
Respuesta.
Fed. Rindo las armas
A tu opinion.
Emp. Amor solo
Todas las ciencias abraza.
Fed. Amor ha hecho poetas
Y pintores de gran fama,
Amor es filosofía;
No hay ciencia que sin amarla
Pueda llegar á saberse.
Paréceme que retratas
Las escuelas de Platon,
Y yo te doy la palabra
De amar con tanto furor
Y tantos zelos, que salga
Un discípulo famoso:
Pero mira que me mandas
Querer, y que si llegare
A ser loco por tu causa,
Me has de ayudar á volver
En mí; porque fuera vana
La ciencia, si los maestros
Solo el amor enseñáran,
Y no el remedio de amor.
Emp. Palabra te doy, jurada
Por mi laurel de ayudarte,
Si llega tu amor á tanta
Fuerza, que haya peligro
De perder con la esperanza,
O la vida, ó el juicio.
Fed. Pues esa palabra basta
Para que mi ama sirva.
Emp. Un dia, con avisarla
De que yo la quiero ver,
Me has de enseñar á tu dama,
Pues yo te he dicho la mia;
Y ahora con mas confianza
Quiero que á ver á Isabela
Con este título vayas,
Que le he dado de condesa
De Prado, nombre que cuadra
A quien tiene tantas flores,
Que naturaleza vária
Dió menos á los de Chipre,
Cuando con piés de esmeraldas
La primavera los pisa,
Y la aurora los esmalta.
Fed. Yo lo haré, señor, así.
Emp. ¿Qué hay, Tristan?
Trist. Gran señor,
Si caigo de tu favor, [nada,
Y mucho, estando en tus gracias.
Preguntóle un caminante
A un labrador ¿qué llevaba
En una carga? y él dijo,
Previniendo la desgracia:
Nada, si cae el jumento;
Y era de vidrios la carga.
Tan sutil es el favor
De las magestades altas,
Y la humana condicion
Está sujeta á mudanzas.
Soy jumento de mi amo,
Y importa que yo no caiga,
Porque no se quiebre y rompa
El vidrio de su privanza:
En fin, los dos vamos juntos.
Emp. ¡Qué donaire!
Trist. Pues me alabas,
No quieres darme otra cosa.
Emp. ¿No es gran premio la alaban-
Trist. Grande; pero las lisonjas [za?
Desvanecen, y no hartan.
Yo soy quien te ha de alabar,
Y como no me das nada,
Desvanecerme te debo.
Emp. Yo te prometo mañana
Una gran cosa.
Trist. Tus piés
Beso.
Emp. Tú, vete, ¿qué aguardas?
Federico, donde digo.

ESCENA V.

FEDERICO y TRISTAN.

Fed. Buenas van mis esperanzas,
Buenos van mis pensamientos;
El César, Tristan, me manda
Llevar favores á quien
A puros zelos me mata.
Título llevo á Isabela
De condesa.
Trist. ¿En qué te agravia
Si despues viene á ser tuya?
Fed. En una copa dorada
No importa que beba un rey;

Ni que se ciña una espada,
O que se ponga un vestido,
Primero que otro le traiga;
Pero una dama, Tristan,
Es materia de honra y fama:
Y como dijo un discreto,
La honra tiene dos caras,
Antes que se casen una,
Y otra despues que se casan,
Y cualquiera de estas mira
La presente y la pasada.
He tenido por desdicha,
Entre muchas que me aguardan,
Que esté en frente de palacio
La casa de aquesta ingrata,
Pues apenas salgo de él,
Cuando miro á sus ventanas,
Que aunque es echar agua en fuego,
Es el fuego de la fragua,
Que cuanto le matan mas,
Levanta mayores llamas.
Trist. ¿Si llora por tí, qué quieres?
Fed. ¡Oh Tristan, que no mirára!
Trist. Ya lo que sus ojos vieron,
Con tantas lágrimas pagan.
Fed. En efecto, voy á verla.
Trist. Y no vas de mala gana.
Fed. Subiendo voy, como quien
Míseramente acompañan,
Por los pasos de su muerte
El cordel y la esperanza.

ESCENA VI.

Sala en casa del Duque.

EL DUQUE, ISABELA y FLORELA

Duq. Ya que estás en la córte no [quisiera
Que fueras blanco á pensamientos [vanos
De tanta juventud.
Isab. Los cortesanos
Siguen la novedad.
Duq. La vez primera
Que en público saliste,
Tantas envidias á las damas diste,
Como deseos á galanes locos,
Y donde miran muchos, no hablan [pocos
Isab. Yo presumo, señor, á lo que [aspiras,
Que pienso que eres el que mas me [miras.
Duq. Quisiera yo casarte.
Isab. La tema de los padres.
Duq. Mas la vuestra,
Como mil veces la esperiencia mues- [tra:
Y quisiera emplearte
En uno de los grandes caballeros
Que el César favorece,
Porque cualquiera de ellos te merece;
¿Será bueno Rodulfo?
Isab. No me agrada.
Duq. ¿Fabio?
Isab. Tampoco.
Duq. ¿Y Alejandro?
Isab. Menos.
Duq. Pues todos son tan buenos,
Y mejores que yo.
Isab. No importa nada
Para la inclinacion.
Duq. No te replico.
¿Osaréte nombrar á Federico?
Isab. ¿Pues tengo de espantarme?
¿No es como los demas?
Duq. Mas me responde
La color de tu cara sin hablarme,
Que tu lengua pudiera.
Isab. Mal esconde *ap.*
El alma un grande amor.
Duq. ¿Qué dices?
Isab. Digo
Que es á quien quiere mas el César.
Duq. Veo.
Entre breves razones tu deseo.
Al César hablaré; tu gusto sigo.

ESCENA VII.

ISABELA y FLORELA.

Flor. No sé como has hablado
Al duque en Federico de esta suerte,
Cuando huye de verte.
Isab. Turbóse el corazon, y apre- [surado
Dijo cuanto sabia,
Sin que supiese yo lo que decia.
Confusa estoy, que el César poderoso
A Federico tiene tan zeloso,
Que pienso que me olvida.
¡Oh nunca yo le viera!
Flor. ¿Quien pensára, señora, que [pudiera

De una vista quedar tan encendida
La voluntad de Othon?
Isab. Quién sabe, Flora,
Que el mas breve placer tarde se llora.

ESCENA VIII.

DICHAS Y VELARDO.

Vel. Tan mal me amaño al vesti-
Que parece que ando armado; [do,
De estremo á estremo he pasado,
Allá holgado, aquí fruncido.
Aquí ando de puntillas,
Y para dar un recado
Cuando están en el estrado,
Hácenme hincar de rodillas.
Quise como allá en el prado
Con una cinta atacarme;
Quebróseme por bajarme
Y no pude de turbado
Componerme tan aprisa,
Aunque ellas con no mirar
Se pudieron escusar
De verme con tanta risa.
Yo por echar á correr
Aumenté mas sus placeres:
Demonios son las mugeres,
Que todo lo quieren ver.
Ya se me habia olvidado
Un recado que traia:
Ya temo la cortesía
Con miedo de lo pasado:
Quedito la reverencia:
Señora, á la puerta están...
Isab. ¿Quién?
Vel. Federico y Tristan.
Mira si les das licencia.
Isab. ¿Qué dices?
Vel. Que están aquí.
Isab. ¿Federico?
Vel. Él mismo pues.
Isab. Es imposible.
Vel. No es.
Isab. ¿Veístesle vos?
Vel. Yo le ví.

ESCENA IX.

DICHOS, FEDERICO Y TRISTAN.

Fed. Qué bien haces de dudar,
Isabela, que soy yo,
Y que quien de aquí salió
Pudiese volver á entrar:
No por mí te vengo á hablar,
El emperador me envia,
Que no fué voluntad mia;
Pues solo el emperador,
Como absoluto señor,
Mandarme verte podia.
No juzgues á desvaríos.
Amorosos verte así,
Con sus ojos vengo aquí,
Que no vengo con los mios:
Él me ha prestado estos brios,
Él te mira, que yo no;
Mírale en mí, pues te vió,
Para que por mí te vea,
Que no es posible que sea
Yo quien te ve, siendo yo.
Yo no soy quien te queria,
Pues vengo á mi amor traidor
A solicitar tu amor
Por el César que me envia.
Él te quiere, y yo solia,
Mas que no lo sabe advierte
El alma, pues viene á verte,
Que solo encubren mis ojos,
Porque con estos enojos
No dejase de quererte.
Otro soy, otro sin ver,
Para no sentir que vengo
A verte, pues que no tengo
El ser que me dió tu ser:
Por ver, como al fin muger,
En tal peligro me veo,
Que por no verte rodeo
Yo mismo dentro de mí
Las leguas que hay desde tí
A lo que verte deseo.
Isab. ¿Porqué con tanto rigor
Me miras y no me ves,
Si arrepentida despues
Sabes que lloré mi error?
¡O qué falso fué tu amor,
Si puedo darle este nombre,
Y como es justo que asombre
La diferencia en los dos,
Pues lo que enternece á Dios,
No puede mover á un hombre!
¿Ver y mirar no has sabido
Como diferentes son?

Porque el mirar es accion,
Y el ver es solo sentido:
¿Pues de qué estás ofendido,
Si el ver no puedes culpar?
Que es mal hecho castigar
Los ojos de una muger,
Cuando sale solo á ver
Sin ánimo de mirar;
Pero si no quieres verme
Porque yo ví tus enojos,
Paguen llorando mis ojos
Hasta cegarme y perderme:
Verme y no verme, es ponerme
En ocasion de matarme:
Tú no quieres perdonarme,
Y yo pienso con morirme,
Hacer que me llores firme,
Cuando no puedas mirarme.

Fed. Hay una fiera que tiene
Rostro humano, y esta llora
Como muger, y traidora
Los que caminan detiene,
Y al que enternecido viene,
Le suele despedazar:
Vase á una fuente á lavar,
Y como su rostro mira
Como el que mató, suspira,
Y loca se arroja al mar.
Así tú, que me mataste
Como al espejo te viste,
Y la traicion conociste
Que en tu semejanza hallaste,
Viendo que es el que mataste
El mismo de quien tenias
El alma, que no sabias,
Quisiste echarte en el mar
De tus lágrimas, y dar
Triste principio á las mias.
Ya es tarde para no ver
Lo que viste, ya por mí,
Sucedió lo que temí,
Ni puede dejar de ser:
Sujetó Dios la muger
Al hombre, mas causa enojos
Ver, que para ver antojos,
Parece ya que lo ha sido,
Que lo sacó de partido
La libertad de los ojos.
Vive tú, para que Othon,
Viva, que al imperio importa,
Y en esta merced reporta
Tus lágrimas, si lo son:
Baste por satisfaccion
Mi desdicha y tu porfía;
Vive tú, que si este dia
A los dos nos dividió,
No quiero deberte yo
Tu muerte, sino la mia.
Este título contiene
Que eres condesa del Prado,
Villa que el César te ha dado,
Con otras muchas que tiene:
Mira Isabela á que viene
Federico puesta en calma
La vida que me desalma;
Pero puédote afirmar
Que no te ha dado lugar
Como el que te dí en el alma.

Isab. Si mas que letras tuviera
Este título ciudades,
Para mis firmes verdades
Menos que un átomo fuera;
Y que vienes considera
(Cosa que amor te defiende,
Aunque el César la pretende),
Si me has de vender así,
A poner cédula en mí
Como en casa que se vende.

Flor. El César, señora.

Isab. ¿Quién?

Flor. El emperador.

Isab. ¿Él mismo?

Trist. Con solo Alejandro viene.

Fed. Retirarme es desvarío.

Isab. Yo me holgaré de que veas
Mi verdad.

Fed. Yo te suplico
Por los años de mi amor,
De mis deseos los siglos,
La eternidad de mi fe,
Lo inmortal de mis suspiros,
Que sepas disimular,
Que es hombre tan entendido,
Que con cualquiera sospecha
Hará de mi amor juicio;
Y es tan soldado y tan hombre,
Que está mi vida en peligro.

ESCENA X.

EL EMPERADOR Y ALEJANDRO QUE SE VUELVE.

Emp. Quédate afuera, Alejandro.
Esta fineza no ha sido,
Condesa, de poco amor.
Isab. Es tan grande, que remito
Al silencio lo que callo,
Y á la verdad lo que digo.
Esta silla habia de ser.
(*Llégale la silla.*)
De mil mundos, y este un rico
Dosel de estrellas del cielo.
Emp. Sentaos, señora, conmigo,
Y será del mismo sol.
Isab. Cuando da el sol en un vidrio
Resulta del otro sol,
Y así siendo vos sol vivo,
Lo soy yo porque os retrato,
Pero no soy el sol mismo.
Emp. Al contrario está mejor,
Pues yo soy el que recibo
Los rayos de vuestra luz,
Que resulta en Federico,
En Tristan, en Flora... ¿y vos,
Quién sois?
Vel. No me ha conocido:
Velardo, señor, á quien
Dió su merced el anillo,
Cuando andaba por el monte,
Sino que me han vestido
Estas bragas que se acuerdan
Del tiempo del rey Perico,
Y esta gorra que parece
Suelo de pastel hechizo.
Isab. Beso á vuestra magestad
La mano, príncipe invicto,
Por el título y las villas.
Fed. Y al traerle no le quiso;
(*ap. á Trist.*)
¿Qué te parece, Tristan?
Trist. Que habrá aquí grande ar-
Mira, toma y despues llora. [tificio,
Emp. Señora, es este un principio
Que introduce solamente
La voluntad de serviros.
Estoy tal despues que os ví,
Que no pienso ni imagino
Cosa que en amor no sea:
De amor son hasta los libros
Que leo, si bien soy yo
El arte de amar de Ovidio;
He hecho que mi aposento
Esté todo guarnecido
De fábulas, y he mandado
Que no haya criado mio
Sin amor, tanto que ya
Hice amar á Federico,
Que por mí ha buscado dama,
Y esta mañana me dijo
Señas de su buena cara,
Lo que de su gusto fio,
Aunque el amor ha de ser
A gusto del dueño mismo;
Y que la quiere en estremo,
Aunque ha poco que la ha visto,
Y que me la ha de enseñar.
Isab. Pues yo siempre le he tenido
Por galan.
Emp. Él me ha jurado
Que á nadie en su vida quiso
Si no es en esta ocasion:
¿No es esto así Federico?
Fed. Nunca, señor, quise tanto,
Pero estoy medio reñido
Con mi dama.
Emp. Serán zelos.
Fed. Tengo el mayor enemigo
Que pudo hallar mi desdicha,
Discreto, galan, altivo,
Soldado en fin, con las prendas
Que reconozco y envidio.
Emp. No lo creas, que los zelos
Hacen discretos y lindos
A muchos que no lo son;
Porque es del temor oficio
Hacer las cosas mayores.
Y así te habrá sucedido.
Tú tienes prendas amables,
Gentil talle, buen juicio,
Discrecion, gracia, donaire:
No hay fiesta ni regocijo
Que no te lleves los ojos
De la córte; y así digo,
Que aun yo con ser lo que soy
No compitiera contigo.
Solo á mí temer pudieras,
Porque en la mano me pinto
Con el mundo, que si no,

Del mundo abajo te rindo
El talle, el entendimiento...
Fed. Mil veces los piés te pido.
Emp. Es un sugeto, Isabela,
Federico, que yo estimo
Como á mi propia persona:
Una falta he conocido
Sola en él, que es no querer;
Con que todo cuanto he dicho
Hecha á perder su tibieza.
Isab. En eso se contradijo
Vuestra magestad, pues dice
Que ya tiene dama.
Emp. Ha sido
Este pensamiento en él
Despues que del monte vino.
Trist. ¿Oyes aquello?
Fed. Estoy loco,
Pues lo que de burlas dijo
Al César por cumplimiento,
Con tantas veras lo ha dicho.
Trist. Isabela disimula,
Mas bien se ve que ha sentido
Los zelos en la inquietud,
Y en que ya los tiene escritos
En las rosas de la cara.
Fed. Tú verás que el desatino
Me cuesta mas de un pesar.
Trist. Cuanto es el amor mas lim-
Mas se mancha con los zelos. [pio,
Fed. Todo este necio peligro
Nació de querer mirar.
Trist. ¿Pues hubiera paraiso
De los ojos si no viera
Aqueste animal divino?
Hubiera criado el cielo
Del mar español al indio,
Cosa mas bella y mas linda,
Para las almas hechizo,
Como una muger hermosa
Desde quince á veinte y cinco,
Si no deseára ver?
Fed. Llévame á mí por testigo
De esa verdad, y verás
Si lo que dices confirmo.
Emp. Este diamante en razon
De su fineza apetece
Vuestra mano, si merece
Tanto favor mi aficion;
Pero ha de ser condicion
Que os le tengo de poner.
Fed. Si ella se deja vencer
De lo que el César la pide,
Con dura venganza mide
Sus zelos, pero es muger.
Isab. En obedeceros gano
Una merced y un favor;
Dadme el diamante, señor,
Y ponerle he en vuestra mano;
A un príncipe soberano,
Siendo el anillo prision,
Reconozco sujecion.
Emp. No hay en amor magestad.
Fed. ¿Quitas el guante?
Emp. Mostrad
El dedo del corazon.
Trist. De eso, señor, no te espan-
Que hay muger que se quitára [tes,
Un zapato, si se usára
Traer en los piés diamantes.
Emp. Agora sí que estos guantes
Se llamarán de jazmines.
Trist. Señor, no te desatines.
Fed. Mal pensaron mis engaños,
Que principios tan estraños
Tuviesen mejores fines.
Emp. Dos señas haciendo estoy
Con vos, Isabela, aquí,
Que me deis el guante á mí
Por el anillo que os doy.
Isab. Dichosa en las ferias soy.
Fed. Y yo soy tan desdichado,
Que en las ferias me ha tocado
Parte, aunque no del diamante,
Pues lleva el César el guante,
Y yo llevo lo picado.
Emp. Con este favor, pues gano,
Me levanto. (*Levántase.*)
Fed. Y yo me asiento *ap.*
En el mas grave tormento
Que dió á preso juez tirano.
Emp. Perdonad que vuestra mano
Quede sin guante: mas rico
Os le traerá Federico;
Pero no de mas valor.
Fed. Asentóme el guante amor;
Era Dios, no le replico.
Mano hermosa y desleal,
Rompan tu cristal los cielos,
Vengar pudieras tus zelos,

Pero no con tanto mal.

Emp. ¿Federico?

Fed. Estoy mortal.

Emp. Acuérdame este favor.

Fed. No le olvidaré, señor.

Isab. Qué bien salió mi venganza.

Fed. ¿Como se fué mi esperanza,
Si se ha quedado mi amor?

ESCENA XI.

DICHOS, EL DUQUE OCTAVIO CON FABIO, RODULFO, Y ALEJANDRO.

Isab. Mi padre viene.

Duq. No puedo
Pagar, señor, con palabras
Tanta merced, tanto honor;
Honren vuestros piés mis canas,
Será el favor de este dia
Mayorazgo de mi casa,
Alto blason de sus puertas,
Timbre de sus nobles armas.
Hánme dicho que habeis dado
Despues de mercedes tantas
Título y tierra á Isabel,
Con que ya puedo casarla,
Porque de mi pobre hacienda
No le quedaba esperanza,
Respecto de tantas guerras;
De suerte que solo falta
Que le deis tambien marido
Con qué á mi vejez cansada
Dareis vida y sucesion.

Emp. Duque, no vengo sin causa;
Vuestro descanso deseo,
Los que ahora os acompañan
Son de mi casa lo noble
Y lo mejor de Alemania:
Haga eleccion Isabela
De quién de todos le agrada,
Que desde aquí la confirmo.

Trist. Brava ocasion: hoy te casas.

Fed. No sé, Tristan; mucho temo
El suceso, porque andan
Encontradas estos dias
Mi fortuna y mi esperanza.

Emp. ¿No tomais resolucion?

Duq. Señor, Isabela calla
Con razon, de su silencio
Seré intérprete, si mandas;
Fabio, Alejandro y Rodulfo
Son el honor de su patria,
Finalmente, invicto César,
Digo que en cualquiera estaba
Bien empleada Isabela;
Pero el tener en tu gracia
Tantas prendas Federico,
Me obliga á pedir que hagas
A los tres esta merced.

Emp. Por mí no puedo escusarla.
¿Qué respondes, Isabela?

Isab. Que mis méritos no alcanzan
A los que tiene persona
Que mereció tu privanza;
Y fuera de esto, señor,
Federico tiene dama
Que quiere, como tú sabes,
Y ningun hombre se casa
Enamorado de otra
De olvidar en confianza,
Que no se vuelva á su gusto.

Emp. Octavio, aquí no hay forzar- [la:
Tratemos esto despacio,
Y venidme á ver mañana.

ESCENA XII.

FEDERICO, TRISTAN, ISABELA Y FLORELA.

Fed. No sé como pueda hablarte.

Isab. Ni yo mirarte á la cara.

Fed. Estas las lágrimas eran,
Mas si serán, si eran falsas:
¿Ves como yo te decia,
Que si liviana mirabas,
Era fuerza que despues
Salieses tambien liviana?

Isab. ¿En qué liviandad me has [visto?

Fed. ¿Darle la mano no basta
A un hombre, aunque César sea,
Y emperador de Alemania,
En mis ojos, y sin esto,
Con resolucion tan clara,
Cuando ya tomaba puerto
La nave de mi esperanza,
Volverla con tal desprecio
Al golfo donde no aguarda
Mas remedio que la muerte?

Isab. ¡O Federico! ¿qué hablas

Con zelos del César? vete
A llevar esas palabras
A la dama que le enseñas,
Que no es poca confianza
De su gracia y hermosura.
Fed. Tú te engañas, y él se engaña,
Mientes tú, y el César miente,
Porque ni yo tengo dama,
Ni ha sido mas que engañarle,
El decir que la buscaba;
Pero ya que le dijiste,
Tomando tan fria causa,
Que no era yo para tí,
Bien se ve que le agradabas,
Y por hacerle lisonja,
(Si con esperanzas vanas
Te sueñas emperatriz,
Mas que compuesta, bizarra)
Me despreciaste, y así
Prometo al cielo, que cuantas
Veces oyere tu nombre,
O pasare por tu casa;
O viere criado tuyo,
O retrato, prenda ó carta,
Tantas maldiga el amor
Que te tuve; y si me trata
El alma de tí en mi vida,
Tengo de sacarme el alma.
Isab. Paso, Federico, paso,
Y guárdese quien agravia
A muger, aunque le adore,
Porque ha de tomar venganza.
No quiero al César, ni quiero
Riquezas: solo estimaba
Tu amor; fuísteme traidor,
Aquí mi amor se remata;
No porque le compre Othon
Con diamantes, que son bajas
Todas las piedras del mundo
Para una muger honrada.
Toma, Tristan, ese anillo.
Trist. ¿Para qué?
Isab. Para que vayas
A venderlo para tí.
Trist. Señora...
Isab. No hables palabra:
Tú, Flora, cierra desde hoy
Celosías y ventanas;
No entre el sol, por lo que tiene
Con el César semejanza,
Por emperador de estrellas.
Flor. ¿Señora, porqué le tratas
A Federico tan mal?
Isab. Calla necia.
Flor. Escucha.
Isab. Calla.
Fed. O ingrata, que no te creo.
Isab. Allá verás lo que pasa.
Fed. Si me matares, no importa.
Isab. ¡Ojalá fuera beleño!
Fed. ¿Qué mas, que muero de rabia?
Isab. Quisiera ser basilisco.
Fed. Yo quien primero mirára.
Isab. ¿Matarme querias?
Fed. Sí;
Y sacar con esta daga
Los ojos; porque no vieras.
Isab. Yo sé cuando los llamabas
Estrellas.
Fed. Ya son infiernos,
Despues que miran y engañan.
Isab. Envíame mis papeles.
Fed. Bueno fuera que guardáras
Mentiras.
Isab. Verdades eran.
Fed. Como tus palabras falsas.
Isab. ¡Ah traidor!
Fed. ¡Ah fiera!
Isab. ! Ah loco!
Fed. ¡Ah injusta!
Isab. ¡Ah tirano!
Fed. ¡Ah ingrata!
Isab. Yo me vengaré de tí.
Trist. Con los muertos no hay ven-
[ganza.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de palacio.

EL EMPERADOR, FEDERICO, TRISTAN Y ALEJANDRO.

Fed. Todo está á punto, como tú
[mandaste.
Emp. ¿Parécete presente, Federico,
Digno de un César?
Fed. Tú le imaginaste
Admirable, galan, curioso y rico.

Emp. Si yo pudiera hacer al guante [engaste,
No de las piedras que al presente [aplico,
Sino de las estrellas de los cielos,
Rotos dejára sus azules velos.
¡ Oh mano de cristal ! ¿ qué nieve [pura
En las cumbres del alto Pirineo
Mas intacta se vió, pues fuera oscura
Con los marfiles que en tus manos [veo;
Un diamante que puse en tu hermo- [sura
Siendo el vencido yo, será trofeo
De mi victoria, que en amor ha sido
Siempre el mas vencedor el mas ven- [cido.
Si todo el ámbar de la mar espuma,
Si todo aquel metal, donde retrata
Su rostro el sol, ó la luciente luna,
Que da cabellos á la sierra en plata ;
Si aquella fenix de purpúrea pluma,
Y todas cuantas lágrimas dilata
Entre dorados nácares la aurora,
Que llora risa cuando flores dora ;
Si cuanta grana el tirio, y seda el [persa,
Y el chino joyas de diamantes y [oro ;
Si aquella perla, unión lustrosa y [tersa,
Que de Cleopatra fué mayor tesoro,
Si toda la riqueza que la adversa
Fortuna sepultó del indio al moro,
En las arenas de la mar trujera,
Para servirte precio humilde fuera.
Fed. Quien esto escucha y esperan- [za tiene, *ap.*
Alabe su locura por estraña.
Trist. Señor, dejar la empresa te [conviene,
Que seguir lo imposible no es hazaña.
Fed. Ver á Isabela siento.
Trist. Antes previene
Tu remedio, si así te desengaña.
Fed. No pienso hablarla dos pala- [bras.
Trist. Mira
Que es la mayor señal de amor la [ira.

ESCENA II.

EL EMPERADOR y ALEJANDRO.

Emp. Movióse entre filósofos de [Grecia
Cuestion controvertida, cuál seria
La riqueza mayor, que ser podia,
De las que el hombre humanamente [precia ;
Si el oro, aunque hay virtud que le [desprecia,
La fama, la salud, la monarquía ;
Y díjoles Platon, porque tenia
La fácil duda por odiosa y necia ;
Dejando los antiguos pareceres,
Escuela ilustre, porque no te asom- [bres,
Si al apetito la razon prefieres,
Para laurel de tus gloriosos nom- [bres,
La hermosura y la fama en las mu- [geres,
Es la mayor riqueza de los hombres.
Alej. Con poco gusto, señor,
Federico te obedece
En regalar á Isabela.
Emp. ¿ Porqué, Alejandro, no tiene
Despues que yo le advertí,
La condicion diferente ?
¿ En qué, dime, la virtud
Y los estudios ofende
Amor, pues puede una dama
Honestamente quererse ?
No siempre la caza agrada,
Y con relámpago breve
Dar al jabalí cerdoso
Rayo de plomo la muerte ;
No siempre jugar las armas,
No siempre el bridon valiente
Hacer sudar con la vara
Desde el codonal copete.
El descanso de los hombres
O labradores, ó reyes,
Fué siempre la compañía
De las honestas mugeres,
Y yo sé que Federico
Ya lo conoce, y ya quiere.
Alej. Bien dices, que quiere ya ;
Pues Octavio le pretende
Para esposo de Isabela :
Y admira el ver que no adviertes

La tristeza con que vive.
Emp. Mucho, Alejandro, te duele
Ver que no te quiso Octavio.
Alej. Antes, señor, que supiese
Que tú amabas á Isabela,
Pudiera Octavio ofenderme.
Emp. Federico tiene dama,
Y no es posible que piense,
Queriendo á Isabela yo,
En que Octavio le prefiere
A los nobles que me sirven.
Alej. ¿ Dama, señor ? si él tuviere
Dama, fuera de Isabela,
Yo quiero...
Emp. Envidia te mueve,
Pues enseñarme su dama
Esta noche me promete,
Y ya la tiene advertida.
Alej. Señor, engañarme puede
La lealtad, que no la envidia,
Que yo...
Emp. Federico vuelve.

ESCENA III.

DICHOS, FEDERICO Y TRISTAN.

Fed. Bañando, señor invicto,
En pura rosa la nieve,
Donde amor tiembla de frio,
Con ser elemento ardiente,
Recibió tus ricas joyas
Isabela, y con dos breves
Razones me respondió ;
La primera, que agradece
Tanta merced ; la segunda
Que es tu esclava, en que resuelve
Cuanto puedes desear.
Emp. Tan buenas nuevas merecen
Premio, mas quiero guardarle
Y que esta noche me lleves
A ver tu dama, que á ella
Se le quiero dar, y hacerte
Esta lisonja.
Fed. Serán
En una muchas mercedes.
Emp. Ven á desnudarme, y vamos
Donde tu buen gusto apruebe;
Que dar parte á los amigos
Hace mayores los bienes.

ESCENA IV.

FEDERICO Y TRISTAN.

Fed. ¡ Qué gran confusion, Tristan !
Trist. A donde yo estoy ¿ qué temes ?
Yo te sacaré de todo.
Fed. Si ver á mi dama quiere,
Mire á Isabela, si ya
Tiene dama quien la pierde.
Trist. Yo he prevenido á Fenisa ,
Y seguramente puede
Entrar el emperador ;
La sala un jardin parece,
Bravo estrado, suelo turco,
Escritorios y bufetes,
Pastillas de cuatro calles,
Y por dueñas de cuatro sierpes.
Fed. Triste voy, no me verás
Tristan, en tu vida alegre.

ESCENA V.

EL DUQUE OCTAVIO Y VELARDO.

Duq. ¿ Aquel no era Federico ?
Vel. Y su escudero Tristan.
Duq. Basta, Alejandro galan,
Que por mas que significo
Al César lo que deseo
El remedio de Isabela,
No es posible que se duela
De la edad en que me veo.
A hablarle vengo.
Vel. Es muy tarde,
Y pienso que va secreto
A cierta visita.
Duq. Inquieto,
Suspenso, triste y cobarde
Me tiene la dilacion
Del tratado casamiento :
Ya, Velardo, me arrepiento,
Y no con poca razon,
De haber venido á la córte.
Vel. Bien estabas en tu aldea.
Duq. Quien esta inquietud desea,
Su vida en la córte acorte.
Aires me han dado, que Othon
Impide, y no favorece
Lo que Isabela merece,
O ha sido imaginacion.
Mas quisiera mi destierro

Con quietud, que aquí salud.
Vel. ¡ Ah, señor, que esta inquie-
Mas es que de oro de hierro! [tud
Bien estábamos allá.
Duq. Cuando estas grandezas miro,
Por mi soledad suspiro.
Vel. Pues dejarlas.
Duq. Tarde es ya.
¡ Cuánto mejor, arrojado,
Velardo, en el verde suelo,
Miraba el sereno cielo
Libre de tanto cuidado!
Allí sin ver ceños graves
Que la autoridad enseña,
Vía bajar de una peña
El agua al son de las áves:
Ya vine; mas de importancia
Que la queja, es la paciencia.
Vel. ¿ Qué puede á tanta pruden-
Decir mi ruda ignorancia? [cia
Duq. El César, Velardo, crea
Que á Isabela ha de casar,
O vuélvame á desterrar,
Que yo lo soy en mi aldea.

ESCENA VI.

Decoracion de calle.

EL EMPERADOR, FEDERICO, TRISTAN, FABIO Y RUDOLFO, DE NOCHE.

Emp. Muriéndome voy de risa.
Fed. Y yo de pena, señor,
De ver el poco favor
Que has hecho á doña Fenisa.
¿ No has entrado y ya te vas?
Trist. Por Dios, que tiene razon,
Que fué terrible vision.
Emp. ¿ De esto enamorado estás?
¿ Esto me trajiste á ver?
Fed. Que es mi luz te certifico.
Emp. ¿ Es posible, Federico,
Que quieres bien tal muger?
Rod. Harto desvié las velas
Por encubrir su figura.
Fed. ¿ Piensas, señor, por ventura,
Que son todas Isabelas?
Emp. ¡ Jesus, qué cara! espantado
Vengo de ver tal vision.
Trist. Pues á fe que hay un baron,
A quien le cuesta cuidado.
Emp. Menester es que lo sea
Para muger semejante;
Porque mas varon que amante,
Cuando la goze, la vea.
¿ Fenisa es su nombre en fin?
No debe de ser eterno,
Si hay fenix en el infierno.
Fed. Para mí fué serafin.
Emp. ¿ Quién te enseñó tal muger?
Fed. Tristan.
Emp. ¡ Qué cosa tan suya!
Dásela, por vida tuya,
Y no la vuelvas á ver.
Fed. Retratarla presumia,
Y por tí mudo intencion.
Emp. Bien puedes con un carbon.
Trist. ¿ Qué dijeras de la mia?
Emp. Enseñamela tambien,
Y diréte la verdad.
Trist. Si esto llamaste fealdad,
No ha de parecerte bien;
Mas mostraréte un retrato
Suyo.
Emp. Muestra.
Trist. En verso es.
Emp. Dile, á ver.
Trist. Escucha, pues.
Admírome cuando veo
Lo que ha menester cualquiera
Oficio ó arte en su esfera,
Para ejercitar su empleo,
Y las musas soberanas
Lo poco que han menester.
Emp. Pues bien, Tristan, ¿ qué ha [de ser?
Trist. Papel, y tinta, y mañanas.
Emp. ¿ No libros, no ciencias?
Trist. Sí,
Y algun poco de humildad;
Que es locura y necedad
Alabarse un hombre á sí.
Pero escucha el retrato
Del bien que adoro,
Que á Tristan favorece
Por no hallar otro.
Tres peregrinas calvas
Su gracia aumentan,
Una tiene en el pelo,
Dos en las cejas.

Sus ojuelos azules,
Son tan serenos,
Que me da romadizo
De solo verlos.
Su nariz, que del rostro
Los campos parte,
Afilada parece
Jabon de sastre.
No son, pues, sus mejillas
Color de Tiro,
Pero fueron de España
Papeles finos.
Sin claveles ni rosas
Tal boca tiene,
Que parece cachorro
De cuatro meses.
Un lunar noguercado
Tiene por orla,
Que cuantos se le miran
Piensan que es mosca.
De apartades los dientes
Piden divorcio,
Que no quieren morderse
Unos á otros.
Solo tiene una gracia
La boca bella,
Que pidiendo ó comiendo,
Jamas se cierra.
Nunca acierto los puntos
De su zapato,
Porque calza catorce
Pidiendo cuatro.
De ser bella le viene
Ser tan bellosa,
Que sin ser ermitaña,
La cubre toda.
El que sea entendida
No es testimonio;
Porque cuando da voces
La entienden todos.
Nunca sale de casa
Sino hay carroza,
Porque tiene una pierna
Mas larga que otra.
Mas con todas las faltas
Que aquí refiero,
Algo tiene que callo;
Pues que la quiero.
Emp. Lindamente la has pintado;
La de Federico pinta,
Y daréte para tinta.
Trist. ¿Soy buen pintor?
Emp. Estremado.
Mañana te doy.
Trist. ¿Te doy?
Siempre esta mañana es vana,
No habra dia con mañana,
Si siempre mañana es hoy.
Tu grandeza soberana
Pierde en hacer esperar,
Que es madrugar á no dar,
Prometer para mañana.
Si ama Dios á quien da el bien
Alegremente, señor,
Imita á Dios, que es rigor
Dar tarde, aunque el mundo den.
Emp. Quítame aquesta cadena.
Trist. Escuchaba un labrador
Un papagayo hablador
Que estaba con linda vena
De una dama á la ventana,
Diciendo aqueste de: Loro,
¿Cómo estás? y el perro moro,
Con su media lengua indiana,
Y dijo á la dama: quién
Este á su tierra llevára
Bravo dinero ganára.
La dama, sabiendo bien
La condicion del buen loro,
Dijo: Hareisme gran placer
En llevarle, por no ver
Tanto loro y tanto moro
Que me quiebra la cabeza:
Y como alargó la mano
Para tomarle el villano,
Con notable ligereza;
Convertido el pico en rayo,
Tal lancetada le dió,
Que muchos dias lloró
El canto del papagayo.
Emp. ¿Pues yo habia de burlarte?
Toma; y pues la reja es esta
De Isabela, llega y llama.
Trist. Podrá ser, señor, que duer- [ma.
Emp. Bien podrá ser, y tambien
Podrá ser que esté despierta,
Llega, Federico, tú.
Fed. ¡En qué pasos, en qué penas
Traen á mi amor mis desdichas, [*ap.*

Y mis desdichas mis quejas!
¿O reja, no me respondes?

ESCENA VII.

DICHOS Y FLORELA A UNA REJA BAJA.

Flor. ¿Es Federico?
Fed. ¡Qué reja
Tan piadosa!
Flor. ¿Pues qué quieres?
Fed. Dirásle, Flora, á Isabela,
Que está aqui el César.
Flor. Yo voy.
Fed. Pensé que me respondiera
Que era imposible salir, [*ap.*
Y respondió voy por ella.
¡Ah cielos¡ ¿quién esto mira
Con tanto amor, si no es piedra,
Qué piensa de sus agravios?
Mas no es posible que piensa.
Llegue vuestra magestad.

ESCENA VIII.

DICHOS É ISABELA A LA REJA.

Emp. Como las aves despiertan
A los celages del alba,
Cuando con piés de azucenas
De los orientales montes
Baja á las oscuras selvas;
Así yo del triste sueño
De vuestra ausencia, Isabela,
Despierto; y como ellas cantan,
Y el verle salir celebran,
Doy gracias á vuestros ojos,
De cuya divina esfera
Toman luz mis esperanzas
Y mis cuidados se alientan.
Isab. Bien templado de requiebros
Y comparaciones tiernas
Viene vuestra magestad,
A las horas mas suspensas
Del silencio de la noche.
Habrále dado materia
Para tan altos conceptos
Alguna dama discreta
De las que en la calle ahora
De lo bien dicho se precian.
Emp. Antes si con vos, señora,
Decir necedades fuera
Posible, me la habia dado
La muger mas necia y fea,
Que pienso que hay en el mundo;
Pues tengo por cosa cierta,
Que de haberla hecho, está
Corrida naturaleza.
Isab. ¿Fea y necia en tanto estre-
Y fuisteis, señor, á verla? [mo,
Emp. Es dama de Federico,
Que no pensé que tuviera
Tan mal gusto: vengo muerto
De risa.
Isab. No es cosa nueva
Gozar de los mas galanes,
Señor, las mugeres feas,
Y los feos las hermosas.
Emp. Dices bien, siempre se true-
¿Qué cosa es ver un marido [can:
Feo con una muger bella
Que todos se la codician?
Yo pienso que esta influencia
Dió á entender la antigüedad,
Cuando casó la belleza
De Vénus con la fealdad
De Vulcano, en competencia
Del sol, por quien sucedió
El hacerle Marte afrenta
Con tal risa de los dioses.
Isab. ¡Quién á Federico diera
Vaya! llamadle, que quiero
Correrle.
Emp. Tendrá vergüenza.
¿Ah Federico?
Fed. ¿Señor?
Emp. Hele contado á Isabela,
Que vengo de ver tu dama.
Fed. Diríasla, cosa es cierta,
Mi mal gusto.
Isab. No me admiro,
Federico, de que quieras
Muger fea, porque suelen
Ser graciosas y discretas:
Pero necia, no es posible
Que tu entendimiento pueda
Sufrir tan grande tormento,
Que por el mayor se cuenta.
¿En esto pára tu gusto,
Tu melindre, tu lindeza,
Tu gala, tu aseo, tu gracia,

Tu olor, tu pluma, tu lengua?
Asco tendré de mirarte
De aquí adelante.
Fed. No entiendas
Que soy en esto culpado,
Que como es cosa tan nueva
Para mí tratar de amor,
Presumí que todas eran
Mugeres, y merecian
Amor; que naturaleza,
Si las feas para feos
Hiciera sin que tuvieran
A las hermosas accion,
En poco tiempo viniera
A tanta fealdad el mundo,
Que resultára en su mengua.
Y así está puesto en razon,
Que haciendo discreta mezcla
De los feos y las lindas,
De los lindos y las feas,
Ni todo sea fealdad,
Ni todo hermosura sea.
Emp. Dice bien.
Isab. No dice bien,
Que si fuera así, no hiciera
Los negros en Etiopia,
Que tanto se diferencian
De los blancos.
Fed. Pues por eso
Vemos, que la mezcla enmienda
Lo negro, y á pocos lances
Hace que en blanco se vuelva.
Isab. De lástima os quiero dar
Dama, que mostreis al César
Sin vergüenza.
Fed. No la quiero:
Guardadla para quien tenga
Mas dicha, que yo he buscado
Muger, que nadie apetezca.
Que si es fuerza que ellas miren,
Y poderosos las vean,
Fea la quiero y segura,
Que no hay fea que no tenga
Algo por que ser querida,
Ni hermosa sin ser soberbia.
Esta manda, aquella sirve;
Esta pide, aquella ruega;
Una regala, otra agravia;
Una quiere, otra desdeña.
Dios me ayude con mi dama,
Que el trato y correspondencia
Hace hermoso lo mas feo.
Isab. ¡Qué cosa, señor, tan necia!
Mande vuestra magestad,
Que no solo de la reja
Mas de la calle se vaya.
Emp. Vete, y por Dios que me pesa
De que vayas enojado;
Vete, pues conmigo quedan
Fabio y Rodulfo.
Fed. Señores,
Que me vaya manda el César,
Obedezco. Ven, Tristan.
Trist. ¿Qué tenemos?
Fed. Cosas nuevas
Muy propias de mi fortuna.
Trist. Temo que en esta tormenta
Se ha de anegar tu privanza.
Fed. Si ya lo está, no lo temas.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS FEDERICO Y TRISTAN.

Isab. ¡Qué propia cosa, que cierta
Es, que no hay hombre tan sabio
Y discreto, que no tenga
Alguna falta notable!
Emp. Cuando los discretos yerran,
No iguala á su necedad
La del mas necio.
Isab. Ya suena
Gente en casa y viene el dia;
No es justo que se detenga
Aquí vuestra magestad.
Emp. No hay en el imperio fuerza
Para dilatar la noche.
El cielo os guarde.
Isab. Quisiera
Responder, para serviros,
Y como es precisa deuda,
No viene á ser cortesía.

ESCENA X.

EL EMPERADOR, RODULFO Y FABIO.

Emp. ¿Qué hay, caballeros?
Rod. Que vuela
Por los amantes el tiempo

Con notable ligereza :
¿ No habrás sentido las horas ?
Emp. La mas graciosa pendencia
Han tenido en la ventana
Federico é Isabela
Por la fealdad de su dama,
Que ví en mi vida.
Rod. Es discreta.
Emp. Túvole perdido. Vamos,
Que no es justo que amanezca
En tales pasos el sol
A la magestad suprema.

ESCENA XI.

Salon de palacio.

FEDERICO Y TRISTAN.

Fed. Tristan, yo vengo muerto.
Trist. No permitas
Tanta rienda al dolor.
Fed. No es en mi mano.
Trist. Al César soberano
Contra tí solicitas.
Fed. Cuando yo tengo de perder la [vida
¿ Qué importa la privanza, ó la caida?
¿ No escuchaste, Tristan, las liberta-
De Isabela conmigo ? [des
Trist. Tú le diste
La causa; pues quisite
Hacer necias verdades
Las mentiras y engaños de Fenisa,
Y con tanta fealdad moverle á risa.
Fed. Dos cosas intenté, de entram- [bas muero,
Con mostrarle, Tristan, muger tan
Hacer que el César crea [fea,
Que en otra parte quiero,
Y que Isabela no se persuadiese,
Que la pude querer, si lo supiese.
¿ Pero quién sospechára, quién dijera,
Que de verla venia ? ¿ qué disculpa
Daré de tanta culpa ?
¡ O quién ! ¡ ay Dios ! pudiera
Olvidar como quiso ! mas ¡ ay cielos,
Que es accidente amor, y olvido ze- [los !
Trist. Descansa de la noche que has [pasado.
Fed. No puedo, que aun es noche [todavía,
Que no amanece el dia,
A quien es desdichado,
Pues no es posible que su lumbre vean
Los ojos que no ven lo que desean.
(*Sale un page.*)
Page. El villano de Isabela,
Que se convirtió á escudero,
Quiere hablarte.
Fed. Yo no quiero;
Por lo que el alma recela,
Escucharle, ni aun saber
Que se acuerde que nací.

ESCENA XII.

DICHOS Y VELARDO.

Page. Pues ya ha entrado.
Vel. ¿ Para mí
Licencias son menester ?
Solia su señoría
Hacerme á mí mas favor ;
Pero en cesando el amor,
Se acaba la cortesía :
Casa y criados enfadan,
En sucediendo el desden,
Que cuando se quiere bien,
Hasta los perros agradan.
Yo os ví abrazar un lebrel
Del duque, y ahora á mí
Aun no me hablais; pues aquí
Os traigo cierto papel
Que fuera de oro algun dia.
Fed. Los que me dió pedirá ;
Mostrad.
Vel. ¿ Luego no me da
Albricias su señoría ?
Fed. ¿ Pues yo qué dichas aguardo?
¡ Ay Tristan ! llégate acá.
Vel. Bien me dijeron allá :
A la córte vais, Velardo ;
Los cortesanos harán
Rica la pobreza vuestra,
Ya son relojes de muestra,
Que señalan y no dan.
Fed. (*Lee.*) « Perro... »
Trist. ¿ Perro dice?
Fed. Sí.
Vel. Mira que pero dirá.
Fed. Si con dos erres está

¿ Qué quieres ?
Trist. ¡ Pues perro á tí !
Fed. (*Lee.*) « Perro el de la dama [fea,
« Aunque esto fuera venganza,
« Para mi loca esperanza,
« No quiere amor que lo sea.
« Dos cosas dice de amor,
« Que aquí pueden remediarme. »
Trist. ¿ De qué te burlas ?
Fed. (*Lee.*) « Matarme,
« O darme al emperador,
« Y así despues de llorar,
« El ver que sin honra muero,
« Ser suya esta noche quiero,
« Porque me quiero vengar. »
¡ Jesus !
Vel. San Pablo, san Lúcas. (*Cáese.*)
Fed. No era mi sospecha en vano;
¿ Esto trajiste, villano,
Traidor ?
Vel. Et ne nos inducas.
Fed. Mátale.
Trist. Deten, señor,
La furia.
Vel. Tenle, Tristan.
San Cosme, san Preste Juan.
Trist. Este pobre labrador,
¿ Qué culpa tiene, si viene
A traer lo que le dan ?
Vel. Quien me quitó mi gaban,
En malos infiernos pene :
Las bragas pues valen tanto,
Que segun me vengo á ver,
Temo que me han de poner
Por Júdas un juéves santo.
Fed. ¡ Perro el de la dama fea !
¿ Pues, Isabela, tú eres
Fea ? ¿ y que yo quiera quieres
Cosa que tuya no sea ?
Tú sola vives en mí,
Tu hermosura, tu valor,
Que aun es hermoso mi amor,
Porque se transforma en tí;
Dió tu rostro celestial
Cuidado á naturaleza,
Porque sacó tu belleza
De su belleza ideal :
¿ Pues porqué tanta hermosura
Me trata con tal rigor ?
Trist. Sosiega, escucha, señor.
Fed. El alma no está segura,
Que un hombre tan desdichado
Aun alma no ha menester,
Porque tener alma es ser,
Y no siendo, no hay cuidado.
¿ Esta noche ? ¿ pues tan presto ?
¿ Pues sin mas informacion ?
Trist. Señor, ten mas atencion,
Al lugar en que te ha puesto
El César.
Fed. ¿ Muger tan bella,
Una dama, una doncella,
Hace á su amor tanto agravio ?
¿ La hija del duque Octavio
Se entrega al emperador ?
¿ La que tuvo tanto amor
A Federico ; y que ayer
Se llamaba mi muger,
Hoy hace tal desatino ?
Si es ángel, cielo divino,
De vuestro imperio arrojadlo.
Vel. Dele unos tragos de caldo,
Así Dios, Tristan, te guarde.
Fed. Fuiste en matarme cobarde,
Y en infamarte animosa;
Campos, llorad por la rosa,
Que se marchita de zelos :
Llorad por la aurora, cielos
Que llena de sombra está :
Fuentes, no corrais, que ya
Se ha vuelto en llanto la risa,
O para correr aprisa
De mis desdichas tomad
El ejemplo. ¡ Qué lealtad !
¡ Qué amor ! Isabela, ¡ ay Dios !
¿ Quién dijera que los dos
Nos halláramos así;
Yo sin alma, tú sin mí,
Que lo fuí tuyo tambien ?
Vel. Cierto, señor, que no es bien
Quejarse con tal rigor,
Que el señor emperador,
Se la volverá mañana.
Fed. ¿ Tanto amor, dulce tirana
Isabela, despreciaste ?
¿ Qué mucho ? viste, miraste,
Que el ser yo tan desdichado,
De ver tú, y de haber mirado
Al César ha producido.
¿ Pues tan presto tanto olvido

Y con tan infames nombres ?
Dichosos fueran los hombres,
Si no vieran las mugeres :
Perdona si tú lo eres.
Trist. Huye, corre, véte, vuela.
Vel. Voy á decirlo á Isabela.

ESCENA XIII.

FEDERICO, TRISTAN Y EL EMPERADOR.

Emp. ¿ Qué es esto ?
Fed. ¿ Quién lo pregunta ?
Emp. ¿ Es Federico ?
Fed. No sé.
Mas lo que es y lo que fué
En mi sugeto se junta :
De una esperanza difunta
Soy un necio pretendiente,
Soy un ser, que no se siente,
Pues siendo el alma immortal,
Una forma substancial
La tengo por accidente.
Suspenso el entendimiento
Y memoria sensitiva,
Me ha dado la intelectiva
Mas alto conocimiento :
Y conociendo que siento
La ofensa, á vengarla voy,
Pero como viendo estoy
El valor del que me ofende,
Por no ser el que lo entiende,
Dejo de ser lo que soy.
Que no siento, es verdadera
Proposicion, pues no siento
Que no siento, y sentimiento
De que no siento tuviera,
Que si el no sentir sintiera,
Viera yo que el no sentir,
Era dejar de vivir;
Y no viniera á tener
Sentimiento de no ser,
Que debe de ser morir.
El alma con que viví,
Y que este ser animaba,
Se fué á vos, cuando pensaba,
Que mas la tuviera en mí;
Y que se pasaba así
Creyó la gentilidad
De un cuerpo en otro; mirad
Si se pasa á vos la mia
Esta noche, que podria
Ser su mentira verdad.
De suerte que el alma mia,
Aunque sin morir los dos,
Hará pasándose á vos,
Tan necia filosofía.
Quién es la que yo tenia,
Esta noche lo sabreis,
Quién soy no me pregunteis,
Porque lo que voy diciendo,
Aun yo mismo no lo entiendo,
Mirad si vos lo entendeis.
Emp. Responderte, Federico,
En seso y en tanto mal,
Fuera ser al tuyo igual,
El que á tu lástima aplico,
Que perderla un hombre noble
De las partes que hay en tí,
Tan estimado de mí,
Aumenta la pena al doble.
¿ Tristan, qué desdicha es esta ?
Trist. Haber, gran señor, perdido
Parte del alma el sentido,
Que esto vale y esto cuesta;
Que como tú le mandaste
Que quisiese tan aprisa,
He pensado que Fenisa,
De quien ayer te burlaste,
Le ha dado hechizos, señor;
Que es propio efecto de feas,
Pues las hermosas no creas
Que quieren por fuerza amor;
Si quien tiene entendimiento,
Quiere que nadie le quiera
Por aquello que no fuera
Su propio merecimiento.
Emp. Préndanla, mátenla.
Trist. Advierte.
Emp. No hay que advertir, morirá
Fenisa, culpada está
De Federico en la muerte ;
Que quien quita á un hombre el seso,
Mas le quita que la vida.

ESCENA XIV.

DICHOS, ISABELA, EL DUQUE OCTAVIO, VELARDO Y TODOS.

Isab. Lastimada y ofendida

De tan estraño suceso,
No hallo remedio mejor
Que darte de todo cuenta.
Duq. Si no es venganza, es afrenta.
Vel. Aquí está el César, señor.
Duq. Ya vengo, príncipe invicto,
Como dice, que me mandas,
Isabela, y ella y yo
Te damos debidas gracias,
Despues de tantas mercedes,
De que gustes de casarla
Con Federico, que tanto
Ilustra y honra mi casa.
Isab. Y yo tambien por mi parte,
Como mas interesada
En este favor.
Emp. Detente:
¿Quién os dió nueva tan falsa?
Ni he tenido pensamiento
De casarte, ni se trata
Mas que de tan gran desdicha.
Isab. ¿Qué desdicha?
Emp. Que una ingrata
Muger le ha quitado el seso,
Y que he mandado matarla.
Isab. No es ingrata quien ha sido
De este suceso la causa.
Emp. ¿Sabes tú quién es, que ya
Con muerte infame la aguarda
Mi castigo?
Isab. Pues bien puedes,
Gran señor, ejecutarla.
Yo soy, que con un papel
Que le escribí por venganza
De los zelos que me diste,
Finjí que esta noche estaba
Determinada á ser tuya,
Siendo mentira inventada
De mi amor y mi desdicha.
Fed. ¿Mentira, Isabela? aguarda,
No prosigas, que el discurso
Que hasta ahora me faltaba,
Has vuelto á mi entendimiento,
Y las potencias al alma.
Oye, invictísimo Othon,
Augusto, heróico monarca,
Como el Macedon de Grecia,
Alejandro de Alemania;
Oye á dos amantes, oye,
Lo que hasta ahora ignorabas,
Y te encubrieron por zelos
Amor, respeto y privanza.
Dos años ha que á Isabela
Sirvo, otros tantos que paga
Mi amor, y con tantas guerras
El honesto fin dilatan
Que con casarnos tuviera
Tan bien nacida esperanza.
Por la parte de aquel monte
De su prado, hacienda y casa
Fuiste á cazar aquel dia,
Principio de mis desgracias:
Referirte lo que sabes
Fuera cansada ignorancia.
Mandásteme que quisiese,
Porque yo disimulaba
Querer, temiendo enojarte,
Y por no ofender la fama
De la opinion de Isabela;
Y así dándome la traza,
O mi desdicha, ó Tristan,
Finjí que á Fenisa amaba,
Concertándonos los dos,
En que si por esta causa
Viniese á perder el seso
Con las demas circunstancias
Que son peligros de amor;
Tú la palabra me dabas
De ayudarme, como espero
Que lo harás, pues empeñada
La tienes á ser quien eres,
Que nunca á los reyes falta.
Esta es la ocasion, señor,
Que amor y fortuna llaman,
No ya la ocasion perdida,
Sino la ocasion ganada.
Favoréceme con darme
A Isabela, así te hagan
Los cielos, como de Europa,
Señor del Africa y Asia,
Y á donde no llega el sol
Inhabitable distancia,
Ni en los hielos de su sombra
Vieron estampas humanas,
Lleguen las águilas negras
De tus imperiales armas;
Y el sol de envidia las siga
Que lleguen donde él no alcanza.
Emp. Federico, aun no presumo
(Tan dificilmente hallan

El seso los que le pierden)
Que le has cobrado, pues hablas
No digo en tu amor y el mio,
Sino en decir que obligada
Está mi palabra aquí,
Pues es cierto que te engañas,
Que cuando yo te la dí,
Era cuando te mandaba
Que quisieses y buscases
Sugeto en alguna dama:
Tú dijiste que lo harias,
Si te daba la palabra
De ayudarte, y á Fenisa
Me mostrastes: si te casas
Con Fenisa, cumpliréla,
Porque yo no pude darla
Para lo que yo queria,
Y tú de secreto amabas.
Con esto se desempeña
Mi palabra, pues fué dada
Para querer, no queriendo.

Fed. Con justa causa me llamas
Loco, pues no conocia
Que la palabra me dabas
De ayudarme, si quisiese.
Busqué dama fea y baja
Por escusar á Isabela
Zelos, y encubrir que estaba
Enamorado de quien
Tú lo estabas. Ya te sacan
De la obligacion, señor,
Mi desdicha y mi ignorancia.
Con esto dadme licencia
Para que á Italia, ó á España,
Me lleven mis desventuras
A morir en tu desgracia.

Emp. Alza del suelo.

Fed. ¿Pues darla
Rehusas?

Emp. Oyeme atento.
No fuera grandeza tanta
Darte á Isabela, si fuera
Cumplir la palabra dada:
Cuando de ella libre estoy,
Y tú con desconfianza
Y sin accion de pedirla,
El dártela será hazaña.
Dale la mano á Isabela.

Fed. Vivas, invicto monarca,
Mil siglos.

Isab. A tus victorias
Prevenga voces la fama.

Trist. Una palabra, señores:
El emperador me casa
Con Flora, aunque no lo dice,
Ni me ha dado la palabra.
¿No es verdad, Flora?

Flor. Así es.

Trist. Pues oigan, señoras damas,
Que aunque esta comedia nuestra
Su autor, como han visto, llama
¡Si no vieran las mugeres!
Quiere que á verla y honrarla
Vengan muchas, y que vean
Cuanto por el mundo pasa,
Muchas fiestas, muchas bodas,
Toros y juegos de caña;
Muchos novios las solteras,
Muchos hijos las casadas,
Mucha salud, mucha vida,
Muchas joyas, muchas galas,
Y lo demas que quisieren,
Que aquí la comedia acaba.

TIRSO DE MOLINA.

Con el supuesto nombre del *Maestro Tirso de Molina* se representaron en el teatro ó se publicaron las obras dramáticas del *Padre Maestro Fray Gabriel Téllez*, uno de los mejores poetas que honraron la escena española en el siglo XVII.

Casi nada sabemos acerca de su vida literaria y política; mas nos quedan sus escritos, que es lo mas importante para la fama del autor, y lo mas útil á la posteridad.

El doctor don Juan Pérez de Montalvan, en su *Para todos*, libro que se imprimió en Madrid á principios del siglo XVII, trae un catálogo de hombres célebres naturales de Madrid, y entre ellos dice del autor de que tratamos lo siguiente: « El Maestro Fray Gabriel Téllez, presentado y comendador de la órden de Nuestra Señora de la Merced, predicador, teólogo, poeta, y siempre grande, ha impreso y escrito con el nombre supuesto del *Maestro Tirso de Molina* muchas comedias excelentísimas y los *Cigarrales de Toledo*, y tiene ahora para dar á la estampa unas novelas ejemplares, que con decir que son suyas, quedan bastantemente alabadas y encarecidas. »

Todo cuanto concierne á la familia, estudios y representacion social del maestro Téllez, hasta 1613, se ignora y no nos ha sido posible indagarlo; pero se sabe que ya entónces era religioso de la Merced calzada, y que residia en Toledo, habiendo tomado el hábito quizá á los cuarenta años de edad. De aquí se infiere que su nacimiento pudo ser por los de 1570 ó inmediatos, es decir, siete ú ocho despues de Lope de Vega.

A su mucho mérito literario debió sin duda el maestro Téllez los honrosos empleos y cargos que le confirió su órden, en la cual desempeñó con aceptacion general los de presentado, maestro en teología, teólogo, predicador, definidor y cronista de ella respecto á la provincia de Castilla la Nueva.

En 29 de setiembre de 1645 fué finalmente elegido por comendador del convento de Soria, donde se cree falleció en 1648, á los setenta y ocho años de edad, sobreviviendo solo trece á su modelo, amigo y paisano Lope de Vega.

Cuanto mas se estudia el antiguo teatro español, mas se arraiga en el ánimo la opinion de que no hay carácter posible ni situacion teatral que no hayan sido previstos por nuestros admirables poetas dramáticos de los siglos XVI y XVII. Verdad es que, por lo general, no hacian mas que desflorar la materia que trataban, dejando á otros el campo abierto para profundizarla; descubrian la mina y dejaban á otros el cuidado de beneficiarla; hallaban una senda nueva, y curándose poco de las encantadas regiones á que esta podia conducirles, satisfechos con haber enseñado el camino, siempre en alas del genio, pero rara vez sostenidos por la constancia que corrige y perfecciona, abandonaban la obra incompleta y volaban á nuevos descubrimientos. Por eso el teatro español no contiene apénas una sola joya acabada; pero es el precioso minero donde se hallan derramados con increible profusion todos los elementos necesarios para que las forme el talento, con solo adaptar los materiales que él le ofrece al molde de la razon y del buen gusto.

La hipocresía, esa escoria de los vicios sociales, ha sido, nadie

lo ignora, admirablemente anatematizada por el gran Molière en su *Tartufe*, y por nuestro Moratin en *la Mogigata;* pero á uno y á otro se adelantó Tirso de Molina en su *Marta la Piadosa*. No tratamos de establecer comparaciones en cuanto al mérito respectivo de estas tres comedias; pero es evidente que el gérmen de las dos primeras que hemos citado se halla en la tercera, y que en esto como en todo no hay gloria que rivalice con la del primero que crea, pudiendo aplicarse á los que luego corrigen la creacion y sacan nuevos recursos de la idea madre, aquel tan conocido verso de Iriarte en su ingeniosa fábula de *los Huevos:*

¡Gracias al que nos trajo las gallinas!

MARTA LA PIADOSA

COMEDIA EN TRES ACTOS

PERSONAS. — DOÑA MARTA. — DOÑA LUCIA. — DON DIEGO. — PASTRANA. — DON JUAN. — DOÑA INES. — DON GOMEZ, viejo. — EL CAPITAN URBINA. — DON FELIPE. — EL ALFÉREZ. — LOPEZ, criado.

JORNADA I.

(*Sale doña Marta de luto galan.*)

Marta. El tardo buey, atado á la [coyunda,
La noche espera, y la cerviz levanta;
Y el que tiene el cuchillo á la gar- (ganta,
En alguna esperanza el vivir funda.
Espera la bonanza aunque se hun- [da
La nave, á quien el mar bate y que- [branta:
Solo el infierno causa pena tanta,
Porque de él la esperanza no redun- [da.
Es comun este bien á los mortales,
Pues quien mas ha alcanzado, mas [espera,
Y á veces el que espera, al fin al- [canza.
Mas á mí la esperanza de mis ma- [les
De tal modo me aflige y desespera,
Que no puedo esperar, ni aun espe- [ranza.

(*Sale doña Lucía de luto.*)

Luc. ¿Que no puedo esperar ni [aun esperanza,
Me dice la fortuna, aunque inconstan- [te?
Lloro un hermano muerto, y un [amante
De su vida homicida; y mi confianza
Esperar vida á un muerto, ¿quién [lo alcanza?
Esperar, que en la ausencia sea cons- [tante
Amor, es esperanza de ignorante,
Que es huésped de la ausencia la [mudanza.
Al homicida de mi hermano adoro.
Ved si se iguala á mi tormento al- [guno,
Pues amo aborreciendo justamente.
Dos muertos (aunque el uno vive) [lloro,
Que si la ausencia es muerte, todo es [uno,
Un muerto hermano y un amante [ausente.

Marta. ¿Quién da materia á tus
Que tantas formas, sin ver [quejas,
Que sabe el temor poner
A las paredes orejas?
Luc. ¿Y por quién las tuyas son,
Que de escuchar tus fatigas,
A llorar las mias me obligas,
Hermana, á tu imitacion?
Marta. ¿Fáltame causa? ¿es en va-
La pena que me ha afligido? [no
¿No he de llorar, si he perdido
Todo el bien con un hermano?
Luc. ¿Pues salgo del cuarto grado
De ese parentesco yo?
¿O acaso no se murió
Para mí? ¿qué te ha pesado
De que le llore mal muerto,
Cuando bien le quise vivo?
Marta. ¡Qué diferente motivo
Da llanto á tu desconcierto!
Todo, hermana, se me alcanza,
No dan tus ojos tributo
A muertos, ni son de luto
Lágrimas con esperanza;
Porque ellas mismas publican,
Por mas que lo has encubierto,
Que doblando por un muerto,
Por otro vivo repican.
Ya sé por quién es el llanto.
Luc. Todos, sospecha el ladron,
Que son de su condicion:
Éreslo tú, no me espanto
Que imagines disparates,
Que ha tanto pasan por tí.
Marta. ¿Tan boba te parecí,
Por mas que encubrirte trates,
Que jamás eché de ver
Lo que á don Felipe quieres?
Siempre somos las mugeres
(Si lo pretendes saber)
Mucho mas largas de vista
Que los hombres: penetramos
Las almas cuando miramos,
Sin que el cuerpo lo resista.
A Eva crió despues
Dios que Adan; y aunque postrera,
Fué en ver la fruta primera
De tan costoso interés.
No pienses, doña Lucía,
Que has de poder esconder
Tu amor, porque soy muger,
Y veo mucho.
Luc. Hermana mia,
¿Tiénesme por hombre á mí,
O miro con cataratas?
¿Que por lince te retratas,
Y á mí por topo? si á tí
Te parece que penetras
Los corazones, tambien
Creo yo que mis ojos ven
Las mas escondidas letras.
No culpes, hermana, al muerto,
Pues solamente es deudor
Don Felipe el matador,
De ese llanto.
Marta. Bien, por cierto,
¿Luego quise yo jamás
A don Felipe?
Luc. Jesú,
¿Querer? bonita eres tú,
Hasle aborrecido mas
Que el tordo á las guindas, ¿eso
No es claro? ¿eres tú muger,
Que á nadie habia de querer?
Tú no eres de carne y hueso.
Marta. A lo menos fuera afrenta,
Que amára yo á quien de tí
Es amado.
Luc. ¿Cómo así?
Marta. Porque no es hombre de
En quien tú los ojos pones, [cuenta
Y cuando tenga valor,
Solo por tenerle amor
Tú, le pierde.
Luc. Mil razones
Te sobran.
Marta. Y en conclusion,
Ya sabes lo que perdiera,
Si eleccion mi amor hiciera
De quien tú haces eleccion:
Porque dijeran de mí,
Teniéndote, aun quien te precia
Y sirve, por fria y necia,
Que me parecia á tí.
Luc. Soy yo la misma frialdad,
Y eres tú el mismo calor:
Andan perdidos de amor
Los hombres por tu beldad.
Eres un sol en el talle,
Y hasle parecido en todo,

De tal suerte, que del modo
Que ninguno osa miralle,
Porque ciega el resplandor
Que visten sus rayos rojos,
Nadie pone en tí los ojos,
Porque los ciegas de amor;
Y así, aunque abrasa y admira
Tu hermosura de mil modos,
Como al sol te alaban todos,
Pero ninguno te mira,
Porque ninguno hasta ahora
Hace de servirte caso.
Yo, que ni quemo, ni abraso,
Ni soy sol, ni soy aurora,
De tu discrecion me rio,
Pues con ser menos perfeta,
No tan hermosa y discreta,
Por mas que hielo y enfrio,
Tengo muchos pretendientes,
Que á pesar de tu beldad,
Estiman mas mi frialdad
Que no tus rayos ardientes.
Marta. Serán amantes felpados,
De estos rubios moscateles,
Que para que no los hieles,
Irán á verte aforrados;
Porque como cada dia
Truecan las cosas los cielos,
Y ya se venden los hielos,
Estimaránte por fria.
Mas ¿qué dices, que tambien
Don Felipe te adoraba,
Y con tu nieve templaba
Su fuego? ¿quísote bien?
Luc. Así le quisiera yo.
Marta. ¿Qué, no le quieres?
Luc. Ni es justo
Gastar el tiempo, y el gusto
Con quien sabes que mató
A mi hermano; ántes deseo
Que la justicia castigue
Su crueldad, porque mitigue
La pena, que nunca creo
Ha de tener fin en mí.
Marta. ¿Qué, te holgáras por tu
De ver muerto al homicida? [vida
Luc. Digo mil veces, que sí.
Marta. Rigores son escesivos.
Luc. Fuéronlo sus desconcier-
[tos.
Marta. Que perdone Dios los
Y dé salud á los vivos. [muertos,
Luc. No lo merece su esceso.
Marta. Pues si su muerte te da
Gusto, has de saber que está
Don Felipe, hermana, preso.
(*Alborotada doña Lucía.*)
Luc. ¿Dónde?
Marta. En Sevilla le sigue
Su culpa.
Luc. ¡Ay fiero tormento!
Marta. Y mi padre tan contento
De que su prision mitigue
Su pena y larga tristeza,
Que para que se anticipe
Tu venganza, á don Felipe
Hará cortar la cabeza
Antes de un mes.
Luc. ¡Ay de mí!
Marta. Mira si el cielo ha dis-
Tu venganza. [puesto
Luc. ¿Que tan presto,
Hermana, ha de morir?
Marta. Sí:
¿Lloras?
Luc. ¿Soy de bronce yo?
Marta. No, mas poco ha que afir-
Que su muerte deseabas, [mabas
Porque á tu hermano mató.
Luc. Todo es, doña Marta, así,
Pero no has dado en lo cierto.
Marta. ¿No deseas verle muerto?
Luc. Si, hermana, muerto por mí.
La verdad voy á saber
De mi padre, y á llorar. (*Vase.*)
Marta. ¡Qüe fácil es de engañar,
Cuando es boba, una muger!
Quise fingir su prision,
Para saber su amor, cielos,
Y al fin saqué á luz mis zelos
Envueltos en su aficion.

(*Sale don Gomez, viejo, leyendo una carta.*)

Gomez. (*Lee.*) « Entre las muchas « causas que me obligaron á dejar « las Indias, y volver á España, fué « la principal el deseo de veros, y « convertir nuestra antigua amistad « en parentesco: Dios, mis haza-

« ñas, y buena diligencia han que-
« rido que en diez años de asistencia
« haya ganado cien mil pesos, y mas,
« que para que os sirvais con ellos,
« ofrezco en arras á mi señora doña
« Marta, hija vuestra, si (con perdon
« de mis canas) trueco el nombre de
« vuestro amigo por el de yerno. En
« Illescas estoy, que, como sabeis,
« es mi tierra; fiestas y toros hay:
« si ellas os obligan, y yo lo me-
« rezco, mi casa os aguarda vacía de
« hijos (que nunca los ha tenido) y
« llena de deseos, que espero cum-
« plireis. El cielo os guarde, etc.
« EL CAPITAN URBINA. »

Mil veces sea bien venido,
Que estas nuevas solamente
Poner límite han podido
Al llanto y pena presente,
Por el hijo que he perdido.
La misma edad que yo tiene
El capitan; mas pues viene
Con mas de cien mil ducados,
Años que están tan dorados
Reverenciarlos conviene.
Daràle Marta la mano.
Que no es viejo el interes,
Aunque el capitan es cano,
Y menos enfermo es
El invierno que el verano:
Invierno viejo es mi yerno,
Verano suele llamar
La juventud á amor tierno;
Pero bien podrá pasar
Con tanta ropa este invierno
Mi hija, que de ella fio,
Que ha de hacer el gusto mio,
Y del que escribe esta carta,
Que es viejo, y compra esta marta
Para remediar su frio.

Marta. Señor, ¿qué nuevo con-
Ha puesto fin á tu llanto? [tento

Gomez. (Encubrirle el casamiento
ap.
Quiero.) Aunque es mi dolor tanto,
Iguala á su sentimiento,
Y aun sobrepuja el placer
Que de estas nuevas consigo:
Un hijo vine á perder,
Y hoy, hija, cobro un amigo,
A quien luego he de ir á ver;
Que aunque el daño considero,
Que de mi amado heredero
Hace la falta, colijo
Que puede igualarse á un hijo
Un amigo verdadero.
Viene el capitan Urbina,
Conforme me escribe aquí,
Tan galan, que de una mina
Sacó el alma al Potosí,
Y las telas á la China,
Con mas de cien mil ducados
Pone en olvido cuidados:
En Illescas, Marta, está.
Y que vaya á verle allá
Me escribe: en tiempos pasados
Fuimos los dos una vida
Y un alma; con sus tesoros
Y su casa me convida:
Dicen que hay fiestas y toros
Mañana allí, y aunque impida
La muerte de don Antonio
Ver fiestas, en testimonio
De su amistad, esta vez
Dispensará mi vejez
Y su rico patrimonio
Con vuestro luto y mi pena:
A buscar un coche voy,
Que es fresca la tarde y buena,
Y habemos de partir hoy.

Marta. Señor, los pasos refrena,
Y vuelve á tener memoria
De que quitaron la vida
A mi hermano.

Gomez. Y es notoria
La culpa del homicida:
Con una requisitoria
En su seguimiento va
Un alguacil, que dará
Lucida satisfacion
A mi pena y su traicion.

Marta. Cielo, en Illescas está
(Que así me lo escribió ayer),
Y si la fiestas aguarda
Que mi padre intenta ver,
Nuevo temor me acobarda
De que allí le han de prender.

(*Sale doña Lucía.*)

Luc. Ya me han contado el suceso-

Que te ha alegrado, señor.
Gomez. ¡O Lucía! ¿cómo es eso?
Luc. Dícenme que el matador
Tienes en Sevilla preso.
Gomez. ¡Válgame el cielo! ¿pues [quién
De esa nueva autor ha sido?
Luc. ¿Eso preguntas? ¡qué bien!
Gomez. ¿Habrá el alguacil venido?
Nobles albricias le den,
La requisitoria ha hecho
La diligencia debida
En Sevilla: satisfecho
Estoy, dará el homicida
Justa venganza á mi pecho;
De todo á informarme voy;
Y porque partamos hoy
A Illescas, voy á aprestar
Un coche en que caminar. (*Vase.*)
Luc. Confusa y dudosa estoy:
¿Qué camino es este, hermana?
¿Qué alguacil es el que viene,
Y aquestas albricias gana?
Si mi padre preso tiene
A don Felipe, y es llana
Su venganza, ¿cómo se hace
De nuevas? mi confusion
De tantas quimeras nace.
Marta. Ha sabido la aficion
Con que á tu amor satisface
Don Felipe, hermana mia,
Mi padre, y por escusar
Tu pena y melancolía,
No se atreve á declarar
La causa de su alegría;
Quiere ir á verle dar muerte
A Sevilla: y porque advierte
(Si sabes esto) la pena
Que te ha de causar, ordena,
Como ves, entretenerte
En Illescas, cuyas fiestas
Y toros suspenderán
El llanto que manifiestas.
Luc. ¿Fiestas cómo enjugarán,
Marta, lágrimas funestas?
Mas pues sé ya sus engaños,
Yo le diré que no intente
Con su muerte nuevos daños,
O su venganza inclemente
Verá mal lograr mis años:
Si la ira no reporta,
Será mi vida tan corta,
Como largo su rigor.
Marta. Por ahora lo mejor
Será callar, que te importa:
Llegué á Illescas, donde está
Un amigo que ha venido
De Indias, y á verla va,
Que por las dos persuadido,
El enojo aplacará
De mi padre, y de esta suerte
Remediarémos su muerte.
Luc. Buen remedio es ese.
Marta. Estraño.
¡Qué bien á esta boba engaño! *ap.*
Luc. Callar quiero, que ya ad- [vierte
Mi sospecha, hermana mia,
Que los zelos que tenia
De tí, eran sin razon,
Pues que con tanta aficion
Me favoreces.
Marta. Lucía,
Los zelos son el tributo
Que dan intenciones malas,
Ruin el árbol, como el fruto.
Luc. Vamos, y aprestemos galas,
Las que permitiere el luto;
Cielos, escusad su muerte.
Marta. Como no esté en el lugar,
Dichosa será mi suerte:
¿Quién dijera que pesar,
Felipe, me diera el verte?

(*Salen Pastrana, Alférez, y don Felipe de camino.*)

Past. A pié, á caballo, á jumento,
A mula, á carro y á coche
He caminado esta noche,
Solo por darte contento.
Fel. Ay, Pastrana, en mis desgra- [cias
Halla mi felicidad
Cierta ayuda en tu amistad,
Y pasatiempo en tus gracias:
Respetos de bien nacido
Te han obligado á seguirme,
Y á alegrarme, y divertirme
Tu humor, siempre entretenido:
Si mis desdichas recelas,
Sírvate en esta ocasion
El símbolo del halcon,

Con capirote y pigüelas,
Que alivia mi desventura
El misterioso letrero,
Donde dice : alegre espero,
Tras las tinieblas, luz pura :
Así yo, si desterrado
Una muerte me hace andar,
Luz cual él puedo esperar
Despues de tanto nublado.

Past. Sí; ¿ mas no fuera mejor,
Ausentándonos mas lejos,
Tomar los sabios consejos
Que al prudente da el temor,
Y no hacer que tu amor sea
Cual la ciega mariposa,
Que la llama peligrosa
Ronda, enamora y posea,
Hasta que á su luz sutil
Muere, cuyo ejemplo igualas,
Pues aguardas que las alas
Nos corte algun alguacil ?

Fel. Considera tú un leon
Atado, cuando recuerda
Caminar, cuanto la cuerda
Le permite en la prision,
Que no estendiéndose á mas,
Vuelve á otra parte, y no puede :
Lo mismo, pues, me sucede.
Mal persuadirme podrás
Que de aquí, amigo, me parta,
Aunque vida y honra pierda,
Porque no me dan mas cuerda
Memorias de doña Marta.

Past. Segun eso, á buena cuenta
Seremos en esta danza
Don Quijote y Sancho Panza,
Parando de venta en venta.
No ves que estar en Illescas
Ahora, no es buen discurso,
Que es la fiesta y el concurso
De damos y damas frescas.
Donde vendrá á darte enojo
Algun mercader de vidas,
Cuyas varas son medidas,
Y en mirando dan mal de ojo.
Habia ocasion ahora
A medida del deseo,
Pues toda la córte veo
Que se parte á la Mamora :
Y con cualquier capitan
Pudieras ir disfrazado,
Que á un distraido soldado
No le conoce Galvan.

Fel. ¿ Piensas que no me da pena
El no hallarme en ocasion
De gozar esa ?

Past. Es razon
Que para un mancebo es buena.

Fel. Valor natural de España,
Lealtad y obediencia grande,
Pues sin que el rey se lo mande,
La ocasion los desengaña;
Y los que llenos de olores,
De galas, fiestas y gustos,
No tratan sino de injustos
Zelos, prendas y favores,
Si la ocasion los convida,
Salen tan bien enseñados
Como si fueran soldados
De Flándes toda su vida.

Past. El señor don Luis Fajardo
Viva mil años, que es gloria
De España, y quede memoria
De capitan tan gallardo,
Y salga Jarife, ó Muza,
Con la morisca galgada,
A probar lo que es su espada,
Que él los dará en caperuza.

(*Sale Lopez, criado, de camino.*)

Lopez. Así queda bien, que á todo
Sabe acudir Juan Florin.

Past. Un hombre viene, ruin
Teme pantanos sin lodo,
No es sospechoso, yo llego :
Señor hidalgo, ¿ es soldado
De la Mamora ?

Lopez. Criado,
A lo menos, de don Diego
De Silva.

Past. ¿ Y á qué ha venido
A Illescas, deseo saber ?

Lopez. He venido aquí á traer
Jaeces, que le han pedido
Dos hidalgos á mi dueño;
Y aunque Juan Florin es hombre,
Que su cuidado y su nombre
Florece (que no es pequeño),
He venido yo en su carro,
Por no hacer falta á la fiesta,

Que es mañana.
Past. Y la respuesta
Es de ese ingenio bizarro;
¿Pero qué don Diego es ese,
Que no le he visto jamás?
Lopez. Aun no le importunan mas
A un necio que se confiese:
Digo que son dos hermanos
Nobles, don Diego y don Juan,
El uno y otro galan,
Y entrambos buenos cristianos.
Fel. ¿Son casados?
Lopez. Pretendientes
De dos hermanas muy bellas,
Que en sustancia son doncellas,
Sabe Dios los accidentes:
Llámanse Marta y Lucía,
Con su don en cada una:
Adios, que es cosa importuna
Preguntar tanto en un dia.
Past. Oigase.
Lopez. Voy á buscar
Posada, que han de venir
Las damas, y á prevenir
Mucho que hay que aderezar.
Fel. ¿Pues vienen ellas con ellos?
Lopez. Ellas con su padre vienen,
Y ellos tambien, que previenen
La ocasion por los cabellos;
Vienen delante, y desean
Verse juntos dos á dos. (*Vase.*)
Past. Adios.
Lopez. Adios.
Fel, Plegue á Dios,
Que vengan, y no las vean.
Past. ¿Hay zelambre?
Fel. No: bien sé
Que entrambas á dos me miran
Con cuidado, y que suspiran,
Aunque á su hermano maté,
Por mí; y quisiera por Dios,
Que algun galan conquistase
A la una, y me dejase
Con la mayor de las dos.
Past. Otros vienen.
Fel. ¿Y quién son?
Past. Dos viejos, un mozo, y mas
Damas, y gente detras:
Vámonos, que es confusion.
Fel. Mal irme de aquí podré,
Y mas viniendo mi dama.
Past. Descansa, pues, en la cama,
Mientras viene.
Fel. Así lo haré. (*Vanse.*)

(*Salen don Gomez, doña Marta, doña Lucía, una criada, el capitan Urbina, viejo, y el Alférez, su sobrino.*)

Lopez. ¿Señor capitan Urbina?
Urb. Famoso don Gomez mio,
Ya mi contento imagina,
Que en mi pecho falta el brio
Para esta gloria divina:
No cabe en mí tanto bien,
Repartidle en vuestro pecho,
Aunque el vuestro es mio tambien,
Que ya quedo satisfecho
Y rico de ver tal bien.
De Indias traigo ganados,
Caro amigo, cien mil pesos,
Que allá llaman ensayados,
Y para tales sucesos
Vendrán muy bien empleados:
Todos los rindo á los piés
Vuestros, y de vuestras prendas,
Pues de ellas su dueño es.
Gomez. Habla, hija, no suspendas
Tu aficion para despues.
Marta. Por la parte que me alcan-
De esa merced, mi señor, [za
Os pido, con la esperanza
Que se debe á tal favor,
Esas manos.
Urb. Alabanza
Sois de España: permitir
Que vos me pidais las manos.
No es bien, si os he de servir.
Marta. Cumplimientos cortesanos,
¡Qué bien que sabeis fingir!
Gomez. Luego que supe de vos
Que aquí estábades de asiento,
Vine á veros con los dos
Angeles, con que contento,
Vivo agradecido á Dios.
En Illescas, donde estais,
Por fin de las fiestas todas,
Con que al fin nos festejais,
Celebraréis vuestras bodas
Con la que mas deseais:

No he dicho nada á quien es
Obediente á mi deseo,
Basta avisarla despues.
Alf. Con gusto las miro y veo : *ap.*
Dichoso es el interes
Del oro, pues de mi tio
Estiman el casto amor
En mas que el juvenil mio :
¡Ay, dinero encantador,
Qué grande es tu señorío!
Marta. ¡Ay Lucía! esténse allí,
Y hable el viejo con el viejo,
Que no sé qué siento en mí :
Dame en mi amor un consejo.
Luc. Quisiérale para mí,
Que adoro en mi ausente preso.
Marta. ¡Ojalá que ausente esté!
Luc. Si le da muerte este esceso,
Marta, en mí ejecutaré
La sentencia del proceso.
Urb. No es razon que descanseis,
Que venis al tiempo crudo
De las fiestas : si quereis
Verlas, vamos.
Alf. ¡Ay, desnudo *ap.*
Amor, vencido me habeis!
Si es esta doña Lucia,
A su luz soy mariposa.
Urb. ¿No venis, señora mia?
Marta. Sí, porque toros son cosa
Que dan gusto cada dia.
Luc. ¡Ay, mi idolatrado ausente!
Marta. ¿Que en mí el amar y el [temer,
Don Felipe, me atormente
Tanto, que te desee ver,
Y no tenerte presente? (*Vanse.*)

(*Salen Pastrana y don Felipe.*)

Past. Menos que en una ventana,
O en un tablado, no esperes
Verme en el coso.
Fel. Pastrana,
Ese es sitio de mugeres,
O de hombres de agua y lana :
Aguardemos una suerte
Aquí, y cobrarás por fuerte
Nombre y blasones eternos.
Past. No, hermano, que suerte en [cuernos
Tiene la punta en la muerte.
Fel. Deja aquesa impertinencia,
Que á no tener esperiencia
De tu humor y valentía,
Dijera que es cobardía
Esa.
Past. Yo te doy licencia,
Que como quieras la nombres,
Como no estemos aquí.
Fel. ¿Tú, que te comes los hombres,
Temes una bestia?
Past. Sí,
Por mas que de eso te asombres.
Reñir con dos, ó con tres
Hombres, muchas veces es
Honra y no temeridad,
Porque con facilidad
Por valiente ó por cortés
Se libra, y mas cuando alcanza
La esperiencia de las tretas
Con que nos dejó Carranza
Líneas oblicuas y rectas,
Dando ciencia á la venganza,
Puede un hombre, si acosado
Riñendo de otro se ve,
Decir : Yo he esperimentado,
Que vive en vuesamercé
Todo el valor abreviado;
Por servirle y aplicalle,
Ni rondaré aquesta calle,
Ni hablaré á doña Mencía;
Y si de la amistad mia
Gusta, vendré á acompañalle
Desde hoy, y si es caballero,
Oblígale el buen hablar;
Si es capeador, el dinero;
Si es valenton, el quedar
Por mas valiente y mas fiero;
En fin, siempre hay esperanza,
Por mas enojo y venganza
Que al mas colérico obligue,
Si es hombre que se mitigue
Con dineros, ó crianza;
Pero un toro cuando deja
La capa que despedaza,
Y á las espaldas aqueja
Al dueño, dándole caza,
Llega tú, y dile á la oreja :
Señor toro, la nobleza
Ilustra la fortaleza,
Corte la cólera un poco,

Que es propio del necio y loco
El dar siempre de cabeza;
Y verás cómo repara,
Si tu amistad le prometes,
Y luego vuelves la cara,
Abriéndote dos ojetes
Por detras de á media vara.
Fel. Cobardía es muy discreta.
Past. No admito yo, aunque me [brindas
Con tu inclinacion inquieta,
Cólera, que en vez de guindas
Se aplaca con guindaleta.
Fel. Escucha que á aquel balcon
Sale hermosa bizarría.
Past. Fanfarrona ostentacion.
Fel. Pastrana, doña Lucía
Y mi doña Marta son;
Oh sol con madejas de oro,
Que de la noche el silencio
Rompes, y enjugas mi lloro,
Desde aquí te reverencio,
Y como el indio te adoro;
Desde aquí el alma te escribe
De esta ausencia los enojos,
En que muere cuando vive:
Estafetas son los ojos,
La carta, Marta, recibe,
Y responde el dulce sí,
Que mi firme amor te ruega:
Amigo Pastrana, di
Lo mucho que la amo, llega.
Past. ¿Desde dónde?
Fel. Desde aquí.
Past. ¿Estás borracho?
Fel. Haz la salva
Que merece su hermosura,
Pues sale en su oriente el alba
De mi amor y fe segura.
Past. ¡Qué buena fe si se salva!
Fel. ¿No la dirás algo?
Past. Aparta,
Marta, que perlas ensarta,
Si se las compra el platero,
Marta, martillo, ó mortero,
Pues le ves, cócale, Marta.

(*Música dentro.*)

¿Qué es aquesto?
Fel. La señal
De soltar toro.
Past. Pues suelto
Las piernas.
Fel. Baste.
Past. ¿Y qué tal?
Fel. Mal por tu opinion has vuelto.
Past. Peor vuelve un animal,
Cuando alcanza en la carrera.
Fel. Segura está esta barrera,
Rejon hay, y tambien lanza,
Espera.
Past. Mala esperanza
Tiene el que en la muerte espera.
Fel. ¿Quién es este del rejon?
Past. No le conozco.
Fel. Buen talle.
Past. ¿Y el toro es barro?
Fel. Un leon
Parece.
Past. Mas que ha de dalle,
Si le alcanza, topeton.
(*Dentro.*) Muchó ho.
Past. ¡Brava grita!
¡Que guste España de ver
Fiesta tan fiera y maldita!
(*Dentro.*) ¡Válgate Dios!
Past. El correr
Vidas guarda, y capas quita.
Fel. Ea, el del rejon se pone
A punto.
Past. Aunque mas blasone,
Temo solo de mirallo,
Que ha de morir á caballo.
Fel. ¡Buen aire!
Past. Dios le perdone
Si le arrima medio cuerno,
Porque el que muere, es notorio.
Aqui, por su mal gobierno,
Que sin ver el purgatorio
Se va derecho al infierno.

(*Suenan dentro cascabeles, como que corren caballos.*)

Fel. Ya los dos están enfrente,
Toro y caballo, y la gente
Se suspende por mirallo.
(*Dentro.*) ¡Bravo golpe!
Fel. Del caballo
Cayó.
Todos. ¡Jesus! hombre, tente.

Past. Que le mata.
Fel. Aquí me llama
Una venturosa suerte.
Past. ¿Suertes haces en Jarama?
Morirás.
Fel. ¿Qué mejor muerte,
Que á los ojos de mi dama?

(*Vase con la capa revuelta al brazo, y la espada desnuda.*)

Past. ¿Vióse mas desatinada
Temeridad? con la espada
Desnuda, la capa embraza,
Y dando ojos á la plaza,
La bestia acomete airada;
¡Grande esfuerzo y gentileza!
El toro cierra con él.
(*Dentro.*) ¡Golpe estraño!
Past. ¡Gran destreza!
Digno es de español laurel:
Cercenóle la cabeza;
Y la bestia en el arena
Caida, de ella levanta
Al caballero, que ordena
Darle por ayuda tanta
Los brazos, que ya encadena
En su cuello.
Alf. Otras mil veces,
Amigo, me vuelve á dar
Los brazos.

(*Sale don Felipe con la espada, limpiando la capa al Alférez, que sale con él.*)

Fel. ¿Que en tal lugar
Y á tal ocasion pareces,
Despues de tan larga ausencia,
Alférez, que he merecido
Gozar tu noble presencia?
Alf. El mar del Sur ha podido
Dar riendas á la paciencia,
Como á la esperanza engaños,
Para que al fin de diez años
Fuese, don Felipe amigo,
Deudor yo propio, y testigo
Hoy de tus hechos estraños.
Fel. ¿Qué tanto habrá, alférez mio,
Que estás aquí?
Alf. Aun no ha un mes.
Fel. ¿Vive el capitan tu tio?
Alf. La sangre del interes
Anima su cuerpo frio,
Trae mas de cien mil ducados,
Y tan mozos los cuidados,
Que aunque su vejez ofende
(Como á su salud) pretende
Casarse.
Fel. Bien empleados
Dineros y años, si son
Del matrimonio despojos.
Alf. Amigo, de aquel balcon
Me llaman, donde unos ojos
Me han robado el corazon:
Subid conmigo, que allí
La vida agradecerán,
Que me habeis dado.
Fel. ¡Ay de mí!
Alf. ¿Las dos hermanas que están
En él, conoceislas?
Fel. Sí.
Alf. Pues la mayor ha de ser
Yeedra de aquel tronco viejo,
Que ha merecido tener
Su lado; y con ser su espejo
De acero, en él se ha de ver,
Y yo soy de la menor,
Menor criado, y mayor
En amarla.
Fel. Yo soy muerto:
Ay, alférez, ¿eso es cierto?
Alf. Tan cierto como mi amor:
Esta noche se desposa
Con mi tio doña Marta;
Ved qué lirio con qué rosa.
Fel. Antes un rayo le parta, *ap.*
Y de muerte rigurosa.
Alf. Subid conmigo al balcon,
Si saberlo deseais
Todo.
Fel. ¡Ay, fiera confusion!
Antes quiero que encubrais
Mi nombre.
Alf. ¿Por qué razon?
Fel. Porque el andar encubierto
Me importa, hasta que me parta.
Alf. ¿Pues qué ha sucedido?
Fel. He muerto
De la hermosa doña Marta
Un hermano, y sé por cierto
Que me buscan con cuidado.

Alf. ¿Dónde os partis?
Fel. A Sevilla.
Alf. Si mi hacienda, y el sagrado
Que ofrece en aquesta villa,
La imágen que el ser le ha dado
Os importa entre los dos,
Cumplimientos lisonjeros
Seráulo solo por vos;
¿Habeis menester dineros?
Fel. No : andad, que os llaman.
Alf. Adios. (*Vase.*)
Past. ¿Pues mata toros? locura
Ha sido aquesta estremada.
Fel. Si sientes mi desventura,
Mátame, saca esa espada.
Past. ¿Matar yo? ¿soy calentura?
¿Hay ya casquera? ¿qué pasa?
Fel. Que doña Marta se casa.
Past. Pues cásese en hora buena :
¿Bobazo, eso te da pena?
Fel. Cuando la envidia me abrasa
De los zelos, y me quejo
Como ves, ¿me hablas así?
Bien contigo me aconsejo.
Past. ¿Cuándo es la boda?
Fel. ¡Ay de mí!
Esta noche, y con un viejo.
Past. Tu venganza satisfizo
Quien tan mala eleccion hizo :
Habrá barba betunada,
Tos, catarro, orina, hijada,
Y mucho diente postizo :
Bien tu venganza acomodas.
Fel. Mas así mi mal refrescas.
Past. Será con quien hace bodas
Como las casas de Illescas,
Que de viejas se caen todas.
Anda acá, amigo, á Sevilla,
Que una ausencia suele dar
A amor, que es niño, papilla.
Fel. Aquesta noche he de estar.
Past. ¿A ver tu sentencia?
Fel. A oirla.
Past. ¿Y si te prenden?
Fel. Jamás
Me vió el avariento padre
De doña Marta.
Past Y tendrás
En viéndola mal de madre,
Y luego alborotarás
La casa, y donde los toros
Triunfan (como eres valiente)
Habrá cristianos y moros.
Fel. ¿Tienes temor?
Past. No á la gente,
Sino á los trüenos y toros.
Fel. Pues ven, que la fiesta toda
Tengo de abrasar, por Dios.
Past. Si un alguacil no lo enloda,
Haciéndonos á los dos
Las vacas de aquesta boda. (*Vanse.*)

(*Salen doña Marta, doña Lucia, el Alférez, el capitan Urbina, y don Gomez.*)

Gomez. Querida hija, vuestra edad [me obliga
A daros rico y merecido esposo.
De cuyo largo amor el curso siga
Lo que pide su intento generoso;
Escusado es que os pinte, Marta, y [diga
Los méritos del dueño valeroso,
Porque las prendas del señor Urbina
Muestran todo el valor que se ima- [gina.
Marta. ¿Sus prendas dijo? luego [prenda suya *ap.*
Es el sobrino.
Alf. Pienso que me mira.
Porque en sus ojos y en su lengua [arguya,
Que por mi edad y mi valor suspira :
Dichosa mi aficion, si fuera tuya,
Lucía hermosa.
Luc. Temo que es mentira *ap.*
Y sueño lo que veo, y no lo creo :
Cásese Marta, y cumpla mi deseo.
Gomez. Viene el señor Urbina [por estremo
Rico de Indias, hija, y solo tiene
El sobrino que ves.
Marta. Mirarle temo, *ap.*
Porque á su nuevo amor no me con- [dene.
Alf. Ella me mira, y yo me abraso, [y quemo
Por mi Lucía : cuando no conviene
Que elija á doña Marta el gusto mio,
Siempre obediente al de mi viejo tio.

(*Salen don Juan y don Diego como de noche.*)

Juan. No me ha costado poca diligencia
Saber, don Diego, al punto que he venido,
De estas dos damas la primera ausencia,
Que tan dañosa á mi esperanza ha sido.

Diego. Casarlas quiere el padre con violencia.

Juan. No es en eso prudente, aunque atrevido,
Que en este tiempo no parece justo
Casar las hijas contra el propio gusto.
¿Mas cásase tambien doña Lucía?

Diego. Yo sospecho que sí.

Juan. Mucho me pesa.
Que si la una es vuestra, la otra mia
(Quiero decir en la amorosa empresa).

Gomez. Así ya, Marta cara, estima el dia
En que tan gran ventura se interesa,
Que el señor capitan, y prendras suyas,
Quiere sea dueño amado de las suyas.

(*Salen don Felipe y Pastrana como de noche.*)

Fel. Esto ha de ser.

Past. Es mucho atrevimiento.

Fel. Digo, Pastrana, que aunque muera al punto,
Tengo de estar presente al casamiento,
Pues ya me tiene su temor difunto.

Urb. Declarad, mi señora, el sentimiento
De vuestro parecer, pues todo junto,
Mi esperanza, mi bien, y mi desvelo,
En vuestro dulce sí le cifra el cielo.

Marta. Aunque el señor alférez es un hombre
De tantas partes, tal favor y fama,
Que como me decis ganó renombre
Con los indios, y al fin me estima y ama;
Y aunque el señor su tio con el nombre
Le ilustra, y á su herencia al fin le llama,
Y con tanto valor el suyo obliga:
Digo...

Gomez. ¿Qué?

Marta. Que no sé lo que me diga.

Urb. ¿Pues qué tiene que ver ser mi sobrino
Honrado y noble, para ser el dueño
De vuestro dulce amor, si de él es digno
Mi crédito y valor, aunque pequeño?
Yo soy el que casarme determino.

Marta. ¿Vos, mi señor?

Urb. Yo, pues,

Marta. Parece sueño
Esa esperanza, que entre verdes años
Viene llena de amor, como de engaños.

Past. ¡Que á una muchacha casen con un viejo!
Maldiga Dios vejez tan seca y verde.

Diego. No ha seguido su padre buen consejo.

Juan. Ella, de pena, la paciencia pierde.

Marta. Pues aunque yo pudiera, no me quejo
De este rigor.

Fel. Cuando de mí se acuerde, *ap.*
No dará el sí.

Marta. Cuando á Felipe adoro, *ap.*
De mi amor vencedor, como del toro,
¿En vez mi padre de su abril, me ofrece
Este caduco enero? buen empleo.

Urb. Proseguid, mi señora, si merece
Un sí tan esperado mi deseo.

Marta. Vuestra hacienda y valor mucho merece:
Mas, ¡ay de mí! que á don Felipe veo. *ap.*

(*Llégase á ella embozado don Felipe.*)

Fel. ¡Ah, cruel! en buen riesgo mi amor pones.

Past. Si es potro el casamiento,
[nones, nones.
Urb. ¿Qué dices, mi señora?
Marta. Sea testigo
El que quisiere serlo, y escucharme:
El capitan Urbina es noble, y digo
Que con ser él quien es, no he de ca-
[sarme.
Gomez. ¿Qué dices?
Marta. No mi gusto en esto sigo,
Sino el del cielo solo, que obligarme
Puede á que no me case en esta em-
[presa,
Si es digno de guardarle una promesa.
Fel. Ella me ha visto ya.
Marta. Yo soy perdida; *ap.*
Mas conservando el alma la espe-
[ranza
Que tengo en don Felipe, no me pida
Mi padre y su interes hacer mudanza.
Gomez. ¿Quién te ha podido hacer
[tan atrevida?
Tú darás á mi cólera venganza,
O el sí debido al capitan, que es
[justo.
Alf. ¿Señor?
Gomez. O morirá, ó hará mi gusto.
Marta. Espera, padre y señor,
Y escúchame, como juez
De mis palabras y voces,
La verdad, si es justa ley.
Soy muger de mi palabra,
Que la guardo, aunque muger,
Heredera de tu sangre,
Y de tu hacienda tambien.
Nací en Madrid, y sin madre
Desde niña me crié,
Pero con inclinacion
Virtuosa, como ves.
Hasta ahora no he mostrado
La obligacion de mi fe,
Que la edad no me obligaba,
Ni tu amor, ó tu interes.
Ahora mis confesores
Me mandan, señor, que dé
Razon de mi pensamiento:
Oye, y responde despues.
Fel. ¿Qué novedades son estas?
Past. Enredos deben de ser,
Si no es que se vistió el alma
Esta mañana al reves.
Marta. Yo, señores, me casára,
Porque me estaba muy bien,
Con el señor capitan,
Por su mucha hacienda y ser;
(Que las mugeres discretas
No habemos de pretender
Sino dinero, que amores
No valen nada sin él);
Mas pluguiera á Dios pudiera,
Que á no faltarme el poder,
Me casára dos mil veces,
Si no bastára una vez;
Pero los años pasados,
Que ahora se cumplen seis,
Por librarme de un peligro,
Que no declaro el que fué,
Hice voto de doncella,
Y pienso que lo he de ser,
Hasta que en la vírgen tierra
Me entierren á la vejez.
Gomez. Hija, en negocios tan gra-
Y que tocan á tu fe, [ves,
Yo no puedo resolverme,
Sin que tome parecer:
Demos á Madrid la vuelta,
Que hay teólogos en él,
Que mi conciencia aseguren.
Marta. Permítalo Dios, amen.
Juan. Admirado voy.
Fel. ¿Qué es esto?
Marta. Yo te lo diré despues.
Diego. Venid, don Juan, que en
Averiguaré lo que es. [Madrid
Past. Todos vamos mas confusos
Que la torre de Babel.
Gomez. ¿Qué castidad prometiste?
Marta. Sí, señor, yo sé con quién.

JORNADA II.

(Salen el capitan Urbina y don Gomez.)

Urb. Quise venirme de asiento
A la córte, por saber
Qué suceso ha de tener,
Don Gomez, mi casamiento.
Tenia yo imaginado,
Siendo doña Marta mia,
Casar á doña Lucía

Con mi sobrino, soldado
De las banderas de Amor,
Si de las de Marte ha sido
Alférez.
Gomez. Ha sucedido
Todo al reves; mi temor
Lo adivinó doña Marta:
Tan mudada y otra está,
Que tengo escrúpulo ya,
Si por mi ocasion se aparta
De su determinacion,
Que el cielo no me castigue:
Con notable estremo sigue
Su nueva reformacion:
En todo es otra, no gasta
Seda, que dice la inquieta:
Una ropa de bayeta,
Ni muy fina, ni muy basta:
Una basquiña á lo llano,
Que llamaba de cilicio:
Un descanso en un puntillo,
Rematado en el verano:
Un abanico sin plata,
Y en invierno una estufilla
De felpa, ó de cabritilla,
Que abriga, y es mas barata:
Este es su traje, ya no ama
Galas, que está reducida:
Solo no muda de vida
En el comer, ni en la cama;
Pues aunque está tan perfeta,
Por mas ejemplos que tome,
Mientras hay perdiz, no come
Vaca.
Urb. Por Dios, que es discreta.
Gomez. Yo, capitan, gustaria,
Porque el amor he notado
Que el alférez ha cobrado
Desde que vió á mi Lucía,
Que se casasen los dos,
Que el dote que la he ofrecido
Con la hacienda que ha traido,
Y la que espera de vos,
Le dará, á lo que imagino,
La vida que deseais,
Y mas si en casa os quedais
Vos, como vuestro sobrino;
Pues casándose Lucía,
Doña Marta podrá ser
Que mude de parecer,
Y en ella la envidia haria
Lo que consejos no han hecho.
Urb. El alférez quedará
Honrado, y me dejará
Obligado y satisfecho,
Si en vuestra hija mejora
Mi esperanza: él está ausente,
Que viendo pasar la gente
De la córte á la Mamora,
Desde Illescas se partió
Con el duque de Marqueda,
Que el valor y sangre hereda
Del padre á quien sucedió;
Ya no tardará, que ha un mes
Que se partió: yo os prometo
Que en viniendo tenga efeto
Su amor.
Gomez. Importará, pues,
Porque aunque Marta se trata
Como veis, no hay persuadirla,
Ni con razon reducirla
A ser monja, ó ser beata.
Dice, que no ha de casarse
Por el voto y devocion,
Ni admitir dispensacion,
Aunque pueda dispensarse,
Ni tomar nunca otro estado,
Sino solo el de doncella.
Urb. ¡Triste vida!
Gomez. No hay vencella.
Urb. Ni es carne así, ni pescado;
Mas si el alférez se casa,
Podrá ser mude opinion.
Gomez. Melindrosa condicion,
Y mísera vida pasa.
¿Pero no es él el que viene?
El alférez es.
Urb. ¿Qué espero?
Los brazos abiertos quiero
Recibirlo, que ya tiene
A buen presagio mi amor
El ver el tiempo á que vino.

(*Sale el Alférez de camino, muy galan.*)

Gomez. ¿Famoso alférez?
Urb. ¿Sobrino?
Alf. ¿Don Gomez noble? ¿señor?
Gomez. Murmurado hemos los dos
De vuestro olvido y tardanza,

No ha un momento, y en venganza
Venis á volver por vos:
¿Traeis salud?
Alf. Y contento
De que los dos la tengais.
Gomez. ¡Gran soldado! enamorais
Con tantas plumas el viento,
Con las hazañas á Marte,
Y á amor con la bizarría.
Urb. Yo sé una doña Lucía,
Que si alguno le da parte
De vuestra alegre venida,
Le ha de dar albricias buenas.
Alf. Si ausencia es madre de pe-
Su memoria las olvida. [nas,
¿Qué se dice por acá
De la Mamora?
Gomez. Quimeras
Para el vulgo verdaderas,
Que es quien crédito las da;
Mas pues vos habeis venido,
Saber la verdad aguardo
Del blason de aquel Fajardo,
Que en Africa ha merecido
Ser Scipion, y en Madrid
Alcanza renombre inmenso.
Alf. Yo os contaré por estenso
La verdad del caso ; oid:
Pagaba el sol la posada
Con el oro que se viste
Al signo sesto, que es Virgo
(Si en el sesto hay signo vírgen),
Y el antípoda de enero
A Céres y á Baco pide
Parias, con cuyos esquilmos,
Techos cuelga, y trojes hinche
(Quiero decir, que era agosto,
Que no puedo persuadirme
A que den gusto romances
Con máscara de latines),
Cuando el ilustre Fajardo,
Faja, ó zona, con que ciñen
Los cielos sus diez esferas,
Porque su nombre sublimen,
Gozoso de que hayan puesto
Las banderas de Felipe
La cruz de España en Larache,
Cueva de piratas viles,
Y deseoso de ver
Por los africanos lindes,
Que el padre Océano goce
Sus costas y puertos libres,
Quiso desembarazar
Un rincon de infames tigres,
Que asaltan los vellocinos
Que en oro á España el sur rinde,
Y labrando en la Mamora
Un fuerte, casi invencible,
Cortar esperanza y pasos
A moros y pechelingues.
Juntó para aquesta empresa
En las columnas de Alcídes
Cien velas, entre navíos,
Galeras y bergantines,
Y con siete mil soldados,
Dignos que el sol los envidie,
Sin la chusma y gastadores,
Izaron velas sutiles:
Gallardetes, y banderas
Verdes, rojas y turquíes,
Retozando con los aires,
Dieron al viento tapices;
Y porque no se escuchase
Si el mar con los remos gime,
Sus peces sordos oyeron
La salva de los clarines.
Vió el espumoso elemento
En sus hondas mil pensiles,
Juzgando galas y plumas,
Por cármenes y jardines;
Y dando vista á Larache,
De cuyas murallas rinden
Salva, en partos monstruosos,
Culebrinas y esmeriles,
Llegaron de la Mamora
Una legua ; y porque impide
Tomar tierra el agua escasa
Del mar soberbio (allí humilde),
Dieron fondo en aquel puerto,
Y luego en él los reciben
Dos navíos holandeses,
Que el mar enfrenan con diques:
De ellos supo el general,
Que en el puerto estaban quince
Naves, que á hereges corsarios
Ayudando, al moro sirven;
Y el victorioso Fajardo,
A pesar de los Caríbdis
Con que arte y naturaleza
Hacen el paso imposible,

Tomó tierra, siendo en ella,
Porque seguro la pise,
Los primeros que saltaron,
Cuatro navarros, que rigen
Otras tantas compañías,
Y de quien la fama escribe
Hazañas, que en bronce y jaspe
La memoria inmortalice.
Salió Agar á la defensa,
Y al son de sus añafiles
Cubrió los montes y prados
De bonetes carmesíes;
É impidiendo al sol la luz,
Las saetas que despiden
Los arcos que dió la guerra,
Si el cielo á la paz dió el íris,
Estorban que desembarquen
Los argonautas insignes,
Que el *non plus ultrà* estendieron
Desde Cádiz hasta Chile;
Mas viendo la multitud
De bárbaros, que resiste
Con voces y con saetas,
Que España al Africa pise,
El de Fernandina, y Elda
(Héctor este, aquel Aquíles)
Y los dos dignos que canten
Sus hechos hispanos cisnes,
Puestas en tierra las proas
De las galeras (que humildes
Al hipócrita retratan)
Escupen plomo y salitre.
No aguardaron el refresco,
Que se conserva en barriles,
Los idólatras de Meca,
Ni osaron hacer al bríndis
De los tiros la razon,
Porque confusos y tristes,
Huyen dejando en la playa
Mil moros muertos, que sirven
A las pelotas de chazas,
Que con su vil sangre tiñen;
Y entrando sin resistencia
Los españoles felices
En el fuerte (entonces flaco)
Temerosos aperciben
Sus moradores piratas
Las heréticas cervices,
Porque en su sangre blasfema
Las espadas se maticen;
Y dando principio al fuerte,
Porque eterno se edifique,
Los que ayer Hércules eran,
Hoy se vuelven albañiles;
Doscientos mil y mas moros
Los nuestros pocos resisten,
Que no asombran tantos, donde
Españolas fuerzas viven:
Pelean mientras trabajan,
Y al mismo punto que esgrimen
Con las diestras las espadas,
Las izquierdas (porque admire
Su valor) la cal y arena
Aplican, y hazañas miden
Con tareas, siendo á un tiempo
Capitanes y alarifes;
Llueven las nubes de Agar
Alarbes, que al cerco asisten,
Creyendo ganar por hambre,
Lo que las fuerzas resisten:
Y el valeroso Fajardo
A España y su rey escribe
El suceso, y pide gente,
Que sus victorias anime.
Ofreció al momento el Bétis
Hijos valientes, que piden
Al mar, mientras les dan naves,
Que los pasen sus delfines.
Al fin, la Bética toda,
Hasta los hijos de Ulíses
Al socorro van ligeros,
Como á la presa los tigres.
Llegó la nueva á la córte;
Y para que no peligren
Principios tan virtuosos,
Parando en trágicos fines,
Dió nuestro monarca muestras
De que desea, y se sirve,
Que la Mamora socorran
Sus cortesanos insignes;
Y apenas mudas señales
Conceptos del alma esprimen,
Cuando antes que por palabras
Su gusto el rey signifique,
Dejan ánimos gallardos
Regalos del dios de Chipre,
Que con llamas criminales
Abrasa pechos civiles.
Mil títulos y encomiendas
Truecan harpas por clarines

Y cajas, porque á su son
Sus hipogrifos relinchen.
Mil soldados pretendientes,
Cuyos hechos invencibles
Quiere la paz que en papeles
Mal despachados se cifren,
Despiertan al son de Marte,
Y los aceros que ciñen
Se desenvainan sin manos
De la cárcel en que viven.
Llevólos el de Marqueda,
Mar queda, sangre Manrique,
Saliendo por el de madre
A los Cárdenas su estirpe;
Y partiéndose con ellos,
Tuve por honra el seguirle,
Que es justo que tal cabeza
Nobles intentos obligue.
Llegamos á la Mamora
Brevemente, y nos reciben
Sus soldados tan alegres,
Como sus contrarios tristes:
En varias escaramuzas
Dió España muestra infalible
De la ventaja que hace
Al africano su origen,
Hasta que un lúnes dichoso,
Cuando el alba llora y rie
Porque la marchita el sol
Sus claveles y jazmines,
Impaciente un moro alcaide
De que España se glorie
Que contra el Africa toda
Cruces alce, y lunas pise,
Despues que á todos los moros,
Entre otras afrentas, dice,
Que cuelguen en vez de alfanges
Ruecas de los tahelíes,
En una yegua alazana,
Que el viento á carreras mide,
Y una lanza de dos hierros,
Que en temblar al aire es mimbre,
Manda tocar al asalto,
Siendo el primero que embiste
A los no acabados muros,
Mas defendidos que firmes:
Apeóse, y por la lanza
Trepó, hasta llegar á asirse
A los bordes de la cerca,
Y por mas que todos griten:
Muera el temerario alarbe,
Del brazo izquierdo desciñe
Una bandera celeste
Con tres lunas, donde pinten
Su amor menguante los zelos,
Y con presteza increible,
Derribando la cruz roja,
Que el valor español rige,
El muro subió, en su asta
Fijando las lunas viles:
Enarboló su estandarte,
Y volviendo á bajar, dice:
El que quisiere vengar
Aquesta afrenta, y ver libre
La cruz, que á pesar de España,
Alá á mis plantas permite,
Baje, que buena escalera
Le dejo, porque eternice
En campaña, y no entre muros,
La fama su nombre insigne.
Oyó, entre otros, la arrogancia,
Que el moro á voces repite,
Un Osorio, peon dos veces,
Pues labrando el muro, riñe,
Y tirándole una piedra,
El golpe fué tan felice,
Que sembrándole los sesos,
El mundo vió dos Davides.
Bajó luego por la lanza,
Y porque en todo le imite,
Con su alfange de los hombros
La infiel cabeza divide,
Y alzando la cruz del suelo,
Por mas flechas que le tiren,
Con su tafetan sagrado
Los valientes hombros viste.
Cercóle la multitud,
Y mientras él los resiste,
Redondillas de repente
Los versos de bronce miden,
Y desbaratados todos,
Las espaldas femeniles
Vuelven al cristiano campo,
Que victorioso los sigue.
Quedó libre la campaña,
Y trocando en menestriles
El ronco son de los parches,
Para que se regocijen,
Vuelven al fuerte triunfando,
Y el gran Fajardo divide

Los despojos, que á sus plantas
El moro blasfemo rinde.
Fortificóse la fuerza;
Y yo, viendo despedirse
Los nobles aventureros,
Quise con ellos partirme,
Y alcanzando del despojo
Dos mil moriscos zaquíes,
A daros de esta victoria
La nueva, y los brazos vine.
Gomez. Decislo, alférez, tan bien,
Que si en las hazañas fuistes
Ayax sin lengua, y con manos,
En contarlas sois Ulíses.
Urb. Vos seais muy bien venido;
Y el rey, que gobierna y rige
Las dos esferas, ó mundos,
Bárbaros cuellos humille.
Alf. ¿Mi señora doña Marta
Cómo está?
Gomez. La vida sigue,
Y opinion en que quedó,
Cuando de Illescas partistes.
Alf. ¡Gran cosa! ¿y su hermosa [hermana?
Gomez. Mas bizarra y apacible,
Ausencias dicen que llora,
Y de su hermana se rie.
Mas quedo, que doña Marta
Es esta.
Alf. ¿Anascote viste?
Urb. Ha dado notable vuelta,
Si no es ya que son melindres.

(*Salen doña Marta vestida como se ha dicho, y doña Ines con mantos.*)

Marta. Ví á don Felipe en el Prado
Llegar, la color perdida,
Por la mudanza debida
Con que á mi padre he engañado;
Pero viendo que no osaba
Hablarme, por el respeto
Que en este traje prometo,
Le dije que le adoraba
Tanto, que por su ocasion
Andaba de esta manera,
Pues si estoy devota, él era
Mi imágen de devocion;
Y como á mi hermano ha muerto,
Y el temor de esto le avisa,
Lo que permitió su prisa
Le hablé, y quedó de concierto
De venir á hablarme aquí
Con un ingenioso enredo,
Que mientras hablabas.
Ines. Quedo,
Que están los viejos aquí.
Marta. Pues repúlgome: Dios sea
Con vuesas mercedes.
Gomez. Hija,
¿De dónde vienes?
Marta. Prolija
Ha sido nuestra tarea.
Del hospital general
Venimos, señor, las dos
De ver los pobres de Dios,
Y dar alivio á su mal.
Gomez. Aunque yo, Marta, os con- [sienta
Que en eso os ejerciteis,
Ha de ser, como no deis
A vuestros deudos afrenta,
Una muger como vos
No ha de andar por hospitales
Curando asquerosos males,
Y haciendo camas.
Marta. ¡Ay Dios!
Porque en esto me ejercito
¿Me riñen? á ser liviana,
Y estar siempre á la ventana,
¿Qué dijeras? ¿Es delito
Visitar el hospital,
Que le riñes como á vicio?
¿No se emplea en este oficio
La gente mas principal?
Gomez. Hazte beata, y despues
Haz, Marta, lo que gustares;
Pero así, es bien que repares
En lo que dirá despues
La gente.
Marta. No determino,
Aunque ese estado es tan santo,
Estrecharme, padre, tanto:
Yo voy por este camino,
Déjenme con mi opinion.
Gomez. Cásate, pues, y casada,
Mas segura y mas honrada,
Seguirás tu inclinacion,
Que el capitan gustará
De ese empleo y ese oficio.
Urb. Ese devoto ejercicio

Mi sol y espejo será.
Marta. ¿Y el voto de castidad?
Urb. Con una dispensacion,
Pues fué simple tu aficion,
Cumplirá mi voluntad.
Marta. ¿Dispensacion? no la nom-
Que si verdad he de hablarte, [bres,
De unos dias á esta parte
Me parecen mal los hombres:
¡Jesus, y qué mala cosa!
¿Yo casada? ni por pienso.
Gomez. No llores, basta.
Marta. ¿Ese censo
Me echabas?
Alf. ¡Qué melindrosa
Se ha vuelto!
Marta. Llévolo mal.
Urb. Quitadle al sol el capote,
Y no os caseis.
Marta. Con mi dote
Pienso hacer un hospital,
Y curar pobres en él:
Si verme viva deseas,
Padre, déjame, y no seas
En esto estorbo cruel.
Gomez. Haz, hija, lo que quisieres:
No des voces, bueno está,
No te diré cosa ya,
A trueco que no te alteres;
De lo dicho me ha pesado:
Vé á hospitales, haces bien.
Marta. Dios se lo perdone, amen,
Que en verdad que me ha enojado.
Gomez. Seguirla quiero el humor,
Que yo sé que en el que está,
Bien presto le mudará.
Urb. Eso juzgo por mejor.
Gomez. ¿Cómo no hablas al sobrino
Del capitan, que se apea
Ahora, y verte desea?
Marta. ¿Luego viene de camino?
Gomez. ¿No sabes que á la Ma-
Se partió? [mora
Marta. No habia mirado
En tanto: como he dejado
Cosas del mundo, que ignora
Las de Dios, no le eché menos:
¿Venis bueno?
Alf. Y espantado
De la virtud que os ha honrado.
Marta. Dios sabe los que son buenos.
Gomez. Venid, alférez, dareis
Con vuestra vista á Lucía,
Sin prevenirla, un buen dia.
Alf. Si dármele á mí quereis,
¿Porqué me le dilatais,
Viendo que el alma le aguarda?
Urb. El bien que viene, no tarda.
Gomez. ¿Quédaste?
Marta. Mientras que estais
Ocupados, es forzosa
Por acá otra ocupacion
De piedad y devocion.
Gomez. Eres, hija, muy piadosa.
(Vanse.)

(Quédanse las dos solas.)

Sale Pastrana.

Past. Besando á vuesas mercedes...
Ines. ¿Qué?
Past. Las manos.
Ines. Socarron,
Flématicas manos son,
Pues en el beso te quedas.
Past. Pues en cualquiera suceso,
¿Qué venta puedo yo hallar,
Donde me pueda quedar
Con mas gusto que en un beso?
¿Cómo va de novedad?
Marta. Linda sangre y humor cria,
Pastrana, la hipocresía:
Nunca tuve libertad,
Mientras que viví á lo damo,
Como ahora; si intentaba
Salir fuera, me costaba
Una riña: ya no llamo
A la dueña, al escudero,
Ni aguardo la silla y coche,
Ni me riñen si á la noche
Vuelvo; voy adonde quiero.
Past. Desde que hablaste á tu amante,
Quedó en turron transformado,
Alajú por lo picado,
Por lo dulce de Alicante.
Hame persuadido, en fin,
Un enredo con que entrar
A verte, que me ha de dar
Nombre de Corozain;
Porque dice, que fingiendo
Que de Sevilla he llegado,

Y soy un don Juan Hurtado,
Que de los godos desciendo,
Hable á tu padre, y le diga
Que en Sevilla queda preso
Don Felipe, y un proceso
De dos muertes le fatiga;
Y que teniendo noticia
Que á don Antonio mató
Y luego á Sevilla huyó,
Me ha enviado la justicia
Con comision, á que haga
Informacion verdadera;
Y si darle muerte espera
(Para que se satisfaga
La venganza que procura),
Por mi órden despachará
El proceso, y quedará
Por este modo segura
Su vida, y nuestra maraña,
Y otras mil cosas, que aquí
Han de llover sobre mí,
Porque el demonio me engaña.

Marta. Traza ha sido de los dos,
Pastrana, y tan importante,
Que con tu ayuda, mi amante
Entrará en casa.

Past. Por Dios,
Que va temiendo Pastrana,
Si por su ocasion le gozas,
Una sarta de corozas;
Pues claro está que tu hermana,
Si él en tu casa ha de estar,
Le tiene de conocer.

Marta. Su prision la da á entender,
Que yo la sabré engañar.

Past. Bien podré, que no me ha [visto
En su vida.

Marta. Todo está
De mi parte.

Past. Y yo soy ya
Celestino de Calisto.

Marta. No es pequeño galardon,
Si miras en interes.

Past. ¿Cuál?

Marta. Ser tuya doña Ines.

Past. ¿Mia?

Ines. Tuya, socarron.

Past. ¿Y habrá melindre doncel?

Ines. Lo que se usa.

Past. Estése quedo,
Aparte, que me da miedo,
No pellizque, mal haya él,
Sea cortés, si tiene amor,
Mas que este chapin le arrojo,
No cheo, á fe si me enojo,
Mire que vendrá señor.

Ines. ¿Ya es malo eso?

Past. Estando en folla,
No me alumbro á luz de pajas,
Ni como las zarandajas,
Si no es tumbando la olla.
A su padre voy á hablar.

Marta. El amor te ayude, amen.

Past. ¡Lindo santo!

Marta. Prima, ven.

Past. En fin, ¿nos hemos de amar?

Ines. Sí.

Past. ¿A lo rubio?

Ines. A lo mulato.

Past. ¿Habrá arrullo?

Ines. Y chicoleo.

Past. En fin, ¿soy tuyo?

Ines. Y muy mio.

Past. Mio, es requiebro de gato.

(*Vanse.*)

(*Salen don Gomez, don Diego y don Juan.*)

Gomez. Estimo yo en el alma este [respeto,
Que á su fama y mi casa habeis guar- [dado:
Porque no es digno amante, ni dis- [creto,
Quien no descubre y muestra su cui- [dado,
Que guardar á los padres el secreto,
El robar y usurpar disimulado
El amor de su dama, es falso gusto,
Atrevida aficion, y amor injusto.

Ya sabreis, caballeros (que en la [córte,
Público pienso que es), cómo ha muda- [do
Mi hija doña Marta cielo y norte,
Dejando galas, y escogiendo estado;
No hay humana razon que la reporte,
Ni persuada: galas ha dejado,
Y aunque mi hacienda casi toda he- [reda,
Joyas arroja, y menosprecia seda.

Será imposible en la ocasion pre-
[sente
Persuadirla á aceptar ningun esposo,
Mientras de esta opinion (quizá apa-
[rente)
No muda parecer mas provechoso :
Así que doña Marta no consiente
El un estremo de ese amor honroso,
Ni puede dar el sí doña Lucía,
Por pedirla un indiano, sangre mia;
Y porque temo vuestras justas que-
[jas,
No aguardo la respuesta, ni me atrevo,
Que ablanda el alma amor por las
[orejas,
Y oir sin remediar, nunca lo apruebo;
Adios, señores.
Diego. Con rigor nos dejas.
Gomez. Saben los cielos el pesar
[que llevo;
Mas, ¿qué he de hacer, si en forzoso
[empeño
No quiere Marta, y tiene Lucía due-
[ño? (*Vase.*)
Juan. Don Diego, triste quedais.
Diego. Y estarlo con causa puedo.
Juan. Tambien yo sin prenda quedo.
Diego. Vos con esperanza estais.
Juan. ¿Cómo?
Diego. Posible seria
Deshacer el casamiento,
Y mudar de pensamiento,
Amándoos, doña Lucía;
Mas doña Marta, que está...
Juan. ¿Santa?
Diego. Ya lo empiéza á ser.
Juan. Como yo fraile : muger,
Que uno reza, y otro canta :
¡Qué presto se os encajó
Esto de la santidad!
Diego. ¿Su padre dijo verdad?
Juan. Su padre sí, su hija no.
¿No llaman Marta á la mona?
Diego. Sí.
Juan. Aunque se vista de seda
La mona, mona se queda;
Y así esa buena persona
Es mona de hipocresías,
Y se quedará por tal,
Y vos por un animal,
Si creeis sus monerías.
Diego. A la esperiencia lo dejo.
Juan. Es Marta disimulada,
Zorra que no vale nada
La carne, sino el pellejo :
Engañe ella en otras partes,
Que en fin, para mí será
Mal agüero, porque va
Muy poco de Marta á mártes. (*Vanse.*)

(*Salen don Gomez, doña Lucía, doña Marta y doña Ines.*)

Gomez. ¿Que os han dicho, decis vos,
Que está don Felipe preso
En Sevilla? gran suceso.
Mi venganza cumpla Dios.
Luc. Señor, sí, en Sevilla queda
Preso el que mató á mi hermano.
Gomez. Castigue Dios al tirano.
Luc. No le castigue, aunque pueda.
Gomez. ¿Qué decis vos?
Marta. Yo, señor,
Que en conciencia, y para abono
De mi alma, le perdono,
Y que el matarle es rigor.
Gomez. ¿No es contra la justa ley
Dar la muerte á un enemigo?
Dios es quien hizo el castigo,
Y despues de Dios, el rey;
Pero lo que siento mas,
Es que esa nueva es dudosa,
Que persona cuidadosa
No la descubrió jamás :
Antes dicen que es ardid
El haberse publicado
Que está preso, y se ha quedado,
Y aun anda oculto en Madrid.
Luc. Doña Marta me lo dijo.
Gomez. ¿Cómo lo puede saber?
Marta. ¿Cómo? ¿pues yo soy muger
Que miento? de eso me aflijo :
Presto el mentir se declara,
Por mas que el que miente jura,
Que el mentir es calentura
Del alma, y sale á la cara.
Un hidalgo que venia
A pedir albricias hoy,
Me dió esas nuevas, y estoy
Con mucha melancolía.
Pues con ser tal su delito,

Quisiera mi compasion,
Señor, que por mi ocasion
No matasen ni á un mosquito;
Pero ya el cielo defiende,
Porque no padezca en algo
La verdad: aqueste hidalgo
Me lo dijo, de él lo entiende.
(*Sale Pastrana.*)
Past. Pienso que es vuesa merced
El señor don Gomez.
Gomez. Sí,
Yo lo soy, y recibí
De esta visita merced,
Y quise esperarla en casa.
Past. Digo, señor, que en Sevilla
Prendieron (y es maravilla,
Que gente que vive y pasa
Con título de valientes
Se prenda así) á un caballero,
Un don Felipe estranjero,
De estos que matan las gentes;
Y aunque se honre, y aventaje,
En lo que toca jactancia,
Tan soberbia su arrogancia,
Cuanto humilde su linage.
Marta. ¡Jesus, qué mala palabra
En el mundo introducida!
La humildad de Dios querida,
La que mas coronas labra,
Se ha de dar por deshonor;
Quitarle al hombre esa tilde,
No es afrenta el ser humilde,
Que la humildad da valor.
Gomez. Hija, déjanos aquí,
No nos prediques mas, Marta.
Marta. Padre, la soberbia aparta,
Que aquesto me importa á mí.
Luc. Es muy grande socarrona *ap.*
Mi hermana, ó muy recogida:
No me pago de su vida,
Por mas virtud que pregona,
Que aunque no tan adornada
Como yo, en fin se deleita,
Y algunas veces se afeita,
Y así es virtud afeitada.
Past. En fin, señor, yo venia
A juntarle los procesos,
Estilo antiguo en los presos
Que se usa cada dia.
Hanme dicho que os ha muerto
Un hijo; importa tener
El proceso y el poder,
Y el castigo será cierto.
Gomez. Vos seais en hora buena
Venido, porque en efeto
De vuestro trato discreto
Depende el fin de mi pena.
Por vuestro pliego, y por vos
Enviaré el proceso; y digo
Que os he de ser muy amigo,
Si por vos me venga Dios.
Past. Con tal nombre quedo hon-
[rado.
Gomez. Apartaos á hablar aquí.
Marta. Doña Ines, bueno va.
Ines. Sí.
Gomez. ¿Y el nombre?
Past. Don Juan Hurtado,
Con pestañas de Mendoza.

(*Aparte don Gomez y Pastrana, á otra doña Ines y doña Marta, y á otra doña Lucía.*)

Luc. En notable confusion
Nos ha puesto esta prision.
Gomez. Honrados títulos goza.
Past. Este órden ha de haber.
Gomez. Ver ya el efecto querria.
Ines. Tu hermana doña Lucía
Temo que lo ha de entender.
Marta. No se puede remediar
Todo en una coyuntura:
Remítase á la ventura,
Como el juego del parar.
No es muy discreta Lucía,
Ni ha de conocerle luego,
Que amor engaña, y es ciego,
Y así suceder podria.
Gomez. Hijas, ya os podeis llegar:
¿Marta?
Marta. Dejo intentos locos,
Y en mi rosario de cocos
Cuentas paso por contar.
Past. ¿Rosario de cocos?
Marta. ¿Pues?
Así se llaman, ¿qué quieres,
Si hacen cocos las mugeres,
Porque anda el mundo al reves?
¿A lo bueno? en estos dias
La devocion va espirando,

Pnes si rezan ya, es cocando
Hasta las Ave Marías.
Past. En algunas no son barros
Los cocos; pues si reparas,
Muchos cocos en las caras
Llevan cocos en las manos.
Marta. Profánanse ya las suertes,
Ya la devocion es gala,
Traigan todas noramala
Unos rosarios de muertes,
Que sirvan de centinelas,
Que yo desde hoy pienso hacello.
Past. ¿Muertes en rosario al cuello?
Parecerán sacamuelas.

(*Sale don Felipe de pobre estudiante.*)

Fel. ¡Ah de casa! ¿hay quién se
De remediar la pobreza [acuerde
De un estudiante, que empieza
Cánones, y el tiempo pierde
Por la fiera enfermedad,
Que mis cursos no consiente?
Dad limosna, noble gente,
Si es caridad, calidad.
Marta. Padre y señor, ¿ve ese po-
Pues no sé qué compasion [bre?
Las telas del corazon
Me mueve para que cobre
Remedio: si un hospital
El cielo hacerme permite,
Déjeme que me ejercite
En este, y cure su mal.
Gomez. Dale un cuarto, y váyase,
Que en la córte hay pobres hartos.
Marta. Si la limosna haces cuartos,
Verdugo tu celo fué:
¿Echar al pobre es razon?
Al rico avariento imitas:
Daréle, pues me le quitas,
Los brazos y el corazon.
¡Ay, pobre de mis entrañas!
Llega al alma que te doy.

(*Abrázale.*)

Fel. Marta, mártir tuyo soy,
Tu amor hace estas hazañas.
Marta. ¡Pobre rico! ¡prenda mia!
Fel. Mi bien, mi paz, mi interes.
Gomez. ¿Abrázasle?
Marta. ¿No lo ves?
Gomez. ¿Y qué teneis?

(*Cuando vuelve el viejo los ojos, dice esto don Felipe.*)

Fel. Perlesía.
Marta. Mi fe es la que solemniza
Este estremo, y aquí es justo.
Gomez. Marta, apartaos, que no
De verte tan pegadiza. [gusto
Marta. Señor, por amor de mí,
Que tenga yo libertad
De curar su enfermedad.
Gomez. ¿Curar, cómo, ó dónde?
Marta. Aquí:
Que si amor límites pasa,
Que el respeto considera,
Yo quiero ser su enfermera,
Y se ha de curar en casa.
Gomez. ¿Estás loca? ¿quién vió tal?
Marta. Padre, si fueres cruel,
Yo me tengo de ir con él.
Gomez. ¿Dónde?
Marta. ¿Dónde? á un hospital.
Fel. Yo la enseñaré latin,
Señor, si en su casa estoy.
Marta. Inclinadísima soy,
Puesto que lectora ruin,
A lo menos á leer
En latin: porque rezar
Sepa, leccion me ha de dar,
Padre mio, esto ha de ser.
Luc. Don Felipe pienso que es:
Su cara es, ¿qué hay que dudar?
A Marta quiero ayudar,
Y entablar mi amor despues.
Gomez. No ha de estar en casa,
[Marta.
Fel. Señor, por amor de Dios.
Marta. Echaréisnos á los dos:
Veamos quién nos aparta.

(*Abrázale.*)

Luc. ¿No teneis zelos, Lucía? *ap.*
¿Lo que veis no os causa enojos?
Marta. ¡Ay, mi pobre!
Fel. De tus ojos.
Marta. ¿Y qué teneis?
Fel. Perlesía.
Gomez. Idos.
Fel. ¿Yo cosa por fuerza?
No lo permita el Señor.
Luc. Padre, parece rigor
El que á tal crueldad te esfuerza,

¿Qué, no importa que esté
Un estudiante, que al fin
Nos podrá enseñar latin?
Gomez. Alto, basta, quédese.
Fel. Eres noble, y eres pio.
Past. Nombre de pollo le ha dado.
Gomez. ¿Cómo os llamais, licen- [ciado?
Fel. ¿Quién, yo? El dómine Ber- [río.
Gomez. ¿Y el tiempo que bueno
Podreis servir á algun fin? [esteis,
Marta. Deseo yo leer latin;
Decid, ¿no me enseñaréis?
Fel. Y aun gramática, hasta tanto
Que empeceis á conjugar.
Marta. Siempre que llego á rezar
En las horas á algun santo;
Me pesa de no entender
Lo que allí se significa.
Fel. Si acaso el deseo os aplica,
Por mí lo podreis saber.
Gomez. Alto pues, dadla leccion,
Y vamos, señor don Juan,
Que el proceso nos darán.
Past. Todo esto anda en tentacion;
Pero si de ella me aparta
Mi industria dándoles vaya,
Digo, que allá se lo haya
Con sus pollos y amor Marta.
(Vanse.)
Marta. Ines, lléyame á Lucía
De aquí.
Ines. ¿No vamos las dos?
Luc. Vamos, yo sabré de vos
Despues la sospecha mia. *(Vanse.)*
Marta. ¿Mi enfermo?
Fel. Vanos recelos
Asaltan mi corazon,
Y como en el alma son
Los zelos pesados hielos,
Siempre que el temor los cria,
Sin poderme defender,
Por tu ocasion vengo á ser
Enfermo de perlesía.
Marta. Pues si le sana el calor,
Y amor mis deseos abrasa,
Perlático de mi casa,
Llega al fuego de mi amor.
(Abrázanse, y sale don Gomez.)
Gomez. ¿Así, doña Marta, aquel
Papel dónde está?
Marta. ¡Ay de mí!
Gomez. ¿Qué es esto?
Fel. Hame dado aquí *(Des-*
Este accidente cruel, [*máyase.)*
Como he estado tanto en pié,
El corazon desfallece:
¡Ay Dios!
Marta. Ea, que parece
Que os desmayais.
Fel. ¡Ay!
Gomez. Tenle.
Marta. Ayudádmele á llevar,
Padre y señor, á la cama.
Gomez. ¡Hay tal virtud¡ ¿quién no
Tal hija? [ama
Marta. ¿Vuelve á cobrar
La color?
Gomez. Pienso que sí.
Marta. Llevémosle los dos, pues.
Gomez. No hagais vos fuerza en [los piés.
Fel. ¡Ay cielo!
Marta. Arrimaos á mí.
Fel. Tenedme, señora mia;
Dadme la mano, señor.
Gomez. ¿Cómo estais?
Fel. Algo mejor.
Marta. ¿Qué es lo que os dió?
Fel. Perlesía.

JORNADA III.

(Salen el capitan Urbina, don Gomez, el Alférez y doña Marta.)

Urb. El amor que os tengo es tal,
Ya no humano, mas divino,
Que por seros liberal,
Daros luego determino,
Para ayuda al hospital
Que haceis, ocho mil ducados,
Que en vos son bien empleados.
Marta. Por uno os dé el cielo cien-
Para que con tal aumento [to,
Los goceis todos doblados.
Urb. Escritura os he de hacer
Irrevocable inter vivos.
Marta. ¿Hoy?
Urb. Al punto.

Marta. Vendrá á ser
Con tan cristianos motivos
Infinito mi placer:
Con doce mil que yo tengo
De dote, si á juntar vengo
Vuestros ocho mil, que son
Todos veinte, á Salomon
Nuevo edificio prevengo:
Grande hospital, buena renta
Dejar en él imagino.
Urb. Y pues que casarse intenta
El alférez, mi sobrino,
Que á su amor llamas aumenta,
Con doña Lucía hermosa,
En premio de tal esposa
Otros ocho mil le doy.
Gomez. A Alejandro escedeis hoy.
Alf. Haga tu vejez dichosa
El cielo, y venzas las vidas
Que el mundo vió mas cumplidas,
Hasta que el siglo dorado
Vuelvas á ver, y cansado
De vivir, la muerte pidas.
¡Hermosa doña Lucía,
Que has de ser esposa mia!
Gomez. ¿Y de peregrinos quieres
Que sea?
Marta. Hombres y mugeres,
Que á la córte cada dia
Vienen pobres, sin tener
Adonde hospedarse puedan,
Mis huéspedes han de ser,
Pues ellos mi hacienda heredan,
Y yo (aunque sin merecer
Tal bien) seré tan dichosa,
Que gaste mi hacienda entera.
Gomez. En esta vida amorosa
Tu virtud es de manera,
Que eres Marta la Piadosa:
Toda la córte te da
Este nombre, que has ganado.
Marta. Ay Dios, ¡qué engañada [está! *ap.*
Hácia la entrada del Prado
Me parece que estará
Bien el sitio.

(*Sale don Felipe con un arte en las manos.*)

Fel. ¿A dar leccion
No venis?
Marta. Sí.
Gomez. En conclusion,
¿Habeis dado en aprender
Gramática?
Marta. Por saber
Lengua de tal perfeccion,
Y que el dómine Berrío
Me enseña tan fácilmente,
Esto de mi ingenio fio.
Fel. Declina divinamente
A *hic, hæc, hoc*, señor mio.
Gomez. Huélgome de ver en tí
Tal virtud é ingenio; ¿ahora
Has de dar la leccion?
Fel. Sí.
Urb. ¿Y de qué ha de ser?
Fel. Decora,
Compuestos de *quis vel qui*.
Gomez. Pues en mi presencia quiero
Que decline algo primero.
Fel. Yo sé que os ha de espantar.
Marta. Mi bien, mas que hemos de [echar
La soga tras el caldero;
¿Qué es declinar?
Fel. Disimula,
Y ve conmigo.
Gomez. Comienza.
Marta. La turbacion me atribula.
Gomez. ¿No dices?
Marta. Tengo vergüenza.
Mas latin sabe una mula; *ap.*
Marañas de amor astutas,
¿Quién me ha metido en disputas?
Gomez. Dadla algun nominativo.
Fel. Decline este relativo.
Marta. Vaya.
Fel. *¿Quis putas? ¿Quæ putas?*
Marta. ¡Ay! que me ha escandali- [zado:
Jesus! no quiero aprender
Gramática, licenciado.
Fel. ¿Pues porqué?
Marta. Por no saber
Latin tan desvergonzado;
Quite, quite, que es lascivo
Aquese arte, y no concierta
Con la vida que yo vivo:
Llame á alguno, que convierta
Tan torpe nominativo:
¿En la boca he de tomar

Tal cosa?

Gomez. No hay que receles.

Marta. ¿No? sepa que me ha de [dar
Nominativos donceles,
Si tengo de declinar.

Fel. *¿Quis putas?* quiere decir,
¿Quién piensas?

Marta. Pensadlo vos,
Que yo no pienso admitir
Tal cosa: ¡Jesus de Dios!
No hay hablar, no hay persuadir.

Gomez. ¿Eso te da pesadumbre?
Si la latina costumbre
Lo usa, ¿porqué refutas
El declinar á *quis putas?*

Marta. ¡Jesus! ¡Jesus! ni por lum- [bre.

Urb. Es muy honesta, y en fin
El sonido la convida
A tenerle por ruin.

Marta. No mas latin en mi vida:
¡Jesus! ¿esto era latin?

(*Sale doña Ines.*)

Ines. Señor, aquel sevillano,
Por cuya órden y mano
Has despachado el proceso
A Sevilla de aquel preso,
Te busca.

Gomez. No viene en vano:
Nuevas debe de traer
Con que alegre mi esperanza;
Vamos, si quereis saber
Principios de la venganza
Que en Sevilla pienso ver.

Urb. Vamos.

Marta. Tu rigor me espanta.
¿Posible es, padre, que así
Te ciegue venganza tanta?
Yo no he de salir de aquí.

Gomez. Pues quédate.

Urb. Es una santa.

(*Quédanse don Felipe y doña Marta.*)

Marta. Mi perlático de perlas,
Mi estudiante en aficion,
Mi maestro en dar leccion
De industrias, para saberlas.

Fel. Mi hipócrita enamorada,
Mi escrupulosa fingida,
Mi melindrosa querida,
Mi socarrona taimada,
Dame esos brazos.

(*Abrázanse, y sale doña Lucía.*)

Luc. Enojos
De penas, que me atormentan,
Cuando mis sospechas mientan,
No pueden mentir mis ojos.
Don Felipe es quien en casa
Con su fingida cautela,
Cuando entre zelos me hiela,
Con fuego de amor me abrasa:
Y mi hermana con su trato
Fingido, goza su amor,
Que no hay engaño mayor,
Que el engaño á lo beato;
Pero aquí los dos están,
No son mis recelos vanos:
¡Qué divinos tan humanos,
Cielos, los brazos se dan!
¿Daré voces? pero no,
Mejor es ver escondida
Esta devocion fingida:
Miren si lo dije yo.

Marta. Estarás, mi bien, cansado
De tanto disfraz grosero,
Que es amor muy caballero,
Y quiere andar bien tratado.
Querrás que en el traje y brio
Tu nobleza participe
Adornos de don Felipe,
No sotanas de Berrío:
Ya te debe de cansar
Mi fingido encerramiento.

Fel. Como acabas, Marta, en mien- [to,
Mientes, llegando á pensar
Que donde está tu hermosura,
No es libertad vivir preso:
Como adorarte profeso,
Por tí profeso clausura:
No echo menos las galas,
Que si ellas sirven de medios
Para amorosos remedios,
Y á merecerte me igualas,
Esto me entalla mejor
Que galas y joyas bellas,
Que amor no se hizo para ellas,
Sino ellas para el amor;
Mas precio mi perlesía,

Que las perlas de Ceilan.
Luc. ¡Oh qué devotos que están!
Bien rezan, por vida mia.
Marta. ¡Ay, dulce dómine mio!
Fel. ¡Ay, mi hipócrita amorosa!
Luc. ¿Esta es la Marta piadosa,
Y este el dómine Berrío?
Con tales dominaciones,
Tambien me seré yo buena,
¿Mas, amor, con tanta pena
Treguas en mis zelos pones?
No hay sufrirlo : ¿Marta?
Marta. ¿Hermana?
Luc. Mi padre te está aguardando;
¿No vas?
Marta. Sí, Lucía, en dando
Leccion.
Luc. ¡Qué buena cristiana!
Mi padre no ha de esperar.
Marta. Dómine, ponga aquí el dedo,

(*Dale el arte.*)

En el vocativo quedo : [(*Vase.*)
¡Que siempre me han de estorbar!
Luc. ¿Conjugábais los dos?
Fel. Sí,
A *amor amoris.*
Luc. Traidor,
Ya yo he visto vuestro amor,
Y casos suyos oí :
Ya, Felipe cauteloso,
Disfrazado en la sotana,
Los melindres de mi hermana,
Y tu embeleco amoroso
He conocido : ya sé
Que de mi amor olvidado,
Porque de ella te has pagado,
No quieres pagar mi fe;
Pero pues que desconoces
Mi amor, ingrato homicida,
Porque te quite la vida
Mi padre, yo daré voces,
Que pues de mí no haces caso,
Tu muerte es justa. ¡Ah, señor!
Aquí está el vil matador
De mi hermano : ¡ah, padre!
Fel. Paso;
Yo soy perdido : ¡ah, bien mio!
Luc. ¿Yo, tu bien? ¡qué linda cosa!
Ve mi hermana qué piadosa
Te ha transformado en Berrío :
Ah, señor, ven.
Fel. ¿Qué porfías?
Luc. Ven, verás una maldad
Con capa de piedad,
Que encubre bellaquerías.
Fel. Lucía, luz de mis ojos,
Vive Dios, que la ocasion
De tanta transformacion,
Y escolásticos despojos,
Solo ha sido por tenerla
De hablar contigo y gozar,
Dándome dicha y lugar,
De tu amor la ocasion bella :
Conocióme Marta luego
Que, como ves, vine aquí,
Y que la amaba fingi,
Para apaciguar el fuego,
Que contra mi triste vida
A emprenderse comenzaba,
Si quien era declaraba,
Viendo que no la queria.
Si esta firmeza merece
Tan inhumana crueldad,
Da voces.
Luc. ¿Eso es verdad?
Fel. Mi bien, sí.
Luc. No lo parece;
Mas para obligarme á mí,
Basta, ingrato, que me quieras
De burlas, y no de veras.
Fel. ¿Estás enojada?
Luc. Sí.
Fel. Desenójate, ó escojo
Un lazo.
Luc. Dejemos lazos,
Que si me quieres, á abrazos
Derriba el amor su enojo.

(*Abrázanse, y sale doña Marta.*)

Marta. Voces oí de mi hermana,
¡Válgame Dios! ¿Que será?
Mas con don Felipe está,
Cesó mi esperanza vana :
Quiero escuchar lo que tratan
Escondida desde aquí.
Luc. ¿Que por mí es el disfraz?
Fel. Sí.
Luc. ¿Que mis amores te matan?
Pues este cuello corona

Otra vez, Felipe amado. (*Abrázanse.*)
Marta. Bueno está el encadenado.
Fel. ¿Pues por una hipocritona,
Engañabobos, querias
Que me disfrazase yo?
Solo tu amor animó,
Mi bien, las industrias mias.
Marta. Zelos, si en tales ensayos
Sois nublados del amor,
¿Qué aguarda vuestro rigor?
Lloved fuego, arrojad rayos.
Luc. Yo sé que la quieres bien,
No finjas nuevos engaños.
Fel. Mala pascua y malos años
La dé Dios á Marta.
Luc. Amen.
Marta. Para el cura y sacristan.
Luc. ¿No dicen que estabas preso
En Sevilla? ¿y tu proceso
No le ha llevado don Juan,
Que con diligencia vana
Quiere que muerte te den?
Fel. Todo eso ha sido, mi bien,
Embelecos de tu hermana,
Porque no te goce á tí;
Y así, á tu padre asegura,
Y sin saberlo, procura
Que seas mi esposa.
Marta. ¿Así?
Pues yo desharé la trama,
Y arrimando el fingimiento
Me pagará en escarmiento
Mi hermano muerto, y su dama,
Que no gozará si puedo.
Fel. No darte por entendida,
Lucía, importa á mi vida:
Concede con el enredo,
Y finge no conocerme,
Que el embeleco que ha urdido
La hipócrita loca, ha sido...
Luc. ¿Qué?
Fel. Despertar á quien duerme.
Presto nos verá á los dos
Juntos, burlándose así.
Luc. ¿En fin, soy tu esposa?
Fel. Sí.
Luc. ¿Yo?
Fel. Tú sola.
Luc. Adios. (*Vase.*)
Fel. Adios.
Marta. Engañoso burlador,
Perrillo de muchas bodas,
Danzante, que baila en todas,
Hombre, en fin, y mas traidor,
¿Es esta paga debida
Al amor que te he cobrado
De un hermano no vengado?
¿De una fineza encendida?
¿De haberte á casa traido?
¿De encubrirte de esta suerte?
¿De impedir tu justa muerte?
¿De haber tu prision mentido?
¿Por sola doña Lucía
Ha sido el disfraz villano?
¿Para ella alegre y sano?
¿Para mí con perlesía?
Pues no lograrás, traidor,
Tu ingratitud: hola, gente,
Llevad preso á este insolente,
De mi hermano matador.
Padre, alférez, capitan.
Fel. Mi bien, oye, que te engañas;
¡Hay quimeras mas estrañas!
Aquí la muerte me dan.
Marta. Hola, prended á ese ingrato.
Fel. Mi bien, por los soles dos
Que adoro, por tí, por Dios,
Que ve la verdad que trato,
Que engañé á doña Lucía,
Porque oyó cuanto contigo
Hablé, temiendo el castigo,
Que si quién era decia
Me amenazaba.
Marta. Otro tanto
La has dicho en este lugar,
Traidor, no pienses matar
Dos pájaros con un canto:
Ya sé que la quieres bien.
Fel. Que todos fueron engaños.
Marta. Mala pascua y malos años
La dé Dios á Marta, amen.
¿Fué este engaño?
Fel. Asegurarla
Por ese camino fué.
Marta. Que te den la muerte haré.
No pienses, traidor, gozarla.
Fel. ¿Que no te obligo á creerme?
Marta. Sí, el embeleco que ha ur-[dido
La hipócrita loca ha sido.

¿Qué? despertar á quien duerme :
Antes que de aquí me parta,
En venganza de los dos,
Te han de matar, vive Dios.

(*Salen don Gomez, el capitan Urbina y el Alférez.*)

Gomez. Vive Dios, jurando Marta,
Y dando voces ¿qué es esto?
Urb. ¿Así una doncella jura?
Alf. No es su virtud muy segura.
Fel. ¡Ah, cruel! véngate presto.
Que aquí están los viejos dos,
Y te han oido jurar :
Ea, acaba, hazme matar.
Marta. Disimula; ¿vive Dios
Ha de jurar un cristiano?
¿Y el mandamiento segundo,
Quebrantar, que adora el mundo?
¿El nombre de Dios en vano?
¡Oh licenciado traidor!
¿Vos jurador? ¿esto pasa?
No hay que hablar, salid de casa,
Salid, falso jurador,
O besad luego la tierra
Por tan grande desvarío :
¿Vos érades el Berrío?
¿Esto vuestro pecho encierra?
De enojo y ira me abraso :
¿Vive Dios osais jurar?
Ea, ó salir, ó besar.
Fel. Dómina, dómina, paso,
Que alborotaré á Madrid :
Vive Dios no es juramento
Grande, si juro, y no miento;
Y que he estudiado advertid,
Y si yo he jurado, ha sido
Con verdad.
Gomez. ¿Le reprehende
Porque á Dios jurando ofende?
Urb. ¡Qué virtud!
Fel. Yo me despido.
Gomez. ¿Vióse perfeccion mayor?
Marta. ¿Qué, os despedis, enemigo?
Pues de esta suerte castigo
Al hombre que es jurador.
Fel. Pasito, dómina mia.
Marta. ¿Vos jurar á Dios en vano?
Fel. Ya va de veras.
Marta. Tirano,
Los zelos son de Lucía.
Gomez. Hija, paso, ¿de esa suerte
Te descompones?
Marta. Juró
Vive Dios, y mereció
El atrevido la muerte :
Que aunque yo soy pecadora,
Nadie ha de tener licencia
De jurar en mi presencia,
Que es gran pecado.
Urb. ¡Ay, que llora!
Gomez. Basta, Marta, que habeis [dado
Muestras de vuestra piedad :
Si ha jurado con verdad,
No ha sido tan gran pecado.
Fel. Dióme muy grande motivo;
Mal su condicion conoces.
Gomez. ¿De qué suerte?
Fel. Quiso á voces
Decir el acusativo
De *cœlum cœli*, y juntarle
A *amor amoris* : no son
De una declinacion,
Y ella acusativo, y darle,
Y declinar á los dos :
Yo, llegándome á enojar,
Dije : no ha de declinar
Esos nombres, vive Dios;
Y porque aquesto juré,
Ya veis los dos lo que pasa,
Pues no he de estar mas en casa.
Marta. Es verdad, por eso fué.
Fel. Pues adios, que es mucho brío
Para quien en virtud da.
Marta. ¿Vase? Vaya, vuelva acá,
Vuelva, dómine Berrío.
Fel. No hay volver, aunque mi [madre
Fuera, no consintiera
Que en mí las manos pusiera;
Vóime, adios.
Marta. Téngale, padre.
Gomez. Váyase.
Marta. ¿Que así le envia?
¿No ve que enojado va?
Gomez. ¿Qué importa?
Marta. ¿Mas que le da,
Si se va, la perlesía?
¡Ay Dios! su desdicha lloro.
Fel. Déjenme en mi libertad.
Marta. Apláquenle, que en verdad

Que es bonito como un oro,
Reciba yo esta merced:
¿Señores, será razon
Despedir por mi ocasion
A nadie?
Gomez. Hermano, volved.
Urb. No haya mas.
Fel. ¿En mi persona
Las manos? ¿A un licenciado,
En gramática, ordenado
De grados, y de corona?
Marta. ¿Ordenado estaba, hermano?
Ignorélo, ya me pesa,
Perdóneme.
Fel. Si me besa
De rodillas esta mano.
Marta. Mortificaréme en eso.

(*Arrodíllase.*)

Urb. ¡Qué nunca vista humildad!
Marta. Si ello va á decir verdad, *ap.*
A la miel me supo el beso.

(*Sale Ines.*)

Ines. El sevillano está aquí,
Señor, que á buscarte vuelve.
Gomez. Vamos, pues, que se resuelve
Que me parta; ¿vienes?
Marta. Sí.
Fel. ¿Somos ya amigos?
Marta. No es cosa
Tan de prisa.
Fel. ¡Ay, amor mio!
Marta. ¡Ay, mi dómine Berrío!
Fel. ¡Ay, mi Marta la Piadosa!

(*Vanse, y quédanse el Alférez y don Felipe.*)

Alf. Esperad, dómine, un poco.
Fel. ¿Qué es, señor, lo que quereis?
Alf. Que una duda me quiteis.
Fel. ¿Y es?
Alf. Que yo estoy ciego, ó loco,
O sois don Felipe vos,
Con traje y con nombre nuevo,
A quien desde Illescas debo
La vida, despues de Dios;
Y habeis hecho agravio estraño
A mi mucha voluntad
De encubrir á mi amistad
Quién sois, con tan nuevo engaño.
Fel. ¿Sí, yo?
Alf. Sin razon buscais
Modos de encubrir de mí
La verdad; yo sé que aquí
Por doña Marta trocais
Las galas en la sotana:
Ya sé el peligro en que amor
Ha puesto vuestro valor:
Tambien yo adoro á su hermana,
Y soy tan amigo vuestro,
Que cuando á doña Lucía
Quisiésedes, dejaria
Por vos el amor que muestro.
Fel. No quiero, alférez amigo,
Si la vida me debeis,
Sino que hoy en pago useis
De vuestro valor conmigo:
Que siendo vos tan discreto,
No tendreis á mucha culpa
El encubrirme, en disculpa
De que amor me era secreto,
Y mas estando mi vida
Tan á riesgo: disfrazado,
Como veis, he conquistado
Esta devota fingida,
Con quien desposarme espero,
Si alentais la dicha mia:
Amad á doña Lucía,
Que no os seré mal tercero,
Aunque el desden que os enseña
He visto.
Alf. El alma la adora,
Y tanto mas me enamora,
Cuanto me mira zahareña.
Estad seguro de mí,
Del secreto, y de que os ama
Mi vida y fe.
Fel. Vuestra dama
Es esta, que viene aquí:
Dejadme hablarla, y vereis
Cómo os la vuelvo de cera.
Alf. Esa elocuencia hechicera,
Decid, ¿dónde la aprendeis?

(*Sale doña Lucía.*)

Luc. ¿Dómine, estais solo?
Fel. No:
Quien ama, nunca lo está;
El alférez sabe ya
Quién soy, él me conoció,

Y diciéndole que á Marta
Quiero, y que por su ocasion
Hice esta transformacion,
Los zelos del alma aparta,
Que formó de mí, y me ruega
Que le sirva de tercero:
Engaña á este majadero,
Que cual mariposa llega,
Lucía á tu luz hermosa;
Di que serás su muger.

Luc. ¿Yo?

Fel. Tú, que de no lo hacer,
Mi muerte será forzosa.

Luc. Felipe, si perlesía
Finges, no por mi deseo
A mí me da (cuando veo
Tu alférez) alferecía.

Fel. Pues si no lo haces, dirá
Que es don Felipe Berrío.

Luc. ¿Qué no haré por tí, bien mio?

Fel. Alférez, llegaos acá.

Alf. ¿Que el nombre merecí de [vuestro amante,
Y ver la luz, Lucía, que lucia [dia,
Desde que os vió mi alma el primer
Mas que el sol en su esfera radiante?

Luc. El que por dueño adoro está delante,
Él es el rey de la esperanza mia.

Fel. Yo adoro la discreta hipocre- [sía
De una muger, con ser muger cons-

Luc. ¿Y á mí no? [tante.

Fel. Tú eres solo el gusto mio.

Luc. ¡Ay mi bien!

Alf. ¿Yo tu bien? ¡que tal escucho!
Jamás el alma de tu luz se parta.

Fel. De tus enredos, ciego amor, me rio.

Alf. Alma, amad mucho, pues os

Luc. ¡Ay, Felipe! [aman mucho.

Alf. ¡Ay, Lucía!

Fel. ¡Ay, bella Marta!

(*Vanse todos, menos don Felipe, y salen: Pastrana y doña Marta.*)

Marta. A los acentos salí
De mi nombre.

Past. Tal reclamo
Te llama.

Fel. No estoy en mí
Sin tí, y por eso te llamo.
Loco estoy de admiracion,
De ver el confuso abismo
De tu engaño y discrecion,
Porque me engaña á mí mismo
Tu fingida devocion.
De discreta el premio lleves,
Hagas en el mundo raya,
Pues tan de veras me mueves,
Que he de asirte de la saya
Para que no te me eleves.

Marta. Pues yo quisiera, bien mio,
Por no mostrarme tirana
De tu gusto, y mi albedrío,
Vestirme una vez galana,
Y irnos á cenar al rio.

Past. ¿Qué rio?

Marta. El de Manzanares.

Past. Ríome del rio yo.

Marta. Antes quiero que repares
Que es rio de quien nació
El rey de todos los mares,
Rio de Madrid, que es mar,
Que esas letras tiene en sí.

Fel. Eso es quererle alabar.

Past. Yo, que del rio aprendí,
No sé mas que murmurar;
Pero sea lo que fuere,
No has de ir al rio.

Marta. No sea
Si no es donde os pareciere.

Past. Irémos donde se vea
Lo que el gusto nos pidiere:
La huerta del Duque, al Prado,
Es la casa y el jardin
Del paraiso traslado,
Donde cualquier querubin
Estará bien empleado.

Fel. Pienso que hacemos la cuenta
Sin la huéspeda.

Marta. ¿Pues cómo?
¿Hay huéspeda que la sienta?

Past. ¿Hay zelerin?

Marta. Zelos tomo.

Past. Pues sosiegue la pimienta,
Que lo dijo su galan,
No por descuido de amor,
Sino aludiendo al refran,
Que es la huéspeda en rigor,

Tu padre, y el capitan.
Fel. Es el capitan Urbina
Un lince, y tu padre un árgos,
Que en nuestro amor predomina,
Con mas ojos, y mas largos,
Que soplo de culebrina;
Y la huéspeda se entiende
Tu hermana doña Lucía,
Que tambien cansa y pretende:
No hay otra, por vida mia.
Marta. ¡Ay, cómo miente, y me [vende!
Mas respondiendo á la duda,
Digo, que hoy hace buen dia,
Y el mismo sol nos ayuda:
Mi hermana doña Lucia,
Aunque es muy zelosa, es ruda,
Yo la llevaré engañada,
Que trazas hay para todo:
Los viejos no sabrán nada,
Y yo he de salir de modo
Contigo disimulada,
Que con la reputacion
Que tengo, y todos me dan,
Creyendo mi inclinacion,
No me conozca Galvan,
Ni lo sepa Galalon.
Past. Esta fiesta se ha de hacer,
Y no ha de ser solamente
Fiesta en casa de placer,
Sino casarse esta gente,
Y acabar ya de temer.
Yo tengo traza pensada,
Que mi entendimiento es
Pesebre de un alma honrada,
Para que quede despues
Esta máquina acabada.
Lo primero, he dado modo
Con que echemos de Madrid
Los viejos, y lo acomodo
Mejor, porque en este ardid
Consiste el despacho todo:
Heles de decir, mas siento
Que vienen.
Marta. Y á qué mal punto,
Que me ibas dando contento.
Past. Yo haré el engaño, que [junto
Le tengo en mi entendimiento.

(*Salen don Gomez, el capitan Urbina, el Alférez y doña Lucía.*)

Gomez. Sea vuesa merced muy [bien hallado,
Señor don Juan.
Past. Aquí, señor, espero
Vuestra venida con mayor cuidado:
Hoy tuve de Sevilla un mensagero,
Con nuevas de que han dado la sen-[tencia
A don Felipe.
Gomez. Porque muera, muero.
Past. Como han puesto tan grande [diligencia,
Dineros y favor, le han condenado
A merecida muerte en el audiencia.
Urb. ¿Qué sentencia?
Past. Que muera degollado,
Y su hacienda la herede el padre [viejo
Del caballero á quien la muerte ha [dado.
Gomez. Dadme los brazos, noble y [claro espejo
De industria y discrecion, que en vuestra mano
Mi justo agravio y su venganza dejo.
Marta. ¿Qué pretende Pastrana?
Fel. No es en vano, *ap.*
Que aunque vuela á otra parte, es [hacer punta
El volver á la garza, y lo hará llano.
Luc. La máquina de engaños que [se junta, *ap.*
Fuera de mí me tiene, y mas me ad-[miran.
Sus enredos.
Alf. Escucha á quien pregunta: *ap.*
Los viejos y Pastrana se retiran
Alegres con la nueva mentirosa:
Hablen las lenguas, pues los ojos [miran

(*Pastrana, don Gomez, y Urbina á una parte.*)

Past. Partiendo hoy á Sevilla, es [fácil cosa
Hallarse á la tragedia de su muerte,
Y estar presente á la venganza hon-[rosa:
Vuesa merced ordene hoy, y con-[cierte

La jornada á Sevilla, porque vea
Con sus ojos su gusto, y buena
[suerte,
Para que luego que difunto sea
Don Felipe, su hacienda se le entre-
[gue,
Que doña Marta con salud posea.
Urb. Digo que os está bien, sin
[que os lo ruegue
Este señor, é importa la jornada,
Pues no hay inconveniente que la
[niegue;
Que el ver una venganza tan honrada,
Es gran contento, y mas juntar la
[hacienda,
Que estará en otras manos mal lo-
[grada.
Gomez. Todos me aconsejais, de
[todos sigo
El gusto y parecer; y así, mañana
Será muy cierta mi partida : amigo,
¿No ireis conmigo vos?
Past. De buena gana
Fuera yo á ver dar muerte á aquese
[reo,
Por lo que mi amistad en ello gana :
Mas no podré (si bien mucho deseo
El volver á Sevilla) acompañaros,
Por mil negocios, que á mi cuenta veo :
Yo picaré despues hasta alcanzaros
En Córdoba, ó Carmona, por la posta,
Dando de quien yo soy indicios claros,
Porque en mi casa (puesto que sea
[angosta
Para tan grande huésped) es forzoso
Que os haga el aposento, y aun la
[costa.
Gomez. Estimo ese favor tan ge-
[neroso,
Y le recibiré cuanto á la casa,
Por ser el hospedage tan costoso.
Fel. ¡Oh, qué adornada de men-
La quimera de hoy! [tira pasa *ap.*
Marta. ¡Y mi deseo *ap.*
La priesa que me da cuando me
[abrasa!
Urb. Yo iré hasta Illescas, que ima-
[gino y creo
Que me han de remitir desde Sevilla
Algunos bienes, que en el mar poseo,
Allí os esperaré, que en esa villa
(Como al fin mi patria) tengo ahora
Mas hacienda y negocios que en Cas-
[tilla.
Gomez. No halle yo en mi casa,
[hija, mudanza.
Marta. Hasta que vuelvas, la ven-
[tana y calle
Se acaban para mí : lleva esperanza
De que la ociosidad puerta no halle,
Porque en tu ausencia la tendré cer-
[rada.
Past. ¡Oh socarrona, que haces de
[engañarle!
Gomez. La obra que teneis tan
[bien trazada
Del hospital, señora, se comience,
Porque cuando yo vuelva esté empe-
[zada.
Fel. Fácilmente se engaña y se
Una buena intencion. [convence
Gomez. Pues, prenda mia,
Adios.
Past. Venció mi ardid.
Marta. Vive quien vence.

(*Quédanse doña Marta, doña Lucía, don Felipe y Pastrana.*)

Past. Metan todos en casa este
[buen dia.
Marta. Quedemos los de la danza,
Que la habemos de ensayar.
Luc. ¿Entro yo en ella?
Marta. No sé.
Luc. Pues vóime.
Marta. Esperad, no os vais:
Direis, hermana Lucía,
Que no entendeis, ni alcanzais
Qué es esto, y que hablar yo así
Parece gran novedad :
Pensaréis que fué fingida
Mi mesura artificial,
Y engañosa en la apariencia,
Como en risa el alacran :
No, hermana, pero el que es bueno,
Con su virtud natural
Licencia tiene unos dias
Para poderse alegrar.
Yo quiero, pues que es razon,
Cumplir vuestra voluntad,

Y que os dé el sí don Felipe,
Con quien pretendeis casar.
Porque no pusiese estorbo
Mi padre, que es el que da
Por vos palabra al alférez,
Para que me agradezcais
Lo que os quiero, por mi industria,
A Guadalquivir se va,
Y en Sevilla busca aquel,
Que dentro en su casa está.
Casaros pienso esta tarde;
Pero pues se queda acá
El alférez, cuyo amor
Es menester engañar,
Conviene que ser su esposa
En lo público finjais,
Porque zeloso no quiebre
La tela, que urdiendo vais.

Luc. Harélo de mil amores.

Marta. Si lo haceis así, tendrá
Su pago, y yo le echaré
En los ojos el agraz.
Yo quiero ser la madrina,
Y así me dareis lugar
Para que á mis joyas vuelva,
Que poco en mí durarán.
Esto, hermana de mi vida,
Lo hago yo, porque entendais
Que no encubro á don Felipe
Por amor, ó vanidad,
Sino porque os quiero bien,
Y porque quise trazar
Cómo casaros á entrambos,
Que muchos años vivais.

Luc. ¡Ay, hermana de mis ojos!
Los piés, ó brazos me da,
Que tus virtudes me dicen
Tu condicion liberal.
Voy á vestirme de boda;
Esposo mio, ¿no hablais?

Marta Yo hablo por él, que basta,
Que los novios no han de hablar.

Luc. Adios, mi bien, venid luego.

(*Vase.*)

Past. ¡Oh qué engañada que vais!

Fel. Linda boda. [*ap.*

Marta. Linda traza. *ap.*

Past. Ven, que allá se lo dirán.

Marta. Ahora falta el alférez.

Past. Pues yo le voy á buscar.

Marta. A mi prima doña Ines
Llevaré.

Past. Yo sé que irá,
Que me tiene por discreto,
Y por rico, otro que tal.

Fel. El alférez y Lucía
Se tienen hoy de casar,
Y Pastrana y doña Ines.

Marta. Y yo, y vos.

Fel. Pues claró está.

Past. Pues en saliendo los viejos
Iremos de par en par.

Fel. ¡Ay mi bien!

Past. Cócale Marta.

Marta. Marta soy, y cocos hay.

(*Vanse.*)

(*Salen don Juan y don Diego.*)

Diego. ¿No basta rogarlo yo?
De vos con razon me quejo.

Juan. Fácil cosa es dar consejo,
Pero recibirle no.

Diego. ¿Quise bien á Marta?

Juan. Sí.

Diego. ¿Pues no la dejé de amar,
Cuando la ví renunciar
Al mundo?

Juan. Convino así.

Diego. Luego ya supe vencer
Zelos, amor, y cuidado.

Juan. Sí, pero fuistes forzado,
Y nadie os pudo ofender;
Pero si doña Lucía
Me quiere á mí, no es razon
Que otra ninguna aficion
Pretenda vencer la mia,
Y mas aficion humana
De un alférez, que á lo bravo
Pretende llevar al cabo
Su pretension loca y vana.
Aquí en el Prado le espero,
Idos, don Diego, por Dios,
No se asombre de los dos.

Diego. Animo tengo, y acero;
¿Pero qué culpa ha tenido
El pobre, que no os conoce,
Cuando de su dama goce
Favores, si es preferido,
Y sé yo cierto, que á vos
No os ha querido aun mirar?

¿Porqué os habeis de enojar
Con él? no es razon, por Dios.
Vamos á reñir con ella,
Que no os quiere, y no con él,
Pues si ella le quiere á él,
Quien tiene la culpa es ella.
Juan. ¿Os burlais?
Diego. Hemos venido
A una edad muy diferente,
Que el ser un hombre valiente
Es peligro conocido.
Alguaciles y escribanos
Son los Hércules despues,
Que aquellos matan por piés,
Y estotros vencen por manos;
Y entrambos (porque se dé
La batalla á su contrario)
Previenen, si es necessario,
La pluma, el pico, y el pié.

(*Sale el Alférez.*)

Alf. Fuése mi tio, y no quise
Ir con él, que sin Lucía,
Iba sin luz y sin dia,
No es bien que desdichas pise.
Juan. Aquel es, muera.
Diego. ¿Qué os hizo?
Juan. Don Diego, hele de matar.
Diego. ¿Sois vos médico?
Juan. ¡Oh pesar!
Diego. Mátele Dios, que le hizo.

(*Sale Pastrana.*)

Past. ¿Es el alférez?
Alf. Yo soy.
Past. ¡Válgame Dios! ¿es posible
Que os hallo? ¿sois invisible?
Buscándoos ando todo hoy.
Alf. ¿Qué hay?
Past. Sabed que hoy es dia,
En el cual por mi amistad
Sereis rey de la beldad
De vuestra doña Lucía;
Pero entremos en la huerta
Del duque.
Alf. Mas vale así.
¿Y que hoy la alcanzaré?
Past. Sí. (*Vanse.*)
Diego. Entróse, y cerró la puerta.
Juan. ¡Que así se fuesen los dos!
Diego. No se van, que se pasean,
Y volverán, si desean
La pendencia.
Juan. Bien, por Dios.
Diego. Dadle vos prisa á la noche,
Que lo demas cierto está.
Juan. Oid, que viene hácia acá
Derecho, y aprisa un coche.
Diego. ¿Un coche en Madrid es-
[panta?
Juan. No, pero de prisa sí.
Ya llega, y ya pára allí. [canta?
Diego. ¿Qué es esto? ¿quién os en-
Juan. No sé qué es, que me ha tur-
¿Este coche qué será? [bado:
Diego. El duque, que se vendrá
A su huerta retirado,
Y corridas las cortinas,
Sin criados, como suele.
Juan. Algo tiene, que me duele,
Este coche.
Diego. ¿Qué imaginas?

(*Salen doña Marta muy bizarra, doña Lucía tambien, don Felipe de galan, doña Ines, el Alférez y Pastrana.*)

Juan. Dos damas salieron de él,
Aquella es doña Lucía:
Conocíla, ¡ay, prenda mia!
Diego. Bueno anda el cascabel:
No llegues, que me parece
Que viene tambien con ella
Una dama moza y bella.
Juan. ¿Tambien á tí te enternece?
Diego. ¡Ay, don Juan! espera,
[aparta.
Juan. ¿Quieres tirar?
Diego. Las dos son.
Juan. Tu misma imaginacion
Tengo: aquella es doña Marta;
¿Mas cómo en traje galan
Marta, con estremos tantos?
Diego. ¿Ahora sabes que hay san-
De holanda y de gorgoran? [tos
Juan. Sabré de doña Lucía
La causa.
Diego. ¿Osarásla hablar?
Juan. No sé, prodremos llegar:
Desdeñosa prenda mia.
Luc. No, que es esta la condesa.

Juan. ¿Qué, no es doña Marta?
Luc. No.
Juan. Parécelà por estremo.
Marta. Ay, doña Ines, que me que- [mo.
Ines. Alguno te conoció.
Luc. Adios, don Juan, que á tal [hora
La visita es escusada.
Diego. ¡Qué condesa tan callada!
Juan. Es grave, y al fin, señora.
Diego. Digo, que es Marta.
Juan. No es.
Que su traje la asegura,
Y ella estará por ventura
Lavando á pobres los piés,
Que es mucha su devocion,
Si no es que cuentas ensarta.
Diego. Vive Dios, que es doña [Marta,
Que no miente el corazon :
Yo tengo de averiguarlo :
¡Ah, hidalgo! saber espero
Quién es este caballero.
Past. Isto, o conde.
Diego. Ahora callo.
Juan. Por Dios, que habla portu- [gues.
¿Y la dama?
Past. He la condesa.
Juan. ¿Veis como es locura aquesa?
Diego. ¿Locura? embeleco es.
(*Llégase.*)

(*Salen don Gomez y el capitan Urbina, de camino.*)

Urb. Refrenad, señor don Gomez,
El enojo con las canas,
Asiento de la prudencia.
Gomez. Ya la prudencia no basta.
¡Jesus! apenas llegué
A la puente Toledana,
Para seguir de Sevilla
La mentirosa jornada,
Cuando me alcanzó un amigo,
Y dijo : ¿Cómo os engaña,
Siendo viejo, un hombre mozo,
Y una hipócrita taimada?
El preso por quien partis
A Sevilla, y la venganza,
Que en su muerte os gasta el seso,
Está preso en vuestra casa.
Don Felipe, el matador
De vuestro hijo, dió esta traza,
Y se transforma en Berrío;
Don Juan Hurtado es Pastrana,
Un su amigo socarron,
Que os persuade y encanta
A que salgais de Madrid,
Porque tienen dada traza
En partiéndoos, de casarse,
Trocando anascote en galas.
Hoy en la huerta del duque
Yo he sabido lo que pasa
De su alcaide, que es mi primo.
Urb. ¿Qué me dais cuenta tan lar- [ga,
Si estuve presente á todo?
Gomez. Así mi pena descansa :
¿Pero no son estos?
Urb. Sí.
Gomez. ¡No se volviera en espada
Este junco, y flaco arrimo
De mi vejez afrentada!
¡Ah, traidores embusteros!
Pasi. El lobo ha dado en la tram- [pa :
No hay, Marta, sino quitarte
La máscara de la cara.
Gomez. Déjame darle la muerte.
Juan. Paso, que es aquesta dama
Una condesa estranjera.
Gomez. ¿Condesa, qué?
Urb. ¿Otra maraña?
Gomez. No es sino Marta, mi hija.
Fel. Y don Felipe de Ayala
Yo, que si un hijo os maté,
Aunque no es igual la paga,
Por hijo vuestro me ofrezco.
Gomez. Alférez, dadme esa espada.
Juan. ¿Vos, señor, sois don Felipe?
¡Jesus! fuera de mí estaba,
Pues viéndoos, no os conocí :
En Valladolid os guarda
Vuestra madre, por ser muerto
Don Pedro Gomez de Ayala,
Diez mil ducados de renta.
Fel. ¿Qué dices?
Juan. Por esta carta
Sabreis la verdad de todo.
Fel. Pues renta, ser, vida y alma,
Padre y señor, á esos piés
Rindo, que no quiero nada,
Si vos no me dais perdon.
Urb. No es de nobles la venganza:

Perdonadlos, que yo quiero,
Pues su industria ha sido tanta,
Que los ocho mil ducados,
Que para el hospital daba,
Se queden para su dote.
Luc. ¿Qué es eso? ¿luego mi her-
Ha de ser de don Felipe? [mana
Eso no.
Past. Ya es escusada
Vuestra pretension, Lucía,
Porque manos y palabras
Pararon en obras.
Luc. ¿Cómo?
Past. Esposos los dos se llaman
En faz de la madre Iglesia:
Yo testigo.
Luc. Si así pasa,
El alférez es mi esposo.
Alf. Con la mano os rindo el alma.
Gomez. Y yo (pues tantos me rue-
Por vosotras) mi venganza [gan
Trueco en amor.
Fel. Esos piés.
Gomez. Los brazos son tuyos, alza.
Past. Doña Ines y yó queremos
Hacer una tiritaña
De su tinta y de su nieve.
Ines. Pues hoy es de bodas, vaya.
Fel. Don Juan y don Diego, ami-
Pues tuvieron mis desgracias [gos
Tan buen fin, vuestra asistencia
Esta vez ha de aumentarlas:
Nuestros padrinos sereis.
Juan. Alto, pues mi amor no al-
Ser esposo, sea padrino: [canza
Yo lo acepto.
Diego. Y yo, aunque estaba
Para reñir con vos.
Fel. ¿Porqué?
Past. Porque dije que la dama
Era condesa sebosa.
Diego. Buena burla, aunque pesada.
Past. ¿Qué hacemos aquí, señores?
Gomez. No mas dómines en casa,
Que en las hijas predominan,
En vez de latinizarlas.
¿Cómo va de perlesía?
Fel. Con la comedia se acaba
De mi Marta la Piadosa,
Mi mal sí, no nuestras faltas.

DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

Pocas son las noticias que se conservan de la vida de este sublime ingenio. Se sabe tan solo por la *Crónica de la provincia de San Diego de Méjico, de religiosos descalzos de San Francisco,* escrita por Baltasar Medina, é impresa en aquella capital el año 1682, en cuyo folio 251 dice positivamente: « Que Alarcon nació en Tasco ó Tacheo, provincia de Méjico, de una familia oriunda de la pequeña villa de Alarcon, provincia y obispado de Cuenca, partido de San Clemente. » — Sin que se conozca la causa de haber pasado á España, se le encuentra en Europa el año de 1611, licenciado en leyes, y en el de 1628 relator del consejo de Indias, acaeciendo su muerte el año 1639. El señor don Ramon de Mesonero Romános dice acerca de Alarcon: « Probablemente (y esto es una presuncion nuestra) sería de la familia del virtuoso sacerdote don Juan Pacheco de Alarcon, que fué hijo de don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, y de doña María de Peñalosa, señores de Buenache, en la misma provincia de Cuenca, y fundó en 1609 el convento de religiosas mercenarias que aun lleva su nombre, en Madrid, calles de Valverde y de la Puebla. — Acaso nuestro poeta sería hijo suyo, pues se sabe que

estuvo casado ántes de ser sacerdote, y que murió en 1616, siendo enterrado en el mismo convento de su fundacion. — De esta manera explicamos la absoluta identidad de nombres, apellidos y oriundez del señor de Buenache con el autor don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, que hoy nos ocupa. »

Si bien Alarcon debió á la naturaleza un ingenio claro y profundo, no fué igualmente bien dotado por ella en cuanto á las dotes corporales. Su cuerpo desfigurado se prestaba al ridículo, y contribuyó sin duda al poco aprecio en que se le tuvo. Un poeta, bastante desconocido por cierto, don Juan Fernandez, decia de él :

Tanto de corcova atras
Y adelante, Alarcon, tienes,
Que saber es por demas
De dónde te corco-vienes
O á dónde te corco-vas.

Creemos que nuestros lectores verán con interés las siguientes líneas que entresacamos de un análisis que hizo el señor don Alberto Lista de las obras de nuestro poeta : « Las comedias de Alarcon son todas originales, ya en cuanto á los argumentos, ya en cuanto á las situaciones. — Leyendo á Moreto nos acordamos de Lope y de Tirso, aunque mejorados. Calderon se copió muchas veces á sí mismo. Alarcon no copia á nadie ni se repite. Sus situaciones son siempre nuevas, lo que parecia imposible despues de las mil y ochocientas comedias de Lope de Vega. Sus recursos dramáticos están bien graduados y en proporcion con las situaciones. Su diálogo es vivo, interesante, lleno de gracias y de respuestas inesperadas en las situaciones cómicas, y de emociones terribles en las trágicas. »

Corneille, imitando y casi traduciendo *La Verdad sospechosa*, hizo en ella, entre varias alteraciones infelices, como la de suprimir el excelente diálogo de la escena segunda, que sacrificó á la unidad de lugar, que al fin y al cabo no observa, una que nos parece acertada, y es la de suponer en su protagonista alguna inclinacion hácia la dama con quien se ve precisado á casarse. No decimos que nos parece acertada esta alteracion por la razon que se ha alegado de que es un castigo demasiado duro para un hombre cuyo vicio no redunda en perjuicio de tercero, condenarle á ser marido de una mujer á quien no quiere, lo que equivale á hacerle desgraciado, sino porque en la hipótesis de Corneille el desenlace es mas verosímil que en la comedia de Alarcon. Un vicio tan feo como el de mentir merece un castigo muy severo, y Alarcon se le da á don García; pero parece muy poco probable que este le acepte con tanta docilidad, solo porque su padre le hace la absurda amenaza de quitarle la vida. Por lo demás, nada vemos en esta comedia que no sea una serie de bellezas, pues desde el excelente diálogo entre don Beltran y el licenciado, hasta la aparicion de don Juan, despues que describe

tan prolijamente su desastrado fin el embustero, todo mereceria estar escrito con letras de oro.

En esta comedia, como en todas sus obras, se propuso Alarcon un fin moral, cosa que no siempre hicieron los demas poetas cómicos españoles, á excepcion de Moreto. Son muy contadas las comedias de nuestro antiguo repertorio en que se castiga un vicio: todas ellas se reducen por lo general á un ingenioso enredo en que el poeta se propone lucir su talento de interesar con lances inesperados y de halagar el oido con hermosos versos. Alarcon por el contrario nunca pierde de vista el fin moral, y si á esto añadimos que á ningun otro poeta cede en la buena disposicion de sus fábulas, en la pureza y gala del lenguaje y en la viveza del diálogo, creeremos haber hecho completa justicia á este eminente ingenio.

Y si nos preguntasen por qué la celebridad de Alarcon no es, á pesar de todo esto, tan grande como la de otros poetas que la merecen ménos, responderíamos que la suerte tiene á veces extraños caprichos, y que este es uno de ellos; que hay anomalías inexplicables, y que esta es una de ellas. Además, hay talentos desgraciados: este es un hecho que la razon no explica, pero que la experiencia de todos los dias acredita con dolorosa tenacidad. Hay hombres á quienes sin merecerlo en todo persigue la desgracia: ¿por qué? solo Dios puede decirlo.

LA VERDAD SOSPECHOSA

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS — DON GARCIA, DON JUAN, amantes de DOÑA JACINTA, sobrina de DON SANCHO. — DON JUAN DE LUNA, anciano, y padre de DOÑA LUCRECIA. — DON BELTRAN, padre de don García. — DON FÉLIX. — UN LETRADO. — ISABEL, criada de doña Jacinta. — CAMINO, escudero de doña Lucrecia. — UN PAGE. — TRISTAN, criado de don García.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de sala en casa de don Beltran.

SALEN POR UNA PUERTA DON GARCIA Y UN LETRADO VIEJO, VESTIDOS DE ESTUDIANTES Y DE CAMINO, Y POR LA OTRA DON BELTRAN Y TRISTAN.

D. Belt. Con bien vengas, hijo mio.
D. Garc. Dame la mano, señor.
D. Belt. ¿Cómo vienes?
D. Garc. El calor
Del ardiente y seco estío
Me ha afligido de tal suerte,
Que no pudiera llevallo,
Señor, á no mitigallo
Con la esperanza de verte.
D. Belt. Entra pues á descansar.
Dios te guarde, ¡qué hombre vienes!
¿Tristan?
Trist. Señor.
D. Belt. Dueño tienes

Nuevo ya de quien cuidar:
Sirve desde hoy á García;
Que tú eres diestro en la córte,
Y él bisoño.
Trist. En lo que importe
Yo le serviré de guia.
D. Belt. No es criado el que te
Mas consejero y amigo. [doy;
D. Garc. Tendrá ese lugar con-
[migo. (*Vase.*)
Trist. Vuestro humilde esclavo
[soy. (*Vase.*)
D. Belt. Déme, señor licenciado,
Los brazos.
Let. Los piés os pido.
D. Belt. Alce ya. ¿Cómo ha venido?
Let. Bueno, contento, y honrado
De mi señor don García,
A quien tanto amor cobré,
Que no sé cómo podré
Vivir sin su compañía.
D. Belt. Dios le guarde, que en
Siempre el señor licenciado [efeto
Claros indicios ha dado
De agradecido y discreto.
Tan precisa obligacion
Me huelgo que haya cumplido
García, y que haya acudido
A lo que es tanta razon.
Porque le aseguro yo
Que es tal mi agradecimiento,
Que como un corregimiento
Mi intercesion le alcanzó,
Segun mi amor desigual
De la misma suerte hiciera
Darle tambien, si pudiera,
Plaza en el consejo real.
Let. De vuestro valor lo fio.
D. Belt. Sí, bien lo puede creer;
Mas yo me doy á entender,
Que si con el favor mio
En ese escalon primero
Se ha podido poner, ya
Sin mi ayuda subirá
Con su virtud al postrero.
Let. En cualquier tiempo y lugar
He de ser vuestro criado.
D. Belt. Ya pues, señor licenciado,
Que el timon ha de dejar
De la nave de García,
Y yo he de encargarme de él,
Que hiciese por mí y por él
Sola una cosa querria.
Let. Ya, señor, alegre espero
Lo que me quereis mandar.
D. Belt. La palabra me ha de dar
De que lo ha de hacer, primero.
Let. Por Dios juro de cumplir,
Señor, vuestra voluntad.
D. Belt. Que me diga una verdad,
Le quiero solo pedir.
Ya sabe que fué mi intento,
Que el camino que seguia
De las letras don García
Fuese su acrecentamiento;
Que para un hijo segundo
Como él era, es cosa cierta
Que es esa la mejor puerta
Para las honras del mundo.
Pues como Dios se sirvió
De llevarse á don Gabriel,
Mi hijo mayor, con que él
Mi mayorazgo quedó,
Determiné que dejada
Esa profesion, viniese
A Madrid, donde estuviese,
Como es cosa acostumbrada,
Entre ilustres caballeros
En España; porque es bien
Que las nobles casas den
A su rey sus herederos.
Pues como es ya don García
Hombre que no ha de tener
Maestro, y ha de correr
Su gobierno á cuenta mia,
Y mi paternal amor
Con justa razon desea,
Que ya que el mejor no sea,
No le noten por peor;
Quiero, señor licenciado,
Que me diga claramente
Sin lisonja lo que siente,
Supuesto que le ha criado,
De su modo y condicion,
De su trato y ejercicio,
Y á qué género de vicio
Muestra mas inclinacion.
Si tiene alguna costumbre
Que yo cuide de enmendar,
No piense que me ha de dar

Con decirlo pesadumbre.
Que él tenga vicio es forzoso
Que me pese, claro está;
Mas saberlo me será
Util, cuando no gustoso.
Antes en nada, á fe mia,
Hacerme puede mayor
Placer, ó mostrar mejor
Lo bien que quiere á García,
Que en darme este desengaño,
Cuando provechoso es,
Si he de saberlo despues
Que haya sucedido un daño.
Let. Tan estrecha prevencion,
Señor, no era menester
Para reducirme á hacer
Lo que tengo obligacion.
Pues es caso averiguado,
Que cuando entrega al señor
Un caballo el picador,
Que lo ha impuesto y enseñado,
Si no le informa del modo
Y los resabios que tiene,
Un mal suceso previene
Al caballo, y dueño, y todo.
Deciros verdad es bien;
Que demas del juramento
Daros una purga intento,
Que os sepa mal y haga bien.
De mi señor don García
Todas las acciones tienen
Cierto acento, en que convienen
Con su alta genealogía.
Es magnánimo y valiente,
Es sagaz y es ingenioso,
Es liberal y piadoso;
Si repentino, impaciente,
No trato de las pasiones
Propias de la mocedad;
Porque en esas con la edad
Se mudan las condiciones.
Mas una falta no mas
Es la que le he conocido,
Que por mas que le he reñido
No se ha enmendado jamás.
D. Belt. ¿Cosa que á su calidad
Será dañosa en Madrid?
Let. Puede ser.
D. Belt. ¿Cuál es? decid.
Let. No decir siempre verdad.
D. Belt. ¡Jesus, qué cosa tan fea
En hombre de obligacion!
Let. Yo pienso que, ó condicion
O mala costumbre sea,
Con la mucha autoridad
Que con él teneis, señor,
Junto con que ya es mayor
Su cordura con la edad,
Ese vicio perderá.
D. Belt. Si la vara no ha podido,
En tiempo que tierna ha sido,
Enderezarse, ¿qué hará
Siendo ya tronco robusto?
Let. En Salamanca, señor,
Son mozos, gastan humor,
Sigue cada cual su gusto;
Hacen donaire del vicio,
Gala de la travesura,
Grandeza de la locura,
Hace al fin la edad su oficio.
Mas en la córte mejor
Su enmienda esperar podemos,
Donde tan validas vemos
Las escuelas del honor.
D. Belt. Casi me mueve á reir
Ver cuán ignorante está
De la córte; ¿luego acá
No hay quien le enseñe á mentir?
En la córte, aunque haya sido
Un estremo don García,
Hay quien le dé cada dia
Mil mentiras de partido.
Y si aquí miente el que está
En un puesto levantado,
En cosa en que al engañado
La hacienda ó honor le va,
¿No es mayor inconveniente
Quien por espejo está puesto
Al reino? Dejemos esto,
Que me voy á maldiciente.
Como el toro, á quien tiró
La vara una diestra mano,
Arremete al mas cercano,
Sin mirar á quién hirió;
Así yo con el dolor
Que esta nueva me ha causado,
En quien primero he encontrado
Ejecuté mi furor.
Créame, que si García
Mi hacienda de amores ciego

Disipára, ó en el juego
Consumiera noche y dia:
Si fuera de ánimo inquieto
Y á pendencias inclinado;
Si mal se hubiera casado;
Si se muriera en efeto,
No lo llevára tan mal,
Como que su falta sea
Mentir. ¡Qué cosa tan fea!
¡Qué opuesta á mi natural!
Ahora bien, lo que he de hacer
Es casarle brevemente,
Antes que este inconveniente
Conocido venga á ser.
Yo quedo muy satisfecho
De su buen celo y cuidado,
Y me confieso obligado
Del bien que en esto me ha hecho.
¿Cuándo ha de partir?

Let. Querria
Luego.

D. Belt. ¿No descansará
Algun tiempo, y gozará
De la córte?

Let. Dicha mia
Fuera quedarme con vos;
Pero mi oficio me espera.

D. Belt. Ya entiendo, volar quisiera,
Porque va á mandar. Adios.

Let. Guárdeos Dios. Dolor estraño
Le dió al buen viejo la nueva;
Al fin el mas sabio lleva
Agriamente un desengaño.

ESCENA II.

El teatro representa las Platerías.

DON GARCIA, VESTIDO DE GALAN, Y TRISTAN.

D. Garc. ¿Díceme bien este traje?

Trist. Divinamente, señor.
¡Oh, bien hay el inventor
De este holandesco follage!
¿Con un cuello apanalado
Qué fealdad no se enmendó?
Yo sé una dama, á quien dió
Cierto amigo gran cuidado
Mientras con cuello le via;
Y una vez que llegó á verle
Sin él, la obligó á perderle
Cuanta aficion le tenia;
Porque ciertos costurones
En la garganta cetrina
Publicaban la ruina
De pasados lamparones:
Las narices le crecieron;
Mostró un gran palmo de oreja,
Y las quijadas, de vieja
En lo enjuto parecieron.
Al fin el galan quedó
Tan otro del que solia,
Que no le conoceria
La madre que le parió.

D. Garc. Por esa y otras razones
Me holgára de que saliera
Premática, que impidiera
Esos vanos cangilones.
Que demas de esos engaños,
Con su holanda el estranjero
Saca de España el dinero
Para nuestros propios daños.
Una valoncilla angosta,
Usándose, le estuviera
Bien al rostro, y se anduviera
Mas á gusto, á menos costa.
Y no que con tal cuidado
Sirve un galan á su cuello,
Que, por no descomponello,
Se obliga á andar empalado.

Trist. Yo sé quién tuvo ocasion
De gozar su amada bella,
Y no osó llegarse á ella
Por no ajar un cangilon.
Y esto me tiene confuso:
Todos dicen que se holgáran
De que valonas se usáran,
Y nadie comienza el uso.

D. Garc. De gobernar nos dejemos
El mundo: ¿qué hay de mugeres?

Trist. El mundo dejas, ¿y quieres
Que la carne gobernemos?
¿Es mas fácil?

D. Garc Mas gustoso.

Trist. ¿Eres tierno?

D. Garc. Mozo soy.

Trist. Pues en lugar entras hoy,
Donde amor no vive ocioso.
Resplandecen damas bellas
En el cortesano suelo,
De la suerte que en el cielo

Brillan lucientes estrellas.
En el vicio y la virtud,
Y el estado hay diferencia;
Como es varia su influencia,
Resplandor y magnitud.
Las señoras no es mi intento
Que en este número estén;
Que son ángeles, á quien
No se atreve el pensamiento.
Solo te diré de aquellas,
Que son con almas livianas,
Siendo divinas, humanas;
Corruptibles, siendo estrellas.
Bellas casadas verás,
Conversables y discretas,
Que las llamo yo planetas,
Porque resplandecen mas.
Estas, con la conjuncion
De maridos placenteros,
Influyen en estranjeros
Dadivosa condicion.
Otras hay, cuyos maridos
A comisiones se van,
O que en las Indias están,
O en Italia entretenidos.
No todas dicen verdad
En esto, que mil taimadas
Suelen fingirse casadas,
Por vivir con libertad.
Verás de cautas pasantes
Hermosas recientes hijas;
Estas son estrellas fijas,
Y sus madres son errantes.
Hay una gran multitud
De señoras del tuson,
Que entre cortesanas son
De la mayor magnitud.
Síguense tras las tusonas
Otras, que serlo desean,
Y aunque tan buenas no sean,
Son mejores que busconas.
Estas son unas estrellas
Que dan menor claridad;
Mas en la necesidad
Te habrás de alumbrar con ellas.
La buscona no la cuento
Por estrella, que es cometa;
Pues ni su luz es perfeta,
Ni conocido su asiento.
Por las mañanas se ofrece
Amenazando al dinero,
Y en cumpliéndose el agüero,
Al punto desaparece.
Niñas salen que procuran
Gozar todas ocasiones;
Estas son exhalaciones
Que mientras se queman, duran.
Pero que adviertas es bien,
Si en estas estrellas tocas,
Que son estables muy pocas,
Por mas que un Perú les den.
No ignores, pues yo no ignoro,
Que un signo el de Virgo es,
Y los de cuernos son tres,
Aries, Capricornio y Toro:
Y así, sin fiar en ellas,
Lleva un presupuesto solo,
Y es que el dinero es el polo
De todas estas estrellas.

D. Garc. ¿Eres astrólogo?
Trist. Oí,
El tiempo que pretendia,
En palacio astrología.
D. Garc. ¿Luego has pretendido?
Trist. Fuí
Pretendiente por mi mal. [rado?
D. Garc. ¿Cómo en servir has pa-
Trist. Señor, porque me han fal-
La fortuna y el caudal; [tado
Aunque quien te sirve, en vano
Por mejor suerte suspira.
D. Garc. Deja lisonjas, y mira
El marfil de aquella mano,
El divino resplandor
De aquellos ojos, que juntas
Despiden entre las puntas
Flechas de muerte y amor.
Trist. ¿Dices aquella señora
Que va en el coche?
D. Garc. ¿Pues cuál
Merece alabanza igual?
Trist. ¡Qué bien encajaba agora
Esto de coche del sol,
Con todos sus adherentes
De rayos de fuego ardientes,
Y deslumbrante arrebol!
D. Garc. La primer dama que ví
En la córte, me agradó.
Trist. ¿La primera en tierra?
D. Garc. No,

La primera en cielo sí;
Que es divina esta muger.
Trist. Por puntos las toparás
Tan bellas, que no podrás
Ser firme en un parecer.
Yo nunca he tenido aquí
Constante amor ni deseo;
Que siempre por la que veo
Me olvido de la que ví.
D. Garc. ¿Dónde ha de haber res-
[plandores
Que borren los de estos ojos?
Trist. Míraslos ya con antojos,
Que hacen las cosas mayores.
D. Garc. ¿Conoces, Tristan?
Trist. No humanes
Lo que por divino adoras;
Porque tan altas señoras
No tocan á los Tristanes.
D. Garc. Pues yo al fin, quien
[fuere sea,
La quiero, y he de servilla;
Tú puedes, Tristan, seguilla.
Trist. Detente, que ella se apea
En la tienda.
D. Garc. Llegar quiero.
¿Usase en la córte?
Trist. Sí;
Con la regla que te dí,
De que es el polo el dinero.
D. Garc. Oro traigo.
Trist. Cierra, España,
Que á César llevas contigo.
Mas mira si en lo que digo
Mi pensamiento se engaña.
Advierte, señor, si aquella
Que tras ella sale agora,
Puede ser sol de su aurora,
Ser aurora de su estrella.
D. Garc. Hermosa es tambien.
Trist. Pues mira
Si la criada es peor.
D. Garc. El coche es arco de amor,
Y son flechas cuantas tira:
Yo llego.
Trist. A lo dicho advierte.
D. Garc. ¿Y es?
Trist. Que á la muger rogando,
Y con el dinero dando.
D. Garc. ¡Consista en eso mi suerte!
Trist. Pues yo, mientras hablas,
Que me haga relacion [quiero
El cochero, de quién son.
D. Garc. ¿Dirálo?
Trist. Sí, que es cochero.

ESCENA III.

DOÑA JACINTA, DOÑA LUCRECIA É ISABEL CON MANTOS. CAE JACINTA, Y LLEGA DON GARCIA, Y DALE LA MANO.

Da. Jac. ¡Válgame Dios!
D. Garc. Esta mano
Os servid de que os levante,
Si merezco ser Atlante
De un cielo tan soberano.
Da. Jac. Atlante debeis de ser,
Pues le llegais á tocar.
D. Garc. Una cosa es alcanzar
Y otra cosa merecer.
¿Qué vitoria es la beldad
Alcanzar, por quien me abraso,
Si es favor que debo al caso,
Y no á vuestra voluntad?
Con mi propia mano así
El cielo; ¿mas qué importó,
Si ha sido porque él cayó,
Y no porque yo subí?
Da. Jac. ¿Para qué fin se procura
Merecer?
D. Garc. Para alcanzar.
Da. Jac. Llegar al fin, sin pasar
Por los medios, ¿no es ventura?
D. Garc. Sí.
Da. Jac. ¿Pues cómo estais que-
Del bien que os ha sucedido, [joso
Si el no haberlo merecido
Os hace mas venturoso?
D. Garc. Porque como las acciones
Del agravio y el favor
Reciben todo el valor
Solo de las intenciones;
Por la mano que os toqué
No estoy yo favorecido,
Si haberlo vos consentido
Con esa intencion no fué.
Y así sentir me dejad,
Que cuando tal dicha gano,
Venga sin alma la mano

Y el favor sin voluntad.
Da. Jac. Si la vuestra no sabia,
De que agora me informais,
Injustamente culpais
Los defectos de la mia.

ESCENA IV.

DICHOS Y TRISTAN.

Trist. El cochero hizo su oficio; *ap.*
Nuevas tengo de quién son.
D. Garc. ¿Qué, hasta aquí de mi
Nunca tuvistes indicio? [aficion
Da. Jac. ¿Cómo, si jamás os ví?
D. Garc. ¿Tampoco ha valido, ¡ay
Mas de un año, que por vos [Dios!
He andado fuera de mí?
Trist. ¡Un año, y ayer llegó *ap.*
A la córte!
Da. Jac. Bueno á fe;
¿Mas de un año? Juraré
Que no os ví en mi vida yo.
D. Garc. Cuando del indiano suelo
Por mi dicha llegué aquí,
La primer cosa que ví
Fué la gloria de ese cielo;
Y aunque os entregué al momento
El alma, habéislo ignorado;
Porque ocasion me ha faltado
De deciros lo que siento.
Da. Jac. ¿Sois indiano?
D. Garc. Y tales son
Mis riquezas, pues os ví,
Que al minado Potosí
Le quito la presuncion.
Trist. ¡Indiano! *ap.*
Da. Jac. ¿Y sois tan guardoso
Como la fama los hace?
D. Garc. Al que mas avaro nace
Hace el amor dadivoso.
Da. Jac. ¿Luego, si decis verdad,
Preciosas ferias espero?
D. Garc. Si es que ha de dar el di-
Crédito á la voluntad, [nero
Serán pequeños empleos,
Para mostrar lo que adoro,
Daros tantos mundos de oro
Como vos me dais deseos.
Mas ya que ni al merecer
De esa divina beldad,
Ni á mi inmensa voluntad
Ha de igualar el poder;
Por lo ménos os servid
Que esta tienda que os franqueo
Dé señal de mi deseo.
Da. Jac. No ví tal hombre en Ma-
Lucrecia. ¿Qué te parece [drid,
Del indiano liberal?
Da. Luc. Que no te parece mal,
Jacinta, y que lo merece.
D. Garc. Las joyas que gusto os
Tomad de este aparador. [dan
Trist. Mucho te arrojas, señor.
D. Garc. Estoy perdido, Tristan.
Is. Don Juan viene.
Da. Jac. Yo agradezco,
Señor, lo que me ofreceis.
D. Garc. Mirad que me agraviaréis
Si no lograis lo que ofrezco.
Da. Jac. Yerran vuestros pensa-
Caballero, en presumir [mientos,
Que puedo yo recibir
Mas que los ofrecimientos.
D. Garc. ¿Pues qué ha alcanzado
El corazon que os he dado? [de vos
Da. Jac. El haberos escuchado.
D. Garc. Yo lo estimo.
Da. Jac. Adios.
D. Garc. Adios;
Y para amaros, me dad
Licencia
Da. Jac. Para querer
No pienso que ha menester
Licencia la voluntad. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON GARCIA Y TRISTAN.

D. Garc. Síguelas.
Trist. Si te fatigas,
Señor, por saber la casa
De la que en amor te abrasa,
Ya la sé.
D. Garc. Pues no las sigas;
Que suele ser enfadosa
La diligencia importuna.
Trist. Doña Lucrecia de Luna
Se llama la mas hermosa,
Que es mi dueño, y la otra dama
Que acompañándola viene,

Sé donde la casa tiene;
Mas no sé cómo se llama:
Esto respondió el cochero.
D. Garc. Si es Lucrecia la mas bella,
No hay mas que saber; pues ella
Es la que habló, y la que quiero;
Que como el autor del dia
Las estrellas deja atras,
De esa suerte á las demas
La que me cegó vencia.
Trist. Pues á mí la que calló
Me pareció mas hermosa.
D. Garc. ¡Qué buen gusto!
Trist. Es cierta cosa
Que no tengo voto yo:
Mas soy tan aficionado
A cualquier muger que calla,
Que bastó, para juzgalla
Mas hermosa, haber callado.
Mas dado, señor, que estés
Errado tú, presto espero,
Preguntándole al cochero
La casa, saber quién es.
D. Garc. ¿Y Lucrecia dónde tiene
La suya?
Trist. Que á la Vitoria
Dijo, si tengo memoria.
D. Garc. Siempre ese nombre con- [viene
A la esfera venturosa
Que da eclíptica á tal luna.

ESCENA VI.

DICHOS, Y DON JUAN Y DON FÉLIX,

QUE SALEN POR OTRO LADO.

D. Juan. ¿Música y cena? ¡Ah for- [tuna!
D. Garc. No es este don Juan de [Sosa?
Trist. Él mismo.
D. Juan. ¿Quién puede ser
El amante venturoso,
Que me tiene tan zeloso?
D. Félix. Que lo vendreis á saber
A pocos lances confio.
D. Juan. ¡Que otro amante le haya [dado,
A quien mia se ha nombrado,
Música y cena en el rio!
D. Garc. ¿Don Juan de Sosa?
D. Juan. ¿Quién es?
D. Garc. Ya olvidais á don García
D. Juan. Veros en Madrid lo hacia,
Y el nuevo traje.
D. Garc. Despues
Que en Salamanca me vistes,
Muy otro debo de estar.
D. Juan. Mas galan sois de seglar
Que de estudiante lo fuistes.
¿Venis á Madrid de asiento?
D. Garc. Sí.
D. Juan. Bien venido seais.
D. Garc. Vos, don Felix, ¿cómo es- [tais?
D. Félix. De veros, por Dios, con- [tento:
Vengais bueno en hora buena.
D. Garc. Para serviros. ¿Qué ha- [ceis?
¿De qué hablais? ¿En qué entendeis?
D. Juan. De cierta música y cena
Que en el rio dió un galan
Esta noche á una señora,
Era la plática agora.
D. Garc. ¡Música y cena, don Juan!
¿Y anoche?
D. Juan. Sí.
D. Garc. ¿Mucha cosa?
¿Grande fiesta?
D. Juan. Así es la fama.
D. Garc. ¿Y muy hermosa la dama?
D. Juan. Dícenme que es muy her- [mosa.
D. Garc. Bien.
D. Juan. ¿Qué misterios haceis.
D. Garc. De que alabeis por tan [buena
Esa dama y esa cena;
Sino que alabando esteis
Mi fiesta y mi dama así.
D. Juan. ¿Pues tuvistes tambien [boda
Anoche en el rio?
D. Garc. Toda
En eso la consumí.
Trist. ¿Qué fiesta ó qué dama es [esta, *ap.*
Si á la córte llegó ayer?
D. Juan. ¿Ya teneis á quién hacer
Tan recien venido fiesta?
Presto el amor dió con vos.
D. Garc. No ha tan poco que he [llegado;

Que un mes no haya descansado.
Trist. Ayer llegó, voto á Dios; *ap.*
Él lleva alguna intencion.
D. Juan. No lo he sabido, á fé mia:
Que al punto acudido habria
A cumplir mi obligacion.
D. Garc. He estado hasta aquí se-
[creto.
D. Juan. Esa la causa habrá sido
De no haberlo yo sabido.
¿Pero la fiesta, en efeto,
Fué famosa?
D. Garc. Por ventura
No la vió mejor el rio.
D. Juan. Ya de zelos desvario. *ap.*
¿Quién duda que la espesura
Del Sotillo el sitio os dió?
D. Garc. Tales señas me vais dan-
[do,
Don Juan, que voy sospechando
Que la sabeis como yo.
D. Juan. No estoy del todo igno-
Aunque todo no lo sé; [rante,
Dijéronme no sé qué
Confusamente, bastante
A tenerme deseoso
De escucharos la verdad;
Forzosa curiosidad
En un cortesano ocioso:
O en un amante con zelos. *ap.*
D. Félix. Advertid cuán sin pensar

(A don Juan aparte.)

Os han venido á mostrar
Vuestro contrario los cielos.
D. Garc. Pues á la fiesta atended:
Contaréla, ya que veo
Que os fatiga ese deseo.
D. Juan. Haréisnos mucha merced.
D. Garc. Entre las opacas sombras
Y opacidades espesas,
Que el soto formaba de olmos
Y la noche de tinieblas,
Se ocultaba una cuadrada,
Limpia y olorosa mesa,
A lo italiano curiosa,
A lo español opulenta.
En mil figuras prensados
Manteles y servilletas,
Solo envidiaban las almas
A las aves y á las fieras.
Cuatro aparadores puestos
En cuadra correspondencia,
La plata blanca y dorada,
Vidrios y barros ostentan.
Quedó con ramas un olmo
En todo el sotillo apenas,
Que de ellas se edificaron
En varias partes seis tiendas.
Cuatro coros diferentes
Ocultan las cuatro de ellas,
Otra principios y postres,
Y las viandas la sesta.
Llegó en su coche mi dueño,
Dando envidia á las estrellas,
A los aires suavidad,
Y alegría á la ribera.
Apenas el pié que adoro
Hizo esmeraldas la yerba,
Hizo cristal la corriente,
Las arenas hizo perlas;
Cuando en copia disparados
Cohetes, bombas y ruedas,
Toda la region del fuego
Bajó en un punto á la tierra.
Aun no las sulfúreas luces
Se acabaron, cuando empiezan
Las de veinticuatro antorchas
A oscurecer las estrellas.
Empezó primero el coro
De chirimías, tras ellas
El de las vihuelas de arco
Sonó en la segunda tienda:
Salieron con suavidad
Las flautas de la tercera,
Y en la cuarta cuatro voces
Con guitarras y arpas suenan.
Entre tanto se sirvieron
Treinta y dos platos de cena,
Sin los principios y postres
Que casi otros tantos eran.
Las frutas y las bebidas
En fuentes y tazas, hechas
Del cristal que da el invierno,
Y el artificio conserva,
De tanta nieve se cubren,
Que Manzanares sospecha,
Cuando por el soto pasa,
Que camina por la sierra.
El olfato no está ocioso

Cuando el gusto se recrea,
Que de espíritus suaves
De pomos y cazoletas,
Y destilados sudores
De aromas, flores y yerbas,
En el soto de Madrid
Se vió la region sabea.
En un hombre de diamantes,
Delicadas de oro flechas,
Que mostrasen á mi dueño
Su crueldad y mi firmeza,
Al sauce, al junco y al mimbre
Quitaron su preeminencia;
Que han de ser oro las pajas,
Cuando los dientes son perlas.
En esto juntos en folla
Los cuatro coros comienzan,
Desde conformes distancias,
A suspender las esferas:
Tanto que envidioso Apolo
Apresuró su carrera,
Porque el principio del dia
Pusiese fin á la fiesta.

D. Juan. Por Dios que la habeis pin- [tado
De colores tan perfectas,
Que no trocára el oirla
Por haberme hallado en ella.

Trist. ¡Válgate el diablo por hom- [bre, *ap.*
Que tan de repente pueda
Pintar un convite tal,
Que á la verdad misma venza!

D. Juan. ¡Rabio de zelos!
(*Aparte á don Félix.*)

D. Félix. No os dieron
Del convite tales señas.

D. Juan. ¿Qué importa, si en la [sustancia
El tiempo y lugar concuerdan?

D. Garc. ¿Qué decis?

D. Juan. Que fué el festin
Mas célebre que pudiera
Hacer Alejandro Magno.

D. Garc. ¡Oh! son niñerías estas
Ordenadas de repente.
Dadme vos que yo tuviera
Para prevenirme un dia;
Que á las romanas y griegas
Fiestas, que al mundo admiraron,
Nueva admiracion pusiera. (*Mira* [*adentro.*)

D. Félix. Jacinta es la del estribo
(*A don Juan aparte.*)
En el coche de Lucrecia.

D. Juan. Los ojos á don García
(*A don Félix aparte.*)
Se le van, por Dios, tras ella.

D. Felix. Inquieto está y divertido.

D. Juan. Ciertas son ya mis sospe- [chas.

D. Juan y D. Garc. Adios.

D. Félix. Entrambos á un punto
Fuistes á una cosa mesma.

ESCENA VII.

DICHOS, MENOS DON JUAN Y DON FÉLIX.

Trist. No ví jamás despedida *ap.*
Tan conforme, y tan resuelta.

D. Garc. Aquel cielo, primer móvil
De mis acciones, me lleva
Arrebatado tras sí.

Trist. Disimula y ten paciencia,
Que el mostrarse muy amante
Antes daña que aprovecha:
Y siempre he visto que son
Venturosas las tibiezas.
Las mugeres y los diablos
Caminan por una senda,
Que á las almas rematadas
Ni las siguen ni las tientan;
Que el tenellas ya seguras
Les hace olvidarse de ellas,
Y solo de las que pueden
Escapárseles, se acuerdan.

D. Garc. Es verdad; mas no soy [dueño
De mí mismo.

Trist. Hasta que sepas
Estensamente su estado,
No te entregues tan de veras;
Que suele dar quien se arroja,
Creyendo las apariencias,
En un pantano cubierto
De verde engañosa yerba.

D. Garc. Pues hoy te informa de [todo.

Trist. Eso queda por mi cuenta;
Y agora antes que reviente,
Dime por Dios, ¿qué fin llevas
En las ficciones que he oido?

Siquiera para que pueda
Ayudarte, que cogernos
En mentira será afrenta :
Perulero te fingiste
Con las damas.
D. Garc. Cosa es cierta,
Tristan, que los forasteros
Tienen mas dicha con ellas;
Y mas si son de las Indias,
Informacion de riqueza.
Trist. Ese fin está entendido :
Mas pienso que el medio yerras,
Pues han de saber al fin
Quién eres.
D. Garc. Cuando lo sepan,
Habré ganado en su casa,
O en su pecho ya las puertas
Con este medio; y despues
Yo me entenderé con ellas.
Trist. Digo que me has convencido,
Señor; mas agora venga
Lo de haber un mes que estás
En la córte; ¿qué fin llevas,
Habiendo llegado ayer?
D. Garc. Ya sabes tú que es gran-
Esto de estar encubierto, [deza
O retirado en su aldea,
O en su casa descansando.
Trist. Vaya muy en hora buena;
Lo del convite entra agora.
D. Garc. Fingílo, porque me pesa
Que piense nadie que hay cosa
Que mover mi pecho pueda
A envidia, ó admiracion,
Pasiones que al hombre afrentan :
Que admirarse es ignorancia,
Como envidiar es bajeza.
Tú no sabes á qué sabe,
Cuando llega un porta-nuevas
Muy orgulloso á contar
Una hazaña ó una fiesta,
Taparle la boca yo
Con otra tal, que se vuelva
Con sus nuevas en el cuerpo,
Y que reviente con ellas.
Trist. Caprichosa prevencion,
Si bien peligrosa treta;
La fábula de la córte
Serás, si la flor te entregan.
D. Garc. Quien vive sin ser sentido,
Quien solo el número aumenta
Y hace lo que todos hacen,
¿En qué difiere de bestia?
Ser famoso es grande cosa,
El medio cual fuere sea;
Nómbrenme á mí en todas partes,
Y murmúrenme siquiera;
Pues uno, por ganar nombre,
Abrasó el templo de Efesia :
Y al fin es este mi gusto,
Que es la razon de mas fuerza.
Trist. Juveniles opiniones
Sigue tu ambiciosa idea,
Y cerrar has menester
En la córte la mollera.

ESCENA VIII.

Habitacion de doña Jacinta en casa de don Sancho.

DOÑA JACINTA É ISABEL CON MANTOS, Y DON BELTRAN Y DON SANCHO.

Da. Jac. ¿Tan grande merced?
D. Belt. No ha sido
Amistad de solo un dia
La que esta casa, y la mia,
Si os acordais, se han tenido;
Y así no es bien que estrañeis
Mi visita.
Da. Jac. Si me espanto,
Es, señor, por haber tanto
Que merced no nos haceis.
Perdóname, que ignorando
El bien que en casa tenia,
Me tardé en la platería,
Ciertas joyas concertando.
D. Belt. Feliz pronóstico dais
Al pensamiento que tengo,
Pues cuando á casaros vengo,
Comprando joyas estais.
Con don Sancho (vuestro tio)
Tengo tratado, señora,
Hacer parentesco agora
Nuestra amistad; y confio,
Puesto que como discreto
Dice don Sancho que es justo
Remitiese á vuestro gusto,
Que esto ha de tener efeto.
Que pues es la hacienda mia

Y calidad tan patente,
Solo falta que os contente
La persona de García:
Y aunque ayer á Madrid vino
De Salamanca el mancebo,
Y de envidia el rubio Febo
Le ha abrasado en el camino,
Bien me atreveré á ponello
Ante vuestros ojos claros,
Fiando que ha de agradaros
Desde la planta al cabello;
Si licencia le otorgais
Para que os bese la mano.

Da. Jac. Encarecer lo que gano
En la mano que me dais,
Si es notorio, es vano intento;
Que estimo de tal manera
Las prendras vuestras, que diera
Luego mi consentimiento,
A no haber de parecer,
Por mucho que en ello gano,
Arrojamiento liviano
En una honrada muger;
Que el breve determinarse
En cosas de tanto peso,
O es tener muy poco seso,
O gran gana de casarse.
Y en cuanto á que yo lo vea,
Me parece, si os agrada,
Que para no arriesgar nada,
Pasando la calle sea.
Que si, como puede ser,
Y sucede á cada paso,
Despues de tratarlo, acaso
Se viniese á deshacer;
¿De qué me hubiera servido,
O qué opinion me darán
Las visitas de un galan
Con licencias de marido?

D. Belt. Ya por vuestra gran cordura,
Si es mi hijo vuestro esposo,
Le tendré por tan dichoso,
Como por vuestra hermosura.

D. Sancho. De prudencia puede ser
Un espejo, la que ois.

D. Belt. No sin causa os remitis,
Don Sancho, á su parecer.
Esta tarde con García
A caballo pasaré
Vuestra calle.

Da. Jac. Yo estaré
Detras de esa celosía.

D. Belt. Que le mireis bien os pido;
Que esta noche he de volver,
Jacinta hermosa, á saber
Cómo os haya parecido.

Da. Jac. ¿Tan apriesa?

D. Belt. Este cuidado
No admireis, que es ya forzoso;
Pues si vine deseoso,
Vuelvo agora enamorado;
Y adios.

Da. Jac. Adios.

D. Belt. ¿Dónde vais?

D. Sanc. A serviros.

D. Belt. No saldré.

D. Sanc. Al corredor llegaré
Con vos, si licencia dais.

ESCENA IX.

DOÑA JACINTA É ISABEL.

Is. Mucha prisa te da el viejo.

Da. Jac. Yo se la diera mayor,
Pues tambien le está á mi honor,
Si á diferente consejo
No me obligára el amor;
Que aunque los impedimentos
Del hábito de don Juan,
Dueño de mis pensamientos,
Forzosa causa me dan
De admitir otros intentos,
Como su amor no despido,
Por mucho que lo deseo,
Que vive en el alma asido;
Tiemblo, Isabel, cuando creo
Que otro ha de ser mi marido.

Is. Yo pensé que ya olvidabas
A don Juan, viendo que dabas
Lugar á otras pretensiones.

Da. Jac. Causanlo estas ocasiones,
Isabel; no te engañabas,
Que como ha tanto que está
El hábito detenido,
Y no ha de ser mi marido
Si no sale, tengo ya
Este intento por perdido.
Y así para no morirme,
Quiero hablar y divertirme,
Pues en vano me atormento:

Que en un imposible intento
No apruebo el morir de firme.
Por ventura encontraré
Alguno tal, que merezca
Que mano y alma le dé.
Is. No dudo que el tiempo ofrezca
Sugeto digno á tu fé;
Y si no me engaño yo,
Hoy no te desagradó
El galan indiano.
Da. Jac. Amiga,
¿Quieres que verdad te diga?
Pues muy bien me pareció,
Y tanto que te prometo
Que si fuera tan discreto,
Tan gentilhombre y galan
El hijo de don Beltran,
Tuviera la boda efeto.
Is. Esta tarde le verás
Con su padre por la calle.
Da. Jac. Veré solo el rostro y talle:
El alma, que importa mas,
Quisiera ver con hablalle.
Is. Háblale.
Da. Jac. Hase de ofender
Don Juan, si llega á sabello,
Y no quiero, hasta saber
Que de otro dueño he de ser,
Determinarme á perdello.
Is. Pues da algun medio, y ad- [vierte
Que siglos pasas en vano,
Y conviene resolverte:
Que don Juan es de esta suerte
El perro del hortelano.
Sin que lo sepa don Juan,
Podrás hablar, si tú quieres,
Al hijo de don Beltran;
Que, como en su centro, están
Las trazas en las mugeres.
Da. Jac. Una pienso que podria
En este caso importar;
Lucrecia es amiga mia,
Ella puede hacer llamar
De su parte á don García;
Que como secreta esté
Yo con ella en su ventana,
Este fin conseguiré.
Is. Industria tan soberana
Solo de tu ingenio fué.
Da. Jac. Pues parte al punto, y mi
Le di á Lucrecia, Isabel. [intento
Is. Sus alas tomaré al viento.
Da. Jac. La dilacion de un mo-
Le di, que es un siglo en él. [mento

ESCENA X.

DICHOS Y DON JUAN, QUE ENCUENTRA A ISABEL AL SALIR.

D. Juan. ¿Puedo hablar á tu se- [ñora?
Is. Solo un momento ha de ser;
Que de salir á comer
Mi señor don Sancho es hora. (*Vase.*)
D. Juan. Ya, Jacinta, que te pier-
Ya que yo me pierdo, ya... [do,
Da. Jac. ¿Estás loco?
D. Juan. ¿Quién podrá
Estar con tus cosas cuerdo?
Da. Jac. Repórtate, y habla paso,
Que está en la cuadra mi tio.
D. Juan. Cuando á cenar vas al rio,
¿Cómo haces de él poco caso?
Da. Iac. ¿Qué dices? ¿Estás en [tí?
D. Juan. Cuando para trasnochar
Con otro tienes lugar,
¿Tienes tio para mí?
Da. Jac. ¿Trasnochar con otro? [Advierte
Que aunque eso fuese verdad,
Era mucha libertad
Hablarme á mí de esa suerte:
Cuanto mas que es desvarío
De tu loca fantasía.
D. Juan. Ya sé que fué don García
El de la fiesta del rio;
Ya los fuegos, que á tu coche,
Jacinta, la salva hicieron,
Ya las antorchas, que dieron
Sol al soto á media noche;
Ya los cuatro aparadores,
Con vajillas variadas;
Las cuatro tiendas pobladas
De instrumentos y cantores.
Todo lo sé, y sé que el dia
Te halló, enemiga, en el rio;
Di agora que es desvarío
De mi loca fantasía.

Di agora que es libertad
El tratarte de esta suerte,
Cuando obligan á ofenderte
Mi agravio y tu liviandad.
Da. Jac. ¡Plega á Dios...!
D. Juan. Deja invenciones,
Calla, no me digas nada,
Que en ofensa averiguada
No sirven satisfacciones.
Ya, falsa, ya sé mi daño,
No niegues que te he perdido;
Tu mudanza me ha ofendido,
No me ofende el desengaño,
Y aunque niegues lo que oí,
Lo que ví confesarás;
Que hoy lo que negando estás,
En sus mismos ojos ví.
¿Y su padre qué queria
Agora aquí? ¿Qué te dijo?
¿De noche estás con el hijo,
Y con el padre de dia?
Yo lo ví, ya mi esperanza
En vano engañar dispones;
Ya sé que tus dilaciones
Son hijas de tu mudanza.
Mas, cruel, viven los cielos,
Que no has de vivir contenta;
Abrásate, pues revienta
Este volcan de mis zelos.
El que me hace desdichado
Te pierda, pues yo te pierdo.
Da. Jac. ¿Tú eres cuerdo?
D. Juan. ¿Cómo cuerdo;
Amante y desesperado?
Da. Jac. Vuelve, escucha, que si vale
La verdad, presto verás
Cuán mal informado estás.
D. Juan. Vóime, que tu tio sale.
Da. Jac. No sale; escucha, que fio
Satisfacerte.
D. Juan Es en vano,
Si aquí no me das la mano.
Da. Jac. ¿La mano? Sale mi tio.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala.

DON GARCIA EN CUERPO LEYENDO UN PAPEL, TRISTAN Y CAMINO.

D. Garc. « La fuerza de una oca-
« sion me hace esceder del órden de
« mi estado. Sabrála usted esta no-
« che por un balcon que le enseñará
« el portador, con lo demas que no
« es para escrito; y guarde nuestro
« Señor, etc. »

¿Quién este papel me escribe?
Cam. Doña Lucrecia de Luna.
D. Garc. El alma sin duda alguna
Que dentro en mi pecho vive.
¿No es esta una dama hermosa,
Que hoy ántes de medio dia
Estaba en la platería?
Cam. Sí, señor.
D. Garc. ¡Suerte dichosa!
Informadme, por mi vida,
De las partes de esta dama.
Cam. Mucho admiro que su fama
Esté de vos escondida;
Porque la habeis visto dejo
De encarecer que es hermosa,
Es discreta y virtuosa:
Su padre es viudo y es viejo:
Dos mil ducados de renta
Los que ha de heredar, serán
Bien hechos.
D. Garc, ¿Oyes, Tristan?
Trist. Oigo, y no me descontenta.
Cam. En cuanto á ser principal,
No hay que hablar: Luna es su padre,
Y fué Mendoza su madre,
Tan finos como un coral.
Doña Lucrecia, en efeto,
Merece un rey por marido.
D. Garc. ¡Amor, tus alas te pido
Para tan alto sugeto!
¿Dónde vive?
Cam. A la Vitoria.
D. Garc. Cierto es mi bien. Que sereis,

Dice aquí, quien me guieis
Al cielo de tanta gloria.
Cam. Serviros pienso á los dos.
D. Garc. Y yo lo agradeceré.
Cam. Esta noche volveré
En dando las diez, por vos.
D. Garc. Eso le dad por respuesta
A Lucrecia.
Cam. Adios quedad.

ESCENA II.

DON GARCIA Y TRISTAN.

D. Garc. ¿Cielos, qué felicidad,
Amor, qué ventura es esta?
Ves, Tristan, ¿cómo llamó
La mas hermosa el cochero
A Lucrecia, á quien yo quiero?
Que es cierto que quien me habló
Es la que el papel me envia.
Trist. Evidente persuasion.
D. Garc. Que la otra, ¿qué ocasion
Para escribirme tenia?
Trist. Y á todo mi suceder,
Presto de dudas saldrás;
Que esta noche la podrás
En la habla conocer.
D. Garc. Y que no me engañe es
Segun dejó en mi sentido [cierto.
Impreso el dulce sonido
De la voz con que me ha muerto.

ESCENA III.

DICHOS, Y UN PAGE QUE DA UN PAPEL A DON GARCIA.

Page. Este, señor don García,
Es para vos.
D. Garc. No esté así.
Page. Criado vuestro nací.
D. Garc. Cúbrase, por vida mia.
(*Lee a solas.*) « Averiguar cierta
« Importante á solas quiero [cosa
« Con vos: á las siete espero
« En San Blas. DON JUAN DE SOSA. »
¡Válgame Dios! desafío. *ap.*
¿Qué causa puede tener
Don Juan, si yo vine ayer,
Y él es tan amigo mio?
Decid al señor don Juan
Que esto será así.

ESCENA IV.

DON GARCIA Y TRISTAN.

Trist. Señor,
Mudado estás de color;
¿Qué ha sido?
D. Garc. Nada, Tristan.
Trist. ¿No puedo saberlo?
D. Garc. No.
Trist. Sin duda es cosa pesada.
D. Garc. Dame la capa y espada.
¿Qué causa le he dado yo? *ap.*

ESCENA V.

DON GARCIA Y DON BELTRAN.

D. Belt. ¿García?
D. Garc. ¿Señor?
D. Belt. Los dos
A caballo hemos de andar
Juntos hoy, que he de tratar
Cierto negocio con vos.
D. Garc. ¿Mandas otra cosa?

ESCENA VI.

DICHOS Y TRISTAN, QUE DA DE VESTIR A DON GARCIA.

D. Belt. ¿Adónde
Vais cuando el sol echa fuego?
D. Garc. Aquí á los trucos me llego
De nuestro vecino el conde.
D. Belt. No apruebo que os arrojeis,
Siendo venido de ayer,
A daros á conocer
A mil que no conoceis.
Si no es que dos condiciones
Guardeis con mucho cuidado,
Y son que jugueis contado,
Y hableis contadas razones:
Puesto que mi parecer
Es este, haced vuestro gusto.
D. Garc. Seguir tu consejo es justo.
D. Belt. Haced que á vuestro placer
Aderezo se prevenga
A un caballo para vos.
D. Garc. A ordenallo voy.

ESCENA VII.

DON BELTRAN y TRISTAN.

D. Belt. Adios.
¡Que tan sin gusto me tenga *ap.*
Lo que su ayo me dijo!
¿Has andado con García,
Tristan?
Trist. Señor, todo el dia.
D. Belt. Sin mirar en que es mi [hijo,
Si es que el ánimo fiel,
Que siempre en tu pecho he hallado,
Agora no te ha faltado,
Me di lo que sientes de él.
Trist. ¿Qué puedo yo haber sentido
En un término tan breve?
D. Belt. Tu lengua es, quien no se [atreve;
Que el tiempo bastante ha sido,
Y mas á tu entendimiento:
Dímelo, por vida mia,
Sin lisonja.
Trist. Don García,
Mi señor, á lo que siento,
Que he de decirte verdad,
Pues que tu vida has jurado...
D. Belt. De esa suerte has obligado
Siempre á tí mi voluntad.
Trist. Tiene un ingenio escelente
Con pensamientos sutiles;
Mas caprichos juveniles,
Con arrogancia imprudente.
De Salamanca reboza
La leche, y tiene en los labios
Los contagiosos resabios
De aquella caterva moza.
Aquel hablar arrojado,
Mentir sin recato y modo,
Aquel jactarse de todo,
Y hacerse en todo estremado.
Hoy en término de un hora
Echó cinco ó seis mentiras.
D. Belt. ¡Válgame Dios!
Trist. ¿Qué te admiras?
Pues lo peor falta agora;
Que son tales, que podrá
Cogerle en ellas cualquiera.
D. Belt. Adios.
Trist. Yo no te dijera
Lo que tal pena te da,
A no ser de tí forzado.
D. Belt. Tu fé conozco y tu amor.
Trist. A tu prudencia, señor,
Advertir será escusado
El riesgo que correr puedo,
Si esto sabe don García,
Mi señor.
D. Belt. De mí confia;
Pierde, Tristan, todo el miedo.
Manda luego aderezar
Los caballos. ¡Santo Dios!
(*Vase Tristan.*)
Pues esto permitis vos,
Esto debe de importar.
¿A un hijo solo, á un consuelo
Que en la tierra le quedó
A mi vejez triste, dió
Tan gran contrapeso el cielo?
Ahora bien, siempre tuvieron
Los padres disgustos tales;
Siempre vieron muchos males,
Los que mucha edad vivieron.
Paciencia; hoy he de acabar,
Si puedo, su casamiento:
Con la brevedad intento
Este daño remediar;
Antes que su liviandad,
En la córte conocida,
Los casamientos le impida
Que pide su calidad.
Por dicha, con el cuidado
Que tal estado acarrea,
De una costumbre tan fea
Se vendrá á ver enmendado;
Que es vano pensar que son
El reñir y aconsejar
Bastantes para quitar
Una fuerte inclinacion.

(*Sale Tristan.*)

Trist. Ya los caballos están,
Viendo que salir procuras,
Probando las herraduras
En las guijas del zaguan;
Porque con las esperanzas
De tan gran fiesta, el overo
A solas está primero
Ensayando sus mudanzas:
Y el bayo, que ser procura
Émulo al dueño que lleva,

Estudia con alma nueva
Movimiento y compostura.
D. Belt. Avisa pues á García.
Trist. Ya te espera tan galan,
Que en la córte pensarán
Que á estas horas sale el dia.

ESCENA VIII.

Habitacion de doña Jacinta.

DOÑA JACINTA É ISABEL.

Is. La pluma tomó al momento
Lucrecia, en ejecucion
De tu agudo pensamiento,
Y esta noche en su balcon
Para tratar cierto intento
Le escribió que aguardaria;
Para que puedas en él
Platicar con don García.
Camino llevó el papel,
Persona de quien se fia.
Da. Jac. Mucho Lucrecia me obliga.
Is. Muestra en cualquier ocasion
Ser tu verdadera amiga.
Da. Jac. ¿Es tarde?
Is. Las cinco son.
Da. Jac. Aun durmiendo me fatiga
La memoria de don Juan,
Que esta siesta le he soñado
Zeloso de otro galan.

(*Miran adentro.*)

Is. ¡Ay, señora, don Beltran,
Y el perulero á su lado!
Da. Jac. ¿Qué dices?
Is. Digo, que aquel
Que hoy te habló en la platería
Viene á caballo con él;
Mírale.
Da. Jac. Por vida mia,
Que dices verdad, que es él;
¿Hay tal? ¡Cómo el embustero
Se nos fingió perulero,
Si es hijo de don Beltran!
Is. Los que intentan, siempre dan
Gran presuncion al dinero,
Y con ese medio hallar
Entrada en tu pecho quiso;
Que debió de imaginar
Que aquí le ha de aprovechar
Mas ser Mídas, que Narciso.
Da. Jac. En decir que ha que me vió
Un año, tambien mintió;
Porque don Beltran me dijo
Que ayer á Madrid su hijo
De Salamanca llegó.
Is. Si bien lo miras, señora,
Todo verdad puede ser;
Que entonces te pudo ver,
Irse de Madrid, y agora
De Salamanca volver;
Y cuando no, ¿qué te admira
Que quien á obligar aspira
Prendas de tanto valor,
Para acreditar su amor
Se valga de una mentira?
Demas, que tengo por llano,
Si no miente mi sospecha,
Que no lo encarece en vano,
Que hablarte hoy su padre, es flecha
Que ha salido de su mano.
No ha sido, señora mia,
Acaso, que el mismo dia
Que él te vió, y mostró quererte,
Venga su padre á ofrecerte
Por esposo á don García.
Da. Jac. Dices bien; mas imagino
Que el término que pasó
Desde que el hijo me habló
Hasta que su padre vino,
Fué muy breve.
Is. Él conoció
Quién eres; encontraria
Su padre en la platería,
Hablóle; y él, que no ignora
Tus calidades, y adora
Justamente á don García,
Vino á tratarlo al momento.
Da. Jac. Al fin, como fuere sea;
De sus partes me contento,
Quiere el padre, él me desea,
Da por hecho el casamiento.

ESCENA IX.

Paseo de Atocha.

DON BELTRAN Y DON GARCIA.

D. Belt. ¿Qué os parece?
D. Garc. Que animal
No ví mejor en mi vida,

D. Belt. ¡Linda bestia!
D. Garc. Corregida
De espíritu racional;
¡Qué contento y bizarría!
D. Belt. Vuestro hermano don Ga-
Que perdone Dios, en él [briel,
Todo su gusto tenia.
D. Garc. Ya que convida, señor,
De Atocha la soledad,
Declara tu voluntad.
D. Belt. Mi pena direis mejor.
¿Sois caballero, García?
D. Garc. Téngome por hijo vuestro.
D. Belt. ¿Y basta ser hijo mio
Para ser vos caballero?
D. Garc. Yo pienso, señor, que sí.
D. Belt. ¡Qué engañado pensamien-
Solo consiste en obrar [to!
Como caballero, el serlo;
¿Quién dió principio á las casas
Nobles? Los ilustres hechos
De sus primeros autores;
Sin mirar sus nacimientos,
Hazañas de hombres humildes
Honraron sus herederos:
Luego en obrar mal ó bien,
Está el ser malo, ó ser bueno.
¿Es así?
D. Garc. Que las hazañas
Den nobleza, no lo niego;
Mas no negueis, que sin ellas
Tambien la da el nacimiento.
D. Belt. Pues si honor puede ganar
Quien nació sin él, ¿no es cierto
Que por el contrario puede,
Quien con él nació, perdello?
D. Garc. Es verdad.
D. Belt. Luego, si vos
Obrais afrentosos hechos,
Aunque seais hijo mio,
Dejais de ser caballero;
Luego si vuestras costumbres
Os infaman en el pueblo,
No importan paternas armas,
No sirven altos abuelos.
¿Qué cosa es, que la fama
Diga á mis oidos mesmos
Que á Salamanca admiraron
Vuestras mentiras y enredos?
¡Qué caballero, y qué nada!
Si afrenta al noble y plebeyo
Solo el decirle que miente,
Decid, ¿qué será el hacerlo,
Si vivo sin honra yo,
Segun los humanos fueros,
Mientras de aquel que me dijo
Que mentia, no me vengo?
¿Tan larga teneis la espada,
Tan duro teneis el pecho,
Que penseis poder vengaros
Diciéndolo todo el pueblo?
¿Posible es que tenga un hombre
Tan humildes pensamientos,
Que viva sujeto al vicio
Mas sin gusto y sin provecho?
El deleite natural
Tiene á los lascivos presos;
Obliga á los codiciosos
El poder que da el dinero,
El gusto de los manjares
Al gloton, el pasatiempo
Y el cebo de la ganancia
A los que cursan el juego;
Su venganza al homicida,
Al robador su remedio,
La fama y la presuncion
Al que es por la espada inquieto:
Todos los vicios al fin
O dan gusto ó dan provecho;
Mas de mentir, ¿qué se saca
Sino infamia y menosprecio?
D. Garc. Quien dice que miento yo,
Ha mentido.
D. Belt. Tambien eso
Es mentir; que aun desmentir
No sabeis, sino mintiendo.
D. Garc. Pues si dais en no creerme.
D. Belt. ¿No seré necio si creo
Que vos decis verdad solo,
Y miente el lugar entero?
Lo que importa es desmentir
Esta fama con los hechos,
Pensar que este es otro mundo,
Hablar poco y verdadero;
Mirad que estais á la vista
De un rey tan santo y perfecto,
Que vuestros yerros no pueden
Hallar disculpa en sus yerros;
Que tratais aquí con grandes,
Títulos y caballeros,

Que si os saben la flaqueza,
Os perderán el respeto;
Que teneis barba en el rostro,
Que al lado ceñis acero,
Que nacisteis noble al fin,
Y que yo soy padre vuestro:
Y no he de deciros mas;
Que esta sofrenada espero
Que baste, para quien tiene
Calidad y entendimiento.
Y agora porque entendais
Que en vuestro bien me desvelo,
Sabed que os tengo, García,
Tratado un gran casamiento.

D. Garc. ¡Ay, mi Lucrecia! *ap.*

D. Belt. Jamás
Pusieron, hijo, los cielos
Tantas, tan divinas partes
En un humano sugeto,
Como en Jacinta, la hija
De don Fernando Pacheco,
De quien mi vejez pretende
Tener regalados nietos.

D. Garc. ¡Ay Lucrecia, si es po-
[sible, *ap.*
Tú sola has de ser mi dueño!

D. Belt. ¿Qué es esto? ¿no respon-
[deis?

D. Garc. ¡Tuyo he de ser, vive el
[cielo! *ap.*

D. Belt. ¿Qué os entristeceis? Ha-
No me tengais mas suspenso. [blad,

D. Garc. Entristézcome, porque es
Imposible obedeceros.

D. Belt. ¿Porqué?

D. Garc. Porque soy casado.

D. Belt. ¿Casado? ¡Cielos, qué es
¿Cómo sin saberlo yo? [esto!

D. Garc. Fué fuerza, y está se-
[creto.

D. Belt. ¡Hay padre mas desdi-
[chado!

D. Garc. No os aflijais, que en
[sabiendo
La causa, señor, tendreis
Por venturoso el efeto.

D. Belt. Acabad, pues; que mi vida
Pende solo de un cabello.

D. Garc. Agora os he menester, *ap.*
Sutilezas de mi ingenio.
En Salamanca, señor,
Hay un caballero noble
De quien es la alcuña Herrera
Y don Pedro el propio nombre:
A este dió el cielo otro cielo
Por hija, pues con dos soles
Sus dos purpúreas mejillas
Hace claros horizontes.
Abrevio, por ir al caso,
Con decir que cuantas dotes
Pudo dar naturaleza,
En tierna edad la componen.
Mas la enemiga fortuna,
Observante en su desórden,
A sus méritos opuesta
De sus bienes la hizo pobre;
Que demas de que su casa
No es tan rica como noble,
Al mayorazgo nacieron
Antes que ella dos varones.
A esta, pues, saliendo al rio
La ví una tarde en su coche,
Que juzgára el de Faeton,
Si fuese Erídano el Tórmes.
No sé quién los atributos
Del fuego en Cupido pone,
Que yo de un súbito hielo
Me sentí ocupar entonces.
¿Qué tienen que ver del fuego
Las inquietudes y ardores,
Con quedar absorta un alma,
Con quedar un cuerpo inmóvil?
Caso fué verla forzoso,
Viéndola cegar de amores;
Pues abrasado seguirla,
Júzguelo un pecho de bronce.
Pasé su calle de dia,
Rondé su calle de noche,
Con terceros y papeles
Le encarecí mis pasiones,
Hasta que al fin condolida
O enamorada responde;
Porque tambien tiene amor
Jurisdiccion en los dioses.
Fuí crecentando finezas,
Y ella aumentando favores,
Hasta ponerme en el cielo
De su aposento una noche;
Y cuando solicitaban
El fin de mi pena enorme,

Conquistando honestidades,
Mis ardientes pretensiones,
Siento que su padre viene
A su aposento: llamóle,
Porque jamás tal hacia,
Mi fortuna aquella noche.
Ella turbada, animosa,
Muger al fin, á empellones
Mi casi difunto cuerpo
Detras de su lecho esconde.
Llegó don Pedro, y su hija,
Fingiendo gusto, abrazóle
Por negarle el rostro, en tanto
Que cobraba sus colores:
Asentáronse los dos,
Y él con prudentes razones
Le propuso un casamiento
Con uno de los Monrois.
Ella honesta como cauta
De tal suerte le responde,
Que ni á su padre resista,
Ni á mí, que la escucho, enoje.
Despidiéronse con esto,
Y cuando ya casi pone
En el umbral de la puerta
El viejo los piés; entonces...
¡Mal haya amen el primero
Que fué inventor de relojes!
Uno que llevaba yo
A dar comenzó las doce.
Oyólo don Pedro, y vuelto
Hácia su hija: ¿De dónde
Vino ese reloj? le dijo.
Ella respondió: Envióle,
Para que se le aderecen,
Mi primo don Diego Ponce,
Por no haber en su lugar
Relojero ni relojes.
Dádmele, dijo su padre,
Porque yo ese cargo tome:
Pues entonces doña Sancha,
Que este es de la dama el nombre,
A quitármele del pecho
Cauta y prevenida corre,
Antes que llegar él mismo
A su padre se le antoje.
Quitémele yo, y al darle
Quiso la suerte que toquen
A una pistola, que tengo
En la mano, los cordones;
Cayó el gatillo, dió fuego,
Al tronido desmayóse
Doña Sancha, alborotado
El viejo empezó á dar voces.
Yo viendo el cielo en el suelo,
Y eclipsados sus dos soles,
Juzgué sin duda por muerta
La vida de mis acciones;
Pensando que cometieron
Sacrilegio tan enorme
Del plomo de mi pistola
Los breves volantes orbes.
Con esto, pues, despechado
Saqué rabioso el estoque;
Fueran pocos para mí
En tal ocasion mil hombres.
A impedirme la salida,
Como dos bravos leones,
Con sus armas, sus hermanos
Y sus criados se oponen:
Mas, aunque fácil por todos
Mi espada y mi furia rompen,
No hay fuerza humana que impida
Fatales disposiciones:
Pues al salir por la puerta,
Como iba arrimado, asióme
La alcayata de la aldaba
Por los tiros del estoque:
Aquí para desasirme
Fué fuerza que atras me torne,
Y entre tanto mis contrarios
Muros de espadas me oponen.
En esto cobró su acuerdo
Sancha, y para que se estorbe
El triste fin que prometen
Estos sucesos atroces,
La puerta cerró animosa
Del aposento, y dejóme
A mí con ella encerrado,
Y fuera á mis agresores.
Arrimamos á la puerta
Baules, arcas y cofres;
Que al fin son de ardientes iras
Remedio las dilaciones.
Quisimos hacernos fuertes,
Mas mis contrarios feroces
Ya la pared me derriban,
Y ya la puerta me rompen.
Yo viendo, que aunque dilate,
No es posible que revoque

La sentencia de enemigos
Tan agraviados y nobles;
Viendo á mi lado la hermosa
De mis desdichas consorte,
Y que hurtaba á sus mejillas
El temor sus arreboles;
Viendo cuán sin culpa suya
Conmigo fortuna corre,
Pues con industria deshace
Cuanto los hados disponen;
Por dar premio á sus lealtades,
Por dar fin á sus temores,
Por dar remedio á mi muerte
Y dar muerte á mis pasiones,
Hube de darme á partido,
Y pedirles que conformen
Con la union de nuestras sangres
Tan sangrientas disensiones.
Ellos, que ven el peligro
Y mi calidad conocen,
Lo acetan, despues de estar
Un rato entre sí discordes.
Partió á dar cuenta al obispo
Su padre, y volvió con órden
De que el desposorio pueda
Hacer cualquier sacerdote.
Hízose, y en dulce paz
La mortal guerra trocóse,
Dándote la mejor nuera
Que nació del sur al norte.
Mas en que tú no lo sepas
Quedamos todos conformes,
Por no ser con gusto tuyo,
Y por ser mi esposa pobre:
Pero ya que fué forzoso
Saberlo, mira si escoges
Por mejor tenerme muerto,
Que vivo, y con muger noble.

D. Bell. Las circunstancias del caso
Son tales, que se conoce
Que la fuerza de la suerte
Te destinó esa consorte;
Y así no te culpo en mas
Que en callármelo.

D. Garc. Temores
De darte pesar, señor,
Me obligaron.

D. Bell. Si es tan noble,
¿Qué importa que pobre sea?
¿Cuánto es peor que lo ignore,
Para que habiendo empeñado
Mi palabra, agora torne
Con eso á doña Jacinta?
Mira en qué lance me pones:
Toma el caballo, y temprano,
Por mi vida, te recoge:
Porque despacio tratemos
De tus cosas esta noche. (*Vase.*)

D. Garc. Iré á obedecerte, al punto
Que toquen las oraciones.

ESCENA X.

DON GARCIA.

Dichosamente se ha hecho:
Persuadido el viejo va;
Ya del mentir no dirá
Que es sin gusto y sin provecho;
Pues es tan notorio gusto
El ver que me haya creido,
Y provecho haber huido
De casarme á mi disgusto.
Bueno fué reñir conmigo,
Porque en cuanto digo miento;
Y dar crédito al momento
A cuantas mentiras digo.
¡Qué fácil de persuadir
Quien tiene amor, suele ser!
¡Y qué fácil en creer
El que no sabe mentir!
Mas ya me aguarda don Juan.

(*Dirá adentro.*)

Hola, llevad el caballo.
Tan terribles cosas hallo
Que sucediéndome van,
Que pienso que desvarío:
Vine ayer, y en un momento
Tengo amor, y casamiento,
Y causa de desafío.

ESCENA XI.

Dichos y DON JUAN.

D. Juan. Como quien sois lo habeis
Don García. [hecho,

D. Garc. ¿Quién podia,
Sabiendo la sangre mia,
Pensar menos de mi pecho?
Mas vamos, don Juan, al caso

Porque llamado me habeis:
Decid, ¿qué causa teneis,
Que por sabella me abraso,
De hacer este desafío?

D. Juan. Esa dama, á quien hicis- [tes
Conforme vos me dijistes,
Anoche fiesta en el río,
Es causa de mi tormento;
Y es con quien dos años ha,
Que, aunque se dilata, está
Tratado mi casamiento.
Vos, ha un mes que estais aquí,
Y de eso, como de estar
Encubierto en el lugar
Todo ese tiempo de mí,
Colijo que habiendo sido
Tan público mi cuidado,
Vos no lo habeis ignorado,
Y así me habeis ofendido.
Con esto que he dicho, digo
Cuanto tengo que decir;
Y es, que ó no habeis de seguir
El bien que ha tanto que sigo,
O si acaso os pareciere
Mi peticion mal fundada,
Se remita aquí á la espada;
Y la sirva el que venciere.

D. Garc. Pésame que sin estar
Del caso bien informado,
Os hayais determinado
A sacarme á este lugar.
La dama, don Juan de Sosa,
De mi fiesta, vive Dios,
Que ni la habeis visto vos
Ni puede ser vuestra esposa;
Que es casada esta muger,
Y ha tan poco que llegó
A Madrid, que solo yo
Sé que la he podido ver.
Y cuando esa hubiera sido,
De no verla mas os doy
Palabra como quien soy,
O quedar por fementido.

D. Juan. Con eso se aseguró
La sospecha de mi pecho,
Y he quedado satisfecho.

D. Garc. Falta que lo quede yo;
Que haberme desafiado
No se ha de quedar así:
Libre fué el sacarme aquí,
Mas habiéndome sacado
Me obligastes, y es forzoso,
Puesto que tengo de hacer
Como quien soy, no volver
Sino muerto ó victorioso.

(*Sacan las espadas y acuchíllanse.*)

D. Juan. Pensad, aunque mis des- [velos
Hayais satisfecho así,
Que aun deja cólera en mí
La memoria de mis zelos.

ESCENA XII.

DICHOS Y DON FÉLIX.

D. Félix. Deténganse, caballeros,
Que estoy aquí yo.

D. Garc. ¡Que venga
Agora quien me detenga!

D. Félix. Vestid los fuertes aceros;
Que fué falsa la ocasion
De esta pendencia.

D. Juan. Ya habia
Dícholo así don García;
Pero por la obligacion
En que pone el desafío,
Desnudo el valiente acero.

D. Félix. Hizo como caballero
De tanto valor y brío;
Y pues bien quedado habeis
Con esto, merezca yo
Que á quien de zeloso erró
Perdon y la mano deis.

(*Danse las manos.*)

D. Garc. Ello es justo, y lo man- [dais:
Mas mirad de aquí adelante,
En caso tan importante,
Don Juan, como os arrojais.
Todo lo habeis de intentar
Primero que el desafío,
Que empezar es desvarío
Por donde se ha de acabar. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON FÉLIX Y DON JUAN.

D. Félix. Estraña ventura ha sido
Haber yo á tiempo llegado.

D. Juan. ¿Qué, en efeto me he [engañado?
D. Félix. Sí.
D. Juan. ¿De quién lo habeis [sabido?
D. Félix. Súpelo de un escudero
De Lucrecia.
D. Juan. Decid, pues,
Como fué.
D. Félix. La verdad es,
Que fué el coche y el cochero
De doña Jacinta anoche
Al Sotillo, y que tuvieron
Gran fiesta las que en él fueron;
Pero fué prestado el coche.
Y el caso fué que á las horas
Que fué á ver Jacinta bella
A Lucrecia, ya con ella
Estaban las matadoras,
Las dos primas de la quinta.
D. Juan. ¿Las que en el Cármen [vivieron?
D. Félix. Sí, pues ellas le pidieron
El coche á doña Jacinta,
Y en él con la oscura noche
Fueron al rio las dos;
Pues vuestro page, á quien vos
Dejastes siguiendo el coche,
Como en él dos damas vió
Entrar, cuando anochecia,
Y noticia no tenia
De otra visita, creyó
Ser Jacinta la que entraba
Y Lucrecia.
D. Juan. Justamente.
D. Félix. Siguió el coche diligente,
Y cuando en el Soto estaba
Entre la música y cena,
Lo dejó y volvió á buscaros
A Madrid, y fué el no hallaros
Ocasion de tanta pena;
Porque yendo vos allá
Se deshiciera el engaño.
D. Juan. En eso estuvo mi daño:
Mas tanto gusto me da
El saber que me engañé,
Que doy por bien empleado
El disgusto que he pasado.
D. Félix. Otra cosa averigüé,
Que es bien graciosa.
D. Juan. Decid.
D. Félix. Es que el dicho don Gar-
Llegó ayer en aquel dia [cía
De Salamanca á Madrid:
Y en llegando se acostó,
Y durmió la noche toda,
Y fué embeleco la boda
Y festin que nos contó.
D. Juan. ¿Qué decis?
D. Félix. Esto es verdad.
D. Juan. ¿Embustero es don Gar- [cía?
D. Félix. Eso un ciego lo veria;
Porque tanta variedad
De tiendas, aparadores,
Vajillas de plata y oro,
Tanto plato, tanto coro
De instrumentos y cantores,
¿No eran mentira patente?
D. Juan. Lo que me tiene dudoso,
Es que sea mentiroso
Un hombre que es tan valiente;
Que de su espada el furor
Diera á Alcides pesadumbre.
D. Félix. Tendrá el mentir por cos-
Y por herencia el valor. [tumbre,
D. Juan. Vamos, que á Jacinta
Pedille, Felix, perdon, [quiero
Y decille la ocasion
Con que esforzó este embustero
Mi sospecha.
D. Félix. Desde aquí,
Nada le creo, don Juan.
D. Juan. Y sus verdades serán
Ya consejos para mí.

ESCENA XIV.

Decoracion de calle.

DON GARCIA, TRISTAN Y CAMINO DE NOCHE; Y POCO DESPUES EN LA VENTANA JACINTA, LUCRECIA É ISABEL.

D. Garc. Mi padre me dé perdon,
Que forzado le engañé.
Trist. Ingeniosa escusa fué;
Pero dime, ¿qué invencion
Agora piensas hacer
Con que no sepa que ha sido

El casamiento fingido?
D. Garc. Las cartas le he de coger
Que á Salamanca escribiere,
Y las respuestas fingiendo
Yo mismo, iré entreteniendo
La ficcion cuanto pudiere.
Da. Jac. Con esta nueva volvió
Don Beltran bien descontento,
Cuando ya del casamiento
Estaba contenta yo.
Da. Luc. ¿Que el hijo de don Bel-
Es el indiano fingido? [tran
Da. Jac. Sí, amiga.
Da. Luc. ¿A quién has oido
Lo del banquete?
Da. Jac A don Juan.
Da. Luc. ¿Pues cuándo estuvo con-
[tigo?
Da. Jac. Al anochecer me vió,
Y en contármelo gastó
Lo que pudo estar conmigo.
Da. Luc. ¡Grandes sus enredos son!
¡Buen castigo te merece!
Da. Jac. Estos tres hombres parece
Que se acercan al balcon.
Da. Luc. Vendrá al puesto don
Que ya es hora. [García,
Da. Jac. Tú, Isabel,
Mientras hablamos con él,
A nuestros viejos espia.
Da. Luc. Mi padre está refiriendo
Bien despacio un cuento largo
A tu tio.
Is. Yo me encargo
De avisaros en viniendo.
Cam. Este es el balcon adonde
Os espera tanta gloria.

ESCENA XV.

DON GARCIA, DOÑA JACINTA, DOÑA LUCRECIA, Y TRISTAN.

Da. Luc. Tú eres dueño de la his-
Tu en mi nombre le responde. [toria,
Da. Garc. ¿Es Lucrecia?
Do. Jac. ¿Es don García?
Da. Garc. Es quien hoy la joya halló
Mas preciosa, que labró
El cielo en la platería;
Es quien, en llegando á vella,
Tanto estimó su valor,
Que dió abrasado de amor
La vida y alma por ella.
Soy al fin el que se precia
De ser vuestro, y soy quien hoy
Comienzo á ser, porque soy
El esclavo de Lucrecia.
Da. Jac. Amiga, este caballero
Para todas tiene amor.
Da. Luc. El hombre es embarrador.
Da. Jac. Él es un gran embustero.
D. Garc. Ya espero, señora mia,
Lo que me quereis mandar.
Da. Jac. Ya no puede haber lugar
Lo que trataros queria.
Trist. ¿Es ella? (*Al oido.*)
D. Garc. Sí.
Da. Jac. Que trataros
Un casamiento intenté
Bien importante, y ya sé
Que es imposible casaros.
D. Garc. ¿Porqué?
Da. Jac. Porque sois casado.
D. Garc. ¿Que yo soy casado?
Da Jac. Vos.
D. Garc. Soltero soy, vive Dios;
Quien lo ha dicho, os ha engañado.
Da. Jac. ¿Viste mayor embustero?
Da. Luc. No sabe sino mentir.
Da. Jac. ¿Tal me quereis persuadir?
D. Garc. Vive Dios, que soy sol-
[tero.
Da. Jac. Y lo jura.
Da. Luc. Siempre ha sido
Costumbre del mentiroso,
De su crédito dudoso,
Jurar para ser creido.
D. Garc. Si era vuestra blanca
Con la que el cielo queria [mano,
Colmar la ventura mia,
No pierda el bien soberano,
Pudiendo esa falsedad
Probarse tan fácilmente.
Da. Jac. ¡Con qué confianza miente!
¿No parece que es verdad?
D. Garc. La mano os daré, señora,
Y con eso me creereis.
Da. Jac. Vos sois tal, que la dareis
A trecientas en un hora.
D. Garc. Mal acreditado estoy

Con vos.
Da. Jac. Es justo castigo;
Porque mal puede conmigo
Tener crédito quien hoy
Dijo que era perulero
Siendo en la córte nacido;
Y siendo de ayer venido,
Afirmó que ha un año entero
Que está en la córte, y habiendo
Esta tarde confesado
Que en Salamanca es casado,
Se está agora desdiciendo;
Y quien pasando en su cama
Toda la noche, contó
Que en el rio la pasó
Haciendo fiesta á una dama.
Trist. Todo se sabe.
D. Garc. Mi gloria,
Escuchadme y os diré
Verdad pura, que ya sé
En qué se yerra la historia.
Por las demas cosas paso,
Que son de poco momento,
Por tratar del casamiento,
Que es lo importante del caso.
Si vos hubiérades sido
Causa de haber yo afirmado,
Lucrecia, que soy casado,
¿Será culpa haber mentido?
Da. Jac. ¿Yo la causa?
D. Garc. Sí, señora.
Da. Jac. ¿Cómo?
D. Garc. Decíroslo quiero.
Da. Jac. Oye, que hará el embus-
Lindos enredos agora. [tero
D. Garc. Mi padre llegó á tratar-
De darme otra muger hoy; [me
Pero yo, que vuestro soy,
Quise con eso escusarme;
Que mientras hacer espero
Con vuestra mano mis bodas,
Soy casado para todas,
Solo para vos soltero.
Y como vuestro papel
Llegó esforzando mi intento,
Al tratarme el casamiento,
Puse impedimento en él.
Este es el caso, mirad
Si esta mentira os admira,
Cuando ha dicho esta mentira
De mi aficion la verdad.
Da. Luc. ¿Mas si lo fuese? *ap.*
Da. Jac. ¡Qué buena
La trazó, y qué de repente!
¿Pues cómo tan brevemente
Os puedo dar tanta pena?
Casi aun no visto me habeis,
¿Y ya os mostrais tan perdido?
Aun no me habeis conocido,
¿Y por muger me quereis?
D. Garc. Hoy ví vuestra gran bel-
La vez primera, señora; [dad
Que el amor me obliga agora
A deciros la verdad.
Mas si la causa es divina,
Milagro el efeto es;
Que el dios niño no con piés,
Sino con alas camina.
Decir que habeis menester
Tiempo vos para matar,
Fuera, Lucrecia, negar
Vuestro divino poder.
Decis que sin conoceros
Estoy perdido: ¡pluguiera
A Dios que no os conociera,
Por hacer mas en quereros!
Bien os conozco, las partes
Sé bien que os dió la fortuna,
Que sin eclipse sois Luna,
Que sois mudanza sin mártes,
Que es difunta vuestra madre,
Que sois sola en vuestra casa,
Que de mil doblones pasa
La renta de vuestro padre.
Ved si estoy mal informado:
¡Ojalá, mi bien, que así
Lo estuviérades de mí!
Da. Luc. Casi me pone en cuidado. [*ap.*
Da. Jac. ¿Pues Jacinta no es her-
¿No es discreta, rica, y tal, [mosa?
Que puede el mas principal
Desealla para esposa?
D. Garc. Es discreta, rica, y bella;
Mas á mi no me conviene.
Da. Jac. Pues decid, ¿qué falta [tiene?
D. Garc. La mayor, que es no que- [rella.
Da. Jac. Pues yo con ella os queria

Casar, que esa sola fué
La intencion con que os llamé.
D. Garc. Pues será vana porfía;
Que por haber intentado
Mi padre don Beltran hoy
Lo mismo, he dicho que estoy
En otra parte casado.
Y si vos, señora mia,
Intentais hablarme en ello,
Perdonad, que por no hacello
Seré casado en Turquía.
Esto es verdad, vive Dios;
Porque mi amor es de modo
Que aborrezco aquello todo,
Mi Lucrecia, que no es vos.
Da. Luc. ¡Ojalá! *ap.*
Da. Jac. ¡Que me trateis
Con falsedad tan notoria!
Decid, ¿no teneis memoria,
O vergüenza no teneis?
¿Cómo, si hoy dijistes vos
A Jacinta que la amais,
Ahora me lo negais?
D. Garc. ¿Yo á Jacinta? Vive Dios,
Que solo con vos he hablado
Desde que entré en el lugar.
Da. Jac. Hasta aquí pudo llegar
El mentir desvergonzado.
Si en lo mismo que yo ví
Os atreveis á mentirme,
¿Qué verdad podreis decirme?
Idos con Dios, y de mí
Podeis desde aquí pensar,
Si otra vez os diere oido,
Que por divertirme ha sido;
Como quien para quitar
El enfadoso fastidio
De los negocios pesados,
Gasta los ratos sobrados
En las fábulas de Ovidio. (*Vase.*)
D. Garc. Escuchad, Lucrecia her-
[mosa.
Da. Luc. Confusa quedo. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DON GARCIA Y TRISTAN.

D. Garc. Estoy loco: *ap.*
¡Verdades valen tan poco!
Trist. En la boca mentirosa.
D. Garc. ¡Que haya dado en no
Cuanto digo! [creer
Trist. ¿Qué te admiras,
Si en cuatro ó cinco mentiras
Te ha acabado de coger?
De aquí, si lo consideras,
Conocerás claramente,
Que quien en las burlas miente
Pierde el crédito en las veras.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion de doña Lucrecia.

DOÑA LUCRECIA Y CAMINO
QUE LE DA UN PAPEL.

Cam. Este me dió para tí
Tristan, de quien don García
Con justa causa confia
Lo mismo que tú de mí.
Que aunque su dicha es tan corta
Que sirve, es muy bien nacido;
Y de suerte ha encarecido
Lo que tu respuesta importa,
Que jura que don García
Está loco.
Da. Luc. ¡Cosa estraña!
¿Es posible que me engaña
Quien de esta suerte porfia?
El mas firme enamorado
Se cansa, si no es querido;
¿Y este puede ser fingido,
Tan constante y desdeñado?
Cam. Yo al menos, si en las se-
Se conoce el corazon, [ñales
Ciertos juraré que son,
Por las que he visto, sus males:
Que quien tu calle pasea
Tan constante noche y dia;
Quien tu espesa celosía
Tan atento brujulea;
Quien ve que de tu balcon,
Cuando él viene te retiras,
Y ni te ve ni le miras,
Y está firme en tu aficion;
Quien llora, quien desespera,
Quien porque contigo estoy
Me da dineros, que es hoy

La señal mas verdadera,
Yo me afirmo en que decir
Que miente, es gran desatino.
Da. Luc. Bien se echa de ver, Ca-
Que no le has visto mentir. [mino,
¡Pluguiera á Dios fuera cierto
Su amor, que á decir verdad,
No tarde en mi voluntad
Halláran sus ansias puerto!
Que tus encarecimientos,
Aunque no los he creido,
Por lo menos han podido
Despertar mis pensamientos;
Que dado que es necedad
Dar crédito al mentiroso,
Como el mentir no es forzoso,
Y puede decir verdad,
Oblígame la esperanza
Y el propio amor á creer,
Que conmigo puede hacer
En sus costumbres mudanza.
Y así por guardar mi honor
Si me engaña lisonjero;
Y si es su amor verdadero,
Porque es digno de mi amor,
Quiero andar tan advertida
A los bienes y á los daños,
Que ni admita sus engaños,
Ni sus verdades despida.
Cam. De ese parecer estoy.
Da. Luc. Pues dirásle, que cruel
Rompí, sin vello, el papel;
Que esta respuesta le doy:
Y luego tú de tu aljaba
Le di, que no desespere,
Y que si verme quisiere,
Vaya esta tarde á la octava
De la Madalena.
Cam. Voy.
Da. Luc. Mi esperanza fundo en tí.
Cam. No se perderá por mí,
Pues ves que Camino soy.

ESCENA II.

Sala en casa de don Beltran.

DON BELTRAN, DON GARCIA Y TRISTAN; DON BELTRAN SACA UNA CARTA ABIERTA, Y SE LA DA A DON GARCIA.

D. Belt. ¿Habeis escrito, García?
D. Garc. Esta noche escribiré.
D. Belt. Pues abierta os la daré
Porque leyendo la mia,
Conforme á mi parecer
A vuestro suegro escribais,
Que determino que vais
Vos en persona á traer
Vuestra esposa, que es razon;
Porque pudiendo traella
Vos mismo, enviar por ella
Fuera poca estimacion.
D. Garc. Es verdad; mas sin efeto
Será agora mi jornada.
D. Belt. ¿Porqué?
D. Garc. Porque está preñada;
Y hasta que un dichoso nieto
Te dé, no es bien arriesgar
Su persona en el camino.
D. Belt. ¡Jesus! fuera desatino,
Estando así, caminar.
Mas dime: ¿cómo hasta aquí
No me lo has dicho, García?
D. Garc. Porque yo no lo sabia;
Y en la que ayer recibí
De doña Sancha, me dice
Que es cierto el preñado ya.
D. Belt. Si un nieto varon me da,
Hará mi vejez felice.
Muestra, que añadir es bien

(*Tómale la carta que le habia dado.*)

Cuánto con esto me alegro:
Mas di, ¿cuál es de tu suegro
El propio nombre?
D. Garc. ¿De quién?
D. Belt. De tu suegro.
D. Garc. Aquí me pierdo. *ap.*
Don Diego.
D. Belt. O yo me he engañado,
U otras veces le has nombrado
Don Pedro.
D. Garc. Tambien me acuerdo
De eso mismo; pero son
Suyos, señor, ambos nombres.
D. Belt. ¿Diego y Pedro?
D. Garc. No te asombres.
Que por una condicion
Don Diego se ha de llamar
De su casa el sucesor:
Llamábase mi señor

Don Pedro antes de heredar,
Y como se puso luego
Don Diego, porque heredó,
Despues acá se llamó
Ya don Pedro, ya don Diego.
D. Bell. No es nueva esa condicion
En muchas casas de España:
A escribirle voy. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON GARCIA Y TRISTAN.

Trist. Estraña
Fué esta vez tu confusion.
D. Garc ¿Has entendido la histo-
[ria?
Trist. Y hubo bien en qué enten-
El que miente ha menester [der;
Gran ingenio y gran memoria.
D. Garc. Perdido me vi.
Trist. Y en eso
Pararás al fin, señor.
D. Garc. Entre tanto de mi amor
Veré el bueno ó mal suceso.
¿Qué hay de Lucrecia?
Trist. Imagino,
Aunque de dura se precia,
Que has de vencer á Lucrecia
Sin la fuerza de Tarquino.
D. Garc. ¿Recibió el billete?
Trist. Sí;
Aunque á Camino mandó
Que diga que lo rompió;
Que él lo ha fiado de mí.
Y pues lo admitió, no mal
Se negocia tu deseo,
Si aquel epigrama creo
Que á Nebia escribió Marcial:
« Escribí, no respondió
Nebia, luego dura está;
Mas ella se ablandará,
Pues lo que escribí leyó. »
D. Garc. Que dice verdad sospecho.
Trist. Camino está de tu parte,
Y promete revelarte
Los secretos de su pecho:
Y que ha de cumplillo espero,
Si andas tú cumplido en dar;
Que para hacer confesar
No hay cordel como el dinero
Y aun fuera bueno, señor,
Que conquistáras tu ingrata
Con dádivas, pues que mata
Con flechas de oro el amor.
D. Garc. Nunca te he visto grosero,
Sino aquí, en tus pareceres;
¿Es esta de las mugeres
Que se venden por dinero?
Trist. Virgilio dice que Dido
Fué del troyano abrasada,
A sus dones obligada
Tanto como de Cupido.
Y era reina: no te espantes
De mis pareceres rudos;
Que escudos vencen escudos,
Diamantes labran diamantes.
D. Garc. ¿No viste que la ofendió
Mi oferta en la platería?
Trist. Tu oferta la ofenderia,
Señor, que tus joyas no.
Por el uso te gobierna,
Que á nadie en este lugar,
Por desvergonzado en dar
Le quebraron brazo ó pierna.
D. Garc. Dime tú que ella lo quiera,
Que darle un mundo imagino.
Trist. Camino dará camino,
Que es el polo de esta esfera,
Y porque sepas que está
En buen estado tu amor;
Ella le mandó, señor,
Que te dijese que hoy va
Lucrecia á la Madalena
A la fiesta de la octava;
Como que él te lo avisaba.
D. Garc. ¡Dulce alivio de mi pena!
¿Con ese espacio me das
Nuevas que me vuelven loco?
Trist. Dóitelas tan poco á poco,
Porque dure el gusto mas.

ESCENA IV.

Calle.

DOÑA JACINTA Y DOÑA LUCRECIA CON MANTOS.

Da. Jac. ¿Qué, prosigue don García?
Da. Luc De modo que con saber
Su engañoso proceder,
Como tan firme porfía

Casi me tiene dudosa.
Da. Jac. Quizá no eres engañada;
Que la verdad no es vedada
A la boca mentirosa.
Quizá es verdad que te quiere,
Y mas donde tu beldad
Asegura esa verdad
En cualquiera que te viere.
Da. Luc. Siempre tú me favoreces;
Mas yo lo creyera así,
A no haberte visto á tí,
Que al mismo sol oscureces.
Da. Jac. Bien sabes tú lo que vales,
Y que en esta competencia
Nunca ha salido sentencia,
Por tener votos iguales.
Y no es sola la hermosura
Quien causa amoroso ardor,
Que tambien tiene el amor
Su pedazo de ventura.
Yo me holgaré que por tí,
Amiga, me haya trocado,
Y que tú hayas alcanzado
Lo que yo no merecí.
Porque ni tú tienes culpa,
Ni él me tiene obligacion;
Pero ve con prevencion,
Que no te queda disculpa
Si te arrojas en amar.
Y al fin quedas engañada
De quien estás ya avisada
Que solo sabe engañar.
Da. Luc. Gracias, Jacinta, te doy:
Mas tu sospecha corrige,
Que estoy por creerle dije,
No que por quererle estoy.
Da. Jac. Obligárate el creer,
Y querrás, siendo obligada;
Y así es corta la jornada
Que hay de creer á querer.
Da. Luc. ¿Pues qué dirás si supie-
Que un papel he recibido? [res
Da. Jac. Diré que ya le has creido,
Y aun diré que ya le quieres.
Da. Luc. Erráraste, y considera
Que tal vez la voluntad
Hace por curiosidad
Lo que por amor no hiciera.
¿Tú no le hablaste gustosa
En la platería?
Da. Jac. Sí.
Da. Luc. ¿Y fuiste en oirle allí
Enamorada, ó curiosa?
Da. Jac. Curiosa.
Da. Luc. Pues yo con él
Curiosa tambien he sido,
Como tú en haberle oido,
En recibir su papel.
Da. Jac. Notorio verás tu error,
Si adviertes que es el oir
Cortesía; y admitir
Un papel, claro favor.
Da. Luc. Eso fuera á saber él
Que su papel recibí;
Mas él piensa que rompí
Sin leello su papel.
Da. Jac. Pues con eso es cosa cier-
Que curiosidad ha sido. [ta.
Da. Luc. En mi vida me ha valido
Tanto gusto el ser curiosa.
Y porque su falsedad
Conozcas, escucha y mira

(*Saca un papel, le abre, y lee en secreto.*)

Si es mentira, la mentira
Que mas parece verdad.

ESCENA V.

DICHAS, Y AL PAÑO DON GARCIA, TRISTAN Y CAMINO.

Cam. ¿Veis la que tiene en la mano
Un papel?
D. Garc. Sí.
Cam. Pues aquella
Es Lucrecia.
D. Garc. ¡Oh causa bella *ap.*
De dolor tan inhumano!
Ya me abraso de zeloso.
¡Oh Camino, cuánto os debo!
Trist. Mañana os vestis de nuevo.
Cam. Por vos he de ser dichoso.
D. Garc. Llegarme, Tristan, pre-
Adonde, sin que me vea, [tendo
Si posible fuere, lea
El papel que está leyendo.
Trist. No es difícil, que si vas
A esta capilla arrimado,
Saliendo por aquel lado

De espaldas la cogerás.
D. Garc. Bien dices, ven por aquí.

(*Vanse.*)

Da. Jac. Lee bajo, que darás
Mal ejemplo.
Da. Luc. No me oirás :
Toma y lee para tí. (*Da el papel á Jacinta.*)
Da. Jac. Ese es mejor parecer.

(*Salen don García y Tristan por otro lado, cogiendo de espaldas á las damas.*)

Trist. Bien el fin se consiguió.
D. Garc. Tú, si ves mejor que yo,
Procura, Tristan, leer.
Da. Jac. (*lee.*) « Ya que mal crédito cobras
« De mis palabras sentidas,
« Dime si serán creidas,
« Pues nunca mienten, las obras.
« Que si consiste el creerme,
« Señora, en ser tu marido,
« Y ha de dar el ser creido
« Materia al favorecerme,
« Por este, Lucrecia mia,
« Que de mi mano te doy
« Firmado, digo que soy
« Ya tu esposo, Don García. »
D. Garc. Vive Dios, que es mi papel.
Trist. ¿Pues qué, no lo vió en su casa?
D. Garc. Por ventura lo repasa,
Regalándose con él.
Trist. Como quiera te está bien.
D. Garc. Como quiera soy dichoso.
Da. Jac. Él es breve y compendioso,
O bien siente, ó miente bien.
D. Garc. (*á Jacinta*). Volved los ojos, señora,
Cuyos rayos no resisto.

(*Tápanse doña Lucrecia y doña Jacinta.*)

Da. Jac. Cúbrete, pues no te ha visto,
Y desengáñate agora.
Da. Luc. Disimula y no me nombres.
D. Garc. Corred los delgados velos
A ese asombro de los cielos,
A ese cielo de los hombres.
¿Posible es que os llego á ver,
Homicida de mi vida?
Mas como sois mi homicida,
En la iglesia hubo de ser :
Si os obliga á retraer
Mi muerte, no hayais temor;
Que de las leyes de amor
Es tan grande el desconcierto,
Que dejan preso al que es muerto
Y libre al que es matador.
Ya espero que de mi pena
Estais, mi bien, condolida,
Si el estar arrepentida
Os trajo á la Madalena :
Ved como el amor ordena
Recompensa al mal que siento,
Pues si yo llevé el tormento
De vuestra crueldad, señora,
La gloria me llevo agora
De vuestro arrepentimiento.
¿No me hablais, dueño querido?
¿No os obliga el mal que paso?
¿Arrepentisos acaso
De haberos arrepentido?
Que advirtais, señora, os pido,
Que otra vez me matareis :
Si porque en la iglesia os veis
Probais en mí los aceros,
Mirad que no ha de valeros
Si en ella el delito haceis.
Da. Jac. ¿Conoceisme?
D. Garc. Y bien por Dios.
Tanto que desde aquel dia
Que os hablé en la platería,
No me conozco por vos :
De suerte que de los dos
Vivo mas en vos que en mí;
Que tanto, desde que os ví,
En vos transformado estoy,
Que ni conozco el que soy,
Ni me acuerdo del que fuí.
Da. Jac. Bien se echa de ver que estais
Del que fuistes olvidado;
Pues sin ver que sois casado
Nuevo amor solicitais.
D. Garc. ¡Yo casado! ¿En eso dais?
Da. Jac. ¿Pues no?

D. Garc. ¡ Qué vana porfía !
Fué por Dios invencion mia,
Por ser vuestro.
Da. Jac. por no sello;
Y si os vuelven á hablar de ello,
Sereis casado en Turquía.
D. Garc. Y vuelvo á jurar por Dios,
Que en este amoroso estado
Para todas soy casado,
Y soltero para vos.
Da. Jac. Yes tu desengaño?

(*A Lucrecia.*)

Da. Luc. ¡ Ah cielos, *ap.*
Apenas una centella
Siento de amor, y ya de ella
Nacen volcanes de zelos !
D. Garc. Aquella noche, señora,
Que en el balcon os hablé,
¿ Todo el caso no os conté ?
Da. Jac. ¿ A mí en balcon?
Da. Luc. ¡ Ah traidora ! *ap.*
Da. Jac. Advertid que os engañais;
¿ Vos me hablastes?
D. Garc. Bien por Dios.
Da. Luc. ¿ Habláisle de noche vos,
Y á mí consejos me dais? [*ap.*
D. Garc. ¿ Y el papel que recibistes,
Negaréislo?
Da. Jac. ¿ Yo papel? [*ap.*
Da. Luc. ¡ Ved qué amiga tan fiel !
D. Garc. Y sé yo que lo leistes.
Da. Jac. Pasar por donaire puede
Cuando no daña, el mentir;
Mas no se puede sufrir
Cuando ese límite escede. [balcon,
D. Garc. ¿ No os hablé en vuestro
Lucrecia, tres noches ha? [*ap.*
Da. Jac. ¿ Yo Lucrecia? Bueno va:
Toro nuevo, otra invencion :
A Lucrecia ha conocido,
Y es muy cierto el adoralla;
Pues finge, por no enojalla,
Que por ella me ha tenido.
Da. Luc. Todo lo entiendo, ¡ ah
[traidora! *ap.*
Sin duda que le avisó
Que la tapada fuí yo;
Y quiere enmendallo agora
Con fingir que fué el tenella
Por mí, la causa de hablalla.
Trist. Negar debe de importalla

(*A don García.*)

Por la que está junto della,
Ser Lucrecia.
D. Garc. Así lo entiendo;
Que si por mí lo negára,
Encubriera ya la cara;
¿ Pero no se conociendo
Se habláran las dos?
Trist. Por puntos
Suele en las iglesias verse
Que parlan sin conocerse,
Los que aciertan á estar juntos.
D. Garc. Dices bien.
Trist. Fingiendo agora
Que se engañaron tus ojos,
Lo enmendarás.
D. Garc. Los antojos
De un ardiente amor, señora,
Me tienen tan deslumbrado,
Que por otra os he tenido :
Perdonad, que yerro ha sido
De esa cortina causado;
Que como á la fantasía
Fácil engaña el deseo,
Cualquiera dama que veo
Se me figura la mia.
Da. Jac. Entendíle la intencion. *ap.*
Da. Luc. Avisóle la taimada. *ap.*
Da. Jac. Segun eso, ¿ la adorada
Es Lucrecia?
D. Garc. El corazon,
Desde el punto que la ví,
La hizo dueño de mi fe.
Da. Jac. Bueno es esto.
Da. Luc. ¡ Que esta esté *ap.*
Haciendo burla de mí !
No me doy por entendida
Por no hacer aquí un esceso.
Da. Jac. Pues yo pienso que á
[estar de eso
Cierta, os fuera agradecida
Lucrecia.
D. Garc. ¿ Tratais con ella?
Da. Jac. Trato, y es amiga mia,
Tanto, que me atreveria
A afirmar, que en mí y en ella
Vive solo un corazon

D. Garc. Si eres tú, bien claro [está. *ap.*
¡ Qué bien á entender me da
Su recato y su intencion !
Pues ya que mi dicha ordena
Tan buena ocasion, señora
Pues sois ángel, sed agora
Mensagera de mi pena.
Mi firmeza le decid,
Y perdonadme si os doy
Este oficio.
Trist. Oficio es hoy
De las mozas de Madrid.
D. Garc. Persuadidla que á tan
Amor ingrata no sea. [grande *ap.*
Da. Jac. Hacelde vos que lo crea,
Que yo le haré que se ablande.
D. Garc. ¿ Porqué no creerá que
Pues he visto su beldad? [muero,
Da. Jac. Porque, si os digo verdad,
No os tiene por verdadero.
D. Garc. Hacelde vos que lo crea.
Da Jac. ¿Qué importa que verdad
Si el que la dice sois vos? [sea,
Que la boca mentirosa
Incurre en tan torpe mengua,
Que solamente en su lengua
Es la verdad sospechosa.
D. Garc. Señora...
Da. Jac. Basta : mirad
Que dais nota.
D. Garc. Yo obedezco.
Da. Jac. ¿ Vas contenta?
Da. Luc. Yo agradezco,
Jacinta, tu voluntad.

ESCENA VI.

DON GARCIA y TRISTAN.

D. Garc. ¿No ha estado aguda [Lucrecia?
¡ Con qué astucia dió á entender
Que le importaba no ser
Lucrecia!
Trist. A fe que no es necia.
D. Garc. Sin duda que no queria
Que la conociese aquella
Que estaba hablando con ella.
Trist. Claro está que no podia
Obligalla otra ocasion
A negar cosa tan clara ;
Porque á tí no te negára
Que te habló por el balcon,
Pues ella misma tocó
Los puntos de que tratastes
Cuando por él os hablastes.
D. Garc. En eso bien me mostró
Que de mí no se encubria.
Trist. Y por eso dijo aquello :
Y si os vuelven á hablar de ello
Sereis casado en Turquía.
Y esta conjetura abona
Mas claramente el negar
Que era Lucrecia, y tratar
Luego en tercera persona
De sus propios pensamientos,
Diciéndote que sabia
Que Lucrecia pagaria
Tus amorosos intentos,
Con que tú hicieses, señor,
Que los llegase á creer. [hacer,
D. Garc. ¡ Ay Tristan ! ¿ qué puedo
Para acreditar mi amor?
Trist. ¿ Tú quieres casarte?
D. Garc. Sí.
Trist. Pues pídela.
D. Garc. ¿ Y si resiste ?
Trist. Parece que no la oiste
Lo que dijo agora aquí :
Hacedle vos que lo crea,
Que yo la haré que se ablande;
¿ Qué indicio quieres mas grande
De que ser tuya desea ?
Quien tus papeles recibe,
Quien te habla en sus ventanas,
Muestras ha dado bien llanas
De la aficion con que vive.
El pensar que eres casado
La refrena solamente,
Y queda ese inconveniente
Con casarte, remediado.
Pues es el mismo casarte,
Siendo tan gran caballero,
Informacion de soltero :
Y cuando quiera obligarte
A que des informacion,
Por el temor con que va
De tus engaños, no está
Salamanca en el Japon.
D. Garc. Sí está para quien desea;
Que son ya siglos en mí

Los instantes.
Trist. ¿Pues aquí
No habrá quien testigo sea?
D. Garc. Puede ser.
Trist. Es fácil cosa.
D. Garc. Al punto los buscaré.
Trist. Uno yo te lo daré.
D. Garc. ¿Y quién es?
Trist. Don Juan de Sosa.
D. Garc. ¿Quién, don Juan de Sosa?
Trist. Sí.
D. Garc. Bien lo sabe.
Trist. Desde el dia
Que te habló en la platería
No le he visto, ni él á tí;
Y aunque siempre he deseado
Saber qué pesar te dió
El papel que te escribió,
Nunca te lo he preguntado,
Viendo que entonces severo
Negaste y descolorido:
Mas agora que ha venido
Tan á propósito, quiero
Pensar que puedo, señor;
Pues secretario me has hecho
Del archivo de tu pecho,
Y se pasó aquel furor.
D. Garc. Yo te lo quiero contar;
Que pues sé por esperiencia
Tu secreto y tu prudencia,
Bien te lo puedo fiar.
A las siete de la tarde
Me escribió que me aguardaba
En San Blas don Juan de Sosa
Para un caso de importancia.
Callé, por ser desafío;
Que quiere el que no lo calla
Que le estorben ó le ayuden:
Cobardes acciones ambas.
Llegué al aplazado sitio
Donde don Juan me aguardaba
Con su espada y con sus zelos,
Que son armas de ventaja.
Su sentimiento propuso,
Satisfice á su demanda;
Y por quedar bien, al fin
Desnudamos las espadas.
Elegí mi medio al punto,
Y haciéndole una ganancia
Por los grados del perfil
Le dí una fuerte estocada.
Sagrado fué de su vida
Un *Agnus Dei* que llevaba,
Que topando en él la punta
Hizo dos partes mi espada.
Él sacó piés de gran golpe;
Pero con ardiente rabia
Vino, tirando una punta;
Mas yo por la parte flaca
Cogí su espada, formando
Un atajo; él presto saca
(Como la respiracion
Tan corta línea le tapa,
Por faltarle los dos tercios
A mi poco fiel espada)
La suya, corriendo filos;
Y como cerca me halla,
Porque yo busqué el estrecho,
Por la falta de mis armas
A la cabeza furioso
Me tiró una cuchillada:
Recibíla en el principio
De su formacion y baja,
Matándole el movimiento
Sobre la suya mi espada.
Aquí fué Troya, saqué
Un reves con tal pujanza,
Que la falta de mi acero
Hizo allí muy poca falta;
Que abriéndole en la cabeza
Un palmo de cuchillada,
Vino sin sentido al suelo,
Y aun sospecho que sin alma.
Dejéle así, y con secreto
Me vine; esto es lo que pasa,
Y de no verle estos dias,
Tristan, es esta la causa.
Trist. ¡Qué suceso tan estraño!
¿Y si murió?
D. Garc. Cosa es clara:
Porque hasta los mismos sesos
Esparció por la campaña.
Trist. ¡Pobre don Juan!... ¡Mas no es este
Que viene aquí!

ESCENA VII.

DICHOS Y DON JUAN, Y POR OTRO LADO DON BELTRAN.

D. Garc. ¡Cosa estraña!

Trist. ¿Tambien á mí me la pegas?
¿Al secretario del alma?
Por Dios, que se lo creí, *ap.*
Con conocelle las mañas.
¿Mas á quién no engañarán
Mentiras tan bien trobadas? [rado
D. Garc. Sin duda que le han cu-
Por ensalmo.
Trist. Cuchillada
Que rompió los mismos sesos,
¿En tan breve tiempo sana? [yo
D. Garc. ¿Es mucho? Ensalmo sé
Con que un hombre en Salamanca,
A quien cortaron á cércen
Un brazo con media espalda,
Volviéndosele á pegar,
En menos de una semana
Quedó tan sano y tan bueno
Como primero.
Trist. ¡Ya escampa!
D. Garc. Esto no me lo contaron;
Yo lo ví mismo.
Trist. Eso basta.
D. Garc. De la verdad, por la vida,
No quitaré una palabra.
Trist. ¡Que ninguno se conozca! *ap.*
Señor, mis servicios paga,
Con enseñarme ese ensalmo. [cas,
D. Garc. Está en dicciones hebrái-
Y si no sabes la lengua,
No has de saber pronunciarlas.
Trist. ¿Y tú sábesla?
D. Garc. ¡Qué bueno!
Mejor que la castellana :
Hablo diez lenguas.
Trist. Y todas *ap.*
Para mentir no te bastan :
Cuerpo de verdades lleno
Con razon el tuyo llaman,
Pues ninguna sale de él,
Ni hay mentira que no salga.
D. Belt. ¿Qué decis?
D. Juan. Esto es verdad;
Ni caballero, ni dama
Tiene, si mal no me acuerdo,
De esos nombres Salamanca.
D. Belt. Sin duda que fué inven-
De García, cosa es clara; [cion *ap.*
Disimular me conviene.
Goces por edades largas
Con una rica encomienda
De la cruz de Calatrava. [ser
D. Juan. Creed que siempre he de
Mas vuestro, cuanto mas valga;
Y perdonadme; que ahora
Por andar dando las gracias
A esos señores, no os voy
Sirviendo hasta vuestra casa. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, MENOS DON JUAN.

D. Belt. ¡Válgame Dios! ¿Es po-
Que á mí no me perdonáran [sible
Las costumbres de este mozo?
¿Que aun á mí en mis propias canas
Me mintiese, al mismo tiempo
Que riñéndoselo estaba?
¿Y que le creyese yo
En cosa tan de importancia
Tan presto, habiendo ya oido
De sus engaños la fama?
Mas ¿quién creyera que á mí
Me mintiera, cuando estaba
Reprendiéndole eso mismo?
¿Y qué juez se recelára
Que el mismo ladron le robe,
De cuyo castigo trata?
Trist. ¿Determínaste á llegar?
D. Garc. Sí, Tristan.
Trist. Pues Dios te valga.
D. Garc. Padre.
D. Belt. No me llames padre,
Vil, enemigo me llama;
Que no tiene sangre mia
Quien no me parece en nada.
Quítate de ante mis ojos,
Que por Dios, si no mirára...
Trist. El mar está por el cielo;

(*A García.*)

Mejor ocasion aguarda. [este!
D. Belt. ¡Cielos, qué castigo es
¿Es posible que á quien ama
La verdad, como yo, un hijo
De condicion tan contraria
Le diésedes? ¿Es posible
Que quien tanto su honor guarda,
Como yo, engendrase un hijo
De inclinaciones tan bajas?

¿ Y á Gabriel, que honor y vida
Daba á mi sangre y mis canas,
Llevásedes tan en flor?
Cosas son, que á no mirarlas
Como cristiano...

D. Garc. ¿ Qué es esto ? *ap.*

Trist. Quítate de aquí ; ¿ qué aguar- [das?

D. Belt. Déjanos solos, Tristan;
Pero vuelve, no te vayas.
Por ventura la vergüenza
De que sepas tú su infamia,
Podrá en él lo que no pudo
El respeto de mis canas.
Y cuando ni esta vergüenza
Le obligue á enmendar sus faltas,
Serviréle por lo menos
De castigo el publicallas.
Di, liviano, ¿qué fin llevas?
Loco, di, ¿qué gusto sacas
De mentir tan sin recato?
¿ Y cuando con todos vayas
Tras tu inclinacion, commigo
Siquiera no te enfrenáras?
¿ Con qué intento el matrimonio
Fingiste de Salamanca,
Para quitarles tambien
El crédito á mis palabras?
¿ Con qué cara hablaré yo,
A los que dije que estabas
Don doña Sancha de Herrera
Desposado? ¿ con qué cara,
Cuando sabiendo que fue
Fingida esta doña Sancha,
Por cómplices del embuste
Infamen mis nobles canas?
¿ Qué medio tomaré yo,
Que saque bien esta mancha?
Pues á mejor negociar,
Si de mí quiero quitarla,
He de ponerla en mi hijo;
Y diciendo que la causa
Fuiste tú, ¿ he de ser yo mismo
Pregonero de tu infamia?
Si algun cuidado amoroso
Te obligó á que me engañáras,
¿ Qué enemigo te oprimia ?
¿ Qué puñal te amenazaba,
Sino un padre, padre al fin?
Que este nombre solo basta
Para saber de qué modo
Le enternecieran tus ansias.
Un viejo que fué mancebo,
Y sabe bien la pujanza
Con que en pechos juveniles
Prenden amorosas llamas.

D. Garc. Pues si lo sabes, y en- [tonces
Para escusarme bastára;
Para que mi error perdones,
Agora, padre, me valga.
Paréceme que seria
Respetar poco tus canas
No obedecerte, pudiendo,
Me obligó á que te engañára.
Error fué, no fué delito;
No fué culpa, fué ignorancia;
La causa amor, tú mi padre;
Pues tú dices que esto basta.
Y ya que el daño supiste,
Escucha la hermosa causa;
Porque el mismo dañador
El daño te satisfaga.
Doña Lucrecia, la hija
De don Juan de Luna, es alma
De esta vida; es principal
Y heredera de su casa.
Y para hacerme dichoso
Con su hermosa mano, falta
Solo que tú lo consientas,
Y declares que la fama
De ser yo casado tuvo
Ese principio, y es falsa.

D. Belt. No, no, ¡ Jesus! calla : [¿ en otra
Habias de meterme? basta.
Ya, si dices que esta es luz,
He de pensar que me engañas.

D. Garc. No, señor, lo que á las [obras
Se remite, es verdad clara;
Y Tristan, de quien te fias,
Es testigo de mis ansias :,
Dilo, Tristan.

Trist. Sí, señor,
Lo que dice es lo que pasa.

D. Belt. ¿ No te corres de esto? di :
¿ No te avergüenza, que hayas
Menester que tu criado
Acredite lo que hablas?
Ahora bien, yo quiero hablar
A don Juan; y el cielo haga
Que te dé á Lucrecia, que eres

Tal que ella es la engañada.
Mas primero he de informarme
En esto de Salamanca;
Que ya temo que en decirme
Que me engañaste, me engañas.
Que aunque la verdad sabia,
Antes que hablarte llegára,
La has hecho ya sospechosa
Tú con solo confesarla. (*Vase.*)
D. Garc. Bien se ha hecho.
Trist. ¿Y cómo bien?
Que yo pensé que hoy probabas
En tí aquel ensalmo hebreo,
Que brazos cortados sana.

ESCENA IX.

Sala con vistas á un jardin.

DON JUAN, ANCIANO, Y DON SANCHO.

D. Juan. anc. Parece que la noche [ha refrescado.
D. Sancho. Señor don Juan de [Luna, para el rio
Este es fresco en mi edad demasiado.
D. Juan. anc. Mejor será que en [ese jardin mio
Se nos ponga la mesa, y que gocemos
La cena con sazon, templado el frio.
D. Sancho. Discreto parecer, no- [che tendremos
Que dar á Manzanares mas templada;
Que ofenden la salud estos estremos.
D. Juan. anc. Gozad de vuestra [hermosa convidada (*Adentro.*)
Por esta noche en el jardin, Lucrecia.
D. Sancho. Veaislá, quiera Dios, [bien empleada;
Que es un ángel.
D. Juan. anc. Demas de que no es [necia,
Y ser cual veis, don Sancho, tan her- [mosa,
Menos que la virtud la vida precia.
(*Sale un criado.*)
Criado. Preguntando por vos don [Juan de Sosa
A la puerta llegó y pide licencia.
D. Sancho. ¿A tal hora?
D. Juan. anc. Será ocasion forzosa.
D. Sancho. Entre el señor don Juan.

ESCENA X.

DICHOS, Y DON JUAN CON UN PAPEL.

D. Juan. A esa presencia,
Sin el papel que veis, nunca llegára;
Mas ya con él faltaba la paciencia:
Que no quiso el amor que dilatára
La nueva un punto, si alcanzar la [gloria
Consiste en eso de mi prenda cara.
Ya el hábito salió; si en la memoria
La palabra teneis que me habeis dado,
Colmareis, con cumplirla, mi vitoria.
D. Sancho. Mi fe, señor don Juan, [habeis premiado,
Con no haber esta nueva tan dichosa
Por un momento solo dilatado:
A darla voy á mi Jacinta hermosa;
Y perdonad, que por estar desnuda
No la mando salir. (*Vase.*)
D. Juan. anc. Por cierta cosa
Tuve siempre el vencer; que el cielo [ayuda
La verdad mas oculta: en ser pre- [miada
Dilacion pudo haber, pero no duda.

ESCENA XI.

DICHOS, DON GARCIA, DON BELTRAN Y TRISTAN, QUE SALEN POR OTRO LADO.

D. Belt. Esta no es ocasion acomo- [dada
De hablarle, que hay visita; y una cosa
Tan grave á solas ha de ser tratada.
D. Garc. Antes nos servirá don [Juan de Sosa
En lo de Salamanca por testigo.
D. Belt. ¡Que lo hayais menester! [¡qué infame cosa!
En tanto que á don Juan de Luna digo
Nuestra intencion, podeis entrete- [nello.
D. Juan anc. ¿Amigo? ¿don Bel- [tran?
D. Belt. Don Juan, amigo.
D. Juan. anc. ¿A tales horas tal [esceso?
D. Belt. En ello
Conocereis que estoy enamorado.

D. Juan. anc. Dichosa la que pudo
[merecello.
D. Belt. Perdon me habeis de dar,
[que haber hallado
La puerta abierta, y la amistad que
[os tengo,
Para entrar sin licencia, me la han
[dado.
D. Juan. anc. Cumplimientos dejad,
[cuando prevengo
El pecho á la ocasion de esta venida.
D. Belt. Quiero deciros, pues, á lo
[que vengo.
D. Garc. Pudo, señor don Juan,
[ser oprimida
De algun pecho de envidia empon-
[zoñado
Verdad tan clara; pero no vencida.
Podeis por Dios creer que me ha
Vuestra vitoria. [alegrado
D. Juan. De quien sois lo creo.
D. Garc. Del hábito goceis enco-
[mendado,
Como vos mereceis, y yo deseo.
D. Juan. anc. Es en eso Lucrecia
[tan dichosa
Que pienso que es soñado el bien que
[veo:
Con perdon del señor don Juan de
Oid una palabra, don García, [Sosa,
Que á Lucrecia quereis por vuestra
Me ha dicho don Beltran. [esposa
D. Garc. El alma mia,
Mi dicha, honor y vida está en su
[mano.
D. Juan. anc. Yo desde aquí por
[ella os doy la mia,

(*Se dan las manos.*)

Que como yo sé en eso lo que gano,
Lo sabe ella bien, segun la he oido
Hablar de vos.
D. Garc. Por bien tan soberano
Los piés, señor don Juan de Luna,
[os pido.

ESCENA XII.

DICHOS, DON SANCHO, DOÑA JACINTA Y DOÑA LUCRECIA.

Da. Luc. Al fin tras tantos con-
Tu dulce esperanza logras. [trastes,
Da. Jac. Con que tú logres la tuya
Seré del todo dichosa.
D. Juan. anc. Ella sale con Jacinta,
Ajena de tanta gloria,
Mas de calor descompuesta
Que aderezada de boda:
Dejad que albricias le pida
De una nueva tan dichosa.
D. Belt. Acá está don Sancho; mira
En qué vengo á verme agora.
D. Garc. Yerros causados de amor,
Quien es cuerdo los perdona.
Da. Luc. ¿No es casado en Sala-
[manca?
D. Juan. anc. Fué invencion suya
Procurando que su padre [engañosa,
No le casase con otra.
Da. Luc. Siendo así, mi voluntad
Es la tuya, y soy dichosa. [cebos,
D. Sancho. Llegad, ilustres man-
A vuestras alegres novias,
Que dichosas se confiesan
Y os aguardan amorosas.
D. Garc. Agora de mis verdades
Darán probanza las obras.

(*Vanse don García y don Juan á Jacinta.*)

D. Juan. ¿Adónde vais, don Gar-
Veis allí á Lucrecia hermosa. [cía?
D. Garc. ¿Cómo Lucrecia?
D. Belt. ¿Qué es esto?
D. Garc. Vos sois mi dueño, señora.

(*A Jacinta.*)

D. Belt. ¿Otra tenemos?
D. Garc. Si el nombre
Erré, no erré la persona.
Vos sois á quien he pedido;
Y vos, la que el alma adora.
Da. Luc. Y este papel, engañoso,

(*Saca un papel.*)

Que es de vuestra mano propia,
Lo que decis, ¿no desdice? [pongas!
D. Belt. ¡Que en tal afrenta me
D. Juan. Dadme, Jacinta, la mano,
Y dareis fin á estas cosas.
D. Sancho. Dale la mano á don
Da. Jac. Vuestra soy. [Juan.

D. Garc. Perdí mi gloria.
D. Belt. Vive Dios, si no recibes
A Lucrecia por esposa,
Que te he de quitar la vida.
D. Juan. anc. La mano os he dado
Por Lucrecia, y me la distes: [agora
Si vuestra inconstancia loca
Os ha mudado tan presto,
Yo lavaré mi deshonra
Con sangre de vuestras venas.
Trist. Tú tienes la culpa toda ;
Que si al principio dijeras
La verdad, esta es la hora
Que de Jacinta gozabas :
Ya no hay remedio, perdona,
Y da la mano á Lucrecia,
Que tambien es buena moza.
D. Garc. La mano doy, pues es [fuerza.
Trist. Y aquí verás cuán dañosa
Es la mentira, y verá
El senado, que en la boca
Del que mentir acostumbra,
Es la verdad sospechosa.

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Nació en Madrid en uno de los primeros dias del mes de febrero del año 1600, habiendo sido bautizado en la parroquia de San Martin. Fueron sus padres don Diego Calderon de la Barca, y doña Ana María de Henao Riaño. A los 24 años pasó á servir al rey en los ejércitos de Milan y Flandes, restituyéndose á España á los 12 años de ausencia : á los 50 tomó las órdenes eclesiásticas, y no hay noticia de que volviera á salir de su patria. Fué Calderon singularmente honrado por los principales señores de su tiempo, el conde-duque de Olivares, los duques de Alba y del Infantado, el condestable de Castilla, y sobre todo por el rey-poeta Felipe IV, el cual le hizo merced del hábito de Santiago, de dos pingües capellanias y de una pension en Sicilia, además de otros muchos y señalados favores.

Calderon es autor de unas *ciento veinte* comedias. No nos detendremos en hacer aquí un exámen detenido de sus principales composiciones, pues dicho trabajo seria ajeno á la índole de este libro, que no es ciertamente la de dar á conocer el teatro completo de Calderon, sino una ó dos de sus comedias, para que nuestros lectores puedan formarse una idea del colosal ingenio dramático del autor de *la Vida es Sueño*. Esta comedia ha sido siempre y en todas partes una de las mas celebradas de Calderon, acaso porque es una de las mas conocidas, y porque para saber positivamente si una obra es buena ó mala, es menester por lo menos tomarse el trabajo de leerla. Pocas personas de mediana educacion en España han dejado de leer ó de ver representada esta admirable creacion; por eso es tan grande su celebridad. Si en el mismo caso estuvieran los demás dramas *heróicos, religiosos* y *filosóficos* de Calderon, es bien seguro que la misma celebridad con corta diferencia hubieran alcanzado, porque raro es entre ellos el que no la merece.

Grandioso es el pensamiento de esta comedia, tan grandioso como el genio de Calderon; pero no creemos equivocarnos al decir que por lo que mas descuella este admirable drama, es por la pintura del carácter de Segismundo. Shakespeare, tan gran pintor de caracteres, no tiene ninguno que esté delineado con mas vigor, con mas originalidad y sobre todo con mas filosofía. Esta es al menos nuestra opinion.

Siendo este drama tan universalmente conocido y admirado, no creemos necesario detenernos en su análisis.

LA VIDA ES SUEÑO

DRAMA EN TRES ACTOS

PERSONAS. — BASILIO, rey de Polonia. — SEGISMUNDO, príncipe. — ASTOLFO, duque de Moscovia. — CLOTALDO, viejo. — CLARIN, gracioso. — ESTRELLA, infanta. — ROSAURA, dama. — SOLDADOS. — GUARDAS. — MÚSICOS. — ACOMPAÑAMIENTO.

JORNADA I.

SALE EN LO ALTO DE UN MONTE ROSAURA, VESTIDA DE HOMBRE, EN TRAGE DE CAMINO, Y EN DICIENDO LOS PRIMEROS VERSOS BAJA.

Ros. Hipógrifo violento,
Que corriste parejas con el viento,
¿Dónde, rayo sin llama,
Pájaro sin matiz, pez sin escama,
Y bruto sin instinto
Natural, al confuso laberinto
Destas desnudas peñas
Te desbocas, te arrastras y despeñas?
Quédate en este monte,
Donde tengan los brutos su Faetonte,
Que yo, sin mas camino,
Que el que me dan las leyes del des-
Ciega y desesperada [tino,
Bajaré la aspereza enmarañada
Deste monte eminente,
Que arruga al sol el ceño de su frente.
Mal, Polonia, recibes
A un estranjero, pues con sangre
Su entrada en tus arenas, [escribes
Y apenas llega, cuando llega á pe-
Bien mi suerte lo dice, [nas;
¿Mas dónde halló piedad un infelice?

BAJA CLARIN POR LA MISMA PARTE.

Clar. Dí dos, y no me dejes
En la posada á mí, cuando te quejes;
Que si dos hemos sido
Los que de nuestra patria hemos sa-
A probar aventuras, [lido
Dos los que entre desdichas y locuras
Aquí habemos llegado,
Y dos los que del monte hemos roda-
¿No es razon, que yo sienta [do,
Meterme en el pesar, y no en la cuen-
Ros. No te quiero dar parte [ta?
En mis quejas, Clarin, por no qui-
Llorando tu desvelo, [tarte,
El derecho que tienes tú al consuelo;
Que tanto gusto habia
En quejarse, un filósofo decia,
Que, á trueco de quejarse,
Habian las desdichas de buscarse.
Clar. El filósofo era
Un borracho barbon: oh, quién le
Mas de mil bofetadas, [diera
Quejárase despues de muy bien dadas.
¿Mas qué haremos, señora,
A pié, solos, perdidos y á esta hora,
En un desierto monte, [zonte?
Cuando se parte el sol á otro hori-
Ros. ¡Quién ha visto sucesos tan
[estraños!

Mas si la vista no padece engaños,
Que hace la fantasía,
A la medrosa luz, que aun tiene el
Me parece que veo [dia,
Un edificio.
Clar. O miente mi deseo,
O termino las señas.
Ros. Rústico nace entre desnudas
Un palacio tan breve, [peñas
Que al sol apenas á mirar se atreve,
Con tan rudo artificio,
La arquitectura está de su edificio,
Que parece á las plantas
De tantas rocas y de peñas tantas,
Que al sol tocan la lumbre,
Peñasco que ha rodado de la cumbre.
Clar. Vámonos acercando,
Que este es mucho mirar, señora,
Es mejor que la gente, [cuando
Que habita en ella, generosamente
Nos admita.
Ros. La puerta
(Mejor diré funesta boca) abierta
Está, y desde su centro [tro.
Nace la noche, pues la engendra den-

(*Suenan dentro cadenas.*)

Clar. ¡Qué es lo que escucho, cielo!
Ros. Inmóvil bulto soy de fuego y
[hielo.
Clar. ¿Cadenita hay que suena?
Mátenme, si no es galeote en pena;
Bien mi temor lo dice.

SEGISMUNDO, DENTRO.

Segis. ¡Ay mísero de mí! ¡ay infelicé!
Ros. ¡Qué triste voz escucho!
Con nuevas penas y tormentos lucho.
Clar. Yo con nuevos temores.
Ros. ¡Clarin!
Clar. ¿Señora?
Ros. Huyamos los rigores
Desta encantada torre.
Clar. Yo aun no tengo
Animo para huir, cuando á eso vengo.
Ros. ¿No es breve luz aquella
Caduca exhalacion, pálida estrella,
Que en trémulos desmayos,
Pulsando ardores y latiendo rayos,
Hace mas tenebrosa
La oscura habitacion con luz dudosa?
Sí, pues á sus reflejos
Puedo determinar (aunque de lejos)
Una prision oscura,
Que es de un vivo cadáver sepultura;
Y porque mas me asombre,
En el trage de fiera yace un hombre
De prisiones cargado,
Y solo de una luz acompañado;
Pues huir no podemos,
Desde aquí sus desdichas escuchemos;
Sepamos lo que dice.

DESCÚBRESE SEGISMUNDO CON UNA CADENA Y LUZ, VESTIDO DE PIELES.

Segis. ¡Ay mísero de mí! ¡ay infe-
Apurar cielos, pretendo, [lice!
Ya que me tratais así,
Qué delito cometí
Contra vosotros naciendo:
Aunque si nací ya entiendo,
Qué delito he cometido:
Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor,
Pues el delito mayor
Del hombre es haber nacido.
Solo quisiera saber,
Para apurar mis desvelos,
(Dejando á una parte, cielos,
El delito del nacer)
¿Qué mas os pude ofender,
Para castigarme mas?
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿Qué privilegios tuvieron,
Que yo no gocé jamás?
Nace el ave, y con las galas
Que la dan belleza suma,
Apenas es flor de pluma,
O ramillete con alas,
Cuando las etéreas salas
Corta con velocidad,
Negándose á la piedad
Del nido que deja en calma;
¿Y teniendo yo mas alma,
Tengo menos libertad?
Nace el bruto, y con la piel,
Que dibujan manchas bellas,
Apenas signo es de estrellas.

(Gracias al docto pincel)
Cuando atrevido y cruel
La humana necesidad
Le enseña á tener crueldad,
Monstruo de su laberinto;
¿Y yo con mejor instinto
Tengo menos libertad?
Nace el pez, que no respira,
Aborto de ovas y lamas,
Y apenas, bajel de escamas,
Sobre las ondas se mira,
Cuando á todas partes gira,
Midiendo la inmensidad
De tanta capacidad
Como le da el centro frio;
¿Y yo con mas albedrío
Tengo menos libertad?
Nace el arroyo, culebra
Que entre flores se desata,
Y apenas, sierpe de plata,
Entre las flores se quiebra,
Cuando músico celebra
De las flores la piedad
Que le da la majestad
El campo abierto á su huida;
¿Y teniendo yo mas vida,
Tengo menos libertad?
En llegando á esta pasion,
Un volcan, un Etna hecho,
Quisiera arrancar del pecho
Pedazos del corazon:
¿Qué ley, justicia ó razon
Negar á los hombres sabe
Privilegio tan suave,
Escepcion tan principal,
Que Dios le ha dado á un cristal,
A un pez, á un bruto y á un ave?
Ros. Temor y piedad en mí
Sus razones han causado.
Segis. ¿Quién mis voces ha escu-
¿Es Clotaldo? [chado?
Clar. Di que sí.
Ros. No es, sino un triste (ay de mí!)
Que en estas bóvedas frias
Oyó tus melancolías.
Segis. Pues muerte aquí te daré,
Porque no sepas que sé, (*Asela.*)
Que sabes flaquezas mias,
Solo porque me has oido,
Entre mis membrudos brazos
Te tengo de hacer pedazos.
Clar. Yo soy sordo, y no he podido
Escucharte.
Ros. Si has nacido
Humano, baste el postrarme
A tus piés para librarme.
Segis. Tu voz pudo enternecerme,
Tu presencia suspenderme,
Y tu respeto turbarme.
¿Quién eres? que aunque yo aquí
Tan poco del mundo sé,
Que cuna y sepulcro fué
Esta torre para mí;
Y aunque desde que nací
(Si esto es nacer) solo advierto
Este rústico desierto,
Donde miserable vivo,
Siendo un esqueleto vivo,
Siendo un animado muerto;
Y aunque nunca ví, ni hablé,
Sino á un hombre solamente,
Que aquí mis desdichas siente,
Por quien las noticias sé
De cielo y tierra; y aunque
Aquí, porque mas te asombres
Y monstruo humano me nombres,
Entre asombros y quimeras,
Soy un hombre de las fieras,
Y una fiera de los hombres;
Y aunque en desdichas tan graves
La política he estudiado,
De los brutos enseñado,
Advertido de las aves,
Y de los astros suaves
Los círculos he medido:
Tú solo, tú has suspendido
La pasion á mis enojos,
La suspension á mis ojos,
La admiracion á mi oido.
Con cada vez que te veo
Nueva admiracion me das,
Y cuando te miro mas
Aun mas mirarte deseo:
Ojos hidrópicos creo
Que mis ojos deben ser,
Pues cuando es muerte el beber,
Beben mas, y desta suerte,
Viendo que el ver me da muerte,
Estoy muriendo por ver.
Pero véate yo, y muera,

Que no sé, rendido ya,
Si el verte muerte me da,
El no verte qué me diera:
Fuera mas que muerte fiera,
Ira, rabia y dolor fuerte;
Fuera muerte, desta suerte
Su rigor he ponderado,
Pues dar vida á un desdichado,
Es dar á un dichoso muerte.
Ros. Con asombro de mirarte,
Con admiracion de oirte,
Ni sé qué pueda decirte,
Ni qué pueda preguntarte:
Solo diré, que á esta parte
Hoy el cielo me ha guiado,
Para haberme consolado,
Si consuelo puede ser
Del que es desdichado ver
Otro que es mas desdichado.
Cuentan de un sabio, que un dia
Tan pobre y mísero estaba,
Que solo se sustentaba
De unas yerbas que cogia.
¿Habrá otro (entre sí decia)
Mas pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sabio cogiendo
Las hojas que él arrojó.
Quejoso de la fortuna
Yo en este mundo vivia,
Y cuando entre mí decia:
¿Habrá otra persona alguna
De suerte mas importuna?
Piadoso me has respondido;
Pues volviendo en mi sentido,
Hallo, que las penas mias,
Para hacer tus alegrías,
Las hubiéras recogido.
Y por si acaso mis penas
Pueden en algo aliviarte,
Oyelas atento, y toma
Las que de ellas me sobraren.
Yo soy...

DENTRO CLOTALDO.

Clot. Guardas desta torre,
Que dormidas ó cobardes
Disteis paso á dos personas,
Que han quebrantado la cárcel...
Ros. Nueva confusion padezco.
Segis. Este es Clotaldo mi alcaide;
¿Aun no acaban mis desdichas?
Clot. (*Dentro.*) Acudid, y vigilan- [tes,
Sin que puedan defenderse,
O prendedles, ó matadles.
Todos. (*Dentro.*) ¡Traicion!
Clar. Guardas desta torre,
Que entrar aquí nos dejásteis,
Pues que nos dais á escoger,
El prendernos es mas fácil.

SALE CLOTALDO CON UNA PISTOLA Y SOLDADOS TODOS CON LOS ROSTROS CUBIERTOS.

Clot. Todos os cubrid los rostros,
Que es diligencia importante,
Mientras estamos aquí,
Que no nos conozca nadie.
Clar. ¿Enmascaraditos hay?
Clot. Oh vosotros, que ignorantes
De aqueste vedado sitio
Coto y término pasásteis
Contra el decreto del rey,
Que manda que no ose nadie
Examinar el prodigio,
Que entre esos peñascos yace,
Rendid las armas y vidas,
O aquesta pistola, áspid
De metal, escupirá
El veneno penetrante
De dos balas, cuyo fuego
Será escándalo del aire.
Segis. Primero, tirano dueño,
Que los ofendas, ni agravies,
Será mi vida despojo
Destos lazos miserables:
Pues en ellos, ¡vive Dios!
Tengo de despedazarme
Con las manos, con los dientes,
Entre aquestas peñas, antes
Que su desdicha consienta,
Y que llore sus ultrajes.
Clot. Si sabes, que tus desdichas,
Segismundo, son tan grandes,
Que, antes de nacer, moriste
Por ley del cielo; si sabes,
Que aquestas prisiones son
De tus furias arrogantes
Un freno que las detenga,

Y una rueda que las pare;
¿ Porqué blasonas? — La puerta

(*A los soldados.*)

Cerrad de esa estrecha cárcel,
Escondedle en ella.

(*Cierran la puerta.*)

Segis. (*Dentro.*) ¡ Ah cielos,
Qué bien haceis en quitarme
La libertad! porque fuera
Contra vosotros gigante,
Que para quebrar al sol
Esos vidrios y cristales,
Sobre cimientos de piedra
Pusiera montes de jaspe.

Clot. Quizá, porque no los pongas,
Hoy padeces tantos males.

Ros. Ya que ví que la soberbia
Te ofendió tanto, ignorante
Fuera en no pedirte humilde
Vida que á tus plantas yace;
Muévate en mí la piedad,
Que será rigor notable,
Que no hallen favor en tí,
Ni soberbias, ni humildades.

Clar. Y si humildad, ni soberbia
No te obligan, personages
Que han movido y removido
Mil autos sacramentales,
Yo, ni humilde, ni soberbio,
Sino entre las dos mitades
Entrevelado, te pido,
Que nos remedies y ampares.

Clot. ¡ Hola!

Soldados. ¿ Señor?

Clot. A los dos
Quitad las armas y atadles
Los ojos, porque no vean
Cómo, ni de dónde salen.

Ros. Mi espada es esta, que á tí
Solamente ha de entregarse,
Porque al fin de todos eres
El principal, y no sabe
Rendirse á menos valor.

Clar. La mia es tal, que puede darse
Al mas ruin; tomadla vos.

(*A los soldados.*)

Ros. Y si he de morir, dejarte
Quiero, en fe desta piedad,
Prenda, que pudo estimarse
Por el dueño que algun dia
Se la ciñó, que la guardes
Te encargo, porque aunque yo
No sé qué secreto alcance,
Sé que esta dorada espada
Encierra misterios grandes,
Pues solo fiado en ella
Vengo á Polonia á vengarme
De un agravio.

Clot. ¡ Santos cielos! *ap.*
¿ Qué es esto? ya son mas graves
Mis penas y confusiones,
Mis ansias y mis pesares. —
¿ Quién te la dió?

Ros. Una muger.

Clot. ¿ Cómo se llama?

Ros. Que calle
Su nombre es fuerza.

Clot. ¿ De qué
Infieres ahora, ó sabes,
Que hay secreto en esta espada?

Ros. Quien me la dió, dijo: parte
A Polonia, y solicita
Con ingenio, estudio ó arte,
Que te vean esa espada
Los nobles y principales,
Que yo sé que alguno dellos
Te favorezca y ampare.
Que por si acaso era muerto,
No quiso entonces nombrarle.

Clot. ¡ Válgame el cielo, qué escu-
Aun no sé determinarme, [cho! *ap.*
Si tales sucesos son
Ilusiones ó verdades.
Esta es la espada que yo
Dejé á la hermosa Violante,
Por señas, que el que ceñida
La trajera, habia de hallarme
Amoroso como hijo,
Y piadoso como padre.
¿ Pues qué he de hacer (¡ ay de mí!)
En confusion semejante,
Si quien la trae por favor,
Para su muerte la trae,
Pues que sentenciado á muerte
Llega á mis piés? ¡ Qué notable
Confusion! ¡ Qué triste hado!
¡ Qué suerte tan inconstante!
Este es mi hijo, y las señas

Dicen bien con las señales
Del corazon, que por verlo
Llama al pecho, y en él bate
Las alas, y no pudiendo
Romper los candados, hace
Lo que aquel que está encerrado,
Y oyendo ruido en la calle,
Se asoma por la ventana;
Él así, como no sabe
Lo que pasa, y oye el ruido,
Va á los ojos á asomarse,
Que son ventanas del pecho,
Por donde en lágrimas sale.
¿Qué he de hacer? (¡valedme, cielos!)
¿Qué he de hacer? porque llevarle
Al rey, es llevarle (¡ay triste!)
A morir: pues ocultarle
Al rey no puedo, conforme
A la ley del homenage.
De una parte el amor propio,
Y la lealtad de otra parte
Me rinden. ¿Pero qué dudo?
¿La lealtad del rey no es antes
Que la vida y que el honor?
Pues ella viva, y él falte:
Fuera de que si ahora atiendo
A que dijo, que á vengarse
Viene de un agravio, hombre
Que está agraviado, es infame,
No es mi hijo, no es mi hijo,
Ni tiene mi noble sangre.
Pero si ya ha sucedido
Un peligro, de quien nadie
Se libró, porque el honor
Es de materia tan frágil,
Que con una accion se quiebra,
O se mancha con un aire,
¿Qué mas puede hacer, qué mas,
El que es noble de su parte,
Que, á costa de tantos riesgos,
Haber venido á buscarle?
Mi hijo es, mi sangre tiene,
Pues tiene valor tan grande;
Y así, entre una y otra duda,
El medio mas importante
Es irme al rey y decirle,
Que es mi hijo, y que le mate.
Quizá la misma piedad
De mi honor podrá obligarle;
Y si le merezco vivo,
Yo le ayudaré á vengarse
De su agravio; mas si el rey,
En sus rigores constante,
Le da muerte, morirá
Sin saber que soy su padre. —
Venid conmigo, estranjeros,
No temais, no, de que os falte
Compañía en las desdichas,
Pues en duda semejante
De vivir, ó de morir,
No sé cuáles son mas grandes. (*Vánse.*)

Tocan cajas, y salen por un lado ASTOLFO y soldados, y por el otro sale la infanta ESTRELLA y damas.

Ast. Bien al ver los escelentes
Rayos, que fueron cometas,
Mezclan salvas diferentes
Las cajas y las trompetas,
Los pájaros y las fuentes:
Siendo con música igual
Y con maravilla suma
A tu vista celestial,
Unos clarines de pluma,
Y otras aves de metal:
Y así os saludan, señora,
Como á su reina las balas,
Los pájaros como á Aurora,
Las trompetas como á Palas,
Y las flores como á Flora;
Porque sois, burlando el día,
Que ya la noche destierra,
Aurora en el alegría
Flora en paz, Palas en guerra,
Y reina en el alma mia.
Estr. Si la voz se ha de medir
Con las acciones humanas,
Mal habeis hecho en decir
Finezas tan cortesanas,
Donde os pueda desmentir
Todo ese marcial trofeo,
Con quien ya atrevida lucho:
Pues no dicen, segun creo,
Las lisonjas que os escucho,
Con los rigores que veo:
Y advertid, que es baja accion
Que solo á una fiera toca,
Madre de engaño y traicion,
El halagar con la boca,

Y matar con la intencion.
Ast. Muy mal informada estais,
Estrella, pues que la fe
De mis finezas dudais,
Y os suplico que me oigais
La causa, á ver si la sé.
Falleció Eustorgio tercero,
Rey de Polonia, y quedó
Basilio por heredero,
Y dos hijas, de quien yo
Y vos nacimos; no quiero
Cansar con lo que no tiene
Lugar aquí. Clorilene,
Vuestra madre y mi señora,
Que en mejor imperio ahora
Dosel de luceros tiene,
Fué la mayor, de quien vos
Sois hija; fué la segunda,
Madre y tia de los dos,
La gallarda Recisunda,
Que guarde mil años Dios:
Casó en Moscovia, de quien
Nací yo. Volver ahora
Al otro principio es bien.
Basilio, que ya, señora,
Se rinde al comun desden
Del tiempo, mas inclinado
A los estudios que dado
A mugeres, enviudó
Sin hijos, y vos, y yo
Aspiramos á este estado.
Vos alegais, que habeis sido
Hija de hermana mayor;
Yo, que varon he nacido,
Y aunque de hermana menor,
Os debo ser preferido.
Vuestra intencion y la mia
A nuestro tio contamos,
Él respondió, que queria
Componernos, y aplazamos
Este puesto y este dia.
Con esta intencion salí
De Moscovia y de su tierra;
Con esta llegué hasta aquí,
En vez de haceros yo guerra,
A que me la hagais á mí.
O quiera Amor, sabio Dios,
Que el vulgo, astrólogo cierto,
Hoy lo sea con los dos,
Y que pare este concierto
En que seais reina vos,
Pero reina en mi albedrio,
Dándoos, para mas honor,
Su corona nuestro tio,
Sus triunfos vuestro valor,
Y su imperio el amor mio.
Estr. A tan cortés bizarría,
Menos mi pecho no muestra,
Pues la imperial monarquía,
Para solo hacerla vuestra,
Me holgára que fuera mia:
Aunque no está satisfecho
Mi amor de que sois ingrato,
Si en cuanto decis, sospecho,
Que os desmiente ese retrato,
Que está pendiente del pecho.
Ast. Satisfaceros intento
Con él; mas lugar no da
Tanto sonoro instrumento,
Que avisa, que sale ya
El rey con su parlamento.

TOCAN CAJAS, Y SALE EL REY BASILIO, VIEJO, Y ACOMPAÑAMIENTO.

Estr. Sabio Táles...
Ast. Docto Euclídes...
Estr. Que entre signos...
Ast. Que entre estrellas...
Estr. Hoy gobiernas...
Ast. Hoy resides...
Estr. Y sus caminos...
Ast. Sus huellas...
Estr Describes...
Ast. Tasas y mides...
Estr. Deja que en humildes lazos...
Ast. Deja que en tiernos abrazos...
Estr. Hiedra de ese tronco sea.
Ast. Rendido á tus piés me vea.
Bas. Sobrinos, dadme los brazos,
Y creed, pues que leales
A mi precepto amoroso
Venis con afectos tales,
Que á nadie deje quejoso,
Y los dos quedeis iguales:
Y así, cuando me confieso
Rendido al prolijo peso,
Solo os pido en la ocasion
Silencio, que admiracion
Ha de pedirla el suceso.

Ya sabeis, estadme atentos,
Amados sobrinos mios,
Córte ilustre de Polonia,
Vasallos, deudos y amigos,
Ya sabeis, que yo en el mundo
Por mi ciencia he merecido
El sobrenombre de docto,
Pues, contra el tiempo y olvido,
Los pinceles de Timantes,
Los mármoles de Lisipo
En el ámbito del orbe
Me aclaman el gran Basilio.
Ya sabeis, que son las ciencias
Que mas curso y mas estimo,
Matemáticas sutiles,
Por quien al tiempo le quito,
Por quien á la fama rompo
La jurisdiccion y oficio
De enseñar mas cada dia :
Pues cuando en mis tablas miro
Presentes las novedades
De los venideros siglos,
Le gano al tiempo las gracias
De contar lo que yo he dicho.
Esos círculos de nieve,
Esos doseles de vidrio,
Que el sol ilumina á rayos,
Que parte la luna á giros,
Esos orbes de diamantes,
Esos globos cristalinos,
Que las estrellas adornan,
Y que campean los signos,
Son el estudio mayor
De mis años, son los libros,
Donde en papel de diamante,
En cuadernos de zafiro
Escribe con líneas de oro,
En caracteres distintos
El cielo nuestros sucesos,
Ya adversos, ó ya benignos :
Estos leo tan veloz,
Que con mi espíritu sigo
Sus rápidos movimientos
Por rumbos y por caminos :
Pluguiera al cielo, primero
Que mi ingenio hubiera sido
De sus márgenes comento,
Y de sus hojas registro,
Hubiera sido mi vida
El primero desperdicio
De sus iras, y que en ellas
Mi tragedia hubiera sido,
Porque de los infelices
Aun el mérito es cuchillo,
Que á quien le daña el saber,
Homicida es de sí mismo :
Dígalo yo, aunque mejor
Lo dirán sucesos mios,
Para cuya admiracion
Otra vez silencio os pido.
En Clorilene mi esposa
Tuve un infelice hijo,
En cuyo parto los cielos
Se agotaron de prodigios.
Antes que á la luz hermosa
Le diese el sepulcro vivo
De un vientre, porque el nacer
Y el morir son parecidos,
Su madre infinitas veces,
Entre ideas y delirios
Del sueño, vió que rompia
Sus entrañas atrevido
Un monstruo en forma de hombre,
Y entre su sangre teñido
La daba muerte, naciendo
Víbora humana del siglo.
Llegó de su parto el dia,
Y los presagios cumplidos,
Porque tarde ó nunca son
Mentirosos los impíos.
Nació en horóscopo tal,
Que el sol, en su sangre tinto,
Entraba sañudamente
Con la luna en desafío :
Y siendo valla la tierra,
Los dos faroles divinos
A luz entera luchaban,
Ya que no á brazo partido.
El mayor, el mas horrendo
Eclipse que ha padecido
El sol, despues que con sangre
Lloró la muerte de Cristo,
Este fué, porque anegado
El orbe en incendios vivos,
Presumió que padecia
El último parasismo :
Los cielos se oscurecieron,
Temblaron los edificios,
Llovieron piedras las nubes,
Corrieron sangre los rios.

En aqueste pues del sol,
Ya frenesí, ó ya delirio.
Nació Segismundo, dando
De su condicion indicios,
Pues dió la muerte á su madre,
Con cuya fiereza dijo :
Hombre soy, pues que ya empiezo
A pagar mal beneficios.
Yo, acudiendo á mis estudios,
En ellos y en todo miro,
Que Segismundo seria
El hombre mas atrevido,
El príncipe mas cruel,
Y el monarca mas impío,
Por quien su reino vendria
A ser parcial y diviso,
Escuela de las traiciones,
Y academia de los vicios;
Y él, de su furor llevado,
Entre asombros y delitos,
Habia de poner en mí
Las plantas, y yo rendido
A sus piés me habia de ver,
(¡Con qué vergüenza lo digo!)
Siendo alfombra de sus plantas,
Las canas del rostro mio.
¿Quién no da crédito al daño,
Y mas al daño que ha visto
En su estudio, donde hace
El amor propio su oficio?
Pues dando crédito yo
A los hados, que adivinos
Me pronosticaban daños
En fatales vaticinios,
Determiné de encerrar
La fiera que habia nacido,
Por ver, si el sabio tenia
En las estrellas dominio.
Publicóse, que el infante
Nació muerto, y prevenido
Hice labrar una torre
Entre las peñas y riscos
De esos montes, donde apenas
La luz ha hallado camino,
Por defenderle la entrada
Sus rústicos obeliscos.
Las graves penas y leyes,
Que con públicos edictos
Declararon, que ninguno
Entrase á un vedado sitio
Del monte, se ocasionaron
De las causas que os he dicho.
Allí Segismundo vive,
Mísero, pobre y cautivo,
Adonde solo Clotaldo
Le ha hablado, tratado y visto.
Este le ha enseñado ciencias,
Este en la ley le ha instruido
Católica, siendo solo
De sus miserias testigo.
Aquí hay tres cosas : la una,
Que yo, Polonia, os estimo
Tanto, que os quiero librar
De la opresion y servicio
De un rey tirano, porque
No fuera señor benigno
El que á su patria y su imperio
Pusiera en tanto peligro.
La otra es considerar,
Que si á mi sangre le quito
El derecho que le dieron
Humano fuero, y divino,
No es cristiana caridad,
Pues ninguna ley ha dicho,
Que por reservar yo á otro
De tirano y de atrevido,
Pueda yo serlo, supuesto
Que si es tirano mi hijo,
Porque él delitos no haga,
Vengo yo á hacer los delitos.
Es la última y tercera
El ver, cuanto yerro ha sido
Dar crédito fácilmente
A los sucesos previstos;
Pues aunque su inclinacion
Le dicte sus precipicios,
Quizá no le vencerán,
Porque el hado mas esquivo,
La inclinacion mas violenta,
El planeta mas impío,
Solo el albedrío inclinan,
No fuerzan el albedrio.
Y así, entre una y otra causa
Vacilante y discursivo,
Previne un remedio tal,
Que os suspenda los sentidos.
Yo he de ponerle mañana,
Sin que él sepa que es mi hijo
Y rey vuestro, á Segismundo
(Que aqueste su nombre ha sido)

En mi dosel, en mi silla,
Y en fin en el lugar mio,
Donde os gobierne y os mande,
Y donde todos rendidos
La obediencia le jureis :
Pues con aquesto consigo
Tres cosas, con que respondo
A las otras tres que he dicho.
Es la primera, que siendo
Prudente, cuerdo y benigno,
Desmintiendo en todo al hado,
Que dél tantas cosas dijo,
Gozareis el natural
Príncipe vuestro, que ha sido
Cortesano de unos montes,
Y de sus fieras vecino.
Es la segunda, que si él
Soberbio, osado, atrevido
Y cruel, con rienda suelta
Corre el campo de sus vicios,
Habré yo piadoso entonces
Con mi obligacion cumplido,
Y luego en desposeerle
Haré como rey invicto;
Siendo el volverle á la cárcel
No crueldad, sino castigo.
Es la tercera, que siendo
El príncipe como os digo,
Por lo que os amo, vasallos,
Os daré reyes mas dignos
De la corona y el cetro :
Pues serán mis dos sobrinos,
Que junto en uno el derecho
De los dos, y convenidos
Con la fe del matrimonio,
Tendrán lo que han merecido.
Esto como rey os mando,
Esto como padre os pido,
Esto como sabio os ruego,
Esto como anciano os digo,
Y si el Séneca español,
Que era humilde esclavo, dijo,
De su república un rey,
Como esclavo os lo suplico.
Ast. Si á mí el responder me toca,
Como el que en efecto ha sido
Aquí el mas interesado,
En nombre de todos digo,
Que Segismundo parezca,
Pues le basta ser tu hijo.
Todos. Danos al príncipe nuestro,
Que ya por rey le pedimos.
Bas. Vasallos, esa fineza
Os agradezco y estimo.
Acompañad á sus cuartos
A los dos atlantes mios,
Que mañana le vereis.
Todos. ¡Viva el grande rey Basilio!

(*Éntranse todos acompañando á Estrella y á Astolfo.*)

QUÉDASE EL REY SOLO, Y SALE CLOTALDO, CON ROSAURA Y CLARIN.

Clot. ¿Podréte hablar?
Bas. Oh Clotaldo,
Tú seas muy bien venido.
Clot. Aunque viniendo á tus plan- [tas
Era fuerza haberlo sido,
Esta vez rompe, señor,
El hado triste y esquivo
El privilegio á la ley,
Y á la costumbre el estilo.
Bas. ¿Qué tienes?
Clot. Una desdicha,
Señor, que me ha sucedido,
Cuando pudiera tenerla
Por el mayor regocijo.
Bas. Prosigue.
Clot. Este bello jóven,
Osado ó inadvertido,
Entró en la torre, señor,
Adonde al príncipe ha visto,
Y es...
Bas. No os aflijais, Clotaldo;
Si otro dia hubiera sido,
Confieso, que lo sintiera;
Pero ya el secreto he dicho,
Y no importa que él lo sepa,
Supuesto que yo lo digo.
Vedme despues, porque tengo
Muchas cosas que advertiros,
Y muchas que hagais por mí,
Que habeis de ser, os aviso,
Instrumento del mayor
Suceso que el mundo ha visto :
Y á esos presos, porque al fin
No presumais que castigo

Descuidos vuestros, perdono. (*Vase.*)
Clot. ¡Vivas, gran señor, mil si-
[glos! —
Mejoró el cielo la suerte, *ap.*
Ya no diré que es mi hijo,
Pues que lo puedo escusar; —
Estranjeros peregrinos,
Libres estais.
Ros. Tus piés beso
Mil veces.
Clar. Y yo los piso;
Que una letra mas ó menos
No reparan dos amigos.
Ros. La vida, señor, me has dado,
Y pues á tu cuenta vivo,
Eternamente seré
Esclavo tuyo.
Clot. No ha sido
Vida la que yo te he dado,
Porque un hombre bien nacido,
Si está agraviado, no vive;
Y supuesto que has venido
A vengarte de un agravio,
Segun tú propio me has dicho,
No te he dado vida yo,
Porque tú no la has traido,
Que vida infame no es vida. —
Bien con aquesto le animo. *ap.*
Ros. Confieso que no la tengo,
Aunque de tí la recibo;
Pero yo con la venganza
Dejaré mi honor tan limpio,
Que pueda mi vida luego,
Atropellando peligros,
Parecer dádiva tuya.
Clot. Toma el acero bruñido
Que trajiste, que yo sé
Que él baste, en sangre teñido
De tu enemigo, á vengarte;
Porque acero que fué mio
(Digo este instante, este rato
Que en mi poder le he tenido)
Sabrá vengarte.
Ros. En tu nombre
Segunda vez me le ciño,
Y en él juro mi venganza,
Aunque fuese mi enemigo
Mas poderoso.
Clot. ¿Eslo mucho?
Ros. Tanto, que no te lo digo,
No porque de tu prudencia
Mayores cosas no fio,
Sino porque no se vuelva
Contra mí el favor que admiro
En tu piedad.
Clot. Antes fuera
Ganarme á mí con decirlo;
Pues fuera cerrarme el paso.
De ayudar á tu enemigo. —
¡Oh si supiera quien es! *ap.*
Ros. Porque no pienses que estimo
Tan poco esa confianza,
Sabe, que el contrario ha sido
No menos que Astolfo, duque
De Moscovia.
Clot. Mal resisto *ap.*
El dolor; porque es mas grave,
Que fué imaginado, visto;
Apuremos mas el caso. —
Si moscovita has nacido,
El que es natural señor,
Mal agraviarte ha podido:
Vuélvete á tu patria pues,
Y deja el ardiente brio
Que te despeña.
Ros. Yo sé
Que, aunque mi príncipe ha sido,
Pudo agraviarme.
Clot. No pudo,
Aunque pusiera atrevido
La mano en tu rostro. (¡Ay cielos!)
Ros. Mayor fué el agravio mio.
Clot. Dilo ya, pues que no puedes
Decir mas, que yo imagino.
Ros. Sí dijera; mas no sé
Con qué respeto te miro,
Con qué afecto te venero,
Con qué estimacion te asisto,
Que no me atrevo á decirte,
Que es este esterior vestido
Enigma, pues no es de quien
Parece; juzga advertido,
Si no soy lo que parezco,
Y Astolfo á casarse vino
Con Estrella, si podrá
Agraviarme. Harto te he dicho.

(*Vanse Rosaura y Clarin.*)

Clot. ¡Escucha, aguarda, detente!
¿Qué confuso laberinto

Es este, donde no puede
Hallar la razon el hilo?
Mi honor es el agraviado,
Poderoso el enemigo,
Yo vasallo, ella muger,
Descubra el cielo camino;
Aunque no sé si podrá,
Cuando en tan confuso abismo
Es todo el cielo un presagio,
Y es todo el mundo un prodigio.

JORNADA II.

Sale el Rey y CLOTALDO.

Clot. Todo como lo mandaste
Queda efectuado.
Bas. Cuenta,
Clotaldo, cómo pasó.
Clot. Fué, señor, desta manera:
Con la apacible bebida,
Que de confecciones llena
Hacer mandaste, mezclando
La virtud de algunas yerbas,
Cuyo tirano poder
Y cuya secreta fuerza
Así al humano discurso
Priva, roba y enagena,
Que deja vivo cadáver
A un hombre, y cuya violencia
Adormecido le quita
Los sentidos y potencias.
No tenemos que argüir,
Que aquesto posible sea,
Pues tantas veces, señor,
Nos ha dicho la esperiencia,
Y es cierto, que de secretos
Naturales está llena
La medicina, y no hay
Animal, planta, ni piedra,
Que no tenga calidad
Determinada; y si llega
A examinar mil venenos
La humana malicia nuestra,
Que den la muerte, ¿qué mucho
Que, templada su violencia,
Pues hay venenos que matan,
Haya venenos que aduerman?
Dejando á parte el dudar,
Si es posible que suceda,
Pues que ya queda probado
Con razones y evidencias;
Con la bebida, en efecto,
Que el opio, la adormidera
Y el beleño compusieron,
Bajé á la cárcel estrecha
De Segismundo; con él
Hablé un rato de las letras
Humanas, que le ha enseñado
La muda natúraleza
De los montes y los cielos,
En cuya divina escuela
La retórica aprendió
De las aves y las fieras.
Para levantarle mas
El espíritu á la empresa
Que solicitas, tomé
Por asunto la presteza
De un águila caudalosa,
Que despreciando la esfera
Del viento, pasaba á ser
En las regiones supremas
Del fuego rayo de pluma,
O desasido cometa.
Encarecí el vuelo altivo,
Diciendo: al fin eres reina
De las aves, y así á todas
Es justo que las prefieras.
Él no hubo menester mas;
Que en tocando esta materia
De la majestad, discurre
Con ambicion y soberbia:
Porque en efecto la sangre
Le incita, mueve y alienta
A cosas grandes, y dijo:
¡Que en la república inquieta
De las aves tambien haya
Quien les jure la obediencia!
En llegando á este discurso,
Mis desdichas me consuelan;
Pues por lo menos, si estoy
Sujeto, lo estoy por fuerza;
Porque voluntariamente
A otro hombre no me rindiera. —
Viéndole ya enfurecido
Con esto, que ha sido el tema
De su dolor, le brindé
Con la pócima, y apenas
Pasó desde el vaso al pecho
El licor, cuando las fuerzas
Rindió al sueño, discurriendo

Por los miembros y las venas
Un sudor frio, de modo
Que, á no saber yo que era
Muerte fingida, dudára
De su vida. En esto llegan
Las gentes de quien tú fias
El valor desta esperiencia,
Y poniéndole en un coche,
Hasta tu cuarto le llevan,
Donde prevenida estaba
La majestad y grandeza,
Que es digna de su persona:
Allí en tu cama le acuestan,
Donde al tiempo que el letargo
Haya perdido la fuerza,
Como á tí mismo, señor,
Le sirvan; que así lo ordenas.
Y si haberte obedecido
Te obliga á que yo merezca
Galardon, solo te pido,
(Perdona mi inadvertencia)
Que me digas, ¿qué es tu intento,
Trayendo desta manera
A Segismundo á palacio?
Bas. Clotaldo, muy justa es esa
Duda que tienes, y quiero
Solo á tí satisfacerla.
A Segismundo mi hijo
El influjo de su estrella
(Vos lo sabeis) amenaza
Mil desdichas y tragedias;
Quiero examinar, si el cielo,
Que no es posible que mienta,
Y mas habiéndonos dado
De su rigor tantas muestras
En su cruel condicion,
O se mitiga, ó se templa
Por lo menos, y vencido
Con valor y con prudencia
Se desdice; porque el hombre
Predomina en las estrellas.
Esto quiero examinar,
Trayéndole donde sepa
Que es mi hijo, y donde haga
De su talento la prueba.
Si magnánimo le vence,
Reinará; pero si muestra
El ser cruel y tirano,
Le volveré á su cadena.
Ahora preguntarás,
Que para aquesta esperiencia,
¿Qué importó haberle traido
Dormido desta manera?
Y quiero satisfacerte,
Dándote á todo respuesta.
Si él supiera, que es mi hijo
Hoy, y mañana se viera
Segunda vez reducido
A su prision y miseria,
Cierto es de su condicion,
Que desesperára en ella;
Porque sabiendo quién es,
¿Qué consuelo habrá que tenga?
Y así he querido dejar
Abierta al daño la puerta
Del decir, que fué soñado
Cuanto vió. Con esto llegan
A examinarse dos cosas:
Su condicion la primera;
Pues él despierto procede
En cuanto imagina y piensa
Y el consuelo la segunda;
Pues aunque ahora se vea
Obedecido, y despues
A sus prisiones se vuelva,
Podrá entender, que soñó.
Y hará bien cuando lo entienda;
Porque en el mundo, Clotaldo,
Todos los que viven sueñan.
Clot. Razones no me faltáran
Para probar que no aciertas;
Mas ya no tiene remedio,
Y segun dicen las señas,
Parece que ha despertado,
Y hácia nosotros se acerca.
Bas. Yo me quiero retirar,
Tú, como ayo suyo, llega,
Y de tantas confusiones,
Como su discurso cercan,
Sácale con la verdad.
Clot. ¿En fin, que me das licencia
Para que lo diga?
Bas. Sí;
Que podrá ser, con saberla,
Que, conocido el peligro,
Mas fácilmente se venza. (*Vase.*)

SALE CLARIN.

Clar. A costa de cuatro palos, *ap.*
Que el llegar aquí me cuesta

De un alabardero rubio,
Que barbó de su librea,
Tengo de ver cuanto pasa;
Que no hay ventana mas cierta,
Que aquella que, sin rogar
A un ministro de boletas,
Un hombre se trae consigo;
Pues para todas las fiestas,
Despojado y despejado
Se asoma á su desvergüenza.

Clot. Este es Clarin, el criado *ap.*
De aquella (¡ay cielos!), de aquella
Que, tratante de desdichas,
Pasó á Polonia mi afrenta. —
¿Clarin, qué hay de nuevo?

Clar. Hay,
Señor, que tu gran clemencia,
Dispuesta á vengar agravios
De Rosaura, la aconseja,
Que tome su propio trage.

Clot. Y es bien, porque no parezca
Liviandad.

Clar. Hay, que mudando
Su nombre, y tomando cuerda
Nombre de sobrina tuya,
Hoy tanto honor se acrecienta,
Que dàma en palacio ya
De la singular Estrella
Vive.

Clot. Es bien, que de una vez
Tome su honor por mi cuenta.

Clar. Hay, que ella está esperando,
Que ocasion y tiempo venga
En que vuelvas por su honor.

Clot. Prevencion segura es esa;
Que al fin el tiempo ha de ser
Quien haga esas diligencias.

Clar. Hay, que ella está regalada,
Servida como una reina,
En fe de sobrina tuya.
Y hay, que viniendo con ella,
Estoy yo muriendo de hambre,
Y nadie de mí se acuerda,
Sin mirar que soy Clarin,
Y que, si el tal Clarin suena,
Podrá decir cuanto pasa
Al rey, á Astolfo y á Estrella;
Porque Clarin y criado
Son dos cosas, que se llevan
Con el secreto muy mal;
Y podrá ser, si me deja
El silencio de su mano,
Se cante por mí esta letra:
Clarin que rompe el albor
No suena mejor.

Clot. Tu queja está bien fundada;
Yo satisfaré tu queja,
Y en tanto sírveme á mí.

Clar. Pues ya Segismundo llega.

SALEN MUSICOS CANTANDO, Y CRIADOS DANDO DE VESTIR A SEGISMUNDO, QUE SALE COMO ASOMBRADO.

Segis. ¡Válgame el cielo, qué veo!
¡Válgame el cielo, qué miro!
Con poco espanto lo admiro,
Con mucha duda lo creo.
¿Yo en palacios suntuosos?
¿Yo entre telas y brocados?
¿Yo cercado de criados
Tan lucidos y briosos?
¿Yo dispertar de dormir
En lecho tan escelente?
¿Yo en medio de tanta gente
Que me sirve de vestir?
Decir que sueño, es engaño,
Bien sé que despierto estoy,
¿Yo Segismundo no soy?
Dadme, cielos, desengaño.
Decidme, ¿qué pudo ser
Esto, que á mi fantasía
Sucedió, mientras dormia,
Que aquí me he llegado á ver.
Pero sea lo que fuere,
¿Quién me mete en discurrir?
Dejarme quiero servir,
Y venga lo que viniere.

Cr. 1º. ¡Qué melancólico está!

(*Ap. los dos.*)

Cr. 2º. ¿Pues á quién le sucediera
Esto, que no lo estuviera?

Clar. A mí.

Cr. 2º. Llega á hablarle ya.

Cr. 1º. ¿Volverán á cantar?

(*A Segismundo.*)

Segis. No,
No quiero que canten mas.

Cr. 2º. Como tan suspenso estás,
Quise divertirte.
Segis. Yo
No tengo de divertir
Con sus voces mis pesares;
Las músicas militares
Solo he gustado de oir.
Clot. Vuestra alteza, gran señor,
Me dé su mano á besar,
Que el primero le ha de dar
Esta obediencia mi honor. [*ap.*
Segis. Clotaldo es, ¿pues cómo así,
Quien en prision me maltrata,
Con tal respeto me trata?
¿Qué es lo que pasa por mí?
Clot. Con la grande confusion,
Que el nuevo estado te da,
Mil dudas padecerá
El discurso y la razon;
Pero ya librarte quiero
De todas (si puede ser),
Porque has, señor, de saber,
Que eres príncipe heredero
De Polonia; si has estado
Retirado y escondido,
Por obedecer ha sido
A la inclemencia del hado,
Que mil tragedias consiente
A este imperio, cuando en él
El soberano laurel
Corone tu augusta frente.
Mas fiando á tu atencion,
Que vencerás las estrellas,
Porque es posible vencellas
Un magnánimo varon,
A palacio te han traido
De la torre en que vivias,
Mientras al sueño tenias
El espíritu rendido.
Tu padre, el rey mi señor,
Vendrá á verte, y dél sabrás,
Segismundo, lo demás.
Segis. Pues vil, infame, traidor,
¿Qué tengo mas que saber
Despues de saber quien soy,
Para mostrar desde hoy
Mi soberbia y mi poder?
¿Cómo á tu patria le has hecho
Tal traicion, que me ocultaste
A mí, pues que me negaste,
Contra razon y derecho,
Este estado?
Clot. ¿Ay de mí triste!
Segis. Traidor fuiste con la ley,
Lisonjero con el rey,
Y cruel conmigo fuiste;
Y así, el rey, la ley y yo,
Entre desdichas tan fieras,
Te condenan á que mueras
A mis manos.
Cr. 2º. Señor...
Segis. No
Me estorbe nadie; que es vana
Diligencia; y ¡vive Dios!
Si os poneis delante vos,
Que os echo por la ventana.
Cr. 2º. Huye, Clotaldo.
Clot. ¡Ay de tí,
Qué soberbia vas mostrando,
Sin saber que estás soñando! (*Vase.*)
Cr. 2º. Advierte...
Segis. Aparta de aquí.
Cr. 2º. Que á su rey obedeció.
Segis. En lo que no es justa ley,
No ha de obedecer al rey,
Y su príncipe era yo.
Cr. 2º. El no debió examinar,
Si era bien hecho, ó mal hecho.
Segis. Que estais mal con vos, sos-
Pues me dais que replicar. [pecho.
Clar. Dice el príncipe muy bien,
Y vos hicisteis muy mal.
Cr 2º. ¿Quién os dió licencia igual?
Clar. Yo me la he tomado.
Segis. ¿Quién
Eres tú, di?
Clar. Entremetido,
Y deste oficio soy gefe,
Porque soy el mequetrefe
Mayor, que se ha conocido.
Segis. Tú solo en tan nuevos mundos
Me has agradado.
Clar. Señor,
Soy un grande agradador
De todos los Segismundos.

SALE ASTOLFO.

Ast. Feliz mil veces el dia,
Oh príncipe, que os mostrais,
Sol de Polonia, y llenais

De resplandor y alegría
Todos esos horizontes
Con tan divino arrebol;
Pues que salis como el sol
De los senos de los montes.
Salid pues, y aunque tan tarde
Se corona vuestra frente
Del laurel resplandeciente,
Tarde muera.
Segis. Dios os guarde.
Ast. El no haberme conocido
Solo por disculpa os doy
De no honrarme mas. Yo soy
Astolfo, duque he nacido
De Moscovia, y primo vuestro;
Haya igualdad en los dos.
Segis. ¿Si digo que os guarde Dios,
Bastante agrado no os muestro?
Pero ya que haciendo alarde
De quien sois, desto os quejais,
Otra vez que me veais,
Le diré á Dios que no os guarde.
Cr. 2º. Vuestra alteza considere,
Que como en montes nacido
Con todos ha procedido,
Astolfo, señor, prefiere.
Segis. Cansóme como llegó
Grave á hablarme, y lo primero
Que hizo, se puso el sombrero.
Cr. 2º. Es grande.
Segis. Mayor soy yo.
Cr. 2º. Con todo eso, entre los dos,
Que haya mas respeto es bien,
Que entre los demás.
Segis. ¿Y quién
Os mete conmigo á vos?

SALE ESTRELLA.

Estr. Vuestra alteza, señor, sea
Muchas veces bien venido
Al dosel, que agradecido
Le recibe y le desea,
A donde, á pesar de engaños,
Viva augusto y eminente,
Donde su vida se cuente
Por siglos, y no por años.
Segis. Dime tú ahora, ¿quién es

(*A Clarin.*)

Esta beldad soberana?
¿Quién es esta diosa humana,
A cuyos divinos piés
Postra el cielo su arrebol?
¿Quién es esta muger bella?
Clar. Es, señor, tu prima Estrella.
Segis. Mejor dijeras el sol. —
Aunque el parabien es bien

(*A Estrella.*)

Darme del bien que conquisto,
De solo haberos hoy visto
Os admito el parabien:
Y así, del llegarme á ver
Con el bien que no merezco,
El parabien agradezco,
Estrella, que amanecer
Podeis, y dar alegria
Al mas luciente farol.
¿Qué dejais que hacer al sol,
Si os levantais con el dia?
Dadme á besar vuestra mano,
En cuya copa de nieve
El aura candores bebe.
Estr. Sed mas galan cortesano.
Ast. Si él toma la mano, yo
Soy perdido. *ap.*
Cr. 2º. El pesar sé *ap.*
De Astolfo, y le estorbaré. —
Advierte, señor, que no

(*A Segismundo.*)

Es justo atreverse así,
Y estando Astolfo...
Segis. ¿No digo,
Que vos no os metais conmigo?
Cr. 2º. Digo lo que es justo.
Segis. A mí
Todo eso me causa enfado.
Nada me parece justo,
En siendo contra mi gusto.
Cr. 2º. Pues yo, señor, he escuchado
De tí, que en lo justo es bien
Obedecer y servir.
Segis. Tambien oiste decir,
Que por un balcon á quien
Me canse sabré arrojar.
Cr. 2º. Con los hombres como yo
No puede hacerse eso.
Segis. ¿No?
¡Por Dios! que lo he de probar.

10

(*Cógele en los brazos y éntrase, y todos tras él, y vuelven á salir.*)

Ast. ¿Qué es esto, que llego á ver?
Estr. Idle todos á estorbar. (*Vase.*)
Segis. Cayó del balcon al mar;
¡Vive Dios! que pudo ser.
Ast. Pues medid con mas espacio
Vuestras acciones severas;
Que lo que hay de hombres á fieras,
Hay desde un monte á palacio.
Segis. Pues en dando tan severo
En hablar con entereza,
Quizá no hallareis cabeza
En que se os tenga el sombrero.

(*Vase Astolfo.*)

SALE EL REY.

Bas. ¿Qué ha sido esto?
Segis. Nada ha sido;
A un hombre, que me ha cansado,
Deste balcon he arrojado.
Clar. Que es el rey está advertido.

(*A Segismundo.*)

Bas. ¿Tan presto una vida cuesta
Tu venida al primer dia?
Segis. Díjome, que no podia
Hacerse, y gané la apuesta.
Bas. Pésame mucho, que cuando,
Príncipe, á verte he venido,
Pensando hallarte advertido,
De hados y estrellas triunfando,
Con tanto rigor te vea,
Y que la primera accion
Que has hecho en esta ocasion
Un grave homicidio sea.
¿Con qué amor llegar podré
A darte ahora mis brazos,
Si de sus soberbios lazos,
Que están enseñados sé
A dar muerte? ¿Quién llegó
A ver desnudo el puñal,
Que dió una herida mortal,
Que no temiese? ¿Quién vió
Sangriento el lugar, adonde
A otro hombre le dieron muerte,
Que no sienta? que el mas fuerte
A su natural responde.
Yo así, que en tus brazos miro
Desta muerte el instrumento,
Y miro el lugar sangriento,
De tus brazos me retiro;
Y aunque en amorosos lazos
Ceñir tu cuello pensé,
Sin ellos me volveré;
Que tengo miedo á tus brazos.
Segis. Sin ellos me podré estar,
Como me he estado hasta aquí;
Que un padre, que contra mí
Tanto rigor sabe usar,
Que su condicion ingrata
De su lado me desvia,
Como á una fiera me cria,
Y como á un monstruo me trata,
Y mi muerte solicita,
De poca importancia fué
Que los brazos no me dé,
Cuando el ser de hombre me quita.
Bas. Al cielo, y á Dios pluguiera,
Que á dártele no llegára;
Pues ni tu voz escuchára,
Ni tu atrevimiento viera.
Segis. Si no me le hubieras dado,
No me quejára de tí;
Pero una vez dado, sí,
Por habérmele quitado;
Pues aunque el dar la accion es
Mas noble y mas singular,
Es mayor bajeza el dar,
Para quitarlo despues.
Bas. Bien me agradeces el verte,
De un humilde y pobre preso,
Príncipe ya.
Segis. ¿Pues en eso
Qué tengo que agradecerte?
Tirano de mi albedrío,
¿Si viejo y caduco estás,
Muriéndote, qué me das?
¿Dásme mas de lo que es mio?
Mi padre eres, y mi rey;
Luego toda esta grandeza
Me da la naturaleza
Por derecho de su ley.
Luego aunque esté en tal estado
Obligado no te quedo,
Y pedirte cuentas puedo
Del tiempo que me has quitado
Libertad, vida y honor.
A así agradéceme á mí,

Que yo no cobre de tí,
Pues eres tú mi deudor.
Bas. Bárbaro eres, y atrevido.
Cumplió su palabra el cielo;
Y así, para él mismo apelo,
Soberbio y desvanecido;
Y aunque sepas ya quién eres
Y desengañado estés,
Y aunque en un lugar te ves
Donde á todos te prefieres:
Mira bien lo que te advierto,
Que seas humilde y blando;
Porque quizá estás soñando,
Aunque ves que estás despierto.

(*Vase.*)

Segis. ¿Que quizá soñando estoy,
Aunque despierto me veo?
No sueño; pues toco y creo
Lo que he sido, y lo que soy;
Y aunque ahora te arrepientas,
Poco remedio tendrás;
Sé quién soy, y no podrás,
Aunque suspires y sientas,
Quitarme el haber nacido
Desta corona heredero;
Y si me viste primero
A las prisiones rendido,
Fué, porque ignoré quién era;
Pero ya informado estoy
De quién soy, y sé que soy
Un compuesto de hombre y fiera.

SALE ROSAURA EN TRAGE DE MUGER.

Ros. Siguiendo á Estrella vengo, [*ap.*
Y gran temor de hallar á Astolfo [tengo;
Que Clotaldo desea,
Que no sepa quién soy, y no me vea,
Porque dice que importa al honor mio:
Y de Clotaldo fio
Su efecto, pues le debo agradecida
Aquí el amparo de mi honor y vida.
Clar. ¿Qué es lo que te ha agradado
(*A Segismundo.*
as de cuanto aquí has visto y ad- [mirado?
Segis. Nada me ha suspendido;
Que todo lo tenia prevenido.
Mas si admirarme hubiera
Algo en el mundo, la hermosura [fuera
De la muger. Leia
Una vez yo en los libros que tenia,
Que lo que á Dios mayor estudio [debe,
Era el hombre, por ser un mundo [breve;
Mas ya que lo es recelo
La muger, pues ha sido un breve [cielo;
Y mas beldad encierra
Que el hombre, cuanto va de cielo [á tierra;
Y mas si es la que miro.
Ros. El príncipe está aquí; yo me [retiro. *ap.*
Segis. Oye, muger, detente;
No juntes el ocaso y el oriente,
Huyendo al primer paso,
Que juntas el oriente y el ocaso,
La luz y sombra fria,
Serás sin duda síncopa del dia.
¿Pero qué es lo que veo?
Ros. Lo mismo que estoy viendo [dudo y creo.
Segis. Yo he visto esta belleza
Otra vez.
Ros. Yo esta pompa, esta gran- [deza
He visto reducida
A una estrecha prision.
Segis. Ya hallé mi vida.
Muger, que aqueste nombre
Es el mejor requiebro para el hombre,
¿Quién eres? que sin verte,
Adoracion me debes, y de suerte
Por la fe te conquisto,
Que me persuado á que otra vez te he [visto.
¿Quién eres, muger bella?
Ros. Disimular me importa. (*ap.*) [Soy de Estrella
Una infelice dama.
Segis. No digas tal; di el sol, á cuya [llama
Aquella estrella vive,
Pues de tus rayos resplandor recibe.
Yo ví en reino de olores,
Que presidia entre escuadron de [flores
La deidad de la rosa,
Y era su emperatriz, por mas her- [mosa:
Yo ví entre piedras finas
De la docta academia de sus minas

Preferir el diamante,
Y ser su emperador, por mas bri- [llante:
Yo en esas córtes bellas
De la inquieta república de estrellas
Ví en el lugar primero
Por rey de las estrellas al lucero :
Yo en esferas perfectas,
Llamando el sol á córtes los planetas,
Le ví que presidia,
Como mayor oráculo del dia :
¿Pues cómo, si entre flores, entre [estrellas,
Piedras, signos, planetas, las mas [bellas
Prefieren, tú has servido
La de menos beldad, habiendo sido
Por mas bella y hermosa,
Sol, lucero, diamante, estrella y rosa?

SALE CLOTALDO, Y QUÉDASE AL PAÑO.

Clot. A Segismundo reducir de- [seo; *ap.*
Porque en fin le he criado : mas [¡qué veo!
Ros. Tu favor reverencio,
Respóndate retórico el silencio;
Cuando tan torpe la razon se halla,
Mejor habla, señor, quien mejor [calla.
Segis. No has de ausentarte, es- [pera;
¿Cómo quieres dejar de esa manera
Á oscuras mi sentido?
Ros. Esta licencia á vuestra alteza [pido.
Segis. Irte con tal violencia,
No es pedirla, es tomarte la licencia.
Ros. Pues si tú no la das, tomarla [espero.
Segis. Háras que de cortés pase á [grosero;
Porque la resistencia
Es veneno cruel de mi paciencia.
Ros. Pues cuando ese veneno,
De furia, de rigor y saña lleno,
La paciencia venciera,
Mi respeto no osára, ni pudiera.
Segis. Solo por ver si puedo,
Harás que pierda á tu hermosura el [miedo;
Que soy muy inclinado
Á vencer lo imposible : hoy he arro- [jado
De ese balcon á un hombre, que [decia
Que hacerse no podia;
Y así por ver si puedo, cosa es llana,
Que arrojaré tu honor por la ven- [tana.
Clot. Mucho se va empeñando. *ap.*
¿Qué he de hacer, cielos, cuando
Tras un loco deseo
Mi honor segunda vez á riesgo veo?
Ros. No en vano prevenia
Á este reino infeliz tu tiranía
Escándalos tan fuertes
De delitos, traiciones, iras, muertes.
¿Mas qué ha de hacer un hombre,
Que no tiene de humano mas que el [nombre,
Atrevido, inhumano,
Cruel, soberbio, bárbaro y tirano,
Nacido entre las fieras?
Segis. Porque tú ese baldon no me [dijeras,
Tan cortés me mostraba,
Pensando que con eso te obligaba;
Mas si lo soy, hablando deste modo,
Has de decirlo, vive Dios, por todo.
Hola, dejadnos solos, y esa puerta
Se cierre, y no entre nadie.

(*Vase Clarin.*)

Ros. Yo soy muerta :
Advierte.
Segis. Soy tirano,
Y ya pretendes reducirme en vano.
Clot. ¡Oh qué lance tan fuerte! *ap.*
Saldré á estorbarlo, aunque me dé [la muerte. —
Señor, atiende, mira. (*Llega.*)
Segis. Segunda vez me has provo- [cado á ira,
Viejo caduco y loco.
¿Mi enojo y mi rigor tienes en poco?
¿Cómo hasta aquí has llegado?
Clot. De los acentos desta voz [llamado,
Á decirte, que seas
Mas apacible, si reinar deseas;
Y no, por verte ya de todos dueño,
Seas cruel, porque quizá es un sueño.
Segis. A rabia me provocas,
Cuando la luz del desengaño tocas.
Veré, dándote muerte,
Si es sueño, ó si es verdad.

(*Al ir á sacar la daga se la detiene Clotaldo, y se pone de rodillas.*)

Clot. Yo desta suerte
Librar mi vida espero.
Segis. Quita la osada mano del [acero.
Clot. Hasta que gente venga,
Que tu rigor y cólera detenga,
No he de soltarte.
Ros. ¡Ay cielos!
Segis. Suelta, digo,
Caduco, loco, bárbaro, enemigo,
O será desta suerte, (*Luchan.*)
Dándote ahora entre mis brazos [muerte.
Ros. Acudid todos presto,
Que matan á Clotaldo. (*Vase.*)

SALE ASTOLFO A TIEMPO QUE CAE CLOTALDO A SUS PIÉS Y ÉL SE PONE EN MEDIO.

Ast. ¿Pues qué es esto,
Príncipe generoso?
¿Así se mancha acero tan brioso
En una sangre helada?
Vuelva á la vaina tan lucida espada.
Segis. En viéndola teñida
En esa infame sangre.
Ast. Ya su vida
Tomó á mis piés sagrado,
Y de algo ha de servirle haber lle- [gado.
Segis. Sírvate de morir; pues desta [suerte
Tambien sabré vengarme con tu [muerte
De aquel pasado enojo.
Ast. Yo defiendo
Mi vida, así la majestad no ofendo.

(*Saca Astolfo la espada y riñen.*)

SALE EL REY, ESTRELLA Y ACOMPAÑAMIENTO.

Clot. No le ofendas, señor.
Bas. ¿Pues aquí espadas?
Estr. ¡Astolfo es, ay de mí, penas [airadas!
Bas. ¿Pues qué es lo que ha pa- [sado?
Ast. Nada, señor, habiendo tú [llegado.
(*Envainan.*)

Segis. Mucho, señor, aunque hayas [tú venido;
Yo á ese viejo matar he pretendido.
Bas. ¿Respeto no tenias
A estas canas?
Clot. Señor, ved que son mias;
Que no importa vereis.
Segis. Acciones vanas,
Querer que tenga yo respeto á canas;
Pues aun esas podria
Ser que viese á mis plantas algun [dia;
Porque aun no estoy vengado
Del modo injusto con que me has [criado. (*Vase.*)
Bas. Pues antes que lo veas,
Volverás á dormir, adonde creas,
Que cuanto te ha pasado,
Como fué bien del mundo, fué so- [ñado.

(*Vanse el rey y Clotaldo, y quedan Estrella y Astolfo.*)

Ast. ¡Qué pocas veces el hado,
Que dice desdichas, miente!
Pues es tan cierto en los males,
Cuanto dudoso en los bienes.
¡Qué buen astrólogo fuera,
Si siempre casos crueles
Anunciara; pues no hay duda,
Que ellos fueran verdad siempre!
Conocerse esta esperiencia
En mí y Segismundo puede,
Estrella; pues en los dos
Hace muestras diferentes.
En él previno rigores,
Soberbias, desdichas, muertes,
Y en todo dijo verdad,
Porque todo, al fin, sucede:
Pero en mí, que al ver, señora,
Esos rayos escelentes,
De quien el sol fué una sombra,
Y el cielo un amago breve,
Que me previno venturas,
Trofeos, aplausos, bienes,
Dijo mal, y dijo bien;
Pues solo es justo que acierte,
Cuando amaga con favores,
Y ejecuta con desdenes.
Estr. No dudo que esas finezas
Son verdades evidentes;

Mas serán por otra dama,
Cuyo retrato pendiente
Al cuello trajisteis, cuando
Llegásteis, Astolfo, á verme;
Y siendo así, esos requiebros
Ella sola los merece.
Acudid á que ella os pague;
Que no son buenos papeles
En el consejo de amor
Las finezas, ni las fees,
Que se hicieron en servicio
De otras damas, y otros reyes.

Sale ROSAURA al paño.

Ros. Gracias á Dios, que llegaron
Ya mis desdichas crueles [*ap.*
Al término suyo; pues
Quien esto ve, nada teme.

Ast. Yo haré que el retrato salga
Del pecho, para que entre
La imágen de tu hermosura;
Donde entra estrella no tiene
Lugar la sombra, ni estrella
Donde el sol; voy á traerle. —
Perdona, Rosaura hermosa, *ap.*
Este agravio; porque ausentes
No se guardan mas fe, que esta,
Los hombres y las mugeres. (*Vase.*)

Sale ROSAURA.

Ros. Nada he podido escuchar, *ap.*
Temerosa que me viese.

Estr. ¡Astrea!

Ros. Señora mia.

Estr. Heme holgado, que tú fueses
La que llegaste hasta aquí;
Porque de tí solamente
Fiára un secreto.

Ros. Honras,
Señora, á quien te obedece.

Estr. En el poco tiempo, Astrea,
Que ha que te conozco, tienes
De mi voluntad las llaves;
Por esto, y por ser quien eres,
Me atrevo á fiar de tí
Lo que aun de mí muchas veces
Recaté.

Ros. Tu esclava soy.

Estr. Pues para decirlo en breve,
Mi primo Astolfo (bastára
Que mi primo te dijese,
Porque hay cosas que se dicen
Con pensarlas solamente)
Ha de casarse conmigo,
Si es que la fortuna quiere,
Que con una dicha sola
Tantas desdichas descuente.
Pesóme, que el primer dia
Echado al cuello trajese
El retrato de una dama:
Habléle en él cortesmente,
Es galan, y quiere bien,
Fué por él, y ha de traerle
Aquí; embarázame mucho,
Que él á mí á dármele llegue:
Quédate aquí, y cuando venga,
Le dirás, que te le entregue
A tí. No te digo mas;
Discreta y hermosa eres,
Bien sabrás lo que es amor. (*Vase.*)

Ros. ¡Ojalá no lo supiese!
¡Válgame el cielo! ¿quién fuera
Tan atenta y tan prudente,
Que supiera aconsejarse
Hoy en ocasion tan fuerte?
¿Habrá persona en el mundo
A quien el cielo inclemente
Con mas desdichas combata,
Y con mas pesares cerque?
¿Qué haré en tantas confusiones,
Donde imposible parece,
Que halle razon que me alivie,
Ni alivio que me consuele?
Desde la primer desdicha
No hay suceso ni accidente,
Que otra desdicha no sea;
Que unas á otras suceden,
Herederas de sí mismas.
A la imitacion del fénix
Unas de las otras nacen,
Viviendo de lo que mueren,
Y siempre de sus cenizas
Está el sepulcro caliente.
Que eran cobardes, decia
Un sabio, por parecerle,
Que nunca andaba una sola;
Yo digo, que son valientes,
Pues siempre van adelante,
Y nunca la espalda vuelven.
Quien las llevare consigo,
A todo podrá atreverse;

Pues en ninguna ocasion
No haya miedo que le dejen.
Dígalo yo, pues en tantas
Como á mi vida suceden,
Nunca me he hallado sin ellas,
Ni se han cansado, hasta verme,
Herida de la fortuna,
En los brazos de la muerte.
¡Ay de mí! ¿qué debo hacer
Hoy en la ocasion presente?
Si digo quién soy, Clotaldo,
A quien mi vida le debe
Este amparo y este honor,
Conmigo ofenderse puede;
Pues me dice, que callando
Honor y remedio espere.
Si no he de decir quién soy
A Astolfo, y él llega á verme,
¿Cómo he de disimular;
Pues aunque fingirlo intenten
La voz, la lengua y los ojos,
Les dirá el alma que mienten?
¿Qué haré? ¿Mas para qué estudio
Lo que haré? si es evidente,
Que por mas que lo prevenga,
Que lo estudie y que lo piense,
En llegando la ocasion,
Ha de hacer lo que quisiere
El dolor; porque ninguno
Imperio en sus penas tiene.
Y pues á determinar
Lo que ha de hacer no se atreve
El alma, llegue el dolor
Hoy á su término, llegue
La pena á su estremo, y salga
De dudas y pareceres
De una vez; pero hasta entonces
Valedme, cielos, valedme.

SALE ASTOLFO CON EL RETRATO.

Ast. Este es, señora, el retrato.
Mas ¡ay Dios!
Ros. ¿Qué se suspende
Vuestra alteza? ¿qué se admira?
Ast. De oirte, Rosaura, y verte.
Ros. ¿Yo Rosaura? Hase engañado
Vuestra alteza, si me tiene
Por otra dama; que yo
Soy Astrea, y no merece
Mi humildad tan grande dicha,
Que esa turbacion le cueste.
Ast. Basta, Rosaura, el engaño;
Porque el alma nunca miente,
Y aunque como á Astrea te mire,
Como á Rosaura te quiere.
Ros. No he entendido á vuestra al-[teza,
Y así no sé responderle:
Solo lo que yo diré,
Es, que Estrella (que lo puede
Ser de Vénus) me mandó,
Que en esta parte le espere,
Y de la suya le diga,
Que aquel retrato me entregue,
Que está muy puesto en razon,
Y yo misma se lo lleve.
Estrella lo quiere así;
Porque aun las cosas mas leves,
Como sean en mi daño,
Es Estrella quien las quiere.
Ast. Aunque mas esfuerzos hagas
¡Oh qué mal, Rosaura, puedes
Disimular! Di á los ojos,
Que su música concierten
Con la voz; porque es forzoso
Que desdiga y que disuene
Tan destemplado instrumento,
Que ajustar y medir quiere
La falsedad de quien dice
Con la verdad de quien siente.
Ros. Ya digo que solo espero
El retrato.
Ast. Pues que quieres
Llevar al fin el engaño,
Con él quiero responderte.
Diráslе, Astrea, á la infanta,
Que yo la estimo de suerte
Que, pidiéndome un retrato,
Poca fineza parece
Enviársele; y así,
Porque le estime y le precie,
Le envio el original;
Y tú llevársele puedes,
Pues ya le llevas contigo,
Como á tí misma te lleves.
Ros. Cuando un hombre se dispone,
Restado, altivo y valiente,
A salir con una empresa,
Aunque por trato le entreguen
Lo que valga mas, sin ella

Necio y desairado vuelve.
Yo vengo por un retrato,
Y aunque un original lleve,
Que vale mas, volveré,
Desairada : y así, déme
Vuestra alteza ese retrato;
Que sin él no he de volverme.
Ast. ¿Pues cómo, si no he de darle,
Le has de llevar?
Ros. Desta suerte :
Suéltale, ingrato.
Ast. Es en vano.
Ros. ¡Vive Dios! que no ha de ver[se
En manos de otra muger.
Ast. Terrible estás.
Ros. Y tú aleve.
Ast. Ya basta, Rosaura mia.
Ros. ¿Yo tuya? villano, mientes.

(*Están asidos ambos del retrato.*)

SALE ESTRELLA.

Estr. ¿Astrea, Astolfo? ¿qué es [esto?
Ast. Aquesta es Estrella.
Ros. Déme, *ap.*
Para cobrar mi retrato,
Ingenio el amor. — Si quieres
(*A Estrella.*)
Saber lo que es, yo, señora,
Te lo diré.
Ast. ¿Qué pretendes? (*ap. á Ros.*)
Ros. Mandásteme que esperase
Aquí á Astolfo, y le pidiese
Un retrato de tu parte.
Quedé sola, y como vienen
De unos discursos á otros
Las noticias fácilmente,
Viéndote hablar de retratos,
Con su memoria, acordéme
De que tenia uno mio
En la manga. Quise verle;
Porque una persona sola
Con locuras se divierte;
Cayóseme de la mano
Al suelo. Astolfo, que viene
A entregarte el de otra dama,
Le levantó, y tan rebelde
Está en dar el que le pides,
Que en vez de dar uno, quiere
Llevar otro; pues el mio
Aun no es posible volverme
Con ruegos y persuasiones :
Colérica é impaciente
Yo se le quise quitar.
Aquel que en la mano tiene
Es mio, tú lo verás,
Con ver si se me parece.
Estr. Soltad, Astolfo, el retrato.
(*Quítasele de la mano.*)
Ast. Señora...
Estr. No son crueles
A la verdad los matices.
Ros. ¿No es mio?
Estr. ¿Qué duda tiene?
Ros. Ahora di que te dé el otro.
Estr. Toma tu retrato, y vete.
Ros. Yo he cobrado mi retrato, *ap.*
Venga ahora lo que viniere. (*Vase.*)
Estr. Dadme ahora el retrato vos,
Que os pedí; que aunque no piense
Veros, ni hablaros jamás,
No quiero, no, que se quede
En vuestro poder, siquiera
Porque yo tan neciamente
Le he pedido.
Ast. ¿Cómo puedo *ap.*
Salir de lance tan fuerte? —
Aunque quiera, hermosa Estrella,
Servirte y obedecerte,
No podré darte el retrato
Que me pides; porque...
Estr. Eres
Villano y grosero amante.
No quiero que me le entregues;
Porque yo tampoco quiero,
Con tomarle, que me acuerdes,
Que te le he pedido yo. (*Vase.*)
Ast. Oye, escucha, mira, advierte. —
Válgate Dios por Rosaura,
¿Dónde, cómo, ó de qué suerte
Hoy á Polonia has venido
A perderme y á perderte? (*Vase.*)

DESCUBRESE SEGISMUNDO COMO AL PRINCIPIO CON PIELES Y CADENA, DURMIENDO EN EL SUELO, Y SALEN CLOTALDO, DOS CRIADOS Y CLARIN.

Clot. Aquí le habeis de dejar,

Pues hoy su soberbia acaba
Donde empezó.
Cr. Como estaba
La cadena vuelvo á atar.
Clar. No acabes de dispertar,
Segismundo, para verte
Perder, trocada la suerte,
Siendo tu gloria fingida
Una sombra de la vida,
Y una llama de la muerte.
Clot. A quien sabe discurrir,
Así es bien que se prevenga
Una estancia, donde tenga
Harto lugar de argüir. —
Este es al que habeis de asir,

(*A los criados.*)

Y en ese cuarto encerrar.
Clar. ¿Porqué á mí?
Clot. Porque ha de estar
Guardado en prision tan grave
Clarin que secretos sabe,
Donde no pueda sonar.
Clar. ¿Yo, por dicha, solicito
Dar muerte á mi padre? No.
¿Arrojé del balcon yo
Al Icaro de poquito?
¿Yo sueño, ó duermo? ¿A qué fin
Me encierran?
Clot. Eres Clarin.
Clar. Pues ya digo que seré
Corneta, y que callaré,
Que es instrumento ruin.

(*Llévanle, y queda solo Clotaldo.*)

SALE EL REY REBOZADO.

Bas. ¿Clotaldo?
Clot. ¿Señor, así
Viene Vuestra Majestad?
Bas. La necia curiosidad
De ver lo que pasa aquí
A Segismundo (¡ay de mí!)
Deste modo me ha traido.
Clot. Mírale allí reducido
A su miserable estado.
Bas. ¡Ay príncipe desdichado
Y en triste punto nacido!
Llega á dispertarle, ya
Que fuerza y vigor perdió
Con el opio que bebió.
Clot. Inquieto, señor, está,
Y hablando.
Bas. ¿Qué soñará
Ahora? Escuchemos pues.

(*Dice entre sueños Segismundo.*)

Segis. Piadoso príncipe es
El que castiga tiranos.
Clotaldo muera á mis manos;
Mi padre bese mis piés.
Clot. Con la muerte me amenaza.
Bas. A mí con rigor y afrenta.
Clot. Quitarme la vida intenta.
Bas. Rendirme á sus plantas traza.

(*Vuelve á hablar entre sueños Segismundo.*)

Segis. Salga á la anchurosa plaza
Del gran teatro del mundo
Este valor sin segundo;
Porque mi venganza cuadre,
Vean triunfar de su padre
Al príncipe Segismundo. —

(*Despierta.*)

¡Mas ay de mí! ¿dónde estoy?
Bas. Pues á mí no me ha de ver;

(*A Clotaldo.*)

Ya sabes lo que has de hacer.
Desde allí á escucharte voy.

(*Retírase.*)

Segis. ¿Soy yo, por ventura? ¿soy
El que preso y aherrojado
Llego á verme en tal estado?
¿No sois mi sepulcro vos,
Torre? Sí. ¡Vá'game Dios,
Qué de cosas he soñado!
Clot. A mí me toca llegar, *ap.*
A hacer la desecha ahora. —
¿Es ya de dispertar hora?
Segis. Sí, hora es ya de dispertar.
Clot. ¿Todo el dia te has de estar
Durmiendo? ¿Desde que yo
Al águila que voló
Con tardo vuelo seguí,
Y te quedaste tú aquí,
Nunca has dispertado?
Segis. No;
Ni aun ahora he dispertado;
Que segun, Clotaldo, entiendo,
Todavía estoy durmiendo.

Y no estoy muy engañado;
Porque si ha sido soñado
Lo que ví palpable y cierto,
Lo que veo será incierto;
Y no es mucho que rendido,
Pues veo estando dormido,
Que sueñe estando despierto.
Clot. Lo que soñaste me dí.
Segis. Supuesto que sueño fué,
No diré lo que soñé,
Lo que ví, Clotaldo, sí.
Yo disperté, yo me ví.
(¡Qué crueldad tan lisonjera!)
En un lecho, que pudiera
Con matices y colores
Ser el catre de las flores,
Que tejió la primavera.
Aquí mil nobles rendidos
A mis piés nombre me dieron
De su príncipe, y sirvieron
Galas, joyas y vestidos.
La calma de mis sentidos
Tú trocaste en alegría,
Diciendo la dicha mia;
Que, aunque estoy desta manera,
Príncipe en Polonia era.
Clot. ¿Buenas albricias tendria?
Segis. No muy buenas; por traidor,
Con pecho atrevido y fuerte,
Dos veces te daba muerte.
Clot. ¿Para mi tanto rigor?
Segis. De todos era señor,
Y de todos me vengaba;
Solo á una muger amaba,
Que fué verdad, creo yo,
En que todo se acabó,
Y esto solo no se acaba. (*Vase el rey.*)
Clot. Enternecido se ha ido *ap.*
El rey de haberle escuchado. —
Como habiamos hablado
De aquella águila, dormido,
Tu sueño imperios han sido;
Mas en sueños fuera bien
Honrar entonces á quien
Te crió en tantos empeños,
Segismundo; que aun en sueños
No se pierde el hacer bien. (*Vase.*)
Segis. Es verdad; pues reprimamos
Esta fiera condicion,
Esta furia, esta ambicion,
Por si alguna vez soñamos:
Y si haremos; pues estamos
En mundo tan singular,
Que el vivir solo es soñar;
Y la esperiencia me enseña,
Que el hombre que vive sueña
Lo que es, hasta dispertar.
Sueña el rey, que es rey, y vive
Con este engaño mandando,
Disponiendo y gobernando;
Y este aplauso, que recibe
Prestado, en el viento escribe,
Y en cenizas le convierte
La muerte; (¡desdicha fuerte!)
¿Que hay quien intente reinar,
Viendo que ha de dispertar
En el sueño de la muerte?
Sueña el rico en su riqueza,
Que mas cuidados le ofrece,
Sueña el pobre que padece,
Su miseria y su pobreza,
Sueña el que á medrar empieza,
Sueña el que afana y pretende,
Sueña el que agravia y ofende;
Y en el mundo, en conclusion,
Todos sueñan lo que son,
Aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño, que estoy aquí
Destas prisiones cargado,
Y soñé, que en otro estado
Mas lisonjero me ví.
¿Qué es la vida? Un frenesí:
¿Qué es la vida? Una ilusion,
Una sombra, una ficcion,
Y el mayor bien es pequeño;
Que toda la vida es sueño,
Y los sueños sueños son.

JORNADA III.

Sale CLARIN.

Clar. En una encantada torre,
Por lo que sé, vivo preso,
¿Que me harán por lo que ignoro,
Si por lo que sé me han muerto?
¡Que un hombre con tanta hambre
Viniese á morir viviendo!
Lástima tengo de mí;
Todos dirán, bien lo creo,
Y bien se puede creer,

Pues para mí este silencio
No conforma con el nombre
Clarin, y callar no puedo.
Quien me hace compañía
Aquí, si á decirlo acierto,
Son arañas y ratones;
¡ Miren qué dulces jilgueros !
De los sueños desta noche
La triste cabeza tengo
Llena de mil chirimías,
De trompetas y embelecos,
De procesiones, de cruces,
De disciplinantes; y estos
Unos suben, otros bajan,
Unos se desmayan, viendo
La sangre que llevan otros.
Mas yo, la verdad diciendo,
De no comer me desmayo;
Que en esta prision me veo,
Donde ya todos los dias
En el filósofo leo
Nicomedes, y las noches
En el concilio Niceno.
Si llaman santo al callar,
Como en calendario nuevo,
San Secreto es para mí,
Pues le ayuno, y no le huelgo;
Aunque está bien merecido
El castigo que padezco,
Pues callé siendo criado,
Que es el mayor sacrilegio.

(*Ruido de cajas y clarines, y dicen dentro* :)

Sold. 1°. Esta es la torre en que
Echad la puerta en el suelo; [está.
Entrad todos.
Clar. ¡ Vive Dios!
Que á mí me buscan, es cierto,
Pues que dicen que aquí estoy.
¿ Qué me querrán ?
Sold. 1°. Entrad dentro.

SALEN LOS SOLDADOS QUE PUDIEREN.

Sold. 2°. Aquí está.
Clar. No está.
Todos. Señor.
Clar. ¿Si vienen borrachos estos? *ap.*
Sold. 1°. Tú nuestro príncipe eres,
Ni admitimos, ni queremos,
Sino al señor natural,
Y no á príncipe estranjero.
A todos nos da los piés. [nuestro!
Todos. ¡ Viva el gran príncipe
Clar. Vive Dios, que va de veras.
[*ap.*
¿ Si es costumbre en este reino
Prender uno cada dia
Y hacerle príncipe, y luego
Volverle á la torre? Sí;
Pues cada dia lo veo.
Fuerza es hacer mi papel.
Todos. Danos tus plantas.
Clar. No puedo;
Porque las he menester
Para mí, y fuera defecto
Ser príncipe desplantado.
Sold. 2°. Todos á tu padre mesmo
Le dijimos, que á tí solo
Por príncipe conocemos,
No al de Moscovia.
Clar. ¿ A mí padre
Le perdísteis el respeto ?
Sois unos tales por cuales. [pecho.
Sold. 1°. Fué lealtad de nuestro
Clar. Si fué lealtad, yo os perdono
Sold. 2°. Sal á restaurar tu impe-
¡ Viva Segismundo ! [rio
Todos. ¡ Viva !
Clar. ¿ Segismundo dicen ? Bueno
Segismundo llaman todos [*ap.*
Los príncipes contrahechos.

SALE SEGISMUNDO.

Segis. ¿Quién nombra aquí á Se-
[gismundo ?
Clar. ¡ Mas que soy príncipe huero!
[*ap.*
Sold. 1° ¿ Quién es Segismundo ?
Segis. Yo.
Sold. 2°. ¿Pues cómo, atrevido y
Tú te hacias Segismundo ? [necio,
Clar. ¿ Yo Segismundo ? Eso niego;
Vosotros fuisteis los que
Me segismundeásteis : luego
Vuestra ha sido solamente
Necedad y atrevimiento.
Sold. 1°. Gran príncipe Segismun-
Que las señas que traemos [do
Tuyas son, aunque por fe

Te aclamamos señor nuestro.
Tu padre el gran rey Basilio,
Temeroso que los cielos
Cumplan un hado, que dice
Que ha de verse á tus piés puesto,
Vencido de tí, pretende
Quitarte accion y derecho,
Y dárselo á Astolfo, duque
De Moscovia. Para esto
Juntó su córte, y el vulgo,
Penetrando ya y sabiendo,
Que tiene rey natural,
No quiere que un estranjero
Venga á mandarle. Y así,
Haciendo noble desprecio
De la inclemencia del hado,
Te ha buscado donde preso
Vives, para que asistido
De sus armas, y saliendo
Desta torre á restaurar
Tu imperial corona y cetro,
Se la quites á un tirano.
Sal pues; que en ese desierto
Ejército numeroso
De bandidos y plebeyos
Te aclama; la libertad
Te espera; oye sus acentos.
¡ Viva Segismundo, viva!
(*Dentro.*)
Segis. ¿Otra vez, (¡ qué es esto, [cielos!)
Quereis, que sueñe grandezas,
Que ha de deshacer el tiempo?
¿ Otra vez quereis, que vea
Entre sombras y bosquejos
La majestad y la pompa
Desvanecida del viento?
¿Otra vez quereis, que toque
El desengaño, ó el riesgo
A que el humano poder
Nace humilde, y vive atento?
Pues no ha de ser, no ha de ser;
Miradme otra vez sujeto
A mi fortuna; y pues sé;
Que toda esta vida es sueño,
Idos, sombras, que fingis
Hoy á mis sentidos muertos
Cuerpo y voz, siendo verdad,
Que ni teneis voz ni cuerpo.
Que no quiero majestades
Fingidas, pompas no quiero
Fantásticas, ilusiones,
Que al soplo menos ligero
Del aura han de deshacerse,
Bien como el florido almendro,
Que por madrugar sus flores,
Sin aviso y sin consejo,
Al primer soplo se apagan,
Marchitando y desluciendo
De sus rosados capillos
Belleza, luz y ornamento.
Ya os conozco, ya os conozco,
Y sé que os pasa lo mesmo
Con cualquiera que se duerme.
Para mí no hay fingimientos;
Que desengañado ya,
Sé bien, que la vida es sueño.
Sold. 2°. Si piensas que te engaña- [mos,
Vuelve á ese monte soberbio
Los ojos, para que veas
La gente que aguarda en ello,
Para obedecerte.
Segis. Ya
Otra vez ví aquesto mesmo
Tan clara y distintamente
Como ahora le estoy viendo,
Y fué sueño.
Sold. 2°. Cosas grandes
Siempre, gran señor, trajeron
Anuncios; y esto seria,
Si lo soñaste primero.
Segis. Dices bien, anuncio fué;
Y caso que fuese cierto,
Pues que la vida es tan corta,
Soñemos, alma, soñemos
Otra vez; pero ha de ser
Con atencion y consejo
De que hemos de dispertar
Deste gusto al mejor tiempo:
Que llevándolo sabido,
Será el desengaño menos;
Que es hacer burla del daño,
Adelantarle el consejo.
Y con esta prevencion,
De que cuando fuese cierto,
Es todo el poder prestado,
Y ha de volverse á su dueño,
Atrevámonos á todo. —
Vasallos, yo os agradezco
La lealtad; en mí llevais

Quien os libre osado y diestro
De estranjera esclavitud.
Tocad al arma; que presto
Vereis mi inmenso valor.
Contra mi padre pretendo
Tomar armas, y sacar
Verdaderos á los cielos,
Puesto he de verle á mis plantas. —
Mas si antes desto despierto, *ap.*
¿No será bien no decirlo,
Supuesto que no he de hacerlo?
Todos. ¡Viva Segismundo, viva!

SALE CLOTALDO.

Clot. ¿Qué alboroto es este, cielos?
Segis. ¿Clotaldo?
Clot. ¿Señor?— En mí *ap.*
Su rigor prueba.
Clar. Yo apuesto, *ap.*
Que le despeña del monte.
(*Vase.*)
Clot. A tus reales plantas llego,
Ya sé que á morir.
Segis. Levanta,
Levanta, padre, del suelo;
Que tú has de ser norte y guia,
De quien fie mis aciertos;
Que ya sé que mi crianza
A tu mucha lealtad debo.
Dame los brazos.
Clot. ¿Qué dices?
Segis. Que estoy soñando, y que quiero
Obrar bien, pues no se pierde
El hacer bien, aun en sueños.
Clot. Pues, señor, si el obrar bien
Es ya tu blason, es cierto,
Que no te ofenda el que yo
Hoy solicite lo mesmo.
¿A tu padre has de hacer guerra?
Yo aconsejarte no puedo
Contra mi rey, ni valerte.
A tus plantas estoy puesto,
Dame la muerte.
Segis. ¡Villano,
Traidor, ingrato! —Mas cielos! *ap.*
El reportarme conviene;
Que aun no sé si estoy despierto. —
Clotaldo, vuestro valor
Os envidio y agradezco.
Idos á servir al rey;
Que en el campo nos veremos. —
Vosotros tocad al arma.
Clot. Mil veces tus plantas beso.
(*Vase.*)
Segis. A reinar, fortuna, vamos;
No me despiertes, si duermo,
Y si es verdad, no me aduermas.
Mas sea verdad ó sueño,
Obrar bien es lo que importa;
Si fuere verdad, por serlo;
Si no, por ganar amigos,
Para cuando despertemos.
(*Vanse, tocando cajas.*)

SALEN EL REY BASILIO Y ASTOLFO.

Bas. ¿Quién, Astolfo, podrá parar prudente
La furia de un caballo desbocado?
¿Quién detener de un rio la corriente,
Que corre al mar soberbio y despeñado?
¿Quién un peñasco suspender valiente
De la cima de un monte desgajado?
Pues todo fácil de parar se mira
Mas, que de un vulgo la soberbia ira.
Dígalo en bandos el rumor partido;
Pues se oye resonar en lo profundo
De los montes el eco repetido,
Unos Astolfo, y otros Segismundo
El dosel de la jura, reducido
A segunda intencion, á horror segundo,
Teatro funesto es, donde importuna
Representa tragedias la fortuna.
Ast. Señor, suspéndase hoy tanta alegría,
Cese el aplauso y gusto lisonjero,
Que tu mano feliz me prometia;
Que si Polonia (á quien mandar espero)
Hoy se resiste á la obediencia mia,
Es, porque la merezca yo primero.

Dadme un caballo, y de arrogancia [lleno
Rayo descienda el que blasona trueno.

(*Vase.*)

Bas. Poco reparo tiene lo infalible,
Y mucho riesgo lo previsto tiene;
Si ha de ser, la defensa es imposible,
Que quien la escusa mas, mas la [previene.
¡Dura ley! ¡fuerte caso! ¡horror terri- [ble!
Quien piensa huir el riesgo, al riesgo [viene;
Con lo que yo guardaba me he per- [dido,
Yo mismo, yo mi patria he destrui- [do.

Sale ESTRELLA.

Estr. Si tu presencia, gran señor, [no trata
De enfrenar el tumulto sucedido,
Que de uno en otro bando se dilata
Por las calles y plazas dividido,
Verás tu reino en ondas de escar- [lata
Nadar, entre la púrpura teñido
De su sangre; que ya con triste mo- [do,
Todo es desdichas, y tragedias todo.
Tanta es la ruina de tu imperio, tan- [ta
La fuerza del rigor duro y sangrien- [to,
Que visto admira, y escuchado es- [panta.
El sol se turba, y se embaraza el [viento,
Cada piedra un pirámide levanta,
Y cada flor construye un monumen- [to,
Cada edificio en el sepulcro altivo,
Cada soldado un esqueleto vivo.

Sale CLOTALDO.

Clot. Gracias á Dios, que vivo á [tus piés llego.
Bas. Clotaldo, ¿pués qué hay de [Segismundo?
Clot. Que el vulgo, monstruo des- [peñado y ciego,
La torre penetró, y de lo profundo
Della sacó su príncipe, que, luego
Que vió segunda vez su honor se- [gundo,
Valiente se mostró, diciendo fiero,
Que ha de sacar al cielo verdadero.
Bas. Dadme un caballo; porque yo [en persona
Vencer valiente un hijo ingrato [quiero,
Y en la defenza ya de mi corona,
Lo que la ciencia erró, venza el acero.

(*Vase.*)

Estr. Pues yo al lado del sol seré [Belona,
Poner mi nombre junto al suyo es- [pero;
Qué he de volar sobre teñdidas alas
A competir con la deidad de Pálas.

(*Vase, y tocan al arma.*)

Sale ROSAURA y detiene a CLOTALDO.

Ros. Aunque el valor, que se en-
En tu pecho, desde allí [cierra
Da voces, óyeme á mí;
Que yo sé que todo es guerra.
Bien sabes, que yo llegué
Pobre, humilde y desdichada
A Polonia, y amparada
De tu valor, en tí hallé
Piedad; mandásteme (¡ay cielos!),
Que disfrazada viviese
En palacio, y pretendiese
(Disimulando mis zelos)
Guardarme de Astolfo. En fin
Él me vió, y tanto atropella
Mi honor, que, viéndome, á Estrella
De noche habla en un jardin;
Deste la llave he tomado,
Y te podré dar lugar
De que en él puedas entrar
A dar fin á mi cuidado.
Aquí altivo, osado y fuerte,
Volver por mi honor podrás,
Pues que ya resuelto estás
A vengarme con su muerte.

Clot. Verdad es, que me incliné
Desde el punto que te ví
A hacer, Rosaura, por tí
(Testigo tu llanto fué),
Cuanto mi vida pudiese.
Lo primero que intenté,
Quitarte aquel trage fué;
Porque si acaso te viese
Astolfo en tu propio trage,
Sin juzgar á liviandad
La loca temeridad,
Que hace del honor ultraje.
En este tiempo trazaba,
Como cobrar se pudiese
Tu honor perdido, aunque fuese
(Tanto tu honor me arrastraba)
Dando muerte á Astolfo. ¡ Mira
Que caduco desvarío !
Si bien, no siendo rey mio,
Ni me asombra, ni me admira.
Darle pensé muerte, cuando
Segismundo pretendió
Dármela á mí, y él llegó,
Su peligro atropellando,
A hacer en defensa mia
Muestras de su voluntad,
Que fueron temeridad,
Pasando de valentía.
¿Pues cómo yo ahora (advierte),
Teniendo alma agradecida,
A quien me ha dado la vida
Le tengo de dar la muerte?
Y así, entre los dos partido
El afecto y el cuidado,
Viendo que á tí te la he dado,
Y que dél la he recibido,
No sé á qué parte acudir,
No sé á qué parte ayudar,
Si á tí me obligué con dar,
Dél lo estoy con recibir.
Y así, en la accion que se ofrece,
Nada á mi amor satisface;
Porque soy persona que hace,
Y persona que padece.
Ros. No tengo que prevenir,
Que en un varon singular,
Cuanto es noble accion el dar,
Es bajeza el recibir.
Y este principio asentado,
No has de estarle agradecido,
Supuesto que si él ha sido
El que la vida te ha dado,
Y tú á mí, evidente cosa
Es, que él forzó tu nobleza
A que hiciese una bajeza,
Y yo una accion generosa.
Luego estás dél ofendido,
Luego estás de mí obligado,
Supuesto que á mí me has dado
Lo que dél has recibido;
Y así debes acudir
A mi honor en riesgo tanto,
Pues yo le prefiero, cuanto
Va de dar á recibir.
Clot. Aunque la nobleza vive
De la parte del que da,
El agradecerla está
De parte del que recibe.
Y pues ya dar he sabido,
Ya tengo con nombre honroso
El nombre de generoso:
Déjame el de agradecido;
Pues le puedo conseguir,
Siendo agradecido, cuanto
Liberal; pues honra tanto
El dar, como el recibir.
Ros. De tí recibí la vida,
Y tú mismo me dijiste,
Cuando la vida me diste,
Que la que estaba ofendida
No era vida: luego yo
Nada de tí he recibido;
Pues vida no vida ha sido
La que tu mano me dió.
Y si debes ser primero
Liberal, que agradecido
(Como de tí mismo he oido),
Que me des la vida espero,
Que no me la has dado; y pues
El dar engrandece mas,
Si antes liberal, serás
Agradecido despues
Clot. Vencido de tu argumento,
Antes liberal seré.
Yo, Rosaura, te daré
Mi hacienda, y en un convento
Vive; que está bien pensado
El medio que solicito;
Pues huyendo de un delito,
Te recoges á un sagrado:

Que cuando desdichas siente
El reino, tan dividido,
Habiendo noble nacido,
No he de ser quien las aumente.
Con el remedio elegido
Soy con el reino leal,
Soy contigo liberal,
Con Astolfo agradecido;
Y así escoge el que te cuadre,
Quedándose entre los dos,
Que no hiciera, ¡vive Dios!
Mas, cuando fuera tu padre.

Ros. Cuando tú mi padre fueras,
Sufriera esa injuria yo;
Pero no siéndolo, no.

Clot. ¿Pues qué es lo que hacer [esperas?

Ros. Matar al duque.

Clot. ¿Una dama,
Que padre no ha conocido,
Tanto valor ha tenido?

Ros. Sí.

Clot. ¿Quién te alienta?

Ros. Mi fama.

Clot. Mira que á Astolfo has de [ver.....

Ros. Todo mi honor lo atropella.

Clot. Tu rey, y esposo de Estrella.

Ros. ¡Vive Dios, que no ha de ser!

Clot. Es locura.

Ros. Ya lo veo.

Clot. Pues véncela.

Ros. No podré.

Clot. Pues perderás.....

Ros. Ya lo sé.

Clot. Vida y honor.

Ros. Bien lo creo.

Clot. ¿Qué intentas?

Ros. Mi muerte.

Clot. Mira,
Que eso es despecho.

Ros. Es honor.

Clot. Es desatino.

Ros. Es valor.

Clot. Es frenesí.

Ros. Es rabia, es ira.

Clot. ¿En fin, que no se da medio
A tu ciega pasion?

Ros. No.

Clot. ¿Quién ha de ayudarte?

Ros. Yo.

Clot. ¿No hay remedio?

Ros. No hay remedio.

Clot. Piensa bien, si hay otros [modos...

Ros. Perderme de otra manera.
(*Vase.*)

Clot. Pues si has de perderte, [espera,
Hija, y perdámonos todos. (*Vase.*)

TOCAN CAJAS, Y SALEN MARCHANDO SOLDADOS Y CLARIN, Y SEGISMUNDO VESTIDO DE PIELES.

Segis. Si este dia me viera
Roma en los triunfos de su edad [primera,
¡Oh cuánto se alegrára,
Viendo lograr una ocasion tan rara,
De tener una fiera,
Que sus grandes ejércitos rigiera,
A cuyo altivo aliento
Fuera poca conquista el firmamento!
Pero el vuelo abatamos,
Espíritu; no así desvanezcamos
Aqueste aplauso incierto,
Si ha de pesarme, cuando esté des- [pierto,
De haberlo conseguido,
Para haberlo perdido;
Pues mientras menos fuere,
Menos se sentirá si se perdiere.
(*Tocan un clarin.*)

Clar. En un veloz caballo
(Perdóname, que fuerza es el pin- [tallo,
En viniéndome á cuento),
En quien un mapa se dibuja atento,
Pues el cuerpo es la tierra
El fuego el alma que en el pecho [encierra,
La espuma el mar, y el aire es el [suspiro,
En cuya confusion un caos admiro;
Pues en el alma, espuma, cuerpo, [aliento,
Monstruo es de fuego, tierra, mar y [viento;
De color remendado,
Rucio, y á su propósito rodado,
Del que bate la espuela,
Que en vez de correr, vuela;
A tu presencia llega

Airosa una muger.
Segis. Su luz me ciega.
Clar. Vive Dios, que es Rosaura.
(*Vase.*)
Segis. El cielo á mi presencia la
[restaura.

SALE ROSAURA CON VAQUERO, ESPADA Y DAGA.

Ros. Generoso Segismundo,
Cuya magestad heróica
Sale al dia de sus hechos
De la noche de sus sombras;
Y como el mayor planeta,
Que en los brazos de la aurora
Se restituye luciente
A las plantas y á las rosas,
Y sobre montes y mares,
Cuando coronado asoma,
Luz esparce, rayos brilla,
Cumbres baña, espumas borda;
Así amanezcas al mundo,
Luciente sol de Polonia,
Que á una muger infelice,
Que hoy á tus plantas se arroja,
Ampares, por ser muger
Y desdichada, dos cosas,
Que para obligarle á un hombre,
Que de valiente blasona,
Cualquiera de las dos basta,
Cualquiera de las dos sobra.
Tres veces son las que ya
Me admiras, tres las que ignoras
Quien soy; pues las tres me viste
En diverso trage y forma.
La primera, me creiste
Varon en la rigurosa
Prision, donde fué tu vida
De mis desdichas lisonja:
La segunda, me admiraste
Muger, cuando fué la pompa
De tu magestad un sueño,
Una fantasma, una sombra:
La tercera es hoy, que siendo
Monstruo de una especie y otra,
Entre galas de muger
Armas de varon me adornan.
Y porque compadecido
Mejor mi amparo dispongas,
Es bien que de mis sucesos
Trágicas fortunas oigas.
De noble madre nací
En la córte de Moscovia,
Que, segun fué desdichada,
Debió de ser muy hermosa.
En esta puso los ojos
Un traidor, que no le nombra
Mi voz, por no conocerle,
De cuyo valor me informa
El mio; pues siendo objeto
De su idea, siento ahora
No haber nacido gentil,
Para persuadirme loca,
A que fué algun dios de aquellos,
Que en metamorfósis llora
Lluvia de oro, cisne y toro
En, Danae, Leda y Europa.
Cuando pensé que alargaba,
Citando aleves historias,
El discurso, hallo que en él
Te he dicho en razones pocas,
Que mi madre, persuadida
A finezas amorosas,
Fué como ninguna bella,
Y fué infeliz como todas.
Aquella necia disculpa
De fe y palabra de esposa
La alcanzó tanto, que aun hoy
El pensamiento la llora;
Habiendo sido un tirano
Tan Enéas de su Troya,
Que la dejó hasta la espada.
Envaínese aquí su hoja;
Que yo la desnudaré
Antes que acabe la historia,
Deste pues mal dado nudo,
Que ni ata, ni aprisiona,
O matrimonio, ó delito,
Si bien todo es una cosa,
Nací yo tan parecida,
Que fuí un retrato, una copia,
Ya que en la hermosura no,
En la dicha y en las obras.
Y así no habré menester
Decir, que poco dichosa,
Heredera de fortunas,
Corrí con ella una propia.
Lo mas, que podré decirte
De mí, es el dueño que roba
Los trofeos de mi honor,
Los despojos de mi honra.

Astolfo (¡ay de mí! al nombrarle
Se encoleriza y se enoja
El corazon, propio efecto
De que enemigo le nombra),
Astolfo fué el dueño ingrato,
Que olvidado de las glorias
(Porque en un pasado amor
Se olvida hasta la memoria),
Vino á Polonia, llamado
De su conquista famosa,
A casarse con Estrella,
Que fué de mi ocaso antorcha.
¿Quién creerá, que habiendo sido
Una estrella quien conforma
Dos amantes, sea una Estrella
La que los divida ahora?
Yo ofendida, yo burlada,
Quedé triste, quedé loca,
Quedé muerta, quedé yo,
Que es decir, que quedó toda
La confusion del infierno
Cifrada en mi Babilonia;
Y declarándome muda
(Porque hay penas y congojas
Que la dicen los afectos
Mucho mejor, que la boca),
Dije mis penas callando,
Hasta que una vez á solas
Violante mi madre (¡ay cielos!)
Rompió la prison, y en tropa
Del pecho salieron juntas,
Tropezando unas con otras.
No me embaracé en decirlas;
Que en sabiendo una persona,
Que á quien sus flaquezas cuenta,
Ha sido cómplice en otras,
Parece que ya le hace
La salva, y le desahoga;
Que á veces el mal ejemplo
Sirve de algo. En fin piadosa
Oyó mis quejas, y quiso
Consolarme con las propias:
¡Juez que ha sido delincuente,
Qué facilmente perdona!
Escarmentando en sí misma,
Y por negar á la ociosa
Libertad, al tiempo fácil
El remedio de su honra,
No le tuvo en mis desdichas,
Por mejor consejo toma,
Que le siga, y que le obligue
Con finezas prodigiosas
A la deuda de mi honor.
Y para que á menos costa
Fuese, quiso mi fortuna,
Que en trage de hombre me ponga.
Descuelga una antigua espada,
Que es esta que ciño: ahora
Es tiempo que se desnude
(Como prometí) la hoja;
Pues confiada en sus señas,
Me dijo: Parte á Polonia,
Y procura, que te vean
Ese acero que te adorna
Los mas nobles; que en alguno
Podrá ser, que hallen piadosa
Acogida tus fortunas,
Y consuelo tus congojas.
Llgué á Polonia en efecto;
Pasemos, pues que no importa
El decirlo, y ya se sabe,
Que un bruto que se desboca
Me llevó á tu cueva, adonde
Tú de mirarme te asombras.
Pasemos, que allí Clotaldo
De mi parte se apasiona,
Que pide mi vida al rey
Que el rey mi vida le otorga,
Que informado de quien soy,
Me persuade á que me ponga
Mi propio trage, y que sirva
A Estrella, donde ingeniosa
Estorbé el amor de Astolfo,
Y el ser Estrella su esposa.
Pasemos, que aquí me viste
Otra vez confuso, y otra
Con el trage de muger
Confundiste entrambas formas,
Y vamos á que Clotaldo,
Persuadido á que le importa
Que se casen y que reinen
Astolfo y Estrella hermosa,
Contra mi honor me aconseja,
Que la pretension deponga.
Yo, viendo que tú, o valiente
Segismundo, á quien hoy toca
La venganza, pues el cielo
Quiere que la cárcel rompas
De esa rústica prision,
Donde ha sido tu persona

Al sentimiento una fiera,
Al sufrimiento una roca,
Las armas contra tu patria
Y contra tu padre tomas,
Vengo á ayudarte, mezclando
Entre las galas costosas
De Diana los arneses
De Pálas, vistiendo ahora
Ya la tela, y ya el acero,
Que entrambos juntos me adornan
Ea pues, fuerte caudillo,
A los dos juntos importa
Impedir y deshacer
Estas concertadas bodas:
A mí, porque no se case
El que mi esposo se nombra;
Y á tí, porque, estandos juntos
Sus dos estados, no pongan
Con mas poder y mas fuerza
En duda nuestra victoria.
Muger vengo á persuadirte
Al remedio de mi honra;
Y varon vengo á alentarte
A que cobres tu corona.
Muger vengo á enternecerte,
Cuando á tus plantas me ponga;
Y varon vengo á servirte
Con mi acero y mi persona.
Y así piensa, que si hoy
Como muger me enamoras,
Como varon te daré
La muerte en defensa honrosa
De mi honor; porque he de ser,
En su conquista amorosa,
Muger para darte quejas,
Varon para ganar honras.

Segis. Cielos, si es verdad que [sueño, *ap.*
Suspendedme la memoria;
Que no es posible que quepan
En un sueño tantas cosas.
¡Válgame Dios, quién supiera
O saber salir de todas,
O no pensar en ninguna!
¿Quién vió penas tan dudosas?
Si soñé aquella grandeza
En que me ví, ¿cómo ahora
Esta muger me refiere
Unas señas tan notorias?
Luego fué verdad, no sueño;
Y si fué verdad, que es otra
Confusion, y no menor,
¿Cómo mi vida le nombra
Sueño? ¿Pues tan parecidas
A los sueños son las glorias,
Que las verdaderas son
Tenidas por mentirosas,
Y las fingidas por ciertas?
¿Tan poco hay de unas á otras,
Que hay cuestion sobre saber,
Si lo que se ve y se goza
Es mentira, ó es verdad?
¿Tan semejante es la copia
Al original, que hay duda
En saber si es ella propia?
Pues si es así, y ha de verse
Desvanecida entre sombras
La grandeza y el poder,
La magestad y la pompa,
Sepamos aprovechar
Este rato que nos toca;
Pues solo se goza en ella
Lo que entre sueños se goza.
Rosaura está en mi poder,
Su hermosura el alma adora,
Gocemos pues la ocasion;
El amor las leyes rompa
Del valor, y la confianza
Con que á mis plantas se postra.
Esto es sueño; y pues lo es,
Soñemos dichas ahora,
Que despues serán pesares.
¡Mas con mis razones propias
Vuelvo á convencerme á mí!
Si es sueño, si es vanagloria,
¿Quién por vanagloria humana
Pierde una divina gloria?
¿Qué pasado bien no es sueño?
¿Quién tuvo dichas heróicas,
Que entre sí no diga, cuando
Las revuelve en su memoria,
Sin duda que fué soñado
Cuanto ví? Pues si esto toca
Mi desengaño, si sé
Que es el gusto llama hermosa
Que la convierte en cenizas
Cualquiera viento que sopla,
Acudamos á lo eterno,
Que es la fama vividora,
Donde ni duermen las dichas,

Ni las grandezas reposan.
Rosaura está sin honor;
Mas á un príncipe le toca
El dar honor, que quitarle.
¡Vive Dios! que de su honra
He de ser conquistador
Antes que de mi corona.
Huyamos de la ocasion,
Que es muy fuerte. — Al arma toca;

(*A los soldados.*)

Que hoy he de dar la batalla,
Antes que la oscura sombra
Sepulte los rayos de oro
Entre verdinegras ondas.

Ros. ¿Señor, pues así te ausentas?
¿Pues ni una palabra sola
No te debe mi cuidado,
Ni merece mi congoja?
¿Cómo es posible, señor,
Que ni me mires, ni oigas?
¿Aun no me vuelves el rostro?

Segis. Rosaura, al honor le importa,
Por ser piadoso contigo,
Ser cruel contigo ahora:
No te responde mi voz,
Porque mi honor te responda;
No te hablo, porque quiero
Que te hablen por mí mis obras;
Ni te miro, porque es fuerza
En pena tan rigurosa,
Que no mire tu hermosura
Quien ha de mirar tu honra. (*Vase.*)

Ros. ¿Qué enigmas, cielos, son es-
[tas?
¿Despues de tanto pesar,
Aun me queda que dudar,
Con equívocas respuestas?

Sale CLARIN.

Clar. ¿Señora, es hora de verte?

Ros. ¿Ay Clarin, dónde has estado?

Clar. En una torre encerrado,
Brujuleando mi muerte,
Si me da, ó si no me da,
Y á figura que me diera,
Pasante quínola fuera
Mi vida, que estuve ya
Para dar un estallido.

Ros. ¿Porqué?

Clar. Porque sé el secreto
De quien eres, y en efecto
Clotaldo... ¿Pero qué ruido (*Cajas.*)
En este?

Ros. ¿Qué puede ser?

Clar. Que del palacio sitiado
Sale un escuadron armado
A resistir y vencer
El del fiero Segismundo.

Ros. ¿Pues cómo cobarde estoy,
Y ya á su lado no soy,
Un escándalo del mundo,
Cuando yo tanta crueldad
Cierra sin órden, ni ley?

(*Vase, y dicen dentro.*)

Unos. ¡Viva nuestro invicto rey!

Otros. ¡Viva nuestra libertad!

Clar. ¡La libertad y el rey vivan!
Vivan muy enhorabuena;
Que á mí nada me da pena,
Como en cuenta me reciban,
Que yo, apartado este dia
En tan grande confusion,
Haga el papel de Neron,
Que de nada se dolia.
Si bien, me quiero doler
De algo, y ha de ser de mí;
Escondido, desde aquí
Toda la fiesta he de ver.
El sitio es oculto y fuerte
Entre estas peñas, pues ya
La muerte no me hallará;
Dos higas para la muerte.

(*Escóndese.*)

TOCAN CAJAS, SUENA RUIDO DE ARMAS, Y SALEN EL REY, CLOTALDO Y ASTOLFO, HUYENDO.

Bas. ¡Hay mas infelice rey!
¡Hay padre mas perseguido!

Clot. Ya tu ejército vencido
Baja sin tino, ni ley.

Ast. Los traidores vencedores
Quedan.

Bas. En batallas tales
Los que vencen son leales,
Los vencidos los traidores.
Huyamos, Clotaldo, pues

Del cruel, del inhumano
Rigor de un hijo tirano.

(*Disparan dentro, y cae Clarin herido de donde está.*)

Clar. ¡Válgame el cielo!
Ast. ¿Quién es
Este infelice soldado,
Que á nuestros piés ha caido
En sangre todo teñido?
Clar. Soy un hombre desdichado,
Que por quererme guardar
De la muerte, la busqué;
Huyendo della, encontré
Con ella, pues no hay lugar
Para la muerte secreto:
De donde claro se arguye,
Que quien mas su efecto huye,
Es quien se llega á su efecto.
Por eso tornad, tornad
A la lid sangrienta luego;
Que entre las armas y el fuego
Hay mayor seguridad,
Que en el monte mas guardado;
Pues no hay seguro camino
A la fuerza del destino
Y á la inclemencia del hado;
Y así, aunque libraros vais
De la muerte con huir,
Mirad que vais á morir,
Si está de Dios, que murais.

(*Cae dentro.*)

Bas. ¿Mirad que vais á morir,
Si está de Dios, que murais?
Que bien (¡hay cielos!) persuade
Nuestro error, nuestra ignorancia
A mayor conocimiento
Este cadáver, que habla
Por la boca de una herida,
Siendo el humor que desata
Sangrienta lengua que enseña,
Que son diligencias vanas
Del hombre, cuantas dispone
Contra mayor fuerza y causa:
Pues yo, por librar de muertes
Y sediciones mi patria,
Vine á entregarla á los mismos
De quien pretendia librarla.
Clot. Aunque el hado, señor, sabe
Todos los caminos, y halla
A quien busca entre lo espeso
De las peñas, no es cristiana
Determinacion, decir,
Que no hay reparo á su saña.
Sí hay; que el prudente varon
Victoria del hado alcanza;
Y si no estás reservado
De la pena y la desgracia,
Haz por donde te reserves.
Ast. Clotaldo, señor, te habla
Como prudente varon,
Que madura edad alcanza,
Yo como jóven valiente.
Entre las espesas matas
De ese monte está un caballo,
Veloz aborto del aura;
Huye en él; que yo entre tanto
Te guardaré las espaldas.
Bas. Si está de Dios que yo muera,
O si la muerte me aguarda
Aquí, hoy la quiero buscar,
Esperando cara á cara.

TOCAN AL ARMA, Y SALE SEGISMUNDO CON TODA LA COMPAÑÍA.

Sold. En lo intrincado del monte,
Entre sus espesas ramas
El rey se esconde.
Segis. Seguidle!
No quede en sus cumbres planta,
Que no examine el cuidado,
Tronco á tronco, y rama á rama.
Clot. ¡Huye, señor!
Bas. ¿Para qué?
Ast. ¿Qué intentas?
Bas. Astolfo, aparta.
Clot. ¿Qué quieres?
Bas. Hacer, Clotaldo,
Un remedio que me falta. —
Si á mí buscándome vas,

(*A Segismundo.*)

Ya estoy, príncipe, á tus plantas.

(*Arrodillase.*)

Sea dellas blanca alfombra
Está nieve de mis canas.
Pisa mi cerviz, y huella

Mi corona; postra, arrastra
Mi decoro y mi respeto;
Toma de mi honor venganza,
Sírvete de mí cautivo;
Y tras prevenciones tantas
Cumpla el hado su homenage,
Cumpla el cielo su palabra.
Segis. Córte ilustre de Polonia,
Que de admiraciones tantas
Sois testigos, atended;
Que vuestro príncipe os habla.
Lo que está determinado
Del cielo, y en azul tabla
Dios con el dedo escribió,
De quien son cifras y estampas
Tantos papeles azules,
Que adornan letras doradas,
Nunca engaña, nunca miente;
Porque quien miente y engaña,
Es quien, para usar mal dellas,
Las penetra y las alcanza.
Mi padre, que está presente,
Por escusarse á la saña
De mi condicion, me hizo
Un bruto, una fiera humana:
De suerte, que cuando yo,
Por mi nobleza gallarda,
Por mi sangre generosa,
Por mi condicion bizarra
Hubiera nacido dócil
Y humilde, solo bastára
Tal género de vivir,
Tal linage de crianza,
A hacer fieras mis costumbres.
¡Qué buen modo de estorbarlas!
Si á cualquier hombre dijesen:
Alguna fiera inhumana
Te dará muerte; ¿escogiera
Buen remedio en despertallas,
Cuando estuviesen durmiendo?
Si dijeran: esta espada
Que traes ceñida ha de ser
Quien te dé la muerte; vana
Diligencia de evitarlo
Fuera entonces desnudarla
Y ponérsela á los pechos.
Si dijesen: golfos de agua
Han de ser tu sepultura
En monumentos de plata;
Mal hiciera en darse al mar,
Cuando soberbio levanta
Rizados montes de nieve,
De cristal crespas montañas.
Lo mismo le ha sucedido,
Que á quien, porque la amenaza
Una fiera, la despierta;
Que á quien, temiendo una espada,
La desnuda; y que á quien mueve
Las ondas de una borrasca:
Y cuando fuera (escuchadme)
Dormida fiera mi saña,
Templada espada mi furia,
Mi rigor quieta bonanza,
La fortuna no se vence
Con injusticia y venganza,
Porque antes se incita mas;
Y así, quien vencer aguarda
A su fortuna, ha de ser
Con cordura y con templanza.
No antes de venir el daño
Se reserva, ni se guarda
Quien le previene; que aunque
Puede humilde (cosa es clara)
Reservarse dél, no es,
Sino despues que se halla
En la ocasion, porque aquesta
No hay camino de estorbarla.
Sirva de ejemplo este raro
Espectáculo, esta estraña
Admiracion, este horror,
Este prodigio; pues nada
Es mas, que llegar á ver,
Con prevenciones tan varias,
Rendido á mis piés á un padre,
Y atropellado á un monarca.
Sentencia del cielo fué,
Por mas que quiso estorbarla
Él, no pudo; ¿y podré yo,
Que soy menor en las canas,
En el valor y en la ciencia,
Vencerla? — Señor, levanta,
(*Al rey.*)
Dame tu mano; que ya
Que el cielo te desengaña,
De que has errado en el modo
De vencerle, humilde aguarda
Mi cuello á que tú te vengues:
Rendido estoy á tus plantas.
Bas. Hijo, que tan noble accion
Otra vez en mis entrañas

Te engendra, príncipe eres.
A tí el laurel y la palma
Se te deben; tú venciste;
Corónente tus hazañas.
Todos. ¡ Viva Segismundo, viva!
Segis. Pues que ya vencer aguarda
Mi valor grandes victorias,
Hoy ha de ser la mas alta
Vencerme á mí. — Astolfo dé
La mano luego á Rosaura;
Pues sabe que de su honor
Es deuda, y yo he de cobrarla.
Ast. Aunque es verdad que le debo
Obligaciones, repara,
Que ella no sabe quien es;
Y es bajeza, y es infamia
Casarme yo con muger...
Clot. No prosigas, tente, aguarda;
Porque Rosaura es tan noble
Como tú, Astolfo, y mi espada
Lo defenderá en el campo,
Que es mi hija; y esto basta.
Ast. ¿Qué dices?
Clot. Que yo hasta verla
Casada, noble y honrada,
No la quise descubrir.
La historia desto es muy larga;
Pero en fin, es hija mia.
Ast. Pues siendo así, mi palabra
Cumpliré.
Segis. Pues porque Estrella
No quede desconsolada,
Viendo que príncipe pierde
De tanto valor y fama,
De mi propia mano yo
Con esposo he de casarla,
Que en méritos y fortuna,
Si no le escede, le iguala.
Dame la mano.
Estr. Yo gano
En merecer dicha tanta.
Segis. A Clotaldo, que leal
Sirvió á mi padre, le aguardan
Mis brazos con las mercedes,
Que él pidiere que le haga.
Uno. Si así á quien no te ha servido
Honras, ¿á mí, que fuí causa
Del alboroto del reino,
Y de la torre en que estabas
Te saqué, qué me darás?
Segis. La torre; y porque no salgas
Della nunca hasta morir,
Has de estar allí con guardas;
Que el traidor no es menester,
Siendo la traicion pasada.
Bas. Tu ingenio á todos admira.
Ast. ¡Qué condicion tan mudada!
Ros. ¡ Qué discreto y qué pru-
[dente!
Segis. ¿Qué os admira? ¿qué os es-
Si fué mi maestro un sueño, [panta?
Y estoy teniendo en mis ansias,
Que he de dispertar, y hallarme
Otra vez en mi cerrada
Prision; y cuando no sea,
El soñarlo solo basta;
Pues así llegué á saber,
Que toda la dicha humana
En fin pasa como sueño,
Y quiero hoy aprovecharla
El tiempo que me durare:
Pidiendo de nuestras faltas
Perdon, pues de pechos nobles
Es tan propio el perdonarlas.

DON AGUSTIN DE MORETO.

Nació en Madrid, y fué bautizado en la parroquia de San Ginés un lunes santo 9 de abril de 1618. Fueron sus padres don Agustin Moreto, y doña Violante Cavaña. Pocos fueron sus estudios académicos, hechos en Alcalá de Henares desde 1634: redúcense á uno de súmulas, otro de lógica y otro de física. Se ignora cuando abrazó el estado eclesiástico; lo cierto es que siguiendo las huellas de la

mayor parte de nuestros grandes ingenios del siglo XVII, se hizo sacerdote, habiendo sido admitido en la familia del cardenal arzobispo de Toledo, don Baltasar de Moscoso, á quien debió proteccion y particular cariño. Recibió los sacramentos, puso toda su esperanza en la misericordia divina, y espiró el dia 9 de octubre de 1669.

Hace muy poco tiempo se ignoraban todavía las noticias que acabamos de dar á nuestros lectores acerca de la vida de Moreto. Hoy ya, gracias á las sagaces investigaciones de nuestro querido amigo el concienzudo é ilustrado literato, señor don Luis Fernandez-Guerra y Orbe, tenemos algunas noticias de la vida del autor de *el Desden con el desden.*

De todas las comedias de Moreto, la que tiene mayor celebridad es *el Desden con el desden.* Es en efecto una obra admirable que vamos, no á analizar, sino á elogiar con la mas sincera conviccion, pues en composiciones que tanto se acercan á la posible perfeccion, no es dado á la crítica mas severa hacer otra cosa que reconocer su propia impotencia, inclinar la frente y unir su voz á la voz del aplauso universal.

Molière, en su pálida imitacion de esta comedia, exageró todo lo que una crítica nimiamente severa pudiera llamar lunares en esta composicion, y desaprovechó la mayor parte de sus bellezas. A causa sin duda de la precipitacion con que el gran Molière escribió su *Princesa de Elide*, no le fué posible calcular las dificuldades con que iba á encontrarse desde el momento en que hiciese la mas leve alteracion en el original de Moreto, tan madura y profundamente trabajado. Así, con solo trasportar el lugar y la época de la accion á los antiguos tiempos de la Grecia, debió privar á su comedia de uno de los mayores encantos que tiene en español, que es la pintura de la galantería y costumbres caballerescas de la edad media; ó conservando esta pintura, como en efecto lo hizo, resignarse á cometer un verdadero anacronismo. Todo lo que agrada en boca de don Cárlos y de los condes de Fox y de Bearne, empalaga en la del príncipe de Itaca y en las de sus dignos rivales, los de Mesenia y Pilos. Polilla encanta con sus inagotables chistes, al paso que el pobre Moron apenas abre la boca que no sea para decir una sandez. Por lo que hace al ayo del príncipe de Itaca, es difícil presentar en la escena un personage mas fastidioso é inútil que él. Todo en la comedia de Molière está forzado, violento, fuera de quicio; todo en la comedia española es natural, verdadero; todo en ella está holgado y como en su elemento propio. El prurito del poeta frances de ceñirlo todo á los mezquinos límites de las tres unidades le hizo sacrificar los mil recursos que ofrecia á su genio el excelente argumento de esta comedia, argumento de tal naturaleza, que no hay fuerzas capaces de hacerle caber en veinticuatro horas, y en una sola pieza, si ha de estar bien desenvuelto como en la célebre com-

posicion de Moreto. Sin las trabas que á sí mismo se puso, sin duda le hubiera desempeñado admirablemente el autor de *Tartuffe*: con ellas quedó y no pudo menos de quedar en una miserable medianía.

No solo en *los Milagros del desprecio,* mas tambien en *la Hermosa fea,* presentó Lope de Vega el mismo argumento del *Desden con el desden;* pero estas dos comedias, como todas las que despues se han hecho sobre la misma idea, son infinitamente inferiores á esta obra maestra de Moreto, que es indudablemente una de las mas preciosas joyas de nuestra literatura.

EL DESDEN CON EL DESDEN

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS. — CÁRLOS, conde de Urgel. — EL PRÍNCIPE DE BEARNE.— DON GASTON, conde de Fox. — DIANA, princesa.— CINTIA, dama. — LAURA, dama.— EL CONDE DE BARCELONA, padre de Diana. — POLILLA, criado de Cárlos. — DAMAS. — MÚSICOS.

La escena es en la ciudad de Barcelona.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

CÁRLOS Y POLILLA.

Cárlos. Yo he de perder el sentido
Con tan estraña muger.
Pol. Dame tu pena á entender,
Señor, por recien venido.
Cuando te hallo en Barcelona
Lleno de aplauso y honor,
Donde tu heróico valor
Todo su pueblo pregona;
Cuando sobra á tus victorias
Ser Cárlos conde de Urgel
Y en el mundo no hay papel
Donde se escriban tus glorias;
¿Qué causa ha podido haber
De que estés tan mal guisado?
Que por mas que la he pensado,
No la puedo comprender.
Cárlos. Polilla, mi desazon
Tiene mas naturaleza;
Este pesar no es tristeza,
Sino desesperacion.
Pol. ¿Desesperacion? Señor,
Que te enfrenes te aconsejo,
Que tiras algo á bermejo.
Cárlos. No burles de mi dolor.
Pol. ¿Yo burlar? Esto es templarte:
Mas tu desesperacion,
¿Qué tanta es á esta sazon?
Cárlos. La mayor.
Pol. ¿Cosa de ahorcarte?
Que si no poco te ahoga.
Cárlos. No te burles, que me enfado.
Pol. ¿Pues si estás desesperado,
Hago mal en darte soga?
Cárlos. Si dejáras tu locura,
Mi mal te comunicára,
Porque la agudeza rara
De tu ingenio me asegura
Que algun medio discurriera,
Como otras veces me has dado,
Con que alivie mi cuidado.
Pol. Pues, señor, polilla fuera
Desembucha tu pasion,
Y no tenga tu cuidado,
Teniéndola en tu criado,
Polilla en el corazon.

Cárlos. Ya sabes que á Barcelona,
Del ocio de mis estados,
Me trajeron los cuidados
De la fama que pregona
De Diana la hermosura,
De esta corona heredera,
En quien, la dicha que espera,
Tanto príncipe procura,
Compitiendo en un deseo
Gala, brio y discrecion.

Pol. Ya sé, que sin pretension
Viniste á este galanteo,
Por lucir la bizarría
De tus heróicos blasones,
Y que en todas las acciones,
Siempre te has llevado el dia.

Cárlos. Pues oye mi sentimiento.

Pol. ¿Ello estás enamorado?

Cárlos. Sí estoy.

Pol. Gran susto me has dado.

Cárlos. Pues escucha.

Pol. Ya de cuento.

Cárlos. Ya sabes como en Urgel
Tuve antes de mi partida,
Del amor del de Bearne,
Y el de Fox, larga noticia.
De Diana pretendientes,
Dieron con sus bizarrías
Voz á la fama, y asombro
A todas estas provincias.
El ver de amor tan rendidos,
Como la fama publica,
Dos príncipes tan bizarros,
Que aun los alaba la envidia,
Me llevó á ver si esto en ellos
Era por galantería,
Gusto, opinion ó violencia
De su hermosura divina.
Entré, pues, en Barcelona,
Víla en su palacio un dia,
Sin susto del corazon,
Ni admiracion de la vista;
Ví una hermosura modesta,
Con muchas señas de tibia;
Mas sin defecto comun,
Ni perfeccion peregrina
De aquellas en quien el juicio,
Cuando las vemos queridas,
Por la admiracion apela
Al no sé qué, ó á la dicha.
La ocasion de verme entre ellos,
Cuando al valor desafian
En públicas competencias,
Con que el favor solicitan,
Ya que no pudo mi amor,
Empeñó mi bizarría
Ya en fiestas y ya en torneos,
Y otras empresas debidas
Al culto de la deidad,
A cuya soberanía,
Sin el empeño de amor,
La obligacion sacrifica.
Tuve en todas tal fortuna,
Que dejando deslucidas
Sus acciones, salí siempre
Coronado con las mias.
Y el vulgo con el suceso,
La corona merecida
Por la suerte, dió á mi frente
Por mérito, siendo dicha,
Que cualquiera de los dos
Que en ella me competia,
La mereció mas que yo:
Pero para conseguirla
Tuve yo el faltar mi amor,
Y no tener la codicia
Con que ellos la deseaban;
Y así por fuerza fué mia:
Que en los casos de la suerte,
Por tema de su malicia,
Se van siempre las venturas
A quien no las solicita.
Siendo pues mis alabanzas
De todos tan repetidas,
Solo en Diana hallé siempre
Una entereza, tan hija
De su esquiva condicion,
Que siendo mis bizarrías
Dedicadas á su aplauso,
Nunca mè dejó noticia,
Ya que no de favorable,
Siquiera de agradecida.
Y esto con tanta esquivez,
Que en todos dejó la misma
Admiracion que en mis ojos,
Pues la estraña demasía
De su entereza pasaba
Del decoro la medida,
Y escediendo de recato,
Tocaba ya en grosería,

Que á las damas de tal nombre
Puso el respeto dos líneas;
Una es la desatencion,
Y otra el favor; mas avisa
Que ponga entre ellas la planta
Tan ajustada y medida,
Que en una ni en otra toque;
Porque si de agradecida
Adelanta mucho el pié,
La raya del favor pisa,
Es ligereza; y si entera
Mucho la planta retira
Por no tocar el favor,
Pisa la descortesía.
Este error hallé en Diana,
Que empeñó mi bizarría
A moverla, por lo menos,
A atencion, sinó á caricia;
Y este deseo en las fiestas
Me obligaba á repetirlas,
A buscar nuevos empeños
Al valor y á la osadía.
Mas nunca pude sacar
De su condicion esquiva
Mas, que mas causa á la queja,
Y mas culpa á la malicia.
De esto nació el inquirir
Si ella conmigo tenia
Alguna aversion ó queja
Mal fundada ó presumida;
Y averigüé que Diana,
Del discurso las primicias,
Con las lúces de su ingenio,
Las dió á la filosofía.
De este estudio y la leccion
De las fábulas antiguas,
Resultó un comun desprecio
De los hombres, unas iras
Contra el órden natural
Del amor, con quien fabrica
El mundo á su duracion
Alcázares en que viva.
Tan estable en su opinion,
Que da con sentencia fija
El querer bien, por pasion
De las mugeres indigna;
Tanto que siendo heredera
De esta corona, y precisa
La obligacion de casarse,
La renuncia y desestima,
Por no ver que haya quien triunfe
De su condicion altiva.
A su cuarto hace la selva
De Diana, y son las ninfas
Sus damas, y en este estudio
Las emplea todo el dia.
Solo adornan sus paredes
De las ninfas fugitivas
Pinturas que persuaden
Al desden: allí se mira
A Dafne huyendo de Apolo;
Anaxarte convertida
En piedra, por no querer;
Aretusa en fuentecilla,
Que el tierno llanto de Alfeo
Paga en lágrimas esquivas.
Y viendo el conde su padre,
Que en este error se confirma
Cada dia con mas fuerza,
Que la razon no la obliga,
Que sus ruegos no la ablandan,
Y con tal furia se irrita
En hablándola de amor,
Que teme que la encamina
A un furor desesperado;
Que el medio mas blando elija
Le aconseja su prudencia:
Y á los príncipes convida,
Para que haciendo por ella
Fiestas y galanterías,
Sin la persuasion ni el ruego,
La naturaleza misma
Sea quien lidie con ella;
Por si teniendo á la vista
Aplausos y rendimientos,
Ansias, lisonjas, caricias,
Su propio interes la vence,
O la obligacion la inclina:
Que en quien la razon no labra,
Endurece la porfía
Del persuadir, y no hay cosa
Como dejar, á quien lidia,
Con su misma sinrazon;
Pues si ella mesma le guia
Al error, en dando en él,
Es fuerza quedar vencida:
Porque no hay con el que á oscuras
Por un mal paso camina,
Para que vea su engaño,
Mejor luz que la caida.

Habiendo ya averiguado
Que esto en su opinion esquiva
Era desprecio comun,
Y no repugnancia mia,
Claro está que yo debiera
Sosegarme en mi porfía;
Y considerando bien
Opinion tan esquisita,
Primero que á sentimiento,
Pudiera moverme á risa.
Pues para que se conozca
La vileza mas indigna
De nuestra naturaleza,
Aquella hermosura misma,
Que yo antes libre miraba
Con tantas partes de tibia,
Cuando la ví desdeñosa,
Por lo imposible á la vista,
La que miraba comun,
Me pareció peregrina.
¡O bajeza del deseo!
Que aunque sea á la codicia
De mas precio lo que alcanza,
Que lo que se le retira,
Solo por la privacion
De mas valor lo imagina,
Y da el precio á lo difícil,
Que su mesmo ser le quita.
Cada vez que la miraba,
Mas bella me parecia,
Yendo creciendo en mi pecho
Este fuego tan aprisa,
Que absorto de ver la llama,
A ver la causa volvia,
Y hallaba que aquella nieve
De su desden muda y tibia,
Producia en mí este incendio:
¡Qué ejemplo para el que olvida!
Seguro piensa que está
El que en la ceniza fria
Tiene ya su amor difunto:
¡Qué engañado lo imagina!
Si amor se enciende de nieve,
¿Quién se fia en la ceniza?
Corrido yo de mis ansias,
Preguntaba á mis fatigas:
¿Traidor corazon, qué es esto?
¿Qué es esto, aleves caricias?
¿La que neutral no os agrada,
Os parece bien esquiva?
¿La que vista no os suspende,
Cuando es ingrata os admira?
¿Qué le añade á la hermosura
El rigor que la ilumina?
¿Con el desden es hermosa
La que sin desden fué tibia?
¿El desprecio no es injuria?
¿La que desprecia no irrita?
Pues la que no pudo afable,
¿Porqué os arrastra enemiga?
La crueldad á la hermosura
El ser de deidad la quita;
¿Pues qué, para mí la ensalza
Lo que para sí la humilla?
Lo tirano se aborrece;
¿Pues á mí cómo me obliga?
¡Qué es esto, amor? ¿es acaso
Hermosa la tiranía?
No es posible, no; esto es falso:
No es este amor, ni hay quien diga
Que arrastrar pudo inhumana,
La que no movió divina.
¿Pués qué es esto? ¿esto no es fuego?
Sí, que mi ardor lo acredita;
No, que el hielo no lo causa;
Sí, que el pecho lo publica.
No puede ser, no es posible,
No, que la razon implica;
¿Pues qué será? esto es deseo:
¿De qué? de mi muerte misma.
Yo mi mal querer no puedo:
¿Pues qué será? una codicia
De aquello que se me aparta;
No, porque no lo querria
El corazon. ¿Esto es tema?
No, ¿pues, alma, qué imaginas?
Bajeza es del pensamiento;
No es sino soberanía
De nuestra naturaleza,
Cuya condicion altiva
Todo lo quiere rendir,
Como superior se mira;
Y habiendo visto, que hay pecho
Que á su halago no se rinda,
El dolor de este desden
Le abrasa y le martiriza,
Y produce un sentimiento,
Con que á desear le obliga
Vencer aquel imposible;
Y ardiendo en esta fatiga,

Como hay parte de deseo,
Y este deseo lastima,
Parece efecto de amor,
Porque apetece y aspira,
Y no es sino sentimiento,
Equivocado en caricia.
Esto la razon discurre :
Mas la voluntad indigna,
Toda la razon me arrastra,
Y todo el valor me quita.
Sea amor ó sentimiento,
Nieve, ardor, llama ó ceniza,
Yo me abraso, yo me rindo
A esta furia vengativa
De amor, contra la quietud
De mi libertad tranquila;
Y sin esperanza alguna
De sosiego en mis fatigas,
Yo padezco en mi silencio,
Yo mismo soy de las iras
De mi dolor alimento,
Mi pena se hace á sí misma,
Porque mas que mi deseo,
Es rayo que me fulmina :
Aunque es tan digna la causa
El ser la razon indigna,
Pues mi ciega voluntad
Se lleva y se precipita
Del rigor, de la crueldad,
Del desden, la tiranía,
Y muero mas que de amor,
De ver que á tanta desdicha,
Quien no pudo como hermosa,
Me arrastrase como esquiva.

Pol. Atento, señor, he estado,
Y el suceso no me admira;
Porque eso, señor, es cosa
Que sucede cada dia.
Mira, siendo yo muchacho,
Habia en mi casa vendimia,
Y por el suelo las uvas
Nunca me daban codicia.
Pasó este tiempo, y despues
Colgaron en la cocina
Las uvas para el invierno :
Y yo viéndolas arriba,
Rabiaba por comer de ellas
Tanto, que trepando un dia,
Por alcanzarlas, caí,
Y me quebré una costilla :
Este es el caso, él por él.

Cárlos. No el ser natural me alivia,
Si es injusto el natural.

Pol. ¿Dime, señor, ella mira
Con mas cariño á otro?

Cárlos. No.

Pol. ¿Y ellos no la solicitan?

Cárlos. Todos vencerla pretenden.

Pol. Pues á que cae mas aprisa
Apostaré.

Cárlos. ¿Por qué causa?

Pol. Solo porque es tan esquiva.

Cárlos. ¿Cómo ha de ser?

Pol. Verbi gracia :
¿Viste una breva en la cima
De una higuera, y los muchachos
Que en alcanzarla porfian,
Piedras la tiran á pares,
Y aunque á algunas se resista,
Al cabo de aporreada
Con las piedras que la tiran,
Viene á caer mas madura?
Pues lo mismo aquí imagina.
Ella está tiesa, y muy alta,
Tú tus pedradas las tiras,
Los otros tiran las suyas :
Luego, por mas que resista,
Ha de venir á caer,
De una y otra á la porfía,
Mas madura que una breva;
Mas cuidado á la caida,
Que el cogerla es lo que importa,
Que ella caerá como hay viñas.

Cárlos. El conde su padre viene.

Pol. Acompañado se mira
Del de Fox y el de Bearne.

Cárlos. Ninguno tiene noticia
Del incendio de mi pecho,
Porque mi silencio abriga
El áspid de mi dolor.

Pol. Esa es mayor valentía :
Callar tu pasion mucho es,
Vive Dios. ¿Porqué imaginas
Que llaman ciego á quien ama?

Cárlos. Porque sus yerros no mira.

Pol. No tal.

Cárlos. ¿Pues porqué está cie- [go?

Pol. Porque el que ama al ciego [imita

Cárlos. ¿En qué?

Pol. En cantar la pasion
Por calles y por esquinas.

ESCENA II.

DICHOS, EL CONDE DE BARCELONA, EL PRÍNCIPE DE BEARNE Y GASTON, CONDE DE FOX.

Conde. Príncipes, vuestro justo [sentimiento.
Mirado bien, no es vuestro, sino mio :
Ningun remedio intento,
Que no le venza el ciego desvarío
De Diana, en quien hallo
Cada vez menos medios de enmen- [dallo ;
Ni del poder de padre á usar me [atrevo,
Ni del de la razon, porque se irrita
Tanto, cuando de amor á hablarla [pruebo,
Que á mas daño el furor la precipita :
Ella, en fin, por no amar, ni suje- [tarse,
Quiere morir primero que casarse.
Gaston. Esa, señor, es opinion [aguda
De su discurso á los estudios dado,
Que el tiempo solo ó la razon lo [muda,
Y sin razon estás desesperado.
Conde. Conde de Fox, aunque ver- [dad es esa,
No me atrevo á empeñaros en la [empresa
De que asistais en vano á su hermo- [sura,
Faltando en vuestro estado á su asis- [tencia.
Bearne. Señor, con tu licencia,
El que es capricho injusto nunca dura;
Y aunque el vencerle es muy dificul- [toso,
Yo estoy perdiendo tiempo mas ai- [roso,
Ya que á este intento de Bearne vine,
Que dejando la empresa mi constan- [cia,
Porque es mayor desaire que imagine
Nadie que la dejé por inconstancia;
Ni ese crédito es de su hermosura,
Ni del honesto amor, que la procura.
Cárlos. El príncipe, señor, ha res- [pondido
Como galan, bizarro y caballero,
Que aun en mí, que he venido
Sin ese empeño, solo aventurero,
A festejar no haciendo competencia,
Dejar de proseguir fuera indecencia.
Conde. Príncipes, lo que siento es [empeñaros
En porfía, cuando halla la porfía
De mayor resistencia indicios claros :
Si la gala, el valor, la bizarría
No la mueve, ni inclina, ¿con qué [intento
Vencer imaginais su entendimiento?
Pol. Señor, un necio á veces halla [un medio,
Que aprueba la razon; si dais licencia,
Yo me atreveré á daros un remedio
Con que, aunque ella aborrezca su [presencia,
Se le vayan los ojos hechos fuentes,
Tras cualquiera galan de los pre- [sentes.
Cárlos ¿Pues qué medio imaginas?
Pol. Como mio.
Hacer fiestas, torneos á una ingrata,
Es poner ollas á quien tiene hastío :
El medio es, que rendirla no dilata,
Poner en una torre á la princesa,
Sin comer cuatro dias, ni ver mesa;
Y luego han de pasar estos galanes
Delante de ella, y envidando á escote,
El uno con seis pollas y dos panes,
El otro con un plato de gigote;
Y á mí me lleve el diablo, si lo viere,
Si tras ellos corriendo no saliere.
Cárlos. Calla, loco, bufon.
Pol. ¿Esto es locura?
Ejecútese el medio, y á la prueba :
Sitien luego por hambre su hermo- [sura,
Y verán si los ojos no la lleva
Quien sacare un vestido de camino,
Guarnecido de lonjas de tocino.
Bearne. Señor, solo una cosa por [mí pido,
Que don Gaston tambien ha de que- [rella :

Nunca hablar á Diana hemos podido,
Danos licencia tú de hablar con ella,
Que el trato y la razon puede mu- [darla.

Conde. Aunque la ha de negar, he [de intentarla:
Pensad vosotros medios y ocasiones
De mover su entereza, que á escu- [charos
Yo la sabré obligar con mis razones,
Que es cuanto puedo hacer para ayu- [daros
A la empresa tan justa y deseada,
De ver mi sucesion asegurada.

ESCENA III.

DICHOS, MENOS EL CONDE DE BARCELONA.

Bearne. Conde, crédito es de la [nobleza
De nuestra heróica sangre la porfía
De rendir el desden de su belleza:
Juntos la hemos de hablar.

Cárlos. Yo compañía
Al empeño os haré, mas no al deseo,
Porque yo sin amor sigo este empleo.

Gaston. Pues ya que vos no estais [enamorado,
¿Qué medios seguiremos de obli- [galla?
Que esto lo ve mejor el descuidado.

Cárlos. Yo un medio sé que mi [silencio calla;
Porque otro empeño es, que al pro- [ponerle
Cualquiera de los dos ha de que- [rerle.

Bearne. Decis bien.

Gaston. Pues, Bearne, vamos [luego
A imaginar festejos y finezas.

Bearne. A introducir en su desden [el fuego.

Gaston. Ríndanse á nuestro ingenio [sus tibiezas.

Cárlos. Yo á eso asistiré.

Bearne. Pues á esta gloria.

Cárlos. Y que del mas feliz sea la [victoria.

ESCENA IV.

CÁRLOS Y POLILLA.

Pol. ¿Pues qué es esto, señor? [¿Porqué has negado
Tu amor?

Cárlos. He de seguir otro camino
De vencer su desden tan desusado:
Ven, y yo te diré lo que imagino,
Que tú me has de ayudar.

Pol. Eso no hay duda.

Cárlos. Allá has de entrar.

Pol. Seré Simon, y ayuda.

Cárlos. ¿Sabráste introducir?

Pol. Y hacer pesquisas.
¿Yo polilla no soy? ¿eso previenes?
Me sabré introducir en sus camisas.

Cárlos. Pues ya á mi amor le doy [los parabienes.

Pol. Vamos, que si eso importa á [las marañas,
Yo sabré apolillarla las entrañas.

ESCENA V.

(*Salon en palacio del conde de Barcelona.*)

DIANA, CINTIA, LAURA, DAMAS Y MÚSICA.

Mús. Huyendo la hermosa Dafne,
Burla de Apolo la fe,
Sin duda la sigue un rayo,
Pues la defiende un laurel.

Diana. ¡Qué bien que suena en [mi oido
Aquel honesto desden!
¡Que hay muger que quiera bien!
¡Que haya pecho agradecido!

Cintia. ¡Que por error su agudeza
Quiera el amor condenar!
¡Y si lo es, quiera enmendar
Lo que erró naturaleza!

Diana. Ese romance cantad;
Proseguid, que el que le hizo
Bien conoció el falso hechizo
De esta tirana deidad.

Mús. Poca, ó ninguna distancia
Hay de amar á agradecer;
No agradezca la que quiere
La victoria del desden.

Diana. ¡Qué bien dice! Amor es
Y no hay agradecimiento, [niño,
Que al primer paso, aunque lento,
No tropiece en su cariño.
Agradecer, es pagar
Con un decente favor,
Luego quien paga el amor
Ya estima el verse adorar.
Pues si estima agradecida
Ser amada una muger,
¿Qué falta para querer,
A quien quiere ser querida?
Cintia. El agradecer, Diana,
Es deuda noble y cortés:
La que agradecida es,
No se infiere que es liviana.
Que agradece la razon
Siempre en nosotras se infiere,
La voluntad es quien quiere,
Distintas las cosas son:
Luego si hay diversidad
En la causa y el intento,
Bién puede el entendimiento
Obrar sin la voluntad.
Diana. Que haber puede estima-
Sin amor, es la verdad; [cion
Porque amar es voluntad,
Y agradecer es razon.
No digo que ha de querer
Por fuerza la que agradece;
Pero, Cintia, me parece
Que está cerca do caer.
Y quien de esto se asegura,
No teme, ó no ve el engaño;
Porque no recela el daño
Quien al riesgo se aventura.
Cintia. El ser desagradecida
Es delito descortés.
Diana. Pero el agradecer, es
Peligro de la caida.
Cintia. Yo el delito no permito.
Diana. Ni yo un riesgo tan estraño.
Cintia. Pues por escusar un daño,
¿Es bien hacer un delito?
Diana. Sí, siendo tan contingente
El riesgo.
Cintia. ¿Pues no es menor,
Si es contingente, este error,
Que este delito presente?
Diana. No, que es mas culpa el amar,
Que falta el no agradecer.
Cintia. ¿No es mejor, si puede ser,
El no querer y estimar?
Diana. No; porque á querer se
[ha de ir.
Cintia. ¿Pues no puede allí parar?
Diana. Quien no resiste á empezar,
No resiste á proseguir,
Cintia. ¿Pues el ser agradecida
No es mejor, si esto es ganancia,
Y gastar esa constancia
En resistir la caida?
Diana. No, que eso es introducirle
Al amor; y al desecharle,
No basta para arrojarle
Lo que puede resistirle.
Cintia. Pues cuando eso haya de
Mas que á la atencion faltar, [ser,
Me quiero yo aventurar
Al peligro de querer.
Diana. ¿Qué es querer? ¿tú hablas
O atrevida, ó sin cuidado? [así,
Sin duda te has olvidado
Que estás delante de mí.
¿Querer se ha de imaginar
En mi presencia? ¿querer?
Mas eso no puede ser:
Laura, volved á cantar.

> *Mús.* No se fie en las caricias
> De Amor, quien niño le ve,
> Que con presencia de niño
> Tiene decretos de rey.

ESCENA VI.

DICHOS Y POLILLA, VESTIDO DE MÉDICO GRACIOSO.

Pol. Plegue al cielo, que dé fuego
Mi entrada.
Diana. ¿Quién entra aquí?
Pol. Ego.
Diana. ¿Quién?
Pol. Mihi, vel mi:
Scholasticus sum ego,
Pauper, et enamoratus.
Diana. ¿Vos enamorado estais?
¿Pues cómo aquí entrar osais?
Pol. No, señora, escarmentatus.

Diana. ¿Qué os escarmentó?
Pol. Amor ruin,
Y escarmentado en su error,
Me he hecho médico de amor,
Por ir de ruin á rocin.
Diana. ¿De dónde sois?
Pol. De un lugar.
Diana. Fuerza es.
Pol. No he dicho poco,
Que en latin lugar es loco.
Diana. Ya os entiendo.
Pol. Pues andar.
Diana. ¿Y á qué entrais?
Pol. La fama oí
De vos, con admiracion
De tan rara condicion.
Diana. ¿Dónde supisteis de mí?
Pol. En Acapulco.
Diana. ¿Dónde es?
Pol. Media legua de Tortosa;
Y mi codicia ambiciosa
De saber curar despues
Del mal de amor, sarna insana,
Me trajo á veros, por Dios,
Por solo aprender de vos;
Partíme luego á la Habana,
Por venir á Barcelona,
Y tomé postas allí.
Diana. ¿Postas en la Habana?
Pol. Sí,
Y me apeé en Tarragona,
De donde vengo hasta aquí,
Como hace fuerte el verano,
A pié á pediros la mano.
Diana. ¿Y qué os parece de mí?
Pol. Eso es fuerza que me aturda:
No tiene Amor mejor flecha
Que vuestra mano derecha,
Si no es que saqueis la zurda.
Diana. Buen humor teneis.
Pol. Así:
¿Gusta mi conversacion?
Diana. Sí.
Pol. Pues con una racion
Os podeis hartar de mí.
Diana. Yo os la doy.
Pol. Beso... ¡Qué error!
¿Beso dije? ya no beso.
Diana. ¿Pues porqué?
Pol. El beso es el queso
De los ratones de amor.
Diana. Yo os admito.
Pol. Dios delante
Mas sea con plaza de honor.
Diana. ¿No sois médico?
Pol. Hablador,
Y así seré practicante.
Diana. ¿Y del mal de amor, que
Cómo curais? [mata,
Pol. Al que es franco
Curo con ungüento blanco.
Diana. ¿Y sana?
Pol. Sí, porque es plata.
Diana. ¿Estais mal con él?
Pol. Su nombre
Me mata. Llamó al amor
Averroes, hernia, un humor,
Que hila las tripas á un hombre.
Amor, señora, es congoja,
Traicion, tiranía villana,
Y solo el tiempo le sana,
Suplicaciones, y aloja.
Amor es quita razon.
Quita sueño, quita bien,
Quita pelillos tambien,
Que hará calvo á un motilon.
Y las que él obliga á amar,
Todas acaban en quita,
Francisquita, Mariquita,
Por ser todas al quitar.
Diana. Lo que yo habia menester
Para mi divertimiento,
Tengo en vos.
Pol. Con ese intento
Vine yo desde Añover.
Diana. ¿Añover?
Pol. Él me crió,
Que en este lugar estraño
Se ven melones cada año,
Y así Añover se llamó.
Diana. ¿Cómo os llamais?
Pol. Caniquí.
Diana. ¿Caniquí? A vuestra veni-
Estoy muy agradecida. [da
Pol. Para las dueñas nací,
Ya yo tengo introducion: *ap.*
Así en el mundo sucede;
Lo que un príncipe no puede,
Yo he logrado por bufon.
Si ahora no llega á rendilla

Cárlos, sin maña se viene,
Pues ya introducida tiene
En su pecho la polilla.

Laura. Con los príncipes tu padre
Viene, señora, acá dentro.

Diana. ¿Con los príncipes? ¿qué [dices?
¡Qué intenta mi padre, cielos!
Si es repetir la porfía
De que me case, primero
Rendiré el cuello á un cuchillo.

Cintia. ¡Hay tal aborrecimiento
De los hombres! ¡Es posible,
Laura, que el brio, el aliento
Del de Urgel no la arrebate!

Laura. Que es hermafrodita, pienso,

Cintia. A mí me lleva los ojos.

Laura. Y á mí el Caniquí en se- [creto
Me ha llevado las narices;
Que me agrada para lienzo.

ESCENA VII.

DICHOS Y EL CONDE CON LOS TRES PRÍNCIPES.

Conde. Príncipes, entrad conmigo.

Cárlos. Sin alma á sus ojos vengo:
No sé si tendré valor [*ap.*
Para fingir lo que intento:
Siempre la hallo mas hermosa.

Diana. ¡Cielos! ¿qué puede ser [esto? *ap.*

Conde. Hija, Diana.

Diana. Señor.

Conde. Yo, que á tu decoro atien- [do,
Y á la deuda en que me ponen
Los condes con sus festejos,
Habiendo de ellos sabido
Que del retiro que has hecho
De su vista, están quejosos...

Diana. Señor, que me des, te rue- [go,
Licencia antes que prosigas,
Ni tu palabra haga empeño
De cosa, que te esté mal,
De prevenir mi intento.
Lo primero es, que contigo,
Ni voluntad tener puedo,
Ni la tengo, porque solo
Mi albedrío es tu precepto.
Lo segundo es, que el casarme,
Señor, ha de ser lo mesmo
Que dar la garganta á un lazo,
Y el corazon á un veneno.
Casarme y morir, es uno;
Mas tu obediencia es primero
Que mi vida: esto asentado,
Venga ahora tu decreto.

Conde. Hija, mal has presumido,
Que yo casarte no intento,
Sino dar satisfaccion
A los príncipes, que han hecho
Tantos festejos por tí;
Y el mayor de todos ellos,
Es pedirte por esposa,
Siendo tan digno su aliento,
Ya que no de tus favores,
De mis agradecimientos.
Y no habiendo de otorgarlo,
Debe atender mi respeto
A que ninguno se vaya,
Sospechando que es desprecio,
Sino aversion, que tu gusto
Tiene con el casamiento
Y tambien que esto no es
Resistencia á mi precepto,
Cuando yo no te lo mando,
Porque el amor que te tengo,
Me obliga á seguir tu gusto;
Y pues tú en seguir tu intento,
Ni á mí me desobedeces,
Ni los desprecias á ellos;
Dales la razon, que tiene
Para esta opinion tu pecho,
Que esto importa á tu decoro,
Y acredita mi respeto.

ESCENA VIII.

DICHOS, MENOS EL CONDE.

Diana. Si eso pretendeis no mas
Oid, que dárosla quiero.

Gaston. Solo á este intento venimos

Bearne. Y no estrañeis el deseo,
Que mas estraña es en vos
La aversion al casamiento.

Cárlos. Yo, aunque á saberlo he [venido,
Solo ha sido con pretesto,
Sin estrañar la opinion,
De saber el fundamento.

Diana. Pues oid, que ya le digo.
Pol. Vive Dios, que es raro empe- [ño:
¿Si hallará razon bastante?
Porque será bravo cuento
Dar razon para ser loca.
Diana. Desde aquel albor primero
Con que amaneció al discurso
La luz de mi entendimiento,
Y el dia de la razon,
Fué de mi vida el empleo,
El estudio y la leccion
De la historia, en quien da el tiempo
Escarmiento á los futuros,
Con los pasados ejemplos.
Cuantas ruinas y destrozos,
Tragedias y desconciertos
Han sucedido en el mundo
Entre ilustres y plebeyos,
Todas nacieron de amor.
Cuanto los sabios supieron,
Cuanto á la filosofía
Moral liquidó el ingenio,
Gastaron en prevenir
A los siglos venideros
El ciego error, la violencia,
El loco, el tirano imperio
De esa mentida deidad,
Que se introduce en los pechos
Con dulce voz de cariño,
Siendo un volcan allá dentro.
¿Qué amante jamás al mundo
Dió á entender de sus efectos,
Sino lástimas, desdichas,
Lágrimas, ansias, lamentos,
Suspiros, quejas, sollozos;
Sonando con triste estruendo
Para lastimar las quejas,
Para escarmentar los ecos?
Si alguno correspondido
Se vió, paró en un despeño,
Que al que no su tiranía,
Le puso el poder del cielo;
Pues si quien se casa va
A amar por deuda y empeño,
¿Cómo se puede casar
Quien sabe de amor el riesgo?
Pues casarse sin amor
Es dar causa sin efecto:
¿Cómo puede ser esclava
Quien no seha rendido al dueño?
¿Puede hallar un corazon
Mas indigno cautiverio,
Que rendirle su albedrío
Quien no manda su deseo?
El obedecerle es deuda;
¿Pues cómo vivirá un pecho
Con una obediencia fuera
Y una resistencia dentro?
Con amor, ó sin amor,
Yo, en fin, casarme no puedo:
Con amor porque es peligro,
Sin amor, porque no quiero.
Bearne. Dándome los dos licencia,
Responderé á lo propuesto.
Gaston. Por mi parte yo os la doy.
Cárlos. Yo, que responder no [tengo,
Pues la opinion que yo sigo
Favorece aquel intento.
Bearne. La mayor guerra, señora,
Que hace el engaño al ingenio,
Es estar siempre vestido
De aparentes argumentos,
Dejando las consecuencias,
Que tiene amor contra ellos
(Que en un discurso engañado
Suelen ser de menos precio),
La esperiencia es la razon
Mayor, que hay para venceros,
Porque ella sola concluye
Con la prueba del efecto.
Si vos os negais al trato,
Siempre estaréis en el yerro,
Porque no cabe esperiencia
Donde se escusa el empeño.
Vos vais contra la razon
Natural; y el propio fuero
De nuestra naturaleza
Pervertis con el ingenio.
No negueis vos el oido
A las verdades del ruego;
Porque si es razon no amar,
Contra la razon no hay riesgo;
Y si no es razon, es fuerza
Que os ha de vencer el tiempo,
Y entonces será victoria
Publicar el vencimiento.
Vos defendeis el desden,
Todos vencerle queremos;
Vos decis que esto es razon:

Permitíos al festejo.
Haced escuela al desden,
Donde en nuestro galanteo,
Los intentos de obligaros
Han de ser los argumentos.
Veamos quién tiene razon,
Porque ha de ser nuestro empeño
Inclinaros al cariño,
O quedar vencidos ellos.

Diana. Pues para que conozcais,
Que la opinion que yo llevo
Es hija del desengaño,
Y del error vuestro intento,
Festejad, imaginad
Cuántos caminos y medios
De obligar una hermosura
Tiene amor, halla el ingenio!
Que desde aquí me permito
A lisonjas y festejos,
Con el oido y los ojos,
Solo para convenceros
De que no puedo querer;
Y que el desden que yo tengo,
Sin fomentarle el discurso,
Es natural en mi pecho.

Gaston. Pues si argumento ha de [ser
Desde hoy nuestro galanteo,
Todos vamos á argüir
Contra el desden y el despego.
Príncipes, de la razon
Y de amor es ya el empeño;
Cada uno un medio elija
De seguir este argumento,
Veamos para concluir,
Quién elije mejor medio.

Bearne. Yo voy á escoger el mio;
Y de vos, señora, espero
Que habeis de ser contra vos
El mas agudo argumento.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS GASTON Y EL DE BEARNE.

Cárlos. Pues yo, señora, tambien,
Por deuda de caballero,
Proseguiré en festejaros;
Mas será sin ese intento.

Diana. ¿Pues porqué?

Cárlos. Porque yo sigo
La opinion de vuestro ingenio;
Mas aunque es vuestra opinion,
La mia es con mas estremo.

Diana. ¿De qué suerte?

Cárlos. Yo, señora,
No solo querer no quiero,
Mas ni quiero ser querido.

Diana. ¿Pues en ser querido hay [riesgo?

Cárlos. No hay riesgo, pero hay [delito:
No hay riesgo, porque mi pecho
Tiene tan establecido
El no amar en ningun tiempo,
Que si el cielo compusiera
Una hermosura, de estremos,
Y esta me amára, no hallára
Correspondencia en mi afecto.
Hay delito, porque cuando
Sé yo que querer no puedo,
Amarme, y no amar, seria
Faltar mi agradecimiento;
Y así yo, ni ser querido,
Ni querer, señora, quiero,
Porque temo ser ingrato,
Cuando sé yo, que he de serlo.

Diana. ¿Luego vos me festejais
Sin amarme?

Cárlos. Eso es muy cierto.

Diana. ¿Pues para qué?

Cárlos. Por pagaros
La veneracion que os debo.

Diana. ¿Y eso no es amor?

Cárlos. ¿Amor?
No, señora, esto es respeto.

Pol. Cuerpo de Cristo, ¡qué lindo,
Qué bravo boton de fuego!
Échala de ese vinagre,
Y verás, para su tiempo,
Qué bravo escabeche sale.

Diana. ¿Cintia, has oido á este ne- [cio?
¿No es graciosa su locura?

Cintia. Soberbia es.

Diana. ¿No será bueno
Enamorar á este loco?

Cintia. Sí, mas hay peligro en eso.

Diana. ¿De qué?

Cintia. Que tú te enamores,
Si no logras el empeño.

Diana. Ahora eres tú mas necia :
¿Pues cómo puede ser eso?
No me mueven los rendidos,
¿Y ha de arrastrarme el soberbio?
Cintia. Esto, señora, es aviso.
Diana. Por eso he de hacer empe-
De rendir su vanidad. [ño
Cintia. Yo me holgaré mucho de
[ello.
Diana. Proseguid la bizarría,
Que yo ahora os lo agradezco
Con mayor estimacion,
Pues sin amor os la debo.
Cárlos. ¿Vos agradeceis, señora?
Diana. Es porque con vos no hay
[riesgo.
Cárlos. Pues yo iré á empeñaros
[mas.
Diana. Y yo voy á agradecerlo.
Cárlos. Pues mirad que no querais,
Porque cesaré en mi intento.
Diana. No me costará cuidado.
Cárlos. Pues siendo así, yo lo
[acepto.
Diana. Andad : venid, Caniquí.
Cárlos. ¿Qué decis?
Pol. Soy yo ese lienzo.
Diana. Cintia, rendido has de ver-
Cintia. Sí será, pero yo temo [le.
Que te se trueque la suerte;
Y eso es lo que yo deseo. *ap.*
Diana. Mas oid.
Cárlos. ¿Qué me quereis?
Diana. Que si acaso os muda el
[tiempo...
Cárlos. ¿A qué, señora?
Diana. A querer.
Cárlos. ¿Qué he de hacer?
Diana. Sufrir desprecios.
Cárlos. ¿Y si en vos hubiese amor?
Diana. Yo no querré.
Cárlos. Así lo creo.
Diana. ¿Pues qué pedis?
Cárlos. Por si acaso...
Diana. Ese acaso está muy lejos.
Cárlos. ¿Y si llega?
Diana. No es posible.
Cárlos. Supongo.
Diana. Yo lo prometo.
Cárlos. Eso pido.
Diana. Bien está,
Quede así.
Cárlos. Guardeos el cielo.
Diana. Aunque me cueste un cui-
He de rendir á este necio. [dado

ESCENA X.

CÁRLOS Y POLILLA.

Pol. Señor, buena va la danza.
Cárlos. Polilla, yo estoy muriendo :
Todo mi valor ha habido
Menester mi fingimiento.
Pol. Señor, llévale adelante,
Y verás si no da fuego.
Cárlos. Eso importa.
Pol. Ven, señor,
Que ya yo estoy acá dentro.
Cárlos. ¿Cómo?
Pol. Con lo Caniquí
Me he hecho ya lienzo casero.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de salon.

CÁRLOS Y POLILLA.

Cárlos. Polilla, amigo, el pesar
Me quita ; dale á mi amor
Alivio.
Pol. A espacio, señor,
Que hay mucho que confesar.
Cárlos. Dímelo todo, que lucha
Con mi cuidado mi amor.
Pol. ¿Quieres besarme, señor?
Apártate allá y escucha.
Lo primero, esos bobazos
De esos príncipes, ya sabes
Que en fiestas y asuntos graves
Se están haciendo pedazos.
Fiesta tras fiesta no tarda,
Y con su desden tirano,
Hacer fiestas es en vano,
Porque ella no se las guarda.
Ellos gastan su dinero,
Sin que con ello la obliguen,
Y de enamorarla siguen

El camino carretero.
Y ellos mismos son testigos
Que van mal; que esta muger
El alcanzarla ha de ser
Echando por esos trigos.
Y es tan cierta esta opinion,
Que con tu desden fingido
De tal suerte la has herido,
Que ha pedido confesion;
Y con mí bellaquería
Su pecho ha comunicado,
Como ella me ha imaginado
Doctor de esta teología.
Para rendirte, un intento
Siempre á preguntar me sale:
Mira tú de quién se vale,
Para que se yerre el cuento.
Yo dije con gran mesura:
Si eso en cuidado te tray,
Para obligarle no hay
Medio como tu hermosura.
Hazle un favor, golpe en bola,
De cuando en cuando al cuitado,
Y en viéndole enamorado,
Vuélvete y dile mamola.
Ella, de mi parecer,
Se ha agradado de tal arte,
Que ya está en galantearte:
Mas ahora es menester
Que con ceño impenetrable,
Aunque parezcas grosero,
Siempre te estés mas entero
Que bolsa de miserable.
No te piques con la salsa,
No piense tu bobería
Que está la casa vacía,
Por ver la cédula falsa:
Porque ella la trae pegada,
Y si tú vas á leella,
Has de hallar que dice en ella:
Aquí no se alquila nada.
Cárlos. ¿Y de eso qué ha de sacar[se?
Pol. Que se pique esta muger.
Cárlos. ¿Pues cómo puedes saber
Que ha de venir á picarse?
Pol. ¿Cómo picarse? eso es bueno:
Si ella lo finge diez dias,
Y tú de ella te desvias,
Te ha de querer al onceno;
A los doce ha de rabiar,
Y á los trece me parece,
Que aunque ella se esté en sus trece,
Te ha de venir á rogar.
Cárlos. Yo pienso que dices bien;
Mas yo temo de mi amor,
Que si ella me hace un favor,
No sepa hacerla un desden.
Pol. ¡Qué mas dijera una niña!
Cárlos. ¿Pues qué haré?
Pol. Mostrarte helado.
Cárlos. ¿Cómo, si estoy abrasado?
Pol. Beber mucha garapiña.
Cárlos. Yo he de esforzar mi cui-[dado.
Pol. Ah, si, ¡pese á mi memoria!
Que lo mejor de la historia
Es lo que se me ha olvidado:
Ya sabes que ahora son
Carnestolendas.
Cárlos. ¿Y pues?
Pol. Que en Barcelona uso es
De esta gallarda nacion,
Que con fiestas se divierte,
Llevar, sin nota en su fama,
Cada galan á su dama.
Esto en palacio es por suerte:
Ellas eligen colores,
Pide uno el galan que viene,
Y la dama que le tiene,
Va con él, y á hacer favores
Al galan el dia la empeña,
Y él se obliga á ser iman;
Y es gusto, porque hay galan
Que suele ir con una dueña.
Esto supuesto, Diana
Contigo el ir ha dispuesto,
Y no sé, por lograr esto,
Cómo han puesto la pavana.
Ello está trazado ya;
Mas ella sale: hácia allí
Te esconde, no te halle aquí,
Porque algo sospechará.
Cárlos. Persuade tú á su desvío
Que me enamore.

(*Se oculta.*)

Pol. Es forzoso:
Tú eres enfermo dichoso,
Pues te cura el beber frio.

ESCENA II.

DICHOS, DIANA Y CINTIA.

Diana. Cintia, este medio he pen-
Para rendirle á mi amor : [sado
Yo he de hacerle mas favor;
Todas, como os he mandado,
Como yo, habeis de traer
Cintas de todos colores,
Con que al pedir los favores,
Podreis cualquiera escoger
El galan que os pareciere;
Pues cualquier color que pida,
Ya la teneis prevenida,
Y la que el de Urgel pidiere
Dejádmela para mí.
Cintia. Gran victoria has de alcan-
Si le sabes obligar [zar,
A quererte.
Diana. ¿Caniquí?
Pol. ¡O luz de este firmamento!
Diana. ¿Qué hay de nuevo?
Pol. Me he hecho amigo
De Cárlos.
Diana. Mucho me obligo
De tu cuidado.
Pol. Así intento *ap.*
Ser espía, y del consejo :
No es mi prevencion muy vana,
Que esto es echar la botana
Por si se sale el pellejo.
Diana. ¿Y no has descubierto nada
De lo que yo de él procuro?
Pol. ¡Ay, señora! está mas duro
Que huevo para ensalada;
Pero yo sé tretas bravas
Con que has de hacerle bramar.
Diana. Pues tú lo has de gobernar.
Pol. ¡Ay, pobreta, que te clavas!
[*ap.*
Diana. Mil escudos te apercibo,
Si tú su desden allanas.
Pol. Si haré : el emplasto de ranas
Pone por madurativo. [*ap.*
Y si le vieses querer,
¿Qué harás despues de tentarle?
Diana. ¿Qué? ofenderle, despre-
Ajarle, y darle á entender [ciarle,
Que ha de rendir sus sosiegos
A mis ojos por despojos.
Cárlos. ¡Fuego de amor en tus
[ojos!
Pol. ¡Qué gran gusto es ver dos
[juegos! *ap.*
¿Digo, y no seria mejor,
Despues de haberle rendido,
Tener piedad del caido?
Diana. ¿Qué llamas piedad?
Pol. De amor.
Diana. ¿Qué es amor?
Pol. Digo, querer,
Así al modo de empezar,
Que aquesto de pellizcar
No es lo mismo que comer.
Diana. ¿Qué es lo que dices?
¿Yo me habia de rendir? [¿querer?
Aunque le viera morir,
No me pudiera vencer.
Cárlos. ¡Hay muger mas singular!
¡O cruel!
Pol. Déjame hacer,
Que no solo ha de querer
Vive Dios, sino envidar.
Cárlos. Yo salgo : el alma se abrasa.
Pol. Cárlos viene.
Diana. Disimula.
Pol. Lástima es que tome bula. *ap.*
¡Si supiera lo que pasa!
Diana. Cintia, avisa cuando es hora
De ir al sarao.
Cintia. Ya he mandado
Que estén con ese cuidado.
Cárlos. Y yo el primero, señora,
Vengo, pues es deuda igual,
A cumplir mi obligacion.
Diana. ¿Pues cómo, sin aficion,
Sois vos el mas puntual?
Cárlos. Como tengo el corazon
Sin los cuidados de amar,
Tiene el alma mas lugar
De cumplir su obligacion.
Pol. Hazle un favorcillo al vuelo,
Por si mas grato le ves.
Diana. Eso procuro.
Pol. Esto es *ap.*
Hacerla escupir al cielo.
Diana. Mucho, no teniendo amor,
Vuestra asistencia me obliga. [siga,
Cárlos. Si es mandarme que pro-

Sin hacerme ese favor,
Lo haré yo, porque obligada
A eso mi atencion está.
Diana. Poca lumbre el favor da.
Pol. Está la yesca mojada.
Diana. ¿Luego al favor que yo os [hago,
No le dais estimacion?
Cárlos. Eso con veneracion,
Mas no con amor lo pago.
Pol. Necio, ni aun así lo pagues.
Cárlos. ¿Qué quieres? Templa mi [ardor,
Aunque es fingido, el favor.
Pol. Enjuágate, no le tragues.
Diana. ¿Qué le has dicho?
Pol. Que al oillos
Agradezca tus favores.
Diana. Bien haces.
Pol. Esto es, señores, *ap.*
Engañar á dos carrillos.
Diana. Si yo á querer algun dia
Me inclinase, fuera á vos.
Cárlos. ¿Porqué?
Diana. Porque entre los dos
Hay oculta simpatía,
En llevar vos mi opinion,
En ser vos del genio mio;
Y á sufrirlo mi albedrío,
Fuera á vos mi inclinacion.
Cárlos. Pues hicierais mal.
Diana. No hiciera,
Que sois galan.
Cárlos. No es por eso.
Diana. ¿Pues porqué?
Cárlos. Porque os confieso
Que yo no os correspondiera.
Diana. Pues si os viérades amar
De una muger como yo,
¿No me quisiérades?
Cárlos. No.
Diana. Claro sois.
Cárlos. No sé engañar.
Pol. ¡O pecho heróico y valiente!
Dale por esos hijares:
Si tú no se la pegares,
Me la claven en la frente.
Diana. Mucho al enojo me acerco:
Tal desahogo no he visto.
Pol. Desvergüenza es, vive Cristo.
Diana. ¿Has visto tal?
Pol. Es un puerco.
Diana. ¿Qué haré?
Pol. Meterle en la danza
De amor, y á puro desden
Quemarle.
Diana. Tú dices bien,
Que esa es la mayor venganza.
Yo os tuve por mas discreto.
Cárlos. ¿Pues qué he hecho contra razon?
Diana. Eso es ya desatencion.
Cárlos. No ha sido sino respeto;
Y porque veais que es error
Que haya en el mundo quien crea
Que el que quiere lisonjea,
Oid de mí lo que es amor.
Amar, señora, es tener
Inflamado el corazon
Con un deseo de ver
A quien causa esta pasion,
Que es la gloria del querer.
Los ojos que se agradaron
De algun sugeto que vieron,
Al corazon trasladaron
Las especies que cogieron,
Y esta inflamacion causaron.
Su hidrópico ardor procura
Apagar de sus antojos
La sed; y al ver la hermosura,
Mas crece la calentura,
Mientras mas beben los ojos.
Siendo esta fiebre mortal,
Quien corresponde al amor,
Bien se ve, que es desleal;
Pues remedia el dolor,
Dándole mas fuerza al mal.
Luego el que amado se viere
No obliga en corresponder,
Si daña como se infiere:
Pues oid como su querer
Tampoco obliga el que quiere.
Quien ama con fe mas pura
Pretende de su pasion
Aliviar la pena dura
Mirando aquella hermosura,
Que adora su corazon.
El contento de miralla
Le obliga al ansia de verla;
Esto en rigor es amalla,
Luego aquel gusto que halla
Le obliga solo á quererla.

Y esto mejor se apercibe
Del que aborrecido está;
Pues aquel amando vive,
No por el gusto que da,
Sino por el que recibe.
Los que aborrecidos son
De la dama que apetecen,
No sienten la desazon
Que les causa su pasion,
Sino porque ellos padecen.
Luego, si por su tormento
El desden siente quien ama,
El que quiere mas atento
No quiere el bien de su dama,
Sino su propio contento.
A su propia conveniencia
Dirige amor su fatiga:
Luego es clara consecuencia
Que ni con amor se obliga,
Ni con su correspondencia.
Diana. El amor es una union
De dos almas, que su ser
Truecan por transformacion,
Donde es fuerza que ha de haber
Gusto, agrado y eleccion.
Luego si el gusto es despues
Del agrado y la eleccion,
Y esta voluntaria es,
Ya le debe obligacion,
Si no amante, de cortés.
Cárlos. Si vuestra razon infiere
Que es amar obligacion,
¿Porqué os ofende el que quiere?
Diana. Porque yo tendré razon
Para lo que yo quisiere.
Cárlos. ¿Y qué razon puede ser?
Diana. Yo otra razon no prevengo
Mas, que quererla tener.
Cárlos. Pues esa es la que yo tengo
Para no corresponder.
Diana. ¿Y si acaso el tiempo os muestra
Que vence vuestra porfía?
Cárlos. Siendo una la razon nuestra,
Si se vinciere la mia,
No es muy segura la vuestra.

(*Suenan instrumentos.*)

Laura. Señora, los instrumentos
Ya de ser hora dan señas
De comenzar el sarao
Para las carnestolendas.
Pol. Y ya los príncipes vienen.
Diana. Tened todas advertencia
De prevenir los colores.
Pol. Ha, señor, ¿estás alerta?
Cárlos. ¡Ay, Polilla, lo que finjo
Toda una vida me cuesta!
Pol. Calla, que de enamorarla
Te hartarás al ir con ella
Por la obligacion del dia.
Cárlos. Disimula, que ya llegan.

ESCENA III.

DICHOS, LOS PRÍNCIPES Y LOS MÚSICOS CANTANDO.

Mús. Venid los galanes
A elegir las damas,
Que en carnestolendas
Amor se disfraza.
Falarala, larala, etc.

Bearne. Dudoso vengo, señora,
Pues teniendo poca estrella,
Vengo fiado en la suerte.
Gaston. Aunque mi duda es la misma,
El elegir la color
Me toca á mí, que el ser buena,
Pues le toca á mi fortuna,
Ella debe cuidar de ella.
Diana. Pues sentaos, y cada uno
Elija color, y sea
Como es uso, previniendo
La razon para escogerla;
Y la dama que le tiene,
Salga con él, siendo deuda
El enamorarla en él,
Y el favorecerle en ella.

Mús. Venid los galanes
A elegir las damas, etc.

Bearne. Esta es accion de fortuna
Y ella, por ser loca y ciega,
Siempre le da lo mejor
A quien tiene menos prendas;
Y por no tener ninguna
Es forzoso que yo sea
Quien tenga mas esperanza;
Y así, el escoger es fuerza

El color verde.

Cintia. Si yo *ap.*
Escojo de lo que queda
Despues de Cárlos, yo elijo
Al de Bearne. Yo soy vuestra,
Que tengo el verde : tomad
La cinta. (*Dásela.*)

Bearne. Corona sea
De mi suerte el favor vuestro,
Que á no serlo, eleccion fuera.

(*Danzan una mudanza, pónense mascarillas, y retiranse á un lado, quedando en pié.*)

Mús. Vivan los galanes
Con sus esperanzas,
Que para ser dichas
El tenerlas basta.
Falarala, larala.

Gaston. Yo nunca tuve esperanza,
Sino envidia, pues cualquiera
Debe mas favor que yo
A las luces de su estrella;
Y pues siempre estoy zeloso,
Azul quiero.

Feniza. Yo soy vuestra,
Que tengo el azul; tomad. (*Dásela.*)

Gaston. Mudar de color pudiera,
Pues ya, señora, mi envidia
Con tan buena suerte cesa.

(*Danzan y retiranse.*)

Mús. No cesan los zelos
Por lograr la dicha,
Pues los hay entonces
e los que la envidian.
Falarala, etc.

Pol. ¿Y yo he de elegir color?

Diana. Claro está.

Pol. Pues vaya fuera,
Que ya salirme queria
A la cara la vergüenza.

Diana. ¿Qué color pides?

Pol. Yo tengo
Hecho el buche á damas feas :
De suerte, que habrá de ser
Muy mala la que me quepa.
De las damas que aquí miro,
No hay ninguna que no sea
Como una rosa, y pues yo
La he de hacer mala por fuerza,
Por si ella es como una rosa,
Yo la quiero rosa seca.
Rosa seca, sal acá :
¿Quién la tiene?

Laura. Yo soy vuestra,
Que tengo el color; tomad.
(*Dásela.*)

Pol. ¿Yo aquí he de favorecerla,
Y ella á mí ha de enamorarme?

Laura. No, sino al reves.

Pol. Pues vuelta;
Enamórame al reves.

Laura. Que no ha de ser esto, bes-
Sino enamorarme tú. [tia,

Pol. ¿Yo? Pues toda la manteca
Hecha pringue en la sarten
A tu blancura no llega,
Ni con tu pelo se iguala
La frisa de la bayeta,
Ni dos ojos de jabon
Mas que los tuyos blanquean,
Ni siete bocas hermosas,
Las unas tras otras puestas,
Son tanto como la tuya :
Y no hablo de piés y piernas,
Porque no hilo tan delgado;
Que aunque yo con tu belleza
He caido, no he caido,
Pues no cae el que no peca.

(*Danzan y retiranse.*)

Mús. Quien á rosas secas
Su eleccion inclina,
Tiene amor de rosas,
Y temor de espinas.
Falarala, etc.

Cárlos. Yo á elegir quedo el pos-
Y ha sido por la violencia [trero,
Que me hace la obligacion
De haber de fingir finezas;
Y pues ir contra el dictámen
Del pecho, es enojo y pena,
Para que lo signifique,
De los colores que quedan,
Pido el color ençarnado :
¿Quién lo tiene?

Diana. Yo soy vuestra,
Que tengo el nácar; tomad.
(*Dásela.*)
Cárlos. Si yo, señora, supiera
El acierto de mi suerte,
No tuviera por violencia
Fingir amor, pues ahora
Le debo tener de veras.

(*Danzan y retíranse.*)

Mús. Iras significa
El color de nácar,
¿El desden no es ira?
¿Quien tiene iras ama?
Falarala, etc.

Pol. Ahora te puedes dar
Un hartazgo de finezas,
Como para quince dias,
Mas no te ahites con ellas.
Diana. Guie la música, pues,
A la plaza de las fiestas,
Y ya galanes y damas
Vayan cumpliendo la deuda.

Mús. Vayan los galanes
Todos con sus damas,
Que en carnestolendas
Amor se disfraza.
Falarala, etc.

ESCENA IV.

DIANA y CÁRLOS.

Diana. Yo he de rendir á este [hombre, *ap.*
O he de condenarme á necia.
¡Qué tibio galan haceis!
Bien se ve en vuestra tibieza,
Que es violencia enamorar;
Y siendo el fingirlo fuerza,
No saberlo hacer, no es falta
De amor, sino de agudeza.
Cárlos. Si yo hubiera de fingirlo,
No tan remiso estuviera,
Que donde no hay sentimiento
Está mas pronta la lengua.
Diana. ¿Luego estais enamorado
De mí?
Cárlos. Si no lo estuviera,
No me atára este temor. [veras?
Diana. ¿Qué decis? ¿hablais de
Cárlos. ¿Pues si el alma lo publi-
Puede fingirlo la lengua? [ca,
Diana. ¿Pues no dijisteis que vos
No podeis querer?
Cárlos. Eso era
Porque no me habia tocado
El veneno de esta flecha.
Diana. ¿Qué flecha?
Cárlos. La de esta mano,
Que el corazon me atraviesa;
Y como el pez, que introduce
Su venenosa violencia
Por el hilo y por la caña,
Al pescador pasma y hiela
El brazo con que la tiene;
A mí el alma me penetra
El dulce ardiente veneno,
Que de vuestra mano bella
Se introduce por la mia,
Y hasta el corazon me llega.
Diana. Albricias, ingenio mio, *ap.*
Que ya rendí su soberbia:
Ahora probará el castigo
Del desden de mi belleza.
¿Que en fin, vos no imaginabais
Querer, y quereis de veras?
Cárlos. Toda el alma se me abrasa,
Todo mi pecho es centellas.
Temple en mí vuestra piedad
Este ardor que me atormenta.
Diana. Soltad, ¿qué decis? soltad.

(*Quítase la mascarilla Diana y suéltale la mano.*)

¡Yo favor! La pasion ciega
Para el castigo os disculpa,
Mas no para la advertencia.
¿A mí me pedis favor,
Diciendo que amais de veras?
Cárlos. Cielos, yo me despeñé, *ap.*
Pero válgame la enmienda.
Diana. ¿No os acordais de que os [dije,
Que en queriéndome, era fuerza
Que sufrierais mis desprecios,
Sin que os valiese la queja?
Cárlos. ¿Luego de veras hablais?

Diana. ¿Pues vos no quereis de [veras?
Cárlos. ¡Yo, señora! ¿Pues se [pudo
Trocar mi naturaleza?
¿Yo querer de veras? ¿yo?
¡Jesus, qué error! ¿Eso piensa
Vuestra hermosura? ¿Yo amor?
Pues cuando yo le tuviera,
De vergüenza le callára:
Esto es cumplir con la deuda
De la obligacion del dia.
Diana. ¿Qué me decis? Yo estoy [muerta.
¿Qué, no es de veras? ¡Qué escu- [cho! *ap.*
¿Pues cómo aquí á hablar acierta
Mi vanidad de corrida?
Cárlos. ¿Pues vos, siendo tan dis- [creta,
No conoceis que es fingido?
Diana. ¿Pues aquello de la flecha,
Del pez, del hilo, y la caña,
Y el decir que el desden era,
Porque no os habia tocado
Del veneno la violencia?
Cárlos. Pues eso es fingirlo bien:
¿Tan necio quereis que sea
Que cuando á fingir me ponga,
Lo finja sin apariencia?
Diana. ¡Qué es esto que me suce- [de! *ap.*
¿Yo he podido ser tan necia,
Que me haya hecho este desaire?
Del incendio de esta afrenta
El alma tengo abrasada;
Mucho temo que lo entienda:
Yo he de enamorar á este hombre,
Si toda el alma me cuesta.
Cárlos. Mirad que esperan, señora.
Diana. ¡Que á mí este error me [suceda!
¿Pues cómo vos...?
Cárlos. ¿Qué decis?
Diana. ¿Qué iba yo á hacer? ya [estoy ciega: *ap.*
Poneos la máscara, y vamos.
Cárlos. No ha sido mala la en- [mienda: *ap.*
¿Así trata el rendimiento?
¡Ah, cruel! ¡ah, ingrata! ¡ah, fiera!
Yo echaré sobre mi fuego
Toda la nieve del Etna.
Diana. Cierto, que sois muy dis- [creto,
Y lo fingis de manera,
Que lo tuve por verdad.
Cárlos. Cortesanía fué vuestra
El fingiros engañada,
Por favorecer con ella,
Que con eso habeis cumplido
Con vuestra naturaleza,
Y la obligacion del dia;
Pues fingiendo la cautela
De engañaros, porque á mí
Me dais crédito con ella,
Favoreceis el ingenio,
Y despreciais la fineza.
Diana. Bien agudo ha sido el mo- [do *ap.*
De motejarme de necia:
Mas así le he de engañar.
Venid, pues, y aunque yo sepa
Que es fingido, proseguid,
Que eso á estimaros me empeña
Con mas veras.
Cárlos. ¿De qué suerte?
Diana. Hace á mi desden mas fuer- [za
La discrecion, que el amor,
Y me obligais mas con ella.
Cárlos. ¡Quién no entendiese su [intento! *ap.*
Yo le volveré la flecha
Diana. ¿No proseguis?
Cárlos. No, señora.
Diana. ¿Porqué?
Cárlos. Me ha dado tal pena
El decirme que os obligo,
Que me ha hecho perder la senda
De fingirme enamorado.
Diana. ¿Pues vos, qué perder pu- [dierais
En tenerme á mi obligada
Con vuestra intencion discreta?
Cárlos. Arriesgarme á ser querido.
Diana. ¿Pues tan mal os estuviera?
Cárlos. Señora, no está en mi ma- [no;
Y si yo en eso me viera,
Fuera cosa de morirme.
Diana. ¡Qué esto escuche mi be- [lleza! *ap.*
¿Pues vos presumis que yo
Puedo quereros?
Cárlos. Vos mesma
Decis que la que agradece
Está de querer muy cerca:
Pues quien confiesa que estima,
¿Qué falta para que quiera?

Diana. Menos falta para injuria
A vuestra loca soberbia;
Y eso poco que le falta,
Pasando ya de grosera.
Quiero escusar con dejaros:
Idos.
Cárlos. ¿Pues cómo á la fiesta
Quereis faltar? ¿puede ser
Sin dar causa á otra sospecha?
Diana. Ese riesgo á mí me toca;
Decid que estoy indispuesta,
Que me ha dado un accidente.
Cárlos. Luego con eso licencia
Me dais para no asistir.
Diana. Si os mando que os vais, [¿no es fuerza?
Cárlos. Me habeis hecho un gran [favor:
Guarde Dios á vuestra alteza. (*Vase.*)
Diana. ¿Qué es lo que pasa por [mí?
Tan corrida estoy, tan ciega,
Que si supiera algun medio
De triunfar de su soberbia,
Aunque arriesgára el respeto,
Por rendirle á mi belleza,
A costa de mi decoro
Comprára la diligencia.

ESCENA V.

DIANA y POLILLA.

Pol. ¿Qué es esto, señora mia?
¿Cómo se ha aguado la fiesta?
Diana. Hame dado un accidente.
Pol. Si es cosa de la cabeza,
Dos parches de tacamaca,
Y que te traigan las piernas.
Diana. No tienen piernas las da- [mas.
Pol. Pues por esta razon mesma
Digo yo que te las traigan:
¿Mas qué ha sido tu dolencia?
Diana. Aprieto del corazon.
Pol. ¡Jesus! pues si no es mas de [esa,
Sángrate y púrgate luego:
Y échate unas sanguijuelas,
Dos docenas de ventosas,
Y al instante estarás buena.
Diana. Caniquí, yo estoy corrida
De no vencer la tibieza
De Cárlos.
Pol. ¿Pues eso dudas?
¿Quieres que por tí se pierda?
Diana. ¿Pues cómo se ha de per- [der?
Pol. Hazle que tome una renta.
¿Pero de veras hablando,
Tú, señora, no deseas
Que se enamore de tí?
Diana. Toda mi corona diera
Por verle morir de amor.
Pol. ¿Y es eso cariño, ó tema?
La verdad; ¿te entra el Carlillos?
Diana. ¿Qué es cariño? yo soy pe- [ña:
Para abrasarle á desprecios,
A desaires y violencias,
Lo deseo solo.
Pol. ¡Zape! *ap.*
Aun está verde la breva;
Mas ella madurará,
Como hay muchachos y piedras.
Diana. Yo sé que él gusta de oir
Cantar.
Pol. Mucho, como sea
La pasion, ó algun buen salmo
Cantado con castañetas.
Diana. ¡Salmo! ¿qué decis?
Pol. Es cosa
Señora, que esto le eleva;
Lo que es música de salmos
Pierde su juicio por ella.
Diana. Tú has de hacer por mí [una cosa.
Pol. ¿Qué?
Diana. Abierta hallarás la puerta
Del jardin; yo con mis damas
Estaré allí, y sin que él sepa
Que es cuidado, cantarémos:
Tú has de decir que le llevas
Porque nos oiga cantar,
Diciendo, que aunque le vean,
A tí te echarán la culpa.
Pol. Tú has pensado brava treta,
Porque en viéndote cantar,
Se ha de hacer una jalea.
Diana. Pues ve á buscarle al mo- [mento.
Pol. Llevaréle con cadena:
A oir cantar irá el otro
Tras de un entierro; mas sea

Buen tono.
Diana. ¿Qué te parece?
Pol. Alguna cosa burlesca,
Que tenga mucha alegría.
Diana. ¿Cómo que?
Pol. Un requiem eternam.
Diana. Mira que voy al jardin.
Pol. Pues ponte como una Eva,
Para que caiga este Adan.
Diana. Allá espero.

ESCENA VI.

POLILLA Y DESPUES CÁRLOS.

Pol. Norabuena,
Que tú has de ser la manzana,
Y has de llevar la culebra.
Señores, ¡qué estas locuras
Ande haciendo una princesa!
Mas quien tiene la mayor,
¿Qué mucho que esotras tenga?
Porque las locuras son
Como un plato de cerezas,
Que tirando de la una,
Las otras se van tras ella.
Cárlos. ¿Polilla, amigo?
Pol. ¡Cárlos, bravo cuento!
Cárlos. ¿Pues qué ha habido de [nuevo?
Pol. Vencimiento.
Cárlos. ¿Pues tú qué has entendi- [do?
Pol. Que para enamorarte, me ha [pedido
Que te lleve al jardin, donde has de [vella,
Mas hermosa y brillante que una es-
Cantando con sus damas, [trella,
Que como te imagina duro tanto,
Ablandarte pretende con el canto.
Cárlos. ¿Eso hay? mucho lo estra- [ño.
Pol. Mira si es liviandad de buen [tamaño,
Y si está ya harto ciega,
Pues esto hace, y de mí á fiarlo llega.
Cárlos. Ya escucho el instrumento.
(*Tocan dentro.*)
Pol. Esta ya es tuya.
Cárlos. Calla, que canta ya.
Pol. Pues aleluya.

Mús. Olas eran de zafir
Las del mar solo esta vez,
Con el que siempre aclaman
Los mares segundo rey.

Pol. Vamos, señor.
Cárlos. ¿Qué dices, que yo muero?
Pol. Deja eso á los pastores de la [Arcadia,
Y vámonos allá, que esto es primero.
Cárlos. ¿Y qué he de hacer?
Pol. Entrar y no mirarla.
Y divertirte con la copia bella
De flores, y aunque ella
Se haga rajas cantando, no escuchar-
Porque se abrase. [la,
Cárlos. No podré emprenderlo.
Pol. ¿Cómo no? Vive Cristo, que [has de hacerlo,
O te tengo de dar con esta daga,
Que traigo para eso, que esta llaga
Se ha de curar con escozor.
Cárlos. No intentes
Eso, que no es posible que lo allanes.
Pol. Señor, tú has de sufrir polvos [de Juanes,
Que toda el alma tienes ya podrida.
(*Mús.*)
Cárlos. Otra vez cantan; oye por [tu vida.
Pol. Pese á mi alma; vamos,
No en eso tiempo pierdas.
Cárlos. Atendamos,
Que luego entrar podemos.
Pol. Allá desde mas cerca escu-
Anda con Barrabas. [charémos.
Cárlos. Oye primero.
Pol. Has de entrar, vive Dios.
Cárlos. Oye.
Pol. No quiero.
(*Métele á empellones.*)

ESCENA VII.

Decoracion de jardin.

DIANA Y TODAS LAS DAMAS EN GUARDAPIÉS Y JUSTILLOS, CANTANDO.

Mús. Olas eran de zafir
Las del mar solo esta vez,

Con el que siempre le aclaman
Los mares segundo rey.

Diana. ¿No habeis visto entrar á
[Cárlos?
Cintia. No solo no le hemos visto,
Mas ni aun de que venir pueda
En el jardin hay indicio.
Diana. Laura, ten cuenta si viene.
Laura. Ya yo, señora, lo miro.
Diana. Aunque arriesgue mi deco-
He de vencer sus desvíos. [ro,
Laura. Cierto, que estás tan her-
[mosa,
Que ha de faltarle el sentido
Si te ve, y no se enamora;
Mas señora, ya le he visto,
Ya está en el jardin.
Diana. ¿Qué dices?
Laura. Que con Caniquí ha venido.
Diana. Pues volvamos á cantar,
Y sentaos todas conmigo.

(*Siéntanse ahora todas.*)

ESCENA VIII.

DICHAS, POLILLA Y CÁRLOS.

Pol. No te derritas, señor.
Cárlos. Polilla, ¿no es un prodigio
Su belleza? en aquel trage
Doméstico es un hechizo.
Pol. ¡Qué bravas están las damas
En guardapiés y justillo!
Cárlos. ¿Para qué son los adornos
Donde hay sin ellos tal brio?
Pol. Mira, estas son como el cardo,
Que el hortelano, advertido,
Le deja las pencas malas,
Que aunque no son de servicio,
Abultan para venderle;
Pero despues de vendido
Solo se come el cogollo:
Pues las damas son lo mismo,
Lo que se come es aquesto,
Que el moño y el artificio
De las faldas son las pencas
Que se echan á los borricos:
Pero vuelve allá la cara,
No mires, que vas perdido.
Cárlos. Polilla, no he de poder.
Pol. ¿Qué llamas no? Vive Cristo,
Que he de meterte la daga,
Si vuelves.

(*Pónele la daga en la cara.*)

Cárlos. Ya no la miro.
Pol. Pues la estás oyendo, engaña
Los ojos con los oidos.
Cárlos. Pues vámonos alargando,
Porque si canta, el no oirlo
No parezca que es cuidado,
Sino divertirme el sitio. [des.
Cintia. Ya te escucha, cantar pue-
Diana. Así vencerle imagino.

(*Canta.*)

El que solo de su abril
Escogió mayo cortés,
Por gala de su esperanza,
Las flores de su desden...

¿No ha vuelto á oir?
Laura. No, señora.
Diana. ¿Cómo no? ¿pues no me
[ha oido?
Cintia. Puede ser, porque estás
[lejos.
Cárlos. En toda mi vida he visto
Mas bien compuesto jardin.
Pol. Vaya de eso, que eso es lindo.
Diana. Al jardin está mirando:
Este hombre está sin sentido:
¿Qué es esto? Cantemos todas,
Para ver si vuelve á oirnos.

(*Cantan todas.*)

A tan dichoso favor
Sirva tan florido mes,
Por gloria de sus trofeos
Rendido le bese el pié.

Cárlos. ¡Qué bien hecho está aquel
[cuadro
De sus armas! ¡qué pulido!
Pol. Harto mas pulido es eso.
Diana. ¡Qué esto escucho! ¡qué
[esto miro!
¡Los cuadros está alabando
Cuando yo canto!
Cárlos. No he visto
Hiedra mas bien enlazada:
¡Qué hermoso verde!
Pol. Eso pido:
Date en lo verde, que engordas.

Diana. No me ha visto, ó no me [ha oido;
Laura, al descuido le advierte
Que estoy yo aquí.

(*Levántase Laura.*)

Cintia. Este capricho
La ha de despeñar á amar.
Laura. Cárlos, estad advertido,
Que está aquí dentro Diana.
Cárlos. Tiene aquí un famoso sitio:
Los laureles están buenos;
Pero entre aquellos jacintos
Aquel pié de guindo afea.
Pol. ¡Oh, qué lindo pié de guindo!
Diana. ¿Ya se lo advertiste, Laura?
Laura. Ya, señora, se lo he dicho.
Diana. Ya no yerra de ignorancia;
¿Pues cómo está divertido?

(*Pasan por delante de ellas, llevándole Polilla la daga junto á la cara porque no vuelva.*)

Pol. Señor, por aquesta calle
Pasa sin mirar.
Cárlos. Rendido
Estoy á mi resistencia:
Volver temo.
Pol. Ten, por Cristo,
Que te herirás con la daga.
Cárlos. Ya no puedo, mas amigo.
Pol. Hombre, mira que te clavas.
Cárlos. ¿Qué quieres? Ya me he [vencido.
Pol. Vuelve por esotro lado.
Cárlos. ¿Por acá?
Pol. Por allá digo.
Diana. ¿No ha vuelto?
Laura. Ni lo imagina.
Diana. Yo no creo lo que miro:
Ve tú al descuido, Feniza,
Y vuelve á dar el aviso.

(*Levántase Feniza.*)

Pol. Otro correo dispara.
Mas no dan lumbre los tiros.
Feniza. ¿Cárlos?
Carlos. ¿Quién llama?
Pol. ¿Quién es?
Feniza. Ved qué Diana os ha visto.
Cárlos. Admirado de esta fuente,
En verla me he divertido,
Y no habia visto á su alteza:
Decid que ya me retiro.
Diana. ¡Cielos! sin duda se va:
Oid, escuchad, á vos digo.

(*Levántase.*)

Cárlos. ¿A mí, señora?
Diana. Sí, á vos.
Cárlos. ¿Qué mandais?
Diana. ¿Como, atrevido
Habeis entrado aquí dentro,
Sabiendo que en mi retiro
Estaba yo con mis damas?
Cárlos. Señora, no os habia visto:
La hermosura del jardin
Me llevó, perdon os pido.
Diana. Esto es peor, que aun no [dice *ap.*
Que para escucharme vino.
¿Pues no me oiste?
Cárlos. No, señora.
Diana. No es posible.
Cárlos. Un yerro ha sido,
Que solo enmendarse puede
Con no hacer mas el delito. (*Vase.*)
Cintia. Señora, este hombre es un [tronco.
Diana. Déjame, que sus desvíos
El sentido han de quitarme.
Cintia. Aquesto va ya perdido, *ap.*
Si ella no está enamorada
De Cárlos, ya va camino. (*Vase.*)
Diana. ¡Cielos, qué es esto que veo!
Un etna es cuanto respiro:
¡Yo despreciada!
Pol. Eso sí,
Pese á su alma, dé brincos.
Diana. ¿Caniquí?
Pol. ¿Señora mia?
Diana. ¿Qué es esto? ¿Este hom- [bre no vino
A escucharme?
Pol. Sí, señora.
Diana. ¿Pues cómo no ha vuelto á [oirlo?
Pol. Señora, es loco de atar.
Diana. ¿Pues qué respondió, ó qué [dijo?
Pol. Es vergüenza.
Diana. Dilo pues.
Pol. Que cantabais como niños
De escuela, y que no queria

Escucharos.
Diana. ¿Eso ha dicho?
Pol. Sí, señora.
Diana. ¡Hay tal desprecio!
Pol. Es un bobo.
Diana. ¡Estoy sin juicio!
Pol. No hagas caso.
Diana. ¡Estoy mortal!
Pol. Que es un bárbaro.
Diana. Eso mismo
Me ha de obligar á rendirle,
Si muero por conseguirlo. (*Vase.*)
Pol. Buena va la danza, alcalde,
Y da en la albarda el granizo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de salon.

CÁRLOS, POLILLA, GASTON Y EL DE BEARNE.

Gaston. Cárlos, nuestra amistad [nos da licencia
De valernos de vos para este intento.
Cárlos. Ya sabeis que es segura [mi obediencia.
Bearne. En fe de eso os consulto [el pensamiento.
Pol. Va de consulta, y salga la [propuesta,
Que todo lo demas es molimiento.
Bearne. Ya vos sabeis que no ha [quedado fiesta,
Fineza, ostentacion, galantería,
Que no haya sido de los tres com- [puesta,
Para vencer la justa antipatía
Que nos tiene Diana sin debella,
Ni aun lo que debe dar la cortesía;
Pues habiendo salido vos con ella,
La obligacion y el uso de la suerte,
Por no favoreceros, atropella;
Y la alegría del festin convierte
En queja de sus damas y en desprecio
De nosotros, si el término se advierte:
Y de nuestro decoro haciendo apre- [cio,
Mas que de nuestro amor, nos ha [obligado
Solamente á vencer su desden necio;
Y el gusto quedará desempeñado
De los tres, si la viesemos vencida
De cualquiera de todos al cuidado.
Para esto, pues, traemos prevenida
Yo y don Gaston la industria que os [diremos,
Que si á esta flecha no quedare he- [rida,
No queda ya camino que intentemos.
Cárlos. ¿Qué es la industria?
Gaston. Que pues para estos dias
Todos por suerte ya damas tenemos,
Prosigamos en las galanterías
Todos, sin hacer caso de Diana,
Pues ella se escusó con sus porfías;
Que si á ver llega su altivez tirana,
Por su desden, su adoracion perdida,
Si no de amante, se ha de herir de [vana:
Y en conociendo indicios de la herida,
Nuestras finezas han de ser mayores,
Hasta tenerla en su rigor vencida.
Pol. No es ese mal remedio; mas, [señores,
Eso es lo mismo que á cualquier do- [liente
El quitarle la cena los doctores.
Bearne. Pero si no es remedio sufi- [ciente,
Cuando no alivie ó temple la dolen- [cia,
Sirve de que no crezca el accidente:
Si á Diana la ofende la decencia
Con que la festejamos, porfiarla
Solo será crecer su resistencia.
Ya no queda mas medio que dejarla,
Pues si la ley, que dió naturaleza,
No falta en ella, así hemos de obli- [garla:
Porque en viendo perdida la fineza
La dama, aun de aquel mismo que [aborrece,
Sentirlo es natural en la belleza,
Que la veneracion de que carece,
Aunque el gusto cansado la despre- [cia,
La vanidad del alma la apetece;
Y si le falta lo que el ama aprecia,
Aunque lo calle allá su sentimiento,
La estará á solas condenando á necia;

Y cuando no se logre el pensamiento
De obligarla á querer, en que lo [sienta
Queda vengado bien nuestro tor- [mento.

Cárlos. Lo que ofendido vuestro [amor intenta,
Por dos causas de mí queda aceptado;
Una, el ser fuerza que ella lo con- [sienta,
Porque eso su desden nos ha man- [dado;
Y otra que sin amor ese desvío
No me puede costar ningun cuidado.

Bearne. Pues la palabra os tomo.

Cárlos. Yo la fio.

Bearne. Y aun de Diana el nombre [á nuestro labio
Desde aquí le prohiba el albedrío.

Gaston. Ese contra el desden es [medio sabio.

Cárlos. Digo que de mi parte lo [prometo.

Bearne. Pues vos vereis vengado nuestro agravio.

Gaston. Vamos, y aunque se ofenda [su respeto,
En festejar las damas prosigamos
Con mas finezas.

Cárlos. Yo el desvío aceto.

Bearne. Pues si á un tiempo todos [la dejamos,
Cierto será el vencerla.

Cárlos. Así lo creo.

Bearne. Vamos, pues, don Gaston.

Gaston. Bearne, vamos.

Bearne. Logrado habeis de ver [nuestro deseo.

ESCENA II.

CÁRLOS Y POLILLA.

Pol. Señor, esta es brava traza,
Y medida á tu deseo,
Que este es echarte el ojeo,
Porque tú mates la caza.

Cárlos. Polilla, ¡muger terrible!
¡Que aun no quiera tan picada!

Pol. Señor, ella está abrasada,
Mas rendirse no es posible:
Ella te quiere, señor,
Y dice que te aborrece;
Mas lo que ira le parece,
Es quinta esencia de amor:
Porque cuando una muger
De los desdenes se agravia,
Bien puede llamarlo rabia,
Mas es rabia por querer.
Dia y noche está trazando
Como vengar su congoja;
Mas no temas que te coja,
Que ella te dará bien blando.

Cárlos. ¿Qué dice de mí?

Pol. Te acusa:
Dice que eres un grosero,
Desatento, majadero:
Y yo, que entiendo la musa,
Digo: Señora, es un loco,
Un sucio: y ella despues
Vuelve por tí, y dice: No es,
Que ni tanto, ni tan poco.
En fin, porque sus desvelos
Ne se logren, imagino
Que ahora toma otro camino.
Y quiere picarte á zelos.
Conoce la ballestilla,
Y si acaso te la echa,
Disimula, y dí á la flecha,
Riendo: Hágote cosquilla.
Que ella te se vendrá al ruego.

Cárlos. ¿Porqué?

Pol. Porque aunque se enoje
Quien cuando siembra no coje,
Va á pedir limosna luego:
Eso es, señor, evidencia.
Lope, el fénix español,
De los ingenios el sol,
Lo dijo en esta sentencia:
« Quien tiene zelos, y ofende,
¿ Qué pretende?
La venganza de un desden;
¿Y si no le sale bien?
Vuelve á comprar lo que vende. »
Mas ya los príncipes van
Sus músicas previniendo.

Cárlos. Irme con ellos pretendo.

Pol. Con eso juego te dan.

Cárlos. Diana viene.

Pol. Pues cuidado,
Y escápate

Cárlos. Voime luego.
Pol. Vete, que si nos ve el juego,
Perderemos lo envidado.

ESCENA III.

DIANA y POLILLA.

(*Cantan dentro.*)

Mús. Pastores, Cintia me mata,
Cintia es mi muerte y mi vida,
Yo de ver á Cintia vivo,
Y muero por ver á Cintia.

Diana. ¡Tanta Cintia!
Pol. Es el reclamo
Del bearnés.
Diana. ¡Finezas necias!
Pol. Todo esto es echar especias [*ap.*
Al guisado de mi amo.
Diana. Por no ver estas contiendas
De que á sus damas alaben,
Deseo ya que se acaben
Aquestas carnestolendas.
Pol. Eso es ya rigor tirano:
Deja, señora, querer,
Si no quieres, que esto es ser
El perro del hortelano.
Diana. ¿Pues no es cosa muy cansada.
Oir músicas precisas
De Cintias, Lauras, Fenisas,
Cada instante?
Pol. Si te enfada
Ver tu nombre en verso escrito,
¿Qué han de hacer sino cintiar,
Laurear y fenisear?
Que el dianar es ya delito:
Y el bearnés tan fino está
Con Cintia, que está en su pecho,
Que una gran décima ha hecho.
Diana. ¿Y cómo dice?
Pol. Allá va:
« Cintia el mandamiento quinto
Quebró en mí, como saeta;
Cintia es la que á mí me aprieta,
Y yo soy de Cintia el cinto.
Cintia, y cinta no es distinto:
Y pues Cintia es semejante
A cinta, soy fino amante,
Pues traigo cinta en la liga,
Y esta décima la diga
Cintor el representante. »
Diana. Bien por cierto, mas ya
Otra música. [suena
Pol. Y galante.
Diana. Esta será de otro amante.
Pol. Reventando está de pena. *ap.*

Mús. No iguala á Fenisa el fénix,
Que si él muere, y resucita,
Fenisa da vida, y mata:
Mas que el fénix es Fenisa.

Diana. ¡Finos están!
Pol. ¡Jesus! es
Mucha cosa, y aun mi pecho...
¡Oye lo que á Laura he hecho!
Diana. ¿Tambien das músicas?
Pol. Pues.
« Laura, en rigor, es laurel;
Y pues Laura á mí me plugo,
Yo tengo de ser besugo,
Por escabecharme en él. »
Diana. ¿Y Cárlos no me pudiera
Dar música á mí tambien?
Pol. Si llegára á querer bien,
Sin duda te se atreviera;
Mas él no ama, y tú el concierto
De que te dejase hiciste,
Con que al punto que dijiste,
Id con Dios, vió el cielo abierto.
Diana. Que lo dije así, confieso;
Mas él porfiar debia,
Que aquí es cortés la porfía.
Pol. ¿Pues cómo puede ser eso,
Si á las fiestas han de ir,
Y es desprecio de su fama
No ir un galan con su dama,
Y tú no quieres salir?
Diana. ¿Qué pudiera ser, no infieres,
Que saliese yo con él?
Pol. Sí, señora; pero él
Sabe poco de poderes.
Mas ya galanes y damas
A las fiestas van saliendo:
Cierto, que es un mayo ver
Las plumas de los sombreros.
Diana. Todos vienen con sus damas,
Y Cárlos viene con ellos.
Pol. Señores, si esta muger, *ap.*
Viendo ahora este desprecio,

No se rinde á querer bien,
Ha de ahorcarse como hay credo.

ESCENA IV.

DICHOS, Y SALEN TODOS LOS GALANES CON SUS DAMAS, Y ELLOS Y ELLAS CON SOMBREROS Y PLUMAS.

Mús. A festejar sale Amor
Sus dichosos prisioneros,
Dando plumas sus penachos
A sus arpones soberbios.

Bearne. Príncipes, para picarla,
Es este el mejor remedio.
Gaston. Mostrarnos finos importa.
Cárlos. Mi fineza es el despego.
Bearne. Cada instante, Cintia her- [mosa,
Me olvido de que soy vuestro,
Porque no creo á mi suerte
La dicha que la merezco.
Cintia. Mas dudo yo, pues presumo
Que el ser tan fino es empeño
Del dia, y no del amor.
Bearne. Salir del dia deseo,
Por venceros esa duda.
Gaston. Y vos, si dudais lo mesmo,
Vereis pasar mi fineza
A los mayores estremos,
Cuando solo deuda sea
De la fe con que os venero.
Diana. Nadie se acuerda de mí.
Pol. Yo por ninguno lo siento,
Sino por aquel menguado
De Cárlos, que es un soberbio:
¿Tiene él algo mas que ser
Muy galan y muy discreto,
Muy liberal y valiente,
Y hacer muy famosos versos,
Y ser un príncipe grande?
¿Pues qué tenemos con eso?
Bearne. Conde de Fox, no perda- [mos
Tiempo para los festejos
Que tenemos prevenidos.
Gaston. Tan feliz dia logremos.
Diana. ¡Qué tiernos van!
Pol. Son menguados.
iana. ¿Pues es malo el estar tier- [nos?
Pol. Sí, que es cosa de capones.
Bearne. Proseguid el dulce acento
Que nuestra dicha celebra.
Cárlos. Yo seré iman de sus ecos.

Mús. A festejar sale Amor
Sus dichosos prisioneros, etc.

(*Vanse pasando por delante de Diana sin reparar en ella.*)

ESCENA V.

CÁRLOS, DIANA Y POLILLA.

Diana. ¡Qué finos van y qué graves!
Pol. ¿Sabe qué parecen estos?
Diana. ¿Qué?
Pol. Priores y abadesas.
Diana. Y Cárlos se va con ellos:
Solo de él siento el desden;
Pero de abrasarle á zelos
Es esta buena ocasion:
Llámale tú.
Pol. Ah, caballero.
Cárlos. ¿Quién me llama?
Pol. Appropinquatio
Ad parlandum.
Cárlos. ¿Con quién?
Pol. Mecum.
Cárlos. ¿Pues para eso me llama- [bas,
Cuando ves que voy siguiendo
Este acento, enamorado?
Diana. ¿Vos enamorado? bueno:
¿Y de quién lo estais?
Cárlos. Señora,
Tambien yo aquí dama llevo.
Diana. ¿Qué dama?
Cárlos. Mi libertad,
Que es á quien yo galanteo.
Diana. Cierto que me habia dado
Gran susto. [*ap.*
Pol. Bueno va eso: *ap.*
Ya está mas allá de Illescas
Para llegar á Toledo.
Diana. ¿La libertad es la dama?
Buen gusto teneis por cierto.
Cárlos. En siendo gusto, señora,
No importa que no sea bueno,
Que la voluntad no tiene
Razon para su deseo.
Diana. Pero ahí no hay voluntad.

Cárlos. Sí hay tal.
Diana. O yo no lo entiendo,
O no la hay, que no se puede
Dar voluntad sin sugeto.
Cárlos. El sugeto es el no amar,
Y voluntad hay en esto,
Pues si quiero no querer,
Ya quiero lo que no quiero.
Diana. La negacion no da ser,
Que solo el entendimiento
Le da al ente de razon
Un ser fingido y supuesto;
Y así es esa voluntad,
Pues sin causa no hay efecto.
Cárlos. Vos, señora, no sabeis
Lo que es querer, y así en esto
Será lisonja deciros
Que ignorais el argumento.
Diana. No ignoro tal, que el dis-
No ha menester los efectos [curso
Para conocer las causas;
Pues sin la esperiencia de ellos
Las ve la filosofía;
Pero yo ahora lo entiendo
Con esperiencia tambien.
Cárlos. ¿ Pues vos quereis ?
Diana. Lo deseo.
Pol. Cuidado que va apuntando
La varita de los zelos;
Untate muy bien las manos
Con aceite de desprecios;
No te se pegue la liga.
Diana. Si este tiene entendimiento
Se ha de abrasar, ó no es hombre. [*ap.*
Pol. Eso fuera á no estar hecho *ap.*
El defensivo, y pegado.
Cárlos. De oiros estoy suspenso.
Diana. Cárlos, yo he reconocido
Que la opinion que yo llevo,
Es ir contra la razon,
Contra el útil de mi reino,
La quietud de mis vasallos,
La duracion de mi imperio,
Viendo estos inconvenientes,
He puesto á mi pensamiento
Tan forzosos silogismos,
Que le he vencido con ellos.
Determinada á casarme,
Apenas cedió el ingenio
Al poder de la verdad
Su sofístico argumento,
Cuando ví, al abrir los ojos,
Que la nube de aquel yerro
Le habia quitado al alma
La luz del conocimiento.
El príncipe de Bearne,
Mirado sin pasion...
Pol. ¿ Zelos?
Al aceite, que traen liga.
Diana. Es tan galan caballero,
Que merece la atencion
Mia, que harto lo encarezco :
Por su sangre no hay ninguno
De mayor merecimiento;
Sus partes no las iguala
El mas galan y discreto.
Lo afable en los agasajos,
Lo humilde en los rendimientos,
Lo primoroso en finezas,
Lo generoso en festejos,
Nadie lo tiene como él.
Corrida estoy de que un yerro
Me haya tenido tan ciega,
Que no viese lo que veo.
Cárlos. Polilla, aunque sea fingido,
Vive Dios, que estoy muriendo.
Pol. Aceite, pese á mi alma,
Aunque te manches con ello.
Diana. Y así, Cárlos, determino
Casarme; mas antes quiero,
Por ser tan discreto vos,
Consultaros este intento.
¿ No os parece el de Bearne,
Que será el mas digno dueño,
Que dar puedo á mi corona?
Que yo por el mas perfecto
Le tengo de todos cuantos
Me asisten. ¿ Qué sentis de ello ?
Parece que os demudais :
¿ Estrañais mi pensamiento ?
Bien he logrado la herida, *ap.*
Que del semblante lo infiero :
Todo el color ha perdido;
Eso es lo que yo pretendo.
Pol. ¡ Ah señor!
Cárlos. Estoy sin alma.
Pol. Sacúdete, majadero,
Que te se pega la liga.
Diana. ¿ No me respondeis? ¿ qué
[es eso?

¿Pues de qué os habeis turbado?
Cárlos. Me he admirado por lo
Diana. ¿De qué? [menos.
Cárlos. De que yo pensaba
Que no pudo hacer el cielo
Dos sugetos tan iguales,
Que estén á medida y peso
De unas mismas cualidades
Sin diferencia compuestos;
Y lo estoy viendo en los dos,
Pues pienso que estamos hechos
Tan debajo de una causa,
Que yo soy retrato vuestro.
¿Cuánto ha, señora, que vos
Teneis ese pensamiento?
Diana. Dias ha que está trabada
Esta batalla en mi pecho,
Y desde ayer me he vencido.
Cárlos. Pues aquese mismo tiempo
Ha que estoy determinado
A querer, ello por ello:
Y tambien mi ceguedad
Me quitó el conocimiento
De la hermosura que adoro;
Digo, que adorar deseo,
Que cierto que lo merece.
Diana. Sin duda logré mi intento.
Pues bien podeis declararos, [*ap.*
Que yo nada os he encubierto.
Cárlos. Sí, señora, y aun hacer
Vanidades del acierto:
Cintia es la dama.
Diana. ¿Quién, Cintia?
Pol. ¡Ah, buen hijo! como diestro,
Herir por los mismos filos,
Que esa es doctrina del negro.
Cárlos. ¿No os parece que he te-
Buena eleccion en mi empleo? [nido
Porque ni mas hermosura,
Ni mejor entendimiento
Jamas en muger he visto.
¿Aquel garbo, aquel sosiego,
Su agrado, no hace dichosa
Mi pasion? ¿Qué sentis de ello?
Parece que os he enojado.
Diana. Toda me ha cubierto un
Cárlos. ¿No respondeis? [hielo. *ap.*
Diana. Me ha dejado
Suspensa el veros tan ciego,
Porque yo en Cintia no he hallado
Ninguno de esos estremos:
Ni es agradable, ni hermosa,
Ni discreta; y este es yerro
De la pasion.
Cárlos. ¡Hay tal cosa!
Hasta ahí nos parecemos.
Diana. ¿Porqué?
Cárlos. Porque á vos de Cintia
Se os encubre el rostro bello,
Y del de Bearne á mí
Lo galan se me ha encubierto:
Con que somos tan iguales,
Que decimos mal á un tiempo,
Yo, de lo que vos quereis,
Y vos, de lo que yo quiero.
Diana. Pues si es gusto, cada uno
Siga el suyo.
Cárlos. ¡Malo es esto!
Pol. Encima viene la tuya,
No se te dé nada de eso.
Cárlos. Pues ya, con vuestra licen-
Iré, señora, siguiendo [cia,
Aquel eco enamorado,
Que el disfrazaros mi intento
Fué temor que ya he perdido,
Sabiendo que mi deseo,
En la ocasion, y el motivo,
Es tan parecido al vuestro.
Diana. ¿Vais á verla?
Cárlos. Sí, señora.
Diana. ¡Sin mí estoy! ¿Qué es esto,
[cielos?
Pol. Pára largo, que la pierde.
Cárlos. Adios, señora.
Diana. Teneos,
Aguardad: ¿porqué ha de ser
Tan ciego un hombre discreto,
Que ha de oponer un sentido
A todo un entendimiento?
¿Qué tiene Cintia de hermosa?
¿Qué discursos, qué conceptos
Os la han fingido discreta?
¿Qué garbo tiene, qué aseo?
Pol. Cinco, seis y encaje; cuenta,
Señor, que la va perdiendo
Hasta el codo.
Cárlos. ¿Qué decis?
Diana. Que ha sido mal gusto el
[vuestro.
Cárlos. ¿Malo, señora? Allí va

Cintia, miradla aun de lejos,
Y vereis cuántas razones
Da su hermosura á mi acierto.
Mirad en lazos prendido
Aquel hermoso cabello,
Y si es injusto que sea
Yo el rendido, y él el preso.
Mirad en su frente hermosa
Como junta el rostro bello,
Bebiendo luz á sus ojos
Sol, luna, estrellas y cielo;
Y en sus dos soles mirad
Si es digno y dichoso el yerro,
Que hace esclavos á los mios,
Aunque ellos sean los negros.
Mirad el sangriento labio,
Que fino coral vertiendo,
Parece que se ha teñido
En la herida que me ha hecho;
Aquel cuello de cristal,
Que por ser de garza el cuello,
Al cielo de su hermozura
Osa llegar con el vuelo;
Aquel talle tan delgado,
Que yo pintarle no puedo,
Porque es él mas delicado
Que todos mis pensamientos.
Yo he estado ciego, señora,
Pues solo ahora le veo,
Y del pesar de mi engaño
Me paso á loco, de ciego;
Pues no he reparado aquí
En tan grande desacierto,
Como alabar su hermosura
Delante de vos; mas de esto
Perdon os pido, y licencia
De ir á pedírsela luego
Por esposa á vuestro padre,
Ganando tambien á un tiempo
Del príncipe de Bearne
Las albricias de ser vuestro.

ESCENA VI.

DICHOS, MENOS CÁRLOS.

Diana. ¿Qué es esto, dureza mia?
¡Un volcan tengo en mi pecho!
¿Qué llama es esta, que el alma
Me abrasa? ¡Yo estoy ardiendo!
Pol. Alto, ya cayó la breva, *ap.*
Y dió en la boca por yerro.
Diana. ¿Caniquí?
Pol. Señora mia,
¡Hay tan grande atrevimiento!
¿Porqué con él no embestiste,
Y le arrancaste á este necio
Todas las barbas á araños?
Diana. Yo pierdo el entendimiento.
Pol. Pues pierde tambien las uñas.
Diana. Caniquí, este es un incendio.
Pol. Eso no es sino bramante.
Diana. ¡Yo arrastrada de un so-
¡Yo rendida de un desvío! [berbio!
¡Yo sin mí!
Pol. Señora, quedo,
Que eso parece querer.
Diana. ¡Qué es querer!
Pol. Serán torreznos.
Diana. ¿Qué dices?
Pol. Digo de amor.
Diana. ¿Cómo amor?
Pol. No, sino huevos.
Diana. ¿Yo amor?
Pol. ¿Pues qué sientes tú?
Diana. Una rabia y un tormento:
No sé qué mal es aqueste.
Pol. Venga el pulso y lo veremos.
Diana. Déjame, no me enfurezcas,
Que es tanto el furor que siento,
Que aun á mí no me perdono.
Pol. ¡Ay, señora! vive el cielo,
Que te se ponen azules
Las venas, y es mal agüero.
Diana. ¿Pues de aqueso qué se
[infiere?
Pol. Que es pujamiento de zelos.
Diana. ¿Qué decis, loco, villano,
Atrevido, sin respeto?
¡Zelos yo! ¿qué es lo que dices?
Vete de aquí, vete luego.
Pol. Señora...
Diana. Vete, atrevido,
O haré que te arrojen luego
De una ventana.
Pol. Agua va. *ap.*
Voime, señora, al momento,
Que no soy para vaciado.
¡Madre de Dios, cuál la dejo! *ap.*
Voime, que donde hay puñal,
El Caniquí corre riesgo.

ESCENA VII.

DIANA.

¿Fuego en mi corazon? No, no lo [creo:
Siendo de mármol, ¿en mi pecho he- [lado
Pudo encenderse? No, miente el cui- [dado;
¿Pero cómo lo dudo, si lo veo?
Yo deseo vencer por mi trofeo
Un desden; pero si es quien me ha [abrasado
Fuego de amor, ¿qué mucho se haya [entrado
Donde abrieron las puertas al deseo?
De este peligro no advertí el in- [dicio,
Pues para echar el fuego en otra casa,
Le encendí, y en la mia hizo su oficio.
No admire, pues, mi pecho lo que [pasa,
Que quien quiere encender un edificio,
Suele ser el primero que se abrasa.

ESCENA VIII.

DIANA y el duque de Bearne.

Bearne. Gran victoria he conse- [guido,
Si mi dicha es cierta ya;
Pero aquí Diana está.
A vuestras plantas rendido,
Señora, perdon os pido
De venir tan arrojado
Con la nueva que me han dado,
Que yo pienso, que aun es poco,
Siendo vuestro, el venir loco
De un favor no imaginado.
Diana. No os entiendo: ¿hablais [conmigo?
¿Qué favor decis?
Bearne. Señora,
El de Urgel me ha dicho ahora,
Que de él ha sido testigo,
Y que yo el laurel consigo
De ser vuestro.
Diana. Necio fué,
Si os dijo lo que no sé,
Y vos si lo habeis creido.
Bearne. Ya lo dudó mi sentido;
Mas quien lo creyó es mi fe,
Que como milagro fuera
De vos el tener piedad,
Os negára el ser deidad,
Si mi amor no lo creyera.
En el pecho que os venera,
Haber mas fe es mas trofeo;
Y pues fe ha sido el deseo
De imaginaros deidad,
Perdonad mi necedad
Por la fe con que lo creo.
Diana. ¿Pues no es mas atrevi- [miento
Creeros digno de mi amor?
Bearne. No, que vos con el favor
Podeis dar merecimiento;
Y en esto mi pensamiento,
Antes que en mí el merecer,
Creyó de vos el poder.
Diana. ¿Y él os ha dicho ese error?
Bearne. Sí, señora.
Diana. Eso es peor *ap.*
Que lo que acaba de hacer,
Porque supone estar yo
Despreciada, y él amante;
Pues al príncipe al instante
El aviso le llevó:
Que él nunca lo hiciera, no,
Si á mí me quisiera bien.
Amor, la furia deten,
Pues ya mi pecho has postrado,
Que en él este hombre ha labrado
El desden con el desden.
Bearne. Señora, yo el modo erré
De aceptar vuestro favor,
Y lo que fuera mejor,
Enmendado el yerro, iré
A vuestro padre y diré
La gracia que os he debido;
Y rogaré agradecido
Que interceda mi pasion
Por mi dicha, y el perdon
De haber andado atrevido.

ESCENA IX.

DIANA.

¿Qué es esto que me sucede?
Yo me quemo, yo me abraso:

Mas si es venganza de amor,
¿Porqué su rigor estraño?
Esto es amor, porque el alma
Me lleva el desden de Cárlos.
Aquel hielo me ha encendido,
Que Amor su deidad mostrando,
Por castigar mi dureza
Ha vuelto la nieve en rayos.
¿Pues qué he de hacer, ¡ay de mí!
Para enmendar este daño,
Que en vano el pecho resiste?
El remedio es confesarlo.
¿Qué digo? ¿yo publicar
Mi delito con el labio?
¿Yo decir que quiero bien?
Mas Cintia viene, el recato
De mi decoro me valga,
Que tanto tormento paso
En el ardor que padezco,
Como en haber de callarlo.

ESCENA X.

DIANA, CINTIA y LAURA.

Cintia. Laura, no creo mi dicha.
Laura. Pues la tienes en la mano,
Lógrala, aunque no la creas.
Cintia. Diana, el justo agasajo,
Que por ser tu sangre, yo
Te he debido, ahora aguardo
Que sea con tu favor
El que requiere mi estado.
Cárlos, señora, me pide
Por esposa, y en él gano
Un logro para el deseo,
Para mi nobleza un lauro.
Enamorado de mí,
Pide, señora, mi mano;
Solo tu favor me falta
Para la dicha que aguardo.
Diana. Esto es justicia de Amor:
¡Uno tras otro el agravio! [*ap.*
¿No me doy ya por vencida?
¿Qué mas quieres, dios tirano?
Cintia. ¿No me respondes, señora?
Diana. Estaba, Cintia, mirando
De qué modo es la fortuna
En sus inciertos acasos.
Anhela un pecho infeliz
Con dudas y sobresaltos,
Diligencias y deseos,
Por un bien imaginado:
Solo porque le deseo,
Huye de él, y es tan ingrato,
Que de otro que no le busca,
Se va á poner en la mano.
Yo de su desden herida,
Procuré rendir á Cárlos:
Obliguéle con favores,
Hice finezas en vano.
Siempre en él hallé desvío,
Y sin buscarle tu halago,
Lo que huyó de mi deseo,
Se va á rendir á tus brazos.
Yo estoy ciega de ofendida,
Y el favor que me has rogado
Que te dé, te pido yo
Para vengar ese agravio.
Llore Cárlos tu desprecio,
Sienta su pecho tirano
La llama de tu desvío,
Pues yo en la suya me abraso.
Véngame de su soberbia,
Hállete su amor de mármol:
Pene, suspire y padezca
En tu desden, y llorando
Sufra...
Cintia. Señora, ¿qué dices?
Si él conmigo no es ingrato,
¿Porqué he de dar yo castigo
A quien me hace un agasajo?
¿Porqué me has de persuadir
Lo que tú estás condenando?
Si en él su desden no es bueno,
Tambien en mí será malo:
Yo le quiero si él me quiere.
Diana. ¿Qué es quererle? ¿tú de [Cárlos
Amada y yo despreciada?
¿Tú con él casarte, cuando
Del pecho se está saliendo
El corazon á pedazos?
¿Tú logrando sus cariños,
Cuando su desden helado,
Trocados efecto y causa,
Abrasa mi pecho á rayos?
Primero, viven los cielos,
Fueran las vidas de entrambos
Asunto de mi venganza,
Aunque con mis propias manos

Sacára á Cárlos del pecho,
Donde á mi pesar ha entrado,
Y para morir con él,
Matára en mí su retrato.
¿Cárlos casarse contigo
Cuando yo por él me abraso,
Cuando adoro su desvío,
Y su desden idolatro?
¿Pero qué digo? ¡ay de mí! *ap.*
¿Yo así mi decoro ultrajo?
Miente mi labio atrevido,
Miente; mas él no es culpado,
Que si está loco mi pecho,
¿Cómo ha de estar cuerdo el labio?
Mas yo me rindo al dolor
Para hacer de uno dos daños.
Muera el corazon y el pecho,
Y viva de mi recato
La entereza. Cintia, amiga,
Si á tí te pretende Cárlos,
Si da amor á tu descuido
Lo que niega á mi cuidado,
Cásate con él y logra
Casto amor en dulces lazos.
Yo solo quise vencerle,
Y este fué un empeño vano
De mi altivez, que ya veo
Que fué locura intentarlo,
Siendo accion de la fortuna;
Pues como se ve en sus casos,
Siempre consigue el dichoso
Lo que intenta el desdichado.
El ser querida una dama
De quien desea, no es lauro,
Sino dicha de su estrella;
Y cuando yo no lo alcanzo,
No se infiere que no tengo
En mi hermosura y mi aplauso
Partes para merecerlo,
Sino suerte para hallarlo,
Y pues yo no la he tenido
Para lo que he deseado,
Lógrala tú que la tienes,
Dale de esposa la mano,
Y triunfe tu corazon
De sus rendidos halagos.
Enlace... ¿pero qué digo?
Que me estoy atravesando
El corazon; no es posible
Resistir á lo que paso.
Toda el alma se me abrasa.
¿Para qué, cielos, lo callo,
Si por los ojos asoma
El incendio que disfrazo?
Yo no puedo resistirle;
Pues cuando lo mienta el labio,
¿Cómo he de encubrir el fuego
Que el humo está publicando?
Cintia, yo muero; el delito
De mi desden me ha llevado
Á este mortal precipicio
Por la senda de mi engaño.
El Amor, como deidad,
Mi altivez ha castigado,
Que es niño para las burlas,
Y dios para los agravios.
Yo quiero, en fin, ya lo dije,
Y á tí te lo he confesado,
Á pesar de mi decoro;
Porque tienes en tu mano
El triunfo, que yo deseo:
Mira si habiendo pasado
Por la afrenta de decirlo,
Te estará bien el dejarlo.

ESCENA XI.

DICHAS, MENOS DIANA.

Laura. ¡Jesus! el cuento del loco
Él por él está pasando.
Cintia. ¿Qué dices, Laura, qué [dices?]
Laura. Viendo prohibido el plato,
Diana se hartó de amor,
Y del desden ha sanado.
Cintia. ¡Ay Laura! ¿pues qué he [de hacer?]
Laura. ¿Qué, señora? asegurarlo;
Y al de Bearne que es fijo,
No soltarle de la mano
Hasta ver en lo que pára.
Cintia. Calla, que aquí viene Cárlos.

ESCENA XII.

DICHAS, CÁRLOS Y POLILLA.

Pol. Las unciones del desprecio,
Señor, la vida la han dado.
¡Gran cura hemos hecho en ella!
Cárlos. Si es cierto, gran triunfo [alcanzo.]

Pol. Haz cuenta que ya está sana,
Porque queda babeando.
Cárlos. ¿Y has conocido que quiere?
Pol. ¿Cómo querer? por san Pablo,
Que me vine huyendo de ella;
Porque la ví querer tanto,
Que temí que echase el resto,
Y me destruyese.
Cintia. ¿Cárlos?
Cárlos. ¿Cintia hermosa?
Cintia. Vuestra [dicha
Logra ya triunfo mas alto
Que el que en mi mano pretende.
Vuestro descuido ha triunfado
Del desden que no ha vencido
En Diana el agasajo
De los príncipes amantes:
Ella os quiere, y yo me aparto
De mi esperanza por ella,
Y por vos, si es vuestro el lauro.
Cárlos. ¿Qué es lo que decis, se- [ñora?
Cintia. Que ella me lo ha confesado.
Pol. ¡Toma si purga! Señor,
No hay en la botica emplasto
Para las mugeres locas,
Como un parche de mal trato;
Mas aquí su padre viene
Y los príncipes; al caso,
Señor, y aunque esté rendida,
Declárate con resguardo.

ESCENA XIII.

Dichos, el conde de Barcelona y los Príncipes.

Conde. Príncipe, vos me dais tan [buena nueva,
Que es justo que os la acepte; y aun
Lo que á vuestra persona [os deba,
Pago en daros mi hija y mi corona.
Gaston. Pues aunque yo, señor, no [haya tenido.
La dicha que Bearne ha conseguido,
Siempre estaré contento
De que él haya logrado el venci- [miento
Que tanto he deseado,
Por la parte que debe á mi cuidado,
Y el parabien le doy de este trofeo.
Cárlos. Y tambien le admitid de [mi deseo.
Bearne. Cárlos, yo le recibo,
Y el mio os apercibo,
Pues en Cintia lograis tan digno [dueño,
Que envidiára el empeño,
A no lograr el mio.

ESCENA XIV.

Dichos y DIANA al paño.

Diana. ¿Dónde me lleva el loco desvarío
De mi pasion? ¡Yo estoy muriendo,
De envidias y de zelos! [cielos,
Mas los príncipes todos se han juntado
Y mi padre con ellos:
Sin alma llego á vellos;
Pues si su fin no alcanza,
Yo tengo de morir con mi esperanza.
Conde. Cárlos, pues vos pedis á mi [sobrina,
Yo, pagando el deseo que os inclina,
Os ofrezco su mano;
Y pues tanto sosiego en esto gano,
Háganse juntas todas
Las bodas de Diana, y vuestras bodas.
Diana. ¡Cielos! ya estoy mi muerte [imaginando.
Pol. Señor, Diana allí te está es- [cuchando,
Y has menester un modo muy dis- [creto
De declararte, porque tenga efeto;
Que va con condiciones el partido,
Y si yerras el cabe, vas perdido.
Cárlos. Yo, señor, á Barcelona
Vine, mas que á pretender,
A festejar de Diana
La hermosura y el desden:
Y aunque es verdad, que de Cintia
El hermoso rosicler
Amaneció en mi deseo,
A la luz del querer bien,
La entereza de Diana,
Que tan de mi genio fué,
Ha ganado en mi albedrío
Tanto imperio, que no haré
Cosa, que no sea su gusto;
Porque la hermosa altivez

De su desden me ha obligado
A que yo viva con él:
Y puesto que haya pedido
Mi amor á Cintia, ha de ser
Siendo así su voluntad,
Pues la suya mia es.
Conde. ¿Pues quién duda que Diana
De eso muy contenta esté?
Pol. Eso lo dirá su alteza,
Por hacerme á mí merced.
Diana. Sí diré; pero, señor,
¿Vos contento no estaréis,
Si yo me caso, que sea
Con cualquiera de los tres?
Conde. Sí, que todos son iguales.
Diana. ¿Y vosotros quedaréis
De mi eleccion ofendidos?
Bearne. Tu gusto, señora, es ley.
Gaston. Y todos la obedecemos.
Diana. Pues el príncipe ha de ser
Quien dé á mi prima la mano,
Y quien á mí me la dé,
El que vencer ha sabido
El desden con el desden.
Cárlos. ¿Y quién es ese?
Diana. Tú solo.
Cárlos. Dame ya los brazos, pues.
Pol. Y mi bendicion os caiga,
Por siempre jamas amen.
Bearne. Pues esta, Cintia, es mi [mano.
Cintia. Contenta quedo tambien.
Laura. Pues tú, Caniquí, eres mio.
Pol. Sacúdanse todos bien,
Que no soy sino Polilla;
Mamola, vuesa merced.
Y con esto, y con un victor,
Que pide humilde y cortés
El ingenio, aquí se acaba
El Desden con el Desden.

DON FRANCISCO DE ROJAS.

Consta por las pruebas que hizo para tomar el hábito de caballero de la órden de Santiago, que nació en Toledo el año de 1641. Fueron sus padres el alferez don Francisco de Rojas y doña Mariana de Vesga Zeballos.

Rojas, como todos los grandes escritores dramáticos de los siglos XVI y XVII, tiene el mérito de haber sobresalido tanto en el género cómico como en el trágico: en este último, sobre todo, dotó á nuestro repertorio del mejor drama que en nuestro concepto posee la lengua castellana: hablamos del *García del Castañar,* que leerán nuestros lectores á continuacion.

Es tan popular en España esta produccion, que apenas hay jóven medianamente educado que no recite de memoria algunos trozos de ella; en los teatros de las ciudades se representa continuamente, y aun en los lugares y aldeas es muy conocida por ser la primera que sacan á relucir, cuando pasan por ellas, las trashumantes compañías de cómicos de la legua. Puede decirse, pues, que este drama es el mas generalmente conocido en España de todos los de nuestro inmenso repertorio.

García y Blanca son dos caractéres pintados de mano maestra: el primero es el modelo de los hombres nobles y honrados, la segunda el modelo de las esposas virtuosas. Hay dramas muy buenos en los

que se conoce sin embargo que seria posible hacer alguna correccion, suprimir ó variar alguna escena para el mejor efecto general del todo, añadir algun toque á alguno de los personages para darle mas relieve; esto sucede aun en las obras de mas mérito, pero en el *García del Castañar*, introducir la mas leve alteracion seria privarle de una belleza y destruir bárbaramente la mágica armonía del conjunto. Porque en efecto, nada seria mas fácil que hacer con esta obra lo que solia hacer M. Ducis con las de Shakspeare, y cercenándola por aquí, y estirándola por allá, y adulterándola toda miserablemente, convertirla de la noche á la mañana en una tragedia muy regular, con sus tres unidades corrientes y aun su romance endecasílabo asonantado; pero, ¿qué se harian en ese teje-maneje las mil bellezas de este drama, de las cuales muchas no lo son mas que á causa del sitio en que se hallan, y sacadas de quicio perderian todo su carácter, como aquellas estatuas de los siglos XIII y XIV que hacen un efecto admirable en los nichos de una catedral gótica para los que fueron labradas, y que parecerian ridículas ó intempestivas cuando menos en un jardin ó en el pórtico de un palacio moderno? Para reducir esta composicion á la estrechez de las formas clásicas, seria menester ante todas cosas poner en relacion varias escenas que en ella pasan en accion, y ya nos dijo Horacio, y sin que Horacio lo hubiera dicho lo sabriamos tambien, que hace mucha mas impresion en el ánimo lo que entra por los ojos que lo que entra por los oidos.

Despues de la deliciosa pintura de la vida del campo con toda su serena dulzura, que presenta el poeta en los dos primeros actos de este drama, despues de ofrecernos un cuadro bellísimo de la felicidad perfecta de dos jóvenes esposos, eleva en el ánimo del espectador el terror trágico á su mas alto punto, cuando al reconocer García que no es don Mendo el rey, como hasta entonces equivocadamente habia creido, exclama fuera de sí:

Honra desdichada mia,
¡Qué engaño es este que ves!

Al oir estas terribles palabras, conoce el espectador que no hay poder humano capaz de salvar á don Mendo. Su sentencia de muerte está ya pronunciada y es irrevocable.

¡Con qué artificio prepara el autor su accion! Nada hay forzado en ella, nada que no venga traido por el órden natural de las cosas, sin que jamas se vea el esfuerzo del poeta por complicar los sucesos, para aumentar el interes. Se conoce que Rojas meditó mucho este argumento, y así consiguió hacer una obra maestra.

¡Lástima es que no hicieran siempre lo mismo nuestros poetas del siglo xvii! No seria acaso tan abundante nuestro repertorio, pero contendria mas obras de que pudiera decirse lo que del *García del Castañar:* — Es una obra que se acerca á la perfeccion, cuanto es posible. Inútil será decir que no hablamos de esa perfeccion *convencional* que enseñan las *poéticas,* y que está sujeta á los caprichos de la moda.

GARCÍA DEL CASTAÑAR

DRAMA EN TRES ACTOS.

PERSONAS. — DON GARCÍA, labrador. — DOÑA BLANCA, labradora. — TERESA, labradora. — BELARDO, viejo. — El Rey. — La Reina. — DON MENDO. — BRAS. — El conde de ORGAZ, viejo. — TELLO, criado. — Dos caballeros. — Músicos labradores.

La escena es en Toledo y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de palacio.

El Rey con banda roja leyendo un memorial, y DON MENDO.

Rey. Don Mendo, vuestra demanda
He visto.
D. Mendo. Decid querella:
Que me hagais, suplico en ella,
Caballero de la banda.
Dos meses ha que otra vez
Esta merced he pedido:
Diez años os he servido
En palacio, y otros diez
En la guerra; que mandais
Que esto preceda primero
A quien fuere caballero
De la insignia que ilustrais.
Hallo, señor, por mi cuenta,
Que la puedo conseguir;
Que sino, fuera pedir
Una merced para afrenta.
Respondióme lo veria,
Merezco vuestro favor,
Y está en opinion, señor,
Sin ella la sangre mia.
Rey. Don Mendo, al conde llamad.
D. Mendo. Y á mi ruego ¿qué responde?
Rey. Está bien: llamad al conde.
D. Mendo. El conde viene.
Rey. Apartad.

ESCENA II.

Dichos y el Conde con un papel.

D. Mendo. Pedí con satisfaccion
La banda, y no la pidiera,
Si primero no me hiciera
Yo propio mi informacion.
Rey. ¿Qué hay de nuevo?
Conde. En Algecira
Temiendo están vuestra espada:
Contra vos el de Granada
Toda el Africa conspira.
Rey. ¿Hay dineros?

Conde. Reducido
En este, vereis, señor,
El donativo mayor
Con que el reino os ha servido.
Rey. ¿La informacion cómo está,
Que os mandé hacer en secreto,
Conde, para cierto efeto
De don Mendo? ¿Hízose ya?
Conde. Sí, señor.
Rey. ¿Cómo ha salido?
La verdad, ¿qué resultó?
Conde. Que es tan bueno como yo.
Rey. La gente con que ha servido
Mi reino, ¿será bastante
Para aquesta empresa?
Conde. Freno
Sereis, Alfonso el Onceno,
Con él del moro arrogante.
Rey. Quiero ver, conde de Orgaz,
A quien debo hacer merced
Por sus servicios: leed.
Conde. El reino os corone en paz
Adonde el Genil felice
Arenas de oro reparte.
Rey. Guárdeos Dios, cristiano
Leed, don Mendo. [Marte:
D. Mendo. Así dice:
«Lo que ofrecen los vasallos
Para la empresa á que aspira
Vuestra alteza, de Algecira,
En gente, plata y caballos:
Don Gil de Albornoz dará
Diez mil hombres sustentados;
El de Orgaz dos mil soldados;
El de Astorga llevará
Cuatro mil; y las ciudades
Pagarán diez y seis mil:
Con su gente hasta el Genil
Irán las tres hermandades
De Castilla; el de Aguilar,
Con mil caballos ligeros,
Mil ducados en dineros;
García del Castañar
Dará para la jornada
Cien quintales de cecina,
Dos mil fanegas de harina,
Y cuatro mil de cebada,
Catorce cubas de vino,
Tres hatos de sus ganados,
Cien infantes alistados,
Cien quintales de tocino;
Y doy esta poquedad,
Porque el año ha sido corto:
Mas ofrézcole, si importo,
Tambien á su magestad,
Un rústico corazon
De un hombre de buena ley,
Que aunque no conoce al rey,
Conoce su obligacion.»
Rey. ¡Grande lealtad y riqueza!
D. Mendo. Castañar, humilde nom-
[bre.
Rey. ¿Dónde reside este hombre?
Conde. Oiga quien es, vuestra al-
Cinco leguas de Toledo, [teza.
Córte vuestra y patria mia,
Hay una dehesa, adonde
Este labrador habita,
Que llaman el Castañar,
Que con los montes confina
Que de esta imperial de España
Son posesiones antiguas.
En ella un convento yace,
Al pié de una sierra fria,
Del caballero de Asis,
De Cristo efigie divina,
Porque es tanta de Francisco
La humildad, que le entroniza,
Que aun á los piés de una sierra
Sus edificios fabrica.
Un valle el término incluye
De castaños, y apellidan
Del Castañar, por el valle,
Al convento, y á García,
Adonde, como Abraham,
La caridad ejercita;
Porque en las cosechas andan
El cielo y él á porfía.
Junto del convento tiene
Una casa compartida
En tres partes; una es
De su rústica familia,
Copioso albergue de fruto
De la vid y de la oliva,
Tesoro donde se encierra
El grano de las espigas;
Que es la abundancia tan grande
Del trigo que Dios le envia,
Que los pósitos de España
Son de sus trojes hormigas.

Es la segunda un jardin,
Cuyas flores repartidas
Fragantes estrellas son
De la tierra, y del sol hijas,
Tan varias y tan lucientes,
Que parece, cuando brillan,
Que bajó la cuarta esfera,
Sus estrellas á esta quinta.
Es un cuarto la tercera,
En forma de galería,
Que de jaspes de san Pablo
Sobre tres arcos estriba.
Ilústranle unos balcones
De verde y oro, y encima
Del tejado de pizarras
Globos de esmeraldas finas.
En él vive, con su esposa
Blanca, la mas dulce vida
Que vió el amor, compitiendo
Sus bienes con sus delicias;
De quien no copio, señor,
La beldad que el sol envidia,
Porque ahora no conviene
A la ocasion, ni á mis dias:
Baste deciros, que siendo
Sus riquezas infinitas,
Con su esposa comparadas,
Son la menor de sus dichas.
Es un hombre bien dispuesto,
Que continuo se ejercita
En la caza, y tan valiente,
Que vence á un toro en la lidia.
Jamas os ha visto el rostro,
Y huye de vos, porque afirma
Que es sol el rey, y no tiene
Para tantos rayos vista.
García del Castañar
Es este, y os certifica
Mi fe, que si le llevais
A la guerra de Algecira,
Que lleveis á vuestro lado
Una prudencia que os rija,
Una verdad sin embozo,
Una agudeza advertida,
Un rico sin ambicion,
Un parecer sin porfía,
Un valiente con discurso,
Y un labrador sin malicia.

Rey. ¡Notable hombre!

Conde. Os prometo
Que en él las partes se incluyen,
Que en palacio constituyen
A un caballero perfeto.

Rey. ¿No me ha visto?

Conde. Eternamente.

Rey. Pues yo le tengo de ver,
De él esperiencia he de hacer.
Yo y don Mendo solamente,
Y otros dos hemos de ir;
Pues es el camino breve.
La cetrería se lleve,
Porque podamos fingir
Que vamos á caza; que hoy
De esta suerte le he de hablar,
Y en llegando al Castañar,
Ninguno dirá quien soy.
¿Qué os parece?

Conde. La agudeza
A la ocasion corresponde.

Rey. Prevenid caballos, conde.

Conde. Voy á serviros.

ESCENA III.

EL REY, LA REINA, Y DON MENDO.

D. Mendo. Su alteza.

Reina. ¿Dónde, señor?

Rey. A buscar
Un tesoro sepultado,
Que el conde ha manifestado.

Reina. ¿Lejos?

Rey. En el Castañar.

Reina. ¿Volvereis?

Rey. Luego que ensaye
En el crisol su metal.

Reina. Es la ausencia grave mal.

Rey. Antes que los montes raye
El sol, volveré, señora,
A vivir la esfera mia.

Reina. Noche es la ausencia.

Rey. Vos dia.

Reina. Vos mi sol.

Rey. Y vos mi aurora.

ESCENA IV.

EL REY Y DON MENDO.

D. Mendo. ¿Qué decis á mi de-
[manda?

Rey. De vuestra nobleza estoy
Satisfecho, y pondré hoy
En vuestro pecho esta banda:
Que si la doy por honor
A un hombre indigno, don Mendo,
Será en su pecho remiendo,
Y mudará de color,
Y al noble seré importuno,
Si á su desigual permito;
Porque si á todos admito,
No la estimará ninguno.

ESCENA V.

Sala en casa de don García.

DON GARCÍA.

Fábrica hermosa mia,
Habitacion de un infeliz dichoso,
Oculto desde el dia
Que el castellano pueblo victorioso,
Con lealtad oportuna,
Al niño Alfonso coronó en la cuna.
En tí vivo contento,
Sin desear la córte, ó su grandeza,
Al ministerio atento
Del campo donde encubro mi no-
En quien fuí peregrino, [bleza,
Y estraño huésped, y quedé vecino.
En tí, de bienes rico,
Vivo contento con mi amada esposa,
Cubriendo su pellico
Nobleza, aunque ignorada, generosa;
Que aunque su ser ignoro,
Sé su virtud, y su belleza adoro.
En la casa vivia
De un labrador de Orgaz prudente
Víla, y dejóme un dia, [y cano:
Como suele quedar en el verano,
Del rayo á la violencia,
Ceniza el cuerpo, sana la apariencia.
Mi mal consulté al conde,
Y asegurando que en mi esposa bella
Sangre ilustre se esconde,
Caséme amante, y me ilustré con
Que acudí, como es justo, [ella;
Primero á la opinion y luego al gusto.
Vivo en feliz estado,
Aunque no sé quién es, y ella lo
Secreto reservado [ignora:
Al conde que la estima, y que la
Ni jamas ha sabido [adora,
Que nació noble el que eligió marido.
Mi Blanca, esposa amada,
Que divertida entre sencilla gente,
De su jardin traslada
Puros jazmines á su blanca frente:
Mas ya todo me avisa
Que sale Blanca, pues que brota risa.

ESCENA VI.

DON GARCÍA, DOÑA BLANCA
DE LABRADORA, CON FLORES, BRAS,
TERESA, BELARDO,
VIEJO, Y MÚSICOS PASTORES.

Mús. Esta es blanca como el sol,
Que la nieve no:
Esta es hermosa y lozana,
Como el sol,
Que parece á la mañana;
Como el sol,
Que aquestos campos alegra;
Como el sol,
Con quien es la nieve negra,
Y del almendro la flor:
Esta es blanca como el sol,
Que la nieve no.

D. Garc. Esposa, Blanca querida,
Injustos son tus rigores,
Si por dar vida á las flores
Me quitas á mí la vida.
Blanca. Mal daré vida á las flores,
Cuando pisarlas suceda;
Pues mi vida ausente queda
Adonde animas, amores;
Porque así quiero, García,
Sabiendo cuánto me quieres,
Que si tu vida perdieres,
Puedas vivir con la mia.
D. Garc. No habrá merced, que
Blanca, ni grande favor, [sea mucha,
Si le mides con mi amor.
Blanca. ¿Tanto me quieres?
D. Garc. Escucha.
No quiere el segador el aura fria,
Ni por abril el agua mis sembrados,
Ni yerba en mi dehesa mis ganados,
Ni los pastores la estacion umbría,
Ni el enfermo la alegre luz del dia,

La noche los gañanes fatigados,
Blandas corrientes los amenos pra-
[dos,
Mas què te quiero, dulce esposa mia;
Que si hasta hoy su amor desde
[el primero
Hombre juntáran, cuando así te
[ofreces
En un sugeto á todos los prefiero :
Y aunque sé, Blanca, que mi fe
[agradeces,
Y no puedo querer mas que te quiero,
Aun no te quiero como tú mereces.
Blanca. No quieren mas las flores
[al rocío,
Que en los fragantes vasos el sol
[bebe,
Las arboledas la deshecha nieve,
Que es cima de cristal, y despues rio:
El índice de piedra al norte frio,
El caminante al íris cuando llueve,
La oscura noche la traicion aleve,
Mas que te quiero, dulce esposo mio;
Porque es mi amor tan grande,
[que á tu nombre,
Como á cosa divina, construyera
Aras donde adorarle; y no te asombre,
Porque si el ser de Dios no cono-
[ciera,
Dejára de adorarte como hombre,
Y por Dios te adorára, y te tuviera.
Bras. Pues están Blanca y García,
Como palomos de bien,
Resquiebrémonos tambien;
Porque desde ellotro dia
Tu carilla me engarrucha.
Ter. Y á mi tu talle, mi Bras.
Bras. ¿Mas que te quiero yo mas?
Ter. ¿Mas que no?
Bras. Teresa, escucha.
Desde que te ví, Teresa,
En el arroyo á pracer,
Ayudándote á torcer
Los manteles de la mesa;
Y torcidos, y lavados,
Nos dijo cierto estodiante;
Así á un pobre pleiteante
Suelen dejar los letrados :
Eres de mí tan querida,
Como lo es de un logrero
La vida de un caballero,
Que dió un juro de por vida.

ESCENA VII.

DICHOS, Y TELLO.

Tello. Envidie, señor García,
Vuestra vida el mas dichoso :
Solo en vos reina el reposo.
Blanca. ¿Qué hay, Tello?
Tello. ¡O señora
[mia!
¡O Blanca hermosa, de donde
Proceden cuantos jazmines
Dan fragancia á los jardines!
Vuestras manos besa el conde.
Blanca. ¿Cómo está el conde?
Tello. Señora,
A vuestro servicio está.
D. Garc. Pues, Tello, ¿qué hay
[por acá?
Tello. Escuchad aparte agora :
Hoy con toda diligencia
Me mandó que este os dejase
Y respuesta no esperase :
Con esto dadme licencia.
D. Garc. ¿No descansaréis?
Tello. Por vos
Me quedára hasta otro dia;
Mas no han de verme, García,
Los que vienen cerca : adios.

ESCENA VIII.

DICHOS, MENOS TELLO.

D. Garc. El sobrescrito es á mi :
¿Mas que me riñe, porque
Corto el donativo fué,
Que hice al rey? Mas dice así :
« El rey, señor don García,
Que su ofrecimiento vió,
Admirado preguntó
Quién era vueseñoría.
Díjele que un labrador
Desengañado y discreto,
Y á examinar va en secreto
Su prudencia y su valor.
No se dé por entendido,
No diga quien es al rey;
Porque aunque estime su ley,

Fué de su padre ofendido;
Y sabe cuánto le enoja
Quien su memoria despierta.
Quede á Dios; y el rey, advierta,
Que es el de la banda roja.
El conde de Orgaz, su amigo. »
Rey Alfonso, si supieras
Quien soy, ¡cómo previnieras
Contra mi sangre el castigo
De un difunto padre!
Blanca. Esposo,
Silencio y poco reposo
Indicios de triste son;
¿ Qué tienes?
D. Garc. Mándame, Blanca,
En este el conde, que hospede
A unos señores.
Blanca. Bien puede,
Pues tiene esta casa franca.
Bras. De cuatro rayos con crines,
Generacion española,
De unos cometas con cola,
O aves, y al fin rocines,
Que andan bien y vuelan mal,
Cuatro bizarros señores,
Que parecen cazadores,
Se apean en el portal.
D. Garc. No te des por entendida
De que sabemos que vienen.
Ter. ¡Qué lindos talles que tienen!
Bras. Par diez que es gente llocida.

ESCENA IX.

Dichos, el Rey sin banda, DON MENDO con ella, y dos cazadores.

Rey. Guárdeos Dios, los labra- [dores
D. Garc. Ya veo al de la divisa. *ap.*
Caballeros de alta guisa,
Dios os dé bienes y honores :
¿ Qué mandais?
D. Mendo. ¿ Quién es aquí
García del Castañar?
D. Garc. Yo soy, á vuestro man- [dar.
D. Mendo. Galan sois.
D. Garc. Dios me hizo así.
Bras. Mayoral de sus porqueros
Só, y porque mucho valgo,
Miren si los mando en algo
En mi oficio, caballeros;
Que lo haré de mala gana,
Como verán por la obra.
D. Garc. Quita, bestia.
Bras. El bestia sobra.
Rey. ¡Qué simplicidad tan sana!
Guárdeos Dios.
D. Garc. Vuestra persona,
Aunque vuestro nombre ignoro,
Me aficiona.
Bras. Es como un oro;
A mí tambien me inficiona.
D. Mendo. Llegamos al Castañar
Volando un cuervo, supimos
De vuestra casa, y venimos
A verla, y á descansar
Un rato, mientras que pasa
El sol de aqueste horizonte.
D. Garc. Para labrador de un [monte,
Grande juzgaréis mi casa;
Y aunque albergue pequeño
Para tal gente será,
Sus defectos suplirá
La voluntad de su dueño.
D. Mendo. ¿Nos conoceis?
D. Garc. No, en verdad;
Que nunca de aquí salimos.
D. Mendo. En la cámara servimos
Los cuatro á su magestad,
Para serviros. García,
¿ Quién es esta labradora?
D. Garc. Mi muger.
D. Mendo. Goceis, señora,
Tan honrada compañía
Mil años; y el cielo os dé
Mas hijos que vuestras manos
Arrojan al campo granos.
Blanca. No serán pocos, á fe.
D. Mendo. ¿Cómo es vuestro nombre?
Blanca. Blanca.
D. Mendo. Con vuestra beldad con- [viene.
Blanca. No puede serlo quien tiene
La cara á los aires franca.
Rey. Yo tambien, Blanca, deseo
Que vivais siglos prolijos

Los dos, y de vuestros hijos
Veais mas nietos, que veo
Arboles en vuestra sierra;
Siendo á vuestra sucesion,
Breve para habitacion,
Cuanto descubre esa sierra.

Bras. No digan mas desatinos.
¡ Qué poco en hablar reparan!
Si todo el campo pobláran,
¿ Dónde han de estar mis cochinos?

D. Garc. Rústico entretenimiento
Será para vos mi gente;
Pues la ocasion lo consiente,
Recibid, sin cumplimiento,
Algun regalo en mi casa :
Tú disponlo, Blanca mia.

D. Mendo. Llámala fuego, García,
Pues el corazon me abrasa. [*ap.*

Rey. Tan hidalga voluntad
Es admitirla nobleza.

D. Garc. Con esta misma llaneza
Sirviera á su magestad;
Que aunque no le he visto, intento
Servirle con aficion.

Rey. ¿Para no verle hay razon?

D. Garc. O señor, ese es gran cuento;
Dejadle para otro dia.
Tú, Blanca, Bras y Teresa,
Id á prevenir la mesa
Con alguna niñería.

ESCENA X.

DICHOS, MENOS DOÑA BLANCA, BRAS Y TERESA.

Rey. Pues yo sé que el rey Alfonso
Tiene noticias de vos.

D. Mendo. Testigos somos los dos.

D. Garc. ¿ El rey de un villano [intonso?

Rey. Y tanto el servicio admira
Que hicisteis á su corona,
Ofreciendo ir en persona
A la guerra de Algecira,
Que si la córte seguis,
Os ha de dar á su lado
El lugar mas envidiado
De palacio.

D. Garc. ¿ Qué decis?
Mas precio entre aquellos cerros
Salir á la primer luz,
Prevenido el arcabuz,
Y que levanten mis perros
Una banda de perdices;
Y codicioso en la empresa
Seguirlas por la dehesa,
Con esperanzas felices
De verlas caer al suelo;
Y cuando son á los ojos
Pardas nubes con piés rojos
Batir sus alas al vuelo,
Y derribar esparcidas
Tres ó cuatro; y anhelando,
Mirar mis perros buscando
Las que cayeron heridas,
Con mi voz, que los provoca;
Y traer las que palpitan
A mis manos, que las quitan
Sin disgusto de su boca :
Levantarlas, ver por donde
Entró entre la pluma el plomo,
Volverme á mi casa, como
Suele de la guerra el conde
A Toledo, vencedor;
Pelarlas dentro en mi casa,
Perdigarlas en la brasa,
Y puestas al asador,
Con seis dedos de un pernil,
Que á cuatro vueltas, ó tres,
Pastilla de lumbre es,
Y canela del brasil;
Y entregárselo á Teresa,
Que con vinagre, su aceite,
Y pimienta, sin afeite
Las pone en mi limpia mesa,
Donde en servicio de Dios,
Una yo, y otra mi esposa
Nos comemos; que no hay cosa
Como á dos perdices, dos :
Y levantando una presa
Dársela á Teresa, mas
Porque tenga envidia Bras,
Que por dársela á Teresa;
Y arrojar á mis sabuesos
El esqueleto roido,
Y oir por tono el crujido
De los dientes y los huesos,
Y en el cristal transparente
Brindar, y con mano franca,

Hacer la razon mi Blanca,
Con el cristal de una fuente;
Levantar la mesa, dando
Gracias á quien nos envia
El sustento cada dia,
Varias cosas platicando;
Que aquesto es el Castañar,
Que en mas estimo, señor,
Que cuanta hacienda y honor
Los reyes me pueden dar.
Rey. ¿Pues cómo al rey ofreceis
Ir en persona á la guerra,
Si amais tanto vuestra tierra?
D. Garc. Perdonad, no lo entendeis.
El rey es de un hombre honrado,
En necesidad sabida,
De la hacienda y de la vida
Acreedor privilegiado.
Agora con pecho ardiente
Se parte á la Andalucía,
Para estirpar la heregía,
Sin dineros y sin gente;
Así le envié á ofrecer
Mi vida, sin ambicion,
Por cumplir mi obligacion,
Y porque me ha menester;
Que como hacienda debida
Al rey, le ofrecí de nuevo
Esta vida, que le debo
Sin esperar que la pida.
Rey. ¿Pues concluida la guerra,
No os quedaréis en palacio?
D. Garc. Vívese aquí mas despacio,
Es mas segura esta tierra.
Rey. Posible es que os ofrezca
El rey lugar soberano.
D. Garc. ¿Y es bien que le dé á [un villano,
El lugar que otro merezca?
Rey. Elegir el rey amigo
Es distributiva ley:
Bien puede.
D. Garc. Aunque pueda el rey,
No lo acabará conmigo,
Que es peligrosa amistad,
Y sé que no me conviene,
Que á quien ama, es el que tiene
Mas poca seguridad:
Que por acá siempre he oido,
Que vive mas arriesgado
El hombre del rey amado,
Que quien es aborrecido;
Porque el uno se confia,
Y el otro se guarda de él.
Tuve yo un padre muy fiel,
Que muchas veces decia,
Dándome buenos consejos,
Que tenia certidumbre
Que era el rey como la lumbre,
Que calentaba de lejos,
Y desde cerca quemaba.
Rey. Tambien dicen mas de dos,
Que suele hacer, como Dios,
Del lodo que se pisaba,
Un hombre ilustrado, á quien
Le venere el mas bizarro.
D. Garc. Muchos le han hecho de [barro,
Y le han deshecho tambien.
Rey. Seria el hombre imperfecto.
D. Garc. Sea imperfecto, ó no sea:
El rey, á quien no desea,
¿Qué puede darle en efecto?
Rey. Daráos premios.
D. Garc. Y castigos.
Rey. Daráos gobierno.
D. Garc. Y cuidados.
Rey. Daráos bienes.
D. Garc. Envidiados.
Rey. Daráos favor.
D. Garc. Y enemigos:
Y no os teneis que cansar,
Que yo sé no me conviene,
Ni daré por cuanto tiene
Un dedo del Castañar:
Esto, sin que un punto ofenda
A sus reales resplandores.
Mas lo que importa, señores,
Es prevenir la merienda.

ESCENA XI.

DICHOS, MENOS DON GARCÍA.

Rey. Poco el conde lo encarece:
Mas es de lo que pensaba.
D. Mendo. La casa es bella.
Rey. Estremada:
¿Cuál lo mejor os parece?
D. Mendo. Si ha de decir la fe mia
La verdad á vuestra alteza,

Me parece la belleza
De la muger de García.
Rey. Es hermosa.
D. Mendo. Es celestial,
Es ángel de nieve pura.
Rey. ¿Ese es amor?
D. Mendo. ¿La hermosura
A quién le parece mal?
Rey. Cubríos, Mendo, ¿qué haceis?
Que quiero en la soledad
Deponer la magestad.
D. Mendo. Mucho, Alfonso, reco- [geis
Vuestros rayos, satisfecho
Que sois por fe venerado
Tanto, que os habeis quitado
La roja banda del pecho
Para encubriros, y dar
Aliento nuevo á mis brios.
Rey. No nos conozcan, cubrios;
Que importa disimular.
D. Mendo. Ricohombre soy, y de [hoy mas
Grande es bien que por vos quede.
Rey. Pues ya lo dije, no puede
Volver mi palabra atras.

ESCENA XII.

Dichos y DOÑA BLANCA.

Blanca. Entrad, si quereis, señores,
Merendar, que ya os espera,
Como en verde primavera,
La mesa llena de flores.
D. Mendo. ¿Y qué teneis que nos [dar?
Blanca. ¿Para qué saberlo quieren?
Comerán lo que les dieren,
Pues que no lo han de pagar:
O quedaránse en ayunas;
Mas nunca faltan, señores,
En casa de labradores
Queso, arrope y aceitunas;
Y blanco pan les concierto,
Que amasamos yo y Teresa;
Que pan blanco y limpia mesa
Abren las ganas á un muerto.
Tambien hay de las tempranas
Uvas de un majuelo mio,
Y en blanca miel de rocío
Berengenas toledanas;
Perdices en escabeche;
Y de un jabalí, aunque fea,
Una cabeza en jalea,
Porque todo se aproveche:
Cocido en vino un jamon,
Y un chorizo, que provoque
A que con el vino aloque
Hagan todos la razon:
Dos ánades, y cecinas
Cuantas los montes ofrecen,
Cuyas hebras me parecen
Deshojadas clavellinas,
Que cuando vienen á estar
Cada una de por sí,
Como seda carmesí,
Se pueden al torno hilar.
Rey. Vamos, Blanca.
Blanca. Hidalgos, ea,
Merienden, y buena pro.

ESCENA XIII.

Dichos, menos el Rey y los dos cazadores.

D. Mendo. Labradora, ¿quién te [vió
Que amante no te desea?
Blanca. Venid, y callad, señor.
D. Mendo. Cuanto previenes, tro- [cára
A un plato, que sazonára
En tu voluntad amor.
Blanca. Pues decidme, cortesano,
El que trae la banda roja,
¿Qué en mi casa se os antoja
Para guisarle?
D. Mendo. Tu mano.
Blanca. Una mano de almodrote
De vaca os sabrá mas bien:
Guarde Dios mi mano, amen,
No se os antoje gigote:
Que harán, si la tienen gana,
Y no hay quien los replique,
Que se pique y se repique
La mano de una villana,
Para que un señor la coma.
D. Mendo. La voluntad la sazone
Para mis labios.
Blanca. Perdone,
Bien se está san Pedro en Roma;

Y si no lo habeis sabido,
Sabed, señor, en mi trato,
Que solo sirve ese plato
Al gusto de mi marido;
Y me lo paga muy bien,
Sin lisonjas, ni rodeos.
D. Mendo. Yo con mi estado y de-
Te lo pagaré tambien. [seos
Blanca. En mejor mercadería
Gastad los intentos vanos,
Que no engañarán gitanos
A la muger de García;
Que es muy ruda y montaraz.
D. Mendo. Y bella como una flor.
Blanca. ¿Qué de adonde soy, señor?
Para serviros, de Orgaz.
D. Mendo. Que eres del cielo sos-
Y en el rigor, de la sierra. [pecho,
Blanca. ¿Son bobas las de mi tierra?
Merendad, y buen provecho. [mia?
D. Mendo. ¿No me entiendes, Blanca
Blanca. Bien entiendo vuestra tro-
Porque no es del todo boba [va;
La de Orgaz, por vida mia.
D. Mendo. Pues por tus ojos ama-
Que has de oirme, la de Orgaz. [dos,
Blanca. Tengamos la fiesta en paz:
Entrad ya, que están sentados,
Y tened mas cortesía.
D. Mendo. Tú menos riguridad.
Blanca. Si no quereis, aguardad.
¡Ah, marido! Ola, García.

ESCENA XIV.

Dichos y DON GARCÍA.

D. Garc. ¿Qué quereis, ojos divi-
Blanca. Haced al señor entrar, [nos?
Que no quiere hasta acabar
Un cuento de Calainos.
D. Garc. ¿Si el cuento fuera de
[amor *ap.*
Del rey, que Blanca me dice,
Para ser siempre infelice?
Mas si viene á darme honor
Alfonso, no puede ser:
Cuando no de mi linage,
Se me ha pegado del trage
La malicia y proceder.
Sin duda no quiere entrar,
Por no estar con sus criados
En una mesa sentados;
Quiéroselo replicar
De manera, que no entienda
Que le conozco. Señor,
Entrad, y hareisme favor,
Y alcanzad de la merienda
Un bocado, que os le dan
Con voluntad, y sin paga;
Y mejor provecho os haga
Que no el bocado de Adan.

ESCENA XV.

Dichos y BRAS que saca algo de comer y un jarro cubierto.

Bras. Un caballero me envia
A decir como os espera.
D. Mendo. ¿Cómo, Blanca, eres tan
[fiera?
Blanca. Así me quiere García.

ESCENA XVI.

Dichos, Menos DON MENDO y DOÑA BLANCA poco despues.

D. Garc. ¿Es el cuento?
Blanca. Proceder
Con él quiere pertinaz:
Mas déjala á la de Orgaz,
Que ella sabrá responder.
Bras. Todos están en la mesa,
Quiero á solas, y sentado,
Mamarme lo que he arrugado
Sin que me viese Teresa.
¡Qué bien que se satisface
Un hombre sin compañía!
Bebed, Bras, por vida mia.
(*Dentro.*) Bebed vos.
Bras. ¿Yo? Que me place.

ESCENA XVII.

Dichos, el Rey, DON MENDO, DOÑA BLANCA y los dos cazadores.

Rey. Caballeros, ya declina
El sol al mar Oceano.

D. Garc. Comed mas, que aun es [temprano;
Ensanchad bien la petrina.
Rey. Quieren estos caballeros
Una ave en tierra rasa
Volarla.
D. Garc. Pues á mi casa
Os volved.
Rey. Obedeceros
No es posible.
D. Garc. Cama blanda
Ofrezco á todos, señores,
Y con almohadas de flores,
Sábanas nuevas de holanda.
Rey. Vuestro gusto fuera ley,
García, mas no podemos;
Que desde mañana hacemos
Los cuatro semana al rey,
Y es fuerza estar en palacio.
Blanca, adios: adios, García.
D. Garc. El cielo os guarde.
Rey. Otro dia
Hablarémos mas despacio.
D. Mendo. Labradora hermosa mia,
Ten de mi dolor memoria.
Blanca. Caballero, aquesa historia
Se ha de tratar con García.
D. Garc. ¿Qué decis?
D. Mendo. Que dé á los dos
El cielo vida y contento.
Blanca. Adios, señor, el del [cuento.
D. Mendo. Muerto voy. Adios. *ap.*

ESCENA XVIII.

DON GARCÍA Y DOÑA BLANCA.

D. Garc. Adios.
Y tú, bella como el cielo,
Ven al jardin, que convida
Con dulce paz á mi vida,
Sin consumirla el anhelo
Del pretendiente, que aguarda
El mal seguro favor,
La sequedad del señor,
Ni la provision que tarda,
Ni la esperanza que yerra,
Ni la ambicion arrogante
Del que armado de diamante
Busca al contrario en la guerra,
Ni por los mares del norte,
Que envidia pudiera dar
A cuantos del Castañar
Van esta tarde á la córte:
Mas por tus divinos ojos,
Adorada Blanca mia,
Que es hoy el primero dia
Que he tropezado en enojos.
Blanca. ¿De qué son tus descon- [tentos?
D. Garc. Del cuento del cortesano.
Blanca. Vamos al jardin, hermano;
Que esos son cuentos de cuentos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Salon de palacio.

LA REINA Y EL CONDE.

Reina. Vuestra estraña relacion
Me ha enternecido; y prometo
Que he de alcanzar con efeto
Para los dos el perdon;
Porque de Blanca y García
Me ha encarecido su alteza,
En el uno la belleza,
Y en el otro gallardía.
Y pues que los dos se unieron
Con sucesos tan prolijos,
Como los padres, los hijos
Con una estrella nacieron.
Conde. Del conde nadie concuerda
Bien en la conspiracion:
Salió al fin de la prision,
Y don Sancho de la Cerda
Huyó con Blanca, que era
De dos años, á ocasion
Que era yo contra Aragon
General de la frontera,
Donde el Cerdá con su hija
Se pretendió asegurar;
Y en un pequeño lugar,
Con la jornada prolija,
Adoleció de tal suerte,
Que aunque le acudí en secreto,
En dos dias en efeto,
Cobró el tributo la muerte.

Hícele dar sepultura
Con silencio, y apiadado
Mandé que á Orgaz un soldado
La inocente criatura
Llevase; y un labrador
La crió, hasta que un dia
La casaron con García
Mis consejos, y su amor:
Que quiso, sin duda alguna,
El cielo, que ambos se viesen,
Y de los padres tuviesen
Junta la sangre y fortuna.
Reina. Yo os prometo de alcanzar
El perdon.

ESCENA II.

DICHOS Y BRAS.

Bras. Buscándole,
Pardiobre que me colé,
Como fraile, sin llamar;
Topéle: su sonsería
Me dé las manos y piés.
Conde. Bien venido, Bras.
Reina. ¿Quién es?
Conde. Un criado de García.
Reina. Llegad.
Bras. ¡Qué brava hermosura!
Esta sí que el ojo abonda;
Pero si vos sois la conda,
Tendreis muy mala ventura.
Conde. ¿Y qué hay por allá, man-
[cebo?
Bras. Como al Castañar no van
Estafetas de Milan,
No he sabido qué hay de nuevo:
Y por acá, ¿qué hay de guerra?
Conde. Juntando dineros voy.
Bras. De buena gana los doy
Por gozar en paz mi tierra;
Porque el corazon me ensancha
Cuando duermo mas seguro
Que en Flandes detras de un muro,
En un carro de la Mancha.
Reina. Escribe bien, breve, y
Conde. Es sabio. [grave.
Reina. A mi parecer,
Mas es que serlo, tener
En palacio quien le alabe.

ESCENA III.

DICHOS Y DON MENDO. LA REINA SE VA POCO DESPUES.

D. Mendo. Su alteza espera.
Reina. Muy bien
La banda está en vuestro pecho.
D. Mendo. Por vos su alteza me ha
Aquesta honra. [hecho
Conde. Tambien
Tuve parte en esta accion.
D. Mendo. Vos me disteis esta
Que mia fué la demanda, [banda,
Y vuestra la informacion.
Ayer con su alteza fuí,
Y dióme esta insignia, conde,
Yendo al Castañar (adonde *ap.*
Libre fuí, y otro volví).

ESCENA IV.

DICHOS Y TELLO.

Tello. El rey llama.
Conde. Espera, Bras.
Bras. El billorete leed.
Conde. Este hombre entretened
Mientras vuelvo.
Bras. Estoy de mas,
Desempachadme temprano;
Que el palacio y los olores
Se hicieron para señores,
No para un tosco villano.
Conde. Ya vuelvo.

ESCENA V.

DICHOS, MENOS EL CONDE Y TELLO.

D. Mendo. Conocer quiero
Este hombre.
Bras. ¿No hay habrar?
¿Cómo fué en el Castañar
Ayer tarde, caballero?
D. Mendo. Daré á tus aras mil
Holocaustos, dios de amor, [veces
Pues en este labrador
Remedio á mi mal ofreces.
¡Ay Blanca! ¡con qué de enojos
Me tienes! ¡con qué pesar!

¡Nunca fuera al Castañar!
¡Nunca te vieran mis ojos!
¡Pluguiera á Dios, que primero
Que fuera Alfonso á tu tierra,
Muerte me diera en la guerra
El corvo africano acero!
¡Pluguiera á Dios, labrador,
Que al áspid fiero y hermoso,
Que sirves, y cauteloso
Fué causa de mi dolor,
Sirviera yo, y mis estados
Te diera, la renta mia;
Que por ver á Blanca un dia,
Fuera á guardar sus ganados!

Bras. ¿Qué diablos tiene, señor,
Que salta, brinca, y recula?
Sin duda la tarantula
Le ha picado, ó tiene amor.

D. Mendo. Amor, pues norte me [das, *ap.*
De este tengo de saber
Si á Blanca la podré ver:
¿Cómo te llamas?

Bras. Yo, Bras.

D. Mendo. ¿De dónde eres?

Bras. De la villa
De Ajofrin, si sirvo en algo.

D. Mendo. ¿Y eres muy gentil hi- [dalgo?

Bras. De los Brases de Castilla.

D. Mendo. Ya lo sé.

Bras. Decis verdad,
Que só antiguo, aunque no rico;
Pues vengo de un villancico
Del dia de Navidad.

D. Mendo. Buen talle tienes.

Bras. Bizarro;
Mire qué pié tan perfeto:
¿Monda nísperos el peto?
¿Y estos ojuelos son barro?

D. Mendo. ¿Y eres muy discreto, [Bras?

Bras. En eso soy estremado,
Porque cualquiera cuitado
Presumo que sabe mas.

D. Mendo. ¿Quieres servirme en [la córte,
Y verás cuánto te precio?

Bras. Caballero, aunque só necio,
Razonamientos acorte,
Y si algo quiere mandarme,
Acabe ya de parillo.

D. Mendo. Toma, Bras, este bol- [sillo.

Bras. Mas, par Dios, quiere bur- [larme:
A ver, acerque la mano.

D. Mendo. Escudos son.

Bras. Yo lo creo;
Mas por no engañarme, veo
Si está por de dentro vano.
Dinero es, y de ello infiero,
Que algo pretende que haga,
Porque el hablar bien se paga.

D. Mendo. Solo que me digas quiero,
Si ver podré á tu señora.

Bras. ¿Para malo, ó para bueno?

D. Mendo. Para decirla que peno,
Y que el corazon la adora.

Bras. Lástima os tengo, así viva,
Por lo que tengo en el pecho;
Que aunque rudo, amor me ha hecho
El mio como una criba.
Yo os quiero dar una traza,
Que de provecho será.
Aquestas noches se va
Mi amo García á caza
De jabalíes, vestida
Le aguarda, sin prevencion,
Y si entrais por un balcon,
La hallaréis medio dormida,
Porque hasta el alba le espera;
Y esto muchas veces pasa
A quien deja hermosa en casa,
Y busca en otra una fiera.

D. Mendo. ¿Me engañas?

Bras. Cosa es tan cierta,
Que de noche en ocasiones
Suelo entrar por los balcones,
Por no llamar á la puerta,
Ni que Teresa me abra;
Y que por la honda, que deja
Puesta Belardo en la reja,
Trepando voy como cabra,
Y la hallo sin embarazo
Sola esperando á García;
Porque le aguarda hasta el dia
Recostada sobre el brazo.

D. Mendo. En tí el amor me pro [mete
Remedio.

Bras. Pues esto haga.

D. Mendo. Yo te ofrezco mayor [paga.

Bras. Esto no es ser alcahuete.
D. Mendo. Blanca, esta noche he
A verte, á fe de español; [de entrar
Que para llegar al sol,
Las nubes se han de escalar.

ESCENA VI.

El Rey, el Conde y BRAS.

Rey. El hombre es tal, que os pro-
Que con vuestra aprobacion [meto
He de llevarle á esta accion,
Y ennoblecer.
Conde. Es discreto,
Y valiente; en él están
Sin duda resplandecientes
Las virtudes convenientes
Para hacerle capitan;
Que yo sé que suplirá
La falta de la esperiencia
Su valor y su prudencia.
Rey. Mi gente lo acetará,
Pues vuestro valor le abona;
Y sabe de vuestra ley,
Que sin méritos, al rey
No le proponeis persona.
Traedle mañana, conde.

ESCENA VII.

Dichos, menos el Rey, y poco despues el Conde.

Conde. Yo sé que aunque os acui-
[teis,
Que en la ocasion publiqueis
La sangre, que en vos se esconde.
Bras. Despachadme, pues, que no,
Señor, otra cosa espero.
Conde. Que se recibió el dinero,
Que al donativo ofreció,
Le decid, Bras, á García;
Y podeos ir con esto,
Que yo le veré muy presto,
O responderé otro dia.
Bras. No llevo cosa que importe:
Sobre tardanza prolija,
¿Largo parto, y parir hija?
Propio despacho de córte

ESCENA VIII.

Decoracion de bosque.

DON GARCÍA de cazador, con un puñal y un arcabuz.

Bosques mios frondosos,
De dia alegres, cuanto tenebrosos,
Mientras baña Morfeo
La noche con las aguas del Leteo,
Hasta que sale de Faeton la esposa
Coronada de plumas y de rosa,
En vosotros doctrina
Halla sobre quien Marte predomina,
Disponiendo sangriento
A mayores contiendas el aliento;
Porque furor influye
La caza, que á la guerra sostituye.
Yo soy el vivo rayo
Feroz de vuestras fieras, que me
[ensayo
Para ser, con la sangre que me
[inspira,
Rayo del Castañar en Algecira;
Criado en vuestras grutas y cam-
[pañas;
Alcides español de estas montañas;
Que contra sus tiranos
Clava es cualquiera dedo de mis
Siendo por mí esta vera [manos,
Pródiga en carnes, abundante en
Vengador de sus robos, [cera;
Parca comun de osos y de lobos,
Que por mí el cabritillo y simple oveja
Del montañes pirata no se queja,
Y cuando embiste airado
A devorar el tímido ganado,
Si me arrojo al combate,
Ocioso el can en la palestra late;
Que durmiendo entre flores,
En mi valor fiados los pastores,
Cuando abre el sol sus ojos,
Desperezados ya, los miembros flojos,
Cuando al ganado asisto,
Cuando al corsario embisto,
Pisan difunta la voraz caterva
Mas lobos sus abarcas, que no yer-
¿Qué colmenar copioso [ba...
No demuele defensas contra el oso,
Fabricando sin muros

Dulce y blanco licor en nichos puros?
Que por eso han tenido,
Gracias al plomo á tiempo compe-
En sus cotos amenos, [lido,
Un enemigo las abejas menos;
Que cuando el sol acaba,
Y en el postrero parasismo estaba,
A dos colmenas, que robado habia,
Las caló dentro de una fuente fria,
Ahogando en sus cristales
Las abejas, que obraron sus panales,
Para engullir segura
La miel, que misturó en el agua pura,
Y dejó, bien que turbia su corriente,
El agua dulce de esta clara fuente.
Y esta noche bajando
Un jabalí á aqueste arroyo blando,
Y cristalino cebo,
Con la luz, que mendiga Cintia á
Le miré cara á cara, [Febo,
Haciéndose lugar entre la jara,
Despejando la senda sus cuchillos,
De marfil ó de acero sus colmillos;
Pero á una bala presta,
La luz condujo á penetrar la testa,
Oyendo el valle á un tiempo repeti-
[dos
De la pólvora el eco, y los bramidos.
Los dos serán trofeos
Pendientes en mis puertas, aunque
[feos,
Despues que Blanca con su breve
[planta
Su cerviz pise, y por ventura tanta
Dirán, aun en la muerte
Tiene el cadáver de un dichoso
[suerte:
Que en la ocasion mas dura,
A las fieras no falta la ventura.
Mas el ruido me avisa
Que un jabalí desciende; con gran
[prisa
Vuelve huyendo, habrá oido
Algun ruido distante su sentido;
Porque en distancia larga
Oye calar al arcabuz la carga,
Y esparcidas las puntas,
Que sobre el cerro acumulaba juntas,
Si oye la bala, ó menear la cuerda,
Es ala, cuando huye, cada cerda.

ESCENA IX.

DON GARCÍA, DON MENDO, Y UN CRIADO CON UNA ESCALA.

D. Mendo. ¿Para esto, amor tirano,
Del cerco toledano
Al monte me trajiste,
Para perderme en su maleza triste?
¿Mas qué esperar podia
Ciego, que á un ciego le eligió por
[guia?
Una escala previne, con intento,
Blanca, de penetrar tu firmamento,
Y lo mismo emprendiera
Si fueras diosa en la tonante esfera,
No montañesa ruda,
Sin honor, sin esposo que te acuda;
Que en este loco abismo
Intentára lo mismo.
Si fueras, Blanca bella,
Como naciste humana, pura estrella:
Bien que á la tierra, bien que al
[cielo sumo
Bajára en polvo, y ascendiera en
[humo.
D. Garc. Llegó primero al animal
[valiente,
Que á mi sentido, el ruido de esta
[gente.
D. Mendo. En esta luna de octubre
Suelen salir cazadores
A esperar los jabalíes;
Quiero llamar: ha del monte.
Criado. Ola, hao.
D. Garc. Pesia sus vidas,
¿Qué buscan? ¿de qué dan voces?
D. Mendo. ¿El sitio del Castañar
Está lejos?
D. Garc. En dos trotes
Se pueden poner en él.
D. Mendo. Pasábamos á los montes,
Y el camino hemos perdido.
D. Garc. Aquese arroyuelo corre
Al camino.
D. Mendo. ¿Qué hora es?
D. Garc. Poco menos de las doce.
D. Mendo. ¿De dónde sois?
D. Garc. Del infierno:
Id en buen hora, señores,

No me espanteis mas la caza,
Que me enojaré, pardiobre.

D. Mendo. ¿La luna hasta cuando [dura?

D. Garc. Hasta que se acaba.

D. Mendo. Oye
Lo que es villano en el campo.

D. Garc. Lo que un señor en la [córte.

D. Mendo. ¿Y en efecto hay donde [errar?

D. Garc. ¿Y en efecto no se acogen?

D. Mendo. Terrible sois.

D. Garc. Mal sabeis
Lo que es estorbar á un hombre
En ocasion semejante.

D. Mendo. ¿Quién sois?

D. Garc. Rayo de estos [montes,
García del Castañar;
Que nunca niego mi nombre.

D. Mendo. Amor, pues estás pia- [doso, *ap.*
Detenle, porque no estorbe
Mis deseos, y en su casa
Mis esperanzas malogre.
Y para que á Blanca vea,
Dame tus alas veloces
Para que mas presto llegue.
Quédaos con Dios.

ESCENA X.

DON GARCÍA.

Buenas noches.
Bizarra ocasion perdí,
Imposible es que la cobre;
Quiero volverme á mi casa
Por el atajo del monte.
Y pues ya me voy, oid,
De grutas partos feroces,
Salid, y bajad al valle,
Vivid en paz esta noche,
Que vuestro mayor opuesto
A su casa se va, adonde
Dormirá, no en duras peñas,
Sino en blandos algodones.
Y depuesta la fiereza,
Tan trocadas mis acciones,
En los brazos de mi esposa
Verá el Argos de la noche,
Y el Polifemo del dia,
Si las observan feroces
Y tiernas, que en este pecho
Se ocultan dos corazones;
El uno de blanda cera,
El otro de duro bronce,
El blando para mi casa,
El duro para estos montes.

ESCENA XI.

Decoracion de sala en casa de don García.

DOÑA BLANCA, Y TERESA, CON UNA BUJÍA, QUE PONE ENCIMA DE UN BUFETE.

Blanca. Corre veloz, noche fria,
Porque venga con la aurora
Del campo, donde está ahora,
A descansar mi García:
Su luz anticipe el dia,
El cielo se desabroche,
Salga Faeton en su coche,
Verá su luz deseada
La primer enamorada
Que ha aborrecido la noche.

Ter. Mejor, señora, acostada
Esperarás á tu ausente;
Porque asientan lindamente
Sobre la holanda delgada
Los brazos: que por el Credo,
Que aunque fuera mi marido
Bras, que tampoco ha venido
De la ciudad de Toledo,
Que le esperára roncando.

Blanca. Tengo mas obligaciones.

Ter. Y le echára á mogicones,
Si no se entrára callando:
Mas si has de esperar que venga
Mi señor, no estés en pié,
Yo á Belardo llamaré,
Que tu desvelo entretenga:
Mas él viene.

ESCENA XII.

DICHOS Y BELARDO.

Bel. Pues el sol
Veo de noche brillar,

14.

El sitio del Castañar
Es antípoda español.
Blanca. Belardo, sentaos.
Bel. Señora,
Acostaos.
Blanca. En esta calma,
Dormir un cuerpo sin alma,
Fuera no esperar la aurora.
Bel. ¿Esperais?
Blanca. Al alma mia.
Bel. Por muy necia la condeno,
Pues se va al monte sereno,
Y os deja hasta que es de dia.

Bras. Si vengo de Toledo, (*Dentro.*)
Teresa mia,
Yo vengo de Toledo,
No de Francia.

Ter. Mas ya viene mi garzon.
Bel. A abrirle la puerta iré.
Ter. Con tu licencia, sabré
Qué me trae, por el balcon.
Bras. Que si buena es la albahaca,
Mejor es la cruz de Calibaca.

(*Abre Teresa el balcon.*)

Ter. ¿Cómo vienes, Bras?
Bras. Andando.
Ter. ¿Qué me traes de la ciudad,
En muestras de voluntad?
Bras. Yo te lo diré cantando :

Tráigote de Toledo,
Porque te alegres,
Un galan, mi Teresa,
Como unas nueces.

Ter. Llévele el diablo mil veces :
Ved qué sartal, ó corpiño.

(*Cierra juntando el balcon.*)

Blanca. ¿Qué te trae?
Ter. Muy lindo aliño:
Un galan como unas nueces.
Blanca. Será sabroso.

ESCENA XIII.

DICHOS Y BRAS.

Bras. ¿Qué hay,
Blanca? Teresa, estoy muerto.
¿Qué, no me abrazas?
Ter. Por cierto,
Por las cosas que me traes.
Bras. Dimuños sois las mugeres :
¿A quién quieres mas?
Ter. A Bras.
Bras. Pues si lo que quieres mas
Te traigo, ¿qué es lo que quieres?
Blanca. Teresa tiene razon :
Mas sentaos todos, y di,
¿Qué viste en Toledo?
Bras. Ví
De casas un burujon,
Y mucha gente holgazana,
Y en calles buenas y ruines
La basura á celemines,
Y el cielo por cerbatana;
Y dicen que hay infinitos
Desdenes en caras buenas;
En verano berengenas,
Y en el otoño mosquitos.
Blanca. ¿No hay mas nuevas en la [córte?
Bras. Sátiras pide el deseo
Malicioso, ya lo veo :
Mas mi pluma no es de córte;
Con otras cosas, señora,
Os divertid hasta el alba,
Que al ausente, Dios le salva.
Blanca. Pues al que acertare ahora
Este enigma, de los tres,
Daré un vestido de paño,
Y el de grana, que hice ogaño :
A Teresa digo, pues :
¿Cuál es el ave sin madre,
Que al padre no puede ver,
Ni al hijo, y le vino á hacer
Despues de muerto su padre?
Bras. ¿Polainas y gallaruza
Ha de tener?
Blanca. Claro es :
Digan en rueda los tres.
Ter. El cuclillo.
Bras. La lechuza.
Bel. No hay ave á quien mejor [cuadre
Que al fénix, ni otra ser puede;
Pues esa misma procede
De las cenizas del padre.
Blanca. El fénix es.

Bel. Yo gané.
Bras. Yo perdí como otras veces.
Blanca. No te doy lo que mereces.
Bras. Un gorrino le daré
A quien dijere el mas caro
Vicio que hay en el mundo.
Blanca. En que es el juego me [fundo.
Bras. Mentis, Branca, y esto es [claro.
Ter. El de las mugeres, digo,
Que es mas costoso.
Bras. Mentis.
Vos, Belardo, ¿qué decis?
Bel. Que el hombre de caza amigo
Tiene el de mas perdicion,
Mas costoso é infelice:
La moralidad lo dice
Del suceso de Acteon.
Bras. Mentis tambien, que á mi [juicio
Sin quedar de ello dudoso,
Es el vicio mas costoso
El del borracho, que es vicio
Con quien ninguno compite;
Que si pobre viene á ser,
De lo que gastó en beber
No puede tener desquite.

(*Silba dentro D. García.*)

Blanca. Oye, Bras; amigos, ea,
Abrid, que es el alma mia.
Temprano viene García;
Quiera Dios que por bien sea.
D. Garc. (*dentro*). Buenas noches, [gente fiel.
Bras. Seais, señor, bien venido.

ESCENA XIV.

DON GARCÍA, BRAS, TERESA Y BLANCA, QUE VA AL ENCUENTRO DE SU ESPOSO; Y ARRIMA DON GARCÍA EL ARCABUZ AL BUFETE.

D. Garc. ¿Cómo en Toledo te [ha ido?
Bras. Al conde dí tu papel,
Y dijo responderia.
D. Garc. Está bien. Esposa amada,
¿No estais mejor acostada?
¿Qué esperais?
Blanca. Que venga el dia:
Esperar como solia
A su cazador la diosa
Madre de amor cuidadosa,
Cuando dejaba los lazos,
Y hallaba en sus tiernos brazos
Otra cárcel mas hermosa,
Vínculo de amor estrecho,
Donde yacia su bien,
A quien parte dió tambien
Del alma, como del lecho:
Mas yo con mejor derecho,
Cazador que al otro escedes,
Haré de mis brazos redes,
Y porque caigas, pondré
De una tórtola la fe,
Cuyo llanto escusar puedes.
Llega, que en llanto amoroso,
No rebelde jabalí
Te consagro, una ave sí,
Que lloraba por su esposo;
Concédete generoso
A vínculos permitidos,
Y escucharán tus oidos,
En la palestra de pluma,
Arrullos blandos en suma,
Y no en el monte bramidos.
Que si bien estar pudiera
Quejosa de que te alejes
De noche, y mis brazos dejes
Por esperar una fiera;
Adórote de manera,
Que aunque propongo á mis ojos
Quejas, y tiernos despojos,
Cuando vuelves de esta suerte,
Por el contento de verte
Te agradezco los enojos.
D. Garc. Blanca hermosa, blanca [rama
Llena por mayo de flor,
Que es con tu bello color
Etíope Guadarrama;
Blanca, con quien es la llama
Del rojo planeta oscura,
Y herido de su luz pura,
El terso cristal pizarra,
Que eres la accion mas bizarra
Del poder de la hermosura:
Cuando alguna conveniencia
Me aparte, y quejosa quedes,

No mas dolor darme puedes,
Que el que padezco en tu ausencia :
Cuando vuelvo á tu presencia,
De dejarte arrepentido,
En vano el pecho ofendido
Me recibiera terrible ;
Que en la gloria no es posible
Atormentar al sentido.
Las almas en nuestros brazos
Vivan heridas y estrechas,
Ya con repetidas flechas,
Ya con recíprocos lazos :
No se tejan con abrazos
La vid y el olmo frondoso,
Mas estrechos que tu esposo
Y tú, Blanca : llega, amor,
Que no hay contento mayor
Que rogar á un deseoso.
Y aunque no te traigo aquí,
Del sol á la hurtada luz,
Herido con mi arcabuz
El cerdoso jabalí,
Ni el oso ladron, que ví
Hurtar del corto vergel
Dos repúblicas de miel,
Y despues á pocos pasos,
En el humor de sus vasos
Bañar el hocico y piel;
Te traigo en vez de trofeos
De jabalíes y osos,
Por lo bien trabado, hermosos,
Y distintamente feos,
Una alma y muchos deseos
Para alfombras de tus piés;
Y me parece que es,
Cuando tus méritos toco,
Cuanto os he contado poco,
Como es poco cuanto ves.
Bras. Teresa, allí, vive Dios.
Ter. ¿ Pues aquí quién vive, Bras ?
Bras. Aquí vive Barrabas,
Hasta que cante á los dos
Las bendiciones el cura ;
Porque un casado, aunque pena,
Con lo que otro se condena
Su salvacion asegura.
Ter. ¿ Con qué ?
Bras. Con tener amor
A su muger, y aumentar.
Ter. Eso, Bras, es trabajar
En la viña del Señor.
Blanca. Desnudaos, que en tanto
Preveniros, prenda amada, [quiero
Ropa por mi mano hilada,
Que huele mas que el romero :
Y os juro que es mas sutil
Que ser la de Holanda suele ;
Porque cuando á limpia huele,
No ha menester al abril.
Venid los dos.

ESCENA XV.

DICHOS, MENOS DOÑA BLANCA.

Bras. Siempre he oido
Que suele echarse de ver
El amor de la muger,
En la ropa del marido.
Ter. Tambien en la sierra es fama
Que amor ni honra no tiene
Quien va á la córte, y se viene
Sin joyas para su dama.

ESCENA XVI.

DON GARCÍA.

Envídienme en mi estado
Las ricas y ambiciosas magestades,
Mi bienaventurado
Albergue, de delicias coronado,
Y rico de verdades :
Envidien las deidades,
Profanas y ambiciosas,
Mi venturoso empleo;
Envidien codiciosas :
Que cuando á Blanca veo,
Su beldad pone límite al deseo.
¡ Válgame el cielo, qué miro !

ESCENA XVII.

DON GARCÍA Y DON MENDO, EL CUAL ENTRA POR EL BALCON ABRIÉNDOLE DE GOLPE, Y AL VER A DON GARCÍA SE EMBOZA.

D. Mendo ¡ Vive Dios, que es el García del Castañar ! [que veo,
Valor, corazon, ya es hecho :

Quien de un villano confia,
No espere mejor suceso.
D. Garc. Hidalgo, si serlo puede
Quien de accion tan baja es dueño,
Si alguna necesidad
A robarbe os ha dispuesto,
Decidme lo que quereis,
Que por quien soy os prometo
Que de mi casa volvais
Por mi mano satisfecho.
D. Mendo. Dejadme volver, García.
D. Garc. Eso no; porque primero
He de conocer quien sois;
Y descubríos muy presto,
O de este arcabuz la bala
Penetrará vuestro pecho.
D. Mendo. Pues advertid no me
Que si con vos igual quedo [erreis;
Lo que en razon me llevais,
En sangre y valor os llevo.
Yo sé que el conde de Orgaz *ap.*
Lo ha dicho á alguno en secreto,
Informándole de mí:
La banda que cruza el pecho
De quien soy testigo sea.

(*Desembózase, y cáesele el arcabuz á don García.*)

D. Garc. El rey es: ¡válgame el
Y que le conozco sabe: [cielo!
Honor y lealtad, ¿qué haremos?
¿Qué contradicion implica
La lealtad con el remedio?
D. Mendo. ¡Qué propia accion de
Temor me tiene ó respeto; [villano!
Aunque para un hombre humilde
Bastaba solo mi esfuerzo.
¡El que encareció el de Orgaz
Por valiente! Al fin es viejo.
En vuestra casa me hallais,
Ni huir, ni negarlo puedo;
Mas en ella entré esta noche...
D. Garc. A hurtarme el honor que
Muy bien pagais á mi fe [tengo:
El hospedage por cierto
Que os hicimos Blanca y yo:
Ved qué contrarios efectos
Verá entre los dos el mundo,
Pues yo ofendido os venero,
Y vos de mi fe servido,
Me dais agravios por premios.
D. Mendo. No hay que fiar de un
Ofendido: pues que puedo, [villano
Me defenderé con este.
D. Garc. ¿Qué haceis? Dejad en
El arcabuz, y advertid [el suelo
Que os le estorbo, porque quiero
No atribuyais á ventaja
El fin de aqueste suceso:
Que para mí basta solo
La banda de vuestro cuello,
Cinta del sol de Castilla,
A cuya luz estoy ciego.
D. Mendo. ¿Al fin me habeis cono-
[cido?
D. Garc. Miradlo por los efectos.
D. Mendo. Pues quien nace como yo
No satisface, ¿qué haremos?
D. Garc. Que os vais, y rogad á
Que enfrene vuestros deseos; [Dios
Y al Castañar no volvais:
Que de vuestros desaciertos
No puedo tomar venganza,
Sino remitirla al cielo.
D. Mendo. Yo lo pagaré, García.
D. Garc. No quiero favores vues-
[tros.
D. Mendo. No sepa el conde de
Esta accion. [Orgaz
D. Garc. Yo os lo prometo.
D. Mendo. Quedad con Dios.
D. Garc. Él os guarde.
Y á mí de vuestros intentos,
Y á Blanca.
D. Mendo. Vuestra muger...
D. Garc. No, señor, no hableis en
Que vuestra será la culpa; [eso,
Yo sé la muger que tengo.
D. Mendo. ¡Ay Blanca! sin vida
[estoy: *ap.*
¡Qué dos contrarios opuestos!
Este me estima ofendido,
Tú adorándote me has muerto.
D. Garc. ¿Adónde vais?
D. Mendo. A la puerta.
D. Garc. ¡Qué ciego venis, qué
Por aquí habeis de salir. [ciego!
D. Mendo. ¿Conocéisme?
D. Garc. Yo os pro-
Que á no conocer quien sois, [meto

Que bajáredes mas presto :
Mas tomad este arcabuz
Ahora ; porque os advierto
Que hay en el monte ladrones,
Y que podrán ofenderos,
Si como yo, no os conocen :
Bajad aprisa; no quiero
Que sepa Blanca este caso.
D. Mendo. Razon es obedeceros.
D. Garc. Aprisa, aprisa, señor,
Remitid los cumplimientos;
Y mirad que al descender
No caigas, porque no quiero
Que tropeceis en mi casa,
Porque de ella os vais mas presto.
D. Mendo. ¡Muerto voy !

ESCENA XVIII.

DON GARCÍA.

Bajad seguro,
Pues que yo la escala os tengo.
¡Cansada estabas, fortuna,
De estarte fija un momento!
¡Qué vuelta diste tan fiera
En aqueste mar! ¡Qué presto
Que se han trocado los aires!
¡En qué dia tan sereno,
Contra mi seguridad
Fulmina rayos el cielo!
Ciertas mis desdichas son,
Pues no dudo lo que veo,
Que á Blanca mi esposa busca
El rey Alfonso encubierto.
¡Qué desdichado que soy,
Pues altamente naciendo
En Castilla conde, fuí
De aquestos montes plebeyo
Labrador, y desde hoy
A estado mas vil desciendo!
¿Así paga el rey Alfonso
Los servicios que le he hecho?
Mas desdicha será mia,
No culpa suya, callemos ;
Y, afligido corazon,
Prevengamos el remedio,
Que para animosas almas
Son las penas y los riesgos.
Mudemos tierra con Blanca,
Sagrado sea otro reino
De mi inocencia y mi honor;
Pero dirán que es de miedo.
Pues no he de decir la causa,
Y que me faltó el esfuerzo
Para ir contra Algecira.
Es verdad : mejor acuerdo
Es decir al rey quien soy;
Mas no, García, no es bueno,
Que te quitará la vida,
Porque no estorbe su intento;
Pero si Blanca es la causa,
Y resistirle no puedo,
¿Qué he de hacer en este caso?
Que las pasiones de un rey
No se sujetan al freno
Ni á la razon : muera Blanca,

(*Saca el puñal.*)

Y deshonor, y elijamos,
Corazon, del mal lo menos :
A muerte te ha condenado
Mi honor, cuando no mis zelos;
Porque á costa de tu vida
De una infamia me preservo.
Perdóname, Blanca mia,
Que aunque de culpa te absuelvo,
Solo por razon de estado
A la muerte te condeno :
¿Mas es bien, que conveniencias
De estado en un caballero
Contra una inocente vida
Puedan mas, que no el derecho?
Sí; cuando la providencia,
Y cuando el discurso atento,
Miran el daño futuro
Por los presentes sucesos.
¿Mas yo he de ser, Blanca mia,
Tan bárbaro y tan severo,
Que he de sacar los claveles
Con aqueste de tu pecho
De jazmines? No es posible,
Blanca hermosa, no lo creo,
Ni podrá romper mi mano
De mis ojos el espejo.
Mas de su beldad ahora,
Que me va el honor me acuerdo :
Muera Blanca, y muera yo :
Valor, corazon, y entremos
En una á quitar dos vidas,

En uno á pasar dos pechos,
En una á sacar dos almas,
En uno á cortar dos cuellos,
Si no me falta el valor,
Si no desmaya el aliento,
Y si no, al alzar los brazos,
Entre la voz y el silencio,
La sangre falta á las venas,
Y el córte le falta al hierro.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de selva.

El Conde, de camino.

Trae los caballos de la rienda, [Tello,
Que á pié quiero gozar del dia bello,
Pues tomó de este monte
El dia posesion de este horizonte.
¡Qué campo deleitoso!
Tú que le vives morirás dichoso,
Pues en él, don García,
Doctrina das á la filosofía,
Y la muger mas cuerda,
Blanca en virtud, en apellido Cerda;
Pero si no me miente
La vista, sale apresuradamente,
Con señas celestiales,
De entre aquellos jarales,
Una muger desnuda;
Bella será, si es infeliz, sin duda.

ESCENA II.

El Conde y DOÑA BLANCA, con parte de sus vestidos en el brazo.

Blanca. ¿Dónde voy sin aliento,
Cansada, sin amparo, sin intento,
Entre aquesta espesura?
Llorad, ojos, llorad mi desventura;
Y en tanto que me visto,
Decid, pues no resisto,
Lenguas del corazon sin alegría :
¡Ay dulces prendas, cuando Dios [queria!

Conde. Aunque mal determino,
Parece que se viste, y imagino
Que está turbada y sola;
De la sangre española
Digna empresa es aquesta.

Blanca. Un hombre para mí la [planta apresta.

Conde. Parece hermosa dama.

Blanca.. Quiero esconderme entre [la verde rama.

Conde. Muger, escucha, tente,
¿Sales, como Diana, de la fuente
Para matar severa
De amor al cazador, como á la fiera?

Blanca. ¡Mas ay suerte dichosa!
Este es el conde.

Conde. Hija, Blanca hermosa,
¿Dónde vas de esta suerte?

Blanca. Huyendo de mi esposo, y [de mi muerte.
Ya las dulces canciones,
Que en tanto que dormia, en mis [balcones
Alternaban las aves,
No son, ¡o conde! epitalamios gra- [ves;
Serán, ¡o dueño mio!
De pájaro funesto agüero impío,
Que el dia entero, y que las noches [todas
Cante mi muerte, por cantar mis [bodas.
Trocóse mi ventura;
Oye la causa, y presto te asegura,
Y ve á mi casa, adonde
Muerte hallarás mi esposo, muerto, [conde.
Aquesta noche, cuando
Le aguardaba mi amor en lecho [blando,
Ultimo del deseo,
Término santo, y templo de Hime- [neo;
Cuando yo le invocaba,
Y la familia recogida estaba,
Entrar le ví severo
Blandiendo contra mí su blanco [acero;
Dejé entonces la cama,
Como quien sale de improvisa llama,
Y mis vestidos busco,
Y al ponerme me ofusco
Esta cota brillante;
Mira qué fuerte peto de diamante :
Vístome el faldellin, y apenas puedo
Hallar las cintas, ni salir del ruedo:
Pero sin compostura

Le aplico á mi cintura,
Y mientras le acomodo,
Lugar me dió la suspension á todo.
La causa le pregunto;
Mas él casi difunto,
A cuanto vió, y á cuanto le decia,
Con un suspiro ardiente respondia,
Lanzando de su pecho y de sus ojos
Piedades confundidas con enojos,
Tan juntos, que dudaba
Si eran iras ó amor lo que miraba;
Pues de mí retirado,
Le ví volver mas tierno, mas airado,
Diciéndome entre fiero, y entre
[amante :
Tú, Blanca, has de morir, y yo al
[instante.
Mas el brazo levanta,
Y abortando su voz en su garganta,
Cuando mi fin recelo,
Caer le ví en el suelo,
Cual suele el risco cano
Del aire á impulso descender al llano,
Y yerto en él, y mudo,
De aquel monte membrudo,
Suceder en sus labios y en sus ojos
Pálidas flores á claveles rojos,
Y con mi boca y mi turbada mano
Busco el calor entre su hielo, en
Y estuve de esta suerte [vano;
Neutral un rato entre la vida y
Hasta que ya latiendo; [muerte,
Oí mi corazon estar diciendo :
Vete, Blanca infelice;
Que no son siempre iguales
Los bienes y los males,
Y no hay accion alguna
Mas vil, que sujetarse á la fortuna.
Yo le obedezco, y dejo
Mi aposento, y mi esposo, y de él
[me alejo,
Y en mis brazos, sin brios
Mal acomodo los vestidos mios :
Por donde voy no veia,
Cada paso caia,
Y era, conde, forzoso,
Por volver á mirar mi amado esposo.
Las cosas que me dijo,
Cuando la muerte me intimó y pre-
Los llantos, los clamores, [dijo,
La blandura, mezclada con rigores,
Los acometimientos, los retiros,
Las disputas, las dudas, los suspiros :
El verle amante y fiero,
Ya derribarse el brazo, ya severo
Levantarle arrogante,
Como la dama en su postrero instante:
El templar sus enojos
Con llanto de mis ojos :
El luchar, y no en vano,
Con su puñal mi mano,
Que con arte consiente
Vencerse fácilmente,
Como amante que niega
Lo que desea dar á quien le ruega :
El esperar mi pecho
El crudo golpe, en lágrimas deshecho :
Ver aquel mundo breve,
Que en fuego comenzó, y acabó nieve;
Y verme á mí asombrada,
Sin determinacion, sola y turbada,
Sin encontrar recurso
En mis piés, en mi mano, en mi
[discurso:
El dejarle en la tierra,
Como suele en la sierra
La destroncada encina
El que oyó de su guarda la bocina,
Que deja al enemigo
Desierto el tronco, en quien buscaba
[abrigo :
El buscar de mis puertas,
Con las plantas inciertas,
Las llaves, cuando siento
(Aquí, señor, me ha de faltar aliento)
Al abrirlas á escuras
El no poder hallar las cerraduras,
Tan turbada, y sin juicio,
Que las buscaba de uno en otro qui-
Y las penas que pasa [cio;
El corazon cuando dejé mi casa
Por estas espesuras,
En cuyas ramas duras
Hallarás mis cabellos
(¡ Pluguiera á Dios me suspendiera
Te contaré otro dia; [en ellos !),
Agora ve, socorre al alma mia,
Que queda de este modo :
Yo lo perdono todo;
Que no es, señor, posible,

Fuese su brazo contra mí terrible
Sin algun fundamento;
Bástele por castigo el mismo intento,
Y á mí por pena básteme el cuidado,
Pues yace, si no muerto, desmayado.
Acúdele á mi esposo,
O conde valeroso,
Sucesor y pariente
De tanta, con diadema, honrada
Así la blanca plata, [frente;
Que por tu grave pecho se dilata,
Barra de España las moriscas huellas,
Sin dejar en su suelo señal de ellas,
Que los pasos dirijas
Adonde, si está vivo, le corrijas
De fiereza tan dura,
Y seas, porque cobre mi ventura
Cuando de mí te informe,
Arbitrio entre los dos que nos con-
Pues los hados fatales [forme,
Me dieron el remedio entre los males;
Pues mi fortuna quiso
Hallase en tí favor, amparo, aviso;
Pues que miran mis ojos
No salteadores de quien ser despojos;
Pues eres, conde ilustre,
Gloria de Illan, y de Toledo lustre;
Pues que plugo á mi suerte
La vida hallase quien tocó la muerte.
Conde. Digno es el caso de pru-
[dencia mucha;
Este es mi parecer: ha, Tello, es-
[cucha.

ESCENA III.

DICHOS Y TELLO.

Conde. Ya sabes, Blanca, como
Acudas á mi gusto; [siempre es justo
Así, sin replicarme,
Con Tello al punto, sin escusas darme,
En aqueste caballo, que lealmente
A mi persona sirve juntamente,
Caminad á Toledo:
Esto conviene, Blanca, esto hacer
Y tú á palacio llega, [puedo;
A la reina la entrega,
Que yo voy á tu casa,
Que por llegar el corazon se abrasa,
Y he de estar de tu parte
Para servirte, Blanca, y ampararte.
Tello. Vamos, señora mia.
Blanca. Mas quisiera, señor, ver á
[García.
Conde. Que aquesto importa ad-
[vierte.
Blanca. Principio es de acertar
[obedecerte.

ESCENA IV.

Sala en casa de don García.

DON GARCÍA CON UN PUÑAL DESNUDO EN LA MANO.

¿Dónde voy, ciego homicida?
¿Dónde me llevas, honor,
Sin el alma de mi amor,
Sin el cuerpo de mi vida?
Adios, mitad dividida
Del alma, sol que eclipsó
Una sombra; pero no,
Que muerta la esposa mia,
No tuviera luz el dia,
Ni tuviera vida yo.
¡Blanca muerta! No lo creo,
El cielo vida la dé,
Aunque esposo la quité
Lo que amante la deseo:
Quiro verla; pero veo
Solo el retrete, y abierta
De mi aposento la puerta,
Limpio en mi mano el puñal,
Y en fin yo vivo, señal
De que mi esposa no es muerta.
¡Blanca con vida, ay de mí,
Cuando yo sin honra estoy!
Como ciego amante soy,
Esposo cobarde fuí
Al rey en mi casa ví,
Buscando mi prenda hermosa,
Y aunque noble, fué forzosa
Obligacion de la ley,
Ser piadoso con el rey,
Y tirano con mi esposa.
¿Cuántas veces fué el tirano
Acero la ejecucion?
¿Y cuántas el corazon

Dispensó el golpe á la mano ?
Si es muerta, morir es llano;
Si vive, muerto he de ser.
Blanca, Blanca, ¿qué he de hacer ?
¿ Mas qué me puedes decir,
Pues solo para morir
Me has dejado en que escoger?

ESCENA V.

DON GARCÍA Y EL CONDE.

Conde. Dígame vueseñoría,
¿ Contra qué morisco alfange
Sacó el puñal esta noche,
Que está en su mano cobarde ?
¿ Contra una flaca muger,
Por presumir ignorante
Que es villana ? Bien se açuerda,
Cuando propuso casarse,
Que le dije era su igual,
Y mentí; porque un infante
De los Cerdas fué su abuelo,
Si conde su noble padre.
¿Y con una labradora
Se afrentára, como sabe
Que el rey ha venido á verle,
Y por mi voto le hace
Capitan de aquesta guerra,
Y me envia de su parte
A que le lleve á Toledo ?
¿ Es bien que aquesto me pague
Con su muerte, siendo Blanca
Luz de mis ojos brillante ?
Pues vive Dios, que le habia
De costar al loco, al fácil,
Cuanta sangre hay en sus venas,
Una gota de su sangre.
D. Garc. ¿Decidme, Blanca, quién es?
Conde. Su muger, y aquesto baste.
D. Garc. Reportaos: ¿quién os ha dicho
Que quise matarla?
Conde. Un ángel
Que hallé desnudo en el monte:
Blanca, que entre sus jarales
Perlas daba á los arroyos,
Tristes suspiros al aire.
D. Garc. ¿ Dónde está Blanca ?
Conde. A palacio,
Esfera de su real sangre,
La envié con un criado.
D. Garc. Matadme, señor, matadme.
¡Blanca en palacio, y yo vivo!
Agravios, honor, pesares,
¿ Cómo, si sois tantos juntos,
No me acaban tantos males ?
¿Mi esposa en palacio, conde ?
¿ Y el rey, que los cielos guarden,
Me envia contra Algecira
Por capitan de sus haces,
Siendo en su opinion villano ?
Quiera Dios, que en otra parte
No desdore con afrentas
Estas honras que me hace.
Yo me holgára, á Dios pluguiera,
Que esa muger que criasteis
En Orgaz para mi muerte,
No fuera de estirpes reales,
Sino villana, y no hermosa:
Y á Dios pluguiera, que ántes
Que mi pecho enterneciera,
Aqueste puñal infame
Su corazon con mi riesgo
Le dividiera en dos partes;
Que yo os escusára, conde,
El vengarla, y el matarme,
Muriéndome yo primero.
¡ Qué muerte tan agradable
Hubiera sido, y no agora
Oir, para atormentarme,
Que está sin defensa, adonde
Todo el poder la combate!
Haced cuenta, que mi esposa
Es una bizarra nave,
Que por robarla, la búsca
El pirata de los mares,
Y en los enemigos puertos
Se entró, cuando vigilante
En los propios la buscaba,
Sin pertrechos que la guarden,
Sin piloto que la rija,
Y sin timon, y sin mástil.
No es mucho que tema, conde,
Que se sujete la nave,
Por fuerza, ó por voluntad,
Al capitan que la bate.
No quise por ser humilde
Darla muerte, ni fué en balde;

Creed que aunque no lo digo,
Fué causa mas importante.
No puedo decir por qué:
Mas advertid que mas sabe,
Que el entendido en la agena,
En su casa el ignorante.
Conde. ¿Sabe quién soy?
D. Garc. Sois Toledo,
Y sois Illan por linage.
Conde. ¿Débeme respeto?
D. Garc. Sí,
Que os he tenido por padre.
Conde. ¿Soy su amigo?
D. Garc. Claro está.
Conde. ¿Qué me debe?
D. Garc. Cosas grandes.
Conde. ¿Sabe mi verdad?
D. Garc. Es mucha.
Conde. ¿Y mi valor?
D. Garc. Es notable.
Conde. ¿Sabe que presido á un [reino?
D. Garc. Con aprobacion bastante.
Conde. Pues confiese lo que siente,
Y puede de mí fiarse
El valor de un caballero
Tan afligido y tan grave;
Dígame vueseñoría,
Hijo, amigo, como padre,
Como amigo, sus enojos,
Cuénteme todos sus males,
Refiérame sus desdichas:
¿Teme que Blanca le agravie?
Que es, aunque noble, muger.
D. Garc. Vive Dios, conde, que os
Si pensais que el sol, ni el oro [mate,
En sus últimos quilates,
Para exagerar su honor,
Es comparacion bastante.
Conde. Aunque habla como debe,
Mi duda no satisface
Por su dolor regulada:
Solos estamos, acabe;
Por la cruz de aquesta espada
He de acudille, amparalle,
Si fuera Blanca mi hija,
Que en materia semejante,
Por su honra depondré
El amor y las piedades.
¿Dígame si tiene zelos?
D. Garc. No tengo zelos de nadie.
Conde. ¿Pues qué tiene?
D. Garc. Tanto mal,
Que no podeis remedialle.
Conde. ¿Pues qué hemos de hacer
En tan apretado lance? [los dos
D. Garc. ¿No manda el rey que á
Me lleveis, conde? llevadme: [Toledo
Mas decid, ¿sabe quién soy
Su magestad?
Conde. No lo sabe.
D. Garc. Pues vamos, conde, á To-
Conde. Vamos, García. [ledo.
D. Garc. Id delante.
Conde. Tu honor y vida amenaza,
Blanca, silencio tan grande; [*ap.*
Que es peligroso accidente
Mal que á los labios no sale.
D. Garc. ¿No estás en palacio,
¿No te fuiste, y me dejaste? [Blanca?
Pues venganza será ahora
La que fué prevencion ántes.

ESCENA VI.

Salon de palacio.

LA REINA Y DOÑA BLANCA.

Reina. A vuestro amparo me obligo,
Y creedme que me pesa
De vuestros males, condesa.
Blanca. ¿Condesa? No habla con-
Mire vuestra magestad [migo.
Que de quien soy no se acuerda.
Reina. Doña Blanca de la Cerda,
Prima, mis brazos tomad.
Blanca. Aunque escuchándola es-
Y sé no puede mentir, [toy,
Vuelvo, señora, á decir
Que una labradora soy,
Tan humilde, que en la villa
De Orgaz pobre me crié
Sin padre.
Reina. Y padre, que fué
Propuesto rey en Castilla.
De don Sancho de la Cerda
Sois hija, vuestro marido
Es, Blanca, tan bien nacido
Como vos; y pues sois cuerda,
Y en palacio habeis de estar,

En tanto que venga el conde,
No digais quien sois, y adonde
Ha de ser, voy á ordenar.

ESCENA VII.

DOÑA BLANCA y luego DON MENDO.

Blanca. ¿Habrá alguna, cielo in-
A quien dé el hado cruel [justo,
Los males tan de tropel,
Y los bienes tan sin gusto
Como á mí? ¿Ni podrá estar
Viva con mal tan esento?
¡Que no da vida un contento
Y da la muerte un pesar!
¡Ay, esposo, qué de enojos
Me dejes! Mas pesar tanto,
¿Cómo lo dicen sin llanto
El corazon y los ojos?

(*Pone un lienzo en los ojos, y sale don Mendo.*)

D. Mendo. Labradora, que al abril
Florido en la gala imita,
De los bellos ojos quita
Ese nublado sutil,
Si no es que con perlas mil
Bordas, llorando, la holanda:
¿Quién eres? la reina manda
Que te guarde, y ya te espero.
Blanca. Vamos, señor caballero,
El que trae la roja banda.
D. Mendo. Bella labradora mia,
¿Conócesme acaso?
Blanca. Sí:
Pero tal estoy que á mí
Apenas me conocia.
D. Mendo. Desde que te ví aquel
Cruel para mí, señora, [dia,
El corazon que te adora
Ponerse á tus piés procura.
Blanca. Solo aquesta desventura,
Blanca, te faltaba ahora.
D. Mendo. Anoche en tu casa entré,
Con alas de amor, por verte,
Mudaste mi feliz suerte,
Mas no se mudó mi fe;
Tu esposo en ella encontré,
Que cortés me resistió.
Blanca. ¿Cómo? ¿Qué dices?
D. Mendo. Que no,
Blanca, la ventura halla
Amante, que va á buscalla,
Sino acaso como yo.
Blanca. Ahora sé, caballero,
Que vuestros locos antojos
Son causa de mis enojos,
Que sufrir y callar quiero.

ESCENA VIII.

Dichos y DON GARCÍA.

D. Garc. Al conde de Orgaz es-
¡Mas qué miro! [pero:
D. Mendo. Tu dolor
Satisfaré con amor.
Blanca. Antes quitaréis primero
La autoridad á un lucero,
Que no la luz á mi honor.
D. Garc. ¡Ah, valerosa muger!
¡O tirana magestad!
D. Mendo. Ten, Blanca, menos
Blanca. Tengo esposo. [crueldad.
D. Mendo. Y yo poder;
Y mejores han de ser
Mis brazos, que honra te dan,
Que no sus brazos.
Blanca. Sí harán;
Porque bien, ó mal nacido,
El mas indigno marido
Escede al mejor galan.
D. Garc. ¿Mas cómo puede sufrir
Un caballero esta ofensa?
Que no le conozco piensa
El rey: saldréle á impedir.
D. Mendo. ¿Cómo te has de resis-
Blanca. Con firme valor. [tir?
D. Mendo. ¿Quién dió
Tanta dureza?
Blanca. Quien dió
Fama á Roma en las edades.
D. Mendo. ¡Oh qué villanas cruel-
¿Quién puede impedirme? [dades!
D. Garc. Yo;
Que esto solo se permite
A mi estado y desconsuelo,
Que contra rayos del cielo

Ningun humano compite;
Y sé, que aunque solicite
El remedio que procuro,
Ni puedo, ni me aseguro:
Que aquí, contra mi rigor,
Ha puesto un muro el amor,
Y aquí el respeto otro muro.
Blanca. ¡Esposo mio, García!
D. Mendo. Disimular es cordura. *ap.*
D. Garc. ¡O malograda hermosura!
¡O poderosa porfía!
Blanca. Grande fué la dicha mia.
D. Garc. Mi desdicha fué mayor.
Blanca. Albricias pido á mi amor.
D. Garc. Venganza pido á los [cielos;
Pues en mis penas y zelos
No halla remedio el honor:
Mas este remedio tiene.
Vamos, Blanca, al Castañar.
D. Mendo. En mi poder ha de estar
Mientras otra cosa ordene;
Que me han dicho que conviene
A la quietud de los dos
El guardarla.
D. Garc. Guárdeos Dios,
Por la merced que me haceis:
Mas no es justo vos guardeis
Lo que he de guardar de vos;
Que no es razon natural,
Ni se ha visto, ni se ha usado,
Que guarde el lobo al ganado,
Ni guarde el oso el panal.
Antes, señor, por mi mal,
Será, si á Blanca no os quito,
Siendo por vuestro apetito,
Oso ciego, voraz lobo,
O convidar con el robo,
O rogar con el delito.
Blanca. Dadme licencia, señor.
D. Mendo. Estás, Blanca, por mi [cuenta,
Y no has de irte.
D. Garc. Esta afrenta
No os la merece mi amor.
D. Mendo. Esto ha de ser.
D. Garc. Es rigor
Que de injusticia procede.
D. Mendo. Para que en palacio que- [de *ap.*
A la reina he de acudir.
De aquí no habeis de salir;
Ved que lo manda quien puede.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS DON MENDO.

D. Garc. Denme los cielos pacien- [cia,
Pues ya me falta el valor;
Porque acudiendo á mi honor,
Me resisto á la obediencia.
¿Quién vió tan dura inclemencia?
Volved á ser homicida;
Mas del cuerpo dividida
El alma, siempre inmortales
Serán mis penas; que hay males
Que no acaban con la vida.
Blanca. García, guárdete el cielo,
Fénix vive eternamente,
Y muera yo, que inocente
Doy la causa á tu desvelo,
Que llevaré por consuelo,
Pues de tu gusto procede,
Mi muerte: tú vive, y quede
Viva en tu pecho al partirme.
D. Garc. ¿Que en efecto no he de [irme?
No, que lo manda quien puede.
Blanca. Vuelve, si tu enojo es,
Porque rompiendo tus lazos,
La vida no dí á tus brazos:
Ya te la ofrezco á tus piés;
Ya sé quien eres, y pues
Tu honra está asegurada
Con mi muerte, en tu alentada
Mano blasone tu acero,
Que aseguró á un caballero
Y mató á una desdichada.
Que quiero que me des muerte,
Como lo ruego á tu mano;
Que si te temí tirano,
Ya te solicito fuerte.
Anoche temí perderte,
Y agora llego á sentir
Tu pena. No has de vivir
Sin honor; y pues yo muero
Porque vivas, solo quiero
Que me agradezcas morir.
D. Garc. Bien sé que inocente estás,
Y en vano mi honor previenes,
Sin la culpa, que no tienes,
La disculpa, que me das:
Tu muerte sentiré mas,

Yo sin honra, y tú sin culpa;
Que mueras el amor culpa,
Que vivas siente el honor,
Y en vano me culpa amor,
Cuando el honor me disculpa.
Aquí admiro la razon,
Temo allí la magestad,
Matarte será crueldad,
Vengarme será traicion;
Que tales mis males son,
Y mis desdichas son tales,
Que unas á otras iguales,
De tal suerte se suceden,
Que solo impedir se pueden
Las desdichas con los males.
Y sin que me falte alguno,
Los hallo por varios modos
Con el sentimiento á todos,
Con el remedio á ninguno:
En lance tan importuno
Consejo te he de pedir,
Blanca: mas si has de morir,
¿ Qué remedio me has de dar,
Si lo que he de remediar,
Es lo que llego á sentir?
Blanca. Si he de morir, mi García,
No me trates de esa suerte;
Que la dilatada muerte
Especie es de tiranía.
D. Garc. ¡ Ay, querida esposa mia,
Qué dos contrarios estremos!
Blanca. Vamos, esposo.
D. Garc. Esperemos
A quien nos pudo mandar
No volver al Castañar:
Aparta, y disimulemos.

ESCENA X.

EL REY, LA REINA, EL CONDE, DON MENDO, Y LOS QUE PUDIEREN.

Rey. ¿ Blanca en palacio, y García?
Tan contento de ello estoy,
Que estimaré tengan hoy
De vuestra mano y la mia
Lo que merecen.
D. Mendo. No es bueno
Quien por respetos, señor,
No satisface su honor,
Para encargarle el ageno:
Créame, pues se confia
De mí vuestra magestad.
Rey. Esta es poca voluntad: *ap*.
Mas allí Blanca y García
Están. Llegad, porque quiero
Mi amor conozcais los dos.
D. Garc. Caballero, guárdeos Dios;
Dejadnos besar primero
De su magestad los piés.
D. Mendo. Aquel es el rey, García.
D. Garc. Honra desdichada mia,
¿ Qué engaño es este que ves? [*ap*.
A los dos, su magestad,
Nos dad la mano, señor;
Pues merece este favor,
Que bien podeis...
Rey. Apartad;
Quitad la mano; el color
Habeis del rostro perdido.
D. Garc. No le trae el bien nacido
Cuando ha perdido el honor. [*ap*.
Escuchad aquí un secreto:
Sois sol, y como me postro
A vuestros rayos, mi rostro
Descubrió claro el efecto.
Rey. ¿ Estais agraviado?
D. Garc. Y sé
Mi ofensor, porque me assombre.
Rey. ¿ Quién es?
D. Garc. Ignoro su nombre.
Rey. Señaládmele.
D. Garc. Sí haré.

(*A D. Mendo*.)

Aquí fuera hablaros quiero
Para un negocio importante,
Que el rey no ha de estar delante.
D. Mendo. En la antecámara espero.

ESCENA XI.

DICHOS, MENOS DON MENDO, Y DESPUES DON GARCÍA.

D. Garc. Valor, corazon, valor.
Rey. ¿ Adónde, García, vais?
D. Garc. A cumplir lo que man-
Pues no sois vos mi ofensor. [dais;
(*Vase*.)

Rey. Triste de su agravio estoy:
Ver á quién señala quiero.
D. Garc. (*dentro*). Este es honor, [caballero.
Rey. Ten, villano.
D. Mendo. (*dentro*). Muerto soy.

ESCENA XII.

DICHOS Y DON GARCÍA, QUE VUELVE ENVAINANDO EL PUÑAL ENSANGRENTADO.

D. Garc. No soy quien piensas, [Alfonso;
No soy villano, ni injurio
Sin razon la inmunidad
De tus palacios augustos.
Debajo de aqueste trage
Generosa sangre encubro,
Que no sé mas de los montes,
Que el desengaño y el uso.
Don Fernando el Emplazado
Fué tu padre, que difunto,
No menos que ardiente jóven,
Asombrado dejó el mundo;
Y á tí de un año, en sazon
Que campaba el moro adusto,
Y comenzaba á fundar
En Asia su imperio el turco.
Eran en Castilla entonces
Poderosos, como muchos,
Los Laras, y de los Cerdas
Cierto el derecho, entre algunos,
A tu corona; si bien
Rey te juraron los tuyos:
Lealtad, que en los castellanos
Solamente caber pudo.
Murmuraban en la córte,
Que el conde Garci Bermudo,
Que de la paz y la guerra
Era señor absoluto,
Por tu poca edad, y hacer
Reparo á tantos tumultos,
Conspiraba á que eligiesen
De tu sangre rey adulto,
Y á don Sancho de la Cerda
Quieren decir que propuso;
Si con mentira, ó verdad,
Ni le defiendo, ni arguyo.
Mas los del gobierno, ántes
Que fuese en el fin Danubio,
El que era apenas arroyo,
O fuese rayo futuro
Lo que era apenas centella,
La vara, tronco robusto,
Preso restaron al conde
En el alcázar de Búrgos.
Don Sancho, con una hija
De dos años, huyó oculto;
Que no fió su inocencia
Del juicio de tus tribunos.
Con la presteza quedó
Desvanecido el oscuro
Nublado que á tu corona
Amenazaba confuso.
Su esposa, que estaba cerca,
Vino á la ciudad, y trujo
Consigo un hijo, que entraba
En los términos de un lustro.
Pidió de noche á las guardas
Licencia de verle, y pudo
Alcanzarla, sino el llanto,
El poder de mil escudos.
« No vengo, le dijo, esposo,
Cuando te espera un verdugo,
A afligirte, sino á dar
A tus desdichas refugio
Y libertad; » y sacó
Unas limas de entre el rubio
Cabello, con que limar
De sus piés los hierros duros;
Y ya libre, le entregó
Las riquezas, que redujo
Su poder, y con su manto
De suerte al conde compuso,
Que entre las guardas salió
Desconocido y seguro
Con su hijo; y entre tanto
Que fatigaban los brutos
Andaluces, en su cama
Sustituia otro bulto.
Manifestóse el engaño
Otro dia, y presa estuvo,
Hasta que en hombros salió
De la prision al sepulcro.
En los montes de Toledo
Pára el conde, entre desnudos
Peñascos, y de una cueva
Vivia el centro profundo,
Hurtado á la diligencia
De los que en distintos rumbos

Le buscaron; que trocados
En abarcas los coturnos,
La seda en pieles, un dia
Que se vió en el cristal puro
De un arroyo, que de un risco
Era precipicio inundo,
Hombre mentido con pieles,
La barba y cabello infurto,
Y pendientes de los hombros,
En dos aristas, diez juncos;
Viendo su retrato en él,
Sucedido de hombre en bruto,
Se buscaba en el cristal,
Y no hallaba su trasunto :
De cuyas campañas, ántes
Que á las flores los coluros
Del sol en el lienzo vario
Diesen el postrer dibujo,
Llevaba por alimento
Fruta tosca en ramo inculto,
Agua clara en fresca piel,
Dulce leche en vasos rudos :
Y á la escasa luz, que entraba
Por la boca de aquel mustio
Bostezo, que dió la tierra
Despues del comun diluvio,
Al hijo las buenas letras
Le enseñó, y era sin uso,
Ojos despiertos sin luz,
Y una fiera con estudio.
Pasó jóven de los libros
Al valor, y al colmilludo
Jabalí opuesto, á su cueva
Volvia en humor purpúreo.
Tenia el anciano padre
El rostro lleno de sulcos,
Cuando le llamó la muerte,
Débil, pero no caduco,
Y al jóven le dijo : « Orgaz
Yace cerca, importa mucho
Vayas, y digas al conde
Que á aqueste albergue nocturno
Con un religioso venga;
Que un deudo, y amigo suyo,
Le llama para morir. »
Habló al conde, y él dispuso
Su viaje, sin pedir
Cartas de creencia al nuncio.
Llegan á la cueva, y hallan
Débiles los flacos pulsos
Del conde, que al huésped dijo,
Viendo le observaba mudo :
« Ves aquí, conde de Orgaz,
Un rayo disuelto en humo,
Una estatua vuelta en polvos,
Un abatido Nabuco :
Este es mi hijo, » y entonces
Sobre mi cabeza puso
Su débil mano : « yo soy
El conde Garci Bermudo ;
En tí, y estas joyas, tenga
Contra los hados recurso
Este hijo, de quien padre
Piadoso te sostituyo : »
Y en brazos del religioso,
Pálido, y los ojos turbios,
Del cuerpo y alma, la muerte
Desató el estrecho nudo.
Llevámosle al Castañar
De noche, porque sus lutos
Nos prestase, y de los cielos
Fuesen hachas los carbunclos,
Adonde con mis riquezas
Tierras compro, y casas fundo,
Y con Blanca me casé,
Como á amor y al conde plugo.
Vivia, sin envidiar,
Entre el arado y el yugo,
Las córtes, y de tus iras
Encubierto me aseguro;
Hasta que anoche en mi casa
Ví á aqueste huésped perjuro,
Que en Blanca, atrevidamente,
Los ojos lascivos puso.
Y pensado que eras tú,
Por cierto engaño, que dudo,
Le respeté, corrigiendo
Con la lealtad lo iracundo.
Hago alarde de mi sangre,
Venzo al temor con quien lucho,
Pídeme el honor venganza,
El puñal luciente empuño,
Su corazon atravieso...
Mírale muerto, que juzgo
Me tuvieras por infame,
Si á quien de este agravio acuso,
Le señalára á tus ojos
Menos, señor, que difunto;
Aunque sea hijo del sol,
Aunque de tus grandes uno,

Aunque el primero en tu gracia,
Aunque en tu imperio el segundo;
Que esto soy, y este es mi agravio,
Este el ofensor injusto,
Este el brazo que le ha muerto,
Este divida el verdugo.
Pero en tanto que mi cuello
Esté en mis hombros robusto,
No he de permitir me agravie,
Del rey abajo, ninguno.

Reina. ¿Qué decis?

Rey. Confuso estoy.

Blanca. ¿Qué importa la vida [pierda?
De don Sancho de la Cerda
La hija infelice soy;
Si mi esposo ha de morir,
Mueran juntas dos mitades.

Rey. ¿Qué es esto, conde?

Conde. Verdades,
Que es forzoso descubrir.

Reina. Obligada á su perdon
Estoy.

Rey. Mis brazos tomad;
Los vuestros, Blanca, me dad;
Y de vos, conde, la accion
Presente he de confiar.

D. Garc. Pues toque el parche so- [noro,
Que rayo soy contra el moro,
Que fulminó el Castañar.
Y verás en sus campañas
Correr mares de carmin,
Dando con aquesto fin,
Y principio á mis hazañas.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE

DE 1610 A 1760.

Don Antonio de Solis.
— Don José de Cañizares. — Don Ramon de la Cruz. —
Don Leandro Fernandez de Moratin.

TERCERA PARTE

DE 1610 A 1760.

DON ANTONIO DE SOLIS.

Hijo de don Juan Gerónimo de Solis, y de doña Mariana Rivadeneira, nació don Antonio en Alcalá de Henares el año 1610. Fué secretario del conde de Oropesa, siendo este virey de los reinos de Navarra y Valencia. Acompañando á dicho personage cuando fué promovido á la presidencia del consejo de las órdenes, logró con su proteccion y con la fama que lè habian adquirido ya sus composiciones dramáticas, que el rey le honrase con los empleos de secretario suyo y oficial de la secretaria de estado. Sucedió en el de cronista mayor de Indias, bajo el gobierno de la reina madre de Cárlos II, á don Antonio de Leon Pinelo, y por ejercicio de este empleo escribió su celebrada *Historia de la conquista de Méjico*, libro que aunque calificado por algunos de poema en prosa, no dejará por eso de ser siempre una obra clásica en nuestra literatura. A los cincuenta y uno de su edad abrazó el estado eclesiástico, abandonando desde entonces totalmente el culto de la poesía dramática, y falleció en Madrid á 19 de abril de 1686.

Se sabe que compuso á los diez y siete años su primera comedia titulada *Amor y obligacion. El Amor al uso* es sin disputa la mejor : en ella hizo Solis una pintura fiel de las costumbres de su tiempo y sobre todo de un achaque que siempre ha sido comun en hombres y mujeres, pero que al parecer hubo de serlo mas en aquella época. El estilo de esta comedia es siempre castizo y bello, y á pesar de algunos lunares, entre los cuales el mas esencial es no verse en ella un objeto moral bien decidido, es digna de la mucha aceptacion de que siempre ha gozado.

Muy celebrada es tambien la comedia del mismo autor *Un bobo hace ciento,* pero su argumento es demasiado complicado y no poco inverosímil.

Tomás Corneille imitó *El Amor al uso* en su comedia *l'Amour à la mode.*

EL AMOR AL USO

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS. — DON GASPAR. — DON GARCÍA. — DON DIEGO. DON MENDO, viejo. — ORTUÑO, gracioso. — MARTIN, criado. — DOÑA CLARA. — DOÑA ISABEL. — JUANA, INES, criadas.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

DON GASPAR Y ORTUÑO POR UNA PARTE, Y DON DIEGO Y MARTIN POR OTRA.

Diego. ¿Viste á doña Clara bella?
Gasp. ¿Viste á doña Clara? di.
Mart. Digo, señor, que la ví.
Ort. Digo que estuve con ella.
Diego. ¿Cómo admitió mi cuidado?
Gasp. ¿Fué mi cuidado admitido?
Mart. Quiérete de lo perdido.
Ort. Quiérete de lo apretado.
Diego. Vive en mi pecho adorada
Su hermosura.
Gasp. A lo que entiendo
De tres que hoy estoy queriendo
Es la menos engañada.
Diego. ¿Y á mi papel respondió?
Gasp. ¿Y respondió á mi papel?
Mart. Esta es la respuesta de él.
Ort. Esta respuesta me dió.

(*Da un papel, cada uno á su amo.*)

Gasp. Que pagase la escribí,
El amor que la tenia.
Diego. No creo la dicha mia;
Dice así, pues.
Gasp. Dice así.

(*Lee don Diego, mientras lee don Gaspar.*)

(*Don Gaspar leyendo.*)

« Señor don Gaspar, decidme,
« De que vos seais mi amante,
« ¿Qué culpa he tenido yo,
« Que, quereis que yo os lo pague?
« ¿Paga quereis? ciertamente
« Que yo soy tan ignorante,
« Que juzgué que merecia
« Que me quisiesen de balde;
« Pero ya que ha de haber paga,
« Poned el precio tratable,
« Que muy caro y muy amado
« Lo dijeron nuestros padres.
« Decidme en lo que estimais
« Vuestros suspiros constantes,
« Aunque en lo poco que cuestan,
« Se ve lo poco que valen.
« Para amante de palacio
« Era bueno ese corage,
« Donde han de esperar un siglo
« Sin esperar un instante.
« Templad la cólera, pues,
« Para el papel de adelante,
« Si no quereis encontrar
« Mas apriesa el Dios os guarde. »
Diego. ¡Hay muger tan desigual!
Nunca tal donaire ví;
¿Pero aquel que viene allí
No es don Gaspar? ¿Don Gaspar?
Gasp. ¿Don Diego?
Diego. Siempre que os veo
Deseo llegar á hablaros,
Y en cuantos pueden trataros
Es este comun deseo;
Porque el gusto con que hablais,
El garbo con que sentis,
Lo sutil que discurris,
Y lo bizarro que obrais,
Os han hecho merecer
De gran cortesano el nombre.

Gasp. Vos me haceis merced. Este [hombre *ap.*
O es necio, ó me ha menester.
Diego. Yo he menester, don [Gaspar...
Gasp. Miren si lo dije. *ap.*
Diego. Que hoy,
De un raro empeño en que estoy,
Me venga á desempeñar
Vuestro ingenio.
Gasp. Bien podeis
Seguramente mandarme.
Diego. Volveis de nuevo á em- [peñarme
Con la merced que me haceis.
Sabed, pues, que á cierta dama,
Que ardor procurado ha sido,
Porque mi pecho encendido
Arde en invisible llama,
Escribí ayer un papel,
Pidiendo de mi cuidado
El premio, y ese criado
Me trae la respuesta de él;
Son versos, yo entiendo de esto,
Lo que sabeis, don Gaspar,
Pues nunca supe pasar
Lo ignorante por modesto;
Y así he menester que vos
A este papel respondais.
Gasp. Haré lo que me mandais.
Diego. Yo os buscaré.
Gasp. Adios.
Diego. Adios.

ESCENA II.

DON GASPAR Y ORTUÑO.

Ort. ¡Qué escuches este veleta,
Y le ofrezcas responder!
¡Versos para otro has de hacer,
Que es peor que ser poeta!
Escriba á su dama, en fin,
Cualquiera que de ella alcance,
Que por ver un buen romance
Sabrá hacer un mal latin:
¿Mas con agena muger
Gastar propia discrecion?
¿Yo he de poner la razon,
Y el otro la ha de tener?
¿No es bobería de prueba
Y de las bien acabadas,
El que tú la persuadas
Para que el otro la mueva?
Gasp. Dices bien, mas si don Diego
Hermano de Isabel es,
Que es la una de las tres
Que hoy estoy queriendo ciego;
Y si tiene tal fortuna,
Que pared en medio posa
De mi doña Clara hermosa,
Que es tambien de tres la una,
Considera si es en vano,
Que yo quiera complacer
A un hombre que he menester
Por vecino, y por hermano.
Ort. Eso sí, no se dé paso
Sin intencion, que si ves
Boba la fortuna, es
Porque lo hace todo acaso.
Gasp. No has dicho mal.
Ort. ¿Por ventura,
Aunque tú eres tan famoso
En esto de lo gracioso,
No sabes que eres mi hechura?
Gasp. Veamos lo que dice aquí
Esta dama; que quizá
Para hacer reir será
Mejor que tú : dice así :
« Señor don Diego, decidme,
« De que vos seais mi amante,
« ¿Qué culpa he tenido yo,
« Que, quereis que yo os lo pague?
« ¿Paga quereis? ciertamente
« Que yo soy tan ignorante... »
¿Qué es esto?
Ort. Aguarda, ¿no es eso
Lo que leiste denantes?
Gasp. Lo mismo, y de doña Clara
La letra : ¡hay mas raro lance!
Ort. Qué dices?
Gasp. Lo que has oido.
Es lo cierto.
Ort. Luego hace
A dos luces, ¿y te viene
A tí mutatis mutandis?
Gasp. ¡Estraño suceso ha sido!
Ort. Déjame, sin enojarte,
Soltar una carcajada,
Que me estorba en el gaznate.
Gasp. A mí, ríete, por cierto,

Que yo propongo ayudarte.
Ort. Ven acá, ¿para qué finges
Que no sientes los pesares,
Si entre aquel esfuerzo mismo
Con que escondes el corage;
Se reconoce que son
Los zelos rabiosos canes,
Que te están mordiendo el pecho,
Y te halagan el semblante?
Gasp. Mira : verdad es que ha sido
Esta causa muy bastante
Para que cualquiera bobo
Dijera sus pocos de ayes;
¿Pero tú no me conoces,
No sabes mi humor, no sabes
Que me quiero, que me adoro
Y no gusto de matarme?
¿Yo he de sentir á mis solas
De amor los necios achaques?
La hermosura, solo es buena
Para cuando está delante :
Fuera de que este papel
No tiene considerable
Favor, y esta dama mezcla
Lo honrado con lo galante,
Y es en ella lo esparcido
Seña de lo incontrastable.
Ort. Lo que yo sé es, que la Clara
Es clara, y habla en romance;
Y si he de decir verdad,
Viendo el papel en dos partes,
La quisiera preguntar,
A cuántos traslados hace.
Gasp. Escriba á los que quisiere,
Esto pudiera enfadarme,
Si yo no tuviera otra
Dama que me despeñase.
¿Porqué piensas que no puede
Ser de sola una amante
Un hombre? porque en riñendo
No hay que hacer y se deshace.
Nunca ha de haber un cuidado
Solo, que pueda ensancharse
Sin estorbo, mejor es
Que con otro se embarace,
Que un cuidado ha muerto ó muchos,
Y muchos no han muerto á nadie :
Porque es cierto, aunque los muchos
La imaginacion barajen,
Que no hacen una mortal
Muchas culpas veniales.
Yo, por lo menos, Ortuño,
Si tengo de hablar verdades,
Cuando en una parte estoy
Rendido, y me dan pesares,
Voime á otra parte; que á mí
El amor mas penetrante,
Solamente de esta suerte
Me pasa de parte á parte.
Ort. ¿Sabes lo que digo?
Gasp. ¿Qué?
Ort. Que sin duda, de eso nace
El decirse en Madrid, que eres
Persona de muchas partes;
Pero gracioso has estado,
No se te niegue, que sabes
El chiste, y yo por lo menos
Me entretengo de escucharte.
Gasp. ¿Bufon, piérdesme el respeto?
Ort. Deja lo amo á una parte,
Que preciarse de muy amo
Solo á un vizconde le tañe,
Y vamos al caso; al fin,
¿Con quién has de despicarte?
Gasp. Con Isabel.
Ort. Harás bien,
Que por cierto que es un ángel,
Y hará lo mismo que estotra,
Cuando tú menos te cates.
Gasp. Isabel es muy atenta,
Y no vive de pesares
Como estotra, solo tiene
Una tacha muy notable.
Ort. ¿Cuál es?
Gasp. Que me quiere mucho.
Ort. ¿Y esa es tacha?
Gasp. De las grandes;
Mira, yo no aconsejára,
Aquí que no nos oye nadie,
Que tuviera satisfecho
Ninguna dama á su amante;
Que en banquetes y en amores,
En mugeres y en manjares,
No hay desde estar satisfecho
A estar harto, dos instantes.

ESCENA III.

DICHOS, DON GARCÍA Y UN CRIADO.

Garc. Ve, Fabio, á lo que te digo,
Y si á don Gaspar hallares,

Dile, que en anocheciendo,
En la Vitoria me aguarde.
Criado. Yo voy; ¿pero no es aquel
Don Gaspar?
Garc. Dicha fué hallarle:
Ve á lo demas. ¿Don Gaspar?
(*Vase el criado.*)
Gasp. Don García, Dios os guarde.
Garc. Rato ha que os ando á bus-
[car.
Gasp. ¿Pues qué teneis que man-
[darme?
Garc. Todo el pecho he de fiaros;
Mi amigo sois, escuchadme.
Bien sabeis que ha pocos dias,
Que despues de varios lances
De mi fortuna, volví
A Madrid, porque mis padres,
Por algunas conveniencias,
Trataron de desposarme
Con una dama, á quien yo,
Aunque es su belleza grande,
No me inclino. Débame *ap.*
Doña Clara, el que yo calle
Su nombre, cuando confieso,
Que no gusto de casarme.
Tambien os dije, que yo,
De otra hermosura era amante,
Tan rara, como imposible.
Gasp. Fueron palabras formales,
Por señas, que yo intenté
Saber la dama, y mudasteis
Plática, desaliñando
Todas mis curiosidades.
Garc. Pues, ya, amigo don Gaspar,
Está el caso de tal arte,
Que es fuerza que le sepais.
Gasp. Estaba por no escucharle;
Pero decid.
Garc. Pues sabed,
Que la que adoro constante,
Y por quien hoy no me caso,
Es doña Isabel de Chaves.
Gasp. ¿Doña Isabel?
Ort. Bueno es esto, *ap.*
Guerra, otra dama le sale.
Garc. ¿Pues qué os admirais?
Gasp. Me admiro
De ver lo que ponderasteis
Lo imposible.
Garc. ¿No sabeis,
Que el que me obligó á ausentarme
De esta córte, fué don Diego
Su hermano, por los pesares
Antiguos, y que aun entonces
Se dieron medios bastantes
Para el pundonor? No sé
Si los admitió el corage.
Gasp. Bien sé que sois enemigos,
Y el don Diego no ha un instante
Que estuvo conmigo aquí,
Pero á las dificultades
No las llameis imposibles.
Garc. Para el amor todo es fácil.
Sabed, pues, que aquesta noche
Entró en su casa algo tarde,
Y como no es bizarría
Esponerme á algun desaire,
Por no despreciar el riesgo
De vos quiero acompañarme.
Valíme de una criada, *ap.*
Mas no quiero confesarle,
Que es mi amor tan despreciado
Que de estos medios se vale.
¿Qué me decis?
Gasp. Que os iré
Sirviendo.
Garc. Pues al instante
Que anochezca os buscaré.
Gasp. En casa estoy.
Garc. Dios os guarde.

ESCENA IV.

DICHOS, MENOS DON GARCÍA.

Ort. Oye ucé, señor, ¿no es esta
La dama quita pesares?
¿No es la atenta? ¿no es la fina?
Por vida de quien se harte,
Pues estaba satisfecho,
Y han pasado dos instantes,
Comerá.
Gasp. Ya empezarás
A decir mil disparates.
Ort. Dí ahora que no lo sientes.
Gasp. ¿Qué he de sentir, igno-
[rante?
Ort. Que en las heridas de amor
Te están echando vinagre.
Gasp. Ortuño, á menos mugeres,

Mas ganancia.
Ort. Esos refranes
Son de viejos, que no pueden,
Y echan la culpa al que saben.
Y bien, ¿qué piensas hacer?
En efecto, ¿ha de quedarse
De este modo?
Gasp. Que con ellas
Verásme ciego; verásme
Interrumpida la accion,
Y las voces desiguales,
Quejarme sin sentir mas
Que la gana de quejarme;
Y en tanto que esto se logra,
Porque no entren los pesares
A tomar mas posesion,
Irme otro rato á otra parte.
Ort. Plegue á Dios que á camas tres,
No haya enfermo.
Gasp. En esta calle
Ha de vivir.
Ort. ¿Quién es esta
Que quieres sin darme parte?
Gasp. Ha pocos dias, Ortuño,
Que la hablé, bajando al parque,
Y la vine acompañando:
Es pícara de buen arte,
Poco porte, buen despejo,
Bien prendida, no mal talle,
Y es mejor el hacer hora,
Que es cosa muy importante.
Ort. Tienes en eso buen gusto;
Pero ahora no la hables.
Gasp. ¿Porqué?
Ort. Porque está ocupada,
Yo lo sé.
Gasp. ¿De qué lo sabes?
Ort. De que á tí te dice mal,
Y no importará mudarte:
Pide tahur otra suerte,
Y no pidas otro naipe.
Gasp. Ya á la casa hemos llegado:
Entra, pues, en ella, y sabe
Si puedo entrar.
Ort. ¿Cuál de aquestas
Es la casa?
Gasp. Aquella grande.
Ort. ¿Y en qué cuarto?
Gasp. En el postrero,
Que cae hácia esotra calle.
Ort. Ven acá ¿y cómo se llama?
Gasp. Doña Juana.
Ort. ¿Juana? tate,
¿No es una moza trigueña,
Que tiene los ojos grandes,
Y canta un poco?
Gasp. La misma.
Ort. Pues usted pase adelante.
Gasp. Anda loco.
Ort. Vive Cristo,
Que si en tí no he de vengarme,
Porque no es fácil, señor,
En ella sí, porque es fácil.
Gasp. ¿Pues quién es esta?
Ort. Mi moza.
Gasp. ¿Qué dices?
Ort. Lo que escuchaste.
Gasp. Pues esto, ¿qué importa?
Ort. ¿Cómo?
No hagamos de esto donaire,
Que aunque es tuyo mi respeto,
Mi respeto no es de nadie;
Fuera de que esta mañana
Ha salido á acomodarse
Con una ama que ha buscado:
Con que yo no puedo darle
El plato de Talavera,
Sino de medio mogate:
No me ha avisado la casa,
Aunque quedó en avisarme;
Y así, ni aun yo sabré de ella:
No hay sino echar otro lance,
Pues eres tan infeliz,
Que ni aun á las tres hallaste
La vencida.
Gasp. ¿Y eso llamas
Ser infeliz, ignorante?
Solo es dichoso en mugeres
Aquel de quien caso no hacen.
Ort. Bien te consuelas.
Gasp. No es eso,
Sino apurar las verdades.
Decia un hombre cortesano,
Que el llamar en cualquier lance
A la casa de la dama,
No es accion que puede errarse,
Porque hace lo que yo quiero,
Si acaso la puerta me abre,
Y si no me abre la puerta,
Lo que me conviene hace.

Ort. ¿Sabes, señor, lo que digo?
La Clara escribe á otro amante,
La Isabel habla de noche,
Y Juana es mia, pues date
A otro oficio, porque aqueste
Tiene muchos oficiales.
Gasp. Ven, Ortuño, que verás
Rendidas las voluntades
De la Clara, la Isabel
Y la Juana, á pocos lances,
Con solo que yo recete
A la Clara unos pesares,
A la Isabel unos zelos,
Y á la Juana unos reales.
Ort. Anda, que si esta mañana
Con tres damas madrugaste,
Tres te faltan para tres,
Y aun no ha llegado la tarde.

ESCENA V.

Decoracion de campo.

DOÑA ISABEL É INES CON MANTOS, Y DON GARCÍA.

Garc. Bella Isabel, dueño mio.
Isab. Yo no he de pasar de aquí,
Si no os quedais.
Garc. No es en mí
El seguiros, albedrío,
En vuestro propio desvío
Está la dulce violencia,
Que arrastra mi resistencia
Con oculta mano; pues
Vuestro el imperio es,
¿Cómo estrañais mi obediencia?
Errando mis pasos van,
Pero errando con disculpa,
Que el yerro no tiene culpa
Del impulso del iman.
Airados, señora, están
Conmigo esos ojos bellos,
¿Mas quién podrá obedecellos,
Si hasta llegar á mirarlos
Causan hechizo en amarlos,
Con la lisonja de vellos?
Salir de ese coche os ví,
Dando tan nuevos verdores
A este campo, que en sus flores
Presuma que os conocí:
Sin eleccion os seguí,
Si juzgais que hubo eleccion
En tan voluntaria accion,
Obra fué de esa beldad,
El parecer voluntad
Lo que ha sido sujecion.
Isab. Dejad, señor don García,
Tan mal fundada fineza,
Que deslucís la firmeza,
Con visos de la porfía.
Público este sitio es,
Y á costa de mi opinion,
No es bien que vuestra aficion
Solicite su interes;
Que el vulgo siempre se inclina
A juzgar con cierta fe,
Y le parece que ve
Aun aquello que imagina;
Y así, la que ha de cuidar
De sí, en nada ha de esceder,
Supuesto que está el creer
Tan cerca del sospechar:
Demas, que si estais tratado
De casar con doña Clara,
Cuya belleza es tan rara
Como lo habeis ponderado,
No os admireis de que esté
Hoy mi rigor tan estraño,
Ni busqueis mas desengaño,
Que saber que yo lo sé.
Garc. Señora, pues lo sabeis,
Sabed que aunque se trató,
Lo estoy resistiendo yo
Por vuestro amor.
Isab. Mal haceis,
Que todo lo habreis perdido.
Garc. Mas quiero vuestro rigor,
Señora, que su favor;
Demas que ella no ha admitido
La plática.
Isab. A Dios pluguiera, *ap.*
Que no me hiciera el pesar
De admitir á don Gaspar,
Y á todo el mundo admitiera.
Dejad, pues, de acompañarme,
Que esa dama no es mi amiga,
Y no quiero que se diga,
Que os admito por vengarme.
Garc. Señora, si yo perdí
La libertad.
Isab. Que os quedeis

Os suplico.
Garc. Mal podreis.
Isab. Yo no he de pasar de aquí
Si no os quedais, don García.
Garc. Mis afectos estorbais.
Isab. Haciendo un pesar me estais,
Que ya toca en grosería.

ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA CLARA y JUANA.

Clara. Bueno está el campo.
Juana. Los dias
De sol está muy ameno,
De humanos árboles, siempre
Leganitos.
Clara. Dame luego
Esos papeles, si acaso (*dáselos.*)
Yo no me acordáre de ellos,
Que por no perder el campo,
No me detuve á leerlos.
Juana. ¿Tanto cuidado, señora,
Te deben sus pobres dueños,
Que han menester mi memoria
Para hablar tu pensamiento?
Clara. Como ha poco que me sirves,
Se te hará intratable y nuevo
El modo con que yo trato
Este animal imperfecto
Del hombre, cuyos engaños,
Dobleces, y fingimientos,
Estoy por decir que son
Aun mayores que los nuestros;
¿Mas no es aquel don García?
Juana. ¿Es alguno de los dueños
De estos papeles?
Clara. No, Juana;
Pero es otro, á quien mis deudos
Tratan de casar conmigo;
Y ella es Isabel: ¡qué bueno!
Tambien las atentas hablan.
Garc. Allí á doña Clara veo, *ap.*
Pesárame si me ha visto.
Isab. Otra vez á decir vuelvo,
Que no he de pasar de aquí,
Don García.
Garc. Ya me quedo.
Isab. Quedaos, pues. ¿Mas doña
[Clara *ap.*
No es esta? aunque se ha encubierto,
La he conocido: sin duda,
Que me obedeció por eso
Tan apriesa don García;
Pues no le valdrá.
Garc. Aunque pierdo
La fortuna de seguiros,
Logré la de obedeceros.
Isab. Hame obligado de suerte
Veros tan cortes y atento,
Que os permito que conmigo
Vengais hasta el coche.
Garc. Aquesto *ap.*
Es peor.
Isab. Tanta fineza,
Bien merece tanto premio:
Venid.
Garc. Esto es ya preciso. *ap.*
Isab. De entrambos así me vengo.
[*ap.*
Clara. Anda, Juana, y no te pares,
Que me ha cansado este necio.

(*Van pasando por delante tapadas.*)

Isab. ¡Qué vana!
Clara. ¡Qué presumida!
Isab. ¡Si me ha conocido!
Clara. Pienso
Que no me vió.
Isab. ¿Don García?
Garc. ¿Señora?
Isab. Hasta aquí está bueno,
Ya os podeis quedar.
Garc. Ahora
Perdonadme, que no quiero.
Isab. ¡Qué sabroso queda el brazo
Despues de un tiro bien hecho!

ESCENA VII.

DOÑA CLARA y JUANA.

Juana. ¿No me dirás quién es esta?
Clara. ¿Fuéronse ya?
Juana. Ya se fueron.
Clara. Pues esta, Juana, es la dama
De mas raro encogimiento,
La santa de nuestro barrio,
Y aquella con cuyos hechos
Nos predican nuestras madres

Cada dia los ejemplos.
Juana. ¿Quieres dejar que mis uñas
Se regalen en su gesto,
O que le diga á su moño
Algunas cosas á pelo?
Clara. Yo te prometo, que en tales
Ocasiones echo menos
El ser una de vosotras,
Que dais en cualquier suceso
A entender vuestra razon,
Obrando, y no discurriendo,
Porque es mucho mas bizarro
En toda la ley del duelo,
Tener ingenio en las manos
Que manos en el ingenio.
Juana. La razon no quiere fuerza,
Dice un refran, y es un necio,
Que con fuerza una puñada
Tiene cosas de argumento,
Y así es mayor la razon
De quien arguye mas recio.
Clara. Dame agora estos papeles,
Por si con ellos divierto
Este enfado.
Juana. ¿Pues tú quieres
A este hombre?
Clara. Yo no quiero
A ninguno, que eso, amiga,
Es ya cosa de otro tiempo;
Pero aunque nunca se quiera,
Enfadan estos sucesos,
Que no tiene la hermosura
Otro caudal que estos necios;
Y así, cualquiera que falte,
Aunque en el número de ellos
Parezca que está demas,
Se siente por uno menos.
Juana. Dices bien, que cero es nada,
Y con otros monta el cero,
Mas bien hay en que escoger,
Que agora, á lo que yo veo,
Dos son los de los papeles,
Y este novio es el tercero;
Que es un oficio muy propio
De los novios de este tiempo.
Clara. Aunque esta mañana, Juana,
Entraste en mi cuarto, quiero
Decirte lo que me pasa,
Que despues has de saberlo,
Y fiándotelo ahora,
Te ha de obligar al secreto.
Hoy, Juana, tan desvalida
Estoy de amor, que no tengo
Sino es solo tres galanes:
¿De quién se ha contado esto?
El uno es este que has visto,
Don García de Cisneros,
Que muy atento á otra dama,
Se toma, aun de ántes de serlo,
Posesiones de marido,
Con licencias de grosero.
El segundo es un hermano
De esta enfadosa, don Diego
De Chaves, galan brioso,
Y entendido caballero;
Pero es hombre tan de veras,
Tan finísimo y atento,
Que parece de otro siglo,
Y en vez de amor pone miedo.
El tercero, amiga, es,
Un don Gaspar de Toledo.
Juana. ¿Don Gaspar?
Clara. ¿Pues le conoces?
Juana. Alguna noticia tengo
De él. Si supiera que á mí *ap.*
Me galantea muy tierno,
Desde el dia que en el parque
Me siguió; pero callemos.
Clara. Pues es un mozo que tiene
Muchas prendas, muy de aquello
Que hoy se usa, fresco chiste,
Buen gusto, florido ingenio;
Pórtase lucidamente,
Escribe muy buenos versos,
No estimándolos en mucho,
Que es la disculpa de hacerlos;
Y en fin, á mí me parece
De suerte, que algun afecto
Me mereciera, á no ser
Incapaz de amor mi pecho;
Pero yo tengo hecho voto
De no enamorarme, y pienso
Redimir mi libertad
De este ocioso cautiverio,
Donde no hay otras prisiones,
Que las de los propios yerros:
País neutral del amor
Soy entre todos aquestos
Príncipes devotos; Clara
Me llaman, y lo parezco,

Porque al modo de Venecia
Mi neutralidad conservo;
El que mejor me estuviere
Será mi esposo, su tiempo
Se va llegando, no es bien
Que se apresure el deseo,
Pues le basta su malicia
Al dia del casamiento;
Pero vaya de papeles,
Que gana de saber tengo
Lo que aquestos dos galanes
Me responden á uno mesmo.
Juana. ¿Cómo á uno?
Clara. Porque yo
Escribí á uno, y volviendo
Al otro, ví que venia
Bien á entrambos un contesto:
Y así trasladé el papel,
Envié al uno primero
El original, y al otro
Remití un traslado luego,
Tocado al original;
Porque llevase con esto
Las mismas gracias, y entrambos
Ganasen el jubileo.
Abro, pues, el uno, escucha:
Este, Juana, es don Diego;
Para el otro te convido,
Que es de don Gaspar.
Juana. Son versos.
Clara. Versos son: habilidad es
Que hasta hoy nos ha encubierto.
Juana. Para el gasto de su casa
Cualquiera escribe.
Clara. Yo leo.
« Alma airada está contigo: »
No me escribe á mí este necio;
Al alma, sin duda, escribe
Algun papel de su cuerpo.
« Clori, porque deseais. »
(Qué de veras, y que en ello)
« Agrádamela y no vais, »
(Halladísimo grosero)
« Donde quiera el enemigo: »
Ya me cansa, ya lo dejo;
Ten allá: el de don Gaspar
Leamos, que estará lleno
De agudezas cortesanas;
Yo aseguro ántes de verlo,
Que vendrá bien diferente
El segundo del primero.
« Alma airada está contigo... »
Aguarda, Juana, ¿qué es esto?
Juana. Todos hablan con el alma.
« Clori, porque este es mesmo. »
Aguarda, veré yo esotro,
Mientras tú le vas leyendo.
« Alma airada está contigo,
« Clori, porque deseais,
« Agrádamela, y no vais
« Donde quiera el enemigo;
« De parte del alma os digo,
« Que esteis con ella cobarde,
« Advirtiendo, que mas tarde
« Al premio habeis de aspirar,
« Si no quereis encontrar
« Mas aprisa el Dios os guarde. »
Es lo mismo, ello por ello;
Con su original concuerda
El traslado.
Clara. Absorta quedo;
Ellos se han comunicado
Sin duda todo el suceso.
Juana. Traslado se dan las partes,
Ordinario se hace el pleito.
Clara. Déjame.
Juana. Dime, señora,
¿Cuál papel es mas discreto?
¿No vino bien diferente
El segundo del primero?
Clara. Ven, Juana, que la venganza
Yo la cargaré á mi ingenio;
¿Pero no es mi padre aquel
Que hácia acá se acerca?
Juana. El mesmo,
Y con él, si no me engaño,
Viene don Gaspar.
Clara. ¿Qué es esto?
¿Mi padre con don Gaspar?
¡Oh quién hallára algun medio
Para hablarle!
Juana. Ven, señora,
Que es fuerza que sienta vernos
En este sitio.
Clara. Tú, Juana,
Te queda aquí, pues no hay riesgo
De que te conozca á tí,
Habiendo tan poco tiempo
Que estás en casa, y si puedes
Detente, que yo me llego

Hácia el coche, mientras pasa
Mi padre, y al punto vuelvo. (*Vase.*)
Juana. Anda, y descuida : no es
Cometerme que haga tercio [malo
Con el mismo que me está
Solicitando muy tierno.

ESCENA VIII.

DON MENDO, DON GASPAR Y JUANA.

Mendo. Esto, señor don Gaspar,
Como de paso, os advierto,
Porque despues no os quejeis
Si os habláre menos cuerdo.
Doña Clara está tratada
De casar, vuestros deseos
Se notan ya, el honor limpio
Se empaña con el aliento,
Yo lo he llegado á saber,
Tócame el poner remedio;
Pues ahora discurrid
Allá para con vos mesmo,
Si esta atencion es de honrado,
O prolijidad de viejo.
Gasp. Que yo asisto á vuestra
Es verdad, señor don Mendo; [calle,
¿ Pero no sabeis que es ella
De otras hermosuras centro ?
Mendo. Bien sé que otros imagi-
Que asisten vuestros deseos [nan,
A doña Isabel de Chaves,
Que vive pared en medio
De mi casa.
Gasp. Y aun entrambas *ap.*
Yo, señor, nunca confieso
Estas cosas.
Mendo. No negarlas
Suele bastar; yo suspendo
Mi juicio, y vuelvo á deciros,
Sin determinado intento,
De malicia, ó de advertencia,
Que soy Castro, y aunque viejo,
Esta sangre no es de aquellas
Que declinan con el tiempo.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS DON MENDO.

Gasp. ¡ Qué graciosa prevencion
Para mi humor!
Juana. ¿ Caballero?
Gasp. ¿ Quién es?
Juana. Una muger soy,
¿ No me veis?
Gasp. ¿ Cómo he de veros
(¡ No parece mala moza!) *ap.*
Si es vuestro manto tan necio,
Que entre dos que bien se quieren
Se pone?
Juana. ¿ Ya nos queremos?
¡ Cierto que no le he sentido!
Gasp. Ni yo tampoco lo siento;
Pero dicen los poetas,
Que suele entrarse en el pecho,
Sin que se sienta, el amor;
Y si es de ese modo esto,
Quizá nos querremos bien
Sin saber que nos queremos;
Fuera de que es la hermosura,
Aun en el manto, avariento...
Juana. No digais mas, que ya sé,
Que pecais de lisonjero,
Embaidor y mentiroso.
Gasp. Como de estas cosas peco;
Pero pues teneis mis señas,
Sepa yo por quien me pierdo.
Juana. ¿ Quereislo ver?
Gasp. ¿ Lo dudais?
Juana. ¡ Miradlo bien!
Gasp. Bien lo veo.
Juana. Pues yo soy. (*Destápase.*)
Gasp. ¿ Mi Juana hermosa?
No en vano estaba mi pecho
Tan hallado.
Juana. Las lisonjas
Dejad, que á traeros vengo
Un recado.
Gasp. ¿ Tú, recado?
¿ De quién es?
Juana. Del dueño vuestro.
Gasp. Será tuyo.
Juana. Ello dirá,
Escúchame muy atento :
Mi señora doña Clara
De Castro...
Gasp. Ya te entiendo;
¿ Has averiguado algo?
Anda, no me pidas zelos
De Clara, que ya pasó :

Lo que no ha sido en tu tiempo,
Pícara hermosa, no puede
Agraviarte.

ESCENA X.

DICHOS, Y ORTUÑO AL PAÑO.

Ort. ¿ Qué es aquesto ?
¡ Por Dios que me está mi amo
Endureciendo el cabello !
Pues si es mi cabeza, ¿ cómo
Está de su parte el pelo ?
Esto pasa ya de raya.
Aquí de todo mi ingenio :
Señor, señor. (*Llega alborotado.*)
Gasp. ¿ Qué me quieres ?
Juana. Ortuño : ¡ válgame el cielo !
¡ Si me vió !
Ort. Aprisa.
Gasp. ¿ Qué dices ?
Acaba ya.
Ort. ¡ Vengo muerto !
Hácia las cruces ahora
Desafiados salieron :
¿ No los viste ?
Gasp. ¿ Quién, borracho ?
Ort. ¿ Quién ? Don García y don [Diego.
Gasp. ¿ Qué dices ?
Ort. ¿ No sabes ya
Que son enemigos ?
Gasp. Cierto,
Que lo he temido, anda aprisa ;
Juana mia, luego vuelvo,
No te me vayas de aquí,
Que mucho que hablar tenemos,
Ven, Ortuño.
(*Hace que se va don Gaspar.*)
Ort. Si él traspone...
Gasp. ¿ Te quedabas ?
Ort. No, por cierto.
Gasp. Ven delante.
Ort. Soy lacayo ;
Detras voy bien.
Gasp. Acabemos.
Ort. Pícara, infame, ¿ amos quieres ?
Ponerte con amo ofrezco.

ESCENA XI.

JUANA.

Fácil disculpa tendré
Yo con Ortuño, en sabiendo
Que es mi ama doña Clara,
Y ahora á buscarla vuelvo,
Que tarda ya ¡ fuego, amen,
En los hombres de este tiempo !

ESCENA XII.

DOÑA CLARA POR OTRA PARTE.

¡ Qué hubiese de detenerse
Mi padre en el paso mesmo ;
De suerte que me ha obligado
A volver aquí, torciendo
El camino en este sitio !
Pero ya, ni á Juana veo,
Ni á don Gaspar.

ESCENA XIII.

DOÑA CLARA, DON GASPAR Y ORTUÑO.

Gasp. ¡ Yo no digo,
Qué estás borracho !
Ort. Esto es cierto :
Irlos ví. Si se habrá ido, *ap.*
Juana ya... por Dios eterno,
Que está la infame aguardando.
Gasp. Si don García, muy tierno,
Va con una dama ahora
Por ese campo, ¿ á qué efecto
Fué la hazañería ?
Ort. ¡ Así
Se guardarán los conejos !
Gasp. Apártate tú entre tanto,
Que á hablar esta dama vuelvo.
Ort. Bien sé yo que no hablará, [*ap.*
Sabiendo que yo la veo.
Gasp. Mi bien, ¿ he tardado mucho ?
¡ Oh cuánto gusto me has hecho
En haberme aquí aguardado !
Clara. ¿ Cómo llega tan contento,
Cuando entendí que enojado [*ap.*
Llegára ?
Gasp. Acaba, dejemos
Los enojos, pues conoces
Que te adoro.
Clara. ¿ Qué es aquesto ? *ap.*
Ort. ¡ Cómo mira ! bien sé yo *ap.*
Que callará como un muerto.
Gasp. Cuando me llamó este loco

Estaba, amiga, diciendo,
Que es verdad que á doña Clara
Quise bien en otro tiempo,
Mas ya no la puedo ver.
Clara. ¡ Qué es esto que escucho, [cielos! *ap.*
Ort. Miren ustedes si calla : *ap.*
Yo sé lo que en ella tengo.
Gasp. ¿La conoces por tu vida?
¿No es cansada por aquello
De la presuncion? ¿no mata
Aquel desvanecimiento?
Clara. Muerta estoy, no sé que [hacer. *ap.*
Gasp. ¿No me respondes? ¿qué es [esto?
¿Ahora el rostro me encubres?
Quita el manto; mas yo llego,
Que con damas de tu porte
No es delito lo grosero;
Deja, pícara... señora,

(*Descúbrela, y se turba.*)

Pues vos...
Clara. Yo, pues.
Ort. ¿Cómo es esto?
Doña Clara es, vive Cristo :
Echóme á perder los zelos.
Gasp. Señora...
Clara. Aquí importa mu-
Esforzar el sentimiento. [cho *ap.*
Gasp. Sabe el cielo...
Clara. No me toca
Saber lo que sabe el cielo;
Lo que me toca es, deciros,
Que este es el lance postrero
De este amor : ya, don Gaspar,
Se rindió mi sufrimiento,
Ya estoy resuelta á salir
De este laberinto estrecho,
En que intentaron prenderme
Nuestros engaños; y viendo
Que la ceguedad de amor
No está en ser los ojos ciegos,
Sino en faltarles la luz
Que ha menester el objeto;
A soplos de mis suspiros
Encender ahora pretendo
La luz de mi desengaño
En el fuego de mis zelos,
Para que cobren mis ojos
Lo que mis pasos perdieron;
Y cual suele el caminante
Ir temiendo, con pié incierto,
En noche tempestuosa,
Para cada paso un riesgo,
Y por no fiar turbado
La senda á su desacierto,
La mísera luz desea
Del relámpago violento,
Aunque ha de venir mezclada
Con lo temido del trueno;
Así yo, en esta confusa
Ceguedad de mis afectos,
Sin accion la oscuridad
De mi discurso penetro;
Y por no errar el camino
Que busca el entendimiento,
La temerosa vislumbre
Del desengaño agradezco;
Porque viene envuelto en ella
El honor del escarmiento.
Gasp. Tened, y ántes que se apague
De este desengaño vuestro
La luz en ella, leed
Dos papeles que hoy vinieron
A mi mano; sino es ya
Que la apagueis por no verlos,
O por hacer que mis ojos
Pierdan la luz que adquirieron,
Que como aquel animal,
Que en el breve firmamento
De su frente es el carbunclo
Estrella, cuyos reflejos
Conducen al cazador,
Ambiciosamente atento,
Y luego ingenioso cala
El oscuro sobrecejo,
Deslumbrándole la luz,
Que le alumbraba primero;
Así vos, que en vuestra mano
Llevais el esplendor bello
De la luz del desengaño,
Cuando yo á ella me acerco,
Me la escondeis ingeniosa,
Dejándome así mas ciego;
Porque cuando miro el daño,
Con aquestos rayos mesmos
Que me alumbra la sospecha,
Me deslumbrais el recelo.

Clara. Vos me llegasteis á hablar
Por otra.
Gasp. Vos á don Diego
Escribisteis.
Clara. A mí misma,
Que me estais aborreciendo
Me habeis dicho.
Gasp. A otro y á mí
Escribis un papel mesmo.
Clara. Si le escribí, fué por solo
Apurar vuestro secreto,
Que temia que los dos
Os comunicabais necios
Vuestro amor, y así intenté
Saberlo por este medio;
Porque siendo esto verdad,
Nada importaba perderos.
Gasp. Pues si yo os hablé tapada,
No fué por no conoceros,
Que bien supe que erais vos;
Mas con aquel fingimiento
Inútil, quiero venganza
Tomar de vuestros desprecios,
Porque sepais lo que dais
La vez que me diereis zelos.
Clara. No es disculpa.
Gasp. Ni la vuestra
Lo es tampoco.
Clara. Pues dejemos
Por entrambos este amor.
Gasp. Yo á dejarle estoy resuelto
Eso sí : no mas pesares.
Clara. Eso sí : no mas despechos :
Fin habian de tener [*ap.*
Tan ociosos devaneos.
Gasp. ¡Cómo fundados en vos,
Pudieran durar mas tiempo!
Clara. No sabreis vivir sin mí.
Gasp. Nadie por eso se ha muerto.
Clara. Pues no me volvais á ver.
Gasp. ¿Yo veros?
Clara. Dadme de hacerlo
La mano.
Gasp. No hay para qué,
Sin la mano os lo prometo.
Clara. ¡Gustoso vais!
Gasp. Sois ingrata.
Clara. Pues adios.
Gasp. Guárdeos el [cielo.
Clara. Pensará quien esto viere, [*ap.*
Que es grande mi sentimiento;
Mas yo, no porque me duele,
Porque me importa, me quejo.
(*Hace que se va.*)
Gasp. Pensará quien esto oyere,
Que estoy rabiando de zelos, [*ap.*
Pero yo siempre lo digo
Mucho mejor que lo siento.
Clara. ¿No os vais?
Gasp. En el campo [estoy.
Clara. En el campo estais, mas [quiero
Que el campo quede por mio.
Gasp. Por mí ya queda por vuestro.
Ort. Quien no los oye á los dos,
Cada uno está creyendo,
Que engaña al otro, y entrambos
Pueden volverse el dinero.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de don Gaspar.

DON GASPAR Y ORTUÑO.

Gasp. ¿Qué estraña melancolía
Es esta, Ortuño?
Ort. ¡Ah señor!
¡Quién tuviera tu alegría!
Gasp ¿Pues qué tienes?
Ort. Tengo honor,
Especie de hipocondría.
Gasp. ¿Pues no sabremos porqué
Te afliges; que andas ageno
De tí mismo?
Ort. No lo sé :
Dime, señor, algo bueno,
Quizá me divertiré.
Gasp. Yo pienso, al mirarte así,
Que estás quejoso de mí,
Porque sirvo á Juana bella.
Ort. Mucho mas me quejo de ella,
Porque se sirve de tí.
Gasp. ¿No echas de ver, pecador,
Que yo con llegarla á amar,
Te califico el amor?

Ort. Parécesme muy seglar
Para calificador;
Y aunque es mucha honra, en fin,
Que tú adores su belleza,
Tengo la salud tan ruin,
Que me dan en la cabeza
Jaquecas de Medellin:
Tierno está tu amor, señor,
De acabado de nacer,
Torcerse podrá mejor.
Gasp. No es mas fácil de torcer
Cuanto mas tierno el amor;
Cuando el amor ha durado
Se tuerce mas fácilmente,
Porque en la lid de un cuidado,
Aquel será mas valiente,
Que estuviere mas cansado.
Ort. ¿De suerte, que la darás
Cuando se canse tu amor?
Gasp. Entonces la gozarás
Sin riesgo.
Ort. Entonces, señor,
Darla á un criado podrás,
Que á mí me tiene enfadado,
Ver que á tal estremo pasa
La vanidad que la has dado,
Que la infame, ni aun la casa,
Donde vive, me ha avisado.
Gasp. Pícaro, si á Juana ves
Casi tu ama en mi amor,
Ese modo no es de hablar.
Ort. Perdona, pensé era despues,
Mas ya que sufro el pesar,
Déjame admirar, por Dios,
De que á tres quieras amar,
Siendo tantas dos.
Gasp. Con dos,
¿Quién hay que pueda pasar?
Allá en la edad que solia
Bastaban dos; mas hoy dia,
¿Quién sin su dama primera,
Su segunda, y su tercera,
Compone su compañía?
Y así, aunque hoy están quejosas,
De mí tres damas hermosas,
Clara hace el primer papel,
El segundo hace Isabel,
Y Juana hace las graciosas.
Ort. ¡Buena está la compañía!
Hasme hecho reir de gana,
Con toda la pena mia:
Eres sazonado, envia
Por un vestido mañana;
¿En fin, Juana ha de hacer
Graciosas?
Gasp. Hale cabido
Esa parte.
Ort. Es menester
Hacerla muy buen partido,
Porque partido ha de ser.
Gasp. Bien está, de eso te deja,
Acaba lo que empezaste
A decir: ¿en fin, hablaste
A Isabela por la reja
De su casa?
Ort. Sí señor,
Ella me llamó al pasar
Y empezóme á preguntar;
Pero aun falta lo mejor.
Gasp. Ya te escucho atentamente.
Ort. Dirélo de buena gana.
¿Y cuánto darás á Juana
El dia que represente?
Gasp. No te diviertas, acaba.
Ort. Díjela, pues muy fruncido
Que tú habias ya sabido
Que don García la hablaba,
Y que andabas del pesar
Tan melancólico y triste,
Que era grima.
Gasp. Bien hiciste.
Ort. ¿Y cuánto la piensas dar?
Gasp. Ya es frio, adelante pasa.
Ort. En fin, quiere esta señora
Que la veas.
Gasp. ¿A qué hora?
Ort. A las diez.
Gasp. ¿Dónde?
Ort. En su casa.
Gasp. En la casa de Isabel
A esa hora está llamado
Don García, y yo avisado,
Para que vaya con él.
Ort. ¿Tú no le has de acompañar?
Pues para lograr tu amor,
Húrtale el cuerpo, señor,
Cuando te le dé á guardar;
Pero aun falta mas, no para
El caso ahí.
Gasp. ¿Qué pasó?

Ort. Que hablar con ella me vió
Su vecina doña Clara.
Gasp. ¿Qué dices?
Ort. ¡Qué raro chiste!
Porque al pasar por la reja,
Me dió tanta de la queja
De lo que en el campo hiciste;
En fin, quiere de una vez
Cuentas contigo ajustar,
Y que la vayas á hablar,
Dice.
Gasp. ¿A qué hora?
Ort. A las diez.
Gasp. ¿De suerte, que á las diez
De Isabel estoy llamado, [hoy
De doña Clara avisado,
Y con don García voy?
Ort. Poco usacé de horas sabe,
Y menos sabe de cuentas,
¿Tres veces diez, no son treinta?
Pues en treinta todo cabe.
Gasp. No sé cómo dispusiera
Que esta noche don García
No viese á Isabel.
Ort. ¡Seria
Gran negocio!... pero espera.
Gasp. Gente parece que ha entrado
En casa.
Ort. Si acaso fuesen
Otros diez, fuerza seria
Que echemos fuera los nueves.

ESCENA II.

Dichos y DON GARCÍA.

Garc. ¿Don Gaspar?...
Gasp. ¿Es hora ya?
Garc. ¿A dónde podré esconderme?
Gasp. ¿De quién?
Garc. De don Diego,
Que entró, á lo que me parece,
Tambien ahora en esta casa,
Y por si me ha visto enfrente
De la suya, adonde estuve
Parado, y por conocerme,
Me ha seguido; porque al vernos
Juntos algo no recelo,
No quiero que ahora me hable:
Procurad que sea breve,
Porque yo á su hermana hermosa
Pueda ver, y vos hacedme
Espaldas. (*Escóndese.*)
Ort. Presto, que llega.
Gasp. ¿A quién esto le sucede?

ESCENA III.

Dichos y DON DIEGO.

Diego. Don García, mi enemigo,
Me han dicho confusamente, [*ap.*
Que con doña Clara hermosa
Se casa, ó que la pretende,
Y por saberlo mejor,
De este medio he de valerme;
Pero aquí está don Gaspar:
¿Don Gaspar?
Gasp. ¿Don Diego?
Diego. Hacedme
Merced, que solos quedemos.
Gasp. Vete, Ortuño.
Ort. Ya me voy:
¡Qué misterioso que viene!
Y luego querrá unos versos,
Que es lo peor que se quiere.

ESCENA IV.

DON GASPAR y DON DIEGO.

Gasp. ¿Qué prevenciones son estas?
¿Qué es aquesto? si pretende,
Porque mi amor ha sabido,
Que yo á doña Clara deje,
¡Llevará muy buen despacho!
Decid, don Diego.
Diego. Atendedme:
Aunque suspenso os tendré,
Permitidme que os acuerde,
Que ha muchos dias que somos
Amigos, ya en las niñeces
Obrando la voluntad,
Y ya en la edad mas ardiente
La razon, que en nuestros lazos
Nuestros corazones prende.
Gasp. Bien sé que somos amigos,
Ello es cierto: ¿mas qué os mueve
A esta prevencion?
Diego. Querer
Que la razon que os empeñe,

Esté, don Gaspar, amigo,
Primero que lo que os ruegue.
Gasp. Sí, pero hay cosas, don [Diego,
Que ni á un amigo se pueden
Pedir.
Diego. Lo que yo os suplico,
Es posible, y es decente,
Y aun es razon.
Gasp. Decid, pues.
¡Mucho temo el responderle! *ap.*
Diego. Bien sabeis, que don García,
Por algunos accidentes,
Es mi enemigo.
Garc. ¿Qué es esto? *ap.*
Gasp. Bien lo sé.
Diego. Y vos igualmente
Sois amigo de los dos.
Gasp. Eso bien se compadece.
Diego. Sí, pero hay muchas razones
Para que se privilegie
Mi amistad en vuestro pecho.
Gasp. Sois mi amigo, y mi pariente,
Decid. No es lo que pensé. *ap.*
Diego. Pues lo que pediros quiere
Mi amistad, es, don Gaspar,
Que sepais mañosamente,
A qué dama don García
Sirve, festeja y pretende;
Que tengo algunos indicios,
Y apurarlos me conviene,
Para salir de un cuidado,
Que aun temido se parece.
Gasp. Sin duda, que esos indicios
Son de que á su hermana quiere [*ap.*
Garc. Sin duda, que de que sirvo
A Isabel, noticia tiene. [*ap.*
Diego. Si pretende á doña Clara, *ap.*
Morir, ó darle la muerte.
Gasp. Yo, don Diego amigo, ofrezco
(Esto es fuerza responderle) *ap.*
Hacer lo que me mandais:
¿Pero qué razon os mueve?
Diego. Esa, cuando me digais
Lo que averiguado hubiereis,
La sabreis; vuelvo á deciros,
Que me importa, y que os merece
Mi amistad esta fineza;
Y agora, adios, porque tiene
Mucho que hacer un cuidado.
¡Oh qué mal mi amor ardiente *ap.*
Podrá alentar, Clara hermosa,
Hasta apurar lo que teme!

ESCENA V.

DON GASPAR, DON GARCÍA y ORTUÑO.

Gasp. ¿Habeislo escuchado todo?
Garc. Todo, amigo.
Gasp. ¿Y qué os parece?
Ort. Paréceme que ha subido
Quien á su hermana pretende,
Y teme que su enemigo
A ser su cuñado llegue,
Que es lo sumo donde sube
Cuando un enemigo crece:
Bien así como culebra,
Que camina para sierpe,
Muda en la vejez el nombre,
Pero no muda la especie.
Gasp. ¿Tú tambien lo has escu-[chado?
Ort. No era cosa suficiente,
Que de mí se recatase,
Para que no me durmiese.
Gasp. Lo que juzgo es, que esta [noche,
No es, amigo, conveniente,
Que vais á ver á Isabel,
Pues le escuchasteis, que tiene
Mucho que hacer su cuidado.
Garc. Decis bien, que aunque [desprecie
Por mí el peligro, por ella
Es bizarría el temerle.
Gasp. Quieres estar advertido.
Garc. Dicha tuve en esconderme:
Quedaos con Dios, que ya es hora
De dejaros.
Ort. Lindamente *ap.*
Se ha dispuesto, que esta noche
Libre mi amo se quede.
Gasp. Tened, ¿y qué he de decirle,
Si acaso á informarse vuelve
De la casa á quien servis?
Garc. Pues si el indicio que tiene,
Es, que yo asisto á su calle,
Podreis, para encarcerle,

Decirle, que doña Clara
Me tiene en ella asistente,
Y hallará, si lo averigua,
Fundamento.
Gasp. ¿Pues le tiene
Querer vos á doña Clara?
Garc. No importa que no lo [niegue:
Ella es la dama con quien
Os dije, que mis parientes
Me trataban de casar.

ESCENA VI.

DON GASPAR Y ORTUÑO.

Ort. ¡Por vida de quien tantee!
Otro mas á doña Clara,
Tres á tres están voacedes;
Tambien la señora autora
En su compañía tiene
Sus primeros y segundos,
Y sus terceros papeles.
Gasp. ¿Qué importa, si sola ad- [mite
Mi aficion?
Ort. Dios te consuele:
¿Y si hicieses los graciosos,
Como Juana?
Gasp. Necio eres:
Vamos de aquí, que es ya hora
De ver á Isabel.
Ort. ¿Qué intentes
Verla, con lo que ha pasado?
Gasp. Si buena ocasion no hubiere,
Me iré á ver á doña Clara.
Ort. Ven acá, ¿y si acaso diese
Yo con la casa de Juana,
Supuesto que la venere
Como á cosa de mi amo,
Podré darla buenamente
De coces, con la mayor
Reverencia que pudiere?
Gasp. Vuesa merced mirará
Lo que en eso le conviene.
Ort. Lo que me consuela es,
Que esa enfermedad que tienes,
Aunque es así muy de hombres,
Se ha de curar con mugeres.

ESCENA VII.

Sala en casa de don Diego.

DOÑA ISABEL É INES CON LUZ.

Isab. ¿Mi hermano ha vuelto á casa
Desde que anocheció?
Ines. Siempre se pasa
La media noche y algo mas primero.
Isab. ¿Qué hora será?
Ines. Las diez.
Isab. Esa hora espero.
¡Oh si ya don Gaspar viniese, ¿hiciste
Lo que ordené?
Ines. Ya está como dijiste
La puerta. Ello, si viene don García, [ap.
Que se ha valido de la industria mia
Para entrar, ha de ser la noche buena;
¿Pero ya no cobré? ¿qué me da pena?
Isab. ¡Ah Don Gaspar! que ha- [llando mis verdades
Ingratitudes siempre, y falsedades
En tu aficion, no puede mi cuidado
Perder en lo advertido lo obstinado,
¡Qué discurra tan mal mi entendi- [miento,
Que se derrame el fruto al escar- [miento!
¡Qué esté amor tan de parte de mi [daño,
Que le apague la luz del desengaño!
¡Qué mi error llegue á hacerse tan [preciso,
Que abrace el riesgo dentro del aviso!
¿Mas quién logró en tan nuevos sen- [timientos
Desengaños, avisos, y escarmientos?

ESCENA VIII.

DICHOS, DON GASPAR Y ORTUÑO.

Ort. ¿Qué á entrar hasta aquí te [has atrevido,
Y que habiendo á don Diego ántes [oido,
De la hermandad, aun no te atemo-
Yo no entiendo tu amor. [rices?

Gasp. ¿Porqué lo dices?
Ort. Porque en tu pecho despejado, [y vario,
Está el amor pequeño y temerario.
Gasp. ¿No ves allí á Isabel? ¿no es [muy hermosa?
Ort. Digo que es milagrosa;
¿Empero doña Clara y doña Juana?
Gasp. Mira, aunque doña Clara es [la sultana,
Y Juana es otra, por aquel instante,
Está delante, la que está delante.
Ort. ¿No llegas?
Gasp. Sí, verásme enternecido
Juntar algunas señas de rendido.
Ort. ¿ Pues no venias quejoso de [García?
Gasp. ¡Ah sí! que estoy quejoso,
No me acordaba; pues verásme ai- [rado
Juntar algunas señas de enojado.
Ines. Aquí está don Gaspar.
Isab. ¡Oh quiera darme
Algun aliento amor para quejar- [me!
Gasp. Yo llego, pues.
Ort. Atienda aquí el oyente
Cuan bien se siente que lo no se siente.
Ines. ¡ Quién pudiera llegar hácia [la puerta *ap.*
Porque acá no se entrase al verla
Don García! [abierta,
Gasp. Escusado
Fuera, ingrata, el haberme aquí [llamado,
Cuando una pena fiera
Me tiene el pecho...
Isab. Ines, salte allá fuera.
Ines. ¡Oh qué bien se ha dispuesto!
A don García avisaré con esto. [*ap.*
Gasp. Si el enviar la criada,
Es porque esté avisada
Para que á don García allá detenga,
Segura estás, no hay que temer que
Él propio me lo ha dicho. [venga,
Isab. Ines, detente,
No te vayas, aquí has de estar pre- [sente.
Ines. Todo se erró. *ap.*
Isab. Decid, que ya os escucho,
Y advertid que fiais de mi amor mu- [cho.
Gasp. Digo, pues, ingrata, digo,
Que bien escusado fuera
El haberme aquí llamado,
Cuando es fuerza que mi lengua
Palabras solas pronuncie,
Templadas allá en mi pena,
Que en llegando á vuestro oido,
Mas que le informen, le hieran.
¿Pero vos no me llamasteis?
No ocasioneis mi paciencia:
¿A escuchar un agraviado
No venis? pues salgan fuera
Mis iras, sin que haya estorbo
Que sus ímpetus detenga;
Pues con escucharme á tiempo
Que está tan viva la ofensa,
Tan discordes los sentidos,
Y el alma tan descompuesta,
Para que os pierda el respeto
Me dais tácita licencia,
Que no temerá la injuria,
Quien no ha temido la queja.
Isab. Templad, don Gaspar, las
Moderad las impaciencias, [iras,
Reprímanse los enojos,
Las injurias se suspendan;
Que dormidas las verdades
Tienen mayor elocuencia,
Y el dolor dicho sin arte
Arguye mayor terneza;
Porque no está muy segura
Cuando la razon alienta;
No vive muy descuidada
Cuando se adorna, la pena.
No vengo á satisfaceros,
Decidme vuestras sospechas,
Que os dilatan el alivio,
Cuanto tardare en saberlas.
Decid, pues, ¿á qué aguardais?
Que ya me teneis atenta;
No os apasioneis.
Ort. ¿Esotro
Apasionarse? mi abuela;
Porque no la ha menester
Suele prestar la paciencia,
Que no es tan gran majadero,
Que ha menester lo que presta.
Gasp. Digo, pues, que ya he sabido,

Ingrata, que te festeja,
Te asiste, y aun te merece,
Don García.
Isab. Aguarda, espera,
Que te vas precipitando,
Y puede ser que me ofendas
De suerte, que por castigo
Te deje con tus sospechas.
Es verdad que don García...

ESCENA IX.

DICHOS Y DON GARCÍA AL PAÑO.

Garc. Aunque es mucho lo que arriesga
Mi amor, en entrar ahora
En esta casa, no hay fuerza
Para impedir un deseo,
Que lleva con mas violencia
Al mayor riesgo: y así,
Habiendo encontrado abierta
La puerta, he querido ver,
Si la criada me espera;
¿Pero aquel no es don Gaspar?
¿No es doña Isabel aquella?
¿Qué es esto?
Isab. Cuando sabeis
Quien soy, y escusar pudierais
El tornar... ¡Mas ay de mí! *ap.*
Un hombre he visto en la puerta
Esconderse cauteloso;
Mi hermano es sin duda, muerta
Estoy: pero el remedio
Ha de ser de esta manera.
Digo, señor don García,
Que bien escusado fuera,
Cuando vos sabeis quien soy,
Tomaros esta licencia;
Si es que buscais á mi hermano,
Pudierais desde allá fuera
Saber si él estaba en casa.
Ines, toma tú esa vela,
Y alumbra á ese caballero,
Y cierra mejor la puerta.

ESCENA X.

DICHOS, MENOS DOÑA ISABEL.

Gasp. ¿Qué es esto, cielos, qué es esto?
Ort. Para quien somos nos deja:
Pero aguarda, que allí he visto
Un hombre que con cautela
Se encubre.
Gasp. Sin duda alguna,
Que es don Diego.
Ort. Es evidencia.
Gasp. Y que ella, por conocerle,
Usó aquella estratagema.
Ort. Dices bien, y de la misma
Te puedes valer.
Gasp. Ya es fuerza
Salir fuera.

(*Sale don García al salir don Gaspar.*)

Garc. ¿Don Gaspar?
Gasp. ¿Don García?
Ort. Esto es comedia. *ap.*
Gasp. ¡Ah traidora! ella le vió; *ap.*
Y usó de aquella cautela,
Por darle satisfaccion
De que yo estaba con ella.
Ines. Ahora hubo de venir *ap.*
Don García; aquí se encuentran
Y me destruyen.
Garc. ¿Pues cómo,
Don Gaspar, estais en esta
Casa, ó á qué habeis venido?
Gasp. El disimular es fuerza. *ap.*
A ver á don Diego vine,
Porque hallándome aquí cerca,
Me pareció que era bien,
Que desde luego supiera
Lo que tenemos tratado
Acerca de sus sospechas,
Porque sabiéndolo ahora
Descansen las diligencias.
Garc. Guárdeos Dios, que es atencion,
Como de vuestra advertencia:
¿En fin, amigo, encontrasteis
A mi Isabel?
Gasp. Encontréla,
Y al preguntar por su hermano,
Me volvió aquella respuesta
Que habeis oido.
Garc. Pues vamos,
Que no quiero que nos vean
Hablar, y juzguen que yo

Os doy de estas cosas cuenta.
Gasp. Bien decis: ¡qué me en-
[gañase *ap.*
Isabel! ¡quién os creyera!
Mugeres, todas sois unas,
Y la mejor como esta.
Ines. Rabiando estoy porque sal-
[gan.
Ort. Ven acá, señor, ¿te acuerdas
Si vas ahora zeloso?
Gasp. Mira, yo te doy licencia
Para que digas, Ortuño,
Que esta es verdadera pena,
Si no la pierdo de vista
En volviendo la cabeza.

ESCENA XI.

Sala en casa de don Mendo.

JUANA, Y DOÑA CLARA CON LUZ.

Juana. Pasando se va la hora;
Las diez y media son ya.
Clara. ¿Sabes si mi padre está
Recogido?
Juana. Sí, señora.
Clara. ¿Mirástelo, Juana, bien?
Juana. Rato ha que rezando estaba,
Por señas que colocaba
Un bostezo en cada amen.
Clara. ¿Y la seña has entendido?
Juana. ¿Esta reja no ha de ser
Donde lleguen, y han de hacer
En la celosía ruido?
Pues no se ha hecho tal seña,
Que á cualquier rumor incierto
Me he acercado, y aun abierto
La ventanilla pequeña.
Clara. Mucho mi amor ha fiado
De tu pecho, Juana mia,
Para ser el primer dia
Hoy que en mi casa has entrado;
Mas esto no es liviandad,
Aunque es verdad que me agradas,
Sino tener hoy criadas,
De menos capacidad;
Porque he despedido una,
Que mi confidente ha sido,
Y así, Juana, has sucedido
En su primera fortuna.
Juana. Aunque aquesto de fiar
Algo á las criadas, sé,
Que es una fianza en que
Se suele siempre lastar,
Hacer puedes confianza
De mí, aunque no lo merezco,
Que tengo caudal, y ofrezco
Sacarte de la fianza.
Clara. Gran resolucion ha sido
La de atreverme á llamar
A mi casa á don Gaspar.
Juana. ¿Sabes qué me ha parecido?
Que para tan despejada
Como te me representas
En lo que esta noche intentas,
Estás muy embarazada.
Clara. Aunque ves mi condicion
Tan galante y esparcida,
Te prometo que en mi vida
He dado esta permision,
Si no es solo á don Gaspar,
Que por hablar de buen gusto
Alguna noche, este susto
He querido atropellar;
Y esto no es quererlo yo,
Que eso de que amor engaña,
Abrasa y rinde, es patraña,
Que algun ocioso inventó.
Amor es duende importuno,
Que al mundo asombrado tray,
Todos dicen que le hay,
Y no le ha visto ninguno.
¿A quién no causa fastidio
Esta pasion amorosa,
No siendo amor otra cosa,
Que una fábula de Ovidio?
¿Y qué importa que se nombre
Amor este devaneo,
Si es confirmar el deseo,
Y luego mudarle el nombre?
¡Válgate Dios por dolencia,
No acabada de entender!
¿Es esto mas de creer
Que está allí mi conveniencia?
¿No tira la voluntad,
Geómetra superior,
Todas las líneas de amor
Al punto comodidad?
Yo no sé si á mí me tiene

Ciega en lo que me aconseja;
Pero bien sé que me deja
Mirar lo que me conviene.
Y si está en mi pecho fiel
Algo mas privilegiado,
Es don Gaspar, que he hallado
Mas conveniencias en él;
Porque el querer con fervor
Á otro, es amor impropio,
Y así, solo el amor propio
Viene á ser el propio amor.

Juana. Eso, señora, ¿quién puede
Negarlo, siendo tan justo,
Y cosa de tan buen gusto
Esto del amor adrede?

Clara. Ya no hay quien no quiera [así,
Y en lo mas cierto se da,
Y todos lo afectan ya,
Nadie llora para sí.
No hay cosa para este aliento,
No afligir el corazon,
Gastar la respiracion
En suspiros para el viento.
Perezca el gemir confuso,
Falte el suspirar perplejo,
Muera el amor á lo viejo,
Y viva el amor al uso. (*Ruido.*)

Juana. Aguárdate, que sospecho,
Que en la ventana hubo ruido.

Clara. No se ha engañado tu oido.

Juana. Yo llego, pues : dicho y
Él es sin duda. [hecho,

Clara. Pues ve,
Y abre.

Juana. Cual se ha de quedar
En viéndome, don Gaspar :
Pero yo me vengaré
Con Ortuño.

Clara. Yo no creo,
Que á don Gaspar tengo amor;
Pero á todo mi valor
Temo siempre que le veo.

ESCENA XII.

DOÑA CLARA y JUANA con DON DIEGO embozado.

Diego. Llegando á esa celosía
Para escuchar un instante,
Propio cuidado de amante,
Sentí que aquí gente habia;
Creció con esto el cuidado,
Llegué con él á la puerta,
Y hallando que estaba abierta,
Resuelto hasta aquí he llegado.

Clara. ¿Viene, Juana?

Juana. Tras mí entró.

Diego. Si fuese yo tan dichoso,
Que hablase á mi dueño hermoso;
Pero aquí está.

Juana. Bien sé yo,
Que esto de encubrir la cara,
Porque á mí me ha visto es;
Pues no me he de ir.

Diego. Llego, pues. *ap.*
¿Bellísima doña Clara?

Clara. ¡Válgame el cielo! ¿quién [es?

Diego. Yo soy, pues no me cono-

Clara. ¿Pues cómo aquí? [ces?

Diego. No des voces.

Juana. Todo se ha errado. *ap.*

Clara. Idos, pues;
Si viniese don Gaspar *ap.*
Me pierdo: mirad, don Diego,
Que vendrá mi padre luego.

Diego. ¿No está en casa?

Clara. Por juzgar
Que era él, se abrió la puerta.
Remediarlo de esta suerte *ap.*
Intento, el empeño es fuerte :
No os detengais; yo soy muerta.

Diego. Ya que mi suerte me ha [dado...

Clara. Don Diego, mi riesgo es

Diego. Esta ocasion... [mucho.

Clara. No os escucho.

Diego. De entrar...

Clara. Habeisme enojado.

Diego. A verte...

Clara. Fué atrevimiento.

Diego. Pronuncie...

Clara. Ya es demasía.

Diego. Mi voz...

Clara. En vano porfía.

Diego. Afectos...

Clara. Daislos al viento.

Diego. Adorar enternecido...

Clara. Mi padre puede venir.

Diego. Tu beldad...
Clara. No os he de oir.
Diego. Permite...
Clara. Sois atrevido.
Diego. Que diga...
Clara. Alúmbrale, Juana.
Diego. Mi pasion ..
Clara. Acabad presto.
Diego. Porque yo; ¿pero qué es
¿Llamaron á la ventana? [esto?

(*Ruido dentro en la ventana, y abre el postiguillo que está junto á Juana.*)

Clara. Mi padre sin duda ha sido.
Diego. ¿Tan presto hubo de venir?
Clara. ¡Oh qué bien hice en decir
Que mi padre habia salido! [*ap.*
Juana. El postiguillo han abierto.
Clara. ¿Cómo le dejaste así?
Juana. Descuido fué.

ESCENA XIII.

DICHOS, DON GASPAR Y ORTUÑO HABLANDO DENTRO.

Ort. ¿No ves?
Gasp. Sí.
Ort. Gente suena.
Gasp. Ya lo advierto.
Clara. ¡Válgame Dios! ¿qué he de
Si salis, mi padre está [hacer?
En la calle, y os verá,
Y si os quereis esconder,
Os han de ver al pasar
Desde la calle: ¡ay de mí!
Diego. Pues entre, y hálleme aquí,
Que yo te sabré librar.
Clara. Bien por Dios.
Ort. Solo rumor
Se escucha.
Gasp. Vuelve á tocar
La celosía.
Juana. Acabar,
Que es demonio mi señor.
Diego. ¿Pues qué he de hacer?
Clara. Esconderte.
Diego. ¿Dónde?
Juana. Contigo iré yo.
Clara ¿Pues han de verle?
Juana. Eso no.
Diego. ¿Cómo ha de ser?
Juana. De esta suerte.

(*Pónese Juana delante de la celosía, y pasa don Diego.*)

Ort. Aquí hay maula: ¿quieres ya
Mas indicios?
Gasp. Estoy ciego.
Juana. Mientras yo escondo á don
[Diego,
Dí que entre, que abierto está;
Que yo, porque el otro esté
Lejos, y hables sin cuidado,
Allá á lo mas apartado
Del jardin le llevaré.

(*Llega doña Clara á la ventana, y responde don Gaspar de allá dentro.*)

ESCENA XIV.

DOÑA CLARA, DON GASPAR Y ORTUÑO.

Clara. ¿Don Gaspar?
Gasp. Yo soy.
Clara. Entrad,
Que abierto está.
Gasp. ¿A qué, á morir?
Clara. Oyeme.
Gasp. Ya no hay que oir.
Clara. ¿Pues qué quieres?
Gasp. Escuchad.

(*Salen don Gaspar y Ortuño.*)

Repetirte que ha seis meses
Que tuvo mi amor principio,
Que me hechizaron tus ojos,
Que los apuré el hechizo,
Que adoré tus perfecciones,
Que dí el alma en sacrificio,
Que sufrí muchos pesares,
Que lloré muchos desvíos,
Que perdí muchas finezas;
Y que, en fin, el amor mio
Tuvo, para ser ejemplo,

Lo desdichado, y lo fino;
Fuera ociosa diligencia,
Si lo hubieras entendido:
Mas no debes de saberlo,
Y así quiero repetirlo:
Seis meses ha...
Clara. Ya lo sé.
Gasp. Que mi pecho...
Clara. No lo olvido.
Gasp. Ha intentado...
Clara. ¿Para qué
Lo repites?
Gasp. Lo repito,
Para que sepas, aleve,
Que ya es remedio el hechizo,
Que es la adoracion injusta,
Que es desprecio el sacrificio,
Y los desaires ofenden,
Que provocan los desvíos,
Que las finezas se cansan,
Y que, en fin, el amor mio
Lo desdichado aprovecha,
Para corregir lo fino;
Que en llegando los agravios
A dejar de ser indicios,
Las mas veces se confunden
Dentro del pecho afligido,
Con el ansia de vengarlos,
El afecto de sentirlos.
Ort. ¡Señores, quién no le ve *ap.*
Tan colérico y perdido!
¿Ven ustedes lo que dice?
Pues ya se fué quien lo dijo.
Clara. Dime, dime mas pesares;
Prosigue, ostenta mas brios;
Acaba, venga tus iras;
Anda, atropella conmigo,
Cumple con tus desazones,
Y echa á perder mis cariños,
Pues es tu amor tan villano,
Y eres tú tan mal nacido,
Que del sufrimiento ageno
Te formas propios alivios.
Ort. Aguarda, pobre señora,
No te aflijan sus suspiros,
Mira que son contrahechos,
Y te los pasa por finos.
Clara. ¿No me respondes? ¿qué
Dime que te ha sucedido, [temes?
Que mirándome te quedas,
O sosegado, ó remiso,
Y temo buscarte atento,
Para hablarte divertido:
Acaba, y di, si te ofendo;
¿Porqué me miras?
Gasp. Te miro,
Porque como echo de ver
El modo que usas conmigo,
Mi voluntad se ha cansado,
Mi memoria se ha ofendido,
Y á las dos, mi entendimiento
Les ha enseñado su oficio:
Solo me falta de hacer
Que ahora los ojos mios
Conozcan que no es amable
La ceguedad que han tenido;
Y así, el estarme mirando,
No es ponderar el hechizo
De tu hermosura, ni dar
A mi ardor mas incentivo,
Sino estar con las potencias
Reduciendo los sentidos.
Ort. Señor, advierte que mientes
Con mucha fuerza; pasito,
Que hay muchos que se han que-
Siendo enteros, con ahinco: [brado,
¿Es verdad esto que dices?
Gasp. No sabré agora decirlo: *ap.*
Mucho puede esta muger.
Clara. Todo, sin duda, lo ha visto;
No sé que hacer. Don Gaspar,
Todo cuanto aquí me has dicho,
Es cansarte, y no esplicarme
Tu dolor, ni mi delito;
Acaba de hacerme el cargo,
Quejas busco, no gemidos,
No oscurezcas tu dolor,
Por darle mucho artificio.
Ort. Mira que tienen sus voces
Menos sustancia que ruido.
Clara. ¿Qué sientes?
Gasp. Ya nada siento.
Clara. ¿Qué has visto?
Gasp. Ya nada he visto.
Clara. ¿Qué quieres?
Gasp. Irme, y no verte.
Clara. Pues no te has de ir sin de-
[cirlo.
Gasp. Me apuras; pues ven acá:
¿Quién estaba aquí contigo?

Clara. ¿Conmigo?
Gasp. Niégalo ahora.
Clara. ¿Qué dices?
Gasp. Esto que he dicho.
Clara. ¿Estás en tí?
Gasp. Vive Dios,
Que me estás dando motivo
Para que entre yo á buscarle,
Aunque atropelle contigo,
Con tu padre, y con tu honor.
Clara. ¡Qué esto me haya sucedido
Sin culpa! Mira, repara, [*ap.*
Que ya son tus desvaríos
Tales, que todo mi amor
Aun no ha de poder sufrirlos.
Gasp. Ven acá, Ortuño, ¿qué viste
Por esa ventana? dilo.
Ort. Ya ví un sombrero, y un mo-
Por ese viejo postigo. [ño,
Clara. ¿Tú tambien?
Ort. Yo no me atre-
Cuando lo contrario has dicho, [vo,
A decir, señora, mas
De lo que ví, voto á Cristo.
Clara. ¡Válgame Dios! ¿qué diré?
Gasp. Di ahora que es desvarío. [*ap.*
Clara. Don Gaspar, á una criada
Dejé aquí; si esto no ha sido
Embuste suyo, no sé
Que responder.
Ort. Tambien digo,
Que la que ví parecia
Muger de menos aliño.
¡Ah infame criada! cierto,
Que es cosa, sí, lo que has dicho,
Para derramar sobre ella
Un celemin de pellizcos:
Si Juana, allá con su ama
Será de tan buen servicio;
Aguarda, la llamaré,
Y sabremos lo que ha sido.

ESCENA XV.

DICHOS, Y JUANA QUE HABLA APARTE CON DOÑA CLARA.

Clara. ¿Juana?
Juana. Allá queda.
Clara. Perdona,
Y haz tuyo aqueste delito,
Pues no te importa: acá afuera
Te he menester.
Ort. ¡Jesucristo!
Juana es, peor es esto;
A doña Clara ha venido
A servir.
Gasp. ¿No es esta Juana? *ap.*
¡Hay casos como los mios!
Clara. Ven acá, dí una verdad:
¿Quién estaba aquí contigo
Cuando llamó don Gaspar?
Juana. Señora...
Clara. No hay que encu-
[brirlo,
Que los dos juntos lo vieron.
Juana. ¡A quién esto ha sucedido
Delante de dos amantes, [*ap*
Que me están mirando esquivos!
No teniendo culpa alguna,
Me he de confesar de vicio!
Clara. ¿No respondes?
Juana. Yo, señora...
Clara. No hay que temer el de-
Juana. Aquí estaba... [cirlo.
Clara. Quién?
Juana. Un hombre,
Que va para mi marido.
Ort. ¿Cómo, cómo?
Clara. ¿Y es bien he-
Que padezca el honor mio [cho,
Por vos? ¿haslo visto ya,
Don Gaspar?
Gasp. ¿Qué he de haber visto?
¿Pues esto quieres que crea?

(*Toma Ortuño la vela y quiere entrar.*)

Ort. Ustedes, por un tantico,
Perdonen.
Clara. ¿Pues dónde vas?
Ort. A matar este marido.
Juana. Ortuño.
Ort. No hay que Ortuñar.
Clara. Loco, aguarda.
Ort. Vive Cristo,
Que no ha de decir, que yo
Le dejé por escondido,
O le perdoné por pobre,
Que si es pobre, es mas delito.

Mendo (*dent.*). ¿Martin, Fabio, no [me ois?
¿Dónde estais? ¿estais dormidos?
Clara. Mi padre : ¡ válgame Dios!
Ort. Destruyóme el homicidio.
Gasp. ¿ Qué he de hacer?
Clara. Aprisa, vete.
Gasp. Adios.
Mendo. ¿No ois el ruido
A la puerta de la calle?
Presto.
Ort. Cogiéronnos vivos;
Ya no hay salir.
Gasp. ¡ Raro aprieto!
Clara. ¿Quién en el mundo se ha
Tan llena de sobresaltos? [visto *ap.*
Don Diego adentro escondido,
Don Gaspar aquí zeloso,
Mi padre allí vengativo:
¡ Válgame Dios!
Garc. ¿Pues qué quieres
Hacer?
Clara. Don Gaspar, rendido
Está todo mi valor;
El riesgo es grande, y es mio,
Caballero sois, mirad
Por mi honor, harto os he dicho :
Ven, Juana.
Juana. Vamos, señora.
Clara. ¡Muerta voy!
Juana. Buena la hicimos.
Ort. Ya viene. (*Vanse.*)
Mendo. No han de escaparse,
Que hácia el jardin era el ruido.
Entrad con la luz. ¿Quién es?

ESCENA XVI.

DON GASPAR, ORTUÑO, DON MENDO

CON ESPADA, Y CRIADOS CON HACHAS.

Gasp. ¿Señor don Mendo?
Mendo. ¡Qué miro!
¿Don Gaspar?
Gasp. Tened la espada.
Mendo. ¿ Pues cómo tan atrevido
Habeis entrado en mi casa,
Habiendo estado conmigo
Esta tarde; y asentado,
Que de vuestros desvaríos
Es cómplice otra hermosura?

ESCENA XVII.

DICHOS, Y DON DIEGO A UNA PUERTA QUE HA DE HABER EN EL TEATRO.

Diego. Del jardin, donde escondido
Estaba, oyendo las voces,
Salgo á ver... ¿Pero qué miro?
¡ Don Gaspar aquí, y don Mendo
Con él! Aplico el oido.
Mendo. ¿No respondeis? ¿qué de- [cis?
Gasp. ¡Gran remedio me ha ocur-
Si me escuchas, hablaré, [rido! *ap.*
Que estoy aquí sin delito.
Mendo. Decid, que para mataros,
Es prevencion el oiros.
Gasp. Ya os dije, señor don Mendo,
Esta tarde, como asisto
En vuestra calle á otra dama.
Mendo. Proseguid, tengo entendido
Que es doña Isabel de Chaves.
Diego. ¡Mi hermana! ¿qué es lo [que he oido?
Gasp. Sabed, pues, qué entré esta
A hablarla, á tiempo que vino [noche
Su hermano; entróme siguiendo
Al jardin, y fué preciso
Arrojarme por las tapias
En el vuestro; esto no ha sido
Con intento de ofenderos;
Y así, volviendo á inquirirlo,
Adonde os buscais airado,
Os hallaréis compasivo.
Diego. ¡Qué es esto que escucho, [cielos!
¡ Yo en mi casa le he seguido!
¡Hay mas rara confusion!
Ort. Linda mentira le ha dicho; *ap.*
Pero es perro viejo.
Mendo. Apenas *ap.*
Lo que he de hacer determino;
Verdad es que en el jardin
Fué donde escuché el ruido,
Y que en él tambien vi un hombre
Desde mi cuarto, y que vino

Pared en medio, y que él es
De Isabel amante fino:
Pero yo le hallo en mi casa,
Y sin tener mas indicios,
No le he de dejar salir:
Si Clara se ha recogido,
Y hallo en su quietud señales
De ignorar este delito,
Me daré por satisfecho:
Quiero, pues, ir á inquirirlo;
La puerta dejo cerrada,
Seguro queda.

Gasp. Servios
De que yo salga, que estoy
Con cuidado del peligro
De esa señora.

Mendo. Aguardad,
Que al punto salgo á serviros,
Y á acompañaros.

Diego. Acá
Se acerca, yo me retiro.

(*Entra don Mendo por donde estaba escondido don Diego.*)

Ort. ¿Qué es lo que este viejo in-[tenta?

Gasp. No es muy fácil prevenirlo.

(*Vuelve á salir don Mendo alborotado, y cierra tras sí la puerta donde estaba don Diego.*)

Mendo. ¡Válgame Dios! ¡Raro em-[peño! *ap.*
Cierto es lo que me ha dicho
Don Gaspar; don Diego está
Aquí dentro, que ha venido
Por las tapias del jardin
Tras él; sin duda hay peligro
Mayor. Señor don Gaspar,
Idos, por Dios, presto, idos.

Gasp. ¿Qué traeis?

Mendo. ¿Qué he de traer?
Si tras vos vuestro enemigo
Ha venido.

Gasp. ¿Quién?

Mendo. Don Diego.

Gasp. Qué decis?

Mendo. Que yo le he visto
Aquí dentro.

Gasp. Vive Dios, *ap.*
¡O ingrata! ¡ó falsa! ¡tu engaño
Supe por raro camino!

Mendo. Vamos presto, que no [quiero
Que suceda de improviso
En mi casa una desdicha.

Gasp. Confieso que estoy corrido. [*ap.*

Mendo. Abrid la puerta, Martin.

Ort. Bueno es, señor, dar él mismo
Prisa para que nos vamos.

Mendo. ¿No acabais?

Gasp. Voy sin sen-[tido. *ap.*

ESCENA XVIII.

DON MENDO Y DON DIEGO.

Mendo. Ya se fueron: ¡oh que bien
Se ha dispuesto! agora quito
La llave para que salga
Don Diego, que en otro sitio
Mas que se maten. Venid,
Señor don Diego.

(*Abre la puerta, y desde ella llama á don Diego y sale.*)

Diego. Sin juicio *ap.*
Salgo, ¡hay mas raros sucesos!

Mendo. Y estimad que tan remiso
Os advierto, que en mi casa
Habeis andado atrevido.

Diego. Yo, señor...

Mendo. No os detengais.

Diego. No vine...

Mendo. Ya lo he sabido.

Diego. A ver...

Mendo. Estoy satisfecho.

Diego. Porque yo...

Mendo. Nada he de oiros.

Diego. Pues yo me voy.

Mendo. Dios os guarde:
Alumbra, Martin.

Diego. Preciso
Es ya que me dé venganza
La vida de un falso amigo. (*Vase.*)

Mendo. Bendito sea Dios, que ya
Fuera estoy de este peligro;
Mañana mudo mi casa.
¡Jesus, en lo que me he visto!

Si el yermo tiene algo bueno,
Es el vivir sin vecinos.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

DON GASPAR y ORTUÑO.

Ort. De verte estoy admirado;
Ni el fuego de amor te abrasa,
Ni te consume el cuidado,
Ni lo mismo que te pasa
Parece que te ha llegado;
De nada sientes dolor:
¿Haste visto el paladar?
Gasp. ¿Para qué?
Ort. Veamos, señor;
Déjame, por Dios, mirar
Si eres...
Gasp. ¿Qué?
Ort. Saludador.
Gasp. Loco estás.
Ort. ¿Quién te ha de ver
Tratar sin sentir bochorno
Con amor que empieza á arder,
Que no diga, que es hacer
La patarata del horno?
¿Y quién dirá que no es
Lo de la barra crugiendo,
Si cuando una dama ves,
Coges la hermosura ardiendo,
Y la traes entre los piés?
Sin duda, que tu amor fué
Hijo de Vénus bastardo,
Pues no sabes guardar fe.
Gasp. Antes, Ortuño, la guardo
Tanto, que nadie la ve.
Ort. Eso, dente á tí decir
Una chanza, que no ignoras
Como la has de introducir;
Pues no es para todas horas
Esto de el hacer reir.
Hablemos con juicio un poco,
Porque quisiera apurar
Esta materia que toco.
Gasp. No es muy fácil el estar
En juicio yo con un loco.
Ort. ¡Quién no te ve tierno aquí,
Allí airado, allá quejoso,
Acullá fuera de tí,
Siempre en el afan ocioso
De andar de aquí para allí!
Ya te acredita de amante
El favor, y ya la ira
Tiñéndose á cada instante
Del color de la mentira
Camaleon tu semblante.
Válgate el cielo, señor,
No te acabo de entender;
¿Qué es esto?
Gasp. Todo es amor.
Ort. ¿Cómo el engaño ha de ser
Amor?
Gasp. Por eso mejor.
Ort. ¿Pues no es amor un confuso
Accidente apetecido.
Un fuego en el alma infuso,
Y un hielo al aliento unido?
Gasp. Si eso es amor, no es al uso.
Ort. ¿No es amor un leve ardor,
No es un daño procurado;
Un apacible dolor,
Y un dulcísimo cuidado?
Gasp. No es al uso, si es amor.
Ort. ¿Pues no sabremos cuál es
Amor al uso, señor?
Gasp. ¿En mi pecho no lo ves?
Ort. Esplícamelo mejor.
Gasp. Oyelo pues.
Ort. Dilo pues.
Gasp. Acreditar sin pena una pasion
Perder miedo y cariño á la beldad,
Hacer su voluntad sin voluntad,
Suspirar sin dar cuenta al corazon;
No matarse en pasando la ocasion,
Llorar en ella por curiosidad,
Formar de una mentira una verdad,
Hacer de una palabra una razon;
Mudar de sitio en el primer vaiven,
Arrojar los pesares por ahí,
Recibir los favores al desden;
Y en fin, para acabar de estar en sí,
Querer á todas las mugeres bien,
Y mal á cada una de por sí.
Este, Ortuño, es el amor
Que se usa.
Ort. Pues, señor,
Mire uced como ha de ser,

Que á Juana no ha de querer,
O la ha de querer mejor;
Ya que he llegado á ampararla,
Y mirar por su remedio,
Si se ha de tratar de amarla
(En esto no ha de haber medio),
Quererla mucho, ó dejarla.
Gasp. El quererla mucho escojo.
Ort. En verdad que no te engañas;
¿Mas que has hecho de tu enojo?
¿Cómo te dejan pestañas
Tantos pesares al ojo?
Gasp. Mira, aunque anoche salí
Airado con Isabel,
Porque á don García ví
Dentro en su casa, y con él
Cumplió, dejándome á mí;
Y aunque tambien me hallé luego
Con doña Clara perdido,
Porque entrando á hablarla ciego
Averigüé que habia sido
El que se escondió don Diego;
Sabe, que á muy poco trecho
Que anduve, despues que yo
Te envié, se halló mi pecho,
De cuando le sucedió
Con ellas dos satisfecho;
De suerte, que si mi amor
Ayer se trocó en desden,
Enojo, rabia, y furor,
Hoy á Isabel quiero bien,
Y á doña Clara mejor.
Ort. ¿Pues como tantos consuelos
Hallaste, y siendo tan fuerte
El pesar, que en tus recelos
Satisfecho...?
Gasp. De esta suerte
Me hallé sin todos mis zelos.
Salí á la calle despues
De aquel accidente raro,
Que me sucedió en la casa
De doña Clara, aguardando
A que saliese don Diego;
Para apurar todo el caso,
Porqué juzgué que no era
Posible haberle llamado
Doña Clara, al tiempo mismo
Que á mí me estaba esperando,
Salió, pues, y á mí se vino
Colérico y enojado,
Porqué escuchó la disculpa
Que me oyó contra el recato
De su hermana, procuré
Reducirle, asegurando
Sus sospechas, y en el mismo
Ir ponderando mi agravio.
Me dió á entender que en la casa
De doña Clara entró acaso,
Que ella se enojó de verle,
Que á la ventana llamaron,
Que dijo que era su padre,
Y que él se escondió en el cuarto
Del jardin, con lo cual yo
Vine á hallarme asegurado
De esta duda, y tan gustoso,
Que me agradecí mi engaño;
Mas don Diego, que ya entonces
Mañoso me habia sacado
De la calle, me embistió
Con el acero en la mano:
Hallóme con él, y apenas
Se formó el primer reparo,
Cuando llegó don García,
Y vino á hallarse obligado,
Don Diego á callar delante
De su enemigo, su agravio,
Y así, fingió que los dos
Nos estábamos burlando.
El se fué, y quedéme solo
Con don García, y tratando
De Isabel, me confesó,
Que se valió su cuidado
Anoche de una criada,
Para entrar donde le hallamos,
Sin que Isabel lo supiese;
De suerte, que en breve rato
Saqué dos seguridades,
De dos zelos se trocaron
Dos penas en dos avisos,
En dos gustos dos cuidados,
Y yo en un sosiego inútil
Me hallé muy desamparado,
Sin mi queja; que el faltar
La razon en tales casos,
Viene á ser ocio, y el ocio
Es grandísimo trabajo.
Ort. ¿Sabes lo que decir quiero?
Gasp. ¿Qué, Ortuño?
Ort. Que es un diablo
Muy entendido el que tiene

Por su cuenta tus pecados.
¿Ahora, señor, me vienes
De nuevo embarraganado,
Cuando pensé que harias
Despues de dos desengaños,
Una confesion bien hecha?
Pues sois los enamorados
Tales, que habeis menester
Reñir para confesaros;
Porque cualquiera enfadillo
Que os da la que estais amando,
Es un gusano que os pudre;
Y así, en habiendo acabado
De pudriros, suele dar
Tras la conciencia el gusano.
¿En fin, quieres á Isabel?
Gasp. ¿Eso quién puede dudarlo?
Ort. ¿Y á Clara?
Gasp. Como al principio.
Ort. A la calle hemos llegado
Sin sentir; ¿y á cuál de todas
Quieres con menos engaño?
Gasp. De mi doña Clara hermosa
Estoy casi enamorado.
Ort. ¿Y Juana ha apedreado el cap?
Gasp. Juana es ripio de cuidado.
Ort. Daré voces: ¿Juana es ripio?

ESCENA II.

Dichos y JUANA con manto.

Juana. Eso está muy mal hablado,
Y pudiera, el muy bribon,
Saber ya como me llamo.
¿Qué cosa es, Juana es ripio?
Gasp. Juana hermosa, no hagas
De ese loco, porque al fin [caso
Discurre como hombre bajo.
¿Qué piensas que me decia?
Que para quererte tanto,
Como te quiero, eres ripio.
Juana. Eso mismo he escuchado.
Ort. Señores, ¡hay tal desdicha!
Juana, me lleven los diablos,
Si no me has mudado el tono.
Juana. ?Qué tono he de haber mu-
Ort. Que yo lo dije en falsete, [dado?
Y lo oiste en contrabajo.
Gasp. ¿No callarás, majadero?
Ort. En estas cosas no hay amo;
Si como tu pan, tú comes
Mi carne, que es mejor pasto.
Gasp. ¿Pues, mi Juana, era hora
De vernos? ¿olvido tanto [ya
Con quien te estima, y te quiere?
Ort. ¿Qué esto escucho, y no me
[caigo?
Juana. ¿Pues vos, señor, me echais
Teniendo tan ocupado [menos,
El gusto?
Ort. ?Y le pide zelos?
¿Para cuando son los palos?
Gasp. Tu amor, Juana, sabe ha-
Lugar en mi pecho. [cerse
Juana. Vamos
A lo que importa: mi ama
Me envia á decirte...
Gasp. ¿Y cuándo
La he de ver?
Juana ¿No dejarás
Que te lo diga despacio?
¿Ves cuál estás? Esta tarde
Te quiere hablar en el caso
De anoche, y satisfacerte
De que don Diego...
Gasp. Ya me hallo
Satisfecho, y sé que está
Sin culpa.
Juana. Pues acabados
Los enojos, podrá usted
Ir muy abierto de brazos,
Muy ternísimo de afectos,
Y muy eficaz de halagos.
Ort. Ya no puedo mas: ¿señor?
Gasp. ¿Qué quieres?
Ort. Pues tienes
De saludador, procura... [tanto
Gasp. ¿Qué?
Ort. Que yo estoy rabiando.

ESCENA III.

Dichos y DOÑA ISABEL É INES con manto.

Isab. Mi hermano, como te digo,
Me tiene con gran cuidado,
Porque desde anoche está
Melancólico, y hablando
Con equívocas razones,
Con don Gaspar: me ha causado

Recelos de que ha entendido
Mi amor, y por avisarlo
A don Gaspar, he salido
En este trage, y dejando
En mi casa prevenido,
Que si veniere mi hermano,
Digan que vino mi tia,
Y me fuí con ella al Prado;
Pero aguarda, ¿no es aquel
Don Gaspar?
Ines. Sí, está hablando
Con una: ¿sabes quién es?
Isab. ¿Quién es?
Ines. Es, si no me en-
Criada de doña Clara. [gaño,
Isab. ¿Sabeslo bien?
Ines. En el campo
Juzgo que la ví con ella.
Isab. No me he de ir sin apurarlo.
Gasp. Juana, como no te enojes,
Veré á tu ama.
Isab. ¡Temblando
Estoy de cólera!
Ines. ¿Y llegas
A hablarla?
Isab. Ya me he empeñado.
¿Señor don Gaspar?
Gasp. ¿Quién es?
Isab. Quien ya de vuestros enga-
Quedará desengañada. [ños
Gasp. ¡Bella Isabel! como... cuan-
Ines. Espera, pues. [do...
Gasp. ¡Mi señora!
¿Vos aquí? ya estoy turbado. *ap.*
Ort. ¡Vive Cristo, que me huelgo!
[*ap.*
Isab. Yo tengo un poco que ha-
Y puede irse esa criada. [blaros,
Juana. Mi reina, yo por mí hablo,
No como criada de nadie.
Isab. Lo que dudo he de apurar. *ap.*
A doña Clara de Castro,
Vuestra señora, direis,
Que una tapada os ha enviado
Noramala, y que con ella
Lo mismo hiciera.
Ort. A lo largo *ap.*
La ha tendido: entre una ronca
Y una clara está mi amo.
Juana. Si aquí estuviera mi ama,
Ya que vos la habeis nombrado,
Ella volviera por sí.
Isab. Ines, lo que sospechamos
Es cierto.
Ines. Cayó la pobre.
Gasp. Juana, repara.... ¿Hay en-
Como este? mira, que yo, [fado
Aunque el indicio es tan claro...
Isab. Satisfaced la criada,
Que yo me iré á no estorbaros,
O á no sentirlo, ó sentirlo
Como pide vuestro engaño.
Gasp. Aguarda, advierte.
Isab. Esperad.
Gasp. Oyeme primero un rato.
Yo quiero satisfacerla, *ap.*
Que Juana sabrá callarlo
Por el interes, ¿Ortuño?
Ort. ¿Señor?
Gasp. Tenme tú cuidado
De que Juana no se vaya.
Ort. Está bien.
Ines. ¡Qué estos bellacos
Se usen, y las mugeres [*ap.*
Tan diferentes seamos!
Gasp. Es verdad que esta criada
Me estaba, Isabel, hablando
Allá de cosas pasadas;
Pero yo estoy tan postrado
A tus ojos, que no hay gusto
Para mí, que ser tu esclavo.
De mejor gana dijera *ap.*
A doña Clara otro tanto.

ESCENA IV.

DICHOS, DON DIEGO Y MARTIN.

Diego. Digo, pues, que me pasó
Todo lo que te he contado
Y que de ello he colegido,
Que don Gaspar, profanando
Nuestra amistad, quiere á Clara;
Que haberle en su casa hallado
Anoche, haberse valido
Con su padre de un engaño,
Y de otro engaño conmigo,
Son evidentes y claros
Indicios; ¿mas no es aquel
Don Gaspar?
Mart. Él es, y hablando

Con una muger está.
Diego. Tente, que si no me engaño,
Es doña Clara, que aquella
Que allí está con el criado
Descubierta, es la criada;
Que anoche me escondió cuando
Entré en su casa; esto es cierto;
Desde aquí disimulados
Podremos ver en qué para.
Isab. Despues de tal desengaño
¿Qué disculpa podrá darme
Vuestro amor? ¡pero mi hermano
Está en la calle!
Gasp. ¿Qué dices?
Isab. Ines, cúbrete.
Ines. ¡Temblando
Estoy toda!
Isab. No me ha visto,
Que divertido está hablando
Con Martin; mejor será
Que os vais aprisa.
Gasp. Y si acaso
Te ha visto, ¿te he de dejar?
Isab. No es este trage que traigo
Conocido, y si os ve aquí
Es fuerza hacernos reparo.
Gasp. Pues yo me voy.
Isab. ¡Bien pagais
Tan costosos sobresaltos!
Gasp. Mi amor volverá por sí.
Isab. Idos pues.
Gasp. ¡Bien se ha trazado! *ap.*
Ortuño, ya que no puedo,
Sin ser de Isabel notado,
Hablar á Juana, con ella
Te puedes quedar un rato,
Hasta enviarla reducida
A callar lo que ha pasado,
Y ofrecerla cien escudos,
Si vieres que es necesario.
Ort. Sí será.

ESCENA V.

DICHOS, MENOS DON GASPAR.

Juana. Por no enojarla
Se va. ¡Buena me ha dejado!
Mart. Él se ha ido,
Diego. Yo lo veo;
Pero allá se ha quedado,
Y por afirmarme bien
Si es doña Clara, yo guardo
Mis iras para despues.
Isab. Ines, él muestra cuidado
Porque no se va, y me vuelve
A mirar de cuando en cuando;
Mas ya se acerca: ¡ay de mí!
Anda, pasemos de largo.

(*Pasa uno por delante del otro, mirando mucho y haciéndose cortesías.*)

Diego. No parece doña Clara.
Mart. Eso estaba reparando.
Isab. Por si ha reparado, es bien
Que algunas calles torzamos
Antes de volver á casa.
Ines. Bien has dicho.
Isab. ¡Amor tirano,
Si en este susto pudiera
Alcanzarte mi cuidado!

ESCENA VI.

DICHOS, MENOS DOÑA ISABEL É INES.

Diego. ¡Hay mas raras confusiones!
La una criada ha dejado:
¿Si ha sido por deslumbrarme,
Pues no han de poder lograrlo,
Que por salir de esta duda,
Y porque luego su engaño
No me niegue lo que he visto,
La he de ir siguiendo á lo largo,
Hasta ver donde entra; ¡amor!
Déjame este desengaño.

(*Vase don Diego y Martin por donde se marchó doña Isabel, y quédanse mirando Ortuño y Juana.*)

ESCENA VII.

JUANA Y ORTUÑO.

Ort. Mucho he temido este lance:
¿Si sabré hacerme enojado? *ap.*
Juana. Ortuño se queda: ¡bueno! *ap.*
Ort. Lo que temo es estas manos *ap.*
De demonio, que nacieron,

Inclinadas á sopapos.
Juana. Ortuño, ¿cómo no llegas
A hablarme? ¡retiro tanto!
¿Ya no me ves? ven acá:
Díme, ¿en qué entiende tu amo?
No me niegues lo que sabes,
Pues sabes que sé pagarlo:
¿Viene muy tarde de noche?
¿Anda muy enamorado?
¿Se acuerda á veces de mí?
¿Me quiere de cuando en cuando?
Un vestido tienes cierto,
Si haces como buen criado:
¿Tiene muchas?
Ort. Sí, señora,
Muchas tiene, cuatro aguardo;
Pero todas se le quedan,
Sino la de Ortuño.
Juana. Es llano;
¿Tiene muy buenos aceros
Esa hoja?
Ort. No son malos,
Aunque un mordiente que tiene
Le hecha á perder un recazo.
Juana. Guarnécela bien, no importa.
Ort. Tambien se le va formando
Algunas vueltas.
Juana. ¿De qué?
Ort. ¿De qué? de coces y palos.
Juana. ¿De ese modo faltará
En la pendencia?
Ort. Veamos:
Ya no puedo sufrir mas:
Pase acá la infame.
Juana. Paso:
¡Por Dios, que me has hecho añicos
Con la mano todo el brazo!
Ort. Esto es juego.
Juana. Pues si es juego,
No quiero probar la mano.
Ort. Escusar esa probada
No es posible.
Juana. Hablemos claro,
Señor mio, que uced tiene
De racion catorçe cuartos
Y un pan, y de quitacion
Lo que le sisa á su amo.
Yo, aunque soy tan linda moza,
Mil menesteres humanos
Tengo: conviene á saber,
Como, ceno, visto y calzo;
Usté guarda el real que ahorra,
Tan lindamente guardado,
Que por ahorrado que esté,
No deja de estar esclavo.
Si me ve algun vestidillo,
Y alhaja que no ha comprado,
Se mesura y pide cuenta,
Pero no cuenta por pago.
Si algun regalo me traen,
Se porta en él tan taimado,
Que conmigo tiene hocico,
Y boca con el regalo.
Pues, señor mio, estas cosas
No son por arte del diablo,
O haced el milagro vos,
O no hacer tantos milagros.
Ort. ¡Válgame Dios! ¡qué gran fuer-
Trae consigo el hablar claro! [za *ap.*
Digo, Juana, que ya estoy
Confundido siete estados
Debajo de tu razon,
Y de hoy mas te ofrezco y mando,
De gastar la cortesía,
Yâ que otra cosa no gasto.
Pasarme pienso á cuchillo
La imaginacion; y caso,
Que al pasármela resuelva
En lo mejor de mis cascos,
Si hubiere bien que comer,
Haré que miro á otro cabo.
Juana. De ese modo viviremos.
Ort. Pues de este modo vivamos.
Juana. En fin, ¿no has de pedir zelos?
Ort. Yo no, Juana; ¿tú has de darlos?
Juana. Eso yo te lo prometo.
Ort. Pues la mano.
Juana. Pues la mano.
Ort. ¡Válgame Dios! ¡qué gran
Trae consigo el hablar claro! [fuerza
Juana. Adios.
Ort. Adios. ¡Ah, sí! Juana,
Aquí me dijo mi amo,
Que te ofrezca cien escudos,
Si callas lo que ha pasado;
Mira tú lo que has de hacer.
Juana. Cien escudos, callarlo;
¿Y vendrán presto?
Ort. Eso no;
Pero serán bien mandados.

Juana. Yo pensaba callar ya,
Pero ya que me has hablado
Con claridad, á mi ama
La he de contar todo el caso.
Ort. ¡Válgame Dios! ¡qué gran
Trae consigo el hablar claro! [fuerza

ESCENA VIII.

Sala en casa de don Mendo.

DOÑA CLARA y DON MENDO.

Clara. Señor...
Mendo. Esto ha de ser, no hay re-
[plicarme.
Clara. Yo te he de obedecer; no es
[escusarme,
El discurrir, señor, con tu licencia,
Mendo. No toca el discurrir á la
Tu esposo don García, [obediencia,
Queja tendrá de la tardanza mia,
Pues estando tratado
De casar, tanto ha lo he dilatado,
Y el vulgo, que indiscreto,
Sin ver la causa, jugza del efecto,
Dirá, no averiguando en qué consiste,
Que de los dos alguno se resiste;
Y cúando esto no sea,
Que alguno de los dos no lo desea:
¿Pues cómo ha de honestar el dilatarlo,
Pues basta para culpa el no abreviarlo?
Clara. Señor, la dilacion que yo te
[pido
Es solo hasta que mas introducido
El cariño en los dos, ¡qué mal engaño!
Sino mas fino, esté menos estraño, [*ap.*
Que es negociar que falte la firmeza,
Ir sin fineza la mayor fineza.
Mendo. Amor, que es tan amigo del
[recato
No ha menester préambulos al trato,
Que cuando á la razon sigue el sentido,
No va arrastrando, sino conducido;
Yo estoy viejo, tú, Clara, eres her-
[mosa,
La guarda del honor es peligrosa,
Y aunque es tal tu cordura,
Que fiársele puede á tu hermosura,
Tambien puede fiársele, que advierta,
Que en edad tan prolija, y tan incierta,
No se puede llamar afecto ciego
Este inquieto anhelar por el sosiego.
Clara. Señor...
Mendo. Ya tu respuesta he preve-
[nido,
Es razon esto, habráte convencido:
Yo voy por don García,
Todo se debe á la fineza mia.

ESCENA IX.

DOÑA CLARA.

¡Hay mas rara violencia! [diencia?
¿Qué he de hacer voluntad de la obe-
¿Y que mi padre, con imperio injusto,
Introduzca preceptos en mi gusto,
Y quiera disponer, que mi albedrío
Se rinda al suyo, y que parezca el mio?
Pues esté pertinaz en su porfía,
O parézcalo yo, con don García,
No me ha de ver casada,
Que esta accion dura mucho para
[errada.
¡Oh si viniese Juana! ¡oh si viniese
Con ella don Gaspar para que viese
El aprieto en que estoy, y satisfecho
De las injustas dudas de su pecho,
Me ayudase al remedio, si le tiene
Tanta resolucion! mas Juana viene.

ESCENA X.

DOÑA CLARA y JUANA.

Clara. ¿Juana?
Juana. ¿Señora mia?
Clara. Gran deseo tenia
De que vinieses: di, ¿qué te ha pa-
Con don Gaspar? [sado
Juana. Yo traigo buen recado.
Clara. ¿Le hallaste? ¿le dijiste ya
En que me pueda ver? [la hora
Juana. ¡Probre señora!
Clara. Nunca le he deseado con
Afectos. [mayores
Juana. ¡Ay qué lástima, señores! *ap.*
Clara. No me respondes, ¿qué te ha
¿No le has hallado? [sucedido?
Juana. Sí, pero perdido.
Clara. ¿Pues qué, no te ha escu-
[chado?
Juana. Mejor fuera,

Clara. ¿Pues qué, no quiere verme?
Juana. Mas valiera.
Clara. Pues despéname, y dime [qué ha pasado.
Juana. A darle satisfaccion
De sus zelos fuí, señora...
Clara. Presto, que no estoy ahora,
Juana, para relacion.
Juana. Atajásteme, que ya
Me entraba en romance.
Clara. Dí.
Juana. ¿Quiéreslo mas breve?
Clara. Sí.
Juana. ¿Sí? pues vaye por acá:
Llegué á hablarle, y halléle menos [ciego
De zelos, que pensé, porque don Diego
Todo lo que pasó le habia contado,
Y apenas yo le dije tu recado,
Cuando llegó furiosa una tapada.
Clara. ¿Qué dices?
Juana. Oye, pues, que aquesto es nada.
Clara. ¿Y te habló?
Juana. Sentidísimas razones.
Clara. ¿Y él la escuchó?
Juana. Y la dió satisfacciones.
Clara. ¿Y conocióte?
Juana. Sí, porque muy fiera
Me trató, maldiciéndome, que hiciera
Lo mismo con mi ama doña Clara.
Clara. Cómo ¿qué dices?
Juana. Fué vergüenza rara
La que pasé.
Clara. ¿Y pudiste conocella?
Juana. No fué posible.
Clara. ¿No? Fueras tras ella.
Juana. No me dejó el criado,
Que me ofreció muy falso y muy tai- [mado,
De parte de su amo unos doblones
Porque no te dijese sus traiciones;
Mas soy fiel, y tu amor me compa- [dece,
Y él diz que manda, pero no obedece.
Clara. Diera la vida, por saber [quién era
La dama.
Juana. Lleve el diablo quien tal [diera,
Vivamos con un poco de cuidado,
Que ella vendrá á las manos.
Clara. ¿Quién ha entrado?

ESCENA XI.

DICHAS, DOÑA ISABEL É INES ALBOROTADAS.

Isab. ¿Sube?
Ines. Sí; pienso que sube.
Isab. Señora, si el ser quien sois,
Os obliga á que ampareis
Una muger como yo,
Sabed, que me ha sucedido...
Clara. ¿Doña Isabel?
Isab. Sí, yo soy,
Que aunque nos hemos tratado
Tan poco, es fuerza que vos
Me favorezcais.
Clara. ¿En qué?
Isab. Mi hermano don Diego (estoy
Sin aliento) me ha seguido,
Y habiendo torcido yo
Algunas calles, volvia
A mi casa (¡qué temor!)
Y al querer entrar en ella,
Le volví á ver, y por no
Aventurarlo, me entré
En vuestro zaguan (¡ay Dios!)
Para aguardar que pasase;
Mas no solo no pasó,
Pero se ha entrado tras mí:
La vida vuestro favor
Me importa; un hermano es
Quien me sigue, la ocasion
Es decente, yo me escondo:
Entra, Ines.
Clara. Tened por Dios,
¿No es preciso que él os busque,
Si como decis, os vió?
Isab. No hará, que no me ha po- [dido
Conocer, que mi temor
Le hizo seguirme, y si os ve,
Pensará que fuisteis vos.
Clara. ¿Pues cómo ha de juzgar [eso,
Hallándome como estoy?
Isab. Bien dices, esto ha de ser,
(Mucho discurre el temor)
Con solo hallar ese manto
En vuestras manos.
Juana. Ya entró

En la antesala.

Isab. Anda, Ines.

Clara. ¿A quién esto sucedió?

(*Escóndese doña Isabel, y deja el manto en las manos de Clara.*)

ESCENA XII.

DICHAS Y DON DIEGO.

Diego. Niega, ingrata; niega, in-
Que justos mis zelos son. [grata,

Clara. Ten, Juana, ese manto.

Diego Dí,
Que se ha engañado mi amor,
Que mis ojos han mentido,
Y que lo mismo que estoy
Tocando, no es evidencia,
Sino engaño é ilusion.

Clara. Señor don Diego, ¿qué es [esto?
¡Hay mas rara confusion! *ap.*
Advertid... No sé qué hacer, *ap.*
Pues no he de decirle yo,
Que es su hermana la escondida.
Que engañado (¿hay turbacion
Como esta?) habeis entrado
En mi casa.

Diego. Bien por Dios:
¿Luego tú piensas, ingrata,
Que desde que se apartó
Tu amante, no te he seguido?

Clara. Con amante la encontró. *ap.*

Diego. Ven acá, ¿no te acababas
De quitar, cuando entré yo,
El manto? ¿no se le tiene
Puesto esa criada? ¿no
Os ví yo con don Gaspar
En esta calle á las dos?

Clara. ¿Con don Gaspar?

Diego. Sí, negadlo.

Clara. ¿Luego la que se escondió *ap.*
Es la misma que vió Juana?
¡Hay desengaño mayor!

Juana. ¿Luego esta es la del reto?
Pagaráme lo que habló. [*ap.*

Diego. Ya en fin, doña Clara, ya
Desengañado mi amor,
Se resuelve á abrir los ojos,
Que nuestro engaño cegó.

Clara. Sin duda, señor don Diego,
Que os quita vuestra pasion
La memoria de que hablais
Conmigo; volved en vos:
¿Qué promesa teneis mia?
¿Qué caricia, ó qué favor,
Para dar á vuestras quejas
Tanto afecto, ó tanta voz?
Si un papel os escribí,
Fué que entonces me importó;
Volvedle á ver, no hagais
Veras las que burlas son,
Idos, pues, no me veais.

Diego. ¿Con esa resolucion
Me hablais?

Clara. Es cuerda y precisa.

Diego. Y porque penseis que estoy
Desengañado, el papel
Que decis volverá hoy
Á vuestra mano.

Clara. Será
Hacerme un grande favor.

Diego. Yo os lo ofrezco.

Clara. Yo lo aceto.

Diego. Pues yo voy por él.

Clara. Adios.

Diego. Adios, pues, que en don
Vengará mi pundonor [Gaspar
El modo de disculpar
Culpas de vuestra aficion;
Yo le quitaré la vida,
Por si en ella os halla á vos.

ESCENA XIII.

DICHAS, MENOS DON DIEGO.

Clara. ¿Ois? ya que vais resuelto
A matar ese traidor;
Venid á mí, si os faltáre
Corage, acero, ó razon.

Juana. ¿Qué te parece, señora?
¿En fin, está en esta sala
La que me envió noramala?
Calla, pues, que yo entro agora.

Clara. Aguarda el paso, deten.

Juana. ¿A qué? ¿no me dejarás?

Clara. ¿Pues qué quieres? ¿dónde [vas?

Juana. ¿Dónde voy? á quedar bien.

Clara. Mira si nos oye.

Juana. No,
Que á lo mas hondo su miedo
La hizo entrar.
Clara. Pues habla quedo,
Que mi agravio imaginó
La venganza mas cruel.
¿Vendrá agora don Gaspar?
Juana. Ya no es posible tardar.
Clara. Vengaréme de ella y de él.
Juana. Pues déjame en tanto ir
A medio matar un gato,
Porque la demos un rato
De gato á medio morir.
Clara. No nos oiga.
Juana. No se asome...
¡Ah! sí; ¿quieres que de paso
Entre agora á ver si acaso
Tiene tinta la redoma?
Clara. Tú verás, que á su despe- [cho,
En viniendo este villano,
He de escribir con mi mano
Mis venganzas en su pecho.
Juana. Pues mira, ya que tan rara
Venganza quieres urdir,
Si el pecho le has de escribir,
Hazle la cruz en la cara.

ESCENA XIV.

DICHAS Y ORTUÑO.

Ort. ¡Ce! Juanilla.
Juana. Ortuño viene.
Ort. ¿Puede ya entrar mi amo?
Juana. Sí:
Di que mi ama está aquí.
Clara. Mi venganza se previene.
Juana. ¿Cómo la has de encami- [nar?
Ya estoy rabiando por vella.
Clara. Tú, Juana, entra con ella,
Y en viniendo don Gaspar,
Haz que se llegue á esta puerta,
Mientras durare este lance,
Y porque á verla no alcance,
Puedes correr la antepuerta.
Juana. Yo lo dispondré, que ya
Estoy al cabo.
Clara. ¡Ah, sí, Juana!
Lucía esté á la ventana.
Para avisar.
Juana. Está bien.

(*Vase Juana, dejando corrida una antepuerta, qué habrá en un lado.*)

ESCENA XV.

DOÑA CLARA, DON GASPAR Y ORTUÑO.

Gasp. Allí está.
Ort. ¿No llegas?
Gasp. Sí.
Ort. ¿Y vienes, en fin, muy tier- [no?
Gasp. Cada dia quiero mas
A esta muger.
Ort. Segun eso
Juanilla...
Gasp. Por hoy es tuya.
Ort. Sobra muchísimo tiempo.
Gasp. Si alguna vez, prenda her- [mosa,
Si alguna vez, dulce dueño,
Te merecieron mis ansias
Piedad, ó atencion...
Clara. ¡Qué bueno! *ap.*
Gasp. Hoy, por mas afectuosas,
Te merecen...
Clara. ¡A buen tiempo! *ap.*
Gasp. Mas piedad, mas atencion...
Clara. ¿Si estará Isabel oyendo?
Porque si ella no lo escucha, [*ap.*
Se echa á perder todo esto.

ESCENA XVI.

DICHOS, DOÑA ISABEL Y JUANA.

Isab. ¿Fuése ya?
Juana. Sí, ya podeis
Salir; pero un caballero
Está hablando con mi ama;
Esperad.
Isab. ¿Qué es lo que veo? *ap.*
Don Gaspar es; ¡qué esto sufro!
Gasp. Digo, pues, hechizo bello
De mis ojos, Clara hermosa...
Clara. Ya la he sentido en el pues- [to, *ap*
Diga mucho de eso ahora,
Que ya es bueno, y á buen tiempo.
Gasp. Digo, pues, que de mis du- [das
Vuelvo otra vez satisfecho,

A hacer que mi corazon
Se abrase en mejor incendio.
¡No sé que añade en los ojos
El gusto, adorado dueño,
Que hoy me pareces mejor
Que ayer! pero ya lo entiendo;
Hoy te miro con amor,
Y ayer te miré con zelos,
Y aunque tu belleza es una,
Mi atencion es otra, puesto
Que ayer los ojos airados,
Y hoy amorosos y tiernos,
Ayer verian lo hermoso,
Mas hoy ven lo lisonjero.
Clara. Si alguna vez regalaron *ap.*
Mentidos estos requiebros,
Es hoy, porque ando á buscar
El sonido, y no el afecto.
Isab. ¡Confusa estoy!
Juana. ¡No es mal como
El que lleva la del reto!
Clara. En fin, ya vamos echando
Mas tósigo en el veneno. [*ap.*
¿Ya, en fin, satisfecho vienes
De tus injustos recelos?
Gasp. A tus piés vuelvo rendido.
Clara. ¿Y ya prometerme puedo
Tu firmeza?
Gasp. Será eterna
La adoracion de mi pecho.
Clara. ¡Mira que me ofreces mu-
[cho!
Gasp. Es mucho mas lo que quiero.
Clara. ¿Y he de ser yo sola quien
Te merezca esos afectos?
Gasp. ¿Eso dudas?
Clara. No te espantes,
Que es poco lo que merezco.
Gasp. ¿Tú desconfias, bien mio?
Clara. Júralo, pues, y creerélo.
Gasp. ¡Fáltenme amen, esos ojos,
Si no me muero por ellos!
Clara. Guárdete Dios, que del modo
Que si lo viera, lo creo.
Isab. Ya no puedo sufrir mas.
Juana. Ya se aira, no es malo eso.
Gasp. Paréceme que á esa puerta
Siento gente.
Clara. ¡Raro medio *ap.*
De acabar esta venganza
Me ha ocurrido! Si allá dentro...
Las criadas... don Gaspar...

(*Túrbase.*)

Yo á nadie escondido tengo...
Si Juana... porque yo... como...
¿Tú no lo ves?
Gasp. ¿Qué es aquesto?
Clara. Con turbarme he de empe-
[ñarle *ap.*
En que apure lo que quiero.
Gasp. ¿Pues quién te ha dicho que
Tienes á nadie encubierto? [tú
Clara. Nadie; pero te conozco,
Y desde anoche te temo.
Gasp. Pues, vive Dios, que he de
Hasta el menor aposento [ver
De la casa.
Clara. ¿Para qué?
Gasp. Porque en tu semblante veo
Señas de tu culpa
Clara. ¿No
Echas de ver (habla quedo),
Que si algun amante mio
Aquí te estuviera oyendo?
Gasp. Que se saliera á matar
Conmigo, dirás; ¿no es esto?
Pues ya es antiguo.
Ort. Señor,
Don Diego es sin duda, entremos,
Antes que pueda achacarse
Juana maridos agenos:
Ven conmigo.
Clara. Aguarda.
Gasp. Aparta:
De este modo... ¿mas qué es esto?

(*Corre la cortina, y halla á doña Isabel y quédase turbado, y van saliendo, y queda en medio de las dos.*)

Clara. ¡Bien se ha hecho! *ap.*
Isab. ¡Muerta salgo!
Gasp. ¿Isabel?
Ort. ¡Lindo don Diego!
Gasp. ¿Pues cómo Isabel? ¿pues Clara?
¿De qué suerte (á hablar no acierto)
Juntas os hallo á las dos?
Clara. Por ver esto,

Isab. Por ver esto.
Ort. Mírenle, y luego dirán
Que está la virtud en medio. *ap.*
Clara. Ya, falso, alevoso amante...
Isab. Ya, ingrato, vil caballero...
Clara. Que este desengaño he [visto...
Isab. Que este desengaño veo...
Clara. No podrán vuestras traicio- [nes.
Isab. No podrá el engaño vuestro...
Clara. Deslumbrar...
Isab. Desvanecer...
Clara. Mis sospechas.
Isab. Mis recelos.
Clara. ¡Mugeres, escarmiento!
Fuego, fuego en los hombres.
Isab. Fuego, fuego.
Clara. ¿No me dejaréis hablar?
¿He de quejarme con ecos?
Isab. Decid, que yo guardaré
Mis enojos para luego.
Clara. Pues yo digo...
Gasp. Clara hermosa...
Clara. No hay, Clara, atended.
Gasp. Ya atiendo.
Clara. Pensarás, ingrato amante,
Que á mí me hace novedad
El ver esta variedad
En tu pecho y tu semblante;
Pues no, ninguna se espante,
Ni otra accion del hombre espere;
Que el que mas gime, y se muere
Por vencer nuestro desden,
Dice lo que quiere bien,
Mas no dice lo que quiere.
El hombre menos traidor
Atras nuestro engaño deja,
Y está el ser mejor su queja
En que se queja mejor.
Nosotras nuestro dolor
No le sabemos decir,
Sentirle sí, hasta morir;
¿Pero qué viene á importar,
Si nos falta el ponderar,
Que es el alma del sentir?
Y así, aunque airada me ves,
Sin mas señas que irritarme,
Advierte que el enojarme
Mi mayor venganza es.
Este amor nos cura; pues,
Mugeres, cese el abuso
De amar como amor dispuso;
Muera el favor y el desden,
Y desde hoy, mal haya amen,
La que no entrare en el uso.
Isab. Mal haya, amiga, mil veces,
No mas vanos rendimientos.
Clara. Imitemos sus traiciones.
Isab. Sus dobleces imitemos.
Clara. Y vos, traidor...
Isab. Vos, ingrato...
Clara. Fementido...
Isab. Falso...
Clara. Necio...
Isab. Para quien sois os quedad.
Clara. No me veais, idos presto.
Las dos. Mugeres, escarmiento,
Fuego, fuego en los hombres, fuego, [fuego.
(*Detiénelas don Gaspar.*)
Gasp. Aguardad, no habeis de ir,
Que ya que en tan grande aprieto
Es fuerza que me declare,
O lo pierda todo, quiero
Que tú, Isabel, me perdones,
Y tú, Clara, mis afectos
Admitas; porque desde hoy
Eres mi absoluto dueño.

ESCENA XVII.

DICHOS, JUANA É INES.

Juana. Señora, tu padre ha entrado
Por la puerta falsa, y pienso
Que con don García sube
Por la puerta de acá dentro.
Isab. ¿Con él viene don García?
Pues yo me voy, porque puesto
Que ya he entendido á este ingrato,
Con él despicarme pienso;
Y no es bien que me halle aquí.
Ven, Ines, ¿pero qué veo?
Mi hermano por acá viene.
Gasp. ¡Hay mas peligros!

ESCENA XVIII.

DICHOS, D. MENDO, D. GARCÍA, Y DESPUES D. DIEGO CON UN PAPEL.

Mendo. ¿Qué es esto?

¿ Quién...? ¿ Don Gaspar?
Gasp. Soy perdido. *ap.*
Diego. Ya, ingrata, á traerte vengo
El papel... ¿ pero qué miro?
¡ Don Gaspar, mi hermana, cielos !
¿ Qué es esto?
Garc. ¡ Aquí mi Isabel ! *ap.*
¡ Don Gaspar aquí ! ¡ hay sucesos
Mas raros !
Clara. Yo estoy sin vida.
Isab. A mí me falta el aliento.
Mendo. Esto ha de ser, don García;
Todos estamos supensos,
Pues venga lo que viniere,
Oid, que yo soy primero.
Vos, que os habeis de casar
Con doña Clara, aquí dentro
Veis á don Gaspar, no dudo
Que os hallaréis con recelos ;
Pues sabed que don Gaspar
A Isabel está queriendo.
Garc. ¿ Cómo á Isabel ? ¿qué decis?
Mendo. Que si ha entrado aquí, es [por eso ;
Porque anoche á mi jardin
Saltó desde el de don Diego.
Diego. Eso no ; piérdase todo,
Que tambien yo soy primero :
Don Gaspar está delante,
Y dirá lo que hay en eso.
Gasp. Tened, don Diego, aguardad,
Que si os hallo muy resuelto
No lo diré ; mas por mí,
Y por vuestra hermana quiero
Decir la verdad : anoche
No entré en casa de don Diego ;
Pero me empeñé en decirlo,
Por salir de aquel aprieto.
Garc. Al cuerpo me ha vuelto el [alma. *ap.*
Mendo. Pues de esa suerte, mi acero
Vengue el honor de mi hija.
Gasp. Tened, que pues no hay re- [medio
Sino darla yo la mano,
Yo se la doy desde luego.
Mendo. Eso es ya preciso.
Garc. Y yo,
Si la de Isabel merezco,
Seré feliz.
Diego. Yo lo soy
En que ella tenga tal dueño,
Y quede con ello firme
La amistad en nuestros pechos.
Ort. Y yo me caso con Juana,
Porque se acabe con esto
El amor al uso ; pues
El casarse es á lo viejo,
Y humilde su autor os pide,
Que perdoneis tantos yerros.

DON JOSÉ DE CAÑIZARES.

Nació en Madrid el dia 4 de julio de 1676, habiendo sido bautizado el 14 del mismo mes en la parroquia de San Martin. Fueron sus padres don José de Cañizares y doña Gerónima Suarez de Toledo y la Caballería. Entró en la carrera militar, y el año de 1711 era ya teniente de caballos corazas, como se llamaban entonces los coraceros. Casóse con doña Lorenza Alvarez de Losada Osorio y Redin, de quien tuvo dos hijos, don José y doña Gerónima, y murió en 4 de setiembre de 1750 en la Plazuela de Santo Domingo donde habitaba : fué enterrado en el convento del Rosario de padres dominicos.

Empezó desde muy jóven á escribir para el teatro, tanto que se asegura que á los trece o catorce años compuso la comedia titulada : *Las Cuentas del Gran Capitan.* Sus comedias son muy numerosas y las hay entre ellas de todos géneros y estilos ; pero las que han dado á Cañizares la celebridad de que justamente goza, son las llamadas de *figuron*, entre las cuales *El Dómine Lucas*, *El Monta-*

ñés en la córte, y *El Baron del Pinel, ó Abogar por su ofensor*, nos parecen las mejores. Tambien escribió Cañizares una zarzuela titulada *Milagro es hallar verdad*, que puso en música don Francisco Caradigni, y se representó en el coliseo del Príncipe el año 1732, y un folleto titulado : *España llorosa sobre la funesta pira, el Augusto mausoleo y regio túmulo*, etc., etc., que es una relacion de las honras que se hicieron en Madrid en el convento de la Encarnacion por el Delfin de Francia.

Pocas comedias pueden citarse que hagan reir tanto como la del *Dómine Lucas*. Desde que este mentecato se presenta en la escena, no hay quijadas que basten para celebrar con la debida salva de risas todas sus necedades. No ignoramos que este carácter es una verdadera caricatura , y que una buena comedia, como un buen cuadro, no debe serlo; pero todo se le perdona al autor que tiene el don de divertirnos tan completamente. No presentamos, pues, esta comedia como un modelo del arte , pero estamos seguros de que nuestros lectores reconocerán empleado en ella un verdadero talento dramático, aunque descarriado por el mal gusto y la falta de estudio severo de la naturaleza, un diálogo vivísimo y salpicado de chistes que, aunque degeneran alguna vez en bufonadas, nunca ofenden el pudor, excitando siempre una risa franca, y unos caractéres algo recargados, pero llenos de originalidad y perfectamente sostenidos. Repetimos que el género á que pertenece esta comedia no es el buen camino para llegar á la sublimidad del arte; pero al par que admiramos una grandiosa composicion de Velazquez ó un santo de Zurbarán, no nos desdeñamos de aplaudir con toda sinceridad un capricho de Goya, ó una caricatura de Theniers, y creemos que lo mismo les sucederá á nuestros lectores.

EL DÓMINE LUCAS

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS. — DON LUCAS, estudiante. — DON ENRIQUE. — DON ANTONIO. — DON PEDRO, viejo. — DOÑA LEONOR, su hija. — DOÑA MELCHORA. — FLORELA. — JUANA. — TALAVERON. — CARTAPACIO. — UN GOLILLA. — UN LETRADO.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

DON ANTONIO, DE SOLDADO BIZARRO, DON ENRIQUE, DE GOLILLA, Y TALAVERON, DE LACAYO.

Ant. Vive Cristo, don Enrique,
Que si dais en esa tema,
Me he de ahorcar de una encina.

Enr. Don Antonio, yo quisiera
Saber de vos, cómo se ama,
Sin que el corazon lo sepa.

Tal. Amando por diversion,
Que el que es, aunque hombre, tan bestia,
Que por mugeres se mata,
Merece....

Enr. ¿Qué?

Tal. Que se muera.
Ant. Dice bien Talaveron.
¿Hombre ó demonio, en qué piensas?
Las mugeres todas son
Engañifas de la idea;
Nuestros desvelos nos pagan
En el precio que nos cuestan.
No, amigo, que la mas fina
Tiene una rara moneda,
Que cuando la dice, es oro,
Que cuando la llora, es perlas,
Que cuando la escribe, es plata,
Y es cobre, cuando la trueca,
Pues es fuerza hacerla cuartos,
Para cumplir con ochenta.
Tal. El evangelio es de amor.
Enr. Don Antonio, la franqueza
De vuestro genio, aumentada
Con la libertad que engendra
La campaña, os da ese humor,
Incapaz de que en él quepan,
Ni reflexiones amantes,
Ni desveladas empresas.
Yo, que adoro una hermosura,
Y con mi pasion apenas
La merecí compasiva,
Cuando ya la lloro agena,
Muy de otra suerte discurro.
Ant. ¡Válgame Dios, qué terneza!
Es lástima que no llores,
Y esa dama no te vea
Hacer pucheros con barbas,
Para que con eso fuera
Mas alta tu bobería,
Y mas fina su soberbia.
Tal. Ver á un barbon hacer mi-
Es cosa que desespera. [mos,
Ant. Pero permíteme, amigo,
Que pueda pedirte cuenta
De aquel tu pasado amor
Con cierta madamisela;
Que servistes en Amberes,
Que despues de otra novela
De amor, que tambien, tambien
No somos aquí de piedra,
Te referiré el suceso:
Y comerciadas tus penas
Con mis glorias, lograrémos
Divertirlas con saberlas.
Tal. Aquí me huele á romance. *ap.*
Enr. Escucha, amigo, y no creas
Que siente con pocas causas
El que padece con estas.
Hijos de Madrid nacimos
Los dos, y en nuestras primeras
Infancias, por el afecto
Que el trato comun engendra,
Tan amigos, tan hermanos,
Que el deudo, que á la fe nuestra
No le concedió la sangre,
Le obró la correspondencia;
Que el verdadero pariente,
Si sabe serlo de veras,
Es el amigo; pues poco
Importa que no lo sea,
Si quien siente lo que siento,
Y en mis bienes se interesa,
Aunque no tiene mi sangre,
Tiene los efectos de ella.
De Madrid, pues, por influjos
De inclinaciones diversas,
Partimos el rumbo entrambos;
Vos á estudiar en la guerra,
Yo á lidiar en los estudios;
En cuya sutil palestra,
Apenas con la ambicion
De ceñirme á las esentas
Ramas del furor de Apolo,
Me dí al uso de las ciencias,
Cuando á mi padre, que en Flándes
De Amberes la fortaleza
Gobernaba, un accidente
Asaltó con tanta fuerza,
Que sin que le diese el tiempo
Lugar á mas diligencia
Que á morir, rindió á la parca
Su noble vida, tan llena
De militares aplausos,
Que no poco en sus empresas
Embarazó de la fama,
Ya las plumas, ya las lenguas.
Fué preciso hiciesen pausas
Mis estudios con tal nueva,
Siendo el único hijo suyo;
Y aventurando mi hacienda
Si á Flándes no me partia,
Hícelo con tanta priesa,
Que logré cuanto anhelaba,
Y aun lo que menos quisiera.
¡O cielos, cuánto el acaso

De los desvelos se venga!
¡Cuánto de las prevenciones
Se burlan las contingencias!
Un dia, ya fenecidas
De Amberes las dependencias,
Que pensando en mi partida,
Salí á la hermosa ribera
De un rio, que á sus murallas
Bate con bombas de perlas,
Despues de haber dilatado
Vista y planta en su halagüeña
Entretegida espesura,
Cuya enredada maleza,
O tarde, ó nunca la entrada
A un rayo del sol dispensa,
A tiempo que ya la tarde
Con la noticia primera
Del avance de las sombras,
Del tropel de las tinieblas,
En retaguardia del sol
Iba tan en fuga puesta,
Que sin poder en el grueso
De sus luces recogerlas,
Se iba dejando en poder
De la noche las estrellas
Traidoramente cautivas,
Dócilmente prisioneras,
Un dulce halagüeño acento
Escuché, cuyas postreras
Sílabas entre las voces
De un blando instrumento envueltas,
Eran prision armoniosa
De fuentes, de aves y fieras.
Bien pudieran persuadirme,
A no saber cuanto mienta
La antigüedad fabulosa
Plantas mudas y ondas quietas,
Vientos y flores absortas,
Que alguna incauta sirena,
O dríade de aquel bosque,
O de aquel golfo nereida,
Eligiendo aquella muda
Soledad, juzgaba en ella,
De algun semidios zelosa,
Verter en dulces endechas
Sonoro tósigo el aire,
Dulce veneno á la selva;
Pues para serlo bastaba,
Que aun ecos de zelos fueran.
Pero me desengañó
Ver á mis ojos espuesta,
Apenas de unos jarales
Dí al rudo teson la vuelta,
Una placentera tropa
De hermosas madamiselas,
Y entre ellas una, que dando
Alma á un laud, de sus cuerdas
Iba el oro bullicioso
Salpicando de azucenas.
Todos á un tiempo pudieron
En afable competencia
Suspenderme : pero como
Aun la mas hermosa deja,
Bien que los ojos cautive,
Franca la segunda puerta,
Que es la del oido, presto
La libertad halla senda
Para salir; y mas cuando
Este sentido no cesa
De influir con desengaños,
De llamar con influencias.
Pero como la tirana
Hermosa enemiga bella
Del corazon, con su acento
A la cláusula primera
Del oido me cogió,
No encontró despues, al verlas,
Camino para la fuga
La libertad; ántes presa
De dos iguales impulsos,
El cuello dió á dos cadenas,
Aunque cualquiera sobraba;
Pues como triunfar aprenda,
Donde hay beldad, ¿qué mas voz?
Donde hay voz, ¿qué mas belleza?
Rendido á tan noble objeto,
Cobrándome en mí suspensa
Admiracion, al estilo
Del pais, la reverencia
Les hice, á que todas juntas
Correspondieron atentas,
A tiempo que de su gente
Instadas, la estancia amena
Trocaron por las carrozas.
Que las seguí, ya se deja
Entender; que por criadas,
Billetes y estratagemas,
A saber llegó mi amor
Cintia (aqueste nombre tenga
Por disfraz de mi respeto).

Dicho está, y solo me resta
Encarerer cuán aprisa
En amorosas empresas
Penas á glorias se cambian,
Bienes por males se truecan;
Pues apenas obligada
La tuve, cuando á sus puertas
Con otro galan, que acaso
De mí con infiel cautela
Encubria, cierta noche
Reñí una cruel pendencia.
Fué á tiempo que mi partida
Me instaba; con que el creerla
Traidora á mi amor, el lance
Referido, y la funesta
Noticia de una criada,
Que me contó que no era
Yo solo de Cintia amante,
Me hizo abreviar mi dispuesta
Jornada, y aborreciendo
Las libertades flamencas,
Dar al olvido su amor.
¿Pero qué importa? si apenas
A Salamanca volví,
Cuando al ver su primer flecha
Burlada, el ciego traidor,
Un segundo arpon me asesta;
Como quien dice : no importa
Que no haga caso de aquella,
Que como me queden armas,
Aun mas victorias me quedan.
De don Pedro de Chinchilla,
Caballero, cuyas prendas
Toda Castilla encarece,
La esposa murió, y la deuda
De caballero me hizo,
Que con todos concurriera
A la piadosa funcion
De sus honrosas esequias,
Y al pésame acostumbrado :
Que concediese fué fuerza
Leonor, hermosa hija suya,
Su vista; no á encarecerla
Con hipérboles aspiro :
Solo diré, que si fuera
Tan hermosísimo el luto
Con que la noche lamenta
La falta del sol, sobraba
De la aurora la asistencia,
Y el bello incendio del dia,
Ahora notad por las señas,
La que alumbraba con sombras,
¿Con esplendores qué hiciera?
Solo sé, que si allá el gozo
Me suspendió, aquí la pena
Me trajo : si allá armonías
Me cautivaron, tristezas
Me aprisionaron acá;
Si en una el canto me eleva
En otra el llanto me mueve.
¡O amor! ¿qué habrá que no sea
Materia para tus triunfos,
Si ya sea gusto, ó ya queja,
Ya placer, ó ya dolor,
Ya júbilos, ó ya endechas,
Todo sirve á tu deidad,
Todo á tu poder obsequia?
Con que mal podrá eximirse
De tu esclavitud quien sepa,
Que en cualquier afecto vives,
Y es fuerza que en todos venzas.
Desde que á Leonor miré,
Dí en servirla, y merecerla
Alguna atencion, que aun hoy
A mi cariño conserva.
Tuvo don Pedro su padre
Un sobrino en las escuelas
De Salamanca, á quien llaman
Don Lucas, que en la aspereza
Criado de la montaña,
Que, como patria cualquiera,
Discretos y necios cria,
No hay humana diligencia,
Que baste á hacer que cultive
Tanta natural rudeza.
Es tan necio como vano,
Y en el uso de las letras
Incapaz, pues ha seis años
Que estudiando se desvela,
Y ni aun gramática sabe.
Con este, por conveniencias
De mi amor, trabé amistad
Muy grande, ántes que viniera
Leonor á Madrid, adonde
Siguiendo las dependencias
De un gran mayorazgo suyo
Don Pedro está : y de manera
Su aplicacion ha logrado,
Que con sus crecidas rentas
Un título comprar quiere,

Con él formando, y con ellas
El dote á Leonor, bien como
Su principal heredera.
Pero esto es con la pension
Cruel de que porque sea
La línea de los Chinchillas
Del mayorazgo cabeza,
A su hija con su sobrino
Casar quiere; y con la idea
De esa sin razon, en casa
Al tal don Lucas hospeda,
Bien que en cuarto separado,
No obstante la resistencia
De Leonor, que por no verse
En las manos de una fiera,
Título y dote gustosa
Cede á su hermana pequeña
Doña Melchora, con quien
Escasa naturaleza,
En cuanto al entendimiento
La mayor verdad la niega.
Ahora juzgad, don Antonio,
Las líneas á un centro vueltas,
Los escarmientos de Flándes,
De España las contingencias,
Iras, sustos, ansias, zelos,
Pesares, angustias, quejas,
Sinrazones, sobresaltos,
Si es forzoso que me tengan
Mal seguro de mi suerte,
Bien quejoso de mi estrella.
Ant. Con razon encarecisteis
Las esquisitas novelas
De vuestra vida, y en todas
Os pareceis de manera
A mí, que no hay circunstancia
En que entre sí no convengan.
Dama tuve yo en Amberes,
Pero cón gran diferencia
Entre vos y yo; pues aunque
Reñí mil veces por ella,
Jamas un favor logré;
Que en queriendo yo de veras
A una muger, al instante
Se me reviste de peña,
Se me espirita de escollo,
Y no hay diablos que la venzan.
Pero esta doña Melchora,
Hermana de Leonor bella,
¿No está tambien en Madrid?
Enr. Claro está.
Ant. Pues Dios nos tenga
De su mano: habrá dos meses
Que saliendo de una iglesia
Con su hermana, la hice gestos.
La seguí, y la tengo hecha
Una lástima por mí.
Enr. ¿Qué decis?
Ant. Hablo de veras.
Tal. Me parece que á los dos
No se os escapa frutera
A quien no le hagais terrero,
Ant. Pero, hombre, es la mayor [bestia,
Que he conocido en mi vida.
Así la hallé á la primera
Dócil á mi amor, que siempre
Todo lo que me revienta,
Es lo que se anda tras mí.
Tal. No es muy mala ropa aquella
De aquel coche.
Ant. Siempre suelen
Venir los dias de fiesta
A misa á los Recoletos,
Algunas carillas buenas.
Enr. Por el corto brujuleo,
Que las cortinas inquietas
Al soplo del aire forman,
Algo percibir se deja
No desagradable.
Ant. A Dios;
¡Mas qué el cochero las vuelca!
Enr. Remolinadas las guias,
Que deben de ser muletas,
Tuercen el juego.
Tal. Ya acude
El escudero que llevan
A enderezarlas.
Ant. ¿Qué importa
Si no alcanzando á las riendas,
Se burlan de él?
Enr. Acudamos. (*Vanse.*)
Cart. (*dent.*). Aguarda, Toribio.
Voz. Espera,
Pícaro.
Melch. (*dent.*). Cielos, piedad.
Leon (*dent.*). ¿No habrá quien nos [favorezcà?
Tal. Cayó el coche, pero á tiempo,
Que mi amo y su amigo llegan,

Sosteniéndole, á sacar
La gente que dentro encierra.

ESCENA II.

Dichos y CARTAPACIO.

Cart. ¿Señores, habráse visto
Mas solemne desvergüenza,
Que la de este verderon,
Que gritándole hora y media,
Sobre que hácia el pectoral
Les restringiese las riendas,
No quisiese? Ello no hay hombre
Que observe sus incumbencias.
Tal. ¿Qué es eso, amigo?
Cart. No es nada,
Un enjambre de cabezas,
Que se han roto en aquel coche,
¿Y se está con esa flema
Vuesarcé?

ESCENA III.

Dichos y DON ANTONIO con DOÑA MELCHORA en brazos.

(*Trae una perra grande, y unos rizos descompasados, collar gordo y vueltas.*)

Ant. Trocad, señora,
¡Qué miro! las azucenas
De vuestro rostro al purpúreo
Clavel, que en su espacio reina,
Que ya estais libre.
Melch. ¡Ay, señor!
Que no sé yo como pueda,
Ni trocar, ni destrocar,
Porque ni viva ni muerta,
Estoy tan de estotro modo,
Que estoy de cualquier manera.
Yo os agradezco el socorro,
No solo por mí, que aun esa
Es la menor circunstancia,
Sino es por ver mi marquesa
Libre de... ¿pero qué veo?

ESCENA IV.

Dichos, DON ENRIQUE con DOÑA LEONOR, y TALAVERON con JUANA.

Enr. No Atlante se desvanezca
De que en sus hombros el cielo,
Divina Leonor, mantenga,
Cuando yo á cielo mejor
Logro con débiles fuerzas
Sostener.
Leon. Solo un acaso,
Enrique mio, pudiera
Conseguirme esta fortuna.
Tal. Semidiosa de la legua,
Vuelve en tí.
Juana. No solo en mí
Volveré, sino en cualquiera,
Por lo bien que me está.
Cart. ¿Digo,
Tambien hay para una puerca
Su pasico de desmayo?
Tal. ¿Y quién al purichinela
Le llama aquí?
Cart. Usted perdone,
Que esto es una impertinencia.
Ant. ¿Es posible que á mi amor
Le ha de costar el que os vea
Todo este susto?
Melch. Yo os tengo
Un amor como una bestia;
Pero tan desaquellada
Me siento con una ausencia,
Que á no estarme divertida
En hacer unas muñecas,
Y en bailar lo mas del tiempo,
Yo, Juana y la cocinera,
Ya nos hubiéramos muerto.
Ant. Yo os estimo la fineza,
Que á un amor de zarambeque
Con un pandero se premia.
Melch. Ellas y yo, ya se sabe,
Pasamos de esta manera;
Porque en casa ellas y yo
Es lo mismo que yo y ellas.
Ant. ¡Mal haya tu entendimien-
[to! *ap.*
¿Habrá hombre, que de una necia
Pueda gustar?
Leon. Hoy habemos
Recibido una flamenca
Por criada, á quien condujo
Un mercader de su tierra,
Conocido de mi padre,
Y dicen, que entre las prendas
Que tiene, en la del cantar
Es divinamente diestra.

Yo haré que Juana te espere
Esta noche, y cuando sea
Ocasion de que á mi cuarto
Entres, la voz es la seña
Que ha de avisarte, pues, como
Te he dicho veces diversas,
Aunque aventure, ¡ ay Enrique!
Opinion, vida y hacienda,
Tú solo has de ser mi dueño.

Enr. Esa constancia me alienta.

Leon. Y ahora, pues es reparable
Detenernos mas en esta
Publicidad... ¿Cartapacio?

Cart. ¿Señora?

Leon. Que dé la vuelta
Toribio.

Cart. ¡ Ah, papagayon!
Desfílate á la derecha.

Ant. Hasta tomar la carroza,
El iros sirviendo es deuda.

Melch. Pues llevadme esta perrita,
Y no la apreteis, que es tierna
De pecho, y vomitará.

Ant. Cierto que la alhaja es bella.

Melch. Hoy ha almorzado dos li- [bras
De huevos de faldriquera,
Y está muertecilla de hambre.

Enr. ¿Cuándo otra dicha como esta
Lograré yo?

Leon. Don Enrique,
No hay mal que por bien no venga.

Enr. Si ha de costarte un peligro,
Mejor me estoy con mi pena. (*Vanse.*)

Cart. Demasiadas cortesías
Son las de estos dos babiecas. (*Vanse.*)

Tal. Ven, hija.

Juana. Vamos, querido.

Cart. ¡ Ah pícara, que galera
Tan bien empleada!

(*Éntranse puestas las manos en los brazos de los galanes las damas, y los graciosos dadas las manos.*)

ESCENA V.

DON LUCAS, QUE AL VERLOS SE SUSPENDE, Y CARTAPACIO, AL PAÑO.

Luc. ¿Si habrá
Quedado misa en la iglesia?
¡Pero qué miro!

Cart. Las tres
Van como unas tres princesas.

Luc. ¿Doña Leonor no es la otra?
¿Doña Melchora no es esta?
Ellas son por las espaldas,
Mas por detras no son ellas.

Cart. Iréme quedando atras,
Que tengo una diligencia
Que hacer en las tabernillas.

Luc. ¡Habrá mayor desvergüenza!
¡Muger, que para mi esposa
En infusion de sí mesma
Estuvo en la primer mente
Del padre del que la engendra,
Anda en estos arrumacos!
Lucas, hémosla hecho buena:
Y este maldito espantajo
¿A qué demonios las suelta
Sobre su palabra? Digo.

Cart. ¡ Jesucristo! ¿ quién me [tienta?

Luc. Yo, pícaro, que te vengo
A pedir de mi honra cuentas.

Cart. Yo, señor, si...

Luc. No se turbe.

Cart. Cuando pude...

Luc. Échalo fuera.

Cart. Si el cochero...

Luc. No me masque.

Cart. Fué el culpado.

Luc. ¿De qué tiemblas?

Cart. Es que el coche, las señoras,
El cochero, la volteta,
Los hombres... y no hablaré
Palabra, si usted se acerca,
Que estoy perdido de miedo.

Luc. ¡ A Dios, honra montañesa,
No queda mi ejecutoria
Para papeles de especias!

Cart. Señor, el coche venia
Delante de la trasera,
Mas hácia acá de las mulas
Sobre la viga maestra.

Luc. ¿Pues dónde había de venir?

Cart. Comenzóse una reyerta
Entre la zaina y la roja:
Yo, que olí la morisqueta,
Hice señas á Toribio,

Que el flagelo introdujera
A la parte occidental.
Luc. ¿Ahora me latinea?
Maldita sea tu alma.
Cart. No me entendió; dió la [vuelta,
Cayó el coche; tus dos primas
Saltaron, sin ser teceras,
En los brazos de dos hombres,
Que se hallaron allí cerca.
Luc. ¿De dos hombres?
Cart. De dos hombres.
Luc. ¿Ahí es preciso que hubiera,
Para desembanastarlas,
O de mano, ó de cabeza
Tenazon y agarroteo?
Cart. Abrazáronlas por fuerza
Para sacarlas.
Luc. ¿Qué dices?
Cart. Fué indispensable indecencia.
Luc. Caiga sobre mí un vizconde
Con toda su parentela.
¿Melchora, á quien entre dientes
Tengo una aficion horrenda;
Leonor, en quien la pecunia
Me tira, que me desuella;
La una hacienda de mi amor,
Y la otra amor de mi hacienda,
Maniestiradas de hombre?
¿Qué dirá el valle de Ruesga,
Adonde se trae la honra
Colgada como venera?
Cart. Allí vuelven los dos hom- [bres.
Luc. ¿Los de la pasada gresca?
Cart. Ellos mismos.
Luc. Pues, querido,
Aquí de tus habilencias.
¿No soy tu dómine?
Cart. Ad natum.
Luc. ¿No eres mi fámulo?
Cart. Etiam.
Luc. ¿Te toca mi honor?
Cart. Ad intra.
Luc. ¿Te tañe mi enojo?
Cart. Ad extra.
Luc. Pues dame esa daga.
Cart. ¿Ad quid?
Luc. ¿Ad quid? á lograr que mue- [ran
Los que mi amor despachurran.
Cart. Señor, tu piedad inmensa,
A este hombre precipitado
Con sus ausilios detenga.

ESCENA VI.

DICHOS, DON ENRIQUE, DON ANTONIO Y TALAVERON.

Luc. Esto ha de ser.
Enr. Hasta tanto,
Que de vista se perdieran
No quise dejar el coche.
Ant. Gran dicha ha sido la nuestra,
Luc. ¿Cartapacio?
Cart. ¿Señor mio?
Luc. ¿Por dicha, has sido en tu [tierra
Barbero?
Cart. ¿Porqué?
Luc. Porque
Adonde cae me dijeras
La tetilla en las espaldas.
Cart. Señor, píllale la arteria
Capital; mas arribita
Del sófago, y por mi cuenta.
Enr. Por aquí, ¡pero qué veo!
Luc. Hombre, á tu Dios te enco- [mienda...
¡Pero qué miro!
Enr. ¿Don Lucas?
Luc. ¿Don Enrique? abraza apriesa,
Hijo de mi corazon:
¡Jesus! si no das la vuelta
Tan aprisa, en un hijar
Te he abierto una faltriquera.
Enr. ¿Porqué?
Ant. ¡Que estraña figura!
Tal. Longaniza de bayeta
Parece el hombre.
Luc. ¿Porqué
Me pregunta? usted me juega
Con mi novia á salta tú.
Enr. ¿Cómo?
Luc. Tomándola á cuestas.
Enr. Yo solo sé, que dos damas
Ví peligrar...
Luc. Cantaleta.
Enr. Y á fuer de ser caballero...
Luc. Fué usté á retozar con ellas.
Enr. ¿Yo? ¿qué decis? ¿retozar?

Luc. Ya sé vuestras mañas viejas,
Que en viendo mozas se os ponen
Los ojos como linternas;
Pero no se me da nada,
Que ántes me viene de perlas
La ocasion, porque en la novia
Quiero hacer cierta esperiencia,
Y de vos me he de valer.
Ant. El don Lucas es gran bestia.
[*ap.*
Enr. Ya sabeis, que por la antigua
Generosa amistad nuestra
Os debo servir.
Luc. Acoto:
Y oidme en Dios, y en conciencia.
Enr. Proponed.
Luc. Yo en la montaña
Tengo una bonita hacienda,
A Dios gracias, que un abuelo,
Mi deudo por línea recta,
Fundó ciento y dos mil años
Antes que Cristo naciera.
Ant. ¡Antiguo blason!
Luc. Dejóme
Con calidad esta renta,
De que entre á gozarla yo
Desde el dia que me muera.
Enr. ¿Desde que os murais? ¿pues muerto
De qué os sirve?
Luc. Tengan cuenta;
¿Pues cómo quereis que mande,
Que viva un hombre con ella,
Si es hacienda de montaña,
Que hincha, pero sustenta?
Enr. ¿Pues cuánto es?
Luc. Doce ducados,
Y tiene un censo de treinta.
Cart. Dígame usted, ¿no es mi amo
Discreto de cuatro suelas?
Enr. Vamos al caso, don Lucas.
Luc. El caso es, que mi nobleza
Tan antigua, que á diez millas
Huele á lo rancio que apesta,
No permite que me entregue
Todo entero, á quien no sepa,
Que es muger tan recatada,
Tan mirada, tan atenta,
Tan noble, y tan tarantan...
Enr. ¿Qué es tan tarantan?
Luc. Discreta
Frase, con que así me esplico,
Dando á entender que quisiera
Muger, que no se asustára
De cajas, ni de trompetas.
Enr. ¿Y eso á qué viene?
Luc. A que no
Le hagan ruido las ternezas
De otro, casada conmigo,
Y me ponga esta mollera
Como el monte de Torozos.
Enr. ¡Quién tal ignorancia piensa
Luc. Quien sabe que Calderon
Dice en la quinta comedia,
Hablando de las mugeres,
Que no hay alhaja que sea
Tan buena como la mala,
Tan mala como la buena.
Tal. Al reves me la vestí.
Luc. Y así, la que está en conserva
Para mí, en el natural
Ha de ser de una jalea.
Enr. ¿No es doña Leonor Chinchilla?
Luc. Esa propia; y desde aquesta
Mismísima hora, usted
La ha de galantear.
Enr. ¿Qué intentas,
Hombre?
Luc. Saber, señor mio,
De la pata que cojea.
Si ella al continuo combate
Se tiene tiesa que tiesa,
Merece en mí un montañés
Con todas las incidencias
De ejecutoria y de sangre;
Si se ablanda como breva,
Con un escudero mio
Le sobra mucho á la puerca.
Para lograr este aquel,
Os da lugar y licencia
El ser mi amigo, y poder
Entrar á verme, y á verla.
De todo cuanto pasáre,
De la forma que suceda,
Me avisaréis, y con eso
Se amansará mi conciencia,
Que ha dias que mi discurso
Daba en esta sutileza.
Y pues que cosas tan cosas,
Que á ser cosicosas llegan,

Si apriesamente se rumian,
Mente despacio se piensan:
Idme á ver presto, que á casa
Voy á esperar la respuesta.
(*Vase.*)

Cart. Disparóse; los demonios
Que le den pique.

ESCENA VII.

DON ANTONIO, DON ENRIQUE Y TALAVERON.

Enr. ¡Hay tan necia
Proposicion!
Ant. ¿Hombre ó diablo,
Pues tal ocasion no aceptas?
Si el propio que te compite
Te hace espalda, da por hecha
Tu fortuna, y á este bruto
Dale papilla.
Tal. ¿Quién yerra
Esa eleccion?
Enr. Decis bien;
Y pues así que anochezca
Estoy de Leonor citado,
Un tono siendo la seña,
Venid. (*Vase.*)
Ant. Vamos, que tambien
A mí mi tonta me espera. (*Vase.*)
Tal. Quiera Dios que pare en bien,
Tanto como el diablo enreda.

ESCENA VIII.

Sala en casa de don Pedro.

FLORELA VESTIDA A LA FLAMENCA, CON LUZ, QUE LA PONE ENCIMA DE UN BUFETE, Y DESPUES DON PEDRO.

Flor. (*Cant.*) Ahora, que á solas
Podemos los dos,
Las quejas del pecho
Fiar á la voz,
Sintámos, pesar;
Lloremos, dolor;
¡Ay, patria! ¡ay, memoria!
¡Ay, fortuna! ¡ay, amor!

Ped. ¡Qué bien canta esta muger!
¿Florela?
Flor. ¿Señor?
Ped. Por raras
Contigencias apelastes
Al amparo de mi casa:
Hija en Amberes naciste
De una ilustrísima dama
Y un caballero español;
No sé que amante desgracia
De amor á España te trajo;
Pero una vez en España,
Y en mi poder, te recuso
Esa tristeza ordinaria,
Pues cuando de propio motu
Contestando á la demanda
Tuya y de Octavio, te admito
Con mis hijas; eso basta
Por la favorable, y por lo
Que resulta de la causa,
A que estés muy satisfecha.
Flor. Y á que rendida á esas plan- [tas
Os reconozca por puerto
De la deshecha borrasca
De mi vida.
Ped. La flamenca *ap.*
Tiene muchísima gracia;
¿Mas qué fuera que Cupido,
No obstante mi edad, tratára
De hacer entre mis afectos
Tan semiplena probanza
De inclinacion, que perdiese,
Del albedrío en la sala,
Mi libertad en tenuta?
Pero á bien, que Sanchez trata
De matrimonio, y con él
Barroso, Olea y Sarabia;
Y lo que es la propiedad
No le ha de salir barata.
Florela, adios, que ya vuelvo.
(*Vase.*)

Flor. Esto solo le faltaba
A mi dolor, que en veneno
Se convierta la triaca,
Y este anciano, á quien mi amparo
La estrella enemiga encarga,
En mi contrario se mude.
¡Ay, Enrique! quien juzgára,
Que yo...

ESCENA IX.

FLORELA, MELCHORA Y JUANA CON MANTOS.

Melch. ¿Florela?
Flor. ¿Señora?
Melch. Ya ha media hora que mi [hermana
Se desgañita por tí.
Flor. Iré á ver lo que me manda.

ESCENA X.

MELCHORA, JUANA Y DESPUES DON ANTONIO.

Juana. Como sea cantar, que es sola
De esta friota la gracia,
Irá en un pié.
Melch. Pues mi padre
Está fuera, y no está en casa,
Dile á don Antonio que entre,
Ya que por la puerta falsa
Le embocaste acá.

(*Sale don Antonio.*)

Ant. No tiene,
Que ir á conducirme Juana,
Que yo, salamandra activa
Al incendio de tu llama,
Me adelanté.
Melch. ¿Qué decis?
¿Que viva yo en Salamanca?
¿Pues qué embarazo en Madrid?
¿Pues qué, teneis otra dama?
¿Pues qué, me quereis dejar?
Juana. Mi señora es insensata. *ap.*
Ant. No adelanteis groserías,
Que no caben en quien ama.
Melch. Bien me pagais el tener
Una gran cosa pensada,
Que deciros de mi amor.
Ant. Decid, que mi fe la aguarda.
Melch. Pues, querido don Antonio
De mi vida, y de mi alma,
El arbolito que vuela,
El pajarillo que pára,
El pececito que ruje,
La fierecita que canta,
Todos en comparacion
De tu persona gallarda
Son, son, son... ¡Válgate Dios!
Ahora una cosilla entraba,
Que si me acordára de ella,
De pura risa lloráras,
Porque árbol, pájaro, pez
Y fiera, todo paraba
En decir que sí, que no
Torna, vuelve, toma y daca.
Juana. No se puede decir mas.
Ant. ¡Habrá necedad mas crasa!
Esta muger pareciera [*ap.*
Mucho mejor si callára.
Luc. (*dentro*). Juana, alumbra.
Melch. Este es don Lucas.
Ant. ¡Pléguete Cristo con mi al-
¿Qué hemos de hacer? [ma!
Juana. En mi cuarto
Te entraré, mientras que él pasa
Al suyo.
Ant. Oye, hija mia,
Por tu vida que no hagas
Que me quede por las costas.

(*Éntrase don Antonio en el aposento del lado izquierdo.*)

ESCENA XI.

DOÑA MELCHORA, CARTAPACIO, DON LUCAS CON UN BULTO DEBAJO DE LA CAPA, Y DON ANTONIO AL PAÑO.

Luc. ¿Melchora?
Melch. ¿Don Lucas?
Luc. Gracias
Al gallo de la pasion,
Que te hallo sola, y sin mazas
Para espresarte mi afecto.
Ant. ¡Qué oigo, cielos!
Cart. Dile: acaba
Lo que quisieres, que yo
Estaré aquí de atalaya.
Luc. Hija, ya tú sabes que eres
Por tu hermosura y tu gala,
Y tu discrecion, la flecha
Que mas me... ¿cómo se llama?
Melch. Ya sé yo que tú me tienes
Un amor como unas natas.
Luc. Pues, porque mi amor conoz-
Hoy pasando por la plaza, [cas,
No obstante las reverencias

De todas mis zarandajas,
Te compré estas dos gallinas
Para que almuerces mañana :
Tómalas por vida tuya.
Ant. ¡ Vive Dios que la regala,
Y ella lo admite!
Luc. El misterio
De amor y gallina, calla
Mucho mas de lo que dice :
Pues significa en sustancia,
Que en esta accion mi fineza
Queda harto cacareada.
Cart. Y que emplumado el cariño,
Cobra en tu favor mas alas.
Luc. Lo que te encargo por Dios,
Y su madre sacrosanta,
Es, que Juana ni Florela,
Ni tu padre, ni tu hermana,
Las vean; porque descubren
De miche á meche la maula
De nuestro afecto.
Melch. Pues yo
No tengo donde guardarlas
Luc. ¿No? ¿pues cómo yo las traigo
En la pretina colgadas,
No puedes ponerlas entre
Ese manto rebujadas?
Melch. Dices bien por vida mia,
Ayúdame tú á liarlas.
Luc. ¿Cómo que ayude? no son
Favores para panarras.
Cart. Pues no serán para usted.

ESCENA XII.

Dichos y LEONOR.

Leon. ¿ Melchora?
Melch. ¡ Ay, ay, Vírgen santa!
Que me las ve : san Anton,
Ciégala.
Leon. ¿Qué tienes? habla.
Y vos, don Lucas, ¿qué haceis
Con Melchora aquí?
Luc. Yo estaba
Diciendo que si... adios :
Fuérouseme las palabras.
Leon. ¿Qué bulto, Melchora, es ese
Que te hacen las espaldas?
Melch. Me ha salido una corcova ;
Callen las descomulgadas.
Leon. Pues las corcovas no gruñen.
Melch. ¿No hay quien por música canta?
¿Pues porqué no puedo yo
Por brazos, ó por garganta
Gruñir lo que yo quisiere?
Leon. Dime que tienes.
Melch. No es nada:
Don Lucas te lo dirá. (*Vase.*)
Leon. ¿Don Lucas, qué es esto? ¿ en qué anda
Melchora?
Luc. ¿En qué anda? en las piernas,
Si es que las tienen las damas.
¡ Vive Dios, que tal pregunta
No se hiciera en la montaña! (*Vase.*)
Leon. ¿Cartapacio?
Cart. Usted discurra,
Que yo no respondo á nada,
Que en materias de secreto
Soy un escollo con calzas. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DOÑA LEONOR, y DON ANTONIO AL PAÑO.

Ant. Todos se van, y no veo
Por donde escapar.
Leon. Si el ansia
Con que espero á don Enrique,
Me permitiera apurarla,
Yo descifrára este enigma :
Pero cuando á la ventana
Dejo á Florela á que cante,
Que es la seña concertada,
Antes les debo estimar,
Que de este sitio se vayan.
Don Lucas se entró en su cuarto,
Melchora con las criadas,
Que es su costumbre, estará;
Abierta la puerta falsa
A Enrique el paso le ofrece.
¡Oh cuánto Florela tarda
En decir para que logre
La suerte á que aspira el alma!...

Florela. (*Canta dentro.*)

Servía en Oran al rey
Un español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
A una gallarda africana,

ESCENA XIV.

DICHOS, TALAVERON, Y DON ENRIQUE CON ESPADAS Y BROQUELES.

Enr. Esta es la seña.
Tal. ¿Sabrás
A qué hora nos descalabran?
Leon. ¿Don Enrique?
Enr. ¿Leonor bella?
Ant. Ya esto está mejor que estaba.
Leon. ¡Con cuánto susto mi afecto
Entre impaciencias te aguarda!
Enr. Como en casa tienes dueño,
Que sacrifique á tus aras
Debidas adoraciones,
Temí fuese la tardanza
Ese motivo.
Leon. ¡Ay, Enrique,
Cuán desconfiado hablas!
Ant. Yo llego, pues á los dos
No importa, para que salga,
Que me descubra.
(*Saca la cabeza embozado don Antonio, vélo don Enrique á tiempo que se va á desembozar y mata la luz.*)
Enr. ¡Qué miro!
Un hombre está allí. ¡Ah, tirana!
Ant. Yo soy; ¡mas válgame el [cielo!
Maté la luz.
Leon. Tente, aguarda,
Don Enrique.
Tal. Volaverunt.
Enr. Hombre, ilusion ó fantasma,
Prueba el acero conmigo.
Ant. Bueno estoy yo si me embasa,
Sin conocerme, mi amigo.
En todo caso la espada
Por delante: ¿don Enrique?
Tal. ¿Qué don Enrique, ó qué haca?
Enr. ¡Que mi saña no te encuentre!
Ant. Si alcanzo una cuchillada
Por galantear una tonta,
Estoy como en una caja.
Leon. Florela, trae una luz.
Tal. Ya se alborota la casa.
(*Golpes á la puerta de la mano derecha.*)
Luc. (*dent.*). ¿Qué ruido es aquel?
Ped. (*dent.*). Yo soy:
¿No hay un diablo que me abra?
Enr. ¡Gran confusion!
Ant. ¡Fiero empeño!

ESCENA XV.

DICHOS, Y FLORELA CON LUZ.

Flor. Ya está aquí, como me encar-
La luz... ¡pero ay de mí triste! [gas,
Leon. No te espantes, llega, acaba.
Enr. ¡Qué miro!
Ant. ¡Qué veo!
Flor. ¿No quieres
Que me asombre mi desgracia
Repetida? Esos dos hombres
Son, señora, los que causan
Mi desventura.
Leon. ¿Qué dices?
Flor. Que son los dos que en mi
Me quisieron; que es el uno [patria
De quien vivo enamorada,
Y á quien aborezco el otro;
Y sin duda que en tu casa
Me buscan ambos, y así
Mi vida, señora, ampara,
Que yo sin alma, sin voz,
Sin aliento, sin palabras,
Son discurso, aun movimiento
Para la fuga me falta.
(*Vase dejando caer la luz.*)
Tal. Otra vez voló la luz.
Ped. (*dent.*). ¿Estais dormidos, ca-
[nalla?
Enr. ¿Florela en Madrid, pesa-
[res? *ap.*
Ant. ¿Dichas, Florela en España?
Leon. Sin saber que me sucede, [*ap.*
Sustos y zelos me matan.
Ant. Hallé el primer escondite.
(*Escóndese.*)

ESCENA XVI.

DOÑA LEONOR, DON ENRIQUE, DON LUCAS Y CARTAPACIO CON LUZ.

Luc. Aquí es el rumor: avanza,
Cartapacio; ¿mas qué miro?

Enr. ¿Don Lucas?
Luc. ¡Buen entruchada!
¿Pues vos con Leonor y á oscuras?
¿Qué haceis dentro de mi casa?
Enr. Yo no sé que le responda. *ap.*
Leon. ¡Ah, traidor, que mal me pa-
Luc. Hablad, ó por Jesucristo, [gas!
Que os descosa media panza.
Cart. Dios te tenga de su mano.
Enr. Esto es poneros en planta
Vuestra intencion, y venia,
De la materia tratada
Hoy entre los dos, á daros
Respuesta.
Luc. ¿Pues es cebada
Que se descabeza?

ESCENA XVII.

Dichos y DON PEDRO.

Ped. En fin,
Hasta que rompí la aldaba
No se os hicieron notorias
Mis coces, ni mis patadas.
¿Mas quién está aquí?
Luc. Un amigo.
Ped. ¿A quién busca?
Luc. A un camarada.
Ped. ¿Es á mi?
Luc. O á la sortija.
Ped. Cosa es que pide probanza
Ser la hora esquisita.
Luc. Trate
De picarse si le rasca,
Que esto no le toca al viejo.
Caballero, usted se vaya.
Enr. Estando aquí don Antonio,
Fuera en mi amistad infamia [*ap.*
No sacarle á todo trance.

ESCENA XVIII.

Dichos y DOÑA MELCHORA corriendo tras las gallinas.

Melch. Pitas, pitas: ¡ay, que sal-
¡Ay, que se van! [tan!
Luc. Tome usted
Estotra con la embajada
Que sale ahora.
Ped. Melchorica,
¿Qué es esto?
Melch. Padre de mi alma,
Que he comprado estas gallinas,
Y no quiero que se vayan.
Cart. Ox aquí.
Juana. ¿Qué bobería?
Ped. Pues otorga la fianza
Don Lucas, ya os podeis ir.
Enr. No me voy hasta que salga
Una persona, que está
En aquel cuarto encerrada.
Leon. Librar quiere á don Anto-
[nio, *ap.*
Y en mi opinion no repara.
Ped. ¿Don Lucas, quién está allí?
Luc. Que sé yo.

(*Al paño don Antonio vestido de muger, con guardapies verde y mantilla.*)

Ant. Ya hallé una traza *ap.*
Para escaparme famosa;
Pues como es de la criada
Este cuarto, una mantilla,
Y un guardapies en su cama
He visto, y me le he vestido.
Juana. ¿Señores, tal zalagarda,
En qué parará?
Ped. ¿Lon Lucas,
Qué decis?
Luc. Que es patarata,
Que en este cuarto no hay nadie.

(*Sale don Antonio, y da un pellizco á don Lucas al pasar muy de priesa.*)

Ant. ¿Cómo que no? esto esperaba
Yo ver: pícaro, alevoso,
Ya verás lo que te pasa. (*Vase.*)
Luc. ¿Muger de dos mil demonios,
Tienes dedos ó tenazas?
Todos. ¿Qué es esto?
Luc. ¿Pues yo que sé?
Enr. Ahora está bien que me
[vaya. (*Vase.*)
Tul. Don Antonio la logró. (*Vase.*)
Ped. Bueno por cierto; ¿encer-
Me teneis, pelindusquitas? [radas
Luc. ¿Yo dusquitas, ni peladas?

¡Plegue á Cristo!...
Ped. Bien, don Lucas,
Ya por indecencia tanta
Queda desde hoy la sentencia
De casamiento anulada. [(*Vase.*)
Luc. Leonor, por la cruz de Dios...
Leon. Buena estoy yo para gra-
[cias. (*Vase.*)
Luc. Juana, si yo ví muger...
Juana. ¿Pues qué teneis catara-
[tas? (*Vase.*)
Luc. Cartapacio, ya tú sabes
Mi inocencia.
Cart. Es una infamia,
Que se te atribuya un hecho
De tan viles circunstancias.

ESCENA XIX.

DON LUCAS y DOÑA MELCHORA.

Luc. ¿Melchora?
Melch. ¿Qué es lo que quiere?
Luc. Si yo...
Melch. No me hable palabra.
Luc. Entré muger...
Melch. Yo la ví,
Por señas tenia barbas.
Luc. No digas tal, que al creerte
De mi amor desconfiada,
Quiere andar mi entendimiento
A coces con mi disgracia.
Melch. ¡Ah, traidor! que me has
Al ver tus carantamaulas, [dejado,
Entre el temor y el afecto
Hecho el cariño una plasta.
Luc. ¿No bastan á persuadirte
Ver, dulcísima tirana,
Entre lágrimas y mocos
Mis verdades estofadas?
Melch. No, aleve; que allá en mi
Tal vez dura, tal vez blanda, [idea
Lo que la razon somete,
El desengaño sonsaca.
Luc. Pues yo me voy á tomar
Por veneno de mis ansias,
Con un bizcocho de á libra
Un vaso de leche helada.
Melch. ¿Ese es amor?
Luc. Es arrojo.
Melch. Eres un ruin.
Luc. Tú una zaina.
Melch. Lucas, murió mi fineza.
Luc. Melchora, pues enterrarla.
Melch. Él se escurre. *ap.*
Luc. Ella se va. *ap.*
Melch. Alquitibi.
Luc. ¡Ah, mariblanca!
Melch. ¡O dómine! contra tí
Sermo sermonis me valga.
Luc. ¡O musa! quién compren-
Si eres musa ó musaraña! [diera

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

DON ENRIQUE, TALAVERON, y DON LUCAS vestido de pasante, con moño, y golilla muy grande, y asímismo CARTAPACIO.

Enr. ¿Eso pasa?
Luc. Y esto almendra.
Desde el dia que en el cuarto
De Juana, se vió salir,
Sin que nadie hubiese entrado,
Una muger casi hombre,
Con mas barbas que un zamarro,
Se oye en la casa un gran ruido
Como en haberse soltado
Una legion de demonios
Tras de una sarta de diablos.
Enr. ¿Qué decis?
Luc. ¿Qué he de decir?
Que estoy medio espiritado.
Enr. ¿Y no hace mas de hacer ruido
Ese duende, ó ese encanto?
Luc. La noche que se le antoja
Despues que sobre mis cascos
En un desvan, que es ojaldre
Del pastelon de mi cuarto,
Al son de triste de Jorge
Suele bailar el canario;
Me apaga la luz de un soplo,
Y á pellizcos y azotazos,
Me pone el cuerpo de mezcla;
Porque como lo morado
Del golpe cae en lo amusco

De un pellejo no muy blanco,
Parezco por la mañana
Bulto de carton jaspeado,
O estatua de ébano puerco,
Con vetas de palo santo.

Enr. ¿Pues es posible, don Lucas,
Que remedio no se ha hallado,
Por conjuro, ó por precepto,
Contra ese espíritu?

Luc. Hermano,
Un demonio que porfia,
Es demonio por dos lados.
Todo está pasado en cuenta;
Y no habiendo aprovechado
Nada, al último remedio,
Como dicen, apelamos;
Con dos velas encendidas
Dos almireces sonando,
De servilletas las mozas,
De rodillas los criados,
Sacamos don Pedro y yo,
De un cofre de felpa y raso,
La mas horrible reliquia,
Que tiene el género humano.

Enr. ¿Y cuál es?

Luc. La ejecutoria
De los Chinchillas hidalgos
In sæcula sæculorum,
Quæ tuorum, quæ tuarum:
Y esta, y el título antiguo,
Que á un tal nuestro antepasado
Gutibamba de Chinchilla
Dió Noé, estando embarcado
En el arca, en que le hace
De la hermandad secretario,
Familiar del Santo Oficio,
Y merino de Toranzos,
Se las pusimos al duende.

Enr. ¿Y qué hizo en fin?

Luc. No hacer [caso:
Con lo cual hemos creido,
Que está el duende escomulgado.

Enr. ¿Habráse visto otro necio *ap.*
De tales entusiasmos?

Cart. ¿Atropellar esenciones
Y ejecutar á porrazos?
Mátenme si el duendecillo
No ha sido alcalde ordinario.

Enr. ¿Y ese nuevo trage, amigo,
Qué indica?

Luc. Que ya el bellaco
De mi suegro, el otra dia
Me echó de cabeza al patio.

Enr. ¿Cómo?

Luc. Como ya en la junta
Me recibió de abogasno.

Tal. ¿Y á vos?

Cart. Yo, señor, ni aun [soy
Pasante de cirujano.

Luc. Para mí es brava cucaña:
Porqué con dos espantajos
De reproduzco, me afirmo,
Lo del caso necesario,
Media docena de *y porques*,
El susodicho á la mano,
Y un demonio de aceitera,
Que anda á los fines manchando
De cualquiera peticion;
Va el litigante pasmado,
Mi suegro mama un doblon,
Y yo pillo un real de á cuatro.

Enr. Eso no se puede errar.

Luc. Tambien tiene Cartapacio
El empleo de delirio

Enr. ¿De delirio?

Luc. Es que de un [rasgo
Borra los conocimientos,
Aunque sean de cien años.

Cart. Ea, que todos solemos
Retozar con Justiniano,
Y Pandectas.

Luc. Es verdad:
Él suele escribir á ratos.
El otro dia fuí á hablar
Sobre un pleito, en que un cuñado
De una tia, que era hermana
De una prima de su hermano,
Dió muerte á un pariente de otro;
Y ni veinte papagayos
Pudieran hablar mejor;
Porque yo saqué á Vulpiano
A danzar, á Rafael,
Fulgoso, Alberto y Oldrado:
Y cité sobre la prueba
A Juanini, que de emplastos
Trata con admiracion:
Ibanmelo celebrando:
Y yo apretaba de tieso.
Salió Moreto al estrado
Villegas de Flos sanctorum;

Dioscorides de Doaldo,
Doña María de Zayas :
La historia de Carlo Magno.
Y viendo que aun todavía
Estaba el cuento reacio,
Eché á Calderon á cuestas,
Que es quien mejor trata de autos.
Enr. ¿Y qué hubo?
Luc. Todo el concurso
Me dió infinitos aplausos.
Enr. ¿Y saliste con el pleito?
Luc. No con todo, mas con algo,
Porque al que yo defendia
Que saliese desterrado,
Le alzaron todo el destierro,
Mas fué porque le ahorcaron.
Tal. ¡Tal fué la defensa!
Luc. ¿Digo
Parece que somos zainos?
Don Enrique, ó don demonio,
¿No me decis en qué estado
Estais con la que ha de ser
Costilla de este cuerpazo?
Enr. Mucho, amigo, se resiste.
Luc. ¿Vos no la haceis arrumacos?
Enr. Encarézcola mi amor.
Luc. Si no fingis que os da un flato
Por ella, y os ve ella misma
Echar la lengua de un palmo,
No ha de darse por vencida.
Enr. Mas vale hacerme pedazos.
Luc. Don Enrique, sois un bobo,
No conoceis estos trasgos :
Hay muger, que dice á todo,
¡Qué porquería! ¡qué asco!
¡Que bazofia! y con los ojos
Se quiere comer el plato.
Cart. Dios le libre á usted de al- [gunas
Gaticas de Mari Ramos,
Que la juegan de mandoque.
Enr. Ella os está idolotrando.
Luc. ¿Con efecto?
Enr. Con efecto.
Luc. ¿Sin engaño?
Enr. Sin engaño.
Luc. ¡Que á todos los montañeses
Nos aprecie el mundo tanto!
¡Válgame Dios! ¿qué tenemos
Que todo lo acogotamos?
Cart. ¿Qué ha de tener un borrico
Sino la dicha de un asno? [*ap.*

ESCENA II.

DICHOS Y DON ANTONIO.

Ant. ¿Don Enrique?
Enr. ¿Don Antonio?
Luc. ¡Verbum caro! ¡Verbum [caro!
¡San speculum justitiæ!
Ant. Todo hoy se me ha ido en [buscaros
Sin poder veros.
Luc. ¿Este hombre,
No es la muger que del cuarto
De Juana salió?
Enr. Notad
Con que asombro está mirando
Don Lucas.
Ant. Él al entrar,
Cogiéndome descuidado,
Antes que con la mantilla
Me recatase, de plano
Me vió el rostro.
Luc. ¿Si es el duende
Que anda siguiendo mis pasos?
Enr. Pues buena la hemos hecho.
Ant. ¿Pues puede ese tontonazo
Imaginar que soy yo?
Luc. ¿Don Enrique?
Enr. A deslumbrarlo
Apelemos.
Luc. Don Enrique,
Decidme, así un mayorazgo
Os dé Dios por un hijar,
¿Si ese hombre que os está hablando
Ha sido acaso muger
Antes de ser hombre humano?
Enr. ¿Estais en vos?
Luc. Yo lo digo.
Enr. No abrais para eso los labios,
Que es desatino.
Luc. Mirad...
Enr. Juicios teneis temerarios.
Luc. ¿Pues si le he visto gallina,
No he de preguntar si es gallo?
Enr. Proseguid en ese tema
Y vendrá á desafiaros
Por la afrenta...
Luc. Peor es eso,

Que el nacer un hombre calvo.
Y pues sin duda es el duende
Este, que me anda barbando
Con ojos, con fantasías
De vizconde enamorado,
Mas vale escapar.
Ant. ¿Don Lucas?
Luc. ¿Don demonio?
Ant. He reparado...
Luc. Hiciste mal.
Ant. En qué estais...
Luc. Ni estuve, ni estoy, ni he es-
Ant. Mirándome. [tado.
Luc. Yo no os miro.
Ant. Y yo...
Luc. No os acerqueis tanto.
Fugite partes duendorum. (*Vase.*)
Cart. Exi foras adversarium.

ESCENA III.

DON ENRIQUE, DON ANTONIO Y TALAVERON.

Tal. Raras piezas amo y mozo.
Enr. Con efecto, él ha juzgado
Que sois fantasma.
Ant. ¿Y qué soy
La vez que no tengo un cuarto?
Tal. Espantajo del que espera,
Que le han de pedir prestado.
Enr. ¿Quién habrá dado motivo
A que crea que anda el diablo
En su aposento?
Ant. Sabed,
Que desde que disfrazado
De muger, saqué á don Lucas
De un pellizco medio brazo,
Doña Melchora, la tonta,
En estar zelosa ha dado
De él; y el modo de vengar
Este mantillesco agravio,
Ha sido martirizarle
A pellizcos y á porrazos;
Pues ella y Juana, de noche
Dejan que estén acostados
Todos, y con otra llave,
Que han hecho hacer para el caso,
Entran en el aposento
De don Lucas, y en matando
La luz, le dan una felpa
Peor que si fuera un raso:
Y como solo es con él
El estruendo, los criados,
Don Pedro y los demas hacen
Burla de lo que está hablando,
Y no creen que hay tal duende.
Tal. Si solo tiene la mano
De hierro para don Lucas,
Hacen bien.

ESCENA IV.

DICHOS, DOÑA MELCHORA Y JUANA.

Enr. Mas dos mantos
Se acercan:... ¿Es á mí?
Melch. No:
Al de hácia esotro lado.
Tal. ¿A mí?
Juana. Tampuerco.
Ant. Sin duda,
Que soy yo el venturonazo.
Melch. Claro está. ¡Jesus mil ve-
[ces!
¿Veis que soy yo la que os llamo,
Y os estais hecho un pegote?
Ant. ¿Pues con el rostro embozado
Era fácil conoceros?
Melch. ¿Pues es con lo que me ta-
Alguna pared maestra, [po
O un tafetan tan delgado,
Que le pasa un alfiler?
¿Y vos para penetrarlo
No teneis habilidad?
No está el disimulo malo:
Metedme el dedo en la boca.
Ant. No acierta á descubrir tanto,
Aunque mi vista es de lince.
Melch. ¿De lienzo? pues será un
Tener niñas de cambray [pasmo
Con pestañas de Santiago.
Enr. Don Antonio, esta muger *ap.*
Es peor, si lo apuramos,
Que don Lucas.
Ant. En mí es esta *ap.*
Mas diversion, que cuidado;
Pues cuando á Florela adoro,
Mal de otra pasion me arrastro.

Tal. ¿Y con efecto, conmigo
No hace papel Cartapacio?
Juana. No he gustado yo en mi [vida
De remoques ordinarios.
Ant. ¿Cómo ha sido esta ventura
De salir hoy?
Melch. El criado
Se fué á pleitos con don Lucas,
Y quise pasar de un tranco,
Como quien va hácia una parte,
Y volviendo á esotra mano,
Se halla donde está de piés
Cuatro dedos mas abajo.
Solo por veros salí,
Y pues al salir os hallo,
Salí bien con mi salida,
Saliendo con lo que salgo.
Ant. ¿Y qué es?
Melch. A deciros como
Ya está mi padre tratando
De comprar la señoría
A unas monjas, que heredaron
Un título, que al convento
Le llevó en dote el vicario:
Y no está la diferencia
Mas que en catorce ducados.
Yo os escribo este papel,
Y es mio; y por no fiarlo
De otra, le traigo yo propia,
Y yo me quedo esperando
A mí misma, y bien podeis
Entrar los ojos cerrados
A leerle.
Enr. Veámosle presto, *ap.*
Que el papel será un milagro.
Ant. (*lee*). « Encumbrado dueño [mio,
« Ya sabes que yo te amo,
« Salga uno, salgan dos,
« Salgan tres, ó salgan cuatro.
« Yo, por verte señoría,
« Aunque fuese entre farrapos,
« Diera tres dedos, y aun cinco,
« Que sobran á mi zapato:
« Y así, pues andamos tras
« De un título estrafalario,
« Sabe tú lo que me toca
« En cada mes, ó cada año
« De alimentos de esta dicha
« Señoría; y si el retazo
« De este honor puede llevarse
« Por dote en lugar de trasto,
« A tí te lo digo, novio,
« Entiéndelo tú, cuñado. »
Enr. y Ant. ¡Raro papel!
Melch. Pues no es mio,
Que aunque yo le fuí notando,
Me le escribió el aguador,
Con que es de su letra y mano.

ESCENA V.

DICHOS Y DON PEDRO.

Ped. Bueno es, que cuando le citò
De censibus á Avendaño,
Salirme con Valenzuela,
Testo espreso, propio y claro
An expositio grammatice.
¿De qué sirve confutarlò?
Pues luego... ¡pero qué miro!
Melch. ¡Ay, mi padre! san Hilario.
Juana. Mi señor: tápate apriesa.
Ant. ¡Fuerte lance!
Enr. ¡Cruel caso
Ped. A tomarme juramento
En derecho necesario,
Dijera...
Juana. ¿Señora, qué haces?
Melch. Yo bien sé lo que me hago.
(*Tápase con la basquiña.*)
Ped. Que el aire de esta muger,
Contra jure, es usurpado
Del cuerpo de mi Melchora.
Ant. No temais, pues yo os am- [paro.
Enr. En vano es vuestro recelo.
Juana. ¿Qué envoltorio de los dia- [blos
Te estás haciendo?
Melch. No quiero
Tener que pedir al manto,
Que es hombre, y será hablador:
La basquiña en todo caso
Es muger, y así sabrá
Disimular un trabajo.
Veamos si cala la vista
De mi padre el mamparado,
La holandilla, y la badana
Del ruedo; y mas, confitado
De la cazcarria de un mes.
Ped. El ver que se encubra tanto
De mí esa dama...

Ant. ¡Hay tal necia!
Ped. Caballeros, me ha causado
Novedad, y así quisiera...
Enr. Señor don Pedro, logrando
Yo esta ocasion, que anhelaba,
Desde que por un acaso
Os ví en vuestra casa, aspiro
A que vuestro soberano
Ingenio (id conmigo) pueda
De cierta duda sacarnos.
Tal. Que os mira. *ap.*
Ant. Ya os he entendido.
Ped. Decid, que á todo estoy llano.
Enr. Así remediarlo intento. *ap.*
Esa dama, que al recato
Escrupuloso entregada
Se os encubre, de un hidalgo
Montañés es viuda.
Ped. ¿Viuda?
Melch. Sí, señor, por mis pecados.
Juana. Señora, calla.
Melch. No quiero,
Que ya que me estoy ahogando,
Quiero morir con mi habla.
Ped. Lo que presumí fué engaño. [*ap.*
Enr. Tiene un hermano esta niña
Título, y está en estado
La tal de segunda boda.
Melch. Tomo la primera, y callo. [*ap.*
Ant. Tú harás que todo lo erremos. [*ap.*
Enr. Quiere, segun ha mostrado
En este papel, saber,
Por ser al tal mayorazgo
Inmediata, ¿qué la toca
De honor en el comun trato
De señoría in spe,
Y si por serlo su hermano,
Alguna porcion le toca?
Ped. En verdad que el punto es ar- [duo;
Pues aunque Otalora dice
En el capítulo octavo,
Folio trecientos y doce,
Que pueden ser dos hermanos
Dado el uno por pechero,
Y otro por noble, probando
El uno, y el otro no,
Ser su orígen noble y claro:
Menos si en solar antiguo,
Ejecutoria ó despacho
Legítimo recayese
La sentencia, declarando
Noble al uno, que esto basta
Para que se entienda en ambos:
Mas siendo esa mi señora,
Como me habeis afirmado,
Viuda ya de un montañés,
La ennobleció su contacto,
De forma, que aunque no fuese
Por todos cuatro costados
Hidalga, lo quedaria
Por ser su viuda: probatur
Per grammaticam Enrici
Ad codigum Toletanus
Directa; con que ya noble,
Recae con otro aparato,
Aunque no la señoría
Entera, lo necesario
De ella, para distinguirse
De merced un tanto cuanto.
Ant. Pues vos habeis de tomar
Este pleito á vuestro cargo,
Por ser de muger ilustre.
Ped. Yo estoy un poco ocupado:
Mi sobrino, mi Luquitas,
Que está en esto como un rayo,
La demanda dispondrá.
Ant. Pues quedando en tales manos
Vuestra dependencia, bien
Podeis iros sin cuidado.
Melch. Dios os guarde.
Ped. Y á usiria
Prospere el cielo mil años.
Melch. No mas, no mas.
Ped. Esto es deuda.
Melch. Quédese el buen abogado.
Ped. Por viuda de montañés
Aun es poco estremo el que hago.
Juana. Vamos con treinta mil [sastres.

ESCENA VI.

DICHOS, MENOS DOÑA MELCHORA Y JUANA.

Enr. Yo intento comunicaros
Otra dependencia mia,
Señor don Pedro, y he andado

Buscándoos en las audiencias,
Y ni en ellas, ni en palacio
Os he podido encontrar.

Ped. Lo cierto, á las once y cuarto
Del dia en mi estudio.

Enr. Bien.

Ant. Ya que la esquina han do- [blado, *ap.*
Van sin riesgos. Yo que tengo
Que poner á mi cuñado
Cuatro demandas á un tiempo,
¿Podré tambien confiaros
Esta empresa?

Ped. Os aseguro,
Que va sobre mí cargado
Todo un orbe; pero en fin,
Procuraré por un rato
Desembarazarme: adios,
Que las doce están sonando;
Y tengo en la vicaría
Cierto pleito señalado
Para hoy, y desde aquí he visto
Ir hácia allá á mi contrario;
Mas no me la ha de pegar,
Por madrugar mas temprano;
Quia non dormitat Homerus. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DICHOS, MENOS DON PEDRO.

Enr. Hombres son estraordinarios
Tio y sobrino.

Ant. Y la tal
Melchora ¿no se ha escapado
En una tabla?

Enr. Yo intento
Pues ya su permiso alcanzo,
Como que á algun pleito voy,
Ver á Leonor;... aunque estando *ap.*
Lo que aborrezco (¡ay de mí!)
Tan cerca de lo que amo,
Mucho mi fortuna temo.

Ant. Yo á ver si acaso llegaron
Sin riesgo Melchora y Juana,
Despues iré;... aunque es engaño,
Que á ver si en Florela logro [*ap.*
Ver la deidad que idolatro,
Mi pasion me lleva.

Enr. Y pues *ap.*
De don Antonio recato
El ser Florela la dama,
Que quise en Amberes tanto...

Ant. Y pues don Enrique ignora
Ser Florela el dueño ingrato [*ap.*
De mi pasion...

Enr. Disimule *ap.*
Mi afecto.

Ant. Finja mi labio. *ap.*

Los dos. Hasta que fortuna y tiempo
Abran camino á este encanto. [*ap.*

Tal. Y hasta que dos locos tales
Pongan en jaulas de palo.

ESCENA VIII.

Sala en casa de don Pedro.

FLORELA Y DOÑA LEONOR.

Flor. (*Canta.*) Como al pensamiento mio
Alas da mi corazon,
Se va haciendo mi razon
Esclava de mi albedrío.

Leon. Florela, desde aquel dia,
Que en casa dos hombres viste,
Y que eran los dos dijiste,
Uno á quien aborrecia
Tu ceño, otro á quien amaba
Tu corazon, no he podido
Penetrar en qué sentido
Por ambos tu pecho hablaba.
Y así, el querido de tí,
Entre los dos, solicito
Saber cuál es.

Flor. Gran delito
Fuera, señora (¡ay de mí!),
Que fiada en tu piedad,
Te esplicase mi fineza,
Si es fuerza que la entereza
Culpe á la facilidad.

(*Canta.*) Que de amor el sentimiento
Para disculpar su accion,
Se ha de mirar la pasion
A hurto de entendimiento.

Leon. Pues para alentarte y que,
Fiándote mi secreto,
Los tuyos no me recates,
Yo adoro...

ESCENA IX.

DICHAS, Y DOÑA MELCHORA, Y JUANA CON MANTO.

Melch. Ya está el conejo
En madriguera.
Leon. Melchora,
¿De dónde vienes? ¿qué es esto?
Melch. ¡Ay, hermana! que me he [visto
Junto al diablo del infierno.
Leon. ¿Junto á quién?
Melch. Junto á mi [padre.
Leon. ¿Qué dices?
Melch. Que nos cogieron.
Leon. ¿En qué?
Melch. En una mala ha-
Pero dirételo luego, [cienda;
Que me voy á desnudar.
Juana Vamos, no nos pille el viejo
Con los mantos, y conozca
La maula.
Melch. Y aquel caballero
Don Enrique, aquel que te hace
Zorroclocos y pucheros,
Venia detras de mí,
Que será á buscarte creo:
Y eso se quiere la mona.
Juana. Vamos, señora.

ESCENA X.

DOÑA LEONOR Y FLORELA.

Leon. No tengo,
Florela, ya quo decirte,
El nombre de Enrique oyendo,
Y la noticia, aunque necia,
De lo que en mi amor le debo:
Este secreto...
Flor. ¡Ay de mí! *ap.*
Declaráronse mis zelos.
Leon. Es el que solicitaba
Fiarte.
Flor. Y el que me ha muerto. *ap.*
Leon. Él sube por la escalera;
Y pues tu apacible acento
Es costumbre en tí, y no puede
Ser reparable, te ruego,
Que puesta de centinela,
Asegures mi recelo,
Paseándote por delante
De esa ventana; y en viendo
Que alguien viene, avisarás.
Flor. ¿A quién se lo mandó, cielos,
Que tercera de su agravio [*ap.*
Solemnice su tormento,
Sino á mí?

ESCENA XI.

DICHAS Y DON ENRIQUE.

Enr. Viendo, ó amado,
Divino apreciable dueño,
Cuan tarde amor restituye
Instantes que roba el tiempo,
De la ocasion convidado,
A verte, y servirte vengo.

Flor. (*Canta.*) Ven en hora felice,
Desengaño alhagüeño,
Que no importa que hieras,
Si es el dolor idioma del remedio.

Enr. ¡Válgame el cielo, Florela!
Leon. Si no estuviese creyendo [*ap.*
Yo, que ó bien aborrecido,
O bien amado, otro afecto
Te debe mas que mi amor,
No temiera, como temo,
Que ames y finjas.
Enr. Cualquiera
Cariño, que en otro tiempo
Haya sido como ensayo
Del presente rendimiento,
Muriendo de escarmentado,
Solo puede ser trofeo
Del templo del desengaño.
Flor. ¡Ah, villano! ya te entiendo. [*ap.*

(*Canta.*) Miente mil veces, miente
Quien engañoso y fiero
Labra al otro un delito,
Como le ha menester su fingimiento.

Leon. ¿Viene alguien, Florela?
Flor. Nadie.
Leon. Como hicistes ese estremo,
Yo imaginé...

Flor. Si ya sabes
Cuan segura estás, ¿qué miedo
Puede asustar tu ventura?
Vuelve á hablar, que á cantar vuelvo.
Leon. Canta, pero sea mas bajo,
Que alzando tanto el acento,
No dejas que nos oigamos.
Flor. Harto oigo, y harto os de-
[jo. *ap.*
Enr. ¿Quién, cielos, se vió forzado
A hablar entre dos, temiendo [*ap.*
Ser grosero, ó ser cobarde?
Leon. ¿Con que á tí no te debieron
En otro clima otros ojos,
Mariposa de su incendio,
Alguna atencion?
Enr. No quieras
Hacer un loco de un cuerdo.
Leon. ¿Cómo?
Enr. Como no he creido,
Que puedan ser verdaderos
Jamas instrumentos tales,
Que saben llorar riendo.

(*Llora y canta Florela.*)

Flor. No así sucede ¡ay triste!
A los que aun hoy han hecho
De su verdad testigos
Tanta nevada lágrima de fuego.

Leon. Ya es mucho afecto el que
[miro. *ap.*
¿Florela?
Flor. Señora.
Leon. Pienso,
Segun ya cantas, ya lloras.
Ya te irritas, que queriendo
No descubrirte, me has dicho
Mas, que yo saber deseo.
Don Enrique, como sabes,
Uno es de los sugetos
De aquel lance.
Flor. Sí, señora;
Pero es al que yo aborrezco,
Y él me aborrece.
Leon. ¿De veras?
Flor. Pregúntaselo.
Leon. No quiero,
Que basta que tú lo digas.
Flor. Mi muerte en viéndole veo:
Una fiera es, es un monstruo,
Es un áspid...
Leon. Quedo, quedo,
Que no es todo lo que dices:
Que aunque de escuchar me huelgo
Que le aborrezcas, no tanto,
Que ultrajes á lo que aprecio.
Flor. Dices bien; mas yo...
Leon. Prosigue.
Flor. Si pudiera...
Leon. Dilo presto.
Flor. Decirte...
Leon. ¿Qué?
Flor. Que esta ira,
Que esta llama, que este hielo
Es...
Leon. ¿Qué es, Florela?
Flor. No es nada;
Vuelve á hablar, que á cantar vuelvo.
Leon. ¿Qué es esto? ó esta muger
Es loca, ó yo no la entiendo. [*ap.*
Enr. Mi bien, un rato que logro,
Me le hurtas con otro objeto.
Leon. Segun lo que de él presumo,
Mas de logro, que le pierdo.

Flor. (*Canta turbada.*)
Amor, ya tú, mi vida,
Iras, venganzas, zelos,
Logras, intentas, buscas,
Guárdate, corazon, huye.

Leon. ¿Qué es esto?
Flor. Que por la escalera sube
Gente.
Leon. ¿Y puede sin recelo
Salir don Enrique?
Flor. No.
Leon. Pues á la puerta apelemos
De esotra calle.
Enr. ¡Oh qué poco
Sabe durar un contento! (*Vase.*)
Leon. Quédate á hacer la deshecha
Tú, Florela, mientras vuelvo.

ESCENA XII.

FLORELA.

Ve segura, que si haré.
¡Válgame Dios! ¿aquel ciego
Amante, que tantas veces
Rendido, amoroso y tierno,
Juró no olvidar jamas

La esclavitud de mi obsequio,
A otra sirve á vista mia?
No puede ser, ó yo sueño.
Por este aleve, este injusto,
Este cruel, este fiero,
Dejé mi patria; y en ella
El bien por el mal creciendo,
Las verdades desprecié
De otro amor, que desde luego
A mi voluntad postrado,
Me entró afirmando y diciendo.

ESCENA XIII.

FLORELA y DON ANTONIO.

Ant. Lo que ahora, ingrata bella,
Te vuelvo á afirmar de nuevo,
Es, que jamas he tenido
Vida, corazon, ni aliento
Para mirar otros ojos,
Que los tuyos, aunque en ellos,
Mal vista la adoracion,
Se escuse de atrevimiento.
Flor. ¿Don Antonio, cómo vos
Entrais aquí?
Ant. De los ecos
De tu dulzura avisado,
Como esta casa es mi centro,
Desde que tú en ella habitas,
Estando en la puerta, y viendo
Que está abierta, entré á buscarte.
Flor. ¿Hasta cuando he de hallar, [cielos,
Lo que adoro desleal,
Y fino lo que aborrezco?
Idos, don Antonio.
Ant. Antes...
Flor. Mirad por mi honor.
Ant. Pretendo,
Que conozcas...

ESCENA XIV.

DICHOS Y DOÑA MELCHORA.

Melch. Leonorica.
¡Mas ay, Jesus, lo que veo!
Don Antonio de mi alma.
Ant. Mal hayas tú, á que mal tiem- [po *ap.*
Has venido.
Melch. Hijito mio.
Flor. ¿Cielos divinos, qué es esto?
Melch. Ya sé que es esta venida
A buscarme; pero, necio,
Tontirriton, ya que rabias
Por verme cada momento,
¿No me hubieras avisado?
Flor. Tiene razon, caballero,
¿No avisárais á la dama
Que buscais, para con eso
No mentir con otra?
Ant. Yo
Solo á tí, Florela, quiero.
Melch. Es verdad, para doncella
Nuestra, cuando nos casemos.
Ant. Quita.
Melch. Quita.
Ant. Aparta.
Melch. Aparta.
Ant. Que mi pecho...
Melch. Que mi pecho...
Ant. Solo á tí, Florela, adora.
Melch. ¡Ay, que te adora! me [huelgo.
Mira que te está adorando,
Pero á mí me está queriendo.
Flor. Como siempre aborrecido
Ha sido de mí, no tengo
Que sentir menos, ni mas. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DICHOS, MENOS FLORELA.

Melch. ¿Qué es esto de mas, ni [menos
Conmigo? Puerca, criada,
¿Y habladora demas de eso?
Ant. ¡Qué esto me suceda á mí!
Luc. (*dent.*) ¿No conoces, que no [vemos
A subir por la escalera?
Cartapacio, aunque sea un dedo,
Trae encendido.
Ped. ¿Ha, muchachos?
Melch. ¡Jesus! don Lucas y el viejo:
Mira cómo has de escaparte.
Ant. ¿Y tú dónde vas?
Melch. Ya vengo. (*Vase.*)
Ant. ¡Que siempre haya de andar [yo
En escondites y riesgos!
Pero si a una tonta busco,
Esto y mucho mas merezco.
(*Escondese.*)

ESCENA XVI.

DON LUCAS, CARTAPACIO Y DON PEDRO.

Cart. Aquí está la luz.
Ped. Don Lucas,
Mirad que con mucho seso
Se ha de hacer la peticion.
Luc. Y aun con hígado la haremos:
¿Qué nos le hemos de quitar
Por el demonio del pleito?
Cart. Usted lo deje á nosotros,
Qué acá nos entenderemos.
Ped. Hay la parte de la viuda,
El hermano, y el convento:
Cuidado.
Luc. Ya estoy en todo:
¿Piensa usted que no sabremos,
Que una demanda está escrita
En llenando medio pliego?
Cart. Y mas cuando yo aseguro
Por tio el demandadero
Del santo Cristo de Ribas.
Ped. Pues en mi estudio te dejo,
Cierra las puertas.

(Cierra don Lucas por dentro, dejando la llave en la cerradura.)

ESCENA XVII.

DON LUCAS, CARTAPACIO Y DON ANTONIO AL PAÑO.

Ant. ¡Qué escucho!
Vive Dios que yo me quedo,
Enjaulado, y es preciso,
Que adonde estoy entre luego
Don Lucas, por ser su alcoba
Esta: buena la tenemos.
Luc. Sirviente descomulgado,
Pon ese bufete enmedio
De esa sala, y para entrar
En la materia, el Digesto
Me trae ante todo.
Cart. ¡Toma!
Pues si viene á ser el hecho
Del convento, y de la viuda
Sobre el súbito alimento
De señoría improvisa,
¿Qué tiene que hacer con eso
El digesto, ó la matraca?
Luc. ¿En un negocio, camueso,
Para entenderle, no es fuerza
Digerirle bien primero?
Cart. Sí, señor.
Luc. Pues ves ahí
Como el estómago siendo
Ese libro de las leyes,
Es necesario en efecto;
Pues sin digesto será
Todo crudezas un pleito.
Busca á Olea.
Cart. ¿Para qué?
Luc. Para que si le perdemos,
Vaya, ántes que el pleito muera,
Con todos sus sacramentos,
Y con Olea oleado.
Cart. ¡Justo Dios, cuán grandes [fueron
Mis pecados, pues me tienes
A fucias de este jumento! *(Vase.)*
Ant. ¿En qué vendrá esto á parar?
Luc. Búrlense con el mozuelo.
Vive Dios, que á juez y audiencia
He de alborotar á testos.

(Sale Cartapacio con un libro.)

Cart. Los libros están aquí.
Mas yo por otros no entro.
Luc. ¿Porqué, tonto?
Cart. Porque está
Toda la casa en silencio,
Como son mas de las doce;
Y si este duende ó infierno
Quiere retozar conmigo,
No ha de pillarme el coleto
Solo.
Luc. Pues iremos juntos.
Ant. ¿Duende dijo? yo aprovecho,
La ocasion para escaparme.
Luc. Y pues dos haciendas puedo
Hacer, mientras yo me voy
Desnudando, ve escribiendo.
Cart. Dios ponga tiento en tu [lengua.
Luc. Cruz y márgen.
Cart. Ya está hecho.
Luc. *(dictando)*. Nos la parte de la [viuda
En los autos del convento,
Por mí, y sin mí, como mas
Haya lugar en derecho.

Cart. ¿Señor, qué dices?
Luc. Escribe.
Cart. Este empezar es proemio
De carta de escomunion.
Luc. ¿Qué demanda no es lo [mesmo,
Pues ya entra descomulgando
Cláusula que entra pidiendo?
Prosiga y calle.
Cart. Me pudro. *ap.*
Luc. (*dictando*). En el dicho here- [damiento
De la dicha, que hoy el dicho
Por el susodicho ha hecho.
Cart. ¿Es taravilla, señor?
¿No reconoces que al verbo
Le falta aquí el sustantivo?
Luc. Ponérsele.
Cart. No está á tiempo.
Luc. Que lo esté.
Cart. Falta el pronombre.
Luc. ¿A dónde?
Cart. Junto al adverbio,
Porque la persona que hace
No permite suplemento.
Luc. ¡Qué apuesta usted que le [encajo
En la cabeza el tintero,
Porque no me sea hablador?
Cart. Veráse usted bien en ello,
Que esta es sola insinuacion
Nacida de un buen afecto.
Luc. ¿Qué sabe él?
Cart. Fámulo he sido,
Y tuve en todo el colegio
Fama...
Luc. De gran ladronazo.
¡Vírgen santa! que me pierdo
Con este hombre.
Luc. (*dictando*). Escriba, escriba.
Cart. Por si es pulla, Fariseo.
Luc. (*dictando*). Y porque en la [señoría,
Que reproduzco, y pretendo
Se me debe la mitad,
Que es la ñoría á lo menos.
Cart. ¿La ñoría? ¿qué es ñoría?
Luc. Bruto, si para el sustento
Del inmediato se debe
Dar de la hacienda del dueño
Del mayorazgo una parte,
¿Quieres que el todo intentemos
De la señoría, y quede
El principal boquiabierto?
Cart. Sin ver á Lucas de Feudis
No se puede hablar en eso.
Luc. Dices bien, ven á buscarle.

(*Vanse y se llevan la luz, y sale don Antonio con una sábana al hombro, y revuelve todos los papeles.*)

Ant. Ya que con la luz se fueron,
Por que crean que es el duende
Quien los trastos ha revuelto
De la mesa, tengo de
Barajar, aunque sea á tiento,
Libros, tintero y carteras,
Para que ya que del miedo
Estén ocupados, puesta
Esta sábana, que al lecho
De don Lucas he quitado,
En la cabeza, corriendo
Los haga ir, y pueda abrir
La puerta, en el intermedio,
Del cuarto: mas ay, que vuelven,
Y ya la entrada no encuentro
De la alcoba: esta es la mesa,
Debajo de ella me meto.

(*Salen los dos.*)

Luc. In terminis trae el caso
Prevenido; ¿mas qué es esto?
¿Quién demonios ha esparcido
Estos trastos por el suelo?
Cart. Sino que haya entrado Juana.
Luc. Entra, y mira ese aposento.
Cart. No hay nadie.
Luc. ¿Qué dices, hombre?
Cart. Que este debe de ser juego
De Martinico.
Luc. La vírgen
Me valga de no me acuerdo:
Recoge estos trastos, y
Prosigamos.
Cart. Yo no acierto
A formar letra.
Luc. ¿Porqué?
Cart. ¿Porqué ha de ser? porque [tiemblo.
Ant. Si estoy en abreviatura

Un instante mas, me muero.
Luc. (*dictando*). Y porque...
Cart. Y porque...
Luc. (*dictando*). La dicha
Viuda en seco...
Cart. Viuda en seco...
Luc. (*dictando*). Debe...
Cart. Debe...
Ant. Pues que pague.
Luc. ¿Respondieron?
Cart. Respondieron.
Luc. ¿Fuiste tú?
Cart. Otro acento fué,
Que vino de los infiernos.
Luc. ¿Cómo?
Cart. Como de debajo
De la tierra salió el eco.
Luc. ¡Jesus! ya á sudar empiezan
Girapliegas mis cabellos.
Cart. Señor, por amor de Dios,
Que acabemos.
Luc. (*dictando*). Sí, acabemos.
Y porque lo favorable...
Cart. Favorable...
Luc. (*dictando*). Del derecho...
Cart. Del derecho...
Luc. (*dictando*). General...
Ant. Y teniente.
Luc. ¡San Eusebio!
Que otra vez sonó la voz.
Ant. Si no me estiro, reviento.

(*Levántase don Antonio con la mesa, y caen todos los papeles, y la luz.*)

Cart. Ay, señor, que el suelo se [hincha,
Que va la mesa creciendo,
Que me llevan los demonios.
Luc. ¿Zancajos, para qué os [quiero?
(*Vanse.*)
Ant. Echélos; pero mi astucia
Me ha salido sin provecho,
Pues sin luz la puerta ignoro.

ESCENA XVIII.

DON ANTONIO, DOÑA MELCHORA Y FLORELA.

Melch. Florela, ven, y veremos
Que estruendo es este.
Ant. ¿Melchora?
Melch. ¡Jesus! Un hombre de yeso
Me traga: tio, favor.
Flor. ¡Valednos, divinos cielos!
Ant. Melchora, mira que soy
Don Antonio.
Melch. No te creo,
Que tú eres blanco, y esotro
Es entre amusco y trigueño.
Ant. Oye, espera.
Melch. Madre mia,
Padre mio, tio, abuelo,
Agua de cerezas, agua,
Que he visto el duende, y fallezco
Del flato del corazon. (*Vase.*)
Flor. ¿Don Antonio, pues qué es- [tremo
Es este? ¡qué vil desfraz!
Ant. No pases, ingrato dueño,
Adelante, cuando sabes,
Que estoy en tan grande riesgo
Solo por tí.
Flor. Escóndete,
Que viene hácia aquí don Pedro.

ESCENA XIX.

FLORELA, DON PEDRO, JUANA, CARTAPACIO, DON LUCAS.

Ped. ¿Qué duende, ó qué patarata
Es el que ves, embustero?
¿A dónde está?
Cart. No le llames,
Porque vendrá en un momento.
Luc. Diera un brazo, porque hi- [ciera
Un destrozo con el viejo.
Ped. Retiráos todos; ¿Florela?

ESCENA XX.

DON PEDRO, FLORELA, Y DON ANTONIO AL PAÑO.

Flor. ¿Señor?
Ant. Escuchar pretendo
Desde aquí.
Ped. El que propiamente
Fantasma de amor y zelos
Pretende que le conteste
La demanda de un afecto,
Que muere por tu desden...

Ant. ¿Qué escucho?
Ped. Es mi rendimiento.
Flor. Ya os he dicho cuán inútil
Siempre ha de ser vuestro ruego.
Ped. Niña, solitos estamos.
Ant. Si él porfia, mucho temo,
Que ha de ir hácia su cabeza
Cuanto trasto hay aquí dentro.
Ped. Y así, una vez declarado,
No he de ceder, no adquiriendo
Auto en favor.
Flor. ¿De qué suerte?
Ped. Logrando en los cinco testos
De esos partidos jazmines
Al alegato mas bello.
¿Qué respondes?
Ant. Que un letrado
Bastante tiene con eso.

(*Tírale los libros y tintero, y Florela se va con la luz.*)

Ped. ¡Ay, Jesus!
Ant. Tome el vejete
Enamorado.

ESCENA XXI.

DON PEDRO, DON LUCAS, DOÑA MELCHORA, DOÑA LEONOR, CARTAPACIO Y JUANA.

Todos. ¿Qué estruendo
Es este?
Ped. Nada: ¡ay amigos!
Bien decis; el diablo suelto
Anda en esta casa.
Todos. Huyamos.
Luc. ¿No lo dije yo? me alegro.
Ped. Los trastos vuelan por sí;
No es natural este cuento.
Luc. ¿No venera ejecutorias,
Y venerará esqueletos? (*Vase.*)
Juana. En legua y media no paro. (*Vase.*)
Cart. En mis colchones me envuelvo. (*Vase.*)
Flor. ¿Ah, don Antonio?
Ant. ¿Ah, Florela?
Flor. No es tiempo de que apuremos
Tus traiciones.
Ant. Ni tampoco
De inquirir tus finjimientos.
Flor. Pues amante de Melchora
Finjes que á buscarme has vuelto...
Ant. Pues que de don Pedro amante
No sin falta de misterio
En su casa estás...
Flor. Y así,
Pues, para otra ocasion dejo
Mi queja...
Ant. Pues yo mi agravio
Para otra ocasion reservo...
Flor. Esa llave tuerce, y vete.
Ant. Sí haré; mas será diciendo...
Flor. Que en pesares...
Ant. En congojas...
Flor. En sustos...
Ant. En escarmientos...
Los dos. Lo que calla la razon,
Es fuerza que diga el tiempo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de don Pedro.

DON PEDRO LEYENDO UN PAPEL.

Música. En el dicho dia
El dicho se toma
Al dicho pasante,
Y á la dicha novia.
La dicha se aplauda
De dichas personas
En los dichos versos
De estas dichas coplas.

(*Lee.*) « Los papeles os remito
« Conforme á lo que nos toca
« Por acá. En cuanto á madama
« Florela, y en lo que toca
« A su madre, es en Amberes
« De familia generosa;
« De su padre el apellido
« Os dirá que es española
« De las montañas de Búrgos. »
No hay que leer otra cosa,
Que si es montañesa, es fuerza
Que le rebose la honra.
No en vano hasta investigar
Esta circunstancia heróica,
La rebeldía acusando

Mi inclinacion poderosa
A la parte de mi afecto,
Que volviese no hubo forma
Al oficio del deseo
Los autos de la concordia.
Mas ya sabiendo que tiene
Esta picarilla hermosa
De sangre de la montaña
La mitad de media onza,
La especial dignidad suma
De montañesa persona,
Si por madre no la tañe,
En fin por padre la toca.
Pasado mañana caso
A Lucas, de popa á proa
Con Leonor, y á fe que yo
No me he de quedar á solas
Con tan perfecta criada,
A que tardando mi boda,
Lo que he ganado en diez años,
Eche á perder en un hora
El dia propio...

ESCENA II.

DON PEDRO, DON LUCAS Y DOÑA MELCHORA ASUSTADOS.

Luc. Tio.
Melch. Padre.
Ped. ¿Qué es esto, Lucas, Melchora,
Qué quereis?
Luc. Espumarajos
Vengo echando por la boca.
Melch. Yo estoy de puro corage
Mas amarga que una alcorza.
Luc. Y si usted tal porquería
Entre dientes no la toma...
Melch. Y si usted en lo que digo,
No va y hace, vuelve y torna...
Luc. Vive Dios...
Melch. Voto á fray Pedro...
Los dos. Qué haré que los sordos me oigan.
Ped. ¿Qué es esto? ¿en presencia mia
Tú me juras? ¿tú me votas?
¿Qué ha habido?
Luc. ¿Usted, señor tio,
Le ha parecido hasta ahora,
Que el que me rapa el bigote
Puede hacerme la mamola?
Melch. ¿Usted, padre, ha imaginado,
Que yo soy alguna tonta,
Que no sé que por el asa
Se moja el pan en la olla?
Luc. Vengo á casa, y oigo puesto
Ya mi casamiento en solfa;
Venga el dicho, torna el dicho:
¿Es esto hilvanar alforzas?
Melch. ¿Estoime yo callandito,
Y oigo que se casan otras?
Pues digo, ¿he nacido yo
Para portero de Atocha?
Luc. Y así de esas pataratas...
Melch. Y así de esas carantoñas...
Luc. De músicas que me guiscan...
Melch. De canciones que me coscean...
Los dos. Reforme el cuento mi tio,
Que es infamia el que propongan...

Ellos y música. Que en el dicho dia, etc.

Ped. Aunque el letrado contrario,
Cuando á defenderse ponga
Su parte, atrevidamente
Me baldone, es bien que le oiga,
Que el juez hace mejor juicio
Del que menos se apasiona;
Y así porque el mundo le haga
De mí, no os respondo en forma
A tan necias osadías,
Y á indignidades tan locas.
Esos versos que se estudian,
Y que han de servir de loa
Al festin de esotro dia,
Cuando la nupcial antorcha
Encienda Himeneo en esa
Apolinea claraboya,
Yo los he escrito; no siendo,
Ya sea gualdrapa ó tizona,
El primero á quien las musas
Le hayan sido muy devotas.
Tú has de casar con Leonor
Sin remedio.
Luc. ¡Dale bola!
Ped. Cuando no fuera por tantas
Conveniencias, que se logran,
Porque no se pierdan versos
Hechos por mí á toda costa.
¿Y tú, hija mia, no sabes,

Qué bien te estará una toca?
Melch. Sí, señor, por el cogote,
Velándome en la parroquia.
Ped. Esto ha de ser, no hay re-
Lucas, casamiento acota, [medio;
Melchora, clausura admite,
Para que al ver que mejora
Vuestra suerte en su eleccion,
Pueda proseguir la glosa.

Él y música. La dicha se aplauda, etc.

ESCENA III.

DON DUCAS Y DOÑA MELCHORA.

Luc. ¡Válgame Dios! yo he que-
[dado
Como el que á comer se arroja
Con vivas ansias, y se halla
Dentro del plato una mosca.
Melch. ¿Qué es esto que me su-
[cede?
¿Soy yo misma, ó soy mi sombra?
¿O soy una conocida,
Que me entro á ver á mi propia?
Luc. ¿Yo casarme con muger
De quien las mañas se ignoran,
Cuando á un albcitar se envia
Una mula que se compra?
Melch. ¿Yo quedarme solterica,
Y mi hermana á ser señora?
No, señor, esa zanguangua
Allá á Marica la tonta.
Luc. Melchora, yo, sí, que, cuan-
[do...
Melch. ¿Don Lucas, de qué te aho-
Luc. De un flato de amor. [gas?
Melch. Regüelda.
Luc. No puedo.
Melch. Pues huele estopa.
Luc. Es imposible.
Melch. ¡Ay, don Lucas!
Que estás haciendo la zorra.
Luc. ¡Ay, Melchora, si tú fueses...
Melch. ¿Quién?
Luc. Aquella mi señora...
Melch. ¿Cuál?
Luc. El otro caballero...
Melch. ¿Para qué?
Luc. Para una droga.
Melch. ¿Qué hicieras?
Luc. Yo les vendiera
Rábanos por alcachofas.
Melch. Declárate.
Luc. Estoy en muda.
Melch. Habla.
Luc. La lengua se embrolla.
Melch. ¿De qué, Lucas?
Luc. Del respeto
Que te debe.
Melch. Zampatortas,
Vamos al remedio.
Luc. Es una
Soberana angaripola.
Melch. ¿Y me puede á mí estar
[mal?
Luc. No es mas que contra tu
[honra.
Melch. ¿Pues, tonto, si no es mas
Inconveniente, qué importa? [de ese
Luc. Pues, Melchora, di que eres
Tú mi esposo, y yo tu esposa,
Yo te daré alhajas mias,
Y di que mi amor te dota,
Y déjame á mí el enredo.
Esto, al instante que oigas
Que se urde la escarapela.
Melch. ¿Y con eso, qué se logra?
Luc. Una de dos que nos case
Nuestro tio en causa propia,
O que consigamos verle
En borrico, y con coroza.
Y porque no desconfies,
Toma esa diestra, bobota,
Y envuélveme en algodon
Esas cinco zanahorias.
Melch. Tuya soy á todo ruedo.
Y soy terrible chuzona:
Si con don Lucas me caso, *ap.*
Y don Antonio, dos bodas
A un tiempo pillo, y con eso
Seré muger poderosa.
Luc. Adios, Melchora.
Melch. Adios, Lucas

ESCENA IV.

DON LUCAS Y CARTAPACIO.

Cart. ¿Señor?
Luc. ¿Qué hay?

Cart. Mas de una hora,
Que te espera don Enrique
Sentado en la silla rota
Del recibimiento.
Luc. Y dime,
¿Trae la cara como en forma
De pedirme chocolate?
Porque es visita con roncha.
Cart. Ofrecérselo es preciso,
Que es por la mañana.
Luc. ¡Moscas!
Anda, ve, y dile, que digo
Yo, que estoy en la victoria.
Cart. ¿Y si sabe que te niegas?
Luc. Que no lo sepa.
Cart. Perdona;
Que yo no hago indignidad
Tan de tu prosapia impropia.
Luc. Pues dile que entre, que yo
Te descontaré una onza
De tu racion.
Cart. ¿Por seis cuartos
Te acuitas y te congojas?
Luc. Por menos un primo mio
Lleva un garrafon de aloja,
Y será un octavo nieto
De la infanta doña Alfonsa.

ESCENA V.

DICHOS, Y DON ENRIQUE.

Enr. Estrañaréis que yo os bus-
Don Lucas, á tales horas. [que,
Luc. Mire si la hora encarece, *ap.*
Él viene á pegarla de onza.
Enr. Pues sabed, que es un cui-
El que á venir me ocasiona [dado
A buscaros.
Luc. Ya se ve, *ap.*
El de almorzar á mi costa.
Enr. Hanme dicho, que de un susto
Que el duende os pegó en esotra
Casa, habeis estado enfermo.
Luc. No venís con mala droga,
Despues de costarme el cuento
Una ayuda y cien ventosas.
Enr. ¿Pues qué hubo?
Luc. Estando en mi cuarto
Ví salir, como en tramoya,
De la tierra un elefante
De legua y media de cola,
A caballo en un cabrito
Con un farol en la trompa;
Y así como iba saliendo,
Se iba convirtiendo en mona.
Cart. Yo le ví, yo, sí señor,
Mas á Dios se dé la gloria,
Desde esta mudanza en casa,
Si no es á nuestras personas,
No se ven otras fantasmas.
Enr. ¿Os parece que son pocas?
Luc. ¡Ay, don Enrique! ahora que
Se me ha venido á la cholla,
Cogíte, Martin, pesquéte.
Enr. ¿Qué dices?
Luc. Que la forzosa
Te hice á las damas, y es fuerza
A que soples, ó que comas,
Hijo mio.
Enr. ¿De qué suerte?
Luc. Cartapacio, á la señora
Doña Leonor, callandito,
Como de accion misteriosa,
Búscala, y dila al oido,
Que un hombre que la enamora
Está aquí, y si te pregunta
Si estoy fuera, dí que ahora
Fuí á los pañeros.
Cart. ¿Y á qué?
Luc. A escoger unas pistolas.
Cart. Voy en un vuelo. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON LUCAS Y DON ENRIQUE.

Enr. ¿Qué intentas,
Don Lucas?
Luc. La gerigonza
Apurar, con que me haceis
Creer, que está la chicota
Enamorada de mí,
Y que á vuestras carantoñas
Se resiste.
Enr. Oid, mirad.
Luc. No hay que andarme en ce-
Detras de aquella cortina [remonias:
Me escondo, para que á posta
La enamoreis á mi vista,
Que quiero ver qué os responda.
Enr. Si os he dicho...

Luc. Cantaleta.
Enr. Que solamente...
Luc. Zambomba.
Enr. Os ama á vos.
Luc. Tararira.
Enr. ¿Qué pretendeis?
Luc. Que yo lo oiga.
Enr. Vive Dios, que hará este ne-
Que se nos descubra toda [cio, *ap.*
Nuestra cautela; no estando,
De su invencion maliciosa,
Doña Leonor avisada.

Al paño doña Leonor y Cartapacio.)

Luc. Desde aquí atisbo.
Cart. El que notas
Es.
Leon. Pues, Cartapacio, ya
Que tanto te debo, toma
Ese doblon, y si viene
Alguien, avisa.
Cart. Me compras
El silencio: Dios te guarde.
Como yo pille, arda Troya. *ap.*

ESCENA VII.

DON ENRIQUE, DOÑA LEONOR Y DON LUCAS AL PAÑO.

Enr. ¡Válgame Dios! si mis señas
Conseguiré que conozca. [*ap.*
¿Leonor?
Leon. Mi Enrique, mi bien,
Mi dueño, ¿hasta cuando ansiosa
Mi fineza habia tu vista
De suplir con tu memoria?
Luc. ¡Toma, si lo dije yo!
Enr. Leonor, como siempre contra
Nosotros en todas partes
Hay quien nos mire, y nos oiga,
No estrañes, que temeroso...
Leon. ¡Ah, ingrato, que no te cor-
[ras
De acordarme, que hay quien pueda
Tenerme de tí zelosa!
Enr. ¿Zelosa de mí?
Leon. De tí,
Pues á tí solo te adora
Mi ceguedad.
Luc Mas clarito
No lo dirá una cotorra.
Enr. ¡Que no me entienda! repara
En que cuando á ser esposa
De don Lucas te destinas.
Leon. ¿Ahora ese monstruo me
¿No sabes que ese incapaz, [nombras?
Ni aun me debe el que le oiga?
Luc. Usted viva dos mil años:
¡Qué cortesana es la moza!
Enr. ¿Pues no es fuerza que á tu
Obedezcas, y te pongas [padre
En sus manos?
Leon. Yo á un tirano
No me rindo.
Luc. ¡Santa Orosia!
¿Así trata al padre nuestro?
Por Jesucristo que es mora.
Leon. Y así, don Enrique amado...
Luc. Ya escampa, y llueven carocas.
Leon. Pues yo no puedo dejar
De ser tuya...
Luc. Aprieta, boba.
¡Infeliz mollera mia
En poder de esta bribona,
Si ella te hubiera pillado!
Leon. Dispon el cómo se rompan
Las prisiones, que tiranas
Ya mi tolerancia postran.
Luc. Yo iré á disponer, supuesto
Que está mi tio en su alcoba,
Que te venga á tí á romper
Lo primero que te coja.

ESCENA VIII.

DON ENRIQUE Y DOÑA LEONOR.

Enr. Ya, don Lucas me parece
Que se fué.
Leon. ¿Qué te alborota?
Enr. Nada.
Leon. ¿Qué miras?
Enr. ¿Qué quieres,
Mi Leonor? que reconozcas
Que todo lo hemos perdido.
Leon. ¿Cómo?
Enr. Como desde esotra
Parte, oculto en la cortina
De esa puerta, ha estado hasta ahora

Don Lucas, siendo testigo
De tus quejas amorosas,
Habiéndome antes pedido,
Que te hable en cuanto á su boda.

Leon. ¿Qué dices?

Enr. Que por mas señas
Que te estuve haciendo, absorta
En tu afecto, nunca propio
Las entendiste, y él torna
Aquí.

Leon. Y con mi padre creo:
Forzoso es mudar la hoja
Al discurso, y engañarlos.

ESCENA IX.

DICHOS Y D. PEDRO, Y D. LUCAS AL PAÑO.

Ped. Aunque mas fuerza me pongas,
No he de creerte.

Luc. Plegue á Cristo,
Que mala sarna me coma,
Si no es verdad.

Ped. ¿De tí trata
Con voces ignominiosas?

Luc. Lo menor era llamarme
El monstruo de Babilonia,
Y á usted un perro tirano,
Belitre, barbas de estopa.
Pero pues aun todavía
El que me hace la limosna
De sacarla las entrañas,
No se ha ido, usted se encoja,
Escuche, calle y verá.

Ped. Está bien.

Enr. ¿Con qué, señora,
La dilacion solamente
Es el mal que os acongoja?

Leon. Estimo tanto á don Lucas
Por sus prendas generosas,
Por su ilustre nacimiento,
Y porque en todo confronta
Conmigo.

Luc. Mientes, borracha.

Leon. Que hasta lograr ser dichosa
Con su mano, estoy sin mí.

Luc. ¿Han visto tal? esta tronga
Se vuelve como vinagre.

Leon. A él solamente se postra
La verdad de mi cariño.

Ped. Lucas, esto es otra cosa
De lo que tú dices.

Luc. Tio,
Yo estoy hecho una bazofia,
Porque lo que yo escuché
Era pan, y estas son tortas.

Enr. Y vuestro padre es preciso,
Como quien es, corresponda
A tan hidalga obediencia.

Leon. Aunque esta accion tan gustosa
No me fuese, es mi cariño
Quien tan de humilde blasona,
Que por él lo ejecutára.

Luc. Miren la zalamerota.

Ped. Hija mia, yo lo creo:
Caiga sobre tí, paloma,
Mi bendicion.

Luc. Y una peña
Que pese noventa arrobas.

Leon. Solo, si es que alguna vez
Con don Lucas se desboca
Mi pasion...

Luc. Atiende aquí,
Que ya vuelve la pelota.

Leon. Es por que trata á mi padre
Con ignominia y deshonra.

Ped. ¡Qué escucho!

Luc. ¡Vírgen María!

Leon. De miserable le nota,
De ignorante en sus estudios,
De que en los pleitos le roba
Sus derechos.

Ped. ¡Ah, villano,
Pícaro, ruin!

Leon. Y en fin toca
En lo que mas siento yo,
Que es en decir, que enamora
A una criada de casa.

Luc. ¿Yo he dicho tal, picarona?

Ped. Sí, habrás dicho, infame, tonto.

(*Sale don Pedro agarrado del gaznate de don Lucas, y Leonor pega con él.*)

Luc. San Blas, san Blas, que me ahoga.

Ped. ¿Tú desvergüenzas de mí?

Enr. Tened, tened, ¿qué os enoja,
Señor don Pedro?
Leon. ¡Ah, bribon!
¿Tú poner las manos osas
En mi padre?
Luc. Muger, mira,
Que él es el que me acogota,
Que yo no le llego.
Leon. ¡Ah, perro!
Luc. ¿No hay alguien que me so-
[corra?

ESCENA X.

DICHOS Y MELCHORA metiéndose a un lado, y a otro JUANA y CARTAPACIO.

Todos. ¿Quién causa tan gran es-
[truendo?
Melch. ¿Quién fomenta esta peleo-
Por cierto que si lo sabe [na?
Quien yo me sé...
Ped. No, no es cosa
De cuidado...
Luc. Sí es, y mucho,
Que entre usted y esta galfota
Me han hecho junto á la nuez
Del gaznate una corcova.
Melch. ¡Ay Jesus! ¿pues el marido
Y el dote con que me otorga
El matrimonio de carta?
Luc. Mi ira que es temprano, tonta.
Melch. ¿Temprano? pues si no avi-
Ya iba á descoserme toda. [sas,
Flor. ¡Cielos, aquí don Enrique!
Ped. De las prendas generosas,
Señor don Enrique, vuestras,
No dudé yo que conozca
Don Lucas, cuanto sus partes
Haceis en lo que le importa.
Luc. Y como que hace, y aun tanto,
Que lo que es mio se apropia;
Y así...
Cart. ¿Señor?
Ped. ¿Cartapacio?
Cart. Pasando junto á la lonja
De San Felipe, me dió,
Con veinte mil ceremonias,
Un soldado este papel.
Ped. ¿Para mí? la nema rompa.
(*Lee.*) « Un espíritu, á quien dió
« Enfado el ver que os desvela
« El cariño de Florela,
« Y os medio descalabró,
« Proseguir la accion pretende
« Borrándoos esa quimera;
« Y así á los dos os espera
« Detras de san Blas. » — EL
¡Válgame Dios! [DUENDE.
Luc. Tio mio,
¿Qué papel ó diablo es ese,
Que te ha puesto como un yeso?
Ped. Lucas, disimula: ¡fuerte
Lance!
Luc. ¿Pues qué ha sido?
Ped. Sabe,
Que me desafia en este
Papel...
Luc. Cáscaras.
Ped. Aquel
Espíritu, que rebelde
En la otra casa habitaba.
Luc. ¿Qué dices? ¡Jesus mil veces!
Ped. Que el duende es el que me
[espera.
Luc. ¿Pues al diablo, quien le mete
En andar buscando ruidos,
Teniendo los que se tiene?
Ped. El caso es, que habemos de
[ir...
Luc. ¿A dónde?, ¿á andar á ca-
Con el demonio? [chetes
Ped. ¿Si es hombre,
Que este disfraz tomar quiere,
Se ha de contar que anduvieron
Infames dos montañeses?
Luc. Eso no, voto á Cristo.
Aunque una legion me espere
De dueñas magras, que son
Los estoques de la muerte.
Pero, señor, por si acaso
Cosa del demonio fuese,
¿No será bueno que vaya
La ejecutoria patente,
Que no puede cosa mala
Llegar donde ella estuviere?
Ped. Dices bien, ven, tomarémos
Las espadas y broqueles.
Y porque no nos estorben,

Saldrémos mas fácilmente
Por la puerta falsa.
Luc. ¡Ay, honra
Montañesa, lo que puedes!
Pues muerto de miedo voy
A que me casquen las liendres.
Ped. Leonor, á un negocio vamos
De importancia, en tanto puedes
Prevenir para el ensayo
De esta noche lo que sueles;
Que he de ver la serenata
Cómo sale.
Luc. Que nos rezen
Será mejor un rosario,
Porque volvamos con dientes. (*Vase.*)
Ped. Y aun prevente tú tambien,
Que es bien que esta noche quedes
Casada; ya que á don Lucas
Amas, estimas y quieres. (*Vase.*)
Enr. ¡Qué oigo, cielos!
Leon. ¡Ay de mí!
Que con mis armas me hieren.
Melch. No será eso, mientras yo
Tenga unos inconvenientes.
Leon. ¿Cuáles?
Melch. Ellos lo dirán.
Leon. ¿Misterios gastar pretendes?
Melch. Esto importa á la maraña:
Y ve usted, pues de esta suerte,
Como Dios quiera...
Leon. ¡Qué necia!
Melch. Será lo que Dios quisiere.

ESCENA XI.

DOÑA LEONOR, DON ENRIQUE, FLORELA Y JUANA.

Juana. Maldita tú seas, amen,
Y que majadera que eres.
Leon. ¡Ay Enrique!
Flor. Esto faltaba *ap.*
A mi dolor solamente.
Leon. Ya has oido de mi ruina
La sentencia.
Enr. No me fuerces
A que un despecho ejecute.
Flor. ¡Ah, injusto! ¡ah, traidor aleve! *ap.*
Leon. Ya estamos en la forzosa
De que el remedio se piense:
Esta noche ven, que Juana
Te abrirá, y en mi retrete
Oculto...
Flor. ¡Qué escucho, penas! *ap.*
Leon. Estarás; y cuando vieres,
Que mi padre solicita,
Que á Lucas la mano entregue,
Sal, y di, que eres mi esposo.
Enr. Tu esclavo soy.
Flor. Ya no puede *ap.*
Tolerarse tal injuria.
Leon. Y ahora, don Enrique, vete;
Y si puedes inquirir
Lo que tan secretamente
A ejecutar va mi padre,
Mas presto el que se remedie
Nuestro pesar lograrémos.
Enr. Todo, mi bien, lo previene
Tu divino entendimiento:
Voy volando á obedecerte. (*Vase.*)
Leon. ¿Juana?
Juana. ¿Señora?
Leon. A tu cargo
Pongo el que á la noche entres
En el cuarto, á don Enrique,
De los barros.
Juana. De viviente
Búcaro te le tendré
Curado al polvo, y si quieres,
Mojado con agua de ámbar.

ESCENA XII.

DOÑA LEONOR Y FLORELA.

Leon. ¿Florela, qué te parece
De mi mal?
Flor. Que cierto ingenio
Dijo bien discretamente:

(*Canta.*) Enamorado de Siquis
Baja amor á los vergeles,
Que en las campañas del aire
Fabrican y desvanecen.

Leon. Y que enamorado venga
Don Enrique, á que se empleen
En mí sus adoraciones,
Con mi desgracia, ¿qué tiene
Que ver?
Flor. Pues mejor concepto,
A mi parecer, es este.

(*Canta.*) Ojos eran fugitivos
De un pardo escollo dos fuentes,.
Humedeciendo pestañas
De jazmines y claveles.

Leon. O es manía de cantar
La tuya continuamente,
Que venga al caso, ó no venga,
O de mis penas crueles
Te burlas.
Flor. Escucha, escucha.
No has de lograr que conteste *ap.*
Con tu gusto, y que del daño,
Que tú me haces, me consuele.
Leon. Canta hasta que mas no quie-
Que si algun dia sintieres, [ras,
Puede ser que yo me ria
De ver que tú te lamentes.

ESCENA XIII.

FLORELA.

No faltaba á mi dolor
Mas de que ahora pretendieses
Descansar con quien por tí
Pena y sufre, llora y muere.
Siente, pues que siento yo,
Y mientras buscar emprendes
Medios para el fin que anhelas,
Para impedírtelos piense
Imposibles mi dolor,
Ya que el destino inclemente
Quiere á costa de mis males
Ir fabricando tus bienes.
Y pues esta noche aguardan
Para matarme dos veces,
Esta noche del acaso,
Que la fortuna ofreciere
Mas propicia, mi corage
Valido, haré que reviente
Este volcan, que oprimido
Arde en prisiones de nieve.

ESCENA XIV.

Decoracion de campo.

DON ANTONIO Y TALAVERON.

Ant. ¿Diste el papel que te dí
A Cartapacio?
Tal. Y le hallé,
Como te he dicho, y logré
Encajársele.
Ant. Si en mí
Desafiar á un letrado
Pareciere estraño hoy,
Esté alguno como estoy
De su dama enamorado,
Y empátele su fineza
Otro, que sea el que se fuere,
Verá si aun con Baldo quiere
Deshacerse la cabeza.
Tal. Yo creo, que aquellos dos
Hombres, que vienen allí,
Son tio y sobrino.
Ant. Sí;
Retírate.
Tal. Vive Dios,
Que siendo dos, oportuno
Será que yo no me vaya.
Ant. No temas que riesgo haya,
Que uno es nada, y dos uno.

ESCENA XV.

DON ANTONIO, DON LUCAS Y DON PEDRO CON ARMAS Y CON LINTERNAS.

Ped. Anda, Lucas.
Luc. ¡Raro afan!
Ped. ¿No ves que el honor precisa?
Luc. ¡Que ni aun siquiera oir misa
Pudiese en San Sebastian!
Ped. ¿Para qué?
Luc. Para notorio
Sufragio.
Ped. ¿De quién, bergante?
Luc. De quien puede en un instante
Ser alma del purgatorio.
Ped. ¿A eso tu temor te obliga?
Luc. ¿Pues la del otro está ha-
Para que tenga su espada [blada,
Atencion con mi barriga?
Ped Un hombre está aquí.
Luc. ¿No mas?
Ped. No es mas que uno.
Luc. ¡Suerte rara!
Pues llega tu cara á cara,
Le daré yo por detras.
Ped. ¿Contra nuestro honor, no ves

Que ese es un terrible error?
Luc. ¡Válgame Dios, por honor
Que caramilloso que es!
Ped. Estate tú oculto allí,
Que mientras que solo séa,
No es bien que á los dos nos vea.
Luc. Por Dios que no estoy en mí.
¿Yo á conquistadores puedo
Heredar? Cristo me ampare,
Pues lo que hoy conquistáre
Lo quiero asar en un dedo.
Ped. ¿Caballero?
Ant. ¿Qué mandais?
Ped. ¡Vírgen sagrada, qué veo!
Ped. Que sois vos quien busco creo.
Ant. Yo soy.
Ped. ¿Pues á qué esperais?
Ant. Cuando llegueis á saber
El motivo de este duelo,
A nada.
Luc. ¡Válgame el cielo!
El duende es ó su muger,
Porque yo á este hombre le ví
De mantilla: ¡hay tal historia!
Saco luz ejecutoria,
Pues todo lo traigo aquí. (*Vase.*)

(*Sacan las espadas y riñen.*)

Ant. Valor teneis.
Ped. He nacido
Caballero, y manejado
Libros y armas.
Ant. ¡Qué alentado
Es el viejo!
Ped. ¡Qué atrevido
Es el mozo!

(*Cáesele la espada á Antonio.*)

Ant. ¿Qué aguardais
(Cruel estrella), pues me veis
Sin espada?
Ped. A que la alzeis.
Ant. Como caballero obrais;
Pero una vez recobrado,
Solo á defenderme aspiro.
Ped. Pues yo de veras os tiro.
Ant. Mirad que habeis tropezado.
Ped. Matadme.
Ant. ¿Quien obra bien,
Cómo aconseja tan mal?

(*Sale don Lucas.*)

Luc. Duendecillo tal por cual,
Ten esa estocada, ten.

(*Vuelve con la ejecutoria en el pecho, y dos luces en las manos.*)

Ant. ¿Qué es esto?
Luc. Cruje los dientes
Perro maldito, haz espantos,
Huye de los nombres santos
De todos mis ascendientes.
Ant. ¿Don Pedro?
Luc. ¿Qué no te humillas?
Ant. Vuestro furor me acometa.
Luc. ¡Santo Dios! que no respeta
Las armas de los Chinchillas.
Ped. Presto daré testimonio
De que aquel error absuelvo.
Luc. Señores, á decir vuelvo
Que este es duende ó es demonio.

ESCENA XVI.

Dichos y DON ENRIQUE.

Enr. ¿Qué es esto, amigos?
Luc. Esto es
Ser este diablo andaluz,
Pues no respeta la cruz
De un despacho montañés.
Enr. ¿Vos, señor don Pedro, y vos,
Don Antonio, en este estado?
Motivo de gran cuidado
Es el que os mueve, por Dios.
Y pues yéndoos á buscar,
El acaso me ha traido,
Yo he de saberle.
Ped. Este ha sido
Haber venido á parar
Madame Florela...
Enr. ¿Quién?
Ped. Una flamenca española,
A mi casa triste y sola,
Huyendo cierto vaiven
De su fortuna en Amberes,
De donde mi amigo Octavio
Me la envió: y siendo agravio
No amparar á las mugeres
En quien nace caballero,
En mi casa la hospedé,
Donde la ví y la traté.
Y no siendo yo el primero

A quien una perfeccion
Haya en vista condenado,
En revista, y sin traslado
Me ganó la inclinacion.
Tanto su beldad promete.
Luc. ¡Oiga el diantre del borrico
Por donde mete el hocico!
¡Con qué la casca el vejete!
Ped. Por esto ese caballero
Hoy un papel me ha enviado,
En que me ha desafiado.
Ant. Ya os he contado primero,
Que allá en Amberes reñí
Por cierta madamusela,
Que amé; pues ella es Florela.
Enr. Pues ahora me toca á mí
Reñir con los dos.
Los dos. ¿Porqué?
Enr. Porque el sugeto soy yo,
Que en Amberes os hirió,
Y que allí á Florela amé.
Ant. Ya son mis dudas mayores.
Luc. ¡Otro la pretende y ama!
¿Señores, es esta dama,
O concurso de acreedores?
Ped. Pues Florela ha de ser mia.
Ant. Yo he de merecer su amor.
Enr. A mi cuenta está su honor...
Luc. ¡Vírgen, y que greguería!
Ant. Pues si hemos de reñir, ya
El tiempo es muy oportuno,
Y así vamos uno á uno.
Luc. ¿Qué es uno á uno? arre allá.
¿Cómo entendeis esa historia?
Ant. Riñendo vos el primero.
Luc. ¿Pues quereis un agujero
Hacerme en la ejecutoria?
Primero me dejaré
A saetar por un lado,
Por detras, por el costado,
Que por el pecho os la dé.
Ped. Embiste, no temas nada.
(*Riñen.*)
Luc. Pues he de esponerme, tio,
A que á un ascendiente mio
Le den una cuchillada?
Enr. Parad, tened los aceros,
(Pues nada pierdo en tal trance, *ap.*
Enmendar intento el lance,)
Y advirtamos, caballeros,
Que de una dama la fama
Este escándalo atropella;
Y pues ha de ser lo que ella
Dijere, elija la dama.
Ped. Yo me doy á este partido.
Ant. Con ese dictámen voy.
Don Enrique, porque soy
(*ap. á Enr.*)
Amante, y tan siempre he sido
Vuestro amigo, hallar quisiera
Modo que el caso enmendára,
Y que á Florela lográra,
Sin que yo á vos os perdiera;
Pues cuando amais á Leonor...
Enr. Dejaos por mí gobernar,
(*ap. á Antonio.*)
Que á mí me viene á importar
Que consigais vuestro amor.
Y pues esto está ajustado,
Señor don Pedro, podeis
Iros.
Ped. Ya reconoceis
Si bien ó mal he quedado. (*Vase.*)
Enr. Nunca vos quedasteis mal.
Luc. ¿Cómo? Ya se han convenido?
De mi ejecutoria ha sido
Milagro, por san Pascual.
Ellos van quietos y buenos;
¡O papel! ¿Esto hay en tí?
No te he de apartar de mí
El dia que hubiere truenos. (*Vase.*)
Ant. ¿Don Enrique?
Enr. Ahora sabreis
Si soy vuestro amigo en todo.
Ant. ¿De qué suerte?
Enr. De este modo,
Venid, que allá lo vereis.

ESCENA XVII.

Sala en casa de don Pedro.

CARTAPACIO, JUANA Y DOÑA LEONOR, Y PONEN LUCES EN UN BUFETE.

Música. Ven, deseado Himeneo,
Ven, y ven muy aprisa,
Que tardar esta boda,
Es mucha porquería:
Ven, ven por tu vida,
A las nupcias del mas fuerte hidalgo,
Que bebe, que ronca, que pace en Castilla

Leon. ¿Está todo prevenido?
Cart. Por lo que toca á bebidas,
Ya de sorbete y aloja
Dejé entregada á Dominga
Una garrafa.
Leon. ¿Y los dulces?
Cart. Son chochos, y peladillas,
Y he habido de tener un
Cuento en la confitería.
Leon. ¿Cómo?
Cart. Como la cuchara,
Que llevé está muy lamida,
Y no habia forma en empeño
De darme mas que dos libras.
Y así el tio y el sobrino
Habrán de hacer la barriga
Con las castañas pilongas,
Que como ayer fué vigilia,
Sobraron.
Juana. ¿Y te parece,
Que en la montaña tendrian
Otros dulces de Paris?
Leon. Juana, anda, ve, por tu vida,
A ver si viene mi Enrique,
Verás como hago que sirva
A otro intento este aparato.
Juana. No será mala bolina
La que habrá. (*Vase.*)
Leon. ¿Y Melchora?
Cart. Como
Hace una de las ninfas,
Que han de llamar á Himeneo,
Segun la loa está escrita
De don Pedro mi señor,
Se está vistiendo.

ESCENA XVIII.

DICHOS, DON LUCAS Y DON PEDRO.

Ped. ¿Hija mia?
Leon. ¿Padre y señor?
Ped. Hoy se enlazan
Los pesares y las dichas.
A casa desazonado
De un disgustillo venia,
Y me han dado en el camino
La prodigiosa noticia,
De que el título que compro
Está ya en cabeza mia.
Vueseñoría lo sepa,
Para que reconocida
A los favores del cielo,
Desde hoy los criados riña,
A todas horas enfade
Amigos y conocidas,
Pida el almuerzo á las once,
Y suba al desvan en silla.
Luc. ¿Oye usted, y yo no tengo
De tener mis piececillas
De sobrino de marques?
Ped. En casando con mi hija,
Que entonces os cae el chorro
De este honor por recta línea.
¿Ha, Cartapacio? el tintero.
Cart. Aquí está.
Ped. Esta seguidilla
Déle á Juana ó á Melchora,
Que al nuevo asunto va escrita
De la señoría nuestra;
Que la encajen por su vida
En la dicha pastorela.
Luc. ¿Habrá invencion mas maldita
De fiesta, que esta que hacen,
Pudiendo llenar la tripa,
Con lo que en ella se gasta,
De pavos y de gallinas?
Ped. Mis amigos vienen ya.

ESCENA XIX.

DICHOS, UN LETRADO Y UN GOLILLA.

Let. Para que la rebeldía
No se me acuse, señor
Don Pedro, de que á tan digna
Funcion vengo tarde, el gusto
Mi concurrencia anticipa.
Gol. Cosa que habeis hecho vos,
Es fuerza ser peregrina.
Ped. Señores, muy bien venidos.
Ha, Cartapacio, trae sillas;
Leonor, siéntate.
Cart. Aquí están.

ESCENA XX.

DICHOS, Y AL PAÑO JUANA, DON ENRIQUE Y DON ANTONIO.

Juana. Quédate aquí, y solo atisba,
Sin que te vean.

Enr. Está bien.
Ant. ¿A qué será esta traida?
Enr. Presto de dudas saldreis.
(*Sale Juana.*)
Juana. Señora, como pedias,
Aquel negocio está hecho,
Pero el diablo de la fria
De la flamenca los vió.
Leon. No es tiempo de que nos [sirva
Eso de estorbo.
Cart. Señor,
La cera está ya encendida,
Y como es poca, ya ves,
Que es fuerza que se derrita.
¿Empezarán?
Ped. Di que empiecen.
Luc. Yo en estas majaderías
Me duermo luego. ¡Ah, bergante!
¿Tú apuntas?
Cart. De maravilla.
Luc. ¡No te viera yo apuntado
De un tiro de artillería!
Ped. Señores, callad, que empiezan.
Gol. y Let. ¿Cuánto vá que pára en [risa?

Música. Ven, deseado Himeneo, etc.

ESCENA XXI.

DICHOS, Y DOÑA MELCHORA QUE CANTA.

Melch. Ven, que no es quien espera
Ningun hombre de ansina:
Sino una hembra que casa
Con un varon Chinchilla.
Juana. (*Canta.*) Ven, que con montañeses
No se hacen groserías,
Porque á ninguno esperan
Los de aquesta familia.
Melch. Su señoría ordena,
Que con tu antorcha asistas,
Y hasta que lo mande
Su señor señoría.

Ped. Aquella postrera copla
Es la de nuevo añadida.
Gol. Es un pasmo.
Todos. Es un prodigio.
Ped. Que prosiga.
Todos. Que prosiga.

Música. Ven, ven por tu vida, etc.
Flor. (*Canta.*) No solo á tanto asunto
Esta antorcha encendida,
Ascua del sol, abrasa
Todo lo que ilumina;
Sino á descubrir vengo,
Don Pedro, los enigmas,
Que tu honor oscurecen,
Y tu fama marchitan.
Oculto hay en tu casa
Quien troncar solicita
De tus nobles ideas
Las generosas líneas.
Y quien del honor mio
A destruir aspira
La opinion generosa
Hoy por tí defendida;
Tu venganza y mi enojo,
Su traicion y mi ira,
Alumbre aquesta antorcha,
Y siguiéndome digan:

Traicion, traicion. (*Se entra.*)
Leon. ¡Ah, villana!
Ped. ¿Qué es esto? todos me sigan.
(*Vase.*)
Juana. ¡Ay, que todo lo descubre!
Gol. y Let. A don Pedro es bien [que asista.
Luc. ¿Qué embrolla de los demo- [nios
Es esta, Melchora mia?
Ahora es ocasion que se haga
Nuestra traza discurrida.
Melch. Pues verás que presto vengo
Cargada con la balija. (*Vase.*)
Leon. ¡Cielos santos, yo estoy [muerta!
Ped. Mueran los que así amancillan
Mi honor.
(*Salen don Pedro, don Enrique y don Antonio.*)
Enr. Don Pedro, tened,
Que siendo ya vuestra hija
Doña Leonor, mi muger,
En mí vuestro honor habita.
Ped. ¿Cómo esposo de Leonor?
Luc. ¿Señor, no te lo decia
Yo, que esta pícara infame
La habia de hacer?
Flor. Como viva
Yo, siendo Enrique (don Pedro)
La causa de mis desdichas,

No es fácil que de otra sea.
Ant. Ni que yo á otro hombre per-
Que sea dichoso contigo. [mita
Ped. ¿Estoy yo acaso en las Indias,
Para que á doña Florela
De Guzman, solo por hija
De don Andres de Guzman,
No la eleve á señoría?
Enr. ¿Don Andres de Guzman?
Lo que decis. [ved
Flor. ¡Suerte esquiva!
Que aquese mi padre fué.
Ped. Pues esos papeles digan
Como gobernando á Amberes,
Al tiempo que ya os tenia
A vos, casó de secreto
Con madama Catalina
De Orbesi, ilustre y hermosa,
Y prenda de esta caricia
Fué Florela, á quien dejó
Declarada.
Enr ¡Hermana mia!
¿Cómo avarienta hasta aquí
Me ha negado esta noticia
Mi suerte?
Flor. No en vano yo
Tanto, Enrique, te queria.
Ant. Ahora sin este embarazo,
Que mi rendimiento admita
Espero...
Enr. Tuya es Florela.
Flor. Premiar es deuda precisa
Vuestra constancia.
Ped. Tened,
Que yo...
Melch. (*dent.*) Tanta gritería
Hay, que á quien hoy se casa
La aturde, y la martiriza.

ESCENA XXII.

DICHOS, Y DOÑA MELCHORA CON UN BULTO DEBAJO DEL BRAZO.

Ped. ¿Melchora, que es esto?
Melch. ¡Ay, padre!
¿No ve aquesta bolsa en cinta?
Pues prendas son de don Lucas
Cuantas traigo aquí metidas.
Ped. ¡Solo faltaba esta afrenta
A mi casa y mi familia!
¿Qué dices, perra?
Luc. Que ya
Que ha perdido Leonorilla
La fortuna de mi mano
Por sus muchas picardias,
Con Melchora me recaso,
Que mi conciencia me aguizga;
Pues dice bien, pues mias son
Esas prendas que publica
Ese bulto.
Ped. ¿Cómo, infame?
Melch. Como es esta su ropilla,
Su manteo, su sotana, (*la saca toda.*)
Sus calcetas, sus camisas:
Miren si son estas prendas
Suyas, ó de la vecina.
Ped. Si estás contenta, Leonor,
Yo no violento á mis hijas:
Da la mano á don Enrique,
Y dásela tú, Luquillas,
A Melchora.
Luc. Ven acá,
Daca la mano, borrica.
Melch. Toma, animal.
Cart. Cada oveja
Con su pareja, Juanilla.
Juana. Pues toma esos cinco dedos.
Enr. Hermosa Leonor, mi vida
Es tuya.
Leon. Felice soy.
Ant. Ya son todas mis fatigas
Venturosas con tal suerte.
Flor. Tus finezas me conquistan.
Ped. Y yo que quedo soltero,
No sé, señores, si diga,
Que quedo mejor.
Enr. Y aquí
Una obediencia rendida.
Da fin al Dómine Lucas:
Reconociéndose indigna
De aplauso, ni admiracion,
Se contenta con la risa.

DON RAMON DE LA CRUZ.

Nació en Madrid por los años de 1740 á 1745. Las obras dramáticas de este ingenio ascienden á *doscientas diez*, de las cuales la mayor parte son sainetes. En este género es nuestro primer poeta.

Hubiéramos creido que quedaba incompleta esta coleccion, si no insertábamos en ella alguna de las festivas composiciones de don Ramon de la Cruz. Dotado de un ingenio sin igual, de un talento de observacion tan grande cuanto mal empleado, y de una gran facilidad para manejar el lenguaje picaresco y trivial de nuestro pueblo bajo, don Ramon de la Cruz, rompiendo lanzas con todas las opiniones de su siglo, que fué precisamente el mas severo en punto á dignidad dramática, rara vez sacó á la escena otra cosa que personages muy humildes, prefiriendo para fondo de sus cuadros las últimas regiones de la sociedad. Y aun no contento con este desacato contra el espíritu del siglo, llevó la insolencia hasta el punto de hacer completa mofa de los graves autores de tragedias clásicas en su preciosa parodia titulada *Manolo*, que damos á continuacion. Don Ramon de la Cruz era una de esas naturalezas independientes que siguen su natural inclinacion sin curarse de opiniones agenas; estas naturalezas tienen por lo menos el inmenso mérito de la originalidad.

MANOLO

TRAGEDIA PARA REIR, Ó SAINETE PARA LLORAR.

> .... ¿De qué aprovechan
> Todos vuestros afanes, jornaleros,
> Y pasar las semanas con miseria,
> Si despues los domingos, ó los lúnes,
> Disipais el jornal en la taberna?

PERSONAS. — EL TIO MATUTE, tabernero de Lavapies, marido de LA TIA CHIRIPA, castañera. — LA REMILGADA, hija del tio, amante de Mediodiente. — MANOLO, hijo de la tia, amante pasado de LA POTAGERA, enamorada (en ausencia de Manolo) de MEDIODIENTE, amante de la Remilgada. — SEBASTIAN, esterero, confidente de todos. — COMPARSAS DE VERDULERAS, AGUADORES, PILLOS Y MUCHACHOS.

La escena es en Madrid, y en medio de la calle Ancha del Lavapies, para que la vea todo el mundo.

ACTO UNICO.

ESCENA PRIMERA.

DESPUES DE LA ESTREPITOSA ABERTURA DE TIMBALES Y CLARINES, SE LEVANTA EL TELON, Y APARECE EL TEATRO DE CALLE PÚBLICA, CON MAGNÍFICA PORTADA DE TABERNA, Y SU CORTINA APABELLONADA DE UN LADO, Y DEL OTRO TRES Ó CUATRO PUESTOS DE VERDURAS Y FRUTAS, CON SUS RESPECTIVAS MUGERES: LA TIA CHIRIPA ESTARÁ Á LA PUERTA DE LA TABERNA CON SU PUESTO DE CASTAÑAS, Y SEBASTIAN HACIENDO SOGUILLA Á LA PUNTA DEL TABLADO: EN EL FONDO DE LA TABERNA SUENA LA GAITA GALLEGA UN RATO; Y LUEGO SALEN DÁNDOSE DE CACHETES MEDIODIENTE Y OTRO TUNO, QUE HUYE LUEGO QUE SALE EL TIO MATUTE CON EL GARROTE, Y COMPARSA DE AGUADORES.

Med. O te he de echar las tripas [por la boca,
O hemos de ver quien tiene la peseta.
Seb. Aguarda, Mediodiente.
Tia Chir. ¿Pues qué es esto?
¿Cómo no miran quien está á la [puerta
De la taberna, y salen con mas [modo?
Y no que por un tris no van la mesa
Y las castañas con dos mil demo- [nios.
Med. Los héroes como yo cuando [pelean
No arreparan en mesas, ni en cas- [tañas.
Tia Chir. Yo te aseguro...
Seb. Moderaos, princesa,
Pues si no me equivoco, el tio Ma- [tute
Con su gente, y sus armas ya se [acerca.

ESCENA II.

TIO MATUTE, SU COMPARSA, Y LOS DICHOS.

Tio. Escuadron de valientes parro- [quianos,
Ya veis que la opinion de mi taberna
Está pendiente: nadie los perdone,
Y cada cual les dé con lo que pueda.
Med. Aguárdate, cobarde.
Tio. No le sigas;
Y date tú á prision.
Med. ¿Pues qué mas prueba
Quereis, si el otro huye, y yo me [quedo,
De que él os hizo noche la peseta?
Tio. Tengas ó no la culpa, pues te [pillo,
Tú, Mediodiente, pagarás la pena;
Porque la fama, que hasta aquí ha- [brá roto
Mas de catorce pares de trompetas
Por ese Lavapies, preconizando
Mis medidas, mi vino y mi concencia,
No ha de decir jamas, que hubo en [mi casa
Un hurto que importase una lanteja.
¿Se ha de decir que hurtaron cuatro [reales
En una que es acaso la primera
Tertulia de la córte, donde acuden
Sugetos de naciones tan diversas,
Y tantos petrimetes con vestidos
De mil colores y galon de seda?
¿Aquí donde arrimados los bastones
Y plumas que autorizan las traseras
De los coches, es todo confianza,
Se ha de decir que hay quien faltó á [ella?
¿Aquí donde compiten los talentos,
Dempues de deletreada la Gazeta,
Y de cada cuartillo se producen
Diluvios de conceptos y de lenguas?
¿Aquí donde las honras de las casas,
Mientras yo mido, los criados pesan,
De suerte que á no ser por mí, y por [ellas,
Muchas cosas, quizá, no se supieran?
¿Aquí ha de haber quien robe? Ra- [bio de ira.
Que se emborrachen, vaya enhora- [buena,
Que á eso vienen aquí las gentes de [honra;
¿Pero quién será aquel, dempues que [beba,

Que hurte, juegue, murmure ni mal-
En el bajo salon de mi taberna? [diga
Med. Matute, ¿qué apostais ca-
[garro un canto.
Y os parto por enmedio la mollera?
Tio. ¿Yo amenazado?
Med. ¿Yo ladron?
Chir. Esposo,
Déjale con mil diablos.
Tio. No pretendas
Que deje sin castigo su amenaza.
Chir. ¡Ay, señor! que amenaza tu
[cabeza
Y conforme te puede dar en duro,
Tambien te puede dar donde te
[duela.
Tio. Tú dices bien. ¡Ah cuánto en
[ocasiones
Las mujeres prudentes aprovechan!
Seb. ¡Tremplanza heróica!
Med. ¡Formidable aspeto!

ESCENA III.

(*Que se representará con la digni-
dad correspondiente.*)

REMILGADA, Y LOS DICHOS.

Rem. La llave me entregad de la
[bodega,
Que el jarro se acabó del vino tinto.
Tio. Yo tengo capitanes de espe-
[rencia,
Y de robusta espalda, que manejen
Mejor las cubas, y subirle puedan.
Chir. Para esta espedicion fuera
[mas útil
Que no faltase tu persona escelsa,
No equivoquen el vino veterano;
Pues el que ayer llegó de Valdepeñas
Aun está moro, y fuera picardía [dia
Consentir que cristianos le bebieran.
Tio. ¡Qué discrecion! Ven pues,
[porque al momento
La llave saques, y el candil enciendas.

ESCENA IV.

REMILGADA, MEDIODIENTE, SE-
BASTIAN Y LAS VERDULERAS.

Med. ¿Es posible, divina Remilgada,
Que siquiera la vista no me vuelvas?
¿Y la fe que juraste á Mediodiente?
Rem. Yo no me hablo con gente
[sin vergüenza;
Ni yo por medio diente mas, ó menos,
He de esponer mi aquel á malas len-
[guas,
No teniendo otra cosa mas de sobra
Que los dientes enteros y las muelas.
Med. Ya te entiendo, y te juro,
[dueño mio,
Que nunca he vuelto á ver la Pota-
[gera,
Dende la noche que la dí la tunda
Por darte á tí satisfaccion...
Rem. No mientas;
Que yo el dia te ví de los Defun-
[tos
Ir cácia el Hospital junto con ella.
Med. No viste tal...
Rem. Sí ví...
(*Dentro suenan unos cencerros.*)
Med. ¿Pero qué salva
De armonía bestial el aire llena?
Seb. Esto es, señor, sin duda, que
[Manolo
Aquel de quien han sido las probezas
En Madril tan notorias, aquel jóven
Que aluno de las mañas, y la es-
[cuela
Del ensine Zambullo, dió al Maestro
Tanto que hacer, en el meson se
[apea,
Dempues de concluir las diez campa-
[ñas,
En que la Africa vió: pues su so-
[berbia,
No cabiendo del mundo en la una
[parte,
Repartió entre las dos su corpu-
[lencia.
Med. ¿No es este el hijo de la tia
[Chiripa,
Tu madrasta, y el que en los patos
[entra
De que ha de ser tu esposo, pues tu pa-
El tio Matute, se casó con ella? [dre
Rem. El mismo es.
Med. Pues, reniego de tu casta,
¿Para qué me dijites, embustera,
Que me querias? ¿Este era el motivo

De estar conmigo por las noches seria,
Y de darme sisados los cuartillos?
¡O santos dioses! Yo te juro, ¡ah perra!
Que has de ver de los dos cuál es [mas hombre.
En medio del Campillo de Manuela
De naaja á naaja, ó puño á puño,
Y te tengo de echar las tripas juera.
Rem. No te irrites, señor. ¡Destino [alverso,
Suspende tus furiosas influencias!
¿Casarme con Manolo yo? ¡Y que [poco!...
Primero me cortára la caéza.
Med. ¿Serás firme?
Rem. Testigo el espartero.
¡Así lo fueras tú!
Med. Si te hago ofensa,
Y falto á mi palabra, que me falten
El vino y el tabaco, la moneda
En el juego...
Rem. No mas, mi bien, que bastan
Los juramentos para que te crea.
Queda en paz.
Med. Vete en paz.
Rem. Solo te encargo,
Que no vuelvas á ver la Potagera.
Med. ¡Ay, que viene Manolo!
Rem. ¡Ay que eres tuno!
Los dos. ¡Cielos, dadme favor, ó [resistencia!

ESCENA V.

MEDIODIENTE, SEBASTIAN Y LAS VERDULERAS.

Med. (*con interes*). Cuidado, Sebas- [tian, con el secreto. *ap.*
Seb. Soy quien soy: soy tu amigo, [ve, sosiega,
Y tus cosas dispon, pues esto naide
Lo sabe sino yo y las verduleras.
(*Vase Mediodiente.*)
¡O amor! cuando en dos almas te in- [troduces,
Y mas cuando son almas como estas,
¡Qué heróicos pensamientos las su- [gieres,
Y con qué heroicidad los desempe- [ñan!
Pero Manolo viene, ¡santos cielos!
Aqui del interes de la trigedia;
Y porque nunca la ilusion se trun- [que,
Influya Apolo la unidad, centena,
El millar, el millon, y si es preciso
Toda la tabla de contar entera.

ESCENA VI.

MANOLO DE TUNO CON CAPITA CORTA Y MONTERA, Y LA POSIBLE COMPARSA DE PILLOS, Y SEBASTIAN.

Man. Ya estamos en Madril, y en [nuestro barrio,
Y aquí nos honrará con su presencia
Mi madre, que si no es una real [moza,
Por le menos vereis una real vieja.
La patria ¡que dulce es para aquel [hijo,
Que vuelve sin camisa, ni calcetas!
Sin embargo de qué eran de Vizcaya
Las que sacó en el dia de su ausen- [cia.
Seb. ¡Manolo!
Man. ¡Sabastian! Dame los [brazos;
Y no estrañes, amigo, me sosprenda
De verte en un estado tan humilde.
¿Tú manejar esparto, en vez de [cuerdas
Para asaltar balcones y cortinas?
¿Tú, que por las rendijas de las [puertas
Introducias la flexible mano,
La aplicas á labores tan groseras?
¿Qué es esto?
Seb. ¿Qué ha de ser? Que se [ha trocado
Tanto Madril por dentro y por ajuera,
Que lo que por ajuera, y por aden- [tro
Ántes fué porquería, ya es limpieza.
Man. ¿Cómo?
Seb. Son cuentos largos; pero, [amigo,
Tú con tu gran talento considera
Como está todo, cuando yo me he [puesto
A sastre de serones y de esteras.

Man. Dime mas novedades. ¿Y la [Pacha,
La Alifonsa, la Ojazos y la Tuerta?
Seb. En San Fernando.
Man. Si sus vocaciones
Han sido con fervor, dichosas ellas.
Seb. No apetecieron ellas la clau- [sura,
Que allí las embocaron de por juerza.
Man. ¿Pues qué tirano padre les [da estado
Contra su voluntad á las doncellas?
Seb. Ya sabes que entre gentes co- [nocidas
Es la razon de estado quien gobier- [na.
Man. ¿Y nuestros camaradas, el [Zurdillo,
El Tiñoso, Braguillas y Pateta?
Seb. Todos fueron en tropa.
Man. Dende chicos
Fueron muy inclinados á la guerra,
Y el dia que se hallaban sin contra- [rios
Jugaban á romperse las cabezas.
Seb. Permíteme que gane las albri- [cias
De tu llegada.
Man. Yo te doy licencia.
Seb. Pero no hay para que, pues [ya te han visto.
Man. ¡Cielos, dadme tamplanza y [fortaleza!

ESCENA VII.

LA TIA CHIRIPA Y LOS DICHOS.

Chir. ¡Manolillo!
Man. ¡Señora y madre mia!
Dejad que imprima en la maneza [bella
El dulce beso de mi sucia boca.
¿Y mi padre?
Chir. Murió.
Man. Sea norabuena.
¿Y mi tia la roma?
Chir. En el Hospicio.
Man. ¿Y mi hermano?
Chir. En Oran.
Man. ¡Famosa tierra!
¿Y mi cuñada?
Chir. En las Arrecogidas.
Man. Hizo bien, que bastante an- [duvo suelta.

ESCENA VIII.

LOS DICHOS, Y EL TIO, Y LA REMILGADA.

Tio y Rem. Manolo, bien venido.
Man. ¿Quién es este?
(*A la tia.*)
¿Que tan serio me habla, y se pre- [senta?
Chir. Otro padre, que yo te he pre- [venido,
Porque con la horfandá no te afli- [gieras.
Man. ¿Y qué destino tiene?
Tio. Tabernero.
(*Con dignidad; y Manolo y su comparsa le hacen una profunda y espresiva reverencia.*)
Chir. Y esta, que es rama de la [misma cepa,
(*Presentándole á la Remilgada.*)
Es su hija y tu esposa.
Rem. Yo fallezgo!...
Chir. Repárala qué aseada y qué [compuesta.
Man. Ya veo que lo está.
Chir. ¿Vienes cansado?
Man. ¿De qué? Diez ó doce años [de miseria,
De grillos y de zurras, son lo mismo
Para mí, que beberme una botella.
Tio. ¿Cómo te ha ido en presillo?
Man. Grandemente.
Seb. Cuenta de tu jornada y tus [probezas
El cómo por menor, ó por arrobas.
Man. Fué, señores, en fin, de esta [manera.
No refiero los méritos antiguos,
Que me adquieron en mi edad pri- [mera
La comun opinion: paso en silencio
Las pedradas que dí, las faldriqueras
Que asalté, y los pañuelos de tabaco

Con que llené mi casa de banderas,
Y voy sin reparar en accidentes
A la sustancia de la dependencia.
Dempues que del palacio de provincia
En público salí, con la cadena,
Rodeado del ejército de pillos,
A ocupar de los moros las fronteras,
En bien penosas y contadas marchas,
Sulcando rios y pisando tierras,
Llegamos á Algeciras, dende donde
Llenas de aire las tripas y las velas,
Del viento protegido y de las ondas,
Los muros saludé de la gran Ceuta.
No bien pisé la arena de sus playas,
Cuando en tropel salió, sino en hile-
[ras,
Toda la guarnicion á recibirnos,
Con su gobernador en medio de ella.
Encaróse conmigo, y preguntóme :
¿Quién eres? Y al oir, que mi rem-
[puesta
Solo fué : soy Manolo : dijo serio :
Por tu fama conozco ya tus prendas.
Dende aquel mismo istante, en los
[diez años,
No ha habido espedicion en que no
[fuera
Yo el primerito. ¡Qué servicios hice!
Yo levanté murallas : de la arena
Limpié los fosos : amasé cal viva :
Rompí mil picas : descubrí canteras;
Y en las noches y ratos mas ociosos
Mataba mis contrarios treinta á
[treinta.
Tío. ¿Todos moros?
Man. Denguno era cristiano,
Pues que de sangre humana se ali-
[mentan.
En fin, de mis pequeños enemigos
Vencida la porfía y la caterva,
Me vuelvo á reposar al patrio suelo,
Aunque segun el brio que me alienta,
Poco me sastiface esta jornada,
Y solo juzgo que salí de Ceuta
Para correr dempues las demas cór-
[tes,
Peñon, Orán, Melilla y Aljucemas.
Seb. Y entretanto á las minas del
[azogue
Puedes ir á pasar la primavera.
Tío. Habla á tu esposo.

(*A la Remilgada.*)

Rem. Gran señol, no quiero.
Tío. ¡Qué gracia! ¡qué humildad!
[y qué obedencia!
Chir. Ven, pues, á descansar.

ESCENA IX.

LA POTAGERA, Y LOS DICHOS.

Pot. Dios guarde á ustedes.
Y tú, Manolo, bien venido seas,
Si vuelves á cumplirme la palabra.
Man. ¿De qué?
Pot. De esposo.
Man. Pues en vano
[esperas;
Que tengo aborrecidas las esposas
Dempues que conocí lo que sujetan.
Pot. Tú me debes...
Man. ¿Al cabo de
[diez años
Quieres que yo me acuerde de mis
[deudas?
Pot. Mira que de paz vengo, no
[resistas,
O apelaré al despique de la guerra;
Pues á este fin mi ejército acampado
Dejo ya en la vecina callejuela.
Tío. ¡Hola! ¿qué es esto?
Pot. Es un asunto de honra.
Tío. ¡Cielos, qué escucho! Aquí
[de mi prudencia.
(Haced vosotros gestos entre tanto,
Que yo me pongo así como el que
[piensa.)

(*Pausa.*)

Man. ¡Qué bella escena muda!
Tío. Ya he resuelto,
Y voy á declararme.
Chir. Pues revienta.
Tío. Aquí hay cuatro intereses: el
[de mi hija;
El de Manolo, que á casarse llega;
El nuestro, que cargamos con hijas-
[tros;
Y finalmente el de la Potagera,
Que pretende que pague el que la
[debe,

Y es justicia, con costas ecetéra.

(*Pausa.*)

Manolo ha de casarse con mi hija.

(*Resuelto.*)

Este es mi gusto.
Rem. ¡Cielos, qué sen- [tencia!
Tio. Con que es preciso hallar en- [tre tu honra,

(*A la Potagera.*)

Y mi decreto alguna convenencia.
Pot. Mi honor valia mas de cien [ducados.
Tio. Ya te contentarás con dos [pesetas.
Pot. No lo esperes.
Tio. Pues busca quien le tase.
Pot. Lo tasarán las uñas y las pie- [dras.

ESCENA X.

MEDIODIENTE, Y LOS MISMOS.

Med. Yo te vengo á servir de aven- [turero,
Pues hoy quiere el destino que de- [penda
Tu suerte de la mia.
Pot. Yo te estimo
La generosa, Mediodiente, oferta,
Porque mientras yo embisto cara á [cara,
Tú por la retaguardia me defiendas.
Man. ¡Amigo Mediodiente!...
Med. No es mi amigo
Quien del honor las leyes no respeta,
Y sabré...
Man. ¿Qué sabrás? ¿Cómo á la [vista
De este feroz ejército no tiemblas?

(*Señala á los pillos.*)

Med. Nunca el pájaro grande retro- [cede
Por ver los espantajos en la higuera.
Pot. Haz que toquen á marcha.
Seb. (Si nos vamos
Todos á un tiempo se acabó la fiesta.)
Med. Yo le ofrezco a tus piés ren- [dido, ó muerto.
Rem. ¡Ay de mí!
Tio. ¿Qué es aquesto?
Rem. Ya que llega
A este estremo mi mal, no se malogre
Mi gusto por un poco de vergüenza,
Que solo es aprehension; y sepan [cuantos
Aquí se hallan, que por tí estoy [muerta,
Y que te he de matar, ó he de ma- [tarme,
Si vuelves á mirar la Potagera.
Med. No lo creas, mi bien... mas [mi palabra
Empeñada está ya por defenderla.
Aquí me llama amor: aquí mi gloria.
¿Dónde está mi valor?... ¿Mas mi [fineza,
Adónde está tambien? ¡O injustos [hados,
Que de afetos contrarios me rodean!
Man. (¡Cómo esprime el cornudo [las pasiones!)
Med. Pero al fin de este modo se [resuelva.
Lidiaré por la una, y á la otra
Sastifaré dempues. ¡Al arma!
Man. ¡Guerra!
Pot. Avanza, infantería, á las cas- [tañas.
Man. Amigos, asaltemos la taberna;
Y á falta de clarines y tambores,
Hagan el son la gaita gallega.

ESCENA XI.

LOS DICHOS, Y AL VERSO *¡Avanza, infanteria!* SALEN UNOS MUCHACHOS, QUE Á PEDRADAS DERRIBAN EL PUESTO DE CASTAÑAS, Y ANDAN Á LA REBATIÑA. MANOLO Y LOS TUNOS ENTRAN EN LA TABERNA Y SUENA RUIDO DE VASOS ROTOS. LA CHIRIPA ANDA Á PATADAS CON LOS MUCHACHOS, Y LUEGO SE AGARRA CON LA POTAGERA. EL TIO TIENE Á LA REMILGADA DESMAYADA EN SUS BRAZOS. SEBASTIAN ESTÁ BAILANDO AL SON DE LA GAITA, Y LUEGO SALEN DANDOSE DE CACHETES MANOLO Y MEDIODIENTE: Y Á SU TIEMPO, CUANDO

LE DA LA NAVAJADA, SE LEVANTAN LAS TRES VERDULERAS, Y VAN SALIENDO TUNOS Y MUCHACHOS, Y FORMAN UN SEMICÍRCULO, HACIENDO QUE LLORAN CON SENDOS PAÑUELOS, ETC., ETC.

Man. ¡Ay de mí! Muerto soy.
Med. Me alegro mucho.
Rem. Ya respirar podemos.
Chir. ¿Quién se queja?
Tio. No te asustes; no es mas de [que á tu hijo,
Le atravesaron la tetilla izquierda.
Man. Yo muero... No hay remedio. [¡Ah, madre mia!
Aquesto fué mi sino... La estrellas...
Yo debia morir en alto puesto,
Segun la heroicidá de mis empresas;
¿Pero qué hemos de hacer? No quiso [el cielo.
Me moriré, y dempues tendré pacien- [cia.
Ya no veo los bultos... aunque veo
Las horribles visiones que me cercan.
¡Ah tirano! ¡Ay perjura! ¡Ay, ma- [dre mia!
Ya caigo... Ya me tengo... Vaya de [esta.

(Cae.)

Chir. ¡Ay, hijo de mi vida! ¿Para [esto
Tantos años lloré tu triste ausencia!
¡Ojalá que murieses en la plaza,
Que al fin era mejor que en la pla- [zuela!
Pero aguarda, que voy á acompa- [ñarte
Para servirte en lo que te se ofrezca.
¡O Manolo, el mejor de los mortales!
¿Cómo sin tí es posible que viviera
Tu triste madre? ¡Ay, allá va eso!...
(Cae.)

Tio. Aguárdate, muger, y no te [mueras...
Ya murió, y yo tambien quiero mo [rirme
Por no hacer duelo, ni pagar ese- [quias.

(Cae.)

Rem. ¡Ay padre mio!
Med. Escúchame.
Rem. No puedo,
Que me voy á morir á toda priesa.

(Cae.)

Pot. Y yo tambien, pues se murió [Manolo:
A llamar al dotor me voy derecha,
Y á meterme en la cama bien mu- [llida,
Que me quiero morir con convenencia.

ESCENA ULTIMA.

SEBASTIAN, MEDIODIENTE, LAS COMPARSAS Y LOS DEFUNTOS.

Seb. ¿Nosotros nos morimos, ó qué [hacemos?
Med. ¿Amigo, ó es trigedia, ó no [es trigedia?
Es preciso morir; y solo deben
Perdornarle la vida los poetas
Al que tenga la cara mas adusta,
Para decir la última sentencia.
Seb. Pues dila tú, y haz cuenta que [yo he muerto
De risa.
Med. Voy allá. ¿De qué aprove- [chan
Todos vuestros afanes, jornaleros,
Y pasar las semanas con miseria,
Si dempues los domingos, ó los lú- [nes,
Disipais el jornal en la taberna?

DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

Nacio en Madrid el 10 de marzo de 1760. Fueron sus padres el insigne poeta don Nicolás Fernandez de Moratin y doña Isidora Cabo Conde. Formóse por sí mismo, y casi á escondidas, en el gusto de la poesía y en sus primeros estudios. Su padre que le destinaba primero á la profesion de la pintura, y despues al ejercicio de la joyería, fué agradablemente sorprendido al ver á su hijo ganar en la Academia Española el segundo premio de poesía en 1779, cuando apenas contaba *diez y nueve* años de edad. Este lauro le hizo redoblar en aplicacion y en esfuerzos, y tres años despues ganó igualmente el premio segundo de poesía con la *Leccion poética*, donde ya se veía al poeta manifestar el gusto clásico y puro, y la facilidad y belleza de ejecucion que se admira en todas sus obras. Por los años de 1787 hizo un viaje á Paris en compañía del conde de Cabarrús, donde conoció y trató al célebre Goldoni, y donde acabaría de formar su gusto en el arte de la comedia, á que le inclinaba poderosamente su genio y en el que tantos frutos habia de sacar mas adelante. Vuelto á España, la oda que escribió en el siguiente á la proclamacion del señor rey don Cárlos IV, le hizo mas conocido del gobierno, el cual le agració con un pequeño beneficio. En el año de 1790 dió al teatro *El Viejo y la Niña*, que se representó con muchísimo aplauso, y que puso á su autor en el lugar eminente de donde no se le ha visto descender despues.

En 1792 se estrenó su segunda comedia titulada *El Café*, que obtuvo igual éxito que *El Viejo y la Niña*. Poco tiempo despues hizo Moratin otro viaje por Francia, Inglaterra, Holanda é Italia, donde permaneció hasta el año 96 en que regresó á España, con el nombramiento de secretario de la interpretacion de lenguas, destino que obtuvo por mediacion de su favorecedor el príncipe de la Paz. *El Baron*, *La Mogigata* y *El Sí de las Niñas* fueron representadas con el mismo éxito que sus primeras comedias.

Las turbulencias que amenazaron á España en 1808 acabaron con su fortuna y sosiego: creyó, como otros muchos, en la imposibilidad de resistir á las armas francesas, y de aquí todas las vicisitudes de su fortuna, y su residencia desde entónces tan pronto en España, como en Francia y en Italia. Al fin se fijó en Burdeos, y últimamente pasó á Paris, donde murió el dia 21 de junio de 1828.

Pocas palabras diremos acerca de *El Sí de las Niñas*, que insertamos á continuacion. Esta preciosa comedia pasa por la mejor del célebre Moratin, y nos parece en efecto que lo es: — creemos que puede presentarse como una muestra de la perfeccion del género á

que pertenece. La circunstancia de haber estado *prohibida* esta comedia en la época de la restauracion del gobierno absoluto, puede dar una justa idea del rigor de la censura en aquella aciaga década.

Son tantas las bellezas de esta composicion, ó por mejor decir es toda ella tan admirable, que seria menester irla examinando escena por escena para manifestar todo el talento, todo el gusto y toda la asiduidad al trabajo que desplegó en ella su autor. *El Sí de las Niñas* á pesar de su inimitable naturalidad, que aun parece mayor por estar escrita en prosa, no es una de aquellas obras que, por decirlo así, brotan espontáneamente de una imaginacion acalorada; leyéndola con atencion se conoce que debió costar al autor un trabajo ímprobo. La perfeccion que se admira en ella no es solo fruto de una inspiracion feliz, sino del estudio, de la constancia, — en una palabra del *trabajo*. Y no se crea que intentamos al decir esto rebajar en lo mas mínimo el mérito de Moratin; — nada importa el tiempo que se emplea en hacer una cosa; lo que importa es que la cosa esté bien hecha.

EL SÍ DE LAS NIÑAS

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS. — DON DIEGO. — DON CÁRLOS. — DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA. — RITA. — SIMON. — CALAMOCHA.

La escena es en una posada de Alcalá de Henares.

La accion empieza á las siette de la tardè, y acaba á las cinco de la mañana siguiente.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho á un lado. Una mesa en medio, con banco, sillas, etc.

DON DIEGO, SIMON.

(*Sale don Diego de su cuarto. Simon, que está sentado en una silla, se levanta.*)

Don Diego. ¿No han venido todavía?

Simon. No, señor.

Don Diego. Despacio la han tomado por cierto.

Simon. Como su tia la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalajara...

Don Diego. Sí. Yo no digo que no la viese: pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

Simon. Ello tambien ha sido estraña determinacion la de estarse V. dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobre todo cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del Hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

Don Diego. Ha sido conveniente el

hacerlo así. Aquí me conocen todos, y no he querido que nadie me vea.

Simon. Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. ¿Pues hay mas en esto que haber acompañado V. á doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

Don Diego. Sí, hombre, algo mas hay de lo que has visto.

Simon. Adelante.

Don Diego. Algo, algo... Ello tú lo has de saber, y no puede tardarse mucho... Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

Simon. Sí, señor.

Don Diego. Pues bien... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

Simon. Bien está, señor. Jamas he gustado de chismes.

Don Diego. Ya lo sé, por eso quiero fiarme de tí. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella; he leido muchas de las cartas que escribia; he visto algunas de su tia la monja, con quien ha vivido en Guadalajara: en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla; he procurado observarla en estos pocos dias; y á decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

Simon. Sí por cierto... Es muy linda y...

Don Diego. Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo aquel candor, aquella inocencia. Vamos, es de lo que no se encuentra por ahi... Y talento... sí, señor, mucho talento... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

Simon. No hay que decírmelo.

Don Diego. ¿No? ¿Porqué?

Simon. Porque ya lo adivino. Y me parece escelente idea.

Don Diego. ¿Qué dices?

Simon. Escelente.

Don Diego. ¿Con que al instante has conocido...?

Simon. ¿Pues no es claro?... ¡Vaya!... Dígole á V. que me parece muy buena boda: buena, buena.

Don Diego. Sí, señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

Simon. Seguro que sí.

Don Diego. Pero quiero absolutamente que no se sepa hasta que esté hecho.

Simon. Y en eso hace V. muy bien.

Don Diego. Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaria quien murmurase y dijese que era una locura, y me...

Simon. ¿Locura? ¡Buena locura!... ¿Con una chica como esa, eh?

Don Diego. Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí... Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo: he buscado modestia, recogimiento, virtud.

Simon. Eso es lo principal... Y sobre todo, lo que V. tiene ¿para quién ha de ser?

Don Diego. Dices bien... ¿Y sabes tú lo que es una muger aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor, regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No, señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren y...

Simon. Pero siendo á gusto de entrambos, ¿que pueden decir?

Don Diego. No, yo ya sé lo que

dirán; pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporcion en la edad, que...

Simon. Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo mas.

Don Diego. ¡Qué, hombre! ¿Qué hablas de siete ú ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses ha.

Simon. ¿Y bien, qué?

Don Diego. Y yo, aunque gracias á Dios estoy robusto y... con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

Simon. Pero si yo no hablo de eso.

Don Diego. ¿Pues de qué hablas?

Simon. Decia que... Vamos, ó V. no acaba de esplicarse, ó yo le entiendo al reves... En suma, esta doña Paquita ¿con quién se casa?

Don Diego. ¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

Simon. ¿Con usted?

Don Diego. Conmigo.

Simon. ¡Medrados quedamos!

Don Diego. ¿Qué dices?... Vamos, ¿qué?...

Simon. ¡Y pensaba yo haber adivinado!

Don Diego. ¿Pues qué creias? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

Simon. Para don Cárlos, su sobrino de usted, mozo de talento, instruido, escelente soldado, amabilísimo por todas sur ciscunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

Don Diego. Pues no señor.

Simon. Pues bien está.

Don Diego. ¡Mire V. qué idea! ¡Con el otro la habia de ir á casar!... No señor, que estudie sus matemáticas.

Simon. Ya las estudia; ó por mejor decir, ya las enseña.

Don Diego. Que se haga hombre de valor y...

Simon. ¡Valor! ¿Todavía pide V. mas valor á un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron á seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros, y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó V. entonces del valor de su sobrino; y yo le ví á V. mas de cuatro veces llorar de alegría, cuando el rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

Don Diego. Sí señor, todo es verdad; pero no viene á cuento. Yo soy el que me caso.

Simon. Si está V. bien seguro de que ella le quiere, si no la asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es libre...

Don Diego. ¿Pues no ha de serlo?... ¿Y qués acarian con engañarme? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es muger de juicio; esta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una señora de escelentes prendas; mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija: pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada que la ha servido en Madrid, y mas de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella; y sobre todo me ha informado de que jamas observó en esta criatura la mas remota inclinacion á ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oir misa y correr por la huerta detras de las mariposas, y echar agua en los agujeros de las hormigas, estas han sido su ocupacion y sus diversiones... ¿Qué dices?

Simon. Yo nada, señor.

Don Diego. Y no pienses tú que, á pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se esplique conmigo en absoluta libertad... Bien que aun hay tiempo... Solo que aquella doña Irene siem-

pre la interrumpe, todo se lo habla... Y es muy buena muger, buena...

Simon. En fin, señor, yo desearé que salga como V. apetece.

Don Diego. Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mál. Aunque el novio no es muy de tu gusto... ¡Y qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

Simon. ¿Pues qué ha hecho?

Don Diego. Una de las suyas... Y hasta pocos dias ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el caso de irse á Zaragoza á su regimiento... Ya te acuerdas de que á muy pocos dias de haber salido de Madrid recibí la noticia de su llegada.

Simon. Sí señor.

Don Diego. Y que siguió escribiéndome aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

Simon. Así es la verdad.

Don Diego. Pues el pícaro no estaba allí cuando me escribia las tales cartas.

Simon. ¿Qué dice V.?

Don Diego. Sí señor. El dia 3 de julio salió de mi casa, y á fines de setiembre aun no habia llegado á sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

Simon. Tal vez se pondria malo en el camino, y por no darle á V. pesadumbre...

Don Diego. Nada de eso. Amores del señor oficial y devaneos que le traen loco... Por ahí en esas ciudades puede que... ¿Quién sabe? Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... ¡No permita Dios que me le engañe alguna bribona de estas que truecan el honor por el matrimonio!

Simon. ¡Oh! No hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener para que le engañe.

Don Diego. Me parece que están ahí... Sí. Busca al mayoral, y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora á que deberemos salir mañana.

Simon. Bien está.

Don Diego. Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... ¿Estamos?

Simon. No haya miedo que á nadie lo cuente.

(*Simon se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mugeres con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.*)

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO.

Doña Francisca. Ya estamos acá.

Doña Irene. ¡Ay qué escalera!

Don Diego. Muy bien venidas, señoras.

Doña Irene. ¿Con que V., á lo que parece, no ha salido?

(*Se sientan doña Irene y don Diego.*)

Don Diego. No, señora. Luego, mas tarde daré una vueltecilla por ahí... He leido un rato. Traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

Doña Francisca. Es verdad que no... ¡Y qué mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar... Pero, mire V., mire V. (*Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.*) cuantas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de cipres, la regla de san Benito, una pililla de cristal... mire V. qué bonita, y dos corazones de talco... ¡Qué sé yo cuánto viene aquí! ¡Tantas cosas!

Doña Irene. Chucherías que la han dado las madres. Locas estaban con ella.

Doña Francisca. ¡Cómo me quieren todas! ¡Y mi tia, mi pobre tia lloraba tanto!... Es ya muy viejecita.

Doña Irene. Ha sentido mucho no conocer á V.

Doña Francisca. Sí, es verdad. Decia, ¿porqué no ha venido aquel señor?

Doña Irene. El pobre capellan y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.

Doña Francisca. Toma (*vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de doña Irene.*) Guárdamelo todo allí, en la escusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas... ¡Válgate Dios! ¡Eh! ya se ha roto la santa Gertrúdis de alcorza!

Rita. No importa, yo me la comeré.

ESCENA III.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, DON DIEGO.

Doña Francisca. ¿Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aquí?

Doña Irene. Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

Don Diego. Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

Doña Irene. ¡Y qué fresco tienen aquel locutorio! Está hecho un cielo... (*Siéntase doña Francisca junto á doña Irene.*) Mi hermana es la que sigue siempre bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno... Pero vaya, no sabia qué hacerse con su sobrina la buene señora... Está muy contenta de nuestra eleccion.

Don Diego. Yo celebro que sea tan á gusto de aquellas personas á quienes debe usted particulares obligaciones.

Doña Irene. Sí, la tia de acá está muy contenta; y en cuanto á la de allá, ya lo ha visto V. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bienestar, es necesario pasar por todo... Ya se acuerda V. de lo espresiva que estuvo, y...

Don Diego. Es verdad. Solo falta que la parte interesada tenga la misma satisfaccion que manifiestan cuantos la quieren bien.

Doña Irene. Es hija obediente, y no se apartará jamas de lo que determine su madre.

Don Diego. Todo eso es cierto, pero...

Doña Irene. Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

Don Diego. Sí, ya estoy; pero ¿no pudiera sin faltar á su honor ni á su sangre?...

Doña Francisca. ¿Me voy, mamá? (*Se levanta y vuelve á sentarse.*)

Doña Irene. No pudiera, no señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde V. la ve, de su abuela que Dios perdone, doña Gerónima de Peralta.. En casa tengo el cuadro, que le habrá V. visto. Y le hicieron, segun me contaba su merced, para enviársele á su tio carnal el electo obispo de Mechoacan.

Don Diego. Ya.

Doña Irene. Y murió en el mar el buen religioso, que fué un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte: particularmente mi primo don Cucufate, regidor perpetuo de Zamora, no puede oir hablar de su ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

Dona Francisca. Válgate Dios qué moscas tan...

Dona Irene. Pues murió en olor de santidad.

Don Diego. Eso bueno es.

Dona Irene Sí señor: pero como la familia ha venido tan á menos... ¿Qué quiere usted? Donde no hay facultades... Bien que por lo que pueda tronar, ya se le está escribiendo la vida, y ¿quién sabe que el dia de mañana no se imprima con el favor de Dios?

Don Diego. Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

Dona Irene. Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político el canónigo de Castrogeriz, no la deja de la mano; y á la hora de esta lleva ya escritos nueve años primeros de la vida del santo obispo.

Don Diego. ¿Con que para cada año un tomo?

Dona Irene. Sí señor, ese plan se ha propuesto.

Don Diego. ¿Y de qué edad murió el venerable?

Dona Irene. De ochenta y dos años, tres meses y catorce dias.

Dona Francisca. ¿Me voy, mamá?

Dona Irene. Anda, vete. ¡Válgate Dios, qué prisa tienes!

Dona Francisca. ¿Quiere V. (*Se levanta, y despues, al acabarse la escena, hace una graciosa costesía á don Diego, da un beso á dona Irene y se va al cuarto de esta.*) que le haga una cortesía á la francesa, señor don Diego.

Don Diego. Sí, hija mia. A ver.

Dona Francisca. Mire V., así.

Don Diego. ¡Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

Dona Francisca. Para V. una cortesía y para mi mamá un beso.

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

Dona Irene. Es muy gitana y muy mona, mucho.

Don Diego. Tiene un donaire natural que arrebata.

Dona Irene. ¿Qué quiere V.? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra al lado de su madre, y mucho mas de considerar tan inmediata su colocacion, no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de V., que tanto se ha empeñado en favorecerla.

Don Diego. Quisiera solo que se explicase libremente acerca de nuestra proyectada union, y...

Dona Irene. Oiria V. lo mismo que le he dicho ya.

Don Diego. Sí, no lo dudo, pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, seria para mí una satisfaccion imponderable.

Dona Irene. No tenga V. sobre ese particular la mas leve desconfianza; pero hágase V. cargo de que á una niña no le es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal pareceria, señor don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre, yo le quiero á V.

Don Diego. Bien, si fuese un hombre á quien hallára por casualidad en la calle y le espetára ese favor de buenas á primeras, cierto que la doncella haria muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias, ya pudiera decirle alguna cosa que... Ademas, que hay ciertos modos de esplicarse...

Dona Irene. Conmigo usa de mas franqueza. A cada instante hablamos de V., y en todo manifiesta el particular cariño que á V. le tiene... ¡Con qué juicio hablaba ayer noche despues que V. se fué á recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oirla.

Don Diego. ¿Y qué? ¿Hablaba de mí?

Don Irene. ¡Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido

de cierta edad, esperimentado, maduro y de conducta...

Don Diego. Calle! ¿Eso decia?

Doña Irene. No, esto se lo decia yo, y me escuchaba con una atencion como si fuera una muger de cuarenta años, lo mismo... ¡ Buenas cosas la dije! Y ella, que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo... ¿Pues no da lástima, señor, el ver como se hacen los matrimonios hoy en el dia? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veintidos : ella niña sin juicio ni esperiencia, y él niño tambien sin asomo de cordura ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, señor (que es lo que yo digo), ¿quién ha de gobernar la casa? ¿Quién ha de mandar á los criados? ¿Quién ha de enseñar y corregir á los hijos? Porque sucede tambien que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

Don Diego. Cierto que es un dolor el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento, de la esperiencia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educacion.

Doña Irene. Lo que sé decirle á V. es, que aun no habia cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de mas respeto, mas caballeroso... y al mismo tiempo mas divertido y decidor. Pues, para servir á V., ya tenia los cincuenta y seis, muy largos de talle, cuando se casó conmigo.

Don Diego. Buena edad... No era un niño, pero...

Doña Irene. Pues á eso voy... Ni á mí podia convenirme en aquel entonces un boquirubio con los cascos á la gineta... no señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana ; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda, y en cinta de una criatura que nació despues, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

Don Diego. ¿Oiga?... Mire V. si dejó sucesion el bueno de don Epifanio.

Doña Irene. Sí señor, ¿pues porqué no?

Don Diego. Lo digo porque luego saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... ¿Y fué niño ó niña?

Doña Irene. Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

Don Diego. Cierto que es consuelo tener, así, una criatura y...

Doña Irene. ¡Ay señor! Dan malos ratos, pero ¿qué importa? Es mucho gusto, mucho.

Don Diego. Yo lo creo.

Doña Irene. Sí señor.

Don Diego. Ya se ve que será una delicia y...

Doña Irene. ¿ Pues no ha de ser?

Don Diego. Un embeleso, el verlos juguetear y reir, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

Doña Irene. ¡Hijos de mi vida! Veintidos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales solo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro á V. que...

ESCENA V.

SIMON, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

Simon. (*Sale por la puerta del foro.*) Señor, el mayoral está esperando.

Don Diego. Dile que voy allá...

¡Ah! Tráeme primero el sombrero y el baston, que quisiera dar una vuelta por el campo. (*Entra Simon al cuarto de don Diego, saca un sombrero y un baston, se los da á su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.*) ¿Con qué supongo que mañana tempranito saldremos?

Dona Irene. No hay dificultad. A la hora que á V. le parezca.

Don Diego. A eso de las seis. ¿Eh?

Dona Irene. Muy bien.

Don Diego. El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

Dona Irene. Sí, que hay mil chismes que acomodar.

ESCENA VI.

DOÑA IRENE, RITA.

Doña Irene. ¡Válgame Dios! ahora que me acuerdo... ¡Rita!... Me le habrán dejado morir. ¡Rita!

Rita. Señora.

(*Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo.*)

Doña Irene. ¿Qué has hecho del tordo? ¿Le diste de comer?

Rita. Sí señora. Mas ha comido que un avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

Dona Irene. ¿Hiciste las camas?

Rita. La de V. ya está. Voy á hacer esotras antes que anochezca, porque sino, como no hay mas alumbrado que el del candil y no tiene garabato, me veo perdida.

Dona Irene. ¿Y aquella chica qué hace?

Rita. Está desmenuzando un bizcocho, para dar de cenar á don Periquito.

Dona Irene. ¡Qué pereza tengo de escribir! (*Se levanta y se entra en su cuarto.*) Pero es preciso, que estará con mucho cuidado mi pobre hermana.

Rita. ¡Qué chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. ¡Qué poco me gustan á mí las mugeres gazmoñas y zalameras!

(*Éntrase en el cuarto de doña Francisca.*)

ESCENA VII.

CALAMOCHA.

(*Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo deja todo sobre la mesa, y se sienta.*)

¿Con que ha de ser el número tres? Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal número tres. Coleccion de bichos mas abundante, no la tiene el gabinete de historia natural... Miedo me da de entrar... ¡Ay! ¡ay!.. ¡Y qué agujetas! Estas sí que son agujetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias á que los caballitos dijeron: no podemos mas, que sino, por esta vez no veia yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro... En fin, como los animales amanezcan vivos, no será poco... Reventados están... (*Canta Rita desde adentro. Calamocha se levanta desperezándose.*) ¡Oiga!... ¿Seguidillitas?.. Y no canta mal... Vaya, aventura tenemos... ¡Ay! ¡qué desvencijado estoy!

ESCENA VIII.

RITA, CALAMOCHA.

Rita. Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa y... (*Forcejeando para echar la llave.*) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

Calamocha. ¿Gusta V. de que eche una mano, mi vida?

Rita. Gracias, mi alma.

Calamocha. ¡Calle!... ¡Rita!

Rita. ¡Calamocha!

Calamocha. ¿Qué hallazgo es este?

Rita. ¿Y tu amo?

Calamocha. Los dos acabamos de llegar.

Rita. ¿De veras?

Calamocha. No, que es chanza. Apenas recibió la carta de doña Paquita, yo no sé á dónde fué, ni con quién habló, ni cómo lo dispuso: solo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegamos esta mañana á Guadalajara, y á las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. Á caballo otra vez, y vuelta á correr y á sudar y á dar chasquidos... En suma, molidos los rocines, y nosotros á medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi teniente se ha ido al Colegio mayor á ver á un amigo, mientras se dispone algo que cenar... Esta es la historia.

Rita. ¿Con que le tenemos aquí?

Calamocha. Y enamorado mas que nunca, zeloso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á cuantos le disputen la posesion de su Currita idolatrada.

Rita. ¿Qué dices?

Calamocha. Ni mas ni menos.

Rita. ¡Qué gusto me das...! Ahora sí se conoce que la tiene amor.

Calamocha. ¿Amor?.. ¡Friolera!.. El moro Gazul fué para él un pelele, Medoro un zascandil, y Gaiferos un chiquillo de la doctrina.

Rita. ¡Ay, cuando la señorita lo sepa!

Calamocha. Pero acabemos. ¿Cómo te hallo aquí? ¿Con quién estás? ¿Cuándo llegaste? que...

Rita. Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y mas cartas, diciendo que tenia concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bien quisto, en suma, cabal y perfecto, que no habia mas que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas, y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita tia, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen... Pero no te puedo ponderar cuánto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni queria comer, ni podia dormir... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tia no sospechára la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar á tu amo; esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasára á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y tantos suspiros estrellados en las tapias del corral. A pocos dias de haberle escrito, cata el coche de colleras y el mayoral Gasparet con sus medias azules, y la madre y el novio que vienen por ella: recogimos á toda prisa nuestros meriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mugeres, y en dos latigazos llegamos antes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la señorita visite á otra tia monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Por esta casualidad nos...

Calamocha. Sí. No digas mas... Pero... ¿Con que el novio está en la posada?

Rita. Ese es su cuarto (*señalando el cuarto de don Diego, el de doña Irene y el de doña Francisca*), este el de la madre, y aquel el nuestro.

Calamocha. ¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mio?

Rita. No por cierto. Aquí dormiremos esta noche la señorita y yo; porque ayer, metidas las tres en ese de enfrente, ni cabíamos de pié, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

Calamocha. Bien... Adios.

(*Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademan de irse.*)

Rita. ¿Y á dónde?

Calamocha. Yo me entiendo... Pero el novio ¿trae consigo criados, amigos ó deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

Rita. Un criado viene con él.

Calamocha. ¡Poca cosa!... Mira, dile en caridad que se disponga, porque está de peligro. Adios.

Rita. ¿Y volverás presto?

Calamocha. Se supone. Estas cosas piden diligencia; y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga á cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre, y... ¿Con que ese es nuestro cuarto, eh?

Rita. Sí. De la señorita y mio.

Calamocha. ¡Bribona!

Rita. ¡Botarate! Adios.

Calamocha. Adios, aborrecida.

(*Éntrase con los trastos al cuarto de don Cárlos.*)

ESCENA IX.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

Rita. ¡Qué malo es!... Pero... ¡Válgame Dios, don Félix aquí!... Sí, la quiere, bien se conoce... (*Sale Calamocha del cuarto de don Cárlos, y se va por la puerta del foro.*) Oh! por mas que digan, los hay muy finos; y entonces, ¿qué ha de hacer una?... Quererlos: no tiene remedio, quererlos... Pero ¿qué dirá la señorita cuando le vea, que está ciega por él? ¡Pobrecita! ¿Pues no seria una lástima que...? Ella es.

(*Sale doña Francisca.*)

Doña Francisca. ¡Ay, Rita!

Rita. ¿Qué es éso? ¿Ha llorado V.?

Doña Francisca. ¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaria cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico, y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... ¡Pobre de mí! ¡Porque no miento ni sé fingir, por eso me llaman picarona.

Rita. Señorita, por Dios, no se aflija V.

Doña Francisca. Ya, como tú no lo has oido... Y dice que don Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo por dar gusto á mi madre, que sino... Pero bien sabe la vírgen que no me sale del corazon. (*Se va oscureciendo lentamente el teatro.*)

Rita. Vaya, vamos, que no hay motivos todavía para tanta angustia... ¿Quién sabe?... ¿No se acuerda V. ya de aquel dia de asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del intendente?

Doña Francisca. ¡Ay! ¿cómo puedo olvidarlo?... Pero ¿qué me vas á contar?

Rita. Quiero decir que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galan, tan fino...

Doña Francisca. ¡Qué rodeos!... Don Félix. ¿Y qué?

Rita. Que nos fué acompañando hasta la ciudad...

Doña Francisca. Y bien... Y luego volvió, y le ví, por mi desgracia, muchas veces... mal aconsejada de tí.

Rita. ¿Porqué, señora?... ¿A quién dimos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. Él no entró jamas por las puertas, y cuando de noche hablaba con V., mediaba entre los dos una distancia tan

grande, que V. la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy á decir es, que un amante como aquel no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita... Mire V. que todo cuanto hemos leido á hurtadillas en las novelas, no equivale á lo que hemos visto en él... ¿Se acuerda V. de aquellas tres palmadas que se oian entre once y doce de la noche, de aquella sonora punteada con tanta delicadeza y espresion?

Doña Francisca. ¡Ay, Rita! Sí, de todo me acuerdo, y mientras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... y entretenido acaso con nuevos amores.

Rita. Eso no lo puedo yo creer.

Doña Francisca. Es hombre al fin, y todos ellos...

Rita. ¡Qué bobería! Desengáñese V., señorita. Con los hombres y las mugeres sucede lo mismo que con los melones de Añovér. Hay de todo; la dificultad está en saber esçogerlos. El que se lleve chasco en la eleccion, quéjese de su mala suerte, pero no desacredite la mercancía... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creible que lo sea el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversacion á oscuras, y en todo aquel tiempo bien sabe V. que no vimos en él una accion descompuesta, ni oimos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

Doña Francisca. Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí... aquí... (*Señalando el pecho.*) ¿Qué habrá dicho al ver la carta?... Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... ¡Válgate Dios! Es lástima.... Cierto. ¡Pobre Paquita!.... Y se acabó... No habrá dicho mas... nada mas.

Rita. No señora, no ha dicho eso.

Doña Francisca. ¿Qué sabes tú?

Rita. Bien lo sé. Apenas haya leido la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga... Pero...

(*Acercándose á la puerta del cuarto de doña Irene.*)

Doña Francisca. ¿A dónde vas?

Rita. Quiero ver si...

Doña Francisca. Está escribiendo.

Rita. Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza á anochecer... Señorita, lo que la he dicho á V. es la verdad pura. Don Félix está ya en Alcalá.

Doña Francisca. ¿Qué dices? no me engañes.

Rita. Aquel es su cuarto... Calamocha acaba de hablar conmigo.

Doña Francisca. ¿De veras?

Rita. Sí señora... Y le ha ido á buscar para...

Doña Francisca. ¿Con que me quiere?.. ¡Ay, Rita! Mira tú si hicimos bien de avisarle... ¿Pero ves qué fineza?... ¿Si vendrá bueno? ¡Correr tantas leguas solo por verme... porque yo se lo mando!... ¡Qué agradecida le debo estar!... Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Pará siempre agradecimiento y amor.

Rita. Voy á traer luces. Procuraré detenerme por allá abajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice y qué piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una de Satanas entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

Doña Francisca. Dices bien... Pero no, él tiene resolucion y talento, y sabrá determinar lo mas conveniente... ¿y cómo has de avisarme?... Mira que así que llegue le quiero ver.

Rita. No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... ¿me entiende V.?

Doña Francisca. Sí, bien.

Rita. Pues entonces no hay mas que salir con cualquiera escusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados, y del obispo que murió en el mar... Ademas, que si está allí don Diego...

Doña Francisca. Bien, anda, y así que llegue...

Rita. Al instante.

Doña Francisca. Que no se te olvide toser.

Rita. No haya miedo.

Doña Francisca. ¡Si vieras qué consolada estoy!

Rita. Sin que V. lo jure, lo creo.

Doña Francisca. ¿Te acuerdas cuando me decia que era imposible apartarme de su memoria, que no habria peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellára por mí?

Rita. Sí, bien me acuerdo.

Doña Francisca. ¡Ah!... Pues mira como me dijo la verdad.

(*Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene; Rita, por la puerta del foro.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

(*Teatro oscuro.*)

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aun... (*Acércase á la puerta del foro y vuelve.*) ¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que solo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

Doña Irene. Sola y á oscuras me habeis dejado allí.

Doña Francisca. Como estaba V. acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho mas fresco.

Doña Irene. ¿Pero aquella muchacha qué hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una pólvora... (*Siéntase.*) Sea todo por Dios... ¿Y don Diego no ha venido?

Doña Francisca. Me parece que no.

Doña Irene. Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razon...

Doña Francisca. Bien; sí señora, ya lo sé. No me riña V. mas.

Doña Irene. No es esto reñirte, hija mia; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando... Médicos, botica. Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coloquintida y asafétida... Mira que un casamiento como el que vas á hacer, muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tias, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia... ¿Qué dices?

Doña Francisca. Yo, nada, mamá.

Doña Irene. Pues nunca dices nada. ¡Válgame Dios, señor!.. En hablándote de esto no te ocurre nada que decir.

ESCENA III.

RITA, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

(*Rita sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.*)

Doña Irene. Vaya, muger, yo pensé

que en toda la noche no venias.

Rita. Señora, he tardado porque han tenido que ir á comprar las velas. Como el tufo del velon le hace á V. tanto daño...

Doña Irene. Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; si no me sirvieron de nada. Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una luz ahí y llévate la otra á mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

Rita. Muy bien.

(*Toma una luz y hace que se va.*)

Doña Francisca (*aparte á Rita*). ¿No ha venido?

Rita. Vendrá.

Doña Irene. Oyes, aquella carta que está sobre la mesa dásela al mozo de la posada para que la lleve al instante al correo... (*Vase Rita al cuarto de doña Irene*). Y tú, niña, ¿qué has de cenar? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

Doña Francisca. Como las monjas me hicieron merendar...

Doña Irene. Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago... (*Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, segun lo indica el diálogo.*) Mira, has de calentar el caldo que apartamos al medio dia, y haznos un par de tazas de sopas, y tráetelas luego que estén.

Rita. ¿Y nada mas?

Doña Irene. No, nada mas... ¡Ah! y házmelas bien caldositas.

Rita. Sí, ya lo sé.

Doña Irene. ¡Rita!

Rita. Otra. ¿Qué manda V.?

Doña Irene. Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante... Pero, no señor, mejor es... No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les puede... Has de decir á Simon que digo yo que me haga el gusto de echarla en el correo: ¿lo entiendes?

Rita. Sí señora.

Doña Irene. Ah! mira.

Rita. Otra.

Doña Irene. Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime... (*Vase Rita por la puerta del foro.*) ¡Qué noche tan mala me dió!... ¡Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios cantando el Malbruc y la Jota!... Ello por otra parte divertia, cierto... Pero cuando se trata de dormir...

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

Doña Irene. Pues mucho será que don Diego no haya tenido algun encuentro por ahí y eso le detenga. Cierto que es un señor muy mirado, muy puntual... ¡Tan buen cristiano! ¡tan atento! ¡tan bien hablado! ¡Y con qué garbo y generosidad se porta!... Ya se ve, un sugeto de bienes y de posibles... ¡Y qué casa tiene! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. ¡Qué ropa blanca! ¡que batería de cocina! ¡y qué despensa, llena de cuanto Dios crió!... Pero tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

Doña Francisca. Sí señora, bien lo oigo; pero no la queria interrumpir á V.

Doña Irene. Allí estarás, hija mia, como el pez en el agua: pajaritas del aire que apetecieras las tendrias, porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de

veras el que siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra... ¡Pues no es cosa particular, señor!

Doña Francisca. Mamá, no se enfade V.

Doña Irene. ¡No es buen empeño de... ¿Y te parece á tí que no sé yo muy bien de donde viene todo eso?... ¿No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?... ¡Perdóneme Dios!

Doña Francisca. Pero... Pues ¿qué sabe V.?

Doña Irene. ¿Me quieres engañar á mí, eh? ¡Ay hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetracion para que tú me engañes.

Doña Francisca (*aparte*). ¡Perdida soy!

Doña Irene. Sin contar con su madre... como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que, aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pié y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... ¡Mire usted qué juicio de niña este! Qué, porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella monja tambien. . Ni qué entiende ella de eso, ni qué... En todos los estados se sirve á Dios, Frasquita, pero el complacer á su madre, asistirla, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligacion de una hija obediente y sépalo usted, si no lo sabe.

Doña Francisca. Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á usted.

Doña Irene. Sí, que no sé yo...

Doña Francisca. No señora, créame usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

Doña Irene. Mira si es cierto lo que dices.

Doña Francisca. Sí señora, que yo no sé mentir.

Doña Irene. Pues hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás si no te portas en un todo como corresponde... Cuidado con ello.

Doña Francisca (*aparte*). ¡Pobre de mí!

ESCENA V.

DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

(*Don Diego sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y baston.*)

Doña Irene. ¿Pues cómo tan tarde?

Don Diego. Apenas salí, tropecé con el rector de Málaga y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos no me han querido soltar... (*Siéntase junto á doña Irene.*) Y á todo esto, ¿cómo va?

Doña Irene. Muy bien.

Don Diego. ¿Y doña Paquita?

Doña Irene. Doña Paquita siempre acordándose de sus monjas. Ya la digo que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar solo en dar gusto á su madre y obedecerla.

Don Diego. ¡Qué diantre! ¿Con que tanto se acuerda de...?

Doña Irene. ¿Qué se admira V.? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, así tan...

Don Diego. No, poco á poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas enérgicas y decisivas que en la nuestra; y por cuanto la razon se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazon son mucho mas violentos... (*Asiendo de una mano á doña Francisca la hace sentar inmediata á él.*) Pero de veras, doña Paquita, ¿se volveria V. al

convento de buena gana?... La verdad.

Doña Irene. Pero si ella no...

Don Diego. Déjela V., señora, que ella responderá.

Dona Francisca. Bien sabe V., lo que acabo de decirla... No permita Dios que yo la dé que sentir.

Don Diego. Pero eso lo dice V. tan afligida y...

Doña Irene. Si es natural, señor. ¿No ve V. que...

Don Diego. Calle V. por Dios, doña Irene, y no me diga V. á mí lo que es natural. Lo que es natural es que la chica esté llena de miedo, y no se atreva á decir una palabra que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mia, que estábamos lucidos.

Doña Francisca. No señor, lo que dice su merced, eso digo yo; lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

Don Diego. ¡Mandar, hija mia!... En estas materias tan delicadas, los padres que tienen juicio no mandan. Insinuan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí; ¡pero mandar!... ¿Y quién ha de evitar despues las resultas funestas de lo que mandaron?... ¿Pues cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?... ¡Eh! no señor, eso no va bien... Mire V., doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creido imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase á quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido á buscar ninguna hija de familia de estas que viven en una decente libertad... Decente; que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero ¿cuál seria entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante mas apetecible que yo? ¡Y en Madrid! figúrese usted, en un Madrid!... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallaria en usted todo cuanto yo deseaba.

Doña Irene. ¿Y puede V. creer, señor don Diego, que...

Don Diego. Voy á acabar, señora, déjeme V. acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como V., las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud, pero si á pesar de todo esto la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas la hubiesen hecho elegir sugeto mas digno, sepa V. que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo; mi corazon y mi lengua no se contradicen jamas. Esto mismo la pido á V., Paquita, sinceridad. El cariño que á V. la tengo no la debe hacer infeliz... Su madre de V. no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si V. no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon, créame V., la menor disimulacion en esto nos daria á todos muchísimo que sentir.

Doña Irene. ¿Puedo hablar ya, señor?

Don Diego. Ella, ella debe hablar, y sin apuntador, y sin intérprete.

Dona Irene. Cuando yo se lo mande.

Don Diego. Pues ya puede V. mandárselo, porque á ella la toca responder... Con ella he de casarme, con V. no.

Doña Irene. Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¡En qué concepto nos tiene V.!... Bien dice su padrino, y bien claro

me lo escribió pocos dias ha, cuando le dí parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y á cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta cómo está, y continuamente nos envia memorias con el ordinario.

Don Diego. Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino.?... O por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

Doña Irene. Sí señor, que tiene que ver, sí señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á V. que ni un memorialista práctico hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningun catedrático, ni bachiller, ni nada de eso, sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada con un empleillo infeliz en el ramo del viento, que apenas le da para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia, y escribe que da gusto... Casi toda la carta venia en latin, no le parezca á V., y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

Don Diego. Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á V. la deba disgustar.

Doña Irene. Pues ¿no quiere V. que me disguste oyéndole hablar de mi hija en unos términos que... ¡Ella otros amores ni otros cuidados!... Pues si tal hubiera...¡válgame Dios!... la mataba á golpes, mire V... Respóndele, una vez que quiere que hables y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa muger. Díselo para que se tranquilice, y...

Don Diego. Yo, señora, estoy mas tranquilo que V.

Doña Irene. Respóndele.

Doña Francisca. Yo no sé qué decir. Si Vds. se enfadan.

Don Diego. No, hija mia; esto es dar alguna espresion á lo que se dice: pero ¡enfadarnos! no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

Doña Irene. Sí señor, que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que usted nos hace... Por eso mismo...

Don Diego. No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es poco... Quiero solo que doña Paquita esté contenta.

Doña Irene. ¿Pues no ha de estarlo? Responde.

Doña Francisca. Sí señor que lo estoy.

Don Diego. Y que la mudanza de estado que se la previene, no la cuesta el menor sentimiento.

Doña Irene. No señor, todo al contrario... Boda mas á gusto de todos no se pudiera imaginar.

Don Diego. En esa inteligencia, puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse despues. En nuestra compañía vivirá querida y adorada; y espero que á fuerza de beneficios he de merecer su estimacion y su amistad.

Doña Francisca. Gracias, señor don Diego... ¡A una huérfana, pobre, desvalida como yo!...

Don Diego. Pero de prendras tan estimables, que la hacen á V. digna todavía de mayor fortuna.

Dona Irene. Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

Doña Francisca. ¡Mamá!

(*Levántase doña Francisca, abraza á su madre y se acarician mutuamente.*)

Dona Irene. ¿Ves lo que te quiero?

Dona Francisca. Sí señora.

Dona Irene. ¿Y cuánto procuro tu bien, que no tengo otro pio sino el de verte colocada antes que yo falte?

Doña Francisca. Bien lo conozco.

Doña Irene. ¡Hija de mi vida! ¿Has de ser buena?

Doña Francisca. Si señora.

Doña Irene. ¡Ay, que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

Doña Francisca. ¿Pues qué, no la quiero yo á V.?

Don Diego. Vamos, vamos de aquí. (*Levántase don Diego, y despues doña Irene.*) No venga alguno y nos halle á los tres llorando como tres chiquillos.

Doña Irene. Sí, dice V. bien.

(*Vanse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detras; y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.*)

ESCENA VI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

Rita. Señorita... ¡Eh! chit... señorita...

Doña Francisca. ¿Qué quieres?

Rita. Ya ha venido.

Doña Francisca. ¿Comó?

Rita. Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo, con licencia de V., y ya sube por la escalera.

Dona Francisca. ¡Ay Dios!... ¿Y qué debo hacer?

Rita. ¡Donosa pregunta!... Vaya, lo que importa es no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... y juicio. Y mire V. que en el parage en que estamos, la conversacion no puede ser muy larga... Ahí está.

Doña Francisca. Sí... Él es.

Rita. Voy á cuidar de aquella gente... Valor, señorita, y resolucion.

(*Rita se va al cuarto de doña Irene.*)

Doña Francisca. No, no, que yo tambien... Pero no lo merece.

ESCENA VII.

DON CÁRLOS, DOÑA FRANCISCA.

(*Sale don Cárlos por la puerta del foro.*)

Don Cárlos. ¡Paquita!... ¡vida mia!... Ya estoy aquí... ¿Cómo va, hermosa, cómo va?

Doña Francisca. Bien venido.

Don Cárlos. ¿Cómo tan triste?... ¿No merece mi llegada mas alegría?

Doña Francisca. Es verdad; pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí... Sabe V... Sí, bien lo sabe V... Despues de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

Don Cárlos. ¿En dónde?

Doña Francisca. Ahí, en ese cuarto. (*Señalando al cuarto de doña Irene.*)

Don Cárlos. ¿Sola?

Doña Francisca. No señor.

Don Cárlos. Estará en compañía del prometido esposo. (*Se acerca al cuarto de doña Irene, se detiene, y vuelve.*) Mejor... Pero ¿no hay nadie mas con ella?

Doña Francisca. Nadie mas, solos están... ¿Qué piensa V. hacer?

Don Cárlos. Si me dejase llevar de mi pasion y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero tiempo hay... Él tambien será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien á una muger tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de V., ni... Vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atencion.

Doña Francisca. Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

Don Cárlos. No importa.

Doña Francisca. Quiere que esta boda se celebre así que lleguemos á Madrid.

Don Cárlos. ¿Cuál?... No. Eso no.

Doña Francisca. Los dos están de acuerdo, y dicen...

Don Cárlos. Bien... Dirán... Pero no puede ser.

Dona Francisca. Mi madre no me habla continuamente de otra materia. Me amenaza, me ha llenado de temor... Él insta por su parte, me ofrece tantas cosas, me...

Don Cárlos. ¿Y V. que esperanza le da?... ¿Ha prometido quererle mucho?

Doña Francisca. ¡Ingrato!... ¿Pues no sabe V. que... ¡Ingrato!

Don Cárlos. Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

Dona Francisca. Y el último.

Don Cárlos. Y antes perderé la vida, que renunciar al lugar que tengo en ese corazon... Todo él es mio... ¿Digo bien?

(*Asiéndola de las manos.*)

Doña Francisca. ¿Pues de quién ha de ser?

Don Cárlos. ¡Hermosa! ¡Qué dulce esperanza me anima!... Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aquí. ? Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligacion mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo... Si Vds. se van á Madrid mañana, yo voy tambien. Su madre de V. sabrá quien soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, á quien mas que tio, debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo mas inmediato ni mas querido que yo: es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para V. algun atractivo, esta circunstancia añadiría felicidades á nuestra union.

Dona Francisca. ¿Y qué vale para mi toda la riqueza del mundo?

Don Cárlos. Ya lo sé. La ambicion no puede agitar á un alma tan inocente.

Dona Francisca. Querer y ser querída... Ni apetezco mas, ni conozco mayor fortuna.

Don Cárlos. Ni hay otra... Pero V. debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra afliccion presente en durables dichas.

Doña Francisca. ¿Y qué se ha de hacer para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?... ¡Me quiere tanto!... Si acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamas; que siempre seré obediente y buena... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirla... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

Don Cárlos. Yo le buscaré... ¿No tiene usted confianza en mí?

Doña Francisca. ¿Pues no he de tenerla? ¿Piensa V. que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué habia yo de hacer? Si V. no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto, sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero V. ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere.

(*Se enternece y llora.*)

Don Cárlos. ¡Qué llanto!... ¡Cómo persuade!..... Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla á V. de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido ¿quién puede oponérsele? Nada hay que temer.

Dona Francisca. ¿Es posible?

Don Cárlos. Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo la muerte bastará á dividirlas.

ESCENA VIII.

RITA, DON CÁRLOS, DOÑA FRANCISCA.

Rita. Señorita, adentro. La mamá

pregunta por V. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante... Y V., señor galan, ya puede tambien disponer de su persona.

Don Cárlos. Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

Doña Francisca. Ni yo.

Don Cárlos. Hasta mañana. Con la luz del dia veremos á este dichoso competidor.

Rita. Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente; con su chupa larga, su camisola limpia, y sus sesenta años debajo del peluquin.

(*Se va por la puerta del foro.*)

Dona Francisca. Hasta mañana.

Don Cárlos. Adios, Paquita.

Dona Francisca. Acuéstese V., y descanse.

Don Cárlos. ¿Descansar con zelos?

Doña Francisca. ¿De quién?

Don Cárlos. Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

Doña Francisca. ?Dormir con amor?

Don Cárlos. Adios, vida mia.

Doña Francisca. Adios.

(*Éntrase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA IX.

DON CÁRLOS, CALAMOCHA, RITA.

Don Cárlos (*paseándose con inquietud*). ¡Quitármela! No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio repugnándolo su hija... mediando yo... ¡Sesenta años!... Precisamente será muy rico... ¡El dinero!... Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

Calamocha (*saliendo por la puerta del foro*). Pues señor, tenemos un medio cabrito asado, y... A lo menos parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos ni otra materia estraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Con que si hemos de cenar y dormir, me parece que seria bueno...

Don Cárlos. Vamos... Y á dónde ha de ser?

Calamocha. Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de herrador.

Rita (*saliendo por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta*). ¿Quién quiere sopas?

Don Cárlos. Buen provecho.

Calamocha. Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

Rita. La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero lo agradece, señor militar.

(*Éntrase en el cuarto de doña Irene.*)

Calamocha. Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

Don Cárlos. ¿Con que vamos?

Calamocha. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (*Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve: se acerca á don Cárlos, y hablan con reserva hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.*) ¡Eh! chit, digo...

Don Cárlos. ¿Qué?

Calamocha. ¿No ve V. lo que viene por allí?

Don Cárlos. ¿Es Simon?

Calamocha. El mismo..... ¿Pero quién? diablos le...

Don Cárlos. ¿Y qué haremos?

Calamocha. ¿Qué sé yo?... Sonsacarle, mentir y... ¿Me da V. licencia para que...

Don Cárlos. Sí, miente lo que quieras... ¿A qué habrá venido este hombre?

ESCENA X.

SIMON, CALAMOCHA, DON CÁRLOS.

(*Sale Simon por la puerta del foro.*)

Calamocha. Simon, ¿tú por aquí?

Simon. Adios, Calamocha. ¿Cómo va?

Calamocha. Lindamente.

Simon. ¡Cuánto me alegro de...

Don Cárlos. ¡Hombre, tú en Alcalá! ¿Pues qué novedad es esta?

Simon. ¡Oh! ¡que estaba V. ahi, señorito! ¡Voto á sanes!

Don Cárlos. ¿Y mi tio?

Simon. Tan bueno.

Calamocha. ¿Pero se ha quedado en Madrid, ó...

Simon. ¿Quién me habia de decir á mí... ¡Cosa como ella! Tan ageno estaba yo ahora de... Y V. de cada vez mas guapo... ¿Con que V. irá á ver al tio, eh?

Calamocha. Tú habrás venido con algun encargo del amo.

Simon. ¡Y qué calor traje, y qué polvo por ese camino! ¡Ya, ya!

Calamocha. ¿Alguna cobranza tal vez, eh?

Don Cárlos. Puede ser. Como tiene mi tio ese poco de hacienda en Ajalvir... ¿No has venido á eso?

Simon. ¡Y qué buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego mas marrullero y mas bellaco no le hay en toda la campiña.... ¿Con que V. viene ahora de Zaragoza?

Don Cárlos. Pues... Figúrate tú.

Simon. ¿O va V. allá?

Don Cárlos. ¿A dónde?

Simon. A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?

Calamocha. Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, ¿no habíamos de haber andado mas de cuatro leguas?

Simon. ¿Qué sé yo? Algunos van por la posta y tardan mas de cuatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.

Calamocha (*aparte separándose de Simon*). ¡Maldito seas tú, y tu camino, y la bribona que te dió papilla!

Don Cárlos. Pero aun no me has dicho si mi tio está en Madrid ó en Alcalá, ni á qué has venido, ni...

Simon. Bien, á eso voy... Sí señor, voy á decir á V... Con que... Pues el amo me dijo...

ESCENA XI.

DON DIEGO, DON CÁRLOS, SIMON, CALAMOCHA.

Don Diego (*desde adentro*). No, no es menester : si hay luz aquí. Buenas noches, Rita.

(*Don Cárlos se turba, y se aparta á un estremo del teatro.*)

Don Cárlos. ¡Mi tio!...

(*Sale don Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo: repara en don Cárlos y se acerca á él. Simon le alumbra, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.*)

Don Diego. ¡Simon!

Simon. Aquí estoy, señor.

Don Cárlos. ¡Todo se ha perdido!

Don Diego. Vamos..... Pero... ¿Quién es?

Simon. Un amigo de V., señor.

Don Cárlos. Yo estoy muerto.

Don Diego. ¿Cómo un amigo?... ¿Qué?... Acerca esa luz.

Don Cárlos. ¡Tio!

(*En ademan de besarle la mano á don Diego, que le aparta de sí con enojo.*)

Don Diego. Quítate de ahí.

Don Cárlos. ¡Señor!

Don Diego. Quítate. No sé como no le... ¿Qué haces aquí?

Don Cárlos. Si V. se altera y...

Don Diego. ¿Qué haces aquí?

Don Cárlos. Mi desgracia me ha traido.

Don Diego. ¡Siempre dándome que sentir, siempre! Pero... (*Acercándose á don Cárlos.*) ¿Qué dices? De veras, ¿ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... ¿Qué te sucede?... ¿Porqué estás aquí?

Calamocha. Porque le tiene á V. ley, y le quiere bien, y...

Don Diego. A tí no te pregunto nada. ¿Porqué has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Porqué te asusta el verme?..... Algo has hecho: sí, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida á tu pobre tio.

Don Cárlos. No señor, que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que V. me ha inspirado tantas veces.

Don Diego. ¿Pues á qué viniste?... ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algun disgusto con tus gefes?... Sácame de esta inquietud, Cárlos... Hijo mio, sácame de este afan.

Calamocha. Si todo ello no es mas que...

Don Diego. Ya he dicho que calles... Ven acá. (*Asiendo de una mano á don Cárlos, se aparta con él á un estremo del teatro, y le habla en voz baja.*) Dime qué ha sido.

Don Cárlos. Una ligereza, una falta de sumision á V. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le he dado al verme.

Don Diego. ¿Y qué otra cosa hay?

Don Cárlos. Nada mas señor.

Don Diego. ¿Pues qué desgracia era aquella de que me hablaste?

Don Cárlos. Ninguna. La de hallarle á V. en este parage... y haberle disgustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

Don Diego. ¿No hay mas?

Don Cárlos. No señor.

Don Diego. Míralo bien.

Don Cárlos. No señor... A eso venia. No hay nada mas.

Don Diego. Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No señor... ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, adios disciplina militar... Vamos... Eso no puede ser.

Don Cárlos. Considere V., tio, que estamos en tiempo de paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnicion... Y en fin, puede V. creer que este viage supone la aprobacion y la licencia de mis superiores; que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

Don Diego. Un oficial siempre hace falta á sus soldados. El rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y les dé ejemplos de subordinacion, de valor, de virtud...

Don Cárlos. Bien está, pero ya he dicho los motivos...

Don Diego. Todos estos motivos no valen nada... ¡Porque le dió la gana de ver al tio!... Lo que quiere su tio de V. no es verle cada ocho dias, sinó saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero (*alza la voz, y se pasea inquieto*), yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que V. ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

Don Cárlos. Señor, si...

Don Diego. No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

Calamocha. Es que los caballos no están ahora para correr... ni pueden moverse.

Don Diego. Pues con ellos (*á Calamocha*) y con las maletas al meson de afuera... Usted (*á don Cárlos*) no ha de dormir aquí... Vamos (*á Calamocha*), tú buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos, y marchar... Ayúdale tú... (*A Simon.*) ¿Qué dinero tienes ahí?

Simon. Tendré unas cuatro ó seis onzas.

(*Saca de un bolsillo algunas monedas, y se las da á don Diego.*)

Don Diego. Dámelas acá. Vamos, ¿qué haces?..... (*A Calamocha.*) ¿No he dicho que ha de ser al instante?... Volando. Y tú (*á Simon*) ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido.

(*Los dos criados entran en el cuarto de don Cárlos.*)

ESCENA XII.

DON DIEGO, DON CÁRLOS.

Don Diego. Tome V. (*Le da el dinero.*) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre; y en obrando tú segun corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.

Don Carlos. Ya lo sé.

Don Diego. Pues bien: ahora obedece lo que te mando.

Don Carlos. Lo haré sin falta.

Don Diego. Al meson de afuera. (*A los dos criados, que salen con los trastos del cuarto de don Carlos, y se van par la puerta del foro.*). Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí por ningun pretesto, ni entres en la ciudad... cuidado. Y á eso de las tres ó las cuatro marchar. Mira que he de saber á la hora que sales. ¿Lo entiendes?

Don Cárlos. Sí señor.

Don Diego. Mira que lo has de hacer.

Don Cárlos. Sí señor, haré lo que V. manda.

Don Diego. Muy bien. Adios... Todo te lo perdono... Vete con Dios... Y yo sabré tambien cuando llegas á Zaragoza; no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

Don Cárlos. ¿Pues qué hice yo?

Don Diego. Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué mas quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

Don Cárlos. Quede V. con Dios.

(*Hace que se va, y vuelve.*)

Don Diego. ¿Sin besar la mano á su tio, eh?

Don Cárlos. No me atreví.

(*Besa la mano á don Diego y se abrazan.*)

Don Diego. Y dame un abrazo por si no nos volvemos á ver.

Don Cárlos. ¿Qué dicé V.? no lo permita Dios.

Don Diego. ¿Quién sabe, hijo mio? ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

Don Cárlos. No señor, ahora no.

Don Diego. Mucho es, porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tio... Pues bien, yo escribiré al señor Aznar para que te dé cien doblones de órden mia. Y mira como lo gastas... ¿Juegas?

Don Cárlos. No señor, en mi vida.

Don Diego. Cuidado con eso... Con que, bien viage. Y no te acalores: jornadas regulares y nada mas... ¿Vas contento?

Don Cárlos. No señor. Porque V. me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

Don Diego. No se hable ya de lo pasado... Adios.

Don Cárlos. ¿Queda V. enojado conmigo?

Don Diego. No, no por cierto... Me disgusté bastante, pero ya se acabó... No me dés que sentir. (*Poniéndole ambas manos sobre los hombros.*) Portarse como hombre de bien.

Don Cárlos. No lo dude V.

Don Diego. Como oficial de honor.

Don Cárlos. Así lo prometo.

Don Diego. Adios, Cárlos. (*Abrazándose.*)

Don Cárlos (*aparte al irse por la puerta del foro*). ¡Y la dejo!... ¡Y la pierdo para siempre!

ESCENA XIII.

DON DIEGO.

Demasiado bien se ha compuesto... Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribírselo, que... Despues de hecho, no importa nada... ¡Pero siempre aquel respeto al tio!... Como una malva es.

(*Se enjuga las lágrimas, toma la luz y se va á su cuarto. El teatro queda solo y oscuro por un breve espacio.*)

ESCENA XIV.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

(*Salen del cuarto de doña Irene. Rita sacará una luz, y la pone encima de la mesa.*)

Rita. Mucho silencio hay por aquí.

Doña Francisca. Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

Rita. Precisamente.

Doña Francisca. ¡Un camino tan largo!

Rita. ¡A lo que obliga el amor, señorita!

Doña Francisca. Sí, bien puedes decirlo, amor... Y yo ¿qué no hiciera por él?

Rita. Y deje V., que no ha de ser este el último milagro. Cuando lleguemos á Madrid, entonces será ella... ¡El pobre don Diego qué chasco se va á llevar! Y por otra parte, véa V. qué señor tan bueno, que cierto da lástima...

Doña Francisca. Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi repugnancia... Pero ya es otro tiempo, Rita. Don Félix ha venido, y ya no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la mas dichosa de las mugeres.

Rita. ¡Ay! ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo tambien la cabeza... Voy por él.

(*Encaminándose al cuarto de doña Irene.*)

Doña Francisca. ¿A qué vas?

Rita. El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

Doña Francisca. Sí, tráele, no empiece á cantar como anoche... Allí quedó junto á la ventana... Y ve con cuidado, no despierte mamá.

Rita. Sí, mire V. el estrépito de caballerías que anda por allá abajo... Hasta que lleguemos á nuestra calle del Lobo, número 7, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton que rechina, que...

Doña Francisca. Te puedes llevar la luz.

Rita. No es menester, que ya sé donde está.

(*Vase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA XV.

SIMON, DOÑA FRANCISCA.

(*Sale Simon por la puerta del foro.*)

Doña Francisca. Yo pensé que estaban Vds. acostados.

Simon. El amo ya habrá hecho esa diligencia, pero yo todavía no sé en dónde he de tender el rancho... Y buen sueño que tengo.

Doña Francisca. ¿Qué gente nueva ha llegado ahora?

Simon. Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

Doña Francisca. ¿Los arrieros?

Simon. No señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

Doña Francisca. ¿Quiénes dice V. que son?

Simon. Un teniente coronel y su asistente.

Doña Francisca. ¿Y estaban aquí?

Simon. Sí señora, ahí en ese cuarto.

Doña Francisca. No los he visto.

Simon. Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traian... Con que se han ido... Buenas noches, señorita.

(*Vase al cuarto de don Diego.*)

ESCENA XVI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

Doña Francisca. ¡Dios mio de mi alma! ¿Qué es esto?... No puedo sostenerme... Desdichada!

(*Siéntase en una silla inmediata á la mesa.*)

Rita. Señorita, yo vengo muerta.

(*Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa: abre la puerta del cuarto de don Cárlos y vuelve.*)

Doña Francisca. ¡Ay que es cierto!... ¿Tú lo sabes tambien?

Rita. Deje V., que todavía no creo lo que he visto... Aquí no hay nadie... ni maletas, ni ropa, ni... Pero ¿cómo podia engañarme? Si yo misma los he visto salir.

Doña Francisca. ¿Y eran ellos?

Rita. Sí señora. Los dos.

Doña Francisca. Pero ¿se han ido fuera de la ciudad?

Rita. Si no los he perdido de vista hasta que salieron por Puerta de Mártires... Como está un paso de aquí.

Doña Francisca. ¿Y es ese el camino de Aragon?

Rita. Ese es.

Doña Francisca. ¡Indigno!... ¡Hombre indigno!

Rita. ¡Señorita!

Doña Francisca. ¿En qué te ha ofendido esta infeliz?

Rita. Yo estoy temblando toda... pero... Si es incomprensible... Si no alcanzo á discurrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

Doña Francisca. ¿Pues no le quise mas que á mi vida?... ¿No me ha visto loca de amor?

Rita. No sé qué decir al considerar una accion tan infame.

Doña Francisca. ¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto? ¡Para engañarme, para abandonarme así!

(*Levántase, y Rita la sostiene.*)

Rita. Pensar que su venida fué con otro designio, no me parece natural... Zelos... ¿Porqué ha de tener zelos?... Y aun eso mismo debiera enamorarle mas... Él no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

Doña Francisca. Te cansas en vano. Di que es un pérfido, di que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

Rita. Vamos de aquí, que puede venir alguien y...

Doña Francisca. Sí, vámonos... Vamos á llorar... ¡Y en qué situacion me deja!... Pero ¿ves qué malvado?

Rita. Sí señora, ya lo conozco.

Doña Francisca. ¡Qué bien supo fingir!... ¿Y con quién? Conmigo...

¿Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este galardon?... ¡Dios de mi vida! ¿Cuál es mi delito, cuál es?

(*Rita coge la luz, y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

(*Teatro oscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada, y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.*)

DON DIEGO, SIMON.

Don Diego. Aquí, á lo menos, ya que no duerma no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no se... ¡Cómo ronca este!... Guardémosle el sueño hasta que venga el dia, que ya poco puede tardar... (*Simon despierta, y al oir á don Diego se incorpora y se levanta.*) ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

Simon. ¿Que estaba V. ahí, señor?

Don Diego. Sí, aquí me he salido, porque allí no puedo parar.

Simon. Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

Don Diego. Mala comparacion. Dí que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

Simon. En efecto, dice V. bien... ¿Y qué hora será ya?

Don Diego. Poco ha que sonó el reloj de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.

Simon. ¡Oh! pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

Don Diego. Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

Simon. ¡Pero si V. viera qué apesadumbrado le dejé! ¡qué triste!

Don Diego. Ha sido preciso.

Simon. Ya lo conozco.

Don Diego. ¿No ves qué venida tan intempestiva?

Simon. Es verdad... Sin permiso de V., sin avisarle, sin haber un motivo urgente. Vamos, hizo muy mal... Bien que por otra parte él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante, ¿he?

Don Diego. ¡No, qué! No señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en que circunstancias nos cogia... Te aseguro que cuando se fué me quedó un ansia en el corazon. (*Suenan á lo lejos tres palmadas; y poco despues se oye que puntean un instrumento.*) ¿Qué ha sonado?

Simon. No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

Don Diego. Calla.

Simon. Vaya, música tenemos, segun parece.

Don Diego. Sí, como lo hagan bien.

Simon. ¿Y quién será el amante infeliz que se viene á puntear á estas horas en ese callejon tan puerco?... Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

Don Diego. Puede ser.

Simon. Ya empiezan, oigamos... (*Tocan una sonata desde adentro.*) Pues dígole á V. que toca muy lindamente el pícaro del barberillo.

Don Diego. No, no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.

Simon. ¿Quiere V. que nos asomemos un poco, á ver...

Don Diego. No, dejarlos... ¡Pobre gente! ¡Quién sabe la importancia quedarán ellos á la tal música!... No gusto yo de incomodar á nadie.

(*Sale de su cuarto doña Francisca, y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. Don Diego y Simon se retiran á un lado y observan.*)

Simon. ¡Señor!... ¡Eh! Presto, aquí á un ladito.

Don Diego. ¿Qué quieres?

Simon. Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele á faldas que trasciende.

Don Diego. ¿Sí?... Retirémonos.

ESCENA II.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO, SIMON.

Rita. Con tiento, señorita.

Doña Francisca. ¿Siguiendo la pared no voy bien?

(*Vuelven á probar el instrumento.*)

Rita. Sí señora... Pero vuelven á tocar... Silencio.

Doña Francisca. No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él.

Rita. ¿Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir.

Doña Francisca. Calla... (*Repiten desde adentro la sonata anterior.*) Sí, él es... ¡Dios mio!... (*Acércase Rita á la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.*) Ve, responde... Albricias, corazon. Él es.

Simon. ¿Ha oido V.?

Don Diego. Sí.

Simon. ¿Qué querrá decir esto?

Don Diego. Calla.

(*Doña Francisca se asoma á la ventana. Rita se queda detras de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones mas ó menos largas que deben hacerse.*)

Doña Francisca. Yo soy. Y ¿qué habia de pensar viendo lo que V. acaba de hacer?... ¿Qué fuga es esta?... Rita (*apartándose de la ventana, y vuelve despues*), amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algun rumor, al instante avísame... ¿Para siempre? ¡Triste de mí!... Bien está, tírela V... Pero yo no acabo de entender... ¡Ay, don Félix! nunca le he visto á V. tan tímido... (*Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademan de buscarla, y no hallándola vuelve á asomarse*). No, no la he cogido, pero aquí está sin duda... ¿Y no he de saber yo hasta que llegue el dia los motivos que tiene V. para dejarme muriendo?... Sí, yo quiero saberlo de su boca de V. Su Paquita de V. se lo manda... Y ¿cómo le parece á V. que estará el mio?... No me cabe en el pecho... Diga V.

(*Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.*)

Rita. Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

Doña Francisca. ¡Infeliz de mí!... Guíame.

Rita. Vamos... (*Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al cuarto de doña Francisca.* ¡Ay!

Doña Francisca. ¡Muerta voy!

ESCENA III.

DON DIEGO, SIMON.

Don Diego. ¿Qué grito fué ese?

Simon. Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

Don Diego. Acércate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!

Simon. No encuentro nada, señor.

(*Tentando por el suelo cerca de la ventana.*)

Don Diego. Búscale bien, que por ahí ha de estar.

Simon. ¿Le tiraron desde la calle?

Don Diego. Sí... ¿Qué amante es este?... ¡Y diez y seis años, y criada

en un convento! Acabó ya toda mi ilusion.

Simon. Aquí está.

(*Halla la carta y se la da á don Diego.*)

Don Diego. Vete abajo y enciende una luz... En la caballeriza, ó en la cocina... Por ahí habrá algun farol... Y vuelve con ella al instante.

(*Vase Simon por la puerta del foro.*)

ESCENA IV.

DON DIEGO.

¿Y á quién debo culpar? (*Apoyándose en el respaldo de una silla.*) ¿Es ella la delincuente, ó su madre, ó sus tias, ó yo?... ¿Sobre quién, sobre quién ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé reprimir?... ¡La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos!... ¡Qué esperanzas tan halagüeñas concebí! ¡Qué felicidades me prometia!... ¡Zelos!.. ¿Yo?.. ¡En qué edad tengo zelos!... Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento, esta indignacion, estos deseos de venganza ¿de qué provienen? ¿Cómo he de llamarlos? Otra vez parece que... (*Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira á un estremo del teatro.*) Sí.

ESCENA V.

RITA, DON DIEGO, SIMON.

Rita. Ya se han ido... (*Rita observa, escucha, asómase despues á la ventana, y busca la carta por el suelo.*) ¡Válgame Dios!... El papel estará muy bien escrito, pero el señor don Félix es un grandísimo picaron... ¡Pobrecita de mi alma!... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido!... ¿Y este maldito papel?... Pues buena la hiciéramos si no pa reciese... ¿Qué dirá?... Mentiras, mentiras, y todo mentira.

Simon. Ya tenemos luz.

(*Sale con luz. Rita se sorprende.*)

Rita. ¡Perdida soy!

Don Diego (*acercándose*). ¡Rita! ¿Pues tú aquí?

Rita. Sí señor, porque...

Don Diego. ¿Qué buscas á estas horas?

Rita. Buscaba... Yo le diré á V... Porque oimos un ruido tan grande.

Simon. ¿Sí, eh?

Rita. Cierto... Un ruido y... Y mire V. (*alza la jaula que está en el suelo*) era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no tiene duda... ¡Válgate Dios! ¿Si se habrá muerto? No, vivo está, vaya... Algun gato habrá sido. Preciso.

Simon. Sí, algun gato.

Rita. ¡Pobre animal! Y qué asustadillo se conoce que está todavía.

Simon. Y con mucha razon... ¿No te parece, si le hubiera pillado el gato...?

Rita. Se le hubiera comido.

(*Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.*)

Simon. Y sin pebre... Ni plumas hubiera dejado.

Don Diego. Tráeme esa luz.

Rita. ¡Ah! Deje V., encenderemos esta (*Enciende la vela que está sobre la mesa*), que ya lo que no se ha dormido...

Don Diego. ¿Y doña Paquita duerme?

Rita. Sí señor.

Simon. Pues mucho es que con el ruido del tordo...

Don Diego. Vamos.

(*Don Diego se entra en su cuarto. Simon va con él llevándose una de las luces.*)

ESCENA VI.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

Dona Francisca. ¿Ha parecido el papel?

Rita. No señora.

Dona Francisca. ¿Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?

Rita. Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber qué disculpa darles.

(*Rita coge la luz y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.*)

Dona Francisca. Ellos eran sin duda... Aquí estarian cuando yo hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?

Rita. Yo no lo encuentro, señorita.

Dona Francisca. Le tendrán ellos, no te canses... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

Rita. A lo menos por aquí...

Doña Francisca. ¡Yo estoy loca! (*Siéntase.*)

Rita. Sin haberse esplicado este hombre, ni decir siquiera...

Dona Francisca. Cuando iba á hacerlo, me avisaste y fué preciso retirarnos... Pero ¿sabes tú con qué temor me habló, qué agitacion mostraba? Me dijo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le precisaban á volverse; que la habia escrito para dejársela á persona fiel que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme seria imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre aleve que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diria: pues yo ¿para qué he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una muger?... ¡Hay tantas mugeres! Cásenla... Yo nada pierdo... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz... ¡Dios mio, perdon!... ¡Perdon de haberle querido tanto!

Rita. ¡Ay, señorita! (*Mirando hácia el cuarto de don Diego*) que parece que salen ya.

Dona Francisca. No importa, déjame.

Rita. Pero si don Diego la ve á V. de esa manera...

Dona Francisca. Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer?... ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

ESCENA VII.

DON DIEGO, SIMON, DOÑA FRANCISCA, RITA.

Simon. Voy enterado, no es menester mas.

Don Diego. Mira, y haz que ensillen inmediatamente al moro, mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que dés, los alcanzas... ¿Las dos aquí, eh?... Con que vete, no se pierda tiempo.

(*Despues de hablar los dos, inmediatos á la puerta del cuarto de don Diego, se va Simon por la del foro.*)

Simon. Voy allá.

Don Diego. Mucho se madruga, doña Paquita.

Dona Francisca. Sí señor.

Don Diego. ¿Ha llamado ya doña Irene?

Dona Francisca. No señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir.

(*Rita se va al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA VIII.

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA.

Don Diego. ¿Usted no habrá dormido bien esta noche?

Dona Francisca. No señor. ¿Y V.?

Don Diego. Tampoco.

Dona Francisca. Ha hecho demasiado calor.

Don Diego. ¿Está V. desazonada?

Dona Francisca. Alguna cosa.

Don Diego. ¿Qué siente V.?

(*Siéntase junto á doña Francisca.*)

Dona Francisca. No es nada... Así un poco de... Nada... no tengo nada.

Don Diego. Algo será; porqué la veo á V. muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene V., Paquita? ¿No sabe V. que la quiero tanto?

Dona Francisca. Sí señor.

Don Diego. Pues ¿porqué no hace V. mas confianza de mí? ¿Piensa V. que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

Dona Francisca. Ya lo sé.

Don Diego. ¿Pues cómo, sabiendo que tiene V. un amigo, no desahoga con él su corazon?

Dona Francisca. Porque eso mismo me obliga á callar.

Don Diego. Eso quiere decir que tal vez yo soy la causa de su pesadumbre de V.

Dona Francisca. No señor, V. en nada me ha ofendido... No es de V. de quien yo me debo quejar.

Don Diego. ¿Pues de quién, hija mia?... Venga V. acá... (*Acércase mas.*) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulacion... Dígame V., ¿no es cierto que V. mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuánto va que si la dejasen á V. entera libertad para la eleccion, no se casaria conmigo?

Dona Francisca. Ni con otro.

Don Diego. ¿Será posible que V. no conozca otro mas amable que yo; que la quiera bien, y que la corresponda como V. merece?

Dona Francisca. No señor, no señor.

Don Diego. Mírelo V. bien.

Dona Francisca. ¿No le digo á V. que no?

Don Diego. ¿Y he de creer, por dicha, que conserve V. tal inclinacion al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida mas...

Dona Francisca. Tampoco, no señor... Nunca he pensado así.

Don Diego. No tengo empeño de saber mas... Pero de todo lo que acabo de oir, resulta una gravísima contradiccion. V. no se halla inclinada al estado religioso, segun parece. V. me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... Pues ¿qué llanto es ese? ¿De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de V. en términos que apenas le reconozco? ¿Son estas las señales de quererme esclusivamente á mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? ¿Se annuncian así la alegría y el amor?

(*Vase iluminando lentamente el teatro, suponiéndose que viene la luz del dia.*)

Dona Francisca. Y ¿qué motivos le he dado á V. para tales desconfianzas?

Don Diego. ¿Pues que? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra union, si su madre de V. sigue aprobándola, y llega el caso de...

Dona Francisca. Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con V.

Don Diego. ¿Y despues, Paquita?

Dona Francisca. Despues... y mientras me dure la vida seré muger de bien.

Don Diego. Eso no lo puedo yo dudar... Pero si V. me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame V., estos títulos ¿no me dan algun derecho para merecer de V.

mayor confianza? ¿No he de lograr que V. me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

Dona Francisca. ¿Dichas para mi?... Ya se acabaron.

Don Diego. ¿Porqué?

Dona Francisca. Nunca diré porqué.

Don Diego. ¡Pero qué obstinado, qué imprudente silencio!... cuando V. misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

Dona Francisca. Si V. lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe V., no me lo pregunte.

Don Diego. Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa afliccion y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho dias será V. mi muger.

Dona Francisca. Y daré gusto á mi madre.

Don Diego. Y vivirá V. infeliz.

Dona Francisca. Ya lo sé.

Don Diego. Ve aquí los frutos de la educacion. Esto es lo que se llama criar bien á una niña; enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes con una pérfida disimulacion. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, orígen de tantos escándolos, ya están bien criadas; y se llama escelente educacion la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

Dona Francisca. Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras. eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi afliccion es mucho mas grande.

Don Diego. Sea cual fuere, hija mia, es menester que V. se anime... Si la ve á V. su madre de esa manera, ¿que ha de decir?... Mire V. que ya parece que se ha levantado.

Doña Francisca. ¡Dios mio!

Don Diego. Sí, Paquita: conviene mucho que V. vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginacion las pinta... ¡Mire V. qué desórden este! ¡qué agitacion! ¡qué lágrimas! Vaya, ¿me da V. palabra de presentarse así... con cierta serenidad y... eh?

Dona Francisca. Y V., señor... Bien sabe V. el genio de mi madre. Si V. no me defiende, ¿á quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasion de esta desdichada?

Don Diego. Su buen amigo de V... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase, criatura, en la situacion dolorosa en que la veo?

(*Asiéndola de las manos.*)

Dona Francisca. ¿De veras?

Don Diego. Mal conoce V. mi corazon.

Dona Francisca. Bien le conozco.

(*Quiere arrodillarse; don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.*)

Don Diego. ¿Qué hace V., niña?

Dona Francisca. Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad una muger tan ingrata para con V.!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

Don Diego. Yo bien sé que V. agradece como puede el amor que la tengo... Lo demas todo ha sido...

¿qué sé yo? una equivocacion mia, y no otra cosa... Pero V., inocente, V. no ha tenido la culpa.

Doña Francisca. Vamos... ¿No viene usted?

Don Diego. Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

Doña Francisca. Vaya V. presto.

(*Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besándole las manos.*)

Don Diego. Sí, presto iré.

ESCENA IX.

SIMON, DON DIEGO.

Simon. Ahí están, señor.

Don Diego. ¿Qué dices?

Simon. Cuando yo salia de la puerta, los ví á lo lejos que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo: se detuvieron, y apenas llegué y le dije al señorito lo que V. mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisára yo, por si acaso habia gente aquí, y V. no queria que le viesen.

Don Diego. ¿Y qué dijo cuando le diste el recado?

Simon. Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una sola palabra... A mí me ha dado compasion el verle así, tan...

Don Diego. No me empieces ya á interceder por él.

Simon. ¿Yo, señor?

Don Diego. Sí, que no te entiendo yo... ¡Compasion!... Es un pícaro.

Simon. Como yo no sé lo que ha hecho.

Don Diego. Es un bribon, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

Simon. Bien está, senor.

(*Vase por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.*)

Don Diego. Dile que suba.

ESCENA X.

DON CÁRLOS, DON DIEGO.

Don Diego. Venga V. acá, señorito, venga V... ¿En dónde has estado desde que no nos vemos?

Don Cárlos. En el meson de afuera.

Don Diego. ¿Y no has salido de allí en toda la noche, eh?

Don Cárlos. Sí señor, entré en la ciudad y...

Don Diego. ¿A qué?... Siéntese V.

Don Cárlos. Tenia precision de hablar con un sugeto.

(*Siéntase.*)

Don Diego. ¡Precision!

Don Cárlos. Sí señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza sin estar primero con él.

Don Diego. Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... ¿Porqué no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie.

(*Dándole el papel que tiraron á la ventana. Don Cárlos, luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademan de irse.*)

Don Cárlos. Pues si todo lo sabe V., ¿para qué me llama? ¿Porqué no me permite seguir mi camino, y se evitaria una contestacion, de la cual ni V. ni yo quedaremos contentos?

Don Diego. Quiere saber su tio de V. lo que hay en esto, y quiere que V. se lo diga.

Don Cárlos. ¿Para qué saber mas?

Don Diego. Porque yo lo quiero y lo mando. ¡Oiga!

Don Cárlos. Bien está.

Don Diego. Siéntate ahí... (*Siéntase*

don Cárlos.) ¿En dónde has conocido á esta niña?... ¿Qué amor es este? ¿Qué circunstancias han ocurrido?... ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde, cuándo la viste?

Don Cárlos. Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero el intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel dia, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaria proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé á doña Paquita, á quien la señora habia sacado aquel dia del convento para que se esparciese un poco... Yo no sé qué ví en ella, que escitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos. El intendente dijo entre otras cosas... burlándose... que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Félix de Toledo. Yo sostuve esta ficcion, porque desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella ciudad, evitando que llegase á noticia de V... Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel dia, que fueron muchos. En fin... Pero no quisiera ofender á V. refiriéndole...

Don Diego. Prosigue.

Don Cárlos. Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre, pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas las mas ingeniosas para que ninguno de su familia estrañára mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, fácilmente iba y venia de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mias; y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasion que mientras viva me hará infeliz.

Don Diego. Vaya... Vamos, sigue adelante.

Don Cárlos. Mi asistente (que, como V. sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios qué á cada paso le ocurrian, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos... La seña era dar tres palmadas, á las cuales respondian con otras tres desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender... Siempre fuí para ella don Félix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis gefes y hombre de honor. Nunca la dije mas, ni la hablé de mis parientes ni de mis esperanzas, ni la dí á entender que casándose conmigo podria aspirar á mejor fortuna; porque ni me convenia nombrarle á V., ni quise esponerla á que las miras de interes, y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser adorada... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin, era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida á un desmayo mortal, y me fuí ciego de amor á donde mi obligacion me llamába... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias ha, me dijo como su madre trataba de casarla, que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí: me acordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos... Monté á caballo, corrí precipitado el camino, llegué á Guadalajara; no la encontré, vine aquí...

Lo demas bien lo sabe V., no hay para que decírselo.

Don Diego. ¿Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

Don Cárlos. Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor, pasar á Madrid, verle á V., echarme á sus piés, referirle todo lo ocurrido, y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni..... eso no..... Solo su consentimiento y su bendicion para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

Don Diego. Pues ya ves, Cárlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

Don Cárlos. Sí señor.

Don Diego. Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella... y sean las que fueren las promesas que á tí te hizo... ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano así que...

Don Cárlos. Pero no el corazon.

(*Levántase.*)

Don Diego. ¿Qué dices?

Don Cárlos. No, eso no... Seria ofenderla... V. celebrará sus bodas cuando guste: ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy, y lo seré... V. se llamará su marido, pero si alguna ó muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte V. jamas el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

Don Diego. ¿Qué temeridad es esta?

(*Se levanta con mucho enojo, encaminándose hácia don Cárlos, el cual se va retirando.*)

Don Cárlos. Ya se lo dije á V... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... Pero acabemos esta odiosa conversacion... Viva V. feliz y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero no se me niegue á lo menos el consuelo de saber que V. me perdona.

Don Diego. ¿Con que en efecto te vas?

Don Cárlos. Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

Don Diego. ¿Porqué?

Don Cárlos. Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegáran á verificar... entonces...

Don Diego. ¿Qué quieres decir?

(*Asiendo de un brazo á don Cárlos, le hace venir mas adelante.*)

Don Cárlos. Nada... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

Don Diego. ¡Cárlos!... ¡Qué horror!... ¿Y tienes corazon para decírmelo?

Don Cárlos. Alguien viene... (*Mirando con inquietud hácia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego, y hace ademan de irse por la puerta del foro. Don Diego va detras de él y quiere impedírselo.*) Tal vez será ella... Quede V. con Dios.

Don Diego. ¿A dónde vas?... No señor, no has de irte.

Don Cárlos. Es preciso.. Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á V. inquietudes crueles.

Don Diego. Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

Don Cárlos. Pero sí...

Don Diego. Haz lo que te mando.

(*Entrase don Cárlos en el cuarto de don Diego.*)

ESCENA XI.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

Dona Irene. Con que, señor don Diego, ¿es ya la de vámonos... Buenos dias... (*Apaga la luz que está sobre la mesa.*) ¿Reza V.?

Don Diego (*paseándose con inquietud*). Sí, para rezar estoy ahora.

Dona Irene. Si V. quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego que... Pero ¿qué tiene V., señor?... ¿Hay alguna novedad?

Don Diego. Sí, no deja de haber novedades.

Dona Irene. Pues qué... Dígalo V. por Dios..... ¡Vaya, vaya!... No sabe V. lo asustada que estoy..... Cualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido, de manera que...

Don Diego. Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa mas importante de que tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

Dona Irene. Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

Don Diego. Muy bien. Siéntese V... Y no hay que asustarse ni alborotarse (*siéntanse los dos*) por nada de lo que yo diga: y cuenta, no nos abandone el juicio cuando mas le necesitamos... Su hija de V. está enamorada...

Dona Irene. ¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí señor, que lo está, y bastaba que yo lo dijese para que...

Don Diego. ¡Este vicio maldito de interrumpir á cada paso! Déjeme V. hablar.

Dona Irene. Bien, vamos, hable V.

Don Diego. Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

Dona Irene. ¿Qué dice V.?

Don Diego. Lo que V. oye.

Dona Irene. Pero ¿quién le ha contado á V. esos disparates?

Don Diego. Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado, y cuando se lo digo á V., bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ese?

Doña Irene (*llorando.*) ¡Pobre de mí!

Don Diego. ¿A qué viene eso?

Dona Irene. ¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

Don Diego. Señora doña Irene...

Dona Irene. Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... ¿Quién lo creyere de V.?... ¡Válgame Dios!... ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenia un genio como una serpiente...

Don Diego. Mire V., señora, que se me acaba ya la paciencia.

Doña Irene. Que lo mismo era replicarle que se ponia hecho una furia del infierno; y un dia del Córpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mojicones á un comisario ordenador, y si no hubiera sido por los que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

Don Diego. Pero ¿es posible que no ha de atender V. á lo que voy á decirla?

Dona Irene. ¡Ay! no señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no señor... V. ya no quiere á la niña, y busca pretestos para za-

farse de la obligacion en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazon!

Don Diego. Señora doña Irene, hágame V. el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que V. sepa lo que hay, llore, y gima, y grite, y diga cuanto quiera... Pero entre tanto no me apure V. el sufrimiento, por amor de Dios.

Doña Irene. Diga V. lo que le dé la gana.

Don Diego. Que no volvamos otra vez á llorar y á...

Dona Irene. No señor, ya no lloro.

(*Enjugándose las lágrinas con un pañuelo.*)

Don Diego. Pues hace ya cosa de un año, poco mas ó menos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ambos una pasion tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente á hacerla mayor... En este supuesto...

Dona Irene. Pero ¿no conoce V., señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

Don Diego. Volvemos otra vez á lo mismo... No señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

Dona Irene. ¿Qué ha de saber V., señor, ni qué traza tiene eso de verdad? ¡Con que la hija de mis entrañas encerrada en un convento... que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascaron, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe V. el genio que tiene su tia!... Pues bonita es ella para haber disimulado á su sobrina el menor desliz.

Don Diego. Aquí no se trata de ningun desliz, señora doña Irene: se trata de una inclinacion honesta, de la cual hasta ahora no habiamos tenido antecedente alguno. Su hija de V. es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que todas las tias, y las parientas, y las madres, y V., y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde; V. ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea V. ese papel, y verá si tengo razon.

(*Saca el papel de don Cárlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego y procura en vano contenerla.*)

Doña Irene. ¡Yo he de volverme loca!... Francisquita!..... ¡Vírgen santa!... ¡Rita! Francisca!

Don Diego. Pero ¿á qué es llamarlas?

Doña Irene. Sí señor, que quiero que venga, y que se desengañe la pobrecita de quien es V.

Don Diego. Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una muger.

ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

Rita. ¡Señora!

Doña Francisca. ¿Me llamaba V.?

Dona Irene. Sí, hija, sí; porque el señor don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son estos?... Y tú, picarona... Pues tú tambien lo has de saber... Por fuerza lo sabes... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice?...

(*Presentando el papel abierto á doña Francisca.*)

Rita (*aparte á doña Francisca*). Su letra es

Doña Francisca. ¡Qué maldad!... Señor don Diego, ¿así cumple V. su palabra?

Don Diego Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga V. aquí... (*Asiendo de una mano á doña Francisca, la pone á su lado.*) No hay que temer... Y V., señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Déme V. ese papel... (*Quitándola el papel de las manos á doña Irene.*) Paquita, ya se acuerda V. de las tres palmadas de esta noche.

Doña Francisca. Mientras viva me acordaré.

Don Diego. Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, yo lo he dicho. (*Lee.*) « Bien mio: si no consigo hablar con « V., haré lo posible para que llegue « á sus manos esta carta. Apenas me « separé de V., encontré en la po- « sada al que yo llamaba mi enemi- « go, y al verle no sé comó no espiré « de dolor. Me mandó que saliera « inmediatamente de la ciudad, y fué « preciso obedecerle. Yo me llamo « don Cárlos, no don Félix... Don « Diego es mi tio. Viva V. dichosa, « y olvide para siempre á su infeliz « amigo. — CÁRLOS DE URBINA. »

Doña Irene. ¿Con que hay eso?

Doña Francisca. ¡Triste de mí!

Doña Irene. ¿Con que es verdad lo que decia el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí.

(*Se encamina hácia doña Francisca, muy colérica y en ademan de querer maltratarla. Rita y don Diego procuran estorbarlo.*)

Doña Francisca. ¡Madre!... Perdon.

Doña Irene. No señor, que la he de matar.

Don Diego. ¿Qué locura es esta?

Doña Irene. He de matarla.

ESCENA XIII.

DON CÁRLOS, DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA.

Don Cárlos. Eso no... (*Sale don Cárlos del cuarto precipitadamente: coge de un brazo á doña Francisca, se la lleva hacia el fondo del teatro, y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.*) Delante de mí nadie ha de ofenderla.

Doña Francisca. ¡Cárlos!

Don Cárlos (*acercándose á don Diego.*) Disimule V. mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

Doña Irene. ¿Qué es lo que me sucede, Dios mio?... ¿Quién es V.?... ¿Qué acciones son estas?... ¡Qué escándalo!

Don Diego. Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de V. está enamorada... Separarles y matarlos, viene á ser lo mismo... Cárlos... No importa... Abraza á tu muger.

(*Don Cárlos va á donde está doña Francisca, se abrazan, y ambos se arrodillan á los piés de don Diego.*)

Doña Irene. ¿Con que su sobrino de V.?

Don Diego. Sí señora, mi sobrino; que con sus palmadas, y su música, y su papel me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos mios, qué es esto?

Doña Francisca. ¿Con que V. nos perdona y nos hace felices?

Don Diego. Sí, prendas de mi alma... Sí.

(*Los hace levantar con espresiones de ternura.*)

Doña Irene. ¿Y es posible que V. se determine á hacer un sacrificio... ?

Don Diego. Yo pude separarlos

para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... ¡Cárlos!... ¡Paquita! ¡Qué dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

Don Cárlos (*besándole las manos*). Si nuestro amor, si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á V. en tanta pérdida...

Doña Irene. ¡Con que el bueno de don Cárlos! Vaya que...

Don Diego. Él y su hija de V. estaban locos de amor, mientras V. y las tias fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece: estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... ¡ay de aquellos que lo saben tarde!

Dona Irene. En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga V. acá, señor, venga V., que quiero abrazarle... (*Abrázanse don Cárlos y dona Irene; dona Francisca se arrodilla y la besa la mano.*) Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena eleccion has tenido... Cierto que es un mozo muy galan... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

Rita. Sí, dígaselo V., que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millon de besos.

(*Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.*)

Dona Francisca. ¿Pero ves qué alegría tan grande?... Y tú, como me quieres tanto... siempre, siempre serás mi amiga.

Don Diego. Paquita hermosa (*abraza á dona Francisca*), recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez... Vosotros (*asiendo de los manos á dona Francisca y á don Cárlos*) seréis la delicia de mi corazon; y el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquel... no hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos podré decir: á mí me debe su existencia este niño inocente: si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

Don Cárlos. ¡Bendita sea tanta bondad!

Don Diego. Hijos, ¡bendita sea la de Dios!

FIN DE LA TERCERA Y ÚLTIMA PARTE.

Paris. — Imprenta de J. Claye, calle San Benito, 7.

ÍNDICE

FIN DEL ÍNDICE

COLECCION

DE

PIEZAS ESCOGIDAS

SACADAS DEL TEATRO MODERNO

DEL MISMO AUTOR

COLECCION

DE

TROZOS ESCOGIDOS

DE LOS MEJORES HABLISTAS

EN PROSA Y VERSO

desde el siglo XV hasta nuestros dias

COLECCION

DE

PIEZAS ESCOGIDAS

SACADAS DEL TEATRO ANTIGUO

PARIS — IMPRENTA DE J. CLAYE, CALLE DE SAN BENITO, 7



DON VENTURA DE LA VEGA

ANTOLOGÍA ESPAÑOLA

COLECCION

DE

PIEZAS ESCOGIDAS

SACADAS DEL TEATRO MODERNO

POR

DON CÁRLOS DE OCHOA

PARIS

LIBRERÍA DE CÁRLOS HINGRAY, EDITOR

CALLE DES MARAIS-SAINT-GERMAIN, 20

1860

ANTOLOGÍA ESPAÑOLA

CUARTA PARTE

TESORO DEL TEATRO MODERNO

Quintana. — Martinez de la Rosa. — Gorostiza.
Gil de Zárate. — Breton de los Herreros. — Hartzenbusch. — Vega.

CUARTA PARTE

TESORO DEL TEATRO MODERNO

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Nació en Madrid el 11 de abril de 1772. Despues de haber hecho sus primeros estudios en la córte, aprendió la latinidad en Córdoba, la retórica y la filosofía en el seminario conciliar de Salamanca, y el derecho civil y canónico en la universidad de la misma.

Dedicóse con preferencia desde su primera juventud á la poesía, á la elocuencia y á la historia, teniendo por maestros á Melendez, Estala y Cienfuegos. Empezó á darse á conocer por los años de 1795 con algunas composiciones líricas; en 1801 dió al teatro la tragedia del *Duque de Viseo,* imitacion de un drama ingles. En 1802 publicó un tomo de poesías, reimpresas despues diferentes veces, y por el mismo tiempo escribió, como principal redactor, en el periódico titulado *Variedades de ciencias, literatura y artes.* Despues dió á luz el *Pelayo*, tragedia representada en los *Caños del Peral* en enero de 1805. Esta obra, eminentemente popular en España, es juntamente con sus poesías líricas patrióticas, lo que mas ha contribuido á cimentar la justa celebridad de que goza Quintana.

En 1807 publicó el tomo primero de las *Vidas de españoles célebres,* y en 1808 la coleccion en tres tomos de *Poesías selectas castellanas*, desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros dias. En el mismo año dió á luz sus *Odas á España libre* y á otros argumentos de igual naturaleza, y entonces escribió tambien en el *Semanario patriótico,* periódico político, emprendido en compañía de otros amigos para fomentar y sostener el espíritu de independencia contra la invasion francesa. A nombre de los diferentes gobiernos que se sucedieron durante la guerra de la independencia, publicó Quintana varios *Manifiestos, Proclamas* y *Decretos;* y en los años de 1830 y

1833 dió á luz otra coleccion de *Poesías selectas castellanas,* aumentada con diferentes ilustraciones críticas y con dos tomos de poesía épica antigua; el tomo segundo de las *Vidas de españoles célebres* en 1830, y el tomo tercero en 1833.

La carrera política de Quintana ha corrido varias fortunas, ya prósperas, ya adversas, desde principios de este siglo, circunstancia harto comun á las de todos los hombres de mérito en estos tiempos aciagos. Seria muy ageno del espíritu de este libro seguir á Quintana en las diferentes faces de su vida política, enumerando los muchos destinos y comisiones que tan dignamente ha desempeñado; pero permítasenos solo hacer presente que el autor del *Pelayo* es, una prueba incontestable de que España, tan tachada de ingrata para con sus mejores hijos, sabe tambien premiar el patriotismo y el talento, del mismo modo que sabe producirlos.

Falleció este eminente literato en Madrid el dia 11 de marzo de 1857, siendo individuo de la real Academia española y caballero gran cruz de la órden americana de Isabel la Católica.

PELAYO

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS.

PERSONAS. — PELAYO. — HORMESINDA, su hermana. — VEREMUNDO, deudo de los dos. — LEANDRO, hijo de Veremundo. — ALFONSO, duque de Cantabria. — ALVIDA, confidenta de Hormesinda. — MUNUZA, moro, gobernador de Gijon. — AUDALLA. — ISMAEL. — UN SOLDADO GIJONÉS. — NOBLES ASTURIANOS. — GUERREROS MOROS.

La escena es en Gijon.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon de la casa de Veremundo, adornado con varios trofeos de armas.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO Y VEREMUNDO.

Alfonso. Sí, respetable Veremundo; hoy mismo
De las murallas de Gijon me ausento,
Donde tanta flaqueza y tanto oprobio
Están mis ojos indignados viendo.
El moro triunfa, los cristianos doblan
A la dura cadena el dócil cuello,
Sin que uno solo á murmurar se atreva

De opresion tan odiosa. No; aunque en medio
De esta vil muchedumbre apareciese
Del gran Pelayo el animoso aliento,
En vano á libertad los llamaria,
Ya nadie le entendiera.

Veremundo. Él en el seno
De la etérea mansion goza sin duda
La palma que á los mártires da el cielo
En premio á su virtud. Fiero, incansable
Los llanos de la Bética le vieron.
Casi arrancar él solo la victoria,
Que vendió la perfidia al agareno.
El atajó el raudal á la fortuna
Del soberbio Tarif, cuando en Toledo
Del victorioso ejército sostuvo
La terrible pujanza un año entero.
De igual valor fué Mérida testigo;
Hasta que puesta su cabeza á precio
Por el infame Munuza, y escondido
Desde entonces su nombre en el silencio,
Ni de él ni de Leandro el hijo mio
La fama volvió á hablar.

Alfonso. ¡Dichosos ellos,
Que así por fin descansarán! Sus ojos
Cerrados ya con sempiterno sueño
No verán el escándalo, la afrenta
De su sangre, el sacrílego himeneo
Que hoy se va á celebrar. ¡O Veremundo!
Perdona esta vehemencia á mi despecho;
Ser Hormesinda esposa de Munuza,
Es duro oirlo y afrentoso el verlo.

Veremundo. Mal pudieran las débiles mujeres
Resistir al halago lisonjero
Del moro vencedor, cuando sus armas
Domaron ya los varoniles pechos.
Mira á la hermosa viuda de Rodrigo
Ganar desde su triste cautiverio
El corazon del jóven Abdalísis,
Y ser su esposa, y ocupar su lecho.
Mira á Eudon de Aquitania dar su hija
A un árabe tambien; y hacerla precio
De una paz...

Alfonso. ¿Y la hermana de Pelayo
Debió seguir tan execrable ejemplo?

¿Excederle debió?

Veremundo. Yo deudo suyo,
Que la eduqué, la amé cual padre tierno,
Disculpo su flaqueza, aunque la lloro.

Alfonso. ¿Cabe disculpa en semejante yerro?

Veremundo. Sí, Alfonso, cabe: ¿por ventura ignoras
El bárbaro y terrible juramento
Que hizo Munuza? ¿ignoras que asolada
Gijon hubiera sido en escarmiento
De su noble defensa, si Hormesinda
No la hubiera salvado con sus ruegos?
Si nuestra servidumbre es mas suave,
Si aun ves en pié nuestros sagrados templos;
Los cristianos, Alfonso, á su hermosura,
A ese amor que te indigna lo debemos.

Alfonso. ¡Abominable amor! union impía,
Que Dios va á castigar! y ya estoy viendo
A esa desventurada, á quien seducen
Los engaños del moro, ser muy presto
Objeto miserable de sus iras.
¿Ignoras tú su condicion? Violento,
Implacable y feroz; si es generoso
En la prosperidad, lo es por desprecio,
Por arrogancia. Las inquietas ondas
Que baten las murallas de este pueblo,
No son mas de temer en su inconstancia
Que su alma impetuosa.

Veremundo. Hasta este tiempo,
Gijon solo conoce su clemencia.

Alfonso. Ella se acabará, que no está lejos
(Y plegue al cielo que me engañe) el dia
En que soltando á su violencia el freno,
Del tirano engañoso que ahora alabas
La rabia al fin confesarás gimiendo.
Yo tiemblo su frenética arrogancia,
Y esta llegada repentina tiemblo
Del fiero Audalla, Audalla conocido
Por su celo fanático y sangriento.
Adios; á darme asilo las montañas
Bastarán de Cantabria, cuyos senos
Ofrecen á la sed del africano,
En vez de oro y placer, virtud y fierro.
Ellas me esconderán.... Mas Hormesinda....

ESCENA II.

HORMESINDA EN EL FONDO DEL TEATRO, Y DICHOS.

Hormesinda. ¿Qué le diré, infeliz? á andar no acierto,
Y mis rodillas trémulas se niegan
A sostenerme.
Veremundo. Acércate.
Hormesinda. No puedo,
Señor, que el corazon á vuestros ojos
Siente aumentar su tímido recelo.
Veremundo. ¿Dudas ya de mi amor, cara Hormesinda?
Hormesinda. ¡Dudar yo! no señor, en ningun tiempo.

(*Adelantándose hácia él.*)

A vos mi infancia encomendó mi hermano
Cuando acudiendo de la patria al riesgo,
Voló precipitado al mediodia
A probar en los árabes su acero.
Huérfana y sola, planta abandonada
En temporal tan largo y tan deshecho,
Sola la proteccion de vuestro asilo
Pudo abrigarme del rigor del viento.
En vos hallé mi padre, en vos mi hermano:
¡Qué no pueda mi amor satisfaceros
Tanta solicitud, tantos afanes!
Pero impotente el corazon á hacerlo,
Su inmensa deuda agradecida aclama,
Y para el pago la remite al cielo.
Él, señor, él os recompense: en tanto...
(Perdonad el rubor, el triste miedo
Que me acobarda) en tanto vuestros brazos
Dad á una desdichada, que al momento
Va á dejar este asilo de inocencia
Donde sus años débiles crecieron,
Y sobre ella implorad una ventura
Que su dudoso y angustiado pecho
No se atreve á esperar.
Veremundo. ¡Ah! si bastasen
Mis ruegos á alcanzarla, ni otro premio,
Ni otra fortuna al cielo pediria
Este infeliz y lastimado viejo.
Pero, ¡hija mia!...

(*Asiéndola de la mano afectuosamente.*)

Hormesinda. ¡Ay! no : que las palabras
Salgan de vuestra boca en son tremendo :
Llamadme ingrata, pérfida; llamadme
Infiel á la virtud, sorda al consejo,
¿Qué me podreis decir que yo á mí misma
Con dureza mayor no esté diciendo?
Sabed, que aqueste cáliz de dulzura
Tras el que anhela el corazon sediento,
A fuerza de amarguras y martirios,
Está ya en mi interior vuelto en veneno.
Sabed...

Alfonso. Si eso es así, ¿porqué un instante
No levantais, señora, el pensamiento
A ser quien sois? la religion sagrada,
De la virtud os mostrará el sendero;
Y la sangre que anima vuestras venas
Para marchar por él os dará aliento.
Mostraos hermana de Pelayo : y antes
De ver que sois escándalo de los vuestros,
Ludibrio de los bárbaros infieles,
Esposa de un tirano....

Hormesinda. Deteneos.
Que si temí las quejas del cariño,
A la voz del insulto me rebelo.
¿Porqué si soy escándalo á los mios,
Si tan injustos me condenan ellos;
Porqué á la seduccion, á los halagos
Del moro vencedor no me escondieron?
Cuando el furor y la venganza ardian,
Cuando ya el hambre y el violento fuego
Prestos á devorarnos amagaban;
Era justo, era honroso en aquel tiempo
Que yo á los piés del árabe irritado,
Fuese á ablandar su corazon de acero.
Fuí : mis plegarias el camino
Hallaron de la piedad en su terrible pecho;
Y libre del azote que temblaba
Este pueblo, su frente alzó contento.
Todos entonces, sí, me benedecian
Todos : y en tanto que al enorme peso
De sus cadenas agobiada España
Mira asolados sin piedad sus templos,
Hollados con furor sus moradores,
Violadas sus mujeres, en el seno

De la paz mas feliz Gijon descansa.
¡Tirano le llamais, y él en sosiego
Nos deja respirar, cuando podria
Con sola una mirada estremecernos!
¿Es un tirano, y amoroso aspira
A llamarse mi esposo?.... ¡Ah! no lo niego,
Inexorables godos, á su halago,
A su tierna aficion, á su respeto
Mi corazon rendí; vuestra es la culpa,
Y el fruto ¡hombres ingratos! tambien vuestro.

ESCENA III.

ALVIDA Y DICHOS.

Alvida. Llegó el momento : el séquito está pronto
(*A Hormesinda.*)
Que debe acompañarte al himeneo :
Munuza espera á su adorada amante,
Anunciando su gozo y sus deseos
Con su esplendor hermoso las antorchas,
La música festiva en sus acentos.
Hormesinda. ¡Esto es hecho, gran Dios!
Alfonso. Seguid, señora,
Por donde os lleva tan culpable fuego:
¿Qué teneis que temer? las luminarias
Que han de solemnizar vuestro contento,
Solemnicen tambien y hagan patente
De vuestro hermano y patria el fin funesto.
Mi lengua, Veremundo, poco usada
De las lisonjas á los infames ecos,
Deja este parabien á los amantes. (*Váse.*)
Hormesinda. ¡Qué horrible parabien!.... Mas ya no hay medio
De volver el pié atras : que mi destino
Mas fiero y cruel cada momento
Tras sí me arrastra, y sin poder valerme
A su imperiosa voluntad me entrego.
Adios, adios.
(*Le besa la mano, y se va precipitadamente con Alvida.*)

ESCENA IV.

VEREMUNDO.

Veremundo. ¡Mísero anciano!
¿Ya qué te resta? el lúgubre silencio,

La amarga soledad que te rodean,
Fieles te anuncian tu postrer momento,
Y cuán acerbo.... ¡O suerte! ¿á qué guardarme
Para tal desamparo?

ESCENA V.

VEREMUNDO, LEANDRO y despues PELAYO.

Leandro. Amigo, entremos:
Nadie nos sigue; la fortuna misma
Nos ha guiado hasta el solar paterno.
Veremundo. ¿Qué voz es la que escucho? mis sentidos
¿Me engañan? Mas no hay duda: ¡ellos son! ellos!
¡O providencia eterna! yo te adoro.
¡Hijo! (*Corre á abrazarlos.*)
Leandro. ¡Padre!
Pelayo. ¡Señor!
Veremundo. ¿Pelayo? Es cierto,
Es cierto que vivis. ¡Ah! ¡que aun se niega
A tal ventura incrédulo mi afecto,
Y abrazándoos estoy! ¿Cómo os salvasteis,
Decid, cómo vencisteis tantos riesgos,
Que la desgracia y el rencor del moro
Amontonaron ya para perderos?
El silencio, el olvido en que os hundisteis
Eran señal de vuestro fin sangriento
Para toda la España, que afligida
Cifró en vosotros su postrer consuelo.
Pelayo. ¡Ah! si bastantes á salvarla fuesen
La constancia, el ardor, el noble celo;
Firme aun se viera, Veremundo, y dando
Envidia con su gloria al universo.
Nuestras fatigas, el valor ilustre
De los que el nombre godo sostuvieron,
Hacer pedazos el infausto yugo,
Pudieran ya que la sujeta el cuello.
Mas vano ha sido nuestro afan, y en vano
Por el nombre de Dios lidiado habemos.
El retiró su omnipotente escudo,
Y coronar no quiso nuestro aliento.
Vednos pues en los términos de España
Prófugos, solos, deplorable resto
De los pocos valientes que mostraron

A toda prueba el generoso pecho.
La guerra en su furor devoró á todos.
Yo los ví perecer... ¡O compañeros!
Que en el seno de Dios ya descansando
De vuestro alto valor gozais el premio;
Mis votos recibid y mi esperanza;
Vengue yo vuestra muerte y muera luego.

Veremundo. ¡Admirable constancia! ¿Mas, Pelayo,
De qué nos sirve contrastar al cielo?
Cuando nuestros intentos la fortuna
Les niega su laurel en el suceso,
Ceder es fuerza, inútil es el brio,
Pernicioso el teson. ¿Si estando entero
Contra el fiero rigor de esta avenida
No pudo sostenerse nuestro imperio,
Te sostendrás tú solo? ¿A quién consagras
Tan heróico valor, tanto denuedo?
No hay ya España, no hay patria.

Pelayo. ¡No hay ya patria!
¡Y vos me lo decis! Sin duda el hielo
De vuestra anciana edad que ya os abate,
Inspira esos humildes sentimientos,
Y os hace hablar cual los cobardes hablan.
¡No hay patria! para aquellos que el sosiego
Compran con servidumbre y con oprobios;
Para los que en su infame abatimiento
Mas vilmente á los árabes la venden,
Que los que en Guadalete se rindieron.
¡No hay patria, Veremundo! ¿No la lleva
Todo buen español dentro en su pecho?
Ella en el mio sin cesar respira;
La augusta religion de mis abuelos,
Sus costumbres, su hablar, sus santas leyes
Tienen aquí un altar que en ningun tiempo
Profanado será.

Veremundo. Tu celo ardiente
Te hace ilusion, Palayo: ¿en quién tu esfuerzo
Puede ya confiar? Quien pierde á España
No es el valor del moro, es el exceso
De la degradacion: los fuertes yacen,
Un profundo temor hiela á los buenos,
Los traidores, los débiles se venden,
Y alzan solo su frente los perversos.

Pelayo. Y porque estén envilecidos todos,

¿Todos viles serán? yo no lo creo:
Mil hay, sí, Veremundo, mil que esperan
A que dé alguno el generoso ejemplo
Y el estandarte patrio levantando
Despierte á todos de tan torpe sueño.
Yo vengo á levantarle: aquestos montes
Serán mis baluartes, á su centro
Volarán los valientes, y el estado
Quizá recobre su vigor primero.
Entremos pues: que mi Hormesinda abrace
A su hermano, señor; y que tendiendo
La noche el manto lóbrego, á seguirme
Se prepare.

Veremundo. ¡Buen Dios! llegó el momento
Desgraciado y terrible.

Pelayo. ¡Desgraciado
El instante feliz que ansió mi anhelo
De abrazar á mi hermana!

Veremundo. ¡Ay triste! Calla,
Ese nombre en tu boca es un veneno.

Pelayo. ¿Porqué, decid, porqué? ¿vive?

Veremundo. Sí, vive
Pero su muerte te afligiera menos.

Pelayo. ¡Qué misterio! acabad: ¿infiel?

Veremundo. Tu hermana
Atajó los estragos de este pueblo.

Pelayo. Seguid.

Veremundo. Tu hermana á los feroces ojos
Del bárbaro halló gracia... Ella es consuelo
Do todos los cristianos que la imploran...
Ella hace nuestros grillos mas ligeros...
Nada resiste al vencedor... Munuza
Rendido, enamorado, al himeneo
De Hormesinda aspiró, y ella vencida...

Pelayo. Por piedad no acabeis... ¿Estos los premios
Son que á tanto afanar, tantos servicios
El cielo reservaba? el vilipendio,
La mengua, las afrentas. ¡O Leandro!
¿Porqué al rigor del musulman acero
A par de tantos héroes no caíamos
Allá en los campos de Jerez sangrientos?

Leandro. Repórtate, Pelayo; á este infortunio
Opon tu alta constancia, opon tu esfuerzo:
En tí la patria su esperanza fia;

No desmayes, aleja el pensamiento
De esa flaca mujer: para tí es muerta.

Pelayo. ¡Muerta! ¡pluguiera á Dios!... ¿Porqué sabiendo
Tal abominacion, al mismo instante

(*A Veremundo.*)

Un agudo puñal no abrió su pecho?
Ella con su inocencia moriria,
Yo no viviera con borron tan feo.

Veremundo. A apoyar su virtud ya vacilante
Siempre acudió mi paternal consejo;
La violencia jamas.

Pelayo. ¡Costumbre impía!
¡Tiránica opinion! ¡injusto fuero!
¡Las mujeres sucumben y en nosotros
Carga el torpe baldon de sus excesos!
¿Ella esposa de un moro? Mas decidme,
¿Desde cuándo un enlace tan funesto
Se ha estrechado?

Veremundo. Ahora mismo: en este instante
Se celebra quizá.

Pelayo. Pues aun es tiempo;
Volemos á la pérfida: mi vista
La llenará de horror; este himeneo
No se hará, no; si por desgracia es tarde,
La ahogará en mi presencia el sentimiento. (*Váse.*)

Veremundo. Él en su ardiente frenesí se ciega:
Sigámosle, Leandró; y á lo menos
Si regir su furor no conseguimos,
Con él cuando perezca moriremos.

ACTO SEGUNDO.

La escena en este acto representa un salon del alcázar de Munuza.

ESCENA PRIMERA.

MUNUZA, HORMESINDA EN UN SOFA SOSTENIDA POR ALVIDA EN LA ACTITUD DE IR VOLVIENDO DE UN DELIQUIO: AUDALLA ALGO SEPARADO Y MIRÁNDOLOS DESDEÑOSAMENTE DESDE UN LADO DEL TEATRO.

Munuza. ¡O ingratitud! ¡ó femenil flaqueza!
Con que cuando debiera la alegría
Su corazon henchir, y este momento
Ser el mas delicioso de su vida,

¡Dudar! ¡temblar! ¡desfallecer!... y apenas
Dan sus labios el sí, cuando oprimida
De congoja mortal, yerta la miro
A mis plantas caer!

Alvida. Señor, mitiga
Tu enojo; ya en sí vuelve.

Hormesinda. ¿En dónde, ¡ó cielos!
En dónde estoy?

Alvida. Recóbrate, Hormesinda,
Mis brazos te sostienen, á tu lado
A tu esposo contempla.

Munuza. Ella le irrita
Con esa turbacion.

Hormesinda. Ten, ó Munuza,
Piedad de esta infeliz: ¿porqué afligirla
Tambien los ecos de tu labio airado,
Y esas miradas de furor conspiran?

Munuza. ¿Cuál es, pues, dime, la funesta causa
De aquesta agitacion tan repentina,
De ese pavor horrible que en su frente
Y en tus ojos atónitos se pinta?

Hormesinda. El cielo ve la pena, los temores
Que mi interior ahora martirizan,
Y ve tambien á mi amorosa llama
Esplayarse por él siempre mas viva.
Sed contento, señor; vos ya vencisteis...
El triunfo es vuestro, la vergüenza es mia.
¡Ah! ¿qué dirán ahora los cristianos

(*A Alvida.*)

De esta muger desventurada?

Munuza. Olvida
Sus inútiles quejas; ellos deben
Inclinar á tus plantas la rodilla
Y servirte en silencio.

Hormesinda. ¿En dónde queda
El venerable anciano que solia
Con su amor y consejos ampararme?
Todo me abandonó : tú sola, Alvida,
Tú sola no desdeñas mi fortuna.

Alvida. Eterno mi cariño, dulce amiga,
Siempre te seguirá.

Hormesinda. De estas ideas
Tiranizada ya mi fantasía,
Trémula y vacilante á vuestro alcázar

A juraros mi fe fuí conducida
Jurada está, señor, no me arrepiento ·
Soy vuestra, lo seré... cuando salian
Las fatales palabras de mi boca,
Y el acto solemnísimo cumplian,
Me pareció que alzándose Pelayo
En medio de los dos y ardiendo en ira,
¿Qué te hicieron, ó pérfida, los tuyos
Para así abandonarlos? me decia:
Tiembla entonces el suelo, ante mis ojos
La luz de las antorchas se amortigüa;
Baña el sudor mi frente, el pié me falta,
Y opresa del afan caigo sin vida.
¡O deliquio cruel!

Munuza. ¡O ilusion vana
Que todo mi placer vuelve en acíbar!
¿Ha de romper Pelayo á perseguirte
La noche eterna de la tumba fria
Que ya le esconde?

Hormesinda. ¿Y si viviese acaso?
¡Ah! cuál entonces su dolor seria!
¡Desdichada de mí!

Munuza. Lanza esas sombras
Que tu tímido espíritu atosigan:
Serénate ya en fin. ¿Es tan difícil
Coronar el amor, labrar la dicha
A un amante, á un esposo?

Hormesinda. ¡Ah! no... Pelayo,
Ya en el cielo ante Dios dichoso asistas
Gozando el premio á tu valor debido,
Ya proscripto en la tierra, y triste aun gimas,
Oye la voz de tu angustiada hermana,
Perdónala. Tu esfuerzo y osadía
A defender la patria no bastaron;
Sufre que yo la alivie en sus desdichas,
Que yo la madre y protectora sea
De los vencidos que en su amor confian.
Él lo quiere... ¿No es cierto? ¡Ah! yo me entrego

(*Mirando tiernamente á Munuza.*)

Al afecto imperioso que me guia,
Noble Munuza; mas consiente ahora,
Que sola un breve tiempo recogida
Tu esposa pueda contemplar su suerte,

Acallar los temores que la agitan,
Y llenar solo su tranquilo pecho
Del tierno y dulce amor que tú la inspiras.

(*Váse con Alvida.*)

ESCENA II.

MUNZA, AUDALLA.

Munuza. ¿Es temor, es desden? ¿qué es esto, Audalla?
¿Pude esperar en semejante dia
Tal confusion?

Audalla. El sucesor augusto
Del sublime profeta acá me envia,
No á arreglar tus querellas con tu esclava,
Sino á que España nuestros tiros siga
De grado ó fuerza. Nunca los caprichos
Del amor entendí, ni las caricias
Del sexo engañador rendir pudieron
Un momento jamas el alma mia.
Cercado siempre de armas y soldados,
Entregado á las bélicas fatigas,
Sé pelear y no amar: sé hacer esclavos,
Nunca servir. Que nuestra ley divina
Por siempre triunfe, y que ante el gran profeta
El universo incline la rodilla,
Fué la eterna ambicion del pecho mio:
¿Pues qué son con la gloria las delicias?
Por esto siempre vencedor mi brazo
En la guerra triunfó. Tú de esa indigna
Pasion ya poseido, teme al cielo
Que la flaqueza en el valor castiga:
Teme que te abandone la victoria.

Munuza. ¡Ah! si tus ojos vieran á Hormesinda
Cuando anegada en llanto y desolada
Por la primera vez ante mi vista
Se presentó su tímida hermosura,
Su ademan, sus palabras compasivas
Llenas de encanto y de dolor, no solo
Las entrañas de un hombre ablandarian;
Mas rindieran tambien á las serpientes,
Que abortan las arenas de la Libia.
Yo la escuché y venció: Gijon por ella
Del bélico furor libre se mira.

Audalla. ¿Y no temes que al fin tanta flaqueza
Llegue á causar tu irremediable ruina?
¡Ay del que es opresor si abre el oido
A la piedad, y si imprudente olvida
Que ante él deben marchar la servidumbre,
La amenaza, el terror! Si así no humillas
Esta fiera nacion que á nuestras plantas
Yace mas espantada que vencida,
Teme tu perdicion. Goza en buen hora
Del amoroso halago y las caricias
De esa cristiana; los demas perezcan,
O en vergonzosa esclavitud nos sirvan,
Mientras al Dios del alcoran no adoren,
Así lo manda nuestro gran califa.
¿Osarás resistir? ¿olvidar puedes
Que al partir de Damasco, esa cuchilla
Para extender su ley puso en tus manos?

Munuza. ¿Y contra quién, Audalla, he de esgrimirla?
¿Contra unos miserables que rendidos
Ante mis ojos con pavor se inclinan?

Audalla. Esos que tu arrogancia así desprecia
Serán los que castiguen algun dia
Bondad tan temeraria.

Munuza. Aun soy Munuza:
(*Corta pausa.*)
Pendiente de mis hombros todavía
El formidable alfange centellea
Que huérfanas dejó tantas familias.
Tiemblan de mí velando; aun se estremecen,
Si su atemarizada fantasía
Mi aterradora faz les pinta en sueños.

ESCENA III.

ISMAEL y dichos.

Ismael. Dos cristianos, señor, á vuestra vista
Pretenden parecer; es uno de ellos
Aquel anciano, el deudo de Hormesinda,
El otro un jóven que dolor y enojo
En su semblante intrépido respira.

Munuza. Entren al punto. (*Váse Ismael.*)

Audalla. Acuérdate, Munuza,
Que el decreto supremo del califa

Se tiene al fin de promulgar mañana,
Y aun hoy debiera ser...

Munuza. Basta. (*Váse Audalla.*)

ESCENA IV.

PELAYO, VEREMUNDO Y MUNUZA.

Munuza. ¿Qué os guia,
Decid, á mi presencia?

Veremundo. Una aventura
Para la gente mora, una desdicha
Para el pueblo español : murió Pelayo :
Testigo de su suerte la confirma
Este guerrero, y á Hormesinda trae
La fúnebre y amarga despedida
De su hermano infeliz.

Munuza. Quizá esta nueva *ap.*
Los temores disipe que la ostigan.
Con que ¿murió Pelayo? ¿Veis, cristianos,
En la fortuna nuestra ley escrita?
El cielo la consagra con victorias,
Y os abandona : ¿en qué os parais? seguidla.

Pelayo. Grande, pues, fué mi engaño cuando oyendo
Lo que la fama en tu loor publica,
A pesar de tu secta y de tu sangre,
Virtudes de un valiente en tí creia.
La muerte de un contrario generoso
Solamente el que es vil la solemniza.

Munuza. ¿Y quién eres tú, dí, que tan osado....?

Pelayo. Sabe, moro, que alienta todavía
Pelayo en mí...

Veremundo. Señor, disculpa sea
De tal temeridad su afliccion misma.
En Pelayo su gloria y su esperanza
Los españoles míseros ponian.
Ya pereció : las lágrimas que damos
Al esquivo rigor de su desdicha,
No te ofendan, Munuza.

Munuza. Yo á Pelayo
Ni amé, ni aborrecí : mas su porfía,
Su temeraria obstinacion pudiera
Sernos fatal : así cuando nos libra
Alá de su furor, gracias le rindo

De que siempre propicio nos asista.
¡Cristianos, sois perdidos!

Pelayo. No te fies
En tu prosperidad: Dios pudo un dia
Separar su favor de aqueste pueblo
Y abandonarle á su terrible ira.
De los godos contempla el poderío.
La suerte en un momento le derriba:
La suerte puede hacer que en un momento
Caiga tambien vuestra soberbia altiva.
¿Quién sabe si aplacado con nosotros
Ya el cielo un brazo vengador anima
Que ataje vuestra próspera bonanza?

Munuza. Será el tuyo tal vez.... Mas Hormesinda
Va á parecer delante de vosostros:
Tú, imprudente, refrena esa osadía,
Usa un lenguaje y ademan conformes
A tu fortuna humilde y abatida;
Y no al leon irrites que te escucha,
Y por desprecio tu arrogancia olvida. (*Váse.*)

ESCENA V.

VEREMUNDO, PELAYO.

Veremundo. ¡Gracias al cielo! al cabo con su ausencia
Mi temerario corazon respira.
¡Cuál me has hecho temblar! ni tus promesas,
Ni el velo que á tus ojos te encubria,
A asegurar mi agitacion bastaban.
Del tirano al aspecto enardecida
Tu mente se arrojaba toda entera,
Y en tus miradas fieras se veia
La mal cubierta indignacion: en vano
La desolada España en tí confia,
Si no atiendes la voz de la prudencia.
¿No sabrás moderarte?

Pelayo. ¿Y quién me obliga
A tan torpe disfraz? nunca Pelayo
Descendió á la flaqueza, á la ignominia
De engañar; el que engaña es un cobarde
Que confiesa su mengua en su perfidia.
¡Y yo miento mi nombre! ¡yo le escondo

Delante de ese moro! ¡ó femenʻida
Mujer!

Veremundo. Ella se acerca.

ESCENA VI.

HORMESINDA Y DICHOS.

Hormesinda. ¿Padre mio,
Con que aun no me olvidais?... ¿Pero qué miran
Mis ojos? ¡Ay! él es... Valedme, cielos.

Veremundo. ¿La ves á tu presencia confundida?
Calle la indignacion, hable, hijo mio,
La sangre solamente.

Hormesinda. Ya á tu vista
Tienes esta infeliz, esta culpable
A quien Dios en su cólera dió vida;
A quien antes de verse en tal momento,
La negra muerte aniquilar debia.
No imploro tu piedad, no la merezco,
Ni cabe en el honor que en tí respira.
Pero permite que tu hermana ahora
Con lágrimas rescate de alegría,
Las lágrimas que un tiempo dió á tu muerte
En luto acerbo, y en dolor vertidas,
Sufre que al gozo me abandone...

Pelayo. Aparta:
¿Mi hermana tú? Jamas. Quien aquí habita,
Quien se complace en la estacion odiosa
De la supersticion y tiranía
No puede ser mi sangre. En otro tiempo
Tuve una hermana yo que era delicia
De Pelayo y de España: virtuosa,
Inocente y leal, siempre fué digna
De todo mi cariño y mis cuidados,
Que con mi patria la infeliz partia.
El cielo encarnizado en perseguirme
Me la robó: la que mis ojos miran
Es una infame apóstata, que ahora
Mi vista indignamente escañdaliza.
Ella insulta los males de la patria,
Ella desprecia las desgracias mias,
Ella en fin me aborrece.

Hormesinda. ¿Y qué? ¿No basta

Ya mi pasion para encender tus iras,
Sin que tambien destierres de mi seno
A la naturaleza que en él grita
Con mas fuerza que nunca?

Pelayo. ¿Y no gritaba
Cuando la vil pasion que te perdia
Te atreviste á escuchar, y te entregaste
Al árabe feroz que te esclaviza?
¿No pensabas en mí? ¿no contemplabas
Que era clavar en las entrañas mias
Un acero mortal, y atar la patria
Al yugo atroz del musulman tú misma?

Hormesinda. ¿Qué peso puede hacer en la balanza
Que los reinos del mundo alza ó inclina,
De un flaca mujer la resistencia?
Pelayo, ¡oh cuánta compasion tendrias
De esta desventurada, en quien ahora
Tu enojo todo sin piedad fulminas,
Si vieras mi amargura y mis combates!
Yo pudiera decirte....

Pelayo. ¿Y qué dirias?

Hormesinda. Que este amor á la patria que te enciende
Es la sola ocasion de mi desdicha.
Yo inocente viví : nunca en mi pecho
La llama del amor se vió encendida;
En todas tus fatigas y peligros
Mi llanto y mi memoria te seguian.
Cayo España, Pelayo : y ya aguardaba
A verme sepultada en sus cenizas,
A que me arrebatase en su violencia
El torrente veloz de la conquista;
Cuando Gijon amenazada.... el cielo...
Perdona. El cielo mismo mi caida
Consiente... España opresa, los cristianos
Mi favor implorando, y cada dia
De ese moro tan bárbaro á tus ojos
La generosidad siempre mas viva,
Los ejemplos, tu muerte... ¡oh cuántas veces
Dije : Pelayo, á defender camina
Tu amada hermana de tan fiera lucha!
Y Pelayo implorado no venia,
Y la triste Hormesinda abandonada
Del cielo y de la tierra...

Pelayo. ¡Y qué! ¿por dicha

Aunque tu hermano perecido hubiese,
La gloria de su nombre no vivia?
¿No reflejaba en tí? ¿tú no debiste
Defenderla, guardarla sin mancilla,
Y antes morir que recibir los dones
Con que el moro doró nuestra ignominia?
Yo ví, yo ví la patria desplomarse
Del Guadalete en la funesta orilla,
Y sin perder aliento á sostenerla
El hombro puse y la constancia mia.
Tres años siempre combatiendo; España
De mi sangre y sudor toda teñida;
El rencor de los árabes, al mundo
Mi celo y mi fervor publicarian.
Todo es ya por demas: ¿qué soy ahora?
Un vil aliado de la gente impía
Que oprime mi pais. ¡Desventurada!
Los ojos vuelve en derredor, y mira;
No hallarás sino mártires: los unos
Pereciendo al rigor de las cuchillas
Del atroz sarraceno en las batallas:
Los otros en las cárceles agitan
Su pesada cadena; otros desnudos,
Opresos de hambre y de miseria espiran.
Todos te enseñan á sufrir: ¿qué importa
Que otras mujeres débiles ó indignas
Se hayan rendido al musulman halago?
En medio del contagio deberia,
Mantenerse Hormesinda ilesa y pura,
Como á su hermano el universo mira,
Cuando el estado se desquicia y cae,
Impertérrito y firme entre sus ruinas.

Hormesinda. Pues bien: tú ves mi error y le detestas;
Yo tambien le detesto, y á mí misma,
He aquí mi seno, hiere, y en un punto
Acaba con tu afrenta y con mi vida.

Pelayo. ¿Tienes valor? ¿eres mi sangre? aun tiempo
Es de enmendar tu ofensa: esas vecinas
Montañas van á ser el fuerte asilo
De los cristianos que á vivir aspiran
Libres de la opresion: deja ese moro
Que con su infame seduccion fascina
Tu corazon; y atrévete á seguirme
A donde lejos del oprobio vivas.

¿No respondes?

Hormesinda. Pelayo, es doloroso,
Sin duda, aqueste lazo que abominas;
Mas ya la suerte le estrechó, y...

Pelayo. Acaba.

Hormesinda. El deber no consiente que te siga.

Pelayo. ¡El deber! el amor.

Hormesinda. Yo llamo al cielo
En testimonio...

Pelayo. Calla, y no su ira
Despiertes contra tí.

Hormesinda. Sí, yo le llamo,
Él ve mi corazon y tu injusticia.

Pelayo. Él ve triunfar tu abominable llama
De tu sangre y su ley. ¡Pues qué! ¿No miras
Que no es tuyo su Dios?

Hormesinda. Yo ofrecí al mio
Vivir siempre con él.

Pelayo. ¡Promesa impía!

Hormesinda. Yo la dije, él la oyó; mi pecho nunca
La negará.

Pelayo. ¡Qué horror!

Veremundo. Tu ardor mitiga,
Y acuérdate que la infeliz España
De tí su bien y su esperanza fia.
Huyamos de la vista del tirano.

Pelayo. Adios, mujer sacrílega: acaricia
Al insolente moro á quien adoras;
Conságrale tu abominable vida:
Será por poco: escucha, los valientes
Se van á levantar; la tiranía
Contrastada va á ser; y si vencemos,
Fuerza será que al ver á la justicia
Alzar su brazo inexorable, tiemble
La prevaricacion. Tú de tí misma
Quéjate entonces, si el horrendo crímen
En el estrago universal espias.

(*Váse con Veremundo.*)

Hormesinda. ¡Bárbaro! mi suplicio está aquí dentro:
No es posible mayor para Hormesinda.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

LEANDRO Y VEREMUNDO.

Leandro. Resuelto está, señor: aquí debemos
Perecer ó triunfar: Pelayo intenta
Que el mismo sitio que miró el agravio,
Tambien presente á la venganza sea.
Veremundo. ¡Oh qué temeridad! él, hijo mio,
Incauto al precipicio se despeña;
Que rara vez corona la fortuna
Lo que el furor frenético aconseja.
El suyo le arrebata: aun me estremezco
De las amargas y terribles quejas
Con que culpó á Hormesinda; al fin salimos
Del peligroso alcázar; y su pena
Sumida en un silencio formidable,
Cuanto menos patente era mas fiera.
Te vió, y al punto te arrastró consigo
Donde, no sé: pero quizá ya os cercan
Tantos riesgos...
Leandro. Mayor que todos ellos
El alma de Pelayo los desprecia:
En esta misma noche; en este sitio
A los patricios de Gijon espera,
Y enardecer sus ánimos confia
A que le sigan en su heróica empresa.
Veremundo. ¿Y vendrán?
Leandro. No dudeis: los mas valientes
Lo prometieron. Teudis y Fruela,
Eladio, Sancho, Atanagildo, Alfonso:
Alfonso que dejaba estas riberas,
Y ya no parte. Todos deseaban
De Pelayo saber. Todos esperan
Que ha de ser á su vista en esta noche
La suerte de Pelayo manifiesta.
La hora se acerca en fin: y por ventura
El momento feliz tambien se acerca
De empezar otra lid mas peligrosa,
Pero de mas honor que la primera.

Tras de tantas fatigas y combates
Rendir el cuello á la servil cadena
Fuera insufrible mengua, y no es posible
Que nuestro corazon consienta en ella.
Mas ya llegan aquí.

ESCENA II.

ALFONSO, VARIOS NOBLES DE GIJON, Y DICHOS.

Alfonso. De tí dolidos
Los cielos, Veremundo, te conservan
A tu amado Leandro, y no consienten
Que en tan amarga soledad padezcas.
Todos gozando en la ventura tuya
El parabien te dan.
Veremundo. ¡ Cuál lisonjea
Ese tierno interés mi anciano pecho!
Él os le paga en gratitud eterna;
Nobles astúres, y pluguiese al cielo
Que este bien que su mano me dispensa,
A todos los cristianos se extendiese.
El generoso celo que os alienta
Me alcanza á mí, y al contemplarlo, hierve
La sangre que la edad heló en mis venas,
¡ Oh ! si en aquesta vez consejos dignos
De ventura y honor de aquí salieran!
Mas no es posible : el mal que nos agobia
Vence á un tiempo al valor y á la prudencia.
Alfonso. ¿ Y porqué desmayar? ¿ No es un anuncio
Ya de ventura la imprevista vuelta
De ese jóven? Mis ojos se complacen
En ver un hombre al fin, donde antes vieran
Solo viles esclavos... ó Leandro,
Tú que á su lado en las batallas fieras
Con generoso esfuerzo combatiste,
Responde, da este alivio á mi impaciencia :
¿ Vive Pelayo?

ESCENA III.

PELAYO Y DICHOS.

Pelayo. Vive, si es que vida
Se consiente llamar una existencia

De infortunios sin término acosada,
Condenada al ultraje y á la afrenta.
Pelayo soy, el hijo de Fabila,
El que por tanto tiempo en la defensa
Del estado sudó, cuyos trabajos
Por toda España su renombre llevan.
Soy el que siempre independiente, libre
De entre la ruina universal ostenta
Exento el cuello de los hierros torpes
Que sobre el resto de los godos pesan.
¿ Qué me sirven empero estos blasones,
Cuyo bello esplendor me envaneciera,
Si ajados ya, por tierra derribados,
¡ O indignacion ! un árabe los huella,
¿ Y Hormesinda los vende?... Ciudadanos,
Si de vos por ventura alguno tiembla,
Que en semejante infamia sumergida
Su hija, su hermana, ó su consorte sea;
Si en él se escucha del honor el grito
Como en mi pecho destrozado truena,
Ese me siga á castigar mi injuria,
Y así la suya con valor prevenga.

Alfonso. Sí, yo te seguiré : deja, Pelayo,
A tu diestra valiente unir mi diestra;
Alborozarme viéndote, y contigo
Al moro jure inacabable guerra.
Alfonso de Cantabria te saluda,
Y los buenos con él, que en tu presencia
Ven renacer las dulces esperanzas
Que ya en tu aciago fin lloraban muertas.
No solamente á castigar tu injuria
Te seguiré sino á vengar con ella
A España que reclama nuestros brazos,
Y de tanto abandono se querella.
Será su primer víctima Munuza.

Pelayo. ¡ O ardimiento feliz ! Yo bendijera
Mis propios males, si ocasion dichosa
De que la patria respirase fueran.
Bien lo sabeis : mis débiles esfuerzos
Osaron contrastar en su carrera
Al feroz musulman : nunca mi pecho
A la esperanza falleció; mas piensa
Que el árbol encorvado en la borrasca
Sus ramas levantando ya dispersas

Se enderece mas bello y mas frondoso,
Y con su sombra á defendernos vuelva.

Veremundo. Si el peligro arrostrando denodados,
Y pereciendo en él se consiguiera
El magnánimo fin; mi vida entonces
Al altar de la patria por ofrenda
La primera á inmolarse correria:
Mas la fuerza se abate con la fuerza.
Volved la vista atras: mirad la plaga
Que levanta en la Arabia un vil profeta,
La Asia y la Libia devastar, y al cabo
En la Europa caer: á su violencia
Arrolladas las huestes españolas
El gótico poder cayó con ellas,
Y sobre él orgulloso el agareno
De mar á mar tremola sus banderas.
El español atónito en su estrago,
Y ya domesticado en su cadena
Ni de su daño y su baldon se irrita,
Ni á los clamores del valor despierta.

Pelayo. ¿Qué es pues el hombre? ¡o cielos! A su audacia,
Se ven ceder las indomables fieras;
Los montes rinden su orgullosa cima,
La explosion del volcan aun no le aterra,
¡Y un hombre le subyuga!... Nuestros nietos
Vendrán y exclamarán: «¿Porqué se sienta
«Sobre nuestra cerviz desventurada
«Del ageno temor la injusta pena?
«¿Somos quizá los que en Jerez huyeron,
«O los que abandonando la defensa
«De la patria, labraron con sus manos
«Este yugo cruel que nos sujeta?»
Así España habrá contra nosotros,
Recordando ¡ó dolor! que á tanta afrenta,
A una opresion tan mísera pudimos
Añadir el baldon de merecerla.

Alfonso. ¡Perezca aquel que sobre sí le llame!
El pueblo me decis duerme y se entrega
A los serviles hierros que le oprimen;
¿Quién sabe si esa mar ahora serena
El soplo de los vientos solo aguarda
Para bramar, y amenazar soberbia?

Veremundo. No asi tan presto en la esperanza fie
Vuestro arrojado ardor. Y si se niega

A seguir vuestros pasos la fortuna,
Si sois vencidos en tan ardua empresa,
¿Quién guarecer á la infeliz España
Podrá de la venganza qúe violenta
En luto y sangre cubrirá al momento
Las míseras reliquias que aun la quedan?

Pelayo. Es justa nuestra causa, el alto cielo
La dará su favor.

Veremundo. Tambien lo era
Cuando en Jerez lidiábamos.

Pelayo. No, amigos,
No lo fué, yo os lo juro, por la inmensa
Pérdida que los godos allí hicieron;
Aun indignado el corazon se acuerda
Que la molicie, el crímen nos mandaban.
En ruedas de marfil, envuelto en sedas,
De oro la frente orlada, y mas dispuesto
Al triunfo y al festin que á la pelea,
El sucesor indigno de Alarico
Llevó tras sí la maldicion eterna.
¡Ah! yo lo ví: la lid por siete dias
Duró, mas no fué lid, fué una sangrienta
Carnicería: huyeron los cobardes,
Los traidores vendieron sus banderas,
Los fuertes, los leales perecieron.
No lo dudeis, los vicios, la insolencia
De Witiza y Rodrigo á Dios cansaron;
Y ya la copa de su enojo llena,
Abrió la mano, y la vertió en los godos
Que tan torpes escándalos sufrieran.

Veremundo. Cedamos, pues, al celestial decreto
Que á afan y cautiverio nos condena.
Cuando menos debiéramos, sufrimos:
¿Y habremos de escuchar nuestra impaciencia
Al tiempo que oprimidos y dispersos,
Sin fuerzas, sin apoyo, se nos cierran
Las puertas hácia el bien? Dios nos castiga;
Pleguemos ya la frente á su sentencia.

Pelayo. Quizá en tantas desgracias ya cumplida,
O españoles, está. Ved la halagüeña
Ocasion que nos muestra la fortuna;
Ella moviendo su voluble rueda
Nos manda la osadía. Ved al moro,
Ansiando en su ambicion toda la tierra,

Salvar los montes, inundar las Galias,
Que hollar tambien y esclavizar desea.
Allá se precipitan sus guerreros:
Y á España en tanto abandonada dejan
A los que ya de combatir cansados
Al ocio muelle, y al placer se entregan.
Llena Gijon de nobles fugitivos,
Llenas tambien las convecinas sierras,
Brazos y asilo á un tiempo nos ofrecen,
Y acaso culpan la tardanza nuestra.
Demos pues la señal: ¡oh cuántos pueblos
Nos seguirán despues! Mas si se niegan
A tan bella ocasion... Sirva en buen hora,
Y la frente cobarde al yugo tienda
El débil y estragado mediodia:
¿Hijos, vosotros, de estas asperezas,
A arrostrar y vencer acostumbrados
De la tierra y los cielos la inclemencia,
Temblareis? cedereis? no. Vuestros brazos
Alcen de los escombros que nos cercan
Otro estado, otra patria y otra España
Mas grande y mas feliz que la primera.

Alfonso. ¡Jóven sublime! tú el camino hermoso
De la virtud y gloria nos presentas.
Tu ardimiento á imitarte nos anima!
Sigámosle, españoles: mas es fuerza,
Si se ha de conseguir tan arduo intento,
Que uno mande, los otros obedezcan.
Rodrigo pereció, y el cetro godo,
Vilmente roto en su indolente diestra,
Clama imperiosamente que otras manos
En su primer honor le restablezcan.
Nosotros que aspiramos á esta gloria,
Aquí debemos, á la usanza nuestra,
El caudillo elegir que nos conduzca,
El rey alzar que nuestro apoyo sea.
Mi voz nombra á Pelayo.

Pelayo. Nobles godos,
No abrigueis tal error; ¡con qué vergüenza
Se afligiera la sombra de Ataulfo,
Descansar viendo su real diadema
Sobre una frente que el rubor humilla!
Buscad otro mas digno en que ponerla,
Ilustres campeones.

Alfonso. No así injuries
A tu espléndido nombre, á tus proezas,
Al celo de los buenos que te admiran:
¿Degradarte? jamas. ¡Ah! no lo creas,
No es dado á una mujer frívola y débil
Manchar la gloria, y trasladar su afrenta
A aquel que sin cesar sus pasos guia
Del honor y virtud por la ardua senda.
Ese escándalo torpe que te ofende,
En lugar de apocarte, te engrandezca
Al terrible castigo de la venganza.
El pueblo adora en tí, la patria espera:
¿Podrás dudar?... Valientes españoles,
Respondedme: ¿quién es, dónde se encuentra
El que con mas ardor se ha ennoblecido
En esta grande y desigual contienda?
¿Quién de tantas desgracias á despecho
Jamás desesperó? ¿quién nos alienta,
Y en nombre de la patria nos inflama?
Los nobles. Pelayo.
Alfonso. ¿Quién, pues, ser nuestra cabeza
Mas bien merece, y fundador ilustre
Del nuevo estado que á rayar comienza?
Leandro. Pelayo.
Alfonso. Él nuestro rey; caudillo nuestro
Debe ser, ciudadanos.
Los nobles. Él lo sea.
Alfonso. ¿Oyes el voto universal? Ahora
Vil desercion tu resistencia fuera;

(*Coge un escudo y se presenta con él á Pelayo en actitud reverente.*)

No es el trono opulento de Rodrigo
Cercado de delicias y riquezas,
Sumergido en el ocio y la molicie,
El que á tí los cristianos te presentan.
Los peligros, la muerte, las batallas,
Tu débil solio sin cesar asedian.
Mas la gloria y la patria al mismo tiempo
A par de tí se acercarán con ellas.
Tus vasallos son pocos, mas leales;
Todos por mí te ofrecen su obediencia.
He aquí el escudo, emblema del esfuerzo
Con que debes velar en su defensa.
Hasta aquí mi igual fuiste; desde ahora

Yo te llamo mi rey : y á tus excelsas
Virtudes y á tu gloria el homenage
Rindo, que un tiempo les dará la tierra.
¡Plegue á Dios que la nueva monarquía
Que hoy por un punto tan estrecho empieza,
Abarque toda España, y que tu espada
Cetro del mundo con el tiempo sea!

Pelayo. Pues yo ofrezco á mi vez, inclitos godos,

(Poniendo la mano sobre el escudo.)

Ser en la dura lid que nos espera
Siempre el primero y siempre conduciros
Donde las palmas del honor se elevan.
Respeto eterno á la justicia juro :
Si en algun tiempo lo olvidare, puedan
Verter en mí su indignacion los cielos
Con mas rigor que el que en Rodrigo emplean.
Deshecho entonces mi poder...

ESCENA IV.

UN GIJONÉS Y DICHOS.

El Gijonés. Cristianos,
Volved la vista á la desgracia nueva
Que asalta nuestra patria : ya Munuza
Su indigna atrocidad descubre entera.
La indulgencia y piedad que antes mostraba
A nuestra desventura, á nuestras penas,
Fingidas fueron, cebo pernicioso
De su vil seduccion : la ley perversa
De ser esclavo ó musulman el godo
Se publica mañana.

Alfonso. ¡Oh! si pudiera
Mañana ser el venturoso dia
De oprimirle!

El Gijonés. Sabed que ahora se observa
Un repentino y grande movimiento
En su alcázar; las ármas centellean,
Y la guardia se dobla; un mensagero
De Mérida enviado es quien altera
El tranquilo silencio de la noche.

Leandro. Prevengámosle, godos : que perezca
El tirano mañana á nuestras manos.

Veremundo. ¿Y no temeis la muchedumbre fiera
De sus soldados? dilatadlo os ruego:
Bastantes aun no sois. haced que vengan
A unirse con vosotros los cristianos
Que esconden fugitivos esas sierras.

Pelayo. O mañana ó jamas. ¿Quereis por dicha
Vuestra fortuna abandonar expuesta
A la cobarde sujecion del miedo,
De la perfidia á la doblez funesta?
Mañana, cuando el bárbaro en la plaza
Haciendo ostentacion de su insolencia
Diere esa ley fanática, y el pueblo
Hervir de oculta cólera se sienta;
Entonces todos levantando á un tiempo
El fiero grito de imprevista guerra,
Y proclamando en él la fe, la patria,
Los fieles concitad á defenderlas.

Alfonso. Al ardor que en mí siento, á la esperanza
Que en este instante el corazon me alienta,
No hay que dudar, vencemos. ¡O cristianos!
Traidor se llame, y maldecido muera,
El que sin la victoria ó sin la muerte
Su brazo aparte de tan santa empresa.
Sobre este acero al Dios que nos escucha
O vencer ó morir juro.

Leandro. En tu diestra

(*Asiendo la mano de Alfonso.*)

Lo juro yo tambien.

Veremundo. Y yo.

(*Acercándose á ellos en ademan de asir su mano.*)

Los nobles. No hay nadie

(*Todos hacen el ademan de Alfonso jurando por su espada.*)

Que ansioso no lo jure.

Pelayo. ¡O Providencia!
Sí, que mañana al acabarse el dia,
O vencer ó morir el sol nos vea.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

HORMESINDA y ALVIDA.

Alvida. Vuelve en tu acuerdo al fin, mísera amiga:
¿De qué te sirve la agitada planta
Aquí y allí mover, y en hondos ayes
Los ámbitos llenar de aqueste alcázar?
A tu anhelante afan nadie responde;
El ceño con que escuchan tus palabras,
Doblándote la duda y la zozobra,
Doblan tambien de tu dolor las ansias
Ven á tu estancia, y el querer del cielo
Aguardemos allí.
Hormesinda. Solo desgracias
Ordenará: tú ves como en mi daño
Cuanto pensé ¡infeliz! todo se cambia.
El amor de mi patria y de los mios
Prendió en mi pecho la funesta llama
Que me va á consumir: este himeneo
Juzgaba yo que á la afligida España
Anuncio fuese de quietud, y al moro
De templanza y quietud prenda sagrada.
¡Qué engaño tan cruel! Formado apenas,
Mi hermano se presenta; me amenaza,
Me aterra... ¡Ah! ¿porqué el suelo en aquel punto
No se abrió y me tragó?
Alvida. Tú misma agravas
El peso de tu afan: aunque á Pelayo
Ardiendo ves en repentina saña
Por este enlace, al fin de la prudencia
Escuchará la voz cuando cerradas
Las sendas todas á vengarse encuentre.
Hormesinda. ¡Prudencia, Alvida, en él! ¿cuándo escucharla
Se le vió, si á su vista se presentan
Gloria, virtud, y pundonor y patria?
Vino á perderme y á perderse: él fia
En gentes abatidas y humilladas,
Donde hallar encendida espera en vano
De su mismo valor la noble llama.
¿Quién sabe si á estas horas?... Tú lo viste
Cuando llegó la misteriosa carta

Que á Munuza de Mérida se envia,
Todo agitarse aquí, doblar las guardias,
Y salir Ismael... tiemblo al pensarlo :
¿Si fué un aviso?... incierta y agitada
No sé qué hacer. Escucha : no á mi esposo
Vida le dió una tigre en sus entrañas,
Ni las sierpes de Libia sustentaron
Con ponzoña y rencor su tierna infancia.
De hombres nació, y es hombre; y pues que ha sido
Ya sensible al amor, tambien entrada
Dará en su pecho á la piedad. Alvida,
Puede ser que arrojándome á sus plantas,
Diciéndole yo misma...

Alvida. ¡Oh! no te fies,
No al eco atiendas de esperanzas vanas.
¿Munuza usar clemencia con Pelayo?
Error; ¡funesto error! Quizá ignorada
Su suerte aun es del moro; ¡y tú serias
La que le señalase á su venganza!

Hormesinda. Con que el perdon á tantos concedido
¿Solo á mi sangre ese cruel negára?
¡Y nada, al fin, conseguirá mi llanto,
Mis tiernos ruegos, mi cariño!...

Alvida. Nada.
¡Qué vale todo al tiempo que le gritan
La voz terrible del sangriento Audalla.
La ambicion de mandar que le devora,
Su ley feroz que á la crueldad le arrastra!

Hormesinda. Así huirá, pues, mis esperanzas todas;
¡Todas las ilusiones de bonanza
Que mi amor se fingió!... Sí : de los cielos
La saña incontrastable desplomada
Siento que viene sobre mí : la tumba
Me espera, y allá voy; pero manchada
Con sangre fratricida, odiosa á un tiempo
A mi hermano, á mi amante...

Alvida. ¡Ay triste! Calla :
Él se acerca : en tí vuelve, hunde en tu pecho
Por no irritarle tus amargas ansias.

ESCENA II.

MUNUZA y DICHAS, DESPUES AUDALLA.

Hormesinda. Señor... ya que el rigor fiero y terrible
Do que está vuestra frente acompañada

Otro nombre mas dulce usar me veda...
Decid, señor, ¿qué súbita mudanza
Es la que encuentro en vos? ¿Cuáles cuidados
Ora os perturban? Movimiento y armas,
Agitacion, sospechas, ¡qué aparato
Tan diverso de aquel que yo esperaba
En estas horas ver, en estas horas
Destinadas á amor y á confianza!

Munuza. ¿Qué mucho al fin, que las sospechas velen
Donde su acero la traicion prepara?
Vos misma... quizá cómplice...

Audalla. Munuza,
Ya está tu órden cumplida.

Munuza. A vuestra estancia,
Señora, os retirad.

Hormesinda. Ya os obedezco;
Pero entre los consejos de la saña
Memoria haced de mí; de las promesas
Que un tiempo vuestro labio pronunciaba
En favor de este pueblo: nuestro enlace
Iris debe ser.

(Munuza mueve la cabeza irritado en señal de que se vayan, Hormesinda se estremece y se van las dos.)

ESCENA III.

MUNUZA y AUDALLA.

Manuza. ¡Oh cómo tardan!

Audalla. Mas yo la causa á concebir no alcanzo
De la inquietud, de la impaciencia extraña
Que desde el punto mismo te atormenta
En que á tus manos se entregó la carta.
Guardarte de Pelayo ella te avisa;
La fama de su muerte ha sido falsa,
Y hácia Asturias camina, donde acaso
Alguna nueva rebelion se trama.
¿Qué mas alto favor de la fortuna
Pudieras esperar? Ella le arrastra
A tu poder, y el golpe que le cabe
Hace espirar la agonizante España.

Munuza. Llegó el instante, sí, que yo me acuerde
De donde tuve el ser, que yo renazca
Al noble ardor, á las costumbres fieras
Que el amor de mi pecho desterraba.

Nunca hasta en este punto la sospecha
Su atroz ponzoña derramó en mi alma;
Supe lidiar, vencer, y despreciarlos,
Y dejarlos vivir. ¿Qué me importaba
Que impacientes mordiesen sus cadenas,
Si ya á romperlas su valor no basta?
¿Quieres saber mi agitacion? pues vuelve,
Vuelve la vista á la mujer ingrata,
Por cuyo amor y artificioso halago
El ímpetu detuve á mis venganzas,
Y mírala tambien, cual ya la miro,
Cómplice ser de tan inicuas tramas.

Audalla. Tú sabes bien si mi rencor perdona:
Cristianos todos son, y esto me basta
Para odiarlos sin fin: mas por ventura
Tambien como nosotros engañada
La muerte de Pelayo ella creia,
Y es inocente en su traicion.

Munuza. No, Audalla,
No es inocente: el jóven que aquí mismo
Hablarla consiguió, vino á avisarla
De esta traicion acaso. ¿Porqué ahora
De la tristeza en vez que antes mostraba,
De incertidumbre congojosa y viva
La miro palpitar? Pues tiembla y calla;
La perjura me vende; y sangre, sangre
Pide á voces mi amor vuelto ya en rabia.

Audalla. Ahora sí que en tí encuentro aquel Munuza
Educado en los campos de la Arabia;
Ahora sí que en tí mira el gran profeta
El firme musulman que antes no hallaba.
No haya lugar á la piedad.

ESCENA IV.

DICHOS, PELAYO, LEANDRO, ISMAEL, GUARDIAS.

Leandro. ¿Qué intentas?
¿Porqué así á tu presencia nos arrastran?
¿Porqué se ha hollado el respetable asilo
De la hospitalidad, sin que las canas
De un desarmado anciano librar puedan
Su inocente mansion de vuestras ármas?

Munuza. En todos tiempos, en cualquiera sitio.

Al que os venció en el campo, y ahora os manda,
Debeis razon de vuestros pasos todos.
¿Quién sois? ¿dónde vais?

Leandro. Es nuestra patria
Gijon: mi padre el lastimado viejo,
Que hoy sin respeto tu violencia ultraja;
Este guerrero, en mis desgracias todas
Amigo, fiel, me alivia y me acompaña.
Sin fuerza á quebrantar nuestra coyunda,
Sin paciencia bastante á tolerarla,
Venir á saludar nuestros hogares,
Y huir por siempre de la triste España,
Ha sido nuestro intento.

Munuza. Alma cobarde,
No encubras la verdad en tus palabras.
Di presto á que vinisteis.

Pelayo. Si lo sabes,
¿Para qué lo preguntas? si en tu alma
Ya las sospechas sin cesar te gritan
La suerte que mereces, ¿á qué aguardas?
Junta á la usurpacion la tiranía,
Y ahuyente tu temor nuestra desgracia.

Munuza. Mal el orgullo que tu lengua anima,
Y esa arrogante ostentacion de audacia,
Con la bajeza infame y alevosa
De tus acciones pérfidas se hermanan.
Rebelde, vil y miserable espía
Viniste á sorprender mi confianza,
Mi esposa á acongojar, y de este pueblo
A alterar la obediencia á mí jurada.
Pelayo que os envia no os defiende
Del peligro mortal que os amenaza;
Y si aun negais lo que saber deseo,
La muerte y los tormentos os lo arrancan.
¿Dónde está ese insensato? respondedme:
¿Cuáles son sus intentos y esperanzas?

Pelayo. Quizás si lo supieses temblarias:
Mas tú, arrogante musulman, te engañas
Cuando en la fuerza y el poder fiando
Piensas que todo á tu querer se allana.
No cuanto sabe ansiar logra un tirano:
Talar los campos, demoler las casas,
Inundarlas en sangre, esto le es fácil;
Mas degradar por miedo nuestras almas,

Mas mover nuestro labio á tu albedrío,
Bárbaro, á tanto tu poder no alcanza.

Audalla. No así oscurezcas tu esplendor supremo
Dando ocasion á su arrogancia vana :
Jamas así se explica la inocencia,
Y ya culpables son, pues que te ultrajan.
Mueran, y sirvan de escarmiento á todos.

Munuza. Caerán ; pero no solos : tambien caigan
Los nobles de Gijon, Teudis, Fruela,
Alfonso, Atanagildo...

Pelayo. De mi audacia,
De mi silencio cómplices no han sido :
Respétalos, tirano.

Munuza. Sin tardanza
Vuela, Ismael, y encadenados todos
Vengan á mi presencia en este alcázar.

(*Váse Ismael.*)

Pelayo allá donde se esconde tiemble
Viendo así fenecer sus esperanzas :
Y aguarde con terror la suerte que ellos.

ESCENA V.

HORMESINDA y DICHOS.

Hormesinda. No tan gran sacrificio á la venganza

(*Corriendo á su hermano, y en ademan de defenderle.*)

Permitido ha de ser : Pelayo, el cielo
No ha concedido á tu infeliz hermana
Ser grande como tú ; pero á lo menos
Te defiende en tu riesgo, te acompaña
En tu muerte, Munuza, este el camino

(*Puesta entre los dos y señalando su pecho.*)

Es el que se ha de abrir tu injusta espada
Si va á buscar su corazon.

Audalla. ¡ Pelayo !

Munuza. ¡ Su hermano !

Leandro. ¿ Qué pronuncias, desdichada ?
¿ Sabes lo que revelas ?

Pelayo. ¿ Ya, qué importa ?
Pelayo soy : la suerte se declara

(*A Munuza.*)

Entera á tu favor, no la desprecies :

Suelta la rienda á tu impaciente saña;
Envuelve á esa infeliz en mi destino,
Y en el morir iguálanos : ¿qué tardas?
Yo te aborrezco y te persigo; y ella
(No hay delito mayor) ella te ama.

Hormesinda. Cesa, cesa, cruel. ¡Divinos cielos!
¿A quién irán primero mis plegarias?
¿A quién persuadirán que de su pecho
Despida esa altivez, esa arrogancia,
Que al uno lleva á perdicion segura,
Y á abusar de su fuerza al otro arrastra?
Si mis suspiros débiles no os vencen,
Si este llanto que vierto no os ablanda,
Saciad en mí los dos aun mismo tiempo
Esa sed de venganza que os abrasa.
Nadie es culpable aquí sino yo sola :
Yo he faltado á mi sangre y á mi patria,
Y á mi esposo tambien : ¿cuál es el brazo
Que de una vez mi desventura acaba?
¡O Munuza! ese alfange tan teñido,
Ya enseñado á verter sangre cristiana,
Será mas diestro á derramar la mia.
Siega al punto con él esta garganta;
Siégala, y presta á tu infeliz esposa
En tan fiero rigor su última gracia.

Munuza. No abuses mas de la indulgencia mia;

(*A Hormesinda.*)

Que aun á pesar de tus ofensas habla
En favor tuyo, y con silencio y miedo
Mis soberanas órdenes aguarda.
Tú el duro trecho en que te ves contempla.

(*A Pelayo.*)

Ni arbitrio ya te queda, ni esperanza,
Sino en mi compasion.

Pelayo. Yo no la imploro.

Munuza. Conozco tu valor, sé tu constancia,
Y entiendo bien que á contrastar tu pecho
Vano es el riesgo, inútil la amenaza.
Pero esos infelices que arrastrados
Son en aqueste instante hácia el alcázar;
Pero toda Gijon, que al pronto incendio
De mi furor se mirará abrasada,
Todo te manda doblegar tu orgullo :

¿Quieres salvarlos, dí, quieres salvarla?

Pelayo. ¿Qué pretendes de mí?

Munuza. Que á su presencia
Humilles esa frente temeraria;
Y de obediencia dándoles ejemplo,
La autoridad augusta y soberana
Del califa respetes. De perfidia
Sé que no eres capaz; tu fe me basta:
Júralo por tu honor y el Dios que adoras,
Y Gijon y tus cómplices se salvan.

Pelayo. Dices bien, musulman, en este pecho
Jamas halló la falsedad entrada;
Y primero faltará el sol al dia,
Que á sus pactos Pelayo y sus palabras.
Mas oye: si en mi vida algun momento
Hubo en que esta lealtad idolatrada
Pude animarme á profanar, es este
En que me incitas á jurar mi infamia.
Fe te jurára, sí, mas solamente
Por librar de la muerte que ahora amaga
Ese afligido pueblo y mis amigos;
Mas solo por el tiempo que tardára
En hallar un puñal que en sangre tuya
Lavase al fin de mi baldon la mancha.
Pero nunca el oprobio salva á un pueblo:
Nunca aquel que cobarde se degrada,
A la opresion doblando la rodilla,
Despues su frente hácia el honor levanta.
Esto bien lo sabeis, viles tiranos.

Munuza. Tú dictas, insensato, en tus palabras
Tu sentencia.

Pelayo. Ejecútala.

Munuza. Al instante.

ESCENA VI.

ISMAEL Y DICHOS.

Ismael. Pronto acudid, señor; Gijon alzada
Se niega á obedecer; los nobles fieros
De la atroz sedicion soplan la llama;
Y al nombre de Pelayo que repiten,
El pueblo fiero con furor se exalta;
La sangre corre; vuestros guardias caen:
Todo es ya confusion.

Munuza. ¡Qué escucho! Audalla,
Vamos á alzar el formidable azote
Sobre esa muchedumbre vil y esclava.
Audalla. ¿Mas qué ordenas en fin de estos cristianos?
Munuza. Ellos á las mazmorras del alcázar;
Ella á la torre.
Pelayo. Su tremendo brazo
Ya el Dios de los ejércitos levanta
Contra tu usurpacion, tiembla, caiste:
Tu hora llegó.
Munuza. Dí que la tuya, marcha;
Sé mi esclavo hasta el fin: cualquier que sea
La suerte que me aguarda en la batalla,
Vencedor te condeno al escarmiento,
Vencido te consagro á la venganza.

ACTO QUINTO.

El teatro representa una mazmorra.

ESCENA PRIMERA.

PELAYO y LEANDRO.

Leandro. En esta cárcel lóbrega, espantosa,
Donde toda esperanza se nos niega;
Donde tiene la muerte en nuestro daño
Su mano inevitable ya suspensa;
No al fin el hado adverso que nos pierde
Enteramente su rigor desplega,
Y el alivio aunque amargo nos permite
De unir nuestro dolor y nuestras quejas.
Mas tú entre tanto silencioso escuchas;
Y sumergido en tu profunda pena
Ni aun levantas los ojos á tu amigo.
¿Acaso el heroismo, la firmeza
Que tantos males superaba un tiempo,
En el último trance ya flaquea?
Pelayo. ¡Tu amigo desmayar! ¡Ah! Tú lo sabes
Si de tan santa causa en la defensa
Esquivé alguna vez riesgo ó fatiga.
Mas mientras dura la mortal pelea,
En ocio vil y vergonzoso verme
Esperando la muerte como espera

La maniatada víctima el cuchillo!

Leandro. Cuando el forzoso término se acerca,
¿Qué vale murmurar contra el camino
Que sin recurso á fenecer nos lleva?
No empero sin venganza moriremos,
Y ya nuestros amigos...

Pelayo. ¡Ah! ¡pudiera
Llamarlos con mi voz, darles aliento,
Al eco ronco de las armas fieras
Exaltarme y lidiar! y si el destino
Triunfaba de mi vida en la pelea,
Muriera; pero al menos combatiendo
Contra esos fieros árabes muriera.
Así el fin á mi vida igualaria;
Así el poder y dignidad suprema
A que ayer me ví alzar se autorizaban;
Mas yo preso aquí estoy, y ellos pelean;
Ellos mueren con honra, yo en oprobio.

Leandro. Basta á tu gloria inmortal carrera;
Y el mundo todo al contemplar tu suerte,
Llanto y admiracion hará sobre ella.
Tú cual Pelayo morirás: mi alma
De ardor sublime y de constancia llena
Se elevará á tu ejemplo, y el destino
Sabrá á tu lado resistir la fuerza.
Digna de tí será mi última hora:
Y cuando en las edades venideras
Los hijos de la patria honren tu nombre,
Tambien de mí se acordarán sus lenguas:
En vida, en muerte acompañó á Pelayo,
Dirán, y mi alabanza será eterna.

Pelayo. ¿Sabes si tienes patria todavía,
Infeliz? ¿Si á este tiempo ya deshecha
La flaca resistencia de los nuestros,
Coronan sus cabezas las almenas
En los muros del pueblo?... ¡O Dios del mundo,
Señor de la victoria y de la guerra!
¿Has resuelto otra vez abandonarnos?
¿Viven pintadas en tu mente excelsa
Las culpas de Witiza y de Rodrigo,
Sin que ya nuestra fe borrarlas pueda?
¡Piedad! ¡piedad! Tiempo es aun, perdona.
Cuando entregada esta region se vea
A la supersticion abominable

Con que tu nombre el árabe blasfema,
¿Será mayor tu gloria?... ¡Ay! que algun dia
Ha de llegar en que sereno vuelvas
Hácia España tus ojos, y mirando
Las plagas que tu enojo echó sobre ella,
De tan fiero rigor tú mismo llores,
Y entonces tarde á la clemencia sea.

Leandro. ¿Oyes, Pelayo? La mazmorra se abre;

(*Ruido de puertas.*)

Llegó el momento de morir.

Pelayo. Que venga:
Yo á Dios bendigo en él; venga, y acabe
La horrible incertidumbre, la impaciencia
Que ya no puedo tolerar.

ESCENA II.

HORMESINDA, ALVIDA Y DICHOS.

Pelayo. ¿Qué buscas,
Desventurada? ¿Acaso la fiereza
De ese bárbaro atroz aquí te envia
Para que á nuestro fin presente seas?

Hormesinda. No, Pelayo; tu riesgo y mi cariño
Me hacen volar ansiosa á tu presencia.
Vengo á salvarte.

Pelayo. ¡O Dios! ¿con que vencido
Es tambien nuestro esfuerzo en esta prueba?

Hormesinda. Tal vez ya lo será: desde la torre
Ví con terrible estrépito las puertas
Abrirse del alcázar, y furiosos
Arrojarse los árabes por ellas.
Ya allí el tumulto bélico llegaba,
Cuando al ver á Munuza, al ver su diestra
Armada del alfange irresistible
Que tantas veces vencedor le hiciera,
En aquel primer ímpetu arrollados
Los nuestros de repente titubean;
Y aunque siempre luchando, al fin el campo
Les es fuerza ceder. La lid se aleja,
Y entre los espantosos alaridos
Que al batallar horrísono se mezclan,
De cuando en cuando el eco se distingue

En que *¡Pelayo!* y *¡libertad!* resuenan.
Un momento despues esos guerreros
A quienes nuestra guardia y la defensa
De aqueste alcázar encargada ha sido,
Casi todos ardiendo á la pelea
Se precipitan: los demas al ruego
Cediendo, y á mis dádivas, nos dejan
La senda libre que al mar conduce.
Armas allí teneis; el tiempo vuela;
Venid, huyamos; que Hormesinda al menos...
¡Ah, perdona estas lágrimas postreras
Que un desdichado amor saca á mis ojos!
Que Hormesinda en salvarte feliz sea.

Pelayo. ¿Qué pronuncias? ¿Huir? ¿Leandro?...

(*En ademan de marchar.*)

Hormesinda. ¿A dónde

(*Deteniéndole.*)

A dónde vas, cruel? ¿No ves mi pena,
No contemplas tu riesgo?

Pelayo. A la batalla,
A la victoria voy: ya nos entrega
El Dios omnipotente ese tirano,
Puel al fin libres combatir nos deja.

(*Dirigiéndose hácia el sitio del combate.*)

Amigos, alentaos; nuestro es el dia,
Como fué suyo el de Jerez: mi diestra
Victoriosa os conduzca hácia este alcázar;
Ella os enseñe á derribar las puertas,
A arder sus techos, derrocar sus muros,
A no dejar en él piedra con piedra. (*Vánse.*)

ESCENA III.

HORMESINDA Y ALVIDA.

Hormesinda. ¿Cómo de un frenesí tan desatado
El ímpetu atajar?... ¿Mas quién me veda
Correr tambien de la batalla al campo,
Y entre esos fieros adversarios puesta
Sus golpes recibir? Quizá uno y otro
Con solo mi morir contentos sean.

Alvida. ¿Así, qué lograrás? buscar tu daño,
Y aumentar su furor con su presencia.
Ya ni á la sangre ni al temor te fies:

Cuando retumba el eco de la guerra
Ellos exhalan en sus endebles gritos,
Y escuchados no son.

Hormesinda. Naturaleza,
Si este no me conoce por hermana,
Y de esposa el cariño aquel me niega,
Aun de esposa y de hermana el dulce afecto
Para mayor tormento en mí conserva.
Ya en tan amarga situacion yo debo
Al que mas infeliz de ellos se vea
Acudir, defender... Sé que el destino
No me deja eleccion; sé que la senda
De espinas erizada y de amargura,
Por donde al precipicio me despeña,
Me es fuerza andarla toda: tú entre tanto
Abandona á esta víctima dispuesta
Para el golpe fatal...

ESCENA IV.

MUNZA SIN ALFANGE, ISMAEL, MOROS Y DICHAS.

Munuza. Moros cobardes,
No así me aconsejeis; tras de la mengua
De ser vencido, la venganza sola
Es el placer que el cielo me reserva.
¡O confusion! ¿Quién de las manos mias
Ha arrancado el alfange? ¿En dónde quedan
Audalla y sus valientes? ¿Por ventura
Todos han muerto en la fatal pelea,
O todos ya mirándome caido
De seguir á Munuza se avergüenzan?

Hormesinda. Tu esposa no: por medio á los contrarios
Sin aterrarse de sus armas fieras
Ella te salvará: su tierno pecho
Será el escudo en que los golpes hieran:
Ellos se acordarán de tus piedades...

Munuza. ¿Quién te trae ante mí? ¿Porqué renuevas
En mi mente hostigada la memoria
De mi descuido y criminal flaqueza?
Ella es ahora mi mayor verdugo:
Por tí perdonó un tiempo mi clemencia
A esta ciudad rebelde, que al instante
Debió ser igualada con la tierra.
Por tí dejé vivir sus moradores:

Por tí en fin, sin arbitrio, sin defensa
En la horrenda traicion que me asesina
Me miro fenecer.

Hormesinda. ¡Cómo te ciega
Tu imprudente furor! no desconozcas
La postrera esperanza que te queda:
Yo soy tu asilo.

Munuza. ¿Tú? Cuando mi imperio,
Cuando mis muertos árabes me vuelvas,
Cuando mi gloria... Di ¿por tantos bienes
Como tu desastrado amor me lleva,
Ya qué te resta por hacer?

Hormesinda. Salvarte:
Queda en esta mansion de tu grandeza;
Yo saldré, yo á las plantas de Pelayo
Me arrojaré; le rogaré, es fuerza
Que respete tu vida, ó que contigo
Perecer á Hormesinda se conceda.

Munuza. ¡De Pelayo! ¿Qué dices? Al instante
Arrástrale, Ismael, á mi presencia.
Quiero partirle el corazon yo mismo,

(*Saca un puñal.*)

Quiero lanzar al pueblo su cabeza,
Decirle: ahí le teneis, y complacerme
Cuando se cubran de terror al verla.

Hormesinda. No le busqueis.

Munuza. Corred.

Hormesinda. Él está libre,
No le busqueis. ¡O Dios! quizá se acerca
Ya vencedor aquí: cede á su suerte.

Munuza. ¿Mas quién fué el temerario que las puertas
Abrió de su prision?

Hormesinda. No lo preguntes.

Munuza. ¡Ah infeliz! ¿fuiste tu? Muere, perversa;

(*La hiere.*)

Y que mi mano en el abismo te hunda,
Donde tu aleve ingratitud me lleva.

Hormesinda. ¡Ay de mí!

(*Cayendo en los brazos de Alvida.*)

Munuza. Me vengué; corred conmigo
A encontrarle, á acabar...

(*Oyese ruido de los cristianos que llegan.*)

Ismael. Pelayo llega;

Los cristianos le siguen vencedores.
¿Qué resolveis, señor? la resistencia
Es aquí por demas.

ESCENA V.

DICHOS, PELAYO, LEANDRO, ALFONSO Y DEMAS NOBLES.

Pelayo. Volad, amigos,
A Hormesinda salvad: Munuza muera.
Munuza. Munuza muere; sí; mas por su mano:

(*Se hiere y señala donde está Hormesinda.*)

Mas despues de vengarse: mira.

(*Cae: Pelayo y los cristianos acuden á Hormesinda, dejando á Munuza y á los moros detras de sí.*)

Pelayo. Es ella,
Y espirando... ¡Ah cruel!...

(*A Munuza.*)

¿Hermana mia,
Hormesinda, no me oyes?
Hormesinda. ¡Cuál penetra
Esa voz amorosa en mis oidos!
¡Cómo el rigor de mi agonía templa!...
¡Mi amor no halló perdon... vino el castigo,
Y por cuál mano!... Adios; venciste... reina...
Pero tal vez en tus gloriosos dias
Algun recuerdo esta infeliz te deba...
Esta infeliz... que por tí muere...

(*Espira.*)

Pelayo. ¡O cielo!
¿Está ya tu justicia satisfecha?
Españoles, la sangre de Pelayo
Bañando está la cuna que sustenta
Vuestro imperio naciente, y otro duelo
Que vano luto y lágrimas espera.
Muerto el tirano veis; ya no hay reposo,
Siglos y siglos duren las contiendas.
Y si un pueblo insolente allá algun dia
Al carro de su triunfo atar intenta
La nacion que hoy libramos, nuestros nietos
Su independencia así fuertes defiendan,
Y la alta gloria y libertad de España
Con vuestro heróico ejemplo eternos sean.

DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Nació en Granada el año 1789. Despues de haberse dedicado al estudio de las humanidades y de algunas lenguas vivas, cursó en la universidad de su pais natal las aulas de filosofía, matemáticas, derecho civil y canónico. En la misma universidad fué catedrático de filosofía y profesor en el colegio de San Miguel.

En esta situacion se hallaba cuando estalló la revolucion de 1808; emigró de su patria antes de la entrada de los franceses, refugiándose primero en Cádiz, y pasando de allí á Inglaterra. Vuelto á España en 1811, publicó algunos opúsculos históricos y varias obras dramáticas, entre las cuales merecen particular mencion la comedia titulada *¡Lo que puede un empleo!* y las tragedias *Moraima* y *la Viuda de Padilla*. A fines de 1813 fué elegido por su provincia diputado á las córtes que se instalaron en Cádiz y continuaron en Madrid hasta mayo de 1814. Envuelto en las persecuciones de aquella época, juntamente con otros diputados, empleó los seis años de su deportacion al Peñon en el cultivo de las letras, y algunas de sus obras aparecen compuestas desde 1814 hasta 1820.

Restablecido entonces el régimen constitucional, volvió á ser elegido diputado á córtes en la legislatura de 1820 á 1821, y posteriormente primer secretario de Estado. Ausentóse de su patria de resultas de la invasion francesa en 1823, y desde aquella época hasta que de vuelta á España fué nombrado, en 1834, primer secretario de Estado y presidente del consejo de ministros; retraido enteramente de los asuntos políticos, dedicó todo el tiempo que duraron sus viages por Europa y su larga permanencia en Paris, al cultivo de la literatura, habiendo publicado en esta capital cinco tomos de obras literarias, y dado al teatro de la *Porte-Saint-Martin* un drama histórico titulado *Aben-Humeya*, cuyo éxito fué muy brillante. Despues de su regreso á España dió al teatro el *Edipo*, *la Conjuracion de Venecia* y *los Zelos infundados*.

Por entonces publicó tambien la vida de *Hernan Perez del Pulgar*, el de las hazañas, y poco despues los tres primeros tomos del *Espíritu del Siglo*. El señor Martinez de la Rosa es uno de nuestros mejores poetas dramáticos, un distinguido crítico y un eminente orador parlamentario. Desempeña en el dia los importantísimos cargos de presidente del congreso de los diputados, del consejo de Estado, del de instruccion pública y de la real Academia española.

Este ilustre escritor es uno de aquellos hombres, rarísimos por desgracia en las altas regiones del poder, sobre todo en tiempos de revolucion, á cuyo noble carácter y nunca desmentida probidad hacen completa justicia los hombres sensatos de todos los partidos.

LA NIÑA EN CASA

Y LA MADRE EN LA MASCARA

COMEDIA EN TRES ACTOS.

PERSONAS. — DOÑA LEONCIA, madre de doña Ines. — DOÑA INES. — DON PEDRO, hermano de doña Leoncia. — DON LUIS. — DON TEODORO. — JUANA, criada de doña Leoncia. — PERICO, criado de don Teodoro.

La escena en Madrid, en la casa de doña Leoncia.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala decentemente adornada, con una puerta en el foro, por la que se entra de la calle; á la derecha la puerta de la habitacion de don Luis; á la izquierda la del cuarto de don Pedro; en el mismo lado otra puerta, que conduce á las demas habitaciones de la casa.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, Y DON PEDRO QUE ENTRA DE LA CALLE.

Don Pedro. ¡Jesus, qué plomo de hombre!...
Perdone usted el mal rato,
Amigo don Luis: ahí cerca
Tropecé por mis pecados
Con un eterno hablador,
Que me ha tenido hora y cuarto
Sin dejarme respirar.

Don Luis. Solo siento que ha pasado
La hora de ir á nuestro asunto.

Don Pedro. ¿Qué remedio? Si no han dado
Las doce, y tocan á misa,
Aun me tiene el judiazo
Del mercader en la calle...
¡Qué charlar! Un escribano
Y un procurador hambriento
No ensartan mas; pero al cabo
Dió una noticia importante;

Y es que á Cádiz ha llegado
Correo de Vera-Cruz.

Don Luis. Ya estaba yo con cuidado
Sin noticias de mi padre.

Don Pedro. Pues mi dichoso cuñado
Tampoco ha escrito en diez meses·
Estarán apisonando
Talega sobre talega,
Y mas que de arriba abajo
Se hunda el mundo. Yo no sé
Como resolvió enviaros
Vuestro padre á pretender...

Don Luis. Nunca me sentí inclinado
Al comercio.

Don Pedro. Pues tampoco
Aprendereis en diez años
El papel de pretendiente :
Teneis juicio, sois honrado,
Ni adulais ni sois molesto...
¿Y quereis venga á buscaros
La toga? ¡No es mal capricho!

Don Luis. Pasaré con mas descanso
Mi vida : ¿qué se ha de hacer?

Don Pedro. Eso sí, tan mesurado
Siempre... Mas de algunos dias
A esta parte os he notado
Que estais triste y pensativo :
¿Qué teneis? Habladme claro;
Ya conoceis mi carácter.
Si aquí en casa os han faltado
Al obsequio que se debe...

Don Luis. No cabe mas agasajo
Que el que todos me dispensan.

Don Pedro. Si algun pícaro criado
No os sirve como á mí mismo...

Don Luis. Todos se esmeran...

Don Pedro. Si acaso
La niña con sus vivezas
Os ha disgustado en algo...

Don Luis. No, no por cierto, don Pedro.

Don Pedro. Ya lo acerté : os ha enfadado
Con alguna impertinencia
Mi bendita hermana; claro :
Ella es buena, es obsequiosa;

Tiene un corazon honrado;
Pero, ¿cabeza? ya va;
Siempre en sus modas pensando,
Siempre haciéndose la niña...

Don Luis. Pero, señor...

Don Pedro. Ya he notado
Que no estais contento en casa:
Y si mi hermana ó mi diablo
Tiene la culpa, le juro...

Don Luis. Por Dios, que os estais cansando,
Y no es nada, nada de eso...

Don Pedro. La verdad: yo he sospechado
Que ya no os gusta Inesita,
Como al principio: soy franco;
Y segun mis conjeturas,
Vuestro padre y mi cuñado
Os enviaron á España
Con el proyecto entre manos
De casar los herederos.
No porque felices ambos
Vivais en el paraiso;
No por cierto, ni soñarlo:
A estilo de comerciantes,
Con el tintero en la mano,
Ajustarian la boda
Como azúcar y cacao:
Veinte pones, veinte pongo,
Son cuarenta, y llevo cuatro.
Esto es solo una sospecha;
Pero, pues solos estamos,
Imitando mi franqueza
Decidme si voy errado.

Don Luis. No lo sé; pero Inesita...

Don Pedro. No os desagrada...

Don Luis. Es un pasmo,
De belleza, su carácter
Ingenuo, afable su trato,
Dócil, discreta, festiva...

Don Pedro. Pues, hombre, ¿en qué estais pensando
Que no la sacais de penas?...
¿Me poneis los ojos bajos
Y callais á lo novicio?
Será preciso con garfios
Arrancaros las respuestas:

Tiene ligeros los cascos
La muchacha; ¿no es así?...
Mujer, diez y siete años,
La educacion de la córte,
Las amiguitas, el trato
Con mozalvetes del dia,
La madre... ya tropezamos.
Con la piedra... ¿No es verdad?

Don Luis. Puesto que estais empeñado
En que he de satisfaceros;
Os mostraré ingenuo y franco
Mi corazon.

Don Pedro. Por supuesto.

Don Luis. Con usted solo; y guardando
El secreto que es debido,
Tomar pudiera en mis labios
A una familia á quien debo
Tantos favores...

Don Pedro. Al grano.

Don Luis. Omito el decir á usted
Cuan pronto quedé prendado
De Inesita: la amé tierno;
Busqué en sus ojos el pago
De mi amor; cobré esperanzas:
Mis expresiones hallaron
Ternura, en vez de desvío;
Y ciego de enamorado
No aspiraba á mas ventura
Que á lograr su hermosa mano.
Pero bien pronto mis gustos
Acibaró el desengaño:
Hallé voluble su genio,
Y que los malos resabios
De una educacion de moda
Iban sin cesar labrando
En su corazon sencillo:
A tertulia desde el palco,
Al baile desde el paseo,
Sin aficion al cuidado
Ni al arreglo de la casa,
En los objetos mas vanos
Consumió su atencion toda.
Desde entonces fuí notando
Que á su pasion sucedia

El despego mas extraño;
Que hallaba adusto mi genio,
Porque su bien anhelando,
No alababa sus caprichos,
Como los jóvenes fatuos
Que de continuo la cercan :
Uno de ellos...

Don Pedro. El bellaco
De don Teodoro.

Don Luis. Ese mismo :
Su orgullo lisonjeando,
Pintándole el matrimonio,
No como el yugo templado
Del amor y de las leyes,
Sino como el medio franco
De gozar mas libertad,
Le hizo ver en mí un tirano
Que aspiraba á esclavizarla.
A los consejos dañados
De su amistad lisonjera
Muy en breve se mezclaron
Los obsequios amorosos...
En fin, para no cansaros,
Me robó (¡ay triste!) el amor
De Inesita, siendo vanos
Mis esfuerzos por mostrarle
La razon : su pecho incauto,
Mas expuesto por mas dócil,
No resistió al falso halago
Del amor propio, al deseo
De lucir en el teatro
Del mundo, cual sus iguales,
Al mal ejemplo inmediato
De una madre inadvertida...
Pero hablar con un hermano
De estas cosas, es muy duro...

Don Pedro. Sí; pues estaré esperando
A que me digais que es loca...
Hace unos cuarenta años
Que tuve yo esa noticia.

Don Luis. No quise yo decir tanto,
Ni fuera razon tampoco;
Solo sí manifestaros
Que, no menos que su hija,

Es víctima del contagio
General de las costumbres :
Por no sufrir los sarcasmos
De la turba corrompida
De insolentes cortesanos,
Sigue del lujo y la moda
Los extravagantes pasos,
Sin que la edad la corrija
Ni la enmiende el desengaño.
Sé muy bien que es incapaz,
Aunque en riesgo tan cercano,
De faltar á los deberes
Del honor y de su estado;
Pero á un orgullo pueril
Su opinion sacrificando,
Mas que ser mala, procura
Ante el mundo aparentarlo.
A su hija misma disputa
Los obsequios y agasajos
De jóvenes pisaverdes;
De esta lucha resultando
Mil lances, que dan materia
De diversion á los vagos
Y de lástima á los cuerdos :
Yo que tan interesado
Estoy en su propio honor...
Me parece que oigo pasos,
Y sintiera...

Don Pedro. Hétela aquí,
Que viene por su retrato.

ESCENA II.

DON LUIS, DON PEDRO, Y DOÑA LEONCIA QUE ENTRA DE LA CALLE, Y SE SIENTA DESPUES.

Doña Leoncia. Si no me da un tabardillo,
Tengo la sangre de hielo :
¡Qué Madrid! Ni un lugaron
De la Mancha estará menos
Surtido... Nada de gusto...

Don Pedro. Téngalos usted muy buenos.

Doña Leoncia. ¿Ahí estás tú, linda maula?
Vengo para cumplimientos
Segun el humor que traigo.

Don Luis. ¿Venis mala?
Doña Leoncia. No por cierto,
Don Luisito; son cuidados
Que las señoras tenemos.
Don Pedro. ¿Y cuál es el que te aflige?...
Un abanico te apuesto
A que lo acierto.
Doña Leoncia. ¿A que no?
Don Pedro. ¿No hay palco en el coliseo
Este carnaval?
Doña Leoncia. El doce.
Don Pedro. ¿Se ha puesto el doguillo enfermo?
Doña Leoncia. Tampoco.
Don Pedro. Va la tercera:
Doña Leoncia. No te devanes los sesos,
Porque no lo has de acertar.
Don Pedro. Ello es de grave momento.
Doña Leoncia. Ya se ve.
Don Luis. ¿Podrá saberse?
Doña Leoncia. Para la noche tenemos
Una máscara dispuesta;
Y esta mañana me encuentro
Que me faltan mil adornos
Para el trage... Busco, veo,
Registro, tiendas, modistas...
Todo antiguo, todo viejo,
Ningun capricho gracioso...
Don Pedro. ¡Vaya! si no hay ya gobierno
En este Madrid.
Doña Leoncia. ¿Te burlas?
Don Pedro. No tal; antes me lamento
De que está el mundo perdido;
Pero, dime: ¿dónde bueno
Va la música esta noche?
Doña Leoncia. Casa de aquel caballero
Tan rico de Andalucia...
Don Pedro. Así es muy fácil el serlo:
Con deber y no pagar...
Doña Leoncia. Eso sí, darle de recio
A la espada de dos filos,
Desollar... ¿Y qué tenemos?
Con tomar agua bendita,
Te quedas luego tan fresco.
Don Pedro. Supongo que irá la niña

A la fiesta.
Doña Leoncia. No por cierto :
Se queda en casa.
Don Pedro. ¿Y porqué?
La máscara es un portento
Para escuela de moral.
Doña Leoncia. Pues por lo mismo no quiero
Llevarla donde hay desórden.
Don Pedro. En dándole el buen ejemplo
De ir su madre la primera...
Doña Leoncia. ¡Ola! ¿Con que ya tenemos
Predicador cuaresmal?
Don Pedro. Fuera sermon en desierto.
Doña Leoncia. Te he dicho ya que voy sola,
Que en casa á Inesita dejo,
Porque luego no me gruñas.
Don Pedro. Maldito si te agradezco
La fineza : ¿te parece
Que la causa no comprendo?
Es que el padre provincial
Se deja encerrado al lego
Para retozar mas libre...
Doña Leoncia. ¡Ay, que lengua!
Don Pedro. Porque entiendo
A la gente veterana :
¿No ves que soy perro viejo?...
Yo no sé, amigo don Luis,
Si os divertirá lo mesmo
Que á mí : cuando voy á un baile,
Como ni danzo ni juego
Ni echo flores á las damas,
De una silla me apodero;
Y no pasa alma viviente
Sin que pague su derecho,
Como en portillo de guardas.
Pero en nada me entretengo
Como en mirar á las viejas,
Cuando grita el bastonero :
¡Contradanza! Aquí fué Troya...
Las jóvenes al momento,
Cada cual con su pareja,
Se colocan por supuesto
A la cabeza del baile :
Los generales mas diestros

Desde allí ordenan el plan;
Dan la voz de mando, y luego
Las órdenes se circulan
Al batallon de refuerzo,
Que se extiende á retaguardia,
Por lo regular compuesto
De muchachuelas bisoñas
Y cadetes inexpertos.
Pues aquí, amigo don Luis,
Es donde encuentran su puesto
Las inválidas ilustres,
Que llenas de honrosos premios
En cien años de servicio,
Aspiran á mas trofeos.

Doña Leoncia. ¿Callarás?

Don Pedro. Allí es el verlas
Mover el pesado cuerpo
Al veloz paso de ataque;
Allí el correr sin aliento,
Descargando medio siglo
Sobre el pobre compañero...

Doña Leoncia. No basta ya la paciencia
(*Levantándose.*)
Para un hablador tan necio.

Don Pedro. Pues callaré; estate quieta:
Si no te enfadas, te tengo
Que preguntar una cosa.

Doña Leoncia. Pues dila.

Don Pedro. ¿Saber podremos...
Dónde has dejado á Inesita?

Doña Leoncia. Estará de vuelta luego:
Fué casa de unas amigas...

Don Pedro. ¿No lo dije?... Devaneos
De una madre casquivana,
Descuidos que en algun tiempo
Pueden costarnos muy caros.

Doña Leoncia. Fué con Juana...

Don Pedro. ¡Buen sugeto!

Doña Leoncia. Es muchacha de razon.

Don Pedro. No la iguala el Cancerbero
Para guardar un serrallo...

Doña Leoncia. Ni hay honra que esté á cubierto
De tu lengua.

Don Pedro. Pero, dime,

Mujer : ¿ te parece cuerdo
Dejar ir con la criada
A la niña ?

Doña Leoncia. No está lejos
La casa.

Don Pedro. Pues mas cercano
Está á las veces el riesgo.

Doña Leoncia. Ya les dije que cuidado...

Don Pedro. El aviso fué discreto !
¿Y porqué no fuiste tú ?

Doña Leoncia. ¿Con que no podré un momento
Separarme de mi hija?...

Don Pedro. Por mi voluntad, ni medio.

Doña Leoncia. ¡No era mala esclavitud !

Don Pedro. Para madres de estos tiempos
Dices bien : les duele mucho
En las calles y paseos
Llevar la fe de bautismo
Por delante; y yo por eso
No les diera otro castigo :
¿Ni cabe mayor tormento
Que ver andar á la niña
Como un bergantin velero,
Y detras ir á remolque
El casco pesado y viejo
De la madre, aparentando
Que sale del astillero?...
Y lo mas triste del caso
Es cuando el diablo travieso
Les sugiere á las muchachas,
Que al ir pasando por medio
De un corro de pisaverdes,
Vuelvan la cara diciendo :
Madre... madre... ¡ Haya malvadas!...

Don Luis. Ola, Inesita...

Doña Leoncia. Me alegro.

ESCENA III.

DON LUIS, DON PEDRO, DOÑA LEONCIA, DOÑA INES, JUANA.

Doña Ines. Luisito, muy buenos dias;
Felices, tio : ¿ no he vuelto
Pronto, mamá?

Doña Leoncia. Sí, mis ojos.
Doña Ines. Hemos venido corriendo
Por no tardar.
Juana. Y unos coches
Sin querer nos detuvieron
Ahí en la Puerta del Sol.
Don Pedro. Por eso, Juana, no es bueno
Ir por calles excusadas.
Juana. Pues siempre busco lo menos
Concurrido...
Don Pedro. Se conoce.
Juana. No tengo sabroso el genio
Para sufrir los moscones.
Que al pasar echan requiebros.
Don Pedro. Haces bien.
Juana. Yendo cruzando
Por la esquina de Correos,
Nos requebró un perillan;
Y si el brazo no detengo...
Don Pedro. Seria algun hombre indecente...
Juana. Sí, señor.
Don Pedro. Tan descompuesto,
Tan mal vestido...
Juana. Seguro.
Don Pedro. Mala cara...
Juana. Hasta era tuerto.
Don Pedro. Viejote...
Juana. ¿Pues le vió usted?...
Don Pedro. No, Juana; pero sabiendo
Tu virtud, sospeché al punto
Que era horrible, pobre, y viejo.
Doña Leoncia. No hagas caso (*á Juana*). Yo no he visto
Unos colores mas feos... (*á doña Ines*).

(*Doña Leoncia y doña Ines habrán estado examinando, durante este diálogo, algunas cintas que ha traido la última.*)

Doña Ines. Acérquese usted, Luisito,
A dar su voto.
Don Luis. No entiendo,
Inesita, de esas cosas;
Y errára de medio á medio.
Doña Ines. ¿Cuándo ha de aprender usted
A ser un buen consejero
De tocador?

Don Luis. Me parece
Que si no mudo de genio,
Tarde ó nunca.
Doña Leoncia. Yo no he visto
Un mozo menos dispuesto
A complacer á las damas:
¿Tan poco le merecemos
A usted?
Don Luis. Todo lo contrario:
No hay quien haga mas aprecio
De las señoras que yo;
Sé la atencion y respeto...
Doña Leoncia. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué atrasado!
Ni un finchado caballero
Portugues dijera mas.
Conviene vayais perdiendo
Los resabios de provincia;
Es menester mas despejo,
Mayor franqueza en el trato
Con las damas: sois discreto,
Y oscureceis vuestras prendas
Con tanto comedimiento.
Doña Ines. Lo mismo le digo yo.
Doña Leoncia. ¿No sabeis que fray Modesto
Nunca llegó á provincial?
Adquirid cierto gracejo,
Cierta viveza y donaire
Para hablar al bello sexo.
Doña Ines. ¿Lo ve usted?
Doña Leoncia. ¡Y cuántas veces
Un equívoco travieso,
Una alusion maliciosa
Hará lucir vuestro ingenio,
Y os conquistará el amor
De una dama!
Juana. Yo reniego
De los hombres taciturnos,
Pero los hay hechiceros,
Tan gitanos, tan graciosos...
A mí mas me gusta un feo
Con sal...
Don Pedro. ¡Bravo! ¿Tambien tú
Te has metido á dar consejos?
¡La de la sal!... de cocina

Y de echársela al puchero
Entenderá, si la dejan. —
No os faltan buenos maestros,
Don Luisito, y en dos dias
Un cortesano completo
Podeis salir de esta casa...
Por mi parte, lo que siento
Es no hallarme ya en edad...

(*A doña Leoncia.*)

¿Lo dudas? Pues no soy lerdo;
Y á mí con pocas lecciones
Bastaba; que bien comprendo
Acá traducida en tonto
La leccion: á ver si miento.
Escuche usted, don Luisito:
La urbanidad y el respeto
Con las damas son ya propios
De señoritos gallegos
O mayorazgos de aldea;
Los jóvenes de talento
Y educacion cortesana
Han de ser libres, resueltos
Con casadas y solteras;
Y solo se exige de ellos
Que doren con algun chiste
Sus insolentes conceptos.
Entonces no hay que temer;
La de mas adusto genio
Os da con el abanico
Un golpecito, diciendo:
« ¡Vaya; que es usted el diablo!
« ¿Cuándo ha de estarse usted quieto
« Y tener juicio?... » La madre
De carácter mas severo
Os dice, guiñando el ojo:
« Repare usted que hay enfermos,
Y no es ocasion de hablar... »
Las niñas, al mismo tiempo,
Retozándoles la risa
Y con la vista en el suelo,
Procuran disimular
Que la indirecta entendieron...

Dona Leoncia. ¡Corta!... ¡corta!... ¡Qué tijera!
Don Pedro. ¿No voy bien, señor maestro?

ESCENA IV.

DON LUIS, DON PEDRO, DOÑA LEONCIA, DOÑA INES, JUANA, DON TEODORO.

Don Teodoro. Toda la familia junta :
Así me gustan las casas,
Arregladitas... Señoras,
A ustedes fuera insultarlas
Preguntarles cómo están;
Basta el mirarles la cara,
La tez, el color... Me alegro

(*A don Pedro.*)

De veros, que ha una semana
Que no lograba ese gusto.
Don Pedro. Yo le doy á usted mil gracias
Por su atencion.
Don Teodoro. Hay personas
Que naturalmente agradan
Por su buen ángel...
Don Pedro. Seguro.
Don Teodoro. Se lo dije á vuestra hermana
Desde que os ví.
Doña Leoncia. Ciertamente.
Don Teodoro. Aunque uno tenga sus faltas,
Ligerezas de muchacho,
El mérito siempre encanta
Donde quiera que se halle...
Don Pedro. Deje usted...
Don Teodoro. Se me antojaba
Que aun se os conoce un poquito
La fluxion.
Don Pedro. No será nada.
Don Teodoro. Con todo, algun cocimiento
De flor de llanten y malvas...
Don Pedro. Voy mejor, gracias á Dios.
Don Teodoro. Es que si luego se arraiga
Ese dolor... Ya se ve;
Meditaciones, la larga
Lectura, graves cuidados...
Don Pedro. La edad, la edad.
Don Teodoro. ¡Pues no es mala

La aprehension! ¿Usted se burla?
La edad... Quisiera acertarla...
A ver si le yerro mucho:
La vista viva, la planta
Firme... Serán... ¿treinta y ocho?

Don Pedro. Y otros doce de adehala.

Don Teodoro. No es posible.

Don Pedro. Cuente usted:
Soy el mayor, y á mi hermana
Le llevo unos cinco años...

Doña Leoncia. Teodoro, oiga usted.
(*Con suma viveza.*)

Don Pedro. Aguanta, *ap.*
Que yo ya me he sacudido
El zángano.

Doña Leoncia. ¿Qué se habla
Hoy por la Puerta del Sol?

Don Teodoro. De noticias de importancia
Pocas, muy pocas: anoche
Anduvieron á estocadas
En la partida de juego...
¡Si la paciencia no basta
Para sufrir al marqués!...
¡Qué trapalon!... Triunfa, gasta,
Juega, miente, petardea...
Pues la mujer... ya es alhaja!
Y su eterno cirineo
No es muy bobo... Mesa franca,
Coche puesto, ropa limpia...
Pero ciertas voces andan
De que va á perder el pobre
La prebenda, y que la sacan
A oposicion... Pues yo apuesto
A que el capitan la gana
Entre dos mil concurrentes:
No hay quien asalte una plaza...
De amor, ni un plato sopero
Con mas arte... Hasta á la maula
De la Isabel engañó;
Bien que la niña...

Don Pedro. Ya escampa.

Don Teodoro. Desde el año de ocho acá
Ha desplumado en sus garras
Tres oficiales franceses,

Dos polacos, al fantasma
Del contador italiano...
¿Y de los nuestros? No es nada :
A un consejero, á un doctor,
Al ricote de la Habana
Que quebró... ¿No os acordais?

(*A doña Leoncia.*)

El que tuvo las palabras
Con aquel capigorron,
Que con la andaluza gasta
Todo el beneficio simple...

Doña Leoncia. No caigo.

Don Teodoro. Y ella se llama...
¿No la conoceis, don Pedro?
Una buena moza, alta,
Blanca y rubia... el mejor fruto
Que han dado las Alpujarras...
¿Ni usted, Luisito?

Don Luis. Tampoco.

Don Teodoro. Pues es preciso que Juana
Haga memoria : la madre
Va vestida de beata,
Con sayal de san Antonio.

Juana. ¿La que salió desterrada
Por hallarle aquel marido
El contrabando en su casa?

Don Teodoro. La misma; jamas he oido
Ocurrencia de mas gracia :
¿No la sabe usted, don Pedro?
Pues fué entonces muy sonada...

Don Pedro. ¿Quiere usted venir, Luisito,
Concluiremos en mi sala
La cuentecilla pendiente?

Don Luis. Como usted guste.

ESCENA V.

DOÑA LEONCIA, DOÑA INES, JUANA, DON TEODORO.

Don Teodoro. Me agrada
El modo de despedirse
A la francesa... son mañas

De los señores de juicio.
Si se les dice una chanza,
Se ponen serios; y luego
De noche toman la capa;
Se calan bien el sombrero,
Van volviendo atras la cara,
Y andan armados en corso
Cruzando por la Fontana.

Doña Leoncia. Hoy venis de buen humor.

Don Teodoro. Pues si es verdad; si me enfadan
Pecadores vergonzantes
De guardilla...

Doña Leoncia. No me engañan
A mi tampoco.

Don Teodoro. ¡El Luisito!...

(*A doña Ines.*)

Pues de esta vez no se escapa
Sin que sepais sus milagros...
¿Sonó la puerta?...

Doña Leoncia. No es nada.

Don Teodoro. Capaces son de escucharnos...

Doña Leoncia. Pues vamos á la otra sala,
Y allí con satisfaccion...

Don Teodoro. En sabiendo usted las gracias

(*A doña Ines.*)

De tal novio, no haya miedo
Que sienta perder la alhaja.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INES y JUANA, EN ADEMAN UNA Y OTRA DE COSER ALGUNOS ADORNOS MUJERILES.

Juana. ¿Por eso tan abatida?
No lo creyera á no verlo.

Doña Ines. ¿Te parece poco?

Juana. ¡Vaya!
Nunca ha llorado por menos

Una mujer.... Señorita,
Si usted no ensancha ese pecho,
Va á ser mártir en el mundo.
Yo tambien tuve algun tiempo
Disgustos y niñerías,
Quise bien, rabié de zelos,
Y una riña con el novio
Bastaba á quitarme el sueño :
¿Y qué saqué? Desengaños.
¿Querer á los hombres? ¡Fuego!
Fingir amor, engañarlos,
Echar á cien el anzuelo;
Si uno se escapa, otro cae;
Si uno se muere, otro al puesto;
Y en clavándose algun bobo,
Casorio, y negocio hecho.

Doña Ines. No me aflige el no casarme;
Aunque en verdad te confieso
Que amo á Teodoro, y quisiera
Sin obstáculos ni riesgos
En breve llamarle mio...
Solo este estado violento
De incertidumbre y de dudas,
El ver sus finos obsequios
A mi madre, el verme esclava,
Y que aun decir que le quiero
Ha de ser en mí un delito...

Juana. ¡Ahí es nada! ¿No ha de serlo?
¡Una soltera querer!
No faltaba mas. Un gesto,
Una seña, una mirada,
Es peor que un sacrilegio
En una pobre doncella :
« Niña, cuidado con eso;
« No vuelvas atras la cara;
« No me gustan secreteos;
« No te asomes á la reja... »
¡Mal haya tantos consejos
De las madres! ¿Y porqué
No dan ellas el ejemplo?...
Pero es la ley del embudo.
En ellas todos está bueno:
Bailan, juegan, se divierten,
Llevan al lado el cortejo,

Dejan en casa al marido...
Y el pueblo, el bendito pueblo
¿Qué dice?... Nada; que es moda.
¿Pues cuándo llegará el tiempo
De moda para nosotras?

Doña Ines. Calla, loca.

Juana. Si me quemo
De ver lo que pasa hoy dia:
Las unas tienen derecho
De hacer cuanto les da gana;
¿Y las otras? Ni por pienso:
La opinion... el qué dirán...
El pudor, el embeleco...
¡Ay, Dios mio! ¡Quién saliera
De este triste cautiverio,
Y lográra echar el gancho
Aunque fuera á un moro negro!
Pero no: que al tal Perico
Le he de cantar un solfeo
Que no ha de querer oirme...
Y usted, señora, lo mesmo
Debiera hacer con su amo...

Doña Ines. No dices mal.

Juana. Pues á ello:
Hoy mismo, si hay ocasion,
Hablarle poquito y bueno.
Por él ha dejado usted
A don Luis, que aunque es tan serio,
Al fin es jóven y rico;
Por él está usted sufriendo
La mala cara del tio;
Por él no tiene un momento
De tranquilidad y gusto:
Si habló á mi madre en secreto,
Si la acompañó al teatro,
Si juntos los dos se fueron
Al baile...

Doña Ines. Mira esta noche
Lo que me espera!...

Juana. ¡Reniego
De quien lo sufre! Nosostras
En nuestro cuarto cosiendo,
Luego á cenar como monjas,
Y á la cama; mientras ellos

A la comedia, á la danza,
A estar bailando y riyendo
Hasta ya salido el sol...
Vendrá muy cansada luego
La mamá; se acostará;
Nos levantaremos quedo,
No despierte y se incomode...
¡Vaya! No tengo yo genio
De sufrir tanto.

Doña Ines. ¿Y qué quieres
Que haga yo?

Juana. Poner remedio:
Decir al tal don Teodoro
Cuantas son cinco; y si luego,
Luego, no quiere casarse,
Sin mas plazo ni mas tiempo
Que el que se le da á un ahorcado,
Pasaporte y viento fresco.

Doña Ines. Pero ¿cómo he de atreverme
A manifestar deseos
De que acelere la boda?

Juana. Pues pudrirlos en el pecho,
Sufrir, rabiar, y entre tanto...

Doña Ines. No sé qué hacer... pero temo
Dar un disgusto á mi madre.

Juana. Pues dejarle libre y quieto
Al don Teodoro, y despues...

Doña Ines. Calla, mujer...

Juana. No hay mas medio
De que haya paz en la casa

Doña Ines. Tienes razon...

Juana. Pues hacedlo;
Olvidarle...

Doña Ines. No mas, Juana...

Juana. Decirle que en ningun tiempo
Tiene que pensar...

Doña Ines. Por Dios...

Juana. ¿Pues qué adelantais sufriendo
Y dilatando el martirio?

Doña Ines. Pero, ¿y mi madre?...

Juana. ¡No es bueno
El escrúpulo! ¿Y porqué
Le ha de tener tanto miedo
Al dulce nombre de *suegra?*

Si al principio le hace gestos,
Ella se acostumbrará;
Y si no, pronto remedio:
Antes de pasar tres años
Ya le llamará algun nieto:
Abuela, abuelita mia...

Doña Ines. Siempre estás de fiesta.

Juana. Y siento
No estarlo mas; pero chito:
Que me parece han abierto
Una puerta...

Doña Ines. Si es don Luis..

Juana. Ese mismo caballero.

ESCENA II.

DOÑA INES, JUANA, DON LUIS.

Don Luis. ¡Válgame Dios, qué aplicada!
Hasta en la siesta...

Doña Ines. Tenemos
Que acabar estos adornos
Para la noche, y no hay tiempo

Don Luis. Supongo ireis á lucirlos
Al teatro.

Doña Ines. No por cierto:
Son para mamá; ni aun voy
Esta noche al coliseo.

Don Luis. ¿Y porqué?

Doña Ines. No tengo humor.

Don Luis. ¿De veras?

Doña Ines. Como lo siento.

Don Luis. No es decir que me engañeis;
Pero lo extraño.

Doña Ines. ¿Y no puedo
Tener tambien mis caprichos?

Don Luis. Ya... pero con todo eso...
Carnaval... no ir al teatro...
Y aun me parece que advierto
Que estais un poco encendida...

Doña Ines. Estoy ha rato cosiendo,
Y me duele la cabeza.

Don Luis. Yo dijera... pero temo
Que me llameis malicioso.

Doña Ines. Decidlo, no tengais miedo.
Don Luis. Si lo acierto, ¿sereis franca?
Doña Ines. Sí, lo seré.
Don Luis. No lo creo.
Doña Ines. ¿Porqué?
Don Luis. Porque las mujeres
Muy rara vez suelen serlo.
Doña Ines. No está mala la lisonja;
Por mi parte la agradezco.
Don Luis. No es la culpa de ellas, no.
Doña Ines. ¿Pues de quién?
Don Luis. Bien podeis verlo
Por vuestra propia experiencia...
Doña Ines, Os juro que no os entiendo.
Don Luis. Harto será: ¿Pues acaso,
Desde los años mas tiernos,
A qué enseñan á las niñas?
A ocultar dentro del pecho
Los gustos mas inocentes,
A disfrazar sus deseos,
A desmentir con sus voces...
¿Qué, suspirais?
Doña Ines. No por cierto;
Seria casualidad.
Don Luis. Mas vale así. ¿Pero tengo
Razon en lo que decia?
Doña Ines. Tal vez...
Don Luis. En este momento
Lo está probando usted misma...
Doña Ines. ¿Cómo?
Don Luis. Con ese silencio.
Doña Ines. ¿Pues qué quiere usted que diga?
Don Luis. Lo que sintais.
Juana. Sin rodeos
Ni embustes: cuanto habeis dicho
Es, señor, el evangelio.
Doña Ines. ¡Ay, don Luis! ¡Y cómo envidio
El ser hombre!
Don Luis. Así lo creo:
Ni fingen ni disimulan...
Doña Ines. Al menos, pueden no hacerlo;
¡Pero nosotras... nosotras!...
Una voz, un solo acento,
Una mirada es un crímen...

Don Luis. ¿Mas, en fin, yo no merezco
De usted ni una confianza?

Doña Ines. No tengo ningun secreto,
Ni estoy triste.

Don Luis. (*Con vehemencia.*) Yo quisiera
Que me contaseis, al menos,
Por vuestro mejor amigo;
Ninguno con mas derecho,
Ninguno, Inesita, nadie...
Mas me olvidaba... Mudemos
De conversacion.

Doña Ines. ¿Porqué?

Don Luis. ¿Ha salido ya don Pedro,
Juana?

Juana. Hace mas de una hora.

Don Luis. En el café...

Juana. Por supuesto:
Allí estará con su gente
De peluquin, revolviendo
Los huesos á todo el mundo;
Hablando mal y gruñendo
De los jóvenes del dia,
Para celebrar sus tiempos.

Doña Ines. ¿Callarás, Juana, esta tarde?...
Me parece estais suspenso,
Don Luisito.

Don Luis. Estoy pensando
Dónde he de pasar el tiempo
Hasta ir al Prado...

Doña Ines. ¿Y no mas?

Don Luis. ¡Qué sé yo!...

Doña Ines. ¿Si el mal ejemplo
Del disimulo en las niñas...

Don Luis. Acabad.

Doña Ines. Irá cundiendo
Como contagio á los hombres?

Don Luis. No sé... Voy á ver si encuentro
En el café á vuestro tio.

Doña Ines. Divertirse.

Don Luis. Lo agradezco.
A los piés de usted... (*Se queda paradr*

Doña Ines. ¿No os vais?

Don Luis. Pensaba... Mas voy corriendo
No se vaya... Hasta la noche.

Doña Ines. Haceis bien en huir del riesgo.
Don Luis. ¿De qué riesgo?...
Doña Ines. Del contagio.
Don Luis. ¿Qué contagio?... No me acuerdo.
Doña Ines. Del disimulo en las niñas...
Don Luis. Yo estoy libre.
Doña Ines. Lo celebro.

ESCENA III.

DOÑA INES y JUANA.

Juana. Señorita... señorita...
Doña Ines. ¿Qué dices, Juana?
Juana. Sospecho
Que hay reliquias...
Doña Ines. No; te engañas.
Estimo á don Luis, le aprecio,
Le quise; pero me inspira
Mas amistad y respeto
Que no amor: el no encontrar
Obstáculos ni tropiezos
Para nuestra union, el verle
De continuo y sin recelo,
Y el no oponerme rival
Que despertase mi afecto,
Le hizo entibiar poco á poco.
Juana. Quizá quisiera usted menos
A don Teodoro, si no...
Doña Ines. ¡Ay Juana!
Juana. ¿Os toqué muy recio
En la herida?
Doña Ines. Yo no sé...
Ni yo misma decir puedo
Lo que sufro.
Juana. Lo conozco.
Doña Ines. Mirarle á cada momento,
Y apenas poder hablarle;
Estar con rostro sereno
Y la sonrisa en los labios,
Cuando me falta aun aliento;
Sufrir sin poder quejarme;
Callar, y abrasarme en zelos...
No, Juana, no me es posible

Tolerar tantos tormentos;
Sin juicio estoy.

Juana. No, por Dios,
No os aflijais.

Doña Ines. Y no encuentro
Ni remedio ni esperanza,
Ni aun una persona al menos
Que tome parte en mi suerte...

Juana. No lloreis.

Doña Ines. Mi padre lejos...
Mi tio, es verdad, me quiere;
Pero aborrece en extremo
A Teodoro, y por su gusto...

Juana. ¿Cómo ha de querer el viejo
Que un jóven franco y garboso
Saque á lucir su dinero?
Primero os verá cien veces
Llevar palma en el entierro.

Doña Ines. Si es mi madre...

Juana. ¿Vuestra madre?
¡Pues no era malo el empeño!
Si esperais para casaros
Tener su consentimiento,
Ahí cerca están las Descalzas...
¡Y con Teodoro! Por cierto
Celebrará la eleccion.

Doña Ines. ¿Con que nunca esperar debo
Ser su esposa?

Juana. ¿Y por qué causa?...
¿No le amais? ¿No os tiene afecto?
Pues queriendo dos amantes,
¿Qué son cien viejas, cien viejos,
Padres, abuelos y tios,
Familia, amigos y deudos?

Doña Ines. Pues, Juana, mucho le amo;
Pero á tanta costa...

Juana. Creo
Que le amais poco.

Doña Ines. Mi vida...

Juana. Pues si le amais, y estais viendo
Qué si os parais en pelillos,
Nunca llegará á ser vuestro...

Doña Ines. ¡Nunca!... (*Levantándose.*)

Juana. ¿Pues lo duda usted?

Doña Ines. (*Con vehemencia.*) Y en este sitio, aquí mismo,
A mi vista, ante mis ojos
Otra mas feliz!... ¿Qué es esto?...
¿Ines, has perdido el juicio?
¡Qué sospecha!... Me avergüenzo
De mí mismo... Compadece
El estado en que me veo,
Juana, y por Dios, no me culpes.
Juana. ¡Yo, señora!
Doña Ines. En ningun tiempo
Sepa nadie...
Juana. ¿Qué decis?
Doña Ines. Yo en adelante te ofrezco
Ser mas prudente...
Juana. Señora.
Doña Ines. Sabré encerrar en mi pecho
Mi pasion; sabré ocultarla,
Aunque me cueste el esfuerzo
La vida; diré á Teodoro...

ESCENA IV.

DOÑA INES, JUANA, DON TEODORO.

Don Teodoro. ¿Qué, bien mio?
Doña Ines. ¡Ay, Dios!
Juana. Por cierto
Nunca á mejor ocasion
Pudierais llegar.
Doña Ines. Si os debo
Algun cariño, Teodoro,
Dejadme en este momento
A solas...
Don Teodoro. ¿Porqué?
Doña Ines. Mañana...
Don Teodoro. (*Se sienta.*) De esta silla no me muevo
Sin saber cuanto ha pasado.
Doña Ines. En otra ocasion; que temo
No se levante mi madre.
Don Teodoro. ¡Pues tengo bonito genio
Para volverme á la calle
Con la píldora en el cuerpo!
Doña Ines. Yo os lo diré.
Don Teodoro. Dilo ahora.

¿Ha echado sermon el viejo?

Doña Ines. No señor.

Don Teodoro. ¿Fué la mamá?

Doña Ines. Tampoco.

Don Teodoro. ¿Pues qué hay de nuevo
Para tantas ceremonias?

Doña Ines. Nada... nada...

Don Teodoro. Así lo creo.

Juana. Y acierta usted. Todo el caso...

Doña Ines. Calla, Juana...

Juana. Sin rodeos...

Doña Ines. Calla.

Juana. No me haga usted señas;
Si no lo digo, reviento.

Doña Ines. Pues yo me iré...

Don Teodoro. No, mi vida.

(*Levantándose y deteniéndola.*)

Doña Ines. Si algo os merece mi afecto,
Dejadme que me retire
Un instante, pronto vuelvo.

Don Teodoro. Ahora mismo has de escucharme.

Doña Ines. Mi madre...

Don Teodoro. Estará durmiendo.

Juana. Ya se ve : para ir despues,
Sin soltar su sirineo,
A bailar toda la noche.

Don Teodoro. Calla, bachillera...

Juana. Y luego :
« ¡Mucho te quiero, Inesita! »

Don Teodoro. ¡Mala lengua!

Juana. Usted al juego,
Al Prado, á la fiesta, al baile;
Y ella llorando y gimiendo...

Doña Ines. Yo te aseguro...

Juana. La pobre
Hecha un mártir...

Don Teodoro. No hay remedio :
Ha de hablar aunque la ahorquen.

Doña Ines. Juana!

Juana. Si ya en estos tiempos
Es malo decir verdades.

Don Teodoro. Por san Francisco te ruego
Que calles solo un minuto.

Juana. Ya pasó.
Doña Ines. Yo no sosiego,
No despierte mi mamá...
Don Teodoro. Pues que Juana esté en acecho
En la puerta, y nos avise...
Juana. ¡Yo avisar!... lo que deseo
Es que ós coja en el garlito,
Y os arranque los cabellos.
Don Teodoro. Con mil diablos, ve á la puerta.
Que mañana te prometo...
Doña Ines. Ve, Juana, yo te lo pido.
Juana. Ya voy.
Don Teodoro. Pronto...
(*Cogiéndola del brazo.*)
Juana. Cepos quedos:
Que puede verlo la vieja...
Don Teodoro. ¡Ah, bribonaza!
Juana. En tosiendo...
Don Teodoro. Ya estamos.
Doña Ines. No te descuides.
Juana. Buena atalaya habeis puesto.
(*Yéndose hácia la puerta.*)
Don Teodoro. Ines mia, ¿y es posible
Que puedo hablarte un momento
Con alguna libertad?
Doña Ines. ¡Sŏn tantos vuestros deseos!
Don Teodoro. ¿Pues lo dudas?
Doña Ines. Yo no dudo
Lo que por mis ojos veo.
Pero, en fin, no es ocasion
De perder estos momentos
En quejas; solo quisiera
Saber de usted...
Don Teodoro. ¿Qué?
Doña Ines. Si puedo
Mereceros un favor. .
Don Teodoro. Cuanto valgo, cuanto tengo,
Mis bienes, mi vida, todo
Es tuyo.
Doña Ines. Yo no apetezco
Tanto...
Don Teodoro. ¿Pues qué es lo que quieres?
Doña Ines. Que vuelva usted á mi pecho

La paz (¡ay Dios!) que ha perdido...

Juana. Que no sea usted embustero;

(Viniendo y hablando de prisa.)

Que le cumpla la palabra;
Que no engañe á dos á un tiempo...

Don Teodoro. Que el diablo te lleve, amen.

(Remedándola.)

Doña Ines. Juana, por Dios.

Juana. *(yéndose).* Ya me vuelvo.

Don Teodoro. ¿Ahora callas, y suspiras?
¿Ni una palabra merezco?

Doña Ines. No me es posible, Teodoro,
Explicaros los tormentos
Que sufro; ni está en mi mano
Disimularlos mas tiempo.

Don Teodoro. ¡Tú sufrir!... ¿Y qué, cruel?...

Doña Ines. Ahora no se trata de eso:
Solo sí...

Don Teodoro. ¿De qué, mi vida?

Doña Ines. De que pongamos remedio.

Don Teodoro. El que gustes: por mi parte...

Doña Ines. Dadme palabra.

Don Teodoro. La ofrezco.

Doña Ines. Mirad que es duro el partido.

Don Teodoro. Dilo, pues.

Doña Ines. Nunca mas vernos.

(Despues de una breve suspension.)

Don Teodoro. ¿Y tienes valor siquiera
De decirlo?... Mas sospecho
Que te burlas.

Doña Ines. No, Teodoro:
Harto me cuesta el esfuerzo;
Pero es preciso.

Don Teodoro. ¿Y porqué?

Doña Ines. Porque lo tengo resuelto.

Don Teodoro. Sin duda ya no me amas...

Doña Ines. ¡Ojalá!

(Con ternura.)

Don Teodoro. ¿Pues á qué efecto
Separarnos?

Doña Ines. Porque así

Será mas fácil...

Don Teodoro. Te entiendo :
Olvidarme ; ¿ no es verdad ?

Doña Ines. Bien quisiera ; mas no puedo.

Don Teodoro. ¿ Lo quisieras ?

Doña Ines. ¡ Que sé yo !...
En tal situacion me veo,
Que ni sé lo que me pasa,
Ni tampoco lo que quiero ;
Solo sé que es insufrible
Este continuo tormento ;
Y que si callo, me abraso ;
Y se llego á hablar, me pierdo.

Don Teodoro. No llores, mi bien, no llores.

Doña Ines. Pues abrazad ese medio
De salvar á una infeliz.

Don Teodoro. ¿ Y no hay otro ?

Doña Ines. No le encuentro.

Don Teodoro. Yo sí.

Doña Ines. ¿ Cuál ?

Don Teodoro. Hablar hoy mismo
A tu madre.

Doña Ines. Es vano intento.

Don Teodoro. ¿ Porqué ?

Doña Ines (con ternura). ¡ Ingrato, tú lo sabes !

Don Teodoro. No lo sé ; pero si vemos
Que se obstina en oponerse
A nuestros justos deseos,
Entonces... Ines... ¿ me amas ?

Doña Ines. ¿ Lo preguntas ?

Don Teodoro. No tardemos
En ser felices...

Doña Ines. ¿ Y cómo ?

Don Teodoro. Pronto la sabrás.

Doña Ines. ¿ No puedo
Saberlo ahora mismo ?

Don Teodoro. ¿ Quieres ?

Doña Ines. Sí, Teodoro, te lo ruego.

Don Teodoro. Quizá no tengas valor...

Doña Ines. Te adoro ; y no he de tenerlo !

Don Teodoro. ¿ Juras ser mi esposa ?

Doña Ines. Sí.

Don Teodoro. Pues oye el único medio
De ser en breve dichosos...

(Sale Juana corriendo.)

Juana. Que viene...
Don Teodoro. A Dios.
Juana. Ya no hay tiempo.

(Don Teodoro se queda en medio de la sala, doña Ines se sienta, y coge la costura, inclinando la cabeza para ocultar el rostro: Juana se queda en pié hasta despues.)

ESCENA V.

DOÑA INES, JUANA, DON TEODORO, DOÑA LEONCIA.

(Doña Leoncia al salir se encara con don Teodoro.)

Doña Leoncia. ¡Ola!... ¡Que sea norabuena!
¿Tanto bueno por mi casa,
Sin saberlo yo?
Don Teodoro. Ahora mismo...
Juana. En este momento acaba...
Doña Leoncia. Calla tú.
Juana. Yo iba á llamaros...
Don Teodoro. Dije que no os despertára,
Por dejaros sosegar.
Doña Leoncia. Yo le doy á usted mil gracias
Por su fineza...
Don Teodoro. Previendo
La mala noche que aguarda...
Doña Leoncia. Si os digo que lo agradezco.
Don Teodoro. Estarse hasta la mañana
Sin dormir...
Doña Leoncia. Lo estimo mucho.
Don Teodoro. Hallándoos tan delicada...

(Se acerca y le dice en tono bajo.)

Y sabiendo el interes
Que me tomo...

(Aparte á don Teodoro.)

Doña Leoncia. ¡Ah, buena maula!...
Ya las pagará usted todas.

(Juana estará ya sentada, cosiendo al lado de doña Ines, y le habla en tono bajo.)

Juana. Señorita.
Doña Ines *(en voz baja).* Juicio, Juana.

(En voz alta.)

Don Teodoro. Pues ha de estar divertida

La funcion...
Doña Leoncia (*en voz baja.*) Bien preparada
Voy yo para divertirme.

(*En voz baja.*)

Don Teodoro. ¿Por qué motivo?
Doña Leoncia (*en voz baja.*) Por nada.

(*En voz baja.*)

Don Teodoro. ¿Pues qué habeis visto?
Doña Leoncia (*en voz baja.*) Negadlo.

(*En tono alto.*)

Juana. Señora; ¿usted no repara
Que esa labor va torcida?
Doña Ines. Bien lo advierto.
Juana. Pues quitarla.

(*Don Teodoro se aparta de doña Leoncia, y dice alto, paseándose por el teatro, y acercándose algunas veces, segun denoten los versos.*)

Don Teodoro. Banca, baile, buena cena,
Mucha gente convidada...

(*Aparte á doña Leoncia.*)

Yo os daré satisfaccion.

(*Aparte á don Teodoro.*)

Doña Leoncia. No es menester.
Juana (*en tono alto*). Si se os pasa
El punto.
Doña Ines. Ya le cogí.
Don Teodoro. Si es la fiesta cual la alaban,
No ha de haber otra en la córte:
Los disfraces y las galas
Van á asombrar.
Juana En mi tierra
Tambien salen mogigangas
Por el córpus; yo ví una
Con diablillos de dos caras...
Don Teodoro. Mujer, ¿que entiendes tú de eso?
Doña Leoncia. Aquí, Juana, no te llaman...

(*En tono bajo.*)

Don Teodoro. Siempre usted con niñerias...

(*En tono bajo.*)

Doña Leoncia. No piense usted que me engaña;
Aunque callo y sufro... puede...
Juana. ¡Maldita sea mi garganta!

(*Tose de propósito.*)

(*En tono alto.*)

Don Teodoro. Pues... como digo la cosa...

(*Aparte y levantándose.*)

Doña Ines. No puedo mas: vente, Juana.
Doña Leoncia. ¿A dónde vas?
Doña Ines. A mi cuarto.
Doña Leoncia. ¿Qué tienes?
Doña Ines. Un poco mala
De la cabeza.
Don Teodoro. Si es cosa
De médico...
Doña Ines. Muchas gracias.
Don Teodoro. Voy volando...
Doña Ines. No, señor.
Don Teodoro. Será de estar aplicada
Por la siesta.
Doña Ines. Puede ser.
Doña Leoncia. Si es jaqueca, se le pasa
En acostándose un poco.
Don Teodoro. Siempre es bueno que le hagan
Una taza de café...
Doña Leoncia. Sí, niña; y luego descansa,
Aunque sea en el sofá:
Juana quedará encargada
De mandarme los vestidos...
Doña Ines. Yo lo haré.
Doña Leoncia. No, que estás mala;
Juana lo hará: el de teatro
Y el otro.
Juana. Estoy enterada.
Doña Leoncia. Y que al tiempo de vestirme
No me empiecen á hacer falta
Otras mil cosas...
Don Teodoro. ¿Pues dónde
Vais á vestiros?
Doña Leoncia. A casa
De mis primas: desde anoche

Quedamos apalabradas
Para ir juntas al teatro...
Supongo, si hay quien nos haga
El favor de acompañarnos...

Don Teodoro. Es regular que yo vaya
Un rato... Quedan tres noches...

Doña Ines. A Dios, mamá.

Doña Leoncia (*á Juana*). Hazle la taza
De café; (*á Ines*) y antes de irnos
Te dejaré sosegada.

Doña Ines. Me aliviaré; no me acuesto.

Don Teodoro. Es que si luego recarga...

Doña Ines. No querrá Dios.

Don Teodoro. Mas con todo,
Si la jaqueca se agrava...

Doña Ines. No temais; segun me siento,
(*Con énfasis.*)
Pronto me veré curada.

(*Doña Ines se retira: Juana habrá recogido la costura, y la sigue hácia los cuartos de adentro.*)

ESCENA VI.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

(*Doña Leoncia se sienta mostrando disgusto: don Teodoro se acerca fingiendo timidez, siéntase á corta distancia, y se aproxima por grados.*)

Doña Leoncia. Para enfermero mayor
De un hospital sois alhaja.

Don Teodoro. ¡Maliciosa!...

Doña Leoncia. ¿Pues es malo
Celebrar vuestra eficacia?

Don Teodoro. En viendo yo padecer...

Doña Leoncia. Y mas en teniendo faldas
La paciente...

Don Teodoro. Y aunque no.

Doña Leoncia. Y si es bonita y muchacha...

Don Teodoro. ¡Como á mí me gustan tanto!...

Doña Leoncia. ¡A usted! ¿Y quién le levanta
Ese falso testimonio?...

Don Teodoro. No lo diga usted por chanza:
Que es una verdad.

Doña Leoncia. Lo creo.
Don Teodoro. Nunca á mí me han hecho gracia
Las mozuelas : presumidas,
Inconstantes, casquivanas ;
Ni saben querer, ni saben
Como se cautiva el alma...
Doña Leoncia. En eso teneis razon :
Yo no sé qué gusto sacan
Los hombres de enamorarse
De esas mocosas.
Don Teodoro. ¡Qué fatuas!
Risas, señajos, melindres,
Cuatro frases estudiadas,
Y ve aquí todo su amor.
A mí tan solo me agrada
Una mujer de talento,
De una edad proporcionada,
Juiciosa, bella, sensible,
Que sepa como se paga
El amor... ¿pongo un ejemplo?...
Doña Leoncia. ¡Ah, bribon!...
Don Teodoro. Sin otra falta
Que ser un poco zelosa
Con quien de veras la ama.
Doña Leoncia. Y tiene razon.
Don Teodoro. Ninguna.
Doña Leoncia. Le sobra.
Don Teodoro. Estais engañada.
Doña Leoncia. Me desespero... (*alzando la voz.*)
Don Teodoro. Si os digo... (*lo mismo.*)

ESCENA VII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

Juana. ¿Ha de ir la cinta plegada,
O solo cosida al aire?
Doña Leoncia. ¿Pues no te dije que á tablas?
Juana. Se me olvidó.
Doña Leoncia. ¡Qué cabeza!
Juana. Ni que fuera valenciana.

(*Al irse hace señas de amenaza á don Teodoro.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

Don Teodoro. Todo es aprehension, capricho...
Doña Leoncia. Si á mí nada se me escapa.
Don Teodoro. Es engaño.
Doña Leoncia. Va de muchas.
Don Teodoro. Si no le hablé dos palabras.
Doña Leoncia. Si os ví yo con estos ojos...
Don Teodoro. Pregúntelo usted á Juana.
Doña Leoncia. ¡Buen testigo!
Don Teodoro. ¿Porqué no?

ESCENA IX.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

Juana. Me parece que no alcanza
La cinta.
Doña Leoncia. Pues poner otra.
Juana. Voy al instante...
Doña Leoncia. Pues anda...

Juana se retira, y habiendo entrado, vuelve luego á salir habla á su turno.)

(A don Teodoro.)

Yo quiero ser sola, sola.
Don Teodoro. Teneis razon.
Doña Leoncia. Sola, ó nada.
Juana (al salir). ¿Pongo la azul ó la verde?
Doña Leoncia. Pon la que te diere gana.
Juana. Yo por no errar...
Doña Leoncia. Si me ardo...
Don Teodoro. No os impacienteis.
Doña Leoncia. Despacha:
Que es muy tarde.
Juana. Voy, señora...
Doña Leoncia. Mas despacio.

ESCENA X.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

Doña Leoncia. Se me abrasa
La sangre con gente torpe.

Don Teodoro. Y luego el pecho lo paga.
Doña Leoncia. ¡Ben cuidado le da á usted!
Don Teodoro. Mas que si yo lo pasára.
Doña Leoncia. ¡La pícara que lo crea!
Don Teodoro. Dejad por Dios esas chanzas...
Doña Leoncia. Son veras.
Don Teodoro. Tengamos paz:
Se echó la bandera blanca,
Y esto se acabó.
Doña Leoncia. ¡Si acaso!...
Me teneis muy enfadada.
Don Teodoro. ¿Quereis amargar la fiesta?
Pues á fe que bien amarga
Me espera á mí.
Doña Leoncia. Pues, ¿porqué?
Don Teodoro. Y por fin, si la encontrára
Tan grata como otras veces...
Doña Leoncia. Explíquese usted.
Don Teodoro. No es nada.
Doña Leoncia. Hablad claro...
Don Teodoro. Mi familia
A cien leguas de distancia!
Yo en Madrid contra su gusto,
Porque una pasion me arrastra...
Doña Leoncia. Pero ¿no puedo saber?...
Don Teodoro. Me ven así, y se propasan...
Doña Leoncia. Por Dios, Teodoro, por Dios,
Que ya me teneis en ascua...
Don Teodoro. No es cosa grave...
Doña Leoncia. Decidla:
Quizá podré remediarla.
Don Teodoro. Bien podeis; pero... primero!...
Le diré que si me agravia
Esta noche, si me insulta,
Aun sé manejar la espada.
Doña Leoncia. Pero, ¿quién?...
Don Teodoro. Ese villano
De asentista... echar bravatas
Por tres miserables onzas...
Al fin plebeyo.
Doña Leoncia. Acabára
Usted con doscientos santos!
Que estaba como azogada,
Creyendo que era otra cosa.

Don Teodoro. Cuando del honor se trata
De un hombre... Si lo supiera
Mi tio el oidor de Canarias!

Doña Leoncia. Pero, ¿porqué ha de saberlo?
¿Acaso en Madrid os faltan
Amigos?

Don Teodoro. ¡Pedirles yo!
Antes...

Doña Leoncia. Pero, si se halla
Una persona que os sirva,
Aunque no cual deseára...

(*Saca una bolsita con dinero.*)

Don Teodoro. ¡Verme así!

(*Fingiendo distraccion.*)

Doña Leoncia. Mucho mas siendo
Persona de confianza...

(*Le alarga la bolsa con timidez.*)

Don Teodoro. Mas ¿qué es esto? usted tambien
Contra mí?... Porque me hallan
Sin recursos!...

Doña Leoncia. ¿Pero acaso?...

Don Teodoro. Solo dándome palabra...

Doña Leoncia. Por Dios, no me saque usted
Los colores á la cara:
Así como así, la bolsa
La llevaba preparada
Para jugar esta noche;
Hago cuenta que jugaba
Con usted de compañía,
Y que perdimos tres cartas.

Don Teodoro. Si supiera tener suerte...

Doña Leoncia. No me dejeis desairada.

(*Instándole.*)

Don Teodoro. Solo con la condicion
De que partamos ganancias...

Doña Leoncia. Como gusteis.

Don Teodoro. Y aun así...

Doña Leoncia. No me avergonceis, tomadla;
Yo os lo ruego.

Don Teodoro. ¡Ay! ¿quién resiste

(*Toma la bolsa.*)

A una persona á quien ama?
Doña Leoncia. ¿De veras? ¿no me engañais?
Don Teodoro. No, dulce prenda adorada,
Mi ángel tutelar!..

(*Cógele con ternura una mano, en ademan de ir á besársela; y mirando hácia la puerta, descubre á doña Ines y á Juana, que llegan al mismo tiempo y se quedan paradas.*)

¡A Dios! *ap.*

(*En tono alto.*)

Débaos esta sola gracia,
Y soy dichoso... Aquí mismo,
En union eterna y santa...
Doña Leoncia. ¿Qué decis?

(*Sigue don Teodoro estrechándole la mano, y hablando con pasion, que irá graduando insensiblemente.*)

Don Teodoro. A vuestro lado,
Sin salir de vuestra casa...
Doña Leoncia. No os entiendo, por mi vida.
Don Teodoro. Un sí, una sola palabra,
Y soy feliz.
Doña Leoncia. ¿Estais loco?
Don Teodoro. Yo os lo ruego: pronunciadla;
Por usted, por mí, por ella...

ESCENA XI.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, DOÑA INES, JUANA.

(*Doña Ines corre precipitada, se arroja de rodillas, y coge la otra mano de su madre: esta se levanta sorprendida.*)

Doña Ines. Sí, ¡madrecita del alma!
Hacedlo por mí tambien.
Doña Leoncia. ¿Qué es lo que dices, muchacha?
Doña Ines. No habrá mujer mas querida,
No habrá madre mas amada
En el mundo...

Doña Leoncia. Si no sé...
Doña Ines. Ya es inútil que se haga
Usted la desentendida;
Yo he escuchado cuanto hablaba
Teodoro...
Doña Leoncia. Pero ¿qué oiste?
Doña Ines. Si sus súplicas no alcanzan,
Mi amor, mis ruegos, mi llanto...
Doña Leoncia. Alzate, muchacha, alza,
Y explicate.
Doña Ines. No me muevo...
Doña Leoncia. Por Dios, que ya estoy cansada:
Habla claro.
Doña Ines. Y tú, Teodoro,
Ruega, dobla tus instancias,
Échate á sus piés.
Doña Leoncia. ¿Qué dices?
Doña Ines. Si le quiero, y él me ama...
Doña Leoncia. ¿A quién?
Doña Ines. Si os pide mi mano...
Doña Leoncia. ¡Pide tu mano!... ¿Qué hablas?
Quita, infame, si no quieres...
Doña Ines. Si en algo os ofendo...
Doña Leoncia. Calla,
Deshonra de tu familia...
Doña Ines. Oidme, por piedad...
Doña Leoncia. Aparta.
Doña Ines. No, madre mia...
Doña Leoncia. ¡Tu madre!...
Yo sabré serlo, hija ingrata;
Yo sabré serlo.
Doña Ines. ¡Por Dios!...

(*A don Teodoro.*)

Doña Leoncia. ¿Y así, vil hombre, se engaña
A una inocente?
Don Teodoro. Escuchadme.
Doña Leoncia. Salid pronto de mi casa,
Y nunca mas...
Don Teodoro. Pero, oidme...

(*A doña Ines.*)

Doña Leoncia. ¿Aun estás aquí, malvada?
Doña Ines. Yo me iré...

Doña Leoncia. Quítate al punto
De mi vista, antes que haga
Un ejemplar.
Doña Ines. Yo me iré...
Doña Leoncia. Pronto...
Doña Ines. Ya me voy...
Doña Leoncia. ¿No acabas?

ESCENA XII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

(*A don Teodoro.*) (*A Juana.*)
Doña Leoncia. ¿No os he dicho?... ¿Y tú tambien
Qué esperas aquí?
Juana. Aguardaba
A saber si los vestidos. .
Doña Leoncia. Tiralos por la ventana.
Juana. Es que si...
Doña Leoncia. Vete allá dentro.
Juana. Pero yo...
Doña Leoncia. La mas culpada
Eres tú.
Juana. ¿Yo?
Doña Leoncia. ¡Encubridora!
Juana. ¡Decirle á una mujer blanca
Esa expresion!...
Doña Leoncia. Mas mereces.
Juana. Mi familia es tan honrada
Como la mejor.
Doña Leoncia. A dentro.
Juana. Tengo una hermana casada
Con un cuadrillero.
Doña Leoncia. Vete.
Juana. Y un primo hidalgo en la Mancha.
Doña Leoncia. Vete con mil de á caballo.
Juana. Y nunca ha habido en mi casta
Ningun sambenito.
Doña Leoncia. Vete.
Juana. Que si tuviéramos plata,
No nos faltáran papeles
Como todos...
Doña Leoncia. Vete, Juana.
Juana. Pero sin el din, no hay don.

Doña Leoncia. ¿Qué demonio de ensalada
Estás revolviendo?

Juana. Digo...

(Con mucha rapidez.)

Digo que no digo nada.

ESCENA XIII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO

(Despues de una breve suspension.)

Doña Leoncia. No creyera, caballero,
Hallarme nunca en el caso
De deciros...

Don Teodoro. Yo tampoco
Pude nunca imaginarlo.

Doña Leoncia. No tema usted que le haga
Reconvenciones ni cargos:
Que si sois hombre de honor,
Bien podeis adivinarlos.
Solo le suplico á usted
Que jamas, ni por acaso,
Ni de mí ni aun de mi nombre
Volvais siquiera á acordaros.

Don Teodoro. ¿Y habla usted de veras?

Doña Leoncia. ¡Cómo!
¿Teneis acaso el descaro
De fingir?

Don Teodoro. Pero, hable usted;
Y por lo menos sepamos
Qué motivo ó qué pretexto...

Doña Leoncia. El hablar es escusado
Con un hombre...

Don Teodoro. Siga usted.

Doña Leoncia. Que acaba de dar tal pago
A mi amistad.

Don Teodoro. Si á lo menos
Se explicára usted mas claro,
Yo os diera satisfaccion.

Doña Leoncia. ¡Satisfaccion! Ni pensarlo.

Don Teodoro. Pues callaré: ¿quereis mas?
Aun siendo yo el agraviado...

Doña Leoncia. ¿En qué? Diga usted.
Don Teodoro. En nada:
Si ya os he dicho que callo.
Doña Leoncia. ¿Y qué pudierais decirme?
Don Teodoro. Que me está usted insultando,
Debiendo darme las gracias.
Doña Leoncia. ¡Las gracias! ¿Estais soñando?
Don Teodoro. Lo dicho dicho: las gracias.
Doña Leoncia. Será de haberme engañado.
Don Teodoro. ¡Yo engañar!
Doña Leoncia. Y á una hija incauta
Habérmela alucinado
Con esperanzas...
Don Teodoro. ¿De qué?
Doña Leoncia. ¿No lo dijo ella bien claro?
Don Teodoro. ¿Y qué dijo?
Doña Leoncia. ¿Estabais sordo,
O os agrada el escucharlo?
Don Teodoro. ¡Y una señora de mundo,
De talento despejado,
Va á hacer caso de una niña!
Doña Leoncia. ¿Pues no tengo de hacer caso?...
¿No dijo que usted la amaba,
Que anhelaba usted su mano?
Don Teodoro. Pero yo ¿qué contesté?
Doña Leoncia. Nada.
Don Teodoro. Pues pleito acabado.
Doña Leoncia. Quien calla otorga, y usted...
Don Teodoro. Iba ya á desengañaros,
Y me cerrasteis la boca.
Doña Leoncia. Si no tuviera ella datos,
No hubiera dicho...
Don Teodoro. Es verdad:
Las niñas de quince años
Nunca piensan que las quieren
Sin motivos muy fundados.
Doña Leoncia. ¿Con qué nunca le habeis dicho
Que la quereis?
Don Teodoro. Supongamos
Que se lo haya dicho; bien:
¿En eso se perdió algo?
¿O es un delito tan grave
Echar un requiebro vano?...
¿No vengo acá con frecuencia?

¿No la estoy viendo y tratando
De continuo?... Yo soy jóven,
Vivo, alegre, atolondrado,
Si quereis; ella muchacha,
Y ademas vivo retrato
De una persona... ¡Ah, señora!
Perdonad si iba á nombraros.
Ya sé que os disgusto en ello,
Mas no es tan fácil mandato
Olvidar á una persona
A quien de veras se ha amado.
Solo le aseguro á usted
Que jamas le he insinuado
Nada de boda...

Doña Leoncia. Y entonces
¿Cómo creyó?...

Don Teodoro. No es extraño.
¿Ignora usted que las niñas
Con el mas leve agasajo
Ya piensan que las adoran?
¿No sabeis que están soñando
Con novios y casamientos,
Y mas si por sus pecados
Han leido cuatro novelas
Que les trastornen los cascos?

Doña Leoncia. Pero usted mismo, usted mismo.
¿Qué me estaba suplicando
Cuando ella entró?

Don Teodoro. ¿No lo oisteis?
Licencia para casarnos.

Doña Leoncia. ¿Y así me lo dice usted?

Don Teodoro. ¿Pues yo acaso lo he negado?...
¿Hice mal?

Doña Leoncia. Usted me insulta...

Don Teodoro. Y viéndome en aquel caso,
¿Qué otro arbitrio me quedaba?
Yo me hallaba á vuestro lado,
Recibo vuestra fineza,
Siento un violento arrebato
De pasion, pierdo el sentido,
Voy á besar vuestra mano,
Miro á la puerta, y las veo
Llegar, quedarse escuchando...

Doña Leoncia. ¿Con qué usted las vió?...

Don Teodoro. ¡Señora!
¿Pues no os habeis enterado
Hasta ahora?
Doña Leoncia. No, á fe mia.
Don Teodoro. Pues lo único que ya extraño
Es vuestra santa paciencia:
Desde ahora mismo os declaro
La prudente Abigail,
Cuando no me habeis matado.
¿Hablar yo de veras?... ¡Vaya!
¿No me visteis tan turbado
Que no supe qué decir,
Y anduve titubeando?...
Os miré; no me entendisteis;
Os hice señas; fué en vano:
Yo en ademan de cariño,
Una hija vuestra mirando,
Usted afable, su honor
Expuesto á algun juicio falso...
¿Y qué quiere usted que hiciera?
Echar por cualquier atajo:
Si al pronto me ocurre, os pido
Casarme con vuestro hermano.
Doña Leoncia. Yo anduve torpe...
Don Teodoro. No tal;
Yo solo soy el culpado.
Doña Leoncia. Pero si yo no sabia...
Don Teodoro. No merezco vuestro trato,
Ni pisar vuestros umbrales...
Doña Leoncia. Mirad que aun estoy temblando
Del susto...
Don Teodoro. Y ahora me voy,
Cumpliendo vuestro mandato.
Doña Leoncia. No se vaya usted.
Don Teodoro. Preciso.
Doña Leoncia. ¿Quereis matarme á quebrantos?...
Pues haga usted lo que quiera.
Don Teodoro. ¡Vaya! Las paces hagamos,
Y pelitos á la mar.
¿Porqué no os vais aviando
Para salir, que ya es hora?
Doña Leoncia. Segun me siento, no salgo.
Don Teodoro. ¿Y porqué?
Doña Leoncia. No estoy muy buena.

Don Teodoro. En distrayéndoos un rato,
Os aliviareis.
Doña Leoncia. No tengo
Humor.
Don Teodoro. ¿Ni vais al teatro?
Doña Leoncia. No, señor.
Don Teodoro. ¿Ni al baile?
Doña Leoncia. Menos.
Don Teodoro. ¿Con qué es riña de muchachos
La nuestra?
Doña Leoncia. ¿Pues yo qué digo?
Don Teodoro. Juicio, señora, y tengamos
La fiesta en paz : sea usted dócil;
Compóngase usted, y vamos
Casa de las primas, luego
Podeis pensar mas despacio
Lo que hayais de hacer.
Doña Leoncia. Si voy,
Me estoy sentada en un lado
Sin ir á parte ninguna.
Don Teodoro. No será poco milagro.
Doña Leoncia. ¿Porqué razon?
Don Teodoro. Yo me entiendo.
Doña Leoncia. Se engaña usted.
Don Teodoro. ¿Qué apostamos
A que vais á la funcion?
Doña Leoncia. Antes bien quiero dejaros
Mas libertad, yendo solo.
Don Teodoro. ¿Se vuelve á torcer el carro?...
No sea usted niña.
Doña Leoncia. Pues bien:
Solo por no disgustaros
Voy á casa de las primas.
Don Teodoro. Muchas gracias.
Doña Leoncia. Y cuidado
Que no me muevo de allí.
¡Juana, Juana!

ESCENA XIV.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

Juana. (*desde adentro*). Voy volando...

(*Al salir.*)

¿Qué manda usted?

Doña Leoncia. La mantilla.

ESCENA XV.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

Doña Leoncia. Por usted tan solo hago
Este sacrificio.
Don Teodoro. Siento
Que se moleste usted tanto
Por mi causa.
Doña Leoncia. Ya no voy.
Don Teodoro. ¡Dale, bola! ¿A que me enfado?...

ESCENA XVI.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

(*Yendo á poner la mantilla á doña Leoncia.*)

Juana. Aquí está.
Doña Leoncia. Préndela bien.
¿Se ha acostado ya la niña?
Juana. No, señora.
Doña Leoncia. ¿Y dónde está?
Juana. En su cuarto recogida.
Doña Leoncia. ¿Ha tomado ya el café?
Juana. Un poco.
Doña Leoncia. Si no se alivia,
O se empeorare, avisad...
Juana. ¿Dónde?
Doña Leoncia. Aun estoy indecisa...
Quizá... no sé... que primero
Vayan casa de mis primas;
Y si no estuviere allí...

(*A don Teodoro.*)

Me quema usted con sus risas.
Don Teodoro. ¿Pues yo acaso?...
Doña Leoncia. ¿Estoy yo ciega?
Juana. ¿Y los vestidos se envian?
Doña Leoncia. No.

Don Teodoro. Tenerlos á la mano
Por si luego...
Doña Leoncia. ¡Hay tal porfía?
¿No he dicho ya que no voy?...
Y cuenta no estes dormida
Cuando vuelva nuestro huésped
Y mi hermano; y á Inesita
Le has de decir de mi parte...
Mejor es que no le digas
Nada : acuéstala temprano,
Hazle unas yemas megidas,
O cualquier cena ligera...
Y dile que esté tranquila,
Que no voy tan enfadada...
¿Me entiendes?
Juana. Ya entiendo.
Doña Leoncia. Y cuida
De que no sepa que yo...
Juana. Le diré que es cosa mia.
Doña Leoncia. Pero temo que las dos
Teneis la capa cosida;
Y así como tú le encubres...
Juana. ¿Qué dice usted? Mi familia
Es tan buena y tan honrada...
Doña Leoncia. Vámonos de aquí de prisa,
Don Teodoro, no nos vuelva
A ensartar la retahila.
¡Y cuidado con la casa!
Juana. Yo voy con mi cara limpia
Por todas partes.
Doña Leoncia. A Dios. (*Yéndose.*)

(*En voz alta.*)

Don Teodoro. Quede usted con Dios, Juanita·

(*Con secreto.*)

Está al cuidado, que luego...
Doña Leoncia. ¿Qué dice usted?

(*Volviendo la cara.*)

Don Teodoro. Le decia
Que no haga caso.
Juana. Eso no;

Yo he de chillar si me pisan.

(Al ir á entrar por la puerta de adentro.)

¡Pues anda buena la casa
Con la vieja y con la niña!

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, PERICO.

(Entran los dos por la puerta del foro, Juana delante, y Perico con timidez. Habrá una luz en una mesa.)

Perico. ¿Estamos solos?
Juana. Sí, entra.
Perico. ¿Y el viejo?
Juana. Fuera de casa.
Perico. ¿Y el señor que no se rie?
Juana. Tambien. ¿De cuándo acá gastas
Tanto miedo?
Perico. Es que ahora traigo
La mas solemne embajada,
Que se encomendó á escudero;
Y está en un tris que me valga
Cien doblones ó cien palos.
Juana. Dila.
Perico. ¿Dónde está tu ama?
Juana. En su cuarto. ¿Quieres verla?
Perico. Dile que al momento salga;
Que le traigo...
Juana. Antes de ir,
Te he de decir dos palabras
Por última vez...
Perico. Despues
Te escucharé.
Juana. Aunque me hagas
Mil pedazos, no he de ir.
Perico. Si no es tu gusto, no vayas:
Solo va á decir en ello
Que no se case tu ama
Ni tú, cuando en esta noche. .
Juana. Hombre, ¿qué dices?

Perico. ¿Yo? nada.

(*Acariciándole.*)

Juana. ¡Cáspita, qué genio tienes!
Perico. Déjate de juego, y anda
A llamarla.
Juana. Dime antes...
Perico. Si no me replicas nada,
Te lo digo.
Juana. Me convengo.
Perico. Hace un rato que entró en casa
El amo, con un sujeto
Muy serio y de mala traza:
Se encerraron los dos solos,
Hubo voces y patadas;
Se fué el tal; y el amo al punto
Me preguntó dónde estaban
Las maletas y demas
Preparativos de marcha;
Y mientras yo los reuno,
Escribe, me da esta carta
Para Inesita, y me dice:
« En mano propia has de darla,
« Y vuelve; que aquí te espero
« Con las cosas preparadas
« Para marchar esta noche. » —
¿Qué dice usted? — « Hazlo y calla: »
Me responde secamente;
Y al ir á salir, me llama
Y me dice: « Si tú quieres
« Casarte tambien con Juana,
« Y se resuelve á seguirnos
« Acompañando á su ama,
« Yo os ofrezco cien doblones. »
Juana. ¡Cien doblones!... Voy...

(*En accion de irse corriendo.*

Perico. Aguarda.
Juana. Es que si se pierde tiempo.
Perico. Cuidado que persuadas
A Inesita...
Juana. ¿Soy yo tonta?
¡Cien doblones y casaca!
Perico. No te des contra esa puerta.

ESCENA II.

DOÑA INES, JUANA, PERICO.

Doña Ines. ¿Qué ruido es este?
Perico. Que Juana...
Juana. Que Perico...
Doña Ines. Dilo tú.
Perico. Señora, mi amo me manda
Con esta carta, y me dijo...
Doña Ines (*tomándola*). ¿Tiene respuesta?
Perico. Y la aguarda
En casa con impaciencia.
Doña Ines. ¿Qué será?... Yo estoy turbada
Hasta saber...

(*La abre, y lee con mucho interes.*)

Perico. ¡Ay, señora!
Si le viera usted la cara
Al dármela! ¡qué agitado!
Hasta la voz le temblaba:

(*Aparte á Juana.*)

Daba pena... Instale tú.
Juana (*ap. á Perico*). ¡Pues me dormiré en las pajas
Con cien doblones al ojo!

(*Doña Ines leyendo la carta, prorumpe con agitacion.*)

Doña Ines. ¡No; nunca!
Perico. Hasta las palabras
Se le ahogaban en la boca.
Doña Ines (*con ternura*). ¡Ay, Teodoro! No me amas,
Cuando me quieres perder.
Juana. Señorita...
Doña Ines (*distraida*). Y me juraba
Quererme toda la vida!...
Perico. Pues, señora, ¿en qué os agravia,
Si está loco el infeliz?
Doña Ines (*con sequedad*). Bien: devuélvele su carta...
Perico. ¿Y la respuesta?
Doña Ines. Ninguna.
Perico. No vuelvo allá si me matan.
Doña Ines. ¿Porqué?
Perico. Si no sabe usted
El estado en que se halla:
¡Qué hablar solo! qué suspiros!

¡Pues no digo las miradas!
Daba miedo.

Doña Ines (alargándole la carta). Toma y vete.

Perico. ¿Con qué está usted empeñada
En darle ese trabucazo?...
Pobre señor, no te pagan
El cariño que tú tienes!

Doña Ines. ¡Ojalá no le pagáran!

Perico. Pocas pruebas le da usted.

Doña Ines. ¡Ay! si no tuviera tantas,
No se atreviera el cruel
A proponerme... ¡insensata!
Yo le culpo, conociendo
Que solo soy la culpada :
Yo le abrí mi corazon;
Yo le amé con toda el alma
Yo le juré ser su esposa...
Pero ¿quién imaginára
Que abusára hasta el extremo
De proponerme mi infamia?

Juana. Y al fin, ¿qué es lo que pretende?

Doña Ines. Hacerme desventurada
Por toda mi vida.

Perico. ¿Quién?
¿El amo?... Mas bien se echára
En un pozo de cabeza.

Juana. Señorita, yo soy clara :
No puede ser.

Doña Ines. Yo tampoco
Nunca de él lo sospechára;
¡Pero al fin hombre!

Juana. No creo...

Doña Ines. Oye, y verás si te engañas.

(Lee la carta, interrumpiendo su lectura, segun denoten los versos que van interpuestos.)

« Amada Ines : al leer estos renglones recuerda « tus promesas : llegó el momento de darme una « prueba de tu pasion; y la mia exige de ti un gran « sacrificio. No hay medio : ó te resuelves á ser mia, « ó esta misma noche me pierdes para siempre... »

¿No ves tú lo que me quiere?
Mira como me amenaza

Con dejarme para siempre...
Y lo hará.

Juana. Siga usted; vaya.

Doña Ines. « Cansado de tener condescendencias con tu madre, me determiné hoy á pedirte por esposa... Tú « viste las resultas: apenas pude sufrir sus improperios, que acabaron con la mas severa prohibicion de volver á hablarte en mi vida. En esta situacion, anduve indeciso sobre el partido que « debia tomar; pero al fin preferí disimular por el « pronto, para desvanecer sus sospechas y persuadirle que saliese de casa. Ahora mismo la dejo en « el teatro, y voy á manifestarte la resolucion que « mi pasion me dicta: si estás resuelta á ser mi « esposa, sígueme esta misma noche, y venzamos « de una vez tantos obstáculos. »

Juana. ¿Acerté ó no?

Perico. Por supuesto.

Juana. No veis como os da palabra
De casamiento?

Doña Ines. ¿Dejando
Mi familia abandonada
Y expuesto mi honor?... Jamas!
Solo en pensarlo me agravia...
« Pasado mañana podremos estar en Toledo: allí « quedarás depositada en casa de un canónigo, tio « mio, mientras se disponen las cosas como corresponde. Tu familia misma, dado ya este paso, tendrá que ceder y prestar su consentimiento. ¡Ah, « Ines mia! un momento de valor, y antes de una « semana eres mi esposa... Pero si por timidez ó « falta de cariño no te determinas á seguirme, óyelo, « Ines, y grábalo en tu alma: antes de tres horas « ya estaré fuera de Madrid, y jamas volverás á oir « ni mi nombre... ¡Quién sabe! Perdiéndote á tí, « no le importa la vida á tu infeliz...

« TEODORO. »

(Se sienta en una silla con abatimiento y distraccion.)

Juana. ¡Pobrecillo!... Se conoce
Que estaba muy afligido
Al escribir esa carta.

Perico. Si ustedes le hubieran visto

Mas pálido que un difunto,
Con los ojos encendidos...

Juana. No tengo yo corazon
Para oir lástimas.

Perico. Ni á tiros
Vuelvo allá sin la respuesta;
Es capaz de un desatino
Segun le dejé.

Doña Ines. ¡Infeliz!...

Perico. ¡Con qué tristeza me dijo:
« Ahora veré si mi Ines
« Me tiene tanto cariño
« Como me juró mil veces! »

Juana. Va el pobre á perder el juicio.

Perico. ¿Tanto le queda?... ¡ojalá
Fuera ese solo el peligro!
Yo le escondí las pistolas...

Doña Ines. ¿Y quedó solo?...
(*Con inquietud.*)

Perico. Preciso,
Si yo me vine...

Doña Ines. Pues vuelve
Al instante.

Perico. ¿Y qué le digo?

Doña Ines. ¿No lo sabes?

Perico. Para eso
Mas vale tirarle un tiro.

Juana. Dice bien: así que sepa
Que siquiera habeis querido...

Doña Ines. Pero, ¿qué quiere de mí?
(*Con sentimiento.*)

Juana. ¡Yo qué sé! ¿No habeis leido
Su carta?

Perico. Bien clara está:
Solo quiere...

Doña Ines (*con sequedad*). ¿No has oido
Que te vayas?

Perico. Sí, señora;
Ya me voy... ¡Pobre amo mio!
No sabes lo que te espera.
Si en algo puede serviros
Fuera de Madrid, yo siempre...

Doña Ines. No, Pedro; yo te lo estimo...

(*Con tristeza.*)

Perico. Quede usted con Dios.
Doña Ines. Adios.
Perico. Yo soy hombre agradecido,
Y no he de dejarle ahora
Expuesto á tantos peligros.
Doña Ines. Haces bien...

(*Con abatimiento.*)

Perico. Al fin del mundo
Estoy resuelto á seguirlo,
Sin abandonarle nunca...
Doña Ines. ¡Ay, Ines!
Perico. Ya que he comido
Su pan y todos le dejan...
Pero no quiero afligiros;
Quede usted con Dios.

(*Doña Ines se levanta velozmente.*)

Doña Ines. No; ¡aguarda!
Cuida de él... Yo te lo pido
Con lágrimas de mis ojos...
Quizá un dia... ¡Qué delirio!
Nunca mas volveré á verle!..
Perico. A media noche salimos
Sin falta.
Doña Ines. ¡Nunca mas verle!
Perico. Todo está ya prevenido
Para marchar... Y va bueno
Para emprender el camino;
Triste, con poca salud...
Juana. Cuéntele usted por perdido.
Doña Ines. Pero ¿tengo yo la culpa?
Juana. ¿Y no podeis impedirlo
Con una sola palabra?
Doña Ines. Dile... yo te lo suplico...

(*Con turbacion y vehemencia.*

Dile que no me aborrezca,
Que nunca me eche en olvido,
Que me escriba alguna vez...
Dile que tan solo exijo
Saber que vive, y se acuerda
De esta infeliz... No le pido

Que me conserve su amor:
Viva dichoso y tranquilo
Con otra... ya que su Ines
Tan desgraciada ha nacido...

Juana. No llore usted.

Doña Ines. Que ninguno
Le robará mi cariño
Ni mi mano... que le quiero
Mas que nunca le he querido
Que soy suya hasta la muerte...
¿Se lo dirás?

Perico. Yo, lo mismo
Que usted me lo está diciendo.

Doña Ines. Y nota bien si al oirlo
Se enternece...

Perico. Bien está.

Doña Inse. Si pregunta con ahinco
Si me dejaste muy triste.

Per. Bien.

Doña Ines. Y si está convencido
De mi amor, ó si me culpa...
Todo, todo has de advertirlo
Para contármelo.

Perico. ¿Cómo,
Si á media noche partimos?...

Doña Ines. Tienes razon... ¡Pobre Ines,

(*Suspensa y abatida.*)

A qué estado te ha traido
Tu mala suerte!

Juana. Señora,
Usted está sin sentido,
Y va á costarle la vida.

Doña Ines. ¿Qué me importa?... Así me libro
De padecer.

Juana. Si quedára
Al menos algun arbitrio...

Doña Ines. Ninguno, Juana, ninguno.

Juana. A mí solo me ha ocurrido
Si quisiera usted...

Doña Ines. ¿Qué?

Juana. Hablarle
Esta noche con sigilo.

Doña Ines. ¿A quien? ¡A ese ingrato!... No:

Pues ha tomado el partido
De dejarme para siempre,
Vaya con Dios.

Juana. Yo confio
En que si os viera... tal vez
Pudiera usted disuadirlo.

Doña Ines. No, Juana.

Juana. Pero á lo menos
Lograba usted el alivio
De despedirse.

Doña Ines. ¿Y qué logro
Con redoblar mi martirio?

Juana. Consolarse con llorar,
Hablar, reñir, conveniros
En el modo de escribirse...

Doña Ines. No querrá.

Juana. ¿Por qué motivo?
Así que usted se lo diga...

Doña Ines. ¿Cómo?

Juana. De un modo sencillo:
Viniendo á casa...

Doña Ines. ¿Qué dices?

Juana. ¿Y hay en eso algun peligro?

Doña Ines. ¿Y si luego se supiera?

Juana. ¿Por quién?

Doña Ines. No me determino.

Juana. Déjelo usted á mi cargo;
Y en quedando recogidos
Los señores...

Doña Ines. ¿Y mi madre?

Perico. La deja pegando brincos
El amo, y viene de oculto...

Doña Ines. Le pueden ver los vecinos.

Juana. No hay miedo: abro la puerta,
Entra primero Perico
A reconocer el campo,
Y el otro queda escondido
En la esquina.

Doña Ines. No me atrevo:
Yo sola, ¡yo sé el conflicto
En que está mi corazon!...

Juana. ¿Y el suyo estará tranquilo?

Doña Ines. ¿Y qué he de hacer?

Juana. Darle al menos

Esa prueba de cariño,
Dejarle alguna esperanza,
Evitarle un precipicio...

Doña Ines. Yo bien quisiera...

Juana (á Perico). Pues corre...

Doña Ines (á Perico). No, aguarda...

Juana. Lleva el aviso...

Perico. Voy de un vuelo.

(*Váse corriendo.*)

Doña Ines. Aguarda...

Juana. Sí;
Ni un galgo puede seguirlo.

ESCENA III.

DOÑA INES, JUANA.

Juana. ¡Quiere tanto á su señor!

Doña Ines. ¿Qué voy á hacer?... Yo me pierdo.

(*Abatida.*)

Juana. ¿Será la primera vez
Que se han hablado en secreto
Dos personas que se quieren?

Doña Ines. Pues yo, Juana, no me atrevo.

Juana. ¡No faltaba mas ahora!

Doña Ines. Tú le dirás que lo siento;
Pero que no puede ser.

Juana. ¿Quereis pagar con desprecios
Tanto amor?

Doña Ines. ¿Y lo has creido?

Juana. ¿Pues cabe un hombre mas ciego?

Doña Ines. ¡Por eso quiere dejarme!

Juana. Quizá si os amára menos,
No os dejára.

Doña Ines. ¿Y quién le obliga
A ausentarse?

Juana. El mismo extremo
De su pasion; el no estar
A todas horas expuesto
A lances como el de hoy...

Doña Ines. ¿Y no ha encontrado otro medio
Mas que el de dejarme así?

Juana. Par mi parte no le veo :

Sabiendo ya la señora...

Doña Ines. Quizá en pasando algun tiempo
Cediera...

Juana. ¡Ceder el ama!
¿No conoce usted su genio?
¿No sabe usted que á ella sola
Quiere le rindan obsequios
Los hombres, y hasta le duele
Que os hagan un cumplimiento?
El pobre de don Teodoro,
Solo á fuerza de quereros
Ha podido el infeliz
Tolerarla tanto tiempo.

Doña Ines. ¿Y no sufro yo por él?

Juana. No por él; por no atreveros
A hablar claro á vuestra madre.

Doña Ines. Tú sabes cuanto la quiero,
Y cuanto me adora á mí.

Juana. Lo disimula á lo menos.

Doña Ines. Basta, Juana : calla, y vete.

(*Con sequedad.*)

Juana. Si cada vez que me acuerdo
De lo que pasó esta tarde,
No sé como me contengo.
El pobre mozo afligido,
Haciendo vanos esfuerzos
Por alcanzar la licencia :
Llega usted, oye su ruego,
Corre á los piés de su madre,
Se arrodilla con respeto,
Insta, llora... ¿Y cuál fué el fruto?
Solo sufrir sus dicterios.

Doña Ines. Esa es mi suerte.

(*Con abatimiento.*)

Juana. Ni aun quiso
Daros siquiera el consuelo
De escuchar á uno ni á otro...
Ya se ve : si ella en su pecho
Sabe que teneis razon,
¿Qué ha de hacer? Lucir los fueros
De madre, y dar muchos gritos
Para salir del aprieto.

Yo no sé lo que sentí,
Cuando ví con el desprecio
Que os echó fuera del cuarto.
Doña Jnes. De acordarme me avergüenzo.
Juana. Y estando allí don Teodoro...
Doña Ines. Yo siquiera tuve aliento
Para levantar la vista...
Juana. ¡Afrentar á un caballero,
Y echarle fuera de casa!...
Pero ¿con qué fundamento?
Porque siendo hombre de bien,
Quiere con un fin honesto
A una niña que le ama,
Y la pide en casamiento.
Doña Ines. Es así.
Juana. Y se encontrára
El motivo mas pequeño
Para oponerse...
Doña Ines. Verdad.
Juana. Pero si todos sabemos,
Aunque nos quiera hacer tontos,
El motivo verdadero.
Doña Ines. No mas, Juana.
Juana. Y lo peor
Del caso es que va cundiendo
La noticia, y hace usted
Muy mal papel en el pueblo.
Doña Ines. No hay mas que tener paciencia.
Juana. Mas vale poner remedio.
Doña Ines. ¿Y tengo alguno en mi mano?
Juana. ¿Le ha olvidado usted tan presto?
Doña Ines. No me hables de eso en tu vida.
Juana. Así lo haré; pero temo
Que si vuela la ocasion,
Despues la echará usted menos.
Doña Ines. No lo temas.
Juana. Puede ser;
Pero es difícil: en viendo
Que da mañana la hora
De venir á casa, y lejos
De mirarle á vuestro lado,
Ni aun sabeis su paradero...
Doña Ines. Mucho sufriré.
Juana. Y al fin,

Si fuera el plazo ligero;
Pero por toda la vida!...

Doña Ines. ¡Ay, Juana!...

Juana. Y con el recelo
De que ya desesperado
Vaya á hacer un desacierto...

(*Abatida.*)

Doña Ines. No querrá Dios.

Juana. O si acaso
Le sucede un contratiempo...
En el camino... ¿Y porqué
Tantas molestias y riesgos?
Porque una madre obstinada
Prefiere sus devaneos
A hacer feliz á su hija...
Como da con un cordero,
Abusa, y hace muy bien:
Ya se anduviera con tiento,
Si diera con otra; ó puede
Que ella perdiera en el juego.

Doña Ines. Pues yo mas quiero sufrir...

Juana. ¿Le parece á usted que es cuento
Lo que digo? Pues yo sola
Puedo contar cien ejemplos.
¿Qué le pasó á aquella amiga
Que se casó de secreto
Con el alférez?... Los padres
Quisieron tocar el cielo
Con las manos; ¿y despues?
Usted misma lo está viendo:
El viejo y la vieja riñen
Por mecer la cuna al nieto.
Si eso es mas claro que el agua:
En no teniendo remedio,
¿Qué pueden hacer los padres?
Darse por muy satisfechos,
Y sino, suponga usted
Que al fin cede á los deseos
De don Teodoro...

Doña Ines. No tienes
Siquiera que suponerlo.

Juana. Ya lo sé; pero supongo
Que todo se halla dispuesto

Para marchar; que partimos;
Que llegamos á Toledo,
Que paramos en la casa
Del canónigo, y nos vemos
Regaladas cual princesas.
Él escribe á algun sujeto
De importancia : viene acá,
Sufre el temporal deshecho
De la señora; la amansa;
Se queda el tiempo sereno :
« Yo la perdono; que venga... »
Parte volando un correo
Con la noticia : « á Madrid;
« El coche, los tiros, presto! »
El tio (que será gordo)
Viene llenando el testero
Del coche, ustedes al vidrio,
Yo en un calesin con Pedro...
Me parece, señorita,
Que ahora mismo lo estoy viendo.

Doña Ines. ¿No callas, mujer, no callas?...
Mas si no me engaño, siento
Ruido de pasos...

(*Levantándose.*)

Juana. Y cerca.
Si no que llevó don Pedro
Su llave?

Doña Ines. Bien puede ser.

Juana. Pronto se ve... Dicho y hecho.

ESCENA IV.

DOÑA INES, JUANA, DON PEDRO, DON LUIS.

Don Pedro. No esperábamos, don Luis,
Encontrar tan buen hallazgo.

Don Luis. Mire usted si hicimos bien
En recogernos temprano.

Doña Ines. Ha sido casualidad :
Nos estuvimos un rato
Cosiendo... luego allá dentro
Sin saber qué hacer... y al cabo
Iba á recogerme ahora...

Don Pedro. Nosotros hemos andado
Sin saber qué hacer tampoco :
Se acabó tarde el teatro;
Dieron al salir las once,
Y anduvimos vacilando
Sobre ir ó no á alguna fiesta;
Pero al fin...

Don Luis. Y la acertamos
En no pasar mala noche.

Don Pedro. Pues alguien está escuchando
Que quizá de buena gana...

Doña Ines. Está usted muy engañado
Si habla por mí.

Don Pedro. Por ventura
¿Y qué tuviera de estraño?

Doña Ines. No digo yo que tuviese.

Don Pedro. Es propio en los pocos años
El gusto de divertirse;
Y mas teniendo cercano
El ejemplo de una madre...
Yo, don Luis, no he visto cascos
Mas ligeros en mi vida :
A la comedia, al sarao...
¿Y su casa? ¿y esta niña?
Mas que se las lleve el diablo.
Contemple usted con el gusto
Que estará Ines...

Doña Ines. ¿Pues yo acaso
Estoy triste?

Don Pedro. ¿Y no es así?

Doña Ines. Hace tiempo que no he estado
De mejor humor... Las dos
Hemos estado jugando
Y riyendo...

(*A Juana.*)

¿No es verdad?

Don Pedro. Y ahora de cerca reparo
Que estás pálida y llorosa.

Doña Ines. Tendré los ojos cargados
De coser; pero no sé...
Solo he sentido hace rato
Algun dolor de cabeza.

Don Pedro. Será quizá de reir tanto.

Doña Ines. ¿Que por fuerza he de estar triste?
Si ustedes quieren...
Don Luis. Cuidado
Que yo no he dicho palabra.
Doña Ines. Aun dice usted mas callando.
Don Luis. ¿Porque hablé esta tarde erré,
Y ahora yerro porque callo?
Doña Ines. No digo tal : las mugeres
Somos las que siempre erramos
Segun los hombres.
Don Luis. Tampoco
Tengo un concepto tan malo...
Doña Ines. ¿No dijo usted esta siesta?...
Don Luis. Solo dije que era raro
Hallar franqueza en ustedes;
Y ahora lo estais confirmando.
Doña Ines. Pues estoy triste.
Don Pedro. A mí es,
Y me tiene incomodado
El verte sola en la casa,
Y la otra vieja bailando.
Doña Ines. Deje usted que se divierta.
Don Pedro. ¿Y yo se lo impido acaso?
Pero lo siento por tí;
Y ya me voy enfadando
De sufrir y de callar.
Doña Ines. ¿No sufro yo mas, y callo?
Don Pedro. Este angelito aquí solo,
Puesta mano sobre mano...
Sin divertirse; aburrida...
Si quieres jugar un rato
Entre los tres...
Juana. ¡Con jaqueca!
Don Pedro. Si estás mala, no tratamos
De incomodarte.
Doña Ines. Yo solo
Me detuve á saludaros;
Pero ya me iba á acostar.
Don Pedro. Pues anda ve, y dale un baño
(*A Juana.*)
De piés : quizá te mejores;
(*A doña Ines.*)
Y si se ofreciere algo,

Que me llamen.

Doña Ines. Está bien.

Juana. Yo quedo con el cuidado.

Don Luis. Que usted se alivie.

Doña Ines. Mil gracias :
Buenas noches.

ESCENA V.

JUANA, DON PEDRO, DON LUIS.

Don Pedro. Lleva al cuarto
A la niña, y luego vuelve.

Juana. ¿Y traigo ya preparado
El cocimiento?

Don Pedro. No pienso
Acostarme tan temprano.

Juana. Pues me parece que advierto
Mas hinchazon en el lado.

Don Pedro. No me duele mucho ahora.

Juana. No se ande usted chanceando
Con las muelas...

Don Pedro. Si no es nada...

Juana. ¡He visto yo tantos casos!...
Mas vale que usted se acueste.

Don Pedro. ¿Y de cuando acá has tomado
Tanto interes en mis muelas?

Juana. ¿Ve usted, don Luis, lo que gano
Con ser cuidadosa?

Don Pedro. No;
Yo te lo estimo.

Juana. Los amos
Todos son unos; y siempre
Saca una pobre este pago.

ESCENA VI.

DON PEDRO, DON LUIS.

Don Pedro. Esta es otra que bien baila :
¡Mire usted á quien se fia
El cuidado de la casa

Y la guarda de una hija!
Con mas juicio las he visto
Encerradas en Sevilla.

Don Luis. No tiene mucho en verdad.

Don Pedro. Así se pierden las niñas,
Adquieren malos resabios,
Se despierta su malicia...

Don Luis. Seguramente es fortuna
El que descubra Inesita
Tan buen fondo.

Don Pedro. ¿Y piensa usted
Que su carácter la libra
De riesgos? Ella es un ángel,
Es dócil, franca, sencilla;
Pero mas le temo así.
Si solo tiene á la vista
El espejo de una madre
Casquivana y distraida,
Y para aumentar el daño
Está al lado todo el dia
De una moza desenvuelta,
¿Qué espera usted en su vida?

Don Luis. En eso teneis razon.

Don Pedro. Lo que á mí me maravilla
Es que con tales ejemplos
Aun conserve todavía
Algun candor.

Don Luis. Ya vió usted
Como se puso encendida
Al faltar á la verdad.

Don Pedro. Aun es la pobre novicia
En el arte de fingir;
Mas con todo, si se aplica,
Es muger y aprenderá.

Don Luis. Por mas esfuerzos que hacia
Para fingir buen humor,
Mostraba hasta en su sonrisa
Algun pesar.

Don Pedro. Yo jamas
La he visto tan distraida
Ni tan triste... Ya se ve;
Tiene la pobre la espina
De la máscara...

Don Luis. Pues yo

Sospeché si ya sabría
Alguna cosa... Las voces
Suelen cundir tan aprisa...

Don Pedro. ¿Pero es cierto?

Don Luis. Por su casa
He sabido la noticia,
Aunque con mucha reserva.

Don Pedro. Veremos si se confirma :
Él es pájaro de cuenta.

Don Luis. Pues todas sus picardías
No le valen ya en Madrid :
Los acreedores le ostigan,
Uno le amenaza á palos,
El otro con la justicia...

Don Pedro. Pues entonces no hay recurso.

Don Luis. ¿Qué recurso? Si le pillan,
Al hospital ó á la cárcel.
Él ya se ha puesto en franquía,
Y anochece y no amanece.

Don Pedro. Pues no será poca dicha
Para esta casa.

Don Luis. Así es.

Don Pedro. Habrá paz en la familia;
Y veremos si mi hermana
Conoce sus tonterías,
Y acaba de abrir los ojos...
Por lo menos mi sobrina
Ganará mucho... ¿Y quién sabe
Si en perdiéndole de vista?...
Dicen que el primer amor
O tarde ó nunca se olvida :
¿No es usted de ese dictámen?

Don Luis. Así dicen.

Don Pedro. Yo creia
Que usted por propia esperiencia...

Don Luis. Quizá...

Don Pedro. Las cosas sencillas :
¿Podreis olvidar á Ines?

Don Luis. ¡Olvidarla yo! en mi vida.

Don Pedro. ¿Y os da vergüenza el decirlo?

Don Luis. Soy franco : me mortifica
El verme pospuesto á otro.

Don Pedro. Pues yo no tengo perdida
La esperanza de llamaros

Mi sobrino : ¿os pesaria?

Don Luis. ¡Ah, don Pedro! Ines, ó nadie.

(*Con espresion.*)

Don Pedro. Jóven honrado, esa misma
Pasion, que á usted le sonroja,
A mis ojos le acredita;
Pues no cabe amor tan puro
En un alma corrompida.
Ame usted, amigo mio,
Ame usted; que vendrá el dia
Del premio, y quizá no tarde.

Don Luis. Solo esas voces me animan.

Don Pedro. Yo salgo fiador : ¿os basta?
Yo conozco á mi sobrina,
Sé que os amó, y siempre queda
Algun fuego en las cenizas.

ESCENA VII.

DON PEDRO, DON LUIS, Y SALE JUANA CON EL COCIMIENTO

Juana. Aquí va.

Don Pedro. Llévalo adentro.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, DON LUIS.

Don Pedro. Este es el mundo : á Inesita
No le dejan ir al baile;
Y esta privacion le aviva
Las ganas; y usted pudiendo...

Don Luis. A mí muy poco me incitan
Esas fiestas : era tarde,
Mal tiempo, usted se venia;
¿Qué habia de hacer? Ahora tomo
Cualquier obra entretenida,
Y me divierto leyendo
Hasta que el sueño me rinda.

ESCENA IX.

DON PEDRO, DON LUIS, JUANA.

Juana. Ya está todo prevenido.

Don Pedro. Vamos... No sé qué daria

Por dormir toda la noche;
Pero estas muelas malditas...

Don Luis. Quizá con el cocimiento
Paseis la noche tranquila.

Don Pedro. Dios lo quiera: hasta mañana.

(*Yéndose.*)

Juana. Oiga usted, séñor: ¿se estila
Despedirse á la francesa?

Don Pedro. Perdone usted, señorita.

Juana. Mire usted, mas honra tengo
Que tienen muchas usías.

ESCENA X.

DON LUIS, JUANA.

Don Luis. A Dios, Juana, buenas noches.

(*Al irse.*)

Juana. Que duerma usted bien... y aprisa.

(*Volviéndose.*)

Sin que pueda despertarle
Ni un cañon de artillería.

ESCENA XI.

DOÑA INES, JUANA.

Juana. Vamos á ver...

(*Yendo á entrar por la puerta del interior de la casa.*)

Doña Ines. ¿Se acostaron?

Juana. Cuidado que no nos sientan.

Doña Ines. Dices bien: vente allá dentro.

Juana. Antes...

Doña Ines. Si aun no estoy resuelta...

Juana. ¿Cómo no? Pues ahora mismo
¿Qué dijo usted?

Doña Ines. Ya me pesa.

Juana. ¿Y porqué?

Doña Ines. Si no me atrevo...
Si no sé lo que recela
Mi corazon... Tú saldrás;

Y le dirás que siquiera
Me dé este gusto.

Juana. Si salgo,
Antes de escuchar mi arenga
Toma la posta y se va.
¿No es mejor que se convenza
Por sí mismo? ¿que os escuche.
Que os hable, que él propio os vea
Llorar?

Doña Ines. No tengo valor.

Juana. Quizá lograreis que ceda
A vuestro ruego, ó le dais
El último *adios* siquiera.

Doña Ines. ¡El último! ¡Ay, Juana mia!

Juana. Así á lo menos os queda
Ese consuelo; sino,
Se marcha antes que amanezca,
Y hasta la muerte.

Doña Ines. Pues ve...

(*Con vehemencia.*)

Pero no, detente, espera...

Juana. ¿Qué quiere usted?

Doña Ines. Que me dejes.

Juana. ¿Y no voy?

Doña Ines. No.

Juana. Me da pena
El veros en ese estado;
Y si dura mas...

(*Doña Ines se sienta con abatimiento.*)

Doña Ines. No temas;
No durará este pesar
Tanto como tú recelas...
Teodoro, yo te lo juro!...

Juana. Si en este instante os oyera,
Si os viera tan abatida...

Doña Ines. Por Dios, Juana, no te muevas
De mi lado...

Juana. ¿Qué teneis?

Doña Ines. Yo no sé qué angustia es esta,
Que ni aun puedo respirar...

Juana. Háblele usted, aunque sea
Un minuto, y que se vaya.

Doña Ines. No, Juana, ya estoy resuelta.
Juana. Pero un solo instante...
Doña Ines. No.
Juana. ¿Y si el infeliz espera?
Doña Ines. Tú le desengañarás.
Juana. Yo... la verdad... mejor fuera
Mandar con otro el recado.
Doña Ines. ¡Tú tambien, Juana!

(*Con sentimiento.*)

Juana. Me cuesta
Tanto trabajo el decirle....
Doña Ines. Pues bien: no vayas.
Juana Si fuera
Otra cosa...
Doña Ines. Ya lo sé.
Juana. Perico estará á la puerta,
Y él mas bien... Si quiere usted,
Verá usted que pronto entra.
Doña Ines. No dices mal.
Juana. Él vendrá
Para hacer la descubierta,
Como quedamos; y entonces
Le dice usted lo que quiera.
Doña Ines. Es que si entiende Teodoro...
Juana. ¿No se dijo que estuviera
En la esquina? Verá abrirle
Al descubridor; se alegra;
Y cuando piense él entrar,
Ya se encuentra al otro fuera.
Doña Ines. Y luego el pobre Teodoro...
Juana. Yo no sé como os entienda;
Tan pronto quereis hablarle,
Tan pronto decis que os pesa,
Luego quereis que yo vaya,
Despues que Perico venga...
Doña Ines. ¡Ni yo me entiendo á mí misma!
Juana. Pero, al fin, ¿en qué se queda?
Doña Ines. Yo no sé...
Juana. ¿Llamo á Perico?
Doña Ines. Haz, Juana, lo que tú quieras.

ESCENA XII.

DOÑA INES sola.

(Continúa sentada, mostrando agitacion y abatimiento.)

Ines... Ines... un momento
De valor... Ni él mismo sepa
Lo que le quiero... ¡ Cruel !
Yo sola, afligida, espuesta
A las iras de mi madre,
Y él por su gusto se ausenta...
¡ Quién sabe !... Quizá ha buscado
El pretesto de la ausencia
Para burlarse ; quizá
Otro amor... Pero, ¿ qué pruebas
Tengo yo ?... ¿ No habló á mi madre ?
¿ No le pidió la licencia ?
¿ No me propone el ser mio ?
Pues, Ines, ¿ de qué te quejas ?...
¡ Ay ! yo sola, yo le pierdo ;
Por mí el infeliz se aleja ;
Por mí todo lo abandona ;
Por mi culpa á la hora esta,
Quizá mañana... ¡ Dios mio !
Ya en el mundo no me queda
Ni aun la esperanza de verle...
Pero, Teodoro, no temas
Que tu Ines te falte nunca,
Ni que olvide sus promesas ;
Su amor, su vida, su alma,
Todo es tuyo... Donde quiera
Que vayas, aunque me olvides,
Aunque nunca mas te vea,
Tú sabrás, Teodoro mio,
Si tu Ines te amó de veras.

ESCENA XIII.

DOÑA INES, DON TEODORO, JUANA, PERICO.

(Doña Ines se levanta sobresaltada, al oir la voz baja de don Teodoro : este habrá estado parado en la puerta desde el final de la escena anterior : vendrá con un vestido de baile, cubierto con un sobretodo. Perico y Juana vienen detras, y todos con silencio.)

Don Teodoro. Ines...
Doña Ines. ¡ Ay !

Don Teodoro. ¿Te vuelvo á ver?
Doña Ines. ¿Qué has hecho, Juana, qué has hecho?...
Juana. ¿Yo... señora? si al abrir
Él mismo se metió dentro
Doña Ines. Todos me venden... á Dios.
Don Teodoro. Oyeme solo un momento.

(*Deteniéndola.*)

Doña Ines. No, Teodoro.
Don Teodoro. Un solo instante.
Doña Ines. Si nos sienten, nos perdemos.
Don Teodoro. No nos oirán.
Doña Ines. Compadece
El estado en que me veo...
Don Teodoro. ¿Temes mis reconvenciones?
No, Ines: yo sé lo que tengo
Que esperar de tí; lo sé.
Doña Ines. Tú verás...
Don Teodoro. Sé que te pierdo,
Que voy á ser desgraciado,
Que para siempre me alejo
De tu vista...
Doña Ines. ¡Para siempre!
Don Teodoro. Lo dije, y no me arrepiento.
Doña Ines. ¿Y así lo dices, ingrato?
Don Teodoro. ¿Tú quejas? ¡tú que me has hecho
Infeliz!
Doña Ines. Yo no, Teodoro.
Don Teodoro. ¿Tú que olvidaste tan presto
Tus palabras, tus promesas,
Los mas santos juramentos!...
Doña Ines. No es culpa mia.
Don Teodoro. ¿No es tuya?
¿Pues de quién?... Pero ya veo
Tu turbacion. ¿No respondes?
¿No tienes siquiera aliento
Para hablarme?... No es tu culpa.
Dices bien: yo que tan ciego
Me abandoné á mi pasion;
Yo que olvidé por tu afecto
Bienes, fortuna, familia,
¿Yo soy quien te reconvengo?
No, Ines; tú tienes razon:
Yo solo soy el que debo

Reconvenirme.

Doña Ines. ¡ Teodoro !

Don Teodoro. Yo que imaginé sincero
Tu cariño...

Doña Ines. ¿ Y no te amo ?

Don Teodoro. ¡ Amarme tú !... Hubo algun tiempo
En que necio lo creia ;
Pero ese mismo recuerdo
Me atormenta mas ahora.
Yo tranquilo, satisfecho
Con tus promesas, ansiando
Llegase el feliz momento
De verte mia... Lo juras ;
Ni un instante me detengo
En pedir tu mano, y sufro
Insultos y menosprecios...
Pero me queda mi Ines ;
Ese era el solo consuelo
De mi corazon : me ama ;
Sabe que no hay otro medio
De ser mi esposa ; verá
Que á costa de un leve riesgo
Somos felices... Te escribo,
Vuelven, pregunto... ¡ Qué lejos
Estaba yo de esperar !...

Doña Ines. ¡ Ay, Teodoro ! No lo niego :
Te quiero mas que á mi vida ;
Pero no con tal estremo,
Que sacrifique á mi gusto
De una familia el sosiego,
El tierno amor de una madre,
Mi inocencia, mi concepto,
Mi honor...

Don Teodoro. ¡ Tu honor !... ¿ Pues acaso
He tratado de ofenderlo ?
¿ Podrá tu madre á su antojo
Negar su consentimiento
Para nuestra union, y tú
Por un temor indiscreto
Dejarás de ser mi esposa ?
¡ Tú por su capricho necio
Infeliz toda tu vida,
Por no esponerla á un momento
De pesar, de que ella propia

Ha de avergonzarse luego!...
¡Tu familia!... Y por ventura
¿Quién le ha otorgado el derecho
De esclavizarte á su gusto?...
Pregunta, indaga qué hicieron
Ellos mismos, ó si acaso
No nos dieron el ejemplo.
¿Callas?... ¿dudas? ¿ó presumes
Que seremos los primeros
En burlar la tiranía
De unos padres indiscretos?...
No, Ines mia; tú me amas;
Tú puedes premiar mi afecto
Con tu mano... ¿Y la retiras? (*la accion.*)

Doña Ines. Déjame, yo te lo ruego.

(*Con abatimiento.*)

Don Teodoro. ¿Que te deje?...
Doña Ines. Sí, Teodoro.
Don Teodoro. A Dios. (*Con resolucion.*)
Doña Ines. ¿Te vas?
Don Teodoro. ¿No te dejo?
¿No hago tu gusto?
Doña Ines. ¡Tan pronto!
Don Teodoro. Y para nunca mas vernos.
Doña Ines. ¿Nunca, Teodoro?...
Don Teodoro. Jamas.
Doña Ines. Pues... á Dios...

(*Con suma languidez.*)

Don Teodoro. ¿Lloras?
Doña Ines. No puedo
Resistir mas... Pero, dime:
¿Podré esperar á lo menos
Que te acuerdes de tu Ines?
Don Teodoro. Sí, Ines: yo te lo prometo.
Doña Ines. ¿Me escribirás?
Don Teodoro. Quizá antes
Acabarán mis tormentos:
Tú lo sabrás... Ines mia,
No te ha de quedar recelo
De que fué falso mi amor:
A Dios.
Doña Ines. Espera un momento...

Don Teodoro. ¿ Para qué ?
Doña Ines. ¿ Te canso ya ?
Don Teodoro. No, Ines ; ¿ pero á qué esponernos
Sin fruto ? A qué atormentarnos ?
Doña Ines. Ingrato, bien te comprendo :
Te soy modesta, y quizá
Se ha convertido tu afecto
En odio...
Don Teodoro. ¿ En odio, mi vida ?
Doña Ines. Pero yo no lo merezco ;
No, Teodoro : ¡ Dios lo sabe !
Si pudieras ver mi pecho,
Tú mismo me disculpáras.
Don Teodoro. ¿ Y es posible que te pierdo
Con tanto amor ?...
Doña Ines. Sí, Teodoro ;
Mi suerte así lo ha dispuesto
Don Teodoro. ¿ No está en tu mano el vencerla ?
Doña Ines. No me es posible.
Don Teodoro. ¿ Y nos vemos
Por última vez ahora ?
Doña Ines. ¡ Ay !...
Don Teodoro. ¿ Ni nos queda el consuelo
De morir juntos ?...
Doña Ines. ¡ Dios mio ! ! !
Don Teodoro. ¡ Y yo vacilo un momento !
Ines mia, á Dios, á Dios...
Doña Ines. Aguarda... Yo desfallezco...
Don Teodoro. Ines mia, hasta la muerte.

(*Toma su mano con espresion, en ademan de despedirse : doña Ines se arroja á sus piés : y él procura sostenerla.*)

Doña Ines. Tuya soy... tuya...
Don Teodoro. ¿ Qué es esto,
Ines ?
Doña Ines. ¡ Ten piedad de mí !
Mi vida misma te entrego ;
Mi honor, que es mas que mi vida...
Don Teodoro. ¡ Esposa mia !... (Ya puedo
Llamarte con este nombre)
Mi esposa, mi bien, mi dueño,
¿ Tú arrodillarte á mis piés ?
Doña Ines. ¿ Quieres mas ?... Mira cual beso
Tu mano, y la riego en llanto...

Don Teodoro. Alzate.
Doña Ines. ¿ No estás contento ?
¿ Me quieres mas humillada ?
Don Teodoro. ¡ Tú humillada, cuando debo
Besar la tierra que pisas !
Doña Ines. Mi honor, mi honor... Y te ofrezco
Ser tu esclava, no tu esposa...
Don Teodoro. No me traspases el pecho
Con tus sospechas.
Doña Ines. ¿Lo juras?...
Don Teodoro. Te lo juro por el cielo,
Por mi vida, por mi amor...
Pero, Ines, no malogremos
Ocasion tan favorable...

(Doña Ines muestra abatimiento y profunda distraccion hasta el fin de la escena.)

Doña Ines. Dispon de mí... Ya no tengo
Mas voluntad que la tuya.
Don Teodoro. Juana, Perico, al momento
A disponer...

(Perico y Juana habrán estado en el fondo del teatro, como hablando en secreto, hasta este punto en que se acercan.)

Juana. ¿ Es verdad,
Señorita ?... Pero advierto
Que está usted llorosa...
Doña Ines. No...
Juana. Si yo claro lo estoy viendo,
¿ A qué oculta usted la cara ?
Doña Ines. De mí misma me avergüenzo :
Vuélveme, Teodoro mio,
Mi inocencia...
Don Teodoro. Está á cubierto
Con tu esposo.
Perico. ¡ Y qué marido !
Don Teodoro. Pero no perdamos tiempo :
Vamos, Juana.
Juana. ¿ Saco ropa ?
Don Teodoro. Ya me ofende ese silencio ;
Ines ; ¿ te pesa el ser mia ?
Doña Ines. No, Teodoro ; pero al menos
Deja que piense en mi suerte :
¿ En eso acaso te ofendo ?

Don Teodoro. Me afliges.
Doña Ines. Harto me pesa;
Pero déjame el consuelo
De llorar... No pido mas.
¿Te parece que no he hecho
Bastante por tí?...
Don Teodoro. Alma mia,
Pide mi sangre y la vierto:
Pero no miren mis ojos
Que lloras en el momento
Mas dichoso de mi vida.
Doña Ines. ¿No es justo mi sentimiento?
Don Teodoro. Sí.
Doña Ines. ¿Pues cómo he de olvidarle?
¿No abandono cuanto quiero
En el mundo; casa, padres?
Don Teodoro. ¿Y no sabré agradecerlo?
Doña Ines. Aquí mismo, aquí nací...
Don Teodoro. Desecha esos pensamientos.
Juana. ¿Con que saco aquel vestido?...
Doña Ines. El que quieras
Don Teodoro. Vuelve presto.

ESCENA XIV.

DOÑA INES, DON TEODORO, PERICO.

Don Teodoro. ¿Porqué tan triste, Ines mia?
Doña Ines. Temprano, temprano empiezo
A temer.
Don Teodoro. Pero, ¿qué temes?
Quizá aun antes que creemos
Estemos aquí de vuelta.
Doña Ines. Pero ¡cuánto en ese tiempo
Va á sufrir mi pobre madre!..
Don Teodoro. ¿A qué viene ese recuerdo?
¿Tienes gusto en afligirte?
Doña Ines. No puedo, por mas que quiero,
Dejar de pensar en ella...
Don Teodoro. Piensa en los gustos completos
Que has de gozar á su lado...
Doña Ines. ¡Hija ingrata, este es el premio
Que das á tanta ternura!...
Don Teodoro. ¡Qué vano temor! si luego

Ella propia ha de alegrarse.

Doña Ines. Y entre los dos cuidaremos
De hacerla feliz... ¿Lo harás?

Don Teodoro. Tendrá en mí un hijo, no un yerno.

Doña Ines. Pero... ¿y si no me perdona?...

Don Teodoro. No te inquiete ese recelo,
Ines mia; en nuestros brazos
Muy pronto la estrecharemos.

Doña Ines. ¡Dios lo quiera! Y si consigo
Que olvide mi desacierto
Y me eche su bendicion,
Nada en el mundo apetezco.

Don Teodoro. ¿No lo has de lograr, mi vida?
Te ha de perecer un sueño
Que lo dudaste siquiera.

ESCENA XV.

DOÑA INES, DON TEODORO, JUANA, PERICO.

(*Juana saca un lio de ropa y un vestido de camino para doña Ines.*)

Don Teodoro. ¿Viene todo?

Juana. Aunque revuelto.

(*Juana coloca el lio sobre la mesa, y viene á poner el vestido á doña Ines que se muestra muy triste y pensativa.*)

Don Teodoro. ¿Qué tienes, mi bien, qué tienes?
No sabes cuánto padezco
De verte así.

Doña Ines. Yo no sé
Qué triste presentimiento...

Don Teodoro. No te violentes; suspira
Con libertad.

Doña Ines. Si no puedo...

Juana. Señorita, ¿está usted muerta?
Teneis tan pesado el cuerpo,
Que me cuesta...

Don Teodoro. Ayuda, Ines.

Doña Ines. Mira, mira como tiemblo;
¡Y ten compasion de mí!

Don Teodoro. Animo, Ines, un esfuerzo,
Y nos salvamos.

Don Pedro. Valor!

Doña Ines. ¡Ay, Teodoro! yo no acierto
A dar un paso...
Don Teodoro. Yo al lado
Te sostendré.
Doña Ines. ¿No hay remedio?
¿Por fin, Teodoro?
Don Teodoro. ¿Ahora dudas?
Doña Ines. Quizá tú mismo en tu pecho
Me estes culpando...
Don Teodoro. No, Ines:
¿Imaginas que no aprecio
Tu fineza?
Doña Ines. ¡Madre mia!
¿Qué será de tí en sabiendo
Mi fuga?...
Don Teodoro. No te acongojes.
Doña Ines. Quizá en el primer momento
Me echará su maldicion...
Don Teodoro. Desecha vanos recelos...
Doña Ines. Yo voy á ser su deshonra;
Y voy á cubrir de duelo
A una familia inocente...
Don Teodoro. Por Dios, Ines, no tardemos.

(*Conduciéndola.*)

Juana. Yo alumbraré hasta bajar.

(*Toma la luz y el lio.*)

Don Teodoro. ¡Animo!
Doña Ines. ¡Qué desconsuelo
Cuando mañana lo sepan!...
Juana. Vamos saliendo con tiento...

(*Juana lleva la luz, y va un poco delante de doña Ines: esta camina hácia la puerta, conducida de la mano por don Teodoro: Perico va detras. En este punto suena un fuerte campanillazo, como de llamar á la puerta de la calle: doña Ines va á caer desmayada, y la sostiene Juana, que en el mismo momento deja caer la luz, la cual se apaga. Don Teodoro y Perico muestran la turbacion que es natural.*)

Doña Ines. ¡Ay de mí!...
Don Teodoro. Ines...
Juana. Nos perdimos.

Don Teodoro. ¿Quién será?
Juana. No sé.
Don Teodoro. ¿Qué hacemos?
Perico. Tirarnos por un balcon...
Don Teodoro. Vamos á ver si podemos
Moverla...
Juana. Si está cadáver...
Perico. El diablo mismo la ha muerto,
Para hacer que nos ahorquen...
Juana. Señorita...
Don Teodoro. Ines...
Perico. Mas recio :
¡Señorita!!!
Don Teodoro. Calla, bruto.
Perico. Si encontrára un agujero *ap.*
Donde agazaparme...

(*Suena otro campanillazo.*)

Juana. Aprieta.
Don Teodoro. No hay que abrir.
Perico. Ya lo sabemos :
Pierda usted cuidado.
Don Pedro. (*desde su alcoba*). ¡Juana!
Juana. ¿Esto tambien?
Perico. ¿Es el viejo?
Juana. Él mismo; y si sale...
Don Pedro. ¡Juana!!!

(*Desde adentro, y esforzando la voz.*)

Juana. Vamos á llevarla adentro,
Y ustedes se esconden...
Don Teodoro. Bien :

(*A Perico.*)

Ayuda aquí.
Perico. Voy corriendo...

(*Continúa sin hacer caso.*)

Pero es á esconderme. *ap.*
Don Teodoro. Aprisa.
Perico. Tengo tan maldito tiento
Para andar á oscuras...
Don Teodoro. Ven.
Perico. Ya dí con la puerta... bueno. *ap.*

(*Se entra por la puerta del cuarto de don Pedro, creyendo ser la que conduce á las habitaciones interiores de la casa.*)

ESCENA XVI.

DON TEODORO, DOÑA INES, JUANA.

Don Teodoro. ¿Dónde te has metido, infame?
Juana. Perico, vente derecho
Hácia mi voz.
Don Teodoro. ¿No respondes?

(*Suena ruido dentro del cuarto de don Pedro.*)

Juana. Me parece que allá dentro
Suena ruido.
Don Teodoro. ¿Qué hago?
Juana. ¿Y yo?
Si usted no acude, la suelto.
Don Teodoro. Tenla.
Don Pedro (*al salir*). Ladrones!.. ladrones!.
No te has de escapar, gran perro.

ESCENA XVII.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES, JUANA, PERICO.

(*Don Teodoro se encamina hácia el lado opuesto á aquel en que suena el ruido; á tiempo que don Luis sale de su cuarto, con una luz en la mano izquierda y en la derecha una espada: doña Ines sigue desvanecida en los brazos de Juana: don Pedro sale con bata y trage de dormir, agarrando á Perico que se desase de sus manos en aquel momento de sorpresa; todos quedan inmóviles y suspensos por un instante.*)

Don Luis. ¡Infame!...

(*Yendo á acometer á don Teodoro.*)

Don Teodoro. Tened.
Don Pedro. ¿Qué haceis?
Don Luis. Derramar su sangre indigna.
Don Pedro. Pero, sepamos...
Don Luis. ¿Qué mas?
¿No veis á vuestra sobrina
Y á estos malvados?..
Don Teodoro. Yo vine...
Don Luis. ¿A qué?

Don Teodoro. La hallé... que salia...
Don Luis. ¡Vil seductor! Yo sabré
Arrancarte con la vida
La verdad...
Don Pedro. Tened, don Luis.
Don Teodoro. Por Dios...
Don Pedro. Juicio; y no consiga
Perdernos este villano.
Don Teodoro. Yo... mi honor...
Don Luis. ¿Veis su osadía?
Aun se atreve á hablar...
Don Pedro. Mirad
Que en este lance peligra
El honor de Ines y el nuestro.
Calma, don Luis; no se diga
Que nos faltó la prudencia
Cuando mas se requeria.
Don Luis. ¿Pero ha de quedar impune?
Don Pedro. Luego hay tiempo: lo que insta
Es cuidar de esa infeliz...

(*Don Pedro y don Luis se acercan á doña Ines: don Teodoro permanece á alguna distancia inmóvil y turbado.*)

Ines...
Don Luis. Apenas respira...

(*Mirando á don Teodoro.*)

¡Malvado!
Don Pedro (*á Juana*). ¿Le has dado agua?
Juana. Yo por mí me resistia;
Pero...
Don Pedro. No pregunto eso.
Juana. Y tambien la señorita;
Pero ellos instaron tanto...
Don Pedro. Yo la sostendré: una silla

(*A Juana.*)

Y un vaso de agua... ¿No vas?...

(*Colocan en la silla á doña Ines, y Juana recoge del suelo la vela, la enciende, y se va adentro.*)

Juana. ¡Qué cara!... Dios nos asista. *ap.*

ESCENA XVIII.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES, PERICO.

Don Luis. Será una congoja.
Don Pedro. Puede:
El susto, la lucha misma
De pasiones, la violencia
Que la infeliz sufriria...
Don Luis. ¡Malvado, ve aquí tu obra!

(*A don Teodoro.*)

¿No osas levantar la vista?
Mira y complácete.
Don Pedro. Juicio;
Que no ha sido poca dicha
Que nos cueste esto tan solo...
Y sino, por buenos dias
Nos quedaba que llorar.
Mire usted si yo sentia
Con razon tanto abandono;
Pero esta infeliz me inspira
Solo lástima; su madre,
Su madre es la que me irrita.

ESCENA XIX.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES, PERICO, JUANA CON UN VASO DE AGÚA.

Don Pedro. Tráela aquí.
Don Luis. Dadle una poca.
Don Pedro. Me parece que suspira...
Ines...
Doña Ines. ¡Ay!
Don Pedro. Haz por llorar.
Doña Ines. Juana... ¿quién?...
Don Pedro. Soy yo, Inesita.

(*Doña Ines mira á un lado y á otro; y al ver á don Pedro y á don Luis, esclama:*)

Doña Ines. ¡Dónde me escondo, Dios mio!
Don Pedro. Vamos, hija, no te aflijas:
Ya pasó; no temas nada.

Don Luis. Beba usted, no le repita
La congoja...

Doña Ines. ¡Por piedad,
Dejadme morir!

Don Pedro. ¿Deliras,
Muchacha?... Estando á mi lado
Ya debes estar tranquila:
Lo sé todo, y te disculpo.

Doña Ines. ¡Disculparme!

Don Pedro. Sí, hija mia.

Doña Ines. No merezco yo ese nombre.

Don Pedro. ¿Porqué?

Doña Ines. Esa bondad misma
Es un puñal para mí:
Reñidme, llamadme indigna
De vuestro amor; insultadme...
Decidme lo que me dicta
Mi corazon; nada mas...
Así veré si se alivia
Este peso que me ahoga...

Don Pedro. Llora, no temas; suspira...

Doña Ines. ¿No lo haceis... Ríñame usted;
No tema usted que le diga
Ni una palabra siquiera...
Vereis si os oigo sumisa,
Si os pido perdon, y os beso
Los piés.

(*En ademan de arrodillarse.*)

Don Pedro. Levántate, hija,
Y en mis brazos...

Don Luis. Mira, infame,

(*A don Teodoro.*)

La víctima que perdias.

(*Doña Ines vuelve con sorpresa la cara, y ve á don Teodoro, que está á alguna distancia.*)

Doña Ines. ¡Es él!... ¡O Dios!...

Don Pedro. ¿Porqué tiemblas?

Doña Ines. Que se aparte de mi vista;
Yo os lo suplico...

Don Pedro. Aun no sabes
Quién es.

Don Teodoro. Yo solo querria...

Don Luis. ¿Ve usted, ve usted su insolencia?
¿Y quiere usted que reprima
Mi cólera?

Don Pedro. No olvidemos
Que el honor de mi sobrina
Pende de que esto se calle...
La ofensa no es vuestra, es mia;
Y yo sé...

Don Teodoro. Si usted me oyera,
Quizá compadeceria...

Don Pedro. No abuseis de mi paciencia:
Sé quien sois, sé vuestra vida,
Vuestros vicios, y la causa
De vuestra fuga... Hija mia,
Da muchas gracias á Dios,
Que ya en el borde te libra
Del precipicio... Sino,
Deshonrada, envilecida,
Abandonada cual otras,
De su infame mano ibas
A recibir tu castigo...

Doña Ines. ¡Me estremezco!...

Don Pedro. Tu familia,
Tus pobres padres, tú propia
Víctimas de la perfidia
De un seductor...

Doña Ines. Me juró
Ser mi esposo; con su firma
Me lo ofreció... Vedla, vedla...

(*Dándole la carta.*)

No os engaño: así encubria
Su intencion; solo así pudo
Persuadirme... Ingrata hija,
No tienes disculpa, no.

Don Luis. No se abata usted.

Doña Ines. Yo misma
Quiero confesar mi crímen;
Quiero quedar confundida
A vuestros ojos; y luego
Llorar por toda la vida...

Don Luis. Antes debeis consolaros;
Y que este suceso os sirva
De leccion, no de tormento.

Doña Ines. ¡Ah, don Luis! ¡cuánto me humilla
Esa virtud! Todos, todos
A sonrojarme conspiran.

Don Pedro. ¡Qué maldad!... Si no mirára...

(*Al acabar de leer la carta.*)

Don Teodoro. Ruego á usted que me permita
Decir solo...

Don Pedro. ¿Qué quereis?

Don Teodoro. Sé que es justa vuestra ira;
Que teneis razon en todo;
Que en usted tan solo estriba
Mi suerte, y podeis perderme:
Si lo haceis, la culpa es mia;
Lo sufriré sin quejarme.
Mas ya que por buena dicha
Se ha evitado tanto mal,
Haced la gracia cumplida:
No por mí, no lo merezco;
Pero una honrada familia,
Mi anciana madre infeliz
En quien caerá mi ignominia...

Don Luis. No hay que fiarse.

Don Pedro. Dejadle.

Don Teodoro. Si teme usted que ahora finja,
Don Luis, se engaña usted mucho;
Yo os lo juro: y Dios permita
Que este horror á mi conducta
Me dure toda la vida!

Don Pedro. Id con Dios, infeliz jóven;
Que si es tal vuestra malicia
Que olvidais esta leccion,
Pronto hallareis vuestra ruina.
Solo tengo que advertiros
Que si sé que un solo dia
Permaneceis en Madrid...

Don Teodoro. No lo temais: yo me iba...

Don Pedro. Ya lo sé.

Don Teodoro. Y aun cuando no,
Con mucho gusto lo haria
Por pagar vuestra bondad.

Don Pedro. Y cuenta que alma nacida
Llegue á entender... porque entonces...

Don Teodoro. No me haga usted la injusticia

De creerme ya tan malvado:
Esta noche, á la hora misma
Que salga de aquí, me voy;
Y no omitiré fatiga
Hasta abrazar á mi madre...
¡Quién sabe!... Quizá afligida
Con mi culpable abandono,
Habrá muerto en la desdicha...

Don Pedro. Bien, Teodoro, buen anuncio:
Quien se enternece no dista
De la virtud... Id con Dios.

Don Teodoro. Antes dejadme que os pida
Perdon á todos...

Don Pedro. ¿Qué haceis?

Don Luis. ¡Qué bondad! ¡cuánto me admira

(*A don Pedro.*)

Vuestra prudencia! Yo ciego...

Don Pedro. Dejaos de filosofías
A media noche... Al negocio.

(*Se dirige hácia Perico, que estará en un rincon del teatro.*)

Bribon, de buena te libras,
Porque Dios quiere; mas oye:
Como llegue á mi noticia
Que hablas, solo una palabra...

Perico. Descuide usted; que aun me pican
Las espaldas, y no dejo
De correr en veinte dias.

ESCENA XX.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES, JUANA.

Don Pedro. Tambien, en amaneciendo,

(*Fijando la atencion en Juana.*)

Se hará una limpia por casa...
Idos, Teodoro, por Dios;
No vuelvan los que llamaban...

Don Teodoro. Os repito...

Don Pedro. No tardeis;
Mirad que el tiempo se pasa.

ESCENA XXI.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES, DOÑA LEONCIA, JUANA.

(Al salir don Teodoro, encuentra con doña Leoncia, que viene vestida lujosamente de turca, con una mascarilla en la mano, y entra con precipitacion. Don Teodoro vuelve á entrar en la sala, y se aparta á un lado.)

Doña Leoncia. ¡No lo dije!... Aquí el bribon...
Don Pedro. Esto solo nos faltaba.
Doña Leoncia. *(á Ines)*. Y tú tambien, picarona...
¿Qué es esto?
Don Pedro. ¿Qué ha de ser? Nada.
Doña Leoncia. ¡Yo lo sabré... indigna hija!
Doña Ines. ¡Madre!
Don Pedro. ¿Estás loca?
(Deteniendo á doña Leoncia.)
Doña Leoncia. ¿Te apartas,
O vive Dios?...
Don Pedro. Tente, loca.
Doña Leoncia. Ya nos veremos las caras
Despues.
Don Pedro. Déjala, y no apures
Mi paciencia.
Doña Leoncia. ¡La malvada!
Don Pedro. Chito.
Doña Leoncia. *(á Juana)*. Y tambien esa infame.
Don Pedro. Chito.
Doña Leoncia. Y el otro canalla
Que encontré al salir... Bribones!
Don Pedro. Muger del diablo, ¿no callas?
Doña Leoncia. Pero ¿qué es esto? ¿qué es esto?...
Don Pedro. ¿No lo ves? Que nos dió gana
De ir de máscara esta noche.
Doña Leoncia. No me estreches á que haga
Un desatino...
Don Pedro. Cuidado,
Que la paciencia se acaba,
Y te has de acordar. ¡No es cosa,
Que siendo la mas culpada,
Nos venga á quemar la sangre!
Doña Leoncia. Pero...

Don Pedro. No hay peros que valgan;
Que ya me enfadaste.
Doña Leoncia. Hermano,
Si yo solo preguntaba...
Don Pedro. ¿Lo quieres saber? Pues oye;
Te lo diré en dos palabras:
A esta pobrecita niña
Le tocó por su desgracia
Una madre vieja y loca;
Se vió sola, abandonada...
Doña Leoncia. Por Dios, Pedro...
Don Pedro. Ama á un hombre;
Dió crédito á sus palabras;
Quiso salir de tu yugo;
Y si un momento te tardas,
La pierdes y nos deshonras...
¿Quieres mas?
Doña Leoncia. Bien me lo daba

(*A don Teodoro.*)

El corazon... ¡Hombre infame!...
Don Pedro. Váyase usted, y no haga
Caso...
Don Teodoro. Yo quisiera antes...
Don Pedro. Id con Dios; que á ella lebasta
Lo que yo le diga... A Dios.

ESCENA XXII.

DON PEDRO, DON LUIS, DOÑA INES, DOÑA LEONCIA, JUANA.

Don Pedro. A veces, don Luis, no alcanza
La paciencia: por un tris
No sucede una desgracia;
Sabe que tiene la culpa;
Y en vez de darme las gracias
Porque callo...
Doña Leoncia. Que me ahogo...

(*Echándose sobre una silla.*)

Por Dios, un vaso de agua,
Que me muero...
Doña Ines. ¡Madre mia!
¿Qué tiene usted?

Doña Leoncia. Pronto, Juana,
Este turbante...
Don Pedro. Así fuera...
Doña Leoncia. Aflójame la lazada
Del ceñidor...
Don Pedro. Con cien años,
Y andar de reina sultana.
Don Luis. Ya eso pasó, y nunca mas...
Don Pedro. ¿Nunca mas?... Hasta mañana.
Don Luis. Con este lance...
Don Pedro. No importa:
En dando en ser mentecata
Una vieja, hasta la muerte.
Pero ella allá se las haya;
Que la estafen, que la burlen,
A mí no me importa nada;
Mas por lo tocante á Ines...
Doña Ines. Yo sola, yo soy la causa
De estos pesares.
Don Pedro. No, hija.
Doña Ines. Por mí no hay paz en la casa;
Por mí es infeliz mi madre;
Por mí riñe usted...
Don Pedro. Te engañas:
La muy loca...
Doña Ines. Y yo quisiera
Que de una vez se cortáran
Tantos disgustos.
Don Pedro. ¿Y cómo?
Doña Ines. Si mis padres...
Don Pedro. Vamos, habla;
¿Qué quieres?
Doña Ines. En un convento...
Don Pedro. ¿Oye usted á esta muchacha,
Don Luis?... ¡Buena vocacion!
¿Mas porqué no alzais la cara
Y respondeis?... ¡Ah, hijos mios!
Yo no pierdo la esperanza
De daros quizá este nombre.
Don Luis. No sabeis cuánto me agrada
En vuestra boca.
Don Pedro. ¿Y á tí?...
(*A doña Ines.*)
No hay que ponerse encarnada;

Que no exijo la respuesta.

Doña Ines. Por Dios, tio, no me haga
Usted sonrojarme mas;
Otra mas afortunada...

Don Pedro. Bueno ; lo que tú quisieres :
Tranquilízate y descansa
En mí, que yo sé muy bien
Que el tiempo todo lo allana,
Y cuando dos se han querido...
Pero, ¿qué es eso, muchacha?
¿Lloras?

Doña Ines. Mi madre... mi madre...
Si su cariño me falta,
No tengo gusto en el mundo.
¿Está usted muy enfadada
Conmigo?

(*Acercándose á su madre con timidez.*)

Don Pedro. Acércate á ver.

Doña Ines. ¡Madre mia!

(*Abrazando á su madre.*)

Doña Leoncia. ¡Hija del alma!
¡Hija!!!

Don Pedro. Don Luis, ¿qué os parece?

Don Luis. Que no sé lo que me pasa
En este instante.

Don Pedro. Id tambien,
Que me parece os aguarda
Como á un hijo : ello es así...
Pero en el fondo no es mala...
Llegue usted.

(*Don Luis se acerca y besa con respeto la mano de doña Leoncia.*)

Don Luis. ¡Señora!

Doña Leoncia. ¡Hijo!

Don Pedro. ¿Has sentido nunca, hermana,
Un placer igual?... Responde.

Doña Leoncia. Estoy tan avergonzada...

Don Pedro. No hay que hablar ya de ese asunto...
Pero, muger, ¿te se saltan
Las lágrimas?

Doña Leoncia. ¡Hija mia!

(*Volviendo á abrazarla.*)

Doña Ines. ¿ Me perdona usted mi falta ?
Me quiere usted como antes ?
Doña Leoncia. Déjame, que me traspasas
El corazon... Aquí, Ines,
No te muevas para nada ;
Que aun me parece mentira
Que te tengo ; y por mi causa...
Doña Ines. Yo tuve la culpa, yo.
Don Pedro. ¿ Volvemos á las andadas ?
¡ Pues es cómoda la hora !..
Vámonos pronto á la cama,
Que es lo que importa ; y cuidado
Que el que vuelva á hablar palabra
De este lance, ahora ni nunca...
Doña Leoncia. Tú verás desde mañana
Mi conducta.
Don Pedro. Bien está ;
Pero mira que si andas
Otra vez con tonterías...
Doña Leoncia. No, no lo temas : mi casa,
Mis hijos, y nada mas.
¿ Sí ?

(*A doña Ines.*)

Don Pedro. Tú verás lo que ganas
En ello ; pero sino,
Ya te tengo decretada
La sentencia.

(*Coge del suelo la careta que traia doña Leoncia, y se la muestra.*)

Dí : ¿ la ves ?..
Pues ahora voy á encerrarla ;
Y en viendo torcerse el carro,
Sin hablarte una palabra,
Te la enseño... y ya me entiendes.
Doña Leoncia. No haya miedo.
Don Pedro. Ella va al arca.
Doña Leoncia. No saldrá ; yo lo aseguro :
Estoy muy desengañada.
Don Pedro. Será así, pero con todo,
Nada se pierde en guardarla :
¡ Y ojalá todas las madres
Tuvieran otra en su casa !

DON MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.

Nació el 13 de noviembre de 1790 en Veracruz, donde era gobernador su padre, general que dejó muy buen nombre en el ejército español. Su madre doña María del Rosario Cepeda, descendiente, como indica su apellido y comprueban los papeles de su casa, de la sublime Santa Teresa de Jesus, fué tambien señora de extraordinario mérito, tanto que á la temprana edad de 12 años la concedió la ciudad de Cádiz, su patria, honores de regidora perpetua, de resultas de unos exámenes públicos en que se distinguió singularmente.

Don Manuel Eduardo de Gorostiza y Cepeda se hizo conocer en Madrid por los años de 15 ó 16, dando sucesivamente al teatro sus celebradas comedias *Indulgencia para todos, Don Dieguito, Las costumbres de antaño, Tal para cual* y algunas pequeñas piezas de circunstancias que fueron muy bien recibidas, principalmente despues de restablecida la constitucion el año 20, sistema político que adoptó con ardor, y cuya caida le obligó á emigrar á Inglaterra. Allí fué buscado por los mejicanos, que tratando de hacer reconocer su independencia en las principales córtes de Europa necesitaban para ello agentes hábiles, y habiéndose valido de Gorostiza, desempeñó tan bien su comision en Holanda, en Prusia y en otros paises, que pocos años despues se le vió en Lóndres de ministro plenipotenciario, y luego dos veces en Paris, haciendo el tratado de comercio y alianza con el gobierno francés.

Por entonces fué cuando en algunos momentos de desahogo en medio de sus graves tareas diplomáticas, compuso su tan celebrada comedia *Contigo pan y cebolla*, que es una de las mejores suyas, y que probablemente inspiraría á M. Eugenio Scribe su piececita titulada *Une chaumière et son cœur*. Se trasladó luego á Méjico, en donde fué nombrado individuo del consejo de gobierno, y allí compuso algunas comedias, que se representaron en aquel teatro, pero cuyos títulos ignoramos. Murió algunos años despues, creemos que hallándose todavía en Méjico.

INDULGENCIA PARA TODOS

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

PERSONAS. — DON FERMIN DE PERALTA, vecino de una villa de Navarra, y padre de DOÑA TOMASA, y de DON CÁRLOS, amigo de DON SEVERO DE MENDOZA, caballero vizcaino, aunque con su familia establecida en Castilla, y tratado de casar con doña Tomasa. — DON PEDRO ARISMENDI, alcalde mayor del pueblo, y amigo de don Fermin. — COLASA, criada de doña Tomasa. — GASPAR, criado de don Severo de Mendoza.

La escena se figura en una villa pequeña de Navarra.

La accion principia á las seis de la tarde, y da fin á las doce del dia siguiente.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de la casa de don Fermin, adornada con decencia, pero con muebles algo antiguos. Estará blanqueada solamente, con algun otro cuadro, etc., y esta sala tendrá dos puertas; una que conduce á la entrada de la casa, y será la del foro, y otra que conduce á las habitaciones de la familia.

ESCENA PRIMERA.

DON FERMIN Y DON CÁRLOS.

Don Fermin. ¿Con que hoy llega?
Don Cárlos. Sí, señor,
Hoy mismo, ó miente la carta
Que acabo de recibir
De don Jaime.
Don Fermin. Su tardanza
Me empezaba á dar cuidado.
Don Cárlos. Pues á fe que no me daba
A mí ninguno.
Don Fermin. ¿Y porqué?
Don Cárlos. Porque fuera una bobada.
En un camino, señor,
La menor cosa embaraza,
Y detiene y descompone.
Ademas no encuentro tanta
La diferencia. Él nos dijo
Que llegaría sin falta

El lúnes, y llega el mártes.
Don Fermin. Ya se ve. Con la cachaza
Que gastan los mozalvetes
Ahora, nada importa nada.
Lúnes dijo; y llega mártes:
Lo mismo es.
Don Cárlos. La cuenta es clara.
De todos modos un dia
Mas ó menos...
Don Fermin. Hombre, calla
Con Barrabas, y no digas
Disparates. Que el que viaja
Por interes ó capricho
Se engañe en su cuenta, vaya
Con mil diablos; pero un novio
A quien espera la blanca
Mano de una doncellita,
Por fin y postre, ¿no es gaita
Que se venga equivocando
A la primera jornada?
Don Cárlos. A veces...
Don Fermin. Nunca hay disculpa.
Ahora y siempre quien se casa
Debe conocer al menos
El almanaque.
Don Cárlos. Tomasa
No juzgará ciertamente
A su novio con tan rara
Severidad.
Don Fermin. Que lo juzgue
Como quiera. Todo cambia,
Y en todo hay moda. Por eso
No estrañaré que á tu hermana
Le parezca una lindeza,
Lo que en mis tiempos bastaba
Para aguar mas de mil bodas.
Don Cárlos. Ya tenemos en campaña
Aquellos benditos tiempos.
Don Fermin. No que no. Si fuera chanza...
Por mucho menos tu tia
Doña Leonor de Peralta
Y Quincoces dió á su novio
Unas sendas calabazas,
Sin mirar que era marques.

Y rico, y tonto.

Don Cárlos. ¡ Ay que es nada
Lo del ojo! Y diga usted
¿Porqué hizo tal mogiganga
La buena doña Leonor?

Don Fermin. Yo lo diré; pues me hallaba
Precisamente en la iglesia
Cuando el caso. Todo estaba
Preparado : el organista
En su puesto : las arañas
Encendidas : los chiquillos
A la puerta, y las tapadas
Muy cerquita de la novia
Para ver si se cortaba.
Solo en fin, faltaba el cura
Para casarlos.

Don Cárlos. Pues falta
Era.

Don Fermin. No tanta, que estuvo
La cosa mas apurada
De lo que á tí te parece.
El sacristan era rana,
No lo niego, y aun el mejor
Tabernero de Navarra,
Segun dijeron entonces;
Pero él solo fué la causa
De todo, con las mejores
Intenciones, y las mas malas
Resultas que puede haber.

Don Cárlos. La intencion siempre le salva.

Don Fermin. Sí; pero ¿á quien se le ocurre,
Sin esperar á que salga
El cura, y por abreviar
Y pillar pronto las tarjas,
El decir á novio y novia
Que las manos se tomáran?
Ya se ve, el pobre cuitado,
A fuerza de amor, estaba
Como están todos los novios,
Sin saber lo que les pasa,
Ni lo que hacen, y por dar
La mano derecha alarga
La zurda, y zas, mi marques
Equivoca la estocada.

Don Cárlos. ¡Oiga y qué lance!
Don Fermin. Tu tia
Era muy buena. Una santa
Casi, casi; pero en punto
A el honor muy delicada.
Así, ó porque tuvo agüero,
O porque le diese rabia
Al ver que todos riyeron
Del marques la borricada,
Lo cierto es, que una congoja
Le dió allí mismo tan larga,
Que la tuvimos por muerta.
El doctor, que la enterráran
Dispuso ya.
Don Cárlos. ¿Y se enterró?
Don Fermin. No; porque como esperanzas
Nos diera el sepulturero,
Quisimos ver si acertaba,
Y quiso Dios que acertase.
Pero ¡ay Cárlos! ¡qué mudanza!
Luego que tornó á la vida,
Dijo que no se casaba,
Y no se casó, no hay mas,
Que no se casó.
Don Cárlos. Pues basta,
Y sobra cuanto habeis dicho
Para probar que se amaba
De otro modo en vuestros tiempos;
Pero, padre, está mi hermana
En un caso muy distinto
Que su tia. Si el novio tarda,
Ignoramos los motivos.
Dejad que llegue, y la causa
Sabremos.
Don Fermin. Lo que te digo
Es, que entonces no escapára
Tan aínas.
Don Cárlos. Señor, entonces
Una mula se encojaba
Con igual facilidad
Que ahora. Tambien en posadas
Quedaban trasconejados
Gorros, pelucas y batas.
Si una rueda se rompía,

Si un zagal se emborrachaba,
Como se rompen y aturcan
Los presentes; si en España
No se andaba por los aires,
Dígole á usted...

Don Fermin. Que me cansas,
Y me secas y fastidias :
Basta ya por Dios. ¿Colasa?

(*Desde adentro.*)

Colasa. ¿Señor?

Don Cárlos. Otras son las cosas
Que á mí me asustan.

Don Fermin. ¿Qué?

Don Cárlos. Nada.

Don Fermin. Vaya, dilo, no me vengas
Ahora con medias palabras
A guisa de covachuelo.

Don Cárlos. Pues, señor, no es la tardanza,
Que es el genio de mi amigo
El que solo me acobarda :
Su genio, su poco mundo,
Su austeridad, su...

Don Fermin. ¿Muchacha?

(*Llamando.*)

Esta maldita está sorda.

ESCENA II.

COLASA Y LOS DICHOS.

Colasa. ¿Mande usted?

Don Fermin. ¿Dónde te hallabas,
Diablo, que siempre es preciso
Desgañitarse?

Colasa. ¡Caramba!
Despues que estoy todo el dia
Hecha un azacan, regaña
Usted.

Don Fermin. Muger, no es reñir,
Es preguntar dónde estabas,
Y qué hacias.

Colasa. Limpiar el cuarto
Del huésped, hacer la cama,

Y tenerlo todo pronto
Para cuando llegue.

Don Fermin. Brava
Mozuela. Y dime, ¿qué colcha
Has puesto?

Colasa. ¡Toma! la blanca
De damasco.

Don Fermin. Te confieso
Que temí no le encajáras
La de filipichin.

Colasa. Bueno
Hubiera sido.

Don Fermin. Y la tohalla,
El espejo, la escobilla,
El jarro y la palancana,
¿Está todo en su lugar?

Colasa. Todo está.

Don Fermin. Pues ahora, marcha,
Y clávate en el balcon,
Sin andar en garambainas,
Ni muecas con el herrero
De enfrente; y avisa, Colasa,
En sonando campanillas.

Colasa. Para autorizar las casas
Nunca hace falta una mona,
En tanto que haya criadas.

Don Cárlos. Ya está aquí nuestro don Pedro.

Don Fermin. ¿Qué don Pedro ó calabaza?

Don Cárlos. ¡Toma! el alcalde mayor.

ESCENA III.

DON PEDRO Y DICHOS, MENOS COLASA.

Don Fermin. ¡Jesus, qué milagro! vaya,
No esperaba tan temprano
A usted.

Don Pedro. Usted es la causa,
Amigo.

Don Fermin. Pues me lo cuelgo
Con gusto.

Don Pedro. Anoche quedaba
Usted con tal impaciencia
Por su yerno, que...

Don Fermin. Mil gracias;
Mas ya salí del cuidado.
Don Pedro. ¡Ola!
Don Fermin. Sí señor. La carta
Que veis es de aquel don Jaime,
Un hidalgo de Tafalla,
Que antes fué torero...
Don Pedro. ¿Aquel
Que vive en la misma plaza
Entre el cura y la botica?
Don Fermin. El mismo que viste y calza.
Don Pedro. ¿Y qué dice el buen hidalgo?
Don Fermin. Dice que durmió en su casa
Antes de anoche mi yerno,
Y que hoy llegará sin falta
A la tardecita.
Don Pedro. Sea,
Pues que tanto se deseaba,
Mil veces enhorabuena.
Don Fermin. Mucho, en verdad, me alegrára
Si ya estuviese hecho todo;
Porque á lo menos me ahorraba
De camorras.
Don Pedro. ¿Qué camorras?
En cosa ya tan tratada,
Y que tanto os acomoda,
No se debe hablar palabra,
Y dejar obrar al tiempo.
Don Fermin. Pues ahí verá usted. Acaba
Ahora mismo el señor mio
De volver á las andadas,
Y repetir cuanto dijo
Anoche.
Don Cárlos. Si me dejára
Usted hablar...
Don Fermin. ¡Dios nos libre!
Don Cárlos. La ventura de mi hermana
La encuentro comprometida:
Ella será desgraciada
Sin duda. Siempre lo dije,
Y lo diré mientras haya
Remedio.
Don Fermin. ¿Pues tú no fuistes,
Hijo ó demonio, la causa

De saber yo que existia
Tal hombre? ¿No le alababas
A troche y moche? ¿Té acuerdas
Cuando fuí por tí á Vergara,
Qué pesado y qué chinchoso
Estuvistes con las raras
Prendas, y torna las prendas,
Y el talento, y la motriaca
De tu amigo, hasta obligarme
A que le viese y tratára?
Y entonces ¿de que te admiras
Si me gustó? ¿ porque estrañas,
Que no siendo un pelagatos
Ademas, para Tomasa
Le haya escogido? Su padre,
Que se casó en Salamanca,
Siendo jóven y estudiando
Lo que allí enseñan, gastaba
Coche, y era un caballero
A quien yo traté en mi infancia,
Y con quien siempre seguí
Correspondencia por cartas.

Don Cárlos. Lo mismo que dije entonces,
Repito ahora; y si palabra
Me da usted de no enfadarse,
Esplicaré lo que llama
En mí una contradiccion.

(*A don Fermin.*)

Don Pedro. Oigámosle.
Don Fermin. ¿Sí? pues charla
Cuanto quieras, hijo mio;
Te concedo carta blanca.
Don Cárlos. Don Severo de Mendoza
Es un hombre á quien la sabia
Naturaleza ha tratado
Con tal indulgencia y tanta
Prodigalidad, que apenas
Se encuentra entre las humanas
Ciencias, una, no que ignore,
Sino en que no sobresalga.
Su talento, aplicacion
Y lectura : su estremada
Facilidad para cuanto

Quiere aprender, y que allana
En su favor los escollos,
Que á tantos detienen, causan
Verdadera admiracion.
Yo le conocí en Vergara,
En donde de humanidades
La cátedra profesaba,
Y en donde tuvo principio
La amistad que nos enlaza;
Su figura es agradable,
Su corazon noble; se halla
En aquella edad preciosa
En que ya desenrolladas
Nuestras facultades, pueden
Realizar sus esperanzas.

Don Pedro. ¿Qué edad tiene?
Don Cárlos. Treinta y cinco.
Don Fermin. Sí, sin lo que anduvo á gatas.
El año de ochenta y cuatro...
Don Cárlos. En fin, una sola mancha
Desluce cuadro tan bello,
Y un defecto es el que se halla
En él.
Don Fermin. ¿Y cuál?
Don Cárlos. No tener
Ninguno.
Don Fermin. ¡Miren qué tacha!
Don Cárlos. Aun mas de lo que os parece,
Que la popia desconfianza
Es solo quien nos inclina
A escusar agenas faltas.
Tiene el hombre mil tiranos,
Que le sujetan ó arrastran,
Que le empujan ó detienen,
Que le humillan ó levantan :
El interes, la opinion,
Las pasiones exaltadas,
Los encontrados deberes,
Las distintas circunstancias
En que cada cual se encuentra,
Son otras tantas borrascas
Donde el piloto mas diestro,
Sino perece, naufraga.
Y bien, ¿cómo exigiremos

Indulgencia y tolerancia
De quien jamas ha sufrido,
De quien ignora las varias
Vicisitudes que afligen
Nuestra existencia precaria?
Este es el caso, señor,
Del novio. Desde su infancia
Fué conducido al colegio;
Allí dió tanta esperanza,
Sus progresos fueron tales,
Que sus mismos camaradas.
Y los profesores mismos
Vencieron su desconfianza,
Y le obligaron á que
Se opusiese á la espresada
Cátedra en lugar de irse
Con su padre á Salamanca,
Como quiso : hace, en efecto,
Esta oposicion, la gana,
Y desde entonces gustoso
Se dedica á la enseñanza
De aquellos que poco antes
Sus iguales se juzgaban.
Sin embargo, en nada influye
Esta rápida mudanza
Para sus inclinaciones :
Desde su estudio á las aulas,
Desde su casa al colegio
Su vida entretiene y pasa
Sin mas trato que sus libros;
Y aquesta pasion le aislára
De suerte que desconoce
El suelo que pisa. Su alma
Engañada, enardecida
Por lecturas exaltadas,
Otra existencia se crea
Tan ficticia como vana.
Grecia y Roma en su universo :
Las virtudes celebradas
De sus hijos, son las solas
Que le admiran y le inflaman :
Con él no hay medio : á su lado
No se disimula nada;
Y merece su desprecio,

Sino vive á la Espartana
El que le quiere tratar.

Don Fermin. ¿Y qué consecuencia sacas
De toda esa relacion
De méritos?

Don Cárlos. Una y clara.
Que quien no conoce el mundo
Sino por libros, quien trata
De encontrar en cada hombre
Un Caton, mucho se engaña
A sí mismo, y mil pesares
Para los demas prepara.
La perfeccion está lejos
De nosotros por desgracia;
Y el que se juzga perfecto,
Mal podrá sufrir las trabas
Que el lazo social impone,
Ni tolerar con cachaza
De una muger los caprichos,
De un amigo la inconstancia,
De un hijo los devaneos,
O de un suegro la acendrada
Impertinencia.

Don Fermin. Pues, mira,
Pienso que esos alpargatas
Que dices, no dejarian
De tener una manada
De chiquillos, como tiene
Cualquiera que ahora se casa;
Y no obstante...

Don Cárlos. Es que la historia
Nos recuerda las hazañas;
Pero no las peloteras,
Que dentro de puertas pasan.
Tomasa, señor, es viva,
Y en Madrid acostumbrada
Al buen trato y diversiones,
No me parece muy ardua
Empresa pronosticar
Que no será afortunada,
Teniendo siempre á su lado
Un censor, que la eche en cara
Hasta lo mismo que forma
La existencia de una dama.

Tal es mi opinion. Usted
Hacer podrá de su capa
Un sayo, nada me importa,
Pues cumplí con la sagrada
Obligacion que tenia.

Don Fermin. Señor don Pedro de mi alma,
¿No es verdad que cuanto dice
Este mozo es una sarta
De desatinos?

Don Pedro. No tal.
Las reflexiones que acaba
De manifestar don Cárlos
Antes bien son muy sensatas.

Don Fermin. ¿Qué dice usted?

Don Pedro. Lo que digo :
Que nó arriendo la garancia
A Tomasita, si el novio
Es tal cual nos le retrata
Su hermano.

Don Cárlos. Nada pondero.

Don Pedro. ¿Y á Tomasita le agrada

(*A don Fermin.*)

Ese carácter adusto?

Don Fermin. No lo sé; pero apostára
A que sí; pues ella y todas
Lo que quieren es casaca.

Don Pedro. ¿Se conocen?

Don Fermin. No se han visto
Jamas.

Don Pedro. Y la repugnancia
De su hermano ¿no la asusta?

Don Fermin. Como está bien educada,
Nunca tuvo voluntad
Propia.

Don Pedro. ¿O á manifestarla
No se atrevió nunca? Amigo,
Vamos claros : la muchacha
Puede que felice sea;
Pero boda cimentada
Sobre bases tan endebles,
Promete cortas ventajas.

Don Fermin. Pero, señor, ¿qué remedio
Tiene el asunto? Avisada

Ya la parentela, escrito
Al tio sumiller, las galas
Compradas, y en casa... vamos,
No es posible. Campanada
Igual ni un negro la diera.

Don Pedro. Tampoco se desbarata
Con esa facilidad
Un lazo, en que interesadas
Están dos nobles familias.
Así, pues, yo aconsejára
Se ensayase solamente
Un medio...

Don Fermin. ¿ Alguna demanda
Ante el vicario ?

Don Pedro. No es eso.

Don Fermin. Pues lo que es ir la sala
No me atrevo : lo confieso.
Tengo mi casa atrasada
De tal modo con la guerra...
Luego, ya ve usted las cargas
Que se pagan, el granizo
Que sufrimos por marzo.

Don Pedro. ¡ Anda !
Ya escampa y llueven guijarros.
No, don Fermin, no se zanjan
Tamañas dificultades
Con pleitos, y aquel que trata
De componer un asunto
De familia sin jaranas
Ni ruidos, nunca conviene
Que empiece rompiendo lanzas.

Don Fermin. Pues eso quise decir.

Don Pedro. Ahora bien, yo me inclinára
A que inventásemos juntos
Un buen ardid, que de chanza
Tuviese el nombre, y que fuese
Una leccion que enseñára
Á ese filósofo grave,
Que todos á igual distancia
Están de la perfeccion,
Y que...

Don Fermin. Ya estoy. Usted trata
De que caiga de su burro,
¿ No es verdad ?

Don Pedro. Pues.
Don Fermin. Y de que abra
Los ojos, y reconozca
Que él es de la misma pasta
Que su padre y que su madre,
¿ No es así ?
Don Pedro. Cabal.
Don Fermin. Pues basta.
Corre de mi cuenta.
Don Pedro. ¿ Cómo ?
Don Fermin. Lo dicho, dicho. Mañana
Estará mas blando el hombre
Que una breva.
Don Pedro. Pero...
Don Fermin. Nada :
Fíese usted en mí. Se hará,
Y usted me dará las gracias.
Don Pedro. Pero, en fin, sepamos cómo.
Don Fermin. Mañana al romper el alba
Tomo la mula, y me voy
Al convento de las Claras.
Conozco allí al capellan,
Que es un piquito de plata,
Todo un hombre, que estuvo
Consultado por la cámara
Para una racion en Ceuta;
Y á saber donde se hallára
En el dia, si él no la hubiera
Renunciado ; pero, vaya,
Lo que él dice : vale mas
Servir con mucha eficacia
Media docena de madres,
Que agradecen y que pagan,
Que no meterse en cabildos.
Don Pedro. Al grano por Dios.
Don Fermin. Cachaza,
Que no seré muy difuso.
Digo, que mi confianza
Entera la deposito
En la prudencia, en la labia
De este docto sacerdote ;
Que lo traeremos á casa,
Y en dos ó tres encerronas
Le pondrá como una malva.

Don Pedro. ¡ Ay, don Fermin ! y cuán poco
Conoce usted nuestra humana
Flaqueza ! ¿ Usted se figura
Que se curan con palabras
Los ridículos, los vicios
Que la educacion arraiga
En nosotros ? ¿ Usted piensa
Que una obra cimentada
Por el tiempo y la costumbre,
Se destruye ó desbarata
Con retóricos discursos ?
Pues no, amigo, usted se engaña.
El hombre es tan material,
Que para que se persuada
De un error, es fuerza que antes
Se enteren y satisfagan
Los sentidos : que lo toque,
Que lo vea, que la acerada
Espuela del desengaño
Sienta, y sufra...
Don Fermin. Con qué ¿ nada
Aprovecha un buen talento ?
Don Pedro. ¿ Quién dice que no ? Él acaba
La conversion, apreciando
Las ventajas que se ganan,
Y los riesgos que se evitan.
Don Cárlos. Es el cachetero.
Don Fermin. Calla.
Don Pedro. Ejemplos y no sermones
Es mi receta.
Don Fermin. Pues caigan
Mas ejemplos sobre el novio,
Que pelos quiere una calva,
Y amigos tiene un ministro.
Don Pedro. ¿ Con que ustedes me dan amplias
Facultades ?
Don Fermin. Sí señor.
Don Pedro. Pues, amigos, oid mi traza.
La escalera de la vida
Está con jabon untada,
Y el que baja mas confiado,
Si se descuida, resbala,
Y da con su cuerpo en tierra
Como los demas : se trata.

Me parece, de que el novio
Dé tambien su costalada,
Para que luego no riña
A los que en el suelo se hallan.
Pues bien, pongamos chinitas
De trecho en trecho; y si baja
Él tropezará.

Don Fermin. Así sea;
Pero temo que la trampa
Llegue á conocer, la evito,
Y despues á carcajadas
Se burle y mofe de todos.

Don Pedro. No tal, que nadie se escapa
Sin su chichon en la frente
Al menos.

Don Fermin. ¿Y si pesada
Le pareciese la burla,
Y se picase?

Don Pedro. Si alcanza
La medicina, no importa
Que nuestro enfermo al tragarla
Se queje un poco; que luego
Sano, nos dará las gracias;
Y sino alcanza, tampoco
Importa un pito; pues clara
Prueba será que su mal
No tiene cura.

Don Fermin. Pues nada
Nos detenga.

Don Pedro. Principiemos
Por decirle, que Tomasa
No está en casa; y el papel
De una jóven desgraciada
Y sensible podrá entonces
Representar la muchacha.

Don Fermin. ¿Con qué fin?

Don Pedro. Yo lo diré.

ESCENA IV.

COLASA Y DICHOS.

Colasa. ¿Señor, señor?

Don Fermin. ¡Qué embajada
Será esta!

Colasa. ¡ Toma! Que llegan
Ya.
Don Fermin. ¡ Ay, Dios !
Colasa. Ya están en la plaza.
Don Fermin. Pronto, pronto, la peluca,
Dadme los guantes, la caña
Y el sombrero.
Don Pedro. ¿ Para qué ?
Don Fermin. ¿ No es fuerza, pues, que yo salga
A recibirle ?
Don Pedro. Antes no.
Si hemos de efectuar la farsa
Proyectada, deberemos
Primero sus circunstancias
Comprehender, y repartir
Los papeles.
Don Fermin. ¿ Dónde ?
Don Pedro. ¡ Brava
Dificultad ! En cualquiera
Parte, aunque sea en la cuadra :
El caso es que nos juntemos.
Colasa. (Intendenta, comisaria),
(*A don Fermin.*)
¿ No oye usted cómo vocea
El mayoral ?
Don Fermin. ¿ La sala
(*A don Pedro.*)
Que ocupaba el alojado,
Será buena ?
Don Pedro. Soberana,
Vamos á ella.
Colasa. ¿ Y yo qué digo
Si se me pregunta ?
Don Fermin. Nada ;
Que las mugeres no dicen
Poco cuando están calladas.
Colasa. ¿ Y he de callar siempre ?
Don Fermin. Siempre.
Don Pedro. Vamos.
Don Cárlos. Presto.
Colasa. A la ventana
Me vuelvo, que quiero ver
Si aprisa ó despacio baja,

Si entra con el pié derecho,
Si estornuda ó si se rasca;
Pues son dignas de notarse
Las menores circunstancias
En un hombre tan valiente,
Como el guapo que se casa.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

COLASA.

Al arma, pues, que tenemos
Nuestro moro ya en campaña,
Y su porte y su presencia
Son, á la verdad, gallardas;
Pero á mí ¿ qué se me da ?
¡ Por cierto que es de importancia
El papel que se me ha dado !
¡ Qué insulsez ! ¡ Ay ! si me enfadan,
Les he de pedir á gritos
Me pongan una mordaza:
Porque sino... ¡ qué se yo !
Mala es la fruta vedada
Para las hijas de Adan,
Y á fe que hay muchas manzanas.
¡ Callar yo ! Si sueño á gritos,
Como dispierta... ¡ qué rabia !
Porque charlar me dejasen,
Les diera ahora mi soldada
De este mes. Luego este novio
Es fuerza traiga una gana
De conversacion... cual todos.
Querrá hacerme la confianza
De su pasion, los temores
Que le asustan, la esperanza
Que le anima, sus deseos,
Sus sacrificios, sus ansias,
Con toda la letanía
Que rezan los que se casan.
Sin conocer del oficio

Las quiebras... ¿y yo una estatua.
Estaré sin responderle,
Ni tomar si me regala?
No haré tal por vida mía.
Ya suben: vamos, Colasa,
Ojo alerta, y no digamos
Nada que un comino valga,
Y pueda comprometer;
Pero sí, medias palabras,
Y aun enteras, siempre que
Sean palabras cortesanas;
Pues dicen son muy lucidas,
Y de muy poca sustancia.

ESCENA II.

DON SEVERO, GASPAR y COLASA.

(*A Gaspar.*)

Don Severo. Lo dicho, dicho, Gaspar.

(*A Colasa.*)

Niña ¿es usted de la casa?
Colasa. Sí señor, soy la doncella
Que hay en ella.
Don Severo. Pues bien, haga
Usted, si gusta, el favor
De anunciarle mi llegada.
Colasa. ¿A quién?
Don Severo. A su amo de usted.
Colasa. ¿No mas?
Don Severo. ¿Y qué mas?
Colasa. No gasta *ap.*
El hombre mucha saliva
Si las señas no me engañan,
No me costará ya tanto
Callar, como imaginaba.

ESCENA III.

DON SEVERO y GASPAR.

Don Severo. Y bien, ¿porqué te detienes?
Gaspar. Señor, por santa Susana

Bendita, usted reflexione,
Que yo... si...

Don Severo. En vano te cansas :
Toma tu maleta y busca
Otro amo.

Gaspar. Pero...

Don Severo. Escusada,
Para genios como el mio,
Son todas esas plegarias.
Marcha.

Gaspar. Diez años comí
Pan de usted y así se pagan...

Don Severo. Nada te debo.

Gaspar. Cariño.

Don Severo. El que sirve mal, poco ama
Al dueño que le mantiene.

Gaspar. En fin, señor, ¿una falta
Solo en diez años merece
Que usted me eche de su casa?

Don Severo. Quien hace un cesto, hace ciento.

Gaspar. ¿Y que hice yo para tanta
Crueldad?

Don Severo. Una bagatela,
A la primera jornada
Volverte y dejarme solo
Sin avisarme.

Gaspar. La causa
La sabe usted.

Don Severo. Y es muy justa :
¡Qué! Dejarme en la estacada,
Por una muger.

Gaspar. No hay tal,
Y yo no soy tan batata,
Que por mugeres faltase
A mi obligacion.

Don Severo. Repara
En que me dijiste anoche
Lo contrario.

Gaspar. ¿Yo?

Don Severo. Tú.

Gaspar. Flaca
Memoria tiene usted.

Don Severo. ¡Cómo!
¿Con que no fué por Olalla.

La chica del sacamuelas
Por quien volviste?

Gaspar. ¡Caramba!
¿Pude acaso, despedirme
Antes de ella?

Don Severo. ¡Habrá tal mandria!
¿Con que fué por ella?

Gaspar. Sí.

Don Severo. ¿Y Olalla no tiene faldas?

Gaspar. Si tiene; pero es mi novia,
Y hay muchísima distancia
De una cosa á otra.

Don Severo. ¡Por vida!
Ya mi paciencia se acaba.
¿No es lo mismo una muger
Que una novia?

Gaspar. Vaya vaya
¿Con que es lo mismo?

Don Severo. Sí tal.

Gaspar. ¿Y se aman lo mismo?

Don Severo. ¡Vanas
Sutilezas! Salte afuera.

Gaspar. ¿Y se aman lo mismo?

Don Severo. Marcha,
Te digo.

Gaspar. ¿A que no responde?
¡O razon, lo que tú alcanzas!
¿Pues reduces al silencio
A los mismos que nos pagan?
Pero por si acaso, voy
A implorar con eficacia
El favor de don Fermin:
Que tal vez podrán mis lágrimas
Enternecerle: él es suegro,
Pero es hombre y tiene entrañas.

ESCENA IV.

DON SEVERO solo.

Bueno fuera pese á tal
Que así al deber se faltase,

Y uno luego se escudase
Con la causa de su mal :
No, señor, el criminal
Cuando halaga su cadena,
A sí mismo se condena,
Y pues no tiene disculpa,
Ya que cometió la culpa,
Que sufra tambien la pena.
El alazan corredor
Halla incómoda barrera
Que le corta su carrera,
Que inutiliza su ardor :
Brama al verla de furor,
Tasca el freno, su atrevida
Mano hiere la endurecida
Tierra ; pero él se detiene,
Y su ginete previene,
Por si acaso espuela y brida.
Asímismo la pasion
Tambien encuentra barreras,
Que establecieron severas
Ya la ley, ya la razon;
Que una vez á la opinion
O al capricho se permita
Despreciar lo que limita
Nuestro humano desenfreno,
Y si hallasen hombre bueno
Pueden ponerle en su ermita,
La indulgencia es flojedad,
La tolerancia simpleza,
Que indican mucha torpeza,
O mucha necesidad.
Yo lo digo con verdad,
Compadezco al desgraciado;
Pero si encuentro un culpado
Por criminal ó por necio,
Le doy solo mi desprecio,
Y sale muy bien librado.

ESCENA V.

DON CÁRLOS Y DON SEVERO.

Don Cárlos. ¡ Severo !
Don Severo. ¡ Cárlos !

Don Cárlos. ¡Por vida
De sanos! abraza, abraza.
¿Cómo estas?
Don Severo. Como quien viene
A realizar la esperanza
De su dicha. ¿Y tú?
Don Cárlos. Mas gordo
Que un necio.
Don Severo. ¿Y tu buen padre?
Don Cárlos. Anda
Con el cachican á vueltas:
Y vendrá. ¡Qué! ¿por Tomasa
No me preguntas? Muy tibio
Traes el cariño.
Don Severo. Esperaba,
Si te he de decir verdad,
Que su vista me escusára
Tal pregunta.
Don Cárlos. Pues no, amigo,
Porque la pobre muchacha
No puede estar en dos partes.
Don Severo. ¿Cómo?
Don Cárlos. Desde la semana
Pasada está en el convento
Donde niña se educára.
Quiso hacer una novena
A santa Rita de Cásia,
Y fué fuerza darla gusto.
Don Severo. ¿Y qué le pide á esa santa
Abogada de imposibles?
Don Cárlos. ¿Qué se yo? Pero apostára
A que pide un buen marido;
Que una muger no repara
En gollerías.
Don Severo. Segun veo,
Tú siempre el mismo humor gastas,
Y á fe que bien te lo envidio.
Don Cárlos. ¿Qué se ha de hacer? No se saca
Otra cosa de esta vida.
Para eso el tuyo no cambia,
Siempre serio y circunspecto.
¿No es verdád?
Don Severo. Si es que tú llamas
Seriedad á no gustar

De juveniles borrascas,
Ni de locos devaneos,
Verdad es.

Don Cárlos. Hombre, ¡qué guapa
Pareja hicieras con Flora!

Don Severo. ¿Con quién?

Don Cárlos. Con Flora.

Don Severo. Y esa dama
¿Quién es?

Don Cárlos. Mi novia.

Don Severo. ¿Tu novia?

Don Cárlos. La misma : pues qué, ¿mi hermana
Sola ha de ser quien se case?

Don Severo. No por cierto, y si lográras
Buena eleccion, bien hicieras.

Don Cárlos. ¡Oh! lo que es eso estremada,
Pues la jóven es preciosa.
No merezco descalzarla,
Ya ves, y no soy del todo
Mal pellejo.

Don Severo. Tú la ensalzas
Sobremanera.

Don Cárlos. Es justicia.
Lo que es de la Iglesia al papa,
Y no mas. En fin, tú pronto
Podrás, si quieres, juzgarla
Que no está lejos.

Don Severo. ¿Pues dónde?

Don Cárlos. La tienes dentro de casa.
Si es parienta nuestra, y tuya
Lo será luego.

Don Severo. Ignoraba
Que tal parienta tuvieses.

Don Cárlos. ¡Jesus! pues la fecha es rancia.
¿No te acuerdas de mi tio
Don Sempronio de Peralta,
Que siendo oidor de Sevilla,
Pasó luego á la otra banda,
Y allí murió?

Don Severo. No me acuerdo
De tal don Sempronio.

Don Cárlos. ¡Vaya!
¿Con que no te acuerdas?

Don Severo. No.

Don Cárlos. Lo siento.
Don Severo. Haces muy mal
Don Cárlos. ¡Lástima
Como ella!... morirse el pobre
Apenas pasó la charca,
Y antes de hacer pacotilla,
Dejando solo á su amada
Florita por dote un loro,
Un coco vacío, dos cajas
De azúcar, cien apellidos,
Y muchos miles de trampas.
Don Severo. ¡Rica herencia de un indiano!
Don Cárlos. Pero padre que idolatra,
Como buen navarro, á todos
Sus parientes, pronto á casa
La trajo, donde dispuso
Casarme con ella, y trata
De que mi boda y la tuya
Se celebren juntas.
Don Severo. ¡Cuánta
No debe ser tu alegría,
O Cárlos, con la fundada
Esperanza de que pronto
Harás feliz á tu amada!
Ella, sin duda, te quiere
Y congenia, y...
Don Cárlos. Tú desbarras.
Ni ella me quiere, ni es fácil
El hallar en media España
Dos genios mas encontrados
Que los nuéstros.
Don Severo. ¿Y te casas?
Don Cárlos. Sí.
Don Severo. Pero ¿tienes certeza
Que no te quiere?
Don Cárlos. En mis barbas
Ella misma me lo ha dicho.
Don Severo. ¿Y te casas?
Don Cárlos. Sí.
Don Severo. ¡Caramba,
Y qué valor!
Don Cárlos. Si ha de ser,
Lo mismo es hoy que mañana.
Padre exige que me case,

Yo no tengo repugnancia
Al estado...

Don Severo. Ya lo veo.

Don Cárlos. Ademas, he visto tantas
Que me juraban cariño,
Y entonces me la pegaban,
Que ¿quién sabe si mi Flora
Tendrá, al fin, la estravagancia
De adorarme? Ella es muger
Y yo soy hombre.

Don Severo. Mil gracias
Por la noticia.

Don Cárlos. Pues mira,
En estas dos circunstancias,
Y con la ayuda del tiempo
Fundo toda mi esperanza.
La posesion y el amor
Riñen pronto, se separan,
Y cuando mas, la amistad
Suele ser quien la reemplaza.
Así, supuesto que todos
Tarde ó temprano se igualan,
Es fuerza que me concedas
Llevo á todos la ventaja
De empezâr por donde siempre
Ellos concluyen.

Don Severo. ¡Qué ganga!

Don Cárlos. Yo me caso como juego:
Pienso perder cuantas cartas
Apunto, las pierdo, ¡bueno!
Otra cosa no esperaba.
Pero si se dan los sietes
Me trago banquero y banca;
Que solo soy jugador
De bonitas, y quien gana
Con ellas, gana dos veces
Si logra provecho y fama.

Don Severo. Si tal concepto tuviese
Del bello sexo, me ahorcaba
Primero que me casase.
Qué, ¿yo mismo arriesgára
Al capricho de un buen dado
Mi dicha, la de mi casa,
La de mis hijos... ¡Oh! nunca,

Nunca jamas me casára
Si tal creyese. Yo busco
Para mi esposa en tu hermana
Una muger cariñosa,
Amable, fiel, moderada;
Una madre de familias
En el cumplimiento exacta
De los inmensos deberes
De su estado, una apreciada
Amiga, cuyo consejo
Me dirija, y cuya sana
Doctrina pueda servirme
De norte , por fin, un ama
De casa, que cuidadosa
Sapa dar á tanta máquina
El impulso conveniente.
Esto busco.

Don Cárlos. Dime, ¿y si hallas
En vez del melon que buscas
Una insulsa calabaza;
Qué tal?

Don Severo. Se indigestaria.

Don Cárlos. Pues por si fuesen mal dadas
Compra jarave de altea,
Y tenlo á mano.

Don Severo. ¡Qué gracia!

Don Cárlos. Segun eso, tú no apruebas
Mi eleccion?

Don Severo. ¿Quién? ¿yo aprobarla?
Ni por pienso.

Don Cárlos. Pues, Severo,
Si supieras lo que falta...

Don Severo. Pero hombre ¿qué faltar puede?

Don Cárlos. No es tampoco una cosaza
Del otro jueves : simplezas,
O si tú quieres niñadas
De mi novia.

Don Severo. Y bien, tu novia...

Don Cárlos. Mi novia está enamorada.

Don Severo. ¿De tí?

Don Cárlos. No por cierto.

Don Severo. Alabo
La frescura.

Don Cárlos. ¿Importa nada?

Don Severo. Nada, pues tú conformas.
Don Cárlos. ¿Y quieres que me asustára
De una simple niñería?
No por cierto. Flora estaba
Por San Fermin en Pamplona...
Don Severo. ¿Este año?
Don Cárlos. Sí, este año.
Don Severo. ¡Calla!
Y yo tambien: sigue, sigue.
Don Cárlos. Allí en la calle, en la plaza
De toros, ó en el paseo
(No se bien dónde se hallaba),
Pero lo cierto es que vió
Un hombre, cuya bizarra
Presencia, cuya finura
Y porte la enamorára.
Desde entonces tan galan
Belianis no se separa
Ni un instante de sui dea
Y le ha jurado constancia
Eterna, bien que mental,
Y un si es ó no es temeraria,
Porque ni sabe su nombre,
Ni su estado, ni su estancia,
Ni su genio, ni siquiera
Si él echo de ver la llama
Amorosa que encendió
Su simple vista en mi amada.
Don Severo. ¡Estraño caso!
Don Cárlos. Antes no:
Sino le habló una palabra
En su vida, ¿cómo diablos
Puede saberlo?
Don Severo. Me pasma
Semejante idolatría.
Don Cárlos. Y ahora bien, ¿es cosa estraña
No tema yo tal rival?
Don Severo. No es temible, mas repara
Que este hecho, sin embargo,
Siempre indica que exaltada
Y novelesca tu Flora
Es un poco estrafalaria,
¿En qué cabeza, di, Cárlos,
Que esté un poco organizada

Puede caber tal amor?
Don Cárlos. En la de mi Flora se halla:
¡Ha leido tanta novela!...
Don Severo. ¡Malo!
Don Cárlos. ¡Ah! no: me equivocaba.
Nunca gustó de novelas;
Pero es muy aficionada
A los librotes de historia.
Don Severo. Eso es distinto.
Don Cárlos. Se pasa
Las noches de claro en claro
Leyendo á nuestro Mariana,
Cuando no son los anales
De Tácito ó la Farsalia.
Don Severo. ¡Ola! ¿Pues sabrá latin?
Don Cárlos. ¿Latin?
Don Severo. Pues.
Don Cárlos. Si sabrá, vaya,
Al menos el que sabian
Las madres de Santa Clara
Cuando estuvo en su convento.
Don Severo. ¿Luego estuvo con Tomasa?
Don Cárlos. Precisamente. Si son
Uña y carne.
Don Fermin. ¿Cárlos?
(*Desde adentro.*)
Don Cárlos. ¡Gracias *ap.*
A Dios, que ya no podia
Mentir mas! Mi padre llama,
Y es fuerza ver lo que ordena,
Mas ya sale.

ESCENA VI.

DON FERMIN, DON PEDRO Y DICHOS.

Don Severo. Ya tardaba
A mi impaciencia, señor,
La hora tan afortunada
De estrecharos en mis brazos.
Don Fermin. Apriete usted buena alhaja,
Que bien tiene que apretar,
Si á fuerza de brazos trata
De pagarme mi cuidado.

¿ Es hoy lúnes ?

Don Severo. Mi tardanza
Fuera en verdad reprensible,
A no ser involuntaria.

Don Fermin. Ya es usted buen perillan.
Anoche eran las diez dadas,
Y espera que espera ; sí,
No eran malas esperanzas.
El guisado se pegó,
Y no es estraño, que estaba
Cociendo desde las cinco :
Hasta la maldita gata,
Por entretener el hambre,
Afianzó un capon, que daba
Envidia : no hubo remedio,
Todo lo llevó la trampa ;
Y gracias á las gallinas,
Y á que jamas huevos faltan
En casa, porque sino
La cena fuera ensalada
Muy fresca y muy picadita,
Pero de endeble sustancia
Para estómagos navarros.

Don Severo. ¡ Cuánto me pesa !...

Don Fermin. Desgracias
Como las de anoche, nunca,
Nunca se vieron en casa.
La criada medio dormida
Se cayó de la colada
En la caldera, y allí estuvo
Un cuarto de hora.

Don Severo. ¡ Muchacha
Infeliz ! Se coceria.

Don Fermin. No, porque estaba sin agua
Casualmente, mas con todo
Se tiznó manos y cara.

Don Cárlos. Y el susto tambien se cuenta.

Don Pedro. Si en ello usted no se enfada
Dejarlo para otro dia,
Y sepamos por que causa
Este caballero pudo
Detenerse.

Don Severo. Fueron faltas
De un criado, que no merecen

Vuestra atencion.

Don Fermin. ¡Calla, calla!
Olvidado se me habia:
¡Pobre Gaspar! con la zambra
De anoche está mi cabeza
Como una cesta de ranas.

Don Severo. ¿Conoce usted á Gaspar?

Don Fermin. El pobre cuitado acaba
De hablar conmigo.

Don Severo. ¿Y ha tenido
La osadia?...

Don Fermin. ¿Es menester tanta
Cuando se pide perdon?
Vaya, que vuelva á tu gracia,
Y pelitos á la mar.

Don Severo. Yo quisiera que empleára
Usted mejor mi obediencia.

Don Fermin. Si le he dado mi palabra
¿No es fuerza que se la cumpla?

Don Severo. Repare usted...

Don Fermin. No repara
En nada mi caridad.
Si al caido no se levanta,
Solo porque tropezar
No ha debido, ¿quién pasára
Por las calles?

Don Severo. Yo no soy
De ese parecer. El que anda,
Debe saber como pisa,
Y si tropieza, que caiga
Enhorabuena; pues torpe
El equilibrio no guarda.

Don Fermin. ¿Y no le he de dar la mano?

Don Severo No, señor, que si trabaja
Por levantarse; si suda
Por lograrlo; si se afana;
Esta fatiga, este empeño
Dejan recuerdos que bastan
Muchas veces para que
Pueda evitar otras faltas
Iguales; mas si al contrario
Se le ayuda, y se le halaga,
Lo toma por chiste, y cae
Diez veces cada semana.

Don Fermin. Nunca entendí semejantes
Filosofías. La cristiana
Religion de mis abuelos,
Que ayude al caido me manda
Y no mas. ¿ Es cierto ?

Don Pedro. Cierto.
« La ley castiga las faltas,
« Y el hombre las compadece. »

Don Fermin. Por supuesto.

Don Severo. ¡ Qué ignorancia ! *ap.*

Don Fermin. Así, pues, con tu permiso
Me marcho á que Gaspar salga
De dudas.

Don Severo. Perdone usted :
Mi conducta es arreglada
A mis principios. Jamas
Me separo de la raya
Del deber ; y por lo tanto
Gaspar saldrá de mi casa.

Don Fermin. ¿ Esto dices ?

Don Severo. Esto digo.

Don Fermin. Pues, amigo, quien desaira
Antes de casarse el suegro,
Casado lo descalabra
Cuando menos, y en verdad
Que esta entrada de pavana
Me gusta muy poco.

ESCENA VII.

DOÑA TOMASA Y DICHOS.

Doña Tomasa. Tio,
¿ Se echa vinagre á la salsa
Del pato ? ¡ Ay, Jesus mil veces !

Don Cárlos. ¿ Qué te asusta ?

Don Fermin. Alguna rata,
Sin duda, que se pasea,
Segun costumbre.

Doña Tomasa. ¿ Me engaña
El deseo ? ¿ Sois vos, señor ?
(*A don Severo.*)

Don Severo. Y yo ¿ qué soy ?

Doña Tomasa. Nada, nada.
Perdonad: mi fantasía,
Si... Cuando... ¡el cielo me valga!
Don Fermin. Desmayóse.
Don Pedro. Sostenedla.
Don Severo. No sé lo que por mí pasa. *ap.*
Don Fermin. Don Severo, ¿qué es aquesto?
Don Severo. Yo ¿qué sé?
Don Fermin. Si habrá entruchada.
Don Pedro. Un poco de éter seria
Muy bueno.
Don Cárlos. No tal, echadla
Agua fresca solamente.
Don Fermin. Sí, que despues calaguala
La daremos para el susto
Que don Severo la causa.
Don Severo. Pero ¿en qué asustarla puedo?
Don Pedro. Ya vuelve en sí.
Don Cárlos. Albricias, alma.
Don Fermin. Hija mia, digo, sobrina,
Responde por Dios... Palabra.
(*A don Pedro ap.*)
¿Cómo se llama hoy la chica?
Don Pedro. Flora.
Don Fermin. ¡Ah! sí: Flora, muchacha,
Vuelve en ti.
Doña Tomasa. ¡Ay Dios!
Don Fermin. Don Severo,
Si Flora en usted repara
Quizá vuelva á desmayarse:
Háganos usted la gracia
De separarse un poquito,
Un poco mas... á la espalda
De nuestro alcalde.
Don Severo. Paciencia. *ap.*
Y veamos en lo que para.
Doña Tomasa. ¿Dónde estoy?
Don Cárlos. En el estrado.
Doña Tomasa. ¿Quién son, pues, estas fantasmas
Que me rodean?
Don Cárlos. Son tu tio,
Un primo que te idolatra,
Con el alcalde mayor;
Y en fin, nuestro don...

Don Fermin. ¡Caramba!
¿Qué es lo que vas á decir?
Don Cárlos. Es verdad.
Don Fermin. ¿Quieres matarla?
Don Severo. Pues, señor, estamos frescos: *ap.*
No hay duda que es de una estraña
Brillantez el papelito
Que represento en la casa.
Doña Tomasa. Permitid que me retire.
Don Pedro. Sí, es mejor: Cárlos, llevadla,
Conducid á vuestra prima.
Don Fermin. Que se eche sobre la cama,
Si no quiere desnudarse.
Don Pedro. Cuidado con las ventanas
Y las puertas.
Don Cárlos. Vamos, prima.
Don Pedro. Cubridla bien con las mantas.

ESCENA VIII.

DON SEVERO, DON FERMIN y DON PEDRO.

Don Fermin. ¡Pobre Flora, pobre Flora,
Tan jóven, tan desgraciada,
Señor! cuidado que es obra.
Don Pedro. Sosegaos.
Don Fermin. Se me traspasa
El corazon siempre que
Sucede.
Don Severo. Pues ¿se desmaya
Muy á menudo?
Don Pedro. Padece
Unos vapores...
Don Fermin. ¡Mal hayan
Los vapores! Nunca, nunca
He conocido en mi infancia
Semejante enfermedad:
Entonces solo se usaban
Indigestiones, viruelas,
Golondrinos, almorranas,
Y otros males conocidos;
Pero ahora todo es de estrangia:
Histérico, nervios, bílis,
Flato ardiente, y calabazas

Fritas, y Dios me perdone;
Porque me lleva la trampa,
Notando que hasta el morirse
Ha de ser á uso de Francia.

Don Pedro. Es preciso seamos justos.
Una jóven educada,
Como se acostumbra hoy dia,
Es fuerza padezca varias
Dolencias desconocidas
A sus madres, que ignoraban
Por necesidad sus nombres:
Verbigracia: una estremada
Aficion á la lectura,
Muchas veces arrebata
El color á la cabeza,
Y de ahí se siguen las bascas,
Las jaquecas, los vapores,
Y otros alifafes.

Don Fermin. ¡Brava
Dificultad! ¿Pues hay mas
Que no leer?

Don Pedro. Señor ¿qué dama
Pudiera alternar entonces
En cuestiones literarias,
Como hoy alternan?

Don Fermin. ¿Qué importa?
Mi madre, que de Dios haya,
Aunque no supo de letras,
Siempre estuvo embarazada
O parida; y esto es, amigo,
Lo que ser madre se llama.

Don Pedro. ¿Y quién puede disputar
A mi señora doña Ana
Lo que ganar así supo?

Don Fermin. Ademas, ¿qué fruto sacan
Con todas esas lecturas?

Don Severo. Poco ó nada, si son malas:
Si son buenas y escogidas
Mucho; pues hallarán sana
Doctrina, máximas puras,
Ejemplos, modelos, sabias
Instrucciones...

Don Fermin. Y tambien
Embelecos y patrañas.

Don Severo. Con que ¿no hallará una jóven,
Si lee la historia romana,
Que aprender en la firmeza
De una Porcia, en la constancia
De una Lucrecia?
Don Fermin. Hombre, á luengas
Tierras las mentiras largas.
Esas Porcias y Lucrecias,
Si de cerca se miráran,
Se vieran, ni mas ni menos,
Como se ven hoy las Juanas,
Las Pepas y las Franciscas.
En todo tiempo hubo gaitas,
Severo, y no nos cansemos.
Don Severo. Eso es ya negar...
Don Fermin. Yo nada
Niego; mas sí dudo.
Don Severo. Pero...

ESCENA IX.

COLASA Y DICHOS.

Colasa. La cena.
Don Fermin. ¡Santa palabra!
¿Y Flora?
Colasa. Cena en su cuarto.
Don Fermin. ¿Y Cárlos?
Colasa. Está en la sala
De comer.
Don Fermin. Y diga usted.

(*A don Severo.*)

¿Doña Lucrecia cenaba?
Don Severo. Es natural.
Don Fermin. Pues entonces,
Cenemos todos, que tarda
A mi estómago este instante.
Don Severo. ¡Ay don Fermin! me olvidaba
De entregaros un dinero,
Que me dieron en Tafalla
Para vos.
Don Fermin. Ya me lo avisa
Don Jaime: tiempo hay mañana.

Don Severo. Aquí lo tengo yo en oro.
Don Fermin. Pues no quiero : ¡hay tal machaca!
Vamos, vamos á cenar.
Don Severo. Vamos pues, ¡cosa mas rara!
¿Porqué se habrá desmayado?
No puedo dar con la causa.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA TOMASA y COLASA.

Doña Tomasa. ¡Qué larguísima es la cena!
Colasa. ¿Y cuándo el tiempo no tarda
Para el hambriento que aguarda?
Doña Tomasa. La consecuencia no es buena;
Pues tú sabes que he cenado.
Colasa. Pero os queda el apetito
De que caiga en el garlito
Ese novio desdichado.
Doña Tomasa. Dime, Colasa, por Dios,
¿Le encontrastes muy galan?
¿Es bizarro?
Colasa. ¡Lindo afan!
Ahora es galan para vos,
Mas no sé lo que será
Cuando os santifique el cura.
Doña Tomasa. Gala que tan poco dura
Muy mala espina me da.
Sin embargo, te confieso
Que me ha parecido bien.
Colasa. Si viene á casarse, ¿quién
Puede, señora, hablar de eso?
Pues los hombres mas tranquilos
Son parecidos al paño,
Y mientras no pasa un año
Nunca descubren los hilos.
Doña Tomasa. Lo mismo de una doncella
Dirán con distintos modos.
Colasa. Dicen que es fénix, y todos
Hablan bien sin conocella.
Solo un diestro cazador

La ve en sus redes cogida;
Mas no temais que en su vida
Disminuya su valor,
Que aquel que suda y se afana
Por coger una nuez verde,
Trabajo y mérito pierde,
Si confiesa que está vana.
Pero hablando de otra cosa,
¿Qué esperais, señora, aquí?
¿Quereis serviros de mí?

Doña Tomasa. Antes no, siendo forzosa
Necesidad que te alejes
Luego que sintamos ruido;
Y si acaso es mi querido
Severo, sola me dejes.

Colasa. ¿Teneis, pues, que hablar con él?

Doña Tomasa. Mucho tengo que decir.

Colasa. ¿Y qué?

Doña Tomasa. Voile á descubrir
Un secreto.

Colasa. Con que, infiel,
Hollando promesa y fe
¿Vais á decir la verdad?

Doña Tomasa. ¡Jesus, y qué necedad!
Cuando me case lo haré;
Porque antes muy mal hiciera,
Y ninguno se casára
Si una muger encontrára,
Que la verdad le dijera.
Ahora esta conversacion
Solo á esforzar nuestro enredo
Se dirige.

Colasa. Tengo miedo
Que como los hombres son
Ladinos y redomados,
No descubra la maraña.

Doña Tomasa. ¡Ay Colasa! les engaña
Su amor propio á los cuitados.
Este sexo protector
Convierte todo en sustancia:
No temo su vigilancia,
Temo mas bien su rencor:
Porque el orgullo ofendido
Perdona muy rara vez.

Colasa. Marido con altivez
No puede ser buen marido.
Doña Tomasa. ¿Y á quién tal cosa acomoda?
Por eso y por mi sosiego
Tomo cartas en un juego
En que arriesgo amor y boda.
Colasa. No temais ya, que por vos
Con toditas las mugeres
Está amor.
Doña Tomasa. ¿Y entonces quieres
Que tema?
Colasa. Señora, adios,
Pues siento abrir la mampara.
Doña Tomasa. Adios, pues, y el cielo quiera
Que esta mentira primera
No se conozca en mi cara.

ESCENA II.

DOÑA TOMASA.

Quiero sentarme y tomar
Una postura elegante,
Compañera de un semblante,
Que demuestre mi pesar.
Apóyese la mejilla
En la mano; el pié pulido
Descanse como al descuido
En el palo de esta silla.
Mis ojos lánguidos, bellos,
Respiren amor y enojos,
Y encubran tan tristes ojos
Mis desgreñados cabellos.
¡Ay! si un espejo tuviera,
No era dudoso el efecto,
Que un amigo tan perfecto
Ni engañara ni mintiera;
Mas si el destino cruel
Me priva de tal consejo,
Sea el interes mi espejo,
Que otros se miran en él,
Y les sale bien la cuenta.
¿Porqué no ha de ser así

Con mi engaño? Ya está aquí :
Quiera Dios no me arrepienta.

ESCENA III.

DON SEVERO y DOÑA TOMASA.

Don Severo. Vaya, ¡y qué pesados son!
Tanto beber y brindar,
Y despues vuelta á empezar
La eterna conversacion
Del abuelo don Rodrigo,
Y del tio don Sempronio:
Parentela del demonio,
¿Quereis acabar conmigo?
Yo pienso que hasta mañana
Permanecen en la mesa
Segun su ninguna priesa.
¡Buen provecho! A la ventana
Me voy á tomar el fresco;
Y á fe que lo necesito,
Pues este vino maldito
De Peralta, es un refresco
Singular para verano.
¡Si quema mas que la lumbre!
Como no tengo costumbre
De beber, y este inhumano
Suegro quiso que bebiese
Como ellos beben, á estajo,
No estrañára que un trabajo
Esta noche sucediese.

Doña Tomasa. ¡Ay Dios!

Don Severo. Se quejan, suspiran :
¿Quién? pues... ¡mas, cielos, qué veo!
¿Es ilusion del deseo
La que mis ojos admiran?
¿Sois vos, graciosa Florita?

Doña Tomasa. Sí, señor, la misma soy.

Don Severo. Mil gracias al cielo doy,
Pues tan bella os resucita.

Doña Tomasa. ¡Lisonjas á mí, señor!
Pienso que os equivocais.

Don Severo. No sé por qué lo digais.

Doña Tomasa. Dígolo, porque mejor
Se empleáran en mi prima.
Don Severo. ¿En quién?
Doña Tomasa. En doña Tomasa,
Que aunque está fuera de casa,
Y no os conoce os estima.
Don Severo. El amar sin conocer,
No es fácil de concebir,
Porque si amar es sentir,
¿Cómo se siente sin ver?
Doña Tomasa. Gusta el veros de un humor
Tan grato y tan placentero;
Y sacar partido quiero.
Don Severo. ¿Cómo?
Doña Tomasa. Pidiendo un favor,
Que espero no me negueis.
Don Severo. Disponed, Florita hermosa,
De mi ser.
Doña Tomasa. Es corta cosa:
Tan solo que me escucheis.
Temo, caballero,
Que os ha de cansar
Mi triste relato;
Pero pues que ya
Fuí tan infelice
Que disimular
No supe esta tarde,
Por Dios perdonad,
Y sabedlo todo,
Porque mi pesar
Ha llegado al punto
En que es fuerza optar
Entre odio y desprecio;
Y en apuro tal,
Del odio prefiero
Esperimentar
La herida dudosa
Y no la mortal
Con que los desprecios
Matan sin chistar.
Bien sé que mi tio,
Lleno de bondad,
Habrá disculpado
A mi ceguedad.

Tambien os diria,
Que una enfermedad
Es solo la causa
De todo mi mal.
¡Donosa bobada
De un viejo que ya
Olvidado tiene
Qué cosa es amar!
¡Ay, no ha mucho tiempo
Que mi mocedad
Alegre ignoraba
Del ciego sagaz
Los fieros ardides,
La impune maldad!
Pensaba yo entonces
Que ni el bien ni el mal
Pudieran un dia
Turbar mi horfandad:
Gozosa burlaba
En mi oscuridad
Los títulos vanos,
Las honras que dan
Orgullo á los ricos,
Al triste pesar.
¡Dichosa mil veces,
Si tanta humildad
Con tanta ventura
Pudiesen durar!
Mas no, que huyó luego
Mi felicidad,
Luego que la flecha
Sentí del rapaz.
¡Mal haya este instante
Para mí fatal!
Pues perdí la dicha,
Y hallé en su lugar
Dudas, sinsabores,
Envidia falaz,
Y zelos, y zelos,
Que son el dogal
Que al enamorado
Incomoda mas.
Esta digresion,
Señor, perdonad,

Que una amante lengua
No sabe callar;
Y vamos al caso.
Siete meses ha
Que estuve en la feria,
Allá en la ciudad,
Por la temporada
En que todos van
(Los buenos navarros
Digo) á celebrar
Comiendo y bebiendo
La festividad
Del santo Patrono.
Allí cuando mas
Descuidada estaba,
Ví cierto galan.
Ignoro quien sea,
Que una principal
Muger, por recato
No puede saciar,
Como otras mugeres,
Su curiosidad.
Pero sea quien fuere,
Yo no puedo amar
Sino á aquel que supo
Con solo mirar
Fijar mi inconstante
Grata veleidad.
Volvíme á la aldea,
Creyendo encontrar
En ella el sosiego
Que huyó en la ciudad.
¡Insensata, cuánto
Me pude engañar!
¿Sosiego un amante?
Mas fácil es dar
Constancia á la suerte;
Límites al mar.
Si al menos pudiera
En la soledad
Del bosque sombrío
Quejarme y llorar:
Si no me inquietasen,
No fuera yo tan

Desafortunada,
Pero por mi mal
Se empeña mi tio
Que me ha de casar
Con mi primo Cárlos,
A quien yo jamas
Podré hacerle dueño
De una voluntad
Que está enagenada
Y es mala de dar.
En vano les dije
Toda la verdad;
En balde eché mano
De la seriedad,
Del desden severo,
Del odio mortal,
De cuantos afectos
Pueden demostrar
Mi aserbo disgusto,
Y su necedad.
Todo ha sido en vano,
Y contrarestar
La razon no puede
A su terquedad.
Mi boda y la vuestra
Se han de celebrar
En un mismo dia.
Yo no os digo mas.
Si sois caballero,
Si sabeis amar,
Vuestra cortesía
Puede adivinar
Lo que yo no digo
Y reflexionad
Que el que es bien nacido
Obra como tal,
Y en nada lo prueba
Mas que en respetar
La flaca modestia.
Don Severo, obrad,
No por lo que dije,
Sí porque callar
Debí, y porque os toca
A vos lo demas.

Don Severo. Lo que ahora llego á entender
No se si deba dudar.
Doña Tomasa. Será porque el desconfiar
Acompaña al merecer.
Mas no perdamos, señor,
Nuestro tiempo en platicar,
¿Puedo tranquila contar
Con vuestro ausilio y favor?
Al menos por compasion,
Ya que otra cosa no sea,
A esta union que se desea,
A esta aborrecida union
¿Os opondreis?
Don Severo. Sí, mi bien,
O quien soy no seré yo.
Doña Tomasa. ¿Y lo prometeis?
Don Severo. ¿Pues no?
Doña Tomasa. ¿Y lo juraréis tambien?
Don Severo. Pongo al cielo por testigo,
Y lo juro á vuestros piés.

ESCENA IV.

DON CÁRLOS Y DICHOS.

Don Cárlos. Pues el juramento es
Mas de amante que de amigo.
Doña Tomasa. Señor don Cárlos, si en daño
Tan vuestro escuchasteis necio,
Agradeced un desprecio
Que os produce un desengaño.
La ley castiga al sugeto
Que robar lo ageno trata,
Y el amor al que arrebata
La posesion de un secreto.
Culpad vuestra necedad
Que aquí tan mal os sirvió,
Y no os quejeis porque yo
Siempre os dije la verdad.
Aunque vos una corona
Me pusierais á los piés,
No la admitiera, pues es
Vuestro amigo el de Pamplona.

Y pues ya tuve el consuelo
De ver lo que apetecia :
Voy á gozar mi alegría
A solas. Guárdeos el cielo.

ESCENA V.

DON SEVERO y DON CÁRLOS.

Don Cárlos. Hombre vil, mal caballero,
Falso amigo, humana fiera,
Engañoso cocodrilo,
O venenosa culebra
Que abrigó mi triste pecho;
Di, vascongada pantera,
Por casualidad nacida
Entre los montes de Azpeitia...
Don Severo. Cárlos, calla, ¿estas borracho,
O has perdido la chaveta?
No añadas mas disparates
A tamañas desvergüenzas.
Qué, para que yo responda
A cuanto preguntar quieras,
¿Necesitas echar mano
De esas palabras groseras,
Que solo mala crianza
O poca razon demuestran?
¿Qué quieres, pues, que te diga?
Don Cárlos. Nada ya, porque tu lengua
No puede decirme mas
De lo que sé.
Don Severo. Pues bien, cesa,
Cesa ya en tales injurias,
Y el partido que convenga
Mejor á tu situacion
Toma.
Don Cárlos. Mi intencion es esa.
Y pues el uso establece
Entre hombres de nuestras prendas,
Solo un medio de borrar
Todo género de ofensas,
Eso escojo.
Don Severo. Di cuál es.
Don Cárlos. Que conmigo al campo vengas.

Don Severo. Pues ¿á qué?
Don Cárlos. A satisfacerme.
Don Severo. ¿Cómo?
Don Cárlos. Quedando uno en tierra.
Don Severo. ¡Bueno! Pero no sabia
Que romperme la cabeza
Pudiera satisfacerte.
Don Cárlos. ¿Qué quieres? Así lo ordena
El que llamamos honor.
Don Severo. ¿Qué derecho se reservan
Entonces las santas leyes?
Don Cárlos. En semejantes materias
La opinion y la costumbre
Deciden.
Don Severo. Pero el que piensa
Con madurez, el que trata
De seguir siempre la senda
Del deber y la virtud,
Debe transigir con ellas.
Don Cárlos. Si se complace en la infamia,
Que transija enhorabuena.
Don Severo. ¿En la infamia?
Don Cárlos. Pues, ¿y cómo
Se puede llamar la befa,
El desprecio, los baldones,
Que á los prudentes esperan
En premio de su conducta?
Don Severo. Les sobra en su conciencia.
Don Cárlos. Muy bien defiendes tu causa.
Don Severo. ¿Es confesion ó indirecta?
Don Cárlos. Como quieras entenderlo,
Pero permite que crea
Que ese tono magistral,
Esa estudiada elocuencia
Y una cierta timidez,
Que á pesar tuyo se muestra,
Dan á entender...
Don Severo. ¿Qué?
Don Cárlos. Tan solo
Que es mas miedo que prudencia.
Don Severo. ¿Volvemos á los insultos?
Don Cárlos. Al contrario: á mí me alegra
Infinito que á tu Flora
Se le ofrezca tan risueña

Perspectiva. Un sempiterno
Marido con la moderna
Cualidad de no gustar
De lances ni de quimeras,
Es un fortunon desecho.

Don Severo. ¿Callas?

Don Cárlos. ¿Hay toros de cuerda
En tu lugar? Si los hay
No asistas, porque se llevan
A veces sendos porrazos.

Don Severo. Ya me falta la paciencia. *ap.*

Don Cárlos. Y siempre es mucho mejor
Morir de gota serena.

Don Severo. Hablador de Barrabas,
Lo que buscas es pendencia,
Y la tendrás porque calles.

Don Cárlos. ¿Cuándo ha de ser?

Don Severo. Cuando quieras.

Don Cárlos. Pues ahora mismo.

Don Severo. Ahora mismo.

Don Carlos. ¿Tienes padrino?

Don Severo. ¿Tú sueñas?
¡Padrino! Pues ¿quién se casa,
O se bautiza, ó se vela?

Don Cárlos. El ceremonial exige
La indispensable presencia
De dos amigos, que juzguen
Si ambos se matan en regla.

Don Severo. Yo aquí no conozco á nadie.

Don Cárlos. Muy bien, y pase por esta.
¿Vamos?

Don Severo. Vamos.

Don Cárlos. Oyes, baja
Poco á poco la escalera,
Que yo voy por las pistolas.

Don Severo. Cuidado no te detengas.
Bueno es que un loco me obligue

(*Aparte yéndose.*)

Mis principios. ¡Qué remedio
Tiene! Y ¿quién tiene paciencia
Para sufrir sin motivo
Dicterios, insultos, befas
Y provocaciones? Vaya,

Ya no estraño que sucedan
Dos mil lances cada dia,
Y que un hombre de prudencia
Sin gustar de espadachines,
Muchas veces lo parezca.

ESCENA VI.

DON CÁRLOS, DON FERMIN, COLASA, DOÑA TOMASA Y DON PEDRO.

Don Cárlos. Señores, oid, escuchad
Al rey de armas.
Colasa. ¿Qué me ordena?
Don Fermin. ¿Qué quieres?
Don Cárlos. Solo deciros
En dos palabras y media,
Que gracias á mis ardides,
Y á su ninguna esperiencia,
Tenemos ya al señor mio
Cogido en la ratonera;
Que vamos desafiados,
Que las pistolas no llevan
Sino pólvora, que así
Es probable que no muera
Ninguno, que arrepentidos
De nuestra injusta pendencia,
Jurarémos olvidarla;
Y yo lleno de terneza
A mi Flora cederé,
Y mis derechos con ella;
Pero como siempre es bueno,
Que nada de esto lo sepan
Ustedes por disimulo,
Irá, que quiera ó no quiera,
A pasar toda la noche
Al garito de la Pepa.
El fastidio, la ocasion,
Y cierta condescendencia
Que se debe á los estraños,
Harán que juegue, y que pierda
El poco ó mucho dinero
Que lleve en la faltriquera:
Y aburrido y descontento

Lo traeré cuando amanezca
A que ustedes, padres graves,
Pongan fin á la comedia.

ESCENA VII.

DON FERMIN, DON PEDRO, COLASA y DOÑA TOMASA.

Don Fermin. Cárlos, mira, escucha, aguarda.
Don Cárlos. Sí, llame usted á otra puerta,
Que segun va no le alcanza
Una bala de escopeta.
Don Fermin. ¡Válgame Dios con el chico!
Don Pedro. ¿Cuál era la intencion vuestra
En detenerlo?
Don Fermin. No sé.
Estas armas me revientan,
Que al fin el diablo las carga.
Don Pedro. Déjese usted de simplezas.
¿No las ha visto cargar?
Don Fermin. Sí; pero...
Don Pedro. ¿Pero qué?
Don Fermin. ¡Buena
Pregunta! al fin son pistolas.
Don Pedro. Buenas noches.
Don Fermin. Qué, ¿nos deja
Usted?
Don Pedro. ¿Pues hay que velar
Algun enfermo?
Don Fermin. Quisiera
Saber en lo que paraba.
Don Pedro. Amigo, larga la lleva
Usted entonces; porque
Ahora son las diez y media,
Y hasta las siete lo menos...
Don Fermin. Segun eso, me aconseja
Usted me desnude.
Don Pedro. Y que
Duerma usted á pierna suelta.
Fuera lo demas locura.
Don Fermin. No sé si podré.
Don Pedro. Agur.
Don Fermin. Ea,
Hasta mañana temprano.

¿No es verdad?
Don Pedro. Sin duda.
Don Fermin. Buenas
Noches. Nicolasa, alumbra
Al señor... Tú ¿no te acuestas?

(*A Tomasa.*)

Doña Tomasa. ¿Porqué no?
Don Fermin. Como es tu novio.
Doña Tomasa. ¿Qué importa para que duerma?
Demasiado velaré
Luego que ya no lo sea;
Porque entonces, los cuidados
Ya ve usted siempre desvelan.
Don Fermin. Tienes razon, hija mia,
Duerme bien, y toma fuerzas
Para sufrir los cuidados
Que, segun dices, te esperan.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

DON SEVERO Y DON CÁRLOS.

Don Cárlos. ¿Quién pudiera preveer
Que te cegáras, maldito?
Don Severo. Todo el que entra en un garito
Ha de jugar y perder.
Así nada es de estrañar
Que yo jugára y perdiera;
Lo que sí me desespera,
Es me dejase arrastrar
Por un loco como tú
A esa lóbrega mansion.
Don Cárlos. Es casa de diversion.
Don Severo. Es casa de Bercebú.
Don Cárlos. ¿Aun la cólera te dura?
¿Qué viste tan malo allí
Que así te altera?
Don Severo. Yo ví
Un infierno en miniatura,
Y no merece otro nombre,

Porque se deja al entrar
Cuanto puede recordar
Los privilegios del hombre.
En un ahumado aposento,
Anegado en porquería,
He visto en un solo dia
Lo que no pudiera en ciento.
Sobre una mesa ó bufete
Allí un mandil se descubre,
Que mas empuerca que encubre,
Y al que se llama *tapete*.
Yace encima un mal velon
Moribundo, desdichado,
Quien, á pesar de su estado,
Manifestó la intencion
Que de alumbrarnos tenia;
Mas le faltó un requisito,
Y fué el aceite maldito,
Que estaba en Andalucía.
Pues de esta mesa al redor,
Y por tal luz alumbrados,
Encontramos ya sentados,
Esperando un redentor,
A una porcion de estafermos,
Que por ser desaliñados,
Flacos, puercos y estropeados,
Me parecieron enfermos.
Pero ¡ay Dios y qué sudores
Tuve! ¡qué susto me diste
Cuando al oido me dijiste
Estos son los jugadores!
Luego descubrí al banquero
Fumando su cigarrito,
Manejando aquel librito,
O recogiendo dinero.
A bosquejar no me atrevo
Ni sus dedos, ni sus uñas,
Ne se quejen las garduñas,
O chille un cristiano nuevo;
Pero añadiré sencillo,
Que si le encuentro en la calle,
En lugar de saludalle
Le doy mi capa y bolsillo.
Qué juramentos! ¡qué horrores!

¡Qué reniegos! ¡qué porvidas!
Y otras voces conocidas
Tan solo entre jugadores.
Acá gana una *judía*,
Allí las sotas *se dan*,
Piérdese un buen *ganarán*
O quiebra *contra judía.*
Allí sin soga, *se amarra,*
Se *apunta* sin escopeta,
Sin necesidad *se aprieta,*
Se *mata* sin cimitarra :
Tambien *se entierra* sin ser
Doctor ni sepulturero,
Y en fin se pierde el dinero
Sin oir, sin hablar, sin ver.
Estos, amiguito, son
Los primores, que sin tasa
Se encuentran en esa casa,
Que llamas de diversion.
Y no siento, ciertamente,
Haber jugado y perdido,
Sino el haber conocido
Pocilga tan indecente.

Don Cárlos. Es verdad; pero disculpa
Tengo, y sabes que el entrar
Fué solo disimular.

Don Severo. No : tú no tienes la culpa :
Bien lo sé. La culpa es mia,
Mi confesion es bien clara,
Y obré anoche, cual obrára
Un chico de escuela pia.
Si yo hubiera despreciado
Tus bravatas, si me rio
Y no admito el desafío,
Todo estaba remediado.
El deber y la amistad
Me lo mandaban así,
Y aunque yo lo conoci
Me cegó la vanidad.
Luego, ya se ve, quisimos
Disimular este error,
Cometiendo otro mayor.
¿Y qué es lo que conseguimos?
Pasar una noche entera

Mezclados con gariteros,
Malgastar nuestros dineros,
Y perder la lisonjera
Opinion de la honradez.

Don Cárlos. ¿Y quién saberlo podrá?
Don Severo. La conciencia.
Don Cárlos. Callará.
Don Severo. ¿Calla jamas este juez?
Don Cárlos. Vamos, vamos, ten paciencia,
Que segun voy entendiendo,
Aun están todos durmiendo
En casa; y por consecuencia
Nuestra falta no han notado.
Don Severo. ¿Y los criados?
Don Cárlos. ¿Presumir
Quieres que lo han de decir?
Don Severo. Un secreto en un criado
Se indigesta luego, luego.
Don Cárlos. Es que yo les prevendré
Que callen.
Don Severo. Peor.
Don Cárlos. ¿Y porqué?
Don Severo. Porque pierdes criado y ruego.
Depender del dependiente,
Es trocar los frenos, Cárlos;
Y quien llega á equivocarlos
No deshace fácilmente
Tamaña equivocacion,
Lográndose de este modo
Que uno pierda su acomodo,
Y el otro su estimacion.
Don Cárlos. No importa, voiles á hablar.
Don Severo. ¿Al fin te decides?
Don Cárlos. Sí.
Don Severo. Haz lo que quieras, y di,
Pues vas adentro, á Gaspar,
Que venga sin dilacion.
Don Cárlos. ¿Tienes algo que mandarle?
Don Severo. Sí : se me ha ocurrido enviarle
A casa.
Don Cárlos. Alguna comision
Para el viejo, eh?
Don Severo. Pues.
Don Cárlos. Ya estoy :

Quizá será por dinero.

Don Severo. Hombre, no seas majadero:
Anda si quieres.

Don Cárlos. Voy, voy.

ESCENA II.

DON SEVERO solo.

¡Ya mi paciencia se apura!
No existe mayor tormento
Que estar uno descontento
De sí mismo. ¡Qué locura
La de anoche, y qué vileza
Al mismo tiempo! Qué! ¿Es dable
Que, jugador miserable,
Perdiera yo la cabeza,
Hasta el punto de jugar
Dinero que no era mio?
¡Y despues de un desafío!...
¡Y despues de enamorar
La novia de quien me debe
Su primera educacion!...
Pues, señor, en conclusion,
Soy un pícaro, un aleve.
¿Y era yo quien presumia
No tener ningun defecto?
¿Era yo el hombre perfecto?
Y al primer tapon... Daria
Cuanto tengo y tener puedo
Por morirme ahora, ahora...
Pero ¡es tan linda esta Flora!
¿Y quién sabe si por miedo
Hubieran todos tenido
Mi prudencia...? A nadie agrada
Pasar por cobarde... y nada
Mas simple que enfurecido
Cuando Cárlos me injurió,
Me acordase que primero
He nacido caballero
Que no su amigo... pues no,
No he sido tan delincuente;
Y cuanto mas reflexiono
Encuentro mas en mi abono.

Si Gaspar va diligente,
Y vuelve con el dinero,
Antes que este don Fermin
Me lo pida, ya por fin
Del mal el menos. Yo quiero
Suponer por un momento
Que se ignore lo ocurrido :
Entonces nada hay perdido.
Pues bien, tomemos aliento,
Que quizá no se sabrá,
Y siempre que en adelante
Viva mas cauto, es constante
Que el mundo me apreciará
Como me apreció hasta aquí.
Bien dice Cárlos, que soy
Muy tímido : así desde hoy
He de ser lo que antes fuí.

ESCENA III.

DON SEVERO Y GASPAR.

Don Severo. ¿Gaspar?
Gaspar. Señor, os confieso
Que yo he sido un malandrin,
Un borracho, un puerco-espin.
Don Severo. Vamos, no hablemos ya de eso :
Si la primera impresion
De una culpa nos altera,
Luego la hacen mas ligera
El tiempo y la reflexion.
Así que ya no me irrita
Lo que ayer juzgué gran culpa.
Gaspar. Cuando mi amo me disculpa *ap.*
Sin duda me necesita.
Don Severo. Siempre fiel te he conocido,
Servicial, de buen humor.
Gaspar. ¡Ay que me alaba, señor! *ap.*
¿Qué es lo que habrá sucedido?
Don Severo. Y darte una prueba quiero,
Gaspar, de mi estimacion,
Enviándote en comision
A casa.
Gaspar. ¿Por?

Don Severo. Por dinero.
Gaspar. ¡Ya!
Don Severo. A mi padre has de decir
Algun cuento, una ficcion,
Que perdí por distraccion
La bolsa, que...
Gaspar. Eso es mentir.
Don Severo. Mentir no, que en realidad
Para dañar no conspira.
Gaspar. Ello no será mentira,
Mas no es decir la verdad.
Don Severo. Con que ¿no quieres?
Gaspar. Querré
Si usted lo toma á su cuenta.
Don Severo. Tu escrúpulo me revienta.
Sí tomo.
Gaspar. Pues mentiré.
Don Severo. Le dirás que en Villafranca
Me ha sucedido un fracaso...
Cualquier cosa, porque el caso
Es que no tengo una blanca;
Pero por Dios te suplico
Que vayas y vuelvas pronto.
Gaspar. ¡Toma! Pues ¿soy yo algun tonto?
Voy á ensillar el borrico
De don Fermin.
Don Severo. ¿Estás loco?
¿En borrico?... dame risa.
Si esto llamas ir aprisa
¿Qué será tu poco á poco?
No, señor, has de alquilar
La mejor mula de paso;
Y dia y noche (este es el caso)
Has de andar sin descansar.
¿Lo entiendes?
Gaspar. Sí que lo entiendo.
Don Severo. Pues bien, marcha á prevenir
Mula y alforja.
Gaspar. ¿Y me he de ir
Sin carta de usted?
Don Severo. ¿Corriendo
Voy á escribir una esquela
Para padre que razon
Tienes.

Gaspar. Pues, señor, alon.
Don Severo. Oyes, no olvides la espuela.

ESCENA IV.

DON SEVERO solo.

¡Cuánto cuesta el enmendar
Un error! si se supiera,
Mas fácil mil veces fuera
Obrar bien, que no faltar.
Y aunque nuestro orgullo es ciego,
El desengaño no es mudo,
Por eso lo que no pudo
El crímen, lo puede luego
La vergüenza de que clara
Se descubra su fealdad.
¡Qué compasion en verdad
Merece el que se separa
De la línea del deber!
¡Infeliz! Harto le cuesta,
Y el tiempo me manifiesta
Lo que no supe entender,
Cuando venturoso el nombre
Ignóraba del disgusto;
Mas ¡ay! que siempre fué injusto,
Si fué venturoso el hombre.

ESCENA V.

DON PEDRO y DON SEVERO.

Don Pedro. ¡Cuánto agradezco á mi estrella
Don Severo el encontraros
Solo!
Don Severo. ¡Ola, señor don Pedro!
¿Levantado tan temprano?
Don Pedro. ¡Ay amigo de mi vida!
Siempre madruga un cuidado.
Don Severo. Es verdad.
Don Pedro. Y por desgracia
Yo me encuentro hoy en el caso
De necesitar consejos,

De reclamar los sagrados
Derechos de la amistad.

Don Severo. Pues ¿cómo?

Don Pedro. Solos estamos,
¿Supongo?

Don Severo. Sí.

Don Pedro. Es que sintiera
Que pudieran escucharnos,
Y despues...

Don Severo. No tema usted,
Pues aun no se ha levantado
Don Fermin, y la familia
Anda en sus quehaceres.

Don Pedro. ¡Bravo!
Nada entonces me detiene.

Don Severo. ¿Qué será esto? *ap.*

Don Pedro. Amigo, me hallo
En un fiero compromiso.

Don Severo. ¿Y puedo serviros de algo,
Señor don Pedro?

Don Pedro. Sí tal,
Me podeis servir de tanto,
Que solamente confio,
Para salir del barranco
En que estoy, en vuestro celo
En la amistad, en el raro
Y prodigioso talento
Que os adorna.

Don Severo. Demasiado
Me honra usted, amigo mio;
Y os suplico, que dejando
Esos elogios, digais
En qué tan afortunado
Podré ser, que útil os sea.

Don Pedro. Pero siempre es necesario
Establecer los motivos
Que me impelen á buscaros.
De otro modo os sorprendiera,
Sin duda que entre los varios
Amigos que tengo, os busque
Y prefiera, siendo el lazo
Que nos une tan reciente;
Y esto fuera muy estraño
A no mediar lo que media.

Mas, amigo, vamos claros,
Nunca se repara en fechas
Cuando se necesita.

Don Severo. Hartos
Ejemplos pueden citarse
De esta verdad.

Don Pedro. Yo ahora trato
De buscar un hombre serio,
Justo, desinteresado,
Imparcial, fiel, virtuoso,
Y este sois vos.

Don Severo. El retrato *ap.*
No es del todo parecido.

Don Pedro. Sus luces de usted, sus vastos
Conocimientos, sus rectos
Principios, y su exaltado
Amor á la virtud, pueden
Asegurarme que el sano
Consejo que necesito,
Estará exento de humanos
Intereses, de pasiones,
Y de esos afectos bajos,
Que dirigen comunmente
Los que damos y tomamos.

Don Severo. En lo que alcanzan mis luces,
Señor don Pedro...

Don Pedro. Bien. Paso
Al asunto. Yo me encuentro,
Como juez y magistrado,
En la dura alternativa,
En el caso triste y raro
De tener que atropellar
Un amigo, ó los sagrados
Derechos de un ministerio
Terrible, mas necesario.

Don Severo. ¿Y este amigo ha delinquido?

Don Pedro. La ley le condena.

Don Severo. ¿El caso
Os parece tan difícil?

Don Pedro. Sí me parece; pues varios
Incidentes favorecen
Y escudan su atropellado
Arrojo. Luego es mi amigo,
Nos tratamos como hermanos

Ambas familias, y es fuerte
Cosa verse precisados...

Don Severo. Pero la ley.

Don Pedro. En cuanto á eso
No puedo disimularlo:
Le coge de medio á medio.

Don Severo. Pues, señor, un magistrado
No debe entonces dudar;
Y es un crímen el retardo
Mas pequeño, la menor
Dilacion, si fuere en daño
De su augusto ministerio.

Don Pedro. Ni yo de ofenderlo trato;
Pero pudiera, como hombre,
Encontrar mas avisado
El medio de conciliar...

Don Severo. Imposible es encontrarlo.
La ley indica la senda,
Y el juez los ojos cerrados,
Debe seguirla y llegar
Al fin propuesto. Si incauto
Los abre, arriesga el perderse,
Pues buscará los atajos,
Y con ellos los peligros.

Don Pedro. ¿Con que prescindo de cuanto
Me interese en su favor?

Don Severo. Sí, señor, ó vais errado.
Y no os parezca tampoco
Que haceis un estraordinario
Sacrificio. No, en la historia
Encontraréis un romano
Dictador que condenó
A su hijo. Tambien un Casio
Y un Bruto que dieron muerte,
Uno al padre, otro al amado
Bienhechor. En fin, mil hechos
Iguales, que demostraros
Podrán, cuanto los afectos
Se miran subordinados
A los deberes, y cuánta
Gloria nos da el sujetarlos.

Don Pedro. Mil gracias, amigo mio.
Confieso habeis disipado
Todas mis dudas, y pronto,

Pronto conocereis si hago
Caso de vuestros consejos.

Don Severo. ¡Ola! ya se ha levantado
Don Fermin.

Don Pedro. Tanto mejor.
Ahora vereis lo que valgo
Cuando amigos como vos,
Me infunden valor.

Don Severo. El diablo
Me lleve, si yo comprendo
Qué analogía...

ESCENA VI.

DON FERMIN, DOÑA TOMASA, DON CÁRLOS, COLASA Y DICHOS.

Don Fermin. ¡Levantados,
Y á estas horas ya en visita!
Pues esto, ó mucho me engaño,
O es pedirme chocolate.

Don Pedro. Sí, chocolate, el que traigo
No es muy bueno para usted.

Don Fermin. ¡Oiga!

Don Pedro. Soy muy desgraciado,
Don Fermin.

Don Fermin. ¿Que dice usted?

Don Pedro. ¿Y he de ser yo, cielo santo,
Quien entregue esta familia
Al dolor?

Don Fermin. Pues ¿cómo? claro,
Diga usted lo sucedido,
Que esos gestos y esos ascos
Me matan á confusiones,
Y me indican...

Don Pedro. Mucho y malo
Deben indicar á usted,
Y nunca hubiera encontrado
En mí bastante valor
(Lo confieso) para daros,
Siendo tan amigo vuestro,
Semejante trabucazo,
Si los prudentes consejos

Del hombre que estais mirando,
Mis deberes, como juez,
No me recordasen sabios:
Si una lógica elocuente
No me hubiese demostrado
Que la ley no tiene amigos,
Sino aquellos que observando
Sus preceptos, siguen siempre
La línea que ella ha trazado.
Por eso, al fin me decido...
Y á mi pesar... violentando
Mis afectos... he venido...

Don Fermin. ¿A qué, señor? Concluyamos.

Don Pedro. A prender á don Cárlitos.

Don Severo ¡Qué escucho! *ap.*

Don Fermin. ¿Qué es esto, Cárlos?

Don Cárlos. Lo ignoro, y como no sea
Por un lance, un altercado
Que con un desconocido
Tuve ayer noche, no caigo
En lo que pueda ser.

Don Fermin. Vaya,

(*A don Pedro.*)

¿Es esto?

Don Pedro. Lo han acertado
Ustedes.

Don Fermin. ¿Y tal friolera
Bastará para?...

Don Pedro. Despacio,
Señor don Fermin, que yo
No soy ningun mentecato
Para obrar tan de ligero.
Sepa usted que han delatado
A Cárlos por desafío
Tenido anoche; por varios
Conductos me vino el soplo;
Y yo, como magistrado,
No puedo disimular
Un hecho que saben tantos.
Fuera esto comprometerme
Sin ton ni son, y en tal caso
El individuo...

Don Fermin. Ya entiendo,

Y despues aconsejado
Por don Severo...

Don Pedro. Cierto.

Don Fermin. Hombre,
¿Está usted endemoniado?
¡Este es un cuñadicidio!

Don Severo. Señor don Fermin, reclamo
Vuestra indulgencia. Escuchadme
Y juzgadme si he faltado
Al deber, ó á la amistad.

Don Fermin. Déjeme usted por san Pablo.

(*Alejándose de él.*)

A lo menos si ya hubiesen
Ustedes emparentado,
Anda con Dios, que no fuera
Usted el primer cuñado,
Ni el último que lo hiciese;
Pero antes es un milagro,
Una cosa nunca vista.

Don Severo. Cárlos, tú que me has tratado
Y me conoces á fondo,
Di, si me juzgas tan malo,
Tan perverso, que...

Don Cárlos. No sé;

(*Alejándose de él.*)

Pero solo sí reparo,
Que no aconsejas muy bien.

Don Severo. Flora, por Dios...

Doña Tomasa. Muy villano

(*Alejándose de él.*)

Vuestro proceder parece;
Suspendo mi juicio, y no hago
Poco.

Colasa. Oiga usted un consejo

(*Alejándose de él.*)

Pues parece aficionado.
Quien obra mal hace bien
En callar.

Don Severo. ¡Estoy soñando!
Me desprecian, y huyen todos

De mí, cual si fuera el diablo,
Sin oirme, sin informarse
Tan siquiera hasta qué grado
Soy criminal. ¿Y porqué
Me huyen? ¿Porqué soy malvado?
Porque tengo la apariencia
Contra mí: si así juzgamos
Siempre, no me maravilla
Encontrar tantos culpados.

Don Pedro. Juzgamos, ni mas ni menos,
Lo mismo que aconsejamos.
Cuando no nos duele duro,
Y cuando nos duele blando.

Don Severo. Diga usted, señor don Pedro,
A estos señores, si acaso
Pude saber se trataba
De Cárlos.

Don Pedro. No le nombramos,
En efecto.

Don Fermin. ¡Ola! Pues eso

(*Acercándose.*)

Es otra cosa.

Don Cárlos. En salvando

(*Acercándose.*)

Tu amistad nada me importa
Lo demas.

Doña Tomasa. Pues yo no parto

(*Acercándose.*)

Tan de ligero, por eso
Hice muy bien en dudarlo.

Colasa. Sí, señora, siempre dije

(*Acercándose.*)

Lo mismo.

Don Severo. ¡Qué desengaño,
Y qué leccion! Lo que siento,
Señor don Pedro, y lo estraño
A la verdad, es que usted
Me comprometiese tanto.

Don Pedro. Señor, yo busqué un consejo
Que me ilustrase en tamaño

Compromiso; usted no debe
Resentirse, si arrastrado
Por la opinion de sus luces...
Don Severo. Pero en empeño tan arduo
Usted debió, cuando menos,
Nombrarme al interesado,
Para que yo...
Don Pedro. ¿Y qué hace el nombre
Para el hecho?
Don Severo. Sí, que Cárlos
Es mi amigo, y...
Don Pedro. Se prescinde
De estos febles y mundanos
Afectos, cuando se trata
Del bien social.
Don Severo. Sin embargo...
Don Pedro. Y sino, acuérdese usted
De aquel dictador romano
Que me citó, no hace mucho.
Don Severo. Diré que ha sido un borracho;
Pues de otra suerte no hiciera
Tan repugnante atentado.
La naturaleza nunca
Pierde sus derechos santos,
Y aquel que los desconoce
Es imbécil ó malvado.
Don Pedro. ¿Y Bruto?
Don Severo. ¡Oh! no le nombreis:
Fué un parricida.
Don Pedro. Pues Casio
No le fué entonces en zaga.
Don Severo. ¡Ya se ve!
Don Pedro. Mas lo contrario
¿No dijisteis hace un credo?
O al menos lo habré soñado.
Don Severo. Es que entonces...
Don Pedro. Es que entonces
Era el paciente un estraño,
Y á su costa siempre es bueno
Ser justo y cargar la mano.
¿No es verdad?
Don Severo. Que responder *ap.*
No sé.
Don Fermin. Pero ese adversario

De Cárlos, ¿quién es? ¿Se puede
Saber?

Don Pedro. Señor, lo ignoramos;
Y si Cárlos no lo dice...

Don Severo. Lo diré yo.

Don Cárlos. ¡Mentecato!

(*A Severo aparte.*)

¿No ves que á tu amada Flora
Comprometes?

Don Severo. Pero, Cárlos,

(*A Cárlos aparte.*)

¿He de permitir?...

Don Fermin. ¿Qué es eso
Señores?

Don Cárlos. Nada, un encargo
Que le dejo.

Don Fermin. ¡Lindo cuento!
Pues como dé los recados
Como los consejos...

Don Pedro. Vaya,
Si usted no tiene reparo,
Don Cárlos, nos marcharémos
Juntos.

Don Cárlos. No lo tengo. Vamos.

Don Fermin. ¡Ay, vírgen santa! Oiga usted

(*Aparte á don Pedro.*)

¿Dónde va el chico?

Don Pedro. A su cuarto

(*Aparte á don Fermin.*)

A que se desnude, y duerma
El tiempo que ha trasnochado

Don Fermin. ¡Con qué, á la cárcel!

(*Alto.*)

Don Pedro. No hay medio:
Es fuerza formar sumario,
Y remitirlo á Pamplona.

Don Fermin. Pues, señor, acompañarlo
Quisiera yo hasta la cárcel.

Don Pedro. Venga usted.

Don Fermin. Pronto despacho,
Y á mi vuelta, don Severo,

(*A don Severo.*)

Tenemos que hablar un rato
A solas.
Don Severo. Está muy bien.
Don Pedro. Vamos, que es muy tarde.
Don Cárlos. Vamos.
Doña Tomasa. ¡Qué desdicha!
Colasa. ¡Señorito
De mi vida!
Don Fermin. ¡Qué quebranto!
¡En la cárcel un Peralta!
¡Ay, si mis antepasados
Levantáran la cabeza,
No se armára mal fandango!

ESCENA VII.

DON SEVERO solo.

¡Qué me sucede! ¿Qué pasa
Por mí? No se lo que fué;
Mas desde que puse el pié
En esta maldita casa,
Ni me conozco, ni puedo
Hacer sino desatinos.
¡Cuál será, cielos divinos,
El fin de todo este enredo!
Si se llega á descubrir
Que fuí yo quien ha reñido
Con Cárlos, estoy lucido;
Y si no, ¿he de permitir
Que él sufra en dura prision
Mientras que alegre paseo?
Es imposible, y yo creo
Que fuera una vil accion
Silencio tan criminal.
Así romperlo sabré...
Mas ¡necio! ¿y qué ganaré?
¿Mi mal calmará su mal?
No por cierto, y solamente
So logrará en realidad,

Sin curar la enfermedad,
Aumentar otro paciente.
Mi temor crece á medida
Que los riesgos se acrecientan,
Y las dudas atormentan
Mas mi pecho que lo herida:
Fuerza será que yo busque
Mi remedio en un consejo,
Antes de que vuelva el viejo
Y su cólera me ofusque.
A Flora voy á buscar,
Ella será mi doctor,
Si un mal que ha causado amor,
Amor lo sabe curar.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA TOMASA y DON SEVERO.

Doña Tomasa. Señor, vuestra desconfianza
Al desaliento os entrega,
Y os arruina porque os ciega.
El amor ¿no os da confianza?
Don Severo. Él es toda mi esperanza.
Doña Tomasa. Pues bien, si confiais en él,
A su culto sed mas fiel,
Y no ofendais su respeto.
Don Severo. ¿En qué?
Doña Tomasa. En dudar de mi afeto;
Que si yo no soy infiel
A la fe que prometida
Os tengo, no sé lo que
Podais temer.
Don Severo. Yo lo sé.
Temo mi opinion perdida
Y el grito de una ofendida
Conciencia, temo tambien
El merecido desden
Del anciano don Fermin,
Y temo á todos; que en fin,
Teme bien quien no obra bien.

Doña Tomasa. Nunca comprender pudiera
Vuestro estraño sentimiento,
Si una parábola ó cuento
Su esplicacion no me diera.
Dicen, que allá en la Baviera
Cierto *quidam* se encontró
Un pendiente, y que lo halló
Tan fino, terso y brillante,
Que desde luego diamante
Y bueno le pareció.
Por su desgracia un platero,
A quien lo quiso vender,
Hizo pronto conocer
A este pobre caballero,
Que su valor era cero;
Y á pesar de su jactancia,
Confesó al fin, que en sustancia
La joya tan ponderada
Era (si usted no se enfada)
Solo una piedra, y de Francia.
En vano se desespera,
Llora, se queja y maldice
Hallazgo tan infelice.
Nunca consolado fuera,
Si la fortuna no hiciera
Que á su lado reparó,
Cuando menos lo pensó,
Un pequeñuelo inocente
Jugando con el pendiente
Compañero del que halló.
¡Ola! dijo él aburrido,
Este niño se complace,
Y alegre se satisface
Con un diamante fingido:
Pues si no hubiera tenido
Por fino, terso y brillante
A mi soñado diamante,
Tambien con él jugaria:
Luego la culpa fué mia,
Y no del hado inconstante.

Don Severo. ¡Ay Flora! teneis razon:
Ya conozco mi flaqueza.

Doña Tomasa. Perdonad á mi franqueza
Hija de mi estimacion.

Don Severo. Agradezco la leccion,
Que ingeniosa me habeis dado :
La violencia de mi estado
La debo á mi necio error,
Pues quise darme un valor
Demasiado exagerado.

Doña Tomasa. ¿Lo conoceis?

Don Severo. Sí, señora.

Doña Tomasa. Probadlo.

Don Severo. ¿Decid en qué?

Doña Tomasa. Lo diré, y no tardaré;
Pero no puede ser ahora.

Don Severo. Entonces, amable Flora,
Satisfaceros no puedo.

Doña Tomasa. Tengo una especie de miedo...

Don Severo. ¿En qué fundais tal engaño?

Doña Tomasa. En que á vuestro desengaño
Todavía no concedo
Toda la fe que pudiera.
Quedad, Severo, con Dios.

Don Severo. Qué, ¿os vais?

Doña Tomasa. Sí, que con vos
Mas arriesgo que debiera.

Don Severo. Señora, daros quisiera
Esa prueba que pedis.

Doña Tomasa. ¿De buena fe lo decis?

Don Severo. ¿Lo dudais?

Doña Tomasa. ¡Ay don Severo!
Si el desengaño es sincero
Mas sabreis que presumis.

ESCENA II.

DON SEVERO solo.

Se va y me deja entregado
A la incertidumbre fiera,
Sin que pueda mi cuidado
Verse jamas aliviado
De un mal que le desespera
¿Qué será lo que tendrá
Que decirme esta muger?
Ignoro lo que será;
Mas si el tiempo lo dirá,
Dejémosle, pues, correr.

ESCENA III.

COLASA y DON SEVERO.

Colasa. ¿Don Severo?
Don Severo. ¿Nicolasa?
Colasa. Aunque usted siempre está serio
Conmigo, yo, sin embargo,
Hace dos horas que espero
La ocasion de hablar á solas
Con usted.
Don Severo. ¡Ola! ¿En qué puedo
Yo servirte?
Colasa. No, señor,
Si la que puede aquí hacerlo
En favor de usted soy yo.
Don Severo. ¿En mi favor?
Colasa. Sí por cierto.
¿Estamos solos?
Don Severo. ¡Dios mio, *ap.*
Volvemos á los misterios
Y á los tapujos! Sí estamos.
Colasa. Pues sepa usted, don Severo,
Que aunque parezco criada,
Soy mas de lo que parezco;
Pues soy el único archivo
Donde todos los secretos
De los Peraltas se guardan;
Soy ademas consejero
Nato del padre, de la hija,
Del hermano, de los deudos,
De los amigos de casa,
De los criados, y aun de aquellos
Que llamamos conocidos,
Porque conocemos menos.
Don Severo. Pues, Colasa, en parangon
Tuyo ¿qué hace ese consejo
De Navarra?
Colasa. Yo no sé,
Sino solo que no miento
Ni exagero; y para prueba
De lo dicho, decir debo
A usted que tambien conozco
Sus pesares y secretos.

Cabalito.

Don Severo. ¿Los conoces?

Colasa. Sí, señor, ni mas ni menos :
Sino, dígalo el amor
A doña Flora, los zelos
De Cárlos, el desafío,
Luego la casa de juego,
La noche pasada en claro,
El natural sentimiento
Por la prision del amigo,
Los temores y recelos
De que se descubra el ajo,
Y tambien ciertos enredos,
Como mentiras, ficciones,
Efugios y...

Don Severo. Basta, veo
Que estás al cabo de todo,
Y no es necesario...

Colasa. Bueno
Era quitaros la duda,
Por si acaso.

Don Severo. No la tengo,
Por cierto.

Colasa. Pues bien, entonces
Os diré, sin mas rodeos,
Que una cierta inclinacion
Simpática que os profeso...

Don Severo. ¡Calla! ¿Tambien se conoce
En aqueste triste pueblo
La simpatía?

Colasa. Sí, señor.
Si cualquiera en estos tiempos
Simpatiza con cualquiera.

Don Severo. Pues, hija, bendiga el cielo
Tales tiempos. Sigue, sigue.

Colasa. Digo yo, que cierto afecto,
Cuya causa desconozco,
Aunque siento sus efectos,
Me determina á serviros,
Dándoos, señor, un consejo.

Don Severo. Venga, pues aunque no sea
Un gran partidario de ellos;
Pues dados, son arriesgados,
Y si se reciben, necios.

Colasa. Mire usted lo que es el mio,
Como conozco el terreno,
No haya miedo que nos dañe.

Don Severo. Vaya, dilo.

Colasa. Os aconsejo
Que os quiteis la mascarilla.

Don Severo. ¡La mascarilla!

Colasa. No veo
Otro camino que pueda
Salvaros.

Don Severo. Ni yo comprendo
Lo que me quereis decir
Con eso.

Colasa. ¿No? pues muy presto
Lo sabreis si me escuchais :
Atencion, y va de cuento.
Entre los varios quehaceres
Que atosigan á los viejos,
El primero y principal
Es la eleccion de los yernos.
Mi amo don Fermin, no solo
Por su mal tuvo este empeño,
Sino que quiso tambien
Buscar un yerno perfecto;
Y eso es, señor, imposible.
¿No es cierto?

Don Severo. Cierto, y muy cierto.

Colasa. Cuando al fin se decidió
Por usted, fué, por supuesto,
Convencido de que habia
Encontrado aquel modelo
De perfeccion que buscaba;
Y ya ve usted si está lejos
De haberlo hallado : ¿no digo
Bien?

Don Severo. Muy bien.

Colasa. Si sus defectos
De usted, sus calaveradas,
Y todos sus devaneos
Se pudieran descubrir,
No hay duda que nuestro viejo
Andana se llamaria.
Entonces usted, perdiendo
El engañoso barniz

Que ocultaba los remiendos,
Se quedára tal cual es,
Y tal cual son entre ciento
Los noventa y nueve : entonces
Libre del pasado empeño
Pudiera usted contratar
Con Flora otro empeño nuevo,
Y casarse, y tener hijos,
Y conseguir luego un...

Don Severo. ¡ Fuego
Con el consejo que das !
¿ Y quieres tú que yo mesmo
Diga y confiese ?...

Colasa. ¿ Qué importa
Que sea usted ó sea un tercero
En discordias, el que cuente
Todo ? Así siempre es muy bueno
El tomar la delantera.

Don Severo. Con todo, tengo recelo ;
Y despues el amor propio
Padece mucho con estos
Desenlaces.

Colasa. ¡ Ay, señor,
El amor propio y los zelos,
Como á los paracaidas
Los sostiene solo el viento.

Don Severo. Sí ; pero yo me conozco,
Y aunque estuviera año y medio,
Estoy seguro, Colasa,
Que me faltára el aliento,
Si tuviera que decir
Cara á cara...

Colasa. ¿ No es sino eso ?
Pues bien, corre de mi cuenta :
Yo me encargo.

Don Severo. Ni por pienso,
No quiero que me descubras.

Colasa. Usted lo que tiene es miedo,
Y pues milagrosamente
Nuestro enemigo tenemos
En campaña, verá uste
Si merezco ó no merezco
La confianza general.

Don Severo. Calla, por Dios.

ESCENA IV.

DON FERMIN Y DICHOS

Don Fermin. Don Severo,
Estoy contra usted lo mismo
Que si fuera ya su suegro.
Don Severo. Pues, señor, lo siento mucho.
Don Fermin. Dígame usted, ¿qué embelecos,
Qué enredos, qué trapisondas
Son estas? ¿porqué está preso
Cárlos? ¿porqué la Florita
Llora? ¿porqué está usted serio,
Cabizbajo y taciturno?
Responda usted.
Don Severo. Yo me siento
Algo malo, y á eso atribuyo
Mi tristeza.
Don Fermin. ¿Es del cerebro
El mal?
Colasa. ¡Jesus! no señor,
Si es mal del descontento,
Dolencia, que solamente
Suele cebarse en aquellos
Que han estado mas robustos,
Porque los encuentra menos
Hechos á padecer.
Don Fermin. Dime,
Colasa, ¿y qué sabes de eso?
Colasa. Con que ¿no lo sé? Pues vaya,
Preguntadle á don Severo,
Si no es cierto que padece
Una zozobra, un interno
Disgusto, una comezon
A manera de recelos,
Y sobre todo, señor,
Un peso en la frente, un peso...
Don Fermin. Ese es mal de novios.
Colasa. Suele
Tambien muchas veces serlo:
Pero aquí no es mal de novios,
Que es solo...
Don Fermin. ¿Qué?

Colasa. Descontento
De sí mismo, precision
De hablar con usted, gran miedo
De que se enfade, y por fin,
Indigestion de un secreto
Que necesita salir,
Y no puede.

(*A don Severo.*)

Don Fermin. ¿Es esto cierto?
Don Severo. Nicolasa se chancea,
Y su genio placentero
Quiere sin duda á mi costa...
Colasa. No, señor, no me chanceo :
Usted tiene un secretazo...
Don Severo. Nicolasa...
Colasa. Yo no entiendo
De señas : harto he callado,
Y si ahora no hablo, reviento.
Don Severo. Pues mejor será que yo
Me retire. Hoy es correo,
Precisamente dos cartas
Tengo que escribir.
Colasa. No quiero
Que tales cartas se escriban
Hasta salir del aprieto
Consabido. Venga usted
Acá, señor don Severo,
Y diga al que en infusion
Está para ser su suegro,
Cómo ha pasado la noche,
No en su cama, ni al sereno,
Sino en casa de la Pepa
La muger del estanquero.
Don Fermin. ¿Fumando?
Colasa. No tal, jugando
Y perdiendo su dinero,
Y aun el vuestro de Tafalla.
Don Fermin. ¿Y qué mas?
Colasa. Que si fué al juego
Fué solo por disimulo;
Pues estuvo antes riñendo
Don Cárlos.

Don Fermin. ¡Con Cárlos!
Colasa. Sí,
Por unos ciertos requiebros
Dichos á doña Florita.
Don Fermin. ¡Qué! ¡Tambien esa!
Colasa. Y no fueron,
Por parte del señorito,
Infundados estos zelos,
Que el señor gusta de Flora,
Y Flora no gusta menos
Del señor. ¡Ay!... Ya salimos
Del apuro.
Don Fermin. ¡Qué oigo, cielos!
Dígame usted, señor mio,
Si dar entera fe puedo
A lo que dice Colasa.
Don Severo. Señor... hay ciertos momentos
En que...
Don Fermin. No quiero disculpas:
Bien sé que no hay hombre cuerdo
A caballo, y por lo tanto,
Sin dilacion ni rodeos,
Solo exijo una respuesta
Categórica.
Don Severo. No encuentro
Qué decir.
Don Fermin. Vamos, ¿sí ó no?
Don Severo. Pues, señor, yo lo confieso:
Es verdad cuanto ella dijo.
Don Fermin. ¿Cierto?
Don Severo. Cierto.
Don Fermin. Eso supuesto,
Dame los brazos, y aprieta,
Que estoy loco de contento.
Don Severo. ¿Qué es esto?
Don Fermin. ¡Válgame Dios,
Qué fortuna!
Don Severo. ¿Estoy durmiendo?
Don Fermin. ¿Un yerno amable, sensible,
Y enamorado en estremo;
Un yerno pundonoroso
Y nada cobarde; un yerno
Amigo de diversiones,
De trasnoches y de juegos?

¡Qué hallazgo! Yo, que esperaba,
Teniendo un yerno perfecto,
Ser mártir de su virtud,
Hallarme uno, de quien puedo
Murmurar, quien sabrá darme
A cada instante pretestos
Para reñirle, y quejarme
A los vecinos y deudos?
Vaya, vaya, ¡qué fortuna!
Ahora sí que seré suegro
En forma, sin menoscabo
De mi clase y privilegios.
Mas ¿qué es lo que me detiene?
¿Porqué no marcho corriendo
A buscar un escribano
Y un cura, que os casen luego?

Colasa. ¡Qué los case! ¿Quién, con quién?
Don Fermin. Mi Tomasa con Severo :
¡Buena pregunta!
Colasa. ¿Y Florita?
Don Fermin. Que se vaya á los infiernos.
A Dios, á Dios, yerno mio,
Ten paciencia, pronto vuelvo.
Don Severo. Esperad, por Dios, señor,
Escuchadme
Don Fermin. Ya no hay tiempo:
Pero cuando estés casado
Te escucharé como un muerto.

ESCENA V.

DON SEVERO y COLASA.

Don Severo. Ahora bien, Colasa,
¿Qué podrás decir
De tal aventura?
Colasa. Callar y reir.
Don Severo. ¿Reir?
Colasa. Sí por cierto.
Don Severo. ¿Te burlas de mí?
Colasa. No tal; pero ¿cómo
Podré resistir
El flujo de risa

Cuando don Fermin
En vez de enfadarse,
Te casa?

Don Severo. Y por tí,
Por tí solo ha sido.

Colasa. ¿Y quién presumir
Pudiera este lance?
Mas, en fin, decid.
¿Os casais?

Don Severo. ¿Y cómo
Lo puedo eludir?

Colasa. Pronunciando un *no*
En lugar de un *sí*.

Don Severo. ¡Qué estraño suceso!

Colasa. De un viejo mastin
Es el tragadero
Puerta de toril.

Don Severo. Colasa ¿qué haremos?

Colasa. Fuerza es discurrir
Un medio.

Don Severo. ¿Y qué medio?

Colasa. ¿Quereis por san Gil,
Que os dé otro consejo?

Don Severo. Vaya por Dios. Di.

Colasa. Quien es tan cobarde
Que teme sufrir,
No busque en los otros
Lo que no halla en sí;
Que el valor ageno
No puede servir
En daño tan propio
Como el suyo; así
Sufra su quebranto
O aprenda á vivir.

ESCENA VI.

DOÑA TOMASA Y DICHOS.

Doña Tomasa. Severo, Colasa,
¡Ay triste de mí!
Perdidos estamos.

Don Severo. ¿Qué sucede? di.

Colasa. ¿Qué es esto, señora?

Doña Tomasa. ¡Ay, que entrar yo ví
Al señor don Pedro!
Colasa. ¿Solo?
Doña Tomasa. Un ministril
Enjambre le sigue,
Y vienen por ti,
Sin duda, Severo.
Don Severo. Dejadlos subir,
Que nunca he temido
La cárcel por sí,
Sino porque pudo
Antes delinquir.

ESCENA VII.

DON PEDRO y dichos.

Don Pedro. Señor don Severo,
¿Prometeis decir
Verdad?
Don Severo. Jamas supe
Qué cosa es mentir.
Don Pedro. ¿Sois vos quien con Cárlos
Hubo de reñir
Ayer por la noche?
Don Severo. Sí, señor, yo fuí.
Don Pedro. ¿Qué puede escusaros?
Don Severo. Ser hombre, y que en mí
Se hallen las flaquezas
Que en los otros ví.
Don Pedro. Pues debo prenderos.
Don Severo. Prended y cumplid
Como juez, que yo
Como hombre cumplí.
Don Pedro. Alguaciles, hola,
Al punto venid.

ESCENA ÚLTIMA.

DON FERMIN, DON CÁRLOS y dichos.

Don Cárlos. Aquí está un cuñado.
Don Fermin. Y un suegro está aquí.
Colasa. Dos son solo, y sobra

Mas de un alguacil
Para sujetar
Aunque fuera al Cid.

Don Severo. Pero, señores, ¿qué es esto?
¡Qué dichosa novedad!
¿Cárlos puesto en libertad
Tan impensado, tan presto?
Todos callan: ¡lindo afan!
¿No se me quiere decir
De dónde pudo venir
Tanta dicha?... y ¿dónde están
Los alguaciles, que preso
Debieron ponerme ahora?
Dilo, Cárlos; hablad, Flora,
O ¿quereis que pierda el seso?
De una duda tan cruel
Evitadme los temores.

Don Fermin. Y ¿quién le pone, señores,
A este gato el cascabel?
¿Quién le dice la verdad?

Don Pedro. A vos os toca.

Don Fermin. A mí no.

Don Cárlos. Yo no lo digo.

Colasa. Ni yo.

Don Fermin. Don Pedro, hablad.

Don Cárlos. Padre, hablad.

Don Fermin. Habla tú.

Don Cárlos. ¿Quién esto vió?
Los hijos deben callar.

Don Severo. Con que ¿nadie quiere hablar?

Doña Tomasa. Si no quieren lo haré yo.
Ignoro si me asegura
Mi sexo la impunidad;
Pero sabed la verdad
Aunque arriesgue mi ventura.
Señor don Severo, si
De alguno os podeis quejar,
No teneis que titubear,
Pues debe de ser de mí.
Y en prueba, deciros quiero,
Aunque á Flora hayais querido,
Que Flora es nombre fingido,
Y Tomasa el verdadero.

Don Severo. Señora, ¿vos sois Tomasa?

Doña Tomasa. Sí señor, de mala gana.
Don Severo. ¿Y sois de Cárlos hermana?
Doña Tomasa. No tiene otra hermana en casa.
Don Severo. Luego ha sido fingimiento.
Su pasion, vuestro desvío,
Sus zelos y el desafío.
Doña Tomasa. No hay duda : todo fué cuento.
Don Severo. ¿Y qué causa provocó
Tal enredo?
Doña Tomasa. Vuestra fama.
Don Severo. ¿Mi fama?
Doña Tomasa. Sí, que una dama
Siempre un marido temió
Con la rara cualidad
De perfecto en demasía,
Que un necio solo confia
En la agena necedad.
Don Severo. Luego quisisteis que yo
Desatinos cometiera.
Doña Tomasa. Y quisimos bien, pues era
El camino que se halló
Para haceros conocer
El valor de la indulgencia.
Don Severo. ¡Tan bella y con tal prudencia!
Doña Tomasa. Siempre es bueno preveer.
Don Severo. La leccion es harto dura.
Doña Tomasa. ¿Cuándo es blanda una leccion?
Don Severo. ¿Quién á tal conjuracion
Resistiera? la hermosura,
La amistad y la esperiencia
Se reunieron en mi daño;
Por lo mismo no es estraño
Sucumbiera mi inocencia.
Doña Tomasa. Aquestas conjuraciones
Solo os pueden enseñar :
Temed las que han de formar
Muy pronto vuestras pasiones.
Estas son, sin duda alguna,
Las que mas debeis temer,
Y si las lograis vencer
Bendecid vuestra fortuna;
Sin que por eso, señor,
Insulteis al que es vencido,
Pues él hubiera querido

Ser como vos, vencedor.
Don Severo. Conozco, señora mia,
Vuestra razon, y la aprecio
De tal modo, que en desprecio
De mi orgullo, quiero un dia
Ser de todos conocido
Por tolerante y prudente,
Que es lo mismo que indulgente.
Doña Tomasa. ¿De veras?
Don Severo. Nunca he mentido.
Doña Tomasa. Entonces esta es mi mano,
Si es que mi padre lo aprueba.
Don Fermin. Dios os bendiga y os llueva
Mas hijos que en el verano
Hay chinches. Pero, Severo,
No olvides esta leccion,
Que siempre los buenos son
A perdonar los primeros.
Don Severo. ¡Olvidar esta leccion!
¡Jesus, señor, qué demencia!
Y en prueba de mi indulgencia
Obtendreis vuestro perdon.
Don Fermin. ¿Que dices? ¡oh qué delirio!
¡Perdon yo! ¿de qué ó por qué?
Don Severo. Porque vuestra casa fué
Donde he sufrido el martirio
De una burla asaz pesada,
Siendo los actores de ella
Un anciano, una doncella
Con ínsulas de casada,
Un juez, y en fin, un amigo
A quien conocí en su infancia;
Confesad, pues, que en sustancia
Os escedisteis conmigo:
Y pues por distintos modos
Todos, don Fermin, le erramos,
Bueno será que pidamos
Indulgencia para todos.

DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

Nació en el Escorial el dia 1 de diciembre de 1796. Siendo todavía muy niño, apenas contaba nuestro autor ocho años de edad, le envió su padre á Francia para que se educase en un excelente colegio establecido en Passy, donde se distinguió sobremanera por su talento y aplicacion. Regresó á España en 1811, y hubo de dedicarse lo primero á recordar el idioma de su pais que habia echado lastimosamente en olvido, y seis años despues volvió segunda vez al vecino imperio con ánimo de perfeccionarse en las ciencias físico-matemáticas, á que se habia dedicado principalmente con tanto celo como aficion. Vuelto á España en 1819, no pudiendo conseguir el regentar una cátedra científica, que era su mayor y único deseo, logró en 1820 ser colocado en el ministerio de la gobernacion del reino, en donde ascendió hasta oficial del archivo. Cambiado el sistema de gobierno hallándose en Cádiz, se vió imposibilitado de venir á Madrid por haber sido oficial de la milicia nacional : permaneció, pues, en aquella ciudad, y allí escribió sus tres únicas comedias : *El Entremetido, Cuidado con las novias* y *Un año despues de la boda,* que fueron representadas posteriormente con buen aplauso.

En 1827, tradujo la tragedia de *Don Pedro de Portugal,* que se estrenó en el teatro de la Cruz, no sin haber vencido enormes dificultades por parte de la censura. Desanimado por otros varios disgustos que le ocasionó la *censura* de aquella aciaga década, tuvo el señor Gil de Zárate que pensar en trabajos mas lucrativos que los poéticos, desempeñando por espacio de siete años, la cátedra de lengua francesa en el consulado de Madrid.

Desde 1832 hasta abril de 1835 fué redactor del *Boletin de Comercio*, que luego cambió su título por el del *Eco del comercio.* En 1835 le nombraron oficial del ministerio de la gobernacion, destino que ha desempeñado muchos años. Posteriormente ha sido *Director general de Instruccion pública,* y *Consejero de Estado.* Don Antonio Gil de Zárate es en la actualidad individuo de la *Real Academia Española*, *Consejero de Instruccion pública*, y caballero gran cruz de la órden de Isabel la Católica. Ha sido ademas vicepresidente del *Ateneo científico y literario* y del *Liceo de Madrid*, en donde explicó la cátedra de historia.

Las obras dramáticas del señor Gil de Zárate que han tenido mas éxito en España, son : *Blanca de Borbon, Rosmunda*, *Cárlos II el hechizado, Guzman el Bueno, Don Alvaro de Luna, Cecilia la Cieguecita* y *Don Trifon*. Debemos ademas al señor Gil de Zárate un excelente *Manual de la literatura española,* y una obra de suma importancia y utilidad : *De la instruccion pública en España.*

GUZMAN EL BUENO

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

PERSONAS. — DON ALFONSO PEREZ DE GUZMAN. — DON PEDRO, su hijo. — NUÑO. — DON JUAN, infante de Castilla. — ABEN-COMAT. — ABEN-SAID. — DOÑA MARÍA, esposa de Guzman. — DOÑA SOL, hija de don Juan. — CABALLEROS, DAMAS, SOLDADOS, ESCUDEROS, PAGES, HOMBRES Y MUGERES DEL PUEBLO.

La escena es en Tarifa, año de 1294.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon de arquitectura árabe. En el fondo una capilla.

ESCENA PRIMERA.

GUZMAN, DON PEDRO, DOÑA MARÍA, DON JUAN, DOÑA SOL, NUÑO, CABALLEROS, DAMAS, SOLDADOS, ESCUDEROS, PAGES, PUEBLO.

(Al correrse el telon se está en el acto de armar caballero á don Pedro. La capilla del fondo está abierta.)

Guzman. Pues ya el sacerdote las armas bendijo,
Doblad la rodilla, don Pedro, ante mí,
Que en nombre del cielo mi voz os dirijo,
Mi voz, que proclama sus glorias aquí.
La frente inclinando, con golpe ligero
Os hiera esta espada, del moro terror :
El sello os imprima de fiel caballero,
Y á par os infunda constancia y valor.

(Le dá el espaldarazo : don Pedro se alza, y doña Sol se acerca á él para ceñirle la espada.)

Doña Sol. Mi mano, aunque débil, os ciñe la espada
Que armar debe un dia la vuestra en la lid :
En sangre de infieles traedla manchada,
Con ella emulando las glorias del Cid.
Guzman, vuestro padre, de honor y victoria
La senda os trazára : marchad en pos de él ;

Y unidos al templo subid de la gloria,
Al vuestro enlazando su eterno laurel.

Don Pedro. ¡Ah! ya en sacro fuego mi pecho inflamado,
Las lides aguarda con noble ansiedad:
Qué gloria me espera, pues hoy me han armado
Tan fuerte guerrero, tan rara beldad!
Que venga el Alarbe, que venga, y en breve
Mi esfuerzo invencible probar yo le haré:
Asedie á Tarifa, si á tanto se atreve,
Que en lagos de sangre su furia ahogaré.

Guzman. Bien, hijo: me agrada tan noble ardimiento,
Que es ya de victoria presagio feliz:
En tí se renueven mi sangre, mi aliento,
Por tí rinda el moro la altiva cerviz;
Y allá de Granada las fuertes murallas
Cediendo á tu esfuerzo se humillen tambien;
Y en ellas de Cristo, tras tantas batallas,
La enseña tus manos al viento le dén.

(A doña María.)

Y vos, noble madre, por qué, retirada,
Al hijo valiente feliz no abrazais?
Por qué estar debiendo de gozo inundada,
Hoy mústia, abatida, la frente mostrais?
En fuertes matronas ser suele tal dia
De dicha inefable, de inmenso placer:
Perder hora acaso vuestra alma podria
La audacia que siempre me alienta á vencer?

Doña María. Esta alma no tiembla de Marte al estruendo,
Ni menos conoce flaqueza ó pavor:
Bien sé que á las lides el hombre naciendo,
Sus timbres infama si esquiva su horror.
Valiente el esposo yo quise que fuera:
No es menos heróico mi amor maternal;
Mas ¡ay! mal mi grado, con vana quimera,
El pecho me aterra presagio fatal.

Guzman. Qué indignos temores! Dejad...

Doña María. Hijo mio!

Don Pedro. O madre!

Doña María. En mis brazos refúgiate, ven.

Don Pedro. ¿A qué tal flaqueza? Vencer yo confio.

Guzman. ¿Quién esos recelos te inspira, di, quién?

Doña María. Un hombre... Miradle.

Guzman. María... ¡el infante!

¿Te atreves?...

Doña María. Me aterran sus ojos, su faz.
El crímen retrata su torvo semblante;
Su pérfido pecho de todo es capaz.

Guzman. Le injuriais. Es cierto : con torpes pasiones
Don Juan infamára su edad juvenil;
Mas ya desengaños y crudas lecciones
De honor le trajeron al recto carril.
Por Dios... apartaos... que atento nos mira.

Don Juan. (*Ap.*) ¿Por qué en mí sus ojos clavados están?
Envidia y rencores mi pecho respira :
Mas hoy disimula tus odios, don Juan.

Guzman. Amigos, que sea Tarifa la fuerte
Hoy júbilo toda, placeres sin fin :
En justas y cañas probad vuestra suerte,
Y dulces licores nos brinde el festin.
Mañana, sonora la trompa guerrera,
Al campo nos llame tal vez del honor :
Gozad de este dia ; que ya nos espera
La lid afanosa con muertes y horror.
Jacob ambicioso legiones de infieles
Sobre estas orillas se apresta á lanzar,
É intenta de Muza los negros laureles,
A España fatales, audaz renovar.
Mas no como entonces, Tarifa en sus muros
Cobardes abriga ni infame traicion :
Encierra soldados leales y duros
Que al moro preparan acerba leccion.
Don Juan, vuestro brazo nos mandan los cielos,
El brazo que teme la pérfida grey ;
Y ya no me inspira la lucha recelos,
Pues cerca el hermano nos mira del rey.
Diréisle, si el cielo la palma nos diere,
Cómo estos leales le saben servir :
Si acaso el destino contrario nos fuere,
Diréisle que al menos supimos morir.

Don Juan. Contad, don Alonso, contad con mi espada,
Que á viles contrarios jamas perdonó ;
Veréis muy en breve con prueba sobrada
Que en vano á Tarifa don Juan no llegó.
Ven, hija, conmigo.

(*Váse con doña So'.*)

Doña María. (*A Guzman.*) ¿Notais de su acento

La amarga ironía ?

Guzman. ¡Qué injusta aprension!

(*A todos.*)

Marchad, y entregaos al dulce contento.

Doña María. ¡Ah! tú no me engañas, leal corazon.

(*Vánse todos.*)

ESCENA II.

GUZMAN, DON PEDRO, NUÑO.

Nuño. Por fin, don Pedro, teneis
Á vuestro lado una espada;
No, no estará mal templada,
Buen batallador sereis.
De valiente teneis traza;
Mas decirlo es por demas:
No han existido jamas
Cobardes en vuestra raza.
Dadme la mano... apretad;
¡Ah! buen rapaz : teneis puño!
Blandireis, como soy Nuño,
Vuestra lanza sin piedad.
¿Quereis que portentos obre ?
A mí arrimaos; que á fé,
De seguro os llevaré
Do se bata bien el cobre.

Guzman. Mirad que es aun muy niño
Para esponerle...

Nuño. Aprension!
Entre hombres de corazon
Así se muestra el cariño.
Y, en verdad, no erais muy viejo
En vuestra primer batalla,
Y dísteis de la canalla
Buena cuenta. — En este espejo,
Don Pedro, os debeis mirar.
¡Qué hazañas! Dígalo Fez :
Con endriagos hubo vez
Que le vimos pelear.
¡Qué lástima de proezas
De los moros en favor!

¿No se empleáran mejor
En abatir sus cabezas?
Yo mil veces renegué:
Por fin, volvimos á España,
Y ya con mas de una hazaña
El mal humor aplaqué.
Solo el haberle esta plaza
Al perro moro quitado,
El corazon me ha ensanchado,
Que no cabe en la coraza.
El hace muy grande apresto
Por recobrarla; mas yerra:
La presa que el leon aferra
No se la arrancan tan presto.

Guzman. No será mientras yo viva,
Que en sus muros moriré,
O mas bien abatiré
Del moro la furia altiva.
Sí, don Pedro, la ocasion
En breve tendreis aquí
De que pruebas dén de sí
La mano y el corazon.
Los deberes recordad
Que os impone en este dia
La ley de caballería:
Valor, honor y lealtad.
Sed en la lid atrevido,
Mas prudente; fiel al rey;
De Dios defended la ley,
Y amparad al desvalido.
No dejeis por interés
De ser en todo cabal,
Con los hombres liberal,
Y con las damas cortés.
En fin, temed de faltar
A la palabra empeñada,
Que aunque fuere á un moro dada,
La es fuerza siempre guardar.

Nuño. Él hará lo que conviene,
Que es de vos digno heredero;
Y será buen caballero
Porque en la sangre lo tiene.
Venga el moro, voto á tal,
Que él y todos ya sabemos

Lo que hacer aquí debemos.
¿Todos he dicho? Hice mal.
Hay uno... ¡Qué buena pieza!
Maldito si de él me fio;
Tiene cara de judío.
Os lo digo con franqueza,
Señor: si fuera que vos,
Hoy mismo sin mas tardar
De aquí le hiciera saltar.

Guzman. ¿Quién es?

Nuño. Don Juan.

Guzman. ¡Vive Dios!
Cosas teneis... ¡Al infante!

Nuño. Al infante: de ese os hablo.

Guzman. Al hermano de...

Nuño. Del diablo.
¿A qué vino ese bergante?
A vendernos. Id con tiento:
Turbulento y sin valor,
Fué ya mil veces traidor;
Quién hizo un cesto hará ciento.
Siempre pérfido y villano,
No hay maldad que no le cuadre:
Primero vendió á su padre,
Y vendió luego al hermano.
Contra el señor de Vizcaya
Hierro asesino asestó;
Y en un fuerte le encerró
El rey por tenerle á raya.
Dejárale allí que pene;
Mas le ha soltado: mal hecho:
Jamas andará derecho
Quien tan malas mañas tiene.

Guzman. Palabra ha dado don Juan
De ser ya súbdito fiel.

Nuño. Ni aun así me fio de él;
En fin, allá lo verán.
Por mi parte os aseguro
Que no le pierdo de vista;
Yo le seguiré la pista;
Y si hace alguna, le juro...

Guzman. Basta, Nuño: respetad
Al príncipe.

Nuño. Callo, pues.

Guzman. Iremos luego los tres
A la justa. Preparad
Vuestras armas, hijo mio;
En este ensayo primero
Que á todos mostreis espero
A do alcanza vuestro brío.

Don Pedro. Si el cielo me dá favor,
Satisfecho os dejaré.

Nuño. No le han de ganar, á fé,
Ni en destreza ni en valor.

(*Vánse Guzman y Nuño.*)

ESCENA III.

DON PEDRO.

Apenas siente ya robusta el ala
El águila caudal, sus padres deja,
Y hasta el trono del sol rauda se aleja,
O en atrevida lid su ardor señala.
Del no probado esfuerzo haciendo gala,
Así el valor paterno en mí refleja
Y mi brazo al combate se apareja,
Y la audacia del Cid mi arrojo iguala.
Aguila soy que al sol subir pretende,
Que altiva desafía al buitre insano;
Pero vana quimera el alma emprende.
De la gloria sin fruto en pos me afano:
Hoy que en mi pecho amor su llama enciende,
Todo, si él no me ayuda, será en vano.

ESCENA IV.

DON PEDRO, DOÑA SOL.

(*Sale doña Sol pensativa sin reparar en don Pedro.*)

Doña Sol. ¿Qué es esto, corazon mio?
¿Por qué suspiras así?
¿Qué es lo que pasa por tí?
¿Qué dolor es este impío
Que yo jamas conocí?
¿Por qué cuando pienso en él

Estremecida me siento,
Y este tenaz pensamiento
Vuelve mas fijo y crüel
Cuanto mas lanzarlo intento?
Pero, ¿qué miro?... Él es... ¡ah!

(*Reparando en don Pedro.*)

Huyamos pronto.

Don Pedro. ¿Qué veo?
¡Doña Sol!

Doña Sol. Me ha visto ya...
Luchando mi pecho está
Entre el temor y el deseo..

Don Pedro. ¿Huís de mí, Sol hermosa?

Doña Sol. ¿Yo?... Don Pedro... os engañais.
¿Mas cómo aquí solo estais?
¿Acaso á la palma honrosa
De la justa no aspirais?

Don Pedro. Aunque aspire á tanto honor,
Lucharé sin esperanza.

Doña Sol. ¿Pensais que tan poco alcanza,
Don Pedro, vuestro valor?

Don Pedro. ¡Ah! Mi justa desconfianza...

Doña Sol. Es indigna de un Guzman.
Mucho del novel guerrero
Todos esperando están;
Y ya la victoria dán
Al que yo armé caballero.

Don Pedro. Solo esa dicha, señora,
Hoy puede alentarme ufano;
Pues la espada cortadora
Que ciñera vuestra mano
Debe ser la vencedora.
Mas perdonad, si ofendiendo
A quien tanta gloria ofrece,
Mi espíritu desfallece,
Para alcanzarla sintiendo
Que de otro impulso carece.

Doña Sol. ¿Cuál es?

Don Pedro. No me atrevo...

Doña Sol. Hablad;
Y si á mi poder no escede...

Don Pedro. ¿Qué ardor, qué virtud no puede
Inspirar esa beldad?

Doña Sol. Aun no os comprendo... esplicad...
Don Pedro. ¿Qué le importa al justador
La noble liza hollar fiero?
¿Qué le importa su valor,
Ni del pecho en derredor
Un muro tener de acero?
Si allá en el alto balcon
No hay un solo corazon
Que, atento á su noble empresa,
Con tierna palpitacion,
Por su triunfo se interesa;
Si entre tantos ojos bellos,
Ninguno afable le mira,
Y al contemplar sus destellos,
No puede beber en ellos
El ardor que aliento inspira;
Si la impresion dulce, blanda,
Junto al pecho enamorado
No siente de flor ó banda,
Don del objeto adorado,
Que amor y entusiasmo manda.
Doña Sol. ¿Quién que no existe asegura
Ese corazon que os ame,
Ni esa prenda de ternura,
Ni ese mirar que derrame
En vos aliento y bravura?
Acaso entre las hermosas
Que luego justar os miren
Mil hallareis que suspiren,
Mil que penen silenciosas,
Y amantes por vos deliren.
Don Pedro. ¿Y qué me importa su amor?
Mi alma á todas las detesta,
Si, despreciando mi ardor,
Una sola con rigor
A mi fiel pasion contesta.
A una sola amar me es dado,
Y una que me adore quiero:
Responda á mi amor sincero,
Y entonces, afortunado,
Mas que me odie el mundo entero.
Doña Sol. ¡Cómo!... ¿Amais?
Don Pedro. Sin esperanza.
Doña Sol. ¡Sin esperanza! ¿Por qué?

Don Pedro. Porque el deseo llevé
Do mi fortuna no alcanza.
Doña Sol. ¿Os desprecia?
Don Pedro. No lo sé.
Doña Sol. ¿Vuestro amor acaso ignora?
Don Pedro. Sus fieros rigores temo.
Doña Sol. Sois cobardé con estremo.
Don Pedro. Es ley de quien bien adora.
Doña Sol. Amor, cual númen supremo,
Vence imposibles tal vez.
Don Pedro. ¡Ah! sí... Decid que piadosa,
Deponiendo la altivez,
No abrigará su alma hermosa
Ni rigores, ni esquivez:
Decid que oirá mis querellas
Con benigna compasion,
Y por dulce galardon,
Dejará á sus plantas bellas
Que ponga mi corazon:
Decidme ha de permitir
Que cuando la lid me llame
Su nombre adorado aclame,
Y ese nombre, al combatir,
De invencible ardor me inflame.
Doña Sol. Sí, sí, don Pedro, alentad,
Sed su noble caballero,
Por ella á la lid marchad,
Esgrimid el fuerte acero,
Y la victoria alcanzad.
Si á vuestros golpes zozobra
El poder de los infieles,
Y España su honor recobra,
Al mirar vuestros laureles
Dirá ufana: esa es mi obra;
Y cuando el carro triunfal
Mire desdé sus ventanas,
Premiando ese ardor marcial,
Hará su lecho nupcial
Con banderas musulmanas.
Don Pedro. ¿Qué escucho? ¡O dicha! ¡O placer!
¿Vos aprobais mi ternura?
¿No es un sueño? ¿No es locura?
¡Ah! me siento fallecer
De entusiasmo y de ventura.

Doña Sol. Calmad, don Pedro, ese ardor:
¿Qué vale el que yo lo apruebe?
Solo, tal vez por error,
He supuesto aquí el amor
Que otro pecho abrigar debe.

Don Pedro. ¡Otro pecho! Así, señora,
¿Desvaneceis mi ilusion?
Halagábais mi pasion,
¡Y cual con daga traidora
Desgarrais mi corazon!
¿No han dicho mis ojos ya
Quién amo, por quién deliro?
¿Mi voz, con hondo suspiro,
Publicándolo no está,
Y hasta el aire que respiro?
¿Pensais que do sin rival
Vuestra hermosura descuella,
Puedo hallar otra mas bella,
Ni en mi ceguedad fatal,
Querer, ansiar si no es ella?

Doña Sol. ¡Cómo!... ¿Qué decís?... ¿Soy yo?...

Don Pedro. Castigad mi atrevimiento
Si este amor os ofendió,

Doña Sol. ¡Ofenderme!... no... eso no.

Don Pedro. ¿Que no, respondeis? Ya aliento.
Colmad mi felicidad.

Doña Sol. Yo... ¿don Pedro?... ¿De qué modo?...
Mi padre viene... Tomad...
Esta banda os dice todo...
Id, y por mí pelead.

(*Se quita una banda que lleva al pecho y se la dá. Vase.*)

ESCENA V.

DON PEDRO, *luego* DON JUAN.

Don Pedro. ¡Esta banda!... ¡O gozo!... ¡Me ama!
¡Me ama!... No hay duda... No es sueño,
No es ilusion... Banda hermosa,
Ven, cubre mi amante pecho:
Tú le harás invulnerable
A los golpes del acero.

Don Juan. (*Ap.*) (Los dos estaban aquí...

¿Sí, mi hija es la que va huyendo...
Esa banda suya es...
Se amarán?... Disimulemos.)
De gozo miro brillar
Vuestro semblante, don Pedro;
Y el fuego que arde en los ojos
Revela el fuerte guerrero.

Don Pedro. Don Juan, digno de mi padre
En todo mostrarme anhelo;
É igualaré su valor
Cuando no sus altos hechos.

Don Juan. La justa os aguarda ya:
Marchad; que en lances como estos,
Quien de valiente blasona
Debe acudir el primero.

(*Váse don Pedro.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, *luego* ABEN-SAID.

Don Juan. Vé, gózate por ahora
En tus ilusiones, necio;
Halaguen tu pecho altivo
Esos soñados trofeos,
Mientras en tu padre, en tí,
Descargo el golpe tremendo.
Pero Aben-Said espera:
De introducirle ya es tiempo.

(*Abre una puerta secreta y sale Aben-Said.*)

Ven... Solo me encuentro ya;
Entra, Aben-Said, sin miedo.

Aben-Said. ¿Nadie nos escucha?

Don Juan. Nadie.

Aben-Said. ¿Y esas puertas?

Don Juan. Ya las cierro.

(*Cierra las dos puertas laterales.*)

Puedes hablar.

Aben-Said. ¿Y Guzman?

Don Juan. No abriga el menor recelo.

Aben-Said. ¿Qué ruido es ese que se oye?

Don Juan. Que á la justa acude el pueblo.
Aben-Said. ¿Y si á buscarte vinieren?
Don Juan. Por esa puerta al momento
Huirás.
Aben-Said. ¿No pueden abrirla?
Don Juan. Yo sé solo este secreto.
Aben-Said. Bien está...
Don Juan. ¿Nadie te ha visto?
Aben-Said. No.
Don Juan. Ese trage...
Aben-Said. Con él puedo
Por do quiera discurrir
En esta ciudad sin riesgo:
No há dos años que los moros
Eran de Tarifa dueños,
Y en ella hay mil que se adornan
Con el turbante agareno.
Don Juan. ¿Y bien, noble Aben-Said,
De Africa el monarca escelso,
El poderoso Jacob,
Conoce ya mis deseos?
Aben-Said. Los conoce.
Don Juan. ¿Y qué resuelve?
Aben-Said. Apoyando tus intentos,
Ya ejército numeroso
Ha traspasado el estrecho,
Y tal vez en este dia
A Tarifa ponga cerco.
Don Juan. Lo sabemos; y Guzman
Está al combate dispuesto.
Aben-Said. ¿Piensa acaso resistir?
Don Juan. Y rechazar el asedio.
Aben-Said. ¿No cuenta nuestros soldados?
Don Juan. Le ciega el atrevimiento.
Aben-Said. Inmenso es nuestro poder.
Don Juan. Él tiene valor y esfuerzo
Aben-Said. Tarifa sucumbirá.
Don Juan. Por la fuerza no lo creo.
Aben-Said. ¿Pues cómo?
Don Juan. La astucia; no hay
Para rendirla otro medio.
Aben-Said. ¿Estás dispuesto á emplearla?
Don Juan. A emplearla estoy dispuesto.
Aben-Said. Eso Jacob de ti espera.

Don Juan. ¿Mas cuál ha de ser el premio?
Aben-Said. Si le entregas esta plaza,
Si sus huestes conduciendo,
Hasta el Bétis caudaloso
Estiendes su vasto imperio,
Tuyos serán de Leon
Y de Castilla los reinos.
Don Juan. Acepto, y á mi palabra
Quiero siga el cumplimiento.
Entregada á mi cuidado
La puerta de tierra tengo:
Mañana cuando la noche
Estienda su obscuro velo,
Con sigilo la abriré;
Vosotros estad dispuestos;
Y al mirar lucir en ella
De débil luz los reflejos,
Acudid, que sin combate
El castillo será vuestro.
Aben-Said. ¿Eso, don Juan, nos prometes?
Don Juan. Esto, Aben-Said, prometo.
Aben-Said. Pues llevo tan feliz nueva
Al caudillo sarraceno.
A mañana. Alá te guarde.
Don Juan. Adios... Prudencia y secreto.

(*Váse Aben-Said por la puerta secreta.*)

Don Juan. (*Solo.*) Al fin, logrados veré
Mis ambiciosos deseos.
Mas vamos pronto á la justa
Antes que adviertan...

(*Abre la puerta y retrocede viendo llegar á Guzman.*)

¿Qué veo?
Guzman se dirige aquí.
¡Cuán alterado aquel pliego
Leyendo viene!... Me ha visto...
Qué miradas!... Esperemos.

ESCENA VII.

DON JUAN, GUZMAN.

Guzman. ¿Vos aquí, señor infante?
Don Juan. ¿A qué tanta admiracion?

Don Juan. Que á la justa acude el pueblo.
Aben-Said. ¿Y si á buscarte vinieren?
Don Juan. Por esa puerta al momento
Huirás.
Aben-Said. ¿No pueden abrirla?
Don Juan. Yo sé solo este secreto.
Aben-Said. Bien está...
Don Juan. ¿Nadie te ha visto?
Aben-Said. No.
Don Juan. Ese trage...
Aben-Said. Con él puedo
Por do quiera discurrir
En esta ciudad sin riesgo:
No há dos años que los moros
Eran de Tarifa dueños,
Y en ella hay mil que se adornan
Con el turbante agareno.
Don Juan. ¿Y bien, noble Aben-Said,
De Africa el monarca escelso,
El poderoso Jacob,
Conoce ya mis deseos?
Aben-Said. Los conoce.
Don Juan. ¿Y qué resuelve?
Aben-Said. Apoyando tus intentos,
Ya ejército numeroso
Ha traspasado el estrecho,
Y tal vez en este dia
A Tarifa ponga cerco.
Don Juan. Lo sabemos; y Guzman
Está al combate dispuesto.
Aben-Said. ¿Piensa acaso resistir?
Don Juan. Y rechazar el asedio.
Aben-Said. ¿No cuenta nuestros soldados?
Don Juan. Le ciega el atrevimiento.
Aben-Said. Inmenso es nuestro poder.
Don Juan. Él tiene valor y esfuerzo
Aben-Said. Tarifa sucumbirá.
Don Juan. Por la fuerza no lo creo.
Aben-Said. ¿Pues cómo?
Don Juan. La astucia; no hay
Para rendirla otro medio.
Aben-Said. ¿Estás dispuesto á emplearla?
Don Juan. A emplearla estoy dispuesto.
Aben-Said. Eso Jacob de tí espera.

Don Juan. ¿Mas cuál ha de ser el premio?
Aben-Said. Si le entregas esta plaza,
Si sus huestes conduciendo,
Hasta el Bétis caudaloso
Estiendes su vasto imperio,
Tuyos serán de Leon
Y de Castilla los reinos.
Don Juan. Acepto, y á mi palabra
Quiero siga el cumplimiento.
Entregada á mi cuidado
La puerta de tierra tengo:
Mañana cuando la noche
Estienda su obscuro velo,
Con sigilo la abriré;
Vosotros estad dispuestos;
Y al mirar lucir en ella
De débil luz los reflejos,
Acudid, que sin combate
El castillo será vuestro.
Aben-Said. ¿Eso, don Juan, nos prometes?
Don Juan. Esto, Aben-Said, prometo.
Aben-Said. Pues llevo tan feliz nueva
Al caudillo sarraceno.
A mañana. Alá te guarde.
Don Juan. Adios... Prudencia y secreto.

(*Váse Aben-Said por la puerta secreta.*)

Don Juan. (*Solo.*) Al fin, logrados veré
Mis ambiciosos deseos.
Mas vamos pronto á la justa
Antes que adviertan...

(*Abre la puerta y retrocede viendo llegar á Guzman.*)

¿Qué veo?
Guzman se dirige aquí.
¡Cuán alterado aquel pliego
Leyendo viene!... Me ha visto...
Qué miradas!... Esperemos.

ESCENA VII.

DON JUAN, GUZMAN.

Guzman. ¿Vos aquí, señor infante?
Don Juan. ¿A qué tanta admiracion?

Guzman. ¡Retirado y solo estais
Cuando todo en derredor,
De ver tan brillantes fiestas
Aprovecha la ocasion!
¿No quereis, señor, honrarlas?

Don Juan. El honrado fuera yo;
Mas no es de estrañar las deje,
Pues tambien las dejais vos,
Vos, Guzman, cuya presencia
Les diera tanto esplendor.

Guzman. La sangre de nuestros reyes
Ilustra vuestro blason,
Y mal puedo donde esteis
Obscureceros, señor.
Demas, que justos cuidados
Reclaman hoy mi atencion.
Y cuando me habla el deber
Tan solo escucho su voz.

Don Juan. ¿Temeis por dicha, Guzman,
El nuevo asedio?

Guzman. Eso no:
Que jamas ante el peligro
Desmaya mi corazon.
Todo en buena y noble lid
Lo espero de mi valor;
Mas do la espada no alcanza
Llega tal vez la traicion.

Don Juan. ¡La traicion!

Guzman. ¿Os asombrais?
Razon teneis, vive Dios;
Y yo me asombro tambien
Al mirar algun traidor.

Don Juan. ¿Acaso habeis descubierto?...

Guzman. No... nada... es suposicion.
Mas ya que solos estamos,
Pediros quiero un favor.

Don Juan. Hablad.

Guzman. Lo veis: aunque fuertes,
Pocos los soldados son
Que encierra esta débil plaza
Do en defensa de su Dios,
Mas que trofeos, esperan
De mártires el honor.
Que nosotros perezcamos

Tal es nuestra obligacion;
¡Mas vos, hermano del rey,
Su inmediato sucesor!...
No, jamas desdicha tanta
Consentir pudiera yo.

Don Juan. En verdad, buen don Alonso,
Pasmado oyéndoos estoy;
¿Y á qué ese estraño discurso
Se dirige en conclusion?

Guzman. ¿Necesitaré decirlo?
¿Tan poco entendido sois?

Don Juan. ¿Quereis salga de Tarifa?

Guzman. Eso espero.

Don Juan. Guzman, no.

Guzman. Es forzoso.

Don Juan. ¿Quién lo manda?

Guzman. De Tarifa alcalde soy.

Don Juan. Y yo infante.

Guzman. En otro sitio
Seré vuestro servidor;
Mas aquí reemplazo al rey:
¿Quién es mas, el rey ó vos?

Don Juan. Os comprendo, don Alonso:
No oculteis vuestra intencion.
De traidor antes el nombre
Vuestra lengua pronunció:
¿Soy ese traidor acaso?

Guzman. Vos lo sabreis si lo sois.

Don Juan. ¿Pensais?

Guzman. Lo que vos pensáreis,
Eso, don Juan, pienso yo.

Don Juan. Esplicaos.

Guzman. Es inútil:
Dispensadme ese rubor.

Don Juan. Vive el cielo, tal injuria...
Esplicaos, ó sino...

Guzman. ¿Lo quereis? — Ved esta carta.

Don Juan. ¿Y bien, qué?

Guzman. Noticias son
De Fez... Un secreto amigo,
Privado de Aben-Jacob,
Me avisa que cauteloso
Aquí nos vende un traidor.
¿Quereis ahora que os diga,

Aquí para entre los dos,
Quién es?

Don Juan. Alguna calumnia.

Guzman. Vos sois, don Juan.

Don Juan. ¿Yo?

Guzman. Sí, vos.

Don Juan. ¡Yo!

Guzman. Si no lo declarára
La carta, esa turbacion,
Ese rubor, esos ojos
Lo dijeran.

Don Juan. ¡O furor!
¿Y porque un moro lo diga?...

Guzman. No lo dice él solo, no.

Don Juan. ¿Quién mas?

Guzman. Colocad la mano,
Don Juan, en el corazon:
Recordad los hechos vuestros:
Ese es vuestro acusador.

Don Juan. ¿A un infante de Castilla
Así hablais con torpe voz?

Guzman. Por ser hermano del rey
Así os hablo, que sino
Ya estuviérais á estas horas
Colgado de aquel balcon.

Don Juan. ¡Que sufra tal insolencia!

Guzman. ¿Saldreis, en fin?

Don Juan. ¿Cuándo?

Guzman. Hoy.

Don Juan. ¿Y no temeis mi venganza?

Guzman. Cumpla con mi obligacion,
Y lo que fuere despues
Allá lo dispondrá Dios.

ESCENA VIII.

DICHOS, DON PEDRO.

(*Acudiendo apresurado.*)

Don Pedro. Padre, á las armas: se acerca
De la ansiada lid la hora.
Por el lejano horizonte

La hueste enemiga asoma :
Entre el polvo que levanta
Su marcha atrevida y pronta,
Con la luz del sol heridas
Brillan sus lucientes cotas,
Y en alas del viento llega
El ronco son de sus trompas.
Nuestros guerreros llevando
En sus ojos la victoria,
Cual si fuesen á un festin
El alto muro coronan;
Y allí con gritos de guerra
Al odiado infiel provocan,
Blandiendo con fuerte mano
Las espadas cortadoras.
Venid, que para vencer
Vuestra vista aguardan sola.

Guzman. Bien, me agrada ese ardimiento :
Nunca yo esperé otra cosa :
Cada dia de batalla
Un dia será de gloria.

(*Se oye á lo lejos un rumor que se va acercando por grados.*)

¿Mas qué rumor?...

Don Pedro. Son las voces
Que el entusiasmo denotan
Con que corren ardorosos...

Guzman. No... la causa ha de ser otra...
Silencio... ¿Ois?... Muera, dicen.

Don Juan. ¡Muera!

Guzman. Sí

(*Abre un balcon y miran.*)

Mirad... furiosa,
La plebe aquí se encamina...
Arrastra á un hombre... sus rotas
Vestiduras manifiestan
Que es un moro.

Don Juan. Un moro.

Guzman. ¿Y osan?...

Don Juan. (*Ap.*) (¿Será acaso Aben-Said?)

Guzman. ¡Oh! ¡cuál su faz se trastorna!

(*Ap. observando á don Juan.*)

¡Qué sospecha! — Pronto... vamos...
Sepamos quién ocasiona...

ESCENA IX.

DICHOS, DOÑA SOL.

Doña Sol. Ah! padre, os encuentro al fin.
Huid, huid sin demora;
Que el alborotado pueblo
Vuestra vida, en su ira loca,
Viene pidiendo.
Don Juan. ¡Mi vida!
Don Pedro. ¡Cielos!
Guzman. ¿Qué decís?
Don Juan. Me ahoga
La rabia.
Doña Sol. Que muera dicen
Con furor mil y mil bocas.
Salvadle... ¡cielos!... Ya suben...
¡Ay! una hija os implora...
Defendedle.
Don Pedro. Os lo prometo.
Guzman. Nada temais, Sol hermosa.
¿Quién podrá donde yo mando
Atreverse á su persona?

ESCENA X.

DICHOS, NUÑO, SOLDADOS, PUEBLO.

Nuño. Aquí está... miradle... á él.
Pueblo. Muera el traidor!

(*Desnudando la espada y colocándose delante de don Juan.*)

Don Pedro. Si alguien osa...
Guzman. Tened.
Nuño. Dejad que llevemos
Ese infame á la picota...
Guzman. ¡Nuño!
Nuño. Señor...
Guzman. ¿Y te atreves?...
Nuño. Es que... se ven tales cosas...
Señor, os lo tengo dicho:
Aquí se arman mil tramoyas;
Y ese traidor...

Guzman. ¡El infante!
Nuño. El infante... ¿Qué me importa?
Aun al lucero del alba,
Sin andarme en mas retóricas,
Si le hallo en un mal fregado,
Le colgaré de una horca.
Guzman. ¿Pero qué?...
Nuño. Que yendo al muro
Topé de manos á boca
Con cierto moro de Fez
Aun mas traidor que Mahoma.
Quiere escapar... le detengo...
Viene gente... le interrogan...
Se turba... declara al fin...
Lo que yo decia, ¡toma!
Que para entregar la plaza
Ese traidor que deshonra
Su sangre, ese nuevo Dolfos,
Aun mas vil que el de Zamora,
Se ha vendido al marroquí.
Don Juan. Miente.
Nuño. No: que muchas otras
Habeis hecho.
Guzman. Nuño, basta:
Reportaos. ¿No os sonroja
Así sospechar de un noble
Á quien sangre real abona?
¿Por solo el dicho de un moro,
Creereis que tan fea nota
Eche en su fama un guerrero
Que hermano del rey se nombra?
No, no: sabed que don Juan
Marcha de Tarifa ahora
Á pedir al rey don Sancho
Que sin tardar nos socorra.
Conociendo él mismo há poco
Cuánto este socorro importa,
Ir se ofrecia á Sevilla
Con riesgo de su persona.
¿No es verdad, don Juan?
Don Juan. Mas yo...

(Bajo y con energía á don Juan.)

Guzman. Si vivir os acomoda,

Decid, infante, que sí;
Pues de otra suerte os ahorcan.

Don Juan. Así es... Compartir queria
Con vos la muerte ó la gloria;
Mas imperioso deber
Hoy me aleja de esta costa,
Y solo porque así os sirvo
Mi alma con él se conforma.
Marcho hora mismo.

Doña Sol. (*Ap.*) Dios mio,
Lejos de él!

Don Pedro. (*Ap.*) ¡Ah, me la roban!

Nuño. (*Ap.*) Con todo, mejor sería
Meterle en una mazmorra.

(*A doña Sol.*)

Don Juan. Ven, hija.

Don Pedro. (*Bajo.*) ¿Sol, me dejais?

Doña Sol. Es separacion forzosa.

Don Juan. Quedad con Dios.

Guzman. Él, don Juan,
Os guarde.

Nuño. (*Ap.*) Bajo una losa.

ESCENA XI.

GUZMAN, DON PEDRO, NUÑO, SOLDADOS, PUEBLO.

(*Oyénse á lo lejos clarines que tocan al arma.*)

Guzman. ¿Oís, soldados? La sonora trompa
Ya nos llama á la lid: corramos luego,
Y alarde haciendo de guerrera pompa,
Al brazo no hay que dar paz ni sosiego:
Pechos infieles nuestra espada rompa,
Sus tiendas de oro y seda trague el fuego,
Y véannos trocar la mar cercana
En otra mar de sangre musulmana.
No os asusten los fieros escuadrones
Que en torno al muro su furor ostentan,
Que al número no atienden los leones
Cuando en débil rebaño se ensangrientan:
Siempre los esforzados corazones

Sus contrarios combaten, no los cuentan :
Seguidme, y descargando golpes ciertos,
Los contareis mejor despues de muertos.
¿ Españoles no sois? pues sois valientes;
A fuer de castellanos sois leales :
Ni al peligro jamas volveis las frentes,
Ni os pueden abatir hados fatales :
Antes que aquí rendidos, hoy las gentes
Verán vuestros honrosos funerales,
Renovando con ínclita constancia
Las glorias de Sagunto y de Numancia.
Sí, castellanos : si el rigor del cielo
Negase á nuestras armas la victoria,
En el trance fatal, para consuelo,
Nos queda siempre de morir la gloria.
Guarde este ardiente ensangrentado suelo
De Tarifa tan solo la memoria,
Y conquiste el Alárabe entre asombros
Montones de cadáveres y escombros.
Pero no, no será : ya vuestros ojos
En sacrosanta llama ardiendo veo,
Y alzar vuestras espadas con despojos
En estos muros inmortal trofeo :
Dejándolos do quier con sangre rojos,
El moro llore este fatal bloqueo;
Y estrechado entre el mar y nuestras lanzas,
Completen hierro y mar nuestras venganzas.
Venid, que desde el alto firmamento,
El Dios por quien lidiamos ya nos mira,
Y dando á nuestras almas ardimiento,
Lanza al infiel los rayos de su ira.
Nuestras hazañas, desde el régio asiento,
Con nobles premios, el monarca admira.
¡ Feliz quien por los dos su sangre vierte!
¡ A morir ó vencer!

Todos. ¡ Victoria ó muerte!

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el primer acto.

ESCENA PRIMERA.

GUZMAN, DOÑA MARÍA.

Doña María. ¡ No vuelve, ay cielos!. no vuelve.

¡Madre infelice!

Guzman. Calmaos:
Mostrad, por Dios, fortaleza,
Y reprimid ese llanto.

Doña María. ¡Reprimir el llanto! ¡Yo!
¡Una madre! Al hijo amado
Pierdo, y quereis... ¡Ah! vosotros,
Hombres de hierro, gozaos
En la sangre; ved morir
Sin duelo á hijos, hermanos;
Pero al menos á las madres
Dejadnos llorar, dejadnos.

Guzman. A par de vos tambien siento
Mi corazon destrozado,
Y no es menos mi dolor
Porque lo sufro y lo callo.
Pero ¿somos por ventura
Los únicos que en el campo,
Combatiendo por la patria
Perdieron los hijos caros?
Mil hay, sí, que cual nosotros
Sienten los golpes infaustos
De la guerra, mil que lloran,
Y lo ocultan sin embargo.
¿Quereis que en lágrimas viles
Muestre los ojos bañados,
Y en Tarifa de flaqueza
El infame ejemplo dando,
Con lamentos importunos
¿Siembre do quiera el desmayo?
¿Quereis que al mirarme caigan
Las espadas de las manos,
Y tantos fuertes guerreros
Convierta en viles esclavos?
No, señora, no.

Doña María. ¡Qué bien
Que discurre un inhumano!
¡Qué bien se encuentran pretestos
Cuando un corazon de mármol
Disculpa lo que no siento
Con esos deberes vanos!
Mas soy madre: mi dolor
Es legítimo, sagrado:
Dad vos el hijo al olvido,

Mi obligacion es llorarlo.

Guzman. Llorad, pues; mas ocultad
El lloro en este palacio.
Yo tambien, luego que tienda
La noche el oscuro manto,
A solas aquí con vos
Daré á mis lágrimas vado:
Sin que nadie aquí lo sienta
En vuestro seno llorando,
Vereis que tambien es padre
Este rústico soldado.
¿Pero qué digo? Tal vez
Sin razon nos alarmamos.
Novel guerrero, don Pedro
Por su audacia arrebatado,
Dió rienda al bridon fogoso
Persiguiendo al africano:
Pronto volverá, sin duda,
Ceñido de noble lauro,
En puro y sublime gozo
Esas lágrimas trocando.
Ya Nuño salió en su busca:
Demos treguas al quebranto;
Que sin tener nuevas de él
No volverá el buen anciano.
¿Mas qué miro?... Él es... ¡Ay!... ¡Solo!
Dadme valor, cielo santo.

ESCENA II.

DICHOS, NUÑO, SOLDADOS.

Guzman. ¿Y bien, Nuño?

Doña Maria. ¿Y mi hijo?... Hablad...
¡Mi hijo!... ¿Qué es de él?

Nuño. ¡Voto al diablo!
No lo sé.

Guzman. ¿No lo sabeis?

Doña María. ¡Murió... murió... desdichado!

Nuño. Tanto como eso no creo;
Pero...

Guzman. Acabad.

Nuño. Todo el campo
He recorrido... Busqué

Su cadáver... ¡ qué !... ni rastro.
Nada : ni vivo, ni muerto,
Se le halla por ningun lado.

Doña María. ¡ Dios mio !

Guzman. ¿ Pues dónde?...

Nuño. ¿ Dónde ?
Vive Dios, mucho me engaño,
O está...

Guzman. Decid.

Nuño. Prisionero.

Guzman. ¡ Prisionero !

Nuño. Sí.

Doña María. Pues vamos,
Vamos al campo enemigo,
Pronto, pronto, á rescatarlo.
Mis tesoros, mis preseas,
Cuanto tengo, al africano,
Si al hijo mio me vuelve,
Prometo dar... No perdamos
Tiempo, venid.

Nuño. ¡ Qué ocurrencia !
¿Por ventura es necesario ?...

Guzman. Sí, Nuño, sí... Marchad vos,
Os doy este dulce encargo.
Id, y ofreced cuanto pida
Al caudillo mahometano.

Nuño. ¡ Ir yo con esa embajada !
¿A la postre de mis años,
Rescatar con el dinero
Lo que puedo á cintarazos?
No, señor : ¡ bueno sería,
Teniendo acero en las manos !
Dejadme á mí... yo sabré...

Guzman. ¿ Qué intentais ?

Nuño. ¡ Toma ! está claro :
Si al chico nos quitó el moro,
De sus garras arrancarlo.
¡ Pues cabalmente me pinto
Yo solo para estos casos !
Voy esta noche á sus tiendas,
Entro en ellas por asalto,
Pego á diestro y á siniestro,
A este hiero, á este otro mato,
Y queda antes que amanezca

El negocio despachado.

Guzman. O mas bien perecereis.

Nuño. Que perezca : ¡vaya un daño!
Mejor : así como así
Me estará bien empleado.
Porque yo tengo la culpa :
Yo le levanté de cascos,
Diciéndole : « Vamos, hijo,
A ellos, ya llegó el caso :
Aquí se ha de ver á un hombre.
¡Castilla y viva Santiago! »
Y él, que no lo necesita,
Echó á correr como un rayo.
Eso sí, voto va briós,
¡Qué valiente, qué bizarro!
Como que atras me quedé,
Y ya no le ví... ¡Y dejarlo
He podido en la estacada!
¡Y sin él vivo he tornado!
No tengo honor ni vergüenza
Si hoy libre aquí no os le traigo.
Voy... ¿Mas qué veo?... ¿No es él?

Guzman. ¿Quién?

Doña María. ¡Mi hijo!

Guzman. Sí... apresurado
Corre hácia aquí.

Doña María. Sí... sí... él es.

Guzman. Gracias, cielos soberanos.

ESCENA III.

DICHOS, DON PEDRO, SOLDADOS.

Doña María. ¡Hijo!

Don Pedro. ¡Madre!

Guzman. ¡Amado Pedro!

Don Pedro. ¡Padre querido!

Nuño. Un abrazo.

Don Pedro. ¡Nuño!

Doña María. ¡Al fin, te vuelvo á ver!
¡Ah! por qué has tardado tanto?
¿Estás herido?

Don Pedro. No, madre.

Doña María. Ven otra vez á mis brazos.
No le hemos perdido, no.
Vedle... aquí está... ya le hallamos.
¿Lo ves, Nuño?
Nuño. Sí, ya veo
Que buen susto nos ha dado.
Doña María. ¡Hacernos así penar!
¿Dónde te hallabas, ingrato?
¿No pensabas en tu madre?
Don Pedro. ¡Ay! harto pensaba.
Nuño. ¡Bravo!
Don Pedro, por la primera,
Como un Cid habeis lidiado.
Guzman. Mas de lo que es menester;
Pues buen guerrero no llamo
Al que en la lid no reune
Lo prudente á lo esforzado.
Nuño. ¿Y quién diablos, si es valiente,
Se contiene peleando?
Guzman. Otra vez en la batalla
Vendreis, don Pedro, á mi lado.
Mas hora habreis menester
Entregaros al descanso.
Venid.
Don Pedro. No puedo.
Doña María. ¿No puedes?
Don Pedro. Hoy mismo, señor, me marcho.
Doña María. ¿Te marchas?
Guzman. ¿Dónde?
Don Pedro. Señor...
No me atrevo á pronunciarlo.
Guzman. ¿Pues qué sucede?
Doña María. Dí pronto.
Don Pedro. Si os he vuelto á ver, si os hablo,
Lo debo, señor, tan solo
A la piedad del contrario.
Guzman. ¡A su piedad!
Doña María. ¿Cómo?
Don Pedro. En mí
Ved á un miserable esclavo.
Guzman. ¿Pues qué, acaso prisionero?...
Don Pedro. Sí.
Doña María. ¡Dios mio!
Guzman. ¡Desgraciado!

Nuño. ¿No lo dije?
Don Pedro. En la refriega
Cayó muerto mi caballo.
Entonces de la morisma
Por todas partes cercado,
Contra tantos enemigos
Procuro lidiar en vano.
Rota en mil trozos la adarga,
Y rodando en tierra el casco,
Sobre mi frente desnuda
Vi cien alfanges alzados.
Un moro me reconoce,
Y grita al punto : « Apartaos,
Respetad á este guerrero,
Pues le defiendo y le guardo. »
Era Aben-Comat, á quien
En dias menos aciagos
Con vos, despues de vencido,
Unió de amistad el lazo.
Mas llega el caudillo moro :
« Eres mi esclavo, cristiano, »
Dice, y al punto me cercan,
Y mírome desarmado.
Sabiendo quién soy, pretende
Hora entrar con vos en tratos
Sobre mi rescate, y tiene
Aben-Comat este encargo.
Al pie del muro se encuentra
Vuestro seguro esperando.
Guzman. ¡Aben-Comat! venga luego.
Id... traedle... ya le aguardo.

(*Váse un soldado.*)

Don Pedro. A su sincera amistad
Debo el placer de abrazaros,
Pues que aquí le acompañára
Del jefe Amir ha alcanzado,
Mi palabra de volver
Cuando él regrese empeñando.
Doña María. ¡O Dios! ¿y nos dejarás?
Don Pedro. Lo manda el honor sagrado.
Doña María. ¡Ah! nunca consentiré...
Guzman. Cese ya tu sobresalto,

María, nada receles,
Pues hoy será rescatado.
Si el oro apetece Amir,
Le daré tesoros tantos,
Que pueda igualar con ellos
La pompa de un soberano.

Don Pedro. Amir en el campo moro
Menos, señor, manda acaso,
Que un traidor, baldon de España,
Que está su estirpe infamando.

Guzman. ¿Quién es?

Don Pedro. ¡Don Juan!

Guzman. ¡El infante!

Don Pedro. De aquí viéndose arrojado,
Ha ofrecido al musulman
El apoyo de su brazo.

Nuño. ¿No lo dije?... Si su cara
De Judas es el retrato.
¡Qué poco nos vendería
Si le hubiéramos ahorcado!

Guzman. Suya la infamia será;
Yo cumplí cual buen vasallo.

Don Pedro. A par del caudillo Amir,
Por los moros acatado
Alzar le ví mas que nunca
La frente, orgulloso y vano.
Brilló al mirarme cautivo
Feroz sonrisa en sus labios,
Y retrataban los ojos
Su corazon inhumano.

Doña María. ¡Ah! Me estremece.

Guzman. Se acerca
Aben-Comat: sosegaos.

ESCENA IV.

DICHOS, ABEN-COMAT.

Aben-Comat. Salud, noble Guzman.

Guzman. Dame los brazos,
Generoso Comat.

Aben-Comat. Dios solo es grande:
Él te proteja, Castellano insigne.

Guzman. ¡Cuán dulce á mi amistad es estrecharte
Sobre este corazon! Tú solo, amigo,
La memoria de Fez grata me haces :
De los lazos qué allí con vil perfidia
Me tendiera un traidor, tú me libraste;
Y hoy deteniendo los mortales golpes,
La prenda de su amor vuelves á un padre.
Gratitud para siempre.
Aben-Comat. Amistad santa
Nuestras almas, Guzman, por siempre enlace.
Doña María. Permite, Aben-Comat, que agradecida
Bese tus plantas una triste madre.
Aben-Comat. ¿Qué haceis?... ¡Ah! levantad... Eso, señora,
Mas bien que agradecer, es humillarme.
Nuño. ¡Bien!
Aben-Comat. ¡Pero, Nuño aquí!... ¿Valiente anciano,
No te acuerdas de mí?
Nuño. Moro del diantre,
Mas de lo que quisiera.
Aben-Comat. ¿Siempre guardas
Á los mios rencor?
Nuño. ¡Sí, voto á sanes!
Solamente á tí no.
Aben-Comat. La mano.
Nuño. Toma.
(*Ap.*) Lástima que este Moro no se salve.
Guzman. Y bien, Aben-Comat, di tu embajada.
Si á proponerme vienes el rescate
Del hijo que idolatro, hablar ya puedes.
Estados tengo que señor me llamen,
Ricos tesoros en mis arcas guardo
Que á comprar todo un reino son bastantes :
Si Amir los apetece, suyos sean;
Pues mientras este acero no me falte,
Y existan en España pueblos moros,
Riquezas, vive Dios, non han de faltarme.
Aben-Comat. No exige tanto Amir : antes desea
Que esos estados y tesoros guardes.
Al hijo te dará, y á par, si quieres,
Con él nuevos estados y caudales,
Que en Africa encumbrando tu fortuna,
Á los mas altos príncipes te igualen.
Una cosa no mas pide.
Guzman. ¿Cuál? Dila.

Aben-Comat. Qué el fuerte de Tarifa has de entregarle.
Guzman. ¡Yo entregar á Tarifa!
Doña María. ¡O Dios!
Nuño. ¡Infamia!
Don Pedro. ¿Eso á Guzman propones, miserable?
Guzman. Dale gracias, Comat, al ser mi amigo,
Y á que el seguro que te dí te ampare;
Pues nadie osára hacerme tal propuesta,
Sin que la torpe lengua le arrancase.
Aben-Comat. Modera ese furor, Guzman, y advierte...
Guzman. Solo advierto que quieres infamarme.
¡Tú proponerme á mí!... ¿No me conoces?
¿Qué hicieras tú, si en mi lugar te hallases?
Aben-Comat. ¿Yo?... Dejemos inútiles preguntas.
Puedo acaso saber?...
Guzman. Harto lo sabes;
Y que, cual yo rehuso, rehusáras,
Diciendo está el rubor de tu semblante.
Aben-Comat. Solo de quien me envía los mandatos
Fiel debo aquí cumplir, y sin exámen.
Guzman. Pues lleva á quien te envía, por respuesta,
Que, cual cumple á mi gloria y á mi sangre,
Para entrar en Tarifa ha de servirle
De sangriento camino mi cadáver;
Y que sus condiciones yo desprecio,
Como tambien desprecio á quien las hace.
Aben-Comat. Piénsalo bien, Guzman: tuya es Tarifa;
Tú solo con valor la conquistaste;
Hora con tus tesoros la sostienes,
La defienden tus deudos y parciales:
Nada á tu rey le debes.
Guzman. Ten la lengua;
Que no discurren tanto los leales.
A Tarifa guardar juré en su nombre,
Y nunca hombres cual yo juran en balde.
Aben-Comat. ¡Ah! duélate el destino que le espera
En Africa á tu hijo. ¿Que allí arrastre
La vil cadena dejarás que á un tiempo
Sus fuerzas mengüe y su deshonra labre?
Mientras en la abundancia aquí te goces,
¿Que sufra dejarás la sed, el hambre,
Y lejos de su patria acaso encuentre
Temprana sepultura entre arenales?
Guzman. Moro, como quien es, al hijo mio

En Africa yo espero se le trate.

Don Pedro. ¿Y qué importa, señor? Dejad qué apuren
Esas fieras en mí sus crueldades.
¿Trátase del honor, de patria y gloria,
Y en mi triste existir puede pensarse?
¿Un inútil guerrero que sin fuerzas
Rendir se deja en el primer combate,
Con la suerte de un reino osára acaso
Ponerse en parangon un solo instante?
No, no, jamás... Señor, á vuestro hijo
Ya no mireis en mí... Soy un infame,
Un vil esclavo soy... Mi cobardía
Con la cadena vil justo es que pague;
Y en tamaño baldon, no pertenezco
Á la sangre inmortal de los Guzmanes.

Doña María. ¿Qué dices, hijo? ¡O Dios! ¿Quieres que muera
Esta madre infeliz?

Don Pedro. Madre, dejadme:
No se quieren aquí lágrimas viles,
Se necesítan pechos indomables.
¿Tarifa ha menester mi sacrificio?
Mi sacrificio, pues, no se retarde.

Doña María. ¡Ah!

Guzman. Bien, hijo, muy bien... Ven á mis brazos:
Eres digno de mí, eres mi sangre.
Lo ves, Aben-Comat; puedes la infamia
Á otra parte llevar, que aquí no cabe.

Aben-Comat. Ilusos, delirais. ¿Pensais acaso
Que ni aun así Tarifa ha de salvarse?
¡Perdeis por ella libertad y vida!
¿Para qué, si es su ruina inevitable?
Mirad esas legiones que la asedian:
Pequeña muestra son de las falanges
Que pueden, cual torrente irresistible,
Sobre España lanzar los Almohades.
Ya se congregan en inmensas huestes
Los hijos del desierto: ya el alfange
Desnudan vengador cuantos respiran
Desde el fecundo Nilo hasta el Atlante;
Y tantos son, que con las flechas pueden
Obscurecer el dia sus enjambres.
¿Contra tanto poder, Tarifa acaso
Espera resistir? Espera en balde.
Caerá, logrando solo entre sus ruinas

Sus necios defensores sepultarse.
Guzman. Mas caerá con honor; pero cayendo,
Nuestra fama y virtud serán mas grandes.
No es la gloria tan solo del que vence,
Éslo tambien del que lidió constante;
Y tal vez sobre ruinas, mas lozanas
Suelen crecer las palmas inmortales.
También cayó Numancia : en sus escombros
Las alas tendió el águila triunfante;
Mas solo allí vergüenza alcanzó Roma,
Y Numancia es honor de las edades.
¿Piensas que nuestros pechos amedrentas
De ese inmenso poder haciendo alarde?
Moro, te engañas; Españoles somos,
Que do mas riesgos hay, menos se abaten :
Su muerte cierta ven, y no desmayan,
Pueden vencidos ser, mas no cobardes;
Y siempre superiores al destino,
Láuros, donde otros mengua, encontrar saben.
Aben-Comat. ¿Luego hoy tus esperanzas llegan solo
Á perecer con gloria en el combate?
Guzman. No, que aspiro á vencer. Dios, por quien lidio,
Me prestará la fuerza que me falte;
Y dispuesto á morir, la palma aguardo.
De tus inmensas huestes no te jactes.
¿Ves los pocos guerreros que me cercan?
Del triunfo en la esperanza todos arden;
Y ser un héroe cada cual creyendo,
De los tuyos por mil piensa que vale.
Aben-Comat. Guzman, te admiro, aunque á la par me duele
Tu ceguedad funesta.
Guzman. No te canses;
Que esto exige mi honor, y esto resuelvo.
Vuélvete, Aben-Comat, á tus reales,
Y lleva á tu caudillo mi respuesta.
Nuño, le seguirás; y del rescate
Tratarás con Amir : cuantos tesoros
Hoy tengo en mi poder, ofrezco darle;
Pero si mis ofertas despreciando,
Á devolverme el hijo se negase,
Si cual esclavo al Africa le lleva,
Del Africa yo mismo iré á sacarle.

(*Váse.*)

ESCENA V.

DONA MARÍA, DON PEDRO, ABEN-COMAT, NUÑO.

Aben-Comat. Oidme, doña María :
Si al hijo, prenda del alma,
Ansiais conservar, venced
Esa bárbara constancia.
Ved que peligra su vida.
Doña María. ¡O Dios!
Don Pedro. ¿Qué decis?
Nuño. ¿Osarán?...
Aben-Comat. Mi intento ocultaros era
El riesgo que le amenaza;
Mas ya es preciso sepais...
Doña María. Hablad : no me oculteis nada.
Aben-Comat. Don Juan en el campo moro
Cual dueño absoluto manda;
Y aun Amir, obedeciendo
Las leyes de su monarca,
Sus consejos, sin osar
Contradecirlos, acata.
Si al real vuelve don Pedro
Sin que Tarifa nos abra
Sus puertas, lo temo todo
De su implacable venganza :
En mi presencia ha jurado
Sacrificarlo á su rabia.
Doña María. ¡Ah! lo hará... sí... le conozco :
Ninguna maldad le espanta.
Aben-Comat. Puesto que Guzman desoye
Mis amistosas palabras,
Probemos si vuestro llanto,
Si vuestros ruegos le ablandan.
Aprovechad los instantes
Que aun de estar aquí me faltan :
Ved que si llego á marchar,
Si don Pedro me acompaña,
Por mas que estorbarlo quiera
Mi amistad acrisolada,
Segará tal vez hoy mismo
Un cuchillo su garganta.

(*Váse.*)

ESCENA VI.

DONA MARÍA, DON PEDRO, NUÑO.

Doña María. ¿Qué dice?... ¡O cielos!... ¡Morir
El hijo de mis entrañas!
¡Y yo lo consentiría!
¡Y yo marchar le dejára!
No, no será, si primero
De mis brazos no le arrancan.
Don Pedro. Calmaos, madre.
Nuño. Señora...
Doña María. Vamos, vamos sin tardanza,
No perdamos tiempo... Vea
Tu padre mi pena amarga...
Y tú tambien, Nuño, ven:
Vamos los dos á sus plantas.
No desoirá nuestros ruegos;
Y si estos ruegos no bastan,
Cuantas madres en Tarifa
Presencian hoy mi desgracia,
Á nosotros se unirán
En triste llanto bañadas.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

NUÑO, ABEN-COMAT.

Aben-Comat. ¿Entro, por fin, doña Sol?
Nuño. Mi palabra te cumplí:
Con sigilo, cual deseas,
La acabo de introducir;
Y en una secreta estancia
Está no lejos de aquí.
Aben-Comat. Bien... ¿Nada sabrá Guzman?
Nuño. Nada. ¿Mas dirás al fin
Qué estraña venida es esta?
¿Qué es lo que quiere decir

Este misterio?

Aben-Comat. Tal vez
Se salve don Pedro así.
Prendado se halla hace tiempo
De ese bello serafin;
Y puesto que en mi mensage
Tan poco dichoso fuí,
Amor con dos bellos ojos
Será acaso mas feliz.

Nuño. ¿Pero lo sabe don Juan?

Aben-Comat. Él lo quiere.

Nuño. ¡Malandrin!
Alguna nueva tramoya:
Me pesa ya consentir...

Aben-Comat. En que se hablen dos amantes
No hay peligro.

Nuño. A veces sí;
Y en cuanto don Juan dispone
Hay oculto algun ardid.

Aben-Comat. Bien... si temes...

Nuño. Ya ha venido;
Y es tan buena, tan gentil...
Trabajo cuesta el creerla
Hija de padre tan ruin:
No cabe en su corazon
Ningun pensamiento vil;
Ni en don Pedro mucho menos...
Conque pecho al agua, y...

Aben-Comat. Esta secreta entrevista
Debe, Nuño, decidir
Si habrá de volver don Pedro
Al campo del Marroquí,
O bien quedarse ya libre
En Tarifa; y pues salir
Me es fuerza antes que se oculte
El sol, corre, y que por tí
No se pierda tiempo.

Nuño. ¿Al cabo
Te marchas?

Aben-Comat. Me anuncia Amir
Que al nuevo dia embarcarme
Me manda Jacob.

Nuño. Pues di:
¿No podrias retardar?...

Aben-Comat. Con ser tan fuerte adalid,
Si en obedecer tardase,
Cayera, triste de mí,
Pronto al suelo mi cabeza.

Nuño. Par diez, que hila muy sutil
Vuestro califa : á nosotros
No nos manda el rey así :
De nobles fueros gozamos;
Y alta siempre la cerviz,
No dejamos que nos quiten
La cabeza así en un tris.

Aben-Comat. Esto nuestra ley ordena.

Nuño. Sea en buen hora; que al fin
En algo se debe un moro
De un cristiano distinguir.
Mas voy luego por la infanta.

Aben-Comat. Traerla puedes aquí;
Y cuida de que tambien
Don Pedro pueda venir. (*Váse.*)

ESCENA II.

ABEN-COMAT.

Con una infernal astucia
Don Juan calculó sus planes.
De una madre los lamentos,
Los halagos de una amante,
Mas que el temor de la muerte
Serán hoy sus auxiliares;
Pero él de los otros juzga
Por su corazon infame,
Y estos pechos á la voz
Del honor tan solo laten.
Con repugnancia obedezco;
Mas si don Pedro aceptase,
Serviré á un tiempo al califa
Y lograré que él se salve.

ESCENA III.

ABEN-COMAT, DOÑA SOL.

Aben-Comat. Venid, venid, Sol hermosa...
¿Mas por qué en vuestro semblante

De inoportuno dolor
Miro impresas las señales?
¡Vais á ver al noble objeto
De un amor puro, constante,
Y miro esos tristes ojos
En lágrimas anegarse!
Jóven, gallardo, valiente,
En merecimientos grande,
Digno es don Pedro de vos,
Y sola vos podeis darle
El galardon que merecen
Su virtud, sus altas partes.
¿Por qué, pues?...

Doña Sol. Sí, lo confieso
Sus prendas, nobles, brillantes,
Con encanto irresistible
Consiguieron cautivarme.
Siendo suya, mi ventura
Envidiarian los ángeles;
Mas no puede á tanta costa
Esa ventura aceptarse.

Aben-Comat. Sé que un triste sacrificio
Exige de él vuestro padre;
¿Mas quién para poseer
Tal tesoro?...

Doña Sol. ¡Medio infame!
Tan vil traicion no consiente
La hidalguía de su sangre;
Y si capaz fuese de ello
Yo dejaría de amarle.

Aben-Comat. Considerad...

Doña Sol. ¿Y han creido
Que él á Tarifa entregase?
¿Premio me hacen de quien venda
Á su patria, vil, cobarde?
¿Y he de ser yo quien proponga?...
Ah! fuera un horrible enlace
Comprada á tal precio... nunca...
Consentir en él no es dable.

Aben-Comat. Mas si peligra su vida...

Doña Sol. Aun estremecer me hacen
Estas horribles palabras:
« O de esa ciudad me abre
La puerta, y suya es tu mano,

O su cabeza un alfange
Divide luego... » Esto dijo
Con voz terrible mi padre...
Y me estremecí... A sus plantas
Me arrojé... Con abundante
Llanto las regué... mis súplicas,
Mi lloro, todo fué en balde.
Ah! sin tan fiera amenaza,
Cielo santo, bien lo sabes,
No viniera á ser aquí
Mensagera de maldades.

Aben-Comat. Calmaos... Oid tan solo
Esa pasion que en vos arde.
Don Pedro viene... Mirad
Que es tiempo aun de salvarle,
Y á decretar vais ahora
O su muerte ó su rescate. (*Váse.*)

Doña Sol. ¿Qué haré? ¿Qué diré? Dios mio,
Mi espíritu vacilante
Sostened... dadme valor,
O de este abismo sacadme.

ESCENA IV.

DOÑA SOL, DON PEDRO.

Don Pedro. ¿Sol, lucero de mis ojos,
Es verdad que torno á veros?
¿Cesando yà mis enojos,
Me es permitido ofreceros
El corazon por despojos?
A esas plantas permitid...

Doña Sol. ¡Ah! de mí, don Pedro, huid.

Don Pedro. ¡Huir cuando al colmo llega
Mi dicha!... No, recibid...

Doña Sol. Un funesto error os ciega.
Huidme, sí.

Don Pedro. ¿Qué terror
Altera vuestro semblante?

Doña Sol. Hoy mi padre en su furor...

Don Pedro. ¿Sabe ya mi amor constante?

Doña Sol. Es vuestra muerte ese amor.

Don Pedro. Entiendo : injusto, insensible,

Le ofende mi pura llama.
Doña Sol. ¡Pluguiese á Dios!... Preferible
Fuera su enojo inflexible.
Don Pedro. ¿Eso decís á quien ama?
Doña Sol. Esto quien os ama os dice.
Don Pedro. ¿Cómo? Cuando nuestro amor
Un padre no contradice...
Doña Sol. Antes aprueba este ardor.
Don Pedro. ¿Y osais llamarme infelice?
Doña Sol. ¿Quereis mas? El inhumano,
Con despiadada ironía,
Consiente en daros mi mano.
Don Pedro. ¿Qué escucho? ¡Al fin sereis mia!
Doña Sol. ¡Ah! no mostreis tan ufano.
Sí, vuestra ya puedo ser;
¿Pero sabeis á qué precio
Me teneis que poseer?
Don Pedro. Todo lo prometo hacer
Por un bien que tanto aprecio.
Decidme dónde en España,
Fuera de ella, hay una hazaña
Que emprender por vos yo pueda:
Si el corazon no me engaña,
Nada hay que á mi ardor no ceda.
Doña Sol. Hora camino el honor
Para obtenerme no es.
Don Pedro. ¿Cuál?
Doña Sol. Otro lleno de horror.
Don Pedro. Qué me es preciso hacer, pues?
Doña Sol. Es preciso... ser traidor.
Don Pedro. ¡Traidor!
Doña Sol. Sí... Sabéislo ya.
Don Pedro. ¡Cielos, aterrado estoy!
Doña Sol. Dispuesto el altar está:
Si á Tarifa entregais hoy,
Si á la patria, al soberano,
Si la santa ley de Dios
Vender consentís villano,
Unida quedo con vos.
¿Aceptais?... Esta es mi mano.
Don Pedro. ¿Señora, me conoceis?
Doña Sol. Porque os conozco sobrado,
Por vos la respuesta he dado.
Don Pedro. ¿Por mí respondido habeis?

¿Queréisme, pues, deshonrado?

Doña Sol. ¿Eso recelais de mí?
Atenta á vuestro decoro,
Vuestra muerte preferí;
Porque para vos creí
La honra el mayor tesoro.

Don Pedro. Ahora sí, Sol hermosa
Conozco que me adorais:
En esa respuesta honrosa
De vuestra llama amorosa
La mejor prueba me dais.

Doña Sol. Al precio de vuestra fama
No compro yo mi ventura;
Mas esta mujer que os ama,
Ay triste! si no es infama,
Os dá una muerte segura.

Don Pedro. ¿Y qué me importa el morir?
Con mi honor he de cumplir;
Y pues no os prefiero á vos,
Menos lo haré, vive Dios,
Con un mísero existir.
Don Juan me ha juzgado mal
Si al poder de esa belleza
Piensa hacerme desleal:
Ni he de perder mi firmeza,
Ni ha de faltarme un puñal;
Que aunque es inmenso mi amor,
Sabré dar á mi querida,
De mí mismo matador,
Mas bien que un traidor con vida,
Un cadáver con honor.

Doña Sol. Y ella, aunque débil mujer,
Así tambien te prefiere:
Firme cual tú sabrá ser,
Y si te ha de envilecer,
Cadáver tambien te quiere.
Mas puesto que tú pereces
Por una causa tan bella,
Que ella te imite mereces;
Y no una sola, mil veces
Debe morir tambien ella:
Y morirá te lo jura
Quien nunca supo mentir;
Si en la tierra, con fé pura,

A tí no se logra unir,
Se unirá en la sepultura;
Y libres de todo afan,
Nuestras almas subirán
Una de otra al cielo en pos,
Y felices se amarán
En la presencia de Dios.

Don Pedro. ¿Qué escucho? ¡Mujer sublime!
Tu grata voz de tal suerte
Consuelo en el alma imprime,
Que ya de su mal no gime,
Y haces dulce hasta la muerte.
¡Pero tú morir!... jamás:
Vive... ¿Cuando de tí en torno
Sembrando la dicha vas,
De su mas precioso adorno
Privar al mundo podrás?
Deja que yo solo muera:
Dentro del pecho mezquino
Me dice voz lastimera
Que morir es mi destino
En mi tierna primavera.

Doña Sol. No morirás si el acento
Escuchas de quien te adora.
Libre aquí te ves ahora;
No vuelvas al campamento
Do hallarás muerte traidora.

Don Pedro. ¡Yo á mi palabra faltar!
No exijas eso de mí:
Al real debo tornar
Por mas que me espere allí
La muerte fiera al llegar.

Doña Sol. Mi ruego...

Don Pedro. Vano es en esto:
Te lo digo con dolor.

Doña Sol. ¿Tan poco podrá mi amor?

Don Pedro. Aunque me sea funesto,
Puede en mí mas el honor.
Vé, y dile á tu padre fiero
Que soy fiel á mi deber;
Y que cual buen caballero,
Sin tardanza á su poder
Volverá su prisionero;
Que pues al cielo le plugo,

Prepare para mi cuello
De la esclavitud el yugo,
O si mas se goza en ello,
El hacha vil del verdugo.
Cautivo, tú de mis penas
Sabrás templar los rigores;
Y pensando en tus favores,
Al ruido de las cadenas
Yo cantaré mis amores:
O si es mi suerte morir,
Al dar el postrer suspiro
Seré feliz si te miro,
Creyendo aun que es vivir
Si á tus ojos, Sol, espiro.

ESCENA V.

DICHOS, NUÑO.

Nuño. Ah! don Pedro, vuestra madre,
En lágrimas anegada,
Á voces por el palacio
Os busca ansiosa y os llama.
Vos, retiraos, señora,
Que ya se acerca á esta estancia.

Doña Sol. Don Pedro, en el campo moro
Esta mujer os aguarda;
Si mis súplicas allí
A un padre cruel no ablandan,
Si no rompe vuestros hierros,
Ú os diere muerte inhumana,
En tal estremo, yo sé
Lo que amor y honor me mandan.
Adios. (*Váse.*)

Don Pedro. Adios.—¡O cuál sufre
Mi corazon! Si á mi amada
Resistí, con una madre
Dame, cielo, igual constancia.

ESCENA VI.

DON PEDRO, DOÑA MARÍA, NUÑO.

Doña María. ¡Ah! te hallo al fin, hijo mio.
Mírame desesperada.

Tu padre, ¡ay cielos! tu padre,
Bárbaro, cruel, sin alma,
Ha repelido insensible
Mis maternales instancias.
En vano, en vano he regado
Con triste llanto sus plantas;
Ni le mueven mis suspiros,
Ni mis lágrimas le apiadan.
Él solo me habla de honor,
De juramentos, de patria...
Cual si una madre entendiera
Esas mentidas palabras.
Mi honor, mi patria, mi dicha,
Es mi hijo, mi prenda cara;
Él es mi bien, mi tesoro,
Y fuera de eso no hay nada.

Don Pedro. Si vos no entendeis, señora,
Esas voces sacrosantas,
En el pecho de mi padre
Con eco tremendo claman.
A vos os toca llorar,
Dal al llanto rienda larga;
Pero no exijais, por Dios,
Se cubra un Guzman de infamia.
Si él entregase á Tarifa...

Doña María. ¿Y quién dice que tal haga?
¿No estás aquí? ¿Quién por fuerza
De nuestro lado te aparta?
¿Será que él mismo te entregue
A la horrible cimitarra?
No, no... Pues te trajo el cielo
Do del peligro te salvas,
Para correr á la muerte
Ya de Tarifa no marchas.

Don Pedro. ¡Ah! ¿qué decis?... ¿Olvidais
Que mi palabra empeñada?

Doña María. ¡Siempre palabras, honor!

Don Pedro. Partir ese honor me manda.

Doña María. Pues yo mando que te quedes;
Yo, tu madre... ¿Qué, ya nada
Puede una madre?... ¿Se oirán
No sé qué vanos fantasmas,
Y de una madre las quejas
Solo serán despreciadas?

Don Pedro. Pero mi padre...

Doña María. ¡Tu padre!
Si su proteccion te falta,
La mia te queda, sí,
Y esta proteccion te basta.
Ven, sígueme... Yo conozco
Una secreta morada
Do no te podrá alcanzar
De tus verdugos la rabia.
Sabrán soy yo quien te oculto:
No me importa... Ni amenazas,
Ni aun los mas fieros tormentos,
Me harán descubrir tu estancia.
Ven, hijo, ven... ¿No es verdad
Que vendrás?... Mira estas lágrimas...
Dame la mano... Ven... llega...
Tócalas... ¿Sientes cuál bañan
Esta mano ¡ay Dios! que beso,
Y en la cual exhalo el alma?

Don Pedro. Por Dios, cesad... ¿Qué quereis?
¿Si aceptase mengua tanta,
Ante mi padre, ante el mundo
Cómo presentarme osára?
Volver al campo enemigo
Es obligacion sagrada:
Lo prometí; y vale mas
Que mi vida, mi palabra.

Doña María. Hijo digno de Guzman,
No, no desmientes tu raza,
Y tienes de dura roca,
Cual tu padre, las entrañas.
Marcha, pues, corre á morir,
Si tanto el morir te agrada.
Deja que tu triste madre
En llanto aqui se deshaga,
Y en su dolor... Mas no pienses
Permita que solo vayas.
Adonde quiera que fueres,
Yo seguiré tus pisadas:
A tí me asiré cual yedra
Que al árbol tenaz se agarra;
Y cuando sobre tu cuello
Caiga del verdugo el hacha,
A un tiempo dividirá

Con la tuya mi garganta,
Regando la tierra en torno
Nuestras dos sangres mezcladas.

Don Pedro. ¡Ah! ¡qué horror!... No quebranteis
De esa muerte mi constancia.
¿Por qué hablar de vuestra muerte,
Si la mia no me espanta?
Cielos, piedad : dadme fuerzas,
Que las que tengo me faltan.

Doña María. ¡Ah! ¿cedes al fin?

Nuño. No cede,
No, señora : ni esa mancha,
Vive Dios...

Doña María. ¿Y tú tambien,
Tú, contra mí te declaras?

Nuño. ¿Yo?... ¿Contra vos?... ¡Voto á tal!
¿No veis el llanto que arrasa
Mis ojos?... ¡Nuño llorar!
¡Si Guzman lo presenciára!
Mas ya sé lo que he de hacer :
Secad, señora, esas lágrimas;
Que yo salvaré á don Pedro.

Doña María. ¡Tú!

Don Pedro. ¡Vos!

Nuño. Yo.

Doña María. ¿Cómo?... Di... habla.

Nuño. Él ha jurado volver;
Mas yo no he jurado nada,
Ni los soldados, ni el pueblo :
Con que vaya al campo, vaya;
Que yo lo sabré estorbar.

Don Pedro. ¿Osareis?

Nuño. Sobre la marcha
Junto á los mios, les cuento
El peligro que os amaga...

Doña María. Sí... sí.

Don Pedro. Mas Nuño...

Nuño. Vereis,
Vereis qué bolina se arma :
No ha de haber uno en Tarifa
Que á defenderos no salga;
Y aunque se oponga Guzman,
Y el moro brame de rabia,
No hay remedio, os quedareis.

O es fuerza que el mundo se arda.

Doña María. ¡Ah! buen Nuño; sí, sí, corre:
No tardes... sálvale.

Don Pedro. Aguarda.

Nuño. ¡Qué aguardar!... Podeis hacer
Vos lo que os diere la gana;
Que yo haré mi voluntad,
Y nadie de ello me saca.
¡Dejar yo que le degüellen!
¡Esto solo nos faltaba! (*Váse.*)

ESCENA VII.

DOÑA MARIA, DON PEDRO.

Don Pedro. ¿Qué es lo que pretende hacer?
¡Ah! yo lo debo estorbar.
(*Quiere seguir á Nuño.*)

Doña María. Detente.

Don Pedro. Dejadme.

Doña María. No,
De este sitio no saldrás,
O primero sobre el cuerpo
De tu madre has de pasar.

Don Pedro. ¡Ah! (*Horrorizado.*)

Doña María. ¡Cruel! ves mi dolor,
¿Y de él no tienes piedad?
¿En dónde está tu cariño?
No me quisiste jamás.

Don Pedro. ¡Yo, madre!

Doña María. Deja ese nombre,
Que en tus labios está mal;
Tú quieres, hombre insensible,
Tú quieres verme espirar.
Pues quedarás satisfecho:
Vé, no te detengo ya:
Corre á la muerte; mas sabe
Que tú la mía me dás.

Don Pedro. ¿Qué decís?... Yo seré causa?...
Madre mia, perdonad.
Vencísteis, vencísteis.

Doña María ¡Cielos!
¿Conque ya no partirás?

Don Pedro. ¡Ay! ¿Al llanto de su madre

Qué puede un hijo negar?
Doña María. ¡Ah!... bien... bien... te reconozco :
Eres mi hijo... sí... serás
Mi amor, mi consuelo... Ven,
Ven á mis brazos.
Don Pedro. ¡Qué afan!
Doña María. Alégrate... ¿No ves yo
Cuán contenta estoy?... Mi faz
No riegan ya tristes lágrimas :
Todas secadas están.
Y tú tambien, hijo mio,
¿Tú estás contento, es verdad?
Don Pedro. Yo... señora... Mas ¡mi padre!
Doña María. ¡Ah! no nos separará.

ESCENA VIII.

DICHOS, GUZMAN.

Guzman. Abrazad, señora, al hijo;
Haceis bien : aprovechad
Estos instantes que restan
Á vuestro amor maternal;
Que en breve debe partir.
Doña María. ¡Partir, él!... ¡Ah! no, jamas.
Guzman. ¡Jamas! ¿Qué decís?
Doña María. Sabedlo;
De aquí no le arrancarán.
Guzman. Ved que Aben-Comat le espera.
Doña María. Pues solo puede marchar.
Guzman. ¡Solo!... Delirais, señora.
No puede ser.
Doña María. ¿Quien podrá
Estorbarlo?
Guzman. Su palabra
Y su honor lo estorbarán.
Doña María. Te engañas, hombre cruel.
Ese lenguage falaz
No puede ya seducirle;
Me ha prometido quedar
Guzman. ¡Él!
Doña María. Sí.
Guzman. ¿Qué decis?
Don Pedro. Señora..

Guzman. ¿Don Pedro, es esto verdad?
Don Pedro. Padre...
Guzman. Comprendo ¡O baldon!
O flaqueza!... Bien está.
Señora, dejadnos solos :
Con él necesito hablar.
Doña María. Y yo tambien necesito
Velar sobre él.
Guzman. ¿Recelais?
Doña María. Sí, recelo que en mi ausencia...
Guzman. Juro que antes de marchar
Le vereis.
Doña María. Pero...
Guzman. Esta es,
Señora, mi voluntad.
Doña María. Bien... me voy. — (*Ap.*) Mas los designios
Vamos de Nuño á ayudar. (*Váse.*)

ESCENA IX.

GUZMAN, DON PEDRO

Guzman. Acércate... ¿Por qué lejos
Así de tu padre estás?
¿Huyes, cuando á partir vas,
Mis abrazos, mis consejos?
Don Pedro. Señor...
Guzman. Ven... Dame la mano...
¡Vive Dios, temblar la siento!...
¿Qué se hizo aquel ardimiento
Que ostentabas tan ufano?
¿Es miedo? ¿Es vergüenza? Dí.
¡Ah! mi pecho en furor arde!
¿Estoy mirando á un cobarde,
O á un hijo digno de mí?
Don Pedro. ¡Cobarde!... Si otro, señor,
Esa pregunta me hiciera,
De existir dejado hubiera.
Guzman. Pues bien, si tienes valor,
Si hay en tu pecho virtud,
¿Por qué temblar, y turbarte?
Pero comprendo... arredrarte
No puede la esclavitud...
Fué tu flaqueza ficcion :

De tu madre viste el llanto,
Y ahorrarle mayor quebranto
Quisiste á su corazon.

Don Pedro. No, no... yo soy criminal
Y mi lengua os lo confiesa :
De no partir la promesa
Hizo aquí mi amor filial.
Una madre lo exigia :
¿Quién á una madre resiste?
Lloró, suplicó, y ¡ay triste!
Conmigo morir queria.
¡Dadme un contrario, señor,
Que á mi altiva audacia cuadre;
Mas combatir á una madre!
¡Ah! no tengo ese valor.

Guzman. Y díme : si ese contrario
Á tu vista se ofreciera,
Si morir lidiando fuera
Por la patria necesario;
Y entonces, para guardar
Una vida que infamára,
Esa madre te mandára
La noble lid evitar :
¿Á sus ruegos, á su llanto
Cedieras con vil flaqueza?
¿Cegárate su terneza
Hasta aceptar baldon tanto?

Don Pedro. ¡Ah!

Guzman. No lo aceptáras, no.
Callas... te asusta esa mengua...
Mucho mejor que tu lengua,
Tu silencio respondió.

Don Pedro. ¿Conque es preciso cien dagas
Clavar en su corazon?

Guzman. Cumplir con tu obligacion,
Eso es preciso que hagas.
En lo que el honor previene
Se halla solo el buen sendero :
Oidos un caballero
Para otra cosa no tiene.
¿Piensas tú que es este pecho
Sordo de natura al grito?
Tambien sollozo y palpito
En triste llanto deshecho :

Deja, sin que á nadie asombre,
Ni mi dolor nadie vea,
Que padre un momento sea:
Despues volveré á ser hombre.

Don Pedro. ¡Ay! aunque tuviero ciertas
Mil muertes, ya con valor...

(Óyense voces del pueblo. Guzman corre á mirar por el balcon.)

Guzman. ¿Mas qué es esto?... ¿Qué rumor?...
Agolpados á las puertas
De este alcázar, los soldados...
¿Qué podrá ser?

Don Pedro. ¡Santo cielo!

Guzman. ¿Te turbas?... ¡Ah! ¡qué recelo!

Don Pedro. Me olvidaba... Alborotados
Por Nuño... vienen...

Guzman. ¿A qué?

Don Pedro. No me atrevo...

Guzman. Dí.

Don Pedro. A impedir
Que de aquí pueda salir.

Guzman. ¡Ah! ¡maldicion! ¿Qué escuché?
¿Eso intentan?... Y tú, aleve,
Traidor, perjuro, villano...

Don Pedro. Oponerme quise en vano;
Que Nuño...

Guzman. ¡Nuño! ¿Y se atreve?...
Mas yo sabré, juro á Dios,
Castigar tanta osadía.

Don Pedro. Su afecto...

Guzman. Nos perdería
Su infame trama á los dos.
Autorizada por mí
La va á creer toda España;
Y este dia solo empaña
Cuantas glorias adquirí.

ESCENA X.

DICHOS, DOÑA MARÍA.

Doña María. ¡Ah! triunfamos, sí, ¡triunfamos!
No partirás, hijo mio:

No, no saldrás de Tarifa;
Que prestándome su auxilio,
Todo un pueblo entusiasmado
Te conserva á mi cariño.

Don Pedro. Madre...

Guzman. ¿Qué es lo que decis?

Doña María. ¿Estais ahí, padre inicuo?
No, no cumplireis, al fin,
Este cruel sacrificio.
Abrazado aquí le tengo;
Miradle bien; este es mi hijo:
Quitármelo no espereis:
Venid, que ya os desafío.

Guzman. ¿Osareis?...

Doña María. ¿Ois? ¿ois?
Del pueblo esos son los gritos;
Del pueblo que mas humano
Que un padre, mas compasivo,
Atiende á mi triste queja
Y viene á romper sus grillos.
Vos le perdeis, yo le salvo:
Ya triunfé de vos, impío.

Guzman. Pues no imagineis...

ESCENA XI.

DICHOS, NUÑO, SOLDADOS, PUEBLO.

Nuño. Entrad:
Vedle allí... Salvadle, amigos.

Pueblo. ¡Viva don Pedro!

Nuño. Sí, viva;
Y ningun perro judío...

Guzman. ¡Nuño! (*Con grande energía.*)

Nuño. (*Aterrado.*) ¡Señor!

Guzman. ¿Qué tumulto
Es este? ¿Qué ha sucedido?
¿Acaso ha logrado entrar
En la plaza el enemigo?

Nuño. No; pero...

Guzman. Pues si no es eso,
¿Por qué de esta suerte os miro
Entrar aquí? ¿Quién os llama?
¿O temeis ya ser vencidos?

Nuño. ¡Temer nosostros!
Guzman. Pues bien,
Acercaos... ¿Qué motivo?
¿Bajais los ojos?... ¿Callais?
¡Nuño! ¡Nuño!
Nuño. (*Ap.*) Está ya visto:
No hay medio de resistirle.
Guzman. Algun infame designio
Os trae aquí... lo conozco...
Que si de vos fuera digno,
Ni mudo estuviera el labio,
Ni temblárais, fementido.
Nuño. ¡Ah!... Sabed...
Guzman. Yo nada quiero
Saber... Ignore un delito
Que debiera castigar...
Pero salid de este sitio.
Nuño. Bien... señor... os obedezco.
Doña María. ¿Qué veo?... ¿Cedeis?... ¡Indigno!
¿Así cumplis?... Pero yo
No cedo, no.

ESCENA XII.

DICHOS, ABEN-COMAT.

Aben-Comat. ¿Qué he sabido?
¿Guzman, estorbar pretendes
Que tu hijo vuelva conmigo?
Guzman. ¿Cuándo, Moro, que un Guzman
Faltase á su fé has oido?
Ahí está para seguirte
Abierto tiene el camino.
Doña María. No, no le tiene... Primero
Ha de pasar tu cuchillo
Mi garganta... No, de aquí
No saldrá, no lo permito.
Soldados, ¿consentireis
Que un Moro lleve cautivo
Al hijo, sola esperanza
De un noble guerrero invicto?
¿Consentiréis que saciando
En él su rabia un inicuo,
Vaya el triste á perecer

Entre bárbaros suplicios?

Pueblo. No, no.

Doña María. ¿Quereis que se salve?

Pueblo. Sí.

Guzman. Pues bien, no me resisto;
Se quedará... Ya, señora,
Teneis libre á vuestro hijo.
Mas un santo juramento
Ha hecho, y hay que cumplirlo.
El Moro espera á su esclavo;
Y puesto que se le quito,
Yo debo ocupar su puesto:
Aben-Comat, ya te sigo.

Don Pedro. ¡Ah! ¿qué haceis?... Señor...

Doña María. ¿Qué dices?
¿Piensas que he de consentirlo?
Soldados, tenedle.

(*Los soldados hacen ademan de adelantarse para detener á Guzman.*)

Guzman. ¿Y quién
Osa los mandatos mios
Desobedecer? Soldados,
Respeto á vuestro caudillo.
Abrid paso.

(*Los soldados se retiran y dejan libre la puerta.*)

Doña María. ¡Desdichada!
¡Cobardes, y habeis cedido!
Mas no me le arrancarán
De mi lado... Atrás, impios,
Es mi hijo, mi bien.

(*Se abraza á don Pedro, y le detiene á pesar de sus esfuerzos para desasirse.*)

Don Pedro. Señora...

Guzman. Solo una palabra os digo:
Libre está el paso: elegid
Entre el esposo y el hijo.

Doña María. ¡Yo elegir!... ¡Bárbaro!... ¿Osais
Imponerme tal martirio?

(*Se arroja á sus plantas.*)

¡Ah! yo beso vuestros pies :
Ved mis lágrimas... ¡Dios mio!
Compadeceos... Mirad
Que han jurado su esterminio,
Que van á matarle... y nunca
Ya le vereis.

Guzman. ¡O suplicio!

Don Pedro. Este instante aprovechemos.
Seguidme, Comat.

(*Mientras doña María está abrazando las rodillas de Guzman, don Pedro y Aben-Comat se dirigen rápidamente á la puerta.*)

Doña María. ¿Qué miro?
¡Ah!

Don Pedro. Madre, adios... Adios, padre.

(*Doña María quiere dirigirse hácia don Pedro. Nuño y los soldados se adelantan y estorban el paso. Don Pedro desaparece.*)

Doña María. No... no irás solo... te sigo.

Nuño. Tened, señora.

Doña María. Inhumanos!
Dejadme... dejadme... Espiro.

(*Cae sin sentido.*)

Guzman. Protegedle, santos cielos;
Pues mi deber he cumplido.

ACTO CUARTO.

El teatro representa parte de la fortificacion de Tarifa. En el fondo se verá el muro al cual se sube por una rampa. A los lados casas y árboles. Cerca del proscenio á la derecha del actor un grupo de árboles con un banco debajo.

ESCENA PRIMERA.

GUZMAN, DOÑA MARÍA, SOLDADOS.

(*Es de noche. Guzman está durmiendo sobre el banco, manifestando mucha agitacion. Varios soldados están tambien durmiendo esparcidos por el suelo. Encima del muro un centinela. Sale doña María muy agitada.*)

Doña María. ¡Ah! no puedo sosegar :
En esta tremenda duda,

Es el lecho un potro horrible,
Ni acaba la noche nunca.
En vano el sueño un instante
Vino á suspender la furia
De mis males: aun durmiendo
Tristes presagios me asustan.
¿Hijo mio, dónde estás?
¿Cuál será la suerte tuya?
¿No respondes á una madre
Que te llama, que te busca?
¿Te he perdido para siempre?
Crueles, mirad mi angustia,
Mis lágrimas... ¿de qué sirven?
¿Vencerán sus armas rudas,
Si un esposo las desprecia,
Si un padre de ellas se burla?
¡Bárbaro!... Mi vista teme:
Huye de mis quejas justas...
Hace bien... Mas no imagine...

(Durmiendo y muy agitado.)

Guzman. ¡Crueles!
Doña María. ¿Qué voz se escucha?
Guzman. Tened... tened..
Doña María. ¿Quién será?
Guzman. No le mateis.
Doña María. ¡Vírgen pura!
Es Guzman.
Guzman. ¡Ah! ¿No os apiada
Su juventud?
Doña María. ¡Cuál le turba
Horrible ensueño!
Guzman. ¡Malvados!

(Se levanta, pero siempre durmiendo.)

Verdugo... aparta... Sepulta
Ese acero en mis entrañas;
Mas respeta...
Doña María. ¡Qué locura!
Guzman. Es mi hijo, mi hijo querido...
Tomad oro... Por la suya
Tomad mi vida...

Doña María. Desecha
Esa ilusion que te ofusca.
Guzman. ¿Qué es lo que pedis, infames?
¿Quereis que al crímen sucumba?
¿Que sea traidor?... ¿Que venda
Al rey, á la patria?... Nunca.
A ese precio, no... Que muera...
¡Mas cielos! su sangre!... Inunda
La tierra... ¡Qué horror!... Fallezco.
Doña María. ¡Esposo!

(Le coge entre sus brazos, y agitándole fuertemente le despierta.)

Guzman. ¿Quién es?... ¿Quién turba
Mi sueño?... ¿Do estoy?... ¿Quién eres?
Doña María. Soy tu esposa.
Guzman. ¿Tú?... ¿Qué buscas?
¡Infeliz!... Huye... ¿No sabes?
Doña María. ¡Ah! Cálmate.
Guzman. No... no subas
A esa muralla... Verias...
Doña María. Desecha el terror que abruma
Tus sentidos.. Todo fué
Vana ilusion.
Guzman. ¿Lo aseguras?
Doña María. Sí... mírame... mira en torno
De tí...
Guzman. Es verdad... Fué sin duda
Un sueño... Sí... sí... soñaba...
¡Pero qué sueño!... Aun me asusta
La horrible vision.
Doña María. Hablabas
De tu hijo.
Guzman. En la llanura...
Allá... cerca de la torre...
Le creí ver... Y una turba
De verdugos... Y con ellos
Don Juan... que Dios le confunda...
Y á una señal relumbrar
Una cuchilla desnuda...
Y luego sangre... ¡Gran Dios!
No... no puede ser la suya.
Doña María. No lo es... Pero sosiega.

(Amanece. Los soldados se van levantando.)

Huyan de ti lejos, huyan,
Esos crueles fantasmas
Que engendra la noche obscura.
Ya desterrando sus sombras,
El nuevo sol nos alumbra ;
Y la aurora...

Guzman. ¿Mas no adviertes
Cuán opaca?... Cuál la anublan
Negros vapores!... Parece
Que solo males anuncia.
¿Aun no ha vuelto Nuño?

Doña María. No.

Guzman. ¡Cuánto tarda! ¿Serán nulas
Sus instancias con Amir?
¿Tan implacable la furia
Será del Moro, que en vano
El oro á sus ojos luzca?
Pues juro que si así fuere
Con todas mis huestes juntas
Hoy he de asaltar su campo;
Y en fiera, sangrienta pugna,
O rescato al hijo mio,
O encuentro mi sepultura.

Doña María. Y yo te acompañaré,
Pues las lanzas no me asustan;
Y aunque el llanto maternal
En mí cual flaqueza culpas,
Si es forzoso por un hijo
Blandir el hasta robusta,
O verter mi sangre toda
Sin duelo á par de la tuya,
Verás que lo sé cumplir,
Sirviendo en la horrible lucha,
Cuando no para vencer,
Para encerrarme en la tumba.

Guzman. Pues bien, que no se retarde,
Y al valor por fin se acuda.
Soldados, pronto, á las armas:
Los rayos del sol ya inundan
El campo moro : de sangre
Y horror á la par se cubra.
Lancémonos denodados
Sobre esa canalla inmunda :
Ante nuestras santas cruces

Huya la infiel media-luna,
Y el mar sepulte sus huestes
Allá en sus simas profundas.

ESCENA II.

DICHOS, NUÑO.

Guzman. Vamos... ¡Pero Nuño!
Doña María. ¡Nuño!
Guzman. Sí... Ven á calmar mi pena...
Ven, amigo... ¿Has visto á Amir?
¿Consiente por fin que vuelva
Mi Pedro?... ¿Admite el rescate?
Habla... luego... dí... ¿qué esperas?
Nuño. Amir, señor, ya no manda
Las falanges agarenas.
Guzman. ¿No?... ¿Pues quién?
Nuño. Don Juan.
Guzman. ¡Don Juan!
Doña María. ¿Qué dices?... ¡Suerte funesta!
Nuño. Su voluntad en el campo
Musulman ya solo impera.
Guzman. ¿Y mi hijo?
Nuño. Vive, señor,
Sin que su sangre desmienta.
Guzman. ¿Pero qué suerte?...
Nuño. Este pliego
Os dirá la que le espera.

(*Le dá el pliego: Guzman lo toma con ansia.*)

Guzman. ¿Ese pliego?... Dame... pronto...
Veamos... ¡Cielos!
Doña María. ¿Te alteras?
Guzman. ¡Ay!... Sí... que una ascua encendida
Mi mano en él tocar piensa.
¿Qué contendrá?... Con espanto
Mirándolo estoy... Se hiela
Mi sangre al pensar que aquí
Mi vida ó muerte se encierra.
Abramos por fin... La vista
Se ofusca... la mano tiembla...
No puedo.
Nuño. Valor.

(*Con curiosidad inquieta y recelo.*)

Guzman. Decid...
Don Juan... ¿le vísteis?
Nuño. Por fuerza.
Guzman. Y él... ¿os dió?...
Nuño. Con propia mano.
Guzman. Su faz... entonces?...
Nuño. Perversa
Como siempre.
Guzman. ¿Sus miradas?
Nuño. Falsas.
Guzman. Y... ¿brillaba en ellas
Algun gozo?
Nuño. El de una hiena.

(*Con impaciencia.*)

Guzman. Pero... ¿vos no adivinais
Lo que este pliego contenga?
Nuño. Don Juan me habló de rescate.
Guzman. ¡De rescate!... ¡Si así fuera!
Doña María. ¿Qué otra cosa puede ser?
Guzman. Es verdad... No sé qué idea...
Mucho pedirá... No importa...
Llévese allá mis riquezas...
Todas se las doy gustoso
Como al hijo me devuelva.
Eso será... sí... veamos...
Mi alma á respirar empieza.

(*Abre el pliego, lee, lanza un grito de desesperacion, y va á dejarse caer en el banco.*)

¡Cielos!... ¡Maldicion!
Doña María. ¡Dios mio!
Nuño. ¡Señor!
Doña María. ¿Qué funesta nueva
Contiene ese pliego?... Dí:
¿Ha muerto mi hijo?
Guzman. ¡Plugiera
A Dios!
Doña María. ¿Qué dices?... ¡Ah! Dame,
Dame... déjame que lea...

Guzman. No... no... apártate, María...
No lo mires... Si supieras...
¡O perversidad!... Mas es
Imposible... sí... Me quema
La frente... Estoy delirando...
Leí mal... Oh! no... no... es cierta
Mi desgracia... Que yo mate
A mi hijo el bárbaro intenta!

Nuño. ¡Cielos!

Doña María. ¡Qué horror!... ¡Tú!

Guzman. Mirad,
Mirad... Lo dice... es su letra.
Hoy mismo, si al tercer toque
Del clarin, no se le entrega
Esta plaza, al pie del muro
Veré caer su cabeza.

Doña María. ¡Ah!

Nuño. ¡Infame!

Doña María. ¡Bárbaro!... No,
Tú no darás esa muestra
De ferocidad... El hijo
No dejarás que perezca.

Guzman. (*Mirándola con aire de asombro é indecision.*)

¿Quién?... ¿Yo?... No... pero...

Doña María. ¡Dios mio!
Tu vista de horror me llena.
Le matarás... sí... lo leo,
Lo leo en tus ojos... Fiera,
Le matarás.

Guzman. Nunca... nunca...
¡O patria! ¡O terrible prueba!—
Idos... dejadme.

Doña María. Permite...

Guzman. Dejadme... Vuestra presencia
Me es enojosa... Idos todos...
Dejad que aquí solo muera.

Doña María. Este cruel sacrificio
No esperen, no, que consienta.
Ven, Nuño... Para estorbarlo
Nada habrá que yo no emprenda.

(*Vánse todos, quedando solo Guzman.*)

ESCENA III.

GUZMAN.

(*Guzman ha quedado abismado en su dolor sentado en el banco. Despues de un rato de silencio, vuelve á desdoblar el pliego, y lo lée de nuevo sollozando.*)

« Si mañana, despues de tres toques del clarin,
« no me habeis entregado á Tarifa, la cabeza de
« vuestro hijo caerá sin remedio al pie de los muros
« que obstinadamente me negais. »

Sí... no hay duda... esto dice... En vano, en vano
Vuelvo á leer este fatal escrito...
Palabras busco en él que lo desmientan...
Y estas líneas de sangre solo miro.
No me engañan mis ojos... Desdichado!
Parricida ó traidor ser es preciso.
¿Esto á un padre propones?... ¿Esto quieres
De un noble, de un soldado, fementido?
¡Y eres tú caballero!... ¡Y de un Alfonso,
De un castellano rey eres el hijo!
No, no lo eres... Te abortó en su furia
Para baldon de España el negro abismo.

(*Se levanta.*)

Pero no puede ser... Un vano amago
Es sin duda, un ardid, conque ha creido
Mi constancia vencer... Ah! le conozco,
Y es de ello harto capaz su pecho inicuo.
Le matará el traidor... ¡Cielos! ¡tan jóven!
¡Tan valiente!... ¿Y habré de consentirlo?
¿Le entregaré yo mismo á sus verdugos?
¿Quién me puede imponer tal sacrificio?
Nadie... Perdona, oh rey, perdona, oh patria,
En vano lo pedis, no he de cumplirlo.
Ya mi deuda os pagué... Ya en cien combates
Mi sangre por vosostros he vertido,
Y con ella do quier en toda España
Mi lealtad y valor se hallan escritos.
¿Quereis aun mas de mí? ¿Quereis los muros
Del poder musulman bello resíduo?
¿Á Granada quereis?... Pues á Granada

Os daré por Tarifa... ¿Mas qué digo?
¡Necia, vana ilusion!... ¡Hazañas sueño,
Y á darles voy con la traicion principio!
¡Y aun espero vencer, cual si quedára
Valor alguno en pecho envilecido!
No, la infamia, Guzman, será tu suerte :
Tu preclaro blason verás marchito,
Y el hecho de Julian, fatal á España,
Infiel renovarás; y aborrecido,
Con ese hijo que salvar pretendes
Te ocultarás entre ignorados riscos.
No, mas vale morir... ¿Qué es él?... ¿Tan solo
Sangre mia que está en vaso distinto;
Y de ella avaro me verán ahora
Cuando tanto otras veces la prodigo?
La patria la reclama, suya sea :
No tengo yo poder para impedirlo.
Viviendo, á eterna infamia le condeno;
Muriendo, á mejor vida le destino.

ESCENA IV.

GUZMAN, DOÑA MARÍA.

(*Sale doña María antes de concluirse el anterior monólogo, y oye los últimos versos.*)

Doña María. Sí... sí... muy bien haceis... y yo os lo apruebo...
Tal designio, Guzman, de vos es digno.
Guzman. ¡Dios!... ¡María! ¿Y venís?...
Doña María. No os dé cuidado :
No vereis con mis lágrimas que impido
Resolucion tan noble... antes pretendo
Alentaros yo misma al sacrificio.
Guzman. ¡Vos!
Doña María. ¿Lo dudais?
Guzman. Señora...
Doña María. ¿Se halla acaso
Reservado á vos solo el heroismo?
Venid... yo os guiaré... Ya desde el muro
Los aprestos se ven... ya circuïdo
Vuestro hijo de bárbaros sayones
Marcha al sitio fatal.
Guzman. ¡Ah! ¿qué habeis dicho?

Doña María. Nada, señor, que conmoveros deba.
Es cuanto apeteceis... Marcha al martirio,
A la gloria... Venid... Veréisle pronto
Entregar la garganta al vil cuchillo;
Veréisle por la herida, entre agonías,
Verter su noble sangre hilo á hilo;
Y os envaneceréis, y nuevos timbres
Dará á la fama vuestra este suplicio.

Guzman. ¿Estais sin seso?

Doña María. ¡Qué placer! ¡qué triunfo!
Cuando el pueblo os aclame, y con delirio
Vuestro nombre inmortal al viento dando,
Siembre de flores mil vuestro camino.
Esas flores, es cierto, con la sangre
Manchadas estarán de un tierno hijo...
¿Pero qué importa?... Un héroe no repara
En un poco de sangre... Permitido
No le es sentir, llorar... ¡Flaqueza!... ¿Hay gloria?
Basta : ya es bello, grande hasta el delito.

Guzman. Señora, proseguid... Herid furiosa,
Desgarrad á placer el pecho mio.
No basta á mi dolor la horrible prueba
Que me imponen los cielos : es preciso
Que vos me atormenteis, y que esta muerte
Me echeis en cara con rabiosos gritos.
Pues bien, si lo quereis, yo soy un mónstruo,
Un bárbaro cruel, padre asesino :
Al hijo mato... Vos ansiais salvarlo...
Salvadlo, pues, señora... os lo permito.
Id... marchad... no tardeis... Abrid al Moro
Las puertas de Tarifa... En este sitio
De nuevo plante su pendon sangriento,
Y triunfe en la traicion vuestro cariño.

Doña María. La traicion!

Guzman. La traicion. Decid si acaso
Encontrarle podeis nombre distinto.
Alegad vuestro amor, mostrad al mundo
En lágrimas los ojos sumergidos,
Que sois madre decid... ¡Vanas disculpas!
El mundo esclamará : ¡traicion! ¡castigo!

Doña María. Clame en buen hora, su clamor desprecio.

Guzman. Pues una condicion de vos exijo.

Doña María. ¿Cuál?

Guzman. Señaladme una region, un clima,

Do me pueda ocultar... Porque os lo digo :
No penseis que despues muestre á las gentes
Un rostro por la infamia enrojecido.
¿Dónde me ocultaré? Decid.

Doña María. Do quiera
Que al hijo de mi amor tenga conmigo.

Guzman. ¡Vuestro hijo!... ¡Infeliz!... ¿Y esa es la suerte
Que vos le destinais?... Mofa, ludibrio
Del mundo habrá de ser... ¿Pensais que acepte
Vuestro funesto don?... ¿Envilecido
Consentirá en vivir?... ¡Él, tan valiente,
Tan noble, tan honrado!... ¡Ah! no, lo afirmo.

Doña María. ¿Qué hacer, pues, osará?

Guzman. Su propia mano
A su afrenta pondrá término digno.

Doña María. ¡Él! ¡Qué horror!

Guzman. ¿Lo dudais?

Doña María. No, no lo dudo :
Tiene cual vos el corazon de risco;
Y cual vos ¡ay de mí! será el ingrato
Insensible á mi llanto, á mis suspiros.

Guzman. No lo será, María... no... te engañas :
Será tu llanto su mayor suplicio...
Y lo es mio tambien. ¿Mujer injusta,
Tan mal juzgas de mí?... Si no resisto
A un horrible deber, ¿piensas que ignoran
Lo que es llanto tambien los ojos mios?
No, no lo ignoran... Si le niegan paso,
Es ¡ay! porque aquí dentro, en lo mas vivo,
Cae del corazon... ¡Ah! son atroces
Los tormentos ocultos con que lidio.
Diérate compasion si un solo instante
En este triste pecho permitido
Te fuera penetrar... Con mis dolores,
Allí tambien los tuyos, los de mi hijo,
Hallarías, allí... pero mas fieros
En union tan horrible, mas activos,
Y envidiables haciendo en su barbarie
Las penas todas del infierno mismo.

Doña María. ¡Ah! mal te conocí... Perdona, esposo,
Mi insensato furor... Mas pierdo el juicio
Al pensar que tan jóven me arrebata
La muerte á un hijo que...

Guzman. Te lo suplico :

Ten ánimo, valor... Piensa que el cielo
Va, entre glorias á darle éterno asilo.
No es él quien compasion aquí merece :
Nosotros de piedad somos mas dignos.

Doña María. Sí... yo tendré valor... Tu voz me alienta.
Gran Dios, pues tú lo quieres, si es preciso,
Ahogar mi pena me verás sumisa :
Á tu alta voluntad ya me resigno.

Guzman. Ven á mis brazos, ven... Y tú, Dios justo,
Acepta este cruento sacrificio :
Abre las puertas de tu santo alcázar,
Y esta víctima admite en su recinto.
Tambien muere por tí... Mas ¡ay! perdona
Si baña nuestros ojos llanto indigno :
En trance tan cruel, séale al menos
Llorar á un triste padre permitido.

(*Caen los dos abrazados de rodillas.*)

ESCENA V.

DICHOS, NUÑO, SOLDADOS, PUEBLO.

(*Al tiempo de caer de rodillas Guzman y doña María, óyese al otro lado del muro el primer toque del clarin. Ambos se estremecen, y doña María se alza fuera de sí, abandonando su resignacion. A poco rato van saliendo Nuño, soldados y hombres y mujeres del pueblo. Los unos se esparcen por el teatro y los otros coronan el muro.*)

Doña María. ¡Ah! ¡La horrible señal!

Guzman. Cielos piadosos,
Dadme fuerza y valor.

Doña María. Ese sonido
Renueva mi furor... ¡Ah! Yo no puedo...
En vano consentí... no lo permito.
¡Mi hijo morir!... Jamás...Quiero salvarlo :
Quiero salvarlo... sí... ¿lo habeis oido?

Guzman. ¿Mas cómo?

Doña María. ¿Cómo? ¡O Dios! ¿Esa pregunta
Á hacerme os atreveis? — Nobles vecinos
De esta ilustre ciudad, soldados, todos,
Sed á mi triste llanto compasivos.
Una madre os implora.

(A Nuño que sale con soldados.)

Y tú, buen Nuño,
Ven, accede á mis ruegos... Salva á mi hijo,
Sálvale, por piedad.

Nuño. Eso queremos,
Y ya todos aquí lo resolvimos.

Doña María. ¿Es cierto?

Guzman. ¿Qué decís?

Nuño. Ceda Tarifa :
Bien merece don Pedro un sacrificio.

Guzman. ¿Osais?

Nuño. Pero despues, sin perder tiempo,
Sitiémosla nosotros... ¿No supimos
Arrancarla al infiel? Pues eso haremos
Otra vez y otras ciento si es preciso.
No han de pasar tres dias sin que vuelva
Esta plaza á ser nuestra, voto á Cristo.

Doña María. ¡Ah! sí, sí..

Guzman. ¿Delirais? Aunque segura
Tuviese la victoria, en tal peligro,
No es justo corra, por salvar mi sangre,
La sangre de otros mil, todos mas dignos.

Doña María. ¡Cómo! ¿Os negais?

(Suena el segundo toque del clarin.)

Gran Dios!... ¿Oís?... se acerca
El instante fatal.

Nuño. Vamos, amigos :
No hay tiempo que perder.

Doña María. Sí, pronto.

Todos. Vamos.

(Hacen todos ademan de dirigirse hácia el muro. Guzman los detiene.)

Guzman. ¿Qué intentais? Deteneos... No, yo mismo
La respuesta daré.

Doña María. ¡Vos!

Guzman. Paso... Al muro
Dejadme ya subir. — Cielos divinos,
Valor.

(Sube al muro y dirige la palabra á los de afuera.)

¡Don Juan! Si mi lealtad pensaste,

Pérfido, quebrantar, mal has creido.
Un hijo dióme Dios para mi patria;
Su apoyo debe ser, no su enemigo :
Pereciendo por ella, eterna gloria
Le aguarda, y solo á tí baldon indigno;
Y porque te persuadas cuán distante
Me encuentro de faltar al deber mio,
Si arma no tienes para darle muerte,
Toma, allá va, verdugo, mi cuchillo.

(*Aroja su puñal : todos dán un grito de asombro.*)

Todos. ¡Ah!
Doña María. ¡Qué horror!
Nuño. ¿Qué habeis hecho, desdichado?

(*Bajando vacilante y cayendo en brazos de Nuño.*)

Guzman. Nuño, no puedo mas : sosténme, amigo.
Doña María. ¡Al fin triunfaste, bárbaro!

(*Óyese dentro ruido y la voz de doña Sol.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DOÑA SOL.

Doña Sol. (*Dentro.*) Dejadme :
Abridme paso, abrid.
Guzman. ¿Oís? ¡Qué gritos!
¿Cuál causa?
Nuño. Una mujer que presurosa
Se acerca aquí.
Doña Sol. (*Saliendo.*) ¡Guzman! ¡Guzman!
Guzman. ¿Qué miro?
¡Doña Sol!
Doña Sol. Sí... yo soy.
Doña María. ¡Cielos! ¡La hija
Del pérfido don Juan!
Guzman. En este sitio
Vos, ¡señora!... ¿Y osais?...
Doña Sol. ¿Os causa asombro?
Hora esplicarme mas veda el peligro.

La piedad... el amor... aquí me traen :
Libertar á don Pedro es mi designio.

Guzman. ¡Vos!

Doña María. ¿Es cierto?

Guzman. ¿Mas cómo?

Doña Sol. En este trance
Partir quiero con él riesgo y destino.
Vea mi padre que en el alto muro
Amenaza á mi vida igual suplicio,
Y sepa que al cumplir su horrible fallo
Le es preciso pagar hijo con hijo.

Guzman. ¡O asombro!

Doña Sol. No tardemos.

Doña María. Los instantes
Son preciosos.

Nuño. Venid.

Doña María. Vamos.

Doña Sol. Ya os sigo.

(*Se dirigen todos hácia el muro, y suena el tercer toque del clarin. Grito general.*)

Todos. ¡Ah!

Doña María. ¡Tan pronto!

Doña Sol. Corramos.

Nuño. Sí, corramos.

(*Nuño se adelanta á todos y sube el primero al muro. Al llegar, dá un grito de espanto, retrocede, se vuelve, é impide que suban los demás.*)

Nuño. ¡Qué veo!... ¡Ah!... No paseis... ¡Vil asesino!
¡No es tiempo ya!

Doña Sol. ¡Murió!

Doña María. ¡Jesus mil veces!

(*Doña María cae desmayada en brazos de doña Sol y de mujeres del pueblo. Guzman se deja caer de rodillas, alzando las manos al cielo.*)

Guzman. ¡Recíbele en tu seno, Dios benigno!

Nuño. ¡Infeliz! de su sangre generosa
Corre por la ancha herida horrible rio.

(*Alzándose furioso y sacando la espada.*)

Guzman. ¡Compañeros, venganza!

(*Sacando las espadas.*)

Todos. Sí, ¡venganza!

(*Desde el muro, mirando al campo.*)

Nuño. La tendrás, la tendrás... Cerca la miro.
Hácia el campo, veloz de espeso polvo
Estensa nube, en anchos remolinos,
Acercándose va... Su seno ardiente
Lanza á lo lejos el fulgente brillo
De mil cotas y mil... Ya de Castilla
Miran mis ojos el pendon invicto.
Él es, no hay duda, él es... Regocijáos:
Somos por el monarca socorridos.
Guzman. ¡Cielos! ¿Será verdad?
Nuño. Sí; que ya el Moro
De espanto huye do quier despavorido.
Guzman. Gracias, eterno Dios!... Pues sin tardanza
Llevemos á esos viles su esterminio.
A la lid.
Todos. A la lid.
Guzman. No ha sido inútil
De mi mas pura sangre el sacrificio.
Con ella en esos campos un ejemplo
Del honor castellano dejo escrito,
Y de este suelo para eterna gloria
Sabrán honrarlo los futuros siglos.
A la voz de la patria nunca tenga
Límite en nuestro pecho el heroismo:
Y siempre que peligre, sepa España
Que otros tantos Guzmanes son sus hijos.

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Don Manuel Breton de los Herreros, el mas fecundo y popular de nuestros poetas dramáticos contemporáneos, nació en la villa de Quel, provincia de Logroño, el dia 19 de diciembre de 1796. Hizo sus primeros estudios en Madrid, bajo la direccion de los PP. Escolapios de San Antonio Abad, y sirvió despues en el ejército en calidad de voluntario distinguido desde 1814 hasta 1822. Colocado entonces en el ramo de hacienda, y encargado de la secretaría de la intendencia de Játiva y luego de la de Valencia, defendió en la tribuna y con las armas en la mano la causa de la libertad hasta en sus últimos atrincheramientos. Retirado al seno de su familia desde la restauracion del gobierno absoluto, vivió el señor Breton de los Herreros consagrado al culto de las musas y muy particularmente al estudio de la literatura dramática, dando ejemplos de aplicacion, no obstante el rigor de la censura y lo aciago de aquella década. En 1824 dió á la escena su primera obra dramática, la comedia en tres actos titulada *A la vejez viruelas*, que había compuesto á los 19 años de edad, y cuyo éxito tan feliz como merecido le animó á seguir escribiendo para el teatro, con una constancia y sobre todo con una fecundidad que raya en los límites de lo maravilloso. Y en efecto, si hubiéramos de enumerar todas las composiciones dramáticas con que ha enriquecido nuestra escena desde aquella época hasta nuestros dias, sería menester citar los títulos de *dos cientas*, entre obras originales, refundiciones del teatro antiguo y traducciones del francés y del italiano. Las que mas celebridad le han dado son : *A la vejez viruelas*, *A Madrid me vuelvo*, *Marcela, ó ¿á cuál de los tres?*, *Un tercero en discordia*, *El cuarto de hora*, *Todo es farsa en este mundo*, *El pelo de la dehesa*, *¡Muérete y verás!...* *¿El qué dirán?* y *el ¿qué se me dá á mí?*, *La escuela del matrimonio*, *¿Quién es ella?*, *Una de tantas*, *Ella es él*, y *Mi secretario y yo*. Entre sus traducciones la mas notable que recordamos es la que hizo en verso de *Los hijos de Eduardo*, de Mr. Casimiro Delavigne, traduccion que tiene todo el mérito de una composicion original.

El señor Breton de los Herreros ha publicado posteriormente una edicion de todas sus obras en cinco volúmenes, de los cuales cuatro comprenden sus comedias, y el último sus poesias y composiciones en prosa. La última obra que ha dado á luz es su *poema joco-serio*, titulado *la Desverguenza*, del cual hemos estractado algunas octavas reales, que pueden ver nuestros lectores en la *Coleccion de trozos escogidos de los mejores hablistas, en prosa y verso, desde el siglo* XV *hasta nuestros dias*, que publicamos hace poco meses por encargo del editor de esta *Antologia*.

El señor Breton de los Herreros ha desempeñado por espacio de algunos años el destino de *Administrador de la Imprenta Nacional*, y *Director de la Gaceta*. Mas tarde fué nombrado *Director de la Biblioteca Nacional*. Es actualmente secretario perpetuo de la Real Academia Española, y caballero gran cruz de la órden de Isabel la Católica.

¡MUÉRETE Y VERAS!...

COMEDIA EN CUATRO ACTOS.

PERSONAS. — ISABEL. — JACINTA. — DON PABLO. — DON FROILAN. — DON ELÍAS. — DON MATÍAS. — DON ANTONIO. — DON LUPERCIO. — DON MARIANO. — UN BARBERO. — UN NOTARIO. — RAMON. — UN CIEGO. — UNA CIEGA. — GUARDIAS NACIONALES. — HOMBRES Y MUJERES DE DUELO. — DAMAS Y CABALLEROS CONVIDADOS. — PUEBLO.

La escena es en Zaragoza.

ACTO PRIMERO.

LA DESPEDIDA.

Calle. Un café en el foro con puerta vidriera.

ESCENA PRIMERA.

(*Durante esta escena atraviesan de un lado al otro del teatro algunos milicianos nacionales equipados como de camino, y gentes del pueblo que se supone van á ver salir la tropa.*)

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO,
Saliendo del café.

Don Antonio. Salgamos, Lupercio, á ver
Lo que pasa por la calle.
Don Lupercio. Ya transita poca gente.
Don Mariano. Como por aquí no sale
La columna...
Don Lupercio. Quiera Dios
Que á los facciosos alcancen
Y los destruyan.
Don Antonio. ¿Qué fuerza
Va á marchar?
Don Lupercio. Dos mil infantes
Y ciento veinte caballos.
Don Mariano. ¿Cuántos son los nacionales
Movilizados?

Don Lupercio. Mil hombres
Que en vivos deseos arden
De purgar el noble suelo
Aragonés de esa infame
Canalla.
Don Mariano. Vamos al Coso,
Que ya es regular que marchen
En breve.
Don Antonio. No tengas prisa.
Cuando están los oficiales
Tan despacio en el café...
Don Lupercio. Sí. Ahí quedan don Pedro Yagüe
Y don Matías Calanda;
Pero este es un botarate
Que cuando está en una broma
No oye cajas ni timbales,
Y don Pablo embelesado
En los ojos de su amable
Jacinta...
Don Antonio. Pues malas lenguas
Dicen que el otro compadre
Gusta tambien de la niña,
Y si puede desbancarle...
Don Lupercio. Por ahora es el preferido
Don Pablo. Mas adelante,
No diré... Porque en mujeres
No hay que fiar, y el carácter
De Jacinta es en mi juicio
Mas veleidoso que el aire.
Don Mariano. Sin embargo, tiene mil
Apasionados, y nadie
Piensa en Isabel, su hermana,
Aunque yo creo que vale
Mucho mas.
Don Antonio. Mal gusto tienes.
Ella podrá ser un ángel,
Mas tan callada...
Don Mariano. Es modestia.
Don Antonio. Sosería. Aquel donaire
De Jacinta, aquel mirar,
Aquel despejo, aquel talle...
Don Mariano. No es menos bella Isabel,
Pero desconoce el arte
De coquetear y fingir.

Si yo hubiera de casarme
Con alguna de las dos...
Don Antonio. Eh, no digas disparates.
Don Lupercio. Filósofo estás, Mariano.
Don Antonio. Perdió anoche dos mil reales
Al ecarté, y no me admiro...
Don Mariano. No reprobará el enlace
De su hermana don Froilan,
Pues sufre que la acompañe
Don Pablo, y la dé convites...
Don Lupercio. Como en ellos tenga parte,
No haya miedo que por eso
Se incomode. Es el mas grande
Egoista...
Don Antonio. Es un amigo,
Y no debo criticarle;
Mas por no mover un brazo
Morir dejára á su padre
Si lo tuviera.
Don Lupercio. Y en todo
Ve peligros y desastres.
¡Qué agorero! Otra campana
De Velilla.
Don Antonio. Eso lo hace
Para escusar su egoismo.
Ya se ve, cuando á los males
No hay remedio, es escusado
Que los médicos se cansen.
Don Mariano. ¡Antonio! ten caridad.
Y nosotros, paseantes
Y ociosos de profesion,
¿Qué hacemos en este valle
De lágrimas?
Don Antonio. ¡Eh!... Nosotros,
Aunque somos holgazanes,
Servimos de algo en el mundo.
Acreditamos á un sastre,
Alegramos las tertulias,
Sostenemos los villares,
Y brindamos en la fonda
Por las patrias libertades.
Don Lupercio. A propósito. Estarán
Almorzando hasta la tarde?
Pero ya sale don Pablo.

ESCENA II.

LOS MISMOS, DON PABLO CON UNIFORME DE TENIENTE DE NACIONALES MOVILIZADOS.

Don Pablo. (Ese usurero bergante
No parece, y necesito
Que me preste para el viaje
Diez onzas. Estos tal vez
Me dirán...) ¿Ustedes saben
Dónde pára don Elías?
Don Mariano. No.
Don Lupercio. No sé.
Don Pablo. Voy á buscarle.

ESCENA III.

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO.

Don Antonio. Ya anda en busca de usureros.
Don Mariano. Ya se ve, tanto gastar...
Don Lupercio. Ese hombre se va á arruinar.
Don Antonio. Le vamos á ver en cueros.
Don Mariano. Su patrimonio es crecido.
Don Lupercio. Su vanidad es mayor.
Don Antonio. Libertino...
Don Lupercio. Jugador...
Don Mariano. Disipado...
Don Antonio. Corrompido.
¿Veis el ardor con que pinta
La pasion que le sujeta?
Pues que me lleve pateta
Si se casa con Jacinta.
Don Lupercio. Yo sé que tiene otra moza.
Don Mariano. Sí; la viuda de Quirós.
Don Antonio. Pues se olvida de las dos
Al salir de Zaragoza.
Don Lupercio. Con la seduccion y el dolo
Otras hallará al momento.
Don Mariano. Presume tener talento...
Don Antonio. Es un ignorante, un bolo.
Don Lupercio. Aunque atusando el bigote
Se tiene por muy galan,
Me parece á mí un gañan.
Don Antonio. Y á mí un Judas Iscariote.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, DON FROILAN.

Don Froilan. ¿Todavía por aquí,
Caballeros?

Don Antonio. ¡Don Froilan!

Don Froilan. ¿No van ustedes á ver
La columna desfilar?

Don Lupercio. Eso pensamos. Supongo
Que tambien usted irá
Con las niñas...

Don Froilan. No por cierto.
Hoy tengo un esplin mortal.
Estoy malo. Hace mal dia.

Don Mariano. ¡Hombre, si hace un sol que da
Regocijo!

Don Froilan. Sin embargo,
El viento se va á mudar...
Y yo tengo para mí
Que esta tarde nevará.

Don Antonio. El calendario de usted,
Amigo, es siempre fatal.

Don Froilan. Nevará. ¡Pobre milicia!
¡Qué trabajos va á pasar!

Don Antonio. Mucho sentirá don Pablo
Marcharse de la ciudad
Dejándose aquí á la bella
Jacinta. Dicen que ya
Se trataba de la boda.

Don Froilan. Sí; pero buenos están
Los tiempos para casorios!
Yo no quiero contrariar
El gusto de mis hermanas;
Pero pronostico mal
De ese casamiento.

Don Lupercio. ¡Cómo!
¿No iban con gusto al altar
Ambos contrayentes?

Don Froilan. Mucho;
Mas si la fatalidad
Hiciéra... Anoche Jacinta
Vertió en la mesa la sal

Nombrando á don Pablo.
Don Mariano. Y eso
Qué puede significar...
Don Froilan. Es mal agüero. Ese viaje
Inesperado es quizá
Otro aviso de los cielos...
Piensa mal y acertarás,
Dice el refran.
Don Antonio. Si es funesta
Esa coyunda nupcial,
¿Porqué no interpone usted
Su fraterna autoridad
Para que no se efectúe?
Don Froilan. No, amigo; no haré yo tal.
Las voluntades son libres;
Las chicas tienen ya edad
Para saber lo que se hacen.
Mi individuo y nada mas.
Yo sé que puedo vivir
Sin una cara mitad.
Si ellas piensan de otro modo,
Si ellas se quieren casar,
Para ellas será la dicha
O la pena: me es igual.
Ellas comen de su dote...
Ni me quitan, ni me dan.
Don Antonio. Vaya, que es filosofía
La de usted... original!

(*Sigue hablando con los ociosos don Froilan.*)

ESCENA V.

LOS MISMOS, JACINTA, ISABEL Y DON MATÍAS CON UNIFORME DE SUBTENIENTE DE MILICIA MOVILIZADA.

Jacinta. Cómo ¡Aun no viene don Pablo!
Don Matías. No tardará. Aquí en la puerta
Estarémos mas alerta...
(*A un mozo que llega á la puerta.*)
¡Hola! mozo!... ¿Con quién hablo?
Trae sillas aquí: al momento.
Isabel. (Dios mio, ¡vela por él!)

(*Trae sillas el mozo, y se sientan don Matías y Jacinta.*)

Jacinta. ¿No te sientas, Isabel?
Isabel. Sí... me sentaré... (¡O tormento!)

(*Se sienta.*)

Don Matías. Mil veces afortunado

(*Don Matias y Jacinta hablan en voz baja.*)

Mi cautivo corazon
Si fuese yo la ocasion
De ese amoroso cuidado.
Jacinta. Vamos, deje usté esa chanza.
Don Matías. Chanza cuando gimo y ardo,
Y tengo en el pecho un dardo...
He dicho poco. ¡Una lanza!
Aun ese desden fatal
Amára yo con delirio
Si no viese mi martirio
En la dicha de un rival.
Isabel. (¡Qué desgraciada nací!)
Jacinta. ¡Qué temeraria porfía!
Mi voluntad ya no es mia.
¿Qué pretende usted de mí?
Don Matías. O tan divina beldad
No estrechen brazos agenos,
O vuélvame usted al menos
Mi perdida libertad.
Jacinta. Si basta decirlo yo,
Libre es usted desde ahora;
Libre y sin costas.
Don Matías. ¡Traidora!
¿Te burlas de mí?
Jacinta. Yo no.
Don Matías. Si otro consuelo no halla
El afan que me atormenta,
Me hago dar muerte sangrienta
En la primera batalla.
¡Qué temeraria virtud!
Jacinta. ¿Con que usted quiere un favor?...
Bien. Portarse con honor,
Buen viaje y mucha salud.
Don Matías. Eso se dice á cualquiera.
Jacinta. Mas no como yo lo digo.

Le amo á usted... como á un amigo.
Don Matías. ¿Porqué no de otra manera?
Jacinta. Porque estoy comprometida
Y así la suerte lo quiso.
Don Matías. ¿Y á no mediar compromiso?
Jacinta. Entonces...
Isabel. (¡Fatal partida!)
Jacinta. Me apura usted demasiado.
Eso es ponerme en un potro.
Don Matías. Si no amára usted á otro...
Jacinta. Usted seria el amado.
Don Matías. Ya que victoria no cante,
Aunque la razon me sobre,
No es malo que aspire un pobre
A la primera vacante.
Jacinta. Basta. Merece castigo
Quien á la dama echa flores
De su amigo.
Don Matías. Hija, en amores
No hay amigo para amigo.
Jacinta. Pues de camarada fiel
Se la echa usted.
Don Matías. Estoy loco.
Anímeme usted un poco,
Y hoy mismo riño con él.
Jacinta. Busque usted mas alta gloria
Combatiendo al vandalismo,
Y vénzase usté á sí mismo,
Que es la mas noble victoria.
Don Matías. ¡Amonestacion discreta!
Mas quien mira esos encantos...
Jacinta. Déjeme usted con mil santos.
Yo no quiero ser coqueta.
Don Matías. Cruel...
Jacinta. (Lástima me da,
Mas el deber... ¡Y es buen chico!)
Don Matías. Tus ojos.
Jacinta. Calle usté el pico,
Que viene Pablo.
Isabel. (¡Allí está!)

(Se levantan viendo venir á don Pablo, y reparando en las damas los otros interlocutores se incorporan con ellas.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS, DON PABLO, DON ELÍAS.

Don Pablo. Me vienen perfectamente
Los tres mil reales y pico,
Y con la vida y el alma
Quedo á usted agradecido.
Jacinta. (Mi Pablo... No, no es posible
Que yo ponga mi cariño
En otro hombre.)
Don Elías. El interes
Es muy corto. Un veinticinco
Por ciento...
Don Pablo. Sí; en cuatro meses...
No me parece escesivo.
Don Elías. Ser servicial y económico
Son mis dotes favoritos.
Sin lo segundo no hiciera
Lo primero. Economizo,
Y de esta manera puedo
Ser útil á mis amigos.
Don Pablo. ¡Bien! Lo esplica usted á modo
De charada ó logogrifo.
Don Elías. No tomará usted á mal
Que estendamos un recibo...
Don Pablo. Sí, sí; que somos mortales.
Don Elías. No es decir que desconfio...
Ahí en el café lo pongo
En dos plumadas...
Don Pablo. Lo firmo,
Y estamos del otro lado.

(Se reune con los demas interlocutores. Don Elías va á entrar en el café, y á la puerta le detiene don Antonio.)

Cierto negocio preciso
Ha motivado mi ausencia...
Don Elías. Tengo prisa.
Don Antonio. Necesito...

(Siguen hablando los dos en voz baja.)

Don Pablo. Ahora soy todo de ustedes
Hasta ponerme en camino.

Isabel. (Le quièro mas que á mi vida,
Y me parece delito
El mirarle!)
Don Elías. Ya hablarémos.
Ya sabe usted donde vivo...
(¡Cuando el otro va á partir
Me detiene este maldito!)
Don Antonio. La hipoteca es abonada.
Don Elías. Bien, sí...
Don Antonio. Corrientes los títulos...
Si hoy no me socorre usted
Mañana me pego un tiro.
Don Elías. (No hay quién te lo pegue ahora!)
(*Con un pié dentro del café.*)
Verémos...
Don Antonio. Pero...
Don Elías. Lo dicho.

(*Se entra en el café.*)

Don Lupercio. Vamos á ver la columna.

(*A don Antonio y á don Mariano.*)

¿Qué hacemos en este sitio?
Don Antonio. Sí; vámonos. Señoritas,
A los piés de ustedes. Chicos,
¡Buen viaje!
Don Matías. ¡Abur!
Jacinta. Beso á ustedes
La mano.

(*Don Pablo está muy entretenido hablando con Jacinta desde que se acercó al corre.*)

Don Pablo. A Dios...
Don Lupercio. Si servimos
De algo...
Don Mariano. Que escribais...
Don Froilan. Señores...
¡Gracias á Dios que se han ido!

ESCENA VII.

JACINTA, ISABEL, DON PABLO, DON MATÍAS, DON FROILAN.

Don Matías. (Ellos en dulce coloquio
Y yo aquí siendo testigo...

Me largo con viento fresco,
Que es cruel este suplicio.)
La columna va á marchar
Y yo no me he despedido
De mi familia. ¡Madamas,
Hasta la vuelta!

Don Froilan. Repito...

Isabel. Buen viaje.

Jacinta. Abur, don Matías.

Don Matías. (¡Ah! voy hecho un basilisco.
Vosotros lo pagareis,
Soldados de Cárlos Quinto.)

ESCENA VIII.

ISABEL, JACINTA, DON PABLO, DON FROILAN, LUEGO DON ELÍAS, Y SIGUEN HABLANDO APARTE DON PABLO Y JACINTA.

Isabel. (¡Qué felices son! Y yo...
¡Suerte infeliz, suerte amarga
La de una mujer! Mis labios
Sella la vergüenza. El alma
Se me arranca, y yo no puedo
Decir: ¡ese hombre me mata!)

(*Se sienta afligida.*)

Don Froilan. Despacio la toman. ¡Mozo!
(*A la puerta del café.*)
La Gaceta. Nunca acaban
De hablar los enamorados.

(*El mozo le trae la Gaceta, se sienta y la lee. Sale don Elías del café con el recibo en la mano.*)

Don Elías. ¿No es droga que en estas casas
Nunca ha de haber un tintero
Corriente? Ya solo falta

(*Acercándose con el recibo en la mano á don Pablo, que entretenido con Jacinta no le ve.*)

Que firme usted...

Jacinta. Sí; mi Pablo,
Mi corazon se desgarra

Al verte partir. Si el freno
Del pudor no me atajára,
Tan briosa como amante
Te siguiera á la campaña.
Ni el agua, ni el sol, ni el frio,
Ni privaciones, ni balas
Entibiarian mi ardor.
Quizá á manejar las armas
Aprenderia de tí,
Y con tu amor alentada
Lidiaria defendiendo
La libertad sacrosanta;
Que tambien late en mis venas
La sangre zaragozana;
Y á ejemplo de las gloriosas
Heroinas que las águilas
En este suelo humillaron
De la usurpadora Francia,
Verter sabria mi sangre
En el altar de la patria.
Mas, ya que de este placer
Me privan leyes tiranas;
Ya que viva no te sigo,
Ya que el cielo nos separa,
He aquí mi retrato : toma,

(*Se lo da.*)

Bien mio, y amor le haga
Escudo que te defienda
De las enemigas lanzas.

Isabel. (¡Qué suplicio!)
Don Elías. Con permiso...
Don Pablo. ¡Ó don precioso! Tú inflamas

(*Besando el retrato que guarda luego en el pecho.*)

Mi valor, que con la pena
De ausentarme desmayaba.
Ahora me siento capaz
De las mayores hazañas.

Isabel. (¡Que no me muriera aquí!)
Don Elías. Con licencia de esa dama,
La firma...
Don Froilan. ¡Ah, señor don Pablo!

(*Levantándose, y acercándose á don Pablo.*)

Don Elías. (¡Este lloron me faltaba!)
Don Froilan. ¡Inútil valor! Inútil
Patriotismo! Está ya echada
La suerte. ¡Pobre nacion!
Volverá á gemir esclava.
El genio del mal persigue
A la miserable España.
Tanto afan, tantos tesoros,
Tanta sangre derramada
¿De qué han servido? La hidra
De la rebelion levanta
Sus cien cabezas. El cielo
Nos abandona... ¡No hay patria!
Don Elías. Mientras don Froilan parodia

(*A don Pablo.*)

La tragedia de Quintana,
Firme usted...
Don Pablo. Mucho me admiran,
Don Froilan, esas palabras
En boca de un Español,
De quien liberal se llama.
Cuando humillada en Bilbao
Toca á su fin la malvada
Faccion carlista, ¿habla usted
De hidras y de desgracias?
Don Froilan. Ya verá usted...
Don Pablo. Ese cuadro
Es el parto de una amarga
Misantropía... No quiero
Atribuirle otra causa.
Mas yo supongo que es fiel;
Que mil desastres amagan
Al estado; que peligra
La libertad. ¿Por ser ardua
La lid debemos acaso
Abandonar la demanda?
¿Ha de faltarnos el brio
Primero que la esperanza?
¿Doblarémos la cerviz
Antes de probar la espada?

Sacrificios; no clamores,
Teson, virtudes; no lágrimas
La nacion pide á sus hijos.
¿Cuál es mas pesada carga,
El fusil ó la cadena?
Con declamaciones vanas
No se desarma el contrario.
Si hoy se pierde una batalla,
No se recobra el honor
Sino venciendo mañana.

Jacinta. ¡Bien dicho!

Isabel. (¿Y no le he de amar?)

Don Elías. El recibito...

Don Froilan. La llaga
Es muy profunda, don Pablo.
Nuestras discordias infaustas
Nos llevan al precipicio.
Las pasiones enconadas
Nos ciegan : los pueblos gimen;
No hay dinero; esto no marcha;
No vamos todos á un fin;
Los partidos...

Don Pablo. Así hablan
El egoismo y el miedo.
En las tristes circunstancias
Se acrisola el patriotismo;
Y el que noble tiene el alma
No se deja dominar
De miras interesadas,
Ni de ocultas influencias,
Ni de pasiones bastardas.
En tierra por tanto tiempo
Con las lágrimas regada
De mísera esclavitud,
Fácilmente no se planta
El árbol de libertad.
Donde un hombre solo manda,
Y los demas obedecen
Sumisos, ciegos, es llana
La ciencia de gobernar;
Pero es forzoso que haya
Encontradas opiniones
En un pueblo que trabaja
Por regenerarse. ¡Y qué!

Porque tengamos en casa
Disputas, ¿olvidarémos
A la faccion de Navarra?
¿No hay un comun enemigo
A quien osado combata
Quien blasone de patriota?
Hoy argüir en la plaza,
Lidiar mañana en el campo;
Hoy en el cuerpo de guardia,
Y mañana en la tribuna;
Hoy votar que haya dos cámaras,
Mañana andar á balazos
Para no quedar sin nada;
Hoy escribir un artículo
Contra el ministro que no anda
Derecho, y mañana dar
Un buen susto á Sopelana.
¿Es esto acaso imposible?
En el establo regañan
Los alanos entre sí,
Mas contra el lobo se lanzan
Siempre que le ven hambriento
Perseguir á la manada.
Senado y pueblo romano
En el foro se acosaban,
Pero solo al enemigo
Era funesta su saña.
Deponga el buen Español
Sus rencillas ante el ara
De la hermosa libertad;
Y pues á todos aguarda,
Moderados y exaltados,
Servidumbre, muerte, infamia,
Si ciñe Cárlos un dia
La diadema soberana,
Acuda animoso adonde
La voz del honor le llama;
Y mientras una bandera
Liberal se alce en España,
Ella á combatir le guie
Contra la servil canalla.

Don Elías. Y el que diga lo contrario
Es un pancista, es un mandria.
Don Pablo es buen caballero,

Y así maneja la espada
Como la pluma. A propósito :
¿Quiere usté hacerme la gracia
De firmar...?

Don Pablo. ¡Ah! Sí. El recibo...

(*Va á entrar en el café, y le detiene don Froilan.*)

Vamos...

Don Froilan. Nadie me aventaja
En patrio amor; mas al ver
Tantos errores y tantas
Calamidades confieso
Que mi corazon desmaya.
¡Ay don Pablo! Rara vez
Mis presentimientos fallan.
El yerro mayor de Troya
Fué no escuchar á Casandra.
Crea usted á un fiel amigo.
No salga usted á campaña.

Jacinta. ¿Porqué?

Don Pablo. ¡Es honroso el consejo!

Isabel. (¡Si pudiera hablar!)

Don Froilan. La baja
De un hombre, sea quien fuere,
No es tan grave importancia...
Quédese usté en Zaragoza.

Don Pablo. ¡Bravo! Si esa cuenta echàra
Cada cual, pronto estaríamos
En una paz octaviana.

Don Froilan. ¡Mire usted que ya en el cielo
Leyendo estoy una página
¡Sangrienta! Ya en mis oidos
Está silbando la bala
Homicida! ¡Ay infeliz!
En vez de bélica palma,
Tu generoso ardimiento
Va á buscar... ¡una mortaja!

Isabel. (¡Maldita tu boca sea!)

Jacinta. ¡Ah! ¿Qué estás diciendo? Calla.
¿Porqué afligirnos así?
¡Qué idea...!

Don Pablo. Ba! Es una chanza.
Si yo creyese en agüeros

Seria un poco pesada.
Pero, en fin, morir lidiando
Por la mejor de las causas
Es muerte gloriosa.

Jacinta. ¡Ah! No,
Dios oirá mis plegarias...

Don Pablo. Solo por tí lo sintiera.
Por lo demas, no me espanta
La muerte á mí. Y casi, casi,
Muriera de buena gana
Solo por dar un petardo
A mis acreedores.

Don Elías. ¡Cáscaras!

Jacinta. Vamos, deja ya esa broma.

Don Elías. (¡Ah! si no firma y le matan...)
Vamos, don Pablo. Esa firma...

Don Pablo. Vamos...

(*Tocan dentro llamada y tropa. Isabel se levanta.*)

Don Froilan. ¡Ya suenan las cajas!

Jacinta. ¡O pena!

Isabel. (¡Amargo momento!)

Don Elías. (Voto á!..) Si usted me firmára...

Don Pablo. ¡A Dios, bien del alma mia!

(*Abrazando á Jacinta.*)

La ausencia no será larga.
¿Serás fiel?

Jacinta. Hasta la tumba.
¡Oh! Poco he dicho. La llama
Que abraza mi corazon
Ni en el sepulcro se apaga.

Don Elías. (Los momentos son preciosos.
Traeré el tintero...) ¡Despacha!

(*A un mozo desde la puerta del café.*)

¡Un tintero! (Por el gusto
De que yo me ahorque de rabia
Se hará matar.)

Don Pablo. En tus ojos
Prisionera dejo el alma.

Jacinta. ¡A Dios!... ¡la pena me ahoga!

(*Solloza.*)

Mi corazon te idolatra
Mas de lo que yo creia.
Si mi desventura es tanta
Que por la postrera vez
Tu Jacinta fiel te abraza,
¡Ay! te seguiré muy pronto
A la tumba solitaria.
¡A Dios!

Don Pablo. ¡A Dios!

(*Desprendiéndose de sus brazos.*)

Don Froilan. ¡Caro amigo!

(*Abrazando á don Pablo.*)

Don Elías. (No me dejan meter baza

(*Con el papel en una mano y el tintero en la otra.*)

El amor y la amistad.)

Don Froilan. ¡A Dios! La lengua me embarga
El sentimiento...

Don Pablo. ¡Qué llantos!...

(*Volviendo á Jacinta, que llora.*)

Aunque me fuese á la Habana...

(*Yéndose.*)

Ea, á Dios... No mas... A Dios...

sabel. (¡Y á mí no me dice nada!)

(*Con amargura y llorando.*)

Don Elías. ¡Don Pablo!... Señor don Pablo!...

Dou Pablo. ¡Pobre Isabel!... Me olvidaba..

(*La abraza.*)

Venga un abrazo.

Isabel. (¡Ah, Dios mio!)

(*Estremecida de gozo.*)

Don Pablo. Caso usted á esta muchacha,
Don Froilan. Está tan triste...
A Dios. Cuídame á tu hermana.

Isabel. (¡Infeliz!...) Así lo haré.

Don Elías. Antes de romper la marcha...

(*Viendo don Pablo que don Elías se dirige á él con los brazos abiertos, le estrecha en los suyos, y ruedan por tierra papel y tintero.*)

Don Pablo. Sí. ¡A Dios, don Elías!
Don Elías. (En vez de firmar me abraza...
¡A Dios, tintero! El papel...)
Jacinta. ¡Pablo!
Don Pablo. ¡Jacinta!

(*Le da el último abrazo, y vase corriendo.*)

Don Elías. Mal haya...

(*Buscando la pluma despues de haber recogido el tintero.*)

¡Don Pablito!... ¡Echale un galgo!
¡Don Pablo!... ¿Ya quién le alcanza?

(*Arroja enfadado el tintero.*)

ESCENA IX.

Los mismos, menos DON PABLO.

Jacinta. Vamos á verle marchar...
Don Froilan. No. La gente... Los caballos...
¡Eh! ya no es tiempo... Y los callos
Que no me dejan andar...
¡Esta noche gran escarcha!
Don Elías. (¡Ahí es un grano de anis!
¡Diez onzas!)
Jacinta. Vamos...

(*Una música militar toca marcha á lo lejos.*)

Don Froilan. ¿Ois?
Partió. Ya suena la marcha.
Jacinta. ¡No podré vivir sin él!
Don Elías. ¡Libertale de un balazo,
Vírgen del Pilar!
Don Froilan. El brazo,

(*Da el brazo á Jacinta.*)

Y á casa. Usted á Isabel.

(*Don Elías da el brazo á Isabel.*)

Don Elías. Con mucho gusto. (¡Qué bella!
Esto alivia mi dolor.
A estar de mejor humor
Hoy me declaraba á ella.)
Don Froilan. ¿Qué hace usted tan pensativo?
Ande usted.
Jacinta. ¡Qué desconsuelo!
Isabel. (Me ha dado un abrazo. ¡O cielo!)
Don Elías. (¡No me ha firmado el recibo!)

ACTO SEGUNDO.

LA MUERTE.

ESCENA PRIMERA.

Sala en la casa de don Froilan. A la derecha del actor la puerta que conduce á la de la escalera: á la izquierda otra que guia á las habitaciones interiores, y otra en el foro con vidriera y cortinas. Muebles decentes, y entre ellos una mesa con escribanía.

ISABEL, SENTADA JUNTO A UN VELADOR DONDE HABRA VARIOS PERIÓDICOS, Y ACABANDO DE LEER UNO.

Ni cartas confidenciales,
Ni partes, ni conjeturas
Siquiera... Desde que entró
La brigada en Cataluña
No ha vuelto á saberse de ella.
¡Qué suerte será la suya!
No escribir en tantos dias
Don Pablo... ¡Mortal angustia!
¿Habrán sido derrotados
Por esas hordas inmundas
Nuestros valientes? Tal vez
Alguna emboscada, alguna
Sorpresa... Pero muy pronto
Las malas nuevas circulan.
Parciales y confidentes
Tiene la rebelde turba
Donde quiera, y cuando callan

Es seguro que no triunfan.
Esta reflexion me vuelve
La esperanza. Sí, me anuncia
El corazon...

ESCENA II.

ISABEL, DON FROILAN.

Don Froilan. ¡Hola! cómo
Te aplicas á la lectura
Estos dias; ¿tambien tú
Te aficionas como muchas
A las cuestiones políticas
Mas que á la plancha y la aguja?

Isabel. A todos nos interesa
Saber quién vence en la lucha
Funesta que nos divide.

Don Froilan. Eso ya no admite duda;
Al fin cantarán victoria
Don Cárlos y la cogulla.
Ya todo esfuerzo es inútil.
Nuestro mal no tiene cura.
La libertad es aquí
Planta exótica, infecunda.
La sociedad se desquicia,
Y la patria se derrumba.

Isabel. (*Entre dientes.*)
Si como tú se echan todos
En el surco...

Don Froilan. ¿Qué murmuras?
Yo soy un buen ciudadano;
Yo siento que la fortuna
Nos vuelva la espalda, y son
Mis intenciones muy puras;
Pero, en fin, estaba escrito
Allá arriba, y es locura...
Repasaré esos periódicos
Sin embargo. Ni disputas
Políticas, ni noticias
Busco en ellos: son absurdas
Comunmente las primeras
Y fatales las segundas;

Pero en tanto que me sirven
El desayuno, me gusta
Recrearme con un trozo
De amena literatura,
Descifrar una charada,
Reirme con una pulla...
Así me distraigo un poco,
Y las lágrimas se enjugan
Que á mi corazon arrancan
Las calamidades públicas!

(*Se iba con los papeles, y vuelve.*)

¡Ah! ¿Viene aquí alguna nueva
De nuestra marcial columna?

Isabel. ¡Nada!

Don Froilan. ¡Pues! Lo que yo digo!
¡Pereció! ¡Todo se frustra!
Habrán caido en poder
De esa maldecida chusma.
La falta de direccion...
Alguna mano perjura
Sin duda los hizo presa
De *Tristany ó Camas-Cruas.*
¡Qué dolor de juventud!
La flor de Césaraugusta...
¡O amigo! Soy con usted.

(*A don Elías que entra.*)

¡Qué horror!... El almuerzo, Bruna.

(*Yéndose.*)

ESCENA III.

ISABEL, DON ELÍAS.

Isabel. (¡Ay desgraciada! su triste
Presagio me hace temblar.)

Don Elías. (Yo la voy á declarar
Mi amor... y *laus tibi, Christe.*)
Para un asunto de urgencia,
Que diré en lenguaje esplícito,
Concédame usted, si es lícito,
Cuatro minutos de audiencia.

Yo la amo á usted. Mas conciso
Ningun amante seria,
Y es que entra en mi economía
No hablar mas de lo preciso.
En paz y en gracia de Dios
Que hemos de vivir entiendo;
Y no es maravilla, siendo
Capitalistas los dos.
Mi caudal es la salud,
El dinero y la alegría;
Y el de usted, señora mia,
La hermosura y la virtud.
(Paso en silencio su dote,
Que es lo que mas me acomoda.)
Ajustemos pues la boda,
Y casémonos á escote.
Mucho vale el ser hermosa:
Mi amor sea el testimonio;
Pero un rico patrimonio
Tambien vale alguna cosa.
No sé qué será peor
En este mundo embustero;
Si hermosura sin dinero,
O dinero sin amor;
Mas siempre que á lo segundo
Lo primero unido va,
Allí la ventura está;
O no hay ventura en el mundo.
Aunque en la ciudad se suena
Que soy dado á la avaricia,
Comer bien es mi delicia...
(Cuando como en casa agena.)
Ello sí, como está en moda,
La economia cursé,
Y á todo la aplicaré...
Menos al pan de la boda.
Poco avaro en fin soy yo
Cuando á casarme me allano.
¿Con que... acomoda mi mano?
Responda usted; sí, ó no.

Isabel. Aunque debo celebrar
Con mas risa que sorpresa
El sumo donaire de esa
Declaracion singular,

Merece el que así me honró
Igual franqueza de mí.
No puedo decir que sí.

Don Elías. ¿Luego dice usted que no?
¡Cruel mujer!

Isabel. No. Sincera.

Don Elías. ¡Tal desvío á mi pasion!
¡Ah! ¿Tiene usted corazon?

Isabel. ¡Ojalá no le tuviera!

Don Elías. Si no ha de ser para mí,
Si otro hombre le cautivó...

Isabel. No puedo decir que no.

Don Elías. ¿Luego dice usted que sí?
¿Habrá fortuna mas perra?
¿Habrá mujer mas ingrata?
Si dice que no, me mata;
Si dice que sí, me entierra.

Isabel. ¿Ay, don Elías, que el cielo
Con mayor mal me atormenta!
Ese no que usted lamenta
Fuera para mí un consuelo.

Don Elías. ¡Cómo!...

Isabel. Basta ya, si es chanza.
Si habla usted de veras...

Don Elías. Sí.
Oh!...

Isabel. Yo no tengo, ¡ay de mí!
Ni puedo dar esperanza.
Con harta pena lo digo.

Don Elías. ¡Qué va á ser de mí, Isabel!

Isabel. Sea usted mi amigo fiel...
Yo he menester un amigo.

Don Elías. Algo mas quise alcanzar;
Mas lo seré. (Y me conviene,
Porque al fin y al cabo tiene
Haciendas que administrar.)

ESCENA IV.

Los mismos, JACINTA.

Jacinta. ¡Oh, que está aquí don Elías!
Lo celebro mucho.

Don Elías. Siempre

A los piés de usted. ¿Qué tal,
Hay noticias del ausente?

acinta. Ninguna. Nada se sabe
Ni hay cartas, ni los papeles
Públicos me dan indicios
De si vive ó de si muere.

on Elías. No es estraño que en la guerra
Los correos se intercepten;
Mas no tenga usted cuidado,
Porque la faccion rebelde
O no osará combatir
Con nuestra tropa valiente,
O pagará su osadía
Muy cara.

acinta. ¡Pero tenerme
Sin saber de él tanto tiempo!
Si es cierto que bien me quiere,
Cómo no ha hallado camino
Para hablarme de su suerte,
De su amor... su amor...! Jacinta.
Ya tal vez no lo merece.
Quizá á los piés de otra dama
Há puesto ya sus laureles.

sabel. No digas tal de don Pablo,
Pues ningun motivo tienes
Para dudar de su fé.

acinta. ¡Ah, que la ausencia es la muerte
Del amor! Los hombres...

on Elías. Son
Pérfidos, inconsecuentes...
¡Hombres! Oh! Yo no los quiero...
Me gustan mas las mujeres.

Un ciego. *(Gritando dentro.)* El suplemento al Patriota aragonés que acaba de salir ahora nuevo, con noticias interesantes.

sabel. ¿Qué grita ese ciego? Oigamos...

acinta. Suplemento...

sabel. (Ay Dios! Si fuese...)

El ciego. Con la completa derrota de la faicion del Canónigo, por la columna que salió de esta capital en su persecucion.

sabel. ¿Has oido...? Ah! don Elías...

acinta. ¡Qué gozo!

sabel. Corra usted, vuele...

Don Elías. El suplemento... Sí... Voy...
(Es chasco que se me peguen
Los cuartos...) No tengo suelto...

Isabel. ¡O Dios mio!...

Jacinta. Aquí habrá.

(*Dándole el ridículo, del cual saca cuartos don Elías.*)

Don Elías. Nueve...
Diez... Hay bastante.

Jacinta. ¡Qué plomo!

Isabel. ¡Vamos!

Don Elías. Si lo saco en siete...

(*Yéndose.*)

ESCENA V.

JACINTA, ISABEL.

El ciego. El suplemiento al Patriota aragonés que ahora acaba de salir nuevo, con la derrota... ¿Quién llama?

Isabel. Ya los afanes cesaron.
Nuestros milicianos vencen.
Pronto á los dulces hogares
Volverán... ¡Ah! Cuán alegre
Estoy...!

Jacinta. ¡Pablo de mi vida!
Vuelve á mis brazos. ¡Oh! vuelve
La dicha á mi corazon.

ESCENA VI.

LAS MISMAS, DON ELÍAS CON UN IMPRESO.

Don Elías. ¡Victoria! Escuchen ustedes.

(*Lee.*)

« La columna espedicionaria de Zaragoza ha dado
« un dia de gloria á la nacion. La gavilla del mal-
« vado Canónigo ha sido batida, destrozada á las
« inmediaciones de Gandesa. Así lo afirma de oficio
« el alcalde constitucional de dicha villa, y se espera
« de un momento á otro el parte circunstanciado.

« Mientras llega y lo publican las autoridades, no
« queremos retardar á nuestros lectores tan fausta
« noticia. Nuestros bizarros milicianos han rivalizado
« en pericia y valor con las beneméritas tropas que
« han tenido parte en la accion. ¡Viva la libertad!
« ¡Viva Isabel II! »

Isabel. ¡O cielo! Yo te bendigo.
Don Elías. Doy á usted mil parabienes,
Jacinta.
Jacinta. ¡Y Pablo no escribe!
Isabel. Querrá tal vez sosprenderte...
Don Elías. Aquí viene don Froilan.
¡Qué cara de *miserere!*

ESCENA VII.

Los mismos, DON FROILAN.

Don Froilan. Todo el barrio se alborota;
Los ciegos van dando gritos...
¿Qué anuncian esos malditos?
Sin duda, alguna derrota.
Jacinta. Derrota. Tienes razon.
Don Froilan. ¿Lo veis? ¡O dias aciagos!
Isabel. Mas quien llora sus estragos
Es la enemiga faccion.
Don Froilan. Dirán que es suyo el reves,
Mas yo temo que en el lance....
Don Elías. ¡Oh...! Lea usted el alcance
Del Patriota aragonés..

(Le da el impreso, y lo lee para sí don Froilan.)

Jacinta. En todo ve mal agüero.
Isabel. En nada encuentra placer.
Don Elías. Corneja debia ser
Ese hombre, ó sepulturero.
Don Froilan. Es muy vaga la noticia.
Es atrasada la fecha...
Si fué la faccion deshecha,
¿Qué se hizo nuestra milicia?
En la guerra hay mil azares;

Y, ademas, la exactitud
No siempre fué la virtud
De los partes militares.
Muchos planes y cautelas,
Y marchas y contramarchas,
Y tempestades y escarchas,
Y curvas y paralelas.
Mucho de causar zozobras
A las fuerzas enemigas;
De encarecer las fatigas,
De describir las maniobras;
Mucha recomendacion;
Mucho de Roma y Numancia;
¿Y qué nos dice en sustancia
El gefe de division?
Que anduvimos cuatro leguas;
Que el faccioso echó á correr
Dejando en nuestro poder
Una mochila y dos yeguas;
Que allí hubieran muerto muchos
De la gavilla perjura
A no ser la noche oscura
Y á no faltar los cartuchos;
Que el cabecilla vasallo
Huyó á tiempo de la quema
Y se salvó... por la estrema
Ligereza del caballo;
Que por falta de refuerzo
Deja el campo de batalla
Y va á esperar la vitualla
A Villafranca del Vierzo;
Que envian francas de portes
Diez cruces de San Fernando;
Y concluye suplicando
Al ministro y á las córtes
Que sin exigir recibo
Le traigan los maragatos
Seis mil pares de zapatos
Y un millon en efectivo.

Jacinta. Gefes hay que en tu pintura
Su historia acaso verán;
Pero no todos, Froilan,
Merecen esa censura.

Isabel. Ver siempre males eternos

Es fatal filosofia.

Don Elías. Se previene por si un dia
Va á parar á los infiernos.

ESCENA VIII.

Los mismos, RAMON.

Ramon. Esta carta para usted.

(*Da una carta á Jacinta.*)

Jacinta. ¡Es letra de don Matías!
¿Y don Pablo?... ¿No hay mas cartas?

Ramon. No hay mas que esa, señorita.

ESCENA IX.

JACINTA, ISABEL, DON FROILAN, DON ELÍAS.

Isabel. ¡No escribir don Pablo! (¡O Dios!)

Don Froilan. Eso me da mala espina.

Jacinta. ¡Qué ingratitud!

Don Elías. Abra usted
Pronto esa carta, Jacinta,
Y saldrémos de inquietudes,
Y ahorrarémos profecias.

Jacinta. (*Abre la carta y lee.*) « En el mismo campo de ba-
« talla, cubierto de cadáveres enemigos, me apresuro
« á participar á usted la victoria de nuestras armas.
« Los restos de la faccion huyen dispersos y aterra-
« dos, y una parte de la columna los persigue y
« acosa en todas direcciones. Yo tambien parto ahora
« en su seguimiento. La pérdida del enemigo es
« grave, la nuestra muy corta : cuatro soldados
« muertos y unos veinte heridos, todos de tropa... »

Isabel. (¡Ah! Respiro.)

Don Elías. (*A don Froilan.*)
¿Lo ve usted?

Don Froilan. Déjela usted que prosiga
Leyendo, y harto será
Que alguna mala noticia...

Jacinta. Lo demas son cumplimientos,
Memorias, galanterías...
¡Es tan fino ese muchacho!
En el campo, entre las filas,
Rendido acaso del hambre,
De la sed, de la fatiga,
Me escribe tan obsequioso;
¡Y al que en la amarga partida
Me juró constancia eterna
No le merezco dos líneas!
Así son todos los hombres.
¡Necia la que en ellos fia!
Isabel. No habrá podido escribir.
Don Elías. Muchas cartas se estravian...
Don Froilan. Mi corazon es leal.
No en vano me lo decia.
Don Pablo es un aturdido.
Engolfado en la milicia,
Y no sé acuerda de tí.
Isabel. (¡No tuviera yo esa dicha!)
Don Froilan. Alguna linda patrona
En sus brazos le cautiva.
Isabel. (¡Ay! ¡Eso no!)
Jacinta. ¡Quién creyera
Que su amor fuese mentira!

Una ciega. (*Dentro.*)

¡El supimiento al Boletin oficial! ¡El supimiento estraordinario!

Isabel. ¿Habeis oido? Otro parte
Sin duda...
Don Elías. Será la misma
Relacion...
Jacinta. Manda á comprarlo,
Froilan.
Don Froilan. Alguna engañifa...

ESCENA X.

LOS PRECEDENTES, RAMON.

Ramon. Aquí está el impreso.
Don Elías. Venga.

Ramon. Parece que se confirma...
Don Froilan. Bien está, sí. Ya sabemos
Leer. Vete á la cocina.

ESCENA XI.

LOS MISMOS, MENOS RAMON.

Don Elías. (*Lee.*) « Capitanía general de Aragon. Hago saber « al público para su satisfaccion que los rebeldes « han sido en efecto batidos completamente entre « Mora y Gandesa por la valerosa columna de mili- « cianos y tropa que salió últimamente de esta ca- « pital. Mientras se imprime y publica el parte cir- « cunstanciado, me complazco en asegurar á este « heróico vecindario que nuestra pérdida solo ha « consistido en seis hombres muertos, entre ellos un « oficial, y diez y ocho heridos, ascendiendo la del « enemigo á ciento veinte de los primeros, sobre « trecientos de los segundos, y mas de quinientos « prisioneros. ZARAGOZA, etc. »

Isabel. ¡Ah! ¿Quién será ese oficial
Muerto? ¿Será por desdicha...
Don Pablo?
Don Froilan. ¡Pues! ¡Si lo dije!
Jacinta. ¡Jesus, qué fatal mania
De presagiar infortunios!
Don Elías. Si alguno de la milicia
Hubiera muerto en la accion,
En su carta lo diria
Don Matías.
Jacinta. Cierto. Esa
Reflexion me tranquiliza.
Don Froilan. Aun seguian nuestras tropas
A las huestes fugitivas
Cuando se escribió la carta;
Esto y el no haber noticias
De don Pablo hacen temer
Que alguna bala enemiga
Abrevió ¡desventurado!
La carrera de sus dias.
Isabel. ¡Ah! Fundado es su temor!
Jacinta. Que lo tema y no lo diga.

Parece que se deleita
En afligir...

Don Elías. ¿Y no habia
Mas oficiales allí?
¿Qué razon nos autoriza
Á suponer que entre tantos
Tocó á don Pablo la china?
Otro pudo ser el muerto;
Quizá el mismo que escribia
Tan gozoso...

Jacinta. ¡Oh! Sí. Quién sabe...
Dice en su carta que él iba
Á marchar segunda vez
Contra la infame gavilla.

Don Froilan. Pues bien; el uno ú el otro,
Ya no hay duda, han sido víctimas.
¡Tal vez entrambos! ¡O guerra!
¡Guerra infausta, fratricida!
¡Pobres muchachos!... En fin,
Estaba escrito allá arriba!
No han de dar vida á los muertos
Nuestras lágrimas tardías.
Yo me voy á mis negocios.
Esas cosas me contristan
Sobremanera. De hoy mas
Nadie me hable de política.
Soy sensible... ¡Eh! No lloreis...

(A Jacinta é Isabel.)

Dios guarde á usted, don Elías.

ESCENA XII.

ISABEL, JACINTA, DON ELÍAS.

Don Elías. Maldita sea tu estampa,
Y otra vez sea maldita.
¿Porqué no lleva á una gruta
Su negra misantropía?
Malo está ese hombre. Yo creo
Que padece de ictericia.

Jacinta. (¡Mi Pablo! Será posible...
¡La prenda del alma mia!

¡Ah! ¡Qué amargura! Y el otro...
El amable don Matías...
Lástima fuera por cierto...)

Don Elías. (Y ello,... si bien se examina...
No es temerario el pronóstico.
Lo cierto es que los carlistas
No tiran con algodon.
Broma pesada seria
Haberse muerto don Pablo
Dejándome á mí *per istam*
Sin cobrar aquella cuenta,
¡Y en circunstancias tan críticas!)

Isabel. (Saber la verdad anhelo,...
Y tiemblo de descubrirla.)

Jacinta. (¡Tan bizarros y morir
En lo mejor de su vida!)

Don Elías. (Diez onzas me debe el uno
Y el otro solo una fina
Amistad. Si el uno de ellos
Espiró, vírgen santísima,
¡Que sea el vivo don Pablo
Y el difunto don Matías!)

Isabel. (No quiero que nadie muera;
Quiero que don Pablo viva,
Aunque otra mujer le goce,...
¡Y yo me muera de envidia!)

Don Matías. (*Dentro.*)

¿Dónde están?

Jacinta. ¡Qué oigo!

Isabel. Esa voz...

ESCENA XIII.

Los mismos, DON MATÍAS.

Don Elías. ¡Amigo!

Isabel. ¡Cielos!

Don Matías. ¡Jacinta!

Jacinta. ¡Bien venido el vencedor!

Isabel. ¿Y don Pablo?

Jacinta. ¡Cuánto polvo!

Don Matías. Apenas hace una hora

Que llegué...

Isabel. Pero...

Don Elías. Usted solo...

Don Matías. Solo. Yo he traido el parte
De nuestro triunfo glorioso.
En casa del general
Me han tenido hasta hace poco;
He abrazado á mi familia,
Y sin quitarme este lodo
Vengo á saludar á ustedes.

Jacinta. ¿Y sabes que viene gordo,
Isabel? Pero don Pablo...

Isabel. ¡Ah! ¿Qué es de él? ¿Vive?

Don Matías. El destrozo
Del enemigo fué grande;
Pero los humanos gozos
¡Cuán rara vez son completos!

Jacinta. Cómo...

Isabel. ¡Acabe usted!

Don Matías. El rostro
De la fortuna no siempre
Sonrie al valor heróico.

Jacinta. Será posible...

Isabel. ¡Ah! Murió!

Jacinta. ¡Cumplióse el fatal pronóstico
De Froilan!

Don Matías. Siento afligir
A ustedes. Su ciego arrojo...

Isabel. ¡Ay dolor! ¡Ay desventura!

(Se deja caer en una silla, y llora amargamente.)

Don Elías. (¡Mi dinero!) ¡Pobre mozo!...

Jacinta. Bien mi corazon temia...

Don Matías. Justo es, Jacinta, ese lloro;
Mas si la flor de su vida
Cortó el enemigo plomo,
Al menos murió vengado,
Y en los siglos mas remotos
Vivirá inmortal su nombre.

Isabel. ¡Dios mio! Salvarse todos,
Y él solo morir!

Jacinta. ¡Mi Pablo!

Don Matías. Persiguiendo á los facciosos

Con mas valor que cautela...

Isabel. ¿Y nadie le dió socorro?

Don Matías. ¿Y quién detiene una bala
Traidora? En su ciego encono
Contra la servil caterva
Se desvió de nosotros
Demasiado cuando ya
La columna, despues de ocho
O diez horas de pelea,
Necesitando reposo,
Se acantonaba triunfante
En los pueblos del contorno.

Jacinta. ¡Ah! ¿Quién se lo hubiera dicho?
¡Infeliz!

Don Elías. (¡Diez onzas de oro!)

Isabel. ¡Y abandonado en el monte
Será presa de los lobos
Su cadáver insepulto!
Y quién sabe si esos monstruos
Ceban la impotente saña
En sus sangrientos despojos!
¡Ah!

(*Queda abismada en su dolor.*)

Don Elías. ¡Qué horror!... Murió sin duda
Ab intestato.

Don Matías. Supongo...

Don Elías. (Y no tenia herederos
Forzosos... ¿De dónde cobro?
¿De quién reclamo?... Ese hombre
Estaba dado al demonio.
¿A quién le ocurre morirse
Sin arreglar sus negocios?)

(*Se sienta en otra silla junto á Isabel, y de cuando en cuando la dirige la palabra como para consolarla.*)

Don Matías. Tambien yo corrí peligro
De quedar allí.

Jacinta. (*Con interes.*)
¿Pues cómo?...

Don Matías. Me pasó el chaco una bala,
Y otra me alcanzó en el hombro.

Jacinta. ¡Cielos! ¿Fué grave la herida?
Don Matías. No; me lastimó muy poco.
Venia cansada. Y siento
No haber caido redondo
En el campo de batalla.
Jacinta No diga usted despropósitos.
Don Matías. Mas vale morir amado
Que pasar el purgatorio
En vida siendo el objeto
Del menosprecio, del odio
De una ingrata.
Jacinta. ¿Y es posible
Que cuando lloran mis ojos
La desgracia de don Pablo,
Usted me hable de ese modo?
Don Matías. ¡A! Si el muerto fuese yo,
No bañára usted su rostro
En lágrimas de amargura.
Jacinta. ¿Porqué no? ¿Soy algun tronco
Insensible?
Don Matías. Usted me dijo...
Burla fué; bien lo conozco,
Que me amaria á no estar
Comprometida con otro.
Jacinta. Y crea usted... ¡Pero, ay Dios!
Dejemos ese coloquio.
Necesito desahogar
Mi corazon en sollozos.
No debo pensar ahora
Sino en mi Pablo. Aun le oigo
Decirme el último á Dios
Tan tierno, tan amoroso...
¡Y eterna fidelidad
Le juré yo! Si de pronto
Aquí se alzára su sombra
¡Cuál seria mi sonrojo!
Don Matías. No. Don Pablo desde el cielo
Aprueba nuestro consorcio.
¿Sabe usted lo que me dijo...
(Apelemos al embrollo)
Cuando rompimos el fuego
Contra el rebelde Canónigo?
« Tu eres mi mejor amigo,
« Matias. Si cierro el ojo,

« A tí dejo encomendada
« Mi Jacinta. Sé su esposo,
« Y el Ser Supremo bendiga
« Vuestro casto matrimonio. »

Jacinta. ¿Eso dijo?

Don Matías. ¡Ah, sí señora;
Y lo dijo con un tono
De solemnidad profética
Que llenó mi alma de asombro!

Jacinta. ¡Pobrecillo! ¡Ay Dios! Ahora
Con mas motivo le lloro.

Don Matías. Yo tambien lloro y me aflijo,
Y mas cuando reflexiono,
Jacinta, que no merezco
Heredar tanto tesoro.

Jacinta. Merecerlo... ¡ah! Sí...

Don Matías. ¿De veras?
Esa palabra es el colmo
De mi gloria.

Jacinta. ¿Yo que he dicho?
Por ahora nada respondo.
La memoria de don Pablo
Es un cordel, es un tósigo
Que me mata. Si algun dia
La paz del alma recobro...

Don Matías. ¡Bien mio!

Jacinta. ¡Ah! Váyase usted,

(*Bajando la voz.*)

Que no estamos entre sordos.

Don Matías. (Dice bien.)

Jacinta. Usted vendrá
Fatigado, y es forzoso
Descansar.

(*Siguen hablando aparte.*)

Don Elías. (No me responde.

(*Se levanta.*)

Veo que en vano la exhorto
A consolarse. ¿Y á mí
Quién me consuela? Hoy no como
De pena... aunque esto no entraba

En mis planes económicos.
Vámonos de aquí.) Señora...

Don Matías. Si viene usted hácia el Coso,
Vamos juntos. Señoritas...

(*Bajo á Jacinta.*)

No olvide usted que la adoro.

(*Alto.*)

Hasta luego.

Jacinta. A Dios, señores.

Don Elías. (Otra vez yo ataré corto
Al que me pida dinero
Sin recibo... y testimonio
De no morir insolvente,
No vuelvo á prestar al prójimo.)

ESCENA XIV.

ISABEL, JACINTA.

Jacinta. ¡Tu, Isabel, llorando así!
Me admira tu amargo duelo.
¿Habrá de darte consuelo
Quien lo esperaba de tí?

Isabel. ¡Viendo en mi frente la pena

(*Se levanta.*)

Dices que admirada estás!...
Yo debo admirarme mas
De ver la tuya serena.

Jacinta. ¡Ah, que es mucha mi afliccion
Aunque ves mi rostro enjuto!

Isabel. Cuando en el rostro no hay luto
No hay pena en el corazon.

Jacinta. Sabe el cielo...

Isabel. Sabe el cielo
Que en desesperado amor
No es verdadero dolor
Dolor que pide consuelo.
No hipócrita al cielo implores.
¡Aun el cuerpo no está frio

Del que te dió su albedrío,
Y de otro escuchas amores!

Jacinta. Siempre me amó don Matías;
Y aunque en tan mala ocasion
Me recuerda su pasion
Yo no sé hacer groserías.
No es culpa mia, Isabel,
Que ese muchacho me quiera:
Ni porque Pablo se muera
He de enterrarme con él.
Yo le amé mientras vivió;
Si el cielo cortó sus dias,
Y no ha muerto don Matías,
¿Puedo remediarlo yo?
No es decir que esté dispuesta
A admitir amante nuevo,
Aunque en justicia no debo
Darle una mala respuesta.
Don Pablo, que era su amigo,
Le dijo que si él moria,
Y yo en ello consentia,
Se desposase conmigo.
Harto en mi dolor demuestro
Cuán de veras he sentido
Que se haya ¡ay de mí! cumplido
Aquel presagio siniestro;
Mas yo ahora te pregunto:
¿Si al otro llego á querer,
Hago mas que obedecer
La voluntad del difunto?

Isabel ¿Su voluntad? ¡Impostura!
¡Maldad! Quien de veras ama
Con el amor que le inflama
Desciende á la sepultura.
Si el pago que tú le das
Sabido hubiera al morir,
Pudiérate maldecir,
¿Pero olvidarte? ¡Jamas!
Así tu lengua le infama!
¿Qué amante, si de este nombre
Es merecedor, á otro hombre
Deja en herencia su dama?
No; que es la dulce mitad
De su alma, y en la agonía

Tras sí llevarla querria
A la inmensa eternidad.

Jacinta. Tanta exaltacion me asombra
Y tan estraña amargura.
¿Le amabas tú por ventura,
Que así defiendes su sombra?

Isabel. Le amaba... ¿Qué dijo? le amo,
Le idolatro todavía,
Y él solo me arrancaria
Las lágrimas que derramo.
Él ignoró mi tormento,
¡Triste ley de la mujer!
Y ni aun pude merecer
Cortés agradecimiento.
Ahora sin rubor quebranto
Del silencio la cadena;
¡Ahora que la dicha agena
No turbaré con mi llanto!
Ya no temo adversa suerte,
Ni rivales, ni baldon.
Sagrada es ya mi pasion.
¡La divinizó la muerte!

Jacinta. ¿Tu le amabas, Isabel?
Absorta me dejas.

Isabel. ¡Cielos!
Sin esperanza... ¡con zelos!...
¿Hay suplicio mas cruel?
Y otra vez le sufriria
Aunque penando muriera
Porque á la vida volviera
El dueño del alma mia.
Yo infeliz no borraré
Su imágen de mi memoria;
¡Y tú que fuiste su gloria
Le guardas tan poca fé!

Jacinta. Deja ya reconvenciones.
No porque zelos te di
Te quieras vengar de mí
Con importunos sermones.

Isabel. ¡Jacinta!

Jacinta. ¡Calla por Dios!
Amar sin consuelo es duro;
Mas tambien es fuerte apuro
El verse amada por dos.

Mujeres hay más de diez
Que á dos suelen contentar;
Pero yo no puedo amar
Mas que uno solo á la vez.
Pues basta con un esposo,
Querer á dos es punible;
Pero mi pecho es sensible
Y no puede estar ocioso.
Iguales galanterías
Debí á los dos de que hablo;
Mas mientras vivió don Pablo
No quise yo á don Matías.
¿Y no será un desacierto,
Si ahora de amarle me privo,
Matar sin piedad al vivo
Porque no se ofenda el muerto?
Su especial filosofía
Cada cual tiene en secreto,
Y pues la tuya respeto,
Déjame en paz con la mia.

ESCENA XV.

ISABEL.

¡Alma á quien el alma dí,
Si á las dos nos escuchaste,
Mira á qué mujer amaste!
Júzgala y júzgame á mí!

ACTO TERCERO.

EL ENTIERRO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una plazuela con fachada y puerta de iglesia en el foro. Entre las casas hay una cuyo portal está abierto y alumbrado. En frente de dicha casa hay una barbería.

DON FROILAN, DON ELÍAS, JACINTA, DON MATÍAS.

(*Don Matías viene delante con Jacinta de bracero; los cuatro dirigen al portal abierto. Todos con capas.*)

Don Matías. Mucho sufriré esta noche,
Jacinta.

Jacinta. ¿Porqué lo dices?
Don Matías. Porque estás bella en estremo,
Y vendrán de quince en quince
A colmarte de lisonjas
Los que conmigo compiten.
Jacinta. ¿Qué importa, si solo á tí
El alma mia se rinde?
Don Matías. ¡O dicha! Solo te ruego
Que no bailes con el títere
De Ferminito.
Jacinta. Contigo
Solo, mi bien.
Don Matías. ¡Qué felices
Seremos cuando el enlace
Suspirado!...

(*Sigue hablando en voz baja con Jacinta. Los cuatro se han parado junto á la puerta.*)

Don Froilan. ¿Usted no asiste

(*A don Elías.*)

Al baile?
Don Elías. Tengo un asunto...
Don Froilan. Pues yo tambien pienso irme
A la ópera y volver;
Porque los bailes me embisten,
Aun siendo de confianza
Como este.
Don Elías. A tales convites
Soy yo poco aficionado.
Si ademas de los violines
Hubiese cena... Lo dijo
Por la broma y por los brindis.
Jacinta. ¿Qué hacemos aquí? ¿No subes?

(*Entran en la casa.*)

Don Froilan. Vamos.
Don Elías. Ea, divertirse.

ESCENA II.

DON ELÍAS.

Hora es de entrar en la iglesia,
Y aunque un funeral es triste

Funcion, Isabel la paga,
Y basta que ella me fie
Sus secretos y yo sea
Su amigo y correvedile,
Para acompañarla pio
Hasta el postrer *parce mihi.*

(*Las campanas tocan á muerto.*)

Esa fúnebre campana
Me recuerda ¡ay infelice!
Mis diez medallas difuntas;
Y á fe que no se redimen
Las ánimas de esa especie
Con responsos ni con kiries.
¿Y habré de rezar al muerto
Despues que fué tan caribe
Que se llevó al otro mundo
Mis pobres maravedises?
Si al menos, en justo premio
De un esfuerzo tan sublime,
Ya que Isabel no me dé
Su mano y su dote pingüe,
Me confiriese el empleo
De su curador *ad litem*...
Pero en el templo me espera.
Vamos... ¡Ah! Qué bella efigie!
¡Lástima de criatura!
¡Por un muerto se desvive,
Cuando suspira por ella
Un vivo de mi calibre!

(*Al entrar don Elías en la iglesia llegan hablando don Antonio y sus amigos. Oyese otra vez la campana.*)

ESCENA III.

DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DON MARIANO
Y LUEGO EL BARBERO.

Don Antonio. La noche no está muy fria.
No entremos, que aun es temprano.
Don Lupercio. ¿Dónde encenderé este habano?
Don Mariano. Ahí está la barbería.
Don Lupercio. Dices bien. ¡Ave María!

(A la puerta, y sale el barbero.)

¿Podré encender este puro?
Barbero. ¡Señor don Lupercio Muro!
Ya sabe usted que en mi casa...

(Entra, y vuelve á salir al momento con la luz; enciende en ella su cigarro don Lupercio, y se la vuelve.)

Dame esa luz, Nicolasa.
¿Va usted de baile? Seguro.
Don Lupercio. Sí; subirémos despues.
Barbero. Cuidadito, que el demonio...
¡Hola! Ahí está don Antonio...
Y don Mariano... (¡Qué tres!)
Ofrezco á ustedes cortés
La justa hospitalidad,
La cena, la facultad,
Conversacion, la guitarra ..
Don Antonio. *(En voz baja á sus amigos.)*

¡No, que el oido desgarra!

Gracias, maestro. Escuchad.

(Saludan al barbero, y se pasean por la plazuela conversando en voz baja.)

Barbero. Yo celebro que en la plaza
Prefieran pasar el rato,
Porque entre ese triumvirato
No podria meter baza.
Tienen lenguas de mostaza,
Sobre todo el cocodrilo
De don Antonio. ¿Hay asilo
Que de su pico defienda
La honra? No hay en mi tienda
Navaja de tanto filo.
Que hable y murmure un barbero,
Eso es moneda corriente;
¡Pero ser tan maldiciente
Un ilustre caballero!
Ya se ve; el ocio, el dinero...

(Se oye la música del baile.)

¡Hola! El violin se hace rajas,

Y entre tanto las barajas...
¡Qué inmoralidad! ¡Qué vicio...!
Mas cada cual á su oficio
Afilemos las navajas.

(*Al entrarse el barbero en su tienda aparece embozado don Pablo.*)

ESCENA IV.

Los mismos, DON PABLO.

Don Pablo. Por aquí atajo camino.
Tiro despues á la izquierda...
¡Oh Jacinta! Cuál va á ser
Tu alegría, tu sorpresa...
Quizá no haya recibido
Mis cartas; quizá me tenga
Por muerto. De todas suertes
Es imposible que sepa
Mi llegada. Entrar de incógnito
Ha sido feliz idea,
Y apearme en un meson.
Antes que llegue á su puerta
Quiero besar otra vez
Su adorada imágen bella.

(*Saca el retrato y lo besa.*)

¡Bien mio! ¿Serán iguales
Tu hermosura y tu firmeza?
¡Ah! No lo dudo. Volemos...

(*La música no ha cesado. Las campanas vuelven á sonar.*)

¿Mas que campanas son esas?
¡Tocan á muerto! Con malos
Auspicios vuelvo á mi tierra.
No he temido en la campaña
A balas ni bayonetas,
Y sin poder remediarlo
Esas campanas me aterran.
¡Por cierto que es miserable
La humana naturaleza!
¡A muerto, sí! En ese templo
Estan celebrando exequias...
Si entraré... Mejor será

Preguntar en esta tienda.
¡Deo gracias!

Barbero. *(Saliendo.)*
Adelante.
La navaja está dispuesta.
Entre usted. Le afeitaré
Con primor y ligereza.

Don Pablo. No lo necesito. Gracias.
Parece que en esa iglesia
Hay entierro. ¿Sabe usted
Quién es..., dijo mal, quién era
El muerto?

Barbero. Don Pablo Yagüe.

Don Pablo. (¡Demonio!) ¿Habla usted de veras?

Barbero. Lo que oye usted; sí; don Pablo,
Natural de Cariñena,
Vecino de Zaragoza,
Hacendado, hombre de letras,
De estado soltero, edad
Como de veintiocho á treinta,
Oficial movilizado,
Buen mozo, etc., etc.

Don Pablo. (Peregrina es la aventura:
Y el hombre da tales señas...
Lo mas singular del caso
Es el ser yo á quien lo cuenta.)

Barbero. Ya nadie ignora su muerte:
Ni aun los niños de la escuela.

Don Pablo. (¡Bravo! Puede ser que yo
Me haya muerto y no lo sepa.)

Barbero. Parece que usted se aflige
Al oir tan triste nueva.

Don Pablo. ¡Todas las malas noticias
Que oiga yo sean como esa!

Barbero. ¡Qué dice usted! Con que un muerto...

Don Pablo. Dios le dé la gloria eterna
Pero yo lloràra mas
La muerte de otro cualquiera.

Barbero. ¡Hombre! ¿Porque?

Don Pablo. Yo me entiendo.
¿Ha muerto aquí?

Barbero. No. En la guerra;
En la gloriosa jornada

De los campos de Gandesa.
Murió como un Alejandro
Despues de hacer mil proezas.
Cargó él solo á un batallon
Y le quitó la bandera.

Don Pablo. ¡Cáspita!

Barbero. Treinta facciosos
Le atacan; ¿y él qué hace? Cierra
Con todos, y á veinticuatro
Deja tendidos.

Don Pablo. ¡Aprieta!

Barbero. Al fin sucumbió. ¡Qué lástima!
Un mozo de tantas prendas...

Don Pablo. ¡Ah! ¿Le conocia usted?

Barbero. No, señor; y es que, á la cuenta,
Se afeitaba solo. Pero
Todo el mundo le celebra...

Don Pablo. ¡Despues de muerto! ¿Verdad?

(*Vuelve al oirse el son de las campanas sin cesar el de la música.*)

Barbero. Yo le diré á usted...

(*Los tres paseantes se paran en corrillo cerca de la barbería.*)

Don Lupercio. Aun suenan
Las campanas. ¡Pobre Pablo!
Su muerte me causa pena.

Barbero. Justamente esos señores
Hablan del muerto.

Don Pablo. Quisiera
Escuchar...

Barbero. Pues entre usted
En el corro: con franqueza;
Son parroquianos y amigos.

Don Pablo. No quiero yo que me vean.

Barbero. ¿Porqué?

Don Pablo. Tengo mis razones.

Barbero. Si no mienten mis sospechas
Usté es pariente del muerto.

Don Pablo. Algo hay de eso; sí.

Barbero. Por fuerza.
(Cuando ví que se alegraba
De oir el *requiem æternam*,
Dije para mí al momento:
Este es de la parentela.)

Don Pablo. Y allí hay música.
Barbero. Es un baile.
Don Pablo. ¡Este es el mundo!
Don Mariano. Mi lengua

(*Don Pablo aplica el oido sin desembozarse.*)

Siempre elogiará don Pablo.
Don Antonio. ¡Qué talento aquel!
Don Lupercio. ¡Qué amena
Conversacion!
Don Mariano. ¡Qué donaire!
Barbero. ¿Lo oye usted?
Don Pablo. Sí.
Don Antonio. ¡Qué nobleza
De sentimientos!
Don Lupercio. Su bolsa
Para todo el mundo abierta...
Don Pablo. Esos que ahora le alaban
Le quitaban la pelleja
Cuando vivo: yo lo sé.
Maestro, al que está en la huesa
Nadie le envidia.

(*Cesa la música.*)

Barbero. En efecto;
Siempre oigo decir lindezas
De todos los que se mueren.
Don Antonio. Dices bien. No lo creyera
De don Matías. ¡Qué accion
Tan indigna! ¡Qué bajeza!
Solicitar á Jacinta...
Don Pablo. (¡Qué oigo!)
Don Antonio. ¡Habiendo sido prenda
De su amigo y camarada!
Don Pablo. (¡Ah traidor amigo!... Y ella...
¡Oh! No; no es posible... Oigamos...
¡Ahora que mas me interesa
Oirlos, bajan la voz!)

(*Don Froilan sale de la casa del baile, atraviesa el teatro, y al emparejar con los del corrillo le reconoce don Antonio.*)

Lupercio. No vi ingratitud mas negra.

ESCENA V.

Los precedentes, DON FROILAN.

Don Antonio. ¡Don Froilan! ¿Adónde bueno?
¿Ya deja usté el baile?
Don Froilan. Es fiesta
Que me fastidia y me apesta...
Prefiero estarme al sereno.
Diversion es el bailar,
Espuesta á mil contingencias,
Sus fatales consecuencias
He visto á muchos llorar.
Ya pincha como lanceta
El alfiler de un justillo;
Ya se disloca un tobillo
Al hacer una pirueta;
Ya, por estar ajustado,
Se revienta el pantalon;
Ya encaja mal el balcon,
Y entra un dolor de costado.
El ruido, la baraunda
Le vuelven á un hombre loco...
Y no es difícil tampoco
Que se abra el techo y se hunda.
Don Lupercio. (*Bajo á don Antonio.*)
Todo es triste para él.
Don Antonio. ¿Y las hermanitas bellas?
Allí estarán.
Don Froilan. Sí; una de ellas.
Don Pablo. (Cielos... ¡Oh! Será Isabel.)
Don Antonio. ¿Es Jacinta?
Don Froilan. Justamente.
Don Pablo. (Ah!)
Don Mariano. ¿Cómo no están las dos?
Don Pablo. (¡Ella baila, justo Dios,
Y yo de cuerpo presente!)
Don Froilan. ¿Baile la otra? Ni el nombre
Sufriría. Es tan adusta...
Barbero. Pues mire usté; á mí me gusta...

(*En voz baja á don Pablo. Ambos se mantienen á la puerta de la tienda algo distantes de los demás.*)

Don Pablo. Silencio...
Barbero. (¿Quién será este hombre?)
Don Antonio. ¿Y don Matías, el fiel
Adorador de Jacinta?
Don Froilan. Tierno está como un Aminta.
Don Antonio. ¿Y ella?
Don Froilan. Se muere por él.
Don Pablo. (¡Eso mas! ¡Pérfida!... ¡Ingratos!...)
Don Lupercio. Boda habrá.
Don Froilan. ¿No la ha de haber?
Mañana al anochecer
Se celebran los contratos.
Don Pablo. (Muérete ¡y verás!... ¡Ah perra!)
Don Antonio. Pero, amigo, usted confiese
Que es infamia... ¡Si lo viese
El que está pudriendo tierra!
Don Froilan. Sin razon se quejaria,
Porque ¿qué mal hay en esto?
Nada. A rey muerto, rey puesto.
Lo demas es bobería.

(*Suena otra vez la campana.*)

Don Pablo. (¡Habrá pícaro!)
Don Froilan. Qué diablo...
Me aturde ese campaneo.
¿Es sermon, ó jubileo?
Don Mariano. No. Las honras de don Pablo.
Don Antonio. ¡Pues qué! ¿Usted no lo sabia?
Don Froilan. ¿Qué he de saber? No por cierto.
Don Lupercio. Pues ya. Sabiendo que el muerto
Es don Pablo, asistiria...
Don Froilan. No tal. Tengo mil asuntos...
Es muy triste un ataud...
No poseo la virtud
De resucitar difuntos.
Don Pablo. (¡Bribon! Aunque tú no quieras,
Resucitaré, y tres mas;
Y mañana sentirás
Que no haya muerto de veras.)
Don Froilan. Ya al solemne funeral
El domingo asistí yo
Que por su alma celebró
La milicia nacional.

¡Dos entierros! Qué boato!
¿Tanto valia su nombre?
¡Dos entierros para un hombre
Que falleció *ab intestato*.

Barbero. ¡Qué tio!

Don Pablo. ¡Por Dios, maestro!...

(*Haciéndole callar.*)

Don Froilan. Y es todo en vano. Yo sé
Que al otro mundo se fué
Sin rezar un *padre-nuestro*.
Él buscó su muerte; sí,
Y por eso no me aflige.
Yo su horóscopo le dije
Y no hizo caso de mí.

Don Antonio. Pero, hombre...

Don Froilan. Las ocho... Aun llego
Al acto segundo. Estoy
Convidado. Ea, me voy
A la ópera. Hasta luego.

ESCENA VI.

Los mismos, menos DON FROILAN.

Don Mariano. ¡Qué entrañas tiene!

Don Antonio. Es nefando.

Don Lupercio. ¡Y predica como un fraile!

Don Antonio. Basta. ¿Vámonos al baile?

Don Lupercio. Sí, sí. Ya estarán tallando.

(*Se entran en la casa del baile.*)

ESCENA VII.

DON PABLO, el Barbero.

(*Don Pablo se queda pensativo.*)

Barbero. ¿Sabe usted que el don Froilan
Es hombre de mala estofa?
El egoista agorero
Le llaman en Zaragoza.
¡Miren qué disculpas da

Para faltar á las honras
Del que iba á ser su cuñado!
Y eso que, segun me informan,
Le hizo el muerto mil favores.
¡Pues dijo! Tambien la otra,
Que al son de *luceat ei*
Bailando está la gabota,
Y con el pérfido amigo
Concierta alegre la boda!
Y luego si uno murmura
Dirán... (Pero no se toma
La modestia de escucharme.
Estravagante persona
Es este *quidam.*)

Don Pablo. (Estoy
Por subir, y á esa traidora...
Pero mas que ella me irrita
Su hermano. ¡Pues no hace mofa
De mi muerte! A bien que pronto
Se convertirá en congojas
Y lamentos el sarcasmo
Con que á los muertos baldona.
Aquí le traigo yo un *récipe*
Que no ha de tomarlo á broma.
Pero el castigo, aunque duro,
No satisface mi cólera.
Yo quisiera otra venganza
Mas directa; mia sola...
¡Ah! Qué idea tan feliz!
Mi escribano Ambrosio Mora
Vive al volver esa esquina;
Don Froilan está en la ópera...
Voy volando...) Abur, maestro.

Barbero. Felices noches. (Ahora
Se va y me deja en ayunas...)

Don Pablo. ¿Oyó usted á aquella boca
Escomulgada insultar
Al que está bajo la losa?

Barbero. Sí; el tal don Froilan...

Don Pablo. Pues luego
Cantará la palinodia.

Barbero. ¿De veras? Diga usted. Cómo...

Don Pablo. Es un secreto.

Barbero. No importa.

Vamos,... yo no lo diré...
Don Pablo. Sino á toda la parroquia.
Barbero. No tal. Yo soy...
Don Pablo. Escelente
Barbero.
Barbero. Usted me sonroja.
Mas...
Don Pablo. Cuente usted con mi barba
Si me quedo en Zaragoza.

ESCENA VIII.

El Barbero.

Por vida de Iturralde...
Yo quiero su secreto; no su barba;
Y por salir de dudas
Consintiera en rapársela de balde.
¡Señor! ¿Qué estraño ente
Es este, que una sola *Ave Maria*
No reza por el alma de un pariente,
Y luego si otra lengua
A escarnecer se atreve su ceniza
Cual si oyera á Luzbel se escandaliza?
Calla su nombre, oculta su semblante,...
Si hablan del muerto, ¡aplica las orejas
Y las cierra á la fúnebre salmodia!
¿Y qué le importa, en fin, que el otro cante
O deje de cantar la palinodia?
Ello, el asunto es serio.
Un embozado, un muerto, un maldiciente...
¿Si aclarar no consigo este misterio
Qué me dirá despues el parroquiano?
¿Qué valdrán mi facundia y mi prosodia
Si no puedo nombrar á ese fulano,
Ni acierto á definir la palinodia?

ESCENA IX.

El Barbero, DON ELÍAS.

Don Elías. ¡Hermosa criatura! Con el llanto,
Que á otras afea tanto,
Se aumenta de su rostro peregrino

El seductor encanto.
Por no ofender á Dios salgo del templo.
¡O ciegos pecadores,
De mi austera virtud tomad ejemplo!
Otro en el dulce error se obstinaria,
Mas yo ni aun en la senda del pecado
Abandono la sabia economía.
Ya que es pecar sin fruto
El adorar las dotes... ¡y la dote!
De ese hermoso portento.
Pongamos al amor veto absoluto,
Y demos otro giro al pensiamento.
Dies onzas... ¡Ay! Cabales
Tres mil doscientos reales...
¡Fatal recuerdo! El corazon le odia,
Y siempre ha de venir á atormentarme!

Barbero. No puedo echar de mí la palinodia.

Don Elías. Maestro, buenas noches.

(*Don Elías llega paseando á la puerta de la barbería. Suenan por última vez las campanas.*)

Barbero. ¿Sanguijuelas?
¿Un repaso á la barba?

Don Elías. No, amigo. Mi dolor...

Barbero. ¿Dolor de muelas?

Don Elías. ¡Ah!

Barbero. Si hay caries, afuera; es muy sencillo.
Prepararé el gatillo...

Don Elías. ¡Por Dios y por las ánimas benditas!
Ya me han sacado ¡diez...! No de la boca.
¡Ojalá!

Barbero. ¿Pues de dónde?

Don Elías. ¡Del bolsillo!
Oígame usted: le contaré mis cuitas.
Ese hombre á quien entierran...

Barbero. A propósito...
Un embozado aquí que, por lo visto,
En su pariente...

Don Elías. ¡Ah! ¿Le dejó en depósito
Alguna cantitad? ¿Es su albacea?

Barbero. Lo contrario barrunto,
Porque habló con desprecio del difunto.

Don Elías. ¡No hay esperanza!

Barbero. Es hombre misterioso.
Quizá usted le conozca, don Elías.
Quizá usted que era amigo de don Pablo...
Don Elías. Enhorabuena se lo lleve el diablo;
¡Mas tambien mi dinero...!
Barbero. A lo que entiendo,
Él tiene trazas de mover un cisco...
Con don Froilan es toda su ojeriza.
Don Elías. ¡Sepultadas mis onzas en el fisco!
Al pensarlo me tiro de las greñas,
Y bramo de furor.
Barbero. Daré las señas.
Es alto, es rubio...
Don Elías. No; no le perdono.
Su muerte fué un suicidio
Barbero. Militar parecia...
Don Elías. ¡Se ha matado
Por llevarse á la tumba mi subsidio!
Barbero. Hombre de buena edad, grueso...
Don Elías. ¡Mentira!
Barbero. Perdone usted...
Don Elías. ¡Mentira! ¡No he rezado,
Aunque usted me haya visto, mal pecado!
Salir del templo.
Barbero. ¡Dale!
¡Si yo no hablo del muerto! Hablo del otro.
Al despedise dijo...
Don Elías. Maestro, aquella tumba era mi potro,
Y el duelo era un sarcasmo, una parodia...
Barbero. Dijo que don Froilan...
Don Elías. ¡Pérfido! ¡ingrato!
Barbero. Cantaría...
Don Elías. ¡Ay de mí!
Barbero. La palinodia.
Don Elías. Su muerte...
Barbero. ¡Oígame usted!
Don Elías. ¡Es una afrenta!
Barbero. ¡Pero, hombre...!
Don Elías. ¡Bancarrota fraudulenta!
Barbero. ¡Oh! Quedarme prefiero
Con mi curiosidad.
Don Elías. Yo...
Barbero. ¡Basta, basta!
¡Atajar la palabra de un barbero!

Don Elías. Es que...
Barbero. ¡Maldita, amen, sea tu casta!
(*Se entra en la tienda y la cierra por dentro. Cesan las campanas.*)

ESCENA X.

DON ELÍAS.

¡Cierra la puerta y me planta!
¿Qué diablos tiene ese hombre?
¿Prestó tambien al difunto
Y perdió sus patacones?
Mas huele á cera apagada;
Las campanas no se oyen...
Vamos; se acabó el entierro;
Y pues yo hago los honores
Funerales, despidamos
El duelo.

(*Se coloca á la puerta de la iglesia, y van saliendo varias personas de luto, hombres y mujeres, á quienes saluda entre afectuoso y compungido.*)

Una mujer. Dios le perdone.
Don Elías. Amen. Gracias. Caballeros...
Señoras...
Un hombre. Felices noches.
Una mujer. Dios le dé la gloria eterna.
Don Elías. Así sea.
Un hombre. ¡Pobre jóven!
Don Elías. Que Dios se lo pague á ustedes...
(Mejor que él á mí.) Señores...
Una mujer Beso á usted la mano.
Don Elías. Amen...
Dijo; gracias.
Un devoto. Pater noster...

(*Rezando.*)

Don Elías. Gracias por mí y por el muerto.
(¡Qué tormento! Echo los bofes
De rabia, y tengo que hacer
Cumplidos...)
Una vieja rezagada. Ora pro nobis...
Don Elías. Abur. Isabel no sale.

¿Pensará pasar la noche
En la iglesia?... ¡Ah! ya está aquí.

ESCENA XI.

ISABEL, DON ELÍAS, RAMON.

(*Isabel estará vestida de luto; Ramon trae una linterna encendida. Suenan otra vez los violines.*)

Isabel. ¡Aun bailan! qué corazones!
Ten piedad de ellos, Dios mio.
Suspende el terrible golpe
De tu justicia por mas
Que su maldad le provoque.

Don Elías. ¡O Isabel, Isabelita!
Usted es un ángel.

Isabel. ¡Pobre
Don Elías! Usté es fiel
A la amistad. ¡Alma noble,
Alma sensible y piadosa!

Don Elías. No merezco esos loores.
Crea usted...

Isabel. Olvidan otros
Sagradas obligaciones,
Y usted que nada debia
A don Pablo...

Don Elías. ¿Yo de dónde?
Al contrario...

Isabel. Pero Dios
Premia las buenas acciones.

Don Elías. Yo confio en su infinita
Misericordia... (¡Este postre
Me faltaba!)

Isabel. La que fué
Su delicia, sus amores;
Su único bien, ni aun escucha
El son del místico bronce
Que anuncia su funeral.
Ceñida la sien de flores,
No deposita una sola
Sobre la tumba del hombre
Que la adoró. Ni un suspiro
Lanza aquel pecho de roble,

Sino á la grata memoria
Del que iba á ser su consorte,
Siquiera al sincero amigo,
Siquiera al valiente jóven
Que el alma rindió invocando
De patria y de amor el nombre. —
Bien haces. Dios no se paga
De sacrílegos clamores.
No insultes ¡ay! á su sombra.
Déjala que en paz repose.
Ingrata mujer; no mandes
A tus ojos que le lloren
Si en otro semblante luego
Se han de fijar seductores.
Mas puro será mi llanto,
Mas veraz, y desde el orbe
Celestial quizá benigno
Mi Pablo amado le acoge.
Mi tálamo es su sepulcro.
Deja que en él me corone
Yo sola. Yo sé que su alma
Al alma mia responde,
Y pues yo la he merecido
Mas que tu, no me la robes!

(*El sacristan sale de la iglesia, cierra la puerta y se retira Sigue la música.*)

Don Elías. ¡Ah, señora! Yo tendria
Un corazon de alcornoque
Si no derramase lágrimas...
(Por mis cuarenta doblones.)
Pero al fin... ¿Cómo ha de ser?
Aunque usted gima y solloce,
Dios lo hizo. No hay esperanza
De que su fallo revoque.
Y ya han cerrado la puerta
Y sopla un viento de norte...

(*Isabel se arrodilla en el umbral de la puerta, y craza las manos en actitud de orar.*)

(No me escucha; se arrodilla
En los yertos escalones,
Y orando por el difunto

Estatua parece inmóvil.
O vírgen madre, que ruegas
Por nosotros... ¡acreedores!
¿Merece un muerto insolvente
Tan devotas oraciones?)

ESCENA XII.

Los mismos, DON PABLO.

Don Pablo. Ya ha recibido el papel;
Ya es otro hombre; ya me llora.
¿Qué apostamos á que ahora
Soy un santo para él?
¡Otra vez en el salon
Suena la música impía!
¡O vil, infame alegría!
Oprobio... Prostitucion!!!
¿Y no arrojaré del pecho
Al ídolo torpe, ingrato...?

(*Saca el retrato, lo despedaza, y lo pisa.*)

¡He aquí su falaz retrato...!
Caiga á mis plantas deshecho.
Si un dia fuí tu cautivo,
Ya no, mujer inconstante.
Quien vende muerto al amante,
Vendiera al esposo vivo.
Qué se diria de mí
Si me rindiese al dolor...
Entierra, Pablo, al amor,
Pues te han enterrado á tí.
Engañadora sirena,
Te creí sincera y firme...
¡Pues si acierto á no morirme,
Como hay Dios que la hago buena!
Olvidemos á la infiel;
Que si airado resuscito,
¿Que haré con alzar el grito?
Un ridículo papel.
Vuelva á mi pecho la calma;
Y pues soy muerto viviente,
Voy á ver que buena gente
Pide al cielo por mi alma.
Y á fe que, si al catecismo

Doy un repaso, quizas
Tampoco estará de mas
Que yo me rece á mi mismo.
¡Vaya que es rara aventura!
Para mi es niño de teta
El austero anacoreta
Que cava su sepultura.
Mas eco hará en los anales
El nombre de un ciudadano
Que concurre vivo y sano
A sus propios funerales.

(*Dá algunos pasos hácia la iglesia, siempre embozado, y se para.*)

Por hoy ya no puede ser,
Que la iglesia está cerrada.
¡Mas qué veo! ¡Arrodillada
Al umbral una mujer!
¿Quién será el alma bendita
Que así me llora insepulto?
En este esquinazo oculto
Observaré...

Don Elías. ¡Isabelita!

Don Pablo. ¿Si será la hermana bella
De Jacinta? No. A qué asunto
Suspirar por un difunto
Que en su vida... ¡Pues es ella!

(*El criado que se pasea silencioso con la linterna en la mano, pasa por junto á Isabel, y la reconoce don Pablo. Cesa la música.*)

¡La otra tan malas entrañas
Y esta adorando mi nombre!
No hay como morirse un hombre
Par ver cosas estrañas.

Isabel. Sombra que amo y reverencio,
Perdóname si llorosa
Interrumpo de tu losa
El venerable silencio.

Don Pablo. (¡Qué oigo!)

Isabel. Mas grata oblacion
Diérate la amada prenda;
Mas no rehuses la ofrenda

De mi tierno corazon.
Don Pablo. (Me amaba, me ama... ¡Oh portento!)
Isabel. Si de una triste mortal
Desde el trono celestial
Oyes benigno el acento,
No á Dios le pidas que yo
Deje, sin dejar el mundo,
El dolor veraz, profundo
Que tu muerte me infundió.
No turbe, no, mi quebranto
Las delicias de tu Eden;
Que Dios ha puesto tambien
Gloria y delicia en el llanto!
Don Pablo. (¡Qué alma! ¡Y no la conocí!)
Isabel. Pídele solo al Señor
Que eterno sea el amor
Con que el alma te rendí:
Que nunca humana flaqueza
Me conduzca á no quererte.
¡Antes un rayo de muerte
Caiga sobre mi cabeza!

(*Calla y contemplativa alza los ojos al cielo.*)

Don Pablo. ¡No puedo mas! Qué pasion!
Yo llego... ¡O ventura mia!

(*Deteniéndose.*)

Mas la súbita alegría
Tal vez...
Isabel. Vámonos, Ramon.

(*Despues de un profundo suspiro.*)

ESCENA XIII.

Los mismos, DON FROILAN.

Don Froilan. Entremos. Aun será tiempo...
Pero la iglesia cerraron.
Don Pablo. (Ya está aquí mi hombre.)
Don Froilan. ¡Isabel!
¡Don Elías! ¿Cómo os hallo
A estas horas por aquí?

¿Salís del entierro acaso?
¡Ah! sí; no hay duda. Ese luto...
Parece que se ha acabado
El funeral.

Don Elías. Sí, señor.

Don Froilan. ¡Y fué para mí un arcano!
Porqué no habermelo dicho,
Y mis ardientes sufragios...

Isabel. ¿A qué, si ya en otra tumba
Le habias tú sepultado
Mas profunda?

Don Froilan. ¡Yo! No entiendo...

Isabel. ¡En el olvido!

Don Froilan. ¿A mi Pablo?
¿Al mejor de mis amigos?
¿A quien ya llamaba hermano?

Don Pablo. (¡Para el necio que te crea!)

Don Froilan. ¡Pues si le queria tanto!...
Poco he dicho. Le adoraba.

Don Pablo. (No sé cómo no le mato.)

Don Elías. (¡Estraña metamorfosis
Por cierto!)

Don Froilan. ¡Tan buen muchacho!...
¡Ah!... Me nombró su heredero.

Don Elías. ¿Qué dice usted?

Don Froilan. Aquí traigo
Su postrera voluntad.

Don Pablo. (Eso no, que ya he tomado
Mis medidas por si muero
Antes de reir el chasco..)

Don Elías. ¡Usted su heredero!

Don Froilan. Sí.

Don Elías. ¿No habla de otros legatarios
El testamento? O de deudas...

Don Froilan. No. Todo me lo ha dejado.
Qué mucho si nos unió
Desde los primeros años
La dulcísima amistad
Cuyos halagüeños lazos...

Don Pablo. (¡Hipocriton!)

Don Froilan. Nuestras almas
Llenaron siempre de encantos!

Don Elías. Vea usted; y yo creia...

Don Froilan. ¡Ay caro amigo! Este rasgo

De cariñosa bondad
Hace mayor mi quebranto.
Qué son todos los tesoros
Del mundo si los comparo
Con la delicia de verte,
De hablarte... Mi acerbo llanto
No podrá ¡triste de mí!
Arrancarte al duro mármol
Que te esconde...

Isabel. ¡Calla, impío!
¡Blasfemo, sella los labios!
Guárdate el oro que heredas
Y no turbes el descanso
De aquella alma generosa,
Que acaso estará penando
Porque tan mal empleó
Sus dádivas...

Don Froilan. Ese agravio...

Isabel. ¡Calla por piedad! No me hagas
Testigo del vil escarnio
Con que insultas las cenizas
De tu bienhechor. Huyamos...

Don Pablo. (¡Ah, qué angel!)

Don Froilan. Oye...

Don Elías. Si usted
Quiere servirse del brazo...

Isabel. ¡No! Sola me quiero ir.
Detesto al linage humano.
Perfidia, maldad, bajeza
Donde quiera... ¡Ay Pablo, Pablo!

ESCENA XIV.

DON PABLO, DON FROILAN, DON ELIAS.

Don Pablo. (¿Es sueño acaso? ¿Es delirio?
¡Tanto amor!...)

Don Froilan. ¡Qué sin razon!
¡Qué ruin interpretacion
De mi profundo martirio!

Don Elías. Y en efecto, el testamento...

Don Froilan. ¡Ah! ¡Cuánto dolor me cuesta!
— Y ahora volver á esa fiesta...
He aquí mi mayor tormento.

Mas debo forzosamente
Acompañar á mi hermana.

Don Elías. La herencia es mas que mediana,
Y usted que era ya pudiente...

Don Froilan. Yo baile, oh Dios, yo concierto,
Cuando mi pena es tan grave...

Don Elías. Yo tenia, usted lo sabe,
Relaciones con el muerto...

Don Froilan. No toque usted ese punto,
Que mi afliccion...

Don Elías. Sin embargo...
Usted debe hacerse cargo
De las deudas del difunto.

Don Froilan. ¿Cuándo volverá la calma
A mi pecho?

Don Elías. Él me debia
Unos cuartos...

Don Froilan. Noche y dia
He de rezar por su alma.

Don Pablo. (El diálogo me divierte.)

Don Elías. Si me olvidó, no es portento,
Que sin duda el testamento
Lo hizo...

Don Froilan. ¡Antes de su muerte!

Don Elías. Ya; si...

Don Froilan. ¡Mi alma se destroza!

Don Elías. (¡Diablo de hombre!) Yo decia...

Don Froilan. Lo dejó en la escribanía
Al salir de Zaragoza.

Don Elías. Bien; y luego...

Don Froilan. ¡Amigo fiel!
Aunque venda mis camisas
Mañana doscientas misas
Mandaré rezar por él.

Don Pablo. (Eso me encuentro. Por Dios
Que de él no esperaba tanto.)

Don Elías. Mas yo le hice un adelanto...

Don Froilan. ¡Ah! Sí; lloremos los dos.

Don Elías. Pero...

Don Froilan. Con ojos serenos
¿Quién ve á su amigo morir?

Don Elías. Pero usted puede decir:
Los duelos con pan son menos.
Y quién vuelve á mi escritorio

El dinero...

Don Froilan. Acerba llaga,
¡Cruel!

Don Elías. Alma que no paga
No sale del purgatorio.
Diez onzas...

Don Froilan. No cuestan tanto
Las doscientas misas.

Don Elías. ¡Oh!

Don Froilan. A peseta...

Don Elías. No hablo yo
De misas...

Don Froilan. Me ahoga el llanto.

(*Hablando, han llegado á la casa del baile.*)

Don Elías. Oiga usted...

Don Froilan. Ni á hablar acierto.

(*Ya dentro del portal.*)

¡A Dios!

Don Elías. Hombre...

Don Froilan. ¡Pobre Pablo!

Don Elías. ¡Me plantó! Lléveos el diablo
A tí, á la herencia, y al muerto!

ESCENA XV.

DON PABLO, DON ELÍAS.

(*Llega don Pablo por detras de don Elías, y le toca en el hombro.*)

Don Pablo. Tenga usted mas caridad
Con los difuntos.

Don Elías. Qué voz...

(*Volviéndose asustado.*)

Si yo creyera en visiones
Diría... Sí; él es! Favor...

(*Reconociéndole.*)

Don Pablo. ¡Silencio! No soy fantasma.
Vengo...

Don Elías. De parte de Dios
Te digo, sombra iracunda...
Don Pablo. No hay tal sombra. Vivo estoy.
Acérquese usted sin miedo.
Tenemos que hablar los dos.
Don Elías. Si en el otro mundo penas
Como en este peno yo,
Al heredero le toca
Procurar tu redencion;
No á mí, difunto don Pablo;
A mí que soy tu acreedor,
A mí...
Don Pablo. Basta. Sabe usted
Que soy hombre de razon,
Y si yo me hubiera muerto,
No lo negaria, no.
Caí herido de un balazo
En medio de la faccion.
Sin duda al verme tendido
Sin aliento y sin color
Todos me dieron por muerto
Sin mas averiguacion;
Y como nadie despues
De mí ha sabido hasta hoy,
No estraño que en mis exequias
Haya graznado el fagot.
Recobrados mis sentidos
Con el frio y el dolor,
Medio vivo, medio muerto,
Me levanté del monton.
En vano pedia ausilio;
Nadie escuchaba mi voz...
Por fin llegué como pude
A la choza de un pastor.
Por buena suerte la herida
No era mortal aunque atroz.
Aquella familia honrada
Tuvo de mí compasion;
Y curándome en sigilo,
Sin botica ni doctor,
Me libertó de las uñas
De *Tristany ó Caragol.*
Recobradas ya mis fuerzas
Mi marcha emprendo veloz

De regreso á Zaragoza,
Y hoy llego á puestas de sol
Para reir desengaños
De este mundo pecador.

Don Elías. ¡Es posible! ¡Ah! Mi alegría...

Don Pablo. Usté es un hombre de pró.
Usté ha rezado en mi entierro.

Don Elías. ¡Oh! Sí; con mucho fervor.

Don Pablo. Y gracias por su cristiana
Misericordia le doy.
Solo á usted me he descubierto...

Don Elías. Usted me hace sumo honor...

Don Pablo. Mas nadie sepa que vivo
Hasta mejor ocasion.
Usted sabrá mis proyectos,
Y cuento con su favor
Para llevarlos á cabo.

Don Elías. Sabe usted que siempre estoy
A su obediencia... A propósito:
El papel que se quedó
Sin firmar... Aquí lo traigo.
Si á la luz de ese farol

(*El que habrá en el portal de la casa donde se baila.*)

Quisiera usted... Pediremos
Un tintero...

Don Pablo. ¿No es mejor
Que se venga usted conmigo
Y le daré en el meson
Las diez onzas consabidas,
Los réditos y otras dos
En muestras de gratitud...

Don Elías. ¡Oh qué bello corazon!

Don Pablo. Justamente ya ha debido
Cobrar mi administrador
Unas letras...

Don Elías. No es decir
Que yo tenga prisa, no.
Solo por acompañar
A usted... (¡Dios de Sabaot,
No me le mates ahora,
Cumpla su buena intencion!)

Don Pablo. Vamos...

Don Elías. Abríguese usted.

(*Componiéndole el embozo de la capa. Don Pablo tose.*)

¡Cuidarse!—¿Qué es eso? ¿Tos?

Don Pablo. No es nada.

Don Elías. Es que usté estará
Delicado; y el pulmon...

Don Pablo. Cálmese usted, don Elías,

(*Riéndose.*)

Que mi palabra le doy
De no morirme otra vez
Sin pagarle.

Don Elías. (¡Oígate Dios!)

ACTO CUARTO.

LA RESURRECCION.

La decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DON PABLO, DON ELÍAS.

(*Entran con precaucion. El teatro está oscuro.*)

Don Pablo. Si alguno nos ha observado...

Don Elías. Solo lo sabe Ramon,
Y ese es de satisfaccion.
Puede usté entrar descuidado.
Jacinta está de jolgorio
Con su novio y los amigos
Que servirán de testigos
Para el impío casorio.
Luego que apuren los platos
Del opíparo banquete
Vendrán á este gabinete
Para firmar los contratos.

Don Pablo. Isabel...

Don Elías. No fué posible
Hacerla entrar en la fiesta.
La maldice y la detesta
Como sacrilegio horrible.

Don Pablo. ¡Pobrecilla! ¿Y don Froilan?

Don Elías. Muerto está de pesadumbre;
Mas, ya se ve, la costumbre...
La etiqueta, el *qué dirán*...
Don Pablo. Al bien y al mal se acomoda
Esa frase; ¿y qué ha de hacer
Quien por fuerza ha de escoger
Entre un duelo y una boda?
Don Elías. Ya, pero, entre el mundo y Dios,
Don Froilan gime... ¡y devora;
Luego apura el vaso... y llora!
Y así cumple con los dos.
Don Pablo. ¿Está todo preparado?
Don Elías. Todo como usted desea.
Don Pablo. Sentiré que alguien me vea.
Don Elías. ¿Cómo? En un cuarto escusado.
Don Pablo. Quisiera un instante hablar
Con Isabelita... Pero
Prepárela usted primero.
Don Elías. Entiendo. Voila á buscar.
Pues llevan largo el convite
Y Ramon está advertido,
Fácil será...
Don Pablo. Siento ruido...
Don Elías. Traen luces... ¡Al escondite!

(*Don Pablo corre á esconderse en el cuarto del forro y cierra por dentro las vidrieras. Ramon trae luces.*)

ESCENA II.

DON ELÍAS, RAMON.

Don Elías. ¿Ha visto alguien á don Pablo?
Ramon. No, señor; nadie le ha visto.
Don Elías. ¡Vete, y silencio!
Ramon. No chisto.
Don Elías. Se va á desatar el diablo.

ESCENA III.

DON ELÍAS.

Por hacer aquí el rufian
Dejo la opípara mesa...!

Pero servir me interesa
Al escondido galan.
¿Qué no he de esperar de tí,
Difunto que espresamente
Resucitas complaciente
Solo por pagarme á mí?
¡Y con qué rumbo! Ea, pues;
Busquemos á Isabelita
Y anunciemos la visita...
¿Mas quién se acerca...? Ella es.

ESCENA IV.

DON ELÍAS, ISABEL.

Isabel. ¿Qué hace usted tan solo aquí?
Don Elías. Señora, no es de mi gusto
Esa infame bacanal,
Y aquí me estoy hecho un buho
Contemplando las flaquezas
Y aberraciones del mundo.
¿Dejarán la mesa pronto?
Isabel. No sé.
Don Elías. Desde aquí descubro...

(*Mirando por la puerta de la izquierda.*)

Los postres sirven.—No acaban
Ni en veinticinco minutos.
¡Qué contraste! Ellos riendo,
Y usted vestida de luto!
Isabel. Y quizas de mi afliccion
Se mofan.
Don Elías. ¡Atroz insulto!
¡Y acaso aun están calientes
Las cenizas del difunto!
Isabel. ¡Ah!
Don Elías. Si apareciese ahora
Entre ellos vivo y robusto
El mismo á quien juzgan muerto,
Como figuras de estuco
Se quedarian.
Isabel. ¡Ay Dios!
Don Elías. ¿Y qué maravilla? Algunos

Suelen tornar á la vida
Desde el borde del sepulcro.

Isabel. No con vanas ilusiones
Aumente usted mi profundo
Dolor.

Don Elías. No quiero decir
Que Dios, aunque sea sumo
Su poder, haga un milagro,
Y se alcen á mis conjuros
Los que descansan en paz;
Pero, señor, yo pregunto,
¿Quién da fe de que haya muerto
Don Pablo? Un parte confuso...,
La declaracion verbal
De un amigo infiel, perjuro...

Isabel. Y otros ciento que en el campo
Le vieron yerto, insepulto;
Y los facciosos tambien
Le contaron en el número
De los muertos. Si él viviera
No podria estar oculto
Su destino tantos dias.
¡Nunca se verán enjutos
Mis ojos! ¡No hay esperanza!

Don Elías. Pues yo la tengo y la fundo
En razones poderosas.
Oh! ¡Cómo de esos renuncios
Se cometen en los partes!
¿No ha afirmado mas de uno
La muerte del *Serrador*,
De *Cabrera* y otros tunos,
Que han multiplicado luego
Muertes, incendios y estupros?
Bien pudo caer don Pablo
Herido en el campo y pudo
Salvarse despues... En fin,
Aunque parezca un absurdo,
Yo creo... yo tengo datos...

Isabel. Ah! ¿Cuáles son?

Don Elías. Dios es justo...

Isabel. ¡Insensata! Cómo puedo
Esperar...

Don Elías. Si de su puño
Enseñase yo una carta...

Isabel. Basta, basta. Yo no sufro
Que usted se burle de mí
Tan cruelmente.
Don Elías. No me burlo.
Vive don Pablo.
Isabel. ¡O Dios mio!
¿Será posible?
Don Elías. Lo juro.
Isabel. Dónde...
Don Elías. Baje usted la voz.
Si no temiera que un susto
Repentino...
Isabel. No; mi gozo...
Venga esa carta...
Don Elías. Presumo
Que usted daria mas crédito
A un testigo... y me aventuro
A presentarlo...
Isabel. ¿A quién? Cómo...
Don Elías. Usted le conoce mucho.
Isabel. Yo... ¿Dónde está?
Don Elías. Salga usted.

(*Junto á la puerta del foro, que habia entreabierto don Pablo.*)

El momento es oportuno.

ESCENA V.

DON PABLO, ISABEL, DON ELÍAS.

Don Pablo. ¡Isabel!
Isabel. ¡Ah!... ¡Pablo mio!

(*Al verle grita y retrocede asustada, y despues de un instante de silencio le abraza con la mayor ternura.*)

¿Es posible que te ven
Mis ojos? ¡Pablo! ¿Tú vives?
Mi alma se anega en placer.
¡Dios de bondad! Si es delirio,
Muera yo dichosa en él.
Mas no; mis brazos amantes
Le están estrechando. ¡Él ès!

(*Avergonzada se desprende de los brazos de don Pablo, y baja los ojos.*)

(¡Qué estoy diciendo, insensata!
O rubor...) Perdone usted...

Don Elías. Ya han retirado los postres

(*Observando á la puerta.*)

Y las copas de Jerez.

Don Pablo. Isabel, ese cariño
Que en el alma grabaré
Viene á endulzar la amargura
De un desengaño cruel.

Isabel. Dios sabe con qué afliccion
Tu muerte, Pablo, lloré...

Don Elías. Ya recogen la vajilla;
Ya levantan el mantel.

Don Pablo. Aunque por muerto me dieron,
De mis heridas sané.
Otra me han hecho en el alma.
Yo la curaré tambien.

Isabel. ¡Pablo!...

Don Pablo. ¡Hermana de mi vida!

Isabel. (¡Hermana!... ¡Ay de mí!)

Don Pablo. Isabel,
Tú sola sabes que vivo.
Otros lo sabrán despues.
¿Querrás por breves instantes
Guardarme el secreto fiel?

Isabel. Lo guardaré; mas qué intento...

Don Elías. Ya están tomando café.

Don Pablo. A ese contrato nupcial
Presente quiero que estés.

Isabel. ¡Tú lo exijes!

Don Pablo. Y no importa
Que les des el parabien.
Yo se lo doy desde luego;
Y ya jamas fiaré
Ni en lisonjeros amigos,
Ni en palabras de mujer.

Isabel. (¡Qué oigo!)

Don Pablo. ¡En la tumba se aprende
Mucho!

Don Elías. ¡Que ya están en pié!.

Don Pablo. A Dios... Yo seré mas cauto
Por si me muero otra vez.

(*Se entra en el cuarto del foro, cerrando las vidrieras.*)

ESCENA VI.

ISABEL, DON ELÍAS.

Don Elías. ¡Confidente y centinela
De mi rival! Por usted,
Solo por usted haria
Tan subalterno papel;
¡Papel que entrará en el fárrago
De deuda sin interes!

Isabel. (*Sin oirle.*)
¡No me ama! ¡Infeliz de mí!
Mas al fin no le veré
En los brazos de Jacinta.
Y si otra me roba el bien
Que el alma anhela... ¡No importa!
¡Perezca yo, y viva él!

ESCENA VII.

LOS PRECEDENTES, DON FROILAN, JACINTA, DON MATÍAS, DON ANTONIO, DON LUPERCIO, DAMAS, CABALLEROS.

(*Toman todos asiento en varios grupos. Don Matías, Jacinta con otras damas y caballeros á un lado; don Lupercio con los demas convidados á otro; don Antonio junto á don Froilan; don Elías é Isabel á un estremo.*)

Don Matías. Adentro. Sin ceremonia.
Jacinta. Tomen ustedes asiento.
Don Lupercio. ¡Oh, que está aquí don Elías!
Don Elías. Buenas noches, don Lupercio.
Don Matías. ¿Cuándo viene ese notario?
Que en verdad, ya me impaciento
Esperándole.
Jacinta. Ya poco
Puede tardar.
Don Matías. Mira: luego
Que se firmen los contratos
Conyugales, bailaremos.
Una señora. Sí, sí; un poquito de baile.
Un caballero. Y será el dia completo.
Don Froilan. Esa boda se va á hacer

(*Hablan en voz baja.*)

Bajo auspicios muy funestos,
Don Antonio.
Don Antonio. Qué sé yo...
Se quieren y están contentos...
Jacinta. Por fin ya nos favorece

(*Aparte con Matías.*)

Mi hermana. ¡Pero qué gesto!
Y es un insulto el entrarse
Aquí con vestido negro.
Don Matías. Como es tan sentimental,
No me admiro...
Jacinta. Pues yo creo
Que tiene mas de envidiosa
Que de santa.
Don Matías. Y aun por eso
A falta de otro galan
Se resigna á los obsequios
Del buen don Elías.
Jacinta. Siempre
Tuvo ruines pensamientos.
Una dama. ¿Qué dote lleva la novia?

(*En voz baja.*)

Don Lupercio. No es gran cosa. Seis mil pesos.
Isabel. ¿Cuáles serán los designios

(*Aparte con don Elías.*)

De don Pablo?
Don Elías. Es un secreto,
Señorita; y como yo
De económico me precio,
Quiero ahorrar las conjeturas,
Pues al fin he de saberlo.
Don Froilan. Es un cargo de conciencia;

(*Aparte con don Antonio.*)

Sí señor; yo no debo
Autorizar...
Don Antonio. ¡Bobería!

Los que se casan son ellos,
No usted.

Don Froilan. ¡Casamiento horrible!
Don Antonio. Peor seria no hacerlo.
Don Froilan. ¡Don Pablo amaba á Jacinta!
Don Antonio. Sí señor;... pero se ha muerto.
Don Froilan. Don Matías fué su amigo.
Don Antonio. Ya; pero no es su heredero.
Don Froilan. ¡Yo lo soy á mi pesar!
Don Antonio. ¿Cómo ha de ser? Ya lo veo.
Don Froilan. Mis lágrimas...
Don Antonio. Yo tambien
Las vertería... á ese precio.
Don Matías. Ya está aquí el notario. ¡Viva!

ESCENA VIII.

Los precedentes, el Notario.

Notario. Buenas noches, caballeros.
Una señora. Ese curial incivil

(*Aparte á don Lupercio.*)

No saluda el bello sexo.
Don Matías. Vamos; ¿vienen ya estendidos
Los contratos?
Notario. Sí por cierto.
No falta mas que firmar;
Los contrayentes primero
Y los testigos despues
En sus respectivos huecos.
Don Froilan. Ese hombre, que para mí

(*A don Antonio bajo.*)

Es una especie de cuervo,
Despierta en mi corazon
Atroces remordimientos.
Notario. Si ustedes me lo permiten,
Calo las gafas y leo...
Don Matías. ¡No por Dios! ¿A qué cansarnos
Con ese eterno proceso?
Notario. No tal. Yo soy muy lacónico.

Tendrá veintisiete pliegos...

Don Matías. ¡Misericordia! ¡Una pluma!

(*Llega á la mesa y la toma.*)

¿Da usted fe de que en efecto
Me caso con la que adora
Mi corazon?

Notario. Por supuesto.
Con doña Jacinta...

Don Matías. Basta.
Firmo como en un barbecho.

(*Firma.*)

Don Froilan. ¡Ah! que horror! ¿Y sufro yo

(*Tapándose los ojos.*)

Tan bárbaro sacrilegio?

Don Elías. ¿Qué le ha dado á don Froilan?

(*A Isabel.*)

Suspira; se pone trémulo...

Notario. Ahora la novia.

Jacinta. (*Se acerca á la mesa.*)

Volando,
Que mi gloria cifro en esto.

Don Froilan. ¡No puedo mas!

(*Se levanta, y se acerca tambien á la mesa.*)

Jacinta. ¿Dónde?

Notario. Aquí.

Don Froilan. ¡Deten en nombre del cielo
Esa mano temeraria!
¿Olvidas tus juramentos?
¿Menosprecias tu opinion?
¿No sabes que hay un infierno
Para los perjuros? ¡Ah!...

Don Matías. ¿Qué dice ese majadero?

Don Froilan. ¿Vas á casarte con otro
Cuando la sangre del muerto
Está humeando? Aun escucho
Las campanas de su entierro...

Jacinta. ¡Eh! ¿Quieres dejarme en paz?
Un caballero. Ese hombre ha perdido el seso.
Una dama. ¡Qué hipocresía!

(*A don Antonio.*)

Don Antonio. ¡La herencia!
Don Elías. Como soy que me divierto.

(*A Isabel.*)

Don Matías. Ea, firma, y no hagas caso
De un fastidioso agorero.
Jacinta. Sí; el corazon me lo manda...
¿Aquí?... (No sé por qué tiemblo.
¡Animo!) (*Firma.*) Ya está.
Don Froilan. ¡Gran Dios!...
¡Ella ha firmado! esto es hecho!
¡Ah! qué seria de tí,
Falsa mujer, si del centro
De la tumba aquí se alzase
Don Pablo y con voz de trueno...
Don Matías. ¡Oiga!...

(*Todos los interlocutores á escepcion de Isabel rien estrepitosamente.*)

Don Lupercio. ¡Donosa ocurrencia!
Una dama. ¡Qué visionario!
Un caballero. ¡Qué necio!
Don Antonio. Se nos viene con sandeces
Del siglo décimotercio.
Don Matías. No hablaba usted de ese modo
Dos dias ha.
Don Froilan. Me arrepiento...
Don Elías. Oportuno es el sermon.

(*A Isabel.*)

Parce que está de acuerdo
Con don Pablo. ¿Mas qué aguarda,
Que no sale del encierro?
Don Froilan. Don Matías, no es la herencia
La que ha obrado este portento.
Mueve mi labio divina
Inspiracion. Yo preveo...
Don Matías. ¡Eh! Basta ya de simplezas,
Que estamos perdiendo el tiempo.

Concluyamos... ¡Los testigos!
Notario. Don Antonio Mollinedo...
Don Antonio. Servidor. Sea mil veces

(*Va á la mesa y firma.*)

En buen hora.
Notario. Don Lupercio...
Don Lupercio. Allá voy... (*Firmando.*) Y con el alma
Y la vida lo celebro.
Notario. Don Elías Ruiz...
Don Elías. (*Va y firma.*) Presente.
Sea enhorabuena, y *laus Deo.*
Notario. Hemos concluido.
Don Pablo. (*Dentro.*) No!
¡Falta un testigo!

(*Sorpresa general.*)

Don Matías. ¿Qué es eso?
Jacinta. Qué voz...
Don Froilan. Por allí ha sonado...
Don Matías. ¿Quién es el testigo?

(*Óyese una fuerte detonacion en el cuarto del foro, ábrese la puerta y aparece don Pablo cubierto de piés á cabeza con un manto blanco. Un vivo resplandor rojizo alumbra el cuarto de donde sale.*)

Don Pablo. ¡El muerto!

ESCENA IX.

Los precedentes, DON PABLO.

(*Al aparecer don Pablo retrocede Jacinta aterrada; las demas señoras chillan, y una ó dos se desmayan en brazos de los caballeros que las rodean; don Froilan se queda estático; don Elías suelta la carcajada, y hace notar á Isabel los gestos de los demas; don Matías calla, entre dudoso y amostazado; don Antonio y don Lupercio dan muestras de admiracion; y el notario se esconde detras de la mesa.*)

Jacinta. ¡Cielos!
Notario. ¡Oh!
Don Matías. ¡Don Pablo!

Don Froilan. ¡Es él!
Don Elías. ¡Lindas figuras!
Una dama. ¡Qué espanto!
Don Froilan. ¡Yo no lo dije por tanto!
Jacinta. ¡Aparta, sombra cruel!
Un caballero. Señora...

(*Abanicando á una que está desmayada.*)

Una dama. ¡Qué horrible vista!

(*Volviendo del desmayo.*)

Un caballero. (Yo tengo mas miedo que ella.)
Don Elías. La tramoya ha estado bella.

(*Aparte á Isabel.*)

¡Se ha portado el polvorista!
Jacinta. (¡La imágen de mi conciencia
Veo en su rostro fatal!)
Don Froilan. (Si es aparicion, tal cual;
Si está vivo, ¡á Dios la herencia!)
Jacinta. Yo confieso mi locura,
Pablo, y te pido perdon.
Don Matías. ¡Locura!
Jacinta. Ten compasion
De una frágil criatura.
A tus plantas...

(*Va á arrodillarse, y don Matías la detiene.*)

Don Matías. Eso no,
Por vida de san Matías!
¿Tú á sus plantas? ¡No en mis dias!
Él ha muerto, y vivo yo.
Y nos veremos las caras,
Pues ya se firmó el concierto,
Si quiere meterse el muerto
En camisa de once varas.
Ni él ha muerto; no hay tal cosa;
Que si difunto estuviera
No alzára así como quiera
La yerta y pesada losa.
Yo no le disputo á Dios
El poder de hacer milagros;

Mas los muertos están magros,
Y este abulta como dos.
Lo quisiste vivo: es cierto;
Y ahora á mí. — Sea en hora buena.
Eso no vale la pena
De resucitar á un muerto.
¿Si él ha muerto, qué hace aquí?
Vuelva al panteon profundo;...
Y si vive para el mundo,
Muerto sea para tí.
En fin, que viva ó que muera,
Tuyo no ha de ser jamas.
Veremos quién puede mas;
Él muerto, y yo... calavera.

Don Pablo. No he muerto, gracias al cielo,

(Soltando el manto y dando algunos pasos.)

Ni por una infiel y un loco
Quiero esponerme tampoco
A dar la vida en un duelo.
Que perdone este mal rato
Pido á la tertulia toda,
Pues mal sienta en una boda
El funeral aparato;
Pero hombre de calidad,
Cuya muerte es tan sentida,
Justo es que vuelva á la vida
Con cierta solemnidad.
Conozco que algun menguado
En está cómica escena
Mas me quisiera alma en pena
Que muerto resucitado;
Pero si alguno desea
Ser pasto á la muerte avara,
Yo no: ya he visto su cara
Y me parece muy fea;
Y puesto que debo tanto
Al sumo Hacedor, no es justo
Que por dar á nadie gusto
Me vuelva yo al campo-santo.
Mis quejas no escucharán
Los amigos fementidos;
No; porque á muertos y á idos...

Conocido es el refran.
Que matan los desengaños
Dice la gente... No á mí,
Que como muerto los ví
No han de abreviarme los años. —
Nada de rencor, Matías.
Querer á una dama hermosa
Mas que á un fiel amigo, es cosa
Que se ve todos los dias.
Siempre amor en tal pelea
Ha de triunfar : esto es cierto;
Y mas si el amigo ha muerto
Y la dama pestañea.
Yo la quise, tu la quieres...
Tuya debe ser la bella,
Pues yo he muerto para ella,
Y tú por ella te mueres. —.
Ni á ti, Jacinta del alma,
Culparé. ¿Con qué derecho
Pidiera yo á tu despecho
Una tumba y una palma?
¿Se olvida al galan mas pulcro,
Vivo, lozano, fornido,
Y no ha de echarse en olvido
Al que yace en el sepulcro?
El amor en nuestros dias
Como el fénix se renueva,
Que ya no hay almas á prueba
De balas y pulmonías.
Yo te creia mas firme;
Mas si otro me reemplazó,
La culpa la tengo yo.
¿Quién me mandaba morirme?

Don Matías. No haya duelo. ¿En qué lo fundo
Si no hay rival á mi amor?
Mucho aplaudo el buen humor
Con que vuelves á este mundo.

Jacinta. Pablo, la sorpresa... el gozo...
Pero... Ya ves. . He jurado...
(Despues que ha resucitado
Me parece mejor mozo.)

Don Pablo. Señoras, cese ya el susto,
Que si lo causo viviente,
Me moriré de repente

Estando sano y robusto.
¿Y el notario fugitivo
Adónde fué?

Notario. Me escondí...

(*Sacando la cabeza.*)

Don Pablo. Ea, salga usted de ahí
A dar fe de que estoy vivo.
Aquiete usted la conciencia,
Que, á fe del nombre que tengo,
Del purgatorio no vengo
A tomarle residencia.
¡Don Lupercio! ¡don Antonio!
De ustedes muy servidor.
Hasta ahora, aunque pecador,
No me ha llevado el demonio.

Don Antonio. Yo lloraba...

Don Pablo. Sí por cierto.

Don Lupercio. Yo...

Don Pablo. Como hablan las paredes,
Ya sé que me han hecho ustedes
Justicia... despues de muerto.
¡No era tan feliz mi suerte
Cuando vivo!... ¿Con que soy
Un ángel ahora? Doy
Muchas gracias á la muerte.
Ruego á ustedes, pues advierto
Que me va mejor así,
Que siempre que hablen de mí
Se figuren que estoy muerto.

Don Antonio. ¡Pullas, despues que en mil puntos

(*Aparte á Lupercio.*)

Su elogio hicimos ayer!
Ya no se puede tenar
Caridad... ni con difuntos.

Don Pablo. Don Froilan, siento en verdad
Decir á un amigo fiel
Que el consabido papel
No es mi postrer voluntad

Don Froilan. Es accion muy valadí
Que perdonarse no puede
El resucita[illegible] a[illegible]re[illegible]l

Para burlarse de mí.

(*Risa general.*)

Señores, nada de risas,
Que es sobrada impertinencia
Despojarme de la herencia
Y quedarse con las misas.

Don Elías. Agorero ceji-junto,
Justo es que á Dios satisfagan
Herederos que no pagan
Los créditos del difunto.
Era insigne mala fe,
Riendo de mi abstinencia,
Comerse, amen de la herencia,
Lo que yo economicé.
No era usted quien merecia
Tanta dicha, alma de Anás,
Tartufo... No digo mas...

Don Matías. ¿Porqué? ..

Don Elías. Por economía.

Don Froilan. Por vida...

Don Pablo. Tenga usted calma.
Yo las misas pagaré...
A no ser que quiera usté
Que se endosen á su alma.
Lea usté ahora en desquite
Esta carta que Melchor
Me dió...

Don Froilan. Sí; mi arrendador

(*Toma la carta, la abre, y la lee para sí.*)

De la hacienda de Belchite.

Isabel. ¡Qué será!

(*Despues de una breve pausa.*)

Don Matías. Le tiembla el pulso...

Don Antonio. Gime...

Don Elías. Un color se le va
Y otro se le viene...

Don Froilan. ¡Ah!

Jacinta. Mira al cielo...

Don Lupercio. Está convulso...

Don Froilan. ¡Cruel, funesta noticia!

¡Desventurado de mí!
Yo esperaba el bien ageno,
Y pierdo el mio! Infeliz!
¡Me ha arruinado, me ha perdido
La infame faccion servil!
¡Me ha subastado el aceite,
Me ha saqueado el maiz,
Me ha destruido el molino,
Me ha secuestrado el redil!
¡A mí, que no me metia
Con nadie... canalla ruin!
Y ni he sido diputado,
Ni prócer, ni alcalde, ni...
Si hasta los neutrales tienen
Su hacienda y vida en un tris.
¿Quién quieres, aleve príncipe,
Que te doble la cerviz?
Ya es crímen la indiferencia.
¡Guerra! Un ¡fusil! ¡Un fusil!
Traidor don Cárlos! la sangre
Siento ya en mi pecho hervir.
Yo moriré peleando
O me vengaré de tí.

ESCENA ULTIMA.

LOS PRECEDENTES, MENOS DON FROILAN.

Jacinta. ¡Dios mio!
Isabel. ¡Pobre Froilan!...
¡Funesta guerra civil!
Don Pablo. Le está muy bien empleado.
¡El cielo castigue así
A todo infame egoista
Que á la patria ve gemir
Y ni acude á sus miserias,
Ni la defiende en la lid!
Volviendo á lo de la boda,
En buen hora sea mil
Y mil veces. Yo tambien
Me case.
Isabel. (¡Ay!)
Jacinta. ¿De veras?
Don Pablo. Sí.

Si ustedes quieren mañana
A mi contrato asistir...

Isabel. (¡Mañana!...)

Las damas. Quién...

(*A Jacinta, mostrando todas mucha curiosidad.*)

Don Antonio. Quién será...

(*A los caballeros, que forman tambien corrillo.*)

Don Matías. ¿Quién es la novia feliz?
Díme...

Don Pablo. Son amores póstumos.
No es la novia que escogí
De este mundo.

Don Matías. Alguna momia...

Don Pablo. No. Fresca como el abril.
¡Flor de mi tumba! ¿porqué
Tan tarde te conocí?

Isabel. (Me mira... ¡Ah! Como palpita
Mi corazon!)

Don Antonio. Pero en fin...

Jacinta. (Será Isabel...)

Una señora. ¿No sabremos?...

Don Pablo. Aunque á su gracia gentil
Sabe hermanar la modestia,
Su nombre puedo decir,
Que pues la ofrezco mi mano,
No la alejará de sí

(*Isabel no puede reprimir su agitacion.*)

Quien ya me dió el corazon.

La señora. Hácia aquí mira. ¿Advertis?

(*Aparte á las otras.*)

Don Pablo. ¡Ah! Sí. Ya anuncia mi dicha
En su labio de carmin
La sonrisa del amor.

La señora. (¡Yo soy! Me ve sonreir...)

Don Pablo. Y esa mirada... ¡Isabel!

(*Acercándose á ella, y presentándola la mano.*)

Isabel. ¡Pablo mio!

(Tomando la mano de don Pablo, y reclinando la cabeza en el pecho del mismo como para ocultar el esceso de su gozo.)

Là señora. (¡No era á mí!)

(Con un suspiro y abanicándose.)

D. Antonio, D. Lupercio, Damas, Caballeros. ¡Isabel!
Don Matías. ¡Era tu hermana!

(A Jacinta.)

Don Elías. (¡Ya llegó mi San Martin!)
Don Matías. ¿No dijiste que tu esposa
No era de este mundo?
Don Pablo. Sí.
Mujer de un alma tan pura
Cuya virtud sin igual
Compite con su hermosura,
Es un ser angelical;
No es humana criatura.
Mujer de tanta virtud,
Mujer de amor tan profundo
Que en su tierna juventud
Se inmolaba... ¡á un ataud!...
No pertenece á este mundo.
Yo, que su ventura anhelo,
Ya no me juzgo habitante
De este miserable suelo;
Que Isabel me mira amante
Y sus brazos son... ¡el cielo!
Isabel. Yo que te lloré en la losa;
Yo, que con verte, no mas,
Me tenia por dichosa,
¿Qué haré ahora que me das
El dulce nombre de esposa?
Don Pablo. ¡Cuán de veras lo mereces!
Dichosa muerte mil veces!
Muérete y verás, Matías...
Don Matías. ¡Lindo regalo me ofreces!
Don Pablo. ¿Qué dice usted, don Elías?
Don Elías. Que el mundo es un entremes,
Don Pablo.
Don Matías. Es cierto.
Don Lupercio. Así es.

Don Antonio. Para aprender á vivir...
Don Elías. No hay cosa como morir...
Don Pablo. Y resucitar despues.

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Nació este ilustre literato en Madrid el 6 de setiembre de 1806. Hizo sus estudios en San Isidro el Real, donde cursó el latin y los dos primeros años de filosofía. En 1835 entró en la redaccion de la *Gaceta* como taquígrafo temporero. Mas tarde fué nombrado oficial de la *Biblioteca nacional*, habiendo ascendido por rigurosa antigüedad á la plaza de bibliotecario primero, cargo que desempeña actualmente con la inteligencia y laboriosidad que le caracterizan.

Las obras dramáticas del señor Hartzenbusch que mas han contribuido para elevarle á la alta gerarquía que hoy ocupa en la república de las letras, son : *Los Amantes de Teruel*, *Doña Mencía, La Jura en Santa Gadea*, *La Madre de Pelayo*, *Don Alfonso el Casto*, *La Ley de raza, Un sí y un nó*, *La Archiduquesita*, *Vida por honra*, y sus dos comedias de mágia *Los Polvos de la madre Celestina* y *La Redoma Encantada*.

El señor Hartzenbusch ha coleccionado para la *Biblioteca de Autores Españoles*, que hace años está publicando en Madrid el distinguido editor don Manuel Rivadeneyra, las obras dramáticas de *Lope de Vega*, *Calderon*, *Tirso de Molina* y *Alarcon*, las cuales forman nueve tomos de aquel importantísimo monumento literario. Este trabajo del señor Hartzenbusch es muy notable, no solo por el gran número de piezas que ha sacado del oscuro rincon de un archivo ó de una biblioteca, en donde yacian cubiertas de polvo, sino tambien por las interesantes noticias biográficas, críticas y literarias que nos ha dado acerca de aquellos inmortales ingenios y de sus admirables comedias.

El señor Hartzenbusch ha publicado ademas varias poesías líricas de indisputable mérito, una coleccion de fábulas y un sin número de artículos y juicios críticos en los principales periódicos de España.

Hace años que el autor de Los amantes de Teruel ocupa un asiento en la *Real Academia Española*, en donde ha pronunciado algunos discursos que pasarán de seguro á la posteridad. — El señor Hartzenbusch es caballero de las órdenes de Cárlos III y de Isabel la Católica. El drama que leeran nuestros lectores á continuacion, tiene, hace yá muchos años, una reputacion europea.

LOS AMANTES DE TERUEL

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

PERSONAS. — JUAN DIEGO MARTINEZ GARCÉS DE MARCILLA Ó MARSILLA. — ISABEL DE SEGURA. — DOÑA MARGARITA. — ZULIMA. — DON RODRIGO DE AZAGRA. — DON PEDRO DE SEGURA. — DON MARTIN GARCÉS DE MARSILLA. — TERESA. — ADEL. — OSMIN. — SOLDADOS MOROS. — CAUTIVOS. — DAMAS. — CABALLEROS. — PAJES. — CRIADOS. — CRIADAS.

El primer acto pasa en Valencia, y los demas en Teruel.
Año de 1217.

ACTO PRIMERO.

Dormitorio morisco en el alcázar de Valencia. A la derecha del espectador una cama, junto al proscenio; á la izquierda, una ventana con celosías y cortinajes. Puerta grande en el fondo y otras pequeñas á los lados.

ESCENA PRIMERA.

ZULIMA, ADEL, JUAN DIEGO MARSILLA,

(*Adormecido en la cama : sobre ella un lienzo con letras de sangre.*)

Zulima. No vuelve en sí.
Adel. Todavía
Tardará mucho en volver.
Zulima. Fuerte el narcótico ha sido.
Adel. Poco há se lo administré. —
Dígnate de oir, señora,
La voz de un súbdito fiel,
Que orillas de un precipicio
Te ve colocar el pié.
Zulima. Si disuadirme pretendes,
No te fatigues, Adel.
Partir de Valencia quiero,
Y hoy, hoy mismo partiré.
Adel. ¿Con ese cautivo?
Zulima. Tú
Me has de acompañar con él.

Adel. ¡Así al esposo abandonas?
Un Amir, señora, un Rey!
Zulima. Ese Rey, al ser mi esposo,
Me prometió no tener
Otra consorte que yo.
¿Lo ha cumplido? Ya lo ves.
A traerme una rival
Marchó de Valencia ayer.
Libre á la nueva sultana
Mi puesto le dejaré.
Adel. Considera...
Zulima. Está resuelto.
El renegado Zaen,
El que aterra la comarca
De Albarracin y Teruel,
Llamado por mí ha venido,
Y tiene ya en su poder
Casi todo lo que yo
De mis padres heredé,
Que es demas para vivir
Con opulencia los tres.
De la alcazaba saldremos
Á poco de anochecer.
Adel. ¿Y ese cautivo, señora,
Te ama? ¿Sabes tú quién es?
Zulima. Es noble, es valiente, en una
Mazmorra iba á perecer
De enfermedad y de pena,
De frio, de hambre y de sed:
Yo le doy la libertad,
Riquezas, mi mano: ¿quién
Rehusa estos dones? ¡Oh!
Si ofendiera mi altivez
Con una repulsa, caro
Le costara su desden
Conmigo. Tiempo hace ya
Que este acero emponzoñé,
Furiosa contra mi aleve
Consorte Zeit Abenzeit:
Quien es capaz de vengarse
En el príncipe, tambien
Escarmentara al esclavo,
Como fuera menester.
Adel. ¿Qué habrá escrito en ese lienzo

Con su sangre? Yo no sé
Leer en su idioma; pero
Puedo llamar á cualquier
Cautivo...

Zulima. Él nos lo dirá,
Yo se lo preguntaré.

Adel. ¿No fuera mejor hablarle
Yo primero, tú despues?

Zulima. Le voy á ocultar mi nombre:
Ser Zoraida fingiré,
Hija de Mervan.

Adel. Mervan!
¿Sabes que ese hombre sin ley
Conspira contra el Amir?

Zulima. A él le toca defender
Su trono, en vez de ocuparse,
Contra la jurada fe,
En devaneos que un dia
Lugar á su ruina den.
Mas Ramiro no recobra
Los sentidos: buscaré
Un espíritu á propósito... (*Váse.*)

ESCENA II.

OSMIN (*por una puerta lateral*), ADEL, MARSILLA.

Osmin. ¿Se fué Zulima?

Adel. Se fué.
Tú nos habrás acechado.

Osmin. He cumplido mi deber.
Al ausentarse el Amir,
Con este encargo quedé.
Es mas cauto nuestro dueño
Que esa liviana mujer.—
El lienzo escrito con sangre,
¿Dónde está?

Adel. Allí.

(*Señalando la cama.*)

Osmin. Venga.

Adel. Ten.

(*Le da el lienzo y Osmin lee.*)

Mira si es que dice, ya

Que tú lo sabes leer,
Dónde lo pudo escribir;
Porque en el encierro aquel
Apenas penetra nunca
Rayo de luz: verdad es
Que rotas esta mañana
Puerta y cadenas hallé:
Debió, despues de romperlas,
El subterráneo correr,
Y hallando el lienzo...

(*Asombrado de lo que ha leido.*)

Osmin. Es posible!
Adel. ¿Qué cosa?
Osmin. ¡Oh, vasallo infiel!
Avisar al Rey es fuerza,
Y al pérfido sorprender.
Adel. ¿Es este el pérfido?

(*Señalando á Marsilla.*)

Osmin. No;
Ese noble aragonés
Hoy el salvador será
De Valencia y de su Rey.
Adel. Zulima viene.
Osmin. Silencio
Con ella, y al punto ve
Á buscarme. (*Váse.*)
Adel. Norabuena.
Así me harás la merced
De esplicarme lo que pasa.

ESCENA III.

ZULIMA, ADEL, MARSILLA.

Zulima. Déjame sola.
Adel. Está bien. (*Váse.*)

ESCENA IV.

ZULIMA, MARSILLA.

Zulima. Su pecho empieza á latir
Mas fuerte; así que perciba...

(*Aplícale un pomito á la nariz.*)

Marsilla. ¡Ah!
Zulima. Volvió.

Marsilla. (*Incorporándose.*)

¡Qué luz tan viva!
No la puedo resistir.

Zulima. (*Corriendo las cortinas de la ventana.*)

De aquella horrible mansion
Está á las tinieblas hecho.
Marsilla. No es esto piedra, es un lecho.
¿Qué ha sido de mi prision?
Zulima. Mira este albergue despacio,
Y abre el corazon al gozo.
Marsilla. ¡Señora!...

(*Reparando en ella.*)

Zulima. Tu calabozo
Se ha convertido en palacio.
Marsilla. Dí (porque yo no me esplico
Milagro tal), dí, qué es esto?
Zulima. Que eras esclavo, y que presto
Vas á verte libre y rico.
Marsilla. ¡Libre! Oh divina clemencia!
Y ¿á quién debo tal favor?
Zulima. ¿Quién puede hacerlo mejor
Que la Reina de Valencia?
Zulima te proporciona
La sorpresa que te embarga
Dulcemente: ella me encarga
Que cuide de tu persona:
Y desde hoy ningun afan
Permitiré que te aflija.
Marsilla. ¿Eres?...
Zulima. Dama suya, hija
Del valeroso Mervan.
Marsilla. ¿De Mervan? (Ah! qué recuerdo!)

(*Busca y recoge el lienzo.*)

Zulima. ¿Qué buscas tan azorado?

¿Ese lienzo ensangrentado?
Marsilla. (Si esta lo sabe, me pierdo.)
Zulima. ¿Qué has escrito en él?
Marsilla. No va
Esto dirigido á tí;
Es para el Rey.
Zulima. No está aquí.
Marsilla. Para la Reina será.
Haz pues que á mi bienhechora
Vea: por Dios te lo ruego.
Zulima. Conocerás aquí luego
A la Reina tu señora.
Marsilla. ¡Oh!...
Zulima. No estés con inquietud.
Olvida todo pesar:
Trata solo de cobrar
El sosiego y la salud.
Marsilla. Defienda próvido el cielo
Y premie con altos dones
Los piadosos corazones
Que dan al triste consuelo.
Tendrá Zulima, tendrás
Tú siempre un cautivo en mí:
Hermoso es el bien por sí,
Pero en una hermosa, mas.
Ayer, hoy mismo, ¿cuál era
Mi suerte? Sumido en honda
Cárcel, estrecha y hedionda,
Sin luz, sin aire siquiera;
Envuelto en infecta nube
Que húmedo engendra el terreno,
Paja corrompida, cieno
Y piedras por cama tuve.
— Hoy... si no es esto soñar,
Torno á la luz, á la vida,
Y espero ver la florida
Márgen del Guadalaviar,
Allí donde alza Teruel,
Señoreando la altura,
Sus torres de piedra oscura
Que están mirándose en él.
No es lo mas que me redima
La noble princesa mora:
El bien que me hace, lo ignora

Aun la propia Zulima.

Zulima. Ella siempre algun misterio
Supuso en tí, y así espera
Que me dés noticia entera
De tu vida y cautiverio.
Una vez que en tu retiro
Las dos ocultas entramos,
Te oimos... y sospechamos
Que no es tu nombre Ramiro.

Marsilla. Mi nombre es Diego Marsilla,
Y cuna Teruel me dió,
Pueblo que ayer se fundó
Y es hoy poderosa villa,
Cuyos muros, entre horrores
De lid atroz levantados,
Fueron con sangre amasados
De sus fuertes pobladores.
Yo creo que al darme ser
Quiso formar el Señor,
Modelos de puro amor,
Un hombre y una mujer,
Y para hacer la igualdad
De sus afectos cumplida,
Les dió un alma en dos partida,
Y dijo : Vivid y amad.
Al son de la voz creadora
Isabel y yo existimos,
Y ambos los ojos abrimos
En un dia y una hora.
Desde los años mas tiernos
Fuimos ya finos amantes;
Desde que no vimos... ántes
Nos amábamos de vernos;
Porque el amor principió
Á enardecer nuestras almas
Al contacto de las palmas
De Dios cuando nos crió;
Y así fué nuestro querer,
Prodigioso en niña y niño,
Encarnacion del cariño
Anticipado al nacer,
Seguir Isabel y yo,
Al triste mundo arribando,
Seguir con el cuerpo amando

Como el espíritu amó.

Zulima. Inclinacion tan igual
Solo dichas pronostica.

Marsilla. Soy pobre, Isabel es rica.

Zulima. (Respiro.)

Marsilla. Tuve un rival.

Zulima. ¿Sí?

Marsilla. Y opulento.

Zulima. Y bien...

Marsilla. Hizo
Alarde de su riqueza...

Zulima. ¿Y qué? ¿rindió la firmeza
De Isabel?

Marsilla. Es poco hechizo
El oro para quien ama.
Su padre, sí, deslumbrado...

Zulima. ¿Tu amor dejó desairado,
Privándote de tu dama?

Marsilla. Le ví, mi pasion habló
Su fuerza exhalando toda,
Y, suspendida la boda,
Un plazo se me otorgó,
Para que mi esfuerzo activo
Juntara un caudal honrado.

Zulima. ¿Es ya el término pasado?

Marsilla. Señora, ya ves... aun vivo.
Seis años y una semana
Me dieron : los años ya
Se cumplen hoy ; cumplirá
El primer dia mañana.

Zulima. Sigue.

Marsilla. Un adios á la hermosa
Dí, que es de mis ojos luz,
Y combatí por la cruz
En las Navas de Tolosa.
Gané con brioso porte
Crédito allí de guerrero;
Luego, en Francia, prisionero
Caí del Conde Monforte.
Huí, y en Siria un frances
Albigense, refugiado,
Á quien habia salvado
La vida junto á Besiés,
Me dejó, al morir, su herencia :

Volviendo con fama y oro
Á España, pirata moro
Me apresó y trajo á Valencia.
Y en pena de que rompió
De mis cadenas el hierro
Mi mano, profundo encierro
En vida me sepultó,
Donde mi estraño custodio
Sin dejarse ver ni oir,
Me prolongaba el vivir,
Ó por piedad ó por odio.
De aquel horrendo lugar
Me sacais : bella mujer,
Sentir sé y agradecer :
Dí cómo podré pagar.

Zulima. No borres de tu memoria
Tan debido ofrecimiento,
Y haz por escuchar atento
Cierta peregrina historia.
Un jóven aragonés
Vino cautivo al serrallo :
Sus prendas y nombre callo,
Tú conocerás quién es.
Toda mujer se lastima
De ver padecer sonrojos
Á un noble : puso los ojos
En el esclavo Zulima,
Y férvido amor en breve
Nació de la compasion :
Aquí es brasa el corazon ;
Allá entre vosotros, nieve.
Quiso aquel jóven huir ;
Fué desgraciado en su empeño :
Le prenden, y por su dueño
Es condenado á morir.
Pero en favor del cristiano
Velaba Zulima : ciega,
Loca, le salva ; — mas, llega
Á brindarle con su mano.
Respuesta es bien se le dé
En trance tan decisivo :
Habla tú por el cautivo ;
Yo por la Reina hablaré.

Marsilla. Ni en desgracia ni en ventura

Cupo en mi lenguaje dolo.
Este corazon es sólo
Para Isabel de Segura.

Zulima. Medita, y concederás
Al tiempo lo que reclama.
¿Sabes tú si es fiel tu dama?
¿Sabes tú si la verás?

Marsilla. Me matara mi dolor,
Si fuera Isabel perjura:
Mi constancia me asegura
La firmeza de su amor.
Con espíritu gallardo,
Si quereis, daré mi vida:
Dada el alma y recibida,
Fiel al dueño se la guardo.

Zulima. Mira que es poco prudente
Burlar á tu soberana,
Que tiene sangre africana,
Y ama y odia fácilmente.
Y si ella sabe que cuando
Yo su corazon te ofrezco,
Por ella el dolor padezco
De ver que le estás pisando,
Volverás á tus cadenas
Y á tu negro calabozo,
Y allí yo, con alborozo
Que mas encone tus penas,
La nueva te llevaré
De ser Isabel esposa.

Marsilla. Y en prision tan horrorosa
¿Cuántos dias viviré?

Zulima. ¡Rayo del cielo! el traidor
Cuanto fabrico derrumba:
Defendido con la tumba,
Se rie de mi furor.
Trocarás la risa en llanto.
Cautiva desde Teruel
Me han de traer á Isabel...

Marsilla. ¿Quién eres tú para tanto?

Zulima. Tiembla de mí!

Marsilla. Furia vana.

Zulima. ¡Insensato! La que ves,
No es hija de Mervan, es
Zulima.

Marsilla. ¡Tú la Sultana!
Zulima. La Reina.
Marsilla. Toma, con eso

(*Dándole el lienzo ensangrentado.*)

Correspondo á tu aficion:
Entrega sin dilacion
A hombre de valor y seso
El escrito que te doy.
Sálvete su diligencia.
Zulima. ¡Cómo! ¿Qué riesgo?...
Marsilla. A Valencia
Tu esposo ha de llegar hoy;
Y en llegando, tú y él y otros
Al sedicioso puñal
Pereceis.
Zulima. ¿Qué desleal
Conspira contra nosotros?
Marsilla. Mervan, tu padre supuesto.
Si tu cólera no estalla,
Mi labio el secreto calla,
Y el fin os llega funesto.
Zulima. ¿Cómo tal conjuracion
A tí?...
Marsilla. Frenético ayer,
La puerta pude romper
De mi encierro: la prision
Recorro, oigo hablar, atiendo...
—Junta de aleves impía
Era, Mervan presidia.—
Allí supe que volviendo
A este alcázar el Amir,
Trataban de asesinarle.
Resuélvome á no dejarle
Pérfidamente morir,
Y con roja tinta humana
Y un pincel de mi cabello
La trama en un lienzo sello,
Y el modo de hacerla vana.
Poner al siguiente dia
Pensaba el útil aviso
En la cesta que el preciso
Sustento me conducia.

Vencióme tenaz modorra,
Mas fuerte que mi cuidado :
Desperté maravillado,
Fuera ya de la mazmorra.
Junta pues tu guardia, pon
Aquí un acero, y que venga
Con todo el poder que tenga
Contra tí la rebelion.

Zulima. Dé á la rebelion castigo
Quien tema por su poder;
No yo, que al anochecer
Huir pensaba contigo.
Poca gènte, pero brava,
Que al marchar nos protegiera,
Sumisa mi voz espera
Escondida en la alcazaba.
Con ellos entre el rebato
Del tumulto, partiré;
Con ellos negociaré
Que me venguen de un ingrato.
Teme la cuchilla airada
De Zaen el bandolero;
Tiembla mas que de su acero,
De esta daga envenenada.
¡Ay del que mi amor trocó
En frenesí rencoroso!
¡Nunca espere ser dichoso
Quien de celos me mató!

Marsilla. ¡Zulima!... ¡Señora!...

(Váse Zulima por la puerta del fondo y cierra por dentro.)

ESCENA V.

OSMIN, MARSILLA.

smin. Baste
De plática sin provecho.
Al Rey un favor has hecho :
Acaba lo que empezaste.

Marsilla. ¡Cómo! ¿tú?

Osmin. El lienzo he leido
Que al Rey dirigiste : allí

Le ofreces tu brazo.

Marsilla. Sí,
Armas y riesgo le pido.

Osmin. Pues bien, dos tropas formadas
Con los cautivos están:
Serás el un capitan,
El otro Jaime Celladas.

Marsilla. ¡Jaime está aquí! Es mi paisano,
Es mi amigo.

Osmin. Si hay combate,
Así tendrá su rescate
Cada cautivo en la mano.
Con ardimiento lidiad.

Marsilla. ¿Quién, de libertad sediento,
No lidia con ardimiento
Al grito de libertad?

Osmin. Cuanto á Zulima...

Marsilla. Tambien
Libre ha de ser.

Osmin. No debiera;
Pero llévesela fuera
De nuestro reino Zaen.

ESCENA VI.

ADEL, SOLDADOS MOROS, MARSILLA, OSMIN.

Adel. Osmin, á palacio van
Turbas llegando en tumulto,
Y Zaen que estaba oculto,
Sale aclamando á Mervan.
Zulima nos ha vendido.

Osmin. Ya no hay perdon que le alcance.

Marsilla. Despues de correr el lance,
Se dispondrá del vencido.
Cuando rueda la corona
Entre la sangre y el fuego,
Primero se triunfa, luego...

Osmin. Se castiga.

Marsilla. Se perdona.

Voc. dent. Muera el tirano!

Marsilla. ¡Mi espada!
¡Mi puesto!

Osmin. Ven, ven á él.
Guarda el torreon, Adel.

Adel. (*Dásele á Marsilla.*)

Ten tu acero.

Marsilla. ¡Arma anhelada!
¡Mi diestra te empuña ya!
Ella al triunfo te encamina.
Rayo fué de Palestina,
Rayo en Valencia será.

ACTO SEGUNDO.

Teruel. — Sala en casa de don Pedro Segura.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, *entrando en su casa*; MARGARITA, ISABEL *y* TERESA, *saliendo á recibirle.*

Margarita. (*Arrodillándose.*)

¡Esposo!

Isabel. (*Arrodillándose.*)

¡Padre!

Teresa. ¡Señor!
Don Pedro. ¡Hija! ¡Margarita! Alzad.
Isabel. Dadme á besar vuestra mano.
Margarita. Déjame el suelo besar
Que pisas.

Teresa. (*A Margarita.*)

Vaya, señora,
Ya es vicio tanta humildad.

Don Pedro. Pedazos del corazon,
No es ese vuestro lugar.
Abrazadme.

(*Levanta y abraza á las dos.*)

Teresa. Así me gusta.
Y á mi luego.

Don Pedro. Ven acá,
Fiel Teresa.
Teresa. Fiel y franca,
Tengo en ello vanidad.
Don Pedro. Ya he vuelto por fin.
Margarita. Dios quiso
Mis plegarias escuchar.
Don Pedro. Gustoso á Monzon partí,
Comisionado especial
Para ofrecer á don Jaime
Las tropas que alistará
Nuestra villa de Terúel
En defensa de la paz,
Que don Sancho y don Fernando
Nos quieren arrebatar :
Fué don Rodrigo de Azagra,
Obsequioso y liberal,
Acompañándome al ir,
Y me acompaña al tornar;
Mas yo me acordaba siempre
De vosotras con afan.
Triste se quedó Isabel;
Mas triste la encuentro.
Teresa. Ya.
Margarita. ¡Teresa!
Isabel. ¡Padre!
Don Pedro. Hija mia,
Díme con sinceridad
Lo que ha pasado en mi ausencia.
Teresa. Poco tiene que contar.
Margarita. ¡Teresa!
Teresa. Digo bien. ¿Es
Por ventura novedad
Que Isabel suspire, y vos

(*A Margarita.*)

Receis, y ayuneis á pan
Y agua, y os andeis curando
Enfermos por caridad?
Es la vida que traeis,
Lo menos, quince años há...
Margarita. Basta.
Teresa. Y hace seis cumplidos

Que no se ha visto asomar
En los labios de Isabel
Ni una sonrisa fugaz.

Isabel. (¡Ay, mi bien!)

Teresa. En fin, señor,
Del pobrecillo don Juan
Diego de Marsilla, nada
Se sabe.

Margarita. Si no callais,
Venid conmigo.

Teresa. Ir con vos
Fácil es; pero callar...

(*Vánse Margarita y Teresa. Don Pedro se quita la espada y la pone sobre un bufete.*)

ESCENA II.

DON PEDRO, ISABEL.

Don Pedro. Mucho me aflige, Isabel,
Tu pesadumbre tenaz;
Pero, por desgracia, yo
No la puedo remediar.
Esclavo de su palabra
Es el varon principal;
Tenga empeñada la mia,
La debo desempeñar.
En el honor de tu padre
No se vió mancha jamas:
Juventud honrada pide
Mas honrada ancianidad.

Isabel. No pretendo yo...

Don Pedro. Por otra
Parte, parece que están
De Dios ciertas cosas. Oye
Un lance bien singular,
Y dí si no tiene traza
De caso providencial.

Isabel. A ver.

Don Pedro. En Teruel vivió
(No sé si te acordarás)

Un tal Roger de Lizana,
Caballero catalan.

Isabel. ¿El templario?

Don Pedro. Sí. Roger
Paraba en Monzon. Allá
Es voz que penas y culpas
De su libre mocedad
Trajéronle una dolencia
De espíritu y corporal,
Que vino á dejarle casi
Mudo, imbécil, incapaz.
Pacífico en su idiotez,
Permitíanle vagar
Libre por el pueblo. Un dia,
Sobre una dificultad
En mi encargo y sobre cómo
Se debiera de allanar,
Don Rodrigo y yo soltamos
Palabras de enemistad.
Marchóse enojado, y yo
Esclamé al verle marchar :
¿Ha de ser este hombre dueño
De lo que yo quiero mas?
Si la muerte puede sola
Mi palabra desatar,
Lléveme el Señor, y quede
Isabel en libertad.

Isabel. ¡Oh padre!

Don Pedro. En esto, un empuje
Tremendo á la puerta dan,
Se abre, y con puñal en mano
Entra...

Isabel. Vírgen del Pilar!
¿Quién?

Don Pedro. Roger. Llégase á mí,
Y en voz pronunciada mal,
Uno (dijo) de los dos
La vida aquí dejará.

Isabel. Y qué hicísteis?

Don Pedro. Yo, pensando
Que bien pudiera quizás
Mi muerte impedir alguna
Mayor infelicidad,
Crucé los brazos, y quieto

Esperé el golpe mortal.
Isabel. ¡Cielos! ¿Y Roger?
Don Pedro. Roger,
Parado al ver mi ademan,
En lugar de acometerme
Se fué retirando atras,
Mirándome de hito en hito,
Llena de terror la faz.
Asió con entrambas manos
El arma por la mitad,
Y señas distintas hizo
De querérmela entregar.
Yo no le atendí, guardando
Completa inmovilidad
Como ántes; y él, con los ojos
Fijos, y sin menear
Los párpados, balbuciente
Dijo: Matadme, salvad
En el hueco de mi tumba
Mi secreto criminal.
Isabel. ¡Su secreto!
Don Pedro. En fin, de estarse
Tanto sin pestañear,
Él, cuyos sentidos eran
La suma debilidad,
Se trastornó, cayó; dió
La guarnicion del puñal
En tierra, le fué la punta
Al corazon á parar
Al infeliz, y á mis plantas
Rindió el aliento vital.
Huí con espanto: Azagra,
Viniéndose á disculpar
Conmigo, me halló; le dije
Que no pisaba el umbral
De aquella casa en mi vida;
Y él, próvido y eficaz,
Avisó al Rey y mandó
El cadáver sepultar.—
Ya ves, hija: por no ir
Yo contra tu voluntad,
Por no cumplir mi palabra,
Quise dejarme matar,
Y Dios me guardó la vida:

Su decreto celestial
Es sin duda que esa boda
Se haga por fin...—y se hará,
Si en tres dias no parece
Tu preferido galan.

Isabel. (Ay de él y de mí!)

ESCENA III.

TERESA, DON PEDRO, ISABEL.

Teresa. Señor,
Acaba de preguntar
Por vos don Martin, el padre
De don Diego.

Isabel. (¿Si sabrá?...)

Teresa. Como es enemigo vuestro,
Le he dejado en el zaguan.

Don Pedro. A enemigo noble se abren
Las puertas de par en par.
Que llegue. Ve con tu madre.

(*Váse Teresa.*)

Isabel. (Ella á sus piés me verá
Llorando hasta que consiga
Vencer su severidad.)

(*Váse.*)

ESCENA IV.

DON PEDRO.

Desafiados quedamos
Al tiempo de cabalgar
Yo para Monzon : el duelo
Llevar á cabo querrá.
Bien.— Pero él ha padecido
Una larga enfermedad.

Si no tiene el brazo firme,
Conmigo no lidiará.

ESCENA V.

DON MARTIN, DON PEDRO.

Don Martin. Don Pedro Segura, seais bien venido.
Don Pedro. Y vos, don Martin Garcés de Marsilla,
Seais bien hallado : tomad una silla.

(*Siéntase don Martin mientras don Pedro va á tomar su espada.*)

Don Martin. Dejad vuestra espada.
Don Pedro. (*Sentándose.*)
Con pena l[illegible]o
La grave dolencia que habeis padeci[illegible]
Don Martin. Al fin me repuse del todo.
Don Pedro. No sé...
Don Martin. Domingo Celladas...
Don Pedro. Fuerte hombre es, á fé!
Don Martin. Pues aun á la barra le gano el partido.
Don Pedro. Así os quiero yo. Desde hoy, elegid
Al duelo aplazado seguro lugar.
Don Martin. Don Pedro, yo os tengo primero que hablar.
Don Pedro. Hablad en buen hora : ya escucho. Decid.
Don Martin. Causó nuestra riña...
Don Pedro. La causa omitid :
Sabémosla entrambos. Por vos se me dijo
Que soy un avaro, y os privo de un hijo.
De honor es la ofensa, precisa la lid.
Don Martin. ¿Teneisme por hombre de aliento?
Don Pedro. Sí tal.
Si no lo creyera, con vos no lidiara.
Don Martin. Jamas al peligro le vuelvo la cara.
Don Pedro. Sí, nuestro combate puede ser igual.
Don Martin. Será por lo mismo...
Don Pedro. Sangriento, mortal.
Ha de perecer uno de los dos.
Don Martin. Oid un suceso feliz para vos...
Feliz para entrambos.

Don Pedro. Decídmele. ¿Cuál?

Don Martin. Tres meses hará que en lecho de duelo
Me puso la mano que todo lo guia.
Del riesgo asustada la familia mia,
Quiso en vuestra esposa buscar su consuelo.
Con tino infalible, con próvido celo
Salud en la villa benéfica vierte,
Y enfermo en que airada se ceba la muerte,
Le salva su mano, bendita del cielo
Con vos irritado, no quise atender
Al dulce consejo de amante inquietud.
No cobre (decia) jamas la salud,
Si mano enemiga la debe traer.
Mayor mi teson á mas padecer,
La muerte en mi alcoba plantó su bandera.
Por fin una noche... ¡Qué noche tan fiera!
Blasfemo el dolor hacíame ser;
Pedia una daga con furia tenaz,
Rasgar anhelando con ella mi pecho...
En esto á mis puertas, y luego á mi lecho,
Llegó un peregrino, cubierta la faz.
Angel parecia de salud y paz...
Me habla, me consuela; benigno licor
Al labio me pone; me alivia el dolor,
Y parte, y no quiere quitarse el disfraz.
La noche que tuve su postrer visita,
Ya restablecido, sus pasos seguí.
Cruzó varias calles, viniendo hácia aquí,
Y entró en esa ruina de gótica ermita,
Que á vuestros jardines términos limita.
Detúvele entonces: el velo cayó,
Radiante la luna su rostro alumbró...
Era vuestra esposa.

Don Pedro. ¡Era Margarita!

Don Martin. Confuso un momento, cobréme despues,
Y vióme postrado la noble señora.
—Con tal beneficio, no cabe que ahora
Provoque mi mano sangriento reves.
Don Pedro Segura, decid á quien es
Deudor este padre de verse con vida,
Que está la contienda por mí fenecida.
Tomad este acero, ponedle á sus piés.

(*Da su espada á don Pedro, que la coloca en el buf*

Don Pedro. ¡Feliz yo, que logro el duelo escusar
Con vos, por motivo que es tan lisonjero!
Si pronto me hallásteis, por ser caballero,
Cuidado me daba el ir á lidiar.
Con tal compañera, ¿quién no ha de arriesgar
Con susto la vida que lleva, dichosa?
Ella me será desde hoy mas preciosa,
Si ya vuestro amigo quereisme llamar.

Don Martin. Amigos seremos.

(*Dánse las manos.*)

Don Pedro. Siempre.

Don Martin. Siempre, sí.

Don Pedro. Y al cabo, qué nuevas teneis de don Diego?
En hora menguada, vencido del ruego
De Azagra, la triste palabra le dí.
Si ántes vuestro hijo se dirige á mí,
¡Cuánto ambas familias se ahorran de llanto!
No lo quiso Dios.

Don Martin. Yo su nombre santo
Bendigo; mas lloro por lo que perdí.

Don Pedro. Pero ¿qué?...

Don Martin. Despues de la de Maurel,
Donde cayó en manos del Conde Simon,
De nadie consigo señal ni razon,
Por mas que anhelante pregunto por él.
Cada dia al cielo con súplica fiel
Pido que me diga qué punto en la tierra
Sostiénele vivo, ó muerto le encierra:
Mundo y cielo guardan silencio cruel.

Don Pedro. El plazo otorgado dura todavía.
Un hora, un instante le basta al Eterno:
Y mucho me holgara si fuera mi yerno
Quien á mi Isabel tan fino queria.
Pero si no viene, y cúmplese el dia,
Y llega la hora... por mas que me pesa,
Me tiene sujeto sagrada promesa:
Si fuera posible, no la cumpliria.

Don Martin. Diligencia escasa, fortuna severa
Parece que en suerte á mi sangre cupo:
Quien á la desgracia sujetar no supo,
Sufrido se muestre cuando ella le hiera.
A Dios.

Don Pedro. No han de veros de aquesa manera.
Yo quiero esta espada; la mia toma!

(*Dásela.*)

En prenda segura de fiel amistad.
Don Martin. Acepto: un monarca llevarla pudiera.

(*Váse don Martin, y don Pedro le acompaña.*)

ESCENA VI.

MARGARITA, ISABEL.

Margarita. (*Aparte, siguiendo con la vista á los dos que se retiran.*)

Aunque nada les oí,
Deben estar ya los dos
Reconciliados.

Isabel. (*Que viene tras su madre.*)

Por Dios,
Madre, haced caso de mí.
Margarita. No, que es repugnancia loca
La que mostrais á un enlace,
Que de seguro nos hace
A todos merced no poca.
Noble sois; pero mirad
Que quien su amor os consagra
Es don Rodrigo de Azagra,
Que goza mas calidad,
Mas bienes: en Aragon
Le acatan propios y ajenos,
Y muestra, con vos al menos,
Apacible condicion.
Isabel. Vengativo y orgulloso
Es lo que me ha parecido.
Margarita. Vuestro padre le ha creido
Digno de ser vuestro esposo.
Prendarse de quien le cuadre
No es lícito á una doncella,
Ni hay mas voluntad en ella
Que la que tenga su padre.
Hoy dia, Isabel, así
Se conciertan nuestras bodas:

Así nos casan á todas,
Y así me han casado á mí.

Isabel. ¿No hay á los tormentos mios
Otro consuelo que dar?

Margarita. No me teneis que mentar
Vuestros locos amoríos.
Yo por delirios no abogo.
Idos.

Isabel. En vano esperé.

(Sollozando al retirarse.)

Margarita. ¿Qué? ¿llorais?

Isabel. Aun no me fué
Vedado este desahogo.

Margarita. Isabel, si no os escucho,
No me acuseis de rigor.
Comprendo vuestro dolor
Y le compadezco mucho;
Pero, hija... cuatro años há
Que á nadie Marsilla escribe.
Si ha muerto...

Isabel. ! No, madre, vive!...
¡Pero cómo vivirá!
Tal vez, llorando, en Sión
Arrastra por mí cadenas,
Quizá gime en las arenas
De la líbica region.
Con aviso tan funesto
No habrá querido afligirme.
Yo trato de persuadirme,
Y sin cesar pienso en esto.
Yo me propuse aprender
A olvidarle, sospechando
Que infiel estaba gozando
Caricias de otra mujer.
Yo escuché de su rival
Los acentos desabridos,
Y logré de mis oidos
Que no me sonaran mal.
Pero ¡ay! cuando la razon
Iba á proclamarse ufana
Vencedora soberana
De la rebelde pasion,

Al recordar la memoria
Un suspiro de mi ausente,
Se arruinaba de repente
La fortaleza ilusoria,
Y con ímpetu mayor,
Tras el combate perdido,
Se entraba por mi sentido
A sangre y fuego el amor.
Yo entonces á la virtud
Nombre daba de falsía,
Rabioso llanto vertia,
Y hundirme en el ataud
Juraba en mi frenesí
Antes que rendirme al yugo
De ese hombre, fatal verdugo,
Genio infernal para mí.

Margarita. Por Dios, por Dios, Isabel,
Moderad ese delirio :
Vos no sabeis el martirio
Que me haceis pasar con él.

Isabel. ¡Qué! ¿mi audacia os maravilla?
Pero estando ya tan lleno
El corazon de veneno,
Fuerza es que rompa su orilla.
No á vos, á la piedra inerte
De esa muralla desnuda,
A esa bóveda que muda
Oyó mi queja de muerte,
A este suelo donde mella
Pudo hacer el llanto mio,
A no ser tan duro y frio
Como alguno que le huella,
Para testigos invoco
De mi doloroso afan;
Que, si alivio no le dan,
No les ofende tampoco.

Margarita. ¿Quién con ánimo sereno
La oyera?—El dolor mitiga;
De una madre, de una amiga
Ven al cariñoso seno.
Conóceme, y no te ahuyente
La faz severa que ves :
Máscara forzosa es
Que dió el pesar á mi frente;

Pero tras ella te espera,
Para templar tu dolor,
El tierno, indulgente amor
De una madre verdadera.

Isabel. ¡Madre mia!

(*Abrázanse.*)

Margarita. Mi ternura
Te oculté... porque debí...
¡Há quince años que hay aquí
Guardada tanta amargura!
Yo hubiera en tu amor filial
Gozado, y gozar no debo
Nada ya, desde que llevo
El cilicio y el sayal.

Isabel. ¡Madre!

Margarita. Temí, recelé
Dar á tu amor incentivo,
Y sólo por correctivo
Severidad te mostré;
Mas oyéndote gemir
Cada noche desde el lecho,
Y á veces en tu despecho
Mis rigores maldecir,
Yo al Señor, de silencioso
Materno llanto hecha un mar,
Ofrecí mil veces dar
Mi vida por tu reposo.

Isabel. ¡Cielos! ¡Qué revelacion
Tan grata! ¡Qué injusta he sido!
¿Que tanto me habeis querido?
¡Madre de mi corazon!
Perdonadme... ¡Qué alborozo
Siento, aunque llorar mé veis!
Seis años há, mas de seis,
Que tanta dicha no gozo.
Mi desgracia contemplad,
Cuando como dicha cuento
Que mis penas un momento
Aplaquen su intensidad.
Pero este rayo que inunda
En viva luz mi alma yerta,
¿Dejaréis que se convierta

En lobreguez mas profunda?
Madre, madre á quien adoro,
El labio os pongo en el pié:
Mi aliento aquí exhalaré
Si no cedeis á mi lloro.

(*Póstrase.*)

Margarita. Levanta, Isabel; enjuga
Tus ojos; confia... Sí:
Cuando dependa de mí...
Isabel. Ya veis que en rápida fuga
El tiempo desaparece.
Si pasan tres dias, ¡tres!
Todo me sobra despues,
Todo esperanza fallece.
Mi padre, por no faltar
A la palabra tremenda,
Le rendirá por ofrenda
Mi albedrío en el altar.
Vuestras razones imprimen
En su alma la persuasion:
En mí toda reflexion
Fuera desacato, crímen
Y yo, señora, lo veo:
Podrá llevarme á casar;
Pero en vez de preparar
Las galas del himeneo,
Que á tenerme se limite
Una cruz y una mortaja;
Que esta gala y esta alhaja
Será lo que necesite.
Margarita. No, no, Isabel: cesa, cesa;
Yo en tu defensa me empeño:
No será Azagra tu dueño,
Yo anularé la promesa.
Me oirá tu padre, y tamaños
Horrores evitará.
Hoy madre tuya será
Quien no lo fué tantos años.

ESCENA VII.

TERESA, MARGARITA, ISABEL.

Teresa. Señoras, don Rodrigo de Azagra pide licencia para visitaros.

Margarita. Hazle entrar. A buen tiempo llega. (*Váse Teresa.*)

Isabel. Permitid que yo me retire.

Margarita. Quédate en la pieza inmediata, y escucha nuestra conversacion.

Isabel. ¿Qué vais á decir?

Margarita. Óyelo, y acabarás de hacer justicia á tu madre.

(*Váse Isabel.*)

ESCENA VIII.

DON RODRIGO, MARGARITA.

Margarita. Ilustre don Rodrigo...

Don Rodrigo. Señora... al fin nos vemos.

Margarita. Honrad mi estrado, ya que la prisa de venir á mi casa no os ha dejado sosegar en la vuestra.

Don Rodrigo. Aquí vengo á buscar el sosiego que necesito. (*Siéntase.*) ¿Qué me decís de mi desdeñosa?

Margarita. ¿Me permitiréis que hable con toda franqueza?

Don Rodrigo. Con franqueza pregunto yo.—Hablad.

Margarita. Mi esposo os prometió la mano de su hija única; y, por él, debeis contar de seguro con ella. Pero la delicadeza de vuestro amor y la elevacion de vuestro carácter ¿se satisfarian con la posesion de una mujer, cuyo cariño no fuese vuestro?

Don Rodrigo. El corazon de Isabel no es ahora mio, lo sé; pero Isabel es virtuosa, es el espejo de las doncellas: cumplirá lo que jure, apreciará mi rendida fe, y será el ejemplo de las casadas.

Margarita. Mirad que su afecto á Marsilla no se ha disminuido.

Don Rodrigo. No me inspira celos un rival, cuyo paradero se ignora, cuya muerte, para mí, es indudable.

Margarita. ¿Y si volviese aun? ¿Y si ántes de cumplirse el término, se presentara tan enamorado como se fué, y con aumentos muy considerables de hacienda?

Don Rodrigo. Mal haria en aparecer ni ántes ni despues de mis bodas. Él prometió renunciar á Isabel, si no se enriquecia en seis años; pero yo nada he prometido. Si vuelve, uno de los dos ha de quedar solo junto á Isabel. La mano que pretendemos ambos, no se compra con oro; se gana con hierro, se paga con sangre.

Margarita. Vuestro lenguaje no es muy reverente para usado en esta casa y conmigo; pero os le perdono, porque me perdoneis la pesadumbre que voy á daros. Yo, noble don Rodrigo, yo que hasta hoy consentí en vuestro enlace con Isabel, he visto por último que de él iba á resultar su desgracia y la vuestra. Tengo, pues, que deciros, como cristiana y madre; tengo que suplicaros por nuestro Señor y nuestra Señora, que desistais de un empeño, ya poco distante de la temeridad.

Don Rodrigo. Ese empeño es público, hace muchos años que dura, y se ha convertido para mí en caso de honor. Es imposible que yo desista. No os opongais á lo que no podréis impedir.

Margarita. Aunque habeis desairado mi ruego, tal vez no le desaire mi esposo.

Don Rodrigo. Mucho alcanzais con él : adora en vos, y lo mereceis, porque há quince años que os empleais en la caridad y la penitencia... Pero... ¿os ha contado ya la muerte de Roger de Lizana?

Margarita. ¡Cómo! ¿Roger ha muerto?

Don Rodrigo. Sí, loco y mudo, segun estaba; desgraciadamente, segun merecía; y á los piés de don Pedro, como era justo.

Margarita. ¡Cielos! Nada sabia de ese infeliz.

Don Rodrigo. Ese infeliz era muy delincuente, era el corruptor de una dama ilustre.

Margarita. ¡Don Rodrigo!

Don Rodrigo. La esposa mas respetable entre las de Teruel.

Margarita. Por compasion... Si Roger ha muerto...

Don Rodrigo. Casi espiró en mis brazos. Yo tendí sobre el féretro su cadáver, yo hallé sobre su corazon unas cartas...

Margarita. ¡Cartas!

Don Rodrigo. De mujer... cinco... sin firma todas. Pero yo os las presentaré, y vos me diréis quién las ha escrito.

Margarita. ¡Callad! ¡callad!

Don Rodrigo. Si no, acudiré á vuestro esposo : bien conoce la letra.

Margarita. ¡No! ¡Dádmelas, rompedlas, quemadlas!

Don Rodrigo. Se os entregarán; pero Isabel me ha de entregar á mí su mano primero.

Margarita. ¡Oh!

Don Rodrigo. Dios os guarde, señora.

Margarita. Deteneos, oidme.

Don Rodrigo. Para que os oiga, venid á verlas. (*Váse.*)

Margarita. Escuchad, escuchadme. (*Váse tras don Rodrigo.*)

ESCEÑA IX.

ISABEL, *y despues* TERESA.

Isabel. ¡Qué es lo que oí? No lo he comprendido, no quiero comprender ese misterio horrible : solo entiendo que de infeliz he pasado á mas. (*Sale Teresa.*)

Teresa. Señora, un jóven estranjero ha llegado á casa pidiendo que se le dejara descansar un rato...

Isabel. Recíbele y déjame.

Teresa. Ya se le recibió, y le han agasajado con vino y magras; por señas que nada de ello ha probado, como si fuera moro ó judío. Aparte de esto, es muy lindo muchacho : he trabado conversacion con él, y dice que viene de Palestina.

Isabel. ¿De Palestina?

Teresa. Yo me acordé al punto del pobre Don Diego. — Como os figurais que debe estar por allá...

(*Váse Teresa.*)

Isabel. Sí. Llámale pronto. ¡ Vírgen piadosa! Que haya sido sueño lo que pienso que oí! ¡Oh! Pensemos en el que viene de Palestina.

ESCENA X.

ZULIMA (*en traje de noble aragonés*), TERESA, ISABEL.

Zulima. El cielo os guarde.

Isabel. Y á vos

Tambien.
Zulima. (Mi rival es esta.)
Isabel. Mejor podeis descansar
En esta sala que fuera.
Teresa. Este mancebo, señora,
Viene de lejanas tierras,
De Jerusalen, de Jope,
De Belen y de Judea.
Isabel. ¿Cierto?
Zulima. Sí.
Teresa. Y ha conocido
Allá gente aragonesa.
Zulima. Un caballero traté
De Teruel.
Isabel. ¿Cuál? ¿Quién? ¿Quién era?
Su nombre.
Zulima. Diego Marsilla.
Isabel. ¡Os trajo Dios á mi puerta!—
¿Dónde le dejais?
Teresa. ¿Entónces,
Era ya rico?
Zulima. Una herencia
Cuantiosa le dejaron
Allí.
Isabel. ¿Pero dónde queda?
Zulima. Hace poco era cautivo
Del Rey moro de Valencia.
Isabel. ¡Cautivo! ¡Infeliz!
Zulima. No tanto.
La esposa del Rey, la bella
Zulima, le amó.
Isabel. ¡Le amó!
Zulima. ¡Sí! ¡mucho!
Teresa. ¡Qué desvergüenza!
Isabel. ¡Y qué! ¿No viene por eso
Marsilla donde le esperan?
Teresa. ¿Se ha vuelto moro quizá?
Zulima. (Ya que padecí, padezca.
Finjamos.)
Isabel. Hablad.
Zulima. No es fácil
Resistir á una princesa
Hermosa y amante: al fin
Marsilla, para con ella,

Era un miserable.

Teresa. Pero
Vamos, acabad...

Isabel. (¡Apenas
Vivo!)

Zulima. El Rey llegó á saber
Lo que pasaba; la Reina
Pudo escapar, protegida
Por un bandido, cabeza
De la cuadrilla temible
Que hoy anda por aquí cerca;
Y Marsilla...

Isabel. ¿Qué?

Zulima. Rogad
Á Dios que le favorezca.

Isabel. ¡Ha muerto! ¡Jesus, valedme!

(*Desmáyase.*)

Teresa. ¡Isabel, Isabel! — ¡Buena
La habeis hecho!

Zulima. (Sabe amar
Esta cristiana de veras;
Yo sé mas, yo sé vengarme.

Teresa. ¡Señora! — ¡Paula! ¡Jimena!)

(*A Zulima.*)

Buscad agua, llamad gente.

Zulima. (Salgamos. — Con esta nueva,
Se casará.)

(*Váse.*)

Teresa. ¡Dios confunda
La boca ruin que nos cuenta
Noticia tan triste!... Pero
Un prójimo que no prueba
Cerdo ni vino, ¿qué puede
Dar de sí?

(*Salen dos criadas que traen agua.*)

Pronto aquí, lerdas.
¿Dónde estábais? A ver: dadme
El agua.

Isabel. ¡Ay, Dios! ¡Ay, Teresa!

ESCENA XI.

MARGARITA, ISABEL, TERESA, CRIADAS.

Margarita. ¿Qué sucede?

Isabel. ¡Ay, madre mia!
Ya no es posible que venga.
Murió.

Margarita. ¿Quién? ¿Marsilla?

Teresa. ¿Quién
Ha de ser?

Isabel. Y ha muerto en pena
De serme infiel.

Teresa. Una mora,
Que dicen que no era fea,
La esposa del Reyezuelo
Valenciano, buena pieza
Sin duda, nos le quitó.

Isabel. ¡En esto paran aquellas
Ilusiones de ventura
Que alimentaba risueña!
Conmigo nacieron, ¡ay!
Se van, y el alma se llevan.
Ese infausto mensajero,
¿Dónde está? Díle que vuelva.

Margarita. Sí: yo le preguntaré...

Teresa. Pues como nos dé respuestas
Por el estilo... Seguidme

(Vánse Teresa y las criadas.)

ESCENA XII.

MARGARITA, ISABEL.

Isabel. ¿Quién figurarse pudiera
Que me olvidara Marsilla?

¡Qué sonrojo! ¡Qué vileza!
Pero ¿cómo ha sido, cómo
Fué que no lo presintiera
Mi corazon? No es verdad:
Imposible que lo sea.
Se engañó, si lo creyó,
La Sultana de Valencia.
Solo por volar á mí,
Quebrantando sus cadenas,
Dejó soñar á la mora
Con esa falaz idea.
Mártir de mi amor ha sido
Que desde el cielo en que reina,
De su martirio me pide
La debida recompensa.
Yo se la daré leal,
Yo defenderé mi diestra:
Viuda del primer amor
He de bajar á la huesa.
Llorar libremente quiero
Lo que de vivir me resta,
Sin que pueda hacer ninguno
De mis lágrimas ofensa.
No he de ser esposa yo
De Azagra: primero muerta.

Margarita. ¿Tendrás valor para?...

Isabel. Sí,
Mi desgracia me le presta.

Margarita. ¿Y si te manda tu padre?...

Isabel. Diré que no.

Margarita. Si te ruega...

Isabel. No.

Margarita. Si amenaza...

Isabel. Mil veces
No. Podrán en hora buena,
De los cabellos asida
Arrastrarme hasta la iglesia,
Podrán maltratar mi cuerpo,
Cubrirle de áspera jerga,
Emparedarme en un claustro
Donde lentamente muera:
Todo esto podrán, sí; pero
Lograr que diga mi lengua
Un sí perjuro, no.

Margarita. Bien,
Bien. Tu valor... me consuela.
(Nada oyó : mas vale así.
La culpa, no la inocencia
Debe padecer.) Ten siempre
Esa misma fortaleza,
Y no te dejes vencer,
Suceda lo que suceda.
Matrimonio sin cariño
Crímenes tal vez engendra.
Yo sé de alguna infeliz
Que dió su mano violenta...
Y... despues de larga lucha...
Desmintió su vida honesta.
Muchos años lleva ya
De dolor y penitencia...
Y al fin le toca morir
De oprobio justo cubierta.
Isabel. ¡Ah, madre! ¿Qué dije yo?
Me olvidé, con esa nueva,
De otra desdicha tan grande
Que á mi desdicha supera.
Margarita. ¡No te cases, Isabel!
Isabel. Sí, madre : mi vida es vuestra :
Dárosla me manda Dios,
Lo manda naturaleza.
Margarita. ¡Hija!
Isabel. Por fortuna mia,
Marsilla al morir me deja
El corazon sin amor
Y sin lugar donde prenda.
Por mas fortuna, Marsilla
De mí se olvidó en la ausencia,
Y puso en otra mujer
El amor que me debiera.
Por dicha mayor, Azagra
Es de condicion soberbia,
Celoso, iracundo : así
Mis lágrimas y querellas
Insufribles le serán;
Querrá que yo las contenga,
No podré, se irritará,
Y me matará.
Margarita. ¡Me aterras,

Hija, me matas á mí!

Isabel. Tengo yo cartas que lea:
Puede encontrármelas.

Margarita. ¡Oh!
¡Si como las tuyas fueran
Otras!...

Isabel. Y tengo un retrato
En esta joya.

(*Saca un relicario.*)

¿Son esas
Sus facciones? Pues sabed
Que, sin estudio ni regla,
De amor guiada la mano,
Al primer ensayo diestra,
Yo supe dar á ese rostro
Semejanza tan perfecta.
Me sirvió para suplir
De Marsilla la presencia;
No le necesito ya:
Mas vale que no le vea.
¡Ah! dejadme que le bese
Una vez... la última es esta.
Tomad. ¿Veis? el sacrificio
Consumo, y estoy serena,
Tranquila... como la tumba.
Imitad vos mi entereza,
Mi calma... y no me digais
Una palabra siquiera.
De mí vuestra fama pende:
La conservaréis ilesa.
Yo me casaré: no importa,
No importa lo que me cuesta. (*Váse.*)

ESCENA XIII.

MARGARITA.

Y ¿debo yo consentir
Que la inocente Isabel,
Por mi egoismo cruel,
Se ofrezca mas que á morir?

Pero ¿cómo he de sufrir
Que, perdida mi opinion,
Me llame todo Aragon
Hipócrita y vil mujer?
Mala madre me hace ser
Mi buena reputacion.
A todo me resignara
Con ánimo ya contrito,
Si al saberse mi delito,
Yo sola me deshonrara.
Pero á mi esposo manchara
Con ignominia mayor.
¡Hija infeliz en amor!
¡Hija desdichada mia!
Perdona la tiranía
De las leyes del honor.

ACTO TERCERO.

Retrete ó gabinete de Isabel. Dos puertas.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, TERESA.

(*Aparece Isabel ricamente vestida, sentada en un sillon junto á una mesa, sobre la cual hay un espejo de mano, hecho de metal. Teresa está acabando de adornar á su ama.*)

Teresa. ¿Qué os parece el tocado? Nada, ni me oye. Que os mireis os digo; tomad el espejo. (*Se le da á Isabel, que maquinalmente le toma, y deja caer la mano sin mirarse.*) A esotra puerta. Miren ¡qué trazas estas de novia! — ¡Ved qué preciosa gargantilla voy á poneros! (*Isabel inclina la cabeza.*) Pero alzad la cabeza, Isabel. Si esto es amortajar á un difunto.

Isabel. ¡Marsilla!

Teresa. (Dios le haya perdonado.) Ea, se concluyó. Bien estais. Ello, sí, me habeis hecho perder la paciencia treinta veces.

Isabel. ¡Madre mia!

Teresa. Si echais menos á mi señora, ya os he dicho que no está en casa, porque para ella, la caridad es ántes que todo. El Juez de este año, Domingo Celladas, tenia un hijo en tierra de infieles: Jaime, ya le conoceis. Hoy, sin que hubiese noticia de que viniera, se lo han encontrado en el camino de Valencia unos mercaderes, herido y sin conocimiento. Por un rastro de sangre que iba á parar á un hoyo, se ha comprendido que debieron echarle dentro; y se cree que hasta poder salir, habrá estado en el hoyo quizá mas de un dia, porque las heridas no son recientes. Vuestra madre ha sido llamada para asistirle; me ha encargado que os aderece, os he puesto hecha una imágen; y ni siquiera he logrado que deis una mirada al vestido para ver si os gusta.

Isabel. Sí: es el último.

Teresa. ¡El dulcísimo nombre de Jesus! No lo quiera Dios, Isabelita de mi alma: no lo querrá Dios; ántes os hará tan dichosa como vos mereceis. Pero salid de ese abatimiento: mirad que ya van á venir los convidados á la boda, y es menester no darles que decir.

Isabel. (*Con sobresalto.*) ¿Qué hora es ya?

Teresa. No tardarán en tocar á vísperas ahí al lado, en San Pedro. Es la hora en que salió de Teruel don Diego, y hasta que pase, mi señor no se considera libre de su promesa.

Isabel. Sí, á esa hora, á esa hora misma partió... para nunca volver. En este aposento, allí, delante de ese balcon estaba yo, llorando sobre mi labor, como ahora sobre mis galas. Contínuamente miraba á la calle por donde habia de pasar, para verle; ahora no miro: no le veré. Por allí vino, dirigiendo el fogoso alazan enseñado á pararse bajo mis balcones. Por allí vino, vestida la cota, la lanza en la mano, al brazo la banda, último don de mi cariño. Hasta la dicha ó hasta la tumba, me dijo. Tuya ó muerta, le dije yo; y caí sin aliento en el balcon mismo, tendidas las manos hácia la mitad de mi alma que se ausentaba. — ¡Suya ó muerta! Y voy á dar la mano á Rodrigo. ¡Bien cumplo mi palabra!

Teresa. Hija mia, desechad esas ideas. Yo ¿qué os he de decir para consolaros? Que os he visto nacer, que

habeis jugado en mis brazos y en mis rodillas... y que diera yo porque recobraseis la paz del alma y fuérais feliz, ¡ay! diera yo todos los dias que me faltan que vivir, menos uno para verlo.

Isabel. ¡Feliz, Teresa! Con este vestido, ¿cómo he de ser feliz? ¡Pesa tanto, me ahoga tanto!... Quítamele, Teresa. (*Levantándose.*)

Teresa. Señora, que viene don Rodrigo.

Isabel. ¡Don Rodrigo! Busca pronto á mi madre. (*Váse Teresa.*)

ESCENA II.

DON RODRIGO, ISABEL.

Don Rodrigo. Mis ojos por fin os ven
A solas, ángel hermoso.
Siempre un amargo desden
Y un recato rigoroso
Me han privado de este bien.
— Trémula estais: ocupad
La silla.

Isabel. ¡Ante mi señor!

Don Rodrigo. Esclavo diréis mejor.
Soberana es la beldad
En el reino del amor.

Isabel. ¡Mentida soberanía!

Don Rodrigo. De mi rendimiento fiel,
Que dudárais no creia.
¡Si á conocer, Isabel,
Llegáseis el alma mia!

Isabel. ¿Para qué? Señas ha dado
Que indican su índole bella.

Don Rodrigo. Mi destino desastrado
Solo mostrar me ha dejado
Lo deforme que hay en ella.
Un Azagra conoceis
Orgulloso y vengativo;
Y otro por fin hallaréis,
Que en vuestro rigor esquivo
Figuraros no podeis.
El Azagra que os adora,
El Azagra para vos,

Aun no le vísteis, señora;
Y nos conviene á los dos
Una esplicacion ahora.

Isabel. Mis padres pueden mandar,
Yo tengo que obedecer,
Nada pretendo saber;
Hiciera bien en callar
Quien ha logrado vencer.

Don Rodrigo. El vencedor, que aparece
Lleno ante vos de amargura,
Manifestaros ofrece
Que sabe lo que merece
Doña Isabel de Segura.
Os ví, y en vos admiré
Virtud y belleza rara:
Digno de vos me júzgué,
Y uniros á mí juré,
Costara lo que costara.
Maldicion mas espantosa
No pudo echarme jamas
Una lengua venenosa,
Que decir: — No lograrás
Hacer de Isabel tu esposa.
— Lidiaré, si es necesario,
Por ella con todo el orbe,
Clamaba yo de ordinario.
¡Infeliz el que me estorbe,
Competidor ó contrario!
En mi celoso furor
Cabe hasta lo que denigre
Mi calidad y mi honor.
Amo con ira de tigre...
Porque es muy grande mi amor.
— No el vuestro, tan delicado,
Me pinteis para mi mengua:
Quizá no lo haya espresado
En seis años vuestra lengua,
Sin que me lo hayan contado.
Cuantas cartas escribió
Marsilla ausente, leí:
Él su retrato no vió,
Yo sí: junto á vos aquí
Siempre tuve un guarda yo.
Ha sido mi ocupacion

Observaros noche y dia;
Y abandonaba á Monzon
Siempre que lo permitia
La marcial obligacion.
Viéndoos al balcon sentada
Por las noches á la luna,
Mi fatiga era pagada:
Jamas fué mujer ninguna
De amante mas respetada.
Para romper mis prisiones,
Para defectos hallaros
Fueron mis indagaciones;
Y siempre para adoraros
Encontré nuevas razones.
Seducido el pensamiento
De lisonjeros engaños,
Un favorable momento
Espero hace ya seis años,
Y aun llegado no lo cuento.
Pero, por dicha, quizá
No deba estar muy distante.

Isabel. ¡Qué! ¿Pensais que cesará
Mi pasion, muerto mi amante?
No; lo que yo vivirá.

Don Rodrigo. Pues bien, amad, Isabel,
Y decidlo sin reparo;
Que con ese amor tan fiel,
Aunque á mí me cueste caro,
Nunca me hallaréis cruel.
Mas si ese afecto amoroso,
Cuya espresion no limito,
Mantener os es forzoso,
Yo, mi bien, yo necesito
El nombre de vuestro esposo.
No mas que el nombre, y concluyo
De desear y pedir:
Todas mis dichas incluyo
En la dicha de decir:
Me tienen por dueño suyo.
Separada habitacion,
Distinto lecho tendréis...
¿Quereis mas separacion?
Vos en Teruel viviréis,
Yo en la córte de Aragon.

¿Temeis que la soledad
Bajo mi techo os consuma?
Vuestros padres os llevad
Con vos: mudaréis en suma
De casa y de vecindad.
Nunca sin vuestra licencia
Veré esos divinos ojos...
¡Ay! dádmela con frecuencia.
Si os oprimen los enojos,
Hablad, y mi diligencia
Ya un festin, ya una batida,
Ya un torneo dispondrá.
Si llorais... ¡Prenda querida!
Cuando lloreis, ¿qué os dirá
Quien no ha llorado en su vida?
¿Míseros ambos, hacer
Con la indulgencia podemos
Menor nuestro padecer.
Ahora, aunque nos casemos,
Me podréis aborrecer?

Isabel. ¡Don Rodrigo! ¡don Rodrigo!
(*Sollozando.*)

Don Rodrigo. ¡Llorais! ¿Es porque me muestro
Digno de ser vuestro amigo?
¿No sufrí del odio vuestro
Bastante el duro castigo?

Isabel. ¡Oh! no, no: mi corazon
Palpitar de odio no sabe.

Don Rodrigo. Ni al mirar vuestra afliccion,
Hay fuerza en mí que no acabe.
Rindiéndose á discrecion
Es ya el caso de manera,
Que el infausto desposorio
Viene á ser obligatorio
Para ambos: lo demas fuera
Dar escándalo notorio.
Pero el amor que os consagro,
Se ha vuelto á vos tan propicio,
Que si Dios en su alto juicio
Quiere obrar hoy un milagro...
Contad con un sacrificio.
Ayer, si resucitara
Mi aciago rival Marsilla,
Sin compasion le matara,

Y sin limpiar la cuchilla,
Corriera con vos al ara.
Hoy, resucitado ó no,
Si ántes que me deis el sí,
Viene... que triunfe de mí.

Isabel. ¡Vos sí que triunfais así
De esta débil mujer!

(*El llanto le ahoga la voz por unos instantes; luego, al ver á don Pedro y á los que le acompañan, se contiene, esclamando:*)

Oh!

ESCENA III.

DON PEDRO, DON MARTIN, DAMAS, CABALLEROS, PAJES, ISABEL, DON RODRIGO, *despues* TERESA.

Don Pedro. Hijos, el sacerdote que ha de bendecir vuestra union, ya nos está esperando en la iglesia. Tanto mis deudos como los de Azagra me instan á que apresure la ceremonia; pero aun no ha fenecido el plazo que otorgué á don Diego. Al toque de vísperas de un domingo salió de su patria el malogrado jóven, seis años y siete dias hace: hasta que suene aquella señal en mi oido, no tengo libertad para disponer de mi hija. (*A don Martin.*) Porque veais de qué modo cumplo mi promesa, os he rogado que vinierais aquí.

Don Martin. ¡Inútil escrupulosidad! No os detengais. No romperá mi hijo el seno de la tierra para reconveniros.

Isabel. (¡Infeliz!)

Don Pedro. Fiel á lo que juré me verá desde el túmulo, cual me hallaria viviendo. (*Sale Teresa.*)

Don Rodrigo. Isabel deseará la compañía de su madre: pudiéramos pasar por casa del Juez...

Teresa. Ahora empezaba el herido á volver en su conocimiento. Si ántes de vísperas no se halla mi señora en la iglesia, es señal de que no puede asistir á los desporios: esto me ha dicho.

Don Pedro. La esperaremos en el templo. (*A don Martin.*) Si

la pesadumbre os permite acompañarnos, venid...

Don Martin. Escusadme el presenciar un acto, que debe serme tan doloroso.

Don Pedro. Estad seguro de que mientras no oigais las campanas, no habrá dado su mano Isabel. Estos caballeros podrán atestiguar que se esperó hasta el cabal vencimiento del plazo. Marchemos.

Isabel. (Morada de mi pasado bien, á Dios para siempre!) (*Vánse todos, menos don Martin.*)

ESCENA IV.

DON MARTIN.

Con pena, con celos veo yo á Isabel dirigirse al altar. Hubo un tiempo en que la tuve por hija; hoy me quitan su filial cariño, y ella consiente. Pero ¿qué falta hace al misero cadáver de mi hijo la constancia de la que él amó? Si su sombra necesita lágrimas, bien se puede satisfacer con las mias!

ESCENA V.

ADEL, DON MARTIN.

Adel. Cristiano, busco á Martin Marsilla, que está aquí, segun se me dice. ¿Eres tú?

Don Martin. Yo soy.

Adel. ¿Qué sabes de tu hijo?

Don Martin. Moro!... su muerte.

Adel. ¿Esa noticia... quién la ha traido?

Don Martin. Un jóven forastero.

Adel. ¿En dónde para?

Don Martin. Apenas se detuvo en Teruel: yo no pude verle.

Adel. ¿Qué ha pasado con Jaime Celladas?

Don Martin. Le han herido gravemente al llegar á la villa: en su lecho yace todavía sin voz ni conocimiento.

Adel. ¿Luego tú nada sabes?

Don Martin. ¿Qué vas á decirme?

Adel. Acabo de averiguar que disfrazada con traje de hombre, ha entrado en Teruel Zulima, la esposa del Amir de Valencia.

Don Martin. ¿Y a qué fué causa de la pérdida de mi hijo?
Adel. Él la desdeñó, y ella se ha vengado mintiendo
Don Martin. ¡Mintiendo!
Adel. ¡Anciano! Bendice al Señor: aun eres padre.
Don Martin. ¡Dios poderoso!
Adel. Tu hijo libró de un asesinato pérfido al Amir de Valencia, y el Amir le ha colmado de riquezas y honores. Herido en un combate, no se le permitió caminar hasta reponerse. Jaime venia delante para anunciar su vuelta. Sígueme, y no pararé hasta poner á Marsilla en tus brazos. (*Váse.*)
Don Martin. (*Alzando las manos al cielo, arrebatado de júbilo.*) ¡Señor! ¡Señor!

ESCENA VI.

MARGARITA, DON MARTIN.

Margarita. (*Dentro.*) ¡Isabel! ¡Isabel! (*Sale y repara en don Martin, que se retiraba con Adel.*) Don Martin...
Don Martin. (*Deteniéndose.*) Margarita, sabedlo .
Margarita. Sabedlo el primero. Jaime Celladas .
Don Martin. Ese moro que veis...
Margarita. Ha vuelto en sí.
Don Martin. Viene de Valencia.
Margarita. Jaime tambien.
Don Martin. Vive mi hijo.
Margarita. Lo ha dicho Jaime. Corred, impedid ese casamiento. (*Oyese el toque de vísperas.*)
Don Martin. ¡Ah! ya es tarde.
Margarita. Dios ha rechazado mi sacrificio.
Don Martin. ¡Hijo infeliz!
Margarita. ¡Hija de mis entrañas! (*Vánse.*)

(*Bosque inmediato á Teruel.*)

ESCENA VII.

MARSILLA, *atado á un árbol.*

Infames bandoleros,
Que me habeis á traicion acometido,

Venid y ensangrentad vuestros aceros:
La muerte ya por compasion os pido.
— Nadie llega, de nadie soy oido:
Vuelve el eco mis voces, y parece
Que goza en mi dolor y me escarnece.
Me adelanté á la escolta que traia:
Su lento caminar me consumia.
Yo vengo con amor, ellos con oro.
— Enemigos villanos,
Los ricos dones del monarca moro
No como yo darán en vuestras manos:
Tienen quien los defienda.
Pero las horas pasan, huye el dia.
¿Qué vas á imaginar, Isabel mia?
¿Qué pensarás, idolatrada prenda,
Si esperando abrazar al triste Diego,
Corrido el plazo ves, y yo no llego?
Mas por Jaime avisados
En mi casa estarán: pronto, azorados
Con mi tardanza... Sí, ya se aproxima
Gente. ¿Quién es?

ESCENA VIII.

ZULIMA (*en traje de hombre*), MARSILLA.

Zulima. Yo soy.
Marsilla. (¡Cielos! ¡Zulima!)
¡Tú aquí! ¡Presagio horrendo!
Zulima. Vecinos de Teruel vienen corriendo
Á quienes mas que á mí toca librate:
Yo solo en esta parte
Me debo detener mientras te digo
Que Isabel es mujer de don Rodrigo.
Marsilla. ¡Gran Dios! — Mas no: me engañas, impostora.
Zulima. Zaen, que llega de Teruel ahora,
Zaen ha visto dar aquella mano
Tan ansiada por tí.
Marsilla. Finges en vano.
Tú ignoras que mi próxima llegada
Previno un mensajero.

Zulima. Tú no sabes
Que un tirador certero
Supo dejar tu prevision burlada,
Saliéndole al camino al mensajero.
Yo hablé con Isabel, yo de tu muerte
La noticia le dí, y á los bandidos
Encargué que tu viaje detuvieran.
Yo, celebradas de Isabel las bodas,
Te las vengo á anunciar.

Marsilla. ¡Con que es ya tarde!

Zulima. Mírame bien, y dúdalo si puedes.
Inútiles mercedes
El Rey te prodigó : mas he podido
Prófuga yo que mi real marido.
Yo mi amor te ofrecí, bienes y honores,
Y te inmolé mi fe y el ser que tengo;
Tú preferiste ingrato mis rencores :
Me ofendiste cruel, cruel me vengo.
A Dios : en mi partida
Te dejo por ahora con la vida,
Miéntras padeces en el duro potro
De ver á tu Isabel en brazos de otro.

(*Váse.*)

ESCENA IX.

MARSILLA.

Mónstruo, por cuya voz ruge el abismo,
Vuelve y dí que es engaño
Todo lo que te oí.

(*Forceja para desatarse.*)

Lazos crueles,
¡Cómo me resistís! ¡Ligan cordeles
Al que hierros quebró! ¿No soy el mismo?
¡Ah! no. Mujer fatal, cortos instantes
Me quedan que vivir, si no has mentido;
¡Pero permita Dios que mueras ántes!

ESCENA X.

ADEL, *pasando por un altura*, MARSILLA.

Adel. Rumor aquí he sentido.
Atraviesan el valle bandoleros

Con Zulima á caballo.
Yo, cueste lo que cueste,
La tengo de prender : voy á ver si hallo
Cerca mis compañeros.

Marsilla. ¿Quién va?

Adel. Marsilla es este.

(*A voces.*)

¡Aquí! Por este lado, caballeros!

(*Váse.*)

ESCENA XI.

DON MARTIN, CABALLEROS, CRIADOS, MARSILLA.

Don Martin. (*Dentro.*)
Él es.

Marsilla. ¡Mi padre!

Voces. (*Dentro.*)
Él es.

Marsilla. ¡Padre!

Don Martin. (*Dentro.*)
¡Hijo mio!
Subid, corred, volad : libradle pronto.

(*Salen caballeros y criados.*)

Marsilla. Desatadme, decidme...

(*Desatan á Marsilla.*)

Don Martin. (*Saliendo.*)
¡Hijo querido!

Marsilla. ¡Padre!

Don Martin. Por fin te hallé.

Marsilla. Decid... ¿Es tarde?
Yo quisiera dudar... Mi mal ¿es cierto?

Don Martin. Respóndante las lágrimas que vierto.
Hijo del alma, á quien su hierro ardiente
La desgracia al nacer marcó en la frente,
Tu triste padre, que por verte vive,
Con dolor en sus brazos te recibe.

¿Quién tu llegada ha retardado?

Marsilla. El cielo...
El infierno... No sé... Facinerosos...
Una mujer... Dejadme.

Don Martin. ¿La Sultana?
¿Esos bandidos que cobardes huyen
De los guerreros que conmigo traje? —
¿Te han herido?

Marsilla. ¡Ojalá!

Don Martin. ¿Te han despojado?

Marsilla. Nada he perdido. La esperanza solo.

Don Martin. ¡Suerte cruel! Cuando el fatal sonido
De la campana término ponia...

Marsilla. ¡Esa tigre anunció la muerte mia!

Don Martin. ¿Lo sabes?

Marsilla. De ella.

Don Martin. ¡Horror! Entónces era
Cuando Jaime, el sentido recobrando,
La traidora noticia desmentia.
Corro al templo á saber... Miro, enmudezco...
¡Eran esposos ya! Tu bien perdiste...
Dios lo ha querido así... Pere aun te quedan
Padres que lloren tu destino triste.

Marsilla. El ajeno dolor no quita el mio.
¿Con qué llenais el hórrido vacío
Que el alma siente, de su bien privada?
¡Padre! sin Isabel, para Marsilla
No hay en el mundo nada.
Por eso en mi doliente desvarío
Sed bárbara de sangre me devora.
Verterla á rios para hartarme quiero,
Y cuando mas que derramar no tenga,
La de mis venas soltará mi acero.

Don Martin. Hijo, modera ese furor.

Marsilla. ¿Quién osa
Hijo llamarme ya? ¡Fuéra ese nombre!
La desventura quiebra
Los vínculos del hombre con el hombre
Y con la vida y la virtud. Ahora,
Que tiemble mi rival, tiemble la mora.
Breve será su victorioso alarde :
Para acabar con ambos aun no es tarde.

Don Martin. ¡Desgraciado! ¿qué intentas?

Marsilla. Con el crímen

El crímen castigar. Una serpiente
Se me enreda en los piés : mi pié destroce
Su garganta infernal. Un enemigo
Me aparta de Isabel : desaparezca.

Don Martin. Hijo...
Marsilla. Perecerá.
Don Martin. No...
Marsilla. ¡Maldecido
Mi nombre sea, si la sangre odiosa
De mi rival no vierto!
Don Martin. Es poderoso...
Marsilla. Marsilla soy.
Don Martin. Mil deudos le acompañan...
Marsilla. Mi furia á mí.
Don Martin. Merézcate respeto
Ese lazo...
Marsilla. Es sacrílego, es aleve.
Don Martin. En presencia de Dios formado ha sido.
Marsilla. Con mi presencia queda destruido.

ACTO CUARTO.

Habitacion de Isabel en la casa de don Rodrigo. Dos puertas á la izquierda del espectador, una en el fondo, y una ventana sin reja á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, DON MARTIN.

Don Pedro. Ya cesó la vocería.
Don Martin. Ya se tranquiliza el pueblo.
Zaen en la cárcel queda
Con los demas bandoleros.
Don Pedro. Milagro ha sido salvarlos
Mayor que lo fué prenderlos.
Don Martin. Y no los prenden quizá,
Si no acuden tan á tiempo
Los moros que de Valencia
Con los regalos vinieron
De su Rey para mi hijo.
¡Regalos ya sin provecho!

¡Castigue Dios á quien tiene
La culpa!

Don Pedro. ¡Oh! lo hará.—Primero
Que vayamos esta noche
Los dos al Ayuntamiento,
Donde ya deben hallarse
Juntos el Juez y mi yerno,
¿Tendréis, don Martin, á bien
Que los dos conferenciemos
Un rato?

Don Martin. Hablad.

Don Pedro. Aquí está
Zulima.

Don Martin. Bien me dijeron
Los moros.

Don Pedro. En esta calle
Arremetió con los presos
Un tropel de gente: y ella,
Puesta en libertad en medio
Del tumulto, se arrojó
Por estas puertas adentro.

Don Martin. Confesad que don Rodrigo
La salvó.

Don Pedro. No lo confieso...
Porque no lo ví.

Don Martin. Yo, en suma,
No diré que fué mal hecho:
Él debe á la mora estar
Agradecido en estremo.
Por ella logra la mano
De Isabel.

Don Pedro. Resentimiento
Justo mostrais; pero yo,
Que he sido enemigo vuestro,
Necesito de vos hoy.

Don Martin. Aquí me teneis, don Pedro.

Don Pedro. Sois quien sois. — Esa mujer
Nos pone en terrible aprieto.
Ya veis, los moros reclaman
Su entrega con mucho empeño.

Don Martin. Y miéntras el Juez resuelve,
Cercada se ve por ellos
Esta casa.

Don Pedro. Y bien, ¿quisiérais

Que entre vos y yo, de un riesgo
Libráramos á Teruel?
Don Martin. Crímen fuera no quererlo.
Don Pedro. Si en la junta de la villa
Negamos, como debemos,
La entrega de la Sultana,
Va á ser enemigo nuestro
El Rey de Valencia, y puede
Gravísimo daño hacernos.
Don Martin. Y el que recibimos ambos
De su mujer, ¿es pequeño?
Don Pedro. Pero es mujer, y nosotros
Cristianos y caballeros.
Don Martin. Proseguid.
Don Pedro. El compromiso
Queda evitado, si hacemos
Que huya en el instante.
Don Martin. Hagámoslo.
— Págueme Dios el esfuerzo
Que me cuesta no vengarme.
Disponed.
Don Pedro. Con un pretesto
Llevad los moros de aquí.
De vos harán caso.
Don Martin. Creo
Que sí.
Don Pedro. Lo demas es fácil.
Puesta ya en salvo, diremos
Que ella huyó por sí.
Don Martin. Voy pues,
Y ya que la mano tiendo
Al uno de los autores
De mi desventura, quiero
Dársela tambien al otro.
Decid al dichoso dueño
De esta casa y de Isabel,
Que mire en estos momentos
Por su vida; que mi hijo
Va, loco de sentimiento
Y de furor, en su busca
Por Teruel: y, ¡vive el cielo
Que, doliente como está,
Valor le sobra al mancebo
Para vengar!... Perdonadme.

A Dios. Voy á complaceros,
Y á buscarle y conducirle
Esta noche misma léjos
De unos lugares en donde
Vivimos los dos muriendo.

(Váse por la puerta de la izquierda, mas cercana al proscenio.)

Don Pedro. Id con Dios. — ¡Padre infeliz!
¿Y nosotros? Me estremezco
Al pensar en Isabel,
Cuando de todo el suceso
Llegue á enterarse.

ESCENA II.

TERESA, DON PEDRO.

Teresa. *(Dentro.)*
¡Favor!
¡Que me vienen persiguiendo!

(Sale.)

Don Pedro. ¡Teresa! ¿Qué hay? ¿Quién te sigue?
Teresa. Las ánimas del infierno...
Las del purgatorio... No
Sé cuáles; pero las veo,
Las oigo...
Don Pedro. ¿Mas qué sucede?
Teresa. ¡Ay! Muerta de susto vengo.
¡Ay! — Isabel me ha enviado
Por mi señora corriendo,
Que volvió, no sé por qué,
A la casa del enfermo;
Y ántes de llegar, he visto
En un callejon estrecho,
Junto á la ermita caida...
¡Jesus! convulsa me vuelvo
A casa.
Don Pedro. ¿Qué viste? Di.
Teresa. Una fantasma, un espectro
Todo parecido, todo,
Al pobrecito don Diego.
Don Pedro. Calla: no te oiga Isabel.

Guarda con ella silencio. —
Marsilla ha venido, y ella
No lo sobe.

Teresa. Pero, ¿es cierto
Que vive?

Don Pedro. No ha de ser?

Teresa. ¡Ay!
Pues otra desgracia temo.

Don Pedro. ¿Cuál?

Teresa. No lo aseguraré,
Por si es aprension del miedo;
Sin embargo, yo creí
Ver que se llevaba el muerto
Asido del brazo al novio.

Don Pedro. ¿Qué dices?

Teresa. Aun traigo el eco
De su voz en los oidos.
Con alarido tremendo
Decia: Vas á morir,
Has de morir. — Lo veremos,
Replicaba don Rodrigo;
Y echando votos y retos,
Iban los dos como rayos
Camino del cementerio.
Yo, señor, ya les recé
La salve y el padre nuestro
En latin.

Don Pedro. Se han encontrado
Y van á tener un duelo.
Esto es ántes.

ESCENA III.

ISABEL, *por la segunda puerta del lado izquierdo*, DON PEDRO, TERESA.

Isabel. ¡Padre!

Don Pedro. Aguárdame
Aquí; pronto volveremos
Tu madre, tu esposo y yo.
Venid, Teresa.

(Vánse los dos.)

Isabel. ¿ Qué es esto ?
¡ Mi padre me deja sola,
Cuando con tanto secreto
Un moro me quiere hablar !
Sin duda están sucediendo
Cosas estrañas aquí.

(Acércase á la segunda puerta.)

Llegad. Al mirarle, tiemblo.

ESCENA IV.

ADEL, ISABEL.

Adel. Cristiana, brillante honor
De las damas de tu ley,
Yo imploro, en nombre del Rey
De Valencia, tu favor.
Isabel. ¡ Mi favor !
Adel. Tendrás noticia
De que salió de su córte
Zulima, su infiel consorte,
Huyendo de su justicia.
Isabel. Sí.
Adel. Mi señor decretó
Con rectitud musulmana
Castigar á la Sultana,
Ya que á Marsilla premió.
Isabel. ¡Premiar !... ¿ Ignoras, cruel,
Que le dió muerte sañuda?
Adel. Tú no le has visto, sin duda,
Entrar como yo en Teruel.
Isabel. ¿ Marsilla en Teruel ?
Adel. Sí.
Isabel. Mira
Si te engañas.
Adel. Mal pudiera.
Infórmate de cualquiera,
Y mátenme si es mentira.
Isabel. No es posible. — ¡ Ah ! ¡ sí ! que siendo
Mal, no es imposible nada.
Adel. Por la villa alborotada

Tu nombre va repitiendo.

Isabel. ¡Eterno Dios! ¡Qué infelices
Nacimos! — ¿Cuándo ha llegado?
Cómo es que me lo han callado?
— Y tú, por qué me lo dices?

Adel. Porque estás, á mi entender,
En grave riesgo quizá.

Isabel. Perdido Marsilla, ya
¿Qué bien tengo que perder?

Adel. Con viva lástima escucho
Tus ansias de amor estremas;
Pero aunque tú nada temas,
Yo debo decirte mucho.
Marsilla á mi Rey salvó
De unos conjurados moros,
Y el Rey vertió sus tesoros
En él, y aquí le envió.
Él despreció la liviana
Inclinacion de la infiel...

Isabel. ¡Oh! ¡Sí!

Adel. Y airada con él,
Vino, y se vengó villana
Contando su falso fin.

Isabel. ¡Ella!

Adel. Con una gavilla
De bandidos, á Marsilla
Detuvo, ya en el confin
De Teruel, donde veloces
Corriendo en tropel armado,
Le hallamos á un tronco atado,
Socorro pidiendo á voces.

Isabel. Calla, moro: no mas.

Adel. Pasa
Mas, y es bien que te aperciba.
— La Sultana fugitiva
Se ha refugiado en tu casa:
En ésta.

Isabel. ¡Aquí mi rival!

Adel. Tu esposo la libertó.

Isabel. ¡Ella donde habito yo!

Adel. Guárdate de su puñal.
Por celos allá en Valencia
Matar á Marsilla quiso.

Isabel. Á tiempo llega el aviso.

Adel. Confirma tú la sentencia
Que justo lanzó el Amir.
Por esa mujer malvada,
Para siempre separada
De Marsilla has de vivir.
Ella te arrastra al odioso
Tálamo de don Rodrigo.
Envíala tú conmigo
Al que le apresta su esposo,
Pena digna del ultraje
Que siente.

Isabel. Sí, moro : salga
Pronto de aquí, no le valga
El fuero del hospedaje.
Como perseguida fiera
Entró en mi casa : pues bien,
Al cazador se la den,
Que la mate donde quiera.
Mostrarse de pecho blando
Con ella, fuera rayar
En loca : voy á mandar
Que la traigan arrastrando.
Sean de mi furia jueces
Cuantas pierdan lo que pierdo.
¡Jesus! Cuando yo recuerdo
Que hoy pude... ¡Jesus mil veces!
No le ha de valer el llanto,
Ni el ser mujer, ni ser bella,
Ni Reina. ¡Si soy por ella
Tan infeliz! ¡tanto, tanto!...
Díme, pues, dí : tu señor,
¿Qué suplicio le impondrá?

Adel. Una hoguera acabará
Con su delincuente amor.

Isabel. ¡Su amor! ¡Amor desastrado!
Pero es amor...

Adel. Y ¿es bastante
Esa razon?...

Isabel. ¡Es mi amante
Tan digno de ser amado!
Le vió, le debió querer
En viéndole. — ¡Y yo, que hacia
Tanto que no le veia...
Y ya no le puedo ver!

— Moro, la víctima niego
Que me vienes á pedir :
Quiero yo darle á sufrir
Castigo mayor que el fuego
Ella con feroz encono
Mi corazon desgarró...
Me asesina el alma... yo
La defiendo, la perdono.

(*Váse.*)

ESCENA V.

ADEL.

He perdido la ocasion.
Suele tener esta gente
Acciones, que de un creyente
Propias en justicia son.
Yo dejara con placer
Este empeño abandonado;
Pero el Amir lo ha mandado,
Y es forzoso obedecer.

(*Váse.*)

ESCENA VI.

MARSILLA, *por la ventana.*

Jardin... una ventana... y ella luego.
Jardin abierto hallé y hallé ventana;
¿Mas dónde está Isabel? — Dios de clemencia,
Detened mi razon, que se me escapa;
Detenedme la vida, que parece
Que de luchar con el dolor se cansa.
Siete dias hace hoy, ¡qué venturoso
Era en aquel salon! Sangre manaba
De mi herida, es verdad; pero agolpados
Al rededor de mi lujosa cama,
La tierna historia de mi amor oian
Los guerreros, el pueblo y el monarca,
Y entre piadoso llanto y bendiciones —

Tuya será Isabel — juntos clamaban
Súbditos y Señor. Hoy no me ofende
mi herida, rayos en mi diestra lanza
El damasquino acero... ¡No le traigo...
Y hace un momento que con dos me hallaba!
— Salvo en Teruel y vencedor, ¿qué angustia
Viene á ser esta que me rinde el alma,
Cuando acabada la cruel ausencia,
Voy á ver á Isabel?

ESCENA VII.

ISABEL, MARSILLA.

Isabel. Por fin se encarga
Mi madre de Zulima.
Marsilla. ¡Cielo santo!
Isabel. ¡Gran Dios!
Marsilla. ¿No es ella?
Isabel. ¡Él es!
Marsilla. ¡Prenda adorada!
Isabel. ¡Marsilla!
Marsilla. ¡Gloria mia!
Isabel. ¿Cómo, ¡ay! cómo
Te atreves á poner aquí la planta?
Si te han visto llegar... ¿A qué has venido?
Marsilla. Por Dios... que lo olvidé. Pero ¿no basta,
Para que hácia Isabel vuele Marsilla,
Querer, deber, necesitar mirarla?
¡Oh! ¡qué hermosa á mis ojos te presentas!
Nunca te ví tan bella, tan galana...
Y un pesar sin embargo indefinible
Me inspiran esas joyas, esas galas.
Arrójalas, mi bien; lana modesta,
Cándida flor, en mi jardin criada,
Vuelvan á ser tu virginal adorno:
Mi amor se asusta de riqueza tanta.
Isabel. (¡Delira el infeliz! Sufrir no puedo
Su dolorida, atónita mirada.)
¿No entiendes lo que indica el atavío,
Que no puedes mirar sin repugnancia?
Nuestra separacion.

Marsilla. ¡Poder del cielo!
¡Sí, funesta verdad!
Isabel. ¡Estoy casada!
Marsilla. Ya lo sé. Llegué tarde. Ví la dicha,
Tendí las manos, y voló al tocarla.
Isabel. Me engañaron : tu muerte supusieron
Y tu infidelidad.
Marsilla. ¡Horrible infamia!
Isabel. Yo la muerte creí.
Marsilla. Si tú vivias,
Y tu vida y la mia son entrambas
Una sola no mas, la que me alienta,
¿Cómo de tí sin tí se separara?
Juntos aquí nos desterró la mano
Que gozo y pena distribuye sábia :
Juntos al fin de la mortal carrera
Nos toca ver la celestial morada.
Isabel. ¡Oh! ¡si me oyera Dios!...
Marsilla. Isabel, mira,
Yo no vengo á dar quejas : fueran vanas
Yo no vengo á decirte que debiera
Prometerme de tí mayor constancia,
Cumplimiento mejor del tierno voto
Que invocando á la Madre inmaculada,
Me hiciste amante la postrera noche
Que me apartó de tu balcon el alba. —
Para tí (sollozando me decias),
¡O si no, para Dios! — ¡Dulce palabra,
Consoladora fiel de mis pesares
En los radientes páramos del Asia
Y en mi cautividad! Hoy ni eres mia,
Ni esposa del Señor. Dí, pues, declara
(Esto quiero saber) de qué ha nacido
El prodigio infeliz de tu mudanza.
Causa debe tener.
Isabel. La tiene.
Marsilla. Grande.
Isabel. Poderosa, invencible : no se casa
Quien amaba cual yo, sino cediendo
Á la fuerza mayor en fuerza humana.
Marsilla. Dímelo pronto, pues, dilo.
Isabel. Imposible.
No has de saberlo.
Marsilla. Sí.

Isabel. No.
Marsilla. Todo.
Isabel. Nada.
Pero tú en mi lugar tambien el cuello
Dócil á la coyunda sujetaras.
Marsilla. Yo no, Isabel, yo no. Marsilla supo
Despreciar una mano soberana
Y la muerte arrostrar, por quien ahora
La suya vende y el por qué le calla.
Isabel. (¡Madre, madre!)
Marsilla. Responde.
Isabel. (¿Qué le digo?)
Tendré que confesar... que soy culpada.
¿Cómo no lo he de ser? Me ves ajena.
Perdóname... Castígame por falsa ,

(*Llora.*)

Mátame, si es tu gusto... Aquí me tienes,
Para el golpe mortal arrodillada.
Marsilla. Idolo mio, no; yo sí que debo
Poner mis labios en tus huellas. Alza.
No es de arrepentimiento el lloro triste
Que esos luceros fúlgidos empaña;
Ese llanto es de amor, yo lo conozco,
De amor constante, sin doblez, sin tacha.
Ferviente, abrasador, igual al mio.
¿No es verdad , Isabel? Dímelo franca :
Va mi vida en oírtelo.
Isabel. ¿Prometes
Obedecer á tu Isabel?
Marsilla. ¡Ingrata!
¿Cuándo me revelé contra tu gusto?
¿Mi voluntad, no es tuya? Dispon, habla.
Isabel. Júralo.
Marsilla. Sí.
Isabel. Pues bien... Yo te amo. — Vete.
Marsilla. ¡Cruel! ¿Temiste que ventura tanta
Me matase á sus piés, si su dulzura
Con venenosa hiel no iba mezclada?
¿Cómo esas dos ideas enemigas
De destierro y de amor hiciste hermanas?
Isabel. Ya lo ves, no soy mia; soy de un hombre
Que me hace de su honor depositaria,

Y debo serle fiel. Nuestros amores
Mantuvo la virtud libres de mancha:
Su pureza de armiño conservemos. —
Aquí hay espinas, en el cielo palmas.
Tuyo es mi amor y lo será : tu imágen
Siempre en el pecho llevaré grabada,
Y allí la adoraré : yo lo prometo,
Yo lo juro; mas huye sin tardanza.
Libértame de tí, sé generoso :
Libértame de mí...

Marsilla. No sigas, basta.
¿Quieres que huya de tí? Pues bien, te dejo.
Valor... y separémonos. — En paga,
En recuerdo si nó, de tantas penas
Con gozo por tu amor sobrellevadas,
Permite, Isabel mia, que te estrechen
Mis brazos una vez...

Isabel. Deja á la esclava
Cumplir con su señor.

Marsilla. Será el abrazo
De un hermano dulcísimo á su hermana,
El ósculo será que tantas veces
Cambió feliz en la materna falda
Nuestro amor infantil.

Isabel. No lo recuerdes.

Marsilla. Ven...

Isabel. No : jamas.

Marsilla. En vano me rechazas.

Isabel. Detente... ó llamo...

Marsilla. ¿A quién? ¿A don Rodrigo?
No te figures que á tu grito salga.
No lisonjeros plácemes oyendo,
Su vanidad en el estrado sacia,
No; léjos de los muros de la villa,
Muerde la tierra que su sangre baña.

Isabel. ¡Qué horror! ¿Le has muerto?

Marsilla. ¡Pérfida! ¡te afliges!
¿Si lo llego á pensar, quién le librara?

Isabel. ¿Vive?

Marsilla. Merced á mi nobleza loca,
Vive : apenas cruzamos las espadas,
Furiosa en él se encarnizó la mia :
Un momento despues, hundido estaba
Su orgullo en tierra, en mi poder su acero.

¡Oh! ¡maldita destreza de las armas!
Maldito el hombre que virtudes siembra,
¡Que le rinden cosecha de desgracias!
No mas humanidad, crímenes quiero.
A ser cruel tu crueldad me arrastra,
Y en tí la he de emplear. Conmigo ahora
Vas á salir de aquí.

Isabel. ¡No, no!

Marsilla. Se trata
De salvarte, Isabel. ¿Sabes qué dijo
El cobarde que lloras desolada,
Al caer en la lid? Triunfante quedas;
Pero mi sangre costará bien cara.

Isabel. ¡Qué dijo! ¿Qué?

Marsilla. Me vengaré en don Pedro,
En su esposa, en los tres : guardo las cartas.

Isabel. ¡Jesus!

Marsilla. ¿Qué cartas son?...

Isabel. ¡Tú me has perdido!
La desventura sigue tus pisadas.
¿Dónde mi esposo está? Dímelo pronto,
Para que fiel á socorrerle vaya,
¡Y á fuerza de rogar venza sus iras!

Marsilla. ¡Justo Dios! Y decia que me amaba!

Isabel. ¿Con su pasion funesta reconvienes
A la mujer del vengativo Azagra!
¡Te aborrezco!

(*Váse.*)

ESCENA VIII.

MARSILLA.

¡Gran Dios! Ella lo dice.
Con furor me lo dijo : no me engaña.
Ya no hay amor allí. Mortal veneno
Su boca me arrojó, que al fondo pasa
De mi seno infeliz, y una por una,
Rompe, rompe, me rompe las entrañas!
Yo con ella, por ella, para ella
Viví... Sin ella, sin su amor, me falta
Aire que respirar... ¡Era amor suyo
El aire que mi pecho respiraba!

Me le negó, me le quitó : me ahogó,
No sé vivir.

Voces. (*Dentro.*)
Entrad, cercad la casa.

ESCENA IX.

ISABEL, *trémula y precipitada,* MARSILLA.

Isabel. Huye, que viene gente, huye.
Marsilla. (*Todo trastornado.*)
No puedo.
Voces. (*Dentro.*)
¡Muera, Muera!
Marsilla. Eso sí.
Isabel. Ven.
Marsilla. ¡Dios me valga!

(*Isabel le ase la mano y se entra con él por la puerta del fondo.*)

ESCENA X.

ADEL, *huyendo de varios* CABALLEROS *con espadas desnudas.* DON PEDRO, MARGARITA, CRIADOS, ISABEL Y MARSILLA, *dentro.*

Caballeros. ¡Muera, muera!
Pedro y Marg. Escuchad.
Adel. Aragoneses,
Yo la sangre vertí de la Sultana;
Pero el Rey de Valencia, esposo suyo,
Tras ella me envió para matarla.
Consorte criminal, amante impía,
La muerte de Marsilla maquinaba,
La muerte de Isabel...
Isabel. (*Dentro.*)
¡Ay!!!
Adel. Ved en prueba
Esta punta sutil envenenada.

(*Muestra el puñal de Zulima.*)

Marsilla lo que digo corrobore.
Cerca de aquí ha de estar.

(*Ábrese la puerta del fondo, y sale por ella Isabel, que se arroja en brazos de Margarita. Marsilla aparece caido en un escaño.*)

ESCENA XI.

ISABEL, DICHOS.

Isabel. ¡Madre del alma!
Adel. Vedle allí...
Margarita. ¡Santo Dios!
Don Pedro. Inmóvil...
Isabel. ¡Muerto!
Adel. Cumplió Zulima su feroz venganza.
Isabel. No le mató la vengativa mora.
¿Donde estuviera yo, quién le tocara?
Mi desgraciado amor, que fué su vida...
Su desgraciado amor es quien le mata.
Delirante le dije : Te aborrezco :
Él creyó la sacrílega palabra,
Y espiró de dolor.
Margarita. Por todo el cielo...
Isabel. El cielo que en la vida nos aparta,
Nos unirá en la tumba.
Don Pedro. ¡Hija!
Isabel. Marsilla
Un lugar á su lado me señala.
Margarita. ¡Isabel!
Don Pedro. ¡Isabel!
Isabel. Mi bien, perdona
Mi despecho fatal. Yo te adoraba.
Tuya fuí, tuya soy : en pos del tuyo
Mi enamorado espíritu se lanza.

(*Dirígese adonde está el cadáver de Marsilla ; pere ántes de llegar, cae sin aliento con los brazos tendidos hácia su amante.*)

DON VENTURA DE LA VEGA.

Hijo de don Diego de la Vega y de doña Dolores Cárdenas, nació don Ventura en Buenos Aires el 14 de julio de 1807. Hizo sus primeros estudios en San Isidro el Real y luego en el colegio de San Mateo, bajo la direccion de los sabios maestros don Alberto Lista y don José Gomez de Hermosilla.

Auxiliar, y luego Oficial de la secretaría del Ministerio de la Gobernacion, mas tarde maestro y secretario particular de S. M. la Reina, por último Comisario regio del Teatro Español, el señor Vega, despues de haber ejercido estos importantes destinos, desempeña en el dia el de director del Real Conservatorio de música y declamacion. Es ademas caballero gran cruz de la Orden americana de Isabel la Católica, oficial de la Legion de Honor de Francia, gentilhombre de S. M. é individuo de número de la Real Academia Española.

Como poeta lírico merecen ser estudiadas sus magníficas poesias *El cantar de los cantares*, una cantata epitalámica para celebrar *las bodas de la marquesa de Quintana*, una imitacion de *los Salmos*, un canto en octavas reales dedicado á *Fernando VII á su vuelta de Cataluña*, otro á *la venida á España de la reina Cristina*, una elegía á *la muerte de la duquesa de Frias,* una oda á la *Defensa de Sevilla* (premiada en un certámen del *Liceo de Madrid*), una sátira titulada *El hambre, musa diez*, una epístola dirigida al *marqués de Molins,* un soneto á *don Francisco Javier de Burgos*, una oda titulada *El diez y ocho de junio*, otras dos al *Entusiasmo* y á la *Agitacion*, una loa á la traslacion de las cenizas de Calderon al cementerio de la puerta de Atocha, titulada *La tumba salvada*, y por último, entre otras varias que seria tarea larga ir enumerando, parecennos superiormente bellas su composicion á *Orillas del rio Pusa* y la oda al *Nacimiento del príncipe imperial de Francia*, que hallarán nuestros lectores en el primer tomo de la *Antología española.*

Don Ventura de la Vega no ha escrito mas producciones originales que el drama histórico *Don Fernando de Antequera* y la comedia de costumbres *El hombre de mundo.* Hace algunos años tuvimos el gusto de oirle leer dos cuadros de un drama inédito, titulado *Cervántes,* y el primer acto de una tragedia, igualmente inédita, titulada *Julio César.* Todos los inviernos, al tiempo de abrirse los teatros de Madrid, el señor Vega promete formalmente á sus amigos y á los empresarios concluir dentro de la temporada cómica aquellas dos producciones. Hace tiempo que hemos perdido la esperanza de verlas en escena : creemos que seguirán encerradas, largos años todavía, en el pupitre de su autor, juntamente con el argumento, plan y algunas escenas de una comedia que promete ser interesante : *La mujer de mundo.*

Tambien ha dado al teatro, á mas de un sin número de traducciones en prosa, algunas zarzuelas en verso, tales como *Jugar con fuego, El estreno de una Artista*, *El marqués de Caravaca*, *La Cisterna encantada*, *Estebanillo* y *El planeta Venus*, que han sido extraordinariamente aplaudidas.

En cuanto á su comedia *El hombre de mundo*, creemos que es la primera produccion en su género que se ha escrito en España en el presente siglo. Nuestros lectores juzgarán si tenemos razon.

EL HOMBRE DE MUNDO

COMEDIA EN CUATRO ACTOS.

PERSONAS. — DON LUIS. — DON JUAN. — ANTOÑITO. — CLARA. EMILIA. — BENITA. — RAMON.

La escena en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante en casa de don Luis. Una puerta á la derecha que da al cuarto de este. Otra á la izquierda que conduce á lo interior. Por la del foro se sale á la calle. — Está puesta la mesa para almorzar.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, EMILIA.

Emilia. ¡ No, por Dios !
Clara. Pues ello, Emilia,
Preciso es que algo resuelvas :
Así no puede seguir.
Emilia. ¡ Ay Clara !
Clara. Tú no me dejas
Que hable á mi marido.
Emilia. No.
Clara. Tú... despedirlo... confiesas
Que no te es posible. Pues
Entonces, ¿ cuál es tu idea ?
¿ Qué plan es el vuestro ? ¿ estaros
Toda la vida con señas
Y cartitas ? ¿ tú asomando
A escondidas la cabeza
Por detrás de la cortina
Del balcon, y él en la puerta

Del tirolés de ahí enfrente
Hecho una estátua de piedra
De noche y de dia? ¿A qué hora
Come ese hombre? ¿A qué hora almuerza?
Cuando se abren los balcones,
Ahí está: cuando se cierran,
Ahí está: cuando salimos
A paseo ó á las tiendas,
Detrás: si vuelvo la cara
Tal vez, da un brinco y se cuela
En algun portal, huyendo
Y tomándome las vueltas.
¿A qué vienen esas farsas,
Señor? ¿Por qué no se acerca,
Y nos habla, y viene á casa?
En fin, Emilia, me seca
Andar haciendo el papel
De una madre de comedia.
Si vivo, y Dios me dá hijos,
Tendré que hacerlo por fuerza
Algun dia; pero ahora,
Ni soy madre, ni soy vieja.

(*Mirándola, despues de una pausa.*)

Lo de siempre. Con callar
Sales del paso.

Emilia. ¡Y tú, al tema
De siempre! ¿Qué he de decirte,
Si yo no sé?... Pues no es buena
Que ha de venir el muchacho
Y ha de decir lo que piensa,
Y con qué intencion me mira,
Y que plan... Pues ya te acuerdas
Cuando Antoñito iba á casa
Antes, siendo tú soltera,
¡Qué elogios hacias de él!

Clara. Y los hago: tiene prendas
Apreciables... ¿Pero Emilia,
Un niño que cuenta apenas
Veinte años, piensas que puede
Hacerte dichosa?

Emilia. Vuelta
A lo mismo. ¡Qué sé yo!
Tú que tienes esperiencia,
Dices que el hombre de mundo...

Clara. Ya estás viendo que la regla
No falla Cuando se supo
Que la cosa iba de veras,
Y Luis pedia mi mano...
¡Qué anónimos! ¡qué indirectas!
¡Qué pronósticos! ¡qué chismes!
Cuántas amiguitas de esas
Que dicen que nos adoran,
Y que tanto se interesan
Por nuestra suerte, vinieron
Con mil dengues y reservas
A contarme atrocidades
Del novio. « Clarita, vea
Usted lo que hace: ese hombre
Tiene una fama perversa:
Con él no ha habido muger
Segura: tiene una lengua
De escorpion: trasnochador,
Quimerista, calavera... »
Y yo decia: ¡mejor!

Emilia. ¿Con qué, mejor? ¡Pues es buena!

Clara. Sí: porque esas aventuras
Tiene el hombre que correrlas;
Y si no lo hace soltero...
¡Despues de casado es ella!

Emilia. Así será. Pero á mí
Esos que tanto se precian
De haber sido libertinos
Como Luis... Yo en su presencia
Ni me atrevo á respirar;
Y nunca tendré franqueza
Con él: todo en las mugeres
Lo censura y lo interpreta.
— ¡Ay! ¡qué hombre! — No, Clara: ¡Dios
Me libre de su tijera!
Por Jesucristo te ruego,
Hermana, que nunca sepa
Lo de Antoñito.

Clara. ¿Y no ves
Que es mas fácil que lo advierta
Si seguís como hasta aquí,
Y le vé de centinela?
Entonces sí que podrá
Sospechar... ¿En fin, te empeñas

En quererle? — Pues, Emilia,
Vendrá á casa.

Emilia. ¿Y Luis?

Clara. No temas.

Emilia. ¿Pero, cómo, sin decirle?...

Clara. Eso corre de mi cuenta.

Emilia. ¡Por Dios, Clara!...

Clara. Yo lo haré
Con Luis de modo que crea
Que es cosa mia, que es un
Amigo.... — Las once y media,

(*Llama.*)

Y Luis no viene á almorzar.

Emilia. Verás como al fin sospecha...
Mejor es que no...

Clara. Descuida.

ESCENA II.

DICHAS, RAMON,

(*Que sale del cuarto de don Luis.*)

Ramon. ¿Señora?

Clara. ¿Y tu amo? ¿No piensa
Almorzar?

Ramon. Se está vistiendo.
Le diré...

Clara. Dile que venga,
Que le estamos esperando.

Ramon. — Muy bien. — Ya está aquí.

Clara. Pues ea,
Sirve el almuerzo.

(*Ramon se entra á lo interior de la casa, y poco despues viene con el almuerzo.*)

ESCENA III.

DICHAS, DON LUIS.

Don Luis. Perdona.

(*Acariciando á Clara.*)

¿He tardado, sí? — Por fuerza
Te he hecho pasar un mal rato.

Desde las ocho con media
Taza de café...

Clara. Ya estaba
Desfallecida.

Don Luis. ¡Me pesa
En el alma! — Buenos dias,
Emilia.

Emilia. Felices.

Clara. ¿Piensas
Salir?

Don Luis. No.

Clara. Como te veo
Tan elegante, con esa
Corbata...

Don Luis. Regalo tuyo.
Pues no: como tú no quieras
Que salgamos... — Me he vestido
Para tí.

Clara. ¡Jesus! me llenas
De orgullo. Pues bien, yo así
Que almuerce, voy á las tiendas...

Don Luis. Iremos juntos. Si no,
Mi plan; ya lo sabes, era
Pasar el dia á tu lado,
Como siempre. No me queda
Mas ilusion en la vida
Que tu cariño, y sintiera,
Por culpa mia, perder
La única cosa en la tierra
Que he creido... entre las mil
Mentiras que he visto en ella.

Clara. ¡Ay! qué galante amanece
Hoy el dia.

Don Luis. Sí: de veras
Te lo digo. Haber hallado
Una muger de tus prendas,
Clara mia, es poco menos
Que un milagro.

Clara. Eso ya peca
De exageracion. — Yo estoy
Muy lejos de ser perfecta;
Y en el mundo hay infinitas
Mugeres...

Don Luis. ¿Que se parezcan

A tí?

Clara. Mejores que yo.

Don Luis. No las he visto.

Clara. Pudiera
Consistir en que tampoco
Las has buscado. Y observa
Que está aquí Emilia, y segun
Tu opinion, se mira envuelta
En la regla general.

Emilia. ¡Cómo ha de ser!

Don Luis. No: no es esa
Mi intencion. ¡Como es posible!...
Lo bueno tambien se pega;
Y Emilia es tu hermana. — Pero
No juzgues por tí y por ella
De las demas: créeme á mí,
Que soy voto en la materia.

Clara. ¡Ay! ¡pobres mugeres! — Eso
Es juzgar con ligereza,
Luis. — Como tú no has tratado
De acercarte sino á aquellas
De quienes ya se sabia
Que eran materia dispuésta
Para aventuras galantes,
Sacas hoy la consecuencia
De que á ese círculo estrecho
Que conoces, se asemejan
Todas las demas mugeres;
Y eso permite que crea
Que no es conocer el mundo,
Sino conocerle á medias.

Don Luis. Bien: eso quiere decir
Que yo por mi mala estrella
He visto la parte mala...
Y ahora empiezo á ver la buena.
Siento no haber encontrado
Antes...

Clara. No: á mí no me pesa
Que la hayas visto: al contrario.
Dicen que los calaveras
Son despues buenos maridos.
Ya lo veremos. — Sintiera
Convencerme de que tiene
Alguna escepcion la regla.

Don Luis. No seré yo la escepcion,
Te lo ofrezco. Yo estoy fuera
De combate. — La mayor
Diversion que ahora me queda
Es ponerme en un rincon
Y pasar horas enteras
Viendo cómo pillo al vuelo
Los guiños de inteligencia
De los amantes. Es mucha
Mi práctica en la materia,
Y tengo yo tan presentes
Las astucias y las tretas
Que he visto usar...
Clara. Y has usado.
Don Luis. Y como todas emplean
Los mismos medios... me río,
Cuando en una concurrencia
Veo á los pobres maridos
Que en la sala se pasean
Entre el recio tiroteo
De miradas y de señas.
Clara. Si no te equivocas nunca,
Yo me doy la enhorabuena.
Emilia. (*Ap.*) ¡Yo no! ¡Lo vá á descubrir
En cuanto entre por las puertas,
Antoñito!...
Don Luis. Pero es cierto,
Es cierto. La verdadera
Felicidad no es andar
Vagando de ceca en meca
En pos de vanos placeres.
Yo con todas mis riquezas
Jamas he sido feliz.
¡La felicidad es esta!
¡Esta que ahora gozo! Hallar
Una dulce compañera,
Una casa, una familia...
Esta vida me embelesa.
Bien lo ves: yo casi nunca
Salgo. De noche una vuelta
Por el café, y al teatro;
Acabada la comedia,
A casa. Pero tú, Clara,
Siento que no te diviertas

Mas. Mi deseo mayor
Sería verte contenta.

Clara. A tu lado lo estoy siempre

Don Luis. Es que yo quiero que seas
Completamente feliz
Como yo lo soy.

Clara. ¿De veras?

Don Luis. ¡Ah! ¡muy feliz! ¿no lo ves?
Tengo una confianza ciega
En tí. Vé al Prado, á tertulias,
Entra, sal, haz lo que quieras,
Vente conmigo al teatro.

Clara. De noche me da pereza
De salir.

Don Luis. ¡Pero estar siempre
Sola!... No, Clara. Qué vengan
Gentes á casa: los que iban
Cuando te hallabas soltera
A visitarte.

Clara. Si allí
No iba nadie: ya te acuerdas.
Como no fuera Antoñito...

Emilia. (¡No le digas!...)

Don Luis. Cierto. Ese era
Aquel jovencito...

Clara. Sí:
Aquel...

Don Luis. ¡Bonita presencia!
Allí le ví algunas veces
De visita; pero apenas
Entraba yo, se marchaba.

Clara. Es un chiquillo que empieza
A vivir: sin mundo: corto
De genio...

Don Luis. Pues ya que llega
La ocasion...

Emilia. (¡Yo estoy en áscuas!)

Don Luis. Diré á ustedes... como muestra
De mi práctica, que entonces
Creí columbrar en cierta
Jovencita, aquí presente,
Síntomas...

Emilia. ¡Vaya! — Si piensas
Que iba por mí, te equivocas.

Yo no he sido nunca de esas
Que tú dices. Yo no miro
Á nadie: yo no hago señas
Á nadie; y aquí está Clara
Que diga... ¡No me desmientas!

Clara. Es verdad. — Y ya ves tú
Si seria una completa
Locura. Un chico sin pelo
De barba! ¡Qué! sin carrera
Todavía...

Don Luis. Me engañé:
Como él iba con frecuencia,
Y allí no habia tertulia
Ni otro objeto que pudiera
Dar aliciente...

Emilia. Eso es.
¡Y el milagro me lo cuelgas
Á mí!

Don Luis. ¿Pues á quién?

Emilia. Con nadie
Puede una hablar sin que crean
Estos hombres que hay intriga,
Y amores y... ¡Estamos frescas!

(*Se levanta.*)

Clara. Anda, ponte la mantilla,
Que es hora de ir á las tiendas;
Y trae la mia.

Emilia. (No digas
Nada: no quiero que venga
Antoñito.)

ESCENA IV.

DON LUIS, CLARA.

Clara. Ya la has puesto
Como una grana. Se quema
Con tus bromas

Don Luis. ¿Pero en fin,
Mi observacion era cierta?

Clara. Sí.

Don Luis. ¡Toma! ¡Tengo yo un ojo!...

Clara. Pero, por Dios, que no sepa

Emilia que te lo he dicho.

Don Luis. ¿Y por qué?

Clara. Porque te tiembla.

Don Luis. Pues yo acaso...

Clara. Es sumamente
Tímida; y con las lindezas
Que dices de las mugeres...

Don Luis. Y ese chico...

Clara. Antes que vuelva...
Emilia te contaré.
Ese chico no nos deja
A sol ni á sombra, nos sigue
Sin descanso, nos asedia.
No se ven; y ya conoces
Que la privacion fomenta
El amor en esa edad.
Por eso, Luis, yo quisiera
Una cosa...

Don Luis. ¿Qué?

Clara. Si tú
Una noche le trajeras...
Sin darte por entendido...
Como que me le presentas
A mí, porque fué visita
De casa...

Don Luis. Pero, ¿tú piensas
Casarlos?

Clara. ¿Estás en tí?
¿Casarlos? Para esponerla
A que al año se le antoje
Al niño ser calavera,
¿Y la haga infeliz? No, no.
Lo que quiero es que se vean
A su sabor, que se juren
Amor y constancia eterna
Cada minuto, que agoten
La cartilla de ternezas
Y requiebros; y verás
Cuando sus amores pierdan
El romántico barniz
De carta, escondite y reja,
Cómo los dos se fastidian
Y se acaba la comedia.

Don Luis. ¡Magnífico plan! — Amiga,

Te digo que eres maestra!
Hoy mismo le traigo á casa.
Tú siempre estarás alerta...

Clara. No hay cuidado.

Don Luis. No te fies,
Que la ocasion...

Clara. No la temas.

ESCENA V.

DICHOS, DON JUAN, RAMON.

(*Ramon viene como deteniendo á don Juan, quien sin atenderle se entra con el sombrero puesto.*)

Don Juan. ¡Qué recado! — Quita allá.

Ramon. Es que...

Don Juan. ¿Ya no me conoces?
¿Dónde está Luis?

(*Llegando.*)

Don Luis. ¿Quién dá voces?

Don Juan. ¡Luisillo!

Don Luis. ¡Juan!

Don Juan. (*Le abraza.*)

¡Voto vá!
El tunante de Ramon
Queria pasar recado.
Yo que estoy acostumbrado
A colarme de rondon
En tu casa...

Don Luis. (*Indicando á Clara, con empacho.*)

Pero ahora...

Don Juan. (*Reparando en Clara.*)

¡Calla!

Don Luis. Ya ves...

Don Juan. Es verdad:
Habiendo esta novedad
No digo nada. — ¡Señora!

(*Se saludan.*)

Ya se vé, como hace un año

Que al estrangero marché
Y anoche mismo llegué
Con la Mala, no es estraño
Que ignorase... con que...

Don Luis. (¡Ay, Dios!
Qué burla me espera!)

Don Juan. Ha sido
Muy bien hecho. — Hemos tenido
Un pensamiento los dos.

Don Luis. ¿Es posible?

Don Juan. ¡Bravo, Luis!
¡Es guapísima! De veras.
Soberbia eleccion. — ¡Si vieras
La que traigo de Paris!

Clara. ¡Cómo!

Don Luis. ¿Qué?...

Don Juan. Cuando concluya
Un negocio... á casa voy
Y la traigo... Ha de hacer hoy
Amistades con la tuya.

Clara. Pero...

Don Luis. ¡Con que tú tambien!...
(¡Se ha casado!... ¡Respiremos!)
Si al cabo todos caemos...

Don Juan. (*Se pasea, tomando algo del almuerzo.*)

Lo demas es un belen.
Andar á salto de mata,
Y esclavo de la querida...
¡Vayan al diablo! — Esta es vida
Mas cómoda... y mas barata.

Clara. ¡Qué frases!

Don Luis. (El casamiento
No le ha hecho mudar de estilo.)

Don Juan. Así se vive tranquilo... —
¡Esta tuya es un portento!
Poco te podrá gastar:
Tiene facha de hacendosa.
¡La mia... la mia es cosa!...
Luisillo: ¿quieres cambiar?

Don Luis. (*Con risa forzada.*)

¡Viene muy bromista!

Clara. (*Con ironia.*) ¡Sí!

ESCENA VI.

DICHOS, EMILIA.

(Emilia trae la mantilla puesta, y saca la de Clara.)

Emilia. ¿ Vamos, Clarita ?
Clara. (*Se pone la mantilla.*)
Al instante,
Don Juan. ¡ Ay ! ¡ qué linda !... Este tunante
Las tiene á pares aquí !
¿ Vive contigo ?
Don Luis. Si tal :
Si es harmana...
Don Juan. Me interesa
Tambien. — ¿ Cuándo una francesa
Ha de tener esa sal ? —
¿ Esta no tendrá querido ?
Emilia. ¿ Qué dice?
Don Luis. (Juan sé prudente.)
Clara. (¡ Hay hombre mas insolente !)
Don Juan. Pues, señor, yo me decido.
Don Luis. ¿ A qué ?
Don Juan. Nada : que me apesta
La francesa : que esta noche
Vuelvo á soplarla en el coche
Y me acomodo con esta.

(*La toma del brazo.*)

Emilia. (*Gritando.*)

¡ Dios mio !

Clara. (*Con enfado.*)

¡ Qué va usté á hacer !
Don Juan. *Parti carré !*
Don Luis. ¡ Juan, repara !...
Don Juan. ¡ Quita !
Emilia. ¡ Suelte usted !...
Don Juan. ¿ No es Clara
Tu querida ?
Don Luis. Es mi muger.
Don Juan. ¡ Tu muger !...

(*Sorprendido, quitándose el sombrero.*)

Don Luis. Sí; y ese modo
De hablar...

Don Juan. (*A Clara.*)

He sido un grosero,
Señora... — Este majadero
Tiene la culpa de todo.
Me ves hablar disparates
¿ Y no me avisas ?

Don Luis. Y á tí,
Quién te manda hablar así
Sin saber...

Clara. No mas debates.
No hay nada aquí que me choque.
El que trata solamente
Con cierta clase de gente,
¿Qué estraño es que se equivoque?

Don Juan. (¡Me ha pegado á la pared!)

Clara. Vamos, niña.

Don Luis. (¡Qué dirán!)

Clara. A Dios, Luis. — Señor don Juan.
Esta casa es muy de usted.

Don Juan. Hasta que mi aturdimiento
Logre el perdon alcanzar,
Vendré, aunque sepa abusar
De ese amable ofrecimiento.

Emilia. (¡Pues como otra vez me asuste!...)

Clara. ¡Jesus! — No se necesita
Tal perdon. — Eso no quita
Que venga usted cuando guste.

Don Juan. (¡Qué gracia tan seductora!...)

Don Luis. (*A Clara.*)

¿Te marchas?... Saldré contigo.

Clara. No: quédate con tu amigo.
Vamos á tiendas ahora.

Don Juan. Por mí...

Clara. No no: que se esté.
Qué ha de hacer el pobre allí,
Oyendo hablar de *organdí*,
Y de *raso* y de *muaré*.

Y « vamos, llevo el vestido?
No sea usted tan carero... »
Fastidiarse; y yo no quiero
Fastidiar á mi marido.

ESCENA VII.

DON LUIS, DON JUAN.

(Don Luis se sienta con aire formal. Don Juan permanece de pié.)

Don Juan. (¡Qué graciosa criatura! —
Mi virtud está en un tris. —
¡A un amigo!! — ¡Pobre Luis!
¡No tienes hora segura!)
Don Luis. ¡Me has dado un rato!...
Don Juan. Qué quieres.
Si aun no he vuelto de mi espanto
Tú que blasonabas tanto
De conocer las mugeres!...
¡Tú casado!
Don Luis. A esa esperiencia
Que adquirí en mi juventud
Debo, Juan, esta quietud.
Don Juan. ¡Te has perdido con mi ausencia!
Si tengo el menor indicio,
¡Cuando me voy de tu lado!
Te encontraste abandonado
Y diste en el precipicio.
Pero sin ser adivino,
¿Quién sospecha?... Ya se ve,
Cuando de aquí me marché
¡Ibas por tan buen camino!
Don Luis. Aquello era una ilusion.
Solo aquí la dicha existe.
Don Juan. ¿Pero, cómo concebiste
Esa fogosa pasion?
Don Luis. No hubo tal pasion en mí.
Don Juan. Pues entonces no se esplica...
A no ser que fuera... — ¿Es rica?
Don Luis. No tiene un maravedí.

(Se levanta.)

Ni el dinero me movia,

Ni amor me ofuscaba el alma;
Por eso pude con calma
Observar lo que valia.
Yo que cansado ademas
De esa vida borrascosa,
Iba buscando otra cosa,
Sin encontrarla jamas,
Ví esta muger hechicera:
Rompí los antiguos lazos,
Y he hallado, Juan, en sus brazos
Felicidad verdadera.
En fin, tú caerás tambien;
Y ya me dirás si miento.

Don Juan. De tan fatal pensamiento
El Señor me libre, amen,

Don Luis. Esas no son mas que frases.
Tú estas cansado.

Don Juan. No digo...

Don Luis. Créeme, Juan, yo soy tu amigo:
Es preciso que te cases.

Don Juan. ¿Cómo es eso?... Poco á poco.
No exijas el sacrificio
De que tambien pierda el juicio
Porque tú te has vuelto loco.
La amistad no llega á tanto.

Don Luis. Eso dices porque ignoras
Cómo se pasan las horas
En esta vida de encanto.
Mi muger es un tesoro,
Es un ángel: no hay ninguna
Que tales prendras reuna.
¡La estimaba; y ya la adoro!

Don Juan. Pues si no hay otra como ella,
Y esa la pillaste ya,
¿Con quién me caso?

Don Luis. Otra habrá:
Confia en tu buena estrella.

Don Juan. Serán mis maravedís
Lo que busque, no mi amor;
Y en ese caso es mejor
La que traigo de Paris.
Porque esa, si yo la pillo
En un renuncio, *laus Deo*:
La acomodo en el correo,

Y á Francia. — Créeme, Luisillo :
La muger no ama jamas.

Don Luis. De soltera poco ó nada;
Pero despues de casada
Suele amar...

Don Juan. A los demas.

Don Luis. Hombre, alguna...

Don Juan. Haré escepcion
En favor de tu muger.

Don Luis. Gracias : no era menester...

Don Juan. Y tambien, por atencion,
La haré en favor de su hermana,
Que al fin es de la familia...

Don Luis. ¡Hombre!... ¡Harias con Emilia
Una boda soberana!

Don Juan. ¡Sí!

Don Luis. Ello, habrá que desbancar
A un rival...

Don Juan. ¡Por eso no!
¡Como me empeñase yo,
Dónde iba el pobre á parar!

Don Luis. ¡Pues hazlo! ¡Mira que es cosa
De que no tienes idea
Lo que cautiva y recrea
El cariño de una esposa!
Y no lo juzgues por ese
Con que te tiene embaucado
La francesa : amor comprado,
Por mucho que te embelese.
Ni es tampoco aquel delirio,
Aquella fiebre de amante,
Abrasadora, incesante,
Que mas que gozo es martirio
Es fuego que da calor
Al alma, sin abrasar :
Es conjunto singular
De la amistad y el amor.
Huye de tí el egoismo;
Porque hay á tu lado un ser
Que tu pena y tu placer
Los siente como tú mismo.
En vez de frivolidad
Y de desprecio del mundo,
Se despierta en tí un profundo

Instinto de dignidad.
Quieres merecer del hombre
Respeto, aprecio, interes,
Porque refleje despues
En la que lleva tu nombre.
— Ese tu eterno viajar
Por Francia, Italia, Inglaterra,
Sin que haya un punto en la tierra
Que alivie tu malestar,
¿Qué es sino cansancio, di?
¿Qué es sino un vago deseo
De encontrar mas digno empleo
A la vida que hay en tí?
Pues esa eterna vagancia,
Ese vivir volandero
Que te hace tan estrangero
En España como en Francia;
La indiferencia fatal,
O el tedio mas bien que sientes
Cuando ventilan las gentes
Algun negocio formal,
Todo eso, que yo he probado
Cuando como tú vivia,
Se borra, Juan, desde el dia
En que te miras casado!
Ya por el público bien
Te afanas, y en tí rebosa
Con el amor de tu esposa
El de tu patria tambien,
Y el alma y los ojos fijos
En su porvenir tendrás;
Porque esta patria, dirás,
Es la patria de mis hijos.
En fin, Juan, el matrimonio
Es orígen, no lo dudes,
De las mayores virtudes
De la tierra... — ¡Y... qué demonio!
Mucho contra él se propala;
Pero cuando todos dan
En casarse... Vamos, Juan,
No será cosa tan mala.

Don Juan. (*Despues de una pausa.*)

¿Cuándo te casaste?

Don Luis. ¿Cuándo?
Hará tres meses.

(*Vuelve á sentarse.*)

Don Juan. Corriente.
Pues voy á tener presente
Esa arenga; y si en pasando...
Vaya, no quiero alargarme,
Un año, dices lo que hoy,
Consiento por lo que soy...
¿En qué diré yo?... en casarme.

Don Luis. Tendré la misma opinion;
No es Clara de esas mugeres...

Don Juan. Te lo concedo, si quieres:
Es la misma perfeccion.
Pero no está en ella el mal;
Y aun cuando yo tropezara
Con otra segunda Clara,
No me casaria.

Don Luis. ¡Hay tal!
¿Ni aun teniendo esa fortuna
Querrias casarte?

Don Juan. No.

Don Luis. ¿Pero por qué?

Don Juan. Porque yo
No creo, Luis, en ninguna.
Juntos corrimos el mundo:
Tú has perdido la memoria;
Yo recuerdo aquella historia,
Y en su esperiencia me fundo.
Todas son á cual peor:
Yo me mantengo en mis trece.
Là que mas santa parece
Es porque engaña mejor.

Don Luis. Pues yo veo por ahí
Muchos maridos felices.

Don Juan. ¿Quién lo duda?

Don Luis. Es que tú dices...

Don Juan. Los predestinados, sí.
La culpa siempre es del hombre.
Todos tienen igual suerte;
Pero el que el riesgo no advierte
¿De qué quieres que se asombre?

El que de ellas solamente
Ha visto el falso barniz,
¡Se casa, y es muy feliz!
No hay amigo ni pariente
Que con caridad estraña,
Como escamado le vea,
En el deber no se crea
De decirle : « ¡usted se engaña! »
Viene la suegra y el suegro,
Y entre ellos y la muger,
Y el amante, le hacen ver
Que lo que era blanco es negro. —
Pero yo que soy un galgo
Que huele á media jornada,
Y que aunque no vea nada
He de presumir que hay algo,
¿Iré á aumentar el artículo,
Bastante crecido ya,
De esa caterva, que está
Constantemente en ridículo?

(*Poniendo el brazo sobre el cuello de don Luis.*)

¡Cuántas víctimas, ¡oh Luis!
Hemos hecho!... — ¿Qué es de aquel
Intendente?...

(*Sonriendo.*)

Don Luis. ¿Don Gabriel?
¿El que jugaba al bis-bis?
Don Juan. ¡Y ella cómo te queria!
Don Luis. Era un volcan
Don Juan. Y el simplon
Decia : « ¡Es mucha pension!
¡Esta Enriqueta es tan fria! »
Don Luis. ¡Pobre diablo!

(*Riendo.*)

Don Juan. ¿Y tus amores
Con la rubia?... Con aquella...
Don Luis. ¡Oh! ¡Maruja!
Don Juan. ¡Y su doncella,

Qué alhaja!

Don Luis. Sí : la Dolores.

(*Se levanta.*)

Todos los dias, mas fija
Que el sol, á la misma hora
Con carta de su señora...

Don Juan. ¿Conservas aun la sortija?

Don Luis. Por ahí anda.

Don Juan. ¡Te la dió
En las barbas del marido!

Don Luis. Pues no era aquel muy sufrido.

Don Juan. Ella le domesticó.

Don Luis. ¡Tenia golpes soberbios!

Don Juan. Y qué caricias le hacia
Cuando mas...

Don Luis. ¡Qué bien sabia
Fingir ataques de nervios!

Don Juan. Y cuando dió en ir á misa
Sin dejar una mañana;
Y él decia : « ¡Qué cristiana
Es mi Maruja! »

Don Luis. ¡Qué risa!
Mereció por animal...

Don Juan. ¡Toma!

Don Luis. ¡Tan corto de alcances!...

Don Juan. Pero entre todos tus lances,
El mas chistoso fué...

Don Luis. ¿Cuál?

Don Juan. El de aquella con quien tú
Te estacionaste...

Don Luis. ¡Ah! sí : ¡Rosa!

Don Juan. La facha mas candorosa...
¡Y era el mismo Belcebú!

Don Luis. ¿Qué lance? — ¿Cuando me dió
Una cita por el *Diario?*

Don Juan. No...

Don Luis. ¿Cuando en aquel armario
Me tuvo escondido?

Don Juan. No...
Eso á cualquiera le pasa. —
¡Cuando urdió aquel embolismo
Para que el marido mismo

Te presentase en su casa!...

Don Luis. (*Mudando de color.*)

¡El marido mismo!...

Don Juan. ¡Pues! —

¿No te acuerdas?

Don Luis. Sí... Me acuerdo...

Don Juan. ¡Y eso que aquel no era lerdo!

Don Luis. ¡No era... lerdo!

Don Juan. No : al revés.

Hombre de mundo... y muy ducho...

Don Luis. ¿De mundo?

Don Juan. Pero es en vano :

No basta el saber humano...

Don Luis. Pues, ó yo me engaño mucho...

O, vamos... aquel marido...

Era torpe. Quién da un paso

Tan... No sé; pero en su caso

Yo lo hubiera conocido.

Don Juan. ¡Qué habias de conocer!

Ella lo prepararía

Con aquella maestría

Que tiene toda muger.

Con ese don infernal

De tal suerte le ofuscó,

Que al hombre le pareció

La cosa mas natural.

Don Luis. (*Sentándose.*)

Es verdad... eso seria...

Don Juan. ¿Qué tienes?

Don Luis. Nada.

Don Juan. Ya estoy.

Estos recuerdos... — Me voy.

— Ya has hecho la tontería...

Con que adelante : á vivir.

(*Abrazándole.*)

Adios, chico.

Don Luis. ¿Volverás?

Don Juan. ¡Pues no he de volver! — Quizás

Me llegues tú á convertir.

ESCENA VIII.

DON LUIS.

¡El marido mismo... sí!
¡El marido mismo fué! —
Vino de tan buena fé
A llevarme!... ¡Y luego allí
Qué ridículo papel
Entre las gentes hacia!
Todo Madrid lo sabia,
Todo Madrid... menos él.
Me ha entrado un desasosiego ..

(*Se levanta.*)

Este Antoñito... — ¡Dios mio!
Si en la relacion confio,
Y le traigo á casa, y luego...
No le traigo : se acabó. —
¿Y qué pretesto he de dar?
¡Si Clara llega á notar
Que sospecho de ella!... No. —
¿Porque si no hay fundamento,
Qué logro? mortificarla,
Y si le hay, es avisarla
Que se vaya con mas tiento. —
Pero tambien, si es que existe
Ese condenado plan
Para traer al galan,
¡Traerle yo mismo... es chiste!
Dice que á Emilia pretende,
Pero Emilia lo negaba;
Y Clara titubeaba
Al esplicarme... — Aquí hay duende. —
¡Qué bueno es haber corrido!
Este lance lo acredita. —
¡Aquel candor de Rosita
Cuando persuadió al marido,
Es una leccion preciosa! —
¿Qué ardid pueden ya inventar
Que yo no haya visto usar?
¡La esperiencia es mucha cosa! —

¡Y yo sin aprovecharme
De la que tengo! — Fortuna
Que en ocasion oportuna
Viene Juan á despertarme.
Yo traeré á Antoñito á casa.
— ¡Ramon!

ESCENA IX.

DON LUIS, RAMON.

Ramon ¿Señor?
Don Luis. El sombrero.

(*Se va Ramon, y vuelve con el sombrero.*)

Le traeré. Pero primero...
— Voy. — Yo sabré lo que pasa.
Tratemos de preparar
El campo. — ¡El tal Antoñito!... —
¡Pero, Dios mio! ¿está escrito
Que ninguno ha de escapar?...
(*Se va por el foro.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, RAMON.

(*Salen por el foro.*)

Don Juan. ¿Con que todos están fuera?
Ramon. Sí señor.
Don Juan. Por eso vuelvo.
He hallado á Luis en la calle
Tan distraido, que habiendo,
Pasado yo junto á él,
Ni me ha visto. Y como tengo
Deseos de hablar contigo,
Dije : allá voy... Con que, hablemos.
Esplícame tú...
Ramon. ¡Ay! ¡Señor

Don Juan! ¡Usted nos ha muerto
Con marcharse de Madrid!
¡Por ese viaje nos vemos
Casados!

Don Juan. ¡Tú tambien!

Ramon. No;
Pero es lo mismo. Estoy hecho
Tan marido como el amo.
Esta casa es un convento.
Solo cada tres domingos
Me dejan ir á paseo
Un par de horas, y si tardo
Dos minutos mas, ya hay gesto
En la señora.

Don Juan. ¡Hola! Dime:
¿Qué tal genio?...

Ramon. Un cancerbero
Conmigo... Me hace barrer,
Me hace ir á la compra; y luego
Apuntar en un librote
Lo que traigo, con sus precios;
Y como falten dos cuartos,
Me hace devanar los sesos
Hasta que sale la cuenta
Cabal. — Yo no soy para esto:
¡El órden me mata! ¡Usted
Que me ha visto en aquel tiempo
Dichoso ser confidente
De los íntimos secretos
Del amo, no descansar
Estudiando el mejor medio
De deslizar un billete,
De entretener á un cochero,
De acechar á algun marido,
Y mientras estaba dentro
El amo, ensayarme yo
En conquistar el afecto
De una linda camarera!...
El que se ha criado en eso
No puede... ¿Pues y propinas?
¿Y ser dueño del dinero
Sin andar jamas con cuentas
De esto pongo y esto debo?
La verdad, señor don Juan,

El amo me tira, es cierto;
Pero ya estoy hasta aquí
De escoba y de casamiento.

Don Juan. ¡Pobre Ramon! ¡Eres digno
De mejor suerte! Ya veo
Que tú no has hecho traicion,
Como el pobre Luis, á aquellos
Principios que en nuestra escuela
Aprendiste.

Ramon. Nada de eso.
¡Calavera hasta la muerte!
Y en esta casa no puedo...

Don Juan. Anda, déjalo correr.
Ten paciencia. Tras de un tiempo
Viene otro. Quizá aquí mismo
Las cosas muden de aspecto...
Y entonces... (Este es muy listo;
Y si no logro ponerlo
De mi parte, es imposible
Mi plan: lo descubre al vuelo.)
Tú por volver á tu oficio
Darías...

Ramon. ¡Lo que no tengo!

Don Juan. Y como hombre de principios
Fijos, no te importa un bledo
Que la persona á quien sirvas
Se llame...

Ramon. Nada. ¡En habiendo
Intriguilla, ya estoy yo
En mis glorias, y dispuesto
Á engañar al *sursum corda!*

Don Juan. Al mismo Luis.

Ramon. Lo que es eso...
Es mi amo...

Don Juan. ¡Pero es marido!

Ramon. ¡Es verdad!

Don Juan. Y en el momento
Que se casa un hombre, pierde...
¿No te acuerdas?

Ramon. Sí me acuerdo,
Sí señor. Pierde... ¿Cómo era?

Don Juan. Pierde todos sus derechos
Sociales, y se declara...

Ramon. Eso es: se declara objeto

De hospitalidad. ¿Eh?

Don Juan. Mal
Pronunciado, pero es eso.
Objeto de hostilidad.

Ramon. Pues : como quien dice : ¡á ellos!

Don Juan. Y si á tí se te ofreciera
Una ocasion, por ejemplo.
De ejercer tu habilidad...
Aun cuando fuera aquí dentro,
¿Renunciarias, Ramon,
Á la gloria y al provecho
Que pudiera resultarte,
Por guardarle miramientos
Á un amo?... indigno de tí,
¡Débil! ¡apóstata!...

Ramon. Pero
En esta casa no alcanzo
Quién pueda ser... Yo no veo...

Don Juan. ¿No me ves á mí?

Ramon. ¡Usted!...

Don Juan. Calla.
Este es un golpe maestro.
¡Tu ama es preciosa! y merece
Que por compasion al menos
Se la saque de esa vida
De hacer cuentas y andar viendo
Cómo se barre y se cose;
En fin, de esos ministerios
Mecánicos.

Ramon. Eso sí.
¡Es un dolor! — ¡Con un cuerpo...
Y una cara!... y sin pensar
En mas que en quitar de enmedio
Los trastos, ¡y en que se barra!...

Don Juan. ¡Oh! verás cómo la hacemos
Que se olvide de esas cosas.

Ramon. ¡Será muy útil!

Don Juan. Te ofrezco
Trocar antes de dos meses
Este triste monasterio
En la mansion del placer.
Y tu ama dará el ejemplo.
Es decir, si tú me ayudas.

Ramon. ¿Con que usted, por lo que veo,

Ni á sus antiguos amigos
Perdona?

Don Juan. Pero, hombre; puesto
Que mas tarde ó mas temprano
Alguno ha de ser, yo quiero
Adelantarme. Lo haré
Como amigo. Desde luego,
Por ser él, suprimiré
El escándalo. Y te advierto
Que es sacrificio. Ya sabes
Que no parece completo
El triunfo, sin la salsilla
De que corra.

Ramon. Es verdad: pero
En casos como este, cuando
Hay amistad de por medio...

Don Juan. Y luego, hay compensaciones.
A tu amo le volveremos
Al mundo, se distraerá.
La vida que hace es un mero
Paréntesis. Ahora mismo
Casi á apostarte me atrevo
Que tiene intriga. ¿Has olido
Tú?...

Ramon. Nada.

Don Juan. ¿Pues, á que es cierto?
Tú obsérvalo bien, y como
Yo me equivoque...

Ramon. Veremos.
Conmigo no se franquea.
Pero me pondré en acecho,
Y no se me escapará.

Don Juan. Pues avísame al momento
Que lo sepas. ¡Ya verás
Llover sobre tí de nuevo
Los lances y las propinas! —
¡Ah! Cuidado. Lo primero
Es ganar á la doncella.
Tú ya sabes el secreto:
La haces el amor: la ofreces,
Si es preciso...

Ramon. Está usted fresco.
¿Amor? — ¡Si es una argandeña
Como un puerco-espin! Yo, lleno

De amabilidad, por ver...
Y en fin, por matar el tiempo,
Me he acercado algunas veces...
¡Que si quieres! Siempre llevo
Una coz. — Señor don Juan,
Esto no es el bello sexo.

Don Juan. Pues es preciso que insistas
En tu plan. ¿Quién dijo miedo?
Esa conquista te cubre
De gloria. Ablandar un pecho
De cal y canto.

Ramon. Si tal.

Benita. (*Dentro.*) ¡Ramon!

Don Juan. ¿Quién te llama?

Ramon. Creo
Que es la susodicha.

Don Juan. Pues
Me voy. Cómprala un pañuelo.

(*Le da dinero.*)

¿Qué horas tiene Luis?

Ramon. De noche
Va al teatro...

Don Juan. ¿Sí? — Hasta luego.

ESCENA II.

RAMON.

Pues señor, ya empiezo yo
Á encontrarme en mi elemento.
Propinas... Amores... Ande
La...

Benita. (*Dentro.*) ¿Ramon?

Ramon. ¡Otra te pego!
Es mi víctima futura.
No la respondo : con eso
Vendrá aquí, y empezaré
El plan de ataque. Allá adentro
Con la cocinera, es cosa
Imposible. — Dicho y hecho,

ESCENA III.

RAMON. BENITA.

(*Benita sale, y al verle se queda parada, con enojo. Ramon ha tomado una actitud sentimental.*)

Benita. ¡Señor!

Ramon. ¿Quién?

Benita. ¿Pues no oye usted
Que le llaman?

Ramon. ¿Será cierto?
¡Benita! ¿usted me llamaba?

Benita. Sí señor: ¿á ver si acierto
Ha visto en la vida un cuarto
De perejil?

Ramon. ¡Dios eterno!
¡De perejil viene á hablarme?

Benita. Todos los dias tenemos
La misma cancion. La Juana
Dice que es usté un mostrenco,
Que ni trae la compra bien
Casi nunca.

Ramon. ¿Ese concepto
Tiene la Juana de mí?
¿Qué me importa? A quien yo quiero
Agradar no es á la Juana
Si no á ese pedazo de cielo
Que...

Benita. Siempre trae los pendientes
Pasados...

Ramon. Pasado el pecho
Tengo yo.

Benita. De las dos libras
De vaca, la mitad hueso...

Ramon. Usted me lo hace roer.
¡Ingrata!...

Benita. El tocino, añejo.

Ramon. Mas añejo es este amor...

Benita. La leche, aguada...

Ramon. Que aguada...

Benita. Los tomates...

Ramon. En el alma...

Benita. Podridos.

Ramon. ¿Y no hay remedio
Para mí?
Benita. Registrar antes
Las cosas.
Ramon. Si no es mas que eso...
Benita. ¡Quite usted allá! Yo no soy
Guitarra.
Ramon. No puede menos,
Benita, sino que usted
Nunca se mire al espejo;
Porque si usted se mirase
Esa cara...
Benita. ¿Y qué tenemos?
Ramon. Que es lástima que con ella,
Y esas carnes, y ese cuerpo,
Hable usted de peregil
Y de tomates y...
Benita. Quiero
Hablar: Porque tengo ley
A mis amas. Me trujeron
Desde que era una chiquilla
A Madrid; porque en mi pueblo
He sido hermana de leche
De la señorita; y llevo
Mas de diez años con ellas;
Y miro por el gobierno
De la casa. Y me he criado
Con vergüenza. Y no consiento
Que nadie me toque: ¿estamos?
Que mi padre es cosechero
En Arganda. ¿Qué pensaba
Usted?
Ramon. ¡Hola!
Benita. Y si le cuento
Que usted me persigue, puede...
Yo soy única, y no tengo
Necesidad de servir:
¿Estamos? Y si me meto
En mi casa, seré reina:
¿Estamos?
Ramon. (¡Bueno es saberlo!)
¿Con que allá en Arganda?...
Benita. Pues.
Y á mí nadie... en no viniendo

Con buen fin...

Ramon. ¿Pues con qué fin,
Que no sea santo y bueno,
Pudiera acercarme yo
A la alhaja de mas precio
Del cosechero de Arganda?
(Pues este negocio es serio.)
¡Oh! ¡Benita! ¿No seria
Un horror que algun paleto
De vara en cinto cargara
Con tan robusto majuelo?
Si usted se volviera allá
Llevando al lado... (¡le tengo
Una aversion al vocablo!)
Llevando al lado un... mancebo...
En fin... casi un señorito...
Míreme usted.

Benita. Yo... en viniendo
Mi padre... se lo diré...
(¡No es mal mozo!) Siendo cierto...

Ramon. ¿Cómo cierto? Pues si traigo
En vez de lechuga, berros,
Si se me olvida barrer,
Si dejo caer al suelo
Los platos... ¿por qué será,
Sino porque me enageno
Pensando en esta Benita
Que me ha trabucado el seso?

Benita. Entonces... bien; porque, en fin,
¿A qué está una?

Ramon. ¡Oh! ¡portento
De bondad!... (¡Es propietaria!)
Sí, ¡Benita!... El himeneo...

Benita. ¿Qué ha dicho usté?

Ramon. El matrimonio...

Benita. ¡Ah!

Ramon. Ligará con el tiempo
Esta mano...

(*Va á tomársela.*)

Benita. Vaya, vaya...
Las manos quedas...

ESCENA IV.

DICHOS, CLARA, EMILIA.

(*Clara trae un lio de compras.*)

Clara. ¿Qué es esto?
¿Qué hacen ustedes aquí
En conversacion? ¡Me alegro!

Ramon. Señora, yo bien he oido
La campanilla, mas yendo
A abrir, oí pasos, y dije
A Benita: ya han abierto.

Clara. ¡Pues es oir! Porque yo
No he llamado.

Ramon. ¿No? Pues ello...

Clara. Salia gente; y entramos;
Con que...

Ramon. Pues yo...

Clara. (*Con severidad.*)
Vete adentro.

Ramon. Jurara!...

(*A una mirada de Clara se va.*)

(Para abadesa
No hay otra. — Yo te prometo
Que he de ayudar á don Juan...
Y te domesticaremos.)

ESCENA V.

CLARA, EMILIA, BENITA.

Clara. Y tú, tampoco tenias
Que hacer?

Emilia. No la riñas.

Benita. Tengo,
Sí señora; pero á véces
Una...

Clara. ¿Has aplanchado el cuello
Que te dije?

Benita. ¡Cuánto ha!

Clara. Bien.

¿Y no tienes ahí un cesto
De ropa que repasar?

Benita. ¡Como si no hubiera tiempo!

Clara. No señor: lo que hay que hacer,
A hacerlo. Y en fin, no quiero
Verte mano sobre mano,
Ni en conferencias...

Emilia. Yo creo
Que la riñes sin motivo.
Ella trabaja...

Clara. No es eso.
¿Qué sabes tú?... — Vete al cuarto
De la labor.

ESCENA VI.

CLARA, EMILIA.

Clara. Yo me entiendo.
Esta chica se vá echando
A perder. Hace algun tiempó
Que sin pedirme licencia,
Cosa que jamas ha hecho,
Sale de casa, y no dice
Dónde ha ido.

Emilia. Eso no...

Clara. Y luego
Este perillan se arrima
Demasiado; y yo sospecho...

Emilia. ¡Oh! lo que es él... ha servido
A Luis... y de tal maestro
Tal discípulo.

Clara. ¡Qué tema

(*Examinando las compras que ha puesto en el velador.*)

Le tienes!

Emilia. Ya lo estás viendo.
¿Y el hombre de esta mañana?
Verás como vuelve.

Clara. Bueno:
Que vuelva.

Emilia. ¿A darme otro susto?
Clara. Eso no: mira qué presto
Mudó de estilo.
Emilia. Verás
Cómo pervierte de nuevo
A Luis.
Clara. ¡Qué afan de anunciarme!...
Si yo creyera en agüeros. —
Por fortuna, Luis se encarga
De desmentirte con hechos;
Y hoy mismo tengo una prueba...
Sin duda con el objeto
De desenfadarme, el pobre...
Emilia ¿Cuál es, dime?
Clara. Es un misterio.
Emilia. A propósito. — ¿Querrás
Esplicarme qué fué aquello
Que te dijo el tirolés
Al oido, que al momento
Te hizo dejar los pendientes
Que ibas-á llevar? — Has hecho
Mal.
Clara. Es verdad.
Emilia. Tan baratos...
Clara. ¡Mucho!
Emilia. ¡Y de un gusto tan nuevo!
Y no tenia otro par.
Clara. Pues esta noche has de verlos...
Emilia. ¿Dónde?
Clara. Aquí.

(*Indicando sus orejas.*)

Emilia. ¡Qué dices! ¿Cómo?
Clara. Para que vayas perdiendo
La mala opinion que tienes
De Luis, te diré el secreto
Del tirolés. Como somos
Parroquianos hace tiempo,
Me dijo aparte: señora,
No los lleve usted. — La advierto
(En confianza) que ha estado
Aquí hace pocos momentos
El señor don Luis en busca

De unos pendientes, que luego
Dijo que recogeria;
Y yo al punto, conociendo
Que seria un regalito
Para usted, le iba á dar estos,
Que acabo de recibir.

Emilia. ¡Hola!...

Clara. ¿Te vas convenciendo?

Emilia. ¡Vamos!...

Clara. Yo voy á dejar
Que él me sorprenda primero;
Y en seguida le doy...

(*Abriendo una cajita en que hay una sortija.*)

Emilia. ¡Ya!
Yo no acertaba... — Por eso
Has comprado esta sortija.

(*Mirándola.*)

¡Qué linda!

Clara. Y de poco precio.

Emilia. No he visto ninguna...

Clara. Ayer
Dice que las recibieron.

Emilia. Y otra igual le queda allí.

Clara. No hay mas que las dos.

Emilia. Por cierto,
Clara...

Clara. ¿Qué?

Emilia. Se me han pasado
Unos deseos...

Clara. ¿Deseos
De qué?

Emilia. Me da cortedad.

Clara. Vamos, habla. ¿El camafeo
Aquel?...

Emilia. No.

Clara. ¿El devocionario
Con forro de terciopelo
Y los adornos de plata?

Emilia. No. — La otra sortija...

Clara. Pero,

Emilia, ¿no ves que son
Para hombre?
Emilia. Pues por eso.
Clara. ¡Cómo!
Emilia. Vamos; que me pongo
Colorada.
Clara. Ya comprendo.
¿Estás loca?
Emilia. ¿Por qué?
Clara. Pues;
Para Antoñito.
Emilia. Y no veo...
Clara. ¡Calla!
Emilia. ¿Pues qué tiene?...
Clara. Tiene,
Y mucho.
Emilia. ¡Ya! Si queremos
Interpretar, como Luis...
Hasta lo mas... Mira; tengo
Que corresponder tambien...
Vamos, te diré un secreto,
En pago de ese que tú
Me has revelado. — ¿Ves esto?
Clara. Hola... un brazalete.
Emilia. Sí.
Clara. Cómo has sabido esconderlo...
Emilia. Pues él me le dió en memoria,
Llorando de sentimiento...
¡Qué bonito es! — Cuando tú
Te casaste, conociendo
Que ya con la nueva vida
No seria fácil vernos. —
Con que es preciso que yo...
Clara. No, Emilia. — Yo no exagero
Las cosas; ya me conoces.
El brazalete... no hay riesgo
En que tú le hayas tomado;
Pero en esto sí: es muy feo
En una niña el hacer
Regalos á un muchachuelo
Con quien no ha mediado nada
Formal, dándole derecho
A jactarse...
Emilia. El no es capaz...

Y aquí no hay malicia.

Clara. Pero
Como al mundo no le consta,
Juzgará de muy diverso
Modo.

Emilia. La que es buena...

Clara. Debe
Ademas...

Emilia. ¿Qué?

Clara. Parecerlo.

Emilia. El mundo...

Clara. Ven á quitarte

(*Llamando.*)

La mantilla; mediremos
Ese lienzo, mientras Luis
Viene.

ESCENA VII.

DICHAS, RAMON.

Ramon. ¿Señora?

Clara. Trae eso
A mi cuarto.

(*Se van.*)

ESCENA VIII.

RAMON, LUEGO DON LUIS.

Ramon. (*Recogiendo las compras.*)

Me pilló.
Ha olido mi trapicheo
Amoroso...

(*Llevándoselas.*)

Don Luis. ¿A dónde vas?

Ramon. A llevar esto allá adentro.

Don Luis. Y qué es eso? A ver, á ver.

Ramon. Yo no sé. Compras que ha hecho
La señora...

Don Luis. (*Mirando las compras.*)

¿Ya ha venido?

Ramon. Ahí está.

Don Luis. Medias... pañuelos...
¿Y esta cajita encarnada?

(*La abre.*)

¡Una sortija!... — Probemos.—

(*Se la prueba.*)

¡Hola!... Pues no es para ella.
Me viene a mí. — Es para dedo
De hombre.— No hay duda. — ¡Dios mio!...
¿Para quién será?

Ramon. ¿Lo llevo?

Don Luis. (No se me despintará.)
Sí, llévalo; y vuelve presto.

Ramon. (Se ha quedado pensativo.)

(*Se va.*)

ESCENA IX.

DON LUIS.

¿Será para mí? — No creo
Que esté de humor de regalos.
Porque ella, con el suceso
De esta mañana, noté
Á pesar de sus esfuerzos,
Que se fué muy enfadada
Conmigo. ¡Tendrá hoy un gesto!...—
De fijo : no es para mí. —
En fin, calma, y vamos viendo.
Lo primero es no ofuscarme.
El plan que traigo dispuesto
Es el mejor : la criada
Ha de saber... Yo me acuerdo
De que en todas mis intrigas

Siempre eran ellas...—Por medio
De Ramon veré si logro
Saber con maña...—No tengo
Necesidad de nombrar
Á mi muger : nada de eso.
Decir á un criado... ¡No! —
Con averiguar si es cierto
Que hay amores entre Emilia
Y Antoñito, voy derecho
Á sacar la consecuencia
Precisa. — Él es listo. Y luego:..
Dádivas quebrantan peñas! —
¡Oh! Como haya algo, lo pesco.

ESCENA X.

DON LUIS, RAMON.

Don Luis. Lo llevastes.
Ramon. Lo llevé.
Don Luis. ¿Y qué ha dicho?
Ramon. Regañar,
Porque he tardado en entrar.
Y yo le he dicho que usté
Al mismo tiempo llegó...
Don Luis. ¿Y entonces?
Ramon. Me ha preguntado
Si habia usted registrado
El envoltorio...
Don Luis. (¡Hola!)
Ramon. Y yo...
Le he dicho... que no.
Don Luis. ¡Bien hecho!
Ramon. Buscó esa caja encarnada...
Don Luis. ¿Y qué hizo con ella?
Ramon. Nada :
La guardó...
Don Luis. ¿Dónde?
Ramon. En el pecho.
Don Luis. (Ahí es donde guardan ellas...)
Tú lo llevarias todo
Revuelto, de cualquier modo...
Ramon. No tal.

Don Luis. ¡Siempre te atropellas! —
Vamos; si he de hacer tu suerte,
Vida nueva : ya es razon
Olvidar... Quiero, Ramon,
Que trates de establecerte.
Haz lo que yo. ¿No conoces
Alguna?... Ahí está Benita,
Muchacha honrada, bonita...
¡Oh! ¡no sabes tú los goces!...

Ramon. ¡Sí señor! (Saquemos raja
Por este lado tambien.)

Don Luis. ¿Y ella?

Ramon. Como vé mi tren...
Ella quisiera andar maja...

Don Luis. Háblala : dila que vas
Con buen fin...

Ramon. Eso es seguro.

Don Luis. Que tu cariño es muy puro...

Ramon. Por supuesto.

Don Luis. Y lo demas
Corre de mi cuenta.

Ramon. (*Escamado.*)

¿El qué?

Don Luis. Que haya algunos regalillos...

Ramon. (Comamos á dos carrillos.)
Eso siempre... ¡Ya se vé!...
¡Muchas gracias! (¡Calla, calla!
Don Juan me mandó observar...
Si la querrá conquistar...
¿Y seré yo la pantalla?)

Don Luis. En fin, á ver si consiente...

Ramon. (¡Adios, majuelos de Arganda!)

Don Luis. Y cuando la tengas blanda,
Le has de decir que te cuente...

Ramon. ¿Qué?

Don Luis. Yo tengo una familia
Á mi cargo : soy su gefe;
Y eso de que un mequetrefe
Engañe á la pobre Emilia...

Ramon. ¿A la señorita?

Don Luis. Pues.
Yo tengo acá mi recelo

De que cierto jovenzuelo
La anda rondando... y ya ves.
¡Tan niña, tan candorosa!...
Ay, Ramon, me hace temblar.
¡Con cien ojos hay que estar!

Ramon. (Ya entiendo; esto es otra cosa.)

Don Luis. Pregúntale tú... Averigua
Con maña, si ese mocito,
Que ha de llamarse... Antoñito,
Era ya visita antigua:
Si le vió dar á entender
Que á la muchacha queria,
Y si ella correspondia...
Eso lo debe saber.
Hoy mismo quiere ese tonto
Venir aquí, y es preciso
Que yo viva sobre aviso...
Conque, Ramon, ¡hazlo pronto!

Ramon. Por mi parte...

Don Luis. ¡Sí, por Dios!

Ramon. (No hay duda: es la cuñadita.)

Don Luis. Sonsaca bien á Benita.

Ramon. (¡Calla! ¡si querrá á las dos!)

Don Luis. Y por ahora, Ramon,
En prueba de tu terneza,
Como cosa tuya, empieza
Por hacerle esta espresion.

(*Sacando una caja con pendientes.*)

Ramon. ¿Y qué es esto?

Don Luis. Unos pendientes...

Ramon. ¡Qué bonitos!

Don Luis. Muy sencillos.
Di que con tus ahorrillos...

Ramon. Ya estoy.

Don Luis. Y á nadie le cuentes!...

Ramon. ¡Qué he de contar!

Don Luis. Bien: pues anda,
A ver si hoy mismo...

Ramon. Allá voy.

Don Luis. Vete, que vienen.

Ramon. (Ya soy
El cosechero de Arganda!)

ESCENA XI.

DON LUIS, luego CLARA.

Don Luis. Mi muger. — Seamos prudentes.
¡Bonita cara traerá
Con el lance de hoy!

Clara. *(Saliendo.)*
(¿Qué hará,
Que no me trae los pendientes?)

(Llégase á él con aire festivo, y le toma cariñosamente del brazo.)

Un buen marido, al volver
A su casa lo primero
Que debe hacer, caballero,
Es buscar á su muger
Y darla un abrazo; ¿estamos?

Don Luis. (¿Que cariño intempestivo
Es este? Yo no concibo...)

Clara. ¡Que estoy esperando, vamos!
Ese abrazo.

Don Luis. *(La abraza.)*
(¡Es singular!)

Clara. ¿Y nada mas?...

Don Luis. (¿Qué mas quiere?)

Clara. (¡Cuando trae algo, se muere
Por hacerlo desear!)—
¿Por dónde has andado, dí?

Don Luis. Por las calles... sin objeto...
He encontrado á aquel sugeto.

Clara. ¿A quién?

Don Luis. A Antoñito.

Clara. ¡Ah!...

Don Luis. Sí.

Clara. ¿Y de mí, te has acordado?

Don Luis. (¡Muda de conversacion!)

Clara. (¡Cómo se hace el remolon!)

Don Luis. Y tú, dime, ¿qué has comprado?

Clara. ¿Yo?

(Tentándole los bolsillos con disimulo, y fingiendo que le acaricia y le compone la corbata y el chaleco.)

Don Luis. Sí.
Clara. (¿Dónde los tendrá?)
Con ver tanta baratija...
Don Luis. (¡Si irá á darme la sortija!)
Clara. Nada al fin.
Don Luis. (No me la dá,
¡Si ahora yo se la sacara
Del pecho!...)
Clara. (Aquí no los tiene.)
Don Luis. (Pero no, no me conviene.)
Clara. Poco has pensado en tu Clara.
Yo, como nunca me olvido
De mi Luis...
Don Luis. (¡Qué soboncita! —
Lo mismo estaba Rosita
Con aquel pobre màrido!)
Clara. Fuí á una tienda á buscar
Una holanda muy barata;
Y he comprado otra corbata
Que te quiero regalar.
Don Luis. ¡Hola! otra corbata, ¿eh?
Te lo estimo. — Pero, Clara,
Estraño verte esa cara
Tan alegre, y tan...
Clara. ¿Por qué?
Don Luis. Por la escena que ese tonto
De Juan...
Clara. Sí, me incomodó.
Pero ya sabes que yo
Me desenfado muy pronto,
Y como tú no has tenido
La culpa... En fin; no fué nada. —
¿Y luego, dí, quién se enfada
Con tan amable marido?
Y hoy que va á darla á su esposa
El pobre una prueba mas...
Don Luis. (Ya te entiendo.) Lo dirás
Porque te traigo...
Clara. (*Con viveza.*) ¿Qué cosa?
Don Luis. ¿A Antoñito?
Clara. (*Picada.*) Sí: eso es.
(Pues no me los da. ¿Qué aguarda?)
Don Luis. (¡Qué tal! ¡Merezco una albarda!)
Clara. (Pues aunque los tenga un mes...)

Don Luis. (¡Paciencia!) Le he dado cita...
(¡Infame!) y vendré con él...
(¡Estoy haciendo el papel
Del marido de Rosita!)

ESCENA XII.

DON LUIS, CLARA, BENITA.

Benita. La sopa.
Clara. Vamos allá.
Don Luis. (Disimulo, hasta saber...)
Clara. ¿Vamos, Luisito, á comer?
Don Luis. Vamos.
Clara. (¡Caviloso está!)

ESCENA XIII.

DON LUIS, CLARA, BENITA, EMILIA.

Emilia. Clara, la sopa se enfria.
Clara. ¿Te hallo triste, Luis.

(*Tomándole el brazo.*)

Don Luis. No tal.
¡Tú si que estás hoy jovial!
Clara. ¿Te pesa?
Don Luis. ¡No, vida mia!

ESCENA XIV.

EMILIA, BENITA.

(*Emilia detiene á Benita, que se iba con sus amos.*)

Emilia. Ven, escucha...
Benita. Señorita,
Que van hácia el comedor.
Emilia. ¡Me vas á hacer un favor!
Benita. Pero...
Emilia. ¡Un momento, Benita!
Benita. Pronto.

Emilia. Despues que comamos,
Haces una escapatoria...
Benita. ¡Eso es! tendremos historia.
Me regañarán los amos.
Emilia. ¡Anda!...
Benita. Y luego la señora,
Si huele que salgo así,
Á quien reñirá es á mí...
Emilia. Yo seré tu defensora.
Benita. ¡Siempre con el papelito!...
¡Cásese usted!
Emilia. Ya verás
Cómo no te envio mas·
Va á venir aquí Antoñito.
Benita. ¡Me alegro!
Emilia. ¿Con que despues
Irás, sí?
Benita. ¿Dónde?
Emilia. Cerquita:
Á esa tienda tan bonita
De ahí enfrente...
Benita. ¿Al tirolés?
Emilia. Sí: que te dé una sortija
Igual á otra que mi hermana
Ha llevado esta mañana.
Benita. ¿Quiere usted que yo la elija?
Emilia. Si no hay mas que una.
Benita. Ya estoy.
Emilia. (*Dándola dinero.*)
Toma. — (Yo se la regalo.
¿Por qué ha de ser esto malo?)
Benita. Que nos llaman.
Emilia. Allá voy.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, EMILIA.

(*Es de noche. — Están sentadas á un velador tomando café.*)

Emilia. ¿Y cuándo lo va á traer?
Clara. Ahora mismo.

Emilia. ¡Ay!
Clara. ¿Qué te pasa?
Emilia. ¡Me lo has dicho tan de pronto!
Por poco vierto la taza
De café.
Clara. ¡No es para menos
El susto! ¡Que viene á casa
Antoñito! ¡Vea usted! —
¿No te dije esta mañana
Que iba á hacer que lo trajeran?
Emilia. Es verdad; pero ignoraba
Que fuese ahora mismo.
Clara. Luis
Le dijo que le esperara
En el café, y allá ha ido
Á buscarle.
Emilia. ¡Estoy en ascuas!
¡Lo va á conocer!
Clara. No temas.
Emilia. ¿Tú no le habrás dicho?
Clara. Nada.
Emilia. No importa; en sintiendo pasos,
Me meto en mi cuarto.
Clara. Vaya,
Déjate de tonterías.
Y á ver si desde hoy se acaba
El seguirnos por las calles,
Y andar haciendo esas farsas.
Y á viene aquí: con que...
Emilia. Bien.
Clara. Díselo tú.
Emilia. Bien.
Clara. (Se cansan
De amores antes de un mes.)
Emilia. A nosotros ya nos basta
Con vernos este ratito
Por las noches. — ¿Dime, Clara,
Y se irá Luis al teatro?
Clara. Sí.
Emilia. Como hoy le dé la gana
De quedarse, nos divierte.
Yo me pongo á veinte varas
De Antoñito, y ni le miro.
Pero irá. Si él nunca falta

Al teatro; ¿no es verdad?

Clara. Nunca.

Emilia. A las siete se marcha,
Y hasta las doce... ¡Cinco horas!

Clara. Cinco horas.

(*Cavilosa.*)

Emilia. Cinco horas diarias
Para vernos. — Lo demas
Del dia pronto se pasa.
¡Y ya me ha de parecer
Mas corto con la esperanza
De que ha de llegar la noche!...

Clara. (¡Cinco horas!...)

Emilia. ¿Qué piensas?

Clara. Nada.

Emilia. ¡Ah! — No me has dicho... ¿Te dió
Los pendientes?

Clara. No.

Emilia. ¿A qué aguarda?

Clara. No sé: se le olvidaria...
(No quiero que Emilia caiga
En sospechas.) Tú tampoco
Le digas una palabra.

Emilia. Yo no.

Clara. Quizá me reserva
Alguna sorpresa...

Emilia. ¡Calla!
Pudiera ser.

Clara. ¿Sí? — ¿Por qué?

Emilia. Porque desde esta mañana
Se me figura que está...
Así... yo no sé... con cara
De distraido...

Clara. No.

Emilia. Apenas
Comimos, se fué con tanta
Prisa...

Clara. Le estaba esperando
Antoñito.

Emilia. ¡Y cómo tardan!

Clara. (¡Esos pendientes!... No sé. —
No decirme una palabra

Siquiera... Y eso que yo
Bien le daba pie...)

Emilia. ¡Ay! ¡qué ansia
Se siente cuando se espera!

Clara. (No sé: no sé. — Estoy tentada
por ir. Los tendrá en su cuarto,
En algun cajon...)

(*Se levanta y llama.*)

Emilia. ¿Te marchas?

Clara. No. (Le voy á dar un chasco.
Se los quito, y cuando vaya
A buscarlos, en lugar
De los pendientes, se halla
Con la sortija.)

ESCENA II.

CLARA, EMILIA, RAMON

Ramon. ¿Señora?

Clara. Dí á Benita que me traiga
Una luz.

Ramon. Yo la traeré.

Clara. No: Benita.

Ramon. No está en casa.

Clara. ¿Cómo es eso? — ¿Dónde ha ido?

Ramon. No sé, señora.

Emilia. (¡Es desgracia!)

Clara. ¡Otra tenemos! — No he dicho
Cien veces que nadie salga
Sin decírmelo?

Emilia. (¡Ay, Dios mio!
Debo estar muy colorada. —
¡Pobre Benita!) Quizá...
De repente...

Clara. ¡Una muchacha
Sola, de noche!... Tendré
Al fin que enviarla á Arganda
Con su padre, antes que aquí...

Emilia. Habrá ido cerca...

Clara. Que vaya

Cerca ó lejos, nunca sale
Sin licencia una criada.
Y va de muchas.

Ramon. (Y el amo
Tambien se marchó. — Caramba!
¿Será cosa de que yo
Esté empleando mi labia
Para él?)

Clara. ¿Y tú, no sabes?...

Ramon. No sé...

Clara. ¡Tú no sabes nada! —
Trae una luz.

ESCENA III.

CLARA, EMILIA.

Emilia. No te enfades.
Antes nunca te enfadabas
Así. ¡Has echado mal genio!

Clara. Es que antes era un malva
Benita; y ahora...

Emilia. No.
En fin, dame tu palabra
De no reñirla, y...

Clara. ¡Me gusta!

Emilia. Y yo me encargo de echarla
Una peluca.

Clara. ¿Tú?... ¡Buena
peluca! — Tú la das alas
Con tus disculpas...

Emilia. Ya vés;
Criada desde la infancia
Con ella... La quiero mucho.
Pero esta vez no me ablanda.
Y si me dejas, te ofrezco
Averiguar qué escapadas
Son estas, y que no vuelva
Nunca mas...

Clara. Bien está: calla.

ESCENA IV.

DICHAS, RAMON, *con una luz.*

Ramon. Aquí está ya.
Clara. Dame.
Ramon. ¿Alumbro?
Clara. No: dame. (¡Si los hallára!
¿Y la sortija? — Aquí va.)

(*Toma la luz, y entra en el cuarto de don Luis.*)

ESCENA V.

EMILIA, RAMON.

Emilia. (¡He escapado en una tabla!)
Ramon. (Se va al cuarto de mi amo!...
Y no ha querido que vaya
Con la luz!... ¿Pues qué irá á hacer?
Miraré por la ventana
Que da al pasillo.)

ESCENA VI.

EMILIA.

¡No ha sido
Poca dicha!... — ¡Por mi causa
Iba á sufrir otra riña
La pobre! — ¡Pero es cachaza
La suya! Para una cosa
Que en dos brincos se despacha,
¡Tanto tardar! Por fortuna,
Ya no llevará mas cartas
A Antoñito... — ¡Ay! ¡siento pasos!...
El será... — ¡Y esa pesada
De Benita!... — ¡Yo me escondo!...

ESCENA VII.

EMILIA, BENITA.

(*Benita viene vestida con esmero, aunque de mal gusto. trae la mantilla puesta.*)

Benita. ¿Señorita?...
Emilia. ¿Eres tú? — ¡Gracias

A Dios!

Benita. Aquí tiene usted
La sortija.

Emilia. ¡Buena calma

(*Abriendo la caja.*)

Tienes! te ha echado de menos.

Benita. ¡Ay, Jesus!

Emilia. Pero yo estaba
Delante, y pude arreglarlo. —
¡Igualita! — Adios.

Benita. ¿Y el ama?

Emilia. Por allá dentro. — Me voy;
No me conozca en la cara...

ESCENA VIII.

BENITA.

Todo me sale á mí mal.
La señora nunca llama
A estas horas; y hoy... — ¡Tampoco
He tardado tanto, vaya!
Yo no he hecho mas que alargarme
Ahí donde está mi paisana
Sirviendo... — ¡Ya estaba yo
Rabiando por enseñarla
Mi regalo! — ¡Qué dentera
La he dado! — ¡Qué rabia! — ¡Anda!

(*Se mira á un espejo, dando la espalda al cuarto de don Luis.*)

¡Estos sí que son pendientes
De lujo! no los que gasta
La pobre: ¡de similor!... —
¡Cómo relucen! — Mañana
Es domingo, y no me toca
Salir! — ¡Iria yo á casa
De la Gabina!... ¡Mal año
Para Judas! — ¡Ay! ¡qué alhaja
Es Ramon! ¡Ya tengo novio!
Y dice que el amo trata

De casarnos. ¡Yo lo creo! —
¡Quién me tose á mí en Arganda
Con este avío!...

(*Continúa mirándose al espejo.*)

ESCENA IX.

CLARA, BENITA.

(*Clara sale del cuarto de don Luis, con la luz.*)

Clara. (Es inútil:
Todo lo he revuelto, y nada:
No los tiene aquí. — ¡Dios mio!
¡No sé qué pensar!...) — ¡Muchacha!

(*Viendo á Benita.*)

Benita. ¡Ay!... ¡El ama!... ¡Me pilló!)

(*Se cierra la mantilla, de modo que no se vean los pendientes.*)

Clara. ¿Dónde has ido?
Benita. Ahí cerca: á casa...
Clara. ¿A casa de quien?
Benita. Ahí cerca.
Clara. ¿Dónde?
Benita. A ver á la Anastasia.
Clara. ¡Y á estas horas!... — ¡Calle! ¡calle!
¡Y tan emperegilada!...
Benita. ¿Pues para qué quiere una
La ropa?
Clara. ¡Pocas palabras!
¡Oiga! ¡el arrapiezo! — Sí;
¡Pues estoy yo bien templada!...
Y va de muchas.
Benita. Pues una
Tiene...
Clara. No hay una que valga.
Benita. Suele tener...
Clara. Sin licencia,
Nunca has de salir de casa.

Benita. Es que...
Clara. ¡Calle usted!
Benita. A veces...
Clara. ¡Oiga! ¿hasta la nueva gracia
De ser respondona?
Benita. Pues
Digo bien.
Clara. ¡Jesus! ¡qué alhaja
Se ha vuelto la niña!
Benita. ¡Toma!
Clara. Vete adentro. Y si no callas,
Mañana mismo te planto
De patitas en Arganda,
Allá, á cuidar de las viñas.
Benita. Pues á mí no me hace falta
Cuidar de las viñas
Clara. ¡Hola!
Benita. Y si ahora sirvo, mañana
Puede que... No ha de ser una
Toda su vida criada.
Clara. ¡Vete!
Benita. Y no es una ningun
Mónstruo; que á nadie le falta...
Y puede que antes que muchos
Lo piensen...
Clara. ¿Qué dices?
Benita. Nada.

(*Se va.*)

ESCENA X.

CLARA.

¿Qué quiere dar á entender?
¡Y qué tono, y qué brabatas!
Una chica tan humilde,
Tan dócil, ¡que nunca alzaba
Los ojos del suelo!... Vamos,
No hay duda: ese buena maula
De Ramon la ha levantado
De cascos: seguro. — Vaya,
Que Luis me hace conocer

Una gentecita... — Y gracias
Que él no vuelva...

(Se sienta.)

Esos pendientes
Me hacen cavilar... ¿Qué aguarda,
Si son para mí? Por fuerza,
Para mí son: él no trata
Persona á quien deba hacer
Ese obsequio... y si se hallara
En necesidad de hacerlo
Me lo diria... Es estraña
Su conducta. Y hoy.., es cierto
Lo que decia mi hermana,
Está distraido. — Dios
Quiera que con la llegada
De ese calavera... Acaso
Saldrian juntos, y... *(Se levanta.)* — Vaya.
Estos maridos, no hay duda,
Ofrecen muchas ventajas,
Pero tambien es verdad
Que á la menor circunstancia,
Ya está una muger temblando
Que vuelvan á las andadas.
¡Dios mio qué haria yo
Para averiguar...

ESCENA XI.

CLARA, DON JUAN, RAMON.

(Don Juan y Ramon asoman por el foro hablando, sin que al pronto los sienta Clara, que está sumergida en sus cavilaciones.)

Don Juan. Me basta.
¿Y ella quién es?
Ramon. Aun que no estoy
Seguro...
Don Juan. Y dices que Clara
Le registra...
Ramon. Sí señor.
Don Juan. El campo es mio. Pues anda;
Y no olvides el toser...
Ramon. Descuide usted. — ¡Esto marcha!

ESCENA XII.

CLARA, DON JUAN.

Don Juan. Si ofendida, con razon,
Por aquel pasado lance,
Me permite usted que alcance
Un generoso perdon...
Clara. (¡Este lo debe saber!)
Don Juan. Sirva de merecimiento
Este mismo atrevimiento,
Que da, señora, á entender
El ansia con que lo imploro.
Clara. Algo es ya, señor don Juan,
Que usted confiese el desman
Que hizo agravio á mi decoro.
Don Juan. Pues bien, á esas plantas puesto,
Ya que humilde he confesado...
Clara. ¡No! no es justo á tal pecado
Dar la absolucion tan presto.
Don Juan. ¡Señora!... Cuando contrito
El penitente se postra,
Y la humillacion arrostra
De confesar su delito,
¿No alcanza siempre merced
Cuántas veces llega allí?
Pues si Dios perdona así,
¿No ha de perdonar usted?
Clara. Al perdon que Dios envía
Va unida una penitencia.
Don Juan. Ya espero con impaciencia
Que usted me imponga la mia.
Clara ¡Muy grande tiene que ser!
Don Juan. No ha de parecerme grande,
A menos que usted me mande
No volverla mas á ver.
Clara. (¡Hola! Este viene con plan.)
Don Juan. ¡Fuera precepto inhumano!...
Clara. No se canse usted en vano:
No es esa, señor don Juan.
Don Juan. ¡Oh placer!... Si la sentencia
No es esa, ninguna habrá
Que me cueste...
Clara. Basta ya:

Oiga usted la penitencia.

Don Juan. Pronuncie usted.

Clara. Que en la vida,
Sin una prueba formal,
Vuelva usted á pensar mal
De toda muger nacida.

Don Juan. ¡Señora!...

Clara. Y pues hizo Dios
Que un sexo de otro dependa,
Sea usted noble, y defienda
Al mas débil de los dos.

Don Juan. ¿A eso se reduce?

Clara. Sí.

Don Juan. Pues, señora, eso no es pena.

Clara. ¿Por qué?

Don Juan. Porque me condena
A ser lo que siempre fuí.

Clara. ¿Siempre fué usted?...

Don Juan. Sí señora:
El mas ciego defensor
De ese sexo encantador,
Tan calumniado hasta ahora.

Clara. ¡Vea usted! — Pues á juzgar
Por el lance...

Don Juan. El lance de hoy
Es la prueba de que soy
Quien se ha llegado á formar
Concepto tan elevado
De las mugeres...

Clara. No entiendo
De qué modo...

Don Juan. Conociendo
A Luis, y viendo á su lado
Una muger... Digo mal: —
Perdone usted mi franqueza:
Un prodigio de belleza,
No pensé que á rostro tal
Se uniese una alma tan pura;
Porque cuando así acontece,
¿Qué hombre, y menos Luis, merece
Gozar de tanta ventura?

Clara. La defensa es ingeniosa;
Y ciertamente debia
Por tanta galanteria

Manifestarme orgullosa;
Pero yo en esta ocasion
Ni la admito ni la creo.

Don Juan. ¿Por qué?

Clara. Porque en ella veo
Que es todo exageracion.
Usted quizá no ha advertido
Que hace, al disculparse así,
Una adulacion á mí,
Y una ofensa á mi marido.
Ni yo soy ese portento
Celestial que usted pondera,
Ni tampoco, aunque lo fuera,
Creo yo que hay fundamento
Para poder afirmar
Que el pobre Luis no merece...

Don Juan. Quizá...

Clara. Digo... me parece...
(Este me lo va á contar.)

Don Juan. Pues ni adulo, ni exagero;
Y usted muy pronto verá
Que mi defecto es quizá
Ser demasiado sincero.

Clara. Así me gusta á mí un hombre!

Don Juan. ¿Le gusta á usted?

Clara. Para amigo.

Don Juan. ¡Ah! si yo de usted consigo
Merecer solo ese nombre...

Clara. Poco á poco, caballero.
Usted me ha llamado diosa;
Y una amistad tan preciosa
No se gana así: primero
Haga usted méritos.

Don Juan. Sí:
Con la amistad me contento;
Aunque es otro sentimiento
El que hay escondido aquí.

Clara. Para amiga soy muy buena.

Don Juan. ¡Paciencia! ya que el destino
No me deja otro camino
Que envidiar la dicha agena.

Clara. No es la dicha ciertamente
Para que así satisfaga.

Don Juan. ¡Ay! Es dicha que no paga

El que su precio no siente.

Clara. ¿Pues qué, Luis?...

Don Juan. Si la fortuna
Me hubiera hecho poseer
Tan peregrina muger,
No miraria á ninguna...

Clara. ¿Pues qué, Luis?...

Don Juan. ¡Usted sería
La reina de mis amores!...

Clara. (¡Dale con echarme flores!)
Pues Luis...

Don Juan. ¿Qué muger podría
Distraerme un solo instante
Del solo objeto querido?...

Clara. Pues Luis...

Don Juan. Luis... es un marido;
Y yo sería un amante.

Clara. ¡Pero es un marido fiel!

Don Juan. ¡Oh! sí. — Delante de gente
No querrá seguramente
Que haga usted un mal papel.

Clara. ¿Cómo? Pues qué... porque ignoro
La ofensa, ¿ya no hay ofensa?
¿Así en el mundo se piensa?

Don Juan. Quedando á salvo el decoro...

Clara. ¿Pues qué, es justicia, es razon
Que el marido nos provoque,
Y si faltamos, invoque
Las leyes de la opinion?
¡La opinion! con ellos blanda;
¡Con nosotras siempre dura!—
Yo me exalto... ¡Qué locura!...
Esto es tomar la demanda...
Por mi sexo... en general...

Don Juan. Ya entiendo.

Clara. Lo que es á mí,
Gracias á Dios, hasta aquí...
Pero nunca vendrá mal
Que usted me diga... hace ya
Tiempo que usted no le ve:
Pero como siempre fué
Su íntimo amigo, y quizá...

Don Juan. (¡Bien! ¡Ya la veo venir!)

Clara. Le guarda el mismo interes...

Don Juan. Somos uña y carne...
Clara. ¡Pues!
Y usted me podrá decir...
Yo sé que Luis, hasta el dia
En que me empezó á tratar,
No ha hecho mas que enamorar
Á cuanta muger veia.
Y ahora... No porque me espante,
Ni eso á mí me llegue al alma...
¡Jesus!... tengo yo una calma!...
Soy muger muy tolerante!
Pero usted lo sabe, él tiene
Esa fatal propension;
Y una muger de razon,
Si está advertida, previene
Esas cosas, y aun las corta...
O al menos tiene el placer
De hacerle al marido ver
Que lo sabe, y no le importa.
Con que, hable usted, es forzoso:
Como amigo, desde ahora...
Don Juan. ¡Aun no he ganado, señora,
Ese título precioso!
Clara. Es verdad; mas de este modo...
Don Juan. ¿Qué méritos he hecho yo
Para conseguir?... No, no:
En usted es bondad todo.
Clara. Bien: mas cuando yo me digno
Anticipar...
Don Juan. No lo acepto.
Usted me impuso un precepto;
Fué muy justo: me resigno.
Clara. Suele una al pronto creer...
Pero si despues advierte...
Don Juan. ¡Bondad! bondad!... ¿De otra suerte,
Cómo pudiera yo ser
Elevado á tanta altura?
¡Al colmo de mi esperanza!
¡Á la íntima confianza
De tan perfecta hermosura!
Clara. Pues eso le empeña á usted...
(¡Qué terco!)
Don Juan. (Bien va el asedio!)
Clara. A ganar...

Don Juan. (La tengo en medio
De la espada y la pared.)
¡Yo la ganaré, lo juro!
Que tengo constancia y fé :
Yo algun dia ganaré
La amistad de un ser tan puro.
No me arredra el tiempo, no.
Clara. Algunos logran mas presto...
Hay simpatías...
Don Juan. ¿Qué es esto?
¿Que ha dicho usted?... ¡Sueño yo!
Clara. Nada... Que si usted me aclara...
Don Juan. Es posible, ¡oh Dios! — Yo he sido
Tan feliz, que he conseguido,
En un dia, hermosa Clara,
El afecto, la amistad,
El cariño...
Clara. Poco á poco...
Que no he dicho...
Don Juan. ¡Yo estoy loco
De gozo... y de vanidad!
Clara. Amiga, sí...
Don Juan. Tierna amiga,
Y yo un amigo sincero.
Clara. Bien; pero la prueba espero;
Y ha de ser qué usted me diga...
Don Juan. Cuanto se encierra en mi pecho.
Ya no hay nada oculto aquí
Para usted. — ¿Y usted á mí
Me concederá el derecho
De exigir que entre los dos
No haya secretos?
Clara. (¡Me quema!)
Bien... sí... basta. — Pero...
Don Juan. (Al tema.)
Clara. Lo que urge...

(Ramon aparece á la puerta del foro, y tose.)

Don Juan. (¡Maldita tos!)
¡Silencio! es él.
(Con tono de inteligencia marcada.)
Clara. *(Sorprendida del tono de don Juan.)*
¿Quién?

Don Juan. Luis.
Clara. ¿Sí?
¿Pues cómo?...
Don Juan. Ramon...
Clara. (¡Qué escucho!)
Don Juan. Él nos avisa: ¡es muy ducho!
Clara. (¡Cielos! ¡Yo no estoy en mí!)
Don Juan. ¡Disimulo! — Ya tendremos

(La indica una silla, donde ella maquinalmente se sienta, y la pone un libro en la mano, que ella toma del mismo modo.)

Ocasion... — Si usted me ayuda,
Le haremos irse, no hay duda.
¡Y usted sabrá!... — Ya hablaremos. —
Clara. (¡Dios mio! ¡esto es una cita!
Y yo le he dado derecho...
Estoy turbada. — ¡Qué he hecho!...
La curiosidad maldita!...)
Don Juan. (El asunto va vencido.
Ya entre los dos al presente,
Hay un secreto pendiente,
Que ella oculta á su marido.)

ESCENA XIII.

DICHOS, DON LUIS, ANTOÑITO.

Don Luis. *(A Antoñito.)*
Entre usted. — ¡Hola! Juan: ¡tú
Por esta casa!
Don Juan. Ahora mismo...
(Atestiguando con Clara.)
Clara. Sí.
Don Luis. *(A Clara.)*
Aquí tienes... (Qué encarnada
Se ha puesto!) á un amigo antiguo...
Clara. ¿Quién es?

Don Luis. (*A Antoñito, que está retirado.*)

Acérquese usted.

(*Don Luis se coloca entre Clara y Antoñito, y observa á los dos.*)

Antonio. Yo, señora.
Clara. ¡Hola! ¡Antoñito!
Don Luis. (¡Qué frialdad!)
Clara. Celebro mucho...
Antonio. Gracias.
Don Juan. (¿Quién será este chico?)
Antonio. (¡Qué gesto! — ¡Bien lo temí!
La hermana es el enemigo
Mayor que tengo.) — Señora...
Este caballero quiso
Con tanto empeño traerme...
¿No es verdad? que yo he cedido...
Don Luis. (Aun querrá que le agradezca...)
Clara. Ha hecho bien.
Don Luis. Siento infinito
Que desde mi casamiento
No hayamos nunca tenido
El gusto de hallar á usted...
Antonio. A esta señora la he visto
Alguna vez...
Don Luis. ¡Ya!
Clara. (*En tono de burla.*) De lejos.
Don Luis. (¡Disculpa al canto!)
Don Juan. (¡Era amigo
De la casa!)
Don Luis. Pues, señor,
Desde hoy puede usted, lo mismo
Que allá, visitar á Clara
Cuando guste. — Ya me ha dicho
Que es usted un jóven franco.
Amable...
Antonio. ¿De veras?
Don Luis. Digno
De estimacion...
Clara. Sí: me debe
Tal concepto.
Antonio. Yo lo estimo,
Señora, y le juro á usted

Que á nada en el mundo aspiro
Tanto como á merecer
Que forme usted ese juicio
De mí. — (Bien : por la peana
Se adora al santo.)

Don Luis. (Es muy niño
Para fingir. — Por Emilia
Ni siquiera le ha ocurrido
Preguntar.)

Clara. Ya debe usted
Saber que desde el principio,
Tanto Emilia como yo...

Don Luis. (¡Qué tal! — Ella abre el camino
Para que mienta.)

Antonio. ¡Ah! sí : Emilia...
Es verdad... le he merecido...
Pero usted, señora, usted...

Don Luis. (No disimula : es novicio.)
Tiene usted razon : aquí
La persona que es preciso
Adorar es esta alhaja.
Esto no es muger, amigo :
Esto es un ángel, un ángel
Que del cielo ha descendido
Á hacer feliz á este pobre
Mortal... ¿No es cierto, bien mio?...

(*Abrazando cariñosamente á Clara.*)

(¡Qué rabie!... como rabiaba
Yo, siempre que aquel marido
Hacia fiestas á Rosa.)

Clara. Vamos, Luis, vamos, quietito :
No seas pesado.

(*Desasiéndose con sequedad.*)

Don Luis. (¡Es claro!
Delante de él... — ¡Otro indicio!)
¡Qué es eso! ¿Estás triste?

Clara. ¡Hola!
Ahora es cuando yo te digo
Como antes tú me dijiste :
¿Luis, qué acceso de cariño
Es este?

Don Luis. ¿Pues no estoy siempre
Del mismo modo contigo?
Tú estás hoy... Ne sé qué tienes...
¡Ah! ¡Ya caigo! — ¿Juan, le has dicho
A Clara?... ¿Has pedido ya
Perdon?...

Don Juan. Venia á pedirlo:
Pero á pesar de mis ruegos,
Aun no habia conseguido
Aplacar su justo enojo,
Cuando llegaste, y...

Don Luis. Pues, hijo,
Á ver cómo te compones.
Si no te indulta...

Don Juan. Yo abrigo
La lisonjera esperanza
De que así que me hayo oido
Todo lo que iba á decir
Cuando vino á interrumpirnos
Tu llegada, lograré
El perdon que solicito.

Clara. Si usted lo cumple...

Don Juan. Señora,
Ya vió usted que iba á decirlo...

Don Luis. Pues vamos, empieza; y yo
Seré juez.

Don Juan. No: ahora...

Don Luis. ¿Has visto
La humildad con que lo pide?
¡Vamos, Clarita! Yo fio
En que por mi intercesion...
Ven acá, Juan. — Antoñito,
Venga usted á presenciar...
(¡Voy á darle otro martirio!)
Ea, en muestra de perdon,
Dale la mano.

Clara. ¡Luis!

Don Juan. (Fijos
Son los toros.)

(*Alargando la suya con humildad.*)

Don Luis. Te lo ruego.

Clara. ¡Pero, hombre!...

Antonio. (¡Pues el marido
Es mas amable!)

Don Luis. ¡Clarita!
¡Vamos!...

Clara. (Todos son lo mismo!)

(*Le da la mano.*)

Don Luis. ¡Eso es! —

Clara. (¡El hombre de mundo!)

Don Luis. (¡Lo que ella se ha resistido!)

Don Juan. (¡Este momento, señora!...) (*Ap. á Clara.*)

Clara. (Calle usted!) (*Ap. á don Juan.*)

Don Luis. (*A Antoñito.*) Ya son amigos:
¿Lo está usted viendo? — (¡Si Juan
Supiera que me ha servido
De instrumento!...)

Antonio. ¡Oh! en viendo hacer
Unas paces, me electrizo.

Clara. ¿Pero Emilia, dónde está?

(*A don Luis.*)

Dile que venga: Antoñito
Querrá verla.

Antonio. Si señora.

Don Luis. (*Llamando.*)

¡Emilia! — (Si me desvío
De aquí, le da la sortija
En mis barbas, como hizo
Aquella...)

ESCENA XIV.

DICHOS, EMILIA.

Emilia. ¿Llamas?... — ¡Ay Dios!...

(*Se sorprende viendo gente estraña.*)

Clara. Ven; que hay aquí un conocido.
¿No te acuerdas?

Emilia. Sí... El señor...

(Se saludan con empacho.)

Antonio. Señorita... yo... (¡Ay! ¡qué brincos
Me da el corazon!)

(Emilia hace señas á Antoñito de que no la mire, y hable con Clara.)

Don Luis. (¡Albricias!
Que ha mostrado regocijo
Al verla. — ¿Si habré yo estado
Sospechando sin motivo?...)

Emilia. *(A Clara.)*
(¡No me entiende! — Háblale tú.)

Antonio. (Me hace señas. — No adivino...)

Don Luis. (¡Pobre Clara!)

(Don Luis, como arrepentido de sus sospechas, va á acariciar a Clara, la cual le rechaza.)

Clara. Quita, quita.
(A Antoñito.)
¿Con que, sepamos, qué ha sido
De usted en todo este tiempo?

(Clara y Antoñito hablan. Don Luis empieza á escamarse de nuevo.)

Antonio. Señora, yo...

Don Juan. (Si consigo
Despertar en Luis sospechas
Por otro lado, me libro
De que las conciba acaso
De mí. — Con este chiquillo
Que la visitaba, y tiene
Facha...

(Clara se acerca á Antoñito, se sientan y siguen hablando. — Emilia se sienta mas distante y afecta no atender á nada. — Don Juan toma á don Luis del brazo, y se pasea con él. — Antoñito en la escena muda, se vuelve alguna vez á hablar á Emilia; pero esta lo evita siempre, haciéndole señas de que hable con su hermana.)

Antonio. No tengo mas vicio.
Eso sí, todas las noches
Al teatro.
Clara. No ha perdido
Usted aquella aficion...
Don Juan. Dí : ¿quién es ese mocito?
Don Luis. ¿Ese?... Un jóven... que iba á casa
De Clara.
Don Juan. Parece listo.
Don Luis. ¡Hombre, no!
Don Juan. Sí tal. Así,
Con ese aire de doctrino,
Se le conoce...
Don Luis. ¿De veras?
Don Juan. Ya sabes que yo los pillo
Al vuelo.
Don Luis. Es verdad... Lo que es
Socarron...
Don Juan. ¡Vaya!... Ese niño...
Le he estado observando...
Don Luis. ¿Y qué?
Don Juan. Con el tiempo...
Don Luis. (*Recordando.*) Ah! si es el mismo
De quien te hablé esta mañana.
Don Juan. ¿Cuál?
Don Luis. El que anda haciendo guiños...
Don Juan. ¿A quién?
Don Luis. ¿Cómo á quién? A Emilia.
Don Juan. ¿Sí? — Nunca lo hubiera dicho.
Don Luis. ¿Por qué no?
Don Juan. ¿Tú estas seguro?
Don Luis. Yo... seguro... sí.
Don Juan. Te digo
Que no puede ser.
Don Luis. ¿Por qué?
Don Juan. Porque eso, á un hombre corrido
Como yo, no se le escapa.
Y me alegro; porque, chico,
La verdad... estoy haciendo
Reflexiones... y me inclino
A tu cuñadita. — Al fin,
Con todos mis aforismos,
Creo que caigo. ¡Hay en ella
Una gracia, un atractivo!...

Y seria chasco... — Pero
No : si desde que ha salido
No he dejado de mirarla...

Don Luis. ¿Y á él?

Don Juan. Tambien. — Nada; ni indicios
Siquiera... Me impongo yo
Con una mirada... Y digo,
¡A esa edad! — Vamos, lo que es
Entre Emilia y él... de fijo,
No hay nada.

Don Luis. Entre Emilia y él
Crees tú que no...

Emilia. (¡Qué fastidio!
No se van.)

Don Luis. (Será posible!
Y como Juan está frio,
Observa con mas acierto
Que yo... — No hay mayor martirio
Que la duda. — En el café,
Cuando los dos nos pusimos
A beber, me pareció
Notar entre los amigos
Risitas y cuchicheos...
¡Dios mio! ¿Estaré en ridículo?
¿Iré yo por esas calles
Como iba el pobre marido
De Rosita?...)

(*Un reloj de sobremesa da las ocho.*)

Emilia. Son las ocho.

Antonio. ¿Sí? Pues lo que es hoy, prescindo
Del teatro, por el gusto...
Esto es, si no han decidido
Ustedes salir...

Clara. No tal :
Nosotras nunca salimos
De noche. Quien va al teatro
Diariamente es mi marido.

Antonio. Pues ya es hora. — Y hoy estrenan
Un drama...

Don Luis. Sí : ya lo he visto
Anunciado. Y siento mucho
Perderlo. Por un descuido

De Ramon... Fué tarde, y ya
No halló billetes.

Emilia. (¡Dios mio!)

Antonio. No lo deje usted por eso :
Justamente... en el bolsillo
Traigo mi luneta...

(*Saca un billete, y se lo ofrece.*)

Don Luis. No
Se prive usted...

Antonio. No me privo
De nada... No piense usted
Que hago ningun sacrificio.

Don Luis. (Lo creo.)

Antonio. Tómela usted.
Yo no he de ir. Determino
Pasar la noche en la amable
Compañía...

Don Luis. (¡Pues no es pillo
Que digamos!)

Antonio. Tome usted.

Don Luis. Ya es tarde...

Antonio. No : si al principio
Hay sinfonía... ¡Es un drama
Precioso! — Yo le he leido. —
No lo pierda usted. Es obra
De un muchacho, amigo mio.
Tiene doce cuadros.

Don Luis. (¡Sopla!)

Antonio. ¡Y qué versos tan bonitos!...

Don Juan. ¡Oh! pues no debes perderlo.

Don Luis. Si ya...

Don Juan. Llegas en dos brincos :
Está aquí al lado.

Clara. Sí, Luis :
Vete. ¿Qué has de hacer metido
En casa?...

Don Luis. (Estoy sofocado.)

Don Juan. ¡Anda, hombre!... (*Le da el sombrero.*

Clara. Anda.

Don Luis. (No hay arbitrio!)

Antonio. (*Le pone la luneta en la mano.*)

Vaya usted.

Don Luis. (Irme yo ahora...
¡Y echado por Antoñito!)

Don Juan. (*Aparte á don Luis.*)

Vete, que quiero entablar
Con Emilia...

Don Luis. Pues te exijo
Que hasta que vuelva, has de estarte
Aquí.

Don Juan. Si me dán permiso
Estas señoras...

Emilia. (¡Adios!)

Clara. Bien. (*Con empacho.*)

Don Luis. (¡La incomoda el testigo!)
Sí : accompaña á mi muger.
(Estando Juan, no hay peligro.)

Don Juan. Pierde cuidado.

Don Luis. Ea, pues;
Hasta luego.

Clara. (¡Es mucho tino!)

Antonio. Que usted se divierta.

Don Luis. Gracias. —
Háblala de lo que has visto

(*A don Juan.*

En Francia... En fin, entretenla.
(*Se va.*)

Don Juan. Bien. — (¡Cómo allana el camino,
Cuando á sí propio se pone
En ridículo un marido!)

ESCENA XV.

DON JUAN, CLARA, ANTOÑITO, EMILIA.

Clara. (*A Antoñito.*)

¿Y usted se priva de ver
Esa comedia?...

Don Juan. Quizá,
Señora, no faltará
Quien lo sepa agradecer.

Emilia. (Ya lo conoció.)

Clara. *(Se levanta, y se acerca á un velador que hay en el otro estremo del teatro : allí se pone á hojear un libro.)*

(Está visto :
Luis se lo confia todo.)

Don Juan. *(A Antoñito.)*

¡Oh! ¡y usted lo ha hecho de un modo!...
Bien : ¡con arte! — ¡Es usted listo!

Antonio. ¿Usted sabe?... *(Va á levantarse.)*

Don Juan. *(Haciéndole sentarse.)*

Quieto, quieto.
Me declaro protector
De tan inocente amor.
Yo sé guardar un secreto. —
¿Y estos méritos, señora,

(A Emilia.)

Bastan á que usted perdone
Aquella ofensa?...

Clara. (¡Se pone
A hablar con Emilia ahora!)

Emilia. ¿Y usted de dónde ha sacado?...

Don Juan. ¿El amor, sabe ocultarse?...
Pueden ustedes hablarse,
Sin tener ningun cuidado,
Mientras yo entretengo á Clara. —
¡Gozad, felices amantes!
Disfrutad de estos instantes
Que la fortuna os depara.
(¡Qué bonita!)

Clara. (¡Se estasía
Con ella! — ¡Estoy impaciente!)

Don Juan. Y si acaso viene gente,
Yo aviso : usted se desvía
Y obedece al menor gesto...
Déjese usted gobernar,
Jóven incauto.

Clara. (¡Qué hablar!)
¿Señor don Juan?

Don Juan. (Bueno es esto :
Que me llama.)

Clara. Usted que ha estado
En Paris... ¿Es tan hermosa
La Magdalena famosa,
Como muestra este grabado?

Don Juan. Sí señora: exactamente.
¡Hola! ¡vistas de Paris! —

(*Se sienta al lado de Clara, y siguen hablando.*)

Emilia. ¡Se lo va á contar á Luis!

Don Antonio. No importa: que se lo cuente.
Yo no puedo resolverme
Á vivir de esta manera.
El que espera desespera.

Emilia. ¿Te cansas ya de quererme?

Don Antonio. ¿De quererte, vida mia?
¡Eso, jamas! — Pero sí
De no pasar junto á tí
Todas las horas del dia.
¡Esto no es vida, esto es muerte! —
En fin, decidido estoy:
Si me amas, desde hoy
Une tu suerte á mi suerte.

Emilia. ¿Qué dices?

Don Antonio. ¡Prenda adorada!
Amor en el mundo es todo:
Y amándonos de este modo,
¿Qué necesitamos? ¡Nada!
Seis años llevo: á los siete
Soy abogado: hasta allá...
Viviremos... ¡Dios dirá!
Y en abriendo mi bufete...

Emilia. Vamos, vamos: ten paciencia...

Don Antonio. ¡Qué! ¿no te resuelves?

Emilia. No.

Antonio. ¡No amas tú como amo yo!...
¡No amas con esta vehemencia!

Emilia. Mas que tú. Y porque amo así,
No quiero dar este paso;
Y que luego llegue el caso
De verte infeliz por mí.
Yo te amo sin interés;
Por amarte... — Disfrutemos
Esta dicha; y no pensemos

En lo que será despues. —
Cuando esté aquí mi cuñado,
O no me mires, ó vete.

Antonio. ¿Por qué?

Emilia. Porque no interprete
De ese modo depravado
Que suele, este puro amor
Que él no conoce.

Antonio. ¡Es tormento!
Nos vemos solo un momento,
Y ha de haber siempre un temor.

Emilia. ¿Y qué remedio? Es en vano

(*Saca la sortija.*)

Desesperarse. — Oye aquí.
Para que pienses en mi...
¿Miran?

Antonio. No.

Emilia. (*Le pone la sortija.*)

Dame la mano.
En los momentos de ausencia
Consuélate con mirarla.

Antonio. ¡Ah! ¡te juro conservarla

(*Besándola.*)

Mientras dure mi existencia!

(*Siguen hablando.*)

Clara. (*A don Juan.*)

Pero todo eso es muy vago.

Don Juan. ¿Y qué quiere usted que diga?

Clara. Lo que se dice á una amiga:
Si no, no me satisfago.
Luis se lo ha contado á usted.

Don Juan. ¿Y qué amigo es el que abusa?...

Clara. ¡Bien! ¡Muy bien...! ¿Usted se escusa?

Don Juan. (Voy á tenderla una red.)
¡Ay! ¡ese enojo inhumano
Me aterra, me desconcierta!...

¡Hará usted que me convierta
En el hombre mas villano!...

Clara. No señor, de ningun modo.

Don Juan. Bien : lo seré, lo seré.
Su secreto venderé.

Clara. No.

Don Juan. Sí; sépalo usted todo.
La engaña á usted.

Clara. (*Se levanta.*)
Ay! — ¿De veras?
¿Es de veras?

Don Juan. ¡Sí señora! —
¿Quiere usted pillarlo ahora?

Clara. ¡Cómo!... ¿ahora?...

Don Juan. A las primeras
Horas de la noche, sé
Que se ven en cierto puesto. —
Una mantilla... un pretesto...
Y yo la acompaño á usted.

Clara. ¿Y ella, quién es?

Don Juan. (¿Qué le digo?)

Clara. ¡Pronto!

Don Juan. (Salgamos del paso
Con cualquier embuste : el caso
Es que se venga conmigo.)
Va usted á saberlo ahora.

Clara. ¿Quién es?

Don Juan. Es...

Clara. (Me desespera.)

Don Juan. ¡Quien no merece siquiera
Descalzar á usted, señora!

Clara. ¡Eso mas!

Don Juan. ¡Muger liviana!...
Vamos pronto.

Clara. Sí.

Don Juan. (¡He vencido!)

(*Ramon se asoma al foro y tose.*)

Clara. ¡Cielos!

Don Juan. ¡El es!

Clara. ¡Mi marido!

Don Juan. Disimule usted. Mañana...—

(*En voz alta, mirando el libro.*)

¡Qué hermosa vista! — ¿Antoñito?

Antonio. ¿Mande usted?

Don Juan. Venga usted presto.
¡Mire usted!... ¡mire usted esto!
¡Qué estampa! — (Aquí quietecito.)

Antonio. (*Queda al lado de Clara, mirando las estampas.*)

¡Qué hermosa!

Clara. (¿A qué volverá?)

Don Juan. (*Se sienta al lado de Emilia.*)

¿Qué tal? ¿Cumplo lo que ofrezco?
Si en recompensa merezco
Que usted...

ESCENA XVI.

DICHOS, DON LUIS.

(*Don Luis al asomar por el foro, se detiene, ve á Antoñito al lado de Clara, y en un arranque de cólera tira el sombrero al suelo.*)

Don Luis. (¡A su lado está!)

Clara.
Emilia. } Ay!
Antonio.

Clara. ¿Qué tienes?

Don Juan. ¿Qué te ha dado?

Clara. ¿Vienes malo?

Don Luis. Sí.

Clara. ¿De qué?

Don Luis. De...

Clara. Siéntate. (*Le pone una silla.*)

Don Luis. Yo no sé.

Antonio. Yo sé lo que le ha pasado.

Don Luis. ¡Oiga!

Clara. (¡Será con la dama!)

Antonio. ¿A que sí?

Don Juan. (Bien va el proyecto.)

Antonio. Le ha hecho demasiado efecto
El primer acto del drama.

Don Luis. (¿Se está burlando de mí?)

Antonio. Es tremenda aquella escena
En que el amante envenena...

Don Juan. ¡Hombre! Pues si empieza así...

Clara. (*Con ironía.*)

Quizá el calor...

Don Luis. Sí.

Clara. Se irrita
La sangre...

Don Luis. Sí.

Clara. Y la cabeza...

Don Luis. (*Mirándola, escamado.*)

¡Sí!

Clara. ¡Pobre! me dá tristeza...

Don Luis. (*A Clara levantándose.*)

¡No me hagas caricias!... ¡Quita!

Clara. (¡Ay! ¡es verdad!... Viene ciego.
Disimulemos.) Señores...

Don Juan. Sí: vámonos. — Son vapores...

(*Toman los sombreros.*)

Clara. (*Llama.*)

Una luz. — Con el sosiego...

Antonio. Que usted se alivie.

Don Luis. Agradezco...
(A ver si tiene...) ¿Antoñito?

Antonio. ¿Mande usted?

Don Luis. (*Alargándole la mano.*)

Nada: repito
Que esta casa...

Antonio. (*Haciendo cortesías.*)

Y yo me ofrezco...

Clara. (¡No hay hombre que se corrija!)
Don Luis. Esa mano.
Antonio. Yo deseo...

(*Le da la mano.*)

ESCENA XVII.

DICHOS, BENITA, *con una luz.*

Benita. ¿Señora?
Clara. Alumbra... (¡Qué veo!...
¡Los pendientes!...)
Don Luis. (¡La sortija!)

(*Don Luis y Clara se lanzan una mirada de indignacion. — Don Juan y Antoñito se despiden haciendo cortesías. — Cae el telon.*)

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA.

(*Está sentada al velador, escribiendo.*)

« Mi hermana ha salido á misa :
« Vete hácia San Sebastian .
« Te haces el encontradizo,
« Y la acompañas acá.
« Nos veremos un instante
« Con alguna libértad ;
« Porque tambien mi cuñado
« Ha salido, y no vendrá
« Hasta cosa de las once,
« Que es la hora de almorzar. » —

(*Doblando el papel en muchos dobleces.*)

No dirá que no aprovecho
Las ocasiones. — Si está,
Como acostumbra, esperando

Que me asome, en el umbral
Del tirolés, se la echo
Por el balcon. — Voy allá.

(Éntrase por la izquierda.)

ESCENA II.

DON LUIS, RAMON.

(Salen por el foro. — Don Luis con capa y embozado, con el sombrero muy calado, y como recatándose. — Mientras habla, da la capa y el sombrero á Ramon, el cual los lleva dentro y vuelve luego á salir.)

Don Luis. No hay duda : á la iglesia iba;
Allí la dejo. Y por mas
Que he mirado dentro y fuera
Yo no he visto al perillan
Por allí. — Me vuelvo á casa,
Porque ya se va á acabar
La misa, y no quiero que ella
Sospeche que he ido detrás... —
Allí queda de rodillas,
Sin moverse, sin mirar
A ningun lado. — ¡Dios mio!
¿Seré yo tan animal
Que me esté martirizando
Sin fundamento? — ¡Ba, ba!
¿No he visto yo la sortija?
No la estoy viendo imitar
En todo aquellas astucias
De que fuí cómplice allá
En otro tiempo... ¡y que tengo
Tan presentes, por mi mal! —
Vive Dios, que estoy pagando
Todo lo que he hecho pasar
A otros maridos. Parece
Castigo providencial
El mio. — Aquellos recuerdos
Siempre me han de atormentar.
¡Cosa es de volverse loco!...

(Sale Ramon.)

¿Ramon?

Ramon. ¿Señor?

Don Luis. Ven acá. —
Vamos, dime: ¿has hecho aquello?

Ramon. ¿Pues no ha visto usted brillar
En sus orejas?...

Don Luis. Y vamos...
Ya viste anoche el galan,
Que vino aquí de visita.

Ramon. ¿A quién?

Don Luis. A Antoñito.

Ramon. ¡Ah!

Don Luis. Emilia, estando yo aquí,
Disimula... es natural.

Ramon. (¡Qué rodeos! ¿A que piensa
Que yo se lo he contar
A su muger?)

Don Luis. ¿Con que, dime,
Dime: has sonsacado ya
A Benita?

Ramon. ¡Sí señor!

ESCENA III.

DICHOS, EMILIA.

(*Emilia sale muy alegre, y se queda cortada al ver á don Luis.*)

Emilia. Ya va el pobrecillo. — ¡Ay!
(Ya está aquí. — ¡Qué pronto ha vuelto!
Se descompuso mi plan.)

Don Luis. Hola, Emilia. — (Mientras llega
Clara, quiero aprovechar...)

Emilia. (Si no ha doblado la esquina,
Le haré señas...)

(*Yéndose.*)

Don Luis. ¿Dónde vas?
Ven aquí, querida Emilia.

Emilia. Iba...

Don Luis. Tenemos que hablar.

Emilia. (¡Ay, Dios mio!)

Don Luis. (*Aparte á Ramon.*)

Vete ahora...

Ramon. (*Con malicia.*)

¡Ya estoy!

Don Luis. Luego me dirás...

Ramon. (Cuanto mas tarde lo sepa...)

Don Luis. Ponte al balcon...

Ramon. ¡Voy allá!

Don Luis. Oye : y en viendo que llega
La señora, sin tardar
Me avisas. — ¡Cuidado!

Ramon. ¡Estoy! —
(¡Pues! lo dije. Anda detrás
De la cuñada. ¡En sabiendo
Que Antoñito es su rival!...)

ESCENA IV.

DON LUIS, EMILIA.

Don Luis. (*Mirando el reloj.*)

(Ya no puede tardar Clara.)
Con que, Emilia, la verdad :
¿Qué tal te fué anoche?

Emilia. ¿Anoche?

Don Luis. Dime : ¿estuvieron en paz
Los rivales?

Emilia. ¿Qué rivales?

Don Luis. ¡Vamos!... Antoñito y Juan.
¿Quién ganó la palma?

Emilia. Nadie.

Don Luis. ¡Vamos, ten franqueza!

Emilia. ¡Hay tal
Cosa! ¿No digo que nadie?

Don Luis. Si Juan me ha dicho que está
Muerto por tí.

Emilia. (Con mentira
Quiere sacar la verdad.
¡Ya está fresco!)

Don Luis. ¿No se estuvo
A tu lado, sin cesar
De hablarte en toda la noche?

Emilia. Sí.

Don Luis. ¿Sí? — ¿Con que sí?
Emilia. Si tal.
(El quiere engañarme; y yo
Soy la que le va á engañar.)
Don Luis. Pues... ¡Y Antoñito estaria
Ciego... dado á Barrabás!
Emilia. ¡Qué disparate!
Don Luis. ¿Pues cómo?
Emilia. ¿Hombre, no te he dicho ya
Que á mí, ni Antonio ni nadie
Se me ha acercado jamas
A hablarme de amor? — ¡Es mucho
Empeño de sospechar!...
Don Luis. ¿Con que no? ¡Pues yo le hallé
Alterado!... ¡es natural!
Te hacia el otro el amor...
Emilia. ¡Dale! ¡qué habia de estar
Alterado! — Allí se estuvo

(*Señalando al velador.*

Con mi hermana en santa paz...
Don Luis. ¿Dónde?
Emilia. Allí... mirando estampas...
Don Luis. ¡Estampas!...
Emilia. Pues: sin pensar
En el santo de mi nombre.
Don Luis. (Cierto; ¡yo los vi!... ¡No hay mas!
¡Infames! ¡no cabe duda!)
Emilia. (Me ha querido sonsacar,
Pero se ha llevado chasco.)

ESCENA V.

DICHOS, RAMON.

Ramon. ¡Señor!... ¡Señor!... Ahi está.
Don Luis. (¡Traidora!)
Ramon. Y viene...
Don Luis. ¿Con quién?
Ramon. ¡Con Antoñito!

(*Con tristeza maliciosa.*

Don Luis. (¡Qué tal! —
¡Digo!... y hace un cuarto de hora

Que se ha debido acabar
La misa. — En un cuarto de hora...
— ¡Bestia!... Si me estoy allá,
Los sigo, y...)

Ramon. (No la conquista.
El chico la gusta mas.)

(*Se va.*)

ESCENA VI.

DON LUIS, EMILIA, CLARA, ANTOÑITO.

(*Clara sale del brazo de Antoñito, el cual trae el devocionario en la mano.*)

Emilia. (¡Pues! ¡ahí viene!)
Antonio. (Ya está en casa
El cuñado. ¡Voto va!)
Señorita... — Caballero...
Usted me ha de perdonar...
Al salir de misa dió
La feliz casualidad
De que encontrase á Clarita;
Y aunque no es hora de...
Don Luis. ¡Ya!
Antonio. Como anoche quedó usted
Indispuesto... mi ansiedad
Por saber...
Don Luis. ¡Gracias!
Antonio. (¡Qué cara!)
Don Luis. (¡Es situacion infernal
La de un marido! — ¡Tenerlo
Aquí... y no poderlo ahogar!)
Antonio. ¿No está usted mejor?
Don Luis. Sí estoy.
Antonio. ¡Ay! Pues si eso fué no mas
Que con el acto primero,
Si usted se queda... ya, ya.
Don Luis. (¡Me está chuleando!)
Antonio. Yo fuí,
Y aun alcancé la mitad.
¡Qué drama! ¡qué versos tiene!
Hay una escena al final

Del cuadro décimo, toda
En seguidillas que está
Versificada... ¿Pues digo,
Y cuando van á quemar
Los dos hereges... marido
Y muger; y cada cual
Dice, al subir á la hoguera,
Un soneto?

Don Luis. (Este truhan
Se está burlando de mí,
Y yo le voy á matar.)

Clara. Lo que es el drama de anoche...
El que le hizo tanto mal
A Luis... tiene un desenlace...
Que él no espera.

Don Luis. (¡Se dará
Un descaro!... ¡Yo estoy ciego!...
¡Yo voy á escandalizar!)

Antonio. (Para no hablar y ver malas
Caras, me voy al portal
Del tirolés, que allí al menos...
Si se asoma...) En fin...

(*Saludando.*)

Emilia. (¡Se va!)

Antonio. ¡Señoras!... ¡Señor don Luis!...

Don Luis. ¡Abur!... (Me las has de pagar!)

ESCENA VII.

DON LUIS, CLARA, EMILIA.

Don Luis. ¡Qué larga ha sido la misa!

Clara. ¿Larga? — Pues yo... la verdad...
Como tú eres tan casero...
Creí que el tiempo que estás
En casa... aunque yo esté fuera...
No te debia pesar.

Don Luis. Habrás rezado...

Clara. No. — He ido
A una diligencia.

Don Luis. ¿Cuál?

Clara. He ido á la agencia.

Don Luis. ¡A la agencia!

Clara. A la agencia, sí : á encargar
Criada.
Don Luis. ¿Para qué?
Clara. Ven,
Emilia. — Ya lo sabrás.

ESCENA VIII.

DON LUIS.

Esto es hecho : no resisto.
¿Qué espero? ¿qué hay que saber?
Todo cuanto puede ver
Un marido, yo lo he visto.
Quizá no ha echado borron
En su honor: pero es el caso
Que la que da el primer paso,
Ya demuestra la intencion,
Y en la lógica del mundo
Pasa como verdadero,
Que la que ha dado el primero
Da sin remedio el segundo.
La deduccion será necia;
No importa; así hay que juzgar;
Y nadie puede apreciar
Muger que el mundo no aprecia.
Mato á ese hombre... ¿Y qué se gana?
Evitar el riesgo de hoy.
Pero viene otro; y estoy
En igual riesgo mañana.
No hay remedio : una vez ya
La confianza perdida,
No se recobra en la vida ;
Y pues á tiempo se está,
Evitemos desde aquí,
Evitemos, ¡Dios piadoso!
El ridículo espantoso
Que va á caer sobre mí! —
Pero antes de dar el paso... —
¿Ramon? — No me ha de quedar
Escrúpulo : he de apurar
Hasta las heces el vaso.

ESCENA IX.

DON LUIS, RAMON.

Ramon. ¿Señor?
Don Luis. Ven acá, Ramon :
Cuéntame pronto...
Ramon. ¿Qué cosa?
Don Luis. Vamos, cuenta... y poca prosa.
Ramon. (¡Ay! ¡cómo está! ¡hecho un leon!)
Don Luis. ¿Te ha contado ya Benita?...
Ramon. Toda su historia.
Don Luis. Pues anda.
Ramon. Benita nació en Arganda...
Don Luis. Al grano.
Ramon. ¡Y desde chiquita
Se la trajo esta familia,
Que la quiere!
Don Luis. (¡Estoy deshecho!)
Ramon. ¡Es el ojito derecho
De la señorita Emilia!
Don Luis. ¿Y Emilia en fin?...
Ramon. ¡Es honrada!...
Don Luis. Pero...
Ramon. Y lo que es hasta el dia...
Don Luis. Con que...

Ramon. (*Con un arranque de queja.*)

¡Usted no merecia
Que yo le dijese nada!
Don Luis. ¿Qué es esto?
Ramon. A un criado fiel
Que siempre guardó en su pecho...
Don Luis. ¿Qué dices?
Ramon. Que siempre ha hecho
Con usted otro papel : —
Que no fué nunca imprudente,
Ni tuvo el menor desliz
En aquel tiempo feliz
En que era su confidente,
Guardarle este desengaño.
¡Temer que vaya y lo charle!...

Don Luis. ¡Pero hombre!...
Ramon. ¡Vamos, tratarlo
Como si fuera un estraño!
En vez de llamarlo aparte,
Y decirle : oye, Ramon;
Tengo aquí en mi corazon
Un secreto que contarte.
Don Luis. ¡Cómo!... ¿qué dices?...
Ramon. Secreto
Que confio á tu lealtad.
Oye mi debilidad...
Y ayúdame en este aprieto.
Don Luis. (Dios mio... ¡Y yo que creia
Que nadie habia notado!...)
¿Con que tú has adivinado?...
Ramon. ¡No, que se me escaparia!
Don Luis. ¡Pues! Al que tiene la espina
De los celos, cosa es clara,
Se le conoce en la cara.
¡No hay duda! ¡estoy en berlina!
Porque no hay pasion que dé
Entre la pícara gente
Mas tormento al que la siente,
Ni mas risa ál que la ve.
Ramon. En diez años que he vivido
Con usted... ¿Diez años?... Mas.
Don Luis. Dime, dime : y los demas,
¿Crees tú que lo han conocido?
Ramon. Ninguno se lo malicia.
Don Luis. ¡Respiro! — Y dí ; ¿hay fundamento
De temer?
Ramon. ¡Señor, yo siento
Dar una mala noticia!
Don Luis. ¿Mala?
Ramon. ¡Remala!
Don Luis. Dí, ¿cuál?
¿Qué te ha dicho esa muchacha?
¡Vamos, pronto!... ¡habla!... ¡despacha!...
Ramon. ¡Que tiene usted un rival!
Don Luis. ¿Un rival?... ¿Ese canalla?...
Ramon. Antoñito, sí señor :
Ese es quien hace el amor
A la...
Don Luis. ¡No la nombres!... Calla. —

¡Jamas tu labio revele
Ese nombre! — ¡Me sonrojo!...

Ramon. ¡Yo lo creo! — ¡Es mucho antojo!
¡Preferir á ese pelele!...

Don Luis. (Venderme así!... ¡Oh Clara!... ¡Clara!...)
Vamos... cuéntamelo todo:
Como empezó... de qué modo...

Ramon. Antes que usted se casara.

Don Luis. ¡Antes!!...

Ramon. ¡Mucho antes! — Benita
Ha sido la protectora;
Y hoy riñó con la señora,
Por no sé qué sortijita
Comprada para ese bicho,
Y cartas que le ha llevado,
Y el ama la ha amenazado
Con echarla. — Esto me ha dicho.

Don Luis. No digas mas: ¡basta ya!

Ramon. Usted debe despreciarla.

Don Luis. ¡Sí, la desprecio!

Ramon. Y dejarla...

Don Luis. Lo haré, y hoy mismo será. —
¡Ay! ¡no te cases, Ramon!
¡No te cases! escarmienta...

Ramon. Ya; pero el que se contenta
Con su muger...

Don Luis. ¡Qué ilusion!
¡Ya ves lo que á mí me pasa!
Me caso como un bendito:
Dejo el mundo: me limito...
A lo que tengo en mi casa...

Ramon. ¡Ya! eso sí.

Don Luis. Nada mas quiero;
Y el primer recien venido...

Ramon. ¡Pero usted huele á marido!
Y el otro al fin es soltero.

Don Luis. ¡Separacion! — No se ria (*Ap.*)
Mas de mí. — Voy á escribir. —
La daré para vivir
Mi hacienda de Andalucia.

ESCENA X.

DICHOS, DON JUAN.

Don Juan. ¡Hola! Luisillo, ¿qué tal?
¿Se pasó ya el arrechucho?

Don Luis. (*Abrazándolo tiernamente.*)

¡Juan!... ¡No te cases!

Don Juan. ¡Qué escucho!

Don Luis. ¡Tú eres mi amigo leal!

Don Juan. ¡Oh! eso sí.

Don Luis. ¡Pues no te cases!

Don Juan. ¿Ni con Emilia tampoco?

Don Luis. ¡Con ninguna!

Don Juan. ¡Tú estás loco!

Don Luis. ¡No, Juan!

Don Juan. Pues, ¿y aquellas frases?

Don Luis. Ya te diré. — En este estado,
No se encuentran mas que abrojos.

Don Juan. ¡Cómo!

Don Luis. Hay que cerrar los ojos...

Don Juan. Pero...

Don Luis. ¡O vivir desgraciado!

(*Se va á su cuarto.*)

ESCENA XI.

DON JUAN, RAMON.

Don Juan. ¿Qué es esto? ¿qué tiene?

Ramon. ¡Toma!
¿Pues no se lo dije á usted?
Enamorado y celoso.

Don Juan. ¿Celoso de su muger?

Ramon. ¡Qué! no señor. Ahora mismo
Me ha confesado de quién.

Don Juan. ¿De quién?

Ramon. De su cuñadita.
Don Juan. ¡Qué dices! ¿De Emilia?
Ramon. ¡Pues!
Anda tras de ella hace mucho.
Don Juan. ¡Y me la ofrecia ayer
Por esposa! — ¡Ah! ¡gran bribon!
¡Quiere hacerme su merced
El editor responsable! —
¡Pillo! Yo me vengaré.
Su muger tiene sospechas...
Ramon. ¿Sí? Por fuerza. Si está él
Que no disimula. Acaba
Ahora mismo de saber
Que Antoñito es preferido,
Y se ha puesto hecho un Luzbel.
Don Juan. ¡Ya caigo! Por eso yo
Le notaba un no sé qué...
¡Ella viene!
Ramon. Pues me voy.

(*Se va.*)

Don Juan. Si se lo digo, va á arder
La casa. — ¡Mejor! A rio
Revuelto...

ESCENA XII.

DON JUAN, CLARA.

Clara. Yo le diré
A mi marido...
Don Juan. ¡Señora!
Clara. (¡Qué posma!)
Don Juan. ¡Perdone usted!
Decidido vengo ya
A cumplir aquel cruel
Precepto...
Clara. No es necesario...
Don Juan. Anoche no estaba bien
Enterado...
Clara. Sí por cierto...
Don Juan. Pero ya...

Clara. Todo lo sé.
Tengo á esa digna rival
Dentro de casa.
Don Juan. ¡Tal vez!
Clara. Ya recuerdo la indirecta.
Me dijo usted que es muger
La tal, que no merecia
Descalzarme. ¡Y así es!
Don Juan. (¡Pues no es poco vanidosa!)
Clara. Y ahora mismo sin perder
Tiempo, la acabo de echar
De mi lado.
Don Juan. ¡Cómo! ¿A quién?
Clara. A la niña desenvuelta...
Don Juan. ¿Es posible?... ¡tanta hiel! ..
(¡A su hermana! — ¡Lo que ciegan
Los celos á una muger!)
¿Y dónde ha de ir?...
Clara. A la calle.
Don Juan. Pero...
Clara. ¡A la calle!
Don Juan. ¿Pues qué,
Abandona usted así?...
Clara. ¡Infame! corresponder
De esa manera al cariño
Con que desde la niñez
La he mimado ..
Don Juan. ¡Eso es verdad!
Clara. Así ha llegado á tener
Esos humos!
Don Juan. ¡Ya!
Clara. A escaparse
De casa...
Don Juan. ¿De casa?
Clara. Pues.
Don Juan. (¡Qué tal! ¡la niña inocente!)
Pero, dónde quiere usted
Que vaya, ¡sola!...
Clara. Y á ese
Hipócrita yo le haré
Entender si es noble accion
Divertirse en corromper
A una muchacha. .
Don Juan. ¡Ese sí!

¡Ese merece!...

Clara. Y tambien
A ese alhaja de criado,
Que sin duda ha sido el que...

Don Juan. ¡Calma, señora! Estas cosas
Se hacen...

(En tono de intimidad amistosa.)

Clara. Y tambien á usted.

Don Juan. ¿A mí?

Clara. A usted. — Que si un momento
Pude, por satisfacer
Esta duda, tolerar
Lo que una muger de bien
No consiente á ningun hombre
Cuyas intenciones ve,
Ya es tiempo de que usted sepa
Que se ha engañado esta vez.

Don Juan. Como no diga usted eso,
Señora, por el placer
De darme unas calabazas
Que no he buscado, no sé...

Clara. ¿Va usted á hacerme la escena
Del desden con el desden?
La sé de memoria.

Don Juan. Juro
Que ningun otro interes
Que el de la amistad... (Con esta
No saco partido. — A ver
Si con la hermana, que ahora
Sale de casa...) Y en fé
De que es así... ¿Usted persiste
En la idea de espeler
A esa infeliz?...

Clara. Si señor.

Don Juan. Pues yo la recogeré.

Clara. ¿Usted?

Don Juan. Si señora, yo.
Yo soy su amparo.

Clara. Muy bien.

Don Juan. Yo me la llevo á mi lado.

Clara. Me alegro.

Don Juan. ¡Yo velaré

Por su inocencia!

Clara. ¡Oh! eso sí:
¡Por supuesto! — Herede usted
A su amigote. — Ahí esta:
Cargue usted con ella.

Don Juan. ¿Eh?

ESCENA XIII.

DON JUAN, CLARA, BENITA.

(*Benita sale con mantilla puesta, llorando á lágrima viva.*)

Benita. ¡Señora!...

Clara. No, no te aflijas.
Mira, el señor quiere ser
Tu protector...

Benita. (*Va hácia él llorando.*)
¡Caballero!...

Don Juan. ¡Quita, quita!...

Benita. ¡Yo no sé
Por qué me despide!...

Don Juan. Bueno.
Yo tampoco.

Benita. ¡Quiero ver
Al amo!... ¿Dónde está el amo?...

Clara. ¡Calla, infame!

Benita. ¡Yo sé que él
Me protege!...

Clara. ¡Sal de aquí!
¡Bribona!

Don Juan. (¡Con que esta es!
¡Y ese bruto de Ramon!...)

ESCENA XIV.

DICHOS. RAMON.

Ramon. ¡Qué gritos!...

Don Juan. ¡Camueso!

Ramon. ¿Qué?

Don Juan. ¡Si no es Emilia, borrico!
Que es esta.
Ramon. ¡Benita!
Don Juan. ¡Pues!
Ramon. ¡Ay! ¡San Francisco! ¡Por eso
Me ha querido á mí tambien
Casar con ella!
Benita. ¡Caramba!
¡Despues que una cobra ley!...

ESCENA XV.

DICHOS, EMILIA.

Emilia. ¿Qué sucede?
Benita. ¡Ay! ¡Señorita
De mi vida! Venga usted:
Que la señora me ha echado.
Emilia. ¡Te ha echado! — ¿Por qué? por qué?
Benita. ¡Ella lo sabe!
Emilia. (¡Yo soy
La causa! ¿Qué debo hacer?)

ESCENA XVI.

DICHOS, DON LUIS.

(*Don Luis sale de su cuarto con un papel en la mano: se detiene contemplando á Clara.*)

Don Luis. (¡Que oculte tanta doblez
Bajo ese aire de candor! —
Pero es preciso. — ¡Valor! —
¡La hablo por última vez!)
Benita. (*Se acerca á él llorando.*)
¡Ay, señor! ¡Me ha despedido!
Don Luis. ¡Oiga! — Tú te habrás negado
A hacer lo que te ha mandado...
— ¿No es eso, Clara?
Clara. ¡Eso ha sido!

Don Luis. (Lo que me dijo Ramon.
¡Pues! — Si aun me quedara duda...)
Benita. ¡Señor, si usted no me ayuda!
Clara. ¡Pídele su intercesion!
Don Luis. ¡Clara!... Ya es en vano todo :
No necesitas echarla.
Clara. ¿No? — Yo misma he de plantarla
En la calle de este modo.

(*Va hácia ella.*)

Don Luis. Estáte quieta.

(*Deteniéndola.*)

Clara. ¡Traidor!
¿Te atreves?...
Don Luis. ¡No escandalices! —
¿Vamos, y por qué no dices
La causa de ese rencor?
Clara. ¿Tú me provocas? ¡ingrato!...
Quieres que en público diga
La razon que á esto me obliga?...
Don Luis. Eso es echarlo á barato.
Díla, sí.
Clara. ¡Se ha visto tal!
Benita. ¡Diga usted!
Emilia. ¡Habla!
Clara. ¡Por vida!...
Don Juan. (No hay cosa mas divertida
Que una riña conyugal.)

Clara. (*Trayendo con violencia á Benita.*)

Cuenta sin avergonzarte
Lo de anoche. ¿A dónde fuiste?
Y otras mil veces...
Emilia. (¡Ay triste!)
Clara. De cierto tiempo á esta parte.
Benita. ¡Ay ¡ Señorita ! ¿usted vé?...
Clara. Vete al punto de mi casa.
Don Luis. Basta, Clara : esto ya pasa...
Clara. ¡Vete!

Don Luis. *(Acercándose á Clara.)*

¡Yo tambien me iré!
Ella, porque ya no quiere,
Lo sé, servirte á tu gusto.
Yo, Clara, porque no es justo
Que sabido, lo tolere.

Clara. ¡Luis!... ¿Qué dices?

Don Luis. Sí, los dos.

Clara. ¿Quieres humillarme mas?

Don Luis. ¡No finjas!

Clara. ¿Tan ciego estás?...

Don Luis. Lo he resuelto. — Toma. — ¡Adios!

(La da el papel.)

Clara. ¿Qué es esto? *(Leyendo.)*

Benita. *(A Emilia.)*

¿Lo está usted viendo?
¡Por usted! — ¡Yo bien decia!

Emilia. No llores.

Benita. ¡Yo bien temia
Lo que me está sucediendo!

Juan. *(A don Luis.)*

¿Con que á la chita callanda
Tú te arreglabas con ella?

Don Luis. ¡Yo!... ¿Con quién?

Don Juan. Con la doncella.
¿Te vas á vivir á Arganda?

(Siguen hablando: don Luis muestra estrañeza.)

Clara. *(Leyendo.)*

¡Qué veo! — ¡Cielos!... ¿De quién?

Emilia *(A Benita.)*

Ya que es eso tu delito,
No has de salir.

Clara *(Leyendo.)*

¡De Antoñito!

¡Luis se ha vuelto loco!

Emilia. (*A Benita.*)

Ven.

Clara. (*Leyendo.*)

¡Separacion!

Emilia. Todo, sí,
Aunque el contarlo me aflija.
Se lo diré.

Clara. (*Leyendo.*)

¡La sortija!
¡Como! Si la tengo aquí. (*La saca.*)

(*Emilia se acerca trayendo de la mano á Benita.*)

Emilia. Clara, aunque al dar este paso
Me muera, hacerlo me toca:
Y quiero que de mi boca
Sepas la verdad del caso.
Yo defiendo su inocencia:
La culpada aquí yo he sido.
Cuantas veces ha salido
De casa, sin tu licencia,
Y despues de resistirlo,
Es porque yo la he enviado.

Clara. ¿Tú?

Emilia. Yo: con carta ó recado...
A quién, escuso decirlo.

Clara. ¿Y anoche?

Emilia. Instándola mucho,
Logré que fuese... hice mal,
Por la otra sortija igual.

Clara. ¿Para Antoñito?...

Don Luis. ¡Qué escucho!
Con que hay dos sortijas?

Clara. Sí,
Mira.

Don Luis. ¿Y la otra?

Emilia. El la tiene.

Don Luis. ¿Dónde está?

Emilia. Muy pronto viene.
¿Le llamo?

Don Luis. Llámale aquí.

ESCENA XVII.

DICHOS, *menos* EMILIA.

Don Luis. ¡Clara! Clara!... ¡Sí! esta es!

(*Mirando la sortija.*)

¿Y por qué no me la diste?
Clara. ¿Y tú, para quién trajiste
De casa del tirolés?...
Don Luis. ¡Ah!.. ¿Los pendientes?.. ¡Perdona!..
Quise ganarla... — Pues mira,
Toda esta infame mentira
Es obra de esa bribona.
Clara. ¡De ella! — Ven acá, Benita.

(*La trae de un brazo, y don Luis á Ramon.*)

Don Luis. (*A Benita.*)

Tú le has dicho á este tunante
Que Antoñito...
Ramon. Era el amante...
Clara. ¿De quién?
Benita. De la señorita.

Don Luis. (*A Ramon.*)

¡Infame! ¿Pues no me has dicho
Que era rival mio?
Ramon. Sí,
Pero fué porque creí
Que usted tenia capricho
Por su cuñada.
Don Luis. ¡Bribon!
Don Juan. (¡Qué enredo tan singular!)
Clara. ¡A lo que has dado lugar
Con esa necia aprension!...
¡Pero de dónde ha nacido!...
Don Luis. Ayer, hablando con Juan,
Recordé cierto galan,

A quien el mismo marido...

Clara. ¡Ya! Y el señor, que es profundo
En esto de intrigas...

Don Juan. No :
Yo no le dije...

Don Luis. ¡Fuí yo,
Yo solo!...

Clara. ¡El hombre de mundo!

ESCENA XVIII.

DICHOS, EMILIA, ANTOÑITO.

(*Emilia sale de lo interior. Antoñito viene de la calle.*)

Emilia. Aquí viene...

Antonio. ¡Emilia!... — Tate!

Don Luis. ¿Dónde estaba?

Emilia. Ahí cerca.

Antonio. Pues :
En casa del tirolés.

Don Juan. ¡Como! ¿en el escaparate?

Emilia. Todo se sabe, Antoñito.
Ha habido necesidad
De declarar la verdad.

Antonio. Me alegro. — Ya estaba frito;
Y resuelto, á fé de Antonio,
Sin consultar mas contigo,
A presentarme á este amigo,

(*Por don Luis.*)

Y pedirte en matrimonio.

Don Luis. (*Mirando la sortija.*)

¡Esa mano!... (¡Ella es!) — ¿Muchacha,
Qué dices tú?

Emilia. ¡Yo... si hubiera
Acabado su carrera...

Don Luis. ¡Jóven es!

Clara. Esa no es tacha.

Emilia. ¿No decias?...

Clara. He adquirido
Convencimiento profundo
De que el tener mucho mundo
No hace feliz á un marido.
Lo que él con otros ha hecho
Cree que hacen todos con él;
Y esa sospecha cruel
Le tiene en contínuo acecho.
Ella las mañas pasadas
Del marido sabe ya;
Y al menor paso que dá
Cree que ha vuelto á las andadas.
¿De manera que á uno y otro
De qué les viene á servir
Tanto mundo? — De vivir
Eternamente en un potro.
Luego... á la menor sospecha...
Nunca falta algun amigo...

Don Juan. (¡Adios! Esto va conmigo...)

Don Luis. (*Fijando la vista en don Juan.*)

¡Hola!

Don Juan. La paz ya está hecha.
Con que...

Don Luis. Adios, Juan.

Don Juan. (No es extraño
Que esté tan arisca ahora.
Lleva tres meses...) ¡Señora!

(*Saludando.*)

(Volveré dentro de un año.)

ESCENA XIX.

DICHOS, *menos* DON JUAN.

Don Luis. ¿Dí, con que este?...

Clara. ¡Te has lucido!
Sospechas del inocente;
Y de ese que es justamente...

(*Don Luis hace ademan de ir tras él. Clara le detiene.*)

¿Qué vas á hacer? — Ya se ha ido.
Déjalo estar.

Don Luis. ¡Voto á brios!
¿Con que no tenemos medio
De escapar?

Clara. No hay mas remedio
Que echarse en brazos de Dios.

Don Luis. ¡Ah! en los tuyos!

(*La abraza.*)

Clara. Haces bien. —
Niños, á casarse pronto.

Antonio. (*A Emilia.*)

¡Tu mano! —

Emilia. (*Con verguenza.*)

Anda, no seas tonto.

Clara. Y quiero haceros tambien
Un pequeño regalito.
Yo tengo en Andalucia
Una posesion... que es mia,
¿No es verdad?... Aquí está escrito.

(*A don Luis, mostrando un papel que venia dentro la carta.*

Don Luis. (*Aparte á Clara.*)

¡Calla!...

Clara. Luis es tan galante,
Que me la ha cedido á mí...
Para que yo fuese allí
A habitar en adelante.
Yo os la regalo; y espero
Que acepteis...

Don Luis. Pero...

Clara. (*Aparte á don Luis.*)

El haber
Dudado de tu muger
Te ha de costar el dinero.

Don Luis. ¡Qué quieres! Lo vi de un modo

Tan claro!

Clara. No viste nada :
Es que tu vida pasada
Viene á envenenarlo todo.
Pon en olvido profundo
Esa esperiencia fatal;
Que no basta pensar mal
Para ser *hombre de mundo*.

FIN DE LA CUARTA Y ÚLTIMA PARTE.

Norma Zaida Tagliaferri –
Elena María Salvatierra.
Nélida Aurelia Valdano.
Aída Leonor Serate.
Esther Abad.

ÍNDICE

FIN DEL ÍNDICE.

PARIS. — IMPRENTA DE J. CLAYE, CALLE DE SAN BENITO, 7.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 14 06 12 009 1